

TESIS DOCTORAL

INMIGRACIÓN COLOMBIANA Y BRASILEÑA Y PROSTITUCIÓN FEMENINA EN LA CIUDAD DE LUGO: HISTORIAS DE VIDA DE MUJERES QUE EJERCEN LA PROSTITUCIÓN EN PISOS DE CONTACTOS

Volumen II

ANEXOS

Autor: JOSÉ LÓPEZ RIOPEDRE, Licenciado en Sociología
Departamento de Sociología I. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.
UNED

Madrid, 2010

Departamento de Sociología I
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

*INMIGRACIÓN COLOMBIANA Y BRASILEÑA Y PROSTITUCIÓN
FEMENINA EN LA CIUDAD DE LUGO: HISTORIAS DE VIDA DE
MUJERES QUE EJERCEN LA PROSTITUCIÓN EN PISOS DE
CONTACTOS*

ANEXOS

Autor: JOSÉ LÓPEZ RIOPEDRE, Licenciado en Sociología
Director: Dr. JOSÉ ANTONIO NIETO PIÑEROBA

ÍNDICE

I.	Relatos biográficos	4
II.	Fotografías	693
III.	Cuestionario.....	699
IV.	Anuncios y noticias de prensa.....	712

RELATOS BIOGRÁFICOS

PAMELA

Mi vida en Colombia

Nací en un pueblito llamado San Carlos el 14 de mayo de 1973. De San Carlos no recuerdo casi nada porque me fui con cinco años. Nos marchamos a vivir a una hacienda cerca de Manizales.

Allí los únicos amigos que tenía eran mis hermanos. Tengo dos hermanas y cuatro hermanos. Con los pequeños compartía mi niñez. Allí jugábamos y peleábamos. Estuvimos en la hacienda unos tres años. Y después nos fuimos para la ciudad de Manizales. Allí fue cuando comenzó realmente mi vida. Fui al colegio por primera vez con ocho años. Mi madre y mi padre se dedicaban a trabajar todo el día. Apenas los veía por las noches. Mi hermana mayor era la encargada de la casa. Yo era la ovejita negra de la familia, porque inventaba cuentos y contaba muchas mentiras. Me inventaba tareas y perdía toda la tarde. Al terminar la primaria prácticamente me convertí en un diablito.

Cuando ya empezaba a salir con las compañeras del colegio me gustaba mucho salir y reunirnos. Como no me dejaban salir, yo me inventaba tareas y a veces llegaba a la una y media de la madrugada. Les mentía a mis padres. Ya después empecé a tener noviecitos. Tenía diecisiete años. Y en mi casa no me dejaban. Que lo primero eran los estudios. Y yo me escapaba más...

Tengo una hermana mayor, que es a la que tengo que agradecerle de ser hoy como soy. Yo le tenía más respeto a ella que a mis padres. A ellos apenas los veía. Era mi hermana la que estaba en casa. A mi hermana no podía meterle las mentiras. Ella fue la única persona..., digamos que por ella no tomé otro camino, no estoy llena de niños ni fracasada.

Llegué hasta noveno y me retiré del colegio. Quería ponerme a trabajar, porque había repetido dos cursos y eso me frustró mucho. Yo decidí por eso retirarme del colegio y ponerme a trabajar. Mi padre casi me pide de rodillas que no me retirara del colegio. Pero, yo me puse a trabajar.

Estuve trabajando en una cafetería durante un mes. Luego, estuve un año ayudándole a mi mamá en las labores de la casa. Me fui de la cafetería por rebeldía. Sentía que eso no era lo mío. Entonces fue cuando mi madre me dijo que qué iba a hacer. Y así volví a estudiar. Validé lo que me faltaba.

Yo pensé que eso sería muy emocionante para mi padre. El saber que yo ya tenía mi cartón lo emocionó mucho.

Después, comencé a trabajar como digitadora. Así estuve como tres meses. Allí fue cuando me cambió la vida. Yo me estaba viendo como una persona importante, porque ya no estaba trabajando en una cafetería. Para mí eso era grande. Pero, cuando comencé a trabajar, no llevaba ni un mes, mi padre comenzó a enfermar. Nosotros no sabíamos que tenía cáncer. Él comía y todo lo que comía lo devolvía. Los médicos decían que eso era una úlcera gástrica. Yo me imaginaba que con el dinero que yo ganaba le iba a ayudar a él. Todos mis hermanos ya estaban casados y yo era la única que vivía con mis padres.

Mi papá tenía en Manizales un quiosco de dulces, en una buena zona. Con ese negocio sacó adelante a toda la familia, y a todos nos dio estudio. Hizo una casa grande, bueno, no muy elegante, pero bien. Y yo quería entonces que todo fuera bien. Pero, no. Tuve la mala suerte. Conseguí mi trabajo y al poco tiempo murió mi papá. En la clínica ya me habían dicho que tenía un cáncer. Mi padre ya no se veía en la cama, parecía un niño acostado. Luego lo internaron en una clínica. Ese día me di cuenta de que yo no me merecía a mi padre, porque él tenía mucha confianza en mí y yo siempre me porté mal.

Cuando estaba en la clínica, él me reclamaba. Preguntaba: - ¿Dónde está Pamela? Mi padre había escondido un dinero para dármele. Cuando llegué, entonces me abrazó y me dio el dinero. Yo estuve con él durante aquellos días. Todos teníamos una esperanza, estábamos desesperados aguardando los resultados de las pruebas... Pero, los médicos ya nos dijeron que a mi papá le quedaban pocos días. Yo sufrí mucho. Mi jefe creía mucho en San Gregorio, que dicen que hizo muchos milagros tanto en vida como muerto. Mi jefe me dijo que conocía a una mujer que es intermediaria de San Gregorio. Una viejita me contó que a ella el mismo San Gregorio la operó. Así que yo fui a pedirle a San Gregorio. Mi hermana no creía en eso. Pero, fuimos a ver a la intermediaria... Yo le coloqué la agüita y la toallita a mi papá en la habitación. Mi hermana luego me dijo que parecía que eso era verdad. La mujer te coge de las manos y se concentra. Nos dijo que por mi papá no se podía hacer nada. Yo me derrumbé.

Estaban mis días tristes. Nosotras no sabíamos qué hacer con el quiosco. Me dijeron que eso me tocaba a mí arreglarlo. Yo hablé con mi papá de eso. Y le pregunté si lo alquilaba. Mi papá también tenía una libreta con dinero y en casa nadie sabía nada. En el suelo del quiosco también había un dinero. Mi papá me pidió que lo sacara de allí y también todas las

pertenencias y que lo llevase para casa. Le di el dinero a mi hermana para que lo guardara.

Un día mi padre me contó que había visto a unas personas vestidas de blanco alrededor de la cama. Eso le ocurre a mucha gente. Son las ánimas. Hay mucha gente que cuando se está muriendo cuenta estas cosas.

Me acuerdo perfectamente que era el 13 de abril. Ese día estaba yo en la oficina cuando alrededor de las cuatro de la tarde me llamaron. Voy yo y cojo el teléfono. Era mi padre: que porqué no había ido a visitarlo. Yo le dije que iría mañana. Comencé a llorar. Pasé toda la tarde llorando. Al día siguiente fui a verlo y le llevé un remedio a base de plantas. Mi padre vomitó sangre. Volví el sábado a visitarlo. Él nunca se quejaba del dolor. Pero, aquel día casi gritaba del dolor. No consentía siquiera que se le sentasen en la cama. Mi padre me pidió que me quedase con él. A la semana siguiente volví. Y ese día fue cuando ya murió. A él nadie le dijo que tenía cáncer. Recuerdo que me temblaba todo el cuerpo de los nervios que tenía. Eso me marcó mucho.

Entonces, yo cogí la responsabilidad de mi casa. Mi padre llevaba veinte años en el negocio del quiosco. Y yo me enfrenté al quiosco. Me puse a trabajar allí. Tuve muchos problemas con mi hermana por eso. Me decía que eso no era para mí, que no tenía futuro. Pero, para mí era más sentimental que otra cosa. Era la empresa de mi papá. Era también difícil porque yo nunca había llevado un negocio. También cogí la responsabilidad de la casa. Y ahí cambió mi vida. Porque sólo era trabajo y casa, trabajo y casa... Hasta me olvidé de los amigos.

Ahí tuve algunos problemas con mi mamá. En casa las decisiones siempre las tomaban mi abuela o mi papá. Ella no tenía decisiones propias. Entonces mi madre se metió en otra religión: los evangélicos. Al meterse en esta religión mi madre se fue abriendo a otros mundos que ella no conocía. Y eso pienso que es bueno.

Tuve problemas en mi casa porque ellos pensaban que yo me quedaba con dinero del negocio para mí. En aquella época ya conocía una amiga que se había ido a España. El negocio no iba tan bien. Todo eran palabras y nadie hacía nada. Un día le dije a mi mamá: - Mire, yo me quiero ir para España. Yo no me veía futuro en aquel negocio.

El viaje a España

Entonces, mi madre ya comenzó a buscarme contactos para yo venirme para España. Pero, pasaron los días y no pasaba nada. Y en febrero mi hermana me llamó y me dijo: - Gorda, hay un español acá que nos dijo que si usted quería él la llevaba. Y entonces yo dije que vale. Y concertamos una cita. Él me preguntó: - ¿Te quieres venir para España? Lo que yo tengo en España es un piso de trabajo y las cosas son así..., y luego no quiero que digas que te trajeron engañada.

Me dijo también que podía venir al piso y probar para ver si era capaz de trabajar en eso. Y que si no que me buscaba otra cosa. Si me pagaba el billete me cobraba unas ochocientas mil pesetas. Pero, si yo pagaba el billete me cobraba cuatrocientas mil por pasarme. Me dijo que era lo que había. También me dijo que no me lo pensara mucho, que o bien venía yo o venía otra chica. Yo quería tomarme un tiempo para pensarlo.

Bueno, y yo le llamé y le dije que sí, que me iba con él. Tenía entonces que organizar todo en ocho días. A mi madre ya me tocó decirle mentira, porque si sabe que vengo a trabajar en esto le da un infarto. Ella piensa que estoy trabajando en una casa. Yo no veía con el puesto ningún futuro.

Mi hermano me puso problemas para venirme a España. Él es policía y me decía que en España se llevaban a las chicas y las obligaban a trabajar en la prostitución. Yo le dije que si era por mi mamá que no se preocupara, que yo iba a seguir siendo responsable. Le dije también que si no quería que me viniera que me tenía que pagar la deuda. Y entonces ya se calmó.

Por la noche, cuando estaba haciendo las cuentas para mi mamá, yo estaba allí, pero mi cabeza ya estaba en el viaje, en que me iba a un país extranjero y con un hombre extraño. Y me encerré en mi habitación y me puse a llorar. Esa noche mi mamá no durmió. Se la pasó también llorando.

Al día siguiente mi mamá me acompañó al aeropuerto. Jorge no era un profesional en la trata de blancas. Todavía estaba empezando con el cuento. Pero, se portó muy bien conmigo. De Pereira fuimos a Bogotá y de Bogotá a Madrid y luego para La Coruña.

Un traficante bueno

En La Coruña nos recogió un amigo de Jorge en su coche. Y nos vinimos para Lugo. Allí me presentaron a las chicas: Soraya, la dominicana y Mónica, la colombiana. Me comentaron cómo eran las cosas allí. Luego llegó Tatiana, que es la más jovencita (ella tiene veintidós años). Tatiana venía de trabajar, de hacer una salida, de pasar toda una noche fuera. Venía con cien mil pesetas. A mí me pareció muy buena chica. Estuvo hablando con Jorge de la salida que se había hecho. Yo me quedé pensando que cómo era aquello de ganar cien mil pesetas en una noche... Entonces, Jorge se trajo el libro de los pases y me lo enseñó para que viera lo mucho que se ganaba. Me dijeron que trabajando en eso podía pagar la deuda en uno o dos meses. Y allí se me dañó el corazón. Y le dije que sí, que me quedaba. Después, fuimos a un restaurante argentino y comimos todos juntos.

Cuando volvimos al piso llegó un cliente. Yo le dije a Jorge: - Mire, yo comienzo mañana, que ahorita no estoy preparada psicológicamente. Pero, él me dijo que no fuera tonta, que no perdiera la oportunidad de trabajar. Y vi allí a un viejito horrible, sucio, oliendo horrible... Y yo le puse mala cara para que no me escogiese.

Jorge se portaba muy bien conmigo. Me invitaba a comer y me llevaba a todos lados con él. Yo sólo lo veía un poco *maluco* por su mujer, Mary. Él luego envió también un dinero para traer a otra chica, que era Lorena. Y ya mandaron a Lorena, que vino por Barcelona. Jorge tenía que ir a recogerla a Barcelona y me pidió que le acompañase. Jorge, aunque estaba muy metido en el puterío, que es un mundo muy oscuro, era también un hombre muy consciente. Él quería que las chicas también conociésemos las cosas buenas de España.

Cuando llegamos a Barcelona, Lorena no estaba. Y Jorge pensaba que se había volado. Nos cansamos de esperar en el aeropuerto, cuando Lorena se comunicó con Jorge. Y la recogimos allí. Lorena entonces estaba muy flaquita. A la vuelta nos quedamos los tres a dormir en un hotel en Zaragoza. Nos quedamos los tres en una sola habitación. Y Lorena estaba toda cortada. Jorge le dijo que no se preocupara, que él ya estaba muy acostumbrado.

Luego ya llegamos a Lugo. Y Jorge viajó para Colombia porque iba a casarse con Mary. En el piso me pusieron la chapita y me llamaron Claudia. La costeña fue quien me lo puso. Y por cierto, me encanta..., porque para mí es como si Pamela y Claudia llevaran dos vidas totalmente independientes. Me lo tomé por ese lado.

Tatiana me dejó vestidos para trabajar. Y me prestó un móvil. La verdad, ella se portó muy bien conmigo. Y más tarde, empecé a trabajar también en el club, en el “Momo”. Tatiana fue quien me enseñó a trabajar. Y así fue como empecé a trabajar durante el día en el piso de Armando Durán y por la noche en el club. Jorge no nos puso ningún problema. Que sólo debíamos responder por el piso. Yo hablaba muchísimo con él y él me hacía sentirme protegida y segura. Jorge me dijo que yo un día me iba a enamorar y que entonces ese día en que yo conociese un hombre se lo tenía que presentar a él para conocerlo, para saber qué clase de persona es. Yo le dije que no, que eso no iba a suceder, que yo había venido aquí sólo a trabajar. Y Jorge me dijo que eso lo decían todas y luego todas se enrollan con algún hombre.

Jorge llegó de Colombia un miércoles. Me trajo unas cosas que me enviaba mi hermana. Y me dijo que me cambiase, que nos íbamos para Betanzos, a casa de sus padres. Entonces, yo me cambié y salimos a cenar. Me dijo que le contase que cómo había ido en el piso durante su ausencia. Él quería que le diese información. Y nos fuimos para Betanzos. Pero, ese día, desgraciadamente, no fuimos a casa de sus padres. Fuimos a casa de un amigo. Y de ahí nos regresamos para Lugo de madrugada.

Al día siguiente salimos a comer todos juntos. Nos fuimos luego para La Coruña Jorge, Lorena y yo. Cuando regresábamos él se quitó el jersey. Llegamos al piso y yo lo veía como raro. Se fue para la cocina a hablar con las chicas. Y luego nos fuimos a tomar una copa a un club. Esa noche comencé a probarme ropa en el piso. Cuando Jorge estaba en la cocina y dejó caer como un pocillo. Esa noche le dio un derrame. Entonces, llamamos a Soraya, que era la única que tenía papeles en el piso. Y llamamos a una ambulancia. Cuando lo iban subiendo por la escala, él entró en coma. Duró unos ocho días en la residencia. Yo lloraba. Me sentía totalmente desprotegida. Me sentía como sola en España, como con ganas de regresar a Colombia. Y entonces Jorge se murió.

Los pisos

Desde que Jorge se murió ya empezaron los problemas en el piso. Los problemas vinieron porque venía mucha gente que usaba drogas, bebían, etc... Cuando estaba Jorge en el piso yo la pasé muy bien. Él fue muy bueno conmigo, bueno, se portaba bien con todas las del piso. Nos llevaba a comer a restaurantes...

Ya vinieron los rollos. Y dijeron y siguieron diciendo. A la final, Lorena y yo nos marchamos del piso. Nos fuimos para un apartamento en la Avenida de La Coruña. Y trabajábamos en el “Momo”.

En el piso de Armando Durán trabajé durante el año 2001. Con Romelina apenas trabajé, sólo alguna vez que me pidió que le ayudase. También estuve trabajando veinte días en un piso en Vigo. Bien. Normal. Trabajaba en la noche, pero en las plazas a mí no me iba tan bien como a Lorena. Yo siempre trabajaba mejor en el “Momo”.

Para trabajar en la prostitución hay que valer. Yo nunca fui de andar diciendo “cariño mío” y de tocar donde no debo... Yo soy muy cariñosa, pero en mi vida personal. Y en el piso hay que mostrarse y yo muchas veces ponía cara de mala hostia.

El club

A mí no me fue mal en el club. Empecé en el “Momo” y terminé en el “Momo”. Estuve trabajando allá desde el 2002 hasta que dejé de trabajar en la prostitución. El club sigue funcionando. Pero, yo ahora me alejé totalmente de ese mundo.

Yo no tengo la prostitución como algo frustrante ni que me haya marcado para nada. Lo que ocurre es que tú llegas acá, no conoces nada, y la prostitución es una alternativa que te queda. Yo no veo mal la prostitución y tampoco me siento que tenga que agachar la cabeza por eso. Amancio, el jefe del bar donde trabajo, nunca me ha dicho nada y tonto no es, que Lugo es muy pequeño...

En el club a veces el trabajo estaba bastante parado. La verdad es que a veces no entraba nadie. Y se veían siempre las mismas caras. El problema es que muchas veces la gente no tiene plata. Se nota que no hay *plática* y por eso es que no vienen los hombres. Pero, en el “Momo” lo normal era hacer cuatro o cinco clientes en una noche.

Casarse por papeles

En el 2004 me casé. Sí, me casé con un amigo. Él no me ha cobrado ni nada. Nos casamos por la iglesia. Así ha sido todo muy rápido y no nos molestaron tanto como hacen en el juzgado. Luego, tocó esperar. Tenía hecha la solicitud de revocación de la expulsión y también de la devolución

de mi pasaporte. Me la hizo Luis, un amigo, y después fue cuando metí mis papeles y ya.

El problema de las que venimos acá a trabajar es que te acose la policía. Deberían dejarte trabajar donde y como una quiera. Cuando llegas acá no te dejan moverte por toda España con libertad y eso te limita mucho. A todas las chicas que trabajan en esto deberían darles una documentación y también un carnet de sanidad.

Yo soy lo que soy y hago lo que hago. Pero, también estoy en desacuerdo con muchas cosas. Pienso que todo debe de tener unas normas. Yo, particularmente, no estoy de acuerdo con la prostitución de calle. Se da una imagen pésima de la ciudad y me parece que puede influenciar en la delincuencia.

La prostitución es la profesión más antigua que hay y nunca se va acabar. En la calle corres muchísimo más riesgo. Y a la comunidad también le perjudica porque hay chicas que se drogan, y se pelean por los sitios en la calle. Entonces, la imagen de la prostitución se va deteriorando de esta manera. Y nos juzgan a todas igual.

También considero que el problema de fondo no somos las mujeres, sino las mafias que traen a las chicas. Ni Lorena ni yo hemos tenido ese problema, pero las africanas sí que tienen que pagar mucho dinero para venir a España. Lo que hay que hacer es acabar con esas mafias. A las rusas también las trae una mafia pesadísima.

Algo claro es que la prostitución nunca se va acabar. Hay muchísimas chicas que han venido solas con su billete. Las mujeres que vienen por mafia no es tanto por la documentación, sino por la facilidad de pasar en el país de llegada. Es para evitar ese riesgo por lo que tú recurre a la mafia.

A todas las que trabajan en esto deberían darles documentación, para que no moleste la policía. A mí me cogieron en Madrid cuando fui a hacer una plaza con Lorena. Pero, siempre tuve miedo a la policía. Un día que fui con Toño a Ribadeo mientras él estaba trabajando yo me quedé esperándolo en el coche, y como dejó el coche allí abierto y mal aparcado vinieron los de la policía local y nos pidieron la documentación. Yo estaba muerta de miedo. Como tuve un poco de tiempo para pensar, reaccioné y les dije que no tenía conmigo mi documentación y les di un nombre falso. Desde aquel día pasé un tiempo que ya casi no salía de casa. Estaba muerta de miedo. Entonces, pensaba que de pronto me paraban por la calle y me pedían los papeles, y que iban y me botaban para Colombia. A mí eso me hubiera

dolido mucho, porque yo entonces ya estaba empezando a construir algo aquí. Fue por eso que yo me casé por papeles.

Hoy me siento una mujer que se ha superado a sí misma, que ha conseguido muchas cosas en la vida. Lo que pasa es que a veces soy un poco desagradecida con la vida. Hoy en día no tengo ninguna razón para comerme la cabeza. Tengo salud, tengo trabajo, un buen sueldo, buenos amigos, gente que me quiere, etc. Lo que he conseguido aquí en España lo he hecho por mí misma. Y yo misma tomé mis propias decisiones.

Montar un negocio

Mientras trabajaba en la prostitución siempre me decía: voy a quitarme de esta mierda. Y le decía a Lorena: Lorenita, vamos a montar un negocio. Ese ha sido siempre el sueño de mi vida.

Y Lorena y yo empezamos a mirar un local. Y entramos en un restaurante y aprendí el oficio de camarera. Luego, Lorena y yo tuvimos problemas y me marché. Entonces, fui a trabajar a una cafetería. Y un día, así de casualidad, una amiga me ofreció un trabajo en un hotel restaurante, en el “San Lázaro”. Pero, allí trabajamos horas sin reloj. Aguanté tres meses. Fueron muchas horas y me quemaron mucho. Y volví a la cafetería. Otra vez al lado de Toño... Allí aguanté cuatro meses. Fue en 2005.

Luego salí de la cafetería y me fui a Colombia. Era diciembre de 2005. Sólo estuve en Colombia cuarenta y cinco días. Necesitaba descansar y pensar sobre la vida.

Volví de Colombia y trabajé un mes en otra cafetería. El trabajo estaba bien, pero los jefes eran malísimos. Todo les parecía mal hecho. Y sin embargo, no sabían decirte las cosas. Te lo decían de una forma... Te gritaban. - ¡Tú no sabes que como camarera tienes que rellenar las servilletas! Y cosas así.

En aquella época fue cuando me llamó Amancio. Me pidió que fuese a trabajar con él. Y desde entonces estoy trabajando en el “Trapezio”. Estoy muy contenta. Amancio es muy bueno como persona y nos entendemos muy bien. Y el salario es muy bueno. Gano novecientos euros y aquí en Lugo en la hostelería esto es muy buen sueldo.

Con Toño las cosas no funcionan demasiado bien. Él es muy buen amigo, muy buena persona. Pero, como pareja es un desastre porque tiene un

defecto muy grande y es que le gustan todas... Discutimos mucho por eso. Nos hemos dejado y hemos vuelto así ya varias veces. Luego, él también me trajo a Berta, su hija mayor, al piso. Ella había reñido con la madre, con todos. Lo que no me gustó fue que me lo impusiera, que no me consultase. Y esa niña se portó muy mal conmigo. Que si la puta esa... Creo que todo el mundo merece un respeto, y ella no me respetaba nada, todo el día de fiesta, trayendo a sus amigas a casa... Yo les tengo un poco de rencor por eso...

Un trabajo que está mal visto

El problema de la prostitución es que es un trabajo que está mal visto. Lorena y yo si nos encontrábamos a alguien por la calle apartábamos la cara y nunca saludábamos a nadie.

Lo mejor, sin duda, ha sido el dinero. El mundo de la noche puede aportarte cosas buenas y cosas malas. Pero, a mí no me aportó nada. No me aportó otra cosa que el dinero, que desde luego es algo muy importante.

Yo siempre he querido ser una persona normal. Siempre he tratado de vestirme y de parecer una persona normal, de no llamar la atención. Y nunca he tenido problema. No he entrado en ningún sitio que me hayan dicho: - Mira, ahí viene esa puta. Sin embargo, hay otras chicas que les pasa eso, es como si lo llevaran en la cara.

Yo antes tenía una idea muy diferente de lo que son las prostitutas. Para mí antes una prostituta era como una mujer sufrida, una mujer que vive de noche, duerme de día, que está cargada de hijos, etc. Sin embargo, ahora ya no tengo esa idea. Algunas se pegan la gran vida. ¡Ojo! No es que me guste ser prostituta, pero sí que puede ser una buena vida para una perezosa.

Cuando trabajaba a mí me podían hablar de mi trabajo todo el tiempo. Pero, si me mencionaban la palabra "prostitución" era como si me dieran un golpe en la cabeza, que me hacía reaccionar y que me decía: eres una prostituta. Yo a mi trabajo lo veía como muy normal, hasta que aparecía algún cliente que me hacía meterme en lo mío, como por ejemplo, cuando dicen: vamos de putas.

Se puede ganar muchísimo dinero. Y a mí no puedo decir que me haya ido mal. En esto se manejan muchísimas cifras. Y cada mujer da su cuerpo por la cantidad que ella libremente estipule.

La mayoría de las mujeres que venimos acá no haríamos esto en nuestro país. Eso es por la sociedad en sí, porque te conoce muchísima gente. La prostitución siempre es un tabú y la gente te señala por la calle. Eso influye en que las españolas tampoco quieran trabajar aquí. A las extranjeras aquí nadie las conoce. Sí, yo soy una niña decente en mi país...

A nosotras mientras trabajamos nos da igual lo que piensen aquí. Esto hace también que algunas mujeres se desboquen, al no estar aquí la familia. Y sobre los clientes nunca he tenido ningún problema. La prostituta sin ellos no puede trabajar... De todas formas, los clientes más pesados se reprimirían más con las chicas si la prostitución fuese un trabajo legal. Hay clientes que abusan de las chicas en la habitación porque saben que son chicas indocumentadas y las amenazan con llamar a la policía.

Recuerdo una vez que a Lorena le tocó devolver el dinero. El cliente pagó veinte minutos y en ese tiempo el cliente no se corrió. Ella no podía hacer más porque después de ese tiempo ya te estaban llamando a la puerta. Entonces, aquel hombre empezó a hacer escándalo y a decir que iba a llamar a la policía. El tipo aquel cogió el móvil y llamó a la policía. Recuerdo que a Lorena ya le estaba dando un ataque de asma. Nosotras entonces le devolvimos el dinero y sólo así se marchó.

Esto también me pasó a mí aquí en Lugo. Un día vino un cliente y también le tuve que devolver el dinero. Es injusto que tú te quedes con el cliente más tiempo del convenido por el dinero mínimo. Por eso debería de haber unas normas.

Por lo regular, el cliente que menos paga es el que más pide. Pero, a pesar de todos esos problemas yo estimaba a los clientes porque ellos son los que dejan el dinero. También, pienso que si legalizasen la prostitución a algunos clientes se les podía quitar el morbo de amenazar a las chicas y se acabaría con todos los abusos.

Pero, tanto en el piso como en el club, cuando yo trabajaba, la mayoría de mis clientes eran *clientecitos*. Y me trataban muy bien.

Ahora pienso que muchas mujeres que vienen acá están engañadas de la vida. Pero, claro, la gente en mi país dice que en España ganas dinero a punta pala. Yo, por ejemplo, cuando viajo a Colombia gasto mucho dinero y si no estuviera acá no podría gastarlo. Eso lo ve la gente y es por eso que quieren venirse todos. La gente se queda un poquito alucinando con el dinero.

Para nosotras las mujeres extranjeras el estar aquí y quedarnos tenemos que tener los ovarios muy bien puestos. Tu misma vida son tus amigos. Y cuando estás aquí en un país extraño estás como perdida. Pero, eso ocurre tanto si trabajas en la noche como si trabajas en otra cosa. Y da igual que sea España o los Estados Unidos.

El trabajo en la prostitución es una oportunidad que debes aprovechar y nomás. Trabajar un tiempo para ahorrar dinero y conseguir tus objetivos. Pero, luego cambiar a un trabajo normal. Es mejor, porque las que siguen en esto la mayoría acaban metiéndose en drogas.

Ahora ya no volvería a trabajar más en la prostitución. Pienso que puedes conseguir el dinero de otra manera. No, es una vida que ya no quiero para mí. Nunca te acabas de sentir bien contigo misma. Si tienes un amante y te ayuda con tus gastos y eso, entonces sí. Pero, trabajar en un club o en un piso no, eso ya no lo quiero. No es vida. Eso está bien cuando llegas acá y te marcas unas metas. Yo ya las he conseguido. Y a mí me gusta ser una persona independiente.

LORENA

Anserma

Nací el 12 de julio de 1979 en un pueblito que se llama Anserma, en el departamento de Caldas (Colombia). Tengo tres hermanos, todos varones. Mi papá hace de todo, oficios varios. Yo soy la única mujer.

Mi infancia fue ambigua, pues tuve momentos muy felices, pero también viví cosas muy tristes. Sufrí mucho relativamente, porque mi papá era muy bebedor. Era el típico que llegaba y de pronto se ponía a ofender a mi mamá. Entonces, fue una infancia en que sufrí mucho. Más también que mi papá llegó a crear un ambiente de mantener mucho las apariencias. Por eso sufrí mucho.

Mi mamá era profesora en la escuela del pueblo, y mi papá también trabajaba. Pero, el dinero todo se lo bebía. Nuestra infancia fue difícil por mi papá precisamente. Él siempre pretendía dar una imagen como ideal en el pueblo, pero la verdad, a nosotros nos faltaba lo más básico en casa. Llegamos, sí, a tener necesidad por eso.

Pero, también mi infancia fue feliz por mi mamá, porque ella era una mujer muy abnegada. Siempre procuró cuidarnos, que estudiásemos y que fuésemos luego buenas personas en la vida.

En Anserma vivimos unos diez años. Después, nos fuimos a Manizales. Mi mamá es de Manizales y mi papá de Anserma. Nos marchamos a Manizales por todos los problemas..., no voluntariamente.

Anserma es un pueblito pequeño. Allí hay mucho donde ir a bailar. Allá la gente cree también en muchas cosas. Ritos y eso. Dicen que Anserma está construida sobre un lago. Está sobre una colinita. Y dicen que debajo hay un lago y al otro lado hay un túnel que hicieron los indios. Y que cualquier día se hunde...

Anserma tiene también una maldición: un día llegó una mujer preciosa que se llamaba Anselma, y todos los hombres iban detrás de ella. Ella era una prostituta, y todos los hombres iban con ella. Hasta que llegó la Semana Santa, y ella les dijo a los hombres que quería que la sacasen en la procesión como una virgen. Y los hombres, que estaban embobados, la sacaron como a una virgen, desnuda, sólo con un manto en la cabeza. Entonces, el sacerdote se colocó en la puerta de la iglesia y la maldijo a ella

y al pueblo. Entonces, las campanas de la iglesia rodaron y cayeron al río. La gente dice que se escuchan tocar las campanas en el río. Cuando la maldición todo el mundo tuvo que irse para sus casas. Y en la casa donde vivía ella, aquella mujer se ahogó junto con muchos de los hombres que la habían amado. Esa es la historia. Me la contó mi abuela, que tiene sesenta años, dos hijos y doce nietos. Uno de los hijos es mi papá.

Anserma es un pueblo con muchas tradiciones. Se celebran las fiestas del regreso cada tres o cuatro años. La gente se reencuentra. Los viernes, sábados y domingos es cuando hay más gente en el pueblo. Por la calle principal pues te encuentras todos los negocios donde puedes tomar algo, y los carritos con dulces, y los que venden los mangos.

En Anserma no vives la violencia. Eso sí, al ser un pueblito muy pequeño, todo el mundo se conoce. Hasta que según la maldición se hunda en el túnel...

Nosotros vivíamos frente a un coliseo. Nuestra casa tenía teléfono y en aquellos años eso significaba tener dinero. Resulta que se instaló en el pueblo una patrulla del ejército. Se instalaron en el coliseo. Ellos visitaban mucho nuestra casa para llamar por teléfono. Mi abuela estaba encantada. Ellos tenían reuniones en las que preparaban hacer una limpieza en el pueblo. Querían matar a los indigentes. Y esas matanzas se hicieron. Un miembro de mi familia fue testigo de eso. Ellos se fueron. Pero, antes lo amenazaron, que si abría la boca lo matarían y con él a toda su familia, es decir, a nosotros.

Yo tenía entonces unos catorce años. Los soldados se fueron y nosotros empezamos a recibir llamadas telefónicas amenazándonos. Y ya empezaron a seguir a mi mamá cuando ella iba a la escuela. También a mi papá. A mí también algunos días cuando iba al colegio. Prácticamente nos encerraron.

Entonces, a mí me retiraron del colegio y me enviaron a Manizales. De Anserma a Manizales hay unas dos horas en autobús. Me iba los lunes y regresaba los viernes. Para ir de Anserma a Manizales hay que pasar dos pueblos: Risaralda y Arauca. Hubo una época en que me tocó viajar todos los días. La carretera era muy mala. Salía del colegio corriendo para no perder el bus. Y llegaba a casa sobre las nueve y media, molida por el viaje. A veces me pagaban el pasaje cuando llegaba a casa. Y un día el conductor no me quiso llevar. Le lloré desesperada y no me quiso llevar. Me dejó allá sola en el terminal. Yo no tenía nada de dinero y no sabía qué hacer. Entonces, le dije a un señor que me regalara cien pesos, y aquel señor me

vio tan asustada que me dio doscientos. Llamé a una amiga y vinieron a recogerme. Pude comer y dormir entonces.

Luego, me buscaron en casa de otra amiga una pensión para quedarme. Tenía que llevar la cama de Anserma para Manizales porque allí no tenían en la casa. Y me llevaron la camita mis hermanos. Y se quedaron también sin pasaje. Nos subimos al bus y sin dinero. Cuando llegamos a Anserma no veíamos a mi papá...

La política

Por aquella época mi mamá comenzó a hacer papeles de ser una docente amenazada. Entonces, vinieron los de la Fiscalía y a mi mamá se le concedió lo de docente amenazada, y a nosotros nos concedieron la de testigos protegidos, pero en Medellín. Nos dejaron una casa por seis meses y también nos daban una mensualidad. Yo me gradué en Manizales. Y de allí me fui para Medellín.

Yo allí vivía prácticamente sola, y tenía que hacer de mamá, puesto que mi mamá estaba en Manizales. Más tarde se acabó la protección y decidimos ir a vivir a Manizales. Allí me contactaron con un político y me puse a trabajar en las “Juventudes Actuando” (Partido Conservador) como secretaria. Mi jefe me ayudó mucho hasta que llegué a manejar la oficina yo sola. Al ganar mi jefe en las elecciones me fui con él como asistente en el Consejo. Él trabajaba con los grupos más marginales de la ciudad. Les celebrábamos a esa gente los días más especiales. Yo también era instructora de los aeróbicos. Yo era la mano derecha de mi jefe. Incluso la novia de él me llegó a coger como odio. También comencé a ayudar con el dinero a mi familia.

A los diecisiete años me quedé sin trabajo. Yo nunca tuve contratos legales. Siempre fue todo de palabra. Mi jefe también se quedó sin empleo. Nuestro partido perdió las elecciones. Pero, yo necesitaba trabajar y buscaba trabajo por todos lados. Y para las Navidades les pedía a todos mis amigos un regalo. Así yo recolectaba como cien o ciento cuarenta regalos. Y luego se los llevaba a los niños de la comunidad.

Después, me llamó un amigo de mi jefe, pero que trabajaba en otro partido, el Partido Liberal. Y me fui a trabajar con él. Trabajé con él como unos tres meses. Y por una secretaria que trabajaba allí conocí al que hoy es mi marido. Yo tenía diecinueve años cuando lo conocí y él treinta y ocho.

Henry Manuel

Salí tres meses con él y ya me casé. Fue en el año 1999. Yo estaba loca. Ahorita me arrepiento... Me casé con él y al poquito tiempo me quedé embarazada.

¿Por qué me casé? Por tonta. Yo creí que iba a conseguir la estabilidad con él. Económicamente Henry Manuel estaba muy bien. Yo creí que iba a coger el cielo con las manos. Y no fue así... Él también me ayudó mucho, porque me motivó para que estudiara y me pagó la universidad. Pero, lo material no lo es todo en la vida. Y él es muy perro, muy mujeriego. Yo sabía quién era él, porque me lo habían comentado. Después de casarnos, él respetaba el hogar, pero por la calle iba con muchas mujeres. Hasta que lo pillé con mi mejor amiga...

Mi madre siempre quiso que yo fuese una profesional, que estudiara, antes de tener hijos. Por eso mi embarazo fue muy duro para ella. Yo supe exactamente el día que quedé preñada. El tipo se puso muy contento, estuvo mucho conmigo. Él ahora quiere mucho a la niña. Creo que es su única hija, aunque no sé lo que tendrá por ahí...

Yo ahorita no hablo con él desde hace un mes. Resulta que se quedó sin contrato y no pudo pagarme el curso de carrera. Ya llevábamos año y medio y tuve la niña. Los hombres en Colombia son muy machistas. Él me venía siempre a recoger y yo no podía salir con mis amigos ni nada. Era una persona muy fría. Aunque yo lo admiraba mucho a él. Eso fue lo que hizo que yo le quisiera.

Henry Manuel fue muy pobre de niño, y como pudo, estudió y consiguió una beca. Y así empezó, con contactos. Se hizo solo. También derrochó mucho dinero en mujeres y en trago. Pero, fue una relación bien, normalita. Durante mi embarazo me ayudaba mucho en todo. Fue bonito porque la niña fue esperada. Aunque en el momento del parto él no estuvo, porque estaba en una obra. Yo creo que tener la niña fue el momento más feliz de mi vida... No olvido cuando vi a mi hija por primera vez. Eso es increíble.

Luego que tuvimos la niña, yo le dije que quería conseguir mi dinero y no ser siempre dependiente de él. Yo quería buscar un futuro para mí y para mi hija, ir a cualquier sitio.

Viajar a España

En mi país hay un programa de radio en donde la gente saca anuncios diferentes. Y salió una vez uno que decía que necesitaban chicas para trabajar. Yo anoté el teléfono y llamé. Y me dijo una señora que era para viajar a España, y para trabajar en esto. Yo entonces le colgué el teléfono. En aquellos momentos en mi familia también las cosas estaban mal económicamente. Y le comenté a mi hermano que había llamado allá y que me habían dicho eso. Y él me apoyó y me dijo que adelante. Le comenté luego a mi mamá. Y ella me dijo que no, que cómo iba a trabajar en eso.

Y esa misma tarde llamé de nuevo. Y me dijeron que fuera allá. Me citaron y al otro día fui a una casa. Allí había un matrimonio, un español y una colombiana, y ellos me explicaron todo: que tenía que trabajar de prostituta, en un piso, que ellos me dejarían el dinero para viajar... Yo no tenía ni para sacar el pasaporte. Me dijeron que yo viajaría a España al cabo de dos meses, con una persona que me pasaría.

A los tres días me llamaron. Y me dijeron: - Mira, tu viaje se adelantó y sales dentro de ocho días. Cuando me dieron esa noticia yo recuerdo que cogí a mi hija y la apreté duro y me puse a llorar y a llorar. Hasta que vino mi mamá y nos separó.

Luego saqué mi pasado judicial. Y fui a la agencia de viajes acompañada de la mujer. Ellos me compraron el billete. Yo luego le dije a mi esposo: - Me voy en ocho días. Ya tenía el billete en la mano. Y él me dijo: - Yo te apoyo, pero recuerda que tienes una hija.

Durante esos días aproveché para estar mucho tiempo con mi hija. El viaje fue de Manizales a Bogotá y luego de Bogotá a Frankfurt y a Barcelona. Y en Barcelona ya me trajeron en coche hasta Lugo. Yo viajaba con ese chico que me iba a pasar. Entre ellos y ese chico hubo inconvenientes. Un día antes ellos se enfadaron. En mi maleta apenas traje un poco de ropa y un libro de oraciones. No quise que me acompañaran al aeropuerto. Mi vuelo salía a las nueve de la mañana. Dejé a mi hija dormida. Me despedí de todos y salí. En el aeropuerto el chico estaba allí. Cuando llegamos a Bogotá él me saludó. Y así empezamos el viaje, y en Inmigración dijo que yo era su novia. Lo peor fue en Frankfurt. Allí te ponen muy nerviosa. Yo llamé por teléfono a mi contacto en Barcelona. Y después vino a recogerme. Me encontré allí con Claudia. Y nos vinimos las dos con el tipo para Lugo.

El piso

Fue difícil adaptarme al principio. Entonces yo estaba muy delgada. La noche en que llegué no trabajé, me fui a descansar. Como no tenía ropa para trabajar me compraron unas blusas. Y así fue como empecé a trabajar. La primera persona con la que estuve fue con un viejito. Fue horrible... Me sentía como sucia.

En el piso éramos cinco chicas. Pamela, yo, dos colombianas y una dominicana. Una colombiana era también la encargada del piso, aunque ella trabajaba y era como nosotras.

Una chica que me ayudó mucho cuando llegué fue una de las colombianas. Aunque, ahora ya no nos hablamos. Me dijeron: - Tú aquí vienes a putear, y como puta te debes comportar. Entre todas me hicieron ver la realidad. El viejito me dio mucho dinero, joyas, el teléfono móvil, etc.

En el piso trabajaba muy bien. Lo más duro eran los servicios raros como la lluvia dorada. Yo flipé con eso... Trabajaba siempre en lencería. También me resultaba difícil hacer el “streaptease”. Yo lo he hecho como cuatro o cinco veces. Pero, tengo que beber para poder hacerlo. Es muy difícil, todo el mundo mirándote y eso... El lésbico también me parece horrible hacerlo. Es fastidioso hacerlo. Hay clientes que exigen hacerlo real. A mí no me ha tocado, pero conozco chicas que sí les ha pasado, y es muy difícil.

Lo más frecuente aquí es el servicio normal: comenzar con un poco de francés y luego la penetración. Pero, aquí en Lugo también piden mucho el griego, aunque yo no lo hago. Yo hago todos los servicios, menos ese.

Trabajé en el piso unos ocho meses. Al cabo de un mes pagué toda la deuda, que eran entonces unas setecientas mil pesetas. No me dolió, porque yo no había pagado nada. Como el piso no podía quedarse sin chicas, Pamela y yo nunca podíamos salir juntas. Luego, nosotras ya estábamos cansadas de muchas cosas. Y empezamos a buscar piso. Pero, como no teníamos papeles era difícil. Yo le dije a Pamela que cogiera el piso, que a mí me daba igual. Y yo me fui a Vigo a hacer una plaza de veintiún días. Una chica fue la que me dijo que en ese piso de Vigo se trabajaba muy bien. Pero, allí había más reglas: no podías salir más de una hora por la mañana; tenías que comer antes de las doce para que no hubiera olor a comida en el piso; y teníamos que dormir en las mismas camas que trabajábamos.

Cuando regresé a Lugo me fui para el piso que había cogido Pamela. Nosotras siempre quisimos tener un piso de trabajo, pero es muy difícil por los vecinos, los clientes que se pegan al timbre, etc. En el piso de la Avenida de La Coruña estuvimos como cinco o seis meses.

El club

En el club comenzamos a trabajar al cabo de seis meses de llegar a Lugo. Ahorita somos siete u ocho chicas. Bueno, la semana pasada éramos catorce. Somos ahora colombianas, cuatro dominicanas y una brasilera. La semana pasada había más chicas porque tú sabes que las chicas van y vienen continuamente. En ese club no hay problema, ni es necesario pedir plaza. Un día puede haber cuatro mujeres, y al otro ocho. Sólo tienes que llegar y pedir trabajo, y ya está.

Siempre va la misma gente. Un cliente de un club está claro que se va por todos los clubes. Entonces, allá va casi siempre la misma gente. Es raro que llegue gente nueva. La dueña del club “Momo” es una dominicana. Tiene sus más y sus menos, pero bien dentro de lo que cabe, no es una persona tirana ni mucho menos.

El horario de entrada en el club es a las once y media y la salida a las cinco en la semana, y a las seis en fines de semana. El pase mínimo son treinta y dos euros (los dos euros son para la sábana y el preservativo). De los treinta y dos euros, veinticuatro euros son para ti y ocho euros para la casa. Pero, tú siempre pides más. Lo normal son cuarenta euros. Hay también el baboso que se te acerca y te ofrece veinte euros. Yo entonces le digo: no, cariño.

Por las copas igual. Se sacan también seis euros. Las más caras, un benjamín, por ejemplo, valen treinta euros; las otras, veinte. Hay muchos clientes que pagan los treinta euros, sobre todo si son clientecitos. También hay algunos que te pagan hasta cien euros por un servicio de media hora. Si vienen encocados es normal, te piden que les hagas esto y aquello, y yo les digo: sí, cariño, yo te hago todo eso.

La mayoría de la gente que viene al club es gente mayor, de cuarenta años para arriba. La verdad, al club va poca gente joven. En cuanto a las compañeras hay de todo. Nosotras somos personas que hablamos poco con ellas. Si estamos Pamela y yo permanecemos juntas en una esquinita, y si estamos alguna de nosotras sola pues también, vemos tele y procuramos mantenernos al margen.

Sabes, hace poquito una chica del club me dijo: - Lorena, me han dicho que te has hecho la lipo y que has pagado tres mil quinientos euros por la lipo, y también que estás muy enamorada de un español... Y la chica me dijo el nombre y todo de la que se lo había dicho, pero yo no la conozco de nada. Y ella que sí, que juraba y perjuraba que me conocía.

Mucha gente también dice que Pamela y yo tenemos algo..., que somos pareja, vaya. Y nosotras para hacerles el juego, a veces nos pasamos un chicle con la boca, y así que se lo monten... La verdad es que Pamela y yo nos llevamos muy bien.

Al principio, en el club yo pagaba todo el porcentaje a la casa. Porque si haces un pase de, por ejemplo, setenta euros, doce euros son para la casa y así el porcentaje va subiendo. Pero, luego la experiencia ya va haciendo a una. Y yo ahora si hago un pase de más dinero, digo que es un pase de cuarenta euros y así me quedo con el resto del dinero para mí. Eso lo aprendes porque te lo dicen las chicas. Entonces te das cuenta y haces lo mismo.

Yo creo que la mujer colombiana que vive en este mundo es conflictiva. Le gusta mucho intrigar, si puede hacerte daño te lo hace. De por sí, los colombianos ya somos personas poco tolerantes, algo conflictivos. Bueno, unos más que otros, pero sí que lo somos. Con las brasileras yo me llevo muy bien. Por ejemplo, con Jacqueline, aunque a ella la retiraron y ya hace mucho que no trabaja en esto. Pero, yo, la verdad, con las brasileras la tengo super super bien.

Yo creo que las mujeres colombianas deberíamos darnos más apoyo y eso. Pero, es imposible, a la mínima te dan la puñalada por detrás, no aguanta. Tampoco soy una persona que me guste visitar a amigas como hacen otras. Y no lo hago porque no me gusta que me enreden la vida, que me digan luego que si hago o no hago eso. Yo odio eso.

Yo soy una mujer pasional. Soy tauro de signo. Cuando tomo una decisión la sigo con todas las consecuencias. Algunas dicen que también soy un poco creidita. Tal vez en cierta forma sí que soy un poco chulita. Pero, aquí en Lugo soy muy reservada, y también desconfiada. Pero, yo creo que también soy una persona muy noble. A mí en Colombia me gustaba mucho trabajar en las obras sociales, llevar dinero para los niños de los barrios pobres.

Allá, las dominicanas que hay todas están legales. Sin embargo, las colombianas estamos todas ilegales. En el tiempo que llevo yo allí trabajando no ha venido nunca la policía a pedir documentación. Bueno, alguna vez si que vino la policía, pero por algún problema tonto, de algún cliente que estaba poniendo problemas y entonces llamaba la dueña. Pero, a mí nunca me tocó que llegara la policía cuando yo estuviese.

El cuaderno de Nidia

Yo creo mucho en las cosas paranormales. ¿No te conté lo que me pasó una vez con un perro? Yo era muy jovencita, iba a salir del colegio y le pedí a una compañera que me pasara el cuaderno. Y ella me lo dejó, pero me repitió varias veces que se lo devolviese el lunes.

Luego, fui a mi casa. Tenía que cruzar por una calle con mi papá. Y se me acercó una chica y me dijo: - ¿Tú no vas a colaborar con la corona? - ¿Cómo, qué corona? - Es que Nidia se murió y estamos colaborando para llevarle una corona. Y Nidia era la compañera que me prestó el cuaderno. Yo todavía no me lo creía. Cuando llegué a casa y me tiré en mi habitación, y me llamó mi mamá para rezar el rosario, yo le contesté que no quería. El perrito que teníamos estaba debajo de la mesa donde estaban reunidos rezando el rosario. Yo les dije que no, que no quería rezar el rosario. De un momento, el perrito empieza a aullar y entró en la habitación y me cogió del pelo y me tiraba como si quisiese que fuese a rezar el rosario. Era un perro que no era grosero, pero se puso a aullar muy feo y se le veían esos ojos como blancos. Y el perro se me venía encima. Entonces, me levanté y fui a la mesa a rezar el rosario con los demás, y el perro se fue también para debajo de la mesa y ya dejó de aullar. Luego, cuando volví a mi habitación abrí el bolso y me encontré el cuaderno de Nidia abierto por la última página que había escrito. Luego, me enteré de que Nidia se había suicidado. Había inyectado un fungicida en una mandarina y se la había comido delante de toda su familia. Nidia tenía entonces quince años, y nunca nadie supo porqué lo había hecho. Yo nunca podré olvidarlo...

Yo también creo muchísimo en los sueños. Los sueños me dicen cosas. Dos días antes de que me cogiera la policía yo tuve un sueño de todo como luego ocurrió, de que estábamos en el calabozo, que nos retenían los pasaportes y que Pamela me echaba la culpa de que me la había llevado a hacer la plaza a Toledo. Sí, los sueños a veces me cuentan cosas... Y cuando sueño con alguna persona que hace tiempo que no sé nada, siempre le pasa algo, o se quiebra un pié o sufrió una operación o una enfermedad.

También es cierto que he leído mucho sobre el tema. Y también hice la güija muchas veces. Lo que pasa es que con eso no se puede jugar, porque a las personas cuando se van hay que dejarlas. Yo nunca dejo unas tijeras abiertas. Les tengo fobia. Nunca recibo la sal. Dicen que la sal puede atraer tanto las buenas energías como las malas.

En mi país esas cosas son muy corrientes. O por ejemplo, cuando te tienen envidia o viven preocupadas por tu vida, si llevas una prenda de oro, por ejemplo, un anillo o una cadena, se revienta. A mí me pasó varias veces con la esclavita que llevo aquí en el pié. Le ponía una piecita y seguía reventándose. Por ese tiempo me pasaron cosas raras. Cuando dormía sentía como si hubiese alguien en mi habitación. Sentía que la cama se hundía y no podía moverme. Me despertaba asustada y me encontraba agotada. Estuve como una semana así. Incluso veía la sombra de un hombre, pero no podía verle la cara. Era horrible. Le comenté a una de las chicas del club lo que me estaba pasando, y me dijo que cogiera las tijeras abiertas y las colocase debajo de la almohada. Y también me acosté con todas las estampitas de santos que tenía. Y desde ese día, nunca jamás. Ni tampoco se me volvió a reventar la esclava del pié.

Las plazas

Yo la primera plaza que hice fue cuando salí del piso a donde llegué, es decir al cabo de ocho meses. Fue en un piso de Vigo. Había allí cinco chicas conmigo. Yo no conocía a nadie. Es muy difícil que uno conozca a alguien en una plaza. Conseguí el teléfono por una amiga, que me dijo: - Vete para allá, que tú trabajas bien allá. Y yo fui, llamé y pedí la plaza. Me la dieron y me fui. Nunca había salido de Lugo, así que no conocía nada. Me veía como estancada, así que tomé la decisión de ir y hacer la plaza.

Me recibió la dueña del piso. Me dijo cuáles eran las normas, donde iba a dormir y me preguntó qué servicios hacía. Luego, me enseñó la habitación. Allí se dormía en la misma habitación en que se trabajaba. También había un travesti. En cada habitación éramos dos chicas. Si alguna chica se ocupaba en la misma habitación tenías que salir y a veces te tocaba estar en la cocina. También me tocó alguna vez dormir con el travesti. Me reí mucho con él. Era muy divertido. En el piso también había un saloncito donde podías ver la tele, pero eso sí, la tele que la jefa quería...

Pero, el trato era bueno. A mí la jefa me llamaba “mi barbi pequeñita”. Lo trataban a uno muy bien. Pero, había cosas que también te estresaban. Por ejemplo, que no podías salir más que una hora en la mañana. Allá el

servicio son veinticuatro horas. Pero, para salir tenías que levantarte temprano porque si no se te adelantaban las otras chicas. La dueña permanecía sentada durante todo el día en una silla que ella llamaba su “trono”. Tomaba litros de café y fumaba. Yo no me explico cómo aguantaba así todo el día.

En el piso éramos varias colombianas, una argentina y una brasilera. La travesti era argentina. Era muy muy guapa. Conocí a dos travestis argentinas y las dos eran guapísimas. Ya quisieran muchas mujeres estar así...

El trabajo allí era muy bueno. Me iba muy bien más que nada en las salidas. Sobre todo porque en las salidas te encontrabas con gente que se metía coca, que son gente que por lo regular pagan muy bien. Recuerdo a un cliente en especial que iba de coca y que daba muy buenas propinas. El tipo te arreglaba la noche o el día. La salida eran ciento veinte euros más el taxi, y él te regalaba sesenta euros. Hombre, no todos son así... Pero, sí, sí que hay.

En el piso de Vigo estuve otras dos ocasiones. En las salidas me fue igual de bien, pero en el piso el trabajo había bajado bastante. Antes las gomas las ponía la dueña del piso, pero ya la última vez que fui las gomas tenía que ponerlas la chica. Y así fue volviéndose muy *cansona*.

En las plazas yo como muy mal. Me da mucha pereza hacer de comer. Además, también es una incomodidad el hecho de que tienes que hacer la comida sólo durante unas horas, o que no puedas hacer comidas que huelan mucho, como por ejemplo pescado. Así que yo cuando voy a una plaza me alimento a base de yogur, cereales, atún, etc. Durante la última vez que estuve en esa plaza en Vigo bajé cinco kilos. Estaba muy estresada, sobre todo por el encierro. Una plaza de veintiún días yo la soporto. Pero, después de veintiún días el cuerpo ya me pide calle y me resulta difícil aguantar más tiempo.

Una vez hice una plaza en Vitoria. Fue en agosto de 2002. Allí trabajé super bien. Era un piso en el centro de la ciudad. Una tiene que mandar la foto de cuerpo entero allá para poder ir a trabajar. Yo la mandé. Una amiga me dijo que eso era peligroso, que si luego pueden mandar la foto por internet y todo eso. Pero, a mí me da igual. En mi familia ya saben todos que trabajo en esto. Bueno, menos mi hija. Así que no me preocupa.

El piso está muy bien. Éramos dos colombianas y una brasilera. Dormíamos las tres en la misma habitación. Lo pasamos bien juntas. Podíamos ver televisión hasta la hora que quisiéramos. Había también una encargada colombiana. Nosotras comprábamos la comida, casi siempre en “El Corte Inglés” porque quedaba muy cerca, y la encargada nos hacía la cocina. Nos hacía *sancochos* y comida colombiana de toda clase. Si te veían con cara de dormida cuando ibas a pasar, la encargada o la jefa cuando estaba, te decían: - Vuélvase y no vuelva a pasar. Luego, además, la jefa le preguntaba siempre a los clientes: - ¿Qué tal la chica?

Allí a los veintiún días exactos lo están quitando a uno. No le dejan a uno permanecer allá más tiempo. Allí en Vitoria no puedes pasar con botas ni con vaqueros. La dueña del piso dice que las botas son propias de chicas de club. Y es verdad.

Con las compañeras me fue muy bien. Nos ayudábamos mucho. Con una todavía hablo por teléfono con frecuencia.

También me hice una plaza en Girona. Eso fue como en noviembre de 2002. La chica que conocí en Vitoria me dio el teléfono de la casa y me dijo que allá se trabajaba muy bien. Y me fui para Girona. Pero, allí sólo estuve quince días. La dueña del piso estaba medio loca. Pero, no sólo eso, sino que cuando yo entré en un saloncito pequeñito había como un camarote, y conmigo éramos seis chicas. Y todas dormíamos allí, algunas incluso en el suelo. Casi me muero. Me dolía toda la espalda, te lo juro. La maleta no podías tenerla en la habitación, tenías que llevarla a un rincón en el patio. Y en la cocina no se podía cocinar, tenías que cocinar en un hornillo que quedaba por allá donde la lavadora. Había un solo cuarto de baño y pequeñito pequeñito.

Se trabajaba las veinticuatro horas. Sólo podías salir una hora durante la mañana. Y la dueña llamaba por las noches para preguntar que quién había salido durante el día. Era muy rara aquella mujer, y te echaba a la mínima. Además, es una mujer que denigra muchísimo a la mujer que está trabajando en esto. Cuando yo estuve allá éramos una dominicana, tres colombianas conmigo, y dos brasileras, aunque a una de las brasileras la echó antes de que yo me regresase.

Allí lo más raro es que la casa está llena de espejos, desde que entras hasta en las habitaciones. Cuando se fue la brasilera yo empecé a dormir con la otra brasilera, y lo más gracioso es que ella era lesbiana. Pero, no me molestó para nada. Aunque, a veces se me metía en la ducha y me decía: - Déjame verte el tatuaje. Y yo se lo enseñaba... Yo le dije desde el primer

día que a mí me gustaban los hombres, pero no pasaba nada. Yo me la llevé muy bien con ella, y también con la dominicana. Y sigo hablando por teléfono con las dos.

Cuando yo llevaba unos catorce días una noche llegaron seis chicas más. Y nos juntamos allí trece chicas. Y no teníamos mantas suficientes para todas. Al otro día llegó la dueña y echó a varias chicas diciéndoles que ya no había plaza. Yo entonces, ese domingo cogí, empaqué maletas y me dije me voy. Sólo me despedí de Samantha y de la dominicana. Y me vine. Me cogí un taxi desde Girona hasta Barcelona. Allí cogí el tren y me vine para Lugo.

Las salidas

Yo a las salidas nunca les he tenido miedo. Será porque nunca me ha pasado nada. Lo único raro que me ha pasado que recuerde fue que un tipo quería que me metiese en la ducha con él en su casa. Cuando terminamos, él me dijo: - Yo te voy a decir algo, es que mi mujer llega de trabajar ahora. Yo cogí y en un segundo me vestí, con el cabello mojado y cuando bajé pedí el taxi. Es muy frecuente, los hombres no respetan eso, les gusta hacerlo en su cama. A mí me ha pasado varias veces eso.

Otra vez me pasó en una salida que me encontré a un señor que me recibió en una silla de ruedas. A mí se me notó en la cara. Y el señor me preguntó que si tenía algún problema. Yo cómo podía decirle que sí..., así que le dije que no. Pero, me encontré muy mal. A mí me daba como impresión. No le miraba de la cintura para abajo. Tenía mucho miedo a lastimarlo. No sabía ni qué hacer. Pero, desde que se quitó la ropa ya vi que funcionaba... Él se aproximó a la cama con la silla de ruedas y se colocó en la cama. Pero, claro, fui yo la que tuvo que ponerse encima... Pero, el señor era muy majo. Luego, estuvimos hablando un rato.

No, en las salidas nunca he tenido problemas. Aunque, sí, sí que conoces gente extraña o un poco rarita. Por ejemplo, un tipo que le echaba el pasador a la puerta y luego cuando estábamos juntos, sonaba el timbre y me decía que era su novia. O una vez que me llamó acá en Lugo un cliente para ir al Gran Hotel y me pidió que nos encontrásemos en la cafetería, y luego me confesó que lo había hecho así por si yo venía con ropa muy escandalosa, por lo que podían decir en el hotel. Pero, yo siempre voy con ropa muy normal cuando voy a hacer las salidas, hombre, claro.

Los hay también muy descarados. Te llevan a su casa y ves las fotos de la mujer y los niños, o incluso están allí las cunitas. ¡Hay qué pesar! ¡Son todos unos descarados! O los llama la mujer por teléfono y cogen el móvil, y delante de ti le dicen que están solos y aburridos y que la echan mucho de menos...

Los clientes

Los clientes que te pagan varias horas son muy pesados por lo general, porque quieren mucho vicio, no les vale lo normal. Y después de estar con ellos cuatro o cinco horas una ya no sabe lo qué hacer.

Recuerdo uno con el que estuve más de ocho horas. Yo tenía que mojarme la cara para permanecer despierta. Cada vez que salía de la habitación para pagar una hora, aprovechaba e iba a la nevera y me tomaba un redbull. Luego, no podía dormir. Y el tipo me hacía cambiarme varias veces de bragas e incluso me las compraba. Luego las metía en un bolso que llevaba. Lo que ya no sé es lo que hacía con todas esas bragas... Al final, se gastaba más dinero comprando las braguitas que en el servicio.

Con esos clientes con los que tienes que estar varias horas te da incluso el hambre, pero tienes que aguantarte las ganas. A mí me da mucho miedo el cortarle el rollo a los clientes, no vaya a ser que luego te saquen de la habitación.

Los papeles

Ahorita estoy esperando a que me salgan los papeles. Yo fui a hablar con Extranjería y con la Subdelegación del Gobierno. Bueno, la verdad, una persona fue a hablar, no yo, claro... Y ellos dijeron que en mi caso sí que me iban a conceder el permiso de residencia. Eso es por toda la documentación que yo tenía de mi caso allá en Colombia. Así que ahora toca esperar. En cambio, Pamela lo tiene más difícil porque ella no tiene nada.

Hace poco que estuve de nuevo en Madrid. Sí, he vuelto a “El Conejo Saltarín”. Ya sé que es arriesgado y que si me cogen allí me meten en un avión y me repatrian. Pero, no lo pensé. En “El Conejo” se trabaja muy bien. Sí, las condiciones son muy buenas. Tú sólo tienes que pagar la casa, que son cincuenta euros, y luego todo el resto es para ti. Todo lo que ganas es para ti. Todo, lo de los pases y también las copas. Sí, está muy bien. Allí

se trabaja muy bien. Ahora hay unas sesenta chicas. Yo sólo fui a hacer una plaza de veintiún días. Y me vine. También me dijeron que allí no volvió a molestar la policía. Por eso es que nosotras tuvimos mala suerte con lo de que nos cogieran.

Ahora me han dicho que la policía está molestando mucho. Sí, están pidiendo papeles. También, aquí en Lugo... Pero, yo no tengo problema porque mi novio es policía.

PATRICIA

Mi vida en Colombia

Nací en Cali hace ya 37 años. Mi familia siempre fue una familia bien, a mí nunca me faltó de nada. Tengo tres hijos en Colombia, y que me gustaría traer a España porque allá la situación está muy mal y aquí tendrían más posibilidades para estudiar e ir a la universidad.

Vengo de una familia muy tradicional; todo lo que pasa se comenta con el abuelo, la abuela, los tíos, el perro y hasta el gato, y se decide con la opinión de todos. Nosotros somos cuatro hermanos. Mi madre siempre fue muy protectora, es una mujer que siempre pensó que su labor era dar todo sin exigir nada a cambio. Ella nos ha dado todo el amor del mundo, nos ha tratado de educar lo mejor, nos ha dado siempre lo que le hemos pedido. De todos modos, creo que no la hemos defraudado.

Conocí a mi marido muy joven. Me casé con diecinueve años, siendo todavía una niña inmadura, y sin saber nada de la vida, pues hasta entonces todo siempre me lo pusieron fácil. Lo hice con la idea de que si me casaba, pasado un tiempo prudente me separaba, no tendría hijos y sería una mujer libre de ir y venir a mi antojo. Mi madre era muy protectora, así que me casé cuanto antes para poder hacer lo que quería, salir de rumba, etc. Yo siempre he sido una mujer liberal, pero mi madre coartaba mi personalidad con eso de los tradicionalismos que son tan típicos en mi país. Pero, cuando las cosas empiezan mal, por lógica terminan mal, y así fue. Mi marido era muy rumbero al principio, pero cuando nos casamos ya no me sacaba a bailar. Luego ya tuve a mis dos primeros hijos. Al principio, todo fue felicidad. Era la novedad de una vida diferente. Yo tenía mi casa bien puesta, pues mi esposo era un hombre de buena familia y muy buen gusto. Le gusta la buena vida como a todos, creo... A mí nunca me faltó nada, vivía bien con él; mi marido era un hombre muy trabajador, buena gente, machista y celoso. A los seis meses me quedé embarazada, y luego nació mi niña preciosa, bueno, ya resignada porque la verdad, no estaba entre mis planes. Tenía tres meses mi niña, y lotería, me quedo embarazada de nuevo. Así nació el segundo, mi niño lindo. Pero, muy pronto ya empezaron a ir mal las relaciones, ambos éramos muy jóvenes y con ganas de disfrutar de la vida, y todo eso se dificultaba con dos bebés, más para mí que para él, porque siempre tenía que estar yo al cuidado de los bebés. Él siguió con su vida de rumba en rumba, saliendo con sus amigos y yo en casa, y esto termina agobiando. Hasta que empezamos a tener problemas entre los dos, discusiones subidas de tono e incluso enfrentamientos

violentos delante de los niños. Un día nos llegamos incluso a pegar. Mi madre me dijo: usted no puede seguir así, porque para los niños no es una educación que la estén viendo pegarse y discutir con su padre. Quédese aquí en la casa. Y entonces me quedé en casa de mis padres.

El que mandaba en mi familia era mi abuelo, se hacía todo lo que él decía. Y como yo era la primera de los hijos que se separó me castigaron. Me dijeron que tenía que ponerme a trabajar, así que empecé por lavar la ropa en casas. Poco a poco fui mejorando y al final incluso conseguí un buen trabajo, como ejecutiva en una empresa de productos lácteos. Él seguía visitándome, venía a ver a los niños y estaba un rato en casa. Y empezó a pedirme que volviéramos. Yo no quería. Pero, mi madre me decía: vuelve con él, es el padre de tus hijos, ya tienes dos hijos y nadie los va a querer como él, además, es mejor malo conocido que bueno por conocer.

Un día salimos juntos para comprar cosas que necesitaban los niños. Al terminar de la compra me dijo que a dónde quería ir, y fuimos a comer. Estuvimos hablando de la situación de los dos. Él decía que no podíamos seguir así, que lo intentásemos de nuevo por los niños, que él iba a cambiar, que controlaría los celos, que si yo quería seguir trabajando que lo hiciera, que él no me iba a prohibir más. Y yo acepté. Pensé, si es así, si me deja continuar con el trabajo... Nos pusimos de acuerdo sobre cómo haríamos con los niños y todo. Mientras hablábamos se veía todo muy bonito, y bueno..., luego de comer nos fuimos a un hotel a sellar el pacto que acabábamos de hacer. Normal, llevábamos seis meses que no estábamos juntos como pareja y de tonta le creí. Como no estaba con nadie pues no me estaba cuidando, y pensaba: será la más de malas que con una salida me quede embarazada, y en efecto, fue la más de malas, con una salida me quedé embarazada. Lo supe cuando tenía dos meses y medio y ya era tarde para tratar de solucionarlo, así que tocó seguir adelante. Tenía entonces cuatro meses de embarazo y decidí regresar a nuestra casa; dejé la casa de mi madre. Fue un embarazo muy complicado, de hecho, por tanta complicación mi bebé nació prematuro, con las complicaciones normales por nacer antes de tiempo, pero gracias a Dios hoy es un niño sano y fuerte. Yo ya había dejado de trabajar por lo duro que fue el embarazo, y ya con tres niños pequeños se hacía mucho más difícil todo. Mi esposo por falta de madurez o por la responsabilidad tan grande que se le vino encima, o yo qué sé, empezó a beber más de lo normal. Antes lo hacía una vez por semana, pero entonces empezó a beber más a menudo, y se volvió más agresivo. Si le hablaba en buena forma me contestaba de mala gana o no me hablaba, estaba continuamente enojado conmigo, me echaba la culpa de la situación, y empezó a quejarse con su padre de que no le alcanzaba el dinero. Pero, eso sí, para el licor nunca le faltó. Su familia comenzó a

ayudarnos, pero yo me quejaba y le decía a mi suegro que le estaban haciendo mal, porque para ir de juerga en juerga sí que tenía dinero, que lo único que olvidaba eran sus obligaciones para con la familia. Si él fuese un hombre juicioso yo no me enojaría, pero en aquellas condiciones era ilógico que estuvieran dándole dinero, porque lo único que conseguían era que se convirtiese en un hombre más bebedor e irresponsable. Como así fue. A causa de la bebida perdió el trabajo. Como se suele decir, cuando la pobreza entra por la puerta, el amor se tira por la ventana. Y eso fue más o menos lo que nos sucedió. Y a raíz de toda esta situación nos volvimos violentos ambos, yo respondo por la parte que a mí me toca. Y ahí ya fue cuando decidí separarme definitivamente.

La justicia en Colombia, como en España, no favorece a las mujeres. Después de mucho luchar conseguí que él tuviese que pasarme una pensión, pero nunca me pagó nada, me debe mucho dinero.

Como siempre, se habló con mi abuelo y se decidió que me quedara en casa con mis hijos, que me pusiera a trabajar de nuevo y que mi madre me ayudaría con el cuidado de los niños. Así fue. Volver a empezar a buscar trabajo fue difícil, y cada día que pasaba era más difícil. Como a los dos meses ya me resultó un trabajo de supervisora de caseta en un peaje de tránsito. Allí permanecí un tiempo mientras me fui organizando, hasta que encontré lo que quería, y entré a trabajar en una empresa multinacional. Y así me fui abriendo camino en la empresa y fui ascendiendo; empecé como degustadora hasta que llegué a ejecutiva de ventas. Todo iba bien, ¿qué más le podía pedir a la vida?

Pero, la ambición rompe el saco. Por casualidad, un día conocí a un chico en una parada de autobús. Él estaba casado y con dos hijos, y empezó a galantearme. Muy pronto se ganó a mis hijos y también a mí con regalos, paseos y buenos detalles. Hasta que descubrí que trabajaba con el narcotráfico de la zona. Y empecé a cambiar rápidamente de modo de vida. Él me daba todo lo que yo le pedía, vivía muy bien. Más que bien, vivía como una reina. No es que me aprovechara de él, pues no es mi forma de ser, sino que tan sólo aceptaba todo lo que él voluntariamente me daba. Así tuvimos unos tres años de relación. Él en su casa con su esposa e hijos, y yo en la mía con mi madre y mis hijos.

Pero a él le empezó a ir mal y yo no me resignaba a dejar de llevar el ritmo de vida que llevaba. Así que empecé a pedir préstamos. Me decían, ¿quién te respalda? Yo siempre decía el nombre de él y me daban la plata. Y así me fui poco a poco endeudando. Empecé a desesperarme, y encima perdí mi empleo. Mi madre entonces me hizo una proposición: que yo me

trasladase con mis hijos a casa de mi abuela, en el campo. Allí se podía respirar aire puro y desconectar de la gran ciudad, y para los niños el ambiente era perfecto. Así que acepté.

Mi novio americano

Un día, recuerdo que era domingo, llegó el periódico. Lo leía mientras me tomaba un café, y en la sección de clasificados encontré un anuncio que me llamó mucho la atención: “120 americanos buscan chicas con fines matrimoniales, no importa edad, estado civil ni número de hijos. Interesadas llamar al tel. n°: xxxxxxxxxx para concertar cita”. Lo miré, me reí, y no le di mayor importancia, abandoné el periódico por ahí sin pensar más nada en el anuncio. A la semana siguiente, cuando llegó el repartidor, le recibí el periódico como todos los domingos. Me preparé mi café y lo cogí, e inconscientemente me fui directa a la sección de clasificados, hasta que me encontré de nuevo con el anuncio. Pensé si es que existen las casualidades, desde luego ésta es una. Decidí resaltarlo y esperar al lunes para averiguar de qué se trataba.

Así fue. Al lunes siguiente llamé por teléfono al número del anuncio. Me cogió una señora y me explicó de qué iba el asunto, que era una agencia de estas de matrimonios con extranjeros. Me dio los números de teléfono de otras dos chicas que ya estaban inscritas para que si yo quería hablase con ellas, y me dijo que si estaba interesada que podríamos luego concertar una cita personal donde me explicaría más detalladamente. Yo llamé a las chicas. Marta me dijo que le parecía muy *chévere*, que ella también quería salir de Colombia y que no le importaba, que si encontraba un marido con dinero y se la llevaba a Estados Unidos le parecía bien. Lucía, por el contrario, me comentó que estaba viviendo con un chico, que tenía una niña con él pero que también tenía otro hijo mayor que no era de su actual pareja y que tenía muchos problemas, que no quería saber más de él, que lo que ella estaba buscando era un hombre que la quisiera, la valorara y la respetara, y no quería que fuese otro colombiano, porque había fracasado ya varias veces. Yo entonces decidí inscribirme en la agencia. También invité a mi casa a Marta y a Lucía para tomar café, y así nos conocimos y charlamos sobre nuestras vidas. Un día me llamó Lucía. Me dice: me acaban de llamar de la agencia, que tengo un correo, ¿me acompañas?, así conoces a Sonia, la dueña de la agencia. Y yo allá me fui con ella. Cogimos un taxi, Lucía estaba muy nerviosa. Cuando llegamos me encontré con una oficina muy bien montada, vamos que se veía que la cosa iba en serio. Dentro había un despacho más pequeño, que era el de Sonia, la dueña. Ella era una mujer, de unos 40-45 años, recuerdo que muy elegante, y también

que fue amable conmigo. En fin, me explicó con más detalle de qué se trataba. Yo seguía un poco desconfiada, pero ella me decía: anda, que estás muy bien, mujer, que eres guapa y tienes un color de piel muy bonito, que estoy segura que cualquier americano cuando vea tu foto se volverá loco. Yo le dejé una foto de carnet y ella me metió en el album de aspirantes; también me dijo que yo no tenía que pagarle nada hasta que no empezara a recibir correos. Cuando salí del despacho, Lucía estaba en la salita de espera, esperando a que yo saliera, estaba pálida y nerviosa como un flan. Yo le pregunté si había leído el email, y me contestó que era el primero que recibía y que eran nueve páginas, que si se lo podía leer; yo le dije que bueno, y ella insistió en que fuésemos a mi casa porque tenía miedo de que la vieran sus hijos y que le comentaran a su marido todo lo que estaba haciendo a escondidas. Así que cogimos un taxi, y ya le empecé a leer en el trayecto hacia mi casa. A mí me pareció una carta muy linda, y pensé: ojalá a mí me escribiera uno así, tan bello. Al final de las nueve páginas, en la última página había una foto de él, y le dije a Lucía: mira su foto, qué lindo, es un gordito muy guapo. Ella, en cambio, cuando vio la foto cambió el semblante por completo, y me dijo: a mí no me gustan los gordos. A mí, por el contrario, que sí que me gustan los gorditos, le dije: pero, si está lindo. Y ella: no voy a contestarle. Yo le dije: pero, mujer, al menos contéstale y dile que no te escriba más, que no te interesa, que no es tu tipo, y agradécele el detalle de haberse molestado en escribirte. Me preguntó: ¿a ti te gusta? Yo dije: a mí me parece muy guapo. Pues, contéstale tú. Pero, cómo voy a contestarle si no sabe quién soy. Bueno, tú contesta por mí, dijo ella. Y así fue como yo le mandé el correo.

A la mañana siguiente, muy temprano, sonó el teléfono. Yo estaba todavía medio dormida, era Sonia, y llamaba para decirme que tenía un correo, que pasara a recogerlo. Llamé a Lucía y le pedí que fuera conmigo a recogerlo. Quedamos por la tarde. Con bastante expectación entré en la oficina para recoger el correo. ¡Oh, sorpresa! Era la misma carta exacta que la que había recibido Lucía, con las mismas comas y los mismos puntos, todo exactamente igual salvo que iba dirigida a mí. Bueno, de todas formas me hizo mucha ilusión, e inmediatamente me puse a responder. Así fue como empezó. Casi diariamente tenía un correo de Toni.

Un día, estaba en casa cuando tocan a la puerta. Un ramo de flores precioso. Miro la tarjeta y leo: “para mi linda esposa, con todo mi amor, Toni”, porque desde que le respondí el primer correo empezó a decirme que era su esposa. Es una tontería que una persona sin conocerlo a uno, sin haberlo visto frente a frente dijera algo así, pero como nos separaban tantos kilómetros de distancia y era sólo escribir pues le llevé la corriente. Ese mismo sábado yo también quería sorprenderlo, puesto que este detalle me

gustó mucho. Toni no habla español, usaba un programa de traducción en el ordenador y así trataba de comprender lo que yo le escribía. Él también estaba muy ilusionado. Bueno, así que me las apañé, llamé a la empresa de él, y pedí su número de teléfono en Arizona, que es donde él vive. ¡Eureka! Logré lo que quería la operadora. Me preguntó: ¿quiere que le comunique? Le dije: sí. Yo no hablo inglés, sólo el chapucero que todavía recordaba del colegio, pero aún así conversamos:

- Hello, hello!
- Hello, my love!
- Oh, my husband
- Yes, your husband
- Thank you for flower
- Thank you for surprise
- I'm very happy
- You and my very mucho feliz
- Bye, my love. Many keeses for you
- Bye, my wife. I'm love for you

Fueron dos o tres minutos. La primera vez que escuché su voz tuve tantas sensaciones nuevas... luego la incertidumbre de lo que pasaba. Me preguntaba tantas cosas al mismo tiempo... Bueno, ya pasado el susto de haber hablado la primera vez con él, lo dejé correr y sólo me limité a esperar a ver qué pasaba.

Ya terminadas las vacaciones regresó mi madre, y le comenté todo. Ella, lógicamente, se enojó conmigo, dijo que yo tan vieja, con tres hijos y que no tenía seriedad, que yo sólo creía en los cuentos de hadas, que pisara la tierra que tenía debajo de los pies, etc. Bueno, y yo como siempre, seguí con lo mío. Teníamos un mes de escribirnos cuando un día me llamaron de la oficina de cambios pidiéndome que pasara por allí, que había algo para mí. Eran doscientos dólares que él me enviaba. Yo estaba sorprendida, recibí el dinero, me fui para casa y pedí un traductor para hacer una llamada tripartita con los Estados Unidos. Lo llamé, yo hablaba con la traductora en español y ella le repetía lo que yo decía en inglés. Le pregunté que porqué me enviaba dinero, que no tenía porque hacerlo. Y él me contestó que yo era su esposa hermosa del ángel, que él no tenía hijos y que como yo tenía tres que él cuidaría de ellos como si fuesen suyos, que él ya estaba viejo. Él entonces tenía cuarenta y seis años. Me dijo que no me preocupase, que no nos iba a faltar de nada. Y así, cada dos semanas yo recibí un envío suyo, a veces también flores, regalos de Estados Unidos para mí y para mis hijos, fotografías. Email recibía todos los días. Y así fueron pasando más o menos catorce meses de idilio por internet.

Él quería que yo me fuese a los Estados Unidos. Hasta empezamos a hacer los trámites y todo. Él me pedía desde los Estados Unidos y a mí me negaban la visa. Y yo cada día más desesperada por irme para donde fuera. Fue así que yo me vine a España. De esta forma perdí a Toni. Él siempre me decía que si yo me iba a otro país que no fuese los Estados Unidos lo dejaríamos, que yo era una mujer muy bonita y donde fuera cualquier hombre estaría orgulloso de ser mi novio. Yo le decía que no, le intenté explicar pero no me entendía, así que cuando me vine para España nunca más supe de él. Dejó de contestarme los emails e incluso cambió de número de teléfono. A mí me quedó como un remordimiento..., no sé, creo que me hubiera gustado conocerlo, tenerlo frente a mí y mirarle a los ojos, y poder hablar mucho con él. Pienso que Toni era (es) un hombre genial, al menos eso es lo que me parecía por internet, pero, ya sabes, el destino...

Venir a España

Mi historia es muy compleja. Yo no quería venir a España, quería salir de Colombia, pero quería irme a Estados Unidos o a Italia, y al final me salió venir a España y me vine. Yo tenía allí una deuda bastante importante que no iba a poder pagar con mi trabajo en Colombia, eso fue lo que hizo que tomase la decisión.

En casa sin dinero, sin empleo y sin esperanza. Hasta que mi madre me dijo: usted no va a poder pagar esta deuda sólo con su trabajo aquí en Colombia, ¿por qué no se marcha fuera?, tiene que luchar por sus hijos, sacar a esos niños adelante. Por eso fue que decidí salir de mi país.

Mis hijos se han quedado con mi madre, y para ellos ella es realmente como la mamá, porque es ella la que los ha criado, yo soy más bien como una hermana. El niño no quiere venir a España, porque dice que no quiere dejar a su mamita. Allá la mamita es la abuela y la abuela es la bisabuela de acá. Yo le digo que no quiero forzar a nadie, que si no quiere venir que no venga. La niña dice que sí quiere venir, porque le pasa lo que me pasaba a mí. Está muy desarrollada, tiene ya un novio, y mi madre es muy protectora, no le deja hacer nada, ella se ahoga porque necesita su espacio. Tengo mucho miedo de que se quede embarazada, ya le encargué a mi hermana para que hable con ella. No me da miedo que se case, sino que se quede embarazada. No es bueno tener hijos de tan joven. Yo creo que ahora, con la edad que tengo, los disfrutaría mejor. Ahora yo sí que necesito un bebé...

Antes de venir estuve a punto de hacerlo con una deuda, de estas que te traían hace tres o cuatro años por un millón y medio de pesetas. Pero yo quería venir con una amiga para volarnos luego al llegar al aeropuerto y no pagar la deuda. Ellos te dan una maleta y la ropa, pensábamos cambiar la ropa y volarnos, pero luego empezamos a ver que el problema era la familia, pues te hacían firmar un pagaré y dejar la fotocopia de la cédula. Pensamos, ¿y si hacen algo a la familia? Y decidimos no venir así. Yo pensé, mejor hipoteco mi casa y me voy con mi dinero. Ahora ya no vienen las chicas con deuda, eso era hace tres o cuatro años, ya no porque está penalizado.

Me salió a España porque yo tenía una vecina que quería viajar. Esta vecina se creía que yo era rica, pues veía como vivía, y yo no tenía dinero, lo que estaba es endeudada. Ella me dijo: mami, présteme la plata para viajar a España. Yo le dije al principio que no, que no tenía el dinero, pero durante meses su madre y la mía me estuvieron trabajando la oreja. Mi madre me decía: préstele el dinero y luego cuando ella esté allá la trae a usted y así puede irse. Yo llevaba tiempo que quería marcharme y no me salía nada. Al final acepté, hipotéqué mi casa y le presté el dinero. Ella me dijo que en cuanto estuviese en España me traía. Y al poco tiempo me mandó la carta de invitación. Me hizo pagar diecisiete mil pesetas por ella, que yo le pagué a la mamá de ella. Entonces me vine, como turista, como si estuviese haciendo un viaje de la empresa.

Antes del viaje tuve que ir a la agencia y allí me di cuenta de que había una lista bien larga para venir a España. A mí me tocaba para finales de mayo, aunque yo le había dicho a la chica de la agencia que si alguien cancelaba antes o si había cupo que me avisase, que yo quería viajar lo antes posible.

En Colombia el segundo domingo de mayo se celebra el día de la madre. Como es tradicional, nosotros siempre nos reunimos en esa fecha en casa de mi abuela. Allí se preparan los *tamales*, el *sancocho* de gallina y nunca faltan el aguardiente y la cerveza. Aquel año como yo viajaba a España quería que fuese algo especial. Estaba muy ilusionada con los preparativos, pero al final no pude disfrutar de la reunión familiar porque una semana antes me llamaron de la agencia para avisarme de que tenía cupo para el 13 de mayo, que si no lo cogía tendría que esperar al menos dos semanas más. Y yo acepté, claro.

La parte más difícil en este proceso es cómo explicar a tres niños, de once, de diez y de siete años, cuando precisamente están en una etapa que necesitan mucho que se les entienda, que su madre se marcha y que quién sabe por cuanto tiempo. Lo hice a mi manera. Poder decidir las cosas por

uno mismo, eso me gusta, así que el jueves antes de viajar, cuando llegaron del cole comimos todos a la una, como de costumbre, les revisé los maletines del cole, hicieron los deberes y les dije: arréglense, que vamos al parque y luego a comer un helado. Estábamos en el parque y cada minuto que pasaba a mí se me encogía más el alma. Fuimos a un centro comercial, comimos un helado y cada instante para mí era más difícil, pero tenía que hacerlo de alguna manera, tenía que empezar y continuar con lo que quería expresarles y que me entendieran. Así que empecé: ¿ustedes saben que la mami va a hacer un viaje muy largo? Carlitos contestó: algo he oído. Marcela dijo: mami, ¿usted va donde Marina? Sí, hijo. El pequeño como era tan pequeño aún no entendía muy bien lo que pasaba a su alrededor. Carlitos: mami, ¿cuándo vuelve? Si Dios quiere, en septiembre. Marcela: ¿cuántos días son? Más o menos ciento cuarenta días. Eso es mucho tiempo. No, mi hijita, el tiempo se pasa volando. Carlitos: mami, para el niño Dios (Navidad) ¿usted ya está aquí? Sí, hijo, ya te he dicho si Dios quiere yo no tardo mucho en regresar, vale. Y a continuación la pregunta del millón: mami, ¿y usted por qué se va? Hijos, ustedes saben que su padre no me ayuda, que yo no tengo trabajo y no tengo dinero. ¿Y si no tiene dinero cómo va a viajar? Pobres míos, qué inocentes, qué pecado. Oigan esto: ustedes sólo me tienen a mí, a su abuela y a sus tíos, así que mientras yo no esté ellos cuidarán de ustedes, prométanme que van a portarse bien y ustedes dos que están más grandes van a cuidar de su hermano pequeño, Marcelita lo ayuda a vestir, le da la comida y le ayuda con el cole y Carlitos le ayuda a hacer el maletín, arreglar el uniforme y lo cuida, le ayuda con lo que más, yo les prometo que voy a darles todo lo que necesiten y por esto me voy, por ustedes, prométanme que se portarán bien que yo les prometo que no les faltará de nada, ¿vale? Ellos, en su ingenuidad, aceptaron, y yo por mi parte creía que como me lo habían pintado podía cumplirles.

Yo a Marina le dije antes de venir: mami, pero dígame lo que hay, que yo si es para la prostitución no voy. Allá se sabe que muchas chicas vienen a la prostitución y yo no quería eso, no lo necesitaba, mi familia estaba bien, no era como ella que era una muerta de hambre. Ella me dijo: mami, no se preocupe, usted viene a reemplazar a una chica que está en las cocinas de un restaurante. A mí no me importaba ir a trabajar en una cocina, pero me quise asegurar y le pregunté a la chica que yo ya era adulta y que me dijese lo que había.

Salí de casa el sábado a las 04,30 horas de la mañana, feliz, ilusionada y con la esperanza de volverme a organizar y salirme pronto de las deudas que tenía en Colombia. Mi madre, mis hijos, mis hermanos, la madre y la abuela de Marina y también dos amigas me acompañaron al aeropuerto.

Hubo las lágrimas normales que hay en esos momentos de las despedidas, pero yo subí tranquila al avión, iba con todas las ilusiones del mundo...

Fue un viaje tranquilo para mí; sin embargo, para otras personas que salieron conmigo no lo fue tanto. Algunos hombres y mujeres tuvieron problemas al salir de Cali o en Bogotá, e incluso en Madrid a varios no les dejaron continuar. Pero, yo no tuve ningún problema. Cuando llegamos a Madrid me llevaron a una oficina y allí unos policías me hicieron preguntas. Yo les contesté normal, estaba muy tranquila, y me dejaron seguir. La carta de invitación ni me la pidieron, tan sólo me preguntaron que porqué venía a España, yo les dije que venía de vacaciones, que estaría en casa de un amigo que había estado en Colombia en mi casa y que era amigo de mi esposo. También me preguntaron que porqué no venía mi esposo conmigo, y yo les respondí que porque teníamos negocios que no podíamos dejar solos; y luego que cuántos días iba a quedarme en España, y yo respondí que catorce días, que eran los días de vacaciones que tenía en la empresa; y que cuántos dólares tengo para entrar en el país, y yo que dos mil dólares; y van y se llevan mi pasaporte y me dicen que espere un momento. Luego me lo devolvieron, me dijeron que fuese a la casilla número 6, y que felices vacaciones. Bueno, todo lo que les dije a la policía era mentira, desde luego. Si les digo la verdad ahora no estaría aquí.

Cuando llegué a Bilbao me llevaron a un piso. Conocí a la chica que venía conmigo y me dijo: ¿usted a qué viene? Yo le dije: a trabajar en una cocina. Se rió y me dijo: sí, sí, aquí todas venimos al puterío, porque otra cosa no hay. Llegamos al piso y me dieron una habitación pequeñita. La chica que me trajo me dijo: mañana empiezas a trabajar. Yo me metí en ese cuartito y por la noche empecé a oír cosas raras, pasos en el pasillo. Abrí la puerta y vi que las chicas pasaban en ropa corta, ropa interior. Dije: ¡ay, Dios mío! Me puse a llorar. Al día siguiente le pregunté a la chica: ustedes ¿por qué iban en ropa corta? La chica me dijo: ¿usted qué fue lo que vió? Yo le dije que les había visto pasar en baby dol. Ella me dijo entonces la verdad: mira, mami, yo le voy a decir a usted la verdad, esto lo que es es una casa de citas. Yo dije: pero ¿por qué no me lo dijo? Yo le advertí que me dijese lo que había, yo si sé esto no hubiese venido. La chica dijo: es que yo tenía miedo de que le contase a mi mamá. Dije: pero ahora la he visto y le puedo contar igual, hubiese sido mejor que usted me dijera. Yo me encerré en el cuarto y no quería salir, por no verlas a ellas. Llegó la dueña del piso y le contaron lo que había pasado, se enfadó mucho con la chica. La dueña era española, y le dijo: pero, no te advertí que le dijese a la chica lo que había, ya te dije cuando hablabas con ella que le dijese. Vino a verme, me consoló. Me dijo: no te preocupes, que yo no te voy a obligar a trabajar, aquí no se obliga a nadie. La chica que me trajo decía: ésta vale para esto,

yo no le dije nada porque sabía que iba a acabar trabajando. La dueña del piso le decía: pero una cosa es que ella allá en Colombia sea liberal y otra muy distinta que quiera dedicarse a esto cobrando. Así, la chica que me trajo me veía a mí como a una persona predispuesta a trabajar en esto.

La chica a la que vine a reemplazar me decía: usted al final acabará haciendo como todas, porque aquí no hay otro trabajo. Yo le decía que no, que iba a buscar otra cosa. La dueña del piso me dijo: yo no voy a obligarte a hacer lo que no quieres, pero tampoco puedo tenerte aquí ocupando un espacio, así que trata de buscarte un trabajo, aquí puedes quedarte una semana mientras encuentras alguna cosa. Me puse a buscar trabajo. Salía todos los días. Yo no sabía como funcionaba esto, creía que era como en Colombia, que uno llegaba a las empresas y con la experiencia que tenía pues ya le cogían. Fui a Cadena Cien y a más sitios, y en algunos se reían de mí. Entraba y decía: vengo a buscar trabajo. Y me contestaban: ¿quiere trabajar aquí? Ja, ja. Llamaba a las ofertas de empleo y me preguntaban: ¿usted es extranjera? ¿cuánto lleva aquí? ¿tiene permiso de residencia? Yo les decía que no, y no me cogían. Me dijeron que tenía que ir a la policía para sacar el permiso de residencia. Estuve en la policía. Pero nada.

Un día quedé con una señora para hacer una entrevista, era para cuidar a unos niños. Cuando llegué, me recibió muy bien, pero enseguida me preguntó que si tenía papeles, yo le dije que no, y entonces me bombardeó a preguntarme cosas durante unos cuarenta y cinco minutos; al final me dijo: ustedes las colombianas lo que vienen a hacer acá es a quedarse con nuestros maridos. Yo no dije nada, pero en la expresión de mi cara creo que se me notaba todo. Otro día me llamó la atención un anuncio que ponía se solicita dependienta. Yo pensé que sería fácil y entré en la tienda. Había una señorita que me preguntó que si tenía papeles, yo le dije que no, que hacía tan sólo unos días que había llegado a España. Entonces me contestó muy irónicamente que tenía que buscar otro tipo de trabajos como para limpiar, de interna o para cuidar niños. Yo le dije: es que yo no quiero ese trabajo, y ella me contestó que sin papeles no podría conseguir otra cosa. Tenía razón. Pasaban los días y no encontraba trabajo. Yo le daba a la chica que me trajo mil pesetas diarias para la comida y para poder estar en el piso. Un día la dueña me dijo: tienes que aportar dinero para los gastos o no podrás quedarte más aquí. Yo le dije: pero si le estoy dando a Marina todos los días mil pesetas. La dueña dijo: será mentirosa, esta Marina, me ha dicho que no le dabas nada. Además para los gastos sólo son quinientas. La chica me pedía el doble y se quedaba con la mitad del dinero. Dijo: Marina, ven acá, ¿por qué me has mentido? La dueña se enfadó mucho con la chica. Después de aquello me fui a un hostel. La semana que me habían dado ya había pasado. El señor del hostel fue muy bueno conmigo. Estuve

un mes allí. Yo vine con unos dólares que era de lo que estaba viviendo hasta entonces, pero ya me quedaba poco dinero, pues además de lo que le pagaba a la chica todos los días por la comida, me cobraron otra vez la carta de invitación, la chica a la que supuestamente venía a reemplazar me cobró más dinero. Un día hablando con el señor del hostel me dijo: pero a ti, ¿quién te hizo la carta de invitación? Carta, que ni siquiera tuve que utilizar cuando entré en España, pues no me la pidieron. Un señor que se llamaba X. Buscamos en la guía telefónica y encontramos el teléfono del señor. Le llamé y le conté que la chica me había vuelto a cobrar por la carta. El señor me dijo: qué sinvergüenza, si sólo costaba ocho mil pesetas, no tenía que haberte cobrado nada. Me cobraron allá en Colombia la mamá y acá otra vez, ya le pagué a la chica. Eso tiene que devolvértelo, voy a hablar con ella. El señor habló todo enfadado con la chica y se montó un lío. Pero al final no me devolvió nunca el dinero. Luego, el señor me dijo que me fuese para su casa, que él vivía sólo, y así yo no tendría que pagar el hostel. Yo entonces pensaba en el compromiso que iba a coger si me iba a vivir con él, porque nadie hace nada gratis, y le dije que gracias, pero que prefería quedarme en el hostel. Él luego aún estuvo muy pendiente de mí durante unas dos semanas, pero como yo le dejé claro que no buscaba rollo con él entonces empezó a alejarse y ya no supe nada más de ese señor.

Yo seguía sin encontrar trabajo y me quedaban sólo veinticinco mil pesetas. Un día me encontré por la calle a un chico de los que trabajaba en el piso, que era brasileño. Me dice: ¿ya encontraste trabajo? Mira, que no encontré nada. Me dice: no vas a encontrar nada que no sea en la prostitución. Yo si quieres te llevo a un piso donde te cobran cuarenta mil pesetas por poder ir a trabajar, pero luego ya puedes estar allí. Le dije: sólo tengo veinte mil pesetas. Me dice: no importa, ya hablo yo con la dueña, me das las veinte mil y luego cuando empieces a trabajar me pagas las otras veinte. Me fui a trabajar al piso, yo ya tomé la decisión de trabajar en eso como una persona mayor. No podía quedarme sin trabajar, tenía la deuda en Colombia, la deuda inicial más la de la hipoteca de la casa. Después de aguantar un mes y medio y no encontrar trabajo decidí empezar a trabajar en eso. Le dije a la dueña: yo no sé trabajar, enséñeme. Y ya me puse a trabajar allí. Un día hablando con la dueña me enteré de que el chico brasileño me había pedido ese dinero sin que hiciese falta, se lo quedó para él. Parece ser que tenía un acuerdo con la dueña para traer chicas al piso. La dueña se enteró de que me había cobrado cuarenta mil pesetas y se enfadó mucho con él. El chico se enfadó conmigo y me dijo: me has dejado mal.

De prostituta a encargada del negocio

El primer día como niña fue horrible. El primer cliente que atendí yo creo que me escogió a mí más por lástima que por otra cosa. Me pagó dos horas, dos horas que se me hicieron eternas, pero era un buen tipo. Estuvimos hablando durante mucho rato y me aconsejó muy bien, me dijo que si yo estaba aquí tenía que luchar por seguir adelante, por realizar mis sueños, que nada me iba a caer del cielo, y que esto no era nada, que tratara de cerrar esta página de mi vida lo más pronto posible y que después olvidara. También me advirtió que no me acostumbrase a esto, que sólo me lo tomase como un paso más en la vida y ya terminado que no lo fuese a coger como un modo de vida, porque eso sí que sería fatal. Hoy puedo ver que, en cierto modo, tenía razón.

Trabajando como niña durante seis meses ya conseguí lo suficiente para pagar lo que debía en Colombia, ahorrar un poco y comenzar a pensar en lo que iba a hacer. Estuve trabajando en varios sitios, primero en Bilbao, luego en Zaragoza, en Tarragona, en Badajoz, etc, hasta que llegué a León y luego vine al “Salamandra”, que es un club que está acá. Me llamó una amiga y me dijo que estaba en ese club, que se trabajaba muy bien. Yo le dije que no había trabajado nunca en un club, y ella me dijo: tranquila, que yo le enseño. Y así fue como por cambiar un poco de aires me vine para Lugo. Y trabajando allí fue que conocí a mi socio. En cuanto le conocí hubo algo entre nosotros.

Al principio le mentí. Le dije que tenía un trabajo normal y que sólo había ido al club de visita, pero que aquel no era mi ambiente. Fue como por casualidad. Él estaba sentado a un lado de la barra, y recuerdo que yo le dije a mi amiga: mira, qué guapo es ese tío, así es que me gustan a mí. Y ella me dijo: vaya y acérquesele. Y yo: es que no soy capaz. Entonces va ella y me dice: espere, que se lo presento. Fue junto a él, lo saludó y así fue que me lo presentó. Charlamos un rato, y cuando tuvo que irse me dejó una tarjeta suya con el número de teléfono, que cualquier cosa lo llamase.

Yo al siguiente día me marché para León. Allí tenía un apartamento fuera de donde trabajaba. Cuando a la mañana siguiente me puse a arreglar la ropa que tenía en la maleta, me encontré con la dichosa tarjeta. ¡Jesús! Enseguida le coloqué un mensaje: “como ves, no soy como todas, estoy en mi casa, un saludo”. Me llamó inmediatamente, que dónde estaba. Le dije que en mi piso. Eso era un viernes. Me preguntó que cuándo entraba a trabajar y yo le dije que el lunes. Entonces me dijo que porqué no me devolvía y pasaba el fin de semana con él en su piso. Le contesté: ¡tú estás

loco! No voy buscando aventuras con el primero que pasa. Y él: que no, que cuando tú quieras yo te invito a mi casa. Siguió llamándome a diario. Pasaron dos semanas y luego al fin de semana ya vino a León a visitarme. Me gustó desde el primer momento, y lo que al principio me tomé como un pasatiempo al final se convirtió en amor, porque me enamoré como una loca. Aún hoy, y con todo lo que ha pasado en casi tres años que lo conozco, siento que lo amo con toda mi alma. Pero esto no me ciega la realidad, sé que no me merece, sé que aunque me aprecie y sienta cariño por mí no llegaré a ser para él más que su “amiguita” con la que echarse un polvo cuando a él le apetezca. Aunque, durante todo este tiempo que ha pasado no me arrepiento de nada, me quedo con todo lo bueno que he vivido a su lado y también tengo muchas cosas que agradecerle. Pienso que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista, y nadie se muere de amor, y yo no voy a ser la primera.

Bueno, cuando ya nos enrollamos decidí contarle la verdad. Le dije que yo lo que tenía como proyecto era montar un piso, pero que tenía muchas limitaciones porque no tenía papeles, no tenía nómina y así me era imposible coger un piso. Él me propuso que nos asociásemos, que él ya me ayudaría con los papeles.

Así fue que decidimos montar el negocio. Yo ya quería montar algo, pero necesito la ayuda de un español. Cada uno de nosotros pusimos la misma cantidad de dinero para empezar. Al dueño del piso le dijimos que íbamos a trabajar con internet. Yo busqué el piso, pero el de la inmobiliaria me dijo que era mejor ponerlo a nombre de mi marido, por el tema de la nómina. Primero lo montamos en Santiago, luego en Lugo y después en A Coruña. En Santiago nos fue muy bien, pues yo quería algo que fuese de clase, seleccionaba a las chicas que venían a trabajar. Yo ya dejé de trabajar como niña. Me dedicaba a conseguir las chicas, a limpiar y a estar pendiente, porque en este negocio tienes que estar pendiente las veinticuatro horas. A las chicas no les importa hablar en voz alta, se mantienen hablando todo el rato de los clientes, no son discretas para nada cuando van a salir a la calle, son pequeños detalles que perjudican un negocio como éste. Tienes que mantenerlo en la mayor discreción posible por los vecinos, por los clientes y por el propio entorno. Pero, claro, una persona que no trabaja en esto no se da cuenta de estas cosas. No hablo de todos, no quiero generalizar, pero en este tipo de negocio llegas a conocer a mucha gente y de todo tipo. Ahora en este momento creo que ya tengo un poco de autoridad para hablar sobre ello porque conozco chicas, chicos y travestis, colombianos, brasileños, venezolanos, ecuatorianos, chilenos, argentinos y españoles. Entonces, creo que puedo hablar.

Pero, él fue ambicioso y quiso montar más negocios, y ya uno no da abasto para gestionar todo y este piso de Coruña nos está yendo muy mal. No sé si es el piso, que está mal situado, que hay portera, o qué. Igual es que aquí lo que funciona es otra cosa. Me he enterado de que hay unos hoteles donde van los ejecutivos y ya saben que van allí y llaman a las chicas para que vayan a la habitación. Es más discreto, porque a cualquiera esto le da corte y a veces si ven a la portera, puede que no entren. Se ha notado un bajón desde el verano, en agosto se trabajó bien, pero ya no se trabaja. Yo creo que un piso situado en un sitio pijo, como éste, no funciona, porque les da corte. Prefieren que la chica vaya al hotel. Ya llevamos varios días sin hacer nada. Carla, la travesti del piso, no ha hecho nada en esta semana, y ellas trabajan muy bien normalmente. Voy a tener que dejar este piso.

Yo ya no hago pases, salvo excepcionalmente cuando estoy mal de dinero y no se gana bien con los pisos. No, yo ya no abro mis piernitas para cualquiera, a menos que tenga realmente necesidad. El otro día, por ejemplo, vino el chico que me vende las sábanas y el papel y le pagué con el dinero del piso. Mi socio luego me pide cuentas y yo no tenía manera de reponer ese dinero. Vino un cliente por la noche, no estaban las niñas y entré yo en la habitación. Lo que pasa es que yo no sirvo para esto, no tengo paciencia, a mi me da igual que el cliente vuelva o no. Que te diga Carla lo que tardé en salir de la habitación. Yo ya tengo una técnica para que se corran rápido y ya. Así conseguí los treinta euros para reemplazar el dinero que había cogido de la caja. Yo ya estar haciendo pases no quiero, les digo a las niñas: trabajen ustedes para mí, que yo no quiero. Sólo lo hago cuando estoy necesitada de dinero. Ahora, por ejemplo, desde mayo, como está muy mal el negocio, tuve que ir a hacer unas plazas a Portugal y Alemania. Pero si no necesito el dinero no lo hago. Yo no tengo que mandar dinero a mi casa, pues mi mamá no tiene que pagar arriendo, tiene la pensión que le dejó mi papá; a mis niños no les falta de nada; mi hermano es el padrino de la niña. Yo no tengo que mandar allá plata. No es como estas niñas que vienen y tienen que mandar allá dinero para todo, para el arriendo, para la comida de la familia, etc. Yo ya pagué toda esa deuda que tenía y la hipoteca de mi casa, sólo me queda por pagar un millón de pesos (cien mil pesetas), que no es nada. Yo prefiero estar tranquila, aunque gane menos dinero.

Nunca me gustó el trabajo en clubes. Yo ya empecé en pisos y en un club sólo estuve unos meses. En un club se hace más dinero porque puedes cobrar por copas, por bailar y hacer “streaptease”, por los pases. Yo si estuviera muy necesitada económicamente pues no me quedaría más remedio que ir a trabajar a un club, ahora que esto está tan mal. Lo que pasa es que en los clubes van más clientes. Ahora está mal no sólo porque

no vienen clientes, también es difícil conseguir chicas. Algunas vienen y ven que no se trabaja y se marchan. Yo les digo que tienen que esperar un poco, porque sino están todo el día de un lado para el otro gastándose el dinero en el autobús. También está mal en Tarragona, en Granada, en otros sitios que conozco. Las colombianas están ahora en el Sur. Las plazas se han dañado también porque hay chicas que rebajan el trabajo, se quedan más tiempo con los clientes, ofrecen servicios sin goma, cobran menos y eso daña las plazas.

Yo no quiero dejar este negocio, porque da dinero, pero sí quiero hacer otro trabajo. En verano, cuando funcionaba bien, estaba sacando un millón al mes. Lo que pasa es que yo no tengo amigos, no conozco a gente, y aquí como se encuentran los trabajos es mediante amistades. Quiero encontrar algo, para establecerme y poder traer a mi hija, no quiero traerla sin estar establecida y con un trabajo. Aunque voy a tener que contarle lo que he tenido que hacer en España, tendré que hablar con ella, pues prefiero que se entere por mí que por otra persona. Me pasó ya en Colombia, la chica a la que vine a reemplazar se marchó y le contó a mi mamá que estaba en esto. Mi mamá me llamó y le tuve que contar. No me gustaría instalarme en Galicia, porque la gente te conoce y te puede pasar lo que le pasó una vez a una chica, que trajo a la hija. La chica conoció un chico, eran novios, y un día quedaron para presentarse las familias, resultó que el padre del chico había sido cliente de la madre.

Aquí los beneficios se reparten al cincuenta por cien. Yo ya no pongo las gomas, porque al principio las ponía y me di cuenta de que las chicas se las llevaban, así que ya no las pongo. Yo les dejo que salgan a recados, aunque a veces no es bueno que salgan las chicas, porque las ven los vecinos, la portera, etc. Yo creo que los vecinos se quejan porque ven a las niñas que salen al patio a tender la ropa, porque sino no es normal. En la casa de al lado hay un médico y suena más el timbre que aquí. Aquí no suena tanto, porque yo estoy pendiente y si llaman al telefonillo ya abro yo la puerta para que no llamen arriba al timbre. Miro siempre por la ventana para ver al cliente que entra.

Hay chicas que vienen a hacer plazas y otras que vienen sólo durante el día y se van a las seis de la tarde. Si hay alguna chica que no trabaja o no me gusta, le digo que se vaya. Ahora durante el día no se está trabajando nada. Los días fuertes son los jueves, viernes, sábados y domingos. Nosotros ponemos anuncios en “El Progreso”. Tengo también varios teléfonos móviles y tengo anunciadas a dos chicas por teléfono, más o menos; tengo otro teléfono para las travestis. También tengo un teléfono en el piso

público, pero las chicas no lo usan porque les sale muy caro, prefieren ir a llamar a un locutorio telefónico.

La limpieza del piso la hacen entre todas. A veces vienen chicas que fuman porros o que toman coca y no me gusta. Me parece una falta de respeto que lo hagan delante de todo el mundo, en este cuarto que es donde estamos. El cliente de coca deja mucho dinero, pero el problema es que le gusta que la chica tome con él. Yo tenía un sistema para no tomar la coca, tapaba con la mano la raya, absorbía con la nariz como si me la estuviese metiendo y en realidad la dejaba pegada al borde de la palma de la mano y luego la tiraba. Una vez un cliente me dijo: eres la chica que conozco que aguanta tomar más coca. Luego, el problema de las chicas que toman drogas es que no controlan en la habitación, hacen servicios sin goma, no tienen cuidado. Algunas se ponen para no estar conscientes en la habitación. Eso pasa también en los clubes, las chicas beben para poder aguantar el ritmo de trabajo.

En los pisos las reinas son las travestis. Es curioso porque el cliente que pide un servicio con una travesti lo que quiere es que le follen, no follar. A mí me sorprende, yo creo que es que son homosexuales y que no quieren admitirlo. Les gusta que les follen, pero una persona con cara de mujer.

El griego es un servicio que se pide mucho. La chica que no hace griego, no triunfa. Yo les digo a las niñas que no duele. En realidad, si lo sabes hacer no duele, lo que pasa es que es un músculo que si lo contraes, entonces sí que duele, pero tiene que dilatarse.

Las chicas también gastan mucho dinero. Cuando se hacen noventa euros, por ejemplo, mandan treinta a su país, se gastan diez en una tarjeta de teléfono para llamar a su país y el resto se lo gastan en la peluquería, en tabaco y en comprarse ropa. Van mucho a tiendas como Mango, Zara, Bershka, etc, compran lencería, van ahora a una tienda que abrieron de Zara que se llama Oysho. Se gastan mucho dinero.

Las españolas

En los pisos hay españolas trabajando, menos, pero las hay. Eso sí lo critico, porque una extranjera que está aquí por sacar adelante a sus hijos, que no conoce ni tiene amistades para encontrar un trabajo, lo entiendo, pero una española, no. Conocí una vez a una española que trabajaba en un piso, ella era médico. De cuando en cuando pedía la excedencia para trabajar en pisos. Decía que ella tenía una necesidad sexual, que no podía

evitarlo. Yo le dije que tenía que ir a un médico, porque ella se estaba volviendo como ninfómana. Otra vez, un cliente español me dijo que le pusiese un anuncio, que él me trabajaba gratis. Él entraba con todo tipo de personas, con chicas, con travestis, pedía a menudo que entrasen varias personas. Él tenía una necesidad, era como una enfermedad. Me dijo que se había vuelto así después de estar con una colombiana, que él adoraba a esa chica y que le dejó llevándose un millón y medio de pesetas suyo a Colombia. Una vez pidió que entrasen dos chicas y un chico y a mí me pagó para que mirase y me decía: ¿te gusta cómo lo hago? ¿qué quieres que haga? Yo le decía: cómele el coño. Y luego tuve que hablar con las chicas porque no tenían cuidado. Una le chupaba con un preservativo y luego iba y le chupaba la otra, le chupaban el culo... Era un peligro, yo lo estaba viendo todo y ellos me dijeron que no se dieron cuenta. Una vez también un cliente me pagó a mí y a otra chica para que entrásemos con él, pero yo le chupaba con una goma y la otra chica le chupaba con otra goma.

Las colombianas

Lo que pasa con las colombianas es que ya no las quieren, porque hubo muchas que se metieron con señores y luego les robaron y se marcharon con su dinero para Colombia. Hubo una que se metió con un señor, se fue para Colombia y se metió con un chico. Convenció al señor para traer al chico diciéndole que era su primo. Se lo trajo y estaba acostándose acá con el chico en casa del señor. Ella ya con el señor no se iba a la cama, pues tenía aquí el otro y no le apetecía, le daba disculpas. Se quedó embarazada y el señor le dijo que se fuese el chico, se fue, y el señor incluso le dijo que la ayudaba. Por eso es que ha habido mucho abuso y ya no quieren a las colombianas. Yo tengo ahora a una chica colombiana que es morena y la anuncio como dominicana, así le va mejor.

A mí no me gustan nada las colombianas, y mira lo que estoy diciendo, que yo misma soy colombiana. Pero, pienso que las mujeres colombianas que trabajan en esto, la mayoría, son unas ignorantes y dañan todo el trabajo. Por eso es que yo casi no trabajo con colombianas, no las quiero en el piso. Son unas bobas. Fíjate, tú fíjate, cuando por ejemplo, estás en un bar y hay hombres, y entra una colombiana, fíjate en cómo hace y cómo se mueve. La mujer colombiana siempre quiere ser el centro de atracción, quiere que todos los hombres la miren y la deseen, así que entra y comienza a andar así, pavoneándose de un lado para otro, suspirando y haciendo mucha

ostentación antes de sentarse¹. Son unas auténticas estúpidas. Me hacen sentir vergüenza de ser colombiana.

Los clientes

Hay dos tipos de clientes, los que te tratan de manera humana y quieren que la chica esté bien y se esmeran para que la chica esté a gusto, y aquellos que porque pagan se creen que pueden hacerte cualquier cosa. Luego los hay que están enfermos, que vienen y piden cosas muy raras. Aquí en los pisos se piden cosas más raras, porque el cliente de club va a hablar, a pasar el rato, a buscar compañía, bebe más, toma más droga y cuando entra en la habitación suele pedir un servicio más básico. Pero, el de piso viene a hacer cosas que no hace con su mujer o con su novia. Hay también dos tipos de clientes, por un lado están los casados, de 40-50 años, y luego están los jovencitos, de 20-30; de 30-40 se ven menos. Los jovencitos llegan más los fines de semana.

El problema de los clientes que piden sin goma o piden servicios con riesgo, es para aquellas chicas que tienen una deuda, o que tienen que mandar dinero a Colombia, porque de ello depende la familia, porque se enferme un familiar o algo. Una vez una chica en Portugal estaba pagando la deuda, el trabajo estaba muy mal. Vino un cliente pidiendo que le dejase comer el coño, ninguna chica quería porque el cliente tenía un diente negro. Pero, al final la chica que estaba con deuda necesitada de dinero, dijo: yo voy a aceptarlo. El cliente venía todos los días a lo mismo. La chica empezó a enfermar, se la veía pálida, hasta que un día se desmayó. La llevaron al hospital y le vaciaron todo, le quitaron la matriz, los ovarios, etc. Volvió a trabajar, pero siguió mal y acabó muriéndose. La familia tuvo que pagar por expatriar el cadáver a Colombia. La dueña del club pagó al médico para que hiciese un certificado de muerte falso, para que en lugar de poner de lo que había muerto, dijese que tenía un cáncer; una vez muerta, no quería que se enterase la familia y se disgustase. No sé si esta historia será o no verdad, son bulos que corren de boca en boca. La señora del club luego quería ponerle una denuncia al cliente, que nunca más volvió a aparecer por allí. Parece ser que tenía una bacteria en el diente que se la pegó a la chica y por eso se enfermó.

Hay chicas que se corren con los clientes. A mí sólo me ha pasado dos veces y no me gustó nada, lo pasé fatal, una tiene remordimientos de

¹ Patricia dramatiza una escena ante mí, dando paseos por el pasillo, con la cabeza erguida y moviéndose despacio, simulando ser una mujer pavoneándose ante un grupo de hombres, haciendo de este modo énfasis en sus afirmaciones.

conciencia luego, de pensar que se está corriendo con una persona que no conoce de nada. Pero, yo, la verdad, es que descubrí el sexo cuando empecé a trabajar en esto. El padre de mis hijos fue el primero, y cuando estuve con él nunca tuve un orgasmo. A veces, incluso, estaba con él sin que tuviese yo ganas, porque él me lo pedía. Él quería hacerlo por detrás, y a mí me daba miedo, me parecía que podía doler mucho, y no quería, pero, al final lo hice, más por él que porque a mí me gustase. A mí por detrás no me gusta. Hay gente que le da placer ese músculo, pero a mí no. También hay gente que se excita cuando le tocan los pechos; a mí que me toquen los pechos me da igual. Así que durante mi matrimonio no supe lo que era un orgasmo. Pero, como mi madre me decía: la mujer tiene que ser ama de casa, pero puta en la cama, porque sino el hombre va a buscar lo que no le dan fuera, pues yo hacía lo que él me decía. Luego cuando nos divorciamos empecé a salir con otro hombre que me preguntaba ¿y cómo era con tu marido? Yo le conté que en realidad muchas veces lo hacía sin que me apeteciese, y me dijo: pero eso no puede ser así, eso es una violación. Yo me quedé pensando en lo que me había dicho, y un día le comenté a mi mamá, le dije: usted no me ha educado bien, porque resulta que yo no sabía nada de esto y he estado siendo violada durante los catorce años de mi matrimonio. Mi madre se quedó muy mal, como con cargo de conciencia.

Como te contaba, yo descubrí lo que era el sexo cuando empecé en esto. Yo nunca había tenido un orgasmo. Un día en San Sebastián vino un cliente de lo más guapo, muy atento, se le veía bien, elegante, joven. Él era muy educado y quiso que yo estuviese bien. Era un hombre que sabía manejar a las mujeres. Me dijo que cerrara los ojos y que me dejase llevar, empezó a besarme por el cuello, por la espalda, por todo el cuerpo, a acariciarme, me besó incluso los pies. Y yo sentí una cosa que nunca había sentido, y me dejé llevar. Salí de la habitación toda roja, le pregunté a una chica y me dijo: a ti lo que te ha pasado es que has tenido un orgasmo. Luego, me ha pasado otra vez con otro cliente. Pero, como te digo, me siento muy mal, tengo remordimientos. Ahora con X me va bien. Uno tiene que descubrir su cuerpo, las cosas con las que se excita. Hay mujeres que tienen orgasmos de una manera, y otras de otra. Hay que descubrirse a sí misma. Parece mentira que estuviese tantos años de mi vida sin saber lo que era un orgasmo, y que lo sintiese por primera vez con un cliente, con una persona que no conoces de nada.

Esto tendría que mejorarse

Esto tendría que mejorarse. Las plazas están muy dañadas. Tampoco se debería dejar trabajar en la prostitución a una persona menor de veinticinco

años. Una tiene ya la vida hecha y decide con madurez lo que quiere hacer, pero estas niñas no tienen madurez, no saben lo que hacen. A mí no me gusta trabajar con niñas, tampoco con chicas que fuman porros o se meten coca. Luego van puestas y no tienen cuidado con las precauciones higiénicas, están puestas y hacen cualquier cosa, lo hacen sin goma. Porque luego vienen clientes preguntando por tal chica, les dices que se ha ido pero que hay otras, y te dicen: no, pero es que esa lo hace sin goma.

Las chicas son a veces muy sucias, no respetan las cosas. El otro día vi a una que estaba pintando el edredón con un bolígrafo. Yo antes les compraba un edredón a cada una, y después de eso ya no se lo dejo. También las hay que en lugar de utilizar los ceniceros, tiran la ceniza en el plástico que cubre los paquetes de tabaco, y se sale todo, y a veces se quemán las colchas, etc. Tampoco tienen cuidado con el maquillaje, me encuentro restos de maquillaje en las colchas y en las alfombras. Hay algunas que se rasuran y luego no recogen los pelos de la ducha. Antes compraba yo la comida y les hacía de comer. Ahora se pone algo entre todas, se compra comida y unas veces cocina una y otras cocina otra.

Las chicas no van al médico. Aquí la Seguridad Social está muy mal, además muchas no tienen la Seguridad Social, sólo conozco a una que tiene un seguro privado, Sanitas. Cuando les pasa algo usan remedios caseros, están algún día sin trabajar. Yo fui hace poco por un problema de anemia, me mandaron unos análisis y luego me daban cita para dentro de tres meses, les dije que no me diesen la cita, que después de tres meses yo ya me había muerto.

El preservativo

Las chicas usan gomas con los clientes, pero no con sus novios. Yo misma no uso goma con X. Y estoy preocupada por eso, porque sé que él estuvo con varias chicas también sin goma. Me pasó que un día vino a trabajar una chica brasileña y le estaba enseñando las fotos de mis hijos, cuando dijo: ese es X, yo le conozco. Resulta que X me había hablado de una brasileña que era muy guapa, con la que había estado, y era ella. Le pregunté si había estado con él sin goma, y me dijo que sí. Ya conozco a varias que han estado con él sin goma. Él me dice que se cuida, etc, pero yo sufro con eso. Tiene una amiga nigeriana, que está todo el día pidiéndole favores. Yo le digo: ten cuidado, porque en África hay mucho SIDA, y las nigerianas lo hacen sin preservativo. Hay chicas que pasan y lo hacen sin preservativo, dicen que les da igual. Él se enfada y dice que no confío en él. Hay otra chica que le han diagnosticado hepatitis B. Se puede transmitir vía sexual.

Ahora estoy fría con él por eso, porque no me apetece estar con él. Él me dice que me obsesiono y que sólo es una amiga, que no ha estado con ella, pero eso es lo que él dice. Pienso de todos modos que no ha estado con ella, pues él suele sólo hacerlo una vez a la semana o así, y anda siempre buscándome a mí; pienso que si estuviera con ella no me buscaría a mí. Yo soy muy liberal, pero le digo que se cuide. Y yo con él siempre estuve sin goma, desde el primer día, fue una atracción especial. Yo quería con goma, pero al final empezó que si por aquí, que si por allá, y mira. A mí me da mucho miedo hacerme la prueba del SIDA, no por mí, sino por los demás. Prefiero no saber. El que se quiere a sí mismo se cuida. Yo no quiero que aquí las chicas hagan servicios sin goma. No he visto a muchas chicas que se hayan enfermado, pero sí muchos abortos. No sé si serán de los novios o de quién, igual si lo hacen sin goma son de los clientes.

Hay chicas que dicen que sólo por chupar sin goma no puede transmitirse el SIDA. Yo les digo que sí, y que además del SIDA hay otras enfermedades que se pueden transmitir, como la hepatitis o incluso la gonorrea. Hubo una chica que le pegaron una gonorrea en la garganta. Las hay que empiezan a chupar sin goma y luego se la ponen. Los clientes piden mucho comerle el coño a la chica, y es un peligro. Debería de haber preservativos para la lengua, porque por ahí te pueden pegar una infección, en la saliva se transmiten muchas infecciones. Yo les digo a los clientes que cómo piden eso. El sexo de la mujer y del hombre si está con una infección huele, pero ellos no pueden saber cómo está, puesto que la chica se lava antes de entrar en la habitación. Al cliente sólo se le lava con agua y jabón, pero eso no sirve de nada si hay infección. En el pelo hay también mucha suciedad, y en las uñas. Hay chicas que se dejan que los clientes les metan un dedo, o la mano, es un peligro. A mí sólo se me ha roto el preservativo una vez y me hice corriendo una ducha vaginal, me lavé con este líquido azul que tengo. Desde que tengo este negocio sólo se nos han roto cinco gomas. Yo les digo a las chicas que tienen que ir siempre con sus cosas. Yo llevo siempre mis gomas, mi Canesten, óvulos, ducha vaginal, lubricante, mi líquido azul para lavarme, porque tienes picores y a veces con la goma eso quema del roce, y hay que poner lubricante, para que no te quemes. Una vez un cliente vino y tenía el pene muy grande, le puse la goma, pero cuando estábamos haciendo el servicio vi que lo tenía medio salido, así que le puse dos preservativos. También lo que hago es que sujeto los preservativos con los dos dedos. Veo que muchas chicas no cargan nada y deberían hacerlo. Se pueden transmitir muchas enfermedades con la saliva, con el pelo. Una vez la chica española que era médico, me viene diciendo que se le ha roto una goma, que qué hace. Le dije que se hiciese una ducha, y me dice, es que yo no llevo ducha vaginal. Digo, tú eres la médico aquí, tú sabrás lo que tienes que hacer. A mí si llaman y

piden sin goma les cuelgo el teléfono. Algunos hombres pasan de todo, les da igual. X dice que estoy obsesionada con el tema del SIDA. No sé como pueden ser así los hombres, porque la mayoría tiene su mujer o su novia. Yo después siempre me lavo con el líquido azul o me pongo un óvulo si veo que es necesario.

Mi relación con X

Con X no es que seamos novios, somos socios, pero tenemos una relación. Es bastante abierta, porque él está en su casa y yo en los pisos, pero él viene a verme y se queda conmigo a menudo y estamos juntos en la cama. A él no le importa que trabaje. No sé cómo puede ser así, porque si estoy con él para qué voy a estar trabajando si no lo necesito. Tengo que sacarme a este hombre de la cabeza, pero él me llama y ya estoy como loca que quiero verlo, es mi gordito. A mí me gustan los hombres gordos, no me gustan los guapos, porque luego ligan con todas y es muy cansado. También me gusta otro hombre que tuvimos una relación, él está muy bien colocado, para mí era ideal, pero no me quiere ya ver porque yo soy una mujer inteligente y a los hombres no les gustan las mujeres inteligentes, les gustan las mujeres sumisas. Yo, a mi edad y con tres hijos, no resulta fácil encontrar a alguien. Uno se pasa la vida buscando a la persona con quien estar.

La policía

En marzo estuve trabajando en Alemania. Llegué el 8 de marzo y el 13 ya me cogió la policía, y me puso un sello en el pasaporte. Eso no tiene sentido porque yo tengo mi permiso de residencia y conozco también un poquito el tema de Schengen y eso.

Ahora estoy en Vigo trabajando. Estoy reuniendo plata porque quiero montar un negocio yo sola. El negocio con mi socio ya no funciona muy bien, el piso de Coruña tuvimos que dejarlo. Ahorita quiero establecerme por mi cuenta.

Racismo

Yo aquí, en España, sí que he sentido racismo. A veces no me atienden bien en las tiendas. Me pasó, por ejemplo, en Mango y no he vuelto a ir.

Una vez un señor en la estación de autobuses me dijo que me daba dinero si me iba con él. Yo creo que es por mi tono de piel, que es oscura, porque otras chicas que son rubias no tienen ese problema. Me imagino lo que sentirá la pobre chica nigeriana que es amiga de X, puede que por eso le pida que le haga todos los recados, ella sí que es negra, negra. No me gusta que me pregunten de dónde soy.

Desengaño en el amor, fracaso en los negocios

El otro día vine a Lugo para arreglar las cuentas con mi socio. Sólo he estado un día. Me siento muy mal, totalmente fracasada. No hemos llegado a ningún acuerdo, y él no ha querido darme ni un duro de la parte que me toca. Estoy hablando de la cantidad de un millón y medio de pesetas, que es lo que me corresponde por el negocio. Pero, él no ha querido darme mi parte y encima se queda con el piso. Para mí esto ha sido muy humillante, pues representa el trabajo y mi esfuerzo durante mucho tiempo. Ahora me encuentro de repente en que no tengo nada, estoy en una situación en la que vuelvo a partir de cero. Es realmente desesperante. Así que me marché a Tarragona, a casa de una amiga, para descansar y aclarar las ideas, porque ahorita no puedo más. De momento, ya he aprendido la lección: no es bueno mezclar los negocios con el amor. Esto sí que lo he aprendido bien.

El futuro

Quiero traer a mis hijos, porque ellos son muy inteligentes. Pienso que si se quedan en Colombia no van a poder llevar a cabo una buena educación y luego conseguir un buen trabajo. La situación allá está muy difícil, aquí es mejor la educación en la universidad. Quiero traerlos para que estudien aquí en la universidad. No quiero regresar a Colombia, me quiero quedar aquí.

No sé muy bien qué hacer con el negocio. X me ha llamado ya tres veces para decirme que regrese, que es una tontería que me haya volteado, que el negocio también es mío. Yo, de todos modos tengo que regresar para recoger todas mis cosas. Tengo un par de semanas para pensar.

KAREN

Mi familia

Nací en Cali en 1971. Somos cinco hermanos. Vivíamos supuestamente con mi papá, porque él no era mi papá de verdad. Mi mamá tuvo problemas con él y se separaron. Él nos llevó a una casa a escondidas de mi mamá. Apareció luego y tuve otra hermanita, que le regalaron en el hospital.

Mi papá tuvo problemas graves con la justicia. Lo acusaron de matar a un hombre. Él lo hizo con mi padrino, y por eso mi mamá se separó de mi papá, y también porque se había aficionado al trago. Mi papá estuvo quince años preso en la cárcel de Cali. Yo casi no me acuerdo, porque era una *peladita*.

Nos fuimos a vivir con mi mamá, y ella se juntó con otro señor. Mi mamá entonces se iba a tomar... Fue horrible. Ella tenía un negocio de comida rápida. Estuvimos así hasta que yo cumplí once años. Después me llevaron a otra casa, y me dijeron que me iban a contar una verdad, que me lo tomara suave: y era que mi papá no era mi verdadero papá, es decir, que yo era hija única. Yo no lo creía, a mí no me parecía posible que aquel señor no fuera mi padre. Y me mostraron fotos de mi verdadero papá, que también lo mataron de un tiro en el corazón. Apareció en un mangón tirado. De esa muerte nunca se supo...

Eso fue muy duro para mí. Yo en ese tiempo estudiaba y le ayudaba a mi mamá en el negocio. Con once años ya le dije a mi mamá que iba a tomar mis propias decisiones en el futuro. Me marché de casa, porque me sentía engañada. Luego recordé que mi papá me rechazaba y no me trataba igual que a mis hermanos. Pero nunca le pregunté, no lo entendía. Luego ya sí.

Me alquilé un cuarto cerca de casa. Mi mamá me daba dinero para la comida y yo le ayudaba en el negocio. A los doce años yo ya parecía de diecisiete, maduré muy rápido. Siempre tuve amigas sanas, nada relajadas. Y seguía estudiando. Salía del estudio a las doce y me iba a trabajar para el negocio de mi mamá.

Un hombre en una moto

Yo veía entonces a un hombre en una moto. Siempre estaba mirándome. Él tendría unos veinte años y yo doce. Me llamó y me dijo: - Vente, Karen,

quiero conocerte. Él iba al negocio de mi mamá, parecía de buena clase. Me decía que me ayudaba a hacer las tareas, pero yo tenía mucha desconfianza.

Un día me llevó en la moto y me dijo que me llevaba a recoger los libros. Era mentira, me llevó para un apartamento. Yo me puse a llorar. Cogió un revólver y me dijo que si no me entregaba a él que me mataría. Y me violó. Luego me dejó cerca de casa.

Me encerré durante tres días. Mire que nunca le conté a nadie eso, ni siquiera a mi mamá. Yo no quise denunciar y que se conociera en el barrio. Estuve muchos días mal, me tomaba unas *pastas* y me pasaba hasta dos días durmiendo. Hasta un día que el señor de la casa me llamó. Era un señor buena gente. Él abrió la puerta y me despertó. Cogió y habló con mi mamá, que qué era lo que me estaba pasando. Nunca más volví a ver al hombre que me violó. Como él era negro, desde ese día no me gusta la gente de color.

Estrella era mi profesora. Me quería mucho, porque me veía pienso muy sola. Ella me llamaba siempre por el apellido. Mientras, mi mamá se volvió alcohólica. Yo fui superando ese trauma sola. Hasta que conocí a mi marido. Antes tuve un solo novio, yo era muy esquiva. Conocí a ese muchacho y estuve un año, hasta los trece, con él. Era también un *peladito*, un *sardino*, tendría unos catorce años. Me enseñó a no ser tan esquiva. Así que me encariñé con él. Hacíamos planes: que nos íbamos a casar..., pero estábamos tan *sardinos*... El muchacho era muy trabajador, me regalaba cosas, me daba mucho cariño. Pero, cuando me dijo que me tenía que entregar, yo lo dejé. Y así fue cuando ya conocí a mi marido.

Marvin

Siempre pasaba en una furgoneta por las mañanas delante de la tienda. Hasta que un día en que yo salí de trabajar como a las cuatro de la tarde, me lo encontré en un taller, que estaba arreglando la camioneta. Me dijo: - Ay, negra, ¿no me da helao? Yo le contesté: - No, que le hace daño. Me preguntó que cómo me llamaba, y qué hacía en ese negocio y así. Y me dijo que un día me iría a hacer una visita.

Al cabo de quince días vino a la tienda. Yo le vendí el pescado y le ofrecí una cerveza. Él me dijo que yo le había caído muy bien, y me invitó a bailar. Yo le pedí permiso a mi mamá. Marvin trabajaba en “Cartón Colombia” como contador. Le pedí permiso a mi mamá para salir el sábado

con él. Ella no quería dejarme, pero al final me dejó porque yo le estuve trabajando mucho toda la semana. Mi madre desconfiaba, no quería que me alborotase.

Fue así como Marvin y yo empezamos a salir. Él ya me hacía regalos, me invitaba a cenar, etc. Duramos como siete meses de noviazgo. Yo le conté que vivía sola y él me dijo que me iba a ayudar con el arriendo. Me pidió que me fuese con él a un hotel. Pero, yo estaba traumatizada, aunque él me ayudaba, me daba ánimos... Fuimos al centro y me compró una alcoba, muchas cosas nuevas, televisión, almohadas, armario. Me dijo que me llevaría de luna de miel.

Él era casado, así que nos fuimos a Pereira y a Manizales. Estuvimos como unos ocho días juntos por allá. Yo me enamoré mucho de él, porque me dio mucho cariño. Marvin me daba todo lo que necesitaba, no me dejaba trabajar. Así que dejé de trabajar con mi mamá. Me alquiló una casa grande, pero yo como me sentía muy sola me llevaba allí a mis hermanas y a mis sobrinitos para que me acompañaran. Duramos dos años así.

A los dieciocho años tuve a Claudio, mi primer hijo. Yo quería tener un niño porque me sentía muy sola. Estaba un poquito obsesionada, pensaba que no podía tener hijos. Marvin me llevaba mucho a Buenaventura, para que pudiese ver los barcos y relajarme.

Me alegré mucho cuando me quedé embarazada. Yo quería que el niño saliese lindo y gordo. Me puse muy contenta cuando me dijeron que era un varón. En aquella época yo era muy feliz. Nos iba muy bien. Cambiábamos de casa, parecíamos gitanos. Yo me aburría y él me daba mucho gusto a mí. Como él ganaba buen dinero...

Luego tuve a mi segundo hijo a los veinticuatro años. Yo quería una niña, pero resulta que salió también un varón. Permanecía en casa con los niños. Una vez, cuando estaba de siete meses de Fernando, me caí en el baño y rompí aguas. Así que Fernando me salió sietemesino. Como pude, salí y me llevaron en un taxi al hospital. Estuve un día entero allí sufriendo. Fue horrible. Fernando era muy chiquitico, su cabeza era más pequeña que la palma de mi mano. Era tan pequeñito que lo bañaba en una ensaladera. Pero, al final se crió y salió más lindo.

Luego tuve a Marvin. No lo esperaba. Ya nos fuimos a vivir a otra casa. En esa casa ya se nos empezó a dañar el hogar. Mi marido comenzó a cambiar. Cambió muchísimo, se volvió como muy despreocupado.

Ahí se nos empezó a acabar el hogar. La mujer de él se dio cuenta. Yo le dije la verdad. A Marvin le llama todo el mundo “*el paisa*”, porque es tan blanco, no se parece nada a mí. Él quería que yo abortase, pero yo no quise. Le dije que me quedaba con los niños. Siempre permanecía con mi mamá. Él se desprendió de mí, comenzó a salir con otras mujeres. Entonces, yo me puse a vender helados. Yo misma compraba la fruta: mora, piña, coco. Rallaba y rallaba coco. Eran helados muy ricos, la gente me compraba mucho. También comencé a vender gelatina.

En casa teníamos agarrones horribles. Hasta que mi hermana se vino para España. A mí me parecía España como tan lejos... Cuando se fue Elena pensábamos que ya nunca la volveríamos a ver. Parecía más un velorio que un viaje. Elena se vino con diez millones de pesos de deuda. Y luego mandaba dinero, así que a mí me comenzó a rondar la idea de venirme también. Mi marido se quedó sin trabajo, y eso hizo que se nos complicara la vida horrible. Él vendió la camioneta y se fue para Cúcuta. La cosa cada día iba a peor. Nos empezó a cambiar la vida.

Pasando la selección

A mi hermana la trajeron para un club de La Coruña. Una señora allá le ayudó, le dijo que había un español que estaba trayendo chicas para acá. Le dijeron que pagaría la deuda en tres meses. Allí le explicaron que tenía que trabajar en eso.

Yo le dije a mi marido un día que me iba a venir a España. A uno le ponen muchos pajaritos lindos, que acá todo es maravilloso. Allá hay muchos contactos. Yo fui a varias casas donde traían chicas para España. En una que fui, me dijeron que sí que me traían pero me pidieron que me hiciese la “lipo” para quitar los *gorditos* que tenía. Tenía que pagar quince millones de pesos. Otro día una señora me dijo que me iba a contactar con un español. Fui a esa casa y allí me encontré con treinta mujeres, todas desesperadas para venir a España. Parecía un colegio. Allí había un español haciendo las entrevistas. Seleccionaban unas cinco chicas de cada grupo de treinta. Escogían a las más mejores. Había mujeres de todas clases: mulatas, negras, rubias, etc. Cuando me tocó a mí la entrevista, me preguntó que qué sabía yo hacer. Me dijo que me iba a llevar, pero que le tenía que pagar una deuda de ocho millones de pesos. Me dijo que la deuda la pagaría en tres meses. En la entrevista había que ir muy arreglada y llevar también una foto. Me cogieron todos los datos. Me dijo que me llevaría para un piso de él, y que luego me llevaría para otra parte, según fuera el trabajo.

Yo me fui para casa. No sabía que me habían seleccionado. Al cabo de quince días me llamaron y que tenía que llevar un fiador. Tuvimos que firmar una señora, mi marido y yo en la Notaría. A mí me cogió de sorpresa, no pensaba que me iban a seleccionar. Me dijeron que iría a Madrid y que allí me esperaba un señor. Me explicaron que yo tenía que decir a la policía que venía de turista, que me habían invitado a pasar unas vacaciones allá. Y yo dije eso en Inmigración y me dejaron pasar. También me dijeron que cuando llegara a Madrid que no mirara para atrás. Y allí un rubio me dijo que bienvenida.

Aquel hombre era el mismo que me entrevistó en Cali. Me dijo que nos íbamos para León. A continuación, cuando íbamos en la carretera me enseñó los billetes. Me enseñó los de mil, cinco mil, etc. Me dijo: - Mira, tú ahora vas a aprender a manejar estos billetes.

Un club en León

Llegamos a un club en León. Yo era toda extraña. Otro señor me dijo que subiera, que me duchara y que descansara. Se oía mucho ruido. Yo pensaba que iba a descansar, pero no. El español que me llevó allí me puso las cartas sobre la mesa. Me puso las cosas claras. Me dio un jugo de naranja y me dijo: - Mira, tú ahora te tienes que mover. Aquí tienes que cobrarle a los hombres cinco mil pesetas. Ven y te muestro el salón. Aunque primero me llevó a los cuartos. Me asusté al ver a todas las mujeres con esa ropa tan horrible, toda transparente. Yo no me sentía capaz. Él me puso en un asiento para que yo aprendiera a ver el rodaje. Allí hacían también “streaptease”. Le dije que venía muy cansada del viaje. Me dijo: - Bueno, mujer, descansa, pero mañana te pones a trabajar. Había cámaras por todas partes. Me dijo: - Mira, tú aquí no te puedes volar. Yo allí comencé a ver todo *peludo*.

Al otro día me presentaron a todas las chicas. Había de todos los sitios: de Ecuador, Rusia, Santo Domingo, Colombia, etc. Ese día bajé con mi ropa seria, y una chica me dijo: - Tú con esa ropa no puedes trabajar, así no te miran, tienes que provocar. Fue el primer día, para flirtear me cortaba muchísimo. Ese día me corté mucho.

Conocí a un señor que trabajaba con vinos, que se llamaba Sebastián. Me dijo que si era nueva, y yo le dije que sí, que me ayudara. Así que estuve como varias semanas sólo subiendo con él. Me traía así chokolatinas, me regalaba monedas para que llamara por teléfono. Hasta que un día me

invitó a cenar. Como en el club te compraban todo lo que necesitabas, el dueño del club no me dejó ir a cenar.

Yo comencé a trabajar. Y no me daban nada. Ni un peso. Tenía que pedirle monedas a los clientes para llamar a Colombia a mi familia. Hasta que un día le pedí al dueño del club que me dejara algo de dinero. Y él me contestó que no, que hasta que llevara la mitad de la deuda pagada no me daría dinero. Me dijo que moviera el culo.

Era Sebastián quien me dejaba un poco de dinero, y así yo podía mandar a casa. Duré como dos meses. El señor del club nos tenía muy amenazadas. Tenía amigos gitanos que eran los que buscaban a las chicas que se volaban. Nos decía: - Hija de puta, si se llegan a volar aparecen muertas en la playa sin cabeza. Y una cuando llega es tan novata que teníamos miedo.

La fuga

Éramos como cinco chicas las que estuvimos planeando la fuga. Pero, sólo nos atrevimos a volar tres. Nos íbamos para el río, porque nos dejaban ir nomás hasta el río, y allí planeábamos la fuga. Decíamos que nos teníamos que volar, que allí nos estaban explotando. Dijimos que a la que cogieran no podía hablar. Todos los días planeábamos la fuga, nos poníamos en *combo* y así. Hasta que un día vino el señor y nos llevó al cuarto especial, que estaba lleno de cámaras. Allí veíamos todo, nos veíamos a nosotras en *combo* y a los hombres que entraban allí. Ese señor es tan jodido...

Después de que nos llamara la atención, nos tenían castigadas en la comida poniéndonos de últimas. Pero, nosotras le robábamos fruta y yogures, y lo escondíamos en la habitación. Entonces, un día, el patrón llegó en bermudas y me dijo delante de todas: - Karen, ven, que tengo que hablar contigo. Comencé a subir las gradas. Llegó a mi cuarto, abrió la puerta y se quitó la camisa. Me quería *comer* allí. Cogí miedo y me bajé por las escaleras deprisa. Luego pensaba que estaría ofendido y que se iba a armar una buena. Yo era toda asustada y me quedé en el salón. Después, él me mandó a llamar a la cocina a través del camarero. Cuando me fui para la cocina él me estaba esperando sentado. Me dijo: - Karen, ¿por qué me dejaste esperando allá arriba? Yo le dije que no había venido al club para estar con él, sino para trabajar. Pero, él me decía que yo le gustaba mucho y me acariciaba el pelo...

Yo iba apuntando todos los pases que hacía. Pero, no nos daban nada de dinero. Entonces, un día llegó una colombiana que traía botellas y le

compramos una botella de aguardiente. Yo mantenía siempre la maleta en la cama, porque siempre desde que llegué pensaba en irme. Mantenía toda la ropa en la maleta.

Allí éramos como unas cuarenta mujeres. Nos cobraban cinco mil pesetas por la casa y por la comida cada día. Eso se sumaba a la deuda. Nos dijeron que podíamos hacer “streaptease”. Una compañera comenzó. Yo no quise. Sin embargo, nosotras planeábamos todos los días la fuga.

Entonces, el señor nos empezó a dejar salir. Yo estaba muy aburrida. Todo lo que yo trabajaba, así hiciera cinco o seis pases, era para la deuda. Betty y Suelen se volvieron atrás porque tenían miedo a que les mataran la familia. Nosotras regalamos ropa y zapatos a las chicas, porque no queríamos llevar nada más que lo necesario.

Ese día nos tomamos la botella de aguardiente al cierre. Y mientras el jefe estaba haciendo el inventario, nosotras teníamos las maletas listas. Sandra tenía un móvil y llamó a un taxi. Teníamos que esperar a que todo el mundo se durmiera. Luego, llegó el taxi y nosotras comenzamos a bajar las escaleras con un miedo... Primero bajó Samantha, luego yo, y Sandra fue la tercera. A mí se me quedaron los zapatos. Resulta que cuando ya estábamos dentro del taxi, Sandra se volvió para dentro porque se había olvidado el móvil encima de la cama, con los nervios. Le dijimos al taxista que nos llevase rápido a la estación de autobuses. Y cogimos el ticket para Madrid. Cuando estábamos en la estación pasó la mujer del jefe y nos tuvimos que esconder en los baños. Y nos fuimos para Madrid.

“El Vellochino de Oro”

Llegamos a Madrid y no sabíamos ni para dónde ir. Con nervios y asustadas no sabíamos qué hacer. Sandra era la que tenía más mundo y nos dijo que iba a llamar a una amiga para ver si nos daban una plaza en un club. Y así fue como nos fuimos para “El Vellochino de Oro”.

Resulta que cuando llegamos eso era también un infierno. Era un club de plaza. Una no podía quedarse allá permanentemente. Nosotras llegamos cansadísimas, con esas maletas, todas nerviosas. Cuando allí salió una mami, que era la que manejaba todo lo del club. Nos acomodó, nos dijo que nos duchásemos. Yo pensaba que íbamos a dormir, cuando nos dijo que fuésemos para el salón, que eso era un club de plaza y que no era sitio para descansar.

El dueño se llamaba Fernando. Nos lo presentaron. Él se presentó. Yo le dije que me llamaba Karen. Nos dijo: - Aquí se tienen que mover, nada de estar paradas. Cuando salimos al salón allí había unas cuarenta mujeres. Eran de todos los países. Salimos al salón y todas nos miraban como a bichos raros. Cuando vino una y nos preguntó que de dónde éramos.

Estábamos en el salón el primer día cuando apenas salimos y una morena se acercó a un señor y éste la tumbó al suelo. Nosotras pensábamos que aquello era *un calentao peor*. Así que resulta que ese tipo le pegó a la muchacha, y vino Fernando y le dijo a ella que se fuera, y ya eran como las doce de la noche. Le llamó un taxi y le dijo que se fuera ya mismo de allí. Para él lo más importante son los clientes, no las muchachas. Yo entonces ya lo vi todo negro.

Nos dijo que teníamos que dormir en donde trabajábamos, y nosotras le dijimos que no, que mejor que nos buscara una parte donde quedarnos, pero no allí. Que ya pagábamos cinco mil pesetas por noche (estaba incluida la casa y la comida; los pases eran todo para nosotras). Y resulta que entonces nos llevó a un hotel muy bonito. Y teníamos un chófer que nos llevaba y traía al club. Pero, no teníamos tiempo para nada. Salíamos del club como a las seis y volvíamos a las tres. El tiempo no nos llegaba para nada. Era del hotel al club, y del club para el hotel.

Ya el segundo día que estuve allí, ya vi la cosa como mejor. Aunque, todavía estábamos nerviosas porque el dueño del club de León nos estaba buscando. Estábamos así como muy asustadas, con esa cosa de que ese señor llegara y se nos apareciera allá.

En el club tenían buenos cocineros y de toda clase de comida. Mucha comida de mar. Nos enseñó la cocina y nos dijo que podíamos coger de todo, incluso llevar comida para el hotel. Pero, el problema era que como allí éramos tantas chicas teníamos que turnarnos. Comíamos de a quince.

Había una chica que me miraba, me miraba mucho. Y yo también la veía familiar. Cuando se me acercó vi que era una conocida de Colombia, de Cali. Yo a ella la notaba como muy triste, al vernos allí. Ella me dijo que ya había hecho varias plazas allí, y que tuviera mucho cuidado con esos tipos. Me contó que una noche llegaron cuatro marroquíes y la llamaron. Pero, ellos se emborracharon y le dieron una *pela* increíble, hasta que la dejaron allí tirada. A lo que ella se despertó, se dio cuenta que llevaba como quince días en el hospital. Le quebraron los brazos, la cara. De la *pela* que le dieron ella quedó inconsciente, y el cuerpo era como todo morado. La cara era como un monstruo.

El señor del club no saca la cara por una muchacha, ya nos lo dijo el primer día. A ella le tuvieron que arreglar toda la cara. Y estuvo sin trabajar como tres meses porque estuvo muy mala, muy mala. Se salvó de buenas, porque casi la matan esos marroquíes. Fue por eso que me dijo que pusiera mucho cuidado. Pero, ella quedó con problemas. No trabajaba, se quedaba como muy pensativa. Yo me le arrimé y le pregunté que cómo se las arreglaba sin trabajar, y ella me dijo que tenía dinero ahorrado y eso era lo que la salvaba. Fue cuando me dijo que a ver cuando salíamos de allí para hablar como amigas, sin trabajar. Pero, como el tiempo era tan corto una tenía que moverse mucho.

Sin embargo, allí la plaza era de un mes. Y nosotras nos ayudábamos. Un día una chica nos llamó por teléfono para decirnos que Luis, el dueño del club de León, nos iba a venir a buscar y que nos iban a *meter una pela*. Entonces, mis amigas comenzaron a llorar. Y yo les dije que lo mejor que podíamos hacer era llamarlo. Y lo llamamos al club. Nos dijo: - Tenéis una deuda conmigo y me tenéis que pagar. Yo le dije que no se fuera a meter con mi familia allá en Colombia, que yo le iba a comenzar a girar de a veinte mil pesetas, que apenas estaba empezando a trabajar, que me diera una oportunidad, que yo le iba a pagar la deuda. Pero, él me dijo que eso era pura mentira, que nosotras sólo queríamos volarnos y que teníamos que volver al club y que si no vendría él a por nosotras.

Yo debía ocho millones de pesos. Esa noche hablamos las tres con él, y así nosotras comenzamos a trabajar y a mandarle dinero. Fue así como conseguimos calmarle. Nos dejó así que le pagáramos y que trabajáramos en otro sitio.

Yo ya comencé a coger confianza con la gente del club. Ya me comenzó a gustar el camarero, y yo a él. Así comencé ya a amañarme allí por ese lado. El muchacho se llama Aldo. Me regalaba cosas, chokolatinas y así. Y al cierre nos veíamos en la cocina. Y eso que nos lo tenían prohibido.

Y ya me comencé a avispar, a trabajar. Yo siempre trabajaba con gente joven. No era capaz de trabajar con los viejitos. Me quedaba sentada y decía: - No, ese parece como mi abuelo. Los domingos eran todo puros viejitos.

Así ya me comencé a amañar allí en esa plaza. Entonces, conocí a un señor, que se llama Ángel. Él me dijo que yo le daba mucha pena, que cómo estaba yo allí. Era un señor muy especial. Era de la alta sociedad. Yo comencé a salir con él. Ángel tendría unos cincuenta años. Él me daba

dinero. Se me apareció la virgen por allá... Un día hasta me quedé con él y no fui al club, pero les pagué las cinco mil pesetas igual. Pero, Fernando me dijo que eso no podía ser y que yo tenía que ir a trabajar.

Una noche conocí a un chico que me dijo que era odontólogo. A mí me comenzó a gustar. Ya comenzamos a tener algo como fuera de serie. Cuando el muchacho se fue, las chicas se me acercaron y me dijeron que tuviese cuidado, que el tipo era macarra. Yo pensaba que era pura envidia, porque el muchacho era muy guapo. Y así él empezó a venir al club de seguido. A mí no me pareció macarra porque nunca me pidió dinero en el tiempo que estuvo allí. Pero, una noche una muchacha rubia muy bonita, de Medellín, se le enfrentó y le dijo que qué quería, que si me iba a macarrear.

Otra vez llegaron cuatro gitanos. Uno vestía todo de negro y estaba lleno de oro. El tipo me miraba y me miraba. Pero, todas las muchachas le tenían miedo, porque decían que tenía mucho poder y que chica que cogía ya no volvía a aparecer. Entonces, resulta que me llamó y me dio monedas para que le colocara en la máquina de la música. Los otros tres gitanos eran sus guardaespaldas. Él venía y me pedía tres o cuatro copas, y yo por eso me le arrimaba. Yo así lo fui conociendo.

El gitano se llamaba Bruno. Las chicas decían que era un tipo muy peligroso, y que tenía una daga. Pero, a mí con las copas me arreglaba la noche. Un día me cogió y me dijo que me esperaba a la salida. Yo ya vi la cosa como muy *peluda*. Él quería llevarme al hotel. Me dijo: - Hoy no vas con el chófer; si no vienes conmigo, no respondo. Yo ya empecé a llenarme de nervios. Pero, fui y me monté con él. Me llevó para Madrid. Paró en plena carretera. Yo pensaba que me iban a matar. Vaya sorpresa que me llevé cuando vi que el que salía del coche que venía detrás era el odontólogo. Ellos salieron y brindaron en medio de la carretera.

Llegamos a un club pequeño en el centro de Madrid. Y era de pura gente gitana. Yo entré toda asustada, me parecía una cosa fuera de serie. Brindaron por la reina, y decían que era por mí. Luego salió una gitana con la falda larga. Pero, allí eran todos callados. Me llevaron a un salón y allí vi a un montón de gente ejecutiva sentada. Todos con corbata. Y tenían un plato lleno de coca. Yo estaba toda asustada. Vi como la gente iba pasándose el plato y probando la droga.

Bruno tenía tres chicas jovencitas macarreadas. Todo aquello parecía de película. Yo nunca había visto una cosa así. Todo el dinero que ganan las chicas se lo tienen que dar a él. Por eso brindaban por mí. Yo era la cuarta víctima. Entonces, el odontólogo se acercó y me dijo: - Ven, Karen, que te

tengo que decir una cosa. Y yo le dije que por favor no me hiciesen nada, que me sacaran de allí. Le suplicaba que me sacaran de allí.

Me dijo: - Espera un momento, voy a encender el coche y luego vienes tú. Le dije a Bruno que me dejase salir un momentito, que me encontraba mal. Así salí y me volé con el odontólogo. Nos fuimos para un hotel allí en Madrid, y sólo llevaba un vestido todo cortito.

No entendía nada. Todo aquello era una mafia grandísima. Me quedé en el hotel con el odontólogo hasta el día siguiente. Yo no quería salir a la calle con aquel vestido. Él se fue, me dijo que no se demoraba y que volvía. Yo tenía miedo de que volviese con el gitano. Fueron pasando las horas. No regresó hasta las diez de la mañana. Llegó con un vestido largo y el cortico lo *botamos* a la basura. Entonces ya salí con ese vestido. Me invitó a desayunar. Comí una tortilla por primera vez. Y me dijo: - Pero, ahora vas a pagar tú. Y yo contesté: - ¿Cómo así? Me dijo que las cosas iban a ser diferentes, que yo tenía que pagar a partir de ese momento. Le contesté: - No mi amor, *a otro perro con ese hueso*. - Pues, entonces te vas a entender con Bruno tú solita.

El muchacho cogió el coche y fuimos de nuevo para “El Vellochino de Oro”. Llegamos como a las dos de la tarde. Allí estaban mis amigas Samantha y Sandra. Me dijeron que tuviese mucho cuidado, que esos tipos eran peligrosos y macarreaban a las chicas. Ellas se pusieron todas bravas conmigo. Estuvieron luego todo el día sin hablarme.

A los dos días llegó el odontólogo y me dijo que las cosas se iban a complicar. Resulta que Bruno lo había amenazado y le había dicho que tenía que traerme, que quería que yo trabajase para él. También le pidió que controlase todos mis movimientos en el club.

Bruno llegaba con cinco guardaespaldas gitanos. Era el duro de la pelea. Ya todas las chicas me decían cosas en el comedor. Me decían: - Uy, en vaya *calentao* se ha metido usted. Y yo me quedaba toda nerviosa.

Había otra muchacha morena, de Buenaventura, que conocía muy bien a esos tipos, porque ella había estado macarreada por uno de esos gitanos durante varios años. Me dijo que incluso la habían puesto a trabajar en las calles, y que la pegaban. Y me decía que eso mismo iban a hacer conmigo, aunque a mí me iban a meter en un club.

El odontólogo me pagaba cuando subía conmigo en el club. Me pagaba cinco mil pesetas. Pero, a partir de entonces ya no quería subir conmigo,

porque le tenía miedo a Bruno. Las cosas ya se habían complicado mucho. Pero, él tenía miedo por su hijo. Ya no íbamos a estar más tiempo juntos. Me puso el disco de “Corazón gitano” y me dijo que me fuera por la cocina con una señal, para que no nos vieran. Al final, subí con él, pero teníamos miedo porque Bruno podía enterarse. Y esa fue la despedida, que ya no íbamos a estar más tiempo juntos.

Los sábados entre las nueve y las diez de la noche era cuando más se calentaba allí el ambiente. Aquello se llenaba de hombres. Y las muchachas eran todas esquivas conmigo. Hasta los clientes. Si yo me arrimaba a alguno, me decía: - Uy, no se me arrime, que el que se le arrima es puñalada fijo.

Entonces, Fernando, el dueño del club, me dijo que lo mejor era que me fuese de allí. Yo me puse a llorar. No entendía esa situación. Pero, Fernando me dijo que me tenía que marchar, que si no me iba Bruno me iba a venir a buscar ese mismo domingo. Y que si notaba algo raro, que incluso me fuese antes.

Yo le conté a Fernando que tenía unas hermanas en Galicia, y él me dijo que me prestaba el teléfono para llamarlas. Hablé con ellas, y me dijeron que ellas me recogían. Me despedí entonces de las chicas del club y me vine. Yo no sabía dónde estaba Galicia. Estaba todavía muy novata en la putería. No sabía lo que me esperaba.

El club de La Coruña

Iba en el autobús. Tenía hambre. Había dejado la mayoría de mis cosas en el club. Unas señoras me dieron un bocadillo y una coca-cola. Llegué a La Coruña por la noche. Estaba cansada y me enfermé. Me dio tos. Todo el camino vine muy nerviosa. Yo pensaba que aquellos tipos venían persiguiéndome.

A mi hermana Milena hacía dos años que no la veía. A Lorena más de un año, porque ella se vino para España más tarde. Ellas me recogieron, me dieron comida... Vivían en un quinto piso. Era como antiguo y desocupao, aunque quedaba cerca del mar. Ya me pareció bonito Galicia. Yo me sentía un poco incómoda con mis hermanas. Les dije que necesitaba trabajar, que no podía seguir así. Me dijeron que me iban a ayudar a encontrar un trabajo.

Y de entrada me llevaron a “El Malecón”. Me dieron una ropa y me dijeron: - A ver cómo le va. Llegué al club como a las cuatro de la tarde. Me dije: Dios mío, ahora sí que llegué a la perdición. Aquel sitio era un relajo total. Se veía que eran viejas del montón. Todas colombianas. Me dijeron: - ¡Uy, llegó carne fresca!

Vino doña Leonor, que es la jefa. Me enseñó mi cuarto, que tenía que compartir con otras dos chicas. Me dijo: - Anda, te cambias y bajas. Yo le dije: - Uy, pero es que yo no tengo aquí ropa para trabajar. Pero, me dijo que no había problema, que allí venían unos marroquíes a vender mercancía los sábados y que vendían vestidos a crédito.

Ese día cogí y me bajé con un blue jean. Doña Leonor me dijo: - Vaya, vaya, flirtee con ese viejito. Yo le dije que no, que a mí los viejitos no me gustaban, que yo sólo hacía plaza con los de treinta y cuarenta. Pero, a la final me tuve que ir con el viejito.

Yo en aquel tiempo era muy delgadita. Era una talla ocho. Y allí en “El Malecón” les gustaban mucho las flacas a los clientes. Cuando pregunté que dónde quedaban los baños, doña Leonor me contestó: - Aquí sólo hay un baño para todas, así que tienes que hacer cola, y si tienes mucho afán, puedes ir al lavadero. Yo pensaba: Uy, esto sí que es lo último en España. Las viejas se lavaban con un coquito en el lavadero y con aquella agua helada... Había que pelear por el turno. No hay sino un baño allá.

Y entonces comencé allí a ver cosas raras. Los clientes se hacían a las peladas afuera en los coches. Pagaban más barato. A mí eso me daba asco. Doña Leonor lo permitía, decía que “todo por la plata”.

Al cabo de los días me fui dando cuenta de cómo funcionaba aquello. Los hombres se quedaban en la barra *mamando gallo* como hasta las dos de la madrugada. Y al cierre se subían a las chicas para así estar más tiempo. Estuve ocho meses en “El Malecón”. Cuando una lleva unos días en ese sitio ya va viendo cómo es el movimiento. Allí había como mucho cachondeo, mucha *recocha*.

Doña Leonor tenía un cuarto privado. Se acostaba siempre antes, como a las dos y media. Y luego dejaba allí al administrador. Y éste les daba de beber a las chicas, y ya les daba la *chilladera* a algunas.

El piso de Marta

De “El Malecón” me fui para “La Sirena”, pero allí apenas estuve unos días. Después, ya fue cuando empecé a trabajar en el piso de Romelina en Lugo. Allí conocí a Tania y nos hicimos amigas. Luego, como ella había tenido problemas con su hermana nos fuimos para el piso de Marta.

En el piso de Marta estuvimos trabajando con ella muchas colombianas: yo, Tania, Alejandra, Tatiana, Cielo, Dina, etc. Las que más trabajamos fuimos Tania y yo.

Allí hacíamos muchos tipos de servicios a los clientes. El sado, que lo hacían Marta y Cielo, y que costaba ciento veinte euros; el lésbico, que también lo hacían ellas y que costaba lo mismo que el sado. Yo el lésbico no lo hago. Me parece lo último. Llegar tan bajo... Es lo último en la putería que yo haría. Y Marta siempre me regañaba por eso. Tuvimos varias agarradas por eso. Marta siempre decía que para ser puta, hay que ser una puta completa. Pero, a mí me gustan mucho los hombres. Yo, por mis hijos, eso no lo hago. Ni por el dinero, así tenga la necesidad que tenga. Prefiero aguantarme. Aunque, ellas dicen que es fingido. No, yo no sé, pero eso está fuera de serie.

En el piso también había el trío, el normal, el griego, la lluvia dorada, el francés dulce y el francés tropical. El normal costaba treinta euros, y el trío el doble. El griego lo hacía Marta. Yo nunca lo he hecho. Agustín me dejó por eso y siempre me lo está reprochando. Por la lluvia dorada cobrábamos sesenta euros y ese sí que lo hacíamos todas. Es fácil, el cliente se acuesta en la bañera y la chica se lo hace encima...

Para el francés dulce al pene le echas nata y se le trabaja con la nata; o también con frutas, con trocitos de frutas tropicales y entonces es el francés tropical. Esto se hace todo sin goma. Pero, tiene un truquito: cuando le notas la vena, ya sabes que se va a correr. Y el francés completo se hace siempre con truco. A mí nunca se me han corrido en la boca. En el piso de Marta venían muchos clientes por el francés, sobre todo los viejos.

En el piso de Marta estuve trabajando casi un año. Después, me fui para La Coruña. Estuve un mes en casa de mis hermanas. Estuve sin trabajar, pensando en cómo organizar mi vida de nuevo. Luego, me marché para Ferrol a hacer una plaza en un piso. Trabajé en ese piso durante otro mes. Y, finalmente, me volví para Lugo y pedí la plaza en el piso de Romelina. Desde entonces, sigo acá y bien.

Tania y la brujería

La primera crisis me dio un martes a las seis de la tarde. Yo estaba acostada en el sofá cuando sentí que no tenía fuerzas ni en las manos ni en los pies, y como que me iba... Me palpitaba también mucho el corazón. Como estaba con las muchachas, yo les dije: - Ay, muchachas, me voy a morir. Entonces, ellas me pusieron *la piyama* y me llevaron cargada porque yo no podía caminar. Me llamaron un taxi y nos fuimos para el hospital. Me colocaron en una silla de ruedas, y yo pensé que ya me iba a quedar así. No tenía fuerzas. Me hicieron analíticas y también un electro. Y todo eso salió bueno. El médico me preguntó que si era que yo tenía problemas familiares, y yo le dije que no. Me dijo que se trataba supuestamente de una crisis nerviosa. Me recomendó reposo, sí, que estuviera tranquila, que no fuera tomar alcohol y todo eso.

Y luego, a los ocho días, el otro martes a las cuatro de la mañana, me volvió a dar. Sentí lo mismo. Las palpitaciones y me dio *la tembladera*. Le pedí a Mónica que me llamara un taxi y nos fuimos otra vez para el hospital. Me volvieron a tomar exámenes y todo salió normal. Me tuvieron allá en observación y a las siete de la mañana nos volvimos.

Yo ahora le pido mucho al Señor. Yo no le he hecho nada a nadie. Tania es la que me está haciendo cosas. Como si se hubiese enamorado de mí o de Luis, es como una obsesión. Yo estoy más aterrada... A la final, Tania *me tiró al agua* con él. Hubo también problemas por el joyero. Como yo le comenté que el joyero me gustaba, ella fue y le comentó cosas. Todo se lo contó a Luis. Ese día cuando Luis llegó al piso estaba de mal humor, no quería gaseosa ni nada. Y me dijo que yo sólo lo quería por el dinero, para que me pagase el arriendo. Y todo así porque Tania le había contado todo aquello. Tania es una mujer manipuladora.

Tania me tenía totalmente engañada. Yo la quería mucho, pero ella me traicionó. Fíjese, que todo fue por los celos. Yo no sé si por Luis o por mí. ¿Será que ella es lesbiana y que quizás le gusto yo? No lo sé, pero una de esas dos cosas tiene que ser. Yo ahora lo veo todo más claro, pero antes me tenía toda engañada. Y eso que mi hermana, ya una vez, me había dicho: - Tenga cuidado, que esas que andan diciendo siempre “mi hija” y así son las peores, que por delante muy bien y luego le pegan a uno la puñalada traperera. Y fíjese que ella tenía razón. Y yo le decía que no, que Tania era muy buena amiga...

Todo empezó con Luis, pues ella estaba con Marcial, ¿y yo también tenía que tener a alguien, no? Y ella le fue a Luis con un montón de mentiras, que si yo sólo estaba con él por el dinero, que si yo no lo quería, que si yo estaba con otros hombres y a él sólo lo utilizaba... Tania llegó incluso a telefonarlo a él a su casa y hasta a hablar con su mujer. Y entonces, un día vino Luis muy serio y estaba como tenso, y empezó a golpear la mesa, así fuerte, en el piso. Y yo le pregunté que qué le pasaba, y él me dijo: - Usted me está engañando, sólo me quiere por mi dinero. Y yo le dije a él: - ¿Pero quién le ha dicho esas cosas? Y fue Tania quien le contó todo.

Yo a Luis lo quería. Es cierto que él me daba para el arriendo y que me ayudaba, pero también es verdad que yo lo quería a él. Pero, Tania lo estropeó todo. Le vino a Luis con todas esas mentiras. Yo creo que a ella le gustaba Luis. Sí, ahora me doy cuenta. Sabe, ella hacía cosas muy raras, detalles que ahora comprendo. Por ejemplo, se ponía unos escotes muy grandes para que se le vieran bien las tetas y se acercaba a él, y le decía: - Venga, que yo le hago un masajito. Y le tocaba así por el cuello...

Pero, yo me di cuenta de que era Tania quien le andaba diciendo. Y aquella noche, en la que Luis se enojó tanto, yo fui junto de Tania y le dije que era un bruja, que cómo podía ser tan mala amiga. Ella entonces se puso toda roja, así, y decía, como dice siempre ella: - Pero, cómo así... Yo me enfurecí mucho con ella, y nos agarramos. Y fue entonces cuando se metió Marcial. Yo le dije: - Usted, no se meta. Y él empezó a decirme y a gritarme: - ¡Putá! ¡Negra! Y yo le contesté que yo era tan puta como su mujer, que las dos éramos las que estábamos trabajando en esto. Luis intentaba separarnos. A Marcial yo le dije: - Cállese, que usted es un macarra de bocadillo barato. Fue un escándalo.

Tania es una mala persona. A mí me tenía jodida. Sabe, ella es una bruja. Sí, no se ría, ella hace cosas de brujería. Cualquiera día le hace una a usted, si es que no se la ha hecho ya. Mire, recuerdo, por ejemplo, lo que pasó cuando lo de Lorena. Ella me dijo un día que la iba a sacar del piso. Y cogió un día y me dijo: - Venga, vámonos al cementerio. Fuimos con un amigo que nos llevó allá, al cementerio, al de Lugo no, al de Rozas, allí cerca del club. Entonces, fuimos y cuando llegamos al cementerio ella nos dijo: - Ustedes esperan acá. Y ella entró y estuvo allí sola en el cementerio haciendo no sé qué cosas. Estuvo como una media hora y luego se vino. Y fue cuando me dijo: - He sacado a Lorena del piso. Y así fue, que al día siguiente Lorena se marchó del piso. Ya sabe usted, que hubo todos aquellos problemas por Toño y eso. Sí, Tania sabe de esas maldades, ella es bruja.

Desde aquella noche, desde lo que pasó en el piso, hace ya más de un año, yo ya no he vuelto a ver más a Tania. Es una pena porque éramos muy amigas y yo la quería mucho, pero todo era porque me tenía totalmente engañada. Me tenía jodida, yo vivía como jodida, siempre detrás de ella para acá y para allá. Eso era por las cosas que ella hace. Sabe, ella me escupía en la comida y así era como me tenía siempre como a sus órdenes, Karen venga acá, Karen váyase allá...

Mire, yo no sé si usted conoció a Quique. Quique era un amigo que yo tenía, que nos llevábamos muy bien. Él me ayudaba, íbamos a cenar, de copas, etc. Él era como muy amplio, muy buena persona. Y fíjese, que un día Tania le llamó y le hizo venir desde La Coruña, porque él vive allá. Le citó en el piso para hablar con él. Y le dijo que estaba haciendo el tonto, que si yo lo estaba utilizando a él, que si yo estaba enamorada de Luis y que no lo quería a él. Y después, una noche vino Quique y me llevó a cenar, y cuando estábamos sentados a la mesa del restaurante y descorchando la botella, me dijo muy serio que él ya no me iba a ayudar con la fiesta para mi hijo, porque él antes me había prometido que me iba a ayudar para que yo enviase dinero para con la fiesta de cumpleaños de Marvin. Quique me dijo que no me daba más dinero, que si yo estaba tan enamorada de Luis pues que fuese él quien me diera para la fiesta de mi hijo, para enviar a Colombia. Y todo eso que pasó fue por Tania. Así que fíjese como es ella, qué mala persona, que sólo le tiene envidia a una.

Los martes y los viernes es cuando “trabajan” esas cosas. A mí me dieron las crisis de madrugada. Yo hablé incluso con don Carlos para que me hiciera unos baños para la suerte. Los baños son hierbas así naturales que le mandan a uno para hacerse. Pero, don Carlos es muy amigo de Tania. Él hace *recorridos*. Los *recorridos* son que le trabajan a uno con el espíritu, con los nombres y los apellidos, cuando está dormido. El fin puede ser distinto, dependiendo de si se quiere o se odia a la persona. Don Carlos hace el trabajo que uno quiere que le haga, sea para un bien o para un mal. Él lo hace.

Pedro, el del sindicato

A Pedro ya lo conocí hace tiempo, de cuando vine para Lugo, en el 2002. Como él era amigo de Marcial y de Luis, también venía por el piso a tomar café y charlar con las muchachas.

Una noche Pedro vino al club donde estaba trabajando, y yo que estaba muy cansada, le pedí que me trajese para Lugo. Él me dijo que sí y que me

esperaba fuera. Yo tuve que esperar casi una hora porque en la habitación había una chica que estaba haciéndose un pase y yo tenía la ropa dentro. Luego, cuando salió él estaba allí esperándome al otro lado de la carretera.

Nos fuimos y al poco rato nos pararon la Guardia Civil. Yo no sabía que él estaba *tomado*. Yo estaba aterrada. En aquella época todavía no tenía papeles, y además tenía una carta de expulsión. Mientras esperábamos los resultados, él comenzó a tocarme así y a intentar besarme en el coche. Yo nunca me lo esperaba de él. Le dije que no me gustaba, que se estuviese quieto. Él se quitó las gafas y me dijo que le mirase a los ojos, que cómo no me gustaba. Él se pensaba que como tiene los ojos azules ya me iba a enamorar.

Estuvo insistiendo mucho y me llevó a la oficina del sindicato donde trabaja, donde dicen que se *come* a todas las chicas. Desde ese día se cruzó. Por eso nunca quiso ayudarme con lo de los papeles.

Luis

Yo a ese señor lo quería mucho. Ahora ya no, ahora es diferente. Luis me tenía muy engañada. Él siempre me decía que estaba separándose de su mujer, que tenía sólo pendiente una firma de ella para lo del divorcio. Me *embolaba* con todas esas cosas.

Él decía que a su mujer ya no la quería, que él me quería a mí. Que ellos vivían en la misma casa, pero que hacía ya tiempo que no tenían ninguna relación, ningún tipo de vida conyugal. Y yo le creía...

Y un día una amiga me llamó por teléfono y me dijo: - Mire, véngase para acá y ya verá qué bien ve a Luis con su mujer, agarraditos por la calle. Yo entonces me cogí mucha rabia, y me fui para allá. Pero, cuando llegué ya no estaban. Entonces, lo que hice fue caminar y me fui hasta la casa de Luis, que él vive allá, en un chalet a las afueras de Lugo. Que yo para esas cosas soy muy jodida, que a mí no me importa y me da igual que se me venga todo el cielo encima.

Me fui hasta su casa y allí estuve esperando, y eran ya las doce y él no aparecía. Que hasta un vecino me vio allá y me preguntó que qué andaba buscando, y yo le contesté que “La Taberna de Flandes” que es un bar que hay allá. Y el señor me dijo que no, que ese estaba cerrado, pero que podía ir a otro, y me indicaba. Y yo entonces me fui para que me viera el señor, pero vigilaba la casa. Hasta que apareció Luis.

Venía en el coche con la mujer, y cuando me vio, bajó así la cabeza. Cuando llegaron a la casa, yo le empecé a gritar, y él me decía: - No, ¡usted está loca! ¡usted está destrozando mi vida! Y se marchó para adentro de la casa. Yo seguía allí, llamándole. Y entonces fue la mujer la que me llamó la policía. Y vino la policía y todo. Pero, no me dijeron nada. Me vieron, yo estaba allí llorando, y cogieron y se marcharon. Luego, apareció el padre de Luis y yo le llamé y le dije: - Oiga, llámeme a Luis ahora mismo, que tengo que hablar con él. Y aquel señor me miraba con los ojos así, como platos, todo sorprendido. Y fue y lo llamó. Vino Luis y me decía: - ¡Pero qué hace, mujer! ¡usted está loca! ¡me está buscando la ruina, va a conseguir arruinar mi vida! Yo le dije que me dijese las cosas a la cara, que él me había estado engañando, y que porqué me había engañado. Y él: - Váyase, que me está arruinando la vida. Yo después de hablar con él me fui de bar en bar tomando sola. Aquel día me harté de llorar.

Después de aquel día, con Luis ya no fue lo mismo. Ya no quería saber nada de él. Pero, él me llamaba. Que Karen baje; que Karen vámonos a tomar una copa... Y yo como una tonta le hago caso. Nos vamos a tomar unas copas y luego a motelear por ahí, sí, a echar un polvo, hasta la mañana siguiente. Yo no quiero ir con él, pero como todavía lo quiero, él me llama al móvil y yo voy con él.

El problema es que ahora estoy embarazada. Sí, estoy embarazada de Luis. La última vez que estuvimos juntos en el motel..., y ahora me he quedado embarazada. Estoy de un mes. Yo sé que tengo ya tres hijos allá en mi país, pero tal vez fuese la niña... Al principio no sabía qué hacer, hasta pensé que lo mejor era ir a una clínica de esas. Pero ahora he tomado una decisión.

Ya estuve en La Coruña. Estuve en casa de mis hermanas y fui para informarme en la clínica. Pero, uff, ¡aquello es muy caro! Te cobran seiscientos euros. Cuatrocientos si no te ponen la epidural. Pero, mis hermanas me dijeron que no abortase.

En el piso de Romelina también hay otra chica que está embarazada como yo, así que somos dos en la misma situación... A ella la dejó embarazada un tipo y luego se voló. La dejó y no quiso saber nada de ella.

Yo he decidido seguir adelante con mi embarazo. La noche pasada hablé con Luis, y él me dijo que lo tuviera, que él me iba a ayudar, que iba a reconocer al niño. Pero, no sé. Luis ya tiene cuatro hijos con su mujer y es un hombre tan golfo... Pero, sí, él me dijo que lo tuviera, que me iba a

ayudar. También hablé con mis hermanas, y ellas me dijeron que no hiciese una cosa tan mala, que ya ellas me ayudarían a cuidar al niño. Y Quique, también me dijo que él me ayudaría, que reconocía al niño si hacía falta, que contara con él para lo que necesitara. Así que ya ves..., ahora tengo dos hombres que se pelean por reconocer al niño.

CIELO

Pícara y ladrona

Nací el 20 de diciembre de 1963 en la ciudad de Bucaramanga (Colombia). Vivía con mis padres y éramos siete hermanos. Yo tengo una gemela. Tuve una infancia de *tañures*. Teníamos mucho dinero. Los mejores colegios, la mejor ropa, etc.

De niña yo era muy pícara y ladrona. Era la más tremenda de la casa. Me echaron como de siete u ocho colegios. No me soportaban. Siempre estaba jugando y robando. A las niñas les robaba las *loncheras*. Mi padre era comerciante de repuestos de carros y tenía inversión de ferias. Hacían más trampas... Yo sé *marcar naipes y amarrar los dados*.

Bucaramanga es una ciudad muy bonita. Le llaman la ciudad de los parques. Es una de las más limpias de todo Colombia. Yo he sido una privilegiada en mi infancia. Mi papá nos decía a mí y a mis hermanas: sus cuatro princesas.

Cuando tenía nueve años, una amiga que se llamaba Ana vino a vivir con nosotros. Le ayudamos a estudiar, porque sus papás no tenían dinero. Como yo era muy tremenda, a mí me enviaron a un colegio más barato, para que escarmentara. Ana era mi mejor amiga. Un día se metió en un lago y se ahogó. Para mí fue un trauma. Le cogí miedo al agua, y me sentía culpable porque yo le había insistido mucho tiempo a la madre para que le dejase ir a la fiesta.

Exceptuando la muerte de Ana, mi infancia fue una infancia muy linda. Mi papá decía que los hombres tenían que ser machos y las mujeres en casa. Pero, para mí mi papá fue el mejor padre del mundo. Y eso que él tomaba mucho.

Terminé el bachiller con dieciséis años. Era el año 1979. Fue también el año en que murió mi papá. Tenía cáncer en los pulmones, pero murió de un infarto. Entonces, le embargaron a mi familia. Y fue cuando pasamos de niñas ricas a niñas pobres. Mi papá perdió todo en el juego y en malos negocios. Nos dejó sólo deudas, y en la calle. Luego, poco a poco fuimos recuperando, superando ese trauma. Mis hermanos son todos jugadores y alcohólicos. Esa fue la herencia que dejó. Jugaban a naipes, a gallos, a los dados, etc. Mis hermanos todavía juegan hoy. Y mi madre dejó esa vida hace unos cinco años, dejó las *galleras*.

Después del bachiller hice un semestre de Psicología en la Universidad de Santo Tomás. También aprendí a curar enfermos con mis primas, que eran enfermeras. A mí siempre me gustó haber sido secretaria. De mi grupo, la más activa, coqueta y seductora era yo. Siempre la que más mandaba era yo.

Le conocí en una apuesta

Me casé a los diecisiete años. Tuve el muñeco a los dieciocho. A mi marido lo conocí en una apuesta. Cuando murió mi papá nos fuimos para Cúcuta. Yo aposté con mis amigos allá que conquistaría a Alberto en un mes, y que sino pagaría cien pesos y haría cocina durante tres meses. Y gané la apuesta. Todas mis amigas tenían novios. Como en octubre yo le mandé una carta donde le decía que me gustaba mucho, y le conté el rollo. Y al cabo de un mes nos casamos. Fue el 25 de octubre de 1981.

Fui muy feliz durante dieciocho años. De mi matrimonio he tenido tres hijos: Miguel, Albertito y Javier. Aún sigo casada con mi esposo. Él no sabe que trabajo en esto.

Como fue con una apuesta me casé sin amor. Yo no sabía ni freír un huevo. Pero, aprendí rápido. Lo que sí era muy ordenada. Alberto trabajaba de zapatero. Aguanté muchos años viviendo en una piecita. Alberto era un hombre lleno de vida, muy responsable. Nunca me pegó. Nunca se amaneció en la calle. Él es campeón de billar, y me decía los sitios de los campeonatos para que yo fuera. Casi nunca bebió. Tan sólo lo he visto borracho en tres o cuatro ocasiones.

Me considero que fui muy afortunada. Yo quería aprender, tener dinero como mi papá. Por eso quizás me vine. En los últimos años el dinero ya no alcanzaba. Pobre, pobre no era. Pero, yo quería tener dinero como durante mi infancia.

Cuando ya llevábamos quince años de casados yo le pedí que nos separáramos durante una temporada. Alberto también estuvo trabajando en Venezuela. Siempre fue muy responsable, pero a mí me perdió la ambición. Mi esposo confía mucho en mí y sigue esperándome. Mis hijos viven con él y con mi suegra, menos el mayor que también está en España. Él no ha cogido a ninguna mujer. Dos veces por semana hablamos por teléfono. Me colabora mucho con mis hijos.

El viaje

Cuando me salió el viaje mi esposo no estaba de acuerdo. Me decía que era mi perdición. Y por cuestión de veniros, dijo que nos íbamos a separar.

Tengo una tía que está casada en La Coruña. Ella me llamó por teléfono a Colombia. Me dijo que viniese a España a trabajar en un club. Ella sabía que yo necesitaba dinero y que yo era muy ambiciosa, sobre todo por Javier, que es un niño enfermo. Mi tía me mandó el dinero de viaje, el pasaje y la carta de invitación. Me dijo que aquí en un año yo conseguía *casa, carro y beca*, como se dice en Colombia. Y en unos quince días arreglé todo.

Cuando llegué tuve problemas. Me dijeron que la carta de invitación no servía. Yo traía sólo diez dólares y la policía me detuvo. Éramos diecisiete colombianos detenidos. El policía me dijo: - Vete, y no te voltees. Y así conseguí entrar. A los otros me parece que los devolvieron.

En Barajas me recogió mi tía. Vinimos para La Coruña en el coche de su marido. Me cobraron cincuenta mil pesetas por el viaje hasta Coruña. Y me cobraron seiscientos cincuenta mil por todo. Llegamos a la casa de ella. Era el 25 de agosto de 1998. Llamaron al señor del club para que me conociera. Y ya me dijo que tenía que trabajar con ropa. Cuando el señor llegó le dijo a mi tía que sí, que sí que servía para trabajar en esto.

La prostitución

Cuando llegué al club las vi a todas con la ropa de trabajo y eso. Me dijeron que me cambiara de nombre. Y entonces me puse Cielo. Me explicaron que tenía que ponerles las gomas a los clientes. Me explicaron que tenía que flirtear. Me dijeron cómo funcionaba la prostitución.

El día 27 empecé a trabajar. Llegó un tipo, al que llaman Santos, que era el que probaba a las chicas nuevas. Me dijeron que tenía que arrimármele, que era un hombre que daba mucho dinero y que ayudaba a las chicas. A mí me temblaban las piernas. Me dijeron que Santos era buena gente. Él me miró de arriba abajo y me dijo:

- Hola, ¿cómo se llama?
- Me llamo Cielo, ¿y usted?
- ¡No me llame de usted, me cago en Dios! ¿qué me ves muy viejo o qué?

Santos me pagó tres horas más tres copas. Entré en la habitación y él estaba sentado fumando un cigarrillo. Me pidió disculpas por haberme gritado antes, y también me pidió que me calmara. Me dijo que no me iba a tocar y estuvimos todo el tiempo hablando. Yo le pedía que me ayudara a *volar*. Y él que no. Me dijo: - Mañana vengo, Cielo, y te pago otras dos horas.

Santos pagó cincuenta mil pesetas para el día siguiente y dijo en el club que no trabajara hasta que él llegara. Llegó Santos y allí ya me besó. Él fue quien me enseñó a colocar el preservativo. Me dijo que lo usara siempre. Y ese día estuvo conmigo. Fue muy duro. Yo pensaba en mi marido.

Me regaló ropa y un móvil, y también me daba para mandar a Colombia. Venía siempre tres veces por semana y me pagaba dos horas. Yo me sentía protegida con Santos. También aprendí a flirtear. Pensaba que tenía que asimilar lo que estaba haciendo.

Santos era un putero, un hombre de club. Al cabo de dos meses, me pidió que fuese a vivir con él. Él estaba casado y tenía su fábrica. Me dijo que nos fuéramos. Me llenó de ropa. Me enseñó muchas cosas y me venía a buscar al club.

Una tarde me llamó Mercedes, la mujer de Santos. Se puso a llorar. Me pidió que no le dañase el hogar, que llevaban veinticinco años de casados. Y yo se lo prometí. Me pareció una mujer muy decente. Y así cuando llegó Santos le dije que no quería seguir con él. Y discutimos.

Esa misma noche llegó al club Álvaro. Se le arrimaron las chicas, y él no quiso. Álvaro es muy atractivo. Y yo me le arrimé. Le pregunté si me invitaba a una copa. Y me dijo que no, que él no invitaba a copas. Pero, luego me dio su teléfono. A mí no me dejaban salir sola del club, porque tenía deuda y tampoco conocía Coruña. Pero, una amiga respondió por mí y Santiago me dejó salir. Llamé a Álvaro y vino a recogernos, y fuimos a tomar chocolate con churros.

Luego me dejaron salir los martes. Mi tía respondía por mí. Ya salía sola con él. No me gustó porque me hizo el amor en el coche. Me sentí como sucia, no me gustó nada. Me sentí como utilizada. Me pidió disculpas, y me dijo que me fuese con él a Canarias. Yo le contesté que si me pagaba la deuda me iba con él. Y me dijo que sí. Al segundo martes me dijo: - Lo único que te pido es que tengas el móvil encendido.

Álvaro me pagó la deuda. Fueron trescientas cincuenta mil pesetas, que era lo que me faltaba por pagar. Luego, dijo que se iba de viaje a trabajar durante quince días. Me dejó mercado y dinero para ese tiempo, pero no quería que se fuese a trabajar. A los nueve días me llamó por teléfono y me pidió que saliera, que él estaba fuera en el coche. Nos fuimos para Portugal. Fueron cinco días. Estuvimos en Braga y en Porto, en hoteles. Me compró ropa y todo lo que yo quería. Después, me dio un cheque por un millón de pesetas para que me fuera para Colombia, o sino que me fuera con él para las Canarias y que él me daba cincuenta mil pesetas mensuales. Yo fui gilipollas. Me quedé con él. La verdad es que pasé ocho meses y medio con él viviendo como una reina. Pero, llegamos a Galicia y ya nuestra vida cambió mucho.

Entonces, mi tía me propuso que montásemos un piso de chicas para trabajar. Álvaro no aceptaba bien la idea, pero al final busqué cuatro chicas. Álvaro me dio quinientas mil pesetas para montar el piso en Coruña. Luego me dijo que ya no me ayudaba más. Y se despidió de mí.

A los tres meses me demandaron los vecinos por trabajar en el piso. Estábamos dos chicas y yo. Luego nos mudamos a la Ronda de Outeiro. Ahí ya tuve cuatro chicas. Contacté con ellas a través del periódico. También tenía dos chicos españoles. Las chicas eran dos españolas, una brasileña y una colombiana. Tuve suerte, siempre tuve una convivencia muy buena. Las chicas se turnaban para el aseo y para la comida.

Álvaro venía por el piso. Yo empecé a quererlo más. A los cuatro meses, en mayo, empecé a trabajar a escondidas de él. El dinero no alcanzaba y yo quería tener dinero para mis cosas y caprichos.

Ahí fue donde conocí a Marta. Las chicas venían cada veintiún días y yo colocaba el anuncio en el periódico. Y vino Marta. Nos hicimos buenas amigas y hasta hoy siempre nos llevamos bien.

Papeles para el matrimonio

Una vez yo acompañé a Marta a un club. Y allí me cogió la policía, por no tener papeles. Las otras escaparon. Como yo era la primera vez, me detuvieron y me llevaron para la comisaría. Me dieron cuarenta y ocho horas. Álvaro pagó a un abogado y me hicieron un recurso. Me metieron los papeles para el matrimonio. Lolo, el marido de Marta, representaba el papel de que se casaba conmigo. Y nos hicieron una entrevista en los Juzgados, y como no coincidían las versiones, la mía y la de él, me

denegaron los papeles del matrimonio. Incluso, vinieron a mi casa para ver si tenía ropa de mi supuesto marido, y claro, no encontraron nada. Yo tenía en mi mesilla la foto de Álvaro, imagínate... Por todo eso me lo denegaron.

Bueno, pero al cabo de tres o cuatro meses vino la nueva ley. Me hice muy amiga de María de Comisiones Obreras. Ella me fue cogiendo estimación y me ayudó en los papeles. Pasó el tiempo y yo seguí con Álvaro. Él se fue para Canarias. Yo seguía trabajando en el piso.

Vivo el tiempo y el *ratico*

En el piso de la Ronda de Outeiro conocí a Marina, una brasilera que ya murió. Durante mucho tiempo estuvimos juntas. Ella bebía mucho, pero éramos muy amigas. El marido, que también era brasilero, se fue con una española, y ella lo pasó muy mal. Marina murió el año pasado, creo que de cáncer, aunque tampoco estoy muy segura. Marina y Marta fueron las que más tiempo estuvieron conmigo.

Estuve en el piso unos dos años. Luego, las cosas empezaron a ir torcidas y entonces fue cuando me vine para Lugo. Durante esos dos años lo pasé de *hijoepúchica*. Enviaba dinero a montones para Colombia. Me iba al Corte Inglés, a buenos restaurantes, etc. A mí me gustaba andar sola. No mezclaba mi vida personal con mi trabajo, y era una persona diferente durante el día y la noche. Conocí a mucha gente buena, gente de mucha pasta. Hasta que un día las cosas empezaron a irme mal. Me comí todo el dinero en cinco meses. Cuando me di cuenta ya estaba sin plata.

Yo vivo el tiempo y el *ratico*. Si hubiera ahorrado, ahora quizás tendría casa en Colombia. Pero, no me arrepiento. Para mí la vida es para vivirla y disfrutarla. El dinero es para disfrutarlo. La gente muchas veces no gasta porque es muy caro en la ropa, etc. Yo no pienso así, porque sé que un día a lo mejor no me levanto más.

En el piso pasaron chicas colombianas, españolas, brasileras, etc. Yo siempre tenía una regla: aquí en el piso se viene para trabajar, sólo para trabajar. No quería problemas personales. *Cada uno de su culo hace una ratonera*. Eso es lo que pienso.

Tuve una española, Teresa, que le hice un préstamo de cuarenta y cinco mil pesetas. Ella decía que el marido la golpeaba si no le daba dinero. Cuando le pedí que me devolviera el dinero lo que hizo fue mandarme a la policía. Ella les dijo que yo trabajaba con droga.

El día que vino la policía, que no se me olvidará nunca, yo estaba con un cliente. Mandamos a Marina a comprar cerveza y cigarrillos. Cuando ella bajó ya el cliente estaba para vestirse. Se vistió y se fue. Luego timbraron, y era la policía. En aquella época yo no tenía papeles. En menos de tres minutos me vestí. Bajé por las escaleras y los cuatro policías ya subían con dos perros. Me robaron cuarenta y cinco mil pesetas que yo me había hecho ese día, y se tomaron unas cervezas. Me lo revolvieron todo. Menos mal que no me vieron las joyas, sino seguro que también se las llevaban, los desgraciados.

No encontraron nada. Pero, se llevaron mi dinero. Yo fui al otro día a buscar a Teresa, pero no encontré la casa. Pagué a dos muchachos para que le diesen una *golpisa*. Les dije que si la cogían que la golpearan, pero que si estaba embarazada que no le diesen en la barriga. Les pagué diez mil pesetas. Yo quería darle a Teresa un mensaje, de que la próxima vez le iba a quebrar el culo. Nunca más la he vuelto a ver.

A la final, Marina también me cogió doscientas mil pesetas. Pero, nunca me las pagó porque se murió. En el piso los pases eran de cinco mil pesetas y yo me quedaba con mil. Si hacían pases de tres mil pesetas, que eran diez minutos, se quedaban todo el dinero las chicas.

Entre Lugo y Coruña

Después me vine para Lugo en noviembre. Sólo estuve un mes en el piso de acá, con Marta. Entonces, me fui nuevamente para La Coruña, al piso de la Ronda de Outeiro. Un amigo me regaló el pasaje para traerme a mi hijo. Me lo compró en El Corte Inglés. Y conocí a Alejandra, que es una buena amiga. Ella tenía problemas, porque el marido la golpeaba.

Al mes, me llegó María Fernanda, una chica que conocía mi hermana allá en Colombia. Desmantelé todo el piso, porque llegaba mi hijo. Fernando, un amigo, me ayudaba mucho económicamente. Miguel tuvo muchos problemas en el viaje. Me lo regresaron en Bogotá. Pero, a la final, llegó. Yo tenía un dinero ahorrado. Y en mayo entregué el piso de la Ronda de Outeiro. La señora me subió el alquiler, así que lo dejé.

Me fui para un piso en la Avenida de Arteijo. Allí es donde vivo actualmente. Allá está mi hijo. No se trabaja, es un piso de familia.

Un colombiano me presentó a Simone, una brasilera. Simone tiene un piso en Coruña, con varias chicas y travestis. Yo me fui a trabajar con ella. A mi hijo le dije que estaba trabajando haciendo limpiezas. Él no sabe nada.

En el piso de Simone yo trabajaba al setenta. Pero, enseguida me subió el cargo, porque ella se iba de viaje. Allí estuve trabajando seis meses. Pero, era muy estresante. Había problemas entre los travestis y las chicas. Eran cinco mujeres y dos travestis. Me pagaban un sueldo de ciento veinte mil pesetas más el ochenta por ciento de mis pases. Yo no trabajaba nada más que con mis clientes antiguos, porque, claro, en Coruña estaba mi hijo.

Simone es muy buena persona, es noble, colabora con la gente y eso, pero bebe mucho y es muy estresante. No conocí en mi vida a nadie tan estresante como a Simone. Ella le dio trabajo a mi hijo durante las fiestas de Cangas. También tiene un club allí que se llama “El Garito”. Yo le consignaba mensualmente novecientas mil pesetas libres en el piso. Las chicas y los travestis iban al cincuenta por ciento. Yo era la única que tenía el ochenta. Pero, a mí me estresó tanto que en octubre le entregué las llaves del piso y le dije que no me volviese a gritar ni a estresarme.

En el 2001 me vine para Lugo. Aquí vine a trabajar de encargada en un piso que puso Marta en las Fontiñas. Allí estuve durante dos meses, pero no funcionó. Estaban Vanesa, Alejandra, Marcela y yo. El piso estaba lejos. Y era muy frío. Ese piso era demasiado frío, y por eso no funcionó, por el frío.

En noviembre ya me vine para el piso de la calle Armórica. Primero, trabajé al setenta. Pero, después ya cambié las condiciones: desde entonces le pagaba mil pesetas a Marta de lunes a viernes, si me quedaba el sábado, también. Pero, casi nunca me quedaba los sábados, y me marchaba los viernes para Coruña en el autobús.

Se comieron el dinero

El 3 de enero de 2002 me fui con Marta para Colombia. Estuvimos un mes y ocho días en Cúcuta. Cuando llegamos la situación era muy diferente a como yo pensaba. Se habían comido el dinero. Eso me defraudó mucho a mí. Y encontré a los niños muy mal arreglados: ropa ordinaria, delgados, mal cuidados. Ese fue el primer disgusto que me llevé en Colombia. Al aeropuerto fueron a buscarnos mi madre y mis hermanas. Nos fuimos a casa de mi madre. Luego vinieron mis hijos, recogieron la ropa en casa de

mi suegra y ya estuvieron todo el tiempo conmigo. Durante todo ese tiempo, Marta estuvo en casa de mi hermana Diana.

Fue largo y corto. Corto por mis hijos, y largo porque extrañaba mucho España. Es otro mundo, otra vida. Ya hacía cuatro años que no iba a Colombia y había cambiado mucho. Yo ya estaba acostumbrada a salir a la calle sin miedo, y allí ya me encontré con todas las dificultades, con miedo a salir a la calle. Además, me agobia mucho el calor. Cúcuta no era una ciudad peligrosa, pero teníamos miedo igual. Ya no me gustaba Colombia. Sólo me gustaría ir para vacaciones, pero no quedarme a vivir allí.

Durante ese tiempo, Marta fue a una clínica a hacerse una operación de liposucción. El contacto con la clínica privada lo había hecho antes mi hermana Diana. Era una de las mejores clínicas de Cúcuta. Después de la operación, Marta se fue para casa de mi hermana. Ella la cuidó. Mi familia la trataron como a una hija más. Humildemente la cuidaron. Yo, mientras, iba de arriba para abajo con mis muñecos y con mi ahijada. Íbamos a la piscina, al río, alquilábamos películas, de todo. También aproveché para matricularlos en el colegio y para comprarles los uniformes. En Colombia todos los colegios privados exigen como requisito el llevar el uniforme.

Con mi marido traté de sobrevivir. Estuve con él íntimamente, y eso fue lo peor. Alberto me dijo: - Eres más fría que un témpano de hielo y más ácida que un limón. Hacía cuatro años que no estábamos juntos. Yo, la verdad, me excito más con mis clientes que con él.

Mi familia piensa que yo tengo aquí dos trabajos: limpieza y cuidando a una señora. Mi madre odia a las prostitutas porque dice que mis hermanos son muy perros y se van con todas esas vagabundas. Dice que todas deberían morir de sida. Ella no sabe que yo trabajo como prostituta. Mis hermanos y mis hijos tampoco. Ni mi marido. Las que lo saben son mis hermanas. Si la familia de mi marido se enterase de que trabajo aquí como prostituta, me quitarían la custodia de mis hijos.

Mi madre me preguntó que cómo iba aquí el trabajo. Yo le conté que bien, que se trabaja por horas, como en los Estados Unidos. Pero, en casa ya empezaron las discusiones con mi marido. Me dijo que la Cielo de Colombia ya no existía, que yo era muy dura, que estaba muy cambiada. Toda mi familia me decía eso. Yo antes era muy alegre, siempre me veían alegre. Ahora llevo la amargura por dentro. Aunque, pueda fingir, me siento como amargada. Esa alegría que yo tenía se acabó cuando comencé a trabajar en el club.

A veces pienso que hubiera sido mejor para mí quedarme en Colombia comiendo arroz con huevo. Me despedí con tristeza de mi familia, y les prometí que antes de mayo del 2003 me vendría para Colombia. Pero, luego todos mis planes se desbarataron.

Javier

Conocí a Javier un viernes a las ocho y cuarto de la tarde. Ese tipo me gustó mucho. Fue amor a primera vista. Lo conocí como cliente y no sabía que era casado. Como todos, un mentiroso. Otro día vino por el piso. Era la segunda vez y vino directamente a buscarme. Entonces, ya supe que era casado. Yo siempre decía: "*los hombres casados ni fritos ni asados*". Y mira, va y me toca un casado.

Vino la mujer. Ella me cogió por el número de teléfono. Él confesó, le dijo que se había enamorado de una colombiana. Nos fuimos a vivir juntos el 20 de septiembre de 2002. Al principio, vivimos un mes aquí en la buhardilla. A él lo echaron del trabajo. Fue la mujer, que quería hundirlo. Y así nos fuimos para Coruña.

El día que vino su mujer, Laura, llegó Javier, me llamó por el teléfono móvil y me dijo que bajara, que estaba su mujer, que ya hablábamos. Fui a una cafetería donde estaban esperando. Él dijo que nos quería a las dos, pero que me amaba a mí, que nunca había sentido tanta pasión por una mujer, que a ella la quería con cariño por ser la madre de sus hijos. Yo les dije: - Si Javier decide quedarse contigo, te doy mi palabra de mujer de que lo dejo tranquilo, pero si él se queda conmigo quiero que también me respete. Ella pensaba que iba a ganar, porque tenía la familia apoyándola, tenía dos hijos y acababan de llegar de unas vacaciones como dicen acá de puta madre, y también pensaba que yo era un capricho. Y sin embargo, se quedó conmigo. Bueno, yo me retiré de la cafetería y los dejé allí hablando. No le dejé que me besara, por respeto hacia su mujer.

Luego Javier me contó que Laura también había trabajado antes de prostituta. Y nos fuimos a vivir para La Coruña. Ella antes me volvió a llamar y me dijo: - Cielo, Javier no tiene el valor de llamarte, pero quiero decirte que se queda conmigo. Eso era sobre las cinco de la tarde, un viernes. Yo comencé a llorar, hice la *maletica*, y estaba a punto de coger el autobús. Entonces, él me llamó, ya cuando yo me iba a ir. Me dijo que si lo podía recibir, que no podía vivir sin mí. Javier sabía que yo soy una mujer de palabra, y que si me iba ya me perdía para siempre, porque mi palabra

va a misa. Le dije que viniera pues, que lo esperaba. Él cogió todas sus cosas, empacó todo en quince minutos. Y ya nos fuimos a vivir juntos.

“Casada: completísima...”

Mi relación con Javier duró dos años y once meses. Monté en Coruña un piso de relax. Trabajaba sola, a veces venía Delia. Trabajaba de seis a siete, nomás. Así fui sobreviviendo.

El piso estaba a mi nombre. Nadie sabía que era un piso de relax. Me iba más o menos bien, para mandar a mi país y eso. Ganaba de mil ochocientos a dos mil euros al mes. Y sólo trabajaba de lunes a viernes. A Delia no le iba tan bien, sólo trabajaba por ratos, porque no tiene a nadie que le cuide al niño. A ella también le dieron la RISGA.

En diciembre de 2004 viajé de nuevo a Colombia. Me fue muy bien. Javier me colaboraba con el alquiler. De entonces, me quería mucho, me adoraba. Viajé de vacaciones, para ver a mis hijos. Fue bien, mejor que la anterior. Mis hijos estaban bien cuidados. Dejé de enviarles dinero a mi suegra y a mi marido. Les puse un ultimátum: si no los cuidaban bien, no les enviaba más dinero. Ese era el trato. Y en esta ocasión vi que estaban mucho mejor. Estuve un mes y medio. La pasé en casa de mi suegra.

Luego, volví en febrero, y seguí trabajando. Me metí en una casita en Colombia. Veintiocho millones de pesos. Me quedan sólo sobre unos tres mil euros para terminarla. Por ahora están viviendo mi madre y mis dos hermanos.

Seguí trabajando en el piso en Coruña. Y luego me llamaron de la Cruz Roja para estudiar un curso de geriatría. Estudié durante cuatro meses y me saqué el *cartón*. Me gustó mucho. Estoy inscrita para otros dos más a partir de enero, para formarme mejor en geriatría. Como entraba a las seis de la tarde y salía a las nueve, sólo trabajaba cuatro horas en el piso nomás. Ya me ponía a trabajar después de la una o de las dos. Ya me arreglaba yo con el horario.

La mayoría de los clientes eran fijos. Los que me llamaban se fueron acostumbrando a mi horario. Y me llegaban a la hora, por la tarde. Ponía anuncios en el periódico, de lunes a viernes. Los fines de semana nunca trabajaba. Se los dedicaba íntegramente a mi ex marido, a Javier.

Cobraba treinta euros por veinte minutos; y de media hora a cuarenta minutos cobraba cincuenta euros; y una hora cien euros. Había días que me hacía un cliente o ninguno. Había también días que me hacía tres o cuatro. Era muy raro *que me blanqueara*.

Me anunciaba como “CASADA. Completísima... 37 años...” Ponía el anuncio siempre de lunes a viernes. Allá cobran cincuenta y cinco euros a la semana por el anuncio.

Tenía clientes de todas clases. Mayores, jóvenes, de todo. Todos muy serios y muy buena gente. El que más paga es siempre el que menos molesta. Qué pasa, que me pagaban cincuenta euros, estaban quince o veinte minutos y ya se iban. Los peores son los que pagan menos, que quieren pasar por treinta euros. Son los que te piden sin preservativo, los más *cansones*. Pero, afortunadamente, eran pocos. En un mes si me entraban cuatro de treinta euros eran muchos. Lo normal era de cincuenta euros, de cien euros. Yo siempre les ofrezco cerveza, café, les doy masajes. Soy muy mimosa... Les trato bien para que vuelvan.

Cuando me pedían para hacer un trío llamaba a Delia. Un trío te da de ochenta a cien euros. Pero, son pocos los clientes que quieren un trío. Cuando Delia trabajaba era un problema porque tenía que buscar a una persona para que le cuidara el niño. Pero, Delia no tiene suerte para trabajar en el puterío. Y para trabajar en la putería hay que tener suerte. En los pisos: suerte; y en los clubes: labia y suerte. Es muy importante tener una buena labia para convencer a los tíos. Mira, tengo una amiga negrita que va toda sucia, se muestra descalza y todo, con el pantalón todo roto, y así trabaja. Estuvo conmigo unos días. Por eso es que es muy importante la suerte para trabajar.

Delia le pagaba cinco o siete euros por una hora a alguien para que le cuidase el niño. Cuando entrábamos las dos a la habitación, ella siempre salía antes y me quedaba yo con el cliente. Eso ya lo hablábamos antes con él, antes de entrar en la habitación. Pero, yo no le quitaba nada de dinero a ella. Cómo le iba a quitar... Delia es mi amiga y la quiero como a una hermana, y yo también soy la madrina del niño.

Para hacer el trío ya tenemos unas normas. Todo es fingido. En este mundo nada es real, excepto el dinero. El trío, el lésbico, todo es fingido. Al menos en mi caso. Yo no sé otras...

Todo lo aprendí aquí. Todo se aprende en este mundo. Viendo por tríos, viendo películas porno. Viendo la sensualidad de las mujeres allá una va

aprendiendo: cómo mueven la boca, el cabello, las manos, la sonrisa, los gestos, todo para poder excitar a un tío. Antes iba al videoclub y cogía muchas películas. Ahora ya sé muchos trucos. Puedo fingir muchos orgasmos, o aunque esté seca sé cómo lubricarme el clítoris. Tengo una crema a mano o mismo con la saliva. Entonces, el tío te toca y te siente mojada y ya piensa que estás excitada. Cuando me escogen ya tengo el preservativo preparado en la mano, cuando quieren que les chupes sin goma. Yo he practicado mucho. He gastado más preservativos... Cuando uno practica y practica se va haciendo profesional en esto.

Los hombres son tontos

Todos quieren que les chupen sin goma. Tanto los de treinta, como los de cincuenta, como los de cien. Yo les digo a todos que claro que sí. Y utilizo mis trucos. Los hombres son tontos.

Con mi lengua le toco el pene, pero luego termino colocándole el preservativo. Y sin que se den cuenta ya le hago el cambio: quito el preservativo, le digo cariño, ahorita vamos a follar, y le coloco el nuevo. Y los tíos no se enteran. Por eso es que me considero muy profesional en esto.

El final del amor

En agosto me vine otra vez para Lugo, a trabajar al piso de Marta. Fue cuando rompí con Javier. El día menos pensado me dijo que ya no me quería, y que estaba con otra mujer. Me dio muy duro y todavía estoy muy dolida. Claro, fue un *hijoeputa* conmigo. Me robó mercancía y me coloca fotos con otras mujeres. Lo hizo por humillarme. Él pensaba que yo estaba haciendo una plaza en Vigo, pero yo estaba acá en Lugo, y le llegué de sorpresa.

Yo no alcanzo a sacar las fotos ni nada. Hay una chica venezolana que no tendrá más de veintitrés años. Él me dijo que todo fue a causa de mi trabajo. Me suplicó y me suplicó que lo dejase. Pero, yo no podía retirarme porque tengo todavía muchas deudas en mi país: mi casa, los gastos de mis hijos... Y el sueldo de Javier no alcanzaba para todo. Como yo no quise dejarlo, él me dijo que ya no aguantaba más, que no podía soportar que otros tíos me tocasen. Por ese motivo, supuestamente, se buscó otra.

Como me hizo mucha humillación, ya no quiero verlo. Nunca le voy a perdonar lo de la foto y que me mostrase los tikets de los hoteles donde

estaba con aquella tía, y los chupones... Le dejé una carta diciéndole que nunca le perdonaría la humillación, y que si existía alguna posibilidad de volver con él, ya se encargó de matarla. Por ahora ni la amistad, quién sabe si más adelante... Sé que tampoco me va a buscar porque él está *encaconsado* con esa chica.

Y lo que es peor es que él se esté metiendo con la droga. Él me dice que ya no está enganchado y que está muy bien con esa tía, pero que tampoco no quiere perder mi amistad.

Javier tiene todavía la llave del piso en Coruña. Pero, ya le dije que se fuese. Le he dado un tiempo para que busque un sitio, tampoco soy tan mala. No quiero que diga que yo lo eché a la calle. Pero, supongo que la venezolana tendrá un piso. Sé que es venezolana porque me lo dice el instinto, y además le vi unos bolívares.

Yo todavía lo quiero, pero él no lo va a saber por mi boca. Sólo le devolveré las humillaciones con mi indiferencia. Y cuando no sienta ni un poquito de rencor ni mucho menos amor, quizás lo llame para hablar. Pero, no lo creo. Me conozco bien, y sé que no.

En el piso de Marta el trabajo bajó mucho. Las que más pasan son Tania y Marta. Y los clientes siempre vienen con la pendejada de la rebajita.

Haciendo el amor por teléfono

A Santi lo conocí como cliente en el piso de Coruña. Y se fue enrollando y enrollando conmigo. Me llama unas diez o quince veces diarias, es que es mucho... Y me suplica que me quiere, y promete cosas que no cumple. Y *me saca la piedra* y entonces lo mando a la mierda. Es que es muy *cansón*.

A veces él me llama y me carga el teléfono con veinte euros. Yo entonces le doy un toque para que me llame y hacemos el amor por teléfono. Finjo que me corro. Le digo cómo estoy vestida. Aunque esté con pijama, le digo que estoy con ropa interior. Y finjo muchas cosas. Él está obsesionado con esto. Estamos así de quince a veinte minutos. Dura más haciendo el amor por teléfono que cuando echa un polvo conmigo en Coruña.

Yo esto ya lo había hecho antes, pero con mi pareja. Cuando hacía una plaza nos llamábamos y hacíamos el amor. Ahí sí que disfrutaba yo, y me corría también. Pero, con Santi todo es fingido.

La sumisión

Una vez un cliente me llamó y me preguntó que cuánto cobraba por un servicio de sumisión. Le contesté que ochenta euros. Pero, él quería que cuando llegara al piso le metiera una buena hostia y le escupiera. Nada más abrir la puerta y entregarme el dinero. Luego, vino, me entregó el dinero y le metí una cachetada fuerte. Y le escupí y se fue. Nada más por eso. Yo pensaba que después de eso haríamos otras cosas, como atarlo, vestirle de mujer, obligarle a hacerme la limpieza, etc. Pero, no, él sólo quería que le diese una hostia y nomás. Me pagó ochenta euros por una cachetada. Quedé muy satisfecha porque me gané ese dinero en menos de cinco minutos. Cojonudo. Ojalá fueran todos así.

Yo me ofrezco siempre como que hago todos los servicios, y la sumisión también, claro. Son pocos clientes los que me piden la sumisión, porque yo tampoco tengo los accesorios para hacer una sumisión completa: fustas, látigo, pinza, bolas chinas, esposas, etc.

A los que vienen los ato con un lazo y utilizo las pinzas de la ropa, y velas para quemarlos. También tengo un trapo especial para taparles los ojos y tengo ropa especial, que no utilizo nunca, y que la uso para vestir a esos tíos.

La primera vez que lo hice fue en Coruña. Una chica brasileña ya me había explicado cómo era. Había hecho antes un trío con ella, de ama y sumisa. Yo era la sumisa aquella vez y observé para aprender. También he visto videos donde se aprende a hacer la sumisión.

La mayoría de estos clientes son empresarios, abogados y policías. Siempre gente de dinero, nunca gente normal. Hay uno que quería que me vistiese de enfermera. Él ya me traía el uniforme, y entonces él era el paciente. Me pedía que lo castigara, y que le metiera consoladores y todo. Por una sesión así cobro ciento cincuenta euros durante cuarenta y cinco minutos. Pero, a esa gente no le importa pagar porque tienen dinero. También me pedía que lo reconociese como a un paciente, y una vez me pidió que le inyectase. Pero, yo tuve miedo y le dije que no. Él me decía que no pasaba nada. Pero, le dije que no y que no, y que si volvía a insistir lo castigaba fuerte. Yo tenía miedo, lógico, no fuese que se me fuera a morir allí en mi casa.

También tenía a un abogado que venía dos veces al mes. Sé que era abogado porque me pagó un día una salida a la oficina. Aquella vez sólo

follamos normalmente. Y me dio su tarjeta de abogado. A la semana siguiente me llamó para que le hiciese una sumisión en mi piso.

Me pidió que cuando llegara lo vistiera de mujer, lo maquillara y luego lo arrodillara en un rincón durante unos quince minutos. Ese era el castigo de él, porque había sido un chico muy malo, y para eso me pagaba. Aquella vez cobré cien euros por media hora. Y nomás. Después se duchó, se vistió y se fue. Luego, me llamaba dos veces al mes. Un día me llamó para decirme que se marchaba para Madrid del todo. Me dio pena por los doscientos euros al mes que me dejaba, pero también porque era buena gente. Llegué a apreciarlo un poquito.

Los que piden sumisión, la mayoría, son de clase más o menos *altica*. Tienen una carrera o son empresarios. Pero, yo prefiero las personas normales. A veces no me da el genio para fingir tanto castigo. Y no es mi estilo. Y pienso que un servicio así no lo voy a hacer bien, y por eso prefiero los otros.

A algunos también les gusta la lluvia dorada. Yo lo que hago es tomar antes bastante agua y luego los llevo para la bañera. Se duchan y se van ya. La mayoría vienen ya con un servicio de sumisión y terminan luego con la lluvia dorada.

Pagan justos por pecadores

Muchas veces pagan justos por pecadores. Hay gente mala que viene acá y embarra todo. Pero, tenemos mucha gente honesta.

A las colombianas nos tienen un poco de manía. Por eso muchas veces me anuncio como venezolana en el periódico. Yo una vez estaba aquí en una cafetería y había un señor que estaba diciendo en voz alta que los colombianos éramos una mierda, que no deberíamos existir, que había que echar una bomba en Colombia y matarnos a todos. Yo no pude terminar de tomarme el café. Me sentí fatal. La verdad es que estaban dando en ese momento en las noticias de la televisión una noticia que pasó en Alicante con unos colombianos que robaron. Y a mí me tocó aguantarme.

CLAUDIA MILENA

Mi vida en Colombia

Nací en Bucaramanga (Colombia) el 8 de abril de 1980. Intento recordar mi vida, pero sólo me acuerdo a partir de los cinco años. De antes, apenas tengo recuerdos. Vivíamos en una casa muy bonita, grande. Mi papá trabajaba transportando cementos en una volqueta que tenía. Mi mamá era modista, y como él viajaba por las poblaciones de alrededor, ella aprovechaba para comprar mercancías y luego venderlas en Bucaramanga, distribuyéndolas por varias tiendas. En aquella época todos vivíamos felices y contentos.

Somos seis hermanos. Yo soy la cuarta. Mi último hermanito nació con deformación, tiene los bracitos todos torcidos. Así que cuando nació él mi mami dejó de viajar y se puso a coser en casa. Al nacer mi hermanita nos mudamos de casa y también de barrio. A mí me tocó ir aprendiendo a hacer las labores de la casa. ¡Qué horror!

Yo tenía una amiga, Andrea. Y somos amigas hasta ahora. Yo estudiaba. Todo transcurría normal. Bueno, mi hermana la mayor se fue de casa con dieciséis años y luego tuvo niños... Pero, yo era una niña muy juiciosa, iba al colegio y todo eso.

Cuando cumplí los dieciséis, murió mi papá. Fue justo a los doce días de haber yo cumplido los dieciséis años. Murió de cirrosis, a causa de una hepatitis-B. Nada que ver con el trago. Cuatro años antes le descubrieron la enfermedad, y eso sí que fue un horror. Anduvo con todos los médicos. Empezó a vomitar sangre por la boca. Eso no se me podrá olvidar en la vida, cuando mi hermana y yo salimos a la calle pidiendo ayuda, pues pensábamos que mi papá se iba a morir. No habíamos visto nunca nada parecido. Mi papá vivía entre la casa y el hospital, y el hospital y la casa. Estuvo también en cama durante dos meses. En el hospital se turnaban para cuidarlo entre mi mami y mis hermanastras, que eran las hijas de su primer matrimonio. A mi papá le aplicaron una sobredosis de morfina, a petición de las hijas.

Para mí lo peor que me podía haber pasado en mi vida era que se muriera mi papá. A causa de eso yo me volví una persona incontrolable. Tenía uno, dos, tres, cuatro y cinco novios. Luego, llegaba a casa y mi madre me pegaba con todo lo que encontraba a su paso. Mis hermanos le decían a mi

mami que sí, que me pegara. Me daba unas *pelas*..., pero, horrible. Me daba y me daba. Y yo la retaba y le decía que no iba a llorar.

Empecé a salir con el cuñado de mi mejor amiga en el colegio. Y entonces, ese chico tenía un problema... Yo tenía dieciséis años y él veintinueve. Pero, ese no era el problema (ríe), sino que el problema es que era casado. Él trabajaba como cobrador y a veces también como repartidor. A mí me invitaba a ir. Y él empezó a insinuarme cosas raras, aunque siempre fue cariñoso conmigo. Empezó con juegucitos y eso, y de pronto nos alejábamos de la ciudad a sitios muy bonitos. Ya comenzamos a besarnos. Y así fue cuando ya me lo pidió.

Comencé a salir con él en agosto del 96, y fue a él a quien le entregué mi virginidad. ¡Qué horror! (ríe). Él y su mujer eran como la pareja ideal para todos. Pero, él se la jugaba todo el tiempo a ella. Mientras yo salí con él, y fueron tres años, no supe que anduviera con otras. Así fue como el 15 de enero de 1997 yo le entregué mi virginidad. Bueno, el 8 de enero lo habíamos intentado, pero yo no pude. Me dio miedo. Era tan ignorante...

Ese día yo sentí de todo: dolor, placer, angustia... Pero, me entregué perdídamente a él. Me volví fiel y todo. Y él empezó entonces a ser raro conmigo, a alejarse de mí. Y, lógicamente, a mí me dolía. Yo era en aquella época una niña entregada al amor, a la pasión y al deseo. Yo había decidido acostarme con él después de que mi amiga Andrea me dijera que ella ya se había acostado con su novio y que no había pasado nada. Así fue que yo también decidí probar.

Al mes de haberme acostado con él, le dije que era mejor que termináramos con la relación, porque yo lo veía muy alejado de mí. Y la respuesta de él fue esta: - tú verás quién pierde, si tú o yo. Esa fue su respuesta. Yo me largué llorando desesperadamente. Estuve como varios días llorando.

A los ocho días no me aguanté y fui a buscarlo. Pensaba que no podría vivir sin él, así que le pedí que volviéramos. Y volvimos. Así duramos cuatro meses. Él me hacía desplantes, y yo sin ese hombre me moría. Al cabo de ese tiempo me cansé, y le dije otra vez que no, que lo dejásemos. Y así fue que lo volvimos a dejar. Como yo no fui a buscarlo, al cabo de quince días él vino a buscarme. Y yo quise vengarme de él. A veces yo no aparecía, o le hacía esperar a propósito. Empecé a salir con más chicos, a divertirme. Pero, yo sólo me acostaba con él.

Después tuve un novio policía, que quería que nos casásemos. Yo cuando vi que la cosa iba en serio me le perdí. También terminé mi bachillerato. Y

peleaba mucho con mi mami. Y mi hermano me daba unas tundas tremendas. Me quitaba el teléfono cuando yo estaba hablando con mis novios. Me convertí en un verdadero cero a la izquierda en casa, porque era una chica. Mi hermano quería ser el hombre de la casa, y nunca quería respetarme, y quería mandar en todo. Me pegaba siempre. Yo un día lo alcancé y *le espiché las güebras*. Mientras tanto, mi mami ya se había conseguido un viejo, y venía poco a casa. Ella no se fue a vivir del todo allá, pero permanecía sólo pendiente de ese señor y de los hijos de él.

Otro día mi hermano me agarró y me dio una tunda. Pero, yo cogí una escoba y lo escalabré. Entonces, mi mami también me pegaba, y me decía: - ¡que me vas a matar al chino! Yo tenía entonces diecisiete años.

Recuerdo también otro día que me dio un puño, que yo pensé que me había reventado un ojo. Yo le eché mano a un destornillador y le alcancé un poquito en la espalda. Sí, él me daba unas tundas, pero sabía que donde yo alcanzaba a darle tenía que escapar. Otro día mi hermano me dio un cablazo con la plancha. Yo sólo tenía un pensamiento: o me mata o le mato. Así que fue cuando me dije: termino el bachillerato y me largo de aquí. Yo tampoco quería salir como una burra.

En diciembre de 1998 terminé el bachillerato. Ya tenía los dieciocho años cumplidos. Y en febrero de 1999 ya me salí de casa. Ese día tuvimos una pelea también. Mi hermano me pegó y yo me fui para la casa de mi novio policía. Sólo saqué un poco de ropa en una bolsa. Salí y le puse una demanda a mi hermano. Él no fue a la citación. Y yo volví a poner la demanda. Entonces, fue mi madre, muy dolida porque yo les había puesto la demanda. Mi mami le dijo al señor: - usted no sabe cómo es la zorra, la perra esta, que cualquier día va a aparecer con una barriga, y entonces yo la echo de mi casa. Y el señor sólo le contestó: ¿es eso lo que usted quiere para su hija?

A mi hermanito lo tenían todo descuidado. Yo eso toda la vida se lo reprocharé. Nunca le perdonaré eso. Luego, mandé por la ropa a una señora. Mi madre quería quemarme toda la ropa. Al final, me pudieron sacar la ropa. Y me fui para donde la mamá de mi novio el policía. Allí estuve durante quince días. Después, me fui para el apartamento de mi hermana. Allá donde ella estuve tres meses exactos. Mi hermana es de un carácter un poco tosco. Yo le cocinaba, le planchaba, mejor dicho, le hacía de todo. También vivíamos con mi hermanita pequeña. Pero, yo me sentía mal, como inferior. Mi hermana siempre me decía que saliese a buscar trabajo, y luego cuando yo llegaba a casa se ponía brava. También estaba el novio de mi hermana, y le llenaba a ella la cabeza de cucarachas. Mi

hermana me decía que buscara trabajo, que necesitaba que yo le colaborara con los gastos. Yo no tenía siquiera llave del apartamento, y no podía hablar con nadie, me tocaba dejar a mi novio. Pero, nos veíamos a veces a escondidas, en las tardes. Un día él me dijo que venía, y vino, y como yo no fui a encontrarme con él, me llamó en la noche, y entonces mi hermana se dio cuenta de que era un hombre. Mi hermana ya estaba brava de antes conmigo. Y resulta que yo andaba casi sin plata, y un día que me fui con una amiga, cuando regresé mi hermana ya estaba diciéndome que yo me iba a quedar embarazada y que ella no quería cargar con culpas. ¡Tan tonta yo! Que de ahí volví a casa de mi madre. Duré cuatro meses allí. Pero, con mi hermano estuve como dos años sin hablarme.

Un día mi mami me mandó a casa de una amiga de ella, de una señora. Me fui para donde ella, y como ella conocía todos los problemas, me dijo que si quería podía quedarme en su casa. Yo me quedé esa noche. Ella me decía que yo iba a terminar mal con todos esos problemas que tenía en mi casa. Insistía en que no me marchara. Así que me quedé allí. Y duré un año.

Esa señora se llamaba Esther, y administraba un club deportivo. Yo le ayudaba a despachar con los camareros. Allí estuve trabajando como unos cinco meses. Luego comencé a trabajar en una empresa que se encargaba de los equipos médicos. Estuve trabajando allí durante siete meses. Al dueño de la empresa yo lo había conocido en el club de Esther. Él me proponía de todo, pero nunca llegó a perderme el respeto. Y la esposa de él era muy buena gente conmigo.

Yo ya había estado buscando trabajo por fuera. Estuve tres meses sin trabajo. Cuando me retiré de la empresa esa dejé de vivir con Esther. Y me fui a vivir a una casa cerca de donde mi mami, a la casa de la señora que me había ayudado a quitar la ropa de la casa. Luego, empecé a trabajar en una empresa de electrodomésticos como vendedora. Allí duré nueve meses.

A los cinco meses de estar trabajando conocí a un señor. Yo tenía noviecitos, pero nada serio. Él tenía cuarenta y cinco años y era separado, y tenía una hija. Cuando yo lo conocí él ya estaba separado. Yo no tuve nada que ver con eso. En cambio, la mujer de él me miraba y me perseguía, porque trabajaba en una inmobiliaria cercana. Él también manejaba un taxi. Yo iba a veces al apartamento de él, y allí lo esperaba. Un día me fui para allí y estaba la ex esposa. Y él permanecía en la puerta esperándome. Luego, él cerró con llave, pero vi a la mujer que me gritaba de todo: perra, estafadora, sonsacadora,... Entonces, él se puso a hablar conmigo. Pero, yo le dije que era mejor que arreglasen sus problemas, que yo por hombres y por tripas no peleo. Entonces, él me dio para el taxi y me marché.

Al otro día, esa señora me llamó por teléfono. Estuvimos como dos horas hablando. Yo le dije que si veía que podía volver con su marido que bueno, que yo me apartaba, pero también le dije que lo que yo no le iba a permitir era que me insultase, porque yo no le había hecho nada. Entonces, ella me pidió que la disculpara, que había sido todo un momento de rabia. Le dije también que yo era joven, sin hijos y que no necesitaba de problemas. Ella me pidió que me desapareciese, porque sino sabía que él no me iba a dejar.

El caso fue que nuestra relación no duró sino cuatro meses. Ella seguía llamándome por teléfono y me insultaba, me decía que yo era una puta y una perra. Pero, yo no me ponía en ese plan, siempre tranquila. Tal vez era porque yo no lo quería a él. Recuerdo que él lloraba y me suplicaba que no me viniese para España. Le echaba la culpa de todo a la esposa.

Los preparativos

Esther tiene dos hijas aquí, una en Ferrol y otra en Coruña. Ella venía para España en el 2001. Yo le había dicho que quería venirme. Una de las hijas de Esther tiene mi edad y estudió conmigo. Entonces, Esther habló con su hija Marcela, la que está en Ferrol desde hace ya unos seis años. Le pidió que me hiciese la carta de invitación. Y Marcela me hizo la carta de invitación y me cobró treinta mil pesetas.

El plan era que yo tenía que llegar a la casa de la otra hija en Coruña. Mi hermana me dejó casi cuatrocientas mil pesetas. El pasaje costó ya unas trescientas cincuenta mil pesetas porque tuve que viajar en clase business, ya que no había cupo en clase turista. Mi hermana fue quien me organizó el viaje, porque no quería que yo siguiese con ese señor.

El viaje

Me vine el 27 de septiembre de 2001. Mi amiga Esther ya estaba en Coruña. Viajé de Bucaramanga a Bogotá y de Bogotá a Madrid y luego a Coruña. En Coruña me vino a buscar el novio de la hija de Esther. Fuimos al piso. También vino Marcela, la de Ferrol, a saludarme. Muy bien, todo fue muy *chévere* y muy lindo.

Yo venía con la idea de trabajar en un restaurante. Era lo que me había dicho Marcela. Estuve quince días sin trabajar. Entonces, después de ese tiempo, el novio de la de Coruña me propuso si quería trabajar fregando en

la carnicería del papá. Yo le dije que bueno. Yo ya estaba desesperada porque ya estaba acostumbrada a tener mi plata y eso.

Así fue como empecé a trabajar con Esther. Entrábamos a las ocho y media de la noche, y salíamos a las once y media o a las doce de la noche. A los ocho días Esther dejó el trabajo porque encontró otro trabajo mejor cuidando una ancianita. Entonces, empezó a venir conmigo la hija de Esther, que tiene dieciséis años. Ella me ayudaba en cosas mínimas. También a veces llegaba tarde o bien no me ayudaba completo con las cosas que yo le pedía. Y un día me llegó a las diez y media de la noche, y yo le dije que no, que yo no le iba a consentir eso. Entonces, ya su hermana, la de Ferrol, se disgustó conmigo. Y ya le fue con el cuento al dueño de la carnicería. Le dijo que yo era una desagradecida, que si una puta, que si andaba con todos, que si destruía hogares. Paco no le creyó. Y es que yo hacía mi trabajo muy bien, porque es que no olía a carne, olía a limpio. Luego, sobre las seis de la tarde ella vino a casa y me insultó. Me dijo de todo. Y allí estaban Esther y el esposo de ella, y el otro hijo de Esther. Yo estaba muy enfadada. Entonces, Paco, el carnicero, fue y habló con una tía de él que arrienda habitaciones. Esto fue en octubre. Yo mientras tanto le dije a la de Ferrol que, tranquila, que yo enseguida le desocupaba la casa.

Me fui. Seguí trabajando en la carnicería, y por las mañanas también iba a limpiar a la casa de Paco. Yo le mantenía la casa como una tachuelita. En diciembre, Paco me dijo que porqué no le daba una oportunidad a Mariela, la hija de Esther que me había causado todos los problemas, que ella también necesitaba limpiar. Y yo le dije que bueno. Pero, la de Ferrol seguía haciéndome la vida imposible. Por donde yo iba y me conocían ella iba hablando de mí. Y todavía hoy lo hace.

Entonces, duré allá hasta fin de marzo. Yo estaba cansada. Puff, el trabajo en la casa era muy pesado. Yo hacía las cosas de la casa, preparaba también el almuerzo y planchaba. Me pagaban treinta mil pesetas por el trabajo de la casa y otras treinta mil pesetas en la carnicería, porque Mariela se llevaba diez mil. Yo pagaba veinte mil pesetas de arriendo, aparte la comida. Y le mandaba a mi mami para la ayuda en la casa. Yo sé la necesidad que se pasa en Colombia, y también está mi hermanito.

La pesadilla de fregar

El fregar fue una auténtica pesadilla. Tomaba drogas (medicamentos) para el dolor de espalda, y también para la alergia, porque tengo alergia a los

jabones. Usted no reconoce ahorita mis manos. Aún con guantes, se me volvían las manos todas horribles. No. Yo en España no quiero volver a fregar. Que Dios no me castigue y que tenga que volver a fregar.

Antes de retirarme yo hablé con una amiga colombiana que ya trabajaba en esto (la prostitución). Trabajó con Marta. Y así fue como decidí irme a trabajar en esto. Ya llevaba seis meses en España y no había todavía empezado a pagarle el dinero a mi hermana. Yo no estaba haciendo nada. Y entonces fue cuando me fui para Santiago a trabajar en un piso.

La prostitución

Yo ya lo venía pensando desde hacía dos meses. Porque estaba muy cansada de tanto fregar. Yo entonces le comenté a mi mamá, y también a mi hermana. Y me dijeron que bueno, que yo era la que sabía cómo era la situación aquí. Yo necesitaba pagarle ese dinero a mi hermana porque me tenía agobiada, y siempre me estaba llamando. Y así fue como lo decidí.

El primer día que trabajé en el piso vino un cliente, y el señor se dio cuenta enseguida. La dueña del piso le dijo que tuviera cariño conmigo, que era mi primera vez. Nunca se me olvidará la cara de ese señor. Fue muy decente, muy caballero, y eso a pesar de que él iba a lo que iba. Y así fue como empecé a trabajar.

Como a la semana de haber empezado a trabajar conocí a un chico. Me iba muy bien. Mi amiga se disgustó conmigo porque ella no trabajaba. Pero, yo no tenía la culpa de que me escogieran a mí. El chico al que conocí es francés. Tuvimos seis meses de relación. Él tuvo una novia de la que creo que sigue enamorado. Lo conocí como cliente. Tiene veintiséis años y cuando llegó al piso y me vio se quedó como pasmado. Yo pensaba que había visto un espanto. Pero, él luego me explicó que lo que sucedía era que yo me parecía horrores a su ex novia. Él me preguntó que cómo era que yo estaba trabajando en esto. Siempre me decía que me saliera, que él me iba a ayudar.

Yo en el piso ganaba mucho dinero. En Santiago no es tanto la cantidad de clientes, sino los servicios que se hacen. Allí hay muchos que pagan una hora o dos horas.

En Santiago hay muchos pisos. Se trabaja muy bien. Los clientes allí son mejores que los de Lugo. Los de Lugo son muy guarros y como muy ordinarios. En Santiago también van muchos estudiantes, algunos que van

de copas, otros que se inician, y así. Allí se trabaja muy bien. A Santiago también vienen muchos clientes de Pontevedra. Pero, los de Pontevedra tienen como la teja corrida, así con muchas perversiones.

Yo no sé qué me hizo el francés, pero me enamoró. Era muy celoso. Que si me miraban, que si yo iba muy escotada, que si yo era la que miraba... Un día me vio de la mano con un chico que era gay, y aún así se disgustó muchísimo. Él siempre me decía que me saliese de esto, y que me fuese a vivir con él. Después, fue a Francia, y cuando regresó vino muy cambiado. Llegó mal, como raro. Creo que allá se encontró con la ex novia casada y eso le afectó mucho.

Hace unos quince días me llamó por teléfono y me dijo que iba a venir a Coruña. Me colgó el teléfono porque decía que yo era una mentirosa, y que estaba jugando con él. Como yo no le dije “mi amorcito” tal como acostumbrábamos antes, ni le pedí por “mi besito” se disgustó todo. Pensó que es que yo estaba con otra persona.

Aunque no lo parezca, esto no me gusta para nada, para nada. Yo no pienso estar más de un año. Pero, como ya estoy manchada, ahora no me voy a ir con las manos vacías. Para mí esto no está bien. Y menos en mi caso, una chica sin hijos, sin obligaciones de ningún tipo. Yo, ¿por qué estoy aquí? ¿por el gusto? ¿por la vanidad? ¿por la ambición del dinero? Yo pienso que el dinero es una mierda completa. Que en la sociedad lo necesitamos, sí, está bien, pero en lo espiritual el dinero es un cero a la izquierda. Para mí el dinero no me ha servido para nada.

Ahorita me doy cuenta de una cosa. Cuando estaba con el chico, que estaba muy bien, él no confiaba en mí porque yo trabajaba en esto. Y me decía que yo era demasiado interesada. Para mí, quizás hubiese sido mejor no ganar tanto dinero y tener la compañía de él. Pero, él tampoco entendía que yo estoy detrás de una meta. Que si me conoció en esto era porque yo tras de algo estaba. Así que tampoco él tenía derecho a decirme que yo era una interesada.

Después de trabajar en un piso en Santiago me vine para Lugo, a trabajar en el piso de Marta. Pero, yo en Santiago me hago mucha más plata que en Lugo. En Santiago hago muchos más servicios. Yo en Lugo sólo hago el normal. No hago griego ni doy besos. En Santiago si ya vienen estudiantes y eso, entonces sí que ya doy besos. También hago “streptease” y el lésbico. En Santiago conocí a una doctora que venía con el marido, y primero se lo hacía conmigo y luego el marido también. Era una guarra.

Yo ya le comenté a Marta que Santiago era muy buen punto. Fue cuando a ella le gustó la idea de montar allí un piso. Marta se encargó de todo. Yo sólo iba a ser la encargada. Cuando yo estaba trabajando antes en Santiago, el mes que menos ganaba sacaba dos mil euros. Puff, en Santiago hay mucho vicio, sobre todo con los que vienen de Pontevedra.

Cientes y amigos

A Guillermo lo conocí en el primer piso donde estuve trabajando en Santiago. Él tiene unos veintiocho años y llevaba ya dos como cliente del piso. Había pasado con todas las chicas de allí. Cuando comenzó a pasar conmigo empezó a pagar una hora todos los martes. Luego, ya una hora los martes y otra los jueves. Póngale cuidado, que a la sobrina de la dueña del piso, tal vez por envidia o que le gustaba el chico, cuando él llamaba al portal ella siempre le decía que yo no estaba, o bien no le abría la puerta.

A mí Guillermo me dejaba unos doscientos cincuenta euros a la semana. O sea, que para mí era un buen cliente. Entonces, yo opté por dejarle mi número de teléfono, pero, yo nunca salí afuera a atenderlo. No me interesaba hacer eso porque por un lado no está permitido en el piso salir a atender a los clientes fuera. La sobrina ya me armó un tremendo escándalo porque yo le había dado mi número de móvil al cliente. Pero, yo si hubiese querido podía haberlo atendido afuera. Después que se fue, yo le llamé y el cliente vino y estuvo las dos horas conmigo.

Al otro día a la mañana, me levanté, arreglé la maleta y le dije a la dueña del piso que me marchaba. Y ella me dijo que sí, que era lo mejor para todas. Esa noche me fui para la casa de mi amorcito (el francés). Y al otro día yo me levanté y me agarré las maletas y me fui para La Coruña a casa de unas amigas.

Hubo otro cliente que también se dio cuenta de la envidia de la sobrina. La dueña del piso de Santiago es amiga de Marta y se hablan por teléfono. Y ella dice de mí que soy la que se hace los clientes fuera del piso. Esa es la fama que me pusieron.

En La Coruña estuve durante un mes y medio. Los sábados a la tarde me iba para Santiago y estaba con el otro señor. Con él me quedaba dos o tres horas, y después me iba para la casa de mi amorcito. Me quedaba allí hasta el domingo a las seis de la tarde. Y a esa hora me iba ya para donde Guillermo, y me quedaba con él hasta el lunes por la mañana.

La relación con Guillermo no era como un cliente. Era ya una amistad. Yo le hacía el servicio y todo, pero había más confianza. Con Guillermo cenamos, vamos juntos al bar de él y estamos con sus amigos. Aunque, a mí me da mucho corte. Me da vergüenza que de pronto alguien que haya estado en el piso o pasando conmigo me vea luego en el bar y diga, anda, mira Guillermo con quién anda.

Guillermo me sigue llamando aún hoy. De vez en cuando yo le envío un mensaje para saludarlo y eso. Los fines de semana cuando estoy en Santiago a veces estoy con él. Es como tan raro... Yo le digo que porque no se consigue una novia. Pero, él me dice que por el momento no quiere tener novia. Yo pienso si será de pronto bisexual, o si le gusta meter droga y no quiere que lo controlen. No sé. Él es muy decente en todo, en la mesa, en la cama, en la calle. Yo no sé qué es lo que le pasa a él. Según dice, que se cansó de la novia que tuvo. Yo a él no lo entiendo.

Al Argentino también lo conocí allá en el piso. Él iba al piso y yo lo atendía. Él pasaba siempre conmigo. Es un señor, bueno, tiene treinta y cuatro años, que regenta un restaurante allá en el Franco. Me propuso montar un piso en Santiago. Pero, yo no le seguí la corriente, porque yo no me fío mucho de los argentinos. Es que son como tan habladorcitos, no sé, no confío en ellos.

Un día me lo encontré cerca de la Catedral, y me preguntó si era cierto que yo ya no estaba en el piso, y me preguntó también que si me llamaba si yo iba. Yo le dije que sí. Él me había dicho que me montaba un piso con todas las de la ley: con videos porno, con servicio de bar, con todas esas cosas que ponen de más. Tener todo el instrumental para el sado y eso. Pero, yo le dije que no, que yo iba a montar un piso con una amiga.

A Miguel también lo conocí en el piso. Tiene unos veinticuatro años, y dice que es estudiante. Yo ya pasé varias veces con él en el piso. Con Miguel es una relación sólo de cliente, aunque también hablamos y eso.

Hay días que trabajas más y otros menos. A veces trabajas una cosa horrible, y te haces hasta doce clientes en el mismo día. Hay un chico que me gusta, que ya vino dos veces. Es que está más bizcocho..., está buenísimo. Él dice que es policía en Sarria. Yo le tomo el pelo y le digo que si viene a arrestarme. Parece un *cocorico*. Tiene un buen cuerpo, viste bien, unos ojos preciosos y unos labios riquísimos... Yo no creo que sea policía. Él dice que tiene novia. Eso sí que se lo creo. Un bizcocho así no anda sólo por la vida. Viene siempre los sábados entre las seis y las ocho de

la mañana. Pero, ni siquiera a trago huele. Yo creo que es el mejor clientecito que tengo aquí.

Es una suerte estar en un piso y hacerse clientes. Porque no todo el mundo los hace. Y los clientes son los que la mantienen a una. Por ejemplo, Cielo sólo tiene apenas dos o tres clientes. Y así una no puede vivir. Yo, con el poco tiempo que estuve trabajando en el piso de Marta en Lugo, poco más de un mes, me hice enseguida con varios clientes fijos.

Para que un hombre me guste a mí tiene que estar bien perfumadito, que se bañe todos los días y que vista bien. Puede vestir pobremente, pero bien. Aunque, el cliente sea un bizcocho, el trabajo es lo mismo. Lo único es que ya no tengo ese repudio.

Eso no lo vuelvo a hacer

Después de estar en Lugo en el piso de Marta me fui para el piso de Santiago como encargada. Cuando llegué, durante los primeros días, el piso era algo *solongo*. Pero, enseguida empezaron a venir los clientes que yo tenía en el piso de Alfredo Brañas, donde había estado antes. También conocí a nuevos clientes. Conocí a una pareja, una colombiana y un español. Y ésta sí que es una guarra, peor aún que la otra. Esta vieja me contó que estuvo en Japón, y que conoció al marido aquí hace unos doce años. Parece que también estuvo trabajando en Santiago en un club. Ellos pidieron un servicio para una pareja. Estuvieron en el piso como una hora, y luego nos fuimos para un motel otras tres horas más. Se tomaron una copa. El servicio fue como un lésbico y un trío juntos. Sí, lésbico porque me tocó estar con ella y un trío, pues porque éramos tres. Pero, el lésbico a mí no me gusta. Recuerdo que a mí me dieron ganas de vomitar. Mira, los hombres pueden ser unos canallas, lo que sea, pero las mujeres... No, con eso no puedo. Yo ya quité incluso el anuncio donde ponía que se atendían a parejas. Antes ya no me gustaba, y ahora menos todavía. Ellos querían ir a un motel en Teo. La primera hora me la pagaron a ciento veinte euros. Y las otras tres a noventa. Una pastita. Sí, esa noche me gané unos doscientos ochenta y cinco euros. Pero, para mí es lo más desagradable que he hecho. Es lo peor, que una mujer tenga que comerle el coño a otra y que sienta como se corre. Es lo más degradante. Para mí fue lo peor, no me gusta y me hace sentir muy mal sólo el pensar en ello. Por ejemplo, otras veces, con la doctora u otras viejas que he atendido, o no se corrían, o sino como la doctora, que sí se corría pero que no tenía que comerle el coño. Pues ellos vinieron dos veces más. Y los atendí yo también, por tonta, por pensar en el

dinero que me gano, más de diez mil pesetas la hora. Pero, no, yo eso no lo vuelvo a hacer.

También recuerdo un tonto que me llamó para hacer una salida a Milladoiro. Para mí que era gay. Vivía con un amigo. Y me tocó venirme antes de la hora porque iba a venir el amigo. Me hizo desnudar. Luego se desnudó él. Me arrodilló enfrente de él. Luego, él se paró y me puso a que se la chupara. Me agarró del pelo y me empujaba así..., como si quisiera metérmela hasta la garganta. Para mí fue muy humillante. Así me tuvo como media hora. Me saltaban hasta las lágrimas. Yo luego me levanté y le dije que me iba. Le había dicho que no se me corriera en la boca. Me sentía muy mal. Y es que hay gente que lo hace a uno sentir tan mal, como hay también gente que lo hace a uno sentir tan bien. Entonces, él me cogió y me dijo que se la chupase otra vez, que me había pagado una hora. Me tuvo así como otros diez minutos. Pero, de repente, lo llamó el amigo que venía para allá. Y así fue cómo me tocó venirme, gracias a Dios. Me pagó noventa euros por la hora. El arrodillarme frente a él, el agarrarme así del pelo fue muy humillante. Eso fue como a las dos de la mañana. A las ocho fue y me llamó otra vez. Yo ya le dije que yo no iba, que no le hacía el servicio, que ya le había dicho que era muy pesadito, y que no volvía. Ah, y otra cosa que no me gustó fue que también quería que le metiese la lengua en el culo. Y se puso en cuatro para que yo se lo hiciera. Pero no, no, no le hice nada.

A pesar de esto, la mayoría de los servicios son normales. Lo tratan a uno bien, son educados y respetuosos. Es muy diferente trabajar en Lugo que en Santiago. El hombre de Santiago es más vicioso, pero también es más respetuoso. Le gusta mucho, por ejemplo, que le metan consoladores por el culo, que si parejas, que si fantasías y esas *maricadas*. O sea, tontadas, como que la chica los reciba con ligueros o que los vistan a ellos de mujer. Y eso en Lugo es más raro. O por ejemplo, si hay un travesti prefieren entrar mejor con el travesti que con la chica. En cambio, el hombre de Lugo, de pronto le podrán gustar todas esas cosas, pero son como más agazapados, más cortados.

En Lugo lo que sí son es especialistas. Una está entrando en la habitación y ya te están metiendo el dedo por el culo. A una le toca estar así, con la mano en el trasero, a la defensiva. Y en Lugo tú le dices a un cliente: - cariño, no me hagas esto, que no me gusta. Y entonces quitan la mano, pero a los dos segundos ya están otra vez ahí. En cambio, al cliente de Santiago le dice una: - mira, cariño, no me hagas eso. Y ya te dicen: uy, perdona. Sí, es muy diferente el cliente de Lugo y el de Santiago. Además, en Santiago son mucho más delicados para tratarla a una. En Lugo no. En Lugo se

montan encima y te tratan como si fueras un caballo. Yo creo que en Lugo son como más primitivos, sobre todo los de las aldeas, que vienen al piso como una vez a la semana.

Malos clientes

A veces te encuentras con malos clientes. Recuerdo especialmente a uno que ya lo conocía del piso de Alfredo Brañas. Cuando vino al otro piso me reconoció. No se me olvidará. Cuando lo vi llegar ya supe que fue ese miserable el que andaba por ahí diciendo que yo era una puta regalada. Entonces, yo dije no, yo a este no lo atiendo. Venían tres. Yo les dije que a los tres en el mismo piso no los quería, que se fueran y que los atendía de uno en uno. Y me encontré con ese tipo, que le gusta siempre hacerse el machorro, porque él quería quedarse de primeras. Yo le dije que a él no le atendía, que no era un hombre, así mismo se lo dije, y que yo sólo atendía a hombres. Y me dijo que porqué yo le decía eso. Y entonces le contesté que lo sabía muy bien, que él había ido hablando por ahí mal de mí. Y también le dije que como yo no soy cualquier clase de puta pues que no lo atendía. Y entonces me dijo que me iba a llamar a la policía, que yo le había robado mil pesetas. Y los otros dos decían que sí con la cabeza, le daban la razón, que yo le debía a él mil pesetas, y fue justo en ese momento cuando él le dio una patada a la puerta, gritando: - ¡esta hijaeputa me tiene que atender!, ¡voy a llamar a la policía! Yo le dije: - No, a la policía la voy a llamar yo. Y yo mientras tanto cogía el móvil y hacía que llamaba. Tenía muchos nervios, y lo que estaba haciendo era llamar a Marta. Y ese miserable también hacía que llamaba por teléfono a la policía. Ese tipo es una porquería. Tiene también prohibida la entrada en más de un club por grosero. Siempre está armando escándalos. Y entonces, ya Juan, el marido de Marta, habló por el teléfono, y salió también el travesti portugués, y ya fue cuando se marchó. Yo estaba temblando. Casi me tomo vaso y medio de valeriana. Se me partió un vaso y todo de los nervios que tenía. Los compañeros de él ya se salieron también. Y luego, como a la hora y media, vino Marta. Y Juan lo llamó, y le dijo que hiciera el favor de no volver por el piso, que la próxima vez que viniera a fastidiar se iba a arrepentir.

El precio y las condiciones

Los precios varían según el tiempo que estás con el cliente. También depende de los sitios, y si el piso está comenzando a trabajar o si ya está montado. En general, suelen ser treinta euros por quince minutos; cincuenta euros por media hora; y noventa euros por una hora. En Santiago en los

pisos no se cobra menos de cincuenta euros. Nosotras hacemos el servicio de treinta euros cuando el piso es nuevo, que está empezando y que hay que trabajar el piso. Bueno, pero yo conozco algún piso que cobran hasta veinte euros por un pase, y debe ser porque el piso está comenzando, ya sabes, publicidad y marketing.

A pesar de los precios, si una quiere hacer rebaja pues ya es una la que decide. Normalmente, el treinta por ciento es para la casa y el setenta por ciento para la chica. Cuando estaba en Santiago de encargada en el piso de Marta, yo era la que cobraba y anotaba los pases en una libreta. En el caso de que la encargada esté ocupada, ya otra chica coge el dinero, lo mete en un cajón y lo anota en la libreta. Si estás de encargada y viene un cliente nuevo, tienes que procurar controlar el cliente, para saber cuánto paga y el tiempo. Y si ya una chica se pasa cinco o diez minutos otra le toca en la puerta. Yo cuando aviso, por ejemplo, digo: - mira, hazme el favor. Sobre todo si es un cliente que sé que es muy cabrón.

En cuanto a las condiciones, varían, claro, pero normalmente son: 1º) que las chicas que trabajan en un piso estén las veinticuatro horas, aunque pueden salir una y también librar un día; 2º) está prohibido darles el número de móvil a los clientes; 3º) no se aceptan visitas; 4º) las habitaciones cuando una termina de trabajar debe dejar todo recogido, la cama arreglada y la luz apagada, que no tenga que andar nadie detrás de las chicas para limpiar y recoger; 5º) está prohibido salir a tomarse cafés o cualquier cosa con los clientes, darle confianza al cliente no es bueno; 6º) la comida se compra entre todas, y cada día le toca a una hacer la comida; 7º) el aseo también lo debe hacer cada día una, aunque en algunos pisos el aseo también se hace cada día de por medio, por ejemplo, los lunes, miércoles y viernes; 8º) cualquier problema o duda debe consultarse con la encargada o la dueña del piso, no debe discutirse nunca en el piso; y 9º) las chicas que no viven en el piso deben ponerse ellas mismas un horario, pero tienen que cumplirlo.

Lo cierto también es que las condiciones y reglas no siempre se cumplen. Yo misma, por ejemplo, cuando estaba de encargada en el piso de Marta, como era “la niña”, pues no cocinaba. Y discusiones entre las chicas siempre hay. Yo no soportaba a una brasileña, que era una envidiosa y una *canzona*.

El futuro

A veces me siento muy sola, como vacía. Aquí en España me he vuelto como más sensible. La familia en Colombia te quiere, pero sólo mientras envíes el dinero.

A veces voy al ciber. He conocido a mucha gente por internet. Tengo muchos amigos, pero novios no. Ahora ya no tengo novio. Una vez vino uno de Jerez de la Frontera, pero se emberracó todo porque no quise quedarme con él en el hotel. Los hombres sólo piensan en comérsela a una. Para mí era un amigo, y yo no le pedí nada, ni que viniese ni nada, pero él ya quería que me quedase con él en el hotel. También he conocido a un chico, que es mi amigo portugués, que es más decente. Vino dos veces, la primera me llevó a cenar y luego la otra me llevó a Oporto, y ya quería presentarme a los padres y todo eso.

No veo nada claro el futuro. Pero, yo envío dinero todos los meses a Colombia, y mi hermana me deposita una parte en una cuenta, que tengo para poder comprarme allá mi casota. Aunque, también me gustaría mejorar mi situación aquí en España. No tengo papeles. Pero, si me convalidaran los estudios me gustaría ir a la universidad y hacer carrera financiera.

TATIANA

Mi vida en Colombia

Me llamo Tatiana y soy caleña. Nací en Cali el 22 de octubre de 1969. Vivía con mis padres. Nosotras éramos tres hermanas. Éramos pobres, pero mis papás nos daban lo necesario.

En mi niñez como pobre todo lo tenía. Siempre estábamos viajando. Mis papás eran comerciantes y por eso la pasábamos viajando. Recuerdo más a partir de los quince años. Mi niñez fue como bonita. Luego, ya fue diferente...

A los quince años, mis papás ya viajaban más seguido. Y se preocuparon más por viajar que por estar conmigo. Y por eso yo también fui comenzando a hacer mi vida. Yo soy la mayor de mis hermanas. Melisa tenía catorce y Carolina trece. Melisa se fue a vivir con un chico. Y yo me fui al Putumayo.

Empecé a trabajar en el Putumayo. Yo estaba en Cali cuando mi tío llegó y me dijo que qué hacía por allí sola, y me ofreció ir al Putumayo con él. Yo no sabía en qué trabajaban. Sólo veía que mis primas llegaban con mucho dinero, pero no sabía nada... Allí me enseñaron a trabajar. Tenía que raspar la coca, quitándole las hojitas y metiéndola en unos costales. Te pagaban unos cincuenta mil pesos por costal. Allí estuve como un año. Hasta que se enteraron mis padres. Mi mamá ya sabía en qué consistía ese trabajo de mi tío. Entonces, mi papá vino a buscarme, porque no quería que trabajase en eso.

Estuve como cinco meses en casa. Y cuando se fueron a Bogotá ya me dijeron que no podían llevarme porque no tenían espacio. Allí ya no quería estar más con ellos y allí ya me fui para un batallón a trabajar en el economato con otro primo mío. Eso ya era en Medellín. Parecía una gitana, siempre de un lado para otro... Yo allí lo pasaba muy bien, porque conocí a mucha gente, a los soldados, a las esposas de los sargentos, etc. Empecé a hacer una vida muy diferente. Me sentía más segura. Pienso que fue una época muy bonita en mi vida. Tal vez la mejor...

De allí ya me regresé otra vez para Cali. Me llamó mi hermana para que fuera para allá. Yo pagaba una habitación independiente. Aquí ya empieza una vida buena y una vida mala. Porque fue entonces cuando conocí al padre de mis hijos.

A Darío lo conocí en la calle. Me lo presentaron. Lo típico: primero amigos, después novios. Estuvimos como seis meses de novios. De ahí ya nos fuimos a vivir juntos. Y entonces ya quedé embarazada. Tenía diecinueve años.

Darío era un chico que tenía mucha libertad. Lo típico de los hombres colombianos. Yo estaba en casa embarazada y él se iba por la noche a bailar con los amigos. Él era muy irresponsable. Eran los papás de él los que me colaboraban. Mis padres al verme que yo estaba así también fueron y me colaboraron. Yo lo pasé muy mal.

En el verano de 1990 llegó mi bebé, y entonces él ya cambió un poquito, aunque seguía con sus juergas y eso. Cuando nació el niño nos fuimos a vivir con los papás de él. Entonces, mi suegro tuvo un accidente de carro y falleció. El entorno en casa se puso más difícil. Mi suegro era el que más me colaboraba. La situación se puso muy mala después que murió el señor.

Ese chico siguió igual. Darío nunca fue una persona responsable. Todo el tiempo fue lo mismo. Es un hombre que vive muy entregado al fútbol. Con todo lo irresponsable que era él, yo no quería separarme de él...

Ya mis padres se regresaron de nuevo a Cali. Y ya me colaboraron también. Ahí él ya se desentendió totalmente de sus obligaciones con el niño. Hasta que se fue a trabajar en la Suzuki. Al cabo de un tiempo lo trasladaron para Bogotá. Él me dijo que se iba solo porque primero tenía que saber cómo se ubicaba y eso y que luego ya vendría a por mí.

Yo le llamé por teléfono cuando supe que estaba embarazada de nuevo. A él lo vi animado y ya de ahí me dijo que me fuese para Bogotá. Era el año 1994. En Bogotá ya la vida fue totalmente diferente. Darío se hizo cargo de los niños. Más tarde pidió el traslado y se lo dieron. Regresamos a Cali. Pero, allí volvió otra vez. Hubiera sido mejor que nos hubiésemos quedado en Bogotá, porque cambió la vida otra vez. Él volvía a salir y a hacer sus juergas. Además, ya colaboraba muy poquito. Yo trabajaba en una panadería y allí duré dos años.

Él entonces decidió irse para un pueblo de Medellín. Darío era mecánico de motos y se metía en muchos problemas con la gente. Hacía muchas cochinas con la gente. Cobraba el dinero de los repuestos y luego no los colocaba... Un primo empezó a ayudarlo y montaron un taller. Pero, no mandaba nada de dinero.

Yo, entonces, como mujer enamorada que estaba y que no cogía experiencia, tomé la decisión de ir a Granada con los niños. Un primo de él también me decía que Darío tenía allá una mujer.

A él no le gustó nada que yo fuese allá con los niños. Pero, no le tocó otra cosa que aceptarme allí. Fue entonces cuando me di cuenta de que Darío hacía las mismas cosas que hacía en Cali, estafando y robando a la gente y eso.

En Granada está la guerrilla de las FARC², y la gente, los mismos clientes, lo denunciaron a la guerrilla. El primo disolvió la sociedad y cerraron el taller. Los mismos de la guerrilla lo pusieron a trabajar rompiendo calles. Ya la cosa se estaba poniendo muy fea... Él tenía no una, sino tres o cuatro novias. Y me dijo que ya no éramos una pareja, que estábamos solo por los niños.

En las FARC hay varios grupos, y yo hablé con los líderes del pueblo para salir. Entonces me regresé a Cali con mis hijos y quise replantearme mi vida. Fue cuando surgió la oportunidad de venir a España. Y no lo pensé dos veces.

La prostitución

Trabajé en dos clubes, en el “London” y en el “Lexis”. Prefiero el “Lexis” porque allí me trataban mejor. También, quizás, porque el dueño, Antonio, es más joven. Arcadio, el dueño del “London” tiene más resabios, más experiencia y todo en él se vuelve trabajar y trabajar. Él no quiere que una tenga un amigo ni nada, sólo piensa en trabajo y más trabajo.

Llegué a España el 4 de diciembre de 2002. Mi sobrina me mandó el dinero del billete. Llegué a un club del marido de ella, en Becerreá, sólo para hacer la limpieza y la comida. Allí estuve como veinte días. Pero, me vi muy desubicada, porque no ganaba para mis gastos, para enviar a Colombia. Me pagaban cuatro mil pesetas por un montón de horas.

De ahí me vine para Lugo a trabajar en un piso en la calle Armando Durán, donde la hermana de Tania. Allí estuve dos meses. Y luego me fui a otro piso en la misma zona.

² Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

En el piso de Armando Durán me sentí muy humillada con Romelina, la hermana de Tania. Psicológicamente, me hacía sentir muy mal, por cosas que me decía y eso. Estando en ese piso se puso mal el trabajo y fue cuando comencé a trabajar en el “London”.

Para contactar con el piso de Romelina lo hice a través del periódico por un anuncio: “*Sitio de relax... se necesitan chicas... n° teléfono:*” En el club, en Becerreá, como yo les decía a las chicas que no me gustaba flirtear, que no me veía capaz, ellas me dijeron que porqué no probaba en un piso. Y así fue como hice.

Cuando yo llegué al piso sólo llevaba un mes funcionando. Al cabo de un tiempo el trabajo empezó a bajar y yo empecé a preocuparme porque le debía el pasaje a mi sobrina y porque tenía mucho que ahorrar.

Así comencé a trabajar en el “London”. Estuve trabajando allí nueve meses. Y durante ese tiempo estuve también trabajando en el piso de Nelly, cerca de los Juzgados. El mismo amigo que me recomendó ir al “London” me llevó al piso. Nelly, la jefa del piso en Cedrón del Valle, es una persona muy buena. Ella también es colombiana y trata muy bien a la gente. Ella se saca el pan de la boca para dárselo a uno. Es muy buena chica.

Yo vivía en el piso. Y a las ocho de la noche me recogía un taxi para ir al club. El taxi ya lo pagaba el club. Cuando llegaba ya comenzaba a trabajar y así hasta las cuatro y media de la madrugada. Entonces, regresaba al piso en el taxi.

En el “London” había buen compañerismo. Éramos unas dieciocho chicas al principio. Luego, quedamos diez y así. Como compañeras compartíamos muchas cosas, a veces también las tristezas y las experiencias en el trabajo, de lo mal que se siente uno a veces en el club. Éramos colombianas, ecuatorianas, brasileras, dominicanas y nigerianas. También conocí allí a una rusa y a una gallega.

Las nigerianas son unas chicas muy calladas, quizás las más aisladas de todas. La rusa sólo estuvo durante ocho días. Yo no sé porqué. En ese club pasan muchas chicas y muchas se van porque se aburren. Como el “London” no es un sitio de alegría y eso..., al dueño no le gusta que las chicas estén hablando juntas, sino que sólo quiere que trabajen y que no formen corrillos. Y tampoco le gusta que bailen. Arcadio se enfada, le baja el volumen de la música y hasta te manda sacar el chicle de la boca. Yo me sentía como una niña regañada con ese cuento del chicle. Él dice que luego aparecen por ahí pegados.

De todos modos, si eres responsable y tranquila el “London” no es un mal lugar, porque allí puedes trabajar. Pero, las chicas que son muy movidas no paran mucho en ese lugar. A mí también me gusta bailar y eso, pero todo a su tiempo. Yo aproveché mi trabajo allá.

Las nigerianas están más aisladas de las otras, no son tan movidas como las otras. Las colombianas, brasileras y dominicanas son más alegres y se juntan todas para bailar y eso.

En el “London” sólo hay copas de diecinueve euros y el dueño se queda con tres euros. Yo gané mucho dinero en copas. Quizás, porque allí son más baratas. En el club los pases eran de media hora y de treinta y cinco euros. Quedaban unos veintiséis euros para una y el resto para el club.

Al principio, no descansaba nunca porque yo quería hacer dinero rápido. Luego, ya descansaba los martes. Cuando yo trabajaba allí podía ganarme tanto o más dinero un lunes como un sábado. A mí me cuentan que ahorita está peor el trabajo. Yo no entiendo porqué. Algunos dicen que es por lo del euro. No lo sé. Algunos días buenos de trabajo podía hacer doce o trece pases. A partir de siete u ocho pases ya es un buen día. Ya vale la pena el trasnoche... Aunque, también hay días que sólo haces un pase. Yo también me vine alguna vez sin hacerme un solo pase.

Hay chicas que tienen mala suerte. Son bonitas y todo, pero no tienen conversación con el cliente y entonces no agradan. Yo sé que, aparte de mis atractivos físicos, tengo una forma de ser y de hablar que agrada a los clientes.

El amor

A mí me pasan cosas más tristes... Conocí a un chico allí donde el Arcadio, con el que estuve saliendo. Se llama Andrés y era el único que me sacaba ánimos. Cuando empezamos él no me dijo nada, pero yo sospechaba que era casado. Ahora, eso prácticamente acabó, porque ya dejó de llamarme y además, me llamó también la mujer... Ella consiguió el número por los recibos del teléfono.

Yo si él hubiera insistido yo hubiera luchado por él. Pero, como tampoco me llamó y a mí no me gusta dañar un hogar, ya no seguimos. Él sí que me llamó para pedirme que si me llamaba su mujer que no le dijese nada,

porque su mujer es muy buena y tiene las niñas y eso. La verdad, la mujer no fue grosera conmigo. Sólo me dijo que no podía dormir, que estaba angustiada. Y él tampoco nunca habló mal de ella.

Con él era algo diferente. Me ayudó mucho también con el dinero. Yo, al principio, pensé que lo de la mujer no era cierto, que lo que él deseaba era alejarse de mí. Pero, luego cuando ya me llamó la mujer ya vi que era verdad.

Pero, mira, soy tan de malas..., que en noviembre conocí a otro chico. Y también es casado..., aunque, al principio, tampoco me lo dijo. Sólo me decía que tenía una novia hacía varios años. Él es muy buena gente. Sigo con él, pero yo creo que nunca va dejar a la mujer. La mayoría de los hombres son tan mentirosos... Bueno, de todas maneras, él me ayuda económicamente. Pero, yo no pienso sólo en el dinero. Por ejemplo, con Andrés, aunque no me diese plata a mí me gustaba igual estar con él.

Yo soy más desanimada... Me da miedo por lo que me pasó con Andrés. No quiero problemas con la mujer. Y Julio es muy buena gente. Pero, no sé...

Ya pensé que tenía que pasarme las Navidades sola. El 24 me fui a Madrid a pasarla con mi hermana y mis sobrinos. Y luego, el 31 me fui de fiesta con este amigo y ya me la pasé bien.

En el piso de Marta trabajé sólo dos meses. Allí conocí a Tania y a Sabela. Fue el último piso donde he trabajado. Ahora ya no estoy más en Lugo. Sólo vengo de visita. Vivo en Sarria y trabajo en un club, en "El Infierno" del Griego. Allí me va bien. Somos dos colombianas, dos dominicanas y dos africanas. Todas son morenas. Yo soy la más blanquita y quizás por eso es que trabajo bien. Depende un poco de los días. El viernes y el sábado me hice seiscientos euros y la semana anterior quinientos. Está bastante bien, aunque también hay días en que no haces nada.

Sigo saliendo con Julio. Él es mi gordito. Está sacando los papeles del divorcio, quién sabe si tal vez nos casamos algún día... Aunque, la familia de él no quiere. Si ya ha tenido un desengaño con una mujer, no quieren que vuelva a sucederle lo mismo.

La verdad, yo no pienso en serio en casarme. Conozco a una chica que iba a casarse, a casarse para sacar papeles, y que no le dejaron. Yo tengo un amigo, Manolo, que él me dijo que me ayudaba, que se casaba conmigo para que me den los papeles. Pero, ya me ha dicho también que luego me

vaya a vivir con él, y que me quite de “esto”. Ya me está exigiendo. Ya quiere algo más y yo sólo lo quiero como un amigo. Por eso no quiero saber nada de casarme. Y ya no lo llamé más.

Conozco a un chico colombiano que trabaja en el “Lexis” y que metió papeles. Y ya tiene el resguardo. El dueño del club le hizo una oferta de trabajo y como trabaja allí muy bien ya es el encargado y todo. Yo no sé cómo hizo, pero sé que le dieron un resguardo.

Lo bueno y lo malo

Para mí la prostitución ha sido algo muy bueno, me ha ayudado mucho. Yo he venido de un país donde no existían condiciones y gracias a la prostitución he conseguido muchas cosas. Al principio, cuando llegué a España estuve trabajando en la limpieza. Pero, enseguida me di cuenta de que con la prostitución podía ganar mucho dinero y por eso empecé a trabajar en esto.

Trabajando como prostituta yo me he ganado más de tres mil euros al mes. Y eso es lo bueno de este trabajo. Pero, la prostitución también es algo muy triste, porque que lo estén tocando a uno..., rogándole... Pero, es algo útil, es un trabajo nomás.

Lo peor es que te discriminen por trabajar en esto. Y la gente en la calle como eres colombiana ya te tratan como una puta y no te respetan. Eso es lo más duro. Por eso algún día me gustaría acabar con esto.

TANIA

Mi vida en Colombia

Nací en la ciudad de El Espinal un 9 de junio de 1961. Allá es una zona agrícola, con gente muy fiestera. Soy la mayor de seis hermanos. Yo era la niña más consentida de mi abuela María Rosa. Mi desdicha ha sido siempre no sentirme querida por mi madre.

A los pocos años nos fuimos para una finca, a unas seis horas de carro de El Espinal. Esa finca era de la mamá de mi papá. En aquella época había problemas entre liberales y conservadores. Ya fue la causa de una guerra anteriormente en Colombia. A mi padre lo querían matar porque era “*collarejo*”, venían a veces a buscarle por la noche y mi papá siempre con la escopeta... Recuerdo que mi papá manejaba muchos trabajadores... Una vez me pegó un chivo. También recuerdo las luchas entre los vecinos. Luego, cuando yo tenía unos ocho años regresamos a El Espinal. Estudiaba y siempre estaba al lado de mi abuela. Hasta que llegó mi primo y me llevó para su casa en Cali. Mi primo era entonces profesor de Bellas Artes y vivía con su esposa en la ciudad, aunque ellos viajaban mucho. De esa forma perdí el contacto con mi familia durante un período de año y medio, pero al mismo tiempo se abrió ante mí un nuevo mundo lleno de cosas diferentes, de matices, de aprendizajes,... Ellos eran unas personas muy bohemias, como hippies. Para mi primo yo era una persona muy especial. No así para Carmen Alicia, su mujer. De todos modos, fue ella quien se marchó a Santa Marta y de esta forma conocí por primera vez el mar. Me pareció inmenso... Así conocí las playas, la naturaleza, las papayeras... Para mí fue como un aprendizaje: ellos me enseñaron a caminar derecha, me sacaban fotos desnuda cuando estaba en el baño, yo quería ser como una modelo super famosa. Los fines de semana me llevaban a la localidad de Bonda, que está a una hora más o menos de Santa Marta. Allí habían reuniones de ellos, celebraban fiestas donde tomaban y bailaban. En una de esas fiestas me dieron la prueba del *cachío*. Me sentí tan mal... tan sólo veía indígenas tocando el tambor. Otra vez recuerdo que me cogí un armadillo, era un animal tan lindo... Así era aquella etapa de mi vida, me sentía en medio de la naturaleza y a la vez me veía como solitaria.

Ya cuando regresé a El Espinal, mi familia me encontró muy cambiada. Íbamos juntas a la escuela mi hermana pequeña y yo. De pronto, un día, mi papá compró una casa en Ibagué y nos fuimos para allá. Ibagué es un clima muy frío. Volví al colegio y me fue muy bien. También ayudaba en casa con mis hermanos. Al cabo de un año de estar en Ibagué nos regresamos

nuevamente para El Espinal. Yo tenía entonces ya dieciséis años. Y estaba muy linda. Sí, hasta fui varias veces candidata para Reina del Sampedro, que son allá las fiestas de El Espinal. Pero, nunca me lancé, porque yo era también muy tímida y me daba siempre mucha vergüenza.

A mi padre le resultaba difícil de mantenernos a todos. Un año mi padre nos dio a escoger a mi hermana y a mí para que una estudiara y la otra no. Así fue que me puse a trabajar. Me puse a trabajar de vendedora. Era cuando tenía diecisiete años. Le ayudaba también a mi mamá en la costura. Al año siguiente volví a estudiar, y me enamoré.

Ese amor que parece eterno... Nos quisimos muchísimo, pero había una barrera de clase social. Él siempre me regalaba chokolatinas. En Colombia regalar chocolate es signo de cariño y seducción. Se llamaba Julio César, y con él fue algo muy especial. Pero, tuve un grave problema en mi casa, pues siempre me ponían peros con todas las personas con las que salía. Fue un amor tan inocente..., tan lindo, con mucho respeto. Hacíamos planes para casarnos y que íbamos a tener dos niños, un niño y una niña. Lo curioso es que luego sí los tuve, pero con otra persona... Duramos como un año. Al cabo de ese tiempo, nos mudamos de barrio y terminamos la relación, sobre todo por mi madre, que no lo aceptaba. Ella siempre intentaba separarme de él, porque decía que no era un chico que quisiese a una chica de barrio, más pobre, como yo, y que me dejaría embarazada y me abandonaría. Yo nunca le he olvidado... Nunca le he olvidado. Nos volvimos a ver en alguna ocasión, pero siempre el orgullo puede más que otras cosas. Un día me invitó al cine, pero me dijo que íbamos a lo americano³, y yo entonces no fui.

No llegué a graduarme en el bachillerato, me faltó quizás valor. Siempre tenía que andar rogándole a mi mamá. Así que busqué trabajo y empecé como vendedora en “El pequeño París” donde vendíamos telas. Allí fue donde conocí a mi marido. Llegó allá como cliente. Digo yo, que si hubiera salido temprano no me hubieran pasado tantas cosas... Pero, bueno, tenían que pasar. Me encantaron sus ojos. Una noche salí del trabajo y él me esperaba fuera con un carro. Yo no quise subir, así que fuimos paseando. Me dijo que qué me provocaba, y le contesté que una mantecada. Estaba tan nerviosa que no conseguí comérmela. Él pensaba que yo era una chica de noche completa, pero enseguida se desengañó. Luego, empezaron otra vez los problemas en mi casa. Mis padres no querían conocerlo, mi mamá me decía que era rico, lo mismo que la primera vez. Él, a los diez días de conocerme ya me pidió que nos casásemos. Hicimos un juramento ante el

³ Cada uno paga lo suyo.

Cristo de la iglesia, no fue una boda con papeles. Y muy pronto comenzaron los celos. Yo no podía hablar con mis compañeras y también tuve que dejar de estudiar.

Nos marchamos para las afueras de Ibagué, y vivíamos en una casa muy grande: Villa Margarita. Luis David era diez años mayor que yo. Yo pensaba que también cambiaría algo la vida de mi familia, pero me equivoqué. Para él y su familia nosotros éramos unos pobretones. En Villa Margarita, la madre de él era quien mandaba y decidía todo, si podías salir o quedarte, la ropa que podías llevar o no, etc. Ella era como el núcleo de toda la familia. Y así fue como comenzó para mí un infierno. Yo hacía todos los quehaceres de la casa, a mí no me importaba porque estaba muy enamorada. Me daban sólo media hora para visitar a mi papá o a mi mamá una vez cada veinte días.

En Villa Margarita yo quise ser la mujer perfecta. Dejar de ser débil. De un momento para otro cambié totalmente. Trataba de bastarme en todo, quería agradarles a todos. Allí vivíamos cinco personas y tenía que tratar de complacerlos a todos. Pero, nunca lo logré. Y eso que siempre dejaba lo mío de último. Ellos me decían que no valía para nada, simplemente por el hecho de que provenía de una familia humilde. Me levantaba a las siete de la mañana y les preparaba a todos el desayuno. Trataba de que mi suegra no hiciera nada, para contentarla. Hoy creo que me faltó carácter, yo era todavía una niña.

Pronto empezó todo el desastre. Aunque, también hubo momentos felices, no lo niego. Fueron diecinueve años los que pasé allí, en Villa Margarita, justo hasta venirme. La guerra y la zozobra empezó con mi cuñada Gloria. Ella era la niña consentida y mimada, porque era la única mujer de varios hermanos. Ambas tenemos la misma edad. Ella trataba siempre de dejarme mal ante mi suegra y mi marido, hablaba mal de mí delante de otras personas. Más adelante, un trabajador que envió mi padre le confesó que yo estaba sufriendo mucho allí. Mi suegra no hacía nada y yo hacía todo el trabajo. Pero, yo luego tenía que pedirle permiso para todo, pues ella era la matrona y disponía.

Siempre traté de que las cosas no degeneraran en más problemas. Y mi suegro no hacía otra cosa que beber y emborracharse. Él quería para su hijo una profesional: una periodista o algo así, y no una mujer humilde como yo. Trataba de compensar ese odio con un buen tratamiento hacia mi suegra, y le llamaba “madre” o “su merced”. Al mismo tiempo, me daba cuenta de que me estaba matando por esas personas y que me olvidaba de mí. Luis David, que era muy celoso, siempre estaba pendiente de su

hermano Carlos. A veces yo me quedaba sola con él en la casa, y luego mi marido aparecía por sorpresa.

Villa Margarita era demasiado grande para mí. En las ventanas de la casa había a veces arañas pollas y también corrían alacranes, y había que estar pendiente de todo eso. Todo por amor.

Con diecinueve años me quedé embarazada. Luis David siempre me amargó a causa de esos celos tan machos, y empezaron los malestares. Cuando mi suegra estaba de buen humor me explicaba cómo era, porque yo no podía ir a casa de mi mamá. No me dejaban. Y continuó el trajín de siempre. A la final me hinché toda. El médico estaba incluso asustado y me dijo que me podía morir. Yo tenía miedo y, prácticamente, no podía hablar con mi mamá porque no me lo permitían. No se me olvida el día que tuve que ir para la clínica. Estaba pegando un mural y rompí aguas. Al día siguiente me llevaron a la clínica. Pero, no se me olvida porque no me pude ir hasta que los dejé a todos servidos y almorzados. Cuando llegué a la clínica estaba asustadísima, y en ningún momento quisieron llamar a mi familia.

Mi hija nació toda moradita y linda. Yo me rasgué mucho. Luego limpiaron a la niña y la subieron a la habitación. Mi marido subió a la puerta y desde allí preguntó qué era. Y cuando la enfermera le dijo que niña, él entonces se quedó parado y no la cogió. La niña estuvo llorando como unas dos horas. Él quería un niño. Luego me besó y se fue. No quiso quedarse con nosotras. A mí me alcanzaron la niña las enfermeras, yo no sabía, para mí era toda una experiencia enteramente nueva. Y me colocaron una cunita para que la tuviera a mi lado en la habitación.

Al otro día llegó afanado y me dijo que al segundo día me daban la salida. Estuve esperándolo hasta que vino a recogerme. A lo que ya llegamos a Villa Margarita allá ya la miraron. Las palabras de mi suegra que exactamente me dijo en la cocina, fueron: - No crea usted que por haber tenido una hija de mi hijo que ya lo atrapó. Él no va a estar mucho tiempo con usted. Mi hijo no es de que lo atrapen así nomás.

Y ya empezaron las cosas a desenvolverse así. Empecé de nuevo con mis quehaceres. Mi marido no hacía ningún caso de mi hija. A los tres meses ella enfermó y yo le dije a mi marido que no iba a consentir tanto desprecio. A partir de ahí comenzaron a acercarse un poco a la niña. A los tres meses me dejaron ir a casa de papá y mamá para llevarles a la niña, para que la conocieran. Mi mamá siempre estaba triste. Y así fue creciendo la niña. Pero, me sentía muy vacía. Yo siempre quise ser una profesional,

quería ser yo. Allá en Villa Margarita había muchas cosas, pero nada era mío.

Luis David siempre me ha dicho que no ha tenido a ninguna otra mujer. Y que desde que yo me fui que no ha estado con otra. Pero, yo ya lo empecé a notar raro cuando yo lo acariciaba y estaba lleno de loción. Lo que no se imaginaba era que yo empezase a trabajar en “La Colombiana”. Yo no tenía experiencia alguna, no tenía ni idea de cómo manejar a la gente, ni el dinero y todo eso, y noté que todo el mundo se me venía encima. A mi marido no le gustó nada que yo trabajase en “La Colombiana”. Y me enteré de que él estaba enamorado de una secretaria de allá. Allí empezaron las cosas, y fue cuando capté una gran diferencia. A partir de ese instante, nunca más se le volvió a impregnar la ropa de perfume de mujer. Yo no le dije nada. No dije ni pío. Ya ves, qué casualidad. Fui recopilando todas esas cosas. Yo no puedo creer que me haya sido fiel.

Me sentí también muchas veces humillada en la cama. Yo me siento mejor tratada acá por muchos clientes que cómo me trató él. Luis David me ponía a ver películas porno, quería que hiciera las mismas cosas que hacían allá. Hay algo que siempre me pidió que nunca quise hacerlo, y que me decía como “*dame culo*”. Yo creo que era un enfermo sexual. Muchas veces yo no quería tener relaciones sexuales con él, y él entonces me bajaba las bragas haciéndome presión y daño con las manos, y me decía: -¡acomódate! Yo muchas veces callaba para que mis hijos no supieran nada.

Una vez, allá era por septiembre de 1999, de madrugada, yo estaba dormida cuando él me despertó. Estaba todavía viendo las películas. Me dijo: - Vuélvete, que quiero hacértelo por detrás. Yo le contesté: - No, por detrás no, que me hace daño; yo le hago todo lo que quiera pero de frente. Y él me dijo: - Levántate, y ponte estas bragas y esos zapatos altos. Entonces ya me enojé y le dije que no, que era muy tarde y que además podían oírnos Diana y Fernando. Y él comenzó a insultarme: - ¡Asquerosa! ¡Inmunda! Quieres que me vaya, lugares son los que me sobran. ¡Infeliz! ¡Muerta de hambre! Yo me puse a llorar. Hacía poco que estaba trabajando en “La Colombiana” y hacía poco también que había tenido una discusión con mi cuñada. A partir de esa noche me sentí desilusionada de todo. Yo los consideraba como de mi familia. Ya me tomé las pastillas y me dormí. Recuerdo que él decía que vinieran a buscarme, que ya no me quería allá dentro. Recuerdo que dormí como una loca. Él no me ayudó a bajar y me insultaba. Cuando llegué a la clínica de Ibagué vi a mi papá y a mi hermano Jaime. Ellos estaban llorando. Lo que más recuerdo son las lágrimas de mi papá. Al cabo de un tiempo desperté. Encontré un médico, que era un hombre pequeñito y que me miraba con tanta rabia, que eso me influyó mucho. Me

dijo: - Ningún ser humano merece que otro se mate. Yo comprendí enseguida que tenía que cambiar de vida. Entonces, llegó otro médico y me vio. Mandó que me subieran al cuarto piso, que tenía que hacerme unos análisis. Duré ocho días allá. Él iba todos los días. Luis David ya no iba para nada. Yo le dije al doctor que quería volver a casa. Y él me dijo que me dejaba ir por mis hijos y que tuviese cuidado.

Para mí fue época como de tinieblas. Entonces, cuando Luis David vino a recogerme para llevarme de nuevo a Villa Margarita yo le rogaba que no me llevase para allá, que aquello era el infierno más grande para mí.

Estuve una semana de incapacidad. Al volver a la oficina, Luis Alfonso vino para hablar conmigo, y me dijo que me agradecía mucho mi labor, pero que ya no podía seguir trabajando allí. Entonces, fue cuando yo entablé amistad con Guillermo, que era sobrino del dueño de “La Colombiana”, y con Angie, que era la madre de Guillermo. Como ellos vieron el desempeño que yo había tenido en “La Colombiana” me llamaron y me ofrecieron un empleo a medio tiempo en otra academia de conducción, que se llamaba “La Fórmula 3”. Era una oficinita toda escondidita, pero yo me sentía en casa. Me decían que tenía una voz muy sexy por teléfono. Bueno, eso me lo han dicho siempre... Y el trabajo iba muy chévere. Ironías de la vida: cuando yo me vine a España “La Fórmula 3” compró “La Colombiana”.

Angie y Guillermo fueron las personas que de alguna manera siempre estuvieron conmigo. Yo trabajaba durante todo el día, entraba a las ocho de la mañana y a veces no salía hasta las nueve de la noche. Me dolió mucho la liquidación, pues me tocaba como un millón doscientos mil pesos, y ellos sólo me dieron seiscientos mil. Y yo trabajé hasta el último sábado antes de venirme para Cali. Y eso fue cuando ya me venía para acá. Yo no les dije nada, porque les guardo mucha gratitud, pero no quiero eso nuevamente. Yo sé que si regreso tengo ese trabajo allá, pero lo cierto es que me siento más explotada que lo que estoy haciendo acá. Aquí si entro para hacer un pase me hago cuarenta euros.

Mi hijo Fernando siempre tuvo el amor del papá, aunque él ahora lo rechace. Luis David quería un niño, y al ver que Diana era una niña él ni la volteó. Yo sufría porque él no la quería al principio, tan sólo le prestó algo de atención cuando Diana se enfermó. Pero, luego cuando nació Fernando ya no le hizo más caso, sólo quería al varón. Esas son las historias que duelen.

Los años difíciles

Somos seis hermanos. Tres mujeres: Gladis, yo y Romelina; y tres varones: Ernesto, Adolfo y Jaime. A mi hermano Adolfo le llaman “Pulgarcito” porque es inmenso, grande y gordo. Mi hermana Rome y yo somos las únicas de la familia que nos hemos venido para España. Tengo dos hermanos en las FARC. Yo no estoy de acuerdo con eso. Estoy segura de que ellos tuvieron que ver con alguna de las masacres como la de Bajo Caguán en la zona de distensión. Mi hermana Gladis, que vive en Medellín, ya me propuso que colaborase con ella en el intercambio de armas y de móviles. Las armas se sacan de Medellín muy fácil. Allá están las milicias urbanas. Y de esa manera han hecho la fortuna que tienen.

En el atentado contra el batallón Rook mi hermano tuvo mucho que ver. También en la voladura del puesto de policía del Tolima, en Ibagué. Durante el año 1998 tuvimos que acoger en casa a mi hermano, su mujer y sus dos hijos. Estuvieron escondidos todos como un mes en Villa Margarita. Fue una época de gran zozobra. Mi hermano luego marchó para Cali, donde pasó a formar parte de las milicias de Cali.

Cuenta Rome, que una noche en Cali mis hermanos y los de las milicias cogieron a un indigente, lo emborracharon y luego lo mataron. Lo arrojaron al río Cauca. Eso es lo que se llama en Colombia “la limpieza” o “la mano negra”. Matan a indigentes y drogadictos. Pero, la verdad es que se convierte en un deporte. La tal “limpieza” es un puro deporte. Y no siempre son los paramilitares los que matan a los indigentes. También son las milicias de las FARC.

Una noche, cuando estaba en la oficina, me llamó la atención que hacía unos diez minutos que había llegado un muchacho de buena planta, que me preguntó cuánto costaba el curso para el carnet de conducir. Pero, me llamó la atención que él preguntaba y se interesaba mucho por la gente del segundo piso. Estaba muy nervioso y al bajar las escaleras le vi el revólver. Yo tenía miedo, sobre todo por mi hija que iba a venir pronto. Bajé las escaleras, crucé la calle y vi que las placas de los carros eran de Bogotá. Los carros estuvieron dando vueltas alrededor de la oficina. Pero, en ese instante llegó el amigo de mi jefe y nos llevó a mi hija y a mí.

Mi hermana Gladis hizo mucho dinero llevándole los móviles a la guerrilla en la zona de distensión. Gladis y yo nos parecemos mucho. Lo único que yo tengo más pechuga que ella, pero en la cara somos idénticas. Mi hermano Jaime, que es el más pequeño, es también el más terrible. Los tres

fueron de la guerrilla, pero Ernesto ya no está en eso. Rome había intentado ayudarlo para venir a España, pero mis otros dos hermanos tienen mucho poder sobre él.

Mi hermano cuenta que la vida de la guerrilla es terrible. Pasan todo el día caminando. Él se pregunta porqué matan a personas que son como ellos. Una vez a una chica que cometió una falla la condenaron a muerte y luego la fusilaron. A mi hermano le tocó enterrarla. Esa fue una de las cosas que provocaron que se alejara de la guerrilla. Al final desertó. Es por eso que ya no puede vivir en el departamento de El Tolima. Si vuelve allí lo matan.

Hubo un año en que me tocó muy duro. Para que mi hija terminara los estudios, tuve que sacrificar a mi hijo. Mi marido nunca me dio un centavo. Diana estaba entonces terminando en el SENA⁴ y se pasaba mucho tiempo en casa. A mí el dinero no me alcanzaba y me sentía atacada por todos lados. Mi papá quería que mandase a mi hijo a la zona de distensión para que estudiase. Yo no quería. A la final pude conseguir setenta mil pesos para enviarlo con mi mamá. Lo envié como en noviembre y ya no quiso regresar. Me dijo: - Mami, estoy muy contento, porque estoy en un internado agrícola y aquí aprendo muchas cosas. Pero, para mí el temor más grande es que mi hijo se haga guerrillero.

Ya antes de venirme mis padres se marcharon para la zona de distensión, a vivir en la casa de mi hermano. Él tiene allá dos laboratorios de coca, y mis padres le colaboran con la alimentación para los trabajadores. Hay dos tipos de coca: la dulce y la amarga. Y mi hermano tiene las dos. Él les paga veinte mil pesos diarios a los trabajadores para la recolección de la hoja y aparte la comida. Eso es mucho dinero allá en Colombia. Yo ganaba en mi trabajo poco más de trescientos mil pesos al mes. Allá en la zona de distensión a una cocinera le llegan a pagar hasta doscientos mil pesos semanales. Al químico, que es el encargado de hacer toda la preparación y eso, le pagan unos seis millones de pesos por cosecha. La recolección de la coca suele ser de un mes a un mes y medio. Mi hermano Ernesto a veces sustituía al químico en el trabajo de preparar la coca. Dicen que el olor de esa preparación es nauseabundo, y que es impresionante la cantidad de moscos que atrae. Mamá contaba que allí daba mucho miedo el dormir por las noches, que, aunque la finca era muy bonita, los helicópteros del ejército sobrevuelan muy bajo la zona. Pero, lo peor es que vengan los paras por el río. Todo eso me lo contaba mi mamá. Dijo que una noche que estaba allá oyó unos disparos. Que se acercaban los paras. Y mi hermano movilizó a todos los del poblado. Era una tensión horrible durante todos los

⁴ Servicio Nacional de Aprendizaje.

días. Sin embargo, mis padres iban y permanecían allá dos o tres meses y luego traían dos o tres millones de pesos, aparte de regalos como anillos y cadenas de oro.

Tengo una prima que también estuvo en la zona de distensión, y me dijo que nunca había visto tanto dinero reunido en su vida como el que tenían en aquellas chozas. Al departamento del Meta le llaman también “el Fondo”, que quiere decir zona de selva donde está la guerrilla. Dicen que allí hay unas culebras tan grandes, que puedes sentarte encima pensando que se trata de un tronco, si estás desprevenido. Yo nunca estuve de acuerdo con mi hermano Adolfo, porque él ha matado a bastante gente. Él tenía tan sólo unos dieciséis años y ya se conocía con un hombre que se llamaba Álvaro y que le decían “El Mono” en Ibagué. No sé que fue lo que cometieron ni las cosas horribles que hicieron, pero lo que sí sé es que aquella noche él se marchó y mataron a un taxista. No sé si es que lo iban a atracar o es que les debía algún dinero. Esa misma noche a las tres de la madrugada, no sé cómo, pero yo sentí los disparos. Me levanté y miré hacia la puerta, y vi a un hombre muy guapo, rubio, con una cara preciosa y muy bien vestido, mirándome, justo en ese instante en que asesinaron al taxista. Yo no me enteré hasta el otro día en las noticias. Supe que había sido mi hermano. Al otro día supe que el infeliz había dejado cuatro hijos y a su mujer.

Todo eso me dolió terrible. No me sentí lo suficientemente valiente para ir al entierro. Tuve incluso intenciones de denunciar a mi hermano. Después de lo sucedido, él se voló para Villa Vicencio, en el departamento del Meta, a unas dos horas y media de Bogotá. Se fue allá con un tío, y fue donde conoció a la mujer que tiene ahorita. Ya comenzaron sus problemas y locuras porque tomaba mucho trago. Una noche manejando borracho mató a una niña. Dicen que como castigo Dios no le ha dado ninguna hija. Pero, mi hermano es un hombre que tiene mucha suerte. De Villa Vicencio se marchó para la zona del Caquetá, que ya está cerca de la frontera con Ecuador. Allá también se enredó con narcos, y de allá también salió corriendo. Él siempre dejaba todo lo que tenía y volvía a comenzar de cero. Dejó a Yolanda, su mujer, en Ibagué, y del Caquetá se fue para Cali. Allí llegó a donde Rome, que en aquel entonces todavía estaba en Colombia. Empezaron una vida nueva. Trabajaba en una empresa de buses urbanos que era de los narcos. Siempre me invitaba, pero yo nunca fui.

Ya mi hermano Jaime le pidió a Adán Izquierdo, que le decían “El Viejo” y que era jefe de las FARC en la zona del Tolima, que lo trasladaran a donde estaban mis otros hermanos. Y lo mandaron para allá, y fue cuando empezó

ya el problema de que mi hermano Adolfo ingresó en la guerrilla. Los trasladaron luego a todos para Cali a las milicias urbanas.

Una forma de ingresar en la guerrilla es a través de la UP⁵, que es un partido comunista. De ahí pasan directamente a la guerrilla. Allá es donde los van cultivando y ya luego van pasando a la guerrilla. Hoy ya está casi desaparecida, porque todos, de una u otra forma han ido siendo asesinados. Y luego ya empezaron a hacer la “limpieza”. Iban por las noches y a los grupos de delincuentes los iban matando.

El viaje a España

Se me dio dos veces, y sin pedirlo. La primera vez fue en el 2001. Romelina, que ya se había venido, me llamaba continuamente por teléfono y me decía: - Tania, aquí se gana muchísimo dinero, véngase, que yo la voy a ayudar. Yo le decía que no, que ya estaba vieja y que no me sentía capaz de hacer las cosas. Rome me decía: - No sea boba, véngase.

Yo se lo comenté a Angie, que fue la única persona que me tendió una mano después de la separación con mi marido. Ella me dijo: - Para mí es muy difícil que se marche, pero yo le voy a colaborar con lo que necesite, porque allá la vida no es tan fácil como pintan.

En enero de 2001 una conexión que hay en Cali con los del club “El Paso” y a través de mi hermana, me enviaron los pasajes. Ya estaba todo listo. Mi hermana me llamaba y me decía que había que partir. En el aeropuerto también hay conexión con todo. Pero, yo dije que no me venía. Y eso fue el mayor escándalo en mi casa, porque decían que estaba desaprovechando la oportunidad que me brindaba mi hermana y que yo me quería quedar en una oficinucha. Mi mamá decía que cómo era posible que yo dejase pasar esa oportunidad de venirme para España, que tenía dos hijos que mantener. Desde entonces mi hermana siempre dice que tuvo que pagar una multa de sesenta mil pesetas por no venirme. La multa dice que la pagó en “El Paso”. Ella me dice que no tiene porqué regalarme un centavo. Dice que el pasaje lo tuvieron que reemplazar con otra chica.

El hombre de la conexión de Cali primero se acuesta con las chicas. Mi hermana me dijo que Fernando, que es su marido en Colombia, me lo presentaría. Pero, yo no fui. Fernando era una conexión para muchas chicas que querían venir a España. Ahora, el marido de mi hermana acá es

⁵ Unión Patriótica, partido político colombiano fundado en 1985, auspiciado desde un conglomerado de actores sociales, entre ellos las propias FARC.

también muy conocido por traer a muchas mujeres de la República Dominicana y arreglarles los papeles aquí.

La segunda vez me llamaron de Cali para decirme que ya estaban los pasajes. Un amigo español de mi hermana Rome, que se llama Miguel, me llamaba todo el tiempo. Tenía una voz toda sensual, era delicioso hablar con él. A mí no me disgustaba mi trabajo de Colombia. Pero, a la final pasé la carta. Y un sábado de septiembre cogí la flota rumbo a Cali. De Ibagué a Cali son como unas siete horas de viaje. Cuando llegué a la terminal vi allá una gran cantidad de negros, que me asusté. Ya me habían avisado que tuviese cuidado con el equipaje. Mi cuñado y mi sobrino vinieron a recogerme en taxi. Me llevaron a recorrer Cali. Al otro día teníamos que recoger los pasajes y ver cuánto había que pagar del impuesto en el aeropuerto.

Aquella noche en Cali llegó mi cuñado por la noche y me dijo: - Tania, ven para acá. Trató de insinuarme algo, pero lo dejé sentado. Yo luego eché el seguro a la puerta por si acaso. Yo entiendo que él se siente solo porque vive con el hijo y una viejita, que es tía suya.

Yo tenía presente que iba a vivir un cambio tremendo de la noche a la mañana. Ya luego, al día siguiente me llevaron al aeropuerto. Yo tenía miedo por lo de pasar la aduana y eso, pero, a la final todo salió bien. Fui en avión de Cali a Bogotá. Y allí me vino a recoger mi primo Plinio. Almorzamos juntos en el mismo aeropuerto, y luego pasé la primera aduana. En la cola yo fui la segunda en pasar. Yo nunca me había hallado en todo ese movimiento sola. El policía del DAS⁶ me preguntó que cómo me llamaba, que si trabajaba y que cuánto dinero llevaba. Yo le dije que llevaba mil dólares, aunque la verdad es que sólo tenía quinientos. También me preguntó que porqué viajaba a España y que quién me había invitado. Y enseguida me mandó pasar. Sin embargo, a una chica rubia que venía detrás de mí sí que la detuvieron y le mandaron hacer la ecografía para ver si traía droga. Yo pasé. El vuelo se retrasó porque revisaron las cosas de algunos. Para terminar de rematar a mí me tocó en el avión al lado de un tipo de mal aspecto. Parecía un matón. Medio charlé con él, pero iba muy pendiente de mis dólares y de las joyas que llevaba, que eran de mi hermana. Empezamos a volar toda la noche. Yo iba muy pendiente de no dormirme, por si el tipo aquél me quería robar la cartera. La verdad, no dormí nada. Pensaba también en todo lo que me habían dicho antes de partir: que no hablara con nadie, que no me pusiese nerviosa, que comiese todo lo que me dieran.

⁶ Departamento Administrativo de Seguridad.

Llegué a Madrid. Hicimos las colas para pasar los documentos. Yo veía que todo el mundo enseñaba un papel blanco, y empecé a preocuparme porque yo no tenía esa hoja. Luego pasé mis documentos. Cuando me pidieron la carta de invitación yo le dije al policía que no me había llegado todavía, que iba a visitar a mi hermana y que no podía perder ese pasaje por todo el dinero que había gastado en el viaje. Y me dejó pasar. Luego, cuando ya había recogido mi maleta y me marchaba para la puerta, vino un policía y me preguntó que de dónde venía. Yo le dije que de Colombia, y entonces me dijo que le siguiera, que me iban a revisar la maleta. Pero, a la final no lo hicieron. Y así que salí ya estaban esperándome mi hermana, Marta, Sebastián y Camila. Salimos y me invitaron a comer chipirones. Yo me los comí, pero la verdad no es que me agradaran demasiado. Enseguida percibí que mi hermana no era la misma. Ella me dijo que desde ese momento me iba a llamar Tania, y que ya me habían colocado un anuncio en el periódico con ese nombre. Luego nos vinimos en un carro que habían alquilado Marta y Sebastián para traerme. Me cobraron veintisiete mil pesetas por eso. Me explicaron que Lugo era un pueblito. Yo me lo imaginaba como un pueblito con chabolas y sin pavimentar, como en mi tierra. Luego ya me di cuenta de que no era así. Era una ciudad agradable, aunque muy fría. Y lo primero que me encontré en Lugo fue el piso de la calle Armórica. Eran las dos de la madrugada.

Cuando decidí venirme para España nunca pensé que me pasarían todas las cosas que después me han ido pasando. En Colombia todo el mundo sabe que si viajas a España o a Alemania es porque vas a putear. Yo ahorita veo las cosas todas de una manera diferente. Antes de que yo tomase mi decisión para venirme tuvo mucho que ver la presión de mi familia, sobre todo de mi mamá. Siendo franca, pienso que mi mamá tal vez nunca me quiso, al menos no debió quererme como se le quiere a una hija. Ella siempre dice que yo me parezco más a mi papá, que tengo mucho de la familia Garcés, que es la familia de mi papá. Un día ella me llamó de perra vagabunda. Yo casi no podía creer lo que estaba escuchando. Hubo mucha presión. Cuando me separé de mi marido comencé una relación con otro hombre, pero era casi como un amor imposible. El sueldo no me alcanzaba. Diana había comenzado la universidad, y a mí me daba coraje que me viesen con la misma ropa. A la final las insistencias de mi hermana que me lo pintó todo como maravilloso. Y yo no podía dejar pasar esa oportunidad. Hoy lo veo todo más distante. Pero, fueron muchas las cosas que influyeron en que yo me viniese para España.

Sisters in arms

Fue duro. Mi hermana no me dejaba descansar, ni siquiera la primera noche. Marta, en cambio, me dijo: - Descansa esta noche. Yo venía con los pies hinchados y también con el problema del sangrado. Al instante de llegar nosotros vinieron dos hombres. Y enseguida mi hermana me dice: - Cámbiate de vestido. Y yo cogí y me puse mi famoso vestido rojo. Es curioso, pero yo había hecho ese vestido para Miguel, el hombre que yo amaba en Colombia, y en cambio, lo traje para lucirlo aquí. Después de pasar, uno de aquellos hombres le dijo a Marta: - Yo quiero a esta chica. Y pagó una media hora.

Para mí lo más tenaz fue empezar a desvestirme delante de un extraño. Fui muy torpe al colocarle el preservativo. Sudaba, de los nervios y también de saber que ya era igual a “todas”. Tuve la suerte de que, de pronto, el hombre fue muy amable. Yo le dije que era mi primera vez. Él me pidió hacerlo sin condón. Yo le dije que no. Me dijo: - Me voy a correr. Yo no entendía al principio... Luego me contó que trabajaba en unos talleres y que yo le parecía muy especial.

Desde que llegué acá mi hermana me ha estado reclamando el dinero. A lo primero me llamaba por teléfono, luego ya empezó a enviarme los mensajes y a molestar. Llegó a amenazarme e incluso me montó escenas en la calle y me insultó. Ella se marchó pronto del piso de Marta y enseguida montó su propio negocio, en la calle Armando Durán. Allá montó el piso y le funciona muy bien. Después de donde Marta yo fui un tiempo a trabajar con ella. Pero, las cosas se pusieron feas y me tuve que marchar. De allí vienen los problemas.

En enero de 2001 la conexión que hay en Cali con los del club “El Paso” trajeron a muchas chicas. Ellos me enviaron los pasajes a través de mi hermana. En aquél entonces ya estaba todo listo. Mi hermana me llamaba a todas horas y me decía que había que partir. En el propio aeropuerto ellos también tienen conexión con todo. Yo le dije que no me venía. Y después de eso mi hermana me dijo que tuvo que pagar una multa de sesenta mil pesetas por no querer venirme. La multa dice que la pagó en “El Paso”. Ella siempre repite que no tiene porqué regalarme un centavo. Me dijo que el pasaje lo tuvieron que reemplazar con otra chica que vino en mi lugar.

Rome también le dijo a mi hija que yo estaba trabajando en esto. Pero yo tengo mucha confianza con mi hija, y el día en que hablé por teléfono con ella de eso, me dijo: - Mami, no me importa lo que digan de ti. Desde que llegué a Lugo le fui pagando a mi hermana el dinero del pasaje, pero para

ella no era suficiente, quería más, quería que le diese también las sesenta mil pesetas de la supuesta multa. Y con eso yo nunca estuve de acuerdo. Ahorita no puedo asegurar a ciencia cierta que fuera ella quien hizo la denuncia y que envió a la policía al piso de Marta, pero pienso que sí fue ella. Ella siempre dice que si quiere puede llegar a hacer daño a cualquier persona. Y luego Rome siempre aparece ante papá y mamá como la mujer valiente y decidida. Ella siempre ha trampeado mucho las cosas. Y para mi madre tú vales según el dinero que tienes en ese momento.

Un día en que fui al mercadillo me encontré allí con mi hermana. No hablamos, pero al poco de llegar a casa me envió un mensaje. Me puso: - ¡ajá! Muy bien lo de andar de compras... Me puso eso porque ella insistía que le devolviese lo de la multa que tuvo que pagar en el club. Y eso era una deuda que no fue. Nunca me dijo nada de esa multa hasta que yo llegué a España. Lo que pretendía era que yo me quedase toda la vida empeñada con ella.

Al día siguiente de haber llegado, ya vinieron más clientes. Mi hermana me vendía como si yo fuese un producto. Siempre tenía mucho interés en promocionarme, en que les cayera bien a los clientes. Y me decía: - Tania, póngase las pilas, espabílese, que tenemos que ganar mucho dinero. Pero, al mismo tiempo Rome es muy envidiosa, y cuando los clientes comenzaron a venir y a buscarme a mí, ella se puso muy celosa. Lo que nunca imaginó mi hermana es que, por mi manera de ser, muchos clientes me preferían a mí antes que a ella. Ahí empezó el problema de la rivalidad, y que si yo le estaba quitando a “sus” clientes.

Ella me molestó mucho. Llamaba y me decía que iba a venir a buscarme y que me esperaría en el portal. Durante un tiempo yo estaba como aterrada, siempre con el miedo de que me enviase a los de Extranjería. Otro día que llamó cogió Marta el teléfono y mi hermana le dijo: - ¿Dónde está esa hijaeputa malparida? Estaba como loca. Y todo era porque a una chica nueva que estaba en el piso le pusieron el anuncio como Claudia, y, claro, como mi hermana también se anunciaba con ese nombre pues se enojó toda. A Marta esta situación tampoco le hacía gracia. Me decía que no lo iba a tolerar, que si mi hermana le enviaba a los de Extranjería le podía peligrar el piso, y que no estaba dispuesta. Yo le dije que no se preocupara, que yo me marchaba. Pero, al final me dijo que no hacía falta, y me quedé.

Cuando ya volví al piso de Marta, un día me llamó Rome por teléfono. Yo estaba cocinando. Cogí el teléfono, dije quién y ella me dijo: - Mi mamá no necesita nada de usted, y no le va a perdonar nunca. Yo no pude aguantarme, y le contesté: - ¡Esto es una mierda! Y le colgué. Luego fui y

llamé a mi mamá. Le dije: - ¿Qué pecado he cometido para que usted no me pueda perdonar? Y también le dije que no me iba a dejar pisotear y que no me sentía que hubiese cometido ningún pecado. Entonces, ella me dijo que no, que ella no quería enfrentarme con mi hermana, que lo que quería era que trajese a mi hijo de la zona de distensión. Yo le dije que, por favor, que me ayudase a arreglar los papeles, que yo quería quedarme acá. Y me colgó.

Hasta que me salieron los papeles siempre vivía con miedo. Con miedo a salir a la calle y con miedo de que viniera la policía al piso y me llevaran para devolverme a mi país. Era una angustia a todas horas. Yo no le hice jamás daño a mi hermana. Hasta hablé con su marido de Colombia, para que intentase hablar con ella. A mí aquello me causaba mucho sufrimiento. Éramos, a la final dos hermanas en un país extraño, dos inmigrantes con todos sus problemas. Y andábamos así, puro enfrentadas. Todo empezó con celos, mentiras y malos entendidos.

Marcial antes pasaba con mi hermana. Pero, luego empezó a buscarme. Cuando yo estaba trabajando en su piso, Rome siempre le decía que yo no estaba. A mi hermana no sé quién le dijo que Marcial tenía mucho dinero. La noche del 31 de diciembre de 2001 la pasamos juntos. Yo estaba sola con Claudia, y vino él a tomarse un café con nosotras. Luego, me siguió invitando a salir, a tomar un vino, a cenar. Yo se lo dije a Luis Sancho, que del mismo modo que él me había dicho que también salía con la Costeña, que él no podía ser fiel, yo le dije que había estado con Marcial. Porque entre Sancho y yo hubo algo. Mi hermana se moría de los celos. Pensaba que yo le quitaba a Paco, a Sancho y también a Marcial. Pero, los hombres son así..., hoy están contigo, mañana con otra. Y empezó así todo el rollo.

Más tarde mi hermana viajó a Colombia. Y regresó muy cambiada. Me han dicho que se hizo allá la lipo-escultura, que si se iba a poner más pechugas y también más cola, y quitar los cueros que le sobran. Mi hermana Gladis también se operó. Las operaciones allá en Colombia son mucho más baratas que aquí. Además, los doctores allá, los cirujanos plásticos, tienen muy buena fama. Con unos mil euros allá te haces una liposucción, aunque depende también de la clínica. A mí me dolía mucho que mi hermana anduviera diciendo por ahí que mi hijo era un ladrón y Diana una puta. Tuve que trabajar incluso después de haberme hecho la cirugía. Tenía que pagar la deuda. Y cuando estuve en el hospital, la única persona que me acompañó y se preocupó por mí fue Marcial. Mi hermana les prohibió a las chicas que fueran a visitarme. Lorena sólo vino un momento, porque ella estaba ya rara ya que pensaba que yo andaba con Toño. Allí, en el hospital me sentí tan sola y tan desilusionada... En la habitación todos los pacientes

tenían visitas excepto yo. La única persona que estuvo conmigo fue Marcial. Y eso yo no puedo olvidarlo.

Un día, después de que Karen se marchase ya para el piso de mi hermana, me encontré con Rome en la calle. Yo iba caminando con Claudia, y pensé que me iba a pegar. Claudia me dijo: - No se preocupe, que yo la defiendo. Pero, entonces mi hermana se me quedó mirando, se me acercó y me abrazó. Yo no entendía nada.

Jugando con el diablo

Dicen que en estos pisos donde trabajamos se oyen cosas. Pasan cosas raras. Dicen que el diablo permanece en estos pisos. Dicen que a determinadas mujeres se les presenta el diablo al menos una vez al año, sí, a las que trabajamos en este oficio. Karen contaba la historia de que su hermana en el Amazonas iba a una casa de citas donde un espíritu las tomaba a la fuerza una a una. Y luego, las mujeres aparecen golpeadas y con los morados. Otras quedan trastornadas. También me han contado que algunos hombres se transforman cuando están yaciendo en hombres horribles.

En mi ciudad en Colombia cuentan la historia de que una vez en un baile las muchachas estaban bailando con un hombre joven y guapo, y que más tarde se transformaba en un monstruo feo. Yo nunca lo he visto. Pero, a mí me sucedió algo en el piso de Armando Durán. Cuando estaba dormida empecé a despertarme porque sentía que alguien me agarraba las piernas; iba a hablar y no podía. Aunque parece increíble, sentía como alguien presionaba en la cama. Estuve así inmovilizada en la cama como una hora, y al levantarme sentí un ruido horrible como de un *pisco*, y salí corriendo.

En Colombia existe la leyenda de que las brujas se transforman en *piscos* cuando van a volar. Por la noche vuelan y se sientan sobre los tejados. La gente acostumbra mucho a colocar tijeras en cruz debajo de los colchones, también hierbas en cruz para ahuyentar a los malos espíritus. Mi abuela cuenta que le aparecieron las brujas por varias veces. Los campesinos en mi país tienen muchos mitos sobre las brujas. Detienen el paso de las mulas. Hay muchísimas historias acerca de eso. Mi mamá rezaba mucho el rosario. Yo le decía que si rezaba tanto, porqué no me entendía un poco.

Aquí en los pisos de Lugo hay muchas chicas que hacen brujería. Por ejemplo, se pone esperma del hombre dentro de un tarrito de cristal con miel, y se coloca el nombre y la fecha de nacimiento. Esto se hace para que

el hombre permanezca atado a la mujer. Y para que cuando vaya a tener relaciones con otras mujeres no consiga tener el orgasmo. Así sólo lo conseguirá con ella. En el piso de Perpetuo Socorro teníamos un tarrito de Toño y otro de Eduardo.

Yo creo en el poder de estas cosas. Pero, creo también que la persona debe colaborar. Cuando Karen estaba conmigo en el piso de la Armórica decía que estaba parada por culpa de mi hermana, y Lorena también decía que los fuertes dolores de cabeza que ella tenía eran consecuencia de la brujería de mi hermana. Yo eso nunca lo creí, pero sí que existe el poder. Coni, por ejemplo, dice que le enseñó a su marido a trasladarse espiritualmente hasta aquí para hacerle el amor. Yo eso no lo creo. Pero, sí que creo en el poder de la mente. Ese poder es inmenso.

En Colombia se utiliza muchísimo el “ *echar el tabaco*”. Rezan a una persona, y te adivinan un pasado, un presente y un futuro. Se coge un puro ordinario y lo rezan al revés. Yo nunca lo había hecho, pero fui por Miguel. Fui a una viejita que vivía cerca del cementerio. Era impresionante. Una casa totalmente pobre, y de donde salía un olor asqueroso, que te daban ganas de vomitar. Había ratones y marmotas. Pero, las ganas le pueden al miedo. Yo iba con otra amiga. La viejita por cinco mil pesos te echa tres tabacos. Me salió que sí me quería, y también que me saldría un viaje largo. Le dijo a mi amiga que yo había sufrido mucho. Tuve la sensación de cómo si mi marido ya hubiera estado allí antes. Y la vieja me dijo: - Tú vas a hacer ese viaje. Por allí está su futuro. Vas a trabajar en la prostitución. Tu *cuca* es la que te va a dar el dinero. Y váyase, pendeja. Antes de marcharme, también me dijo: - Tu hija va a triunfar. No te preocupes por ellos que ya les has dado las bases para ser personas.

En los pisos trabajando en esto también hay chicas que saben cruzar el trabajo. Te hacen brujería y entonces estás parada, no te haces un solo pase. Karen cree mucho en todas esas cosas. Antes de la discusión y de que ella se marchase para el piso de mi hermana, yo ya la había notado muy rara. A mí me parecía que tenía problemas con el trago o la droga. Un día fui a golpearle a la puerta y entré en la habitación, y olía horrible, como muy raro. Y Karen no quería que yo entrase en la habitación. Y otro día, poco antes de que ocurriera todo, cuando hice aseo encontré varios papeles de aluminio quemados y que desprendían un olor muy raro. Se me hizo extraño, pero no le di más importancia al asunto.

Un marido español

El primer hombre que conocí acá fue Toño. Marta y Sebastián me lo presentaron, y a partir de ahí surgió una amistad muy limpia. Yo acababa de llegar, apenas tenía dos días en Lugo y estaba muy triste, y Toño venía siempre para consolarme. Luego, conocí a Marcial. Él era amigo de Toño y también venía por el piso, tanto por el de Marta como por el de mi hermana. Cuando empezamos a salir todo iba bien, salíamos, íbamos a cenar, a tomar unos vinos, a pescar, él me presentaba a sus amigos y yo me sentía a gusto y protegida. Pero, enseguida vinieron también los problemas. Marcial es muy celoso y también le gusta tomar. Una madrugada, ya hace tiempo, cuando yo estaba trabajando en el piso de mi hermana, llegó al piso desesperado, y que estaba buscándome. Le dijo a mi hermana que quería matarme porque no soportaba que yo estuviese con otros hombres, y lloraba como un niño.

A Toño lo único que le da miedo es enfrentar. Él es muy mujeriego. Anda siempre con una cara de trasnochar... Pero, él siempre me ha tenido mucho cariño. Yo lo veo a él no como un amante, sino como a un amigo muy especial. Siempre estuvo muy pendiente de mí, aunque desde que comencé la relación con Marcial él se fue distanciando. Pero, yo lo entiendo.

Marcial apareció en mi vida en una época muy difícil. Él me abrió muchas puertas. Y cuando estuve ingresada en el hospital, él fue la única persona que estuvo a mi lado y eso no lo puedo olvidar. Marcial comenzó enseguida a hablarme de los papeles, que quería ayudarme con lo mío y que iba a hacer lo que fuese para que yo consiguiese los papeles. Luego, cuando Karen y Lorena se marcharon, Marcial y yo nos quedamos a vivir juntos en el piso de Perpetuo Socorro. Fue pronto que decidimos casarnos. Él me dijo que lo iba a hacer sólo para ayudarme, que él me quería, pero que yo no iba a contraer ningún compromiso por eso. Primero, tuvo que divorciarse de su mujer, porque él tenía la separación, pero no el divorcio. Marcial es como la oveja negra de su familia. Él no se habla con su hermana y con su padre apenas tiene contacto. Estuvo casado varias veces, también con una egipcia y estuvo viviendo con ella en Egipto durante un año. Marcial me contó que ella era bailarina, pero yo no sé, no la conozco, y como también andaba con la Loli, que es una mujer del barrio... Siempre fue un mujeriego y amigo del trago, como una persona descarriada. Pero, él dice que desde que me conoció ha encontrado su camino, que se ha hecho mejor persona.

Cuando se marchó Karen del piso se montó un escándalo muy feo. El problema de Karen es que siempre mantiene con varios hombres al mismo

tiempo, y los va engañando a todos un poquito. Para ella no importan los sentimientos, sino sólo el dinero. Aquella noche fue todo como muy raro. Estuvimos Marcial y yo fuera un ratico y entonces llegamos al piso y le dije: - Hola, Karencita. Y ella ni siquiera se volteó. Estaba Luis en el piso. Luego, ellos se metieron en la habitación. Y cuando escuchamos los gritos fue cuando empezó todo el rollo. Karen salió de repente de la habitación y estaba como loca. Me dijo que yo era una falsa, que le había contado todo a Luis, y furiosa como estaba intentó alcanzarme en la cara. Pero, como fue Marcial quien se metió en el medio, fue él quien recibió. Le rasguñó así toda la cara. Y entonces, Marcial se la devolvió, y le dio una cachetada. Karen le insultó a Marcial, le llamó “viejo malparido”, y le dijo que todo lo que le pasaba a ella era por su culpa. Yo sé que Marcial no debería haberle pegado. Pero, como ella le hizo así en la cara con las uñas, y todo fue en un instante... Gritaron. Yo me puse muy nerviosa y no sabía qué hacer. Luego, Luis le dijo a Karen que él ya sabía que andaba con otros hombres, que no hacía falta que yo le dijera nada, que él ya sabía que andaba con otros hombres. Y también le dijo que eso no estaba bien, que ella tenía que escoger un solo novio y el resto que fuesen al trabajo. Luis también le dijo que podía ser tonto, pero no gilipollas. Y esa fue la última noche que vi yo a Karen.

A Marcial no le gusta que yo trabaje en esto. Él siempre me anda diciendo que me da un plazo para que deje de trabajar. Pero, lo cierto es que él tampoco trabaja, desde que dejó el trabajo de la cantería sólo hace algunos arreglos de fontanería para algunos amigos, y con eso no podemos mantenernos. Y yo también necesito mandar para Colombia y ayudar a mis hijos. Y él nunca me da nada para eso. Marcial dice que para él es muy duro pensar que hay otros hombres que están encima de mí, que lo mejor es que yo monte un piso y me mantenga como encargada para que trabajen otras. Pero, no es tan fácil. Aunque a mí lo de montar el piso siempre me ha parecido muy buena idea. Cuando estaba Bruna trabajando en el piso, hacíamos muchos planes con lo de montar un piso nosotras dos. Pero, luego ella se marchó para Mérida y se puso enferma.

Un día vino al piso la Loli. Estuvimos hablando como unos veinte minutos. Ella sabe donde vivo, donde trabajo y todo. Yo le dije que si se le ofrecía algo, pero nada más, que ya estaba mamada de que me jodan la vida. Y ella me dijo que yo le iba a hacer a Marcial lo mismo que hacen todas las colombianas, esto, que le iba a dar una patada en el culo.

Un día, era a finales del 2002, recibí una llamada de mi hijo Fernando. Él nunca me había llamado desde que yo me vine para España. Me dijo que ya había hablado con su tía y que le había contado lo de ese “man”, el

fontanero. Hablaba con desprecio. Yo le dije que no hiciese caso de todo lo que le contara su tía, y que además, yo no tenía nada de qué avergonzarme. Fernando cuando llamó preguntó por Tania. Luego se puso Marta al teléfono y le explicó que me habían tenido que cambiar el nombre porque yo estaba sin papeles. Pero, Fernando ya me dijo que cómo yo andaba con ese hombre, con un simple fontanero, que allá en Colombia son los que están en las plazas esperando a que los llamen para arreglar una cañería.

Marcial tiene celos hasta de su sombra. Un día me acusó de que Suso venía a visitarme al piso. Yo estoy convencida de que fue Sandra quien le metió eso en la cabeza. A veces voy con él al río, para acompañarle a pescar. Él es muy buen pescador, coge tantos peces que los amigos le llaman “la nutria”. Aunque, a mí no me gustan los peces, sobre todo cuando se ponen así, a patalear. Yo a veces me quedo en el coche escuchando música y esperándole mientras él está pescando. Una vez me telefoneó al piso cuando estaba pescando, porque dijo que había visto una pareja haciendo el amor en un coche y había observado la cara de la mujer, y me dijo que se parecía mucho a mí. También me dijo que si yo le engañaba que me iba a matar.

Marcial es una gran compañía, pero, a veces también siento como un alivio de estar alejada de él. Siempre he notado de él mucho amor, pero para mí ha sido más el propósito de quedarme acá. Él me dijo que me ayudaría, independientemente del tiempo que permaneciera yo con él. Una noche, en casa, él me dijo: - Tania, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿por qué estás conmigo? Yo le dije: - porque me gusta. Y él: - No puedo creer que tú estés conmigo. Has cambiado mi vida. Ahora ya no hay discusiones ni peleas. Es un cambio total, que ni yo mismo me lo creo.

Siempre me asaltaron las dudas. Unas veces siento miedo de Marcial. Otras, siento que es una relación tan diferente a las que tuve antes en Colombia... Él siempre dice que está tratando de cambiar. Algunos amigos suyos me dicen que es bueno que permanezcamos juntos, que así ya no lo ven tomando y eso. Él es un poco bruto, se caga mucho en la virgen, en dios y todas esas palabrotas. A mí no me gusta. Yo le dejo libre durante todo el día, y por la noche es cuando estamos juntos. Una noche de un sábado discutimos. Él empezó como siempre, que si me cago en dios, me cago en la virgen, que si los santos apóstoles... Yo le dije que hasta allí habíamos llegado. Marchamos para el piso. Me puse la pijama. Mientras, él seguía: que si me cago en dios, que si te quiero mucho, que si me pregunto que porqué tú estás conmigo. Y yo ni palabra. Cuando, de pronto, se atacó a llorar, allí detrás de la cama. Y yo sin decir nada. Él me dijo entonces que yo le había echado un bebedizo, que le había echado una

maldición. Yo lo miré muy seria y le dije: - Mire, Marcial, le voy a decir una cosa, a mí no me gusta una persona que esté maldiciendo en todo momento. Entonces, él me dijo que era capaz de matarme, antes de que yo me fuese. Y lloraba y lloraba. A la final se cansó. Y esa noche no le hice la cena. ¿Y qué fue lo que hizo él a la mañana siguiente? Pues, que se levantó temprano a prepararme el café con el desayuno.

De alguna manera, lo que yo he notado es que no me gusta saber que si le ando duro las cosas marchan. Pero, yo no quiero a una persona que haya que andarle duro en todo momento. Yo lo que quiero es una relación normal, eso, una relación de pareja. Marcial a veces me da miedo, está como obsesionado conmigo. Es un hombre muy celoso, pero es bastante probable que tampoco me sea fiel. Yo acá he aprendido una cosa: los hombres no son casi ninguno fiel. Pero, de lo que sí estoy segura es de que Marcial, al menos mientras está durmiendo, cuando está roncando, sueña conmigo.

A la final, el día 12 de marzo de 2004 nos casamos en el Ayuntamiento. Fue una ceremonia sencilla, pero muy bonita. Nos casó el alcalde, que fue un hombre muy atento, me preguntó de dónde era y nos recitó una poesía. Después nos fuimos a comer con Marta y un vecino, que habían venido de testigos. Todo muy simple. Pero, gracias a eso me vinieron mis papeles. Y ahorita ya he dejado de andar por la calle muerta de miedo. Ya nadie puede amenazarme con los de Extranjería ni devolverme a mi país.

Desde entonces, pienso en muchas cosas. Yo sigo trabajando en esto, y muchas veces me pregunto: si me quiere tanto como dice, cómo hace para soportar el hecho de que yo me acueste con muchos. Yo no puedo entenderlo, y le doy muchas vueltas a eso. La forma de ser de la mujer colombiana es así. Si una mujer ama a un hombre, entonces nunca puede aceptar ni consentir que ese hombre esté con otras mujeres. Y por esta razón, no dejo de preguntarme cómo hace Marcial para aguantar esto. Y Marcial es un hombre difícil. Muchas veces me asaltan las dudas. He conseguido lo más importante, mi meta, que es afianzar mi estadía aquí. Pero, no sé si aguanto con él por amor o por orgullo. De todas maneras, Marcial es un hombre que da la cara por mí. Yo a veces también lo veo como mi papá. A veces, no sé realmente qué significa el amor para mí. Yo no puedo entender ese amor desbordante que él siente hacia mí. Tal vez es que se ha muerto algo dentro de mí. Pero, no me gusta pensar en eso, el que de pronto yo haya podido perder esa sensibilidad.

Otras veces, Marcial es como un niño pequeño. Una noche en que salimos, cuando llegamos a un bar nos encontramos con Andrés, un amigo de

Marcial, que me dijo: - Hola, Tania. Y me cogió las manos y me dio dos besos en las mejillas. Luego me dijo, delante de Marcial: - Quiero conocer a una mujer como tú. Pero, enseguida Marcial le dijo: - Pues, resulta que ésta es mi mujer, así que cállate. Andrés, entonces, contrariado, nos invitó amablemente a un vino. Pero, Marcial le dijo que no, que nos marchábamos, y encima va y le dice: - Mañana ya hablaremos muy seriamente tú y yo. Después, Marcial se enfadó conmigo y me dijo todo enojado: - Pero, tú, qué les haces a los hombres, siempre igual. Nos fuimos para casa. Y aquella noche él no podía dormir y me abrazaba. Yo le dije: - No me toque. Él luego se arrepiente de lo que hace, pero a mí me toca tratarlo duro, porque ya estoy harta de tanta pendejada, y le digo a Marcial que me voy a ir para Colombia con mis hijos, que son los que verdaderamente me necesitan. Después él se porta de nuevo bien, y así vuelta a empezar.

Marcial quiere que deje de trabajar. Pero, yo ya le dije que no, y que no vine a España para vivir de las estrellas. A mí ya se me ha pasado el tiempo de vivir de las estrellas, o de permanecer todo el tiempo dependiendo de un hombre. Yo sé que tengo que trabajar, porque pronto me hago vieja y qué. Cuando estaba trabajando en el piso, que todavía no me habían salido los papeles, vinieron los de Extranjería un día. Yo cogí mucho miedo, y decidí quedarme en casa durante unos días. Pero, luego regresé al piso de Marta. Le dije a Marcial que necesitaba trabajar, para mandarle a mis hijos. Yo no soy mujer de estar pidiendo todo el tiempo, tal vez es que soy boba. Ya no era capaz en Colombia.

Durante el tiempo que estuve sin ir al piso a trabajar, Magally fue la persona que todo el tiempo me tendió la mano. Ella me ayudó sin pedirme nada a cambio. Me traía costuras y también una máquina de coser. Así, estuve cosiendo, le hice dos blusas a Ángeles, le arreglé la ropa de las hijas, y me hice también un vestido para mí. Pero, al cabo de unas semanas, le dije a Marcial: - Mire, a partir del lunes yo voy a trabajar al piso de Marta. Yo sabía que Karen estaba en la misma situación que yo, con la orden de expulsión, y que seguía trabajando igual en el piso de mi hermana. Marcial me dijo: - Ya vuelves a las andadas. Y yo le contesté: - Hay putas por necesidad y putas por gusto. Y yo no soy mujer para estar haciendo costuras y ganar unos pocos euros. Le dije también que él no tenía ningún compromiso conmigo, que lo dejaba libre, que yo lo que necesitaba era trabajar. Yo entonces ya estaba cansada de andar con miedo por todas partes, como un perro asustado. Para llevar esa vida ya estaba así en Colombia.

Marcial, entonces, se puso a llorar y me dijo que él se sentía feliz conmigo, que no quería perderme y que si las cosas eran así que me dejaba trabajar por un tiempo, que hiciera lo que yo quisiera, que él me apoyaba en lo que fuera, pero que también tenía miedo a que luego la gente me reconociera por trabajar en el piso, que yo no merecía esto, que además él me quería para él solo, que él se sentía muy feliz conmigo, que sentía que por primera vez en su vida estaba viviendo, y que yo había logrado el milagro de cambiarlo sin malas palabras, insultos ni reproches. Me dijo que yo le había dado un rumbo a su vida, así que aceptaba todo. Ese día me puse triste. Me sentía culpable.

Cuando Marcial regresa de trabajar sólo piensa con ir al río. Él siempre me pide que lo acompañe a pescar. Su vida es el río. A veces, lo pasamos bien. Un día fuimos a Ferrol a llevar a Dina, una chica colombiana que estuvo trabajando en el piso de Marta. Y al regreso, Marcial me llevó a pasear y a conocer sitios. Nos fuimos para las carreras de Chantada. Comimos en un sitio en la carretera de Monforte, y en el restaurante Marcial me presentó como su esposa. Después, fuimos de pesca. Yo, en los caminos esos ya le conduzco el coche. Luego, cuando Marcial bajó al río y yo me quedé sola en el coche, me dije: aquí voy y me baño. Y me fui caminando, miré a ver si había culebras y me fui acercando al río. Me desnudé toda y me tiré al agua. Lo pasamos bien ese día.

Yo sé que Marcial me quiere. Él nunca me ha levantado la mano. Yo eso sí que no se lo aguantaría. Lo que sucede es que es un hombre tan tosco... Y también es muy celoso. Me agobia. Me pregunta que adónde voy hasta cuando voy al baño. Siempre pendiente de mí. Es muy agobiante, y él, claro, no se da cuenta de eso.

Ellos

Desde que comencé a trabajar como prostituta he podido conocer a muchos hombres. Algunos son grandes amigos. También he tenido varios amantes. Con los clientes conoces a mucha gente. Pero, no hay que engañarse, no hay cliente fijo. Muchos vienen al piso y te dicen que sólo van contigo. Pero, siempre es mentira. Van por todos los pisos y les dicen a todas lo mismo. El hombre que va a un piso, va a un piso, a otro y a otro. Es un vicio como la droga.

El Paco fue también novio de mi hermana. Ella ya lo conoció en “El Paso” y mantuvieron una relación. Yo también tuve una relación con él. Durante un año estuvo con mi hermana. Pero, luego venía al piso de la calle

Armórica porque quería estar conmigo. Me llevaba los domingos a las ferias, y eso a mí me hacía muy feliz. Mi hermana se moría de los celos. Era un hombre que tenía muchas mujeres. Más tarde, me enteré de que también salía con María, así que ya no quise que me llamara. Él me llamaba por las noches y no me decía nada, tan sólo se escuchaba la música de la radio que tenía. Corté totalmente la historia. Luego, ya fue cuando conocí a Marcial. Paco, según me cuentan, nunca paga nada. Arrendó un restaurante y al poco lo echaron. Y el Javier es otro por el estilo.

A Miguel le conocí porque era cliente de mi hermana. Ella me lo presentó ya en el piso de la calle Armórica. Me dijo: - Mira, ven, te voy a presentar a un cliente que es muy bueno, que viene casi todas las semanas. Mi hermana también me dijo que ella le había quitado mucha pasta, y que yo también podía quitársela. Ese día pasé con Miguel. Y luego pasó mi hermana. Él me dijo que yo no valía para esto, que tenía demasiada cara de señora, y que no valía para puta. Que aunque yo lo hacía muy bien, no tenía pinta de puta. A partir de ese día, Miguel ya empezó a venir por el piso. Le enviaba todos los días mensajes a mi hermana. Pero, ya fue cambiando. Cuando no estaba Rome, venía para pasar conmigo. Me decía que yo era especial, que conmigo se sentía diferente, que estar conmigo era un momento agradable para él. También comenzó a decirme que me iba a ayudar con la oferta de trabajo. Enseguida comenzaron los celos de mi hermana conmigo, porque decía que Miguel era un cliente de ella. Que si a ella sólo le pagaba treinta euros por un pase y conmigo hacía amanecidas. Yo ya notaba a leguas las mentiras de Miguel. Él me decía que me fuera a vivir con él, pero al mismo tiempo se cuidaba mucho de que lo vieran en la calle con una mujer. Él está casado y tiene dos hijos, aunque siempre dice que la mujer es un dolor de cabeza todo el día, y que el hijo mayor un desastre total.

Por las tardes Miguel las pasaba con mi hermana. Y luego por la noche, cuando mi hermana se iba para Portomarín, él volvía para estar conmigo. Siempre me decía que me daba diez millones de pesetas si nos íbamos a Colombia para vivir juntos. Yo le dije un día: listo. Pero, él luego me dijo que esperara. Y aún estoy esperando. Por esta y otras cosas, me he vuelto una persona muy incrédula. Durante unos meses, Miguel me llamaba la mayor parte de los días. Estábamos hablando por teléfono durante cuarenta minutos o más. Me decía que estaba enamorado, que yo era una mujer peligrosa. Me decía también que él antes amaba a Rocío, que es la dueña de un club, pero que entonces yo había ocupado ese puesto en su corazón.

Él es como un niño grande. Siempre bromeando. A nosotras nos ayudó con el contrato del piso en Perpetuo Socorro. Aunque, él es un hombre que siempre ha tenido problemas con las mujeres. Está así todo calvo, porque

dicen que se le cayó todo el pelo por culpa de una mujer. Dicen que se había enamorado de una vecina y que no tuvo suerte. Rocío le ayudó mucho sentimentalmente. Y él también le colaboró a ella con el club. Desde que se le cayó el pelo anda siempre como acomplejado, con el miedo de que las mujeres se burlen de él. Pero, un día vino al piso y me llamó sinvergüenza. Me dijo que le devolviera todo el dinero que me había dado y los favores que me había hecho. Yo no entendí nada, y le dije que no tenía razón alguna para faltarme al respeto.

El hombre invisible era un novio de Karen. Una vez que la llamó a ella le dijo que yo me pusiese al teléfono. Yo lo cogí y le conté que no jugase con Karen, que no le hiciese vestirse por la madrugada y luego para no venir. Y él me contestó que se estaba poniendo cachondo y que iba a venir a follarme. Y la verdad es que vino al piso enseguida. Cuando fuimos a pasar, yo lo vi y de nuevo me dijo que quería follarme. Yo le contesté que ni hablar. Yo sabía que Karen lo quería, así que no iba a pasar con él y a buscarme problemas. Luego se fue con Karen a la habitación. Escuché de todo, hasta cachetadas.

El músico es uno que trabaja en el ayuntamiento. Es músico. Toca la guitarra y también canta en un grupo. Yo ya le he oído cantar, y canta muy bonito. Fue Marcial quien se lo presentó a Karen. Una noche Marcial nos llevó a Sandra y a mí a un bar a las afueras de Lugo y allí estaban tocando. Y fue cuando nos presentaron. Se me hace que tiene como unos cincuenta años. A la final, Karen le dio la dirección del piso. Ella le contó que estaba trabajando en esto, y a él al principio le extrañó. Pero, enseguida comenzó a venir al piso y a pasar con ella. Después, pasó un tiempo que desapareció y no supimos nada de él. Y Karen lo llamó un día, y él ya volvió al piso. Pero, sin pagar. Se pasaba toda la noche con ella y no pagaba nada. Luego, encima en la calle ni le dirigía la palabra. Yo le decía a Karen que eso no era justo, que lo único que él buscaba era echar un polvo por la cara.

Cuando yo llegué a Lugo, mi hermana y Marta me dijeron que había un hombre en la ciudad que tenía una joyería y que se le podían sacar muchas joyas. Él tiene la joyería cerca del piso. Tiene unos cincuenta y cinco años y es casado. Karen me dijo un día que se iba a separar una joya. Me pidió un día que la acompañase. Fuimos, y cuando estábamos en la joyería, él empezó a acariciarle la mano a Karen. Así empezó todo. Karen comenzó a salir por las mañanas temprano a la joyería, porque decía que tenía una cita con él y que se iba a medir unas joyas. Se midió muchas...Y él también vino a casa para estar con Karen. Hasta que un día llegó Luis cuando ella estaba en la cama con el joyero. Y Karen le dijo que esperara, que estaba atendiendo a un cliente. Luis esperó en la sala. Pero, luego discutieron,

porque claro, Luis no puede entender que los clientes vengan a verte a tu casa, y le dijo a Karen que para eso ya está el piso de trabajo.

A veces, cuando vamos a comprar a la tienda que hay cerca del piso, el señor de la tienda nos hace insinuaciones. Un día le pedí que me pasara unos limones, y él me contestó que mejor me pasaba los míos. A Marta también le dijo una vez cuando fue a comprar para la comida, que si le hacía una oferta. Marta le contestó que para las ofertas había que ir al piso. Y le cogió la mano.

A Federico también se le despertó el amor horrible. Tiene una llamadera, que no veas. Cuando comencé a vivir con Marcial, él siguió llamándome. Pero, yo fui un día a su oficina para aclararle las cosas. Le dije que yo estaba viviendo con una persona, con la que estaba tratando de hacer una vida de pareja. También le dije que esa misma persona me llevaba por la calle y me presentaba a sus amigos, y que tuvo el valor necesario para eso, mientras que él no había tenido nunca la suficiente valentía para mostrarme ante la gente. A mí Marcial me lleva al cine o a un bar, y no le importa lo que digan. Mira, esa es Tania, la que trabaja en esto... A él no le importa. Federico me preguntó entonces que qué quería yo que hiciese. Yo le contesté que se viniese al piso para hacer un pase conmigo.

Yo no creo que Federico sea ciego. Ciego del todo no. Una tarde me dijo que yo estaba muy bonita con la malla puesta. Me dijo que le parecía bien que yo me fuese con Marcial, que él se había conseguido una novia rusa. Bueno, la verdad, es que yo le ayudé bastante a seleccionarla del album que tenía. Él me pidió consejo, y tenía encima de la mesa un montón de hojas con fotos de mujeres de todas las partes del mundo: de Cuba, de Chile, de Colombia, de Argentina, de Paraguay, de Rusia, etc. Algunas tenían fotos con poses demasiado provocativas y vulgares, y a mí esas no me gustaban. La de la rusa me gustó. Parecía más formal, como una señora. Y entonces, yo le dije: - ésta. Luego, Federico contactó con ella y le envió mil euros para el pasaje. Antes de que llegase la rusa, para vivir con él, Federico me llevó varias tardes a su casa. Allí tenía muchas fichas con mujeres, todas con fotos semi-desnudas. Algunas fotos parecen como de película porno. Él incluso gravaba todas las conversaciones. A mí eso no me gustaba. También me enseñó unos consoladores tremendos. Porque él es muy vicioso y le gustan mucho las fantasías. Y me llevó también a su estudio, y allí tenía las películas porno. Es por eso que yo creo que, de alguna manera, tiene que ver un poquito.

Federico es un hombre muy simpático. Hubo una época en la que también venía al piso. Estaba con él una hora y me daba noventa euros. Él es todo

un personaje. Siempre me tuvo mucho cariño y yo también lo aprecio. Pero, desde que comencé mi vida con Marcial, ya nos fuimos distanciando. Aún así, de vez en cuando hablamos por teléfono. Él me llama al piso. Yo tal vez podía haber sido su mujer. Quién sabe. Pero, apareció Marcial. Tal vez es el destino. Aún hace poco me llamó un día. Que quería verme. Pero, yo ya en mi casa no puedo quedar con él, porque de pronto llega Marcial y entonces sí que me quedo sin el pan y sin el queso. Y Federico al piso de Marta tampoco quiere ir. Él me dice que tiene muchas ganas de verme y de estar conmigo. Pero, yo ya le he dicho que todo esto es muy complicado y que en mi casa no podemos vernos.

El Francés es un tipo que, desde que yo llegué al piso, a mí nunca me escogió. Nunca pasó conmigo. Hasta que un día, Marta me promocionó y él entonces me escogió y pasó conmigo. Desde aquel día vino varias veces al piso para buscarme. Una vez, Marta le dijo que tenía a una chica nueva y se la enseñó. Era Sonia. Pero, a la final, pidió que pasase yo. ¿Y qué fue lo que me dijo en la habitación? Que cómo era que me hacía mi marido el amor, y que qué era lo que sentía con él. Me dijo también que mi hermana Rome le había dicho que yo tenía un macarra que me maltrataba. Y otra tarde que vino al piso me dijo que quería llevarme a un sitio de intercambio de parejas, que dicen que hay en La Coruña, para hacer allí una orgía. Yo le dije que bueno. Yo a todos les digo que sí. Aunque, no les digo cuándo. Si tú le dices a uno que no, enseguida cambia. Por eso, yo siempre les digo que sí.

El Narizón es uno que siempre llama por teléfono y pregunta: Tania, ¿estás libre? Y luego viene. Al principio, pagaba sesenta euros. Luego cincuenta. Y últimamente paga cuarenta. A mí eso me pareció muy sospechoso. Esto es porque en unos pisos pagan una cantidad y en otros otra. Y así se acostumbran. El Narizón es un hombre de unos cuarenta años. Él es un ejecutivo, que dice que trabaja cobrándoles a todos, que es como si fuera el coco. Siempre que viene a Lugo se queda en un hotel. Es un hombre muy cariñoso. Todo está en que me toque yo. Siempre me pide que me acaricie, y entonces se masturba y se corre ya. Con él muchas veces ya no hay siquiera penetración.

A uno que viene últimamente, le llamamos la Señorita. Debe ser gay. Pero, es muy guapo y delicado. Tendrá unos cuarenta años. Jamás me ha dado un beso en la boca. Yo creo que debe tener como una ilusión o una fantasía con tener pechugas. Porque a él lo único que le interesa de mi cuerpo es eso: mis pechugas. Él comienza a masturbarse, a masturbarse, hasta que se corre. La felicidad de él es verme tumbada en la cama y acariciarme las pechugas mientras se masturba.

Yendo al club

Siempre he trabajado en pisos, y esto hace que me resulte difícil trabajar en un club. Porque, la verdad, cambia bastante la forma de trabajar. Sólo he ido a dos clubes para trabajar. En el 2002, cuando había bajado bastante el trabajo en el piso, decidí experimentar yendo al club “Las Vegas”. Fui con Karen. Y cualquiera de las dos no somos mujeres de club. Aunque, Karen ya ha estado en clubes. En el club tienes que flirtear y dejarte manosear por los clientes y todo eso. A ninguna de nosotras nos gustó. Recuerdo que, el primer día que fui tenía muchísimo miedo. Cuando nos subimos a la *buseta* y estábamos allí dentro, junto a todas aquellas mujeres, me sentí mal. La mayoría eran muy relajadas, como la Pamela, que tiene una hija de dieciséis años y ya la lleva por estos ambientes. Karen y yo nos sentíamos un poco como conejillos de indias. Lorena ya estaba trabajando en el club desde hacía meses. Pero, nosotras fuimos por Miguel. Él tenía mucho peso sobre Rocío, la dueña, porque fue él quien le ayudó a montar el club.

Nada más llegar, el primer día, Rocío me dijo: - Aquí hay putas baratas y putas caras. Yo le contesté: - No tengo la culpa de ser de las segundas, porque de las primeras es seguro que no soy. Ella contrataba una *buseta* para recoger a las chicas por la tarde, como hacen en casi todos los clubes, aunque muchos envían taxis. Recuerdo que al bajarme me temblaban un poco las piernas. Nos recibió Rocío y enseguida nos enseñó nuestra habitación. Nos explicó los precios de los pases. Media hora treinta y dos euros. Si el cliente paga más el resto es para la chica. Rocío se quedaba con ocho euros por cada pase. Y llevaba el control de todos los pases en un cuaderno. También nos dijo que si un cliente te invitaba a un benjamín que podías quedarte con todo. Pero, la verdad es que apenas estuve unos días trabajando allí. Y me volví para el piso enseguida.

Después, ya este año, me fui para el club “El Rayo de Luna” a trabajar unas semanas. Me fui con Marta, porque el trabajo estaba muy mal y no nos hacíamos nada en el piso. Allí conocí a muchas brasileras, a Fernanda, que es la cocinera, a Isabella y a Bruna, su sobrina, a Miki, la rumana, y al Palito de Escoba, que es la otra rumana que está tan delgada y que no habla nada. Los primeros días trabajé muy bien. Pero, luego ya fue bajando y también me volví para el piso. Además, el trasnochar a mí me agota. Es por eso que también prefiero trabajar en el piso.

Cosas que pasan por mi cabeza

La primera vez que escuché hablar sobre la prostitución fue cuando yo tendría unos siete años. Recuerdo que yo le preguntaba a mi madre el porqué ella no me dejaba pasar por unas calles que había en mi pueblo, que estaban muy cerca de donde vivía mi tío. Ella me explicaba que ese era el lugar donde el alcalde había puesto a las mujeres malas o de vida alegre. En ese instante me imaginé que se trataba de mujeres muy enfermas, y que las habían separado de la gente para que no pudiesen contagiar a nadie. Unos años más tarde, mi madre alquiló una habitación a una mujer de la vida alegre, como ella decía. Yo no me lo podía creer. La miré y la vi una mujer muy bonita. No me pareció que estuviese enferma para nada.

Luego, ya fui comprendiendo más y también entendiendo mejor el motivo de las discusiones entre mis padres. Cuando mi padre llegaba a casa tomado, mi madre le decía: - ¡Ya vienes de donde las vagabundas!

Una tía mía también fue prostituta. Tenía un burdel, y siempre decía que ella hacía lo que le daba la gana y que tenía todo el dinero que quería.

Hoy pienso que la prostitución es una simple compra y venta de cuerpos y de ilusiones. Tú compras pasión y cariño en porciones, y también algunas fantasías que no eres capaz de compartir con las personas que están contigo. Las prostitutas damos eso, pasión y fantasía, a cambio de dinero. La prostitución es eso: intercambio de sensaciones por dinero.

Trabajar en un piso te ofrece rutina y también a veces pequeñas sorpresas. Unos días el trabajo va de maravilla, y otros está pésimo, tanto que no sabes para donde coger. Cuando llegué, en el piso hubo días de hasta veinte pases entre cuatro chicas. A partir del euro, el trabajo se resintió bastante. Y ahora hay muchos pisos. Muchas chicas que están en clubes por la noche, durante el día han montado sus pisos. Lo que me ataca los nervios son los que te vienen pidiendo siempre una rebajita. Algunos te ofrecen hasta quince euros, como si estuviesen en el barrio chino. Pero, muchas veces los problemas los causamos nosotras. Lo peor son los celos de las mujeres con los clientes. Cuando una chica pasa dos o tres veces con el mismo cliente, ya piensa que le pertenece. Muchas son tan brutas que no se dan cuenta de que los hombres ya tienen a sus esposas en casa, que cuando vienen a nosotras lo que buscan es la variedad.

Trabajando en la prostitución he aprendido a no confiar en nadie. Son muy pocas las personas en las que una puede verdaderamente confiar. Pero, también he aprendido a ver la realidad de la vida. A ver la vida sin tapujos.

A decir las cosas directamente, sin miedo. Yo he cambiado mucho desde que llegué a España y comencé a trabajar de prostituta. He perdido gran parte de mi romanticismo, de mi visión romántica de las cosas. Pero, al mismo tiempo he madurado. Y ahora soy una persona mucho más independiente. Ya no necesito de un hombre para vivir. Más bien sucede todo lo contrario.

A veces me paso el tiempo leyendo. En el piso de Marta tenemos muchos libros, y mientras esperamos a los clientes lo pasamos hablando y leyendo. Uno de los últimos libros que he leído es la dura historia de una mujer india, que se llama Boolan Devi. El libro se titula “La reina de los bandidos” y me ha gustado mucho, aunque al mismo tiempo es una historia muy triste. Me he sentido como reflejada. Cuando la madre la maltrataba. Cuando se daba cuenta de que la mamá no la quería. En fin, cosas que me han recordado a mi propia vida. Leyendo ese libro he visto las cosas tan parecidas que se me han reflejado unas con otras. Cuando cuenta que ese tipo se le echó encima y cómo le rompía las entrañas, yo pensaba en la primera vez que estuve con Luis David, que parecía como un animal. Y de nuevo vi mi vida en Villa Margarita.

Desde que conseguí mis papeles me siento más libre. Ya no tengo miedo de salir a la calle. También he superado todos los temores y amenazas de mi hermana. Me siento a la vez más fuerte y decidida. Y quiero forjar mi vida y mi futuro aquí, en este país. Yo, al contrario que otras colombianas, no tengo ningún interés en regresar para mi país. Pienso en traer a mis hijos y tal vez en montar mi propio negocio aquí. Además, mi corazón está resurgiendo nuevamente, porque estoy descubriendo, al fin, un amor verdadero. Después de todo lo que he pasado durante estos años, es curioso que todavía aparezca alguien que, de repente, me hace sentir viva y que soy capaz de amar. Hasta yo misma me asombro al sentir cómo en mi corazón todavía se pueden albergar sentimientos hermosos. Pero, ésta ya será una nueva historia.

ROMELINA

Soy colombiana. Nací en un pueblo del Valle del Cauca en julio de 1974. Mi madre era modista y mi padre jubilado. Yo tuve suerte y fui a la universidad. Soy diplomada en mercadeo, lo que ustedes llaman acá estudios de empresariales. Será también por eso que me va bien en este negocio, porque para todo hay que saber...

Fui la primera de toda la familia que viajó a España. El motivo principal fue el deseo de prosperar económicamente. Colombia es un país de una gran riqueza, pero hay una mala administración, los políticos sólo buscan la riqueza personal y no piensan en el pueblo.

Viajé a España en el año 2000. Vine para trabajar en el club “El Paso”, que ahora ya está cerrado, que lo cerró la policía. Era un sitio muy pesado. A mí me hicieron firmar entonces una letra por un millón de pesetas. Yo sabía perfectamente a lo que venía. Pero, en ningún momento nos dijeron que nos privarían de libertad ni que nos someterían a condiciones deplorables en el club. Aguanté allí tres meses y quince días. Y después me volé. A finales del 2000 monté mi piso y hasta ahorita. Me ha ido muy bien.

Nosotras no nos anunciamos como “colombianas” porque tenemos mala fama. Que si los colombianos que son unos atracadores, que si las colombianas que embarramos a los hombres, los enamoram, les sacamos la plata y luego les damos así una patada... Así que yo me anuncio desde hace tiempo como argentina; ésta (Miriam) como venezolana; Claudia como española; Sandra como cubana y Ángeles también como cubana. Sí, los clientes ya están cansados de tanta colombiana...

A los clientes hay que cuidarlos y tratarlos bien, porque si no es pan para hoy y hambre para mañana. Yo eso lo sé bien, porque en mi país estudié Mercadeo.

Este piso funciona bastante bien. Mira, aquí está el cuaderno donde están apuntados todos los pases⁷. Como puedes ver, hoy nos hicimos catorce pases. Así que no está mal.

Aquí en los pisos vienen algunos con muchas aberraciones. El otro día a uno que vino le tuvimos que poner unas bragas y un sujetador. Pero, el servicio más raro que yo he hecho fue una vez a un viejo que tenía una

⁷ Romelina me muestra la libreta donde aparecen cronológicamente anotados todos los pases. Tras hojearla minuciosamente, compruebo efectivamente que en el piso funciona bien el negocio.

fantasía con un perro. Pagó sesenta euros para que yo lo masturbara a él y él al mismo tiempo masturbara al perro. El viejo se corrió, pero el perrito no... Me lo había traído Marcial el perrito. Yo le llamé por teléfono para que me consiguiese uno porque no puedo permitirme perder a un cliente. Y luego me lo llevé para la aldea. Le hemos cogido mucho cariño, y ya ha embarazado a dos perritas...

Tengo dos clientes que piden escatología, que les *poposeen* encima. Una vez también uno pidió que le vomitasen... Yo con el tiempo me he ido especializando en los servicios de ama y pongo muchos anuncios con foto en el periódico ofreciendo sado. No te imaginas la cantidad de gente que viene por los anuncios...

En el piso tenemos unas normas y hay que cumplirlas. Aquí cuando pasa una chica y ya van los veinte minutos, nosotras le tocamos en la puerta. Los hay muy avispados, que están aguantando el polvo y cuando les tocan en la puerta ahí lo echan todo.

Otros vienen aquí a *mariquear*. Hay uno que siempre me pide un travesti. Dice que los travestis la chupan muy bien.

También me pasó varias veces hacer salidas para parejas. Yo, la primera vez, me pregunté: si chupo una polla, ¿por qué no voy a chupar un coño? La tía le decía al tío que me follara. Es simplemente una cuestión de manejo... Le daba como instrucciones a la tía, como si yo fuese una profesora de ellos. Me puse una goma en la lengua. Yo le daba palmadas en el culo al tío mientras se follaba a su mujer. Fue más la payasada que otra cosa...

Otra vez fui con una pareja. Él tendría unos cincuenta y cinco años y ella unos cuarenta y cinco. El precio de estos servicios son ciento ochenta euros más el taxi. Si el trío se hace aquí en el piso cuesta sesenta euros.

Pero, yo lo que más hago es el sado. Tengo un cliente que siempre me busca a mí para hacer el sado. A él le gusta que le casquen, que le agarren la nariz así..., que lo insulten... Yo le digo perro, animal, cornudo, que en ese momento los vecinos se están follando a su mujer y por la cara, y le ordeno que me coma el coño...

Por mi piso han pasado montones de chicas y travestis, y todas saben cómo se trabaja aquí. El negocio funciona, pero tienes que tener un orden y unas normas. Yo he tenido que echar del piso a varias por no saber cumplir las normas.

Si me preguntas sobre la legalización de la prostitución yo te diré que hay cosas buenas con la legalización. Pero, yo no estoy a favor. Si se legalizara ya tendríamos a Hacienda encima. Y mira, este es un trabajo en el que puedes ganar mucho dinero, pero si tuviéramos que pagar impuestos y declarar a Hacienda ya no sería así.

Además, si nos legalizasen tendríamos que enseñar la cara como prostitutas. Y no, hijo, no, yo no quiero que me conozcan por la calle por eso, que todo el mundo sepa que soy una prostituta.

Yo te pediría que no sigas con lo de los papeles de mi hermana Tania⁸. Tú no sabes bien, pero mi mamá tiene muchos problemas a causa de ella. Tania le mandó dinero a un tipo para que fuese a molestar a mi papá. Tú no lo sabes, pero mi hermana siempre fue una envidiosa. Cuando estaba acá en el piso ella sólo deseaba todo lo mío. Yo le presenté a Paco, que fue mi primer novio acá, y ella ya lo cogió para ella, y luego con “Cinco cero” lo mismo y con Marcial también. Ella sólo ansiaba todo lo que yo tenía.

Diana, la hija de mi hermana, es una chica muy bonita, es verdad, pero no anda con uno sino con un montón de tipos casados. Ahora que si andaba con tres, que no sabe ni ella cuál es el padre del bebé. Todo este asunto le ha dañado incluso el “Reinado” porque sí, ella es una joven muy bonita, pero el escándalo ha sido tan grande que diz que hasta ha salido allá en la tele.

Y Fernando, que estaba en la zona de distensión con la guerrilla, ahora está en Medellín con mi otra hermana. Pero, se ha vuelto también un delincuente. Por todo eso mi mamá quiere que Tania se regrese para enderezar todo eso.

Mi hermana no es lo que aparenta. Ella es muy falsa, sabe fingir muy bien, y así con esas lágrimas que ella saca se los trabaja a todos. Porque aquí en España los hombres se ablandan mucho con los llantos de las mujeres. Sí, aquí son muy blandos. Y mi hermana sabe utilizar y aprovechar eso muy bien.

Mi hermana tampoco envía nada de dinero para casa. Y ella gana acá mucha plata, pero todo se lo da a ese Marcial, que la está macarreando y que vive de ella. Mi hermana le compra todo, hasta le compró una sortija y

⁸ Situación embarazosa que tuve que enfrentar durante la entrevista debido a que en ese tiempo las relaciones entre Romelina y su hermana Tania eran especialmente tensas.

una cadena de oro que él lleva por ahí. Todo lo que gana se lo gasta en ese hombre.

Y a mí siempre que puede me está perjudicando. Por eso yo le voy a poner una demanda. Para que la echen de España y se vuelva. Tú sabes, hasta en el piso de Marta donde trabaja mi hermana, colocaron un anuncio en el periódico con el nombre de Claudia, porque saben que yo me anuncio como Claudia. Tú imagínate. Y Tania está trabajando en ese piso de Marta, que nosotras siempre hemos sido enemigas. Esa Marta también me mandó a mí unos tipos una vez para que me timbrasen en la puerta cuando yo estaba en el piso de la calle Anduriñas y así molestar a los vecinos.

Yo me enteré por mi mamá de que mi hermana Tania le había encargado un trabajo a don Carlos, que es un viejo que hace cosas de brujería. Mi hermana le encargó para que yo y Karen saliésemos perjudicadas. Yo he estado muy nerviosa, pero Karen estuvo muy mal, le dio como una crisis la semana pasada, que la tuvimos que llevar al hospital y todo.

Don Carlos vive allá enfrente de la casa de mi mamá. Yo no lo conozco personalmente. No me interesa ese tipo de gente. Pero, sé que él hace esas cosas. Mi hermana le llama y le hace encargos para conseguir hacernos daño. Ya cuando Karen estaba del otro bando, ya me entiendes..., que ella vivía con mi hermana, le escuchó un día comentar que Lorena se iba a marchar del piso en quince días. Y así ocurrió. Y en otra ocasión, Karen le acompañó a mi hermana a un cementerio, porque le dijo que iba a hacer unas cosas. Pero, Tania entró sola y Karen se quedó en la puerta, así que no pudo ver cuáles fueron las maniobras.

Mi hermana ya mantenía una guerra con la suegra, en Villa Margarita. Y yo le vi coger los retratos y colocarlos del revés, y también ponerles unos alfileres. Bueno, que la suegra también le colocaba a mi hermana cosas. Era una guerra terrible entre las dos.

A mí de España lo que me enerva es cuando hablan mal de América Latina. Nosotros, como somos indiecitos todo el mundo nos mira mal. La gente aquí tiene como amnesia histórica. Tú no sabes quién acabó con el oro, las alhajas y con todo en América Latina... Los españoles se follaron a las indiecitas y se llevaron todo. Muchos colonizadores españoles hicieron allá cosas, pero se *comieron* a las indiecitas.

Yo fui a la Cartagena de aquí, que por eso tenemos allá la Cartagena también. Pero, se jodió porque vino el pirata Drake. Y el Cristóbal Colón,

que dicen que era de origen italiano, según unos estudios parece que era gay.

Hay muchos españoles que fueron a América e hicieron cosas buenas, pero también hicieron mucho daño. Nos dejaron el castellano.

Y aquí también hay violencia, con ETA. Mira, Sonia, una chica colombiana que estuvo en el piso, fue a hacer una plaza a Santander, y vivía cerca de un edificio donde pusieron una bomba, que diz que un estruendo... Y eso que venimos de Colombia y van y te colocan una bomba aquí en España. No es tanta violencia como dicen acá, de Colombia. Allí hay mucha corrupción, porque los políticos son unos corruptos y para el pueblo cuesta más conseguir las adquisiciones. Pero, aquí en España también hay violencia. Y aquí también tratan muy mal a las mujeres. Sólo hay que ver la televisión y ver todos esos casos de malos tratos.

MARCELA

Mi infancia

Nací en Chinchiná – Manizales, en el departamento de Caldas, el 24 de junio de 1980. Recuerdo que mi infancia fue muy bien, muy bonito. Me crié en un ambiente muy familiar. Vivíamos en una casa de doble piso. Yo vivía en el segundo, que era realmente el balcón, con mi abuela, mi hermana y una tía. Abajo estaban mis tíos y mis primos. En esa casa viví toda mi vida, hasta los veinte años en que ya me vine para España. A los nueve años murió mi padre. Mis papás eran separados. Mi papá fue quien decidió que yo viviese con él. Siempre tuvimos lo necesario, nunca nos faltó de nada.

Del colegio recuerdo las muchas veces que me echaron (ríe). Que ¿por qué? Pues porque hacía muchas travesuras. Yo era una niña muy traviesa. En el colegio no me gustaba nada la clase de religión. Yo no entendía la clase de religión que daba la profesora. Siempre empezaba hablando de religión y terminaba hablando de política. Yo entonces un día le dije, mejor yo soy atea y no vuelvo a tu clase.

Sí que tuve muchas amigas. Pero, mi mejor amiga era mi hermana. De todas maneras, siempre me he llevado mejor con los chicos que con las chicas. Sí, yo en el colegio era muy traviesa. Pero, ahora ya cambié, ya maduré.

Mi adolescencia

Comencé a salir con mi primo a los diecisiete años. Tuvimos dos años de relación. A los diecinueve me quedé embarazada, y permanecimos juntos hasta los cuatro meses de embarazo. Luego, decidimos que las cosas no iban bien, y lo dejé. Decidí dejarlo porque era demasiado inmaduro, un títere, como digo yo, se dejaba siempre manejar de sus padres. También en este tiempo él quedó sin trabajo, y entonces su familia decidió que no trabajara, que ellos le daban lo que él necesitara. No tomaron en cuenta mi embarazo. Tú arréglatelas como puedas. Su familia siempre me dijeron que ellos me iban a apoyar, que me iban a dar todo lo que yo necesitase. Eso fue falso. Nunca me han dado nada. Mi familia, por otro lado, al principio eran un poco incómodos, porque decían que yo estaba todavía muy joven. Sin embargo, siempre me apoyaron, y nunca me dieron la espalda.

Después yo tuve mi hijo. Ya me sentía yo con mucha responsabilidad. Y sabía que era una responsabilidad mía, y no de mi familia. Así que empecé a mandar solicitudes de trabajo: a bombonerías, a FRUTASA, a una fábrica de café, etc. Y ninguna me salió.

Sin saber qué hacer

Entonces, yo estaba sin saber qué hacer, y con un hijo. Un día, una amiga, hablando con ella me dijo que me viniera para España. Ella me lo dijo porque conocía a muchas chicas que ya habían venido acá. Y me dijo que me viniera, que acá había muchas más oportunidades.

Yo entonces, como no tenía dinero, traté de conseguirlo con mi familia. Pero, no me lo prestaron. Unos porque no tenían en ese momento, y otros porque no me lo quisieron prestar. Entonces, un sobrino de mi amiga que estaba aquí en España, llamó a mi amiga y le dijo si no sabía de chicas que quisiesen venir para acá. Y ella le dijo ya que yo quería venir pero que no tenía dinero. Él le contestó que él mandaba el dinero para el pasaje, el pasaporte y también para la tasa en la frontera. Y además en esos días él viajó a Colombia. Entonces, a los dos días de haber llegado fuimos a sacar ya el pasaporte. Para el pasaje hacían la reserva desde España. Al cabo de dos días más llegó el pasaporte y setecientos dólares. Me los entregaron en la noche, y como a las cinco de la mañana viajaba yo ya para España. Fui de Manizales para Bogotá, y luego haciendo escala en Miami para Madrid.

Lo poco que yo hablé con él fue para escuchar que tenía que pagar un millón de pesetas, que llegaba al club, por supuesto muy elegante y con gente muy seleccionada, mucha corbata y mucho dinero. ¿Qué más me dijo? Que trabajándolo bien, en unos dos meses tendría pagada la deuda.

En ningún momento me dijeron que tú no puedes salir a la calle hasta que tengas pagada la deuda, o que vas a estar siempre vigilada. Es decir, sólo podía salir a la calle acompañada del encargado para ingresar dinero al banco y nomás. Lo del dinero para mandar a mi casa sólo tenía los últimos tres días al mes. Sólo los últimos tres días eran míos. En esos días lo que ganaba era para mí.

Llegué a Madrid. Allí me esperaba la esposa del chico que me mandó para acá. Ella me esperaba en el aeropuerto. Y luego cogimos un autobús para Lugo. Veníamos tres chicas: yo, otra chica que venía al mismo club también a pagar deuda, y la chica que nos recogía. Al final, llegamos a Lugo, cogimos un taxi y nos fuimos derecho para el club.

En el club

Lo primero que me encontré fue que el club era muy feo. Me recibieron muy bien. Nos mostraron las habitaciones donde íbamos a dormir. En ese club tienen dieciséis habitaciones. Hay habitaciones de dos plazas y también habitaciones con literas. Las literas están en la parte de atrás. Algunas de las habitaciones son para dormir, pero allí también se trabaja cuando hay mucha gente.

Me preguntaron que si queríamos bajar al salón para ver un poco el movimiento. Y les dijimos que no, porque estábamos muy cansadas. Así que ese día cenamos y nos acostamos.

Al día siguiente ya nos explicaron cómo funcionaba el club. Nos quitaron los billetes de regreso del avión y los dólares. Nos dijeron que pagábamos cuatro mil pesetas por día de plaza, dos euros de sábana y mil pesetas por cada pase. El pase allí costaba treinta y dos euros. De las copas la casa también se quedaba mil pesetas por cada copa. Nosotras nunca cogimos dinero. El dinero se apuntaba en un cartón, lo apuntaba una recepcionista, que también era colombiana. El horario del club era de siete horas de la tarde a cinco horas de la madrugada. Al principio, con mucho susto. Nos prestaron ropa de trabajo. Nos explicaron cómo teníamos que acercarnos a los clientes, que si teníamos que ir a saludarlos, y pedirles una copa y ofrecerles entrar a la habitación.

Había mucha gente y muchas chicas. Todas eran colombianas, menos dos que eran nigerianas. Éramos en total cuarenta y siete chicas. Las compañeras nos recibieron muy bien. Se nos acercaron y nos explicaron cómo era el trabajo. Me preguntaron que de dónde era y que si estaba pagando deuda. Y nosotras empezamos a hablar también, y a preguntar, que cómo eran los jefes, y qué tal trataban a las chicas y todas esas cosas. Y ya nos dijeron que no podíamos salir a ningún sitio.

El primer pase... recuerdo que fue muy feo. Era un señor muy mayor, con mucha barba, muy feo, que olía muy mal. Y entrar y tener que hacer cosas que nunca me imaginé hacer... Me explicaron lo de la goma. Yo no sabía ni cuál era el derecho de la goma. No es fácil. El señor se dio cuenta enseguida de que yo era nueva, recién llegada, y él mismo se puso la goma.

Nosotras más que nada aprendimos las cosas por las compañeras. Las mismas chicas nos decían la manera de hablar de los españoles, que si piden un francés o un griego... Nosotras nos basábamos más en lo que los

clientes nos pedían abajo. Algunas veces, aún así, nos encontramos con clientes que no decían nada y luego querían hacerlo sin goma. Entonces, tocábamos el timbre y llamábamos a recepción. Y subía el encargado o la recepcionista. Era un problema. Yo decía: que quiere follar sin goma y yo no follo sin goma. Y entonces se devolvía el dinero al cliente siempre y cuando una no hubiese empezado a trabajar. Los mismos clientes a veces te ofrecen quince mil pesetas o más para hacerlo sin goma. Yo siempre les dije que no, que yo sin preservativo no hacía nada.

Siempre hay comentarios sobre las chicas que más trabajan: que si follan sin goma, que si hacen griego, etc. Pero, sólo son eso, comentarios. Yo no supe de ninguna chica que lo hiciese sin goma. Muchas ya tienen sus clientes fijos, y entonces una ya no se les acerca, pues se respetan bastante los clientes de las compañeras.

En “El Paso” estuve seis meses. Pagué una parte de la deuda. Luego me volé con cuatrocientas mil pesetas.

La huida

Durante aquel tiempo en el club hubo muchos problemas con la policía. Empezaron a haber conflictos con las chicas, pues porque no las dejaban salir, y empezaron también a haber denuncias. Y ya el trabajo decayó muchísimo.

Las chicas que pagaron la deuda marcharon. Las que quedábamos teníamos tres opciones: pagar la deuda, escaparnos o esperar a que la policía nos deportase. Ésta era la que yo no quería. Y opté por la segunda. Dije: no pago más, me voy.

Me fui con ayuda de un amigo y también de la cocinera del club. El amigo nos sacó la ropa del club y la cocinera le ayudaba. Nosotras empacábamos lo poco que podíamos sacar del club, y el chico se lo llevaba para su casa. Nos volamos cuatro.

De allí nos escapamos en la mañana. Saltamos la tapia de la parte de atrás del club y estuvimos unas dos horas y media caminando por el monte. No teníamos ni idea. Nosotras buscábamos una carretera. A lo último llamamos al chico por teléfono, y él vino a recogernos. Yo creo que estuvimos dando vueltas alrededor del club. Nos recogió. Luego fuimos a tomarnos un café a un bar de Lugo (ría). De allí nos fuimos para un club de Ribadeo. El mismo chico nos llevó al club. Y allí estuvimos tres días. Fatal.

No había nada. De allí marchamos para Puebla del Caramiñal yo y otra chica; las otras dos se quedaron en el club de Ribadeo. Nosotras nos fuimos en un taxi. Recuerdo que nos cobró unas veinte mil pesetas. En Puebla estaba Natalia. Nosotras queríamos irnos para Madrid, para que no nos fuesen a encontrar. Pero, nos quedamos en Puebla. Allí estuvimos como dos meses. Bien porque se trabajaba y bien porque el dinero era para mí.

De Puebla marchamos para La Coruña. Nos fuimos la chica que se voló conmigo, Natalia y yo. Estuvimos en el “Cometa X”. Estuvimos sólo cuatro días, porque 1º) no se trabajaba, y 2º) no nos gustó la forma de trabajar allí. Allí tenías que pagar antes de trabajar la plaza por toda la semana, que eran entonces unas dos mil pesetas día.

Luego, Natalia y yo nos marchamos para Santiago. La otra chica creo que se fue para Canarias, no sé. En Santiago estuvimos tres meses. El trabajo muy bien. Se trabajaba muy bien allí. Era un club muy sano, no había problemas con nada. Allí pagábamos dos mil pesetas por la plaza y mil doscientas por cada pase.

De Santiago marchamos a Córdoba, a un club de plaza. Estuvimos cuarenta y dos días (dos plazas). De allí volvimos a Santiago. Estuvimos allá otros tres meses, y luego marchamos para La Coruña. Fuimos al “Montreux” y duramos allá dos semanas. Se trabajaba bien. Luego nos marchamos para el Barco de Valdeorras. Allí sólo estuvimos una semana porque estaba muy malo el trabajo. Y de allí nos fuimos ya para Palencia. En Palencia estuvimos cuatro meses. Y ya de allí me vine yo sola para Lugo, a trabajar en este piso.

En el piso

El trabajo en el piso es mucho más relajado. Se trabaja bien, pero es más pausado, no tienes que acercarte a los clientes y tratar de convencerlos, ya los clientes se convencen solos (ríe). De todos modos, yo prefiero trabajar en un club. En un piso a lo mejor vienen cinco, pero tú no sabes si vas a trabajar. Sin embargo, en el club hay más hombres y tú entonces tienes muchas más opciones de trabajar. En el piso tienes que tener más paciencia, esperar a que los clientes vengan y que te escojan. Sin embargo, en el club todo va más rápido, si te mueves trabajas.

La prostitución es de pronto una salida, como te digo, es una alternativa para conseguir el dinero que nosotras necesitamos. También en la prostitución se aprenden muchas cosas: como a ver la vida de otra manera,

a ver la vida como es de verdad, ves que no todo es de color de rosas, y si quiere uno algo pues tiene que luchar por ello. Esto sería lo bueno, nomás. De todo lo que te pasa aprendes mucho.

Pero, también se pierden muchas cosas: el poder salir, divertirse, vivir al día, la noche, etc. En esto pierdes la mayor parte de tu vida. Te levantas y te acuestas con los clientes. Siempre estás con el mismo ritmo. No tienes tiempo para ti.

En la prostitución el hombre busca lo que en su casa no tiene. Unos vienen a buscar sólo sexo, a experimentar cosas nuevas. Otros vienen más a buscar cariño.

La discriminación

No me gusta que la gente no te valore como eres. Por trabajar en esto ya te consideran como una puta, como un objeto, no te ven como una persona. Como venimos a trabajar en la prostitución, las mujeres acá nos miran como mal. Cuando ven que somos extranjeras pues dicen: mira ésta, en qué club trabajará... No me ha pasado sólo en Lugo, me ha ocurrido en todas partes.

Recuerdo que una vez iba yo con dos amigas. Estuvimos en un café. Pedimos tres descafeinados. Y la señora de allí nos dijo: les sirvo este descafeinado, pero no quiero tener putas en este establecimiento. En ese momento yo sentí mucha vergüenza. Pero, luego reaccioné y le dije: mira, tú no tienes porqué juzgar a la gente. Y le pagué los cafés y me fui. Yo en ese momento..., doy gracias a Dios porque no estoy en Colombia, porque si estuviese allá le arrojé ese café en la cara. Después también me dijeron que lo que pasaba es que el esposo de esa mujer iba al club. Pero, los hombres vienen solos. Yo no los cojo y los saco de su casa.

Pienso que en España hay mucho racismo. Así estés legal, seguirás siendo siempre un extranjero. Aquí viene mucha gente buscando oportunidades que no va a encontrar. Hay también mucha gente que tiene estudios, que tiene una carrera y llega acá y no le convalidan los estudios, y luego tiene que buscar trabajo en cualquier cosa.

El futuro

Ahora lo único que quiero es juntar un dinero que me falta para mi casa y montar un negocio, algo que de para vivir. Al principio, pensaba en quedarme en España. Ahora ya no, porque veo muy difícil legalizarme acá. No quiero quedarme más tiempo ilegal en este país. No, porque no tengo derecho a nada. Es como si no existiera. No quiero seguir estando preocupada por la policía, o por si la gente me está mirando por la calle. En mi país ya sé que ninguno me va a señalar.

A mí no me importa trabajar en lo que sea. Hay muchas que vienen acá y que ambicionan, que quieren ganar mucha plata. Yo no, yo no soy así. A mí me es suficiente lo justo. Con tener para vivir y enviar a mi hija yo ya estoy contenta. Yo podría trabajar en una casa o en un restaurante. Con un salario de cien mil pesetas, me da igual, lo que sea⁹. Pero, al estar sin papeles no tengo oportunidades. Y está verdaderamente muy complicado conseguir la regularización acá. Por eso que, tal vez dentro de unos meses me vuelva para Colombia. Allí al menos tengo a mi hija y a mi familia, que me quieren.

⁹ Al cabo de un mes desde la entrevista, a Marcela le ofertamos un puesto de trabajo en un restaurante con contrato para regularizarse y un buen salario. Oferta que, sin embargo, rechazó argumentando que en ese momento prefería continuar trabajando en la prostitución porque ganaba mucho más dinero.

NATALIA

La historia de Natalia

Soy colombiana y nací el 10 de marzo de 1968 en Chinchiná – Manizales, en el departamento de Caldas. Mi papá era carpintero, él ya es fallecido. Mi mamá era ama de casa. Tuve una niñez muy buena.

A mis quince años conocí a un chico y me fui a vivir con él. A los dieciséis tuve a mi primer hijo, y a los veinte al segundo. Después, empezaron los maltratos, tanto físicos como psíquicos. Estuvimos ocho años juntos. No le pude aguantar más, tanta agresividad, y me separé.

Luego conocí a una chica en mi país y me aconsejó que me metiera en la prostitución. Así estuve durante ocho años trabajando en la prostitución en Colombia. Me marché para Bogotá. El dinero alcanzaba sólo para sobrevivir. Y entonces decidí viajar a España.

Mi intención era trabajar unos dos años, ganar dinero y luego regresar a Colombia. Un colombiano que era el marido de una chica que trabajaba en el club, tenía la familia al lado de mi casa. Cuando vino y yo me enteré fui a hablar con él. Él me dijo que le pagara un millón de pesetas para venirme, y yo le contesté que no, que para mí eso era mucho dinero. Entonces, el dinero me lo prestó mi familia. Me lo dejaron entre todos: tíos, primos, etc. En total cinco millones de pesos (quinientas mil pesetas). El colombiano aceptó comprarme el billete de avión con mi dinero, porque él era amigo de un primo mío que es policía allá. Si no fuese así, sin deuda, él no me iba a traer. El billete lo compró en una agencia que ya trabajaba con él y con la que tenía una comisión.

El vuelo fue Bogotá/ Madrid/ Coruña. En el aeropuerto de Coruña me vino a buscar la mujer del colombiano. Yo me vine sin carta de invitación, porque como venía sin deuda él no quiso dármela. La mujer venía en un coche con otra chica que venía con deuda y con uno de los jefes del club. Ellos no sabían que yo venía sin deuda. Y entonces cuando se dieron cuenta de que venía sin deuda me cobraron cien mil pesetas por llevarme de Coruña a Lugo, los muy desgraciaos.

Después, uno de los jefes del club me dijo que le prestase los dólares que traía, unos mil dólares, para traer a otra chica de Colombia. Esos de “El Paso” eran una porquería con nosotras. Yo les presté el dinero porque pensé que me las iban a devolver. Me pillaron recién llegada, y como ellos

eran los jefes de un club yo no desconfié. Me montaron la película de que ese día no había donde cambiar los dólares, y que al día siguiente me devolverían el valor en pesetas para que yo pudiese mandar a mi país. Y no, no me lo pagaron, se quedaron con el dinero. Yo les pensaba demandar, pero las chicas me dijeron que no lo fuese a hacer. Las tenían atemorizadas. Si decían algo las golpeaban. Nunca lo vi, pero les decían así. Me dijeron: - Ay, no, lo cogen a uno y lo aporrean. Eran chicas muy jóvenes. Yo era la más mayor, junto con otra.

Cuando yo llegué a sesenta mil pesetas de la deuda del viaje, me revelé y fui a hablar con el dueño del club. Me dijo que él no tenía nada que ver conmigo, que yo era harina de otro costal. Entonces, yo hablé con Erika, la mujer del colombiano, y lloré mucho. Le dije que no era justo que me cobraran tanto dinero por una hora de camino. Y es que yo con los días pues fui analizando las cosas.

Y la chica se conmovió, y entonces me dijo que me dejaba la deuda así. Fue un robo tan tenaz... Erika me dio la dirección de un club en Coruña y me fui para allí. Era el club "La Pradera". Allí estuve un mes. Me fue muy bien. Pude pagar la deuda de mi familia en Colombia, ahorrar un poco, y tener bien a mis niños.

De Coruña me fui a Puebla del Caramiñal. Me habían dicho que en el club de Coruña iba a caer la policía. Y así fue, después de marcharme fueron allá los de Extranjería.

En el club "La Pradera" se trabajaba muy bien. A mí en los clubes me va muy bien el trabajo, porque los clientes dicen que yo soy muy simpática y entonces gusto y eso. En "La Pradera" todo era muy bueno, la comida y todo.

En Puebla del Caramiñal también trabajé muy bien. Estuve en el club "La Sirenita". Allí fueron dos meses. A mí me gusta más un club que un piso. Hay más formas de entrarle a un cliente. Según como tú seas, si eres formal, etc. Sin embargo, en un piso le entras sólo por los ojos y ya.

Y así sucesivamente he estado en muchas partes, y ya. Después de Puebla me fui para Órdenes, trabajando en un club dos meses también. Luego, me fui para Palencia. Allí estuve tres meses en el club "Las Coquetas", el mismo de donde me llamaron ahorita... Luego, me fui para Andalucía, para Cádiz, a un club, y de ahí otra vez a Lugo, y ya me vine para este piso.

Yo voy, pruebo para dos días y si no me gusta ya me marchó. Ahora me voy a quedar una temporada y ya me marchó para mi país, para olvidarme de toda esta pesadilla sin fin. Con lo que tengo me defiendo y saldré adelante. A ver a mis niños, que es lo más fundamental en la vida de una persona. Tengo pensado viajar en mayo. Ya me siento cansada. Ya no quiero saber más de este rollo. Hay cosas mucho más importantes afuera.

La prostitución es buena porque consigue uno dinero. Pero, es también una soledad total y es muy triste. Le faltan a uno los hijos, un amor que te mire como persona, no como a un objeto. Todos llegan a lo mismo: follar, follar y follar. Y de eso ya estoy cansada. Si no tienen una cosa, tienen otra, pero algo tienen que tener.

Yo ya no creo en los hombres. Yo no creo nada de lo que dicen. Pienso que todo son mentiras. Una en este mundo ve muchas cosas. En el sexo salen cosas tan raras... Hombres con resabios, etc. El haber conocido la prostitución fue lo peor de mi vida. Esto es como un escape para mí. Yo estoy como obligada por mis hijos. Pero, si de algo en la vida me tengo que arrepentir es de haber trabajado en la prostitución.

También somos personas muy faltas de amor, de afecto y de cariño. Un consejo para muchas chicas que trabajamos en esto: que se obliguen a salir lo más pronto posible de esto, porque la prostitución con los años es sólo soledad total.

En este trabajo conoces hombres que te dicen que te quieren y todo, y luego se marchan para otro club. Lo único que quieren es desahogarse. Hay muchas chicas que pierden acá el tiempo con parejas, y después las *botan* como si fueran cualquier trasto viejo.

Y no es lo mismo una que empieza en esto que yo, por ejemplo, que ya llevo en este trabajo doce años. Me gustaría montar un negocio en mi país y olvidarme de esta pesadilla.

Aquí en España se enamoran mucho de las chicas. Pero, cuando ellas se traen a sus hijos enseguida las *botan*. No todas, pero sí muchas. Eso es suerte también.

Yo tuve un novio durante año y medio. Él me ayudó mucho. Fue el único hombre con el que yo me hubiera organizado. Lo que pasa es que él no quiere saber nada de mis hijos. Pero, él me ha ayudado mucho. Él era el que me llevaba de un sitio para otro. Es una persona muy familiar, también como muy sola, y él no se da cuenta. Yo le dije un día que bueno, que me

iba a vivir con él, pero a él le pudo la presión, el que dirán. Eso es muy fuerte. Además, él no quería saber nada de mis hijos, y eso yo tampoco lo puedo permitir. De todos modos, él es muy formal, es buena persona. Y yo le estoy muy agradecida.

Aquí en España también hay mujeres que trabajan por debajo de cuerda. Eso es lo que se ve en algunas discotecas. En Santiago, por ejemplo, que si vamos a bailar, tomamos una copa, y después le piden dinero...

Yo ya llevo muchos años en esto. Llevo doce años trabajando como prostituta. Ya trabajaba en esto allá en Colombia. Hice de todo, hasta trabajar en la calle, aunque eso sólo durante unos pocos días. Colombia es un país muy peligroso, la vida no vale nada.

Lo que más me duele es la discriminación. Me siento discriminada tanto por hombres como por mujeres. Algunos clientes nos tratan como si de verdad no valiéramos nada. En una discoteca, por ejemplo, lo miran a uno feo porque eres extranjero. Incluso tienes problemas para arrendar piso. Marcela y yo estuvimos buscando mucho tiempo y no conseguimos nada, y al final por medio de un amigo nos dieron el arriendo. Pero, directamente, a nosotras nos fue imposible. Cuando llegas y dices que eres de Colombia, te contestan que no, que van a tener problemas y eso.

DINA

La familia

Nací el 13 de abril de 1980 en la localidad de Argelia, Departamento del Valle del Cauca (Colombia). Mi país tiene una situación difícil, pero también pienso que mientras usted no se meta con nadie, no hay problemas. Mis padres y mi hermana saben que trabajo en la prostitución. Yo a mi familia no le voy con mentiras. Ellos saben que yo estoy en esto porque me toca, no por gusto. Prefiero decírselo yo que no se vayan a enterar por otra persona.

El viaje y el recorrido

Llegué de Colombia para Madrid el 4 de febrero de 2000. No vine con deuda ni con compromisos con nadie. Me vine con mi dinero y también le presté a mi tía.

He trabajado más en pisos. El primer piso donde trabajé fue en Coruña. Más que un piso aquello era una ratonera. Recuerdo que la mami era de Cabo Verde. Después, me fui para Santiago. Allí empecé arreglando uñas a las chicas, pero luego el macarra uruguayo de la travesti me dijo que también tenía que trabajar. Allí conocí a Gladys, una amiga que me ayudó mucho.

El tercer piso donde trabajé ya fue en Málaga. Estuve mes y medio, pero como encargada. Hombre, a veces trabajaba, pero no demasiado... Luego, regresé a Santiago. Volví al piso de mi amiga, pero estuve sólo un día y ya me vine para Lugo.

En Lugo estuve trabajando en un piso que había cerca de San Roque, que más tarde cerró la policía. Después, Gladys me dijo: - Usted se va a Ferrol a montar un piso, ya verá. Yo le contesté: - Pero, yo no tengo plata. Entonces, mi amiga fue al banco conmigo y me dio doscientas mil pesetas. Me dijo: - Tome, ya me las devolverá cuando le vaya bien. Nos queríamos mucho, éramos casi como hermanas.

Y me fui para Ferrol y busqué en el periódico anuncios para encontrar piso. Muy rápido encontré el piso. Monté mi piso y traje a las chicas. Todo funcionaba bien, hasta que un día, un 7 de julio, al mes de haber montado el piso, era un día que había mucho trabajo, sobre las cinco de la tarde más

o menos, llamaron a la puerta y vi a un señor que yo me quedé como tonta y él también. Yo entonces le pasé a las chicas, y él me decía que se quería ir. Luego me dijo que quería quedarse conmigo, que la que le gustaba era yo, no las chicas. Y entré con ese señor a las cinco y veinte de la tarde.

Manuel

Ese señor no sé lo que tenía, porque entramos en la habitación a las cinco y veinte y no salimos hasta las ocho y media. No te vayas a pensar que estuvimos follando todo el tiempo... No, estuvimos hablando y hablando... Yo le pregunté si a él no le daba pesar por su mujer. Y él me dijo: - Limítate a cumplir con tu trabajo. Yo sabía que a mí me había gustado ese señor. Él sólo se echó un polvo. Luego me preguntó: - ¿Puedo volver? Me dijo que se llamaba Manuel. Me pagó y me regaló un bolígrafo. Yo sentía que no podía coger ese dinero.

El señor se marchó. Yo le dije: - Váyase y no vuelva. Las muchachas se reían. Decían: - ¡Dina encontró novio! Yo me senté a ver la televisión y ya no me acordé más de ese señor. A las once y media sonó el timbre. Yo ya no quería abrir. Cuando miré por el *rotico* de la puerta, me quedé así..., y era él otra vez. Bañao, enlocionao, la cosa más linda del mundo. Yo le dije: - Pero, ¿y esto? Sólo habían pasado tres horas. Fuimos a la habitación y estuvimos hablando de nuevo. Y desde ese día se quedó.

Manuel era casado y estaba separado de su mujer, no sé porqué. Y ya las cosas siguieron. Me llamaba, venía a verme a cualquier hora, y seguimos y seguimos.

Al cabo de veinte días estábamos juntos y yo le notaba extraño. Llamaron a la puerta, yo abrí y vi a un señor con una placa en la mano. Yo casi me muero allí mismo. Preguntó: - ¿Cuántas chicas hay? Y pidió la documentación. Ese día estábamos cuatro, una brasilera y el resto colombianas. Pero, en aquel preciso momento sólo estábamos en el piso una chica que tenía papeles y yo. Cuando aquel hombre se marchó, volví a la habitación y le dije: - Manuel, era la policía. Y él me dijo: - Yo ya me lo esperaba..., pero tú no te preocupes que no va a pasar nada.

Y al día siguiente, sobre las nueve y media de la mañana volvió el mismo, que era de Extranjería. Y me dijo: - A las doce os espero a todas en la comisaría. Yo regresé a la habitación y le dije: - Manuel, era el mismo de ayer. Y él se puso a llorar y me dijo: - Creo que puede ser por mi culpa.

En el mismo edificio había un coronel y Manuel trabajaba en el Ejército. El coronel le había dicho: - Sabemos que estás viviendo con una puta y eso te va a costar el traslado.

Después, cuando fui a comisaría, estuvieron haciéndome preguntas sobre tontadas durante un rato. Yo, el día anterior, después de la primera visita del señor de Extranjería, por la noche llamé a un abogado de Málaga y le conté. Me pidió que le ingresase setenta y cinco mil pesetas y me dijo que al día siguiente me enviaba la oferta de trabajo.

A los ocho, quince días el abogado me pidió otras setenta y cinco mil pesetas. Y aunque luego no me salieron los papeles, y él se me robó ciento cincuenta mil pesetas, que era lo que cobraba siempre por el trabajo, yo en el fondo se lo agradezco porque ese papel evitó que ese día me deportasen. Yo había conocido al abogado por una amiga de Málaga, que le había ayudado lo mismo.

Entonces, Manuel y yo buscamos otro piso. Era un dúplex. Nos fuimos con las chicas. Otra cosa, yo con Manuel nunca tuve un problema con las chicas, nunca jamás me dio un problema. En ese piso me iba muy bien. Las cosas con Manuel me iban de lo mejor. El tiempo pasaba y no nos enterábamos.

Mi prima

Entonces, llegó mi prima. A Manuel se la presenté y enseguida me dijo que no le había gustado. Y eso me pareció raro porque Manuel nunca hacía comentarios sobre las chicas o sobre el trabajo.

Mi prima decía que Manuel era un *picado achimba*. En el piso se pagaban cien mil pesetas de alquiler, pero era un piso muy bueno. El dueño del piso me ofreció rebajarme el alquiler si yo mantenía relaciones con él. Yo le dije que no, que qué pena, pero que no. Se lo dije a Manuel y él le cogió ya rabia al señor.

Un día cometí el error de ir a pagar el alquiler y llevar a mi prima conmigo. Ella luego fue a contarle al señor que yo tenía una casa de citas en el piso y que además Manuel no trabajaba en el arsenal, sino que se dedicaba a pasar droga, y que en el piso se pasaba droga. Yo me enteré cuando fui a pagar el alquiler al siguiente mes. El señor me lo dijo. Yo en aquel momento no sabía cómo se había enterado. Mi prima aquella semana se había ido a Santiago a donde mi amiga Sonia.

El 18 de diciembre de 2000 llegué al piso y encontré todo revuelto, toda la casa revuelta. Allí estaban el dueño del piso y su mujer revolviendo todo y buscando la supuesta droga que Manuel y yo pasábamos. Cuando Manuel llegó, yo estaba llorando. Me dijo: - Usted tenía que haber llamado a la policía, no tenía que haberles dejado organizar todo eso.

Y en enero de 2001 dejamos el piso. Y los señores se me quedaron con la fianza. Entonces, nos volvimos para el piso de la calle Real. Aquellas Navidades fueron horribles. Buscamos otro piso para vivir. Y yo regresé al de la calle Real para trabajar.

La enfermedad

Yo seguía con Manuel. Nosotros no nos casamos, pero para mí era como mi marido. Además, Manuel fue quien me hizo los papeles.

Y ahí fue que empezaron las tristezas. Yo seguía con Manuel. Empecé a enfermar de la columna. Luego llegó mi otra prima con su esposo. Vivimos juntos y la convivencia era magnífica. Ellos eran personas excelentes. Pero, yo me empecé a enfermar.

Entonces, yo le propuse a mi prima que se quedasen ellos con el piso. Fui al médico, pero a mí tan sólo me daban calmantes. Con Manuel todo era inmejorable. Cuando estaba con él sentía que podía temblar el mundo, pero que si lo tenía a él yo era feliz.

La familia de Manuel sabía que yo existía, pero no nos relacionábamos mucho porque *el que tiene rabo de paja no se arrima a la candela*. Mi miedo era que su familia se enterasen de que yo tenía un piso. Pero, yo no dejaba el piso porque tenía que ayudar a mi familia. Para mí mis hermanos son sagrados, y ellos estaban en la universidad.

Yo por aquél entonces estaba muy enferma. Además, también estaba enfermo el papá de Manuel. Yo veía a Manuel agotado, se pasaba el día de hospital en hospital. Entonces, le hice una propuesta: que yo me marchaba para Colombia durante dos meses para tratarme allí, y así él también tendría más tiempo para su padre.

El regreso a Colombia

El 6 de marzo de 2002 me fui para Colombia. Manuel me llamaba todos los días. Él también me mandó dinero durante aquel tiempo. Él era para mí la persona más buena del mundo, siempre estuvo conmigo y jamás tuvo una palabra mala para mí.

En Colombia empecé el tratamiento y comencé a mejorar. Bueno, al mes de estar en mi país ya empecé a coger el ritmo de la vida de allá otra vez. Yo le decía a mi mamá que tenía mucho miedo y que presentía que las cosas con Manuel podían cambiar a mi regreso.

De vuelta a España

El 8 de mayo de 2002 regresé a España. Manuel me vino a recoger al aeropuerto a La Coruña. Al día siguiente, él se marchó para la aldea y eso a mí ya me pareció muy raro.

Yo no quería ni quedarme acá ni regresar a Colombia. Entonces, empecé el tratamiento con una psicóloga. Y ella me dijo que conmigo era perder el tiempo y el dinero y que yo estaba muy enferma de los celos.

Manuel empezó a cambiar. Él se fue aburriendo de cómo yo le fastidiaba la vida. Andrea también habló con él. Él le dijo a Andrea que a mí me quería mucho, pero que yo estaba celosa de los fantasmas y él ya se estaba cansando.

Nosotros seguíamos juntos, pero ya no era igual. Desde ahí llegó marzo. Un día en marzo, que yo tenía tantas ganas de verlo, pero algo dentro de mí se me pasó por la mente, yo me dije nosotros ya no pasamos de una semana. Y el 13 de marzo llegó él. Venía con la cara hinchada por el dolor de una muela. A mí me llamaban por teléfono y me hablaban mal de Manuel y de su familia. Yo ya no aguantaba más aquella llamadera. Y cuando llegó él le dije: - Manuel, mire el teléfono y la cantidad de llamadas que me han hecho.

Yo llamé a María, la hermana de Manuel, para saber qué pasaba. Ella me dijo que en su casa me tenían mucho cariño. Aquel día discutimos, sin tratarnos mal, pero discutiendo. Luego, salí a la calle y lo llamé por teléfono.

Manuel siempre llegaba del trabajo entre las diez y media y las once de la noche. Y aquel día eran más de las once y media y él todavía no había regresado. Y yo lo llamé por teléfono. Y me cogió el teléfono una mujer, que no hizo otra cosa que insultarme. Me dijo: - Ya se nota que eres extranjera, lo mínimo serás una puta. Manuel no está, no se puede poner y está conmigo desde hace más de seis meses. Y colgó.

Yo sabía que mucha parte de la culpa era mía. Manuel se marchó. No se llevó nada de lo que tenía en el piso ni me entregó las llaves. Él se fue. Y yo empecé a ir para atrás. Todo me daba igual, que en el piso se trabajara, que no se trabajara... Y cuando me di cuenta el piso había bajado y me encontré cargada de deudas. Se fue Manuel y se fue mi suerte.

Por eso es que me vine de Ferrol y ahora estoy trabajando aquí en Lugo. Yo a Manuel lo quiero mucho todavía. Desde entonces mi vida ha cambiado mucho. Trabajo acá en el piso de Marta y por las noches me toca ir a un club, al "London".

Yo me enteré de que él se había quedado sin trabajo. Hemos hablado algunas veces. Yo también cuando quiero saber de él llamo a su hermana. Y esa mujer me sigue llamando. Todo esto también ha hecho mucho daño a mi familia. Han sido casi tres años de mi vida los que he compartido con Manuel. Desde eso ya no sé lo que es dormir una noche completa.

El señor de Extranjería de Ferrol, Armando, que lo fui conociendo a base de ir tantas veces por comisaría. Sí, la comisaría se había convertido en mi segunda casa. Se fue volviendo una relación como de padre e hija, aunque en Ferrol todo el mundo dice que yo me acuesto con él.

Eso acabó conmigo. Y acabó con mi trabajo. Además, uno nunca está bien como en su casa. Una se lleva tantas desilusiones en la vida... Yo siempre le he dado todos los días las gracias a Dios por haberme dado a Manuel. Él ha sido un hombre tan bueno, tan bueno conmigo... Justo, todo lo contrario que mi papá, que maltrataba mucho a mi mamá.

En Colombia, la gente de mi pueblo piensa que Manuel se murió. Yo siempre digo que se ha muerto. También en el club donde trabajo, se lo digo a las chicas cuando me ven llorar y me preguntan.

En el "London" somos unas diez chicas. Yo siempre pensaba que eso no iba a ser conmigo, lo de trabajar en un club, y sin embargo... Yo soy más de trabajar en un piso. En el club hay dos colombianas y yo trato de tenerlas a un lado. Yo mantengo sobre todo con las dominicanas y las

brasileras, y si no sola. Que también hay momentos que una prefiere o necesita estar sola. A mí las colombianas sólo me han dado problemas. Yo creo que la única colombiana buena que he conocido aquí en España es Tania. La he conocido aquí trabajando en el piso de Marta. Ella se ha portado muy bien conmigo. Es por eso, quizás, que todavía sigo acá.

Menos dos de las chicas, el resto se creen que yo soy canaria. Yo lo prefiero así, porque a las colombianas no las quieren nada bien y yo no quiero tampoco que me vayan a coger manía por ser colombiana.

En Ferrol la gente es muy amable. Pero, en cuanto a los clientes quizás sea más tratable la de Lugo. Los clientes de Ferrol son como más finos. Lo *maluco* del club es el tener que arrimársele a un cliente y que lo inviten. Pero, luego, ya en la habitación, el cliente de un club exige menos. En el piso, a veces te tratan como si no fueses humana, como si una fuera una máquina.

He cambiado mucho. Antes era muy celosa. Yo llamaba a todos los números de teléfono que le encontraba a Manuel en la cartera. Algún amigo de él, después de que yo le llamara, luego le comentaba: - Mira que te controlan... He llamado incluso a su otra hermana. Y claro, eso a Manuel no le ha gustado nada. Yo antes es que era muy prepotente, muy soberbia. Hoy en día soy mucho más humilde.

En cuanto a mi futuro, hoy no sé qué camino coger. Tengo claro que no quiero seguir en Lugo, ni seguir en este trabajo durante mucho tiempo. Me han presentado gente, he conocido personas, me han ofrecido algunas oportunidades, pero de momento yo no he aceptado nada.

ELENA

¿Por qué me vine a España?

Me llamo Elena y nací en Pereira (Risaralda/ Colombia) el 3 de septiembre de 1978. Soy soltera y no tengo hijos. No llegué a conocer a mi padre, a pesar de eso tuve una vida más o menos cómoda en mi país. Estudié Secretariado y Auxiliar Contable. Y antes de venirme para España estaba trabajando en la “Nestlé”.

Decidí venirme porque me quedé sin trabajo. No quería dejar el nivel de vida que tenía allá. Yo tenía una vecina que tenía una hija acá. También tenía unas primas. Hablé con la vecina, pero ella quería que viniese acompañando a su hijo, porque él era drogadicto y tenía muy mala fama, y si venía solo seguro que no pasaba.

Pasamos sin problemas. Yo venía con una oferta de camarera. Pero, llegué y me dijeron que el de camarera ya se había terminado y que lo que tenía que hacer era trabajar en un club. Todo eso fue en el mes de septiembre de 2001.

El ticket del pasaje lo compré con mi dinero y también una parte me lo prestó un amigo. Él también me dejó los dólares para poder pasar la frontera.

El club era deprimente. Eran unas veinticinco mujeres. Había nigerianas, brasileñas, dominicanas y colombianas. Claro, no iban a faltar las colombianas... La dueña me dijo que mirase, que o trabajaba o me marchaba. El club estaba a las afueras de Madrid. Y empecé a buscar trabajo. Tú cuando vienes acá no vienes con una mentalidad para trabajar en esto.

Empecé a encontrarme mal. Yo pensaba que era a causa de los nervios. Y me hice unos análisis. Y me salió que la niña estaba bien embarazada... Sí, estaba embarazada. Entonces, llamé por teléfono al padre, que era mi novio en Colombia. Llevábamos dos años saliendo y él me dijo entonces que me esperaba... Pero, él me dijo que ahora yo estaba en España, que ya me arreglaba yo sola.

Un día en que estaba leyendo el periódico, llamé a un anuncio y quedé con un señor. Le hice una faena... Quedé con él en una cafetería. Recuerdo que entró y era un viejo horrible, como de setenta años, y muy feo. Nada más

verme, me dijo que quería casarse conmigo. Yo le dije que sí, pero que no podía irme así. Y él me preguntó que cuánto necesitaba. Yo le contesté que veinte mil pesetas. Fue la primera cantidad que se me pasó así rápidamente por la cabeza. Y me las dio. Y yo me fui. Y hasta ahora. Cogí mis maletas en la casa y me fui a la estación de tren, cogí un Talgo y el viejo allí se quedó esperando en la cafetería.

Me marché para Barcelona. Allí viven las hermanas de mi novio en Colombia. Ellas no tenían sitio, y alquilaron una habitación para mí. En el piso había más extranjeros, habían unos tres peruanos. En Barcelona estuve aproximadamente un mes. Estuve trabajando en una casa, con unos señores. Pero, enseguida tuve un problema. Fue con el señor, que quería mantener relaciones conmigo, y la mujer se dio cuenta y entonces me dijo que lo mejor era que me marchase. Así que mi trabajo de empleada de hogar apenas me duró una semana...Hablé con la hermana del chico y le dije que me quería venir. Allí no tenía actividad, echaba las cartas y me daban algo a cambio.

Decidí abortar. Lo estuve pensando al principio, pero al final decidí abortar. Fui a un Centro de Planificación Familiar y no me costó nada. Me hicieron un montón de preguntas y me dijeron que no lo hiciese más.

Me dijeron cómo son las cosas

Me vine para La Coruña. Allí tengo a mi prima, y ella me dijo cómo son las cosas: - Aquí usted puede buscar trabajo para limpiar, pero no va a encontrar nada, así que va a tener que trabajar en esto. Yo dije: - A lo hecho, pecho. Llevaba tres meses como tan ajetreados, que ya no podía más. No quise *mariquear* más.

Me fui para el piso de “Ladys”. Allí trabajaba mi prima. Recuerdo que empecé un martes. Me dijeron que de lo que yo trabajaba me descontaban un cincuenta por ciento, porque ellos tenían que poner los anuncios, los preservativos, y por estar allí y eso. El horario era de diez a diez. La comida la tenías que llevar. No se puede cocinar por el olor a humo, así que la comida la tienes que llevar ya hecha.

Mi primer cliente fue muy chistoso. Yo no me acordaba ni de mi nombre de trabajo, que allí era Sandra, pues éramos unas diez mujeres ese día. Recuerdo que era un hombre de unos treinta y cinco años y que decía que era profesor. Yo fui muy sincera con él. Le dije que me disculpase, que yo no tenía experiencia, que estaba nerviosa y que él era mi primer cliente.

Fue muy correcto. Solamente me lo hizo y ya. Yo no movía ni las manos, ni las piernas ni nada.

Mi segundo cliente fue un hombre muy gordo. Recuerdo que no hicimos nada, porque casi no cabíamos en el jacuzzi. A mí no me gustan nada los gordos. Y yo no había estado nunca con un gordo.

Cuando llegué yo no sabía ni siquiera lo que era un griego. Sabía que, por ejemplo, un francés era una chupada, pero nomás. Con Antonio apenas había tenido una conversación sobre esos temas. En el piso de “Ladys” sólo estuve durante dos semanas. No me encontraba todavía bien del vientre. A mí si me escogían sería por lo flaca, porque yo no era de las que hacían muchos servicios. Allí había una chica que se hacía seis, siete pases. Pero, yo todos los días eran uno o dos.

Antonio es un proxeneta español. Él pretendía que yo le comprase vestidos, para el fin de año y eso. Quería que me endeudase. Y me fui del piso. No me sentía como muy a gusto allí. Después, estuve buscando un sitio para trabajar, y una amiga me recomendó un piso. Era un piso que estaba muy cerca de la estación de tren. Allí permanecí seis meses.

Clientes de la casa

Al frente del piso había una señora española. Llegué, me entrevistó. Pactamos un horario, que también era de diez a diez. Ella fue cogiendo confianza, yo también. Y el trabajo, la verdad, estaba bueno. Me hacía seis o siete pases al día. Con los clientes al principio me llevé una mala impresión. Fue el primer cliente, que quiso hacerlo sin preservativo. Le dio veinte mil pesetas a la encargada sin tiempo límite. Maite me dijo: - Tú, tranquila, que es cliente de la casa. Entramos en la habitación, lo calenté, lo lavé, y cuando cogí el preservativo, él me dijo: - ¿Tú qué vas a hacer? Y no quería ponerse la goma. Y yo le dije que sin goma no lo hacía. Y él me empujó en la cama e intentó hacerlo a la fuerza. Entonces, salí de la habitación y la llamé a ella. Claro, sentí temor como cualquiera. Yo le dije a Maite: - Oye, que él quiere hacerlo sin preservativo. Me dijo: - No, no, no, manéjalo como puedas. Pero, al final ella vino a la habitación, y él se marchó. Maite le devolvió la mitad del dinero y ya. Él le dijo: - Ya hablaremos nosotros...

Estas situaciones son frecuentes. Los clientes te dicen que son clientes de la casa, y entonces te piden que les hagas muchas cosas. En eso los hombres son muy inteligentes, saben manejar a una muy bien.

El piso en Santa Margarita

Al poco tiempo conocí a Ginés, el marido de Maite. Y empezamos a salir por la noche, a salir de fiesta y tal. Yo no sabía que ellos eran consumidores de cocaína. Y después de un tiempo, ella me propuso la idea de montar un piso juntas. Todo fue color de rosas. Yo dije, listo. Y miramos un piso por la zona de Santa Margarita. Ella me pidió que yo pusiese todo el dinero, porque me decía que no tenía, que tenía sus deudas y que las había pagado por lo que en ese momento no tenía dinero. Y fue así cómo a mí me tocó follar toda la semana. Yo tenía ilusión en lo de montar el negocio. Y el piso ya estaba apalabrado y todo.

Ginés me dijo entonces que, aunque a él no le gustaban las sudamericanas, que yo era una buena chica y que me iba a ayudar. Y me dijo que me iba a conseguir un contrato de trabajo. Recuerdo que me dijo que era amiguísimo del tipo que arreglaba los papeles en CCOO.

Bueno, nos trasladamos. Teóricamente, yo me iba a quedar las veinticuatro horas en el nuevo piso. Y organizamos la habitación. El piso no estaba amueblado, y nos tocó ir a REMAR y arreglarlo poco a poco. Y empezamos a trabajar. Al principio, el piso funcionó. Me siguió yendo bien. Nos conseguimos una chica colombiana. Se llamaba Karen y ella tenía su horario.

El dinero lo metíamos en una caja, y por la noche hacíamos las cuentas. Pero, Maite empezó a coger dinero de la caja común para sus cosas personales. Y al cabo de unos días yo le dije: - Mira, Maite, a mí no me da rollo darle algo a alguien, pero esto es parte de las dos. Ella me contestó que eso no era nada, que al fin y al cabo yo estaba viviendo allí, que no fuese desconfiada.

Y en esa semana, era como un viernes, yo saqué dinero para enviar a Colombia. Recuerdo que yo entré y me ocupé. Karen ya se había marchado. Y cuando salí de la habitación le dije a Maite: - Bueno, ahora ya podemos hacer las cuentas. Y ella me dijo: - Uy, Elena, si supieras lo que ha pasado, que creo que nos han robado. Y ella le echó la culpa a Karen. Aquello fue todo un número que montó. A Karen la despidió ese mismo día, mientras yo estaba ocupada. Le dijo que no volviera. Pero, yo luego volví a ver a la chica y me contó la verdad. Maite me dijo que lo sentía, pero que no podía responderme por el dinero. En la caja sólo quedaba un billete de cincuenta euros. A mí me robaron trescientos porque ese día había trabajado bien.

A la noche siguiente Maite y Ginés me llamaron por teléfono para que fuese de marcha con ellos. Yo me encontraba como sola, las amigas estaban con sus parejas y entonces me fui a donde ellos. Salimos. Allí fue donde me di cuenta que ellos consumían coca. A mí me lo explicaron, me dijeron que ellos así se lo pasaban bien. Me contaron su historia y ya. Yo les dije que los respetaba, pero que no quería. Y fue cuando empecé a hacer cuentas en la cabeza, cuánto cuesta un gramo de coca y eso. Yo le pregunté a un cliente y él me dijo: un gramo sesenta euros; medio gramo treinta.

Luego, ellos querían irse ya a vivir al piso. Que ellos estaban en otro lado y que estaban cansados de ir y venir de un lado para otro. El contrato de arrendamiento estaba a nombre de Ginés. Yo les dije que no había ningún problema. Nada, ellos se fueron a vivir al piso. Él, que decía que era camionero, se iba los lunes y regresaba los jueves. Yo un día le pregunté por los papeles. Y él me dijo: - Nada, tranquila, yo quedo contigo y vamos juntos a CCOO. Esa misma noche me dijo: - Ay, Elena, ven aquí, siéntate, que con lo que te voy a decir te vas a caer de espaldas. Ya fui a ver a Juan Carlos de CCOO. ¿Qué me dices si ya tienes los papeles en quince días? Yo le pregunté por los formularios. Y él me contestó que no hacían falta, que ya llevaba mis datos a la oficina de CCOO.

Esto ocurrió en mayo. Pasaron los quince días. Y entonces yo le dije: - Oye, Ginés, ¿y los papeles qué? Y él: - Tranquila, no te desesperes, que ya quedaron en llamarme de CCOO. Tú no te preocupes, que eso ya lo arreglamos.

Yo le conté todo a mi amiga Diana. Le conté todo el rollo. Lo de los papeles, y también cosas que me sucedían con Maite, como por ejemplo, cuando se me metía en la ducha. Yo le conté todo a Diana. Y ella me dijo: - No, espérese, que aquí la gente es más liberal.

Le dije a Diana que viniese a trabajar al piso. Lo hice egoístamente, no pensando en ella para que trabajase, sino para comprobar que yo no me estaba enloqueciendo.

A partir de aquí, las relaciones en el piso ya fueron mal. Yo empecé a averiguar por mis propios medios, y descubrí que a Ginés no le conocían en CCOO. Y desaparecía el dinero de la cuenta. Eran muchas casualidades. Yo, a partir de ahí, ya no creía nada. Eso fue más o menos a finales de junio. Empecé a despertar, veía que eso no tenía patas, ni para delante ni para atrás. No tenía papeles ni nada. A ese señor no lo conocían en CCOO. Y Diana se marchó también, porque veía todos los problemas que había.

Ella cogió entonces un piso con otra chica. Y yo empecé a tomarlo todo con cautela. Un día me hice un pase y cogí cincuenta euros de la caja...

Una tarde ellos me presentaron a un tipo para que se casase conmigo. A mí me dijeron que era un chico al que le gustaban mucho las sudamericanas, y él ya me empezó a tirar los tejos, a llamarme. Y a las dos semanas, el tipo ya me propuso que me casase con él para conseguir los papeles. Yo hasta hablé con mi madre y fuimos a ver la iglesia y todo. Pero, de un día para otro, el chico desapareció. Y ellos me explicaron que el chico me iba a macarrear, a llevarme para un piso para trabajar para él y que me iba a quitar todo el dinero. A mí todo me parecía muy raro, de un día para otro el chico pasó de ser amigo de ellos a convertirse en un macarra.

Yo ya me sentía amarrada de todo. Un fin de semana me llamaron para salir por la noche. Me llevaron a una discoteca. No alcancé ni a beber el medio cubata y ya perdí la conciencia. Cuando me desperté, me vi en una casa viejísima, con mucha humedad. Sentía gemidos y eran ellos que estaban allí follando como animales. Yo me levanté tambaleando. Busqué el cuarto de baño, no encontraba mis lentillas... Me sentía como machacada, los genitales, todo me escocía..., mojada, oliendo a meados... Yo no sabía lo que me habían hecho. No tenía saldo en mi teléfono, no tenía dinero. Salí y llamé con el móvil de ella un taxi. Le cogí diez euros del bolso. Eso fue un viernes por la noche y no llegué a casa hasta el día siguiente por la tarde. Ese día, cuando llegué al piso, me miró un travesti que estaba allí trabajando, me vio hematomas, y me dijo que a mí me habían forzado.

Cuando llegó Maite al piso, ella venía con un ojo morado. Y me dijo: - Ah, vaya juerga que se pegó. Yo le dije que no podía haberme emborrachado con medio cubata. Además, yo nunca me quito las lentillas. Luego, cuando vino Ginés, le vi arañazos. Y cuando le pregunté a ella que porqué tenía el ojo morado, me contestó que había sido un accidente. Y a mí me empezó a sonar todo. Yo, al principio, no caí en cuenta de nada.

Y ahí fue cuando ya ocurrió lo de los cincuenta euros. Y me fui para donde Diana. Cuando empecé a sacar mi ropa ellos estaban en la sala y me miraban con rabia. Cogí todas mis cosas y me fui.

En el piso de Diana

Allí empecé a trabajar común y corriente. Estábamos las dos y otra chica colombiana que se llamaba Erika. Se puede decir que el piso era de las dos,

porque ellas trabajaban y arreglaban cuentas. A las dos semanas ya me propusieron que fuésemos las tres socias.

Un lunes, que estaba yo haciendo la consignación en el banco de todo lo que había ganado en la semana, me llamaron al móvil, era Erika y me dijo toda preocupada que habían venido dos policías buscándome al piso. Le dijeron que si yo no me presentaba que me iban a *botar* una orden de captura. Que porqué, pues por el móvil y cuatrocientos euros.

Ya antes me habían mandado un mensaje diciéndome que me iban a denunciar a Extranjería. Pero, yo no le puse cuidado. Ellos le dijeron a Erika que yo me mostrase, que tenía que dar la cara, y me citaban en una cafetería.

Me puse muy nerviosa, estaba asustada. El novio de Diana me contactó con una abogada de La Coruña. Me hicieron un papel de convivencia con el novio de Erika para salir del paso. La abogada me cobró ciento ochenta euros, pero bueno, el ayudar a uno no tiene precio.

Incluso cogieron y llamaron por teléfono a mi mamá (consiguieron el número a través de la factura). Le dijeron que yo era prostituta y que había robado dinero. Mi mamá se puso muy mal de los nervios.

Yo cambié mi número de teléfono, lo cambié todo. Mi mamá me dijo que ella sabía que yo no era ladrona, pero me preguntó que qué pasaba con lo de la prostitución. Como decimos nosotras: de ladrona nada, pero de puta todo lo que quiera. Mi madre es muy comprensiva. Me dijo: - Elena, yo sé que tú no has cogido nada, porque tú eres mi hija, pero con lo de la prostitución ¿qué es lo que pasa? Ella lloraba y eso me partía el alma. Yo le contesté que lo había intentado por todos los medios, limpiando y así, y que todo eso no me daba nada más que para mantenerme; que de esa manera yo sólo podía vivir como vivíamos allá en Colombia; que si quería prosperar y ayudarle a ella y a la familia, tenía que seguir trabajando en esto. Ella me dijo que su amor de madre por eso no iba a cambiar, pero que tuviese mucho cuidado, por los riesgos y las enfermedades.

Yo a mi madre la llamo tres veces a la semana, para no perder ese contacto, y le ayudo todo lo que puedo. Yo le envío dinero a mi madre, y ella les da a mis primos. El sueldo de allá no alcanza para nada. Yo les mando para que coman, para que compren ropa y eso.

Un dinero que yo le envié a mi mamá, unos ochocientos euros, ella los invirtió en una visa, porque quería también venirse para España, y la

estafaron. Un tipo le vendió una visa falsa. Y yo *ahorita* no tengo valor para reclamarle ese dinero. Yo me enteré por mi tía. Ella no me ha dicho nada todavía.

A veces hasta le cuento a mi mamá lo cagaos que vienen algunos tipos acá, que los tienes que lavar antes de pasar con ellos, y lo dura que es esta vida.

En el piso de Diana estuve como unos cuatro meses, de julio a octubre de 2002. Allí éramos tres chicas trabajando: Diana, Erika y yo. Desde el principio, decidimos trabajar con ropa normal, con pantalón vaquero y camiseta, sin “uniforme”... Cada una tenía su anuncio. Y la única que vivía allí en el piso era yo, Diana y Erika se marchaban después de trabajar. El horario era de diez de la mañana a nueve de la noche. A mí no me gusta trabajar por la noche. En esos momentos, casi no se encuentra nada bueno.

Todo fue bien. Supimos manejar muy bien todas las cosas personales, nos organizábamos muy bien para la casa, un día compraba una, al siguiente la otra y ya. Y en la limpieza era igual. Pero, allí el piso se acabó porque Erika se marchaba para Colombia y estaba el contrato a nombre de su novio y tenía miedo, no se fiaba de Diana porque era muy indecisa, tenía miedo y no quiso entonces continuar con el piso. Y eso que el piso estaba funcionando bien, estábamos ganando cada una a la semana unos trescientos o cuatrocientos euros. Pero, la molestia fue esa, que él no se atrevió. Aunque, yo lo entiendo, uno no puede fiarse de todo el mundo.

En el piso de la brasileña

De ahí me fui para el piso de Claudia, una brasileña, también en Coruña. Esa brasileña era como loca, pero muy buena gente. Allí se trabajaba al setenta (el setenta por ciento de las ganancias para mí, y el treinta para ella). Éramos ella y yo. Después, también empezó a trabajar el marido, Mariano, que tiene unos sesenta años bien... Sí, es un vejete. Ella lo mantenía porque él no trabajaba, y le dijo un día que ya estaba cansada de eso y que él tenía también que ponerse a trabajar. Así que cogió al vejete, le tiñó el cabello de negro, lo depiló todo, le compró ropa guapa, unos calzoncillos apretados y unas camiseta también apretadas. Si tú lo veías te partías el culo... Porque ella es una brasileña toda grande, mide un metro setenta y cinco y así de gorda. Ella le dijo a Mariano: - Mira, ven, que vas a saber cómo se hace para ganar el dinero. Y cada día se hacían al menos un pase, y cobraban como pareja, y siempre les quedaban unos cien euros para los dos. A ellos les tocaba muchas veces fingir, porque Mariano tiene un

problema, que es que a veces no *se le pasaba*, y también a veces se corría pronto, y no controlaba eso.

En el primer pase que hicieron vino otro viejo y comenzó a chupársela a Mariano y se corrió mientras se la chupaba. Luego, Mariano se fue de la habitación y le dijo a Claudia que no volvía a trabajar en eso, que él no era ningún maricón y que no quería que le volviesen a chupar la polla.

Allí los clientes eran todos viejos. Los de ellos. A partir de entonces, Mariano sólo follaba con Claudia y no hacía nada más. Estuve tres meses en ese piso. Estuve hasta enero. Luego, Claudia se marchó a hacer una plaza a Madrid y Mariano no cogía el teléfono ni nada, y yo que ya había comenzado a trabajar limpiando no llegaba hasta las dos.

Claudia llegó como un fin de semana. Ese día yo llegué al piso a las cuatro de la tarde. Vinieron unos clientes. Era un tipo que estaba drogado. Pagó media hora y entró con Claudia y el marido. Se llevaron una botella de whisky a la habitación. Después de estar con ellos, el cliente estuvo conmigo. Entramos como a las cuatro y media, y no salimos de la habitación hasta pasadas las ocho. Teníamos que ver una película porno y tratar de hacer lo que salía en la pantalla. Pero, casi no hacíamos nada porque el tipo estaba muy colocado. Le saqué como unos trescientos euros, porque él pagaba por hora.

Al salir de la habitación, Claudia sólo me quería dar ciento cuarenta euros. Me dijo: - No, *minha filha*, así como hablan las brasileñas. Me dijo que me cobraba la botella de whisky. Y discutimos por eso. Y me fui del piso. La dejé con el anuncio puesto y todo.

“Lectura de cartas y orientación”

Y de allí ya dejé de prostituirme durante un tiempo. Duré así como diez meses. Diez meses sin trabajar. Pero, en realidad, trabajé como una burra. Todo el día limpiaba y por las tardes cuidaba una señora. Vivía en un piso normal, que no tenía nada que ver con trabajo ni nada. Y me pasaba el día trabajando en la limpieza.

Me ganaba al mes entre quinientos y seiscientos euros. Y me ganaba unos veinte euros por leer las cartas. Sí, hasta hice unas tarjetitas donde me anunciaba con mi número de teléfono: “lectura de cartas y orientación”... Me anuncié hasta en el periódico durante un tiempo, pero luego vi que eso era un coñazo. Me llamaban a todas horas. Casi todos hombres, y muchos

porque habían perdido a una chica de la que se habían enamorado y que habían conocido en un club, y querían localizarlas. Yo les leía lo que decían las cartas y les echaba algo de terapia y ya está. Aprendí a leer las cartas en Colombia, desde que tenía unos catorce años. En mi familia ya lo hacían, y yo empecé a practicar pronto.

También me llamaban mis antiguos clientes. Pero, yo ya tenía cambiado el chip. Al final, ya me estaban agobiando. Yo seguía limpiando y no solucionaba lo de mis papeles. Desde octubre del 2002 tenía novio y en esa época ya estaba muy integrada con su familia. Pero, él se enfadó conmigo porque le pedí a su cuñado que me ayudara con la oferta de trabajo. Se lo pedí porque él tenía una nómina muy alta. Y mi novio ya comenzó con lo de que yo estaba con él sólo por el interés, que cuando consiguiera mis papeles me marcharía... Y me marché. No me gustó como él sacó las uñas. Me pareció injusto. Yo ya era como su mujer, pagaba la mitad del arriendo, hacía la compra, cocinaba, lo cuidaba, etc, y mientras, él no movía el culo para nada.

Así que lo hablamos y luego rompimos. En dos días busqué un sitio para vivir. Y en noviembre de 2003 ya me vine para acá, para este piso. Yo conocía a Erika, que vive aquí, y así fue como me vine.

A principios de diciembre llamé a todos los señores con los que estaba trabajando y les dije que me marchaba, que ya no quería más, que me había resultado un trabajo mejor y ya. Yo me sentía como acorralada en ese momento, que no iba ni para arriba ni para abajo.

Me fui a hacer una plaza en Pontevedra, y me gané ochocientos euros en una semana. Luego me vine otra vez para aquí, mandé dinero para Colombia y entonces ya fue cuando me fui para Lugo.

Los pisos de Lugo

Cuando llegué a Lugo me fui para el piso de Mary. Mi prima Alejandra me dio el número de teléfono. Y yo llamé y hablé con ella. Me dijo que trabajaba al setenta. Le pregunté si había que trabajar los fines de semana, y me contestó que eso como quisiese, que no había problema. Yo me fui para allá el 2 de enero de 2004. En ese piso estuve un mes. Cuando yo llegué éramos una brasileña y yo. Mary no trabaja. Y a la siguiente semana llegó un travesti colombiano y una nigeriana. El travesti todo transformado, con unas tetas que nos dejaba a todas sentadas. Los mismos clientes de la casa se iban con él.

Allí en el piso de Mary trabajábamos todas con preservativo. Y mi prima Alejandra ya me advirtió de que si me iba para el piso de Marta, que tuviese cuidado, que allá trabajaban sin el preservativo. Después, cuando fui al piso ya me lo confirmé. Me di cuenta durante los tríos. La primera vez fue que vino un señor mayor para un trío, como el señor quería conocerme pues Marta me metió en el trío. Entramos en la habitación y cuando estábamos con las caricias, él quería hacerlo conmigo sin el preservativo. Yo le dije: - No, cariño, yo sin el preservativo no hago nada. Y él se me quedó mirando con una sonrisa toda rara, y ya cogió a Marta y la sentó encima. Allí fue cuando me di cuenta, porque Marta no usaba el preservativo con él. Yo entonces no comenté nada, seguí el rollo, con las risas, que lo pasamos muy bien y todo eso. Yo a Marta no le dije nada, me puse a pensar que era tontería. No creí conveniente decirle nada, porque Marta ya lleva muchos años en esto y ella sabrá.

En el piso de Marta ellas estaban como muy acostumbradas a hacer tríos. Y un día llegó un cliente de ella, y Marta no estaba, que se había ido, no sé, a Coruña. Él pagó por cada una treinta euros y cinco euros de propina. Tania me dijo: - Mira, él ha dejado cinco euros de propina para cada una, y tenemos que portarnos bien con él. Entramos en la habitación. Yo lo hice en diez minutos. Con el preservativo, claro. Me le senté encima, diez minutos y ya se corrió. Y él dijo: - No, me falta la segunda vez. Entonces, sonó el teléfono y Tania me dijo: - Ve, sal y contesta el teléfono. Luego, cuando entré otra vez en la habitación, el señor se estaba follando a Tania por detrás, y cuando la sacó pude ver perfectamente que no tenía preservativo. Yo luego recogí mis cosas y salí de la habitación, y me fui para la cocina. Tania me dijo, como sintiéndose culpable: - Ah, es que es un cliente tan difícil... Yo no le dije nada, me quedé callada.

Desde aquella vez, sólo hice un trío más. Pero, ya antes de entrar avisé al cliente que todo con preservativo. Recuerdo que él me sonrió en la puerta y me dijo: - Sí, claro.

Trabajar sin goma

En el último piso que estuve trabajando duré dos días. Resulta que allá también están follando sin preservativo. El otro día cuando llegué al piso, me di cuenta de que ya habían trabajado todas menos yo. Entonces, estábamos todas en la sala y llamó un cliente. La señora habló con él, diciéndole que tenía una chica nueva (se refería a mí) y le preguntó: - Ah, ¿pero tú vas con preservativo? No, es que la chica nueva va con goma.

Y ahí fue ya cuando les pregunté: - ¿Ah, pero es que aquí follan sin goma? Y la dueña y las otras me contestaron que sí. Y entonces, la dueña me dijo que si yo quería conseguir dinero que tenía que trabajar sin goma, que esos clientes eran muy limpios. Yo le respondí que no iba a arriesgar mi vida por treinta o cuarenta euros. Nada, después la chica española empezó ya a comerme el coco. Me dijo que llevaban ya años haciéndolo. La dueña hasta me comentó que tuvo una colombiana, que duró cuatro años con ella, y que consiguió casa, coche y un buen dinero. Ella me decía que todas las chicas siempre duraban años.

Yo ya he visto a gente morir de sida. Mi tío político, por ejemplo, fue uno. Yo tenía dieciocho años entonces, y el hecho de verlo así, en su lugar de trabajo, con una diarrea increíble, y que enseguida se vaciaba, fue muy traumatizante. A mí no me lo contaron porqué fue, no sé si es que iba con chicas o con chicos, pero el ver todo el proceso de cómo acabó fue horrible. Recuerdo que murió un primero de enero. Y no fue el único caso que conocí. También hubo un vecino, que era travesti y que se prostituía allá en Pereira, y que había trabajado también durante un año en los Estados Unidos. Cuando volvió ya tenía el sida y falleció al muy poco tiempo.

Yo empecé a pensar en todo eso. Yo no quise salir corriendo. No quería venirme sin dinero ese día, y tenía la esperanza de que llegara algún cliente que quisiera hacerlo con preservativo. Durante ese día hubo unos diez pases, y todos los hicieron ellas. Yo no me comí un rosco.

A mí ya no me valió de nada lo que me dijeran. El diablo es puerco y te va tentando hasta que caes. Mira, yo por un lado, pensaba en todas mis necesidades, en el dinero que tengo que enviar para Colombia; pero, también por otro lado, pensaba en mí. Entonces, esperé en el piso hasta las nueve, que es la hora de cierre allá, y me vine. Tampoco no recogí ese día mis cosas. No quería contrariarlas. Y cuando venía de regreso para casa, me acompañó la española, y vino todo el camino intentando convencerme. Ella me decía: - Mira, Carmen (la dueña del piso) te va a tratar como a una reina. También me dijo que ella iba a dejar la prostitución al cabo de un año, y que le gustaría dejar a Carmen con una persona de confianza. Yo no entiendo cómo me pudo decir eso, pues apenas me conocía de dos días. Era todo mierda. Me decía que los clientes eran todos muy limpios, y que ellos eran sólo de la casa. También, que se hacían controles de sida cada tres meses. Yo venía sin hablar nada, como acojonada, y también desilusionada.

Cuando llegué a casa se lo comenté a las chicas. Yo necesitaba hablar con alguien. A mi novio no se lo iba a contar... Cuando ellas me preguntaron

que qué tal me había ido el trabajo, pues ya les conté. Erika me dijo que buscara otros pisos, que si era la hora de dejarlo pues que lo dejase.

Al día siguiente fui a trabajar por la mañana, en el piso donde estaba limpiando. Estuve planchando, y mientras planchaba estuve pensando en todo esto. Después, por la tarde, fui al piso y Carmen me dijo: - Ah, Elenita, que bien que llegaste, que hay acá un cliente esperándote. Te vas a ganar cincuenta euros si entras con él en la habitación, pero él es “sin”... Yo le dije que no, y que yo no había venido a trabajar, sino que había venido a por mis cosas. Le expliqué que no quería arriesgar mi vida cogiendo cualquier enfermedad o el sida. Y me dijo: - Ah, ¿entonces qué voy a hacer con el cliente? Y le contesté: - Haga lo que quiera, guárdelo para otro día o páseselo a las brasileñas. Y recogí mis cosas y me marché.

A mí todo esto me dejó marcada. El pensar que necesito el dinero y que a lo mejor no es posible ejercer la prostitución sin tener cuidado, me deja un poco como depresiva. Una a veces piensa que por tener este trabajo tú ya tienes dinero seguro. Pero, no sé...

Probé a preguntar en otros pisos. Estuve en cinco. Y en todos, alguna de las chicas follaba sin preservativo. Y en la mayoría de ellos están trabajando por muy poco dinero, ganándose sólo diez o doce euros, porque trabajan al cincuenta y los pases son de veinte euros. Todo esto me desinfló un poco. Fue cuando ya me di cuenta de que todavía no había visto todo lo que tenía que ver.

Luego, me pasé un jueves y un viernes caminando y colocando anuncios en los supermercados, y también me anuncié en el periódico, en “La Voz de Galicia” y en “El Rastrillo”. Me fui a las tiendas de esoterismo, tratando de negociar con ellos, y saqué unas tarjetas anunciándome para echar las cartas. Y ya me salió el trabajo para cuidar un niño. Los anuncios dan resultado. También me llamaron para trabajar como interna, pero interna no quiero, ya tengo los otros trabajos y me va bien.

Empleada doméstica

Ahora trabajo lunes, miércoles y viernes por las mañanas limpiando. Y todos los días por las tardes, tres horas, de cuatro a siete, cuidando una niña y también haciendo algunas labores de la casa, aunque más que todo es estar con la niña. En total, me estoy ganando unos trescientos sesenta euros al mes. Es muy poco dinero. La señora, la mamá del niño, me paga sólo ciento ochenta euros. Ella me dijo que ya sabe que es poco salario, pero

que a final de mes, viendo como va el trabajo y como se va acostumbrando la niña a mí, que ya me aumentará más.

Yo también estoy pendiente de si me salen algunas horas más en otro sitio. Pero, que no sea interna. También me llamaron de Santiago para hacer una plaza, Karina, la del piso de Marta. Y no fui, porque en aquellos días estaba un poco enferma, con cistitis. Después, me enteré de la redada de la policía por el periódico. Fatal el asunto.

Mi lado oculto lésbico

Yo no sé lo que les pasa a las mujeres conmigo. En Colombia ya me pasó con una compañera del instituto. Estábamos en los exámenes finales y estábamos un día en su casa, yo había dormido con ella en la cama, claro, era mi amiga, y por la mañana al despertar comenzó a acariciarme. Me acariciaba la pierna, luego subía por la barriga y cuando se dirigía a la parte feliz yo di un salto y me salí de la cama. Ella me explicó que yo le gustaba, aunque en aquella época las dos teníamos novio. En el primer momento, yo no la quise entender, ella era mi amiga, yo creía que éramos como hermanas y ella estaba tomando las cosas por otro lado.

Y ya cuando entré en el SENA, que allí fue donde estuve haciendo secretariado auxiliar contable, con otra compañera de estudios me ocurrió igual. Recuerdo que estábamos en la fiesta de la cosecha, que es en septiembre allá en Pereira, y se hacen unas rumbitas muy buenas..., y nada, ella fue muy directa conmigo. Me preguntó que qué significaba ella para mí, y me dijo que era lesbiana y que si tendría yo algún inconveniente en conocerla a ella. Y yo, claro, los inconvenientes se los puse todos. Yo le dije que podíamos ser amigas en el sentido de compañeras de estudio, pero nada de tener una relación. A mí no me gustan las mujeres.

Luego, aquí en España me ha pasado más veces. Me ha pasado en las discotecas, por ejemplo, en Coruña y también en Ferrol. En Ferrol fueron dos chicas, tú no te lo creías, eran dos chicas así de guapas, con cabellera linda, y me entraron directamente en la barra de la discoteca. Me dijeron que les gustaba a las dos, que les gustaba mucho cómo me movía y cómo bailaba, y que me fuera con ellas, que lo íbamos a pasar muy bien. Yo les dije: - ¿Cómo así? Les dije que no, que yo tenía novio y que él estaba en ese momento en el baño. Y ya cuando él vino nos marchamos de allí. Ellas me decían: - Ah, ¿pero, tú no entiendes?

¿Será que yo tengo mi lado oscuro lésbico y que todos se dan cuenta menos yo? Allá les llamamos *areperas*. Aquí en España hay más lesbianismo, o tal vez porque la gente es más directa y en mi país lo esconden más.

Cuando entré en el piso de Marta en Lugo, ya ella me preguntó si yo hacía el lésbico, y le dije que no. Prefiero ganarme el dinero con cualquier otra cosa que no haciendo algo lésbico. Es que me repugna. Ya tuve suficiente en Coruña.

Cuando estaba en el piso con Maite yo estaba enfrascada. No podía llevar chicos al piso. Tenía que ir acompañada en todo momento por la calle de Maite, que si me podía coger la policía... Es que yo iba hasta a hacer la compra y tenía que ir con ella.

Un día vino un cliente y pidió un lésbico. Maite sabía que a mí no me gustaba. El trabajo en la habitación iba a ser supuestamente fingido. Ella me dijo: - Tranquila, yo pongo el cabello y no te toco con la lengua ni nada. Y yo le pregunté: - ¿Y por qué no lo hace con Diana? Y ella me contestó: - No, prefiero contigo, que con Diana no tengo confianza. Entramos en la habitación. Yo empecé a acariciar al cliente. Ella no fue a por él, sino que comenzó a acariciarme y a besarme en el cuello. Y me hizo todo. Fue bajándose, y me empezó a comer. Me dio con la lengua como si estuviesen pintando, unos brochazos, uy..., yo lo sentí así. Sentí una repulsión, una rabia, odio incluso. El cliente se estaba haciendo una paja y yo lo estaba mirando. Cuando vi que él se corrió, me sentí como liberada. Me dije: aquí se acabó el trabajo. Y me fui de la habitación a ducharme.

Luego, cuando salí de la ducha y me fui para la sala, apenas el cliente ya se fue. Yo le dije: - Maite, ¿por qué hiciste esto? - No, eso es cuestión del trabajo. - Pero, eso no es fingir. Yo entonces me dije: Elena, despierta. Eran ya muchas cosas, el dinero, lo que había ocurrido en la habitación...

La despedida de soltero

Un día nos llamaron para hacer un “streaptease” en una despedida de soltero. Pero, yo me acojoné y no lo hice. No me sentí con esa *berraquera* de desnudarme y bailar delante de un montón de gente.

Maite pretendía que nos vistiésemos de cuero, y que Diana fuese de ama con un consolador de cintura, y yo que fuese de gata. A mí me daba como un punto de curiosidad, pero Maite hacía hincapié en el lésbico. Nos hizo a

Diana y a mí una demostración y luego se tocaba. A Diana y a mí nos dejó flipadas.

Yo le dije a Maite que no lo iba a hacer. Ella me llamó de irresponsable, que íbamos a perder dinero y eso. Pero, no lo hice, lo del “streaptease”. Y fuimos juntas a la despedida. Diana fue la que hizo el “streaptease”. Yo le había dicho antes al chico que no podía hacerlo porque me había tronchado un pie. Y Maite vino enseguida para controlarnos el dinero, no fuera que nos quedásemos con algo. Yo lo que sí aproveché fue para hacerme unos clientes. Les di a varios el teléfono y la dirección del piso. La verdad, la despedida fue un éxito. Y al piso fueron tres chicos.

El lado más oscuro de la prostitución

Hace poco he visto en la tele el reportaje ese que dieron del periodista Antonio Salas. Yo creo que eso es el lado más oscuro de la prostitución. Ver que una chica tuvo que llegar al extremo de tener que matar a su chulo y eso..., bueno, me parece tremendo.

Lo de las famosas ya lo conocía. Yo en Colombia ya lo sabía. Eso son cosas que la gente no quiere ver. Con este reportaje la gente no va a ver a la prostituta como mala, pero sí como una víctima. Así que afecta mucho. El que es putero no va a dejarlo de ser. Pero, de pronto mucha gente se sensibiliza y dejan de acudir a la prostitución.

Yo creo que la solución sería que hiciesen contratos a las mujeres, que tuviésemos Seguridad Social y que fuese como un trabajo normal y corriente.

Lo que sale en la tele son los casos extremos. No es el día a día de la prostitución. Yo fue la primera vez que escuché algo parecido, que una mujer se viese tan acorralada que incluso tuviera que asesinar a su chulo.

ÁNGELA

La primera etapa

Nací en Cali en 1978. Siempre viví con mi mamá, mi papá, mi hermana y mi abuela. Mis papás siempre han trabajado y no mantenían casi en la casa, nomás por la noche. Era mi abuela quien nos cuidaba. Gracias a Dios, mis padres eran un matrimonio estable. Ellos siempre fueron muy responsables con la comida, con el estudio, con los gastos de la casa. No éramos de clase alta, pero vivíamos bien. Volteábamos por el centro comercial, salíamos al campo,...

Cuando fuimos creciendo, yo y mi hermana ya tuvimos noviecitos. Mi hermana es dos años mayor que yo. Pero, mi papá era muy celoso y jodidito, o sea, no nos dejaba salir a bailar. En mi país no es como aquí, que hay tanta libertad, que los niños son tan groseros, que las novias salen y se quedan en la casa de ellos. En mi casa había que llegar a una hora y listo.

Tuve mi primer novio con catorce años. Me llevaba nueve años. Él es el papá de mi hijo. Éramos del mismo barrio y nos *ennoviamos*. Él tenía una situación económica un *poquico* mejor que la mía. Duramos dos años y medio de novios. Durante ese tiempo lo dejamos en varias ocasiones, porque él era muy mujeriego, otras personas a mí me contaban. Parábamos y yo luego lo perdonaba y volvíamos a salir. Él trabajaba y trabaja todavía con uno de los hermanos en un taller.

Con quince años empecé a tener relaciones con él. Y me quedé embarazada. Me hice hacer el examen y le conté primero a la familia de ellos. Estábamos haciendo planes para casarnos y él mismo me dijo que teníamos que darle la noticia a mis padres. Yo iba todavía al colegio, pero en realidad no iba porque me quedaba en su casa. Cuando estaba *embarrigada* dejé de ir al colegio. Pero, llamaron del colegio y mi papá se enteró. Se enojó mucho y me iba a pegar con una correa. Porque allá no es como acá, que a los niños no les tocan, allá les regañan y les dan con la correa. Yo le dije que no me diese y fue cuando confesé que estaba embarazada. Mi papá entonces gritó que iba a buscar a mi novio. Ya hablamos con la familia de él. Mi papá no quería obligarnos a casarnos, pero le dijo a mi novio que tenía que asumir sus responsabilidades.

Así fue, empezamos a hacer los preparativos y nos casamos por lo civil. Claro, yo era menor... Nos fuimos a vivir los dos a un apartamento que tenía mi suegra. Todo marchaba muy bien. Hasta que un día por un

problema que hubo él decidió separarse de mí. Fue un problema de celos. Yo tenía rumores y chismes, a mi hermana le comentaron. Yo discutí con él, peleamos. Mi niño ya había nacido, tenía seis meses. Entonces, él decidió que nos separásemos y me llevó a casa de mis padres.

Yo tenía diecisiete años. Mi papá me recibió, pero me dijo que no me trajera nada de allá, nada del piso. Alfonso siempre ha respondido por el niño. En eso es un magnífico papá. Al principio, él iba a casa y hablaba con mis padres. Era como si todavía fuésemos novios. Yo le decía: hagamos los papeles del divorcio. Y él me decía que no.

A pesar de estar separados, seguíamos teniendo relaciones, estando juntos. Hasta que me di cuenta de que él andaba con viejas, tenía novias. Yo empecé a sufrir mucho, porque lo quería muchísimo. Mi papá entonces ya no volvió a hablarle. Papá lo detesta.

Fueron pasando ya los años. Seguí estudiando. Terminé el bachillerato. Empecé a estudiar enfermería... Alfonso seguía yendo a visitar al niño, respondiendo. Pero, teníamos un montón de problemas. Como seguíamos teniendo vida de pareja y él tenía otras mujeres, yo le hacía reclamos. Yo seguía muy enamorada de él. Y peleábamos por eso, por los celos. Eran tantos los problemas que teníamos que un día él conoció a una chica y se fue a vivir con ella. Estuvo con ella cuatro años más o menos. Desde que la conoció a ella, la relación íntima de nosotros se fue distanciando. Ella fue la culpable de que nos divorciásemos con papeles.

Yo tenía aún la esperanza de que las cosas podrían cambiar algún día, de que volveríamos a estar juntos para dar un bienestar a los hijos. No es lo mismo dar una estabilidad en pareja, que si está la persona sola, ¿me entiendes? A pesar de todas sus aventuras, yo mantenía esa esperanza.

Él y su familia eran distintos que la mía. En su familia eran más comprensivos. Eran una gente muy unida, siempre brindando en los aniversarios, comiendo torta, pasando un rato agradable... Por eso a mí me resultaba tan difícil alejarme de su mundo. Mi suegra me quiere como si fuese mi mamá, y yo le tengo mucho cariño. Nos teníamos mucha confianza, yo le contaba todas mis cosas. Con mi mamá era diferente.

En los momentos especiales, en las fiestas, Alfonso siempre se reunía con nosotros. Aunque estuviese ya viviendo con la mujer, él venía siempre a celebrar con nosotros y también para estar con el niño. Todo el divorcio lo hicimos tranquilamente. Cuando nos estábamos divorciando, todo el

mundo nos decía que no parecía que nos estuviésemos divorciando, sino que parecía que fuésemos novios.

La mujer de él me creaba muchos problemas. Cuando yo lo llamaba a él, ella me reclamaba y me insultaba. Un día ella me puso una demanda. Estaba llena de celos conmigo. Como problemas de viejas. Yo lo quería a él todavía. Lloraba.

Él, después de cinco años, yo lo demandé por alimentos. Me daba el dinero en mano para el niño, pero no tenía recibo. A veces se demoraba, pero era cosa de los dos. Cuando estábamos en el juzgado fue cuando me enteré de que él tenía otra hija. Justo cuando me embarazó a mí, dejó a otra mujer embarazada. Me lo confesó él mismo allí en el juzgado. Había sido con una chica que había conocido durante una de aquellas veces que nosotros lo habíamos dejado. No la tenía reconocida a la niña, pero le pagaba sesenta mil pesos al mes. La *pelada* con la que vivía tampoco sabía nada. Y tal vez no lo sepa aún.

Una vez tuvimos otro problema, porque yo le pegué a aquella muchacha. Como teníamos ese problema de que ella me había demandado y ella era la que daba los paseos, la buena, y yo la mala, un día que la vi por la calle le agarré del pelo y le di duro. Mire que yo no soy nada peleona, pero es que me tenía llena de rabia. Le di duro. Y después, esa misma tarde, él, que estaba un poco tomado, me pegó. Casi me rompe el tabique nasal. Y ese día yo lo demandé. Y él me demandó. El niño lo vio todo. Yo tenía que hablar así, con la boca abierta... Vino la policía... Pero, allá no es como acá. En mi país tiene que pasar algo gravísimo. No es como acá. Acá si hay una denuncia por maltratar a una mujer la policía llega en dos minutos. Yo lo sé muy bien, porque la semana pasada hubo un problema en casa de mi hermana, que ella se peleó con mi cuñado y luego vino enseguida la policía.

A pesar de todo, Alfonso es un hombre bueno. Tiene buenos principios, es responsable. Lo único, que es mujeriego. Fuimos incluso a terapia con psicólogos. Cuando él me pegó, mi papá quiso matarlo.

Pasado el tiempo, él se separó de aquella mujer y volvió con la mamá. Ahora nuestra relación es buena. Pero, yo ya no lo quiero. Mi hijo está con mis papás, pero él viene a visitarlo y lo saca a pasear. Yo mantengo contacto con él por teléfono. Hablamos por el niño. Hace poco le llamé porque mi mamá me ha dicho que Javier se ha vuelto un poco grosero, que no se lava los dientes... Por eso lo llamé a él. Y me dijo: - Estese tranquila.

Enfermera

Primero esperé a que mis padres le pagasen la carrera de Comunicación Social a mi hermana. Después, empecé a estudiar Enfermería. Mi hermana terminó la carrera, estuvo un tiempo trabajando y ya se vino para España. Ella siempre ha tenido la idea de viajar fuera en la cabeza. Mi hermana siempre ha sido más aventurera que yo.

Estudí los tres años. Podía haber seguido estudiando otros dos años para ser enfermera jefe, pero no me alcanzaba el dinero para tanto. Yo tenía una moto para ir a las clases y mantenía todo el día en la calle. Mi hermana cuidaba de mi hijo. Mi abuelita tenía cien años, no podía hacer nada, era como una bebecita más. Ella se murió un día de forma natural. Tenía cien años. Lo recuerdo como muy duro. Mi hermana viajaba al otro día. Eso pasó hace cinco años. El otro mes mi hermana cumple cinco años ya de estar aquí.

Yo quiero mucho a mi familia, pero más a mi papá y a mi abuelita. Ellos estaban más pendientes de mí cuando era niña, me mostraron más cariño. Mi mamá era más agregada a mi hermana.

Mi abuelita se murió. Hubo una discusión en la familia porque mi mamá les cantó la tabla a todos. Todas las responsabilidades las tenía mi papá, y nadie colaboraba. Ella les dijo a todos de qué se iban a morir. Les cantó la tabla, para que me entiendas. La parte de mi hermana fue dura, pero para mí fue más dura la muerte de mi abuelita. Mi hermana no pudo cancelar el viaje. Pasamos toda la noche velando a mi abuelita. Y a la mañana se fue mi hermana para el aeropuerto.

A mi hermana le fue bien. Nosotros allá pasando el dolor... Mi hermana también sufrió mucho. Me dijo que yo era la responsable, que tenía que cuidar de mis papás. Fue una época de mucho valor para mí, esos años que estuve allá con mis papás.

Una vecina, Clara, fue quien la trajo. Ella vive con un señor. Dicen que él es muy jodido. Mi hermana decía que acá hacía un frío horrible. Clara nomás le mandó la carta de invitación. Mi papá le pagó. No me acuerdo cuánto pagó en esa época. Mi papá fue también quien le compró el billete. Ella no vino acá con ninguna deuda.

Clara tenía una amiga colombiana que tenía muchas casas de citas. Ella ya le explicó a mi hermana cómo era todo, lo de las copas, el flirteo..., y ya

empezó a trabajar. Luego, mi hermana empezó a rodar. De Ponferrada salió a otros sitios. Pero, yo tampoco sé mucho de eso, porque no le pregunto. Después, con el tiempo conoció a Miguel, el esposo. Vivieron primero unos años juntos y ya se casaron. Ahora, mi hermana ya no trabaja en esto.

Terminé mis estudios. Empecé a trabajar en un hospital en Cali, a cuidar a personas enfermas... A veces me aburría en esos trabajos, porque la gente de las clases más altas allá en mi país son muy *cansones*, en el sentido de que son muy humillativos. Estuve trabajando como seis meses y me retiré, y empecé a buscar otro tipo de trabajos.

En esa época mi mamá salió pensionada. En Colombia en esas situaciones da derecho a que los hijos sustituyan en el puesto de trabajo de los padres. Yo alcancé esa ley, me hicieron la entrevista y empecé a trabajar en la empresa. Allí mi mamá trabajó durante treinta y ocho años. Es una empresa de plásticos. Los gerentes le tenían mucho aprecio a mi mamá. Aprendí las labores. Pasé la entrevista, todo muy bien. Allí estuve trabajando tres años. Había turno de día y turno de noche, eran de doce horas. Fuera del trabajo, a veces también salía con mis amigas, con mi hijo, etc.

El viaje

Mi hermana ya empezó a llamarme y a decirme que viniese para España, que ella me iba a meter los papeles. Mi papá también se mostraba interesado en que viajase. Pero, yo estaba indecisa. Yo no me creía el cuento de los papeles, pensaba que de pronto ella no podía hacer eso. Lo veía más difícil de lo que ella me lo presentaba. Mi hermana insistía y me decía que fuese listando las cosas.

Después de tres meses ella me envió el contrato de trabajo. Era un contrato para trabajar de doméstica en la casa del esposo de ella. Entonces, empecé a sacar toda la documentación y fui al consulado español en Cali. Me tuve que tomar unos exámenes médicos. Luego, me dieron una cita para ir a la Embajada en Bogotá. Es una cita que se consigue a través de internet.

Mi hermana me mandó dinero para hacer la vuelta de los papeles. Yo no conocía Bogotá. Viajé sola. En Colombia no es como acá, allá en mi país viajar es más peligroso porque hay mucho *malandro* y lo mismo asaltan el autobús. Llegué a la cita y me encontré con mucha gente en la Embajada. Me dieron un código y allá se quedan con toda la documentación.

Regresé a Cali. Ahí empecé a tener como más nervios porque veía todo más cerca, como que ya iba a llegar la hora. Lo de mirar por internet *es un gallo...*, porque hay muchísima gente conectada para ver lo de los papeles. Cuando salió mi número tuve que viajar de nuevo a Bogotá. Son como diez horas de carro. Cuando llegué allá eran unas colas enormes, como si fuera la gente para un concierto. Allí me encontré a una amiga. Me entregaron el pasaporte con el visado y ya.

Ya mi hermana me dijo que me enviaba el ticket y fui a buscarlo a la agencia. Fue rápido. Todo fue así a la carrera. Me tocaba viajar el diecinueve de diciembre de 2005. Entonces, ya empecé a hacer los preparativos, a hacer las compras, a ir a la empresa para renunciar a mi trabajo, me despedí de mi gente, de mis amigos, etc.

Mi papá me decía que fuera, que ojalá me fuera bien y que no fuera a pelear con mi hermana, porque nosotras siempre hemos peleado, y que nos llevásemos bien, que me estuviera tranquila por el niño. También me despedí del papá de mi hijo, poniéndole las cosas claras, y le di todas las recomendaciones, todo muy formal.

Yo con esa angustia de venirme, tan horrible. Fue mi familia a despedirme, mis primos y todo. Lloré hasta lo que no pude haber llorado nunca. Cuando llegué a Bogotá llamé por teléfono a casa. Allá esperé cuatro horas y me fui de compras en el aeropuerto. Ese aeropuerto de Bogotá es inmenso, grandísimo, grandísimo. Me revisaron la maleta, la abrieron, la olían... Impresionante. Y nomás.

En el avión un poco tensionada. Cuando llegué a Madrid miraba a toda la gente, tan diferente. Es mucho cambio. La gente tan diferente. Las viejitas con el cabello pintado... Allá conocí a otros colombianos y ellos me indicaron la puerta y me acompañaron un rato porque tuve que esperar unas cinco horas hasta coger el avión a Santiago.

Llegué a Santiago por la noche. Me fueron a buscar mi hermana, el esposo y la cuñada de mi hermana, o sea la que me hizo los papeles para venir acá. Nomás llegué al aeropuerto, ahí mismo se me acercó un policía y me pidió los papeles, desgraciao. Allá mismo le entregué el pasaporte y ya me dijo que no había ningún problema.

Cuando se abrió la puerta, mi hermana y yo nos abrazamos, y llora y llora, tantos años sin vernos... Entonces, me presentaron y nos fuimos a montar en el coche. Cuando llegamos a casa lo primero que hice fue cambiarme los

zapatos, porque venía tan cansada y con los pies hinchados. Fuimos a comer, me presentaron la familia, todos muy queridos.

Al otro día, empezamos a hacer toda la documentación. Fuimos a empadronarme, a pagar la Seguridad Social, a la policía. Sabes, al principio, el impacto es muy fuerte, como dicen acá. La comida, el clima, la gente, todo tan diferente. Aquí todo el mundo es en lo suyo, la gente no está en la calle, como en mi país. A mí me parece que aquí las personas son como duras de corazón. Bueno, no todas.

Al principio, lloraba mucho. Me hacía falta mi gente, mi niño, mis papás. Me llevaron a Cáritas y allí me salió un trabajo, pero era para fuera de Lugo. Mi hermana me decía que era demasiado pronto, que yo no conocía, y que de repente me aburría y me marchaba. Pero, al final decidí probar. Era una casa de familia en Villalba, y había que cuidar a dos personas mayores. Llegué como a la noche. La hija de ellos un amor, muy formal. Me indicaron donde tenía que dormir. Pero, al otro día decidí marcharme. Me sentía con ganas de llorar, como cuando colocas a un niño por primera vez en un jardín.

Entonces, ya vine acá. Una conocida de mi hermana, también colombiana, fue la que me dijo que sabía un sitio donde necesitaban una chica para unas cuatro horas. Y ella ya me contactó con ellos. Así fue como empecé a trabajar con la señora. Yo les expliqué que apenas sabía cocinar las comidas de acá. Pero, ellos me dijeron que no había ningún problema, que ellos me iban a enseñar. Y ya me hicieron el contrato. Marisa, la señora, tiene noventa y dos años. Es un poco como cuidar a mi abuelita, ella me la está recordando siempre. Hay que tener paciencia... Ella me dice la pequeña. Somos cuatro muchachas cuidando a la señora y yo siempre estoy a la mañana.

La prostitución

Yo estaba trabajando allá con la señora, y entonces tenía las tardes libres. Mi hermana, pues, nunca me obligó a trabajar en esto. Ella no me decía que tenía que trabajar.

Mi hermana tiene una amiga que tiene un hostal. Pero, ella antes trabajó en la prostitución y ganó mucho dinero. Ella fue quien empezó a explicarme las cosas. Yo ya la conocía de Colombia, a la amiga de mi hermana. Hablamos del tema y todo el rollo. Así me fui enrollando en el tema, con las cosas que ella me decía. Me decía que con este trabajo uno se hace su

dinerito, y que si quería podía empezar a trabajar en el hostel con ella en las tardes. Me dijo que ya me colocaba el anuncio y que me daba las gomas. También me enseñó a contestar las llamadas por el móvil.

Eso fue como en febrero de 2006. Mi hermana me dijo que si yo quería que lo hiciese por mi voluntad. Allá en el hostel el pase era por mitad, pero ella ya pagaba el anuncio. Yo le dije que cómo era. Y ella recuerdo que me contestó que no, que tranquila, que eso era como hacer el amor con el novio de uno, pues. Ella me explicó bien a colocar la goma, y me explicó todo el procedimiento, todo lo que tenía que hacer allá en la habitación. Recuerdo que me dijo que no fuera a estar sin goma, que era como hacerlo con el novio, que hay que dar unos besitos, las caricias al comienzo en la habitación...

Con la primera persona que yo pasé no era viejo ni chaval tampoco, no era feo, era más o menos guapo, y estaba un poquito como tomado, yo le sentí el olor como a trago. Fue una experiencia a la vez dura y a la vez fácil. Fácil porque estaba un poquito tomado, pero difícil porque no se vino. Corrió el tiempo y la amiga de mi hermana ya tocó en la puerta. Yo ahí mismo me paré, le dije que ya había corrido el tiempo y él entonces se vistió, y ya, colorín colorado...

Esa fue la primera experiencia. Después ya vinieron otras... Siempre me daba pena. Cuando estoy con alguien siempre me dicen que soy muy guapa. Yo, realmente, ahí me aburría en ese piso porque apenas había movimiento y estaba mucho tiempo sola viendo la tele. Además, ya empecé a tener más amigas aquí en España y también salía con un chico. Estuve allá como un mes y medio. Entonces, mis amigos sabían que yo trabajaba por las mañanas y ellos luego me llamaban por las tardes para quedar, claro, ellos no sabían... A mí me tocaba mentir.

Bueno, ahí fue cuando conocí a Fernando y a Diana. Entonces, le dije a mi hermana que no quería volver al piso. Y dejé de ir y no pasó nada. Empecé a tener más relación con mis amigos, con Diana, con Fernando, etc. Él fue el que me comentó que su mamá mantenía este piso. Incluso, un día en que acompañaba a Fernando porque él iba a hacer un mandado para su mamá, Fernando me dijo que mejor esperase mientras él subía al piso. Yo entonces me sentí mal, como que ellos no sabían quién era yo realmente, que también estaba trabajando en esto y ellos no sabían nada.

Fueron pasando los días y nos fuimos haciendo más amigos. Yo estuve en el hospital acompañando a Diana cuando su mamá se enfermó. Ellos estaban preocupados porque en el piso había problemas con las chicas y

entonces Tania y Diana me pidieron que por favor fuese al piso a echar un ojito, para saber cómo iba. Yo la vi tan angustiada en la clínica y todo, que le dije que sí. Sólo vine dos días a echar un ojo y me volví. No conocía a las chicas y me daba pesar, pues. Lo hice también para ayudar a Diana porque ella no tiene papeles y es más arriesgado para ella.

Entonces, le dije a mi hermana: - ¿Será mejor que le comente a los muchachos la verdad y le propongo a la mamá de Diana que si me puedo venir a trabajar al piso? Mi hermana me dijo que bueno, que ella ya había escuchado que el piso se movía y eso. Mi hermana había trabajado con Romelina, la hermana de Tania.

Entonces, un día le conté a Diana. Ella me entendió y me dijo que iba a hablar con la mamá y luego ya hablábamos. Yo no sabía cómo funcionaba el piso. Entonces, la mamá de Diana ya salió del hospital y vino al piso, y me explicó cómo era el piso. Aquí cada una paga el anuncio y se consigue las gomas. Tania me explicó el porcentaje de los pases. Ella me dijo que no era justo cobrar la mitad porque ella sabía lo que era estar con un tío media hora en la habitación aguantando ese mal olor, a *chucha*, a *pecueca*, y así. Ah, ella me dijo que estuviera tranquila, que nadie iba a saber nada. Porque yo le pedí mucha discreción, por mi cuñado. Él le dijo a mi hermana que no quería que yo pasase por todo lo que había tenido que pasar ella antes. Por eso todo lo hago a escondidas de él.

Gracias a Dios me fue bien, a pesar de que nomás venía a las tardes. La relación con las chicas de aquí buenas, con Tania también, porque me da confianza, me da buenos consejos. El que cambió mucho en un principio fue Fernando. Cambió un poco la amistad al principio, estaba como receloso. A él se le hizo un poquito duro.

Entonces, mi hermana y yo nos pusimos de acuerdo en contar en mi casa que yo por las tardes estoy cuidando a Tuchi, la niña de Diana. Mi cuñado yo creo que se ha tragado el cuento. A veces me dice en casa: muévase, que tiene que ir a cuidar a la niña. Yo por eso me siento mal, me da pesar contar mentiras... También me llaman mis amigas y me piden que salga con ellas a pasear, y a mí me toca también mentir y decirles que no puedo porque estoy con la niña, y ellas entonces me dicen que yo sólo estoy con Diana, que Diana, que Diana y se ponen celosas.

Yo ando a la carrera. De mi casa al piso. Es un poco estresante porque es como desempeñar dos roles. Mis amigas me preguntan cómo está Diana y a mí me toca mentir, y entonces me siento mal porque no me gusta mentir a las personas que les tengo más aprecio.

Al mismo tiempo, estoy contenta porque ya le pagué el pasaje a mi hermana, he estado pendiente de las cosas de mi familia en Colombia, aunque todavía me toca pagarle un dinerito a mi papá, que él me prestó, aunque con él no es problema.

Ahorita llevo en este piso unos cuatro meses. Aquí no sé muy bien lo que gano. No es mucho porque acá sólo vengo en las tardes. Cuidando a la señora me pagan cuatrocientos setenta euros. En el piso no hay un salario fijo, porque depende del movimiento, aunque acá sí se trabaja.

La mayoría de las mujeres que vienen acá para trabajar en esto yo pienso que lo hacen por necesidad. La gente ve un modo de conseguir dinero, como un empleo. Hace tiempo, unos diez años nomás, las mujeres venían acá para trabajar y era más fácil. En aquella época les iba muy bien. Yo creo que ahorita se gana menos dinero y el trabajo está más flojo. No conozco mucho, pero escucho hablar a la gente.

Sería mejor otro trabajo que no fuera en esto. Tantas cosas y costumbres diferentes, y llegar del avión para trabajar en esto. No, tan duro... Yo creo que no sería capaz de animar a otra persona para trabajar en esto. De decirle que viniese, que ganaría mucho dinero... No, yo no soy capaz. Sí, aquí el dinero en comparación con nuestros países es mucha plata. El salario de un mes aquí es como allá el de un año entero. Ay, yo más contenta el día que me pagaron el primer sueldo... Pero, también hay que trabajarlo. No es tan fácil...

Lo mismo hay personas que lo hacen por el dinero, como un trabajo. O sea, unas lo hacen como un medio de trabajo, pero otras lo ven más como un medio de conseguir dinero fácil. Así es como yo lo veo. Para mí, la prostitución es un trabajo temporal. No quiero trabajar en esto muchos años ni mucho tiempo. Yo no quiero estas cosas para mí. Yo quiero otras cosas mejores.

Lo más importante en este trabajo es tener cuidado con las enfermedades. Por eso siempre es recomendable utilizar el condón. El condón es muy importante, tanto para no tener hijos como para prevenir enfermedades de transmisión sexual. Acá vienen muchos clientes que te piden un servicio sin condón, y yo siempre les digo que se cuiden. El otro día llegó al piso un cliente con el pene... horrible. Yo no quise pasar. Él me escogió a mí, pero no pude hacerlo. Y pagaba buena plata. Entonces, hicieron el servicio otras personas...

Yo soy muy consciente con el tema de salud. Siempre lo tienes en la cabeza, lo del riesgo de contagio de enfermedades. No hay ningún método anticonceptivo que sea seguro al cien por cien, a lo sumo un noventa y cinco por cien. Y entonces, el otro cinco por ciento, ¿quién lo acredita?

El problema es la necesidad y el dinero, las circunstancias de cada persona, que es cuando entonces algunas no se cuidan. Hay muchas que acceden a hacerlo sin condón cuando conocen a un hombre que les ofrece confianza. Pero, yo no accedo. Sé que todos van a su calle, y el hombre es hombre...

Ahorita mismo acaba de llamar un viejito con una vocecita..., y que quiere sin condón. Yo le he dicho que acá en el piso no se folla sin condón. Y él que me da cincuenta. Acá vienen viejitos ya con una pata en el cementerio. Claro, el hombre es hombre...

Trabajando en esto he hecho cosas que no conocía. He pasado con otras chicas a la habitación. Son cosas que has visto sólo en las películas. Pero, si trabajas en esto las experimentas por ti. Sí, creo que una aprende. Pero, en la vida también vas aprendiendo, no sólo por estar en este trabajo.

El dinero que te da la prostitución, claro, es una ventaja. Pero, también es una ventaja el que trabajando en esto conoces a más personas, digo, a hombres. Otra es que aprendes como cosas nuevas sobre lo que es el mismo vínculo, como por ejemplo, que vienen viejitos, hombres casados con problemas con sus esposas, vienen chavales, viudos, etc. Y uno se adapta a las personas y a sus problemas. También comprendes sus ideales, sus necesidades, o sea, las cosas de porqué lo hacen. Yo lo veo en el sentido humanitario. Pero, desde luego, la prostitución es una gran ventaja para conseguir dinero. Aunque, no todo es tan fácil, porque a la vez es duro.

Lo que es más *maluco* es pasar con gente que no sabe tratarte bien. Yo pienso que no hace falta el ir a la universidad o tener títulos para saber tratar a la gente. Pero, algunos te hacen pasar un mal rato. Aunque, no todos son así. También hay personas muy educadas, muy limpias, que saben tratarte supremamente. Hay de todo. Eso es como el que es grosero y el que no lo es; como el que roba y el que no.

Trabajando en esto consigues dinero y el dinero te ayuda a suprimir algunas necesidades que tú tienes o las de tu familia o de tu comunidad. Eso es muy reconfortante y te da mucha satisfacción personal. Y nomás.

IARA

Infancia

Nací en Brasilia el 26 de enero de 1975. Mis padres se separaron cuando yo tenía seis años. Tengo dos hermanos, un chico y una chica. Yo soy la del medio. Vivíamos en Brasilia. Tenía una infancia muy normal. Mi madre trabajaba mucho en la peluquería, no tenía apenas tiempo, siempre estaba muy cansada.

Éramos una familia de clase media. Aunque, es muy distinto hablar de clase media de aquí o de Brasil. Es muy diferente. Mi padre siempre estaba borracho. Pegaba a mi madre, la amenazaba, le decía que la iba a matar, cosas así... También nos pegaba a nosotros. Llegaba a casa y nos pegaba.

Infancia de eso de que nos llevaran al parque y eso, no, no hemos tenido. Cuando mi madre no aguantaba más fue que decidió separarse. Es cuando nos vamos a vivir a Mato Grosso del Norte, en Alta Floresta. Allí mi madre conoce a un tío, que era un poco psicópata, sabes... Él nos obligaba a masturbarlo a mí y a mi hermano... También, sabes que hacía, al mismo tiempo que nos hacía eso también nos traía regalos. Pero, mi hermano cuando tenía unos doce años ya no aguantó esa situación y se lo contó a mi madre. Pero, mi madre no se lo creyó. Pasamos así unos cuatro años.

Al final mi madre lo descubrió y se separó. Luego, ella se volvió a casar, bueno, a vivir con otro hombre... Pero, éste era muy autoritario y también era muy agresivo con nosotros. Nos trataba mal, siempre con frialdad y como si nosotros fuésemos sus esbirros. Mi madre estuvo con éste unos ocho años.

Fui creciendo, creciendo... Al mismo tiempo, yo era una niña rebelde. Era muy rebelde. Tenía amigos que a mi madre no le gustaban nada, no iba al colegio, etc... Mi madre también era autoritaria y era violenta. Nos pegaba mucho. Pero, todo lo que hacía era por nuestro bien. En ese sentido era muy buena madre.

A los trece años conocí a mi ex marido. Yo pensaba que si me casaba me iba a convertir en una persona independiente. Y perdí la virginidad con él. Y lo hice a propósito... Aunque, fue un desastre mi primera vez. Él tenía veinticinco años. Fue junto a mi madre y se lo contó. Él era de Altamira, en el Estado de Pará. Y supongo que se lo contó por una cuestión de

mentalidad, el honor, la responsabilidad y esas cosas... Y entonces, mi madre me obligó a casarme.

Matrimonio

Fue un matrimonio horrible. No teníamos vida conyugal, de pareja, ni nada. Yo no sabía lo que era eso. Él me pegaba y también salía con otras mujeres. No tenía ningún sentido de la responsabilidad familiar.

Estuvimos juntos durante diez años. Increíble... Luego, mi madre se vino para Goiânia, y en aquella época mi marido se marchó a trabajar a un *garimpo*. Entonces, se quedaba hasta treinta días en el *garimpo*, y me dejaba sola con la niña.

Yo no podía estudiar. Él era un hombre muy celoso y también muy ignorante. Pero, yo estudiaba igual. Tenía una amiga, que era mi vecina, y se quedaba con la niña, y así yo podía ir a la escuela mientras ella se quedaba con mi hija. En la escuela yo no decía que estaba casada porque me daba vergüenza. E incluso hice mis amigas y todo... Y una vez que fui a la discoteca con ellas, un amigo de mi marido se lo contó y él vino y me pegó una paliza. Me rompió los brazos y todo... ¡Qué paliza me pegó! Luego, en el hospital dijo que yo me había caído, que había tenido un accidente. Pero, tú ya sabes cómo es eso en Brasil, que pagas un dinero y queda ya todo arreglado...

A los quince años tuve a mi hija. Yo era una niña todavía. No tenía ni tetas siquiera, y la gente venía a verme en el hospital. Él quiere mucho a la niña. Aún hoy mantiene relación con ella. La verdad, es que siempre ha sido un buen padre y ha querido a mi hija. Cuando ha estado presente siempre ha estado con ella, la consentía mucho. Le llevaba siempre los regalos de cumpleaños... Lo que ocurría es que en casa estaba muy poco tiempo. Él todavía hoy está trabajando en los *garimpos*.

El *garimpo*

Cuando yo tenía dieciséis o diecisiete años mi marido me llevó al *garimpo*. Allí los mosquitos casi me comen. Yo era una mujer que había nacido en la ciudad y ahora tenía que vivir en la selva. Él me llevó porque se enteró de que yo había salido con mis compañeras.

En el *garimpo* yo tenía que cocinar para una docena de *garimpeiros*. Y allí pasé dos malarias. El *garimpo* estaba en Pará y yo tenía que ir en una avioneta, que era tenebrosa y que tardaba más de una hora desde Mato Grosso hasta el *garimpo*.

Un día él cogió a la niña de paseo y se la llevó a casa de su madre en Santarem. Entonces, me cogió la depresión y comencé a salir y beber alcohol y me enganché a los somníferos. Pasaban los días y yo cada vez iba a peor. Y luego vino mi hermano y me metió en una clínica para desintoxicarme. En la clínica estuve seis meses. Después, también seguí el tratamiento ambulatorio, con un grupo de terapia y comencé a relacionarme con gente sana. Y fui a buscar a mi hija a casa de mi suegra y la convencí para que me dejase traerla. Hoy mantengo todavía una buena relación con mi suegra.

Un hombre bueno

Después, conocí a otro hombre, un español de cincuenta y cinco años. Yo tenía entonces dieciocho. Él vivía en Cuiabá y trabajaba en la industria maderera. Tenía mucho dinero. No se creía que yo pudiese quererlo. Claro, por la diferencia de edad... Pero, yo, sinceramente, lo quería. No era un capricho. Yo le quería porque era un hombre bueno, un hombre totalmente distinto a todos los hombres que yo había conocido en mi vida hasta entonces.

La prostitución

Vine a España a prostituirme y a ganar dinero. Brasil está muy mal porque hay unas pocas personas que tienen dinero y el resto son pobres y pasan hambre. Yo decidí viajar por mis problemas económicos. El dinero me lo prestó la dueña de un club en Badajoz, que fue el primer sitio donde trabajé. Sabía perfectamente a lo que venía, pero me omitieron muchas cosas y en ese club me sentía como en una cárcel.

Excepto esa primera vez que trabajé en un club, después siempre he trabajado en pisos. Estuve en el piso de “Barbies” en Coruña. Tania me había dado el teléfono. Yo llamé al tío y me dijo que sí. No me gustó nada. Era un agobio. Un espacio muy pequeño y allí estábamos doce chicas. “Barbies” tiene dos pisos. En el otro piso sólo hay cuatro chicas. Pero, yo allí sólo estuve un día. Tenías que hacer una foto y a mí no me apetecía. Y también hacía mucho frío.

Antes trabajé en San Sebastián en un chalet. Allí era una cosa muy organizada. Cada chica tiene su taquilla para guardar sus cosas, sus horarios, etc. Yo le dije a Ángel, el dueño de “Barbies” que el trabajo estaba bien, pero que yo no acababa de sentirme bien porque no conseguía sentirme bien conmigo misma.

Sabes, en esos pisos de “Barbies” se trabaja muy bien. Pero, es un poco estresante. Allí llevas un ritmo muy intenso. Pasas con muchos clientes. No duermes y no sales fuera.

Los servicios mínimos son aquí en Lugo de treinta euros. En Pamplona, en el País Vasco son el doble. Casi en todos los sitios son así. Es aquí en Lugo donde los precios son más baratos. También es cierto que allí los clientes son más raros, más viciosos digamos, tienen muchas fantasías... Y allí se consume mucha droga. Y también tiran mucho de las tarjetas, hasta que acaban el saldo. Yo he estado hasta doce horas con un cliente... Y también allí, por ejemplo en Pamplona, se hacen muchas salidas. Aquí en Lugo no. Algunos clientes llegan allá con un montón de objetos, así, con complementos... Aquí no. Aquí los clientes son como más normales, más tranquilos.

Ahora, tengo que tomar una decisión. No sé si quedarme en Lugo o irme para Mérida. El problema es que yo allí tengo una relación con un chico. Pero, no funciona bien... Le estoy muy agradecida porque él me ha ayudado con la obtención de mis papeles y ha estado conmigo. Pero, yo no le quiero. Lo quiero como a un amigo. Pero, sólo eso. Además, es que somos incompatibles. Mira, a él le gusta por ejemplo, salir todos los fines de semana, y a mí, en cambio, me gusta más quedarme en casa porque soy una persona más tranquila. Tenemos gustos muy diferentes.

Me gustaría montar un piso aquí en Lugo. Esta ciudad me gusta, es tranquila y yo aquí trabajo bien. Pero, no quiero coger chicas. Lo que buscaría sería un piso para trabajar yo sola, o con Tania. Pero, no cogería a otras mujeres. Sí, eso es lo que me gustaría, tener un piso para mí y poder trabajar de manera tranquila y discreta.

Y ahora tenemos que interrumpir porque viene un cliente y tengo que pasar...

FERNANDA

Infancia

Tengo treinta y nueve años y nací en una ciudad del nordeste, en el Estado de Piauí. Pero, de muy pequeña me fui para São Paulo. Tenía sólo cinco o seis años, así que tengo muy pocos recuerdos de allá. No conocí a mi padre, yo vivía con mi madre, cuatro hermanas y un hermano. Vivíamos en el mismo centro de la ciudad. Éramos muy pobres, mucha pobreza y muy triste, con mucho sufrimiento. Que yo recuerde no tuvimos apenas *brinquedos* durante nuestra infancia, y *apanhávamos muito*. Mi madre era una persona muy ignorante, con poca cultura. Es que mi madre se *envolvía com homes, bebida...* Mi infancia fue sólo con mis hermanos, que éramos muy unidos.

Comencé a trabajar con diez años. Era en la cocina de un bar. Era tan pequeña que me colocaban cajas de bebida para que pudiese llegar al mostrador. Y luego tenía que fregar hasta las seis o siete de la tarde. Mis hermanos igual. Que yo recuerde todos teníamos la misma vida. Siempre había también algunos vecinos que nos ayudaban, algunas personas como el dueño del bar donde trabajaba que siempre me compró el material escolar, y que me daba comida para mí y para mis hermanos, que yo llevaba a casa al terminar de trabajar. Porque era un bar que daba comidas y el dueño era una buena persona. Además, sólo me dejaba trabajar si yo estudiaba. Allí estuve trabajando casi dos años.

Nosotros, todos los hermanos, éramos los que controlábamos y organizábamos nuestra vida cotidiana. A veces, cuando llegábamos a casa nos encontrábamos a algún hombre que se había quedado por la noche con mi madre. Una vez, un hombre de esos quiso molestar a mi hermana y entonces mi hermano Braulio le dio un golpe de *faca*. Ese fue el origen de que mi familia se separara. Yo tenía entonces once años. A mi madre le quitaron la custodia y todos nosotros nos fuimos a vivir con unos parientes. El juez ya conocía a mi madre, y aquello fue definitivo. A cada uno de nosotros nos llevaron a casa de unos tíos diferentes.

A mí me llevaron para el interior de São Paulo con unos tíos. Ellos ya tenían hijos, pero bien, me cuidaron como pudieron. Estuve viviendo allí unos cuatro años, hasta que cumplí los quince. Seguí estudiando igual, para mí era una prioridad porque sabía que sin estudios uno no consigue nada en la vida y tampoco se consigue trabajo. Además, yo ya había aprendido

mucho de la vida que me dio mi madre y aprendí que con la ignorancia no se va a ninguna parte.

Adolescencia

Después, a los quince años, ya me vine para São Paulo y me fui para casa de mi hermano mayor, que ya vivía solo. Luego, también vino a vivir con nosotros mi hermana. En casa de mi hermano estuve hasta los diecinueve años. Mi vida era trabajar y estudiar.

Trabajé de cajera en un supermercado, después hice un curso de hostelería y también trabajé en un hotel. Trabajaba durante el día y estudiaba por la noche. Sí, era muy cansado, y además era lejos. Tenía que cambiar de autobús dos veces. A veces llegaba a casa a la una y luego me tenía que levantar a las cinco para volver a trabajar. Aprovechaba y llevaba algo del material de la escuela al trabajo y así adelantaba, aunque también a veces aprovechaba para dormir... Sí, la hostelería tiene esas ventajas, me encerraba en una habitación y dormía.

Así viví hasta que conocí a una persona. Y me fui a vivir con él. Y con él estuve viviendo durante veinte años. Mucho tiempo, verdad.

Mi esposo

Cuando me fui a vivir con él sólo cambié de calle, porque Antonio vivía muy cerca. Estudiaba en la Universidad, en la Facultad de Administración de Empresas, y yo entonces estaba preparándome para comenzar también los estudios universitarios. A mí me hubiera gustado estudiar Hostelería o Administración de Empresas, pero no era posible que comenzáramos una vida familiar juntos y que estudiásemos al mismo tiempo los dos en la universidad.

Decidí entonces que él siguiera estudiando en la universidad y que yo trabajara en casa. Sí, en Brasil también hay universidad pública, pero es muy difícil entrar. Fuimos a vivir a una casa de alquiler. No teníamos nada, no teníamos ni muebles. Compramos un despertador, una plancha y un colchón. Imagina. Tampoco teníamos coche. Y así, poco a poco fuimos comprando algunas cosas.

Dejé mi anterior trabajo y me cambié de empresa. Con el dinero que conseguí con el Fondo de Garantía terminé de arreglar las cosas de casa, compré un teléfono y también un *carro velho* para que él pudiese ir a la

Facultad, porque para él era muy difícil llegar del trabajo y luego tener que ir a la Facultad.

Yo seguí formándome. En Brasil el sistema de hostelería varía mucho, debes actualizarte continuamente y hacer un montón de cursos y controles de calidad, porque sino luego no entras en el mercado. Así comenzamos a vivir. Y poco a poco nos fuimos acomodando. Y de ahí fui construyendo mi vida de casada, pensando en conseguir una vida mejor para nosotros dos.

A los veinte años tuve a mi único hijo. No estaba programado, porque todavía no estábamos muy bien económicamente. Mi marido tenía dos trabajos y todo transcurría bien, tuvimos una vida muy buena durante los primeros años. Estábamos muy unidos, teníamos muchos proyectos y muchos sueños, aunque cada vez iba quedando más distante mi proyecto de ir a la Universidad.

Con el transcurso del tiempo, después de nacer mi hijo, fue cuando crecieron las responsabilidades y las dificultades. No sé cómo, Antonio fue desanimándose, y yo, sin embargo, asumí todas las responsabilidades de casa. Él se quedaba sin trabajo y yo entonces tenía triple jornada, me tocaban prácticamente todas las responsabilidades de casa. Mi marido todavía hoy no sabe hacer un huevo cocido, ni sabe cuánto cuestan unos calcetines o unos calzoncillos. Claro, que eso es culpa mía también, porque le dejé que se acomodara. Yo hacía todo por ellos y claro, así es muy fácil.

Teníamos poco tiempo para vivir la vida de casados, la vida de marido y mujer. A los siete años de casados tuvimos las primeras desavenencias y nos separamos durante una semana. Antonio se marchó para la casa de sus padres. Después, él volvió a casa y estuvimos un tiempo más o menos bien porque conversamos mucho. Así seguimos viviendo juntos durante dos años y medio. Luego, tuvo un hijo con otra mujer y no me dijo nada. Fue la propia madre de su hijo la que vino a mi casa. Para mí fue un golpe muy muy grande, porque hasta entonces yo confiaba en él. Esa mujer vino a mi casa porque quería que Antonio reconociese la paternidad de su hijo.

Para mí fue un sentimiento inexplicable, no sé cómo explicarlo, pero fue algo *muito ruin*. Hablé con ella y me contó cómo sucedió todo. Mi marido me dijo que no era cierto. Él había tenido alguna aventura esporádica, pero nada más, nada serio. Me aseguraba que aquel hijo no era suyo. Yo entonces me ofrecí para pagar la prueba de paternidad. Y él me decía que era ridículo, que estaba gastando el dinero tontamente. Al cabo de quince días tuvimos el resultado en una clínica privada. Fueron los quince días

peores de toda mi vida. Durante ese tiempo mi marido insistía e insistía que era una tontería, que yo tenía que confiar en él. Y yo confiaba en él.

Fuimos a la clínica Antonio, la madre del niño y yo. Cuando salió el resultado fue..., él no tuvo nada qué decir, sólo lloraba, y yo también lloraba de decepción. Me pasé aquellos quince días de expectativa sufriendo, y él siempre: te juro, te juro..., que allá es una palabra *muito forte*. Entonces, cuando salió el resultado ya no pudo contestar más nada. Fue horrible. No sé. Algo en mí cambió totalmente. Y fue cuando nos separamos por segunda vez.

Estuvimos alrededor de dos meses separados. Y volvimos a conversar. Él me venía a buscar todos los días y me juraba su amor. Yo también sentía su falta. Hablamos e hicimos un pacto, que seguiríamos juntos pero que no compartiríamos la misma cama. Yo necesitaba saber qué era lo que realmente sentía, si era rabia o qué. Y así estuvimos unos cinco meses durmiendo en camas separadas, pero haciendo también vida en común. Hasta que un día, en que ya pasado todo aquel momento de rabia, decidí que sería bueno darle una última oportunidad. Pero, ya no era la misma cosa. Intentábamos tener una relación normal de marido y mujer, pero ya no era lo mismo. Era entonces el año 1995.

Desde 1995 a 2002 la vida fue un intento de recuperar mi matrimonio. Pensaba que era importante para mi hijo, para Antonio, para mí. Pensaba totalmente en la familia. Pero, todo era muy difícil. Al final, él reconoció a aquel niño, y desde entonces le pasa una pensión mensual, que se la quitan directamente del sueldo. Yo incluso le animaba a que fuera a visitarlo. En esos instantes fue cuando me di cuenta de lo importante que es la vida de familia para las personas. Él ahora no tiene apenas contacto con su hijo y es una lástima, porque es un niño muy bonito y la familia es muy importante. Es tan hermoso ver a un padre jugando con su hijo a la pelota, tomando un *sorvete* juntos, y así... Para mí la familia es sagrada, es una institución muy importante. Tal vez porque yo no tuve familia...

Cuanto más intentaba yo salvar mi matrimonio, él me traicionaba de nuevo. A finales de 2002 Antonio conoció a una *garota* de veinte años, que trabajaba en la prostitución. Él la sacó de la prostitución y le puso una casa. Le daba todo, la trataba como a una reina. Y fue entonces cuando empezó a faltar dinero en casa. Y yo, sola, desempleada y manteniendo la escuela para mi hijo.

Yo entonces tenía muchos prejuicios acerca de la prostitución. Pensaba que todas las prostitutas eran mujeres perezosas y *vagabundas*, y que era una

vida fácil para las mujeres que no tenían valor de afrontar la vida. Pensaba que la mujer que se prostituía era una mujer inútil, que le gustaba lo que hacía y que no se preocupaba de nada más. Desde luego, ahora no pienso lo mismo. Ahora creo que, salvo excepciones, en este trabajo hay muchas mujeres que llegan aquí por las circunstancias o por la fatalidad, y que no tienen realmente elección.

Tuve muchos problemas económicos porque él ya no me ayudaba nada. Incluso hasta faltaba comida en casa, algo que no había pasado nunca. Y siempre me mentía y me decía que no tenía dinero para nada. Se lo había gastado todo. Fue luego cuando descubrí que Antonio había abierto una empresa con un tío de la chica. Yo no sabía nada. Y volvieron todas las desconfianzas. Descubrí todas las mentiras. Descubrí que la casa que mantenía para aquella *menina* estaba mejor que la mía. Y el descubrir que era una mujer de la vida..., eso fue lo peor para mí. Para mí eso fue muy cruel. Me di cuenta de que yo también había sido una prostituta para él. Eso me dolió mucho. Y fue el fin.

Hay muchas cosas que una mujer llega a hacer con su marido para conservar el matrimonio. Yo me volví hasta liberal, tuve que abrir mi mente para muchas cosas. No fui una esposa cerrada, con prejuicios, no. Yo pensaba que en la relación de matrimonio íntimo todo es válido y pensaba además que era necesario.

No me hubiese dolido tanto si él me hubiese cambiado por otra mujer u otro hombre. Pero, por una prostituta..., para mí fue muy duro de asimilar. Actualmente hablo con muchas mujeres que son prostitutas y me comentan que algunas cosas que yo hacía con Antonio ellas no se atreven a realizarlas. Antes yo también intercambiaba mucha información sobre comportamiento sexual con otros matrimonios.

Estoy segura de que aquella mujer no hacía algunas cosas, y que no le hacía disfrutar tanto. Por ejemplo, el sesenta y nueve, el sexo anal, hacer una “española”, etc... Yo pensaba antes que una mujer tenía que darle todo a su pareja para así mantenerlo satisfecho. También pensaba que a un hombre si se le daba todo en casa no necesitaría buscar nada fuera. Sin embargo, hoy tengo claro que los hombres buscan y procuran todo dentro y fuera, que les da igual, que aunque la mujer se esmere luego se va a marchar igual a buscar otras mujeres y a tener otras experiencias fuera de su casa.

Cuando descubrí todo aquello me puse enferma y decidí poner fin a mi matrimonio. Pero, me resultaba difícil porque él siempre me estaba buscando y llamando, aunque ya se había marchado para la casa de la otra

mujer. Fue casi un año de encuentros y desencuentros, todo con mucho sufrimiento. Y yo sabía que la cosa no podía seguir así. Él viviendo con otra mujer y llamándome por teléfono de madrugada para decirme que quería volver, o viniendo a casa con la disculpa de que quería ver a su hijo. Y siempre acabábamos o discutiendo o en la cama. Era una situación muy confusa, como loca.

Bandidos en São Paulo

Conozco a gente del PCC en São Paulo desde hace ya mucho tiempo. Los tipos del PCC son la banda de traficantes de drogas principal de São Paulo, como es el "*Comando Vermelho*" en Rio de Janeiro. Yo los conocía porque fui líder comunitaria en mi barrio y allí era donde organizábamos las escuelas de samba. Y los del PCC participaban de todo eso.

A mí no me gustan las cosas que hacen, pero los respeto y yo soy muy respetada también por ellos. Sí, ellos son bandidos, trafican, beben, matan, van a las fiestas y si quieren a una chica no preguntan, la cogen y dicen: ésta es la mía, y se la llevan con ellos y ya está. Yo no comparto ninguna de esas cosas, pero reconozco que también hacen cosas buenas por la comunidad, y si una familia no tiene condiciones la ayudan. De alguna forma, ellos cuidan y protegen a la comunidad.

Pero, yo también me hago respetar. Una vez, en una de las celebraciones de samba que habíamos organizado en el barrio, llegaron unos del PCC y venían armados. Sí, ellos siempre van armados, pero yo no consiento eso en nuestras celebraciones. Cuando me enteré, cogí, fui y hablé con ellos. Les dije: - Aquí ustedes son siempre bienvenidos, pueden beber cerveza, bailar y escuchar música, pero los hierros esos que traen los cogen ahora mismo y los dejan fuera. Yo los conocía. Son chicos jóvenes, como la mayoría, pero algunos muy peligrosos. Ellos me dijeron: - ¡Fernanda! no te enfades, no te pongas así, que no pasa nada, nosotros vamos a dejar las armas fuera ahora mismo. Y eso hicieron. Y luego volvieron a entrar y estuvieron allí participando de la fiesta, bebiendo cerveza, escuchando la música y aplaudiendo, todos tranquilos. Después me dijeron los compañeros: - Fernanda, tú estás loca, cómo te enfrentas a los del PCC. Y yo dije: - No me enfrento, sólo les digo las normas que hay aquí y tienen que respetarlas, como todo el mundo. No puedes tenerles siempre miedo, al fin y al cabo, son unos chicos. Y a mí me respetan porque yo hago un trabajo por la comunidad, y eso ellos lo ven y lo entienden.

Pero, claro, siempre tienes que tener cuidado. Recientemente, por ejemplo, mataron a un periodista de la “Rede Globo” que estaba haciendo una investigación en un barrio de *favelas*, pero eso ocurrió también porque aquel tipo entró directamente en la zona y sin pedir permiso a los jefes. Y fue por eso que lo mataron. Si tú, por ejemplo, vas a hacer un trabajo o una investigación, antes de nada tienes que intentar conocer quiénes son los jefes o líderes en ese territorio, y una vez que lo sabes debes pedir previamente una entrevista con esas personas. Luego, ellos irán a hablar contigo y te preguntarán qué es lo que quieres hacer allí, y si tú eres una persona que va a hacer un trabajo sobre la comunidad ellos seguro que lo van a valorar positivamente y te dirán *tudo bem*, siempre y cuando seas discreto y no te metas en sus asuntos.

Yo les tengo una especial consideración a los del PCC sobre todo desde lo que le ocurrió a mi hijo justo unos meses antes de que me viniese para España.

Mi hijo ya lleva un tiempo saliendo con una chica que tiene un hijo. Ella es una buena chica, pero anteriormente estuvo envuelta con un individuo, puro bandido, que es el padre del niño. Ese hombre estaba en la cárcel, pero al cabo de un tiempo salió y entonces un día en que estaba actuando el grupo de mi hijo en una fiesta, apareció allí. Cuando ellos estaban en un descanso de la actuación, cogió ese individuo y se metió allí, y le tocó así con el dedo en la espalda a mi hijo, diciéndole que saliera que tenía que hablar con él. Mi hijo no lo conocía de nada y confiado, pensando que se trataba de una persona que le tenía que decir algo importante, cogió y salió con aquel tipo. Ya fuera le dijo:

- ¿Sabes quién soy yo?
- No
- Soy el marido de Jacinta
- No, no puede ser, porque con Jacinta estoy yo. No sé quién eres.
- Pues, soy el padre del pequeño
- Bueno, pero ella ahora está conmigo. Yo no tenía ni idea de tu existencia, así que déjame en paz.

Entonces, mi hijo comenzó a caminar y le dio la espalda, y aquel tipo fue y le pegó así en la cara. Le rompió las gafas y los cristales le dañaron el ojo. A consecuencia de eso, mi hijo sufrió varias operaciones de cirugía y perdió parcialmente la visión del ojo. Más tarde, vinieron los del PCC y me dijeron: - Fernanda, tienes que hacer algo con ese desgraciado, nosotros vamos y lo matamos. Yo les dije que no, que yo iba a denunciarlo a la policía, que si ellos tenían problemas con él que hiciesen lo que les diese la

gana, pero que no contaran conmigo para nada, que yo no quería mandar matar a nadie.

Después de aquello, intentamos arreglar el asunto por la vía legal. Fuimos a la policía y colocamos una denuncia. Pero, nadie hizo nada. Así que luego, sí que ya les dije a los del PCC que le envasen un recado de mi parte a aquel individuo. No quería que lo matasen, tan sólo que le envasen el siguiente recado: que si se acercaba una sola vez a menos de cien kilómetros de mi hijo lo mataría. Claro, el tipo aquel era tan desgraciado y bandido, que ni siquiera los del PCC lo querían. Al PCC no le gustan los individuos que arman camorra, que hablan demasiado y que crean problemas, porque luego es cuando atraen a la policía. Lo que quiere el PCC es controlar el tráfico y mantener a la comunidad tranquila.

Le debieron de dar una buena paliza, porque al cabo de unos días ese desgraciado vino corriendo y se me acercó, se puso de rodillas ante mí y llorando me pidió que por favor les dijese a los del PCC que lo dejaran en paz, que él sólo quería vivir y que se marcharía lejos, que por favor le perdonase. Jamás he vuelto a ver a ese hombre. Simplemente, desapareció.

Así que lo que no conseguí por medios legales lo resolví de otro modo. Es por eso que digo que yo respeto a los del PCC. Ellos me ayudaron desinteresadamente a solucionar el grave problema que ocurrió con mi hijo.

Mi hijo sigue con esa mujer, y ahora me ha dicho que quieren casarse. Él va a hacerse cargo del niño y todo. Yo le he dicho que no me parece buena idea, que tan sólo tiene diecinueve años. Pero, él parece decidido. Por otra parte, a mi hijo le acaban de dar una beca en la Universidad por tener las mejores calificaciones de su curso, y estoy super orgullosa de él, y también muy contenta porque ahora no voy a tener que pagarle los gastos de la Facultad, porque allí es una Universidad privada. Estoy muy contenta y sé que mi hijo es una persona decidida y muy responsable.

Josimar

Por increíble que parezca, yo tenía una amiga de la infancia, Josimar, que ya estaba en España y que cuando se venía para São Paulo se hospedaba en mi casa. Ella fue quien me invitó a venirme para España. Josimar venía a mi casa de vacaciones porque estaba separada de su marido y siempre que venía a São Paulo se hospedaba en mi casa o en la casa de otra amiga común que tenemos. Sabía todo acerca de mi vida y fue por eso que quiso ayudarme.

Josimar me dijo que aquí en España se vive mejor, que yo podría venir a su casa en Lugo, que me ayudaría a encontrar empleo en una casa de familia y que sería todo muy fácil para mí. Era una mentira *muito grande*. Pero, para mí en aquel momento era una salvación. Yo veía a España como un paraíso. En aquellos días me encontraba enferma, sin dinero y sin rumbo, entonces para mí aquella propuesta fue la salvación.

Hablé con mi hijo. Él cuestionó la idea varias veces y me preguntó si estaba segura de la oferta de trabajo. Desde que Josimar marchó no cesaba de llamarme por teléfono animándome para que viniera. Al cabo de un mes tomé la decisión. Mi hijo, que incluso habló con ella por teléfono preguntándole si era cierto que tenía un contrato de trabajo para mí, no estaba del todo convencido.

Saqué el pasaporte y reservé el pasaje. Compré un poco de ropa, un *casaco* más pesado, y saqué todo el dinero que tenía ahorrado. Mi hermana me prestó un poco de dinero que me faltaba. El billete me costó dos mil ochocientos reales, y era São Paulo/ Madrid/ Santiago. En São Paulo también cambié dinero, unos novecientos veinte euros para traer para acá.

Viajé con otra mujer con la que me encontré en el aeropuerto de São Paulo. Ella también dependía de mi amiga, y al igual que yo, no sabía nada. Antes de viajar, Josimar nos dio instrucciones: teníamos que comprar el billete para llegar a Madrid en fin de semana; teníamos que coger un vuelo que llegase a Madrid de madrugada (porque llega mucha gente que luego están allí esperando para hacer conexión, y cambian los turnos de la policía, como ellos no tienen tanta paciencia para preguntar a la gente entonces te sellan rápido el pasaporte y chao); no debíamos traer neceser (porque lo utilizan siempre las prostitutas); y si la policía nos preguntase algo teníamos que decir que no sabíamos hablar nada de español.

Todo transcurrió tranquilo. Llegamos a Santiago a las 08:40 horas de la mañana. A la 09:00 llegó ella con un español y nos trajeron a las dos en coche para Lugo. Josimar se mostró muy contenta de que estuviésemos allí. Yo entonces le pregunté: - Josimar, ¿vas a llevarme a la casa de la mujer? Y ella me contestó: - No, quédate en mi casa, porque esa mujer no quiso esperar y cogió a otra chica, pero no te preocupes porque el lunes ya busco otra casa de familia para ti. Yo dije, bien. No desconfiaba nada. Éramos amigas y había intimidad entre nosotras. Me dijo que podía quedarme en su casa tranquilamente, que me quedase un tiempo descansando y que luego ya me encontraría un trabajo.

Después de llegar a Lugo fui descubriendo que Josimar trabajaba de peluquera en los clubes de prostitución. Como ella ya trabajaba de peluquera en Brasil, me pareció normal. Yo no quería quedarme sola en el piso y entonces comencé a acompañarla a los clubes. Me quedé aterrorizada, pero ella actuaba con total normalidad. Fue así como empecé a tener contacto con las chicas.

Al cabo de quince días empecé a buscar trabajo en el periódico. Contacté con la hermana Esperanza¹⁰ y ella me ayudó para ir a las entrevistas. Me compré un móvil para poder dejar a los posibles empleadores. Pero, pasaba el tiempo y no conseguía nada. Algunos me llamaron pero no me querían porque no tenía papeles o me ofrecían como mucho doscientos setenta euros. A mí todo esto me parecía muy raro. No entendía que Josimar no tuviese contacto con su hermana ni tampoco con otras cuatro o cinco mujeres que habían venido a Galicia a través de ella.

Una tarde conseguí quedar con Jacqueline, la hermana de Josimar, y fue cuando me dijo:

- Tú, ¿de verdad no sabes lo que vas a hacer aquí?
- No
- Pues aquí de empleada doméstica no vas a encontrar nada, porque no tienes papeles. Aquí Josimar te va a poner a trabajar en un club, como a todas las que han venido por ella.

Para mí fue un auténtico shock. Imagina... Volví a casa y le pregunté directamente. Ella me dijo que sí, que todas mis amigas estaban trabajando en clubes, que aquí la vida era muy difícil.

- ¿Por qué me has mentado?
- No, Fernanda, lo que pasa es que tienes que tener paciencia. Mientras que no consigas un trabajo fijo tú tienes la oportunidad si quieres de trabajar temporalmente en esto.
- No, yo no voy a hacer eso.

Al día siguiente fui con otra chica a Extranjería para pedir información sobre si ellos nos podrían pagar el viaje de regreso. Mi billete ya había caducado. Josimar siempre me había insistido en que no cambiase la fecha

¹⁰ La hermana Esperanza, miembro de la congregación religiosa de María Inmaculada, es la fundadora de un programa de ayuda de búsqueda de empleo para mujeres inmigrantes en la ciudad de Lugo. Se mostró siempre muy activa en su labor filantrópica y gracias a ella muchas inmigrantes de todas las nacionalidades encontraron aquí su primer empleo, normalmente en labores domésticas, limpieza, cuidado de personas dependientes y también en la hostelería. A finales de la década, ya anciana, fue relevada de su puesto y otra persona sigue desempeñando el programa.

del billete, que era una tontería y que además tendría que pagar una multa de cien euros. En Extranjería me dijeron que no podían ayudarme.

Luego, le dije a Josimar que, por favor, me buscara algo para poder trabajar, que necesitaba dinero y que mi hijo dependía de mí. Y Josimar me llevó a un club, al “Erótica”. Me dijo que allí el dueño me iba a buscar un trabajo de cocinera dentro de unos días, y mientras tanto tenía que trabajar algo... Fue entonces cuando el dueño del club me dijo que tenía que pagarle la deuda del pasaje, que él le iba a pagar a Josimar. Me quedé estupefacta. Le dije: - No, yo no debo nada, yo he venido con mi propio dinero. Y el dueño del club se quedó todo contrariado, cogió el teléfono y llamó a Josimar. Le llamó de cabrona e hija de puta, que cómo le había engañado. Después, me dijo que estuviese tranquila, que yo podía hacer lo que quisiese, que podía quedarme o bien marcharme. Le contesté que me marchaba. No quería quedarme allí, no quería darle esa satisfacción a Josimar. Yo me iría a trabajar en la prostitución por cuenta propia. Fue así como pensé.

Se lo conté todo a mi hijo. Le dije que estaba desempleada, pero que estaba con amigos, que estuviese tranquilo, y que no estaba trabajando en la prostitución. Mi hijo, mi hermana y hasta mi ex marido me ofrecieron ayuda. Todos estaban muy preocupados y querían enviarme dinero.

Fue un amigo *veadinho*, Mario, quien me ayudó. Él estaba trabajando en el piso de Romelina y también había venido a Lugo a través de Josimar. Estuvo trabajando durante tres meses limpiando, de peluquero, de todo, para pagar la deuda. Mario, mi amigo de São Paulo. Él me envió un taxi y así fue como llegué al piso de Romelina.

En el piso de Romelina

Fue allí donde comencé a trabajar en la prostitución. Recuerdo que llegué sobre las doce de la noche y me encontraba triste, enferma... Yo ya conocía a Romelina. Me la había presentado Mario un día en que fui a visitarlo. Por eso decidí ir al piso a trabajar.

La primera impresión que tuve al llegar al piso fue la de falta de higiene, de cuidado. Y me sentí incómoda. No es que yo venga de un ambiente de lujo ni nada, pero para mí la higiene es algo muy importante. Por eso me deprimió. Venía de todos los problemas con Josimar, y la verdad, el ambiente no ayudaba nada.

La primera noche tuve que dormir con una chica colombiana en la misma cama. No conseguí dormir nada. Luego, conocí a Sandra. Ella se dio cuenta de que yo no había dormido en toda la noche y me preguntó que qué me pasaba, si necesitaba alguna cosa. Le dije a Sandra que era que no estaba acostumbrada a dormir con personas extrañas. Ella entonces me ofreció su habitación, al fondo del pasillo, y me dijo que me acostase, que ella no se iba a acostar en todo el día. Así que me fui para su habitación y estuve durmiendo durante todo el día. Después, por la noche, Sandra me dijo que si quería podía dormir con ella. Me dijo: - Mira, yo soy pequeña y no me muevo mucho durante la noche, así que si quieres puedes dormir aquí. Acepté, y aunque no dormí mucho, estuve más tranquila.

Al día siguiente vino Romelina y me explicó las normas de la casa, cómo funcionaba todo: los precios, la parte para la casa, el anuncio que ella cobraba, el butano, etc. Luego, llegó un cliente y Romelina me preguntó: - Fernanda, ¿te vas a presentar? Yo le contesté que no y le dije que no me encontraba bien. Romelina me dijo que bueno, que no pasaba nada. Romelina fue una persona muy amable conmigo y me dio buenos consejos. Me decía que esto era duro, pero que era así y que tenía que luchar, que ya vería como todo iba mejor.

Sandra también se portó muy bien conmigo, incluso me pagó el anuncio, aunque Romelina no me pidió nada, decía que ya lo pagaría cuando trabajase. Ellas me ayudaban y yo lloraba mucho, porque en aquellos días estaba todavía con muchos problemas en Brasil con mi ex marido, sabiendo que aquella mujer estaba en nuestra casa, que prácticamente estaba viviendo allá. Llamé por teléfono a mi cuñada, que siempre estuvo a mi favor, a mi hermana y también a mi suegra. Les dije que si Antonio quería vivir con aquella mujer que entonces se fuesen los dos de casa y que entregase la llave. Porque mi ex marido está viviendo allá de favor. Y me prometió que nunca iba a meter a ninguna mujer en la casa. Pero, no lo cumplió. Yo con todos estos problemas. Mi hijo se estaba volviendo agresivo, porque no aceptaba aquella situación. Yo ya le había contado lo que me había ocurrido con Josimar, que ella había intentado colocarme en un club para trabajar en la prostitución. Mi hijo me decía que regresase a Brasil y yo lo tranquilizaba diciéndole que estaba bien, que había conseguido un trabajo en una casa de familia. Además, aparte de todo eso, sufrí un desarreglo nervioso y me bajaba la regla cada diez días. Y no sabía caminar con tacones, ni maquillarme. Las chicas en el piso se reían. Uff, casi me vuelvo loca...

Y al sexto día vino un loco que me escogió. Hasta las chicas se quedaron sorprendidas. Yo no sabía ni lo que tenía que hacer con aquel hombre.

Recuerdo que era un joven alto y guapo. Después descubrí porqué me escogió a mí. Yo no lo entendía. Las chicas se quedaron con la boca abierta. Sandra no podía creérselo. Me decía: - Fernanda, pero mira, ¡qué hombre más guapo! Lo que a aquel chico le atrajo de mí fue la *bunda*. Lo que buscaba era apalpar un gran trasero, por eso me escogió. A ese hombre lo que le gustan son los culos grandes, no es que sea adepto al griego. Estuvimos en la habitación una media hora. Apenas hablamos. Yo me quedé tan callada que él me preguntó un par de veces si me molestaba alguna cosa. Esa media hora me pareció una eternidad.

Fue Sandra la que me enseñó los secretos de la profesión. Me dijo que hay hombres que te distraen, se quitan el condón y luego te penetran sin condón. Me aconsejó que nunca me colocase debajo del cliente, porque entonces siempre te dominan. Y muchas otras cosas: que aunque el cliente pague media hora no es necesario aguantar al tipo encima todo el rato; que puedes utilizar la posición de cuatro patas y así se corren más rápido, aunque suele ser más dolorosa, pero a veces vale la pena; que también hay que tener cuidado porque los hay expertos en quitarse el condón y desde la posición de cuatro como tú no puedes ver al cliente él puede aprovecharse de la situación, así que tienes que vigilar de vez en cuando o pasar la mano por el miembro para verificar, aunque lo mejor es colocar el condón e introducir el pene tú misma, etc.

Poco a poco comencé a trabajar. Fui aprendiendo un poco, me fui soltando. Y un día coloqué un anuncio con foto. Al principio, cuando me escogían los clientes las chicas en el piso lo celebraban, aplaudían y me gritaban: - ¡Dale, Fernanda! o - ¡Fernanda está aprendiendo! No sé cómo me escogían los clientes, porque hasta el día de hoy no sé nada sobre seducción. No, soy terrible para eso.

Es por eso que siempre gané más dinero en el club que trabajando en piso. En el club tú puedes charlar con los clientes, mientras que en el piso es más importante la seducción. Yo me identifico más con el trabajo en el club. Aunque, si en el piso colocas un anuncio con foto, el cliente ya viene con un objetivo fijo y ya no es tan importante la seducción.

Estuve trabajando en el piso de Romelina un mes y medio. Luego, Sandra se marchó y yo allí me quedé un poco perdida, porque era totalmente dependiente de Sandra, y ella también se había hecho un poco dependiente de mí hasta el punto que quería que me fuese con ella. Le dije que era mejor que se marchase, que yo ya estaba demasiado dependiente emocionalmente de ella, que después de un tiempo tal vez podríamos compartir un piso. Entonces, Sandra se marchó para ir a trabajar a otro

piso, y me llamaba por teléfono todos los días. Sandra me echaba mucho de menos. Nosotras en el piso dormíamos en la misma cama y ella lloraba en mi hombro porque tenía graves problemas emocionales, dependía mucho de las drogas y yo la escuchaba y la aconsejaba, la entendía y la trataba como a una hija. No somos lesbianas, que quede bien claro en esta historia...

Mi relación con Romelina durante el tiempo que estuve en el piso fue muy particular y estrictamente de negocio. Con las otras chicas apenas tuve relación. Sólo me relacioné con Sandra, estábamos siempre juntas, tanto en el piso como fuera. Para mí lo más importante del piso fue llegar a conocer a Sandra. Yo no tenía nada y ella me lo daba todo y me ayudaba. Me preguntaba: - Fernanda, ¿qué quieres comer hoy?

Recuerdo una noche que estábamos en el piso, así todo muy oscuro. Yo estaba mirando para Sandra y ella sentada, con el cigarrillo en la mano y comenzando a llorar.

Allí en el piso había una brasilera, Isabella, que era la que le suministraba la droga a Sandra. Cuando Sandra me conoció, comenzó a alejarse de Isabella. Es por eso que Isabella desde entonces me odia. Sandra trabajaba directo. Es la chica que más ha trabajado en el piso de Romelina. Recuerdo un día que se hizo hasta veinticuatro pases. Por eso, porque trabajaba muchísimo, a Romelina no le gustaba, porque Romelina al trabajar también en el piso perdía dinero con Sandra.

Un día Sandra me llamó por teléfono y me pidió que me fuese a vivir con ella. Y decidí marcharme. A Romelina eso no le gustó demasiado. Fue así como me marché para el piso de la calle Río Sil.

Más consejera que prostituta

El piso de Río Sil no me gustó porque había dos brasileras que llevaban el piso de una manera muy desorganizada. Una de ellas tenía un novio español que era traficante de drogas, y se pasaban más tiempo consumiendo y drogados que trabajando. Se dieron cuenta enseguida de que a mí no me gustaba aquel ambiente.

Sandra y yo éramos las que colocábamos los anuncios. Allí se vivía más para las drogas que para el trabajo. Sólo estuve un mes. Como apenas trabajaba en el piso, comencé a ir al “Lexis” por la noche. En el piso,

Sandra y yo comenzamos a tener miedo. El salón siempre estaba lleno de gente drogándose. Por eso, quisimos marcharnos de allí.

En el mismo edificio había otras brasileras que iban a desalojar el piso. Nos pidieron la fianza y Sandra le dio a una de las chicas seiscientos sesenta euros en la mano. Yo no estaba el día de la negociación. Y perdimos ese dinero. La chica se marchó con los seiscientos sesenta euros y el dueño del piso no pudo hacer el contrato. Hasta el día de hoy no volvimos a saber nada. Cuando Sandra me lo contó yo me desesperé. No tenía más dinero para pagar el alquiler del piso. Y Sandra tampoco. Y como el dueño no recibió el dinero no podía hacer el contrato.

La primera vez que fui a trabajar a un club fue cuando fui al “Lexis”. Fue horrible. Tenía ganas de salir corriendo. Todas las chicas eran jóvenes, delgadas y guapas. Yo me sentía mal, me sentía la peor de todas. Si esas chicas jóvenes trabajaban poco, imagina yo.

Cuando llegué al club, me dieron una habitación. Me quedé en la habitación unas dos horas. Estaba muerta de miedo. Después, bajé al salón. Y Claudio, el encargado del club, se me acercó y vino a hablar conmigo. Yo le dije que siempre había trabajado en pisos, que no sabía cómo trabajar allí. Él me comentó que allí en el club no estaba permitido a las chicas beber alcohol, pero que conmigo iba a hacer una excepción para que me calentase el cuerpo y perdiese el miedo. Claudio es colombiano, muy buena persona. Yo necesitaba dinero. Me acababan de robar parte con el alquiler del piso. Claudio me indicaba con qué clientes podía yo tener suerte. Me decía: - Ve, acércate a ese, que le gustan mucho las novedades, las mujeres nuevas.

En el “Lexis” estuve trabajando una semana. Me venían a buscar en una furgoneta que iba llena de mujeres, casi no podías respirar, era horrible. Recuerdo aquella primera noche en el club. Yo estaba sentada, encogida. Fue cuando conocí a Joise. Una cosa que me resultó desagradable allí fue que estaba lleno de jóvenes brasileras y ninguna me hizo caso ni se me acercó para hablar conmigo. Sólo estaban allí en un corro, observándome, haciendo bromas y riéndose. Se burlaban de mí.

La única que vino a hablar conmigo fue Joise. Me dijo que las cosas en los clubes son así, que existe mucha competencia y que raras veces te encuentras a una persona que te ayude en el trabajo. Me dijo que esas chicas eran así, pero que no hiciese caso. Y que prestase atención a cómo hacía ella para aprender cómo funcionaba el trabajo en el club. Yo, todavía hoy, no sé trabajar en un club. Me quedo hablando todo el rato con el

cliente y no me sale el decirle: -¡Vamos! Sino que espero a que me lo pida él. Y esa no es forma de trabajar en los clubes. Para trabajar en un club tienes que permanecer despierta, acercarte al cliente, pedir que te invite a una copa y después para subir a la habitación. Y listo.

Mi mejor noche en el “Lexis” fue aquella primera noche. Joise me animó para que fuese con un cliente de la casa. Aquel cliente estaba sufriendo entonces problemas amorosos. Me dijo que no le apetecía subir, pero que me invitaba a una copa. Y empezó a hablar, hablar. Y yo escuchando. Nos tomamos cuatro copas y terminamos los dos casi borrachos. Al final, subimos a la habitación y me pagó una hora y media. Fue gracioso. Y es que ya me tienen dicho muchas veces que soy mejor consejera que prostituta.

Después de aquel cliente, tuve otros dos. Las dos primeras noches fueron las que mejor trabajé. Tuve la ayuda y los consejos de Claudio y de Joise. Durante la segunda noche me quitó más de quinientos euros. Pero, a partir de entonces, el trabajo en el club empezó a declinar. Y yo si voy a un club, como necesito dinero me motivo y trabajo, pero luego ya me desanimo.

Desde que llegué a España tenía mi regla en un descontrol total. Me venía cada quince días y con un flujo muy fuerte. Imagina, cómo era el trabajar así.

Pasada una semana en el “Lexis” me bajó la regla, y entonces le dije a Claudio que no iba a trabajar así jodida. Al cabo de unos días, me llamó y le dije que no podía ir a trabajar porque todavía estaba de regla. Él me dijo entonces que no volviese. Claro, no me creyó... Está acostumbrado a que las chicas lo engañen. Pero, esa misma noche me llamó Alberto, el dueño, y me dijo que podía ir a trabajar al club siempre que quisiese, que cuando estuviese mejor podía ir. Yo creo que fue Joise que habló con Alberto.

Pero, cuando me recuperé no quise volver al “Lexis”. En el piso de Río Sil había una chica que siempre me estaba diciendo que podía ir a un club que se trabajaba muy bien, y que allí ganaría mucho dinero. Fue así como fui al “London”, el club de Arcadio. Cuando llegué no me gustó el ambiente. Había africanas, colombianas y dominicanas. Yo era la única brasilera. Las únicas que me saludaron fueron las dominicanas. Sin embargo, las africanas se me quedaron mirando y me vigilaron durante toda la noche, cualquier movimiento que yo hacía me estaban observando. Yo tenía miedo de flirtear con los clientes y que pudiesen ser de ellas.

En el “London” sólo estuve tres noches. Allí hay una televisión y todas las chicas se quedaban allí mirando, hasta que llegaba un cliente. Y Arcadio empezó a flirtearme, y a acariciarme, y con la mujer colombiana allí de recepcionista. Estaba aterrorizada. Pensaba que en cualquier momento me iban a dar una paliza las colombianas, las africanas o tal vez su mujer.

De cocinera en “El Rayo de Luna”

En aquellos días yo siempre andaba preguntando a las chicas por si conocían de algún trabajo. Y una de ellas, Amanda, fue la que me consiguió el contacto con Ramiro. Entonces, él vino al piso de Río Sil y me ofreció un trabajo de cocinera. Vino acompañado de Paula, su mujer colombiana. Me ofreció trescientos euros. Le dije que era muy poco, que con esas condiciones no era posible. Eran doce horas y el salario era muy bajo. Entonces, Paula sugirió que yo fuese a vivir al club, así no tendría que pagar el alquiler del piso, y además si quería podía también trabajar en el salón y todo lo que ganase sería libre para mí. Y acepté.

Sandra y yo cogimos las maletas y nos mudamos para “El Rayo de Luna”. Allí estuve trabajando durante unos cinco meses. Los primeros días me sentía un poco insegura, porque nunca había trabajado antes de cocinera, y me daba miedo. Pero, poco a poco me fui adaptando, aunque el primer mes fue duro. Tenía que organizarlo todo: la comida, los horarios de descanso, etc. Mi jornada era de mediodía a la noche. Los días que no iba a trabajar al salón, me levantaba más temprano. Pero, aunque me fuese antes a la habitación, hasta que cerraba el club no podía dormir debido a todo el barullo de las chicas y de los clientes.

Me llevaba bien con todas las chicas. Todas me respetaban, sabían que yo era la cocinera aunque también fuese a trabajar en el salón. Allí conocí a Patricia, a Camila, a Bruna, a Isabel y a muchas otras. Trabajé bien allí, pero con el paso del tiempo llegaron los problemas y las confusiones. A mí aquello empezó a estresarme demasiado y a sobrepasarme. Todo empezó desde que llegó Paula al club, que era la mujer colombiana de Ramiro. Y fue porque yo le dije a Patricia que era mejor para ella que se marchase del club, porque lo iba a pasar muy mal, porque a pesar de que Ramiro le había prometido a Patricia que ella era la única y que con la colombiana ya todo se había acabado, después cuando llegó Paula él volvió con ella. Y eso que un día nos reunió a todas las chicas en el salón y nos presentó a Patricia como su mujer, dispensándola de trabajar. Pero, Ramiro es muy mentiroso, no es que sea una mala persona, pero su problema es que se enrolla con tres

o cuatro mujeres a la vez y miente compulsivamente. Miki siempre decía que estaba enfermo de la cabeza por eso.

Recuerdo que Patricia estuvo llorando toda la tarde, destrozada. No sabía qué hacer ni a dónde ir. Desde entonces, el ambiente en el club se fue deteriorando y también las chicas empezaron a marcharse. La culpa sólo fue de Ramiro. El ambiente se puso tan tenso que Ramiro y Patricia casi llegan a las manos. Primero, Ramiro le dijo a Patricia que podía quedarse mientras no encontrase un piso. Pero, después, al rato volvió y le dijo que tenía que irse ya. La puso así, en la carretera. Yo pienso que aquello fue por las presiones de la colombiana. Y fue entonces cuando Ramiro intentó agredir a Patricia. Pero, me interpose yo en medio y le grité a Ramiro, le dije que era un cabrón y un hijo de puta, y que no iba a permitir que maltratase así a una compatriota en mi presencia. Después, se calmó todo un poco. Pero, fue horrible y Ramiro estaba como una furia, perdió los papeles completamente.

Nunca lo había visto comportarse así, de esa manera tan desagradable. Le llamé de todo. Además, en aquel momento, fue gracioso..., acababan de llegar al club tres chicas brasileras que venían del “Clangor” y al ver todo aquello volvieron a coger las maletas y llamaron a un taxi para marcharse. Dijeron: - No, aquí no nos quedamos, qué va. Así que aquella noche Ramiro se quedó prácticamente sin mujeres, porque las brasileras que acababan de llegar al presenciar todo aquello se regresaron, y Miki, Camila y Patricia se marcharon también.

En el club se quedaron sólo Bruna, Isabel, la rumana y Edson, el hermano de Sandra, que entonces era un problema y que yo también me sentía responsable porque había sido yo quien le había pedido a Ramiro que lo metiera en el club. La culpa no fue de Paula. Ella ya estaba cansada de Ramiro y lo único que quería era trabajar. Pero, era Ramiro quien quería volver con ella. Y por eso ocurrió todo así, de aquella manera.

Abel

A Abel lo conocí como cliente en “El Rayo de Luna”. Siempre venía acompañado de su amigo Javier y se quedaban en una esquina charlando con la camarera. Un día me acerqué, lo saludé y me quedé así, en medio de los dos, sin saber para qué lado coger, qué vergüenza. Como su amigo era más bromista, y Abel hablaba poco y era más serio, me quedé con él. Pero, aquella noche apenas nos entendimos. Me dijo que no quería hacerme perder mi tiempo, que no iba a subir a la habitación, pero que me invitaba a

una copa. Estuvimos dos horas conversando. Y de repente me dijo: - ¡Vamos! Y yo, que ya casi me había olvidado de todo, le contesté: - ¿A dónde? Y fuimos para la habitación.

Después de esa noche me encontré con él una tarde en una cafetería en Villalba. Yo estaba tomando un café y él estaba allí con sus amigos, y entonces vino la camarera y me dijo que yo estaba invitada. Le contesté que no, que no quería ser invitada y pagué mi café. Como él me estaba sonriendo, allí con todos sus amigos, pensé en ese momento que se estaba exhibiendo ante mí y malinterpreté sus intenciones.

Esa misma noche vino al club y le preguntó a Jacqueline, la camarera colombiana, por mí. Entonces, fui a hablar con él. Le dije que no tenía porqué invitarme, que yo dentro del club era una prostituta, pero fuera del club no teníamos porqué mantener ninguna clase de relación. Esa fue la vez que peor lo traté.

Pero, él siguió viniendo al club. Poco a poco me fue cautivando. Me parecía un hombre raro, porque me invitaba a una copa pero me respetaba. Una noche me dijo que si quería podíamos ir a cenar juntos. Yo le contesté muy grosera, porque estaba cansada de tantos hombres que sólo quieren llevarte a cenar para luego follar por la cara. Pero, Abel era diferente, un hombre bueno y respetuoso. Y desde entonces salimos juntos, y hasta hemos hecho planes de matrimonio...

Cuando Abel venía al salón nos pasábamos toda la noche charlando. A veces, se le acercaban otras chicas, normal, a los clientes les gusta variar y conocer chicas diferentes, pero él les decía que no, gracias, que él sólo venía por una amiga, por Fernanda.

Una noche vino y me dijo que era su cumpleaños. Me preguntó que cuánto costaba salir del club para que le acompañase, porque quería que pasásemos la noche de su aniversario juntos. Yo pensaba que estaba de broma y comencé a seguirle la corriente, y a inventarme un montón de cosas. Le dije que para que saliese con él esa noche tenía que ir primero a la recepción y pagar trescientos cincuenta euros. Él dijo: - Uff, es mucho dinero. Pero, salió y al cabo de un rato regresó. Yo no podía creerlo, pensaba qué hombre más raro. Y fue, pagó el dinero y salimos. Pasé muchísimo miedo. Sólo conseguí volver a respirar a la mañana siguiente. Antes de salir, les pedí a Sandra y a Ramiro que por favor me llamasen cada cinco minutos por teléfono. Tenía muchísimo miedo, pensaba qué será lo que querrá hacerme este tipo. Luego, fuimos a un bar, y allí la gente comenzaba a mirarme, y él como se dio cuenta de que no me sentía a gusto,

me dijo que mejor nos íbamos a otro sitio. Después fuimos a la playa fluvial y estuvimos un rato en el coche. Y ya nos fuimos para un hotel.

Abel se gastaba mucho dinero conmigo. Y yo también me daba cuenta de eso. De la misma manera, me daba cuenta de que yo le gustaba. Pero, yo también comencé a sentir algo por él. Fue, sobre todo, porque era un hombre muy respetuoso, siempre me respetaba. Eso fue lo que rompió todas las barreras.

Desde entonces somos novios. Aunque, a veces también discutimos. Yo quiero estar con él, pero, no sé, a veces veo ya cosas que me recuerdan a mi anterior relación con mi marido en Brasil. Y no quiero ir por ese camino. Son cosas, pequeños detalles, pero a veces pienso que estoy yendo de nuevo por el camino equivocado.

Buscando trabajo

Me marché de “El Rayo de Luna” porque ya no estaba aguantando más el caos que allí había. Me estresaba y me deprimía mucho, y por eso me fui para el piso.

Ramiro anduvo después comentando por ahí cosas malas de mí, difamándome y calumniándome. Yo le dije que porqué hacía eso. Pero, él no habla cosa con cosa. Es mejor olvidarlo y no darle importancia.

Estuve dos meses en el piso sin hacer absolutamente nada. Sólo buscando trabajo. Durante ese tiempo me llamaron de la inmobiliaria para hacer limpieza en algunos pisos. Pero, pagan muy poco, seis euros la hora. Y además no es algo fijo. Son pisos donde no hay muebles ni nada, y entonces en poco más de dos horas ya limpias todo.

También trabajé como recepcionista en el piso. Al final se convirtió en un piso de trabajo cuando Sandra y Patricia regresaron de Madrid de hacer unas plazas. Así yo me quedaba con una comisión y luego dividíamos entre Sandra y yo. En el piso trabajaron Paula, Carla, Érika, Sandra y algunas chicas más. Yo sólo trabajaba si me apetecía. Aunque, la verdad, al convertirse el piso en un piso de trabajo eso ya empezó a molestarme. No tienes prácticamente intimidad, y es muy estresante.

También probé suerte en un par de clubes. Fui al “Clangor” donde sólo estuve una noche. Y luego al “A Seara”. Aquí estuve una semana y fue allí donde conocí a Bárbara. Me pareció una chica muy interesante. Es muy

observadora. Se quedó mirándome y me dijo: - ¡Paulista! Y así fue como empezamos a conversar. El ambiente en “A Seara” es bueno. Las chicas y la dueña son buena gente. Pero, hay poco trabajo allá. Y como estaba trasnochando y ganando muy poco, haciendo sólo uno o dos pases, decidí marcharme.

En el “Clangor” tuve una sensación muy extraña. No sé cómo explicarlo. Era como si me ahogase, no podía respirar. Me sentí tan mal, tan mal allí, que me pasé toda la noche sentada en la banqueta y no me levanté casi ni para ir al baño. No podía creer lo que veía. Todas las chicas eran muy, muy jóvenes. Había una que parecía que no tenía más de dieciséis años. Una pena. Y todas brasileras. No fui capaz de moverme de la silla. Tan sólo una vez que miré para un hombre mayor y me acerqué. Pero, nada más comenzamos a conversar, lo dejé allí plantado y me marché. No me sentía bien. Él enseguida empezó a manosearme, a meterme las manos por todos los rincones de mi cuerpo y a apretarse contra mí. No lo resistí. Lo dejé allí. Debió de quedar un poco alucinado.

Luego, le pedí al dueño que me dejase marchar para la habitación. Dormí y recé para que al día siguiente me fuera pronto para Lugo. Aún así, estuve unas dos horas acostada en la cama con los ojos abiertos y mirando para las paredes. Fue muy extraño. Sólo sentía que no quería estar allí. Cuando bajaba las escaleras me crucé con Juan Carlos. Y me dijo: - ¿A dónde va? ¿se va a marchar? Yo le dije que sí. Entonces, me preguntó: - ¿Ya ha pagado la diaria? A mí eso me pareció muy mal. Le contesté que no, pero le dije también que no me parecía justo que tuviese que pagar nada porque había llegado a las diez de la noche y no le había hecho ningún gasto, sólo la habitación. Le dije también que si consideraba realmente que tenía que pagar, pues le pagaba y en paz. Él entonces me dijo que no, que todo estaba en orden, que no hacía falta que yo pagase nada y que podía marcharme cuando quisiese. Luego, cuando iba montada en el taxi sentí como un gran alivio. Sentí que me había quitado un gran peso de encima, y por fin respiré aliviada.

Sí, mi experiencia en el “Clangor” fue realmente corta... Después, al cabo de unos días, Abel me llevó al club “Millenarium” en La Coruña, porque conocía allí a alguien que le había dicho que necesitaban a una cocinera. Es un club muy grande, que también tiene hotel y restaurante. Pero, pagaban sólo quinientos euros y además no había sitio para quedarse. Así que no acepté aquel trabajo.

Luego, probé en un restaurante a las afueras de Lugo. Estuve sólo tres días. No me gustó el ambiente, y así se lo dije a la dueña. El trabajo era lo de

menos. Aunque, el servicio era largo, desde por la mañana hasta la noche, a veces hasta las tres o cuatro de la madrugada, a mí el trabajo no me da miedo. Allí lo peor eran los clientes. Había mucho borracho y personas que decían tonterías. Había uno que un día empezó a decir cosas de mi culo, de mi chocho, y yo, claro, no le puse buena cara. Me fui detrás de la barra, me crucé de brazos y me lo quedé mirando muy seria. El dueño me dijo que no le hiciese caso, que era un loco. Pero, después la dueña me empezó a decir que tenía que acercarme a los clientes, hablar con ellos, contarles chistes, hacer gracias y esas cosas. Y me pidió también que llevase una ropa más bonita, más provocativa, y me dijo que si tenía amigas jóvenes y bonitas que las trajese, que eso atraía mucho a los clientes. Yo entonces le contesté que para eso me iba a un puticlub y que si estaba trabajando allí era buscando otra cosa. Y ella me dijo que no, que no era eso, pero que a los clientes había que tratarlos bien, y así. Eso fue lo que no me gustó. Además, la dueña no mostró en ningún momento interés por ayudarme con mis documentos. Le entregué la oferta para que la firmase, y ella la colocó por allí en un cajón y se desentendió. No le vi el mayor interés.

Después, el 1 de noviembre de 2004 empecé a trabajar como cocinera en el club “Erótica”. Los dueños del club desde el primer momento se mostraron muy interesados en ayudarme con la oferta de trabajo, para tener todos los papeles en regla. Ellos ya me avisaron de que iba a venir una ley nueva en enero y que tenía que aprovechar y arreglar rápido mi documentación. Me parecieron muy legales. Allí comienzo a trabajar a las cuatro de la tarde y hasta las diez de la noche. Y al terminar me traen a casa. A veces voy caminando, y así aprovecho para adelgazar un poco... Y el salario es muy bueno. Me pagan mil doscientos euros. Está muy bien. En el club duermen unas diez chicas, pero luego vienen muchas más por la noche para trabajar. Las tratan muy bien, por lo que me cuentan. Algunas me dicen que están allí en el club aguantando más tiempo sobre todo por los dueños, que son buenas personas y las tratan bien. Si oyes lo que cuentan de otros clubes, de cómo tratan a las chicas, te quedas horrorizada.

El sexo y la química

Yo misma tengo prejuicios con la prostitución. Pienso que una persona que tenga un poco de pudor y de orgullo no se mantiene durante mucho tiempo en la prostitución. Las que trabajan y siguen en esto continuamente es porque les da igual la vida, porque no tienen la menor consideración con su cuerpo y con su propia vida. Es por eso que digo que yo estoy en la prostitución, pero tengo prejuicios sobre la prostitución. A veces prefiero permanecer más limpia, que no me toque un hombre por cuarenta euros, y

dormir tranquila. Esto es lo que llamo tener prejuicios con la prostitución. Y pienso que hay más chicas como yo.

De todas formas, en este trabajo abundan más las mujeres que dan preferencia y más valor al dinero que a su cuerpo y a su mente. Claro, porque esto también afecta a la mente del ser humano. No sé cómo describirlo...

Para mí el sexo siempre fue química. Me enamoré de mi marido por su olor, su respiración, etc. Eso es química. Sin embargo, en la prostitución existe el sexo pero no hay química, es una cosa meramente mecánica. ¿Por qué crees que las mujeres que trabajan en esto utilizan el gel íntimo? Pues, precisamente, es por eso, por la falta de química.

De cada diez clientes, puedes tener química con uno. Con los otros nueve tienes que utilizar gel. Yo no voy a negar que me gustan algunos clientes. Pero, son los menos. No recuerdo con cuántos clientes he estado, no sé, pero tal vez sólo he sentido eso con unos cinco. Y yo no me considero una persona fría, a mí me gusta el sexo. Soy una persona que sabe disfrutar con el sexo. Lo que quiero decir es que no tengo ningún prejuicio con el sexo. Me refiero al sexo natural y saludable y no cuando hay dinero de por medio como con la prostitución y tienes que estar con un hombre que no te gusta nada y que no te apetece.

CRISTINA

La vida en Bahía

Nací hace veinticuatro años en la ciudad de Bahía. Con un mes me fui para otra ciudad, para Valença. Éramos cuatro hermanos, mi madre y mi padre. Sólo tengo recuerdos nítidos a partir de los quince años. Antes era una vida normal, mis padres trabajaban, yo y mis hermanas íbamos al colegio. Recuerdo que me gustaban las clases.

Cuando cumplí los quince años fue cuando empezaron todos los problemas. Mis padres se separaron. Fue porque, como siempre, mi padre tenía otras mujeres. Al separarse, mi padre se marchó para la ciudad donde yo nací; y yo, junto con mis hermanas y mi madre continuamos viviendo en Valença. Mi madre, que era costurera, comenzó a trabajar en la confección, a viajar mucho para vender ropa en las ferias. Yo, entonces, junto con dos de mis hermanas, trabajábamos con ella. Trabajé así durante unos dos años. Después trabajé en *lojas*, pescaderías, *fui babá de muita criança*, también trabajé como cocinera, etc. Hice de todo excepto trabajar en la prostitución.

Mientras trabajaba con mi madre, era el último año que estudiaba, yo tenía diecisiete años, conocí a un chico. Él tenía unos veinticinco años. Éramos vecinos, teníamos un poco de amistad y luego empezamos a salir. Estuvimos juntos cuatro o cinco meses, poquito tiempo. Me quedé embarazada a los tres meses de estar con él. Cuando se lo dije, él me contestó que no estaba preparado para ser padre. Y a partir de ese momento nos distanciamos. No volví a verlo hasta que nació el niño.

Cuando nació mi hijo, él vino, y estuvo visitando al bebé durante unos meses. Al cabo de un tiempo, un año más o menos, ya perdí todo el contacto con él. No quiso reconocer al niño.

Entonces, hice una reclamación de paternidad a la justicia. Pero, al poco tiempo desistí. Yo en aquella época ya estaba saliendo con otro hombre, el padre de mi hijo pequeño. Y él acabó registrando al niño, a mi primer hijo, como si fuese también hijo suyo.

Tenía veintiún años cuando me quedé embarazada por segunda vez. Hasta el día de viajar a España, estuve viviendo con ese hombre. Mi relación fue normal, teníamos una vida normal, yo trabajaba en una tienda de artículos de cocina y él trabajaba en una factoría de pescados, un vivero de langostinos. Pero, él iba a trabajar cuando quería, y de esa forma fue

despedido. Después, comenzó a trabajar en unos frigoríficos de carne de pollo.

Vivíamos de alquiler. Pero, como no ganábamos suficiente dinero, porque él ya no tenía un salario fijo, pues volvimos a vivir a la casa de mi madre. Allí estaban también dos de mis hermanas. Las otras ya estaban casadas y vivían fuera. Mis hermanas también tenían un hijo cada una, así que éramos muchas personas en casa. Allí, en casa de mi madre, estuve hasta el día de venirme para España, unos ocho meses. Mi marido no se llevaba bien con mi madre ni con mis hermanas. A veces, cuando nosotros discutíamos mi madre intervenía en la discusión y eso a él no le gustaba.

Entonces, fue cuando comenzaron los problemas con mi madre a causa de su trabajo. Ella fue acumulando deudas y no tenía con qué pagar. Debido a eso, a que cada día aumentaba la deuda, comenzó a tomar un préstamo a la misma persona que era acreedora, y los intereses aumentaban cada día. Y llegaron las amenazas. Aquel hombre llegó un día hasta la puerta de nuestra casa y amenazó a mi madre de muerte si no pagaba las deudas. Y las amenazas se repitieron. Mi madre fue también a la policía por esa razón. Ese fue el principal motivo para que yo viajase a España.

El viaje a España

Yo ya tenía una hermana en Asturias trabajando en esto. Cuando regresó a Brasil, ella habló conmigo y me aconsejó que viniera a España a trabajar en esto, que era lo mejor para resolver nuestros problemas.

Así que al cabo de dos meses decidí viajar a España. Fui de Salvador para São Paulo, de São Paulo a París y luego a Madrid. Me fueron a recoger al aeropuerto de Barajas. Vino el dueño del club donde trabajaba mi hermana, que entonces era un club de Ferrol. Él me llevó al club para conocer el sitio y después me llevó a casa para descansar.

Al día siguiente fui al club sólo para observar cómo funcionaban las cosas, para aprender el trabajo. Yo no sabía hablar ni entendía nada, y mi hermana me ayudaba. Al tercer día ya comencé a trabajar.

Así estuve trabajando durante un año en el club de Ferrol. A veces me hacía un pase, y otros me pasaba días enteros sin hacer nada. Me resultaba difícil, no tenía valor suficiente para acercarme a los clientes y hablar con ellos. Había muchos clientes que se acercaban, pero era complicado... Mi hermana siempre intentaba ayudarme, pero ella ya conocía mi manera de

ser de Brasil y sabía que no iba a cambiar ahora. Me sucedía que algunos clientes *me procuraban* y yo no quería subir a la habitación con ellos.

Fue entonces cuando decidí cambiar de club. Y me fui para un club de As Pontes. Era un club pequeño, pero conseguí desenvolverme mejor. En el club de Ferrol había cerca de treinta mujeres, la mayoría brasileras, pero también colombianas, dominicanas y africanas. Sin embargo, en el club de As Pontes éramos tan sólo entre cinco y doce mujeres, todas brasileras excepto una chica rumana. La camarera también era brasileras.

Me quedé allí durante un año aproximadamente, aunque no estuve seguido porque salí unas tres veces para hacer unas plazas. En el club convivía bien con todas. Comencé a charlar directo con los clientes. La camarera me aconsejaba. Y así empecé a trabajar bien. Allí también había una brasileras, Odette, que ya llevaba bastante tiempo y era ella la que también me aconsejaba sobre el trato con los clientes. Fue un poco como mi profesora. Odette me explicaba cómo tenía que hacer para acercarme a ellos, para conocer a los hombres y a distinguir los que subían a la habitación de los que sólo se quedaban allí en la barra tomando algo. Aprendí rápido, porque la mayoría de los clientes eran vecinos de allí de As Pontes. Había de todas las edades, chicos jóvenes, hombres de treinta y cinco a cuarenta y cinco años, hombres mayores de hasta sesenta años, etc.

Los clientes

Allí en el club de As Pontes hice amistad con muchos clientes. Algunos llegaban y *ja me procuraban*, preguntaban siempre por Cristina. Conversábamos, si hacían el pase subíamos y si no, no pasa nada. Hay gente que va al club y que no quiere hacer nada, pero te cae bien y entonces estás allí charlando con él sin problemas.

La mayoría de los clientes que conocí allí eran buenas personas. Al contrario que aquí en Villalba, que la gente es más *pesada*. Aquí hay una manera diferente de trabajar, cambian bastante de mujeres. En el club de As Pontes las chicas duraban bastante, y eso hacía que hubiera más compañerismo. Había más confianza y me gustaba más. Por el contrario, aquí en “El Rayo de Luna” las chicas van cada una a lo suyo y son más individualistas. Aquí por cada diez hombres que llegan, sólo suben dos. A lo mejor estás una media hora hablando y acariciando a un hombre y después cuando tú piensas que va a subir a la habitación, te dice que no, que el próximo día...

Yo soy muy clara con el cliente. Generalmente, los clientes preguntan si usas el condón y yo les digo que no hago nada sin condón. Algunos están contigo y vuelven otro día, y entonces te dicen: - Ahora que ya nos conocemos, podemos hacer un poquito sin condón. Él ya puede pagar todo el dinero del mundo, que una enfermedad no hay dinero que la pague. Yo no lo voy a aceptar de ninguna manera. Son muchos los clientes que piden hacerlo sin condón, como cuatro o cinco de cada diez que llegan al club. Y si de cinco personas te piden “sin”, sólo uno va a cambiar de opinión. Pero, estos clientes al final siempre encuentran a una chica que lo hace sin preservativo. Los dueños de los clubes aunque quieran no tienen cómo poder controlar esta situación.

Mientras estuve en As Pontes trabajé bien. En el club cambió el dueño al cabo de unos meses. Yo tuve buena relación con los dos, sobre todo con el segundo, porque él se quedaba allí durante toda la noche. Siempre me preguntaba si necesitaba alguna cosa, si podía ayudarme en algo. Sólo una vez discutí con él, fue porque yo estaba sentada y había un grupo de chicos que estaban allí bebiendo, que yo los conocía y sabía que no iban a subir. Así que yo me quedé sentada y no les hice caso. Entonces, él nos preguntó a mí y a las otras chicas que porqué no trabajábamos. Y yo le contesté que yo ya sé cuándo tengo que acercarme a los clientes y trabajar y que no estaba allí para hablar.

Desde ese día no me volvió a decir nada más. Pero, siempre mantuvimos una buena relación. Él incluso me tenía tanta confianza que me dejaba las llaves de la oficina para apuntar los pases. Hasta el día de hoy yo mantengo con él una buena relación. Y cuando me marché de allí me dijo que cuando quisiera podría volver al club, que las puertas estaban abiertas para mí y que si lo necesitaba él me iría a recoger a cualquier sitio. Sabía que si yo quería podía trabajar bien.

Los pisos

Después de los primeros seis meses de estar en el club, me fui a hacer una plaza a Almería, en Andalucía, a trabajar en un piso. Una de mis hermanas estaba allí trabajando y me dijo que aquello estaba bien, que ella estaba ya para salir y que yo podía ir para ocupar su sitio.

Me marché entonces con Marilene, una amiga brasilera, y fuimos juntas para Almería en autobús. Cuando llegué estaba muy cansada y me pasé un día en la cama antes de comenzar a trabajar. En el piso sólo estuve quince

días. Era un caserón antiguo y había veintidós mujeres de todos los sitios, la mayoría, como siempre, brasileñas.

En el piso el trabajo era todo diferente. Tenía que pagar diario unos diez euros, pero el día que no trabajaba no pagaba. Pero, no me fue bien. Allí nosotras teníamos que presentarnos al cliente y él luego escogía a la chica. La época no era buena porque se habían terminado las fiestas y había poco movimiento en la ciudad. La ropa que utilizaba era la misma, yo siempre uso una minifalda vaquera para trabajar. El trabajo era de veinticuatro horas y no tenías tiempo para descansar. Cuando pensabas que podías comenzar a dormir un poco, siempre llegaba un cliente y timbraba.

Allí había muchas salidas y también despedidas. También había hombres que llegaban al piso y que se quedaban hasta dos días metidos en la habitación con una chica. Pero, en esos casos sé que usaban droga. Algunos clientes podían gastar así de siete mil a diez mil euros. Por supuesto, las chicas del piso que usaban coca eran las que más ganaban.

Yo trabajé muy poquito. Apenas gané doscientos cincuenta euros en quince días. A mí no me gustan las salidas. Escuché muchas historias de chicas que hicieron salidas y que nunca más volvieron, y de otras que hicieron y volvieron, pero con muy malas experiencias. Yo no me confío. Tan sólo me he hecho una salida cuando estaba en el club de As Pontes, y fue porque era una persona conocida. Ha sido la única salida que he hecho desde que estoy trabajando en esto.

Como no trabajaba, decidí salir del piso. Además, las condiciones no eran nada buenas, todo lo que ganabas tenías que dividirlo por la mitad. Allí si la chica gana cien euros, cincuenta son para la dueña.

Después, me fui para Murcia. Para mí fue una experiencia nueva. Allí la mayoría eran hombres. Había un travesti brasileño; dos hombres, un brasileño y un cubano; la dueña del piso, que era española y aunque tenía cincuenta años también trabajaba; una chica uruguaya; y nosotras dos. Para mí fue una experiencia totalmente distinta porque nunca había trabajado en esto con hombres. Y allí quien más trabajaba eran los hombres, sobre todo los travestis, porque después llegó otro travesti. Allí también se usaban muchas drogas. Si usabas drogas trabajabas mejor. Por eso como yo no uso drogas allí trabajaba poco.

Estuve unos doce días en el piso. Un día me contrataron para una salida, pero *não deu certo* porque tenía que usar droga. Era un hombre ya de edad, de unos cuarenta años, que tenía mucho dinero, era el dueño de una

farmacia y él vivía en el mismo edificio. Cuando llegué al piso, me pidió que *cheirase a coca* y que bebiese whisky, y yo le contesté que no tomaba nada de eso, que me llamara el taxi y que yo me marchaba. Entonces, bajamos a la farmacia y aquel hombre cogió el periódico y telefoneó al piso. Yo le decía que en el piso tenía una amiga, y él que no, que no hacía falta que yo llamase a nadie, que ya llamaba él directamente al piso. Y fue así como llamó y vino mi amiga. Estuvo más de ocho horas con él, no regresó al piso hasta la una del mediodía. Para mí fue también una experiencia diferente, porque él sólo quería a la chica para hacerle compañía y tomar drogas. Cuando regresó Marilene ella me comentó que sólo habían estado tomando cocaína y alcohol y que el cliente no se había corrido. Marilene sangraba por la nariz porque había estado esnifando mucha coca.

En ese piso había muchas salidas. Pero, la dueña del piso ya me había advertido de que allí en las salidas se hacían muchas horas y se tomaban drogas. A Marilene no es que le gustasen las drogas, pero necesitaba ganar dinero y entonces ella aceptaba ese tipo de servicios. No es que tuviese familiares enfermos ni nada de eso, pero ella es de esas personas que tienen en la cabeza en todo momento lo de que tienen que ganar dinero y ganar dinero de cualquier manera.

Cuando no trabajábamos, nos quedábamos charlando en la sala. Allí conocí a un chico, de los que trabajaban en el piso, que era también de cerca de Salvador, del mismo lugar donde yo nací. Y me llevé muy bien con él. Trabajé poco, porque allí venían sobre todo por los travestis y los chicos. Y luego también porque las chicas teníamos que usar drogas y yo no quiero. En el piso se estaba bien, pero las condiciones higiénicas en la cocina eran bastante malas, y la dueña también tenía gatos y un perro muy grande, y uy, a mí no me gustan los animales...

Para cocinar en ocasiones nos juntábamos varias, hacíamos la compra y cocinábamos para todos, y otras veces cada una se hacía su comida. El piso era de veinticuatro horas. Pero, generalmente, los clientes llegaban durante el día. No teníamos que pagar “diaria”, pero luego era todo al cincuenta por cien.

Con la dueña apenas teníamos relación, porque era un caserón viejo y ella vivía en la planta de abajo. En el segundo piso estaban las habitaciones de trabajo, y en el tercero teníamos nuestras propias habitaciones, allí descansábamos y estaba la sala con la televisión. Por eso que yo apenas me veía con la dueña. Con quien tuve más relación fue con Lucio, el brasilero que conocí y que era también de mi ciudad, y con otro chico brasilero que

era de São Paulo y que estuvo en el piso trabajando unos días y luego se marchó para Italia.

Cuando vi que apenas trabajaba, porque siempre que había algo tenías que usar drogas, decidí marcharme. Marilene también vino conmigo, porque ella a pesar de que sí aceptaba tomar drogas, en realidad no le gustaban y además estaba trabajando menos de lo que había pensado al principio de que iba a trabajar allí.

El travesti me informó de otro piso en Murcia, que según él se trabajaba bien, y que había más chicas, no tantos hombres. Y entonces nos fuimos para allí. Cogimos un taxi, porque era cerca y nos fuimos para el otro piso. Antes, contactamos por teléfono con ellos y ya nos dijeron que fuésemos y nos dieron la dirección.

Los propietarios eran una pareja, un murciano y una gallega. Tenían dos pisos, uno de trabajo y otro para trabajar y también para dormir. Nosotros fuimos a trabajar al primero y luego por la noche íbamos a dormir al segundo. Al tercer día ya me cansé, teníamos que coger siempre un taxi y eso. Yo entonces me quedé para trabajar y dormir en el mismo piso. Y Marilene siguió yendo y viniendo, porque a ella no le gustaba la dueña, que se quedaba en el segundo piso.

Allí estuve durante una semana. El trabajo no me fue nada bien. Había ya muchas chicas. En el primero eran unas cuatro, un travesti brasilero, dos colombianas, Marilene y yo. Y en el segundo tenían unas diez, mucha colombiana, creo que dos brasileras y dos chicas que eran bien blanquitas, creo que eran rusas.

Marilene siempre trabajó más que yo, porque ella es más habladora y también se maquilla y arregla mucho. Y yo, en cambio, ya sabes, mi manera de ser es bien distinta, soy una persona muy callada y no me maquillo nada, y me gusta llevar una ropa normal, mi falda vaquera y una camiseta, como ahora, como voy siempre. No me gusta vestirme como ella, que usa una ropa muy llamativa o que a veces casi no lleva nada, va como desnuda.

Después, Marilene tuvo una pelea con un cliente y se fue. Yo me quedé una noche más y al día siguiente también me fui. Regresé a Galicia a finales del 2003. Volví para Ferrol a trabajar en el club de As Pontes de nuevo. Allí me encontré con los mismos clientes, con la gente que ya me conocía, y las compañeras también eran las mismas, porque en ese club apenas cambian las chicas.

Un gran club en Asturias

Al cabo de tres meses de estar en As Pontes me marché para Asturias. Un día que no me estaba sintiendo bien y que me quería marchar para casa, el jefe me dijo que descansara viendo la televisión. Yo le dije que no, que lo que quería era irme para casa, y él no me quiso llevar. Fue así como discutimos.

Yo tenía a mi hermana Joceline en Oviedo, y me marché al club donde ella estaba trabajando. Viajé en tren y luego cogí un taxi. Mi hermana me dijo que yo iba a trabajar bien allí. Pero, como todas las veces que me fui de Ferrol, no me fue bien. Será que estoy acostumbrada a trabajar en clubes pequeños, no sé, porque allí en Oviedo era un club muy grande. Cuando llegué allí había trabajando unas cuarenta chicas, aunque me parece que lo normal allí son unas ochenta. Me quedé en el club tres semanas.

Durante los fines de semana entraban allí unos mil a mil quinientos hombres, pues salían unos trescientos pases durante una sola noche. Era un club enorme, era club y también hotel. La mayoría de las chicas vivían allí, y algunas se quedaban en los alrededores. Comíamos a las seis de la tarde y a las seis y media o siete teníamos que estar en el salón. Había mujeres de todos los sitios, muchas brasileras, colombianas, dominicanas y rumanas, pero también había mexicanas, cubanas, había de todo.

Yo casi no hablaba con nadie, a excepción de mi hermana. Había tanto movimiento en el club que casi no teníamos tiempo para charlar. Las habitaciones eran dobles. Como mi hermana dormía ya con otra chica, me tocó dormir con otra brasilera que yo ya conocía de Ferrol y que también era de Bahía.

Dormíamos hasta las tres, que nos despertaba la cocinera. Después, volvíamos a la habitación y allí estábamos hasta la hora de comer. Tampoco había allí mucho qué hacer, porque el club está bastante lejos de la ciudad y si quieres salir tienes que coger un taxi.

Allí los hombres eran muy pesados. La mayoría ya conocían alguna chica que trabajaba en el club, y muchos también sólo querían estar allí hablando sin hacer nada, sin invitarte a una copa ni subir. La mayoría pagaban pases de veinte minutos. Era raro los que pagaban media hora. Yo trabajé poco, apenas para pagar la diaria, que eran cincuenta euros. Cada día me hacía un pase, una copa..., así que no daba para mí. El día que más hice fueron dos pases. Como yo no tengo mucha paciencia para quedarme hablando con los

hombres, era raro que luego subiera a la habitación. Por el contrario, mi hermana y mi compañera de habitación trabajaban super bien. Mi hermana es completamente distinta a mí, le gusta hablar, bailar, está bromeando todo el rato. Además, como ella ya llevaba un tiempo allí se había adaptado mejor al sitio.

No parezco bahiana

A mí a veces la gente me dice que no soy bahiana, porque no me gusta bailar, no me entusiasman las fiestas, etc. Pero, yo estoy contenta como soy, soy así y no voy a cambiar. A la gente que me dice que tengo que cambiar, que no puedo ser tan reservada, sobre todo si estoy trabajando en esto, yo les contesto que quien me quiera tendrá que quererme tal como soy. De mi casa yo siempre fui la más tranquila. Si en dos años que llevo aquí no he cambiado, no voy a cambiar ahora.

Después, volví una vez más para Ferrol. Cuando llegué me quedé en el club de Ferrol, y el jefe del club de As Pontes vino un día por allí y me pidió disculpas por lo que había pasado, y me dijo que si quería volver a trabajar allí que podía. Y entonces volví para As Pontes.

La camarera brasilera me recibió como siempre. Las dos nos llevábamos super bien. Seguí trabajando en el club de As Pontes durante bastante tiempo, hasta que me vine para Lugo. Bruna, una amiga que trabajaba en un piso en Lugo me dijo que fuese allí a trabajar con ellas. Y fui a probar. El piso era casi nuevo, en la Ronda das Fontiñas, que es una calle de Lugo donde hay muchos pisos de trabajo. Allí estaban Bruna, Isabel y Luana. Pero, no me quedé mucho tiempo, apenas un par de semanas, porque como era un piso nuevo no tenía mucho movimiento.

Como el trabajo en el piso estaba flaco, le pedí a otra amiga que me marcara una plaza en un club, en “El Rayo de Luna”. Esa chica tiene un novio en As Pontes y fue él quien nos llevó al club. Llegué allí a finales de julio de 2004. Mi amiga ya me había dicho que el movimiento era más o menos como en As Pontes.

En “El Rayo de Luna” me encontré bastante a gusto. A mí siempre me gustó, ya desde Brasil, vivir en el campo. Y ese club está en el campo y cerca del río, por eso es un sitio que me gusta. Allí también conocí a Alex y empezamos a salir. A veces íbamos juntos al río, a caminar, etc. Pero, más tarde, el dueño del club tuvo problemas con algunas chicas y me pidió que

fuese la cocinera. Entonces, al tener que trabajar en la cocina apenas tenía tiempo.

El regreso

En noviembre de 2004 volví para mi país. Ahora que ya llevo un tiempo aquí, sólo pienso en regresar a España. Tengo muchas ganas de volver. Al principio, no quería seguir trabajando en la prostitución. Había hablado con Alex y él me había dicho que me iba a ayudar a encontrar otro trabajo, en una cafetería o en un restaurante. Pero, Alex no hizo nada, creo que ahora está con otra... Me da igual, yo quiero volver. Aquí la situación es muy difícil y si tengo que seguir trabajando un tiempo en la prostitución lo haré.

En enero de 2005 detuvieron a mi hermana. La cogieron en el club donde estaba trabajando y la llevaron detenida para la comisaría en Ferrol. Mi otra hermana, que sí tiene papeles, fue a buscarla y habló con varias personas. Al final, no se pudo hacer nada. La tuvieron en la comisaría detenida esperando a que saliese el primer vuelo para Rio. A ella le explicaron que eso ocurría porque ya tenía otra orden de expulsión y entonces ésta era la segunda vez que la cogían, y así ahora ya la tenían que mandar. Lo intentamos todo. Pero, no se pudo hacer nada. Mi madre luego tuvo que comprar el billete para Salvador para ir a recogerla.

ERIKA

De Brasil a Venezuela

Nací el 18 de diciembre de 1979 en una localidad del interior del Estado de Roraima. Vivíamos yo, mi abuela y mi tía. A los doce años tuve mi primera relación sexual. Después, una violación. Tengo tres hermanos que entonces vivían con mi madre en otro lugar. Con doce años empecé a salir y ya no quise más estudiar. No tenían un control sobre mí.

A los catorce años conocí al padre de mis hijos. Fue una relación horrible. Fueron tres años y siete meses. Nunca funcionó. Él era muy celoso y me pegaba. Un día, después de varias denuncias, tuve el valor suficiente y lo dejé.

Luego me pasé dos años de fiesta. Regresé a casa de mi abuela. No trabajaba, sólo salía. Fueron dos años locos. Después, me fui para Venezuela con una amiga y un novio venezolano que conocí en la frontera. Nos fuimos a Puerto Hordaz, y allí conocí en una discoteca al que luego fue mi nuevo novio y mi marido. Nos casamos por lo civil.

Fueron dos años y medio de discusiones, de celos de su parte. Hubo un tiempo que llevé a mis hijas a su casa, pero no funcionó. Él las trataba mal. Siempre decía que yo tenía un amante. Yo trabajaba de camarera en un club de alterne de Puerto Hordaz. Un día me cansé de trabajar en la barra y me ofrecieron ir de “streaper”. Me enseñaron a subir en la barra y así comencé. No es difícil, al principio te pegas unas cuantas hostias..., pero luego es fácil.

Eso coincidió con el final de mi relación, que yo me marché a vivir con una amiga. Luego, conocí a una persona en el club y tuve una relación con él durante un año. Él no sabía que yo era casada. Fue la mejor relación que tuve en toda mi vida. Era una persona que me entendía, que me sorprendía, que tenía una mente abierta, no tenía prejuicios porque yo trabajara en esto y también me ayudaba financieramente.

En aquel tiempo, cuando yo tenía veintidós años, en una revisión médica me encontraron un cáncer, células cancerígenas en el útero. Sufrí yo, sufrí mi familia, el venezolano, mi pareja, todos. Cuando ya me detectaron el cáncer, salí embarazada. Pero, los médicos no me dejaron tener el niño. Era la vida del niño o la mía. Yo estaba de tres meses, así que aborté. Fui a Brasil para hacer unos controles médicos, y después regresé a Venezuela.

En agosto fue la operación. Gracias a Dios, todo salió bien. En noviembre me entregaron los resultados. Yo no podía mantener relaciones sexuales durante tres meses. Fue en ese mismo mes de noviembre cuando me llamó el camarero del club para decirme que había conocido a un tío español que buscaba chicas para viajar a España. Fui con una amiga al club para que nos explicaran todo. Mi amiga y yo nos acercamos al tío, y nos dijo que éramos muy guapas y que íbamos a ganar mucho dinero, pero que teníamos que pagar tres mil euros cada una por el viaje. Nos dijo también que en un mes y medio ya pagaríamos el billete porque en Europa se trabajaba muy bien, y que aquí era muy bueno.

Yo me quedé desconfiada, no creía que todo fuese a las mil maravillas. Pero, de todas formas decidí hacer el viaje.

El viaje a España

Mi amiga no quiso viajar. Yo, en cambio, tenía muchas ganas de venir a España. La gente decía que aquí se hacía mucho dinero. Yo ya se lo había comentado una vez a mi marido, pero él me dijo que me olvidara. También conocía a algunas chicas que trabajaban en España, y hablaba por teléfono con ellas y siempre me decían que aquí era muy bueno. Una de estas amigas ya había comprado una casa en Brasil y otra unos terrenos.

El 5 de diciembre de 2002 salí para el aeropuerto internacional de Caracas. Y no me dejaron viajar la policía porque pensaban que yo transportaba drogas. Venían conmigo otras dos chicas venezolanas que yo no conocía. A mí me fueron a buscar el español y un venezolano. El español se quedó en Puerto Hordaz. Viajamos en avión de Puerto Hordaz a Caracas yo, el venezolano y las dos chicas. Y cuando llega la hora de embarcar en Caracas me para la policía. Me hicieron sacar las maletas. Pensaban que yo llevaba coca o cualquier otra droga entre la ropa. Hicieron todo clase de exámenes que se le pueden hacer a una ropa, y me detuvieron y me desnudaron... Entonces, comenzaron a preguntarme que a dónde iba. La policía venezolana me trató muy bien. Me dijeron que no viajara a España, que eso era todo una mafia. Yo les dije que bueno, que viajaba de cualquier forma.

Aquella noche los policías me dijeron que si yo les hubiera dicho antes que venía a prostituirme no me hubieran detenido. Lo que pasa es que yo estaba muy nerviosa y les conté en el control que iba a ver a mi novio. No tenía un puto duro, y me dije, por lo menos me van a pagar todo, el desayuno y el

almuerzo. Esa noche me enrollé con un policía, pero sucedió porque nos gustamos y ya.

El día siguiente, el 6 de diciembre, fue más normal. Cogí el vuelo. En el control policial me volvieron a preguntar que qué iba a hacer en Europa. Les dije que iba a prostituirme. Y me dijeron: pasa, pasa.

Llegué a España, a Madrid, el día 7 a las diez de la mañana. Cuando llegamos mis amigas pasaron y a mí me pararon los de Extranjería. Me tuvieron sólo unos quince minutos. Me preguntaron porqué venía en otro vuelo y les dije que porque me habían detenido en Caracas el día anterior pensando que llevaba droga. Y pasé.

Entonces, se nos acercó un tío que no conocíamos de nada. La seña era mi maleta, porque es una maleta azul, muy azul, no hay muchas maletas así. Venía en un todo terreno y se quedó con los pasajes de regreso. Luego fuimos a comer los cuatro, el tío, yo y las dos venezolanas. Y de ahí a un hotel. Nos explicó que cuando llegásemos al club teníamos que llamar a las personas de señor.

Tuvimos que esperar al día siguiente porque había que recoger también a una chica colombiana en el aeropuerto. Sí, nos recalcó mucho lo de que cuando llegásemos a Lugo, al club, allí no podíamos llamar a las personas por el nombre, por ejemplo, Pablo y así, sino que teníamos que llamarles de señor Pablo.

Cuando llegamos a Rábade, ahí mismo nos informaron de que teníamos que empezar a trabajar. Nada más llegar, el tío que nos trajo cambió de pronto, y comenzó a ser brusco y a comportarse como un borde. Nos dijo que nada de hablar con los empleados ni con el camarero, que teníamos que empezar a trabajar a las cinco de la tarde y si no llegábamos puntuales teníamos que pagar una multa de trescientos euros. Entonces, Berto nos llamó a la oficina y nos dijo que la deuda sería de seis mil euros. Yo apenas intenté decir que la deuda acordada eran tres mil euros, porque Berto enseguida me mandó callar la boca y se puso borde.

Fue allí donde nos explicó cómo funcionaba todo, lo de que si llegábamos abajo a las cinco y un minuto nos multaban con trescientos euros. También era multa si una chica pedía una copa para otra chica, por ejemplo, una que quiera emborracharse. Y para ir a las habitaciones, que estaban en el segundo piso, donde dormíamos las chicas, siempre cerraban una puerta de acceso, la cerraba el encargado.

Todas las chicas hablaban mal del club, que aquello era un abuso. También nos dijeron que aquellos tíos eran peligrosos, tanto Berto como Pablo, el que nos trajo, que era el encargado. Había chicas venezolanas, brasileras y colombianas. Más o menos, unas quince. El horario era de cinco de la tarde a cinco de la madrugada. En el club había cámaras por todas partes. A mí me tocaba compartir habitación con otra chica, y todo lo que teníamos que hacer fuera debíamos avisar el día anterior al encargado, para que él pudiese vigilarnos a través de otras personas que colaboraban con él para saber todo lo que hacíamos.

No hice un solo pase. Y estuve allí una semana. El encargado me llamó y me dijo que era por culpa de la colombiana, porque ella me liaba y estábamos así toda la noche de risas y no trabajábamos.

Al tercer día de estar allí, llegó al club la Guardia Civil. Pablo se escondió, el único que dio la cara fue el camarero. Mi compañera, la colombiana, me dijo en ese momento que escribiese en un papel pidiendo ayuda, pero no tuve valor. Ella les tenía miedo, sabía que si intentábamos escaparnos sería peor, y luego además no podríamos ni salir a la calle. Cogí mi pasaporte y se lo entregué, como el resto de las chicas. Cogieron mis datos y luego se marcharon.

Desde que se fue la Guardia Civil regresó el encargado, porque había desaparecido. Y esa misma semana, el jueves, conocí a un cliente y me preguntó cosas. Cuando le conté que había venido con una deuda de seis mil euros alucinó. Me dijo que me iba a ayudar. Entonces, me dio su número de móvil y también dos euros para que lo llamase al día siguiente.

La fuga del club

El viernes me desperté a las doce del mediodía. La colombiana me dijo: - ¿Qué vas a hacer? Y yo: - Yo me voy. Y ella: - Yo me voy contigo. - ¿Estás segura? - Sí. Al final, nos íbamos tres: yo, la colombiana y una venezolana. Y resulta que ya se habían escapado esa misma mañana dos chicas venezolanas. Bajamos la escalera, fuimos por la puerta de emergencia y salimos. Fuimos a una cafetería que había allí cerca. Desde allí llamé por teléfono al tío que dijo que iba a ayudarme. Me dijo que cogiera un taxi. Le dije que éramos tres. Y él: - No importa. Vino el taxi y nos fuimos para Lugo.

Las otras dos chicas querían viajar para Vigo, porque la colombiana tenía allí el piso de una amiga. Mi amigo les dio dinero para coger el bus para Vigo, y a mí me dijo que qué quería hacer, que si quería trabajar él me llevaba a un club que conocía. Pero, al final no fuimos. Esa noche nos fuimos para la habitación de un hotel. Pasamos ese fin de semana juntos en el hotel, y luego llamé a una amiga que tenía en Santander y me dijo que me fuera para allá. Aquel hombre me dio también el dinero para el autobús.

Llegué a Santander el martes de madrugada. Vino a recogerme mi amiga. Eran las cuatro de la madrugada cuando llegué al club. Me acosté y al día siguiente bajé para trabajar, me hice un par de pases y todo. Pero, el encargado del club me dijo que no quería problemas, que si yo venía de otro club y no había pagado la deuda, debía darle el número de teléfono del club de Galicia para que él los llamase pidiéndoles autorización para quedarme allí y luego pasarles el dinero a ellos. Pero, yo no quise porque no quería pagar el billete, otra cosa es que fuesen los tres mil euros que me habían dicho al principio.

Regresé a Lugo. El cliente ya estaba esperándome en la terminal. Me llevó a un hotel y me dio ochenta euros. Él ya se estaba poniendo muy posesivo, ya hacía planes. Me preguntó si quería ir a vivir con él, que me regalaría un móvil, que me iba a ayudar..., pero ya quería que yo tuviese una relación con él más obligatoriamente, porque al principio sí tuvimos relación, pero ahora él quería más, era distinto.

Cuando salí a la calle me encontré con un cliente del club de Rábade y que era justamente el que se había enrollado con la colombiana. Nos fuimos a tomar un café y le conté mi situación. Me dijo que me ayudaba, que me llevaba a un hotel. Pero, a donde me llevó fue al “Bambú”¹¹. Allí cenamos y todo... Pasamos allí hasta el día siguiente, y después me llevó a un piso.

En el piso había tres chicas y la dueña. Allí estuve una semana. Un día, cuando mi amigo, porque el cliente y yo nos hicimos novios, estaba trabajando en la gasolinera, fueron el Berto y otro tío a junto de él y comenzaron a preguntarle por mí, que si él me tenía en su casa, que le daban tres días para que me devolviera... Le dijeron que si no me devolvía iba a tener que pagar la deuda que yo tenía y le amenazaron con hacerle daño a su familia. Entonces, él me llamó por teléfono, hasta llegaron a llamarlo de Venezuela para amenazarlo.

¹¹ Un conocido motel de Lugo.

Testigo protegido

Yo tenía miedo de denunciar, porque no quería que me deportasen. El novio de la dueña del piso es guardia civil y fue él quien me aconsejó que denunciase.

En enero de 2003 fui al Cuartel de la Guardia Civil. Me llevaron a un despacho donde iba a hacer las declaraciones. Allí fue donde conocí a Arsenio. Me pidió que fuese muy sincera, y estuvimos allí como tres horas. También, me enteré de que otras chicas ya habían denunciado. Mientras estuve en el Cuartel me sentí bien. Arsenio me explicó que con la denuncia yo podía ganar los papeles y eso.

Al cabo de tres días, me vino a recoger Arsenio y fuimos al Juzgado. Allí todo el mundo muy serio. Me tomaron la declaración y luego me dieron el papel con el testimonio de testigo protegido.

Una semana después de haber estado en el Juzgado, empecé a trabajar en un club a las afueras de Lugo. Trabajaba por el día en el piso y por la noche en el club. Cuando estaba en el Juzgado me encontré con una amiga: - ¡Erika! ¿tú por aquí? Y esa misma noche ya me llamó el dueño del club y me dijo: - Erika, que estoy aquí con tu amiga, que me dice que tú eres muy guapa, que puedes venir para acá a trabajar. Y así fue como empecé a trabajar en el “Lexis”. Me vino a buscar Alberto, el dueño, junto con la chica venezolana que me había encontrado en el Juzgado.

En el “Lexis” estuve trabajando cuatro meses. Al terminar el primer mes, ya me salí del piso y me fui a vivir al club. Allí estuve muy bien. Es el mejor club en el que he trabajado. Allí tratan muy bien a las chicas. Me enrollé con Alberto, pero tampoco era una relación con mucho compromiso.

De allí me fui para La Coruña. Alquilé un piso con una amiga. Alberto era muy mujeriego y yo era muy celosa. No era su novia oficial y a veces tenía que escuchar como estaba follando con otras chicas, porque dormía justo en la habitación de al lado. Estuve dos días en “La Fonda”, pero no me gustó, y después me fui a un piso de contactos donde estuve trabajando dos semanas.

Cuando estaba en Coruña, un viejito que había subido conmigo en el “Lexis”, me llamaba todos los días. Había conseguido mi número de teléfono por una amiga del club, que le hizo subir con ella antes de darle el

número, claro... El viejito me pidió que volviese a Lugo, a su casa, que necesitaba verme. En aquel momento yo tenía un novio en Coruña, teníamos una relación muy abierta, no me daba dinero, pero tampoco me lo quitaba.

Comencé a visitar al viejito una vez por semana, y también tenía un cliente fijo que venía una vez por semana al piso. Y así ya tenía un salario como de casi dos mil euros al mes.

Amores perros

Al cabo de un mes, me llamó una amiga para hacer una plaza en un club de Ribadeo. Y me fui para Ribadeo. El viejito iba allí a visitarme una vez por semana. Allí conocí a un chico, que sólo tomaba sus copas, pero que no subía con ninguna chica, y empezamos a salir.

Fue entonces cuando me quedé embarazada. Son los tropezones de la vida. Me salí del salón y comencé a trabajar de recepcionista. Fabiano trabajaba de camarero. Y empezó a haber problemas en el club, y le dije a mi novio que no aguantaba más estar allí. Me salí. Busqué trabajo en Ribadeo, en cafeterías y esas cosas, pero no encontré nada.

Así que me volví a Lugo a trabajar en el piso. Yo estaba entonces con casi cinco meses de embarazo. Lo viví mal. No pensé con la cabeza. Estaba muy ilusionada con mi hijo y con Fabiano. Aunque, su familia no me aceptaba. Su madre le decía que ya era bastante malo que él trabajase en un club, como para encima tener un hijo con una puta. Llegó a decir que cuando naciera el niño lo teníamos que dar en adopción.

A finales de diciembre, yo estaba en Lugo y descubrí que él estaba saliendo con otra chica en Ribadeo. Yo fui y cogí un taxi desde Lugo para Ribadeo. Allí todo el mundo me contó ya la verdad. Luego, él me llamó: - ¿Dónde estás? - Estoy aquí en un pub. - ¿Qué haces aquí? - Pues ven aquí a buscarme. Y cuando vino, entré en el coche y fuimos al camping. Fui todo el camino dándole hostias.

Me confesó que sí era cierto, y que estaba confuso, que había conocido a esa chica porque yo a veces le colgaba el teléfono y le trataba mal. Claro, me llamaba un mínimo de doce veces al día, y siempre me decía que yo era lo mejor, que no me cambiaría nunca, y eso era también un poco fastidioso. A veces él estaba trabajando y me llamaba a las tres o cuatro de la mañana, y yo ya estaba durmiendo.

Cuando llegamos al camping le dije que me tenía que dar mil euros para abortar y que me iba a quedar allí hasta que me diese el dinero. Fabiano me dijo que no, que no me quedase allí, que sería malo también para mí porque entonces iba a encontrarme con la otra chica.

En medio de aquella discusión hablé por teléfono con la chica. Y descubrí que era drogadicta, sí, de la coca, muy amiga de los hombres y de la coca. Esa misma tarde me marché para Lugo. Llegué al piso loca de los nervios. Luego, él me llamó por teléfono varias veces, que quería volver conmigo. Más tarde, fui yo la que lo llamé a él, llorando y pidiéndole el dinero. Le dije que sólo quinientos euros. En una semana me dio los quinientos euros. Su madre también me llamó, me dijo que no abortase, pero no me dijo que me iba a ayudar.

Fui a hablar con la asistente social. La opción que me daba era la de un piso de acogida. Fui a ver al viejito a su casa. Le dije que estaba embarazada. No le dije que era de un chico, sino que era de un cliente y que se había roto la goma. El viejito me dejó las guías de teléfonos y así encontré la dirección de una clínica de Madrid, porque la clínica de Coruña ya no hacía un aborto con un embarazo tan avanzado, sólo de hasta dos o tres meses.

Y me fui a Madrid. Fui con una amiga y su novio, en su coche. Llegamos a la clínica y ya me ingresaron. Luego, me desperté como a las tres de la tarde. Sentía rabia. Sólo pensaba en lo que me había dicho aquella mujer, que estaba con él por un capricho. Estuve en la clínica un día nada más. Después vinieron a buscarme mi amiga y su novio. Yo tenía muchos dolores y lloraba, mi amiga también lloraba. Pero, lo hecho ya estaba hecho.

Nos vinimos para Ribadeo. Fabiano me llamó por teléfono. Le dije que quería verlo por última vez. Cuando nos encontramos le di la última foto de la eco que me hicieron del niño, y le dije: - toma, ahí está tu hijo, que todo ha sido por culpa de esa drogada.

Y volví a trabajar en el club de Ribadeo. A veces me quedaba llorando en el salón y nadie me veía. Fabiano seguía trabajando de camarero y ella también trabajaba allí. A mí todo aquello me dolía mucho. No quería estar más tiempo martirizándome, y así decidí marcharme para Lugo, a trabajar en el piso de Marta.

Después, fui a Ferrol a hacer una plaza. Allí, un día de *saudade* lo llamé por teléfono y estuvimos hablando un rato. Otro día me llamó él, que estaba

jodido, que la chica se había ido con su mejor amigo, que no tenía dinero y que estaba en un hostel. Luego, empezó a llamarme todos los días. Yo seguía en la plaza en Ferrol.

Cuando llegué a Lugo para mí fue un día muy especial, tenía que verle la cara otra vez. Nos encontramos en casa de mi amiga y cuando llegué lo traté muy mal, lo humillé. Pero, después nos reconciamos. Después de eso me fui a trabajar a otro club cerca de Ribadeo, y empecé a salir con otro tío. A Fabiano eso le dolió porque se conocían, eran como amigos.

Una noche en un pub me encontré con aquella mujer, que es una perra. Quería pegarle una paliza. Y allí mismo tuvimos una pelea. Nos tiramos vasos a la cabeza. Ella me gritaba: - ¡Cornuda, cornuda! Me fui con aquel tío, me fui por rabia y dormimos en un hotel. Una amiga me dijo que tuviese cuidado, que cualquier día me estaba esperando abajo en la calle con un cuchillo.

Después, Fabiano tuvo un accidente y volvimos a vivir juntos. Alquilamos un piso en Foz. Hicimos muchos planes para el futuro y no quería que yo trabajase más, decía que con el dinero de la indemnización íbamos a vivir de puta madre.

Seguí visitando al viejito. Me daba mucho dinero, no lo dejaba por nada. Algún día me dio hasta mil euros. Muchas veces quedábamos en su casa en Lugo. A Fabiano no le importaba porque me daba mucho dinero. Pero, más tarde dejó de darme dinero, el muy cabrón. Al principio, me iba a su casa y estaba con él dos o tres horas y me daba trescientos euros. Luego, ya me pagaba menos y la última vez me dio ¡cincuenta euros! Le dije que por ese dinero yo no salía de mi casa, viejo cabrón. Pero, bueno, reconozco también que fue muy bueno conmigo y que me ayudó mucho cuando lo necesité, cuando tuve el aborto y estuve mal. Aunque, cuando vino la regularización él me prometió que me iba a ayudar con lo de la oferta de trabajo y después me dijo que no, que eso podía traerle problemas. Eso me fastidió mucho porque lo de sacar mis papeles era muy importante para mí.

Montando mi piso

En agosto de 2004 conseguí montar mi propio piso. Estaba en una calle céntrica, cerca de la estación de autobuses. Tuve chicas y travestis, y yo también trabajaba. Tuve una travesti de Curitiba, que era el que más trabajaba, se hacía cinco y seis pases casi todos los días. Como a veces venían los clientes y me escogían a mí, algunas de las chicas ya pensaban

que como era la jefa del piso me estaba aprovechando, y no era así. Además, los clientes siempre buscan variedad.

Las travestis trabajan mucho más que las chicas. A finales de año me quedé sin chicas en el piso, y hubo ocasiones en que había tanta gente en el piso que ya resultaba complicado trabajar. Y las chicas se fueron marchando. Tuve problemas con algunas. Hay chicas que abusan de la confianza. Una de ellas fue Daniela, que dejaba de trabajar y se iba cuando le apetecía para salir con los tíos, un descontrol total y eso no puede ser. Para mí Daniela ha sido una mala influencia. Y con Victoria tenía muy buena relación, pero lo que pasó es que cuando llegaron unas travestis al piso para trabajar comenzaron los problemas y los celos. Parecía que yo estaba en su casa, en vez de estar ella en la mía, y también salía cuando le daba la gana y sacaba del piso a las travestis.

A los cuatro meses de abrir el piso ya no quise más chicas. Se trabajaba mucho mejor con las travestis. Además, la convivencia en el piso era mucho mejor, las travestis están siempre riendo, son muy alegres y cariñosas. Sin embargo, con las chicas siempre hay problemas. Victoria, por ejemplo, los fines de semana cuando venía el novio cogía y se marchaba del piso, y no decía nada. La última vez que se fueron ella no volvió en cuatro días. Yo nunca fui de poner multas y esas cosas, pero si estás en un piso de trabajo tienes que acatar unas normas. A Victoria le tuve que pedir que se marchara. Y esto me ha pasado más veces. A Daniela también la tuve que echar. Y ya ves, que seguimos siendo amigas y nos tomamos unas cervezas juntas, bromeamos y tal, pero hay ciertas cosas que no puedes permitir en tu casa.

Cuando Daniela me pidió para venir al piso le dije que sí, y al principio trabajó bien, se hacía cuatro o cinco pases. Pero, Daniela estaba muy loquita, cogía y también se marchaba o se emborrachaba. No puedes permitir esas cosas en un piso de trabajo. Fue Fabiano quien habló con ella. Entonces, cogió sus cosas y alquiló una habitación en el primer piso.

Desde entonces no quise más chicas en el piso y sólo trabajé con las travestis. He tenido hasta cuatro travestis juntas en el piso. La mayoría de los clientes que vienen a los pisos quieren a las travestis. Conozco un piso en Madrid que tiene trabajando a más de diez. Además, las travestis cobran más por el pase. Si una chica gana cuarenta euros, la travesti pasa por cincuenta. Pero, lo más divertido era que todos los clientes que venían al piso era para que se los *comese* la travesti. Ellas dicen que eso es increíble, que en Brasil no es así, pero aquí todo es al revés, los tíos vienen a los pisos

para que se los folle una travesti. De cada diez clientes que vienen al piso, nueve quieren que la travesti se los *coma*.

No estuve todo el tiempo seguido trabajando en el piso. Cuando el trabajo estaba flojo me iba a hacer alguna plaza y luego volvía. En enero de 2005 fui a hacer una plaza a Madrid. Allí tuve un problema con la dueña del piso, porque quería que entrase con un marroquí por cincuenta euros (veinticinco euros para la casa y veinticinco euros para mí) y me dijo que tenía que echar dos polvos con él. Le dije que por ese precio no entraba, que para eso me quedaba en mi piso. Y me echó. Las chicas me dejaron algo de dinero.

Entonces, como estaba en Madrid desesperada y sin saber qué hacer, me acordé de telefonar a un amigo colombiano que estaba en Cuenca. Me invitó a su casa. Pero, al final, me fui para el club donde estaba trabajando Débora, la “streaker”. Y allí me dieron plaza.

A Débora le entraron los celos en el club porque yo había hecho amistad con una chica paraguaya. Casi se muere de los celos. Esa misma noche me marché y no he vuelto desde entonces a hablar con ella. A veces me llaman al móvil con llamada oculta y pienso que es ella.

Me fui del club. Cogí un tren a Madrid. El taxista me dio mal el cambio. Me faltaban tres euros para comprar el billete para venir a Lugo. Entonces, lo que hice fue acercarme a otro taxista para ofrecerle mi reloj. Me trató como una mierda. Me decía: - No quiero malos rollos. Como si mi reloj fuese robado. Estaba desesperada. Después, vino otro taxista y vacilándome, me dio cinco euros por mi reloj.

Llegué a Lugo, y me hice la promesa de no volver a hacer más plazas, porque siempre que salgo por ahí me pasa algo. Prefería estar tranquila en mi piso. Aunque, la promesa no la cumplí.

Después, quería ir a hacer una plaza en Bilbao, en un piso. Pero, mi amiga ya me dijo por teléfono: - No se venga, que están molestando mucho. Y no fui porque en aquella época todavía no tenía papeles y tenía miedo a que pudiese cogermela policía.

Es difícil estarse quieta mucho tiempo en el mismo sitio, porque los clientes buscan siempre la variedad. Es por eso que yo me iba a hacer mis plazas. Y es normal, porque el cliente cuando ya ha estado dos o tres veces con la misma chica ya no quiere repetir y se va a otros sitios a buscar caras nuevas. Yo eso lo comprendo perfectamente. Pero, hay algunas chicas que

no lo entienden. Y yo siempre les digo: - Miren, que para repetir ya tienen a su mujer en su casa.

Una noche vino el dueño del “Lexis” a mi piso. Apareció a las siete de la mañana y me pidió que le pagase ciento cuarenta euros que le debía. Era cierto que se los debía, pero él quería que se los pagase ya, y como le dije que no tenía en ese momento el dinero, me montó un escándalo. Nos despertó a todas. Las travestis se pusieron todas locas y él gritando que le tenía que pagar. Tuvo que salir Fabiano de la habitación y entonces también le gritó. Alberto le dijo que no le levantase la voz, y Fabiano que él podía gritar todo lo que le saliese de los cojones, que para eso estaba en su casa, y le dijo que se marchara ya. Luego, se marchó y yo me quedé toda asustada. Se enteró del piso por Marcos, el encargado del club, que había venido antes al piso a follar con una chica.

El Portugués

Dejé a Fabiano por el Portugués. Fue una relación tan buena para mí... Llegó un día al piso como cliente. No quiso entrar en la habitación y me dijo que quería conocerme primero. Estuvimos charlando durante tres horas. Luego, empezó a acariciarme e hicimos el amor allí mismo en el salón. Me sentí la mujer más completa y amada del mundo. Fue maravilloso. Por supuesto que no le cobré. Al final fue una situación un poco embarazosa. Y así fue como empezamos a salir. A Fabiano no le dije nada al principio, pero después de unas semanas le dije que estaba enamorada de Joaquim.

Durante un tiempo seguí compartiendo la habitación con Fabiano. Una noche me montó un escándalo en el piso, comenzó a romper cosas y dijo que se iba a suicidar. Llamé a Daniela y esa noche me tuve que quedar en su casa. Tenía miedo de perder a Joaquim por culpa de Fabiano.

Fabiano me comenzó a comer la cabeza. Me decía todo el rato que Joaquim no me quería, que sólo me utilizaba como un pasatiempo. Joaquim venía al piso todos los días, excepto los fines de semana que se marchaba para Portugal. Mi relación con él siempre fue maravillosa.

A los cinco meses de estar con él me quedé embarazada. Me dijo que estaba en contra del aborto, pero que yo decidía. Al final, decidí abortar. Lo hice en casa de una amiga. Sufrí como un animal. Tomé unas pastillas para poder abortar y después me quedé dos días en casa de mi amiga para recuperarme.

Después de una semana, fui a una fiesta y conocí a otro chico, un español. Y nos enrollamos. Luego me preguntó en qué trabajaba. Le dije que en nada, que estaba buscando trabajo. No sé cómo empezó la conversación, pero terminó hablando de las prostitutas y decía que no las soportaba, que eran todas unas asquerosas. Yo me quedé callada. Quería saber hasta dónde podía llegar. Al cabo de unos días llegó a mi casa y me tiró el periódico en las piernas. Había un anuncio en el piso de Romelina donde salían cuatro chicas en la foto y una se parecía mucho a mí. Él me decía que esa chica era yo. Le dije que era mentira y que estaba muy equivocado.

Al día siguiente, llegó Joaquim. No pude resistirme. Hicimos el amor como nunca. Aunque, con él siempre lo he pasado divino. Era un hombre muy cariñoso. Nunca he conocido a nadie igual. Detallista, educado, cariñoso, siempre pendiente de mí. En la cama, aunque estuviese empalmado, me dedicaba cuarenta minutos o más a darme placer. Joaquim era el hombre ideal y lo amaba con locura. Pero, no podíamos seguir porque Joaquim era casado y con familia. Salimos durante unos meses. Cuando llevábamos varios días sin poder estar juntos, empezábamos comiéndonos con la mirada y terminábamos siempre en la cama. Hasta que se terminó.

Aunque con Joaquim lo pasé muy bien, cuando una mujer se acostumbra a cobrar por sexo luego resulta muy complicado poder acostarse con alguien una noche sin que exista el dinero. Yo, al menos, desde mi punto de vista lo veo así. Pero, con Joaquim fue diferente porque fue más una relación de novios.

Bisexualidad

Estuve enrollada con Daniela. Una noche fuimos a cenar y nos emborrachamos. Le propuse a Fabiano que hiciésemos un trío con Daniela. A él le sorprendió un poco, pero no dijo que no. Fue maravilloso. Y lo repetimos. Para mí surgió un sentimiento obsesivo hacia Daniela. De la intimidad nació la confianza. Y ya sabes el refrán, donde hay confianza da asco. Luego, vinieron los problemas y estuvimos un tiempo sin hablar. Después, nos reconciamos y volvimos a acostarnos.

Daniela vivía encerrada en su mundo de fantasía, que era un engaño, y que a mí no me daba buen rollo. Desde entonces nos distanciamos, luego ella se marchó de Lugo. Daniela hablaba mucho. Le contó a su novio que Fabiano se metía coca, pero, claro, no le contó que también se la metía ella. Daniela era muy loca y no tenía ninguna responsabilidad, sobre todo cuando bebía,

perdía todo el control. La dueña de la cervecería ya estaba cansada de ella, porque cuando se emborrachaba cogía y hablaba con los clientes y les pedía que la invitasen a una copa. La dueña, que era colombiana, le dijo un día que la cervecería no era un club. A Daniela cualquiera que la invitase a unas copas podía luego follársela por la cara. Y ella loquita por aquel tío, el Roberto. A mí nunca me cayó bien. Era un gigoló, que se las follaba a todas. Daniela era la única que no lo veía o que no quería verlo, pero todas nos dábamos cuenta.

Hace más de dos años fui a un cumpleaños en un club en Ribadeo, y allí conocí a una chica que era “streaker”. Se llamaba Débora. Nos enrollamos esa noche. Luego, mantuve una relación con ella por teléfono. Nos enviábamos mensajes por el móvil. Todo se terminó cuando Fabiano se enteró.

El preservativo

Es increíble, no te imaginas la cantidad de hombres que llaman al piso para preguntar si lo hacemos al natural. Yo les explico, pero es alucinante como la gente no tiene conciencia sobre el contagio de enfermedades. Cuando estaba en mi piso yo compraba los preservativos y se los daba a todas las chicas y a las travestis. Ellas los cogían y luego entraban en la habitación. Pero, si los usaban o no siempre era algo que yo ya no podía controlar.

Tenía mis sospechas, por algunos comentarios que escuché algún día entre las travestis, de que alguna vez no se los ponían. Y eso es muy peligroso, es no tener cabeza. Yo, ni por todo el dinero del mundo.

El dinero es relativo

Luego dejé el piso porque tuvimos problemas con los vecinos. Se enteraron de que era un piso de trabajo y en el edificio los vecinos hicieron una reunión y se quejaron al dueño para que nos echase. Y me conseguí un trabajo de cocinera en un club. Sólo estuve veinte días. Me gustaba mucho trabajar allí. Pero, las mujeres del club se pasaban. Ya sé que no soy una profesional, pero sé cocinar. El problema era que allí algunas querían menús especiales. Una noche llegó una y me pidió una sopa. Le dije que no era posible en ese momento y que se la cocinaba al día siguiente. La chica entonces fue a quejarse al encargado. Decidí marcharme. No me parecía justo que me llamasen la atención por aquello.

Me marché esa misma noche. Me mudé para el piso de una amiga colombiana, y fue cuando empecé a trabajar en el piso de Sandra. Pero, allá los pases eran muy baratos. Estaba con seis tíos y no me quedaban ni cien euros. Cobrar sólo veinte euros por un pase es muy poco. No te ayuda en absoluto y trabajar en esas condiciones sólo te hace daño por dentro. Te sientes esclavizada como en mi país. Sandra me cobraba un porcentaje del veinticinco por ciento. De un pase sólo me quedaban quince euros. Por eso estuve trabajando allí sólo dos semanas.

Después, a través de Silvia, empecé a trabajar en un piso en Fontiñas. En los dos primeros días ya me hice doscientos euros con tres clientes. Y ya me fue gustando el trabajo. Allí los pases eran de cincuenta euros y los clientes también eran mejores, no eran los clientes del piso de Sandra. El problema era que muchos días salía de fiesta, y claro, si no estaba en el piso no trabajaba. A veces me pasaba una semana entera de fiesta...

El dinero en la prostitución es algo muy relativo. Hay otras mujeres que han encontrado otros trabajos y que les ha ido bien. Las colombianas, las dominicanas y las cubanas son más responsables con el dinero. Nosotras, las brasileras, en cambio, ya nacemos con la sangre caliente. Somos más locas.

Hay chicas que vienen a trabajar y que se saben administrar. Yo no he hecho planes de comprar casa en mi país ni nada de eso. Lo que quiero es quedarme definitivamente en España. Y mi familia nunca me ha chuleado dinero para nada. A mis hijas sólo les envío dinero para regalos, para que se acuerden de su madre. Yo no tengo el problema de muchas mujeres aquí que están todo el tiempo manda, manda, manda. Y que luego, cuando vuelven a su país no tienen nada porque todo se lo ha comido la familia.

Sé que mis hijas están bien cuidadas. Van a un buen colegio y a clases particulares. Mi hija mayor está con mi padre, y la pequeña con mi tía. Los fines de semana los pasan juntas. Estoy tranquila porque sé que están muy bien cuidadas.

Aunque me gusta Lugo, para trabajar como prostituta es mejor no ir a ciudades pequeñas. Es mejor ir a trabajar a una ciudad grande, donde puedes ganar mucho más dinero.

Estoy en contra de la prostitución tal como está ahora. La prostitución en los clubes lleva a muchas chicas al camino de la perdición. Se envuelven con drogas y con hombres que también les ayudan a ir por el mal camino, con el alcohol... En algunos clubes les hacen exámenes de sida a las

mujeres. Eso me parece muy bien. Que las que tengan sida se devuelvan para su país.

Lo que había que hacer es casas de masaje o pisos bien arreglados. Todo en buenas condiciones. A mí los clubes no me gustan. Tienes que implorarle a un tío para que suba contigo a la habitación a follarte como si fueses una mierda. Trabajar en un piso es mucho mejor, y más tranquilo. No tienes que pasar toda la noche sin dormir, bebiendo alcohol y aguantando humillaciones. Esa no es vida para un ser humano. En el piso la mayoría de los clientes que llegan se quedan. De diez se puede marchar uno, y ese es porque quiere sin goma. Vienen, lo hacen rápido y tú ganas el dinero. Son cosas así. Por eso yo prefiero trabajar en un piso.

Para trabajar en la prostitución tienes que ser forzosamente desvergonzada. Y también tienes tiempo libre para ir de fiesta. Con la prostitución he llegado a sentirme una persona muy libre. Pero, esta vida también me ha hecho tener un corazón muy duro. No siento pena de las personas. Puedo ver a una persona que está sufriendo, que lo está pasando mal y no me conmuevo. Sí, esa es la verdad.

CAMILA

La selva esmeralda

Nací el 10 de abril de 1978 en Manãos, capital del Estado de Amazonas. Mi padre se casó con mi madre cuando ella tenía quince años. Se casaron por la iglesia. Mi padre tuvo que pedirle la alianza a mi abuelo para poder casarse. Sólo estuvieron juntos durante tres años. Mi padre era tan celoso que cuando mi madre se ponía enferma no le dejaba ni ir al médico. Mi padre sentía celos de todo el mundo.

Cuando se separaron, mi madre se marchó para un *garimpo*. Fue realmente que mi madre no aguantaba más las peleas y las *brigas*. *Ele batía muito nela*, y ella ya no aguantaba más. Así que se marchó para el *garimpo*, y luego mi padre fue a buscarla. Pero, él se fue a vivir con otra mujer y también tiene hijos con ella. Esta mujer fue la que luego me cuidó como si fuese mi verdadera madre, y ellos me registraron como si yo fuese su hija para poderme matricular.

Yo nunca tuve ese amor de madre. Cuando yo llegaba a casa, ella no me hacía ni caso. Yo no tenía con quien compartir mis problemas o consultar mis deberes. Además, ella me pegaba casi todos los días. Estuve viviendo con mi padre y mi madrastra desde los tres años hasta los catorce.

Mi infancia fue la peor etapa de mi vida. Mi madrastra nunca me quiso. Con diez años ya me colocó a trabajar en una casa de familia. Mi padre estaba muy poco tiempo en casa y se tiraba varios meses fuera. Y así yo me quedaba en casa con ella. Ella tenía dos hijas con mi padre, una con otro hombre y una del primer casamiento. Todas mujeres. Todas se quedaban en casa y yo era la única que tenía que ir a trabajar fuera, y cuando regresaba a casa tenía que darles la mitad de mi salario. También tenía que pedirles a los vecinos cosas prestadas o ir al mercado. Yo entonces era una niña muy delgada.

Un día que me mandó a por huevos a casa de una vecina, volví sin nada porque la vecina no tenía ya que estaba haciendo un *bolo*, y cuando llegué a casa mi madrastra me pegó. Me acusó de no haber ido junto de la vecina. Me pegó muy fuerte y al poco rato llegó mi padre. Yo estaba sangrando por una oreja y toda *machucada* cuando, parece que fue Dios, llegó mi padre. Entonces, mi padre la cogió a ella y le dio una paliza. Mi madrastra en aquella época estaba embarazada, pero mi padre le pegó igual, le tiró la ropa y le dijo que se fuera de casa, que ya no me iba a tocar jamás. Mi

padre había escuchado rumores de que ella me maltrataba, pero nunca me había visto después de que ella me pegase. A consecuencia de la paliza ella estuvo dos días en el hospital y cuando regresó a casa me pidió perdón. Yo tenía diez años y le contesté que yo no le iba a perdonar, que sólo le podía perdonar Dios.

Cuando compraba ropa, ella compraba la mejor ropa para sus hijas y para mí la peor. Las cosas de comer igual. Yo tenía que comer lo que me gustaba a escondidas. Recuerdo que aquella fue la peor paliza que me dio nunca. Mi padre tuvo que darme unos baños con sal porque estaba llena de magulladuras.

Mi madrastra siempre me deseaba lo peor, que yo me casase con un hombre bravo, que me pegase. Y al final, lo que ha ocurrido es que han sido sus hijas las que han tenido todos esos problemas, y yo he conseguido un buen hombre y hasta casarme legalmente, no como ellas.

No he vivido siempre en la capital. Cuando tenía diez años yo vivía en Paraná do Arariá, en el Estado de Amazonas. Todos los días por la mañana iba a lavar la loza al río acompañada de mis primas. Un día, después de lavar, fuimos a bañarnos y una de ellas comenzó a tirar piedras al agua porque decía que había visto al *boto*. Nosotras también lo vimos. Él estaba como irritado, echando ese aire como el de las ballenas, y mi prima Marinalva le gritaba: - ¡Ven aquí! ¡ven aquí! El *boto* saltaba en el agua y abría la boca. Yo ya había visto antes otros *botos*. Hay los *botos* negros y también los de color rosa. Los negros son buenos, pero los rosa son peligrosos y pueden encantar a las personas.

Ese mismo día, por la noche, a Marinalva comenzó a dolerle mucho la barriga y se fue al *mato* y empezó a gritar como una loca. Y su madre entonces corrió con la *lamparinha* para intentar saber qué ocurría. Marinalva gritaba: - ¡Mãe, él me está pegando! ¡él está aquí! Y mi tía pensaba que ella estaba teniendo un ataque de sonambulismo o algo parecido. Y mi prima gritaba y gritaba, mientras mi tía le decía: - *Menina*, aquí no hay nada. Cuando mi tía la encontró, no conseguía tirar de ella, porque hacía mucha fuerza hacia atrás. Luego la llevaron para casa y cuando encendieron la lámpara vieron como Marinalva estaba toda roja en las piernas y por la espalda, y también estaba toda desnuda, sin ropa. Mi tía no sabía nada de que nosotras habíamos estado jugando en el río con el *boto* aquella misma mañana. Mi tía le preguntaba: - ¿Quién era ese hombre que te estaba pegando? Y mi prima le contestó que era un hombre todo vestido de blanco, con sombrero y que era muy guapo. Mi tía le preguntó: - ¿Qué fue

lo que hiciste hoy? Y entonces fue cuando Marinalva le contó a mi tía lo que había pasado durante la mañana. Mi tía *acreditóu*.

Al cabo de una semana a Marinalva le pasaron todas las marcas. Cuando ocurrió aquello yo tampoco me lo podía creer. Yo ya conocía las leyendas acerca del *boto*, pero algunas personas también contaban que se aparecía cuando había alguna fiesta entre una multitud y enamoraba a una mujer, que se apasionaba locamente, y sólo lo veía ella. Dicen que encanta a las mujeres. Pero, yo nunca había oído nada sobre que podía pegar a las personas. Además, mi prima era tan sólo una niña. Era por eso que me costaba creerlo. Marinalva no volvió jamás a meterse con el *boto* en el río.

Después de aquello, cada vez que yo iba a buscar la leche a casa de mi tía tenía miedo. Recuerdo que iba siempre corriendo, y a veces le decía a mi madre que no quería ir. Hoy recordándolo estoy convencida de que aquella noche fue realmente el *boto* quien agredió a mi prima y lo hizo porque ella lo había llamado primero y luego había tirado piedras al río.

En el Amazonas existen muchas leyendas. Yo estuve viviendo en Paraná do Arariá unos tres años: desde los ocho hasta los once años. Después me marché para Manãos.

Aprendí a nadar con siete años. En el Amazonas se aprende a nadar a los tres, pero yo tardé más porque tenía mucho miedo de meterme en el agua. Me explicaron que tenía que comerme una *piaba*, que es un pez pequeño, y que tenía que tragarla viva. Un día mi tío me tiró en el río y entonces no me comí la *piabinha*, pero comencé a *bater* en el agua. Más adelante sí que lo hice. Tienes que coger las *piabinhas*, una o varias, porque hay muchas en el río; las coges con la mano y te las metes en la boca y las tragas vivas. Entonces, sientes como unas cosquillas en la garganta y te concentras en las *piabinhas*, y de ese modo te vas haciendo más experta.

Recuerdo también cuando íbamos al monte, a plantar maíz, mandioca, etc. Y un día que estaba lavando los platos me encontré con una *sucurí*. Yo tenía unos diez años. Y estaba lavando la loza en el *igarapé*. La *sucurí* estaría a unos dos metros. Me marché corriendo y avisé a mi abuelo. Yo lo llamé, y le grité: - ¡Abuelo, hay una *cobra* en el río! Entonces, mi abuelo cogió la espingarda, fue al río y la mató. Le pegó un solo tiro en la cabeza y ya la mató. Yo no sabía que era una *sucurí*. La *sucurí* se come a la gente. Sin embargo, la *jiboia* mata, pero no se come a las personas. Mi abuelo luego cogió la *sucurí*, que medía unos seis metros. La sacó del agua con la ayuda

de otras tres personas; le sacaron toda la piel y también le quitaron la grasa para hacer medicinas.

Yo en aquella época era muy delgada, pesaba tan sólo cuarenta kilos, y me subía fácilmente a los árboles para coger la fruta del *açaí*. Subía con un *facão*. Entonces, mi abuelo se adentraba en la selva para cazar. Cazaba tucanes. Yo adoro la carne de tucán, es una carne roja, muy buena. Me daban un poco de pena, pero siempre después de comérmelos...

Todos los sábados hacíamos una fiesta. En casa de mi abuelo hacíamos el vino de *açaí*, y en casa de mi tío íbamos a tomar *grapa* de caña de azúcar. También hacíamos *rapadura*. Otras veces íbamos también a casa de otros parientes, matábamos un buey y hacíamos un churrasco. Allí todo el mundo tenía bueyes, vacas y búfalos, búfalos negros. Mi tío era de los que más tenía en el pueblo. También teníamos caballos, cabras, gallinas, patos, pavos y tortugas. Allí nadie pasa hambre. El Amazonas es muy rico. Tienes caza y pesca abundante. Puedes pescar *pacú*, *tucunaré*, *cará*, etc. Y algunos peces se capturan con flechas. Mi abuelo pescaba así los peces más grandes: *tambaquí*, *pirarucú*, piraña negra, etc. Estoy segura de que todavía sigue pescando de esa manera...

Mi abuelo una vez se perdió en la selva. Estuvo en el mato durante veintiún días y ya todo el mundo en el pueblo lo daba por muerto. Yo todavía no había nacido, pero me lo contaron varias personas de mi familia. Durante todos esos días mi abuelo sobrevivió a base de frutas de la selva y agua. Me contaron que él llegó a escuchar el barullo de los indios bravos, los que todavía andan desnudos. Todos lo daban por muerto, porque no aparecía. Y después de los veintiún días llegó al pueblo todo flaco y lleno de heridas y de picaduras de los bichos que lo picaban durante la noche. Afortunadamente, se recuperó pronto.

También conocí a mi bisabuelo, que era muy anciano. Para ir hasta su casa teníamos que ir remando por el río durante unos quince kilómetros. Él estaba enfermo y nosotras, mis primas y yo, lo íbamos a visitar dos veces por semana. Un martes que fuimos, él me dijo: - Camilinha, por favor, hazme un café. Y yo se lo hice. Fue lo último que hice por él. Cuando regresamos a casa, al viernes siguiente, falleció. Antes de morir, mientras agonizaba, mi bisabuelo mandó que hiciésemos un churrasco, que no quería un *velório* ni que nadie llorase por su muerte. Lo enterramos allí, en la selva, a unos ocho metros de su casa. Desde su muerte todo cambió. Yo volvía de vez en cuando, pero ya nada era igual.

Por las mañanas ordeñábamos las vacas. Teníamos muchos problemas con las *onças pintadas*. Venían al poblado y se comían las gallinas. Pero, no recuerdo que nunca se comieran a una persona.

Mi abuelo siempre mataba *jacarés* para darnos de comer. Los mataba a tiros con la espingarda. Yo un día quise probar, y me caí de espaldas al suelo... Nunca más cogí la espingarda. A mí me gusta mucho la carne de *jacaré*. Mi abuelo también nos traía perezosos, monos, *tatú*, *capibara*, *paca*, *veados*, etc. Todas las semanas llegaba un barco, y entonces nosotros cambiábamos sacos de *farinha de mandioca*, tapioca y *beijú* por arroz, trigo y azúcar.

Una “*amizade colorida*”

Sólo tuve tres hombres en mi vida. Mi primer novio, que era policía y que lo mataron en una *briga* con bandas de *favelados*; mi segundo novio, el *fazendeiro*; y mi marido Manoel.

A Manoel lo conocí en la *rodoviária*. Yo entonces vendía cosméticos y él trabajaba allí. Era el *guardavolume*, el dueño del guarda equipajes de la estación. Al principio, me dijo que sólo era el encargado, que trabajaba allí. Luego, ya me dijo la verdad. Me explicó que no me había dicho que él era el dueño porque tenía miedo a que las mujeres se interesaran sólo porque tenía dinero.

Él entonces tenía novia y yo también. Yo tenía un novio *fazendeiro* desde hacía unos ocho meses. Pero, Manoel vino un día y me confesó que ya había terminado con la Adriana. Yo también dejé a mi novio. En verdad, para Manoel no era un noviazgo, sino una *amizade colorida*. Yo tenía una relación más seria, mi novio *fazendeiro* ya tenía planes para casarnos. Yo le expliqué que ya no me gustaba. En verdad, yo estaba con él por mi padre, porque él tenía dinero y nosotros éramos pobres.

Con dieciocho años tuve mi primera hija. Tenía problemas para quedarme embarazada. El médico me explicó que yo tenía el útero infantil y necesité de un tratamiento con hormonas. A mi segunda hija la tuve con veintidós años. Manoel es un hombre muy bueno, siempre me pagó todo y nunca me trató mal. Él me compensó todo lo mal que yo lo pasé durante mi infancia. Desde que estoy en España él me llamaba por teléfono todos los días. Ahora, ya no tanto, pero seguimos hablando por causa de las niñas.

Yo vine a España con un objetivo muy claro: quería comprar una casa para mi padre. Pero, ahora la voy a poner a mi nombre para que luego, si fallece mi padre, no pueda *remexer* mi madrastra y quedarse con la casa. Yo soy así, de *qualquer jeito* tengo que conseguir lo que quiero. No quiero regresar a Brasil con una mano delante y otra detrás.

El viaje

Vine a España con Patricia. Sabíamos que íbamos a trabajar en un club, pero no nos explicaron nada. Salimos de Porto Velho y de allí fuimos a Brasilia. Luego cambiamos de avión en São Paulo, en el aeropuerto internacional, y de allí ya volamos directamente para Madrid.

En el aeropuerto de São Paulo cambié cuatro mil reales por mil euros. El pasaje lo pagué con mi dinero. Antes vendí un coche para poder comprar el billete. Mi contacto para venirme fue una novia de un sobrino de mi marido.

El pasaje me costó tres mil quinientos reales (unos mil euros). Necesité unos cinco mil reales, para cuatro noches en un hotel en Madrid, sólo por seguridad, para poder pasar la entrevista. Aunque, luego en la frontera no me preguntaron nada.

Cuando llegué a Madrid, cogí la maleta y ya me estaban esperando en el aeropuerto. Allí estaban la *namorada* del sobrino de mi marido y el dueño del club. Pero, yo no sabía que él era el dueño de un club, yo pensaba que era un amigo. Ella me lo explicó después. Estuvimos ocho horas viajando. Fue la sobrina quien me lo explicó todo. Me dijo que habían pensado en la posibilidad de que yo trabajase en un pub, pero que el dueño del pub había tenido problemas con las drogas y había tenido que cerrar el pub, y entonces teníamos que buscar otro trabajo para mí. Al mismo tiempo, ella me explicaba que trabajando en la prostitución se ganaba mucho dinero y que era bueno para conseguir dinero para enviar a mi país, y que con cualquier otro trabajo tan sólo iba a tener para mis gastos más básicos, pero no para mandar para Brasil.

Al llegar a Ferrol fuimos para un piso. Yo le dije que ya me lo pensaría. Luego, el jefe la llamó para preguntarle y ella le contestó que yo iba a trabajar. No le dijo que yo me lo estaba pensando, sino que le dijo directamente que sí, que iba a trabajar.

Al día siguiente fui al club. El dueño del club vino a buscarnos y nos fuimos para allí. La sobrina me consiguió unas ropas de trabajo, porque yo no tenía nada de eso, me maquillé y me fui para el salón.

Cuando llegué al salón, ella me iba explicando todo. Me explicó cómo había que hacer para entrar en la habitación, para coger las sábanas y también para utilizar el condón. Yo no sabía cómo se utilizaba un condón... Fue Luciana quien me llevó para el camerino, cogió un consolador que ella utilizaba con los clientes y me enseñó cómo tenía que hacer.

La prostitución

Ese día hice tres pases. Lloré mucho con el primer pase. Bueno, el cliente no me vio llorar porque lloré después, cuando acabó el pase. Durante el pase fui acompañada de otra mujer brasileña ya experimentada (hace unos cinco años que ya trabaja en esto) y entramos en la habitación con dos clientes. Fue una experiencia desagradable. Yo tenía que estar con un hombre y al cabo de cinco minutos ya quería cambiar y tenía que estar con el otro. Nunca había pasado antes por algo así.

El dueño del club estaba molesto porque yo no tenía las ideas claras. Él pensaba que yo tenía más experiencia en esto y estaba enfadado con Luciana porque le había mentado acerca de mí.

Mi marido estaba extrañado porque yo ya había comenzado a trabajar. Me llamó, me preguntó si yo ya había conseguido el trabajo y le contesté que sí. Luciana habló con él primero porque yo estaba en ese momento en el baño y le explicó que yo estaba trabajando de camarera en un pub. Pero, a Manoel le pareció todo muy extraño. Después, le dije que sólo trabajaba de noche, que ese era mi turno. Durante mucho tiempo Manoel me pidió que buscase un trabajo durante el día. Siempre me dice que es mejor trabajar de día, aunque gane menos dinero.

El segundo y el tercer pase ya fueron normales, con un hombre solo. No lo pasé bien. El primer día fue pésimo. Me resulta difícil poder explicar cómo era que yo me sentía... Terminó el trabajo a las cinco de la mañana. El dueño del club nos llevó para casa. Llegamos al piso. Allí había tres habitaciones. Luciana quería que yo durmiese con ella, a pesar de que había habitaciones vacías. Me dijo que había sido una buena decisión y me preguntó que cómo había ido mi primer día de trabajo. Yo le contesté que me sentía mal y que posiblemente me regresaría a Brasil. Entonces, ella me

explicó que no debería de hacer eso, que si yo quería conseguir dinero debería trabajar en esto.

Esa noche dormimos juntas. Y así seguí trabajando en el club y viviendo en Ferrol. Al cabo de unos quince días, Luciana comenzó a hablarme de estar con otras mujeres. Yo le dije que a mí no me gustaban las mujeres. Le dije que ya no iba a seguir durmiendo con ella y que quería una habitación para mí sola, que yo también pagaba para eso. Ella sólo dijo: *tudo bem*.

A partir de ese día comenzaron las peleas entre nosotras. Yo no sabía que a ella le gustaban las mujeres. Todo el mundo lo sabía, excepto yo. A Luciana le gustan las mujeres y también los hombres. Entonces, debido a que el jefe había tenido un accidente de coche, tuvo que cerrar el club durante dos días. Y fue cuando nos llevaron a otro club, al "Nesai". Fui allí sólo una noche. El encargado, Suso, se fijó mucho en mí. Me dijo que yo era muy bonita y todas esas cosas... Suso nos llevó a todas para casa. Y yo fui la última. Estuvimos charlando durante mucho tiempo. Cuando llegué a casa, la Nelly me dijo que Suso era un mal hombre, que era un tipo peligroso y que les pegaba a las mujeres. A mí no me lo parecía. Yo me había sentido muy bien con él.

Estuve saliendo con Suso durante meses. Nuestra relación fue muy buena. Él siempre ha sido una persona legal conmigo. Pero, no funcionó porque era casado. Incluso, llegó a proponerme que si yo dejaba a mi marido, él también dejaría a su mujer. Pero, en aquel momento yo no quise destrozarme mi hogar. Nos veíamos a las siete de la mañana, cuando terminábamos de trabajar, yo del club de As Pontes y él como encargado en el club de Ferrol.

Nelly tenía muchos celos de mí. En el club me robaron cuatrocientos euros... La Nelly entonces llamó a mi marido y le contó que yo trabajaba en la prostitución. Luego, yo se lo negué todo a Manoel. En el club de As Pontes tuve muchos problemas con las otras mujeres, sobre todo por causa de los celos. A los clientes les gusta mucho pasar con las nuevas, y entonces me solicitaban mucho y eso no les gustaba a las otras. Yo no sabía cómo funcionaba todo esto. Algunas mujeres, que también eran brasileras, hasta intentaron agredirme. Por todo eso decidí marcharme del club. Y se lo dije al encargado. Él me contestó que si me marchaba que ya no volviera nunca más por allí. Yo le dije que ya no pensaba de todos modos volver.

Cuando me marché del club me fui para el piso de Nelly en Ferrol. Allí sólo estuve una semana. No aguanté más. Suso quería que volviera para Ferrol. Pero, yo no quería. Durante esa semana, Nelly había conseguido una plaza para un club en Valencia. Entonces, fue cuando Ramiro llamó al

piso, recuerdo que yo estaba limpiando. Le preguntó a Nelly que si queríamos ir para Lugo y ella le contestó que no, que estábamos trabajando bien. Nelly no quería venir para Lugo. Pero, después, yo que había escuchado la conversación, decidí venirme. Y así fue como me vine para “El Rayo de Luna”.

Al principio, las condiciones eran buenas, sólo tenías que pagar siete euros por día, incluida la comida y la dormida. Sin embargo, en el club de Valencia teníamos que pagar cuarenta euros por día y si no trabajabas tenías que pagar igual. Y en “El Rayo de Luna” entonces pagabas siete euros y si no trabajabas no pagabas nada. Cuando llegué me presentaron a las chicas. Conocí a Fernanda, a Miki, a todas. Nelly no vino al club hasta pasar unos tres días.

Llegué al club por la tarde, a eso de las seis, y esa misma noche ya comencé a trabajar. Cuando dieron las nueve me fui para el salón. Ese día era el cumpleaños de Andrea, la rumana. A mí me dieron la habitación número dos, que es individual, y que es tanto para trabajar como para dormir.

En aquella época se trabajaba muy bien en el club. Si una se mueve se trabaja. Aunque, a mí entonces me resultaba difícil acercarme a los hombres y pedirles para subir a la habitación. Claro que yo entonces todavía llevaba poco tiempo trabajando. Pasados unos meses ya me fui haciendo más experta y todo resultó mucho más fácil.

A veces yo no soy la que se acerca al cliente, sino que es el cliente el que viene a mí. Yo le digo: - Hola, qué tal, ¿cómo estás? Luego, él me pregunta la edad, si tengo hijos, si soy casada o soltera, todas esas cosas... Yo también pregunto, claro. También me preguntan que cuánto cuesta subir conmigo a la habitación.

De cada diez hombres, sólo a unos tres les pregunto si quieren subir a la habitación. Yo hago una selección según ellos me miren o no, si les veo que tienen un interés, que me miran fijamente... También, si hay algún hombre que es guapo o atractivo, eso también influye mucho. Yo me acerco y hablo con ellos. Cuando ya me preguntan algunas cosas muy personales, por ejemplo, los nombres de mis hijos, si tengo novio, etc, les contesto que no mezclen mi vida personal con el trabajo. Esto pasa con frecuencia, ¡oh, Dios! Todos los días te preguntan esas cosas.

Y clientes hay de todo tipo, buenos y malos, y en todos lados. Algunos me dicen que soy guapa, preciosa, que soy la más bonita del salón, etc... Otros

me dicen: - Me encantas, porque eres la única del salón que habla conmigo un rato y todavía no me has pedido nada. Algunos cuando luego vas a la habitación con ellos, te siguen diciendo las mismas cosas agradables mientras estás follando. Hasta ahora, todos me han tratado bien.

En mi etapa en “El Rayo de Luna” cuando había movimiento, me hacía cuatro o cinco pases. Pero, después, cuando la cosa estaba floja, uno o dos. También hay algún día malo, que a lo mejor no me hago un solo pase, aunque esto es bastante raro. En los clubes los mejores días son los fines de semana, excepto los domingos. Los lunes tampoco son buenos.

En el club fue donde conocí a Juan. Antes de irme a vivir con él, también estuve trabajando en el piso de Marta, pero allí no me adapté bien. Todos los clientes eran viejos y querían hacerlo sin condón. Por eso le dije a Marta que no aguantaba y me marché del piso.

Me marché del club de Ramiro por toda aquella confusión con Patricia. Yo no soy amiga de problemas y me fui con Miki. Pero, ya los últimos días que estuve trabajando en “El Rayo de Luna” no me sentía bien. Me quedaba mirando a las chicas en el salón, las observaba cómo se peleaban por los clientes y lo veía todo como si yo no estuviera allí. Entonces, pensé y me dije: no, éste no es mi sitio.

Juan

Llegué al club de Ramiro un lunes, y el sábado conocí a Juan. Él era el mejor cliente del club, subía cuatro o cinco veces en una noche, pero cambiaba de mujer. Además, estaba poco tiempo en la habitación, no como otros que están encima veinte minutos.

Recuerdo que yo estaba sentada cerca de la máquina de juegos, junto a Nelly, en el salón. Entonces, él llegó, tocó primero a Nelly y luego a mí. Yo pensaba que quería subir con Nelly porque le dio dos besos, pero enseguida me preguntó que dónde estaba porque no me había visto nunca en el salón. Después de presentarnos, él comenzó a acariciarme y a besarme. Nelly enseguida se marchó de nuestro lado. Me preguntó cuánto costaba subir conmigo. Yo le dije que cien euros por una hora. Y subimos a la habitación. La segunda media hora sólo estuvimos hablando. Me dijo que si quería ser su novia, que yo era muy bonita. Pero, eso son cosas que te dicen muchos...

Esa noche él ya había subido con otras dos mujeres. Cuando bajamos al salón, me dijo de repente que quería subir de nuevo conmigo. Me dijo que primero tenía que ir al cajero, que lo esperara, que vendría rápido. Pero, mientras él se fue vino un cliente y subí con él. Luego llegó Juan y se enfadó y también subió con otra chica. Al bajar vino a hablar conmigo y me preguntó que porqué no le había esperado. Le contesté que yo no estaba allí para esperar a nadie, que estaba allí para trabajar. Y volvimos a subir a la habitación. Aquella noche subió seis veces.

Desde esa noche empezamos a salir. Al principio, nos veíamos una o dos veces por semana. Juan me daba mucho dinero. Para mí era tan sólo un cliente. Después, cuando me fui para el piso en Villalba, él venía al piso y me daba ciento cincuenta euros y nos íbamos a tomar algo, y si nos acostábamos me daba otros cien euros. A veces me daba más dinero, hasta quinientos euros algunas veces. También me enviaba mensajes románticos por el móvil. Y le fui poco a poco cogiendo cariño.

A veces me paraba a pensar acerca de mis propios sentimientos. Estaba como confundida. Juan me decía siempre que yo podía hacer lo que me diese la gana, que si quería salir del club durante un tiempo él me ayudaba, pero que eso era una decisión mía, y que lo que sí tenía que hacer era cobrar siempre, que hay muchos tíos que te conocen y que vienen al piso a tomar café y luego quieren follar contigo sin pagar nada.

Juan tenía entonces treinta años. A mí siempre me han gustado los hombres maduros. No me gustan los jóvenes. Para mí los que tienen menos de veintidós años son unos críos. Por ejemplo, mi primer novio tenía treinta y cinco años y yo catorce. A mí siempre me gustaron así los hombres. Los jóvenes no tienen juicio, hablan muchas tonterías y no son maduros.

Desde que empezó a salir conmigo, Juan dejó de subir con otras mujeres. Eso lo comentaron entonces todas las chicas en el club. Decían todas que estaba enamorado porque antes subía con varias cada noche y desde que me conoció a mí sólo quería estar conmigo.

Yo lo que no entiendo todavía es cómo aquí en España hay muchos hombres que tienen a sus mujeres o novias trabajando en la prostitución y tan tranquilos. Eso en Brasil no es así. Allí los hombres son muy celosos y no permiten ese tipo de situaciones.

No sé cómo ocurrió, pero comencé a sentir algo por Juan. Para mí era una relación positiva. El problema era que él aceptaba todo, que yo trabajase y estuviese en el club, y al mismo tiempo era celoso. Cuando íbamos por la

calle, él me decía: - Mira ese, cómo te mira, parece que te conociera del club. Y eso a mí no me gustaba. Los celos nunca han sido buenos. Hay mujeres a las que les gusta que los hombres sean celosos, pero a mí no.

Con el paso del tiempo hablé con mi marido en Brasil y le conté todo. Le conté que tenía aquí a una persona que me estaba ayudando y también que trabajaba en la prostitución. Cuando se lo dije, Manoel se puso a llorar, se entristeció muchísimo, pero me dijo que lo entendía, que sabía que si yo lo hacía era porque lo necesitaba, no porque me gustase, y que si quería regresar a casa él me cuidaría hasta la muerte, que siempre estaría a mi lado. Yo se lo conté un poco para ver su reacción, para ver cuál sería su reacción en lo relacionado con mis hijas. Si él me hubiese dicho algo sobre que me quitaría a las niñas, yo entonces se lo negaría todo. Pero, no, en ese momento sólo me dijo que me comprendía, que me amaba y que quería que yo regresase a Brasil.

Mi marido me preguntó si esa persona con la que estaba, si yo estaba con él por amor o sólo por dinero. Le contesté que el amor de mi vida era sólo él, que lo que sentía por Juan no era realmente amor, que para mí Juan había sido un buen cliente y en aquel momento era la persona con la que me sentía bien. La verdad era que ya no amaba a Manoel, sino que tan sólo sentía cariño porque es el padre de mis hijas y yo tampoco quiero que ellas se críen con otro hombre.

Él se quedó más contento cuando le dije que no era por amor que estaba con Juan. Entonces, él me dijo que se quedaba más tranquilo, que si yo estuviera con otro hombre por amor, vendría él y lo mataría. Mi marido es capaz, ya una vez tuvo un intento de suicidio. Manoel me dijo: - Bien, mejor que estés con ese hombre sólo para quitarle todo el dinero. Y tampoco era eso. Sí, Juan me daba dinero, me ayudaba, me daba para el alquiler del piso, pero yo estaba con él porque me encontraba bien así. Realmente, no sabía muy bien cuales eran mis sentimientos.

Juan tenía celos, pero también le gustaba provocar. Una vez fuimos a casa de una amiga, Lucía, y él vio a una chica que había en el piso y me dijo que la conocía y también que era una máquina en la cama. Entonces, como él vio que yo ponía una cara rara, me preguntó si me molestaba y yo le dije que no me hacía mucha gracia eso. Le dije: - Oye, si te gusta tanto la chica vete detrás de ella, que está en tal club. Pero, Juan, cuando estaba en casa y comenzaba a sonar mi móvil él ya empezaba a sudar frío. Y entonces era cuando hablaba de mujeres, lo hacía para no quedarse por abajo. Juan siempre me ha pedido que por favor, cuando esté con él que tenga el teléfono apagado.

Es que a mí los clientes siempre me están llamando o enviando mensajes románticos y bonitos. Un día Juan me cogió el teléfono y me borró todos los mensajes. A mí los clientes siempre me tratan con mucho tacto y son cariñosos conmigo. Nunca he tenido ningún problema con ningún cliente, clientes agresivos y cosas así, como algunas cuentan.

Patricia siempre me decía que yo no trataba bien a Juan, que era muy fría con él. Aquí en el piso, cuando él venía y yo estaba aquí sentada en el sofá, él se quedaba sentado en esa silla y nos pasábamos mucho tiempo charlando sobre muchas cosas, no estábamos agarrándonos y besándonos todo el rato.

Para mí el amor es algo lindo, es tener el deseo de cuidar, de vivir con una persona. Y eso es también algo difícil. Ahora yo ya no siento eso. Un día Juan me pidió que me fuese a vivir con él a su casa, que me presentaba a su madre, y yo le dije que no, que todavía no estaba segura y que tal vez más adelante.

El amor también es respeto. Y yo no respetaba a Juan. Él me pedía que no estuviese con Lino y yo no le obedecía, claro que Lino era un cliente y me pagaba, pero si yo amase realmente a Juan no estaría con otro.

Juan me pidió una copia de la llave del piso y yo nunca quise dársela. Bueno, en el piso tenemos una puerta secreta, que si llega alguien al piso por sorpresa, puedes escaparte... Juan me decía que podía trabajar en el piso, pero luego no le gustaba y cuando llegaba al piso a veces se ponía colorado.

Miki también dejó el club porque no se trabajaba nada. Ahora también trabaja en el piso. Un día se me declaró Lino. Yo le dije que no, que era demasiado pronto, que buscarse a otra chica. Lino está un poco loco. No se marchaba del piso y el jefe llamándolo por teléfono para ir a trabajar. Yo le decía: - Lino, márchate, que tienes que ir a trabajar.

Un día me llamó Ramiro y me pidió que fuese al club a trabajar, que no tenía chicas. Y yo fui. Luego, me llamó Juan y me preguntó que dónde estaba. Le contesté que trabajando en el club. Y él me dijo: - ¿cómo que en el club? ¿no te he dado dinero para que no tengas que ir al club? ¿qué es esto, una enfermedad o qué? ¿ya te has gastado todo el dinero? ¿tienes ahora también la enfermedad de gastar el dinero? Yo le dije a Juan que no, que Ramiro me había llamado porque los clientes llegaban al club y no

subían con ninguna chica. Entonces, él me dijo: - ¿Por qué no trabajas en el piso? Y yo: - porque usted tiene celos y no le gusta que trabaje en el piso.

Juan siempre me decía que yo no soy una mujer para trabajar en esto. Yo entonces también pensaba que iba a conseguir otro trabajo, un trabajo normal. Pero, al final no dio resultado... Trabajando en la prostitución te acostumbras a ganar un dinero fácil y entonces ya no quieres un trabajo normal.

Lo que menos me gusta de la prostitución, por lo menos lo que he podido ver del trabajo en el club, es la envidia. Por ejemplo, si llega al salón un cliente y se le acerca una chica, se presenta, le da dos besos y le pide para subir a la habitación y el cliente le dice que no, y luego viene otra, lo mismo y también le dice que no, si después vas tú y entonces el cliente sube contigo a la habitación, las otras se quedan con los ojos así como platos y después te hacen chismes o hablan rumores falsos sobre ti.

Ramiro me llamaba y me insistía en que volviese al club para trabajar. Pero, yo le decía que no, que ya no necesitaba trabajar, que Juan me lo daba todo. Y entonces Ramiro me decía que me había llevado al mejor cliente del club. Él estaba enfadado por eso y yo lo entiendo, cualquier dueño de club se enfadaría. Ni Juan ni Lino iban al club y venían al piso.

A Jose lo conocí también en “El Rayo de Luna”. Un día llegó al club con dos amigos. Miki subió con él y yo con un amigo. No hubo más. Y una tarde me lo encontré en el piso, que llegó con Miki para tomar un café. Él habló conmigo y yo no lo recordaba. Me preguntó si no me acordaba de él, si no me acordaba que yo había subido con él. Le contesté que no. Todavía hoy no me acuerdo de haber subido con él. Me dijo también que él no me olvidaba, que yo había sido la primera brasilera que había hecho bien el amor con él, que yo trabajaba muy bien. Pero, yo no me acordaba de nada.

Desde ese día, Jose comenzó a llamarme. Yo no le di mi número de teléfono, fue Miki. Y me dijo que él hacía lo que fuese por ayudarme. Me ofreció ochocientos euros por ir a trabajar a su casa en un pueblo, y también me dijo que me firmaba la oferta de trabajo y que me ayudaría en todo. Yo le dije que primero tenía que consultarlo con mi novio. Y después, hablando con Juan, él me dijo que no, que Jose estaba buscando otra cosa, que tenía otras intenciones. Mi marido en Brasil me dijo lo mismo, que como yo tenía que pasar varias noches en la casa, que él tenía malas intenciones. Durante un tiempo estuvo llamándome todas las semanas. Sólo para darme los buenos días y para preguntarme qué tal estaba y si

necesitaba alguna cosa. Me decía que sólo lo hacía por amistad. Pero, yo se lo notaba en los ojos. Sabía que eso no era amistad, que él quería otra cosa.

Una noche estábamos cenando Juan y yo en el restaurante donde trabajaba Miki, y comenzó a sonar el teléfono. Entonces, Juan ya se puso rojo. Era Jose, que quería quedar conmigo. Yo le dije que no podía, que tenía que quedarme con Juan porque había tenido un accidente con la moto y tenía que cuidarlo. Después, cuando llegamos a casa, Juan ya me preguntó: - Vamos a ver, Camila, ¿quién te ha llamado? Yo le dije la verdad. Y entonces cogí una tarjeta que tenía guardada, que había comprado ya hacía tiempo, y cambié el número de teléfono. Ni siquiera le di el número a Miki, porque ella conoce a muchos hombres. Ya cuando estaba trabajando, venían al piso algunos clientes y me decían que Miki hablaba mucho de mí, que yo era una amiga brasilera muy guapa y que podían venir a conocerme. Yo no sé si eso era verdad, si es que Miki decía esas cosas o si se las inventaban los clientes para quedar conmigo.

Antes Juan usaba mucha droga. Cocaína. Llegaba al club loco de todo. Usaba cocaína, porros, bebía mucho y estaba siempre en el putero. Sin embargo, él después cambió mucho. Luego me decía que si yo lo dejaba, que se volvía otra vez para ese mundo. Yo le dije que sería sólo responsabilidad suya si hacía eso.

La madre de Juan

Un fin de semana Juan me llevó a su pueblo y me presentó a su madre. Ese mismo día ya hablé con ella. Sí, Juan entonces estaba muy enamorado, porque cualquier hombre no hace todas esas cosas por una mujer. Y la madre ya sabía que yo tenía marido y dos hijas en Brasil. Juan se lo contó todo. Pero, esa misma tarde en que fui a casa de Juan y estuve hablando con su madre, ya hubo una cosa que ella me dijo que no me gustó. Me dijo que ningún hombre haría por mí lo que estaba haciendo su hijo. Yo me quedé así, pensé en contestarle algunas cosas, y le dije que él me iba a buscar todos los días porque tenía celos. Y ella me dijo que no, que si lo hacía era porque estaba enamorado de mí.

Al principio, ella fue sincera conmigo. Me dijo que todo el mundo sabe que las mujeres brasileras y colombianas cuando vienen a España sólo piensan en el dinero, y que cuando encuentran a una persona, un hombre bueno, le quitan todo hasta dejarlo *pelado*. Yo también fui sincera con ella y le contesté que no le iba a negar que Juan me daba dinero y que me ayudaba, pero que eso no significaba que estuviese con él sólo por el dinero, porque

si yo quisiera eso tenía otros hombres o amantes que me darían dinero, pero que no me interesaba y que estaba con Juan porque él era una persona muy buena, una persona muy legal.

La vieja nunca me preguntó si yo había trabajado en un club, pero si me lo hubiese preguntado yo le hubiera dicho la verdad. No me gustaría que nadie le fuese con el cuento...

Estuve viviendo unos meses con Juan en su casa, pero no dio resultado. Fue por culpa de la vieja. Yo no la aguantaba y me hacía la vida imposible. Me pasaba todo el tiempo encerrada en mi cuarto. Me decía que yo no sabía cocinar, que no sabía hacer nada, así que dejé de hacer la comida y cocinaba para mí sola. Y a Juan le dijo que escogiese: o ella o yo. Y claro, se vino conmigo.

Otros trabajos

A finales del año pasado (2004) comencé a trabajar en una cafetería. Yo me quedo pasmada viendo lo que beben aquí los españoles. Toman bebidas muy fuertes. Es diferente que en Brasil, allí la gente bebe cerveza.

Los clientes no dejaban de llamarme. Cuando les expliqué que estaba trabajando en la cafetería, casi todos me dijeron que estaba loca, que trabajando así sólo podía ganar unos quinientos euros y que en un club o en el piso iba a ganar mucho más. Y era verdad. Pero, yo quería probar, quería tener un trabajo normal o al menos intentarlo. Tenía voluntad. Otras no tienen. Por ejemplo, Patricia nunca ha tenido voluntad de buscar otra cosa. Y sólo son excusas. ¿Cómo es que yo he conseguido otros trabajos cuando he querido? Lo que pasa es que muchas sólo quieren ganar dinero en la prostitución y no piensan en nada más. Patricia o Sandra nunca lo han intentado.

Patricia dice que ella quiere regresar a Brasil. Yo, por el contrario, ahora ya no pienso así. Quiero construir mi vida aquí. Pero, también envío dinero para mi país. Estamos reformando mi casa en Brasil. Llegamos a un acuerdo mi marido y yo. Yo pago el material y él paga los obreros. A mi marido, claro, también le he dado mi nuevo número de teléfono. Él sigue llamándome todas las semanas para que yo pueda hablar con mis hijas.

Mientras estuve trabajando en la cafetería me encontré con varios hombres que ya me conocían de cuando estuve en el club "El Rayo de Luna". Un día uno me dijo: - Vamos al club. Yo le contesté: - Piensas que voy a negarte

que ya he estado trabajando en el club. Pues, no. Sí que trabajé, trabajé durante meses y qué.

A mí me gusta decir la verdad. No me gustan las mentiras. No soy una persona de contar mentiras. Sí, he venido a España y trabajo en la prostitución, pero no tengo porque avergonzarme por ello.

En la cafetería algunos me soltaban indirectas. Me decían, por ejemplo: - ¿Qué, cómo está “El Rayo de Luna”? Yo ya veía por dónde iban esos comentarios. Y para frenarlos les contestaba con la verdad y punto. De todas formas, trabajé poco tiempo en la cafetería, sólo unas tres semanas. Me cansé porque estaba lejos y tenía que ir en autobús. También trabajé en una fábrica de coser. Pero, sólo fui tres días. Me cayó muy mal la encargada y como no la soportaba, me marché.

Miki

Miki se marchó un domingo por la mañana. Cuando llegué a casa ella ya estaba recogiendo todas sus cosas. Para mí fue un gran disgusto. Me sentí muy triste. Trabajamos juntas en el club y también en el piso. Habíamos compartido muchas cosas.

Miki tenía sus defectos y sus problemas. No me ayudaba a limpiar el piso y traía muchos hombres a casa, algunos que no me gustaban nada y todos casados. Pero, a pesar de todo, nos llevábamos muy bien. Ella era mi amiga y todos los seres humanos tenemos defectos. Ella también lloró mucho cuando nos despedimos. Le dije que si necesitaba cualquier cosa que me llamase, que las puertas de mi casa siempre estarían abiertas para ella. Miki también se preocupaba de mí cuando estábamos juntas. Si yo estaba triste o sola en la habitación ella entonces me preguntaba qué me pasaba o si necesitaba algo. Miki era muy buena amiga.

Se marchó para Coruña. Trabajaba de camarera en un bar y tuvo que dejar el trabajo y salir de la ciudad. Tuvo problemas. Vino la policía y todo, porque Miki le pegó a una chica y después esa chica la fue a buscar con unas amigas para vengarse y ellas se volvieron a pegar.

Miki se marchó con el Pedro para Coruña. Me dijo que él le iba a ayudar a sacar los papeles. Aunque, yo no me creía nada de eso. Más tarde, Miki regresó y también viajó a Rumanía para traer a su hija. Ahora ya no nos vemos como antes, pero seguimos siendo amigas.

Viaje a Canarias

El día 6 de noviembre de 2005 me marché para las Canarias. Me fui a Collarejo, una pequeña isla cerca de Fuerteventura. Desde que saqué mis papeles estuve trabajando en una cafetería y también en una fábrica textil. En la cafetería trabajaba quince horas al día por setecientos cincuenta euros y sólo libraba los martes. En la fábrica trabajaba ocho horas de lunes a viernes por seiscientos euros, pero allí sólo fui tres días, porque no aguantaba a la encargada que era muy pesada.

Un día compré “La Voz de Galicia” y busqué la página de las ofertas de trabajo. Miré las ofertas de los clubes. Llamé a dos sitios, pero no me agradaron las voces que escuché. El tercer sitio que encontré me gustó, era una mujer y tenía una voz muy amable. Me dijo que se trabajaba muy bien y que sólo tenía que pagar diez euros de casa. Le dije que no tenía dinero para el billete y ella me contestó que no me preocupase, que ellos se encargaban de todo. Entonces, tomé la decisión. Me pareció una buena oportunidad para dar otro rumbo a mi vida. Aquí en Lugo ganaba muy poco y mi relación con Juan ya no funcionaba bien.

Salí un domingo de Santiago. Llegué a Canarias a las doce y media de la mañana. Me despedí de Juan y le dije que me iba para Brasil a arreglar un asunto de tierras. Lo engañé.

Cuando llegué al club me fui para mi habitación y después a cenar a un restaurante. Enseguida vi la diferencia en el trato con la gente. Todas las personas muy educadas. Después, me fui a la discoteca.

Empecé a trabajar al día siguiente, un lunes. Y en un solo día ya pagué el billete. En ese club todo es muy distinto. Yo soy la única brasilera. Allí la mayoría de las chicas son checoeslovacas, aunque también hay colombianas y venezolanas. Cuando bajé al salón, al principio, me sentí un poco extraña porque ya hacía más de un año que no trabajaba en un club. Pero, poco a poco fui cogiendo el ritmo. Allí veinte minutos son setenta euros; treinta minutos noventa euros y una hora ciento ochenta euros. Las copas cuestan dieciocho euros, treinta euros, y la botella de champán ciento setenta euros. Nosotras nos quedamos con la mitad. Y la chica no puede quedarse en la barra más de diez minutos con un cliente si no paga una copa. La dueña es muy buena gente, y con las compañeras ningún problema. Trabajamos de lunes a sábado, de once y media hasta las tres y media o cuatro. En Galicia trabajas mucho más. Los clubes en Galicia explotan mucho a las chicas.

Me gusta mucho trabajar en ese club porque se gana mucho dinero y los clientes son muy educados, no como aquí en Galicia. Algunos clientes sólo buscan compañía y vienen a buscar a una chica para pasar la tarde, a veces ni siquiera quieren sexo. Vienen muchos turistas y también muchos marroquíes.

Ahora que he regresado a Lugo, los clientes siguen llamándome por teléfono y me piden que vuelva pronto. Allí en Canarias toda la gente te trata muy bien, no hay *preconçeito*. Si vas por la calle todos te tratan bien, como si fueses una persona normal, y no como aquí en Galicia, que son todos muy racistas, que todo el mundo te mira diferente por la calle si saben que trabajas en esto. Y allí en Canarias no hay prejuicios.

Los canarios van poco al club. Pero, los que van gastan mucho dinero. Hay canarios que gastan ochocientos euros en una sola noche en el club. Yo en cuarenta días ya gané para mí tres mil euros. Aunque, después gasté mil en tonterías. Me gasté en una noche cuatrocientos euros en el casino, y salía mucho de pubs y discotecas. También me compré ropa y una cámara de video, que allí en Canarias son mucho más baratas.

Todas las noches trabajaba, tres, cuatro pases y aparte las copas. Allí yo soy la que se hace más copas, porque me gusta hablar con la gente. Cuando me llaman para conversar en la barra, ya les digo: - Mira, para quedarme contigo hablando tienes que pagarme una copa. Claro, nada por la cara...

Yo no dormía en el club, sino en una casa independiente que hay justo al lado. A partir de las seis de la tarde llaman algunos clientes. Vienen a la casa y hacemos allí los pases. Después, cuando voy al club por la noche les entrego el dinero. Pero, no siempre estoy trabajando. Cuando me apetece bajo a la playa o me voy a algún restaurante a tomar algo.

Lo que pasa es que todos los clientes allí quieren ser tus novios. Y son celosos. Vienen al club a buscarme y si estoy trabajando luego me preguntan que porqué no esperé por ellos. Algunos hasta se marchan, pero siempre son muy educados.

Un día hice el amor en el desierto. Fue con un empresario madrileño. Me llamó por la tarde: - Camila, ¿quieres salir? - ¿A qué hora? - A las dos. -Vale, así aprovecho para sacar unas fotos. Enrique me pagó doscientos euros por dos horas. Fuimos a la playa y también al desierto. Él se alojaba en el hotel más caro de Collarejo. Aquello parecía el desierto del Sahara. Y me pidió que lo hiciésemos en el desierto. Ya lo tenía todo preparado: una

manta, bebida, condones, todo. Me contó que estaba recién separado de su mujer. Después de ese día me llamó para decirme que fuese a su casa en Sevilla, que me pagaba lo que ganase en el club. Yo se lo agradecí, pero no acepté. Yo quiero ser una persona independiente. Le dije que hiciese esa propuesta a otras chicas, que seguro que encontraría alguna que aceptaría.

A Juan le expliqué que en Brasil no conseguí arreglar nada y que entonces encontré una amiga que me hizo una oferta para trabajar en hoteles y que me fui para Marruecos. Le dije que a veces estaba en Marruecos y otras en Canarias, que la empresa tiene muchos hoteles. Como Juan es bobo, se lo creyó todo. A mí a veces me da pena. Él no sabe nada sobre mi trabajo en el club, Dios, no puede saberlo... Ahora le he dicho que tengo que regresar, que sólo me han dejado quince días de vacaciones. También le he dicho que no me pagan las vacaciones, porque el trabajo es sin contrato y que me pagan por horas. Claro, que me pagan por horas... En eso sí que le conté la verdad.

Juan no aceptaría jamás que yo volviese a trabajar en la prostitución. Yo claro que podría decirle la verdad, porque soy una persona independiente y puedo hacer lo que quiera. Pero, me da pena y también un poco de miedo por él, porque está loco. Se pone loco de celos y a veces dice que se va a matar. Sólo si me miran en una cafetería ya se pone celoso. Yo le he contado una larga historia para que se lo crea todo. Le he dicho que mi amiga tiene una empresa muy grande y que tiene muchos hoteles. Juan es tonto, ni siquiera mira en mi móvil.

En el club de Collarejo ya me están esperando. La dueña vendrá a recogerme al aeropuerto. Me gusta trabajar allí también porque soy la única brasilera. Pretendo quedarme unos meses más. Y si el trabajo no va bien, me voy para Tenerife. Conozco varias chicas que trabajan allá y me han pasado los números de los clubes.

De todos los clientes, allí los marroquíes son los más celosos. Van contigo en el club y luego ya piensan que son tus novios. Pero, en la cama son rápidos, tardan sólo ocho o diez minutos y después son muy cariñosos, te lo agradecen y te besan de pies a cabeza. Y cuando me ven en la calle, normalmente, me saludan y me tratan como a una chica normal. Me hablan, me invitan a un café. No como aquí en Galicia, que te tratan como si fueses un bicho raro.

El destino

Yo pienso que vine a España no sólo por necesidad, sino que creo que es el destino. Nunca imaginé que trabajaría en la prostitución. Tampoco nunca estuve en contra de la prostitución. Para mí la verdadera puta es la mujer que lo da por la cara, que se acuesta con uno, con otro y con todos sin nada, que lo da porque quiere, porque le gusta. Esto ocurre mucho en Brasil. Esa es la puta. Lo que yo no discrimino es la prostitución. Para mí la prostitución es un trabajo más.

Sabes, a veces no me creo todavía que estoy aquí en Europa. En Brasil la gente siempre habla bien de Europa, de España, todos quieren venirse. Ahora veo las cosas diferentes. No peores, pero ahora soy consciente de todos los problemas que existen para encontrar trabajo y arreglar los papeles. En mi país la gente piensa que es llegar aquí y ya encuentran trabajo directamente. Y no es así. Y las brasileras luego cuando están aquí llaman a Brasil y dicen que todo es maravilloso.

JOISE

Hija adoptiva

Tengo a mi madre, pero soy hija adoptiva. Nací en una ciudad de Goiás el 10 de abril de 1982. Tengo dos hermanas y un hermano. Mi madre es también mi tía. Me enteré de que era adoptada cuando tenía diez años, escuchando casualmente una conversación.

Mi verdadera madre nunca se preocupó por sus hijas. Le gustaba mucho la *farra*. Cuando yo nací ella tenía unos veintidós años y era una mujer posiblemente con muy poca responsabilidad. Mi tía me cuidó con dificultades. Vivíamos en un barracón. Su marido bebía mucho y también le pegaba. No me acuerdo muy bien, pero sé que ella sufrió mucho durante los ocho años de matrimonio que duró aquella relación.

Vivíamos en Anápolis, una ciudad que está entre Brasilia y Goiânia. Mi madre trabajaba en un colegio, en el comedor, y era una persona muy conocida y tenía muy buen corazón. A mí no me gustaba demasiado ir al colegio, yo era un poco perezosa. Pero, mi madre siempre me reprendía y me obligaba a estudiar. Todo lo que estudié fue así un poco como por obligación.

Aparte de ir al colegio, también le ayudaba a mi madre en las labores de casa. Me reñía mucho y también me pegaba, pero lo hacía porque tenía mucho miedo y quería para mí una buena educación. Por eso era una persona muy estricta.

Cuando me enteré de que yo era adoptada fue un auténtico shock. Fue porque estábamos en el salón y ellas estaban discutiendo. Se peleaban precisamente por mi causa, porque mi verdadera madre le decía a mi madre, que era mi tía, que yo ya tenía edad suficiente para saber quién era mi madre. Así fue como me enteré. Para mí fue una cosa muy triste.

Desde entonces me volví más rebelde. Yo sabía que me iba a castigar, pero me daba igual. Comencé a trabajar. Ella tenía problemas de corazón y yo la acompañaba en todo momento. Incluso, dejaba de salir y de estar con mis amigas para ayudarla. A veces sentía también el deseo de abrazarla, de aproximarme más a ella, pero resultaba muy difícil, me daba mucho miedo porque ella era una persona de temperamento muy cerrado.

Permanecí durante tres años en la primera serie. Desde que me enteré del asunto era como si mi vida hubiese perdido sentido. No tenía interés por nada. No era consciente de nada.

Con trece años fui a trabajar a una casa para cuidar a un niño. En la misma casa había un sobrino de la señora que estudiaba Medicina en la ciudad. Lo odio. Intentó violarme, pero no lo consiguió. Yo empecé a gritar y entonces llegó la señora y eso fue lo que me salvó. Después, ella me dijo que no lo denunciase, que tendría problemas. Yo cogí miedo y no le conté nada a mi madre. Pero, me marché de allí, no seguí trabajando en aquella casa. Hoy él es médico, y yo todavía recuerdo su cara y la odio, Dios, como lo odio..., porque para mí fue como destruir un sueño. Yo era muy joven y soñaba con casarme virgen y esas cosas.

Después, conseguí otro trabajo en un supermercado. Con dieciséis años tuve mi primer novio. Lo conocí en el colegio. Era amigo de unas compañeras y venía siempre a recogerme en moto. Para mí fue como mi mejor amigo. Salíamos juntos, sacábamos fotos y estábamos muy bien. Teníamos mucha confianza y le conté lo que me había pasado en la casa. Él lo entendió.

La muerte de Júnior

Un día, era agosto, Júnior me dejó en la escuela. Fue la última vez que lo vi. Él trabajaba en otra ciudad. Lo habíamos pasado muy bien durante ese día. Cuando al cabo de media hora ocurrió el accidente. Júnior se despidió de mí, se marchó en su moto y cerca de mi colegio lo atropelló un camión. Me avisaron y salí corriendo para verlo, cuando llegué allí y lo encontré tirado en el suelo... Murió en el acto. Aquello para mí fue horrible. Él era una persona que me trataba tan bien, que me hacía sentir tan feliz... Llegamos a salir juntos un año y dos meses. Él tenía veinticuatro años y yo diecisiete. Todo el mundo se llevaba bien con él. Júnior era una persona muy simpática, también se llevaba bien con mis amigas. Era mi felicidad... Es por eso que tampoco me apetece volver a mi país. Bueno, por eso y por más cosas...

Habíamos hecho planes juntos, para casarnos y todo. Yo me quedé allí tirada en el suelo. Lo recuerdo como si fuese ayer. Desde entonces, cuando pienso en algo bueno siempre me acuerdo de él. Era un amor, una buena persona. No era un hombre como esos a los que les gusta la bebida y la farra, no era de esos.

Tenía diecisiete años. E intenté reanudar mi vida. Seguí estudiando. Trabajaba, ayudaba a mi madre, etc. Durante mi media hora de recreo siempre estaba ayudando a mi madre. Llegaba a casa sobre las once, once y media de la noche. Los fines de semana, aunque mis amigas salían, yo me quedaba en casa con mi madre. A veces sentía un poco de rabia.

Tengo una amiga del colegio, que se llama Fernanda, y que era de una familia muy pobre, sin condiciones. Un día ella me comentó que su patrón intentó acostarse con ella, y que no aceptó. Trabajaba en una casa de familia. Así que yo se lo comenté a mi madre y después de eso Fernanda vino a vivir con nosotras.

Fernanda estuvo viviendo durante más de un año en nuestra casa. Después, se enamoró de un chico y se marchó con él. Se casaron y les va de puta madre, mucho mejor que a mí. De vez en cuando charlamos por teléfono. Ella es como de la familia. Ahora está embarazada y vive con su marido en Brasilia. Fernanda fue mi mejor amiga durante mi adolescencia.

Cuando yo tenía dieciocho años, salía mucho con Daniela, que era otra amiga mía de aquella época. Fuimos tan amigas que como nos veían siempre juntas en el barrio ya comenzaron a comentar que éramos lesbianas. Hasta mi madre pensaba que estábamos enrolladas, y llegó a prohibirme que saliera con ella. Daniela había tenido una decepción con un novio y fue después de eso que empezó a descubrir un mundo diferente, a gustarle las mujeres. Y era muy celosa.

Un poco de *buxinha*

En aquella época fue cuando tuve mi primera relación homosexual. Fue con una amiga de Daniela, y lo que sentía era sobre todo curiosidad. Me gustó, pero cuando aquella chica comenzó a venir a buscarme y pretender algo serio, me cansé y lo dejé. Ella parecía un hombre, tanto por la apariencia como por su forma de vestir.

Con diecinueve años terminé la octava serie. Después, me mudé de barrio para seguir mi formación. Me llevaba bien con todo el mundo. Cuando volvía del instituto me encontraba por la calle con las *garotas de programa* que se colocaban al lado de una estación de servicio.

Una noche que regresaba sola, recuerdo que estaba lloviendo mucho, un tío se me acercó y me dijo que me llevaba, que tenía allí el coche. Yo subí con él, pero aquel hombre no me llevó a casa, sino que me llevó a un lugar

apartado, cerca de un pequeño aeropuerto. Él comenzó a hacer cosas conmigo. Me agarró y quería estar conmigo porque pensaba que yo era virgen. Recuerdo que me decía: - Sé que eres virgen, ya verás cómo te va a gustar... Yo empecé a llorar. Y me violó. Me amenazó con que si decía algo, me mataba. Él ya había matado a algunas personas.

Esa noche llegué a las doce de la noche. Mi madre me preguntó que cómo venía tan tarde, que de dónde venía. Yo la convencí, y la tranquilicé diciéndole que había estado haciendo un examen en el instituto y que luego me había entretenido con mis compañeros.

Me quedé embarazada. Como siempre fui gordita, nadie se dio cuenta de nada. Se lo comenté a una amiga, y al día siguiente me trajo un poco de *buxinha*, que es un remedio que se hace con plantas de la selva. Me lo tomé hervido como si fuese un té. Pero, era tan fuerte que empecé a vomitar sangre. Mi amiga llamó inmediatamente a un médico y me consiguieron un abortivo, el citotec. Yo estaba embarazada de casi cuatro meses. Mi amiga llamó a mi casa para decir que me tenía que quedar durante un par de días. Fue horrible. Me dolía mucho, era *un dolor de caralho*. Me pasé una noche entera retorciéndome de dolor. Pensaron que me moría allí.

Después mi amiga comenzó a hacer comentarios en el barrio, y luego la gente venía y me preguntaba. Yo lo negaba todo. Tenía miedo de aquel hombre.

A los quince días un compañero de trabajo me dijo: - Joise, estás perdiendo el tiempo aquí, tienes que marcharte para Europa. Mi prima también se entusiasmaba con la idea de viajar. Le pregunté a aquel chico que cómo teníamos que hacer. Al principio, pensaba que estaba bromeando con nosotras. Él entonces nos explicó que su mujer estaba en España, que trabajaba con el dueño de un club que era quien enviaba luego el dinero para los pasajes. Nos dijo también que en una semana trabajando en España podríamos pagar todo. Fue una decisión demasiado rápida. Fue así, de una hora para otra.

El viaje

Después nos dio mil euros a cada una y los pasaportes. Nos explicó que viajaríamos por París y que en Madrid nos esperaba un hombre. En el aeropuerto de París ya nos perdimos. Es tan grande que casi me regreso a Brasil de nuevo equivocándome de avión. Además, estábamos allí sin saber hablar francés, inglés, español ni *porra nenhuma*.

Cuando llegamos a Madrid no nos hizo falta buscar al hombre. Él ya nos reconoció por la ropa. Si fuera hoy, hubiese cogido los mil euros y me hubiese marchado a trabajar por mi cuenta. Pero, entonces éramos inocentes del todo, no éramos nada inteligentes.

Ahora ya sé cómo funciona toda esta mafia. Nunca dan la cara. Siempre utilizan personas intermedias. Nos dijo: - ¡Hola! ¡cómo estáis! Y nos llevó en el taxi para León. De Madrid a León pasamos el viaje casi sin hablar, y con hambre. Mi prima Rosalina estaba muy asustada.

Lo peor fue cuando llegamos al club. Una mujer y el encargado nos recibieron. Nos preguntaron que qué queríamos comer, si queríamos ducharnos o descansar. Al día siguiente nos explicaron el funcionamiento del club y la mujer nos pidió los mil euros a cada una. Después nos dijo que teníamos que pagar cuatro mil quinientos euros cada una por el viaje, y además seiscientos euros entre las dos por el taxi de Madrid a León. Mi prima y yo nos empezamos a mirar la una a la otra y no dábamos crédito. En Brasil nos habían dicho que el viaje nos costaría menos de mil euros y ahora nos encontrábamos con esto. Yo me decía: vaya, a qué sitio hemos ido a parar.

Teníamos que pagar de diaria treinta y seis euros, por dormir y comer. Al segundo día ya empecé a trabajar. Fui al salón. Allí todos hablan puro español, no gallego como aquí, y yo no entendía nada.

Esos hombres locos

No puedo olvidarme del primer cliente. Nunca lo olvidaré en mi vida. Me pidió que me colocase a cuatro patas, y al principio no lo entendía. Y cuando me coloqué en esa posición, él cogió un bote de perfume e intentó metérmelo por detrás. Cuando me di cuenta salí corriendo y me fui desnuda para el salón, y eso que estaba lleno de gente. Entonces, los camareros lo cogieron y lo echaron. Yo temblaba toda y ellos trataron de tranquilizarme, diciendo que a veces esas cosas ocurren, que son esos hombres locos, pero que no me preocupase, que no pasaba nada.

Yo creo que ese hombre como tenía la polla pequeña, quería tener una experiencia diferente, y por eso intentó hacer aquello. Al menos es la explicación que yo le doy.

Al día siguiente regresé al salón, como si no hubiese pasado nada. Tenía que trabajar porque tenía que pagar mis deudas. Siempre he sido una persona optimista, a pesar de los golpes que te da la vida. En aquella época yo pesaba noventa y ocho kilos... Conocí a una amiga que se llamaba Sofía. Ella es una mujer muy bonita y también muy optimista. Me ayudó mucho. Ella ya había trabajado en la prostitución en Brasil y sabía cómo era todo el rollo. Me dejaba su ropa, pero como yo estaba tan gorda no me entraba nada. Sofía ha sido una de las personas que más me han ayudado. Sin embargo, el encargado del club siempre decía que teníamos que trabajar, mover el culo, que no podíamos permanecer allí sentadas.

Estuve trabajando unos dos meses en ese club. Tan sólo pagué unos dos mil euros de la deuda total. Un día mi prima llegó al club y me dijo: - Joise, Joise, escucha una cosa, he conocido a una mujer brasilera que puede ayudarnos, ella ha dicho que nos ayuda y que no tenemos que pagarle nada. Yo me quedé así, un tanto desconfiada. Y Rosalina me decía que no, que era una mujer brasilera, casada y con hijos, y que quería ayudarnos.

Al día siguiente fuimos a su casa. Yo, nada más verla, supe que no era una buena persona. Mi prima estaba desesperada. Cuando llegamos a la casa de esa mujer, nos recibió muy bien, nos invitó a café y nos cogió los teléfonos. Entonces, llamó por teléfono al dueño de un club en Asturias. Como ella hablaba español y yo no entendía *porra nenhuma*, ella le decía cosas de nosotras al encargado, que éramos dos chicas brasileiras, que queríamos ir a trabajar a hacer una plaza y eso... Como nosotras le explicamos que teníamos una deuda en el club, ella nos dijo que no había ningún problema, que no podían hacernos nada porque eso era ilegal en España, y que no teníamos que pagar nada.

Entonces, nos dijo: - Si ustedes quieren, mañana yo las llevo al club. Como en el club estábamos muy vigiladas, había cámaras y todo, nos dijo que tuviésemos cuidado, que pusiéramos la excusa de ir a tomar un café fuera del club. Yo tenía mucho miedo. Mi amiga Sofía estaba durmiendo, entré en su habitación y le dejé una bolsita con un peluche. Fue mi despedida. Hasta hoy ella no me lo ha perdonado... Nos marchamos del club mi prima y yo. Sólo cogí mi agenda, mi pasaporte con mis documentos y una biblia. Todo lo demás, mi equipaje, mis zapatos, todo se quedó en el club. Eso fue por la tarde, después del almuerzo. Nos fuimos caminando hasta la casa de aquella mujer. Cuando llegamos, ya estaba esperándonos su marido en un coche. Era un español, otro *vagabundo*. Y nos fuimos para Asturias a un club maravilloso, "El Sauce". Pero, era maravilloso sólo de apariencia. Era bonito y tenía sesenta mujeres.

“El Sauce”

Cuando llegué al club, lo primero que hicieron fue coger mi pasaporte. El encargado del club era un brasilero y nos traducía lo que nos explicaba el dueño del club. Nos dijo que teníamos que pagar dos mil euros cada una. Mi prima no daba crédito. Aún debíamos dinero en el primer club y ahora esto... Aquello era una mafia. Y la brasilera nos había vendido. Estábamos desesperadas.

Lo peor de todo era la comida. Horrible. Los clientes bien, más o menos, porque eran gente de dinero, abogados, empresarios, personas de la alta sociedad. Pero, las condiciones eran así: teníamos que dormir tres mujeres en la misma habitación. Esto fue en noviembre. Yo tenía mucho miedo, tenía más miedo que valor. Como no me daban nada de dinero, porque me lo descontaban todo de la deuda y de la diaria (que eran cuarenta y cinco euros), sólo me quedaba con el dinero que me daban algunos clientes, y lo escondía en mis pechos o en las bragas.

Una noche, estaba yo en el salón y llegó un brasilero. Él se fijó en mí. Se dio cuenta de que yo tenía los ojos brillantes y llorosos, y se acercó. Yo le abracé. No podía contenerme. Me pagó el pase y subimos a la habitación. No hicimos nada. Yo comencé a llorar y nos abrazamos. Él no intentó hacer nada conmigo. Me dijo: - Joise, yo trabajo de camarero en un restaurante aquí cerca y te voy a ayudar. Sabía que aquello era todo una mafia. Me dio su teléfono y su dirección, y me explicó que tenía un amigo en Portugal, que también era dueño de un club de allí, pero que era una persona legal, que yo no iba a pasar más por todas aquellas cosas que estaba pasando. Pero, me pidió que por favor, tuviese cuidado, que sólo se lo comentase a mi prima y a nadie más, porque él también tenía miedo y no quería problemas.

Cuando se marchó, se lo conté todo a mi prima. Rosalina se mostró desconfiada. Pero, yo le dije que no, que Marcos era una persona legal, que había subido conmigo a la habitación y no habíamos hecho nada.

Entonces, el dueño de “El Sauce” abrió otro club en la misma ciudad. Era un club nuevo, pero no era muy bonito. Yo le dije al dueño, aprovechando esa oportunidad, que me gustaría cambiar e ir a trabajar al club que acababan de inaugurar. Entonces, él dijo que sí, que ya nos llevaba él. Allí la cosa era más sencilla, porque no teníamos que dormir en el club, sino que dormíamos en un hotel. Y fue así como aprovechamos para escaparnos. Apenas estuvimos dos noches en el club. Quedé con Marcos. Él nos

explicó cómo teníamos que hacer. No me olvidaré nunca. Era la nochevieja del año 2001.

El viaje a Portugal

Fue Marcos quien nos llevó hasta la estación de tren. Eran las cinco de la tarde. Salimos a las seis de la estación de Oviedo y después tuvimos que cambiar de tren en León. De allí a Palencia y ya para Lisboa. Aquello fue un trayecto *do caralho*. Recuerdo perfectamente aquella noche. Recuerdo el olor. Nuestro vagón estaba lleno de negros. Y mi prima con la menstruación... Uff, fue horrible.

En Lisboa nos estaban esperando. El encargado del club nos llevó en coche a Extremoso, un pueblo del interior. Creo que debe de haber unos 150 kilómetros. Cuando llegamos al club vimos que era un sitio muy pequeño, tipo así de esos clubes *fodidos*. La dueña del club estaba casada con un portugués.

Gané mucho dinero trabajando en ese club. Pero, Dios, allí los hombres olían a cabrito... La dueña era una buena persona, con buen corazón. Ella conocía esta vida, ya había trabajado antes de prostituta y entonces te entendía, y si podía ayudarte en cualquier cosa lo hacía.

La primera noche que empezamos a trabajar, como éramos nuevas, los hombres se quedaron encantados. Los hombres pagaban muchas copas para las chicas y también les gustaba bailar *forró*. Trabajé en ese club durante cuatro meses.

Un día llegó un cliente muy guapo, alto. Me llamó la atención y me gustó mucho. Se llamaba Sergio. Nos enamoramos un poco. Me invitó a una copa y después subimos a la habitación. Me gustó tanto que la única vez que le cobré por estar juntos fue aquella primera noche. A partir de entonces, como me gustaba tanto, se lo daba por la cara. Pero, él también me ayudaba y me compraba cosas, ropa, etc. En aquella época también me enamoré de otro hombre, Carlos, que era otro cliente. Carlos era un hombre guapo, pero estaba casado. La primera vez que subí con él me gustó tanto que me corrí. Él supo llevarme por la conversación. Era un seductor y tenía mucha labia. Con Carlos estaba en el club y con Sergio salía fuera. Sergio era mío particular.

En esa época fue cuando experimenté por primera vez el sexo anal. Fue con Carlos, que me fue llevando por la conversación y me dio placer, así,

seduciéndome, contándome cosas a la oreja. Estuvimos dos horas y media en la habitación. Antes yo tenía miedo de practicar el sexo por detrás, pero con Carlos me encantaba. Él siempre conseguía darme mucho placer.

Una noche, en que yo había bebido mucho, y estaba charlando en la barra con dos *gatinhos*, fue cuando me propusieron por primera vez hacer un trío. Fue divertido de más... Eran dos chicos jóvenes, uno alto y otro más pequeño. Cuando llegamos a la habitación, los lavé a los dos, comencé a acariciarlos, les coloqué los condones y empecé a follar con el grande. Fue más rápido, y cuando fui a por el otro, empezó a reírse y me dijo que ya no hacía falta, que ya se había corrido mientras miraba. Fue divertido. Al principio, me daba un poco de miedo. Mis amigas me dijeron antes de subir a la habitación con ellos que estaba loca, sobre todo por el grande, que era *forte de mais*. Pero, al final no hizo falta siquiera follar con los dos. Mis amigas no se lo creían... Fue divertido.

Otro detalle que recuerdo..., fue un sábado, en que llegó un hombre de edad, que se quedó mirándome. Y me llamó. Me preguntó que qué quería beber. Le pedí champán. Yo ya no tenía la cabeza bien, había trabajado mucho, había hecho unos ocho pases y ya no necesitaba trabajar más. Yo veía que era un tipo bruto. Me ofreció el doble, cien euros por subir a la habitación. Subimos, lo lavé. Él me empezó a manosear, todo asqueroso. De repente me dijo que quería estar conmigo, pero sin condón. Le dije que no. Cogí la ropa, me vestí y salí de la habitación. Él después quería que le devolviese el dinero, y yo le expliqué que ya me había visto desnuda y me había tocado las tetas y manoseado toda, que tenía que pagar igual, que el problema era suyo por querer hacerlo sin condón, no era mi culpa.

Cuando salí del club, porque ya estaba cerrado, y yo salía para ver a una amiga, me lo encontré otra vez fuera. Se acercó a mí y entonces me colocó un arma en la cabeza. Me dijo: - ¿Ahora no vas a devolverme el dinero? Pensé que iba a morir allí mismo. Le dije que le daba todo el dinero que llevaba encima, pero que por favor, no me matase. En aquel momento pensé que mi vida se acababa, que todo iba a terminar por culpa de un tipo que no conocía de nada. Le imploré que por favor no me matase. Entré en una crisis de shock. De repente, aparecieron dos revólveres más, pero ahora apuntándolo a él. Fue el encargado del club quien le amenazó y le gritó que si no bajaba el arma lo iba a matar. Y bajó el arma.

Después de aquello pasé una semana sin trabajar, casi sin dormir, llorando y con ganas de regresar a Brasil. El encargado del club le prohibió la entrada a aquel malnacido. Nunca más lo he vuelto a ver, gracias a Dios.

Al cabo de una semana volví a trabajar normal. Luego, conocí a otra persona que era maravillosa, a Paulo. Él nunca subía a la habitación. Sólo se gastaba el dinero bebiendo con las chicas y divirtiéndose. Le encantaba hacer bromas y ver a las chicas borrachas. Paulo y yo nos hicimos muy amigos. Fue una relación de pura amistad. Nunca tuvimos otra cosa. Era un tipo *coroa*, de unos cuarenta y tres años, abogado.

Una noche llegaron unos hombres muy guapos. Primero, entraron dos y pidieron unas bebidas en la barra. Yo me acerqué a uno y empezamos a charlar. Todo normal. Pero, al poco rato, entraron otros dos y una mujer, y nos pidieron los pasaportes a todas las que estábamos allí. Era la policía de Extranjería. Yo entré en pánico y comencé a llorar. Como ya llevaba en Europa ocho meses, un policía me dio una carta de expulsión. Dijo: - Usted y usted, usted y usted, tienen veinte días para salir del país. Pero, como yo estaba llorando, después él intentó tranquilizarme y me contó que no iba a pasar nada, que lo que tenía que hacer era viajar a Brasil y después que podía regresar, que no iba a ocurrir nada; que sólo tendría problemas si me quedaba, entonces sí podría tener problemas. Yo llamé a Sergio por teléfono para pedirle ayuda. Cuando llegó al club, la policía ya se había marchado.

El regreso a Brasil

Sergio me compró el billete de regreso para Brasil. Y así fue como volví para mi país. Cuando llegué toda mi familia estaba esperándome en el aeropuerto. Mi madre estaba muy feliz por mi regreso. Pero, para mí el viaje fue una experiencia muy triste, porque pensaba que tal vez después no podría volver a Europa.

Estuve cinco meses en Brasil. Me quedé en Anápolis todo el tiempo, en casa de mi madre. Un día ella vio unas fotos mías en el club, con una amiga haciendo “streaptease”. Casi se muere del disgusto. Se desmayó y tuvieron que ingresarla durante tres días en el hospital. Todo por culpa de aquellas fotos. Yo nunca le expliqué a mi madre lo que estaba haciendo. Cuando hablábamos por teléfono, yo le decía que estaba trabajando en una churrasquería. Me pasaba horas contándole cosas de cocina, describiéndole los diferentes platos que supuestamente hacíamos en la churrasquería... A mí eso me dolía mucho por dentro. Pero, al mismo tiempo era consciente de que ella no aceptaría que yo estuviese trabajando en la prostitución.

Cuando mi madre regresó del hospital le conté toda mi vida. Me sentí muy aliviada. Le expliqué que lo hacía también para ayudarles y que yo ya era

mayor, que no tenía porqué preocuparse. Lo entendía, pero no lo aceptaba. Hasta hoy ella sufre mucho por eso. Pero, ahora le cuento todos mis problemas.

La carta

En agosto de 2003 regresé a España. No tenía un puto duro. Le pedí el dinero, *por amor de Deus*, a mi tía. Entonces, hice una reserva de hotel en Madrid para diez días. En el aeropuerto no me preguntaron nada y eso que regresé con el mismo pasaporte.

En Barajas me esperaba el novio de una amiga mía, que me llevó hasta León. Allí pasé unos cuatro meses. Cuando llegué estuve unos días descansando en el apartamento de mi amiga y de su novio. Allí, cuando abrí mi maleta y después cogí la agenda fue cuando descubrí la carta que me escribió mi madre.

“Aps: 3 agosto 2003

Querida filha,

Joise, aqui deixo o meu abraço, o meu carinho e todo o amor que sinto por você. Sabe filha, as vezes sou aquela mãe durona mas tudo é medo que alguma coisa lhe aconteça porque, eu tenho medo. Mas tenho certeza que Jesus não vai deixar nada de mal lhe acontecer. Porque você, tem bom coração, você é tudo que Deus me deu de presente na minha vida.

Querida filha, você vai deixar muita saudade, você está levando um pedaço da minha vida com você, Sabe!... as vezes eu não tenho palavras e nem coragem de dizer-lhe pessoalmente mas nesse escato momento estou-lhe escrevendo em lágrimas enquanto você foi a Festa da Fabiana, eu quedei aqui escrevendo. Sinto um vazio muito grande dentro de mim.

Querida filha, tenho certeza que em todos os momentos que restarem eu aqui em casa, você estará comigo 24 horas por dia. Longe de mim. Procure lembrar sempre, sempre, sempre dos meus conselhos, porque eu so quero a sua felicidade, não quero que nada de ruin lhe aconteza.

Em todos os seus momentos: sempre lembre e ore a Deus para que lhe possa estar sempre presente na sua vida. Nunca... Nunca... Nunca eu vou esquecer de tudo que você fez de bom, de maravilhas, que você me ajudou na nossa vida sofrida.

Sabe filha?... Enquanto Deus for o Dono da minha vida, vou continuar na minha vida de sempre, trabalhando, de casa para o trabalho. Só espero em Deus que ele me de Vida.

(...) Joise: Nunca se esqueça do nosso Deus que é tudo.. Sempre leia e medite na palavra de Deus, alimente a sua alma, nos seus desesperos de solidão, da saudade daqueles que lhe aman que são suas tias, seu irmão e sua mãe.

Sabe filha?... A distância nos separou, mas o amor não vai nunca nos separar. Você será sempre cuidada pelas mãos divinas do nosso Senhor Jesus Cristo. Eu lhe abençoo todos os passos e a sua vida. Que os Anjos do Céu cubram sobre você com o Santo Manto Sagrado.

(...) Nise exato momento são as 12 horas e 20 minutos da noite. E quero lhe dizer: não poderia jamais toda a minha vida de lhe dizer o quanto você está sendo amiga minha e mais da minha filha. Talvez não tive coragem de lhe agradecer tudo o que você está fazendo por ela. So me resta pedir a Deus que a ilumine e também lhe de a sabedoria a suportar a saudade daqueles que lhe aman, que são todos os seus familiares. Sabe amiga, a saudade vai ser grande mas tenho certeza que Jesus estará sempre com você.

Nise muito... muito... muito obrigada por tudo que você fez de bom pela minha filha. Nunca a despreze porque ela é uma filha de ouro, não seja só amiga, você será a irmã que ela não tem aí tão longe de nós. Tenho certeza que ela será sua irmã. Também ajude-me a olhar a minha filha, não deixe que nem um mal aconteça a ela e a você. Sempre converse com ela, não deixe ela sair sozinha. Sempre acompanhe no que estiver no seu alcance, que também nas minhas orações rogando a Deus estarei, orando, rezando por você e por ela.

Assim como estou sofrendo, sua mãezinha seus filhos e esposo e amigos estão chorando a sua falta, como nesse exato momento estou chorando a sua falta e a falta da minha filha.

Sabe, Joise? Sei que você quer alcançar seus objetivos, realizar seus sonhos. Tenho certeza que Jesus irá-lhe abençoar. Porque... A pesar de tão pouco tempo de convivência eu vi na sua pessoa: muita humildade e simplicidade e amorosa para com todos aqueles em sua volta. Por isso Jesus vai lhe dar muitas vitórias na vida e na vida da minha filha.

Joise, só me resta pedir a Deus que no outro lado dos oceanos, você e minha filha Sejas muito felizes. A distância nos separou não sabemos quantos meses, só Deus sabe. Olhe com carinho a vida da Kelly para mim, toda documentação aí fora do nosso país, porque a Kelly é muito distraída, para ela não correr risco de ser deportada. Porque ela

sabe o tanto de problemas financeiros, vai picando para tras para eu resolver e ela sabe disso. Me telefone sempre quando você puder.

O que eu puder fazer aqui por você eu farei com todo bom coração. Jesus derrame a mais bela bênção do Ceu sobre você e a minha filha. Espero em Deus e em você que minha filha terá sempre um cantinho no seu coração. Nunca a abandone em nome de Jesus, em nome do amor dos seus filhos; em nome do amor da sua mãe e em nome da minha amizade por você. Que Jesus esteja sempre com você, e livre de todo mal.

Na sua solidão, na sua saudade dos seus, leia a bíblia junto com a Kelly e medite no Pai e o mais ele fará na vida de você. Fiquem com Deus hoje e sempre.”

La chica rumana

Comencé a trabajar en un club en León que se llamaba “El Vellochino de Oro”. Me quedé como unos cuatro meses. Fue bien. Los clientes eran así de clase alta: abogados, médicos, etc. No eran gente loca. Trabajé bien. Todos los días tenía que pagar treinta y cinco euros de casa, trabajase o no trabajase. La comida no era muy buena. Había un pasillo muy largo, una cosa un poco extraña. Por las noches escuchabas un montón de ruidos. Allí hice amistad con muchas personas que luego me ayudaron. En el club había muchas rumanas.

Un día llegó una rumana muy bonita, que no sabía hablar ni entendía nada, ni se sabía vestir. Todas se reían de ella. Yo la cogí un día y le dije: - Oye, ven para acá. La llevé a la habitación y la cambié toda. Era muy bonita y tenía un cuerpo precioso, lo que pasaba es que no tenía ni idea. Después, me abrazó y me dijo un montón de cosas, que yo no entendí nada. Creo que me dio las gracias, pero no entiendo el rumano. Desde entonces, ella empezó a trabajar muy bien.

Los clientes

Durante ese tiempo sólo salía a la calle con un amigo taxista que me llevaba para ir al banco o al mercado. Me acuerdo que conocí allí a un cliente que era vendedor de coches. Siempre subía con una amiga. Pero, un día esa chica no vino y me acerqué a él. Subí con él a la habitación. Me dijo que no era feliz. Le pregunté que qué le pasaba. Y me dijo que tenía un problema: que era maricón. Subimos juntos varias veces. Era yo quien me lo follaba. Al principio le metía el puño. Luego, utilizamos un vibrador. También charlábamos mucho. A veces él quería tener nuevas experiencias

y entonces probábamos cosas distintas, pero yo no le dejaba que se pasase. Siempre lo controlaba. La otra chica se moría de celos desde que empecé a subir con él.

Me acuerdo de otro también que me marcó mucho. Él siempre conversaba manteniendo la distancia. Tenía como reparo o asco, rechazaba el contacto físico. Entonces, se colocaba guantes. Siempre lo hacíamos de cuatro. No sé qué pasaba por su cabeza. Le gustaba y al mismo tiempo le daba como rabia. Creo que estaba un poco chalado. Con el tiempo nos fuimos haciendo amigos.

Había también un viejo, de unos sesenta y cinco años. Me confundió un día con una amiga y quería hacerlo sin condón. Lo empujé por las escaleras y se cayó en el suelo. Quería que le devolviese el dinero, pero tomó por el culo...

Me acuerdo de uno que una vez me estaba mirando. Mi colega me dijo: - Ve allá, Joise, que él sube, ve. Y fui. Cuánto cuesta. Cincuenta euros. Vamos. Cuando subimos a la habitación sacó una cuchara y unas cosas extrañísimas. Un *fedor do caralho*. Nunca había estado con un drogado. Al mismo tiempo que consumía, tenía la fantasía de ser un niño. Me pedía que le acariciase la cabeza y que le llamase “hijo mío”. Estaba loco de la cabeza. No hizo nada conmigo. Sólo quería tener su fantasía.

Una noche llegó uno que pidió un trío. Era un *moleque* y quería subir con una rubia y una morena. Pagó una hora para cada una. Como quería hacerlo con las dos, llevamos dos condones, uno para cada una. Luego, mientras follaba con mi amiga, yo me lo follaba a él con el vibrador. ¡Virgen Santa! Hay mucho maricón... Desde esa noche nos vimos en otras ocasiones e hicimos amistad. Era un buen cliente.

A veces siento *saudade* de algunos de aquellos clientes. La gente charlaba y lo pasábamos bien. Exceptuando algunos, la mayoría de los clientes una vez que entras con ellos en la habitación son personas normales con sus deseos y sus problemas. Trabajando en la prostitución tienes que tener conocimientos de psicología, si no es imposible. Muchos más hombres de los que la gente piensa, suben a la habitación sobre todo para hablar.

Los fines de semana iba a la discoteca con mis amigas. Desde que cerraba el club, la gente pagaba un taxi y nos íbamos a la discoteca. Nos divertíamos, aunque luego al día siguiente estábamos muy cansadas. Lógico. Bailaba, y también lo daba por la cara. A los *gatinhos*, claro...

Sofía

Tenía una gran amistad con una chica brasilera, Sofía, que también era de mi ciudad. Ella era una persona muy buena. Tenía un gran corazón. Consumía cocaína y fumaba porros. Tenía un novio y no quería que trabajase. Yo intenté ayudarle.

Después, fue cuando llegaron otras tres chicas brasileras, que venían de Ribadeo. Como no les gustaba el club, decidieron regresar a Galicia y me dijeron: - Joise, ven a Galicia, que te va a gustar. Me convencieron y así fue como vine para Galicia. Nos vinieron a buscar los dueños del “Clangor” a las cinco: las tres que acababan de llegar, a Sofía y a mí.

En Ribadeo me gustó mucho el club. Tenía una habitación para compartir con Sofía. Desde la ventana veía las olas. Qué cosa más linda... Me sentí muy bien allí. Tengo amigos hasta hoy. Trabajé en el “Clangor” ocho meses. Me acuerdo que pasé allí las Navidades. Eso fue lo peor. Por mucho que hiciesen una fiesta bonita, en esa época del año te entristeces fácilmente si no estás con tu familia.

Pablo

Tengo una fase en que también lo pasé mal allí. Me dolía el estómago. Era un dolor horrible. Gritaba de dolor. Entonces, Pablo, uno de los dueños del club me llevó al hospital de Burela. Yo le cogí la mano. Él lloraba conmigo. Me acuerdo que estaba en la sala de cirugía y que le decía que no quería morir allí. Pablo me decía que no me preocupase, que no iba morir. Estuvo todo el tiempo conmigo. Y eso me marcó mucho. Es por eso que no puedo creer lo que dice la gente de los dueños del “Clangor”, que si son traficantes y eso. No es justo. Ellos son buena gente. Tratan bien a todo el mundo. Al menos, esa ha sido mi experiencia. No obligan a nadie a trabajar. Si una chica les dice: hoy no quiero trabajar, no pasa nada.

Recuerdo que cuando era el cumpleaños de alguna de las chicas, los dueños eran los que preparaban una fiesta y compraban pasteles. Todas las chicas les tenían cariño.

Un condón roto

Conocía a muchos clientes. Trabajaba bien. Me pasó allí un día una cosa divertida. Había unos clientes que eran gemelos, y yo no sabía realmente con quién estaba subiendo a la habitación.

Pero, un día se rompió el preservativo y me quedé embarazada. No sabía quién había sido. Los cuerpos, todo era igual... Se enteró todo el mundo. Sentía una gran confusión en mi cabeza. Aborté. Lógico, allí en un club... Me tomé treinta y seis pastillas de citotec. Casi me muero. Estaba loca de la cabeza. Después, me llevaron al hospital y me hicieron un lavado de estómago. Estuve quince días sin poder trabajar. Y no me cobraron nada.

Camisetas podridas

Tengo muchos amigos de aquella época. Cuando me di cuenta de que el trabajo estaba empeorando me fui del “Clangor” y me vine para Lugo. Así comencé a trabajar en el “Lexis”. Trabajé bien. En el “Lexis” fue donde yo gané más dinero. Con lo que gané allí fue con lo que conseguí arreglar la casa de mi madre. Brasileñas, rumanas, colombianas... Tenían de todo. Hice un poco de *sacanagem* porque mandé a muchas chicas del “Lexis” para el “Clangor”. Casi todas las que se fueron al “Clangor” fueron por mí.

En el “Lexis” me quedaba un mes, dos meses, y luego regresaba al “Clangor”. Así cambiando todo el tiempo. Un día en el “Lexis” llegó un viejecito. Esa noche yo no había trabajado nada. Llegó el viejito, todo feo, bajito y mal oliente. Me dijo: - ¿Quieres tomar una copa? Entonces, el viejito sacó la cartera y preguntó que cuánto era. Y sacó diez euros para pagar cuatro copas... Cuando le dijeron el precio se puso todo *revoltado* y empezó a protestar. Pero, al final subí con él a la habitación. Nunca vi a un viejo tan asqueroso. Llevaba tres camisetas todas podridas. Le hice un “streaptease” en la habitación y ya se corrió, sin hacer nada más. Lógico, quería tocarme. Pero, me fui de la habitación y lo dejé allí solo. No me tocó ni un pelo. Cuando bajó al salón empezó a protestar. Le dije: - ¿Usted no se corrió? Pues, ahora váyase a dormir. Y él: - Nunca más vuelvo a este lugar.

En Ribadeo alquilé un piso con dos colegas. Pasaba un tiempo en Ribadeo y después me venía para Lugo. En Lugo me quedaba en el piso con Adriana y Leila para ir luego a trabajar al “Lexis” y a veces también trabajábamos en el piso, aunque yo casi nunca puse anuncio.

En el piso de Leila

A Leila la conocí en el “Lexis”. No sé explicar cómo era Leila, pero puedo decir que no era como las demás. Era honesta, sincera, nos llevábamos muy bien, si alguna estaba deprimida comprábamos unas botellas para animarnos juntas...

Nos conocimos en el club. Yo dormía en la habitación número uno y ella en la dos. Cuando íbamos a la cocina charlábamos y hablábamos sobre la vida, siempre recordando nuestro país... Como a mí no me gusta estar sola, entonces me iba para su cuarto y allí estábamos charlando hasta las nueve de la mañana. A veces ella me llamaba por teléfono y me decía que tenía miedo. Y yo me dormía leyendo la Biblia. Después, a las tres nos levantábamos para comer y luego volver a la realidad...

En el club tienes que aparentar lo que no eres. Si llegaban hombres haciendo payasadas, yo entonces era más payasa que cualquiera de ellos y así conseguía que me pagasen copas. A veces también me emborrachaba y otras iba un momento al baño para vomitar, y luego regresaba a la barra haciéndome la borracha para que se lo creyesen. Es como hacer teatro... Lo bueno de todo es que después duermes con un buen dinero.

En el piso de Leila estuve unos meses. Después, Leila se marchó para Brasil y yo me mudé para otro piso en la zona de Fingoi. Compartía piso con otras dos chicas brasileras y aunque seguía yendo a trabajar al club, también atendíamos a los clientes en el piso. Pero, no trabajamos mucho en el piso porque da problemas con los vecinos.

Puta, pero no loca

Tengo un cliente que me llama mucho. La primera vez que vino me pidió para hacerlo sin preservativo. Yo le dije que sin condón de ninguna manera, y él que me daba doscientos euros. Le expliqué que yo podía ser una puta, pero no tenía porque estar loca y hacerlo así para coger una enfermedad. Puedo estar trabajando en la prostitución, pero al mismo tiempo cuidarme. Sí, puede ocurrir que tal vez se rompa un condón, pero eso es muy raro. Ahora, hacerlo sin condón yo no lo acepto.

Algunos piensan que como eres una puta ya pueden exigirte cualquier cosa. Yo se lo expliqué a Marcelo con tacto, y él se quedó como sorprendido. Marcelo es un tipo con dinero, es empresario y tiene también muchos problemas con la mujer y con la hija. Él es una persona agradable, me

cuenta sus cosas y a mí también me gusta mucho conversar. Pero, me insiste a menudo con lo de follar sin condón, y si sigue así, aunque me llama y me dice que es mi amigo y que me quiere ayudar, si sigue así..., un día lo voy a mandar a tomar por culo.

Yo he venido a España a trabajar y a ganar dinero, pero no a morirme con cualquier enfermedad. Y sé que en España hay mucho sida, que después de África, España es uno de los países del mundo donde hay más la enfermedad. Sí, lo dijeron el otro día en un programa que vi en la televisión.

La envidia

He aprendido que en este negocio no puedes fiarte de nadie. Ni de las amigas. Yo soy boba. He comprobado que si tú tienes una persona, un amigo que te ayuda y te quiere, son precisamente tus propias amigas las que van a intentar joderte la relación. Es que en esta vida no puedes fiarte ni de tus mejores amigas.

Cuando estaba trabajando en el “Lexis” me salí una temporada y me fui con un amigo. Alberto es el que me está ayudando, y el que me ha dado para el alquiler del piso. Después, discutimos. Y todo fue porque una amiga, Débora, que estuvo viviendo en mi piso y que yo la acogí y la consideraba una buena amiga, fue y le contó que yo no lo quería, que sólo me estaba aprovechando de él por su dinero, que sólo quería quitarle el dinero. Y esa misma “amiga” después de eso le dio su teléfono móvil y quedó para salir con él. Y estuvieron juntos un fin de semana. Después, peleamos mucho. Él ahora dice que ya no quiere casarse conmigo. Ah, viejo *fodido*...

LEILA

Una vida complicada

Mi vida es muy complicada. Somos tres hermanos: yo, otra chica y un chico. Éste es hijo sólo de mi padre. Más tarde mi madre se casó otra vez. Nunca tuve una buena relación con mi padrastro. Aunque nací en Ceará en abril de 1983, no tengo recuerdos, pues con dos meses nos fuimos a vivir a Brasilia.

Soy la mayor de todos los hermanos. Vivíamos en una casa en el centro de la ciudad. Vivir en Brasilia no es fácil, es una capital muy peligrosa, que tiene mucha delincuencia. Mi hermana ya fue asaltada, y tuvo que ir al hospital porque le rompieron un brazo.

Mi padrastro no era un hombre bueno. Le pegaba a mi madre, bebía siempre, etc. A mí me ignoraba... Mi madre trabajaba como cocinera, se marchaba de casa a las siete de la mañana y regresaba a las cinco de la tarde. Mi padrastro trabajaba en un restaurante, también se marchaba por la mañana y volvía sobre las tres. A esa hora yo ya estaba en casa, y cuando él llegaba era todo diferente. Se volvía nervioso conmigo, se metía y me insultaba, y me pegaba siempre que yo no hacía alguna cosa que le agradase. Después, cuando llegaba mi madre, él cambiaba completamente y dejaba de meterse conmigo. En mi casa no conocían esa situación.

Con doce años yo ya me defendía, y también alguna vez intenté agredir a mi padrastro. Mi verdadero padre se enteró de todo por mi hermano y quiso sacarme de casa. Entonces, vino y me llevó para su casa, también en la ciudad, pero en otro sector. Viví con él sólo dos meses, hasta que se arreglase el problema en casa de mi madre. Cuando me llamó ella para pedirme que volviera y para decirme que se había separado de mi padrastro, entonces regresé a casa. Pero, a los cinco meses él volvió a casa y mi madre lo avisó de que no se metiese conmigo.

A los doce años yo ya tenía novio. Se llamaba Roberto y tenía quince años. Mi madre no quería que saliese con él porque era mayor que yo y también porque era negro. Mi madre no se hablaba con su madre, aunque eran vecinas. Mi madre vendía mercancías y aquella mujer también, y recuerdo que tuvieron un problema debido a cosas de dinero y de un pago, así que en aquella época en que yo salía con Roberto ellas no se hablaban.

El primer año salimos a escondidas. Luego, al segundo, mi madre ya aceptó la relación.

Cuando cumplí quince años fue una tragedia. Mi padrastro le metía muchos chismes en la cabeza, que mi novio era un *vagabundo*, un drogadicto, etc. En realidad, Roberto usaba drogas, sobre todo *mela*, que es como una pasta que sacan de solución de las baterías de automóviles y que en Brasil la usan muchos jóvenes. Y un día él y dos amigos fueron a cometer un asalto. Pero, no les salió bien, a Roberto le hirieron con un *facão*, tuvo que ingresar en el hospital y estuvo entre la vida y la muerte. Estuvo allí durante diez días. Entonces, mi familia se enteró. Yo siempre lo visitaba en el hospital. Como no lo cogieron "*in fraganti*" no fue a la cárcel. Yo por la noche me escapaba de casa para ir a verlo al hospital. Pero, un día me descubrieron, y entre mi madre y mi padrastro me dieron una paliza. De la que llevé tuve que lavarme luego con agua de sal para aliviar el dolor y los hematomas.

Entonces fue cuando me escapé de casa. Me marché a casa de una amiga. Y pasados unos días Roberto salió del hospital, aunque apenas podía caminar todavía.

El certificado de virginidad

Mi suegra me vino a buscar y me fui a vivir a su casa. Mi hermano le contó a mi madre que yo estaba viviendo allí con mi novio, y entonces cogió y se fue hasta la casa una noche y montó un escándalo, gritando que yo estaba viviendo con un marginal, con un delincuente. Yo le dije que no regresaba porque me había dado una paliza. Ella me contestó que como yo ya había perdido la virginidad que me quedase allí viviendo con él. Le dije que no, que no era cierto, no era lo que ella pensaba. Pero, me dijo que sólo podía regresar a casa si probase que yo todavía era virgen.

Entonces, me fui a una clínica de ginecología y me hice un análisis. Me dieron un papel que decía que yo era virgen. Fui a casa y se lo enseñé a mi madre. Ella lloró y me acogió de nuevo en casa.

Mi madre entonces me dijo que yo no podía continuar con Roberto. Le contesté que no, que yo iba a seguir con él porque me gustaba. Y mi madre me dijo que si seguía, ella no quería verlo, que Roberto era un bandido y que lo denunciaría si se lo encontraba en cualquier lado. Y seguimos saliendo...

En esa época mi madre se quedó embarazada. A causa de esto, todo mejoró. Fue como si ella se volviese más sensible. Luego nació mi hermana Bianca...

Perdí mi virginidad con diecisiete años. Y me quedé directamente embarazada. Mi madre, aunque no aceptaba a Roberto, al ocurrir esto, lo llamó y entonces nos dijo que nos iba a ayudar para que pudiésemos vivir juntos. Así, nos fuimos a vivir a un piso de alquiler. El primer mes mi madre nos dio el dinero, y después ya fue Roberto porque él comenzó a trabajar de camarero. En aquella época ya no se drogaba.

Mi vida con Roberto

Vivimos juntos durante cinco meses. A los tres meses tuvimos una discusión porque él salía de casa a las doce y no regresaba hasta las diez de la noche. Y un día no volvió a casa hasta el sábado por la noche.

Roberto era cantante de rap. Hacía la letra de algunas canciones y los fines de semana se iba a tocar con el grupo. Pero, siempre me avisaba, y aquella vez él no me dijo nada. Yo fui a preguntar a casa de mi madre y nadie sabía nada; llamé a su celular y tampoco contestaba. Cuando regresó no vino a hablar conmigo y se fue directamente al trabajo. Y cuando llegó del trabajo fue cuando nos peleamos. Yo tengo asma y me pongo muy nerviosa, y aquel día sufrí un ataque, me desmayé y me tuvieron que llevar al hospital. Permanecí en el hospital tres días y perdí al bebé.

A consecuencia de eso comencé a tener depresión y a llorar todo el día. Roberto y yo seguíamos viviendo juntos, pero era todo apariencia. Yo sólo lloraba y recordaba todo lo que había ocurrido. Al ver esta situación, mi familia me aconsejó que me separara.

Volví a casa de mi madre. Me quedaba en casa y no hacía nada. Él vino un día y me dijo que se iba a matar. Mi suegra me llamó y me pidió por favor que volviese, que Roberto tenía un revólver y que se iba a matar. Entonces, le dije a mi suegra que del mismo modo que había matado a nuestro hijo, que podía matarse. Pero, era un cobarde y no hizo nada.

Como la situación estaba empeorando..., yo lo culpaba a él, y él no lo aceptaba..., entonces, tomé la decisión de viajar. Me marché a Fortaleza, a casa de mi abuela. Me quedé allí tres meses. Para mí fueron unos días maravillosos. Me olvidé de todos los problemas y fue como una curación.

Después, cuando regresé a Brasilia habían cambiado ya muchas cosas en mi cabeza. Yo era como una persona nueva...

De cajera a reponedora

Fue en aquella época que comencé a trabajar en la panificadora. Pasé enseguida de cajera a reponedora, y ganaba unos cuatrocientos veinte reales al mes. Yo tenía entonces dieciocho años y vivía en casa de mi madre. Entraba a trabajar a las seis de la mañana y salía a las dos de la tarde. De mi casa al trabajo hay una media hora de autobús. Durante esa época me fue muy bien.

Al regresar del trabajo iba a una academia a hacer cursos de formación y telemarketing, que nos organizaba la propia empresa. Luego, cuando salía de la academia iba para casa, me duchaba y me iba para el instituto a estudiar. Siempre me gustó estudiar. Mi ilusión era hacer pediatría, pero no sé si será posible algún día...

Salía del instituto a las diez y media de la noche y al cabo de diez minutos caminando ya llegaba a casa, porque era muy cerca. Como yo estaba trabajando, estudiando y tenía más ilusión por vivir, en mi casa el ambiente familiar mejoraba. Cambié completamente. Y gané en respeto, confianza y responsabilidad.

La historia de Julio

En aquella época yo estaba saliendo con otro chico. Fue durante cuatro meses. Julio era totalmente diferente a Roberto. Su familia también era distinta. Su padre era policía y su madre agente de salud.

Un día hubo una fiesta en casa de una amiga. Cuando llegué, me encontré allí con Julio. Yo no tenía ni idea. Él entonces me explicó que lo habían llamado por teléfono, que era un cumpleaños sorpresa. No le di más importancia. Y seguimos bebiendo y charlando.

Cuando dieron las diez de la noche yo me quería marchar, y él no quería. Al final aceptó y nos fuimos. Estuvimos frente a mi casa durante unos quince minutos. Nos despedimos, quedando para volver a vernos al día siguiente. Entré en el portal. Él tenía que caminar todavía unos veinte minutos hasta su casa. Cuando llegó, me llamó por teléfono y me dijo que por favor no me olvidase de venir a buscarlo a la tarde siguiente después de

salir del trabajo, que tenía que hablar conmigo sobre algo muy importante. Eran las once de la noche. Al cabo de un rato volvió a llamarme. Mi madre ya estaba nerviosa. De nuevo, me dijo que no me olvidase de encontrarme con él al día siguiente, que era muy importante. Yo no entendía nada.

Al día siguiente me fui a trabajar. Cuando salí para comer lo llamé por teléfono y nadie contestaba. Lo llamé otra vez, y tampoco. Lo llamé cinco o seis veces y no me cogía el teléfono. Yo no sabía lo que ocurría. Entonces, llamé a su casa y la empleada que trabajaba allí me explicó que a Julio lo habían llamado por teléfono y que había salido. Después, me llamó al móvil mi madre, cuando yo estaba en casa de mi tía, y me pidió que fuese a casa urgentemente. Ella estaba nerviosa, y yo no entendía nada. Entonces, salí de casa de mi tía y ya me encontré con una vecina que me dijo, toda alterada, que Julio se acababa de matar.

Yo no sabía cómo reaccionar. Parecía como si fuese una broma. Me fui para casa de mi madre. Y al rato, nos fuimos mi madre, mi hermano, mi prima y yo para la casa donde estaba Julio, que era la casa de un amigo. Cuando llegué allí me di cuenta de que todo era verdad, porque estaba todo lleno de gente y de policía. El padre de Julio todavía no había llegado. Todos estaban muy nerviosos. Entré y lo encontré allí muerto en el sofá, con un tiro en la cabeza. Dijeron que fue un suicidio. Pero, hasta hoy no se sabe con certeza. También dijeron entonces algunas personas que estaban jugando con el revólver a la ruleta rusa.

Aquí comenzó otra mala etapa de mi vida. Perdí mi trabajo. Me sentía como con miedo. Me afectó mucho, porque también salió en las noticias. Como era una familia muy conocida en la ciudad...

La policía me llamó para declarar. Ellos estaban investigando a todas las personas que se relacionaban con él, también a través de las llamadas telefónicas. Tuve que declarar ante la policía unas diez veces...

La familia de Julio no se acababa de creer que se tratase de un suicidio. Las investigaciones siguieron durante meses, pero como no había pruebas, no llegó a haber juicio. Yo, la verdad, creo que lo mataron. Él no tenía motivos para suicidarse. Además, en la casa, cuando lo encontraron, había muebles y cosas tiradas, como si hubiese habido una pelea. No, yo estoy segura de que *lêe arrumaron uma casinha*, que es como dicen en Brasil cuando le preparan a una persona una emboscada para matarlo.

Al cabo de un tiempo, volví a trabajar. La madre de Julio me llamó y yo fui a ayudarle en la campaña contra el dengue que entonces se estaba llevando

en el Estado de Goiás. Trabajé con ella durante un año. En aquella época moría mucha gente a causa del dengue. La madre de Julio se portaba muy bien conmigo. Pero, yo sentía que no me estaba ayudando de corazón, sino que lo hacía por interés, para intentar saber cosas, como si yo le pudiese dar más información sobre lo que había ocurrido con Julio.

La vuelta con Roberto

Regresé a casa. Cuidaba de mi hermana pequeña y también le ayudaba a mi madre. Después, mi jefe de la panificadora me llamó para preguntarme si quería volver a trabajar en la empresa, porque ellos habían inaugurado otra tienda en otro lado de la ciudad. Acepté y empecé de nuevo a trabajar en la panificadora. Eso era en marzo de 2002.

Y volví con Roberto nuevamente. Estuvimos saliendo como un mes y ya nos fuimos a vivir juntos. Alquilamos un barracón en un pueblo de las afueras de Brasilia. Compramos nuestras cosas, para no seguir dependiendo de nuestras familias. Roberto había cambiado mucho. Ya no tomaba drogas, sólo bebía cerveza. Y yo estaba trabajando.

Todo fue de maravilla durante unos meses. Pero, a partir de octubre las cosas cambiaron otra vez. Yo discutí con su hermano, él me insultó y entonces mi hermano se peleó con él. Me puse muy nerviosa, cogí el autobús y me fui hasta la casa de mi suegra, y allí monté un escándalo. Vino hasta la policía.

Luego, llegó Roberto. Yo le dije que su familia se estaba entrometiendo siempre en nuestra vida de una forma o de otra. Y que no quería seguir con él. Pagué un camión y recogí todas mis cosas de la casa. Me fui para la casa de una amiga. No quería que me encontrase Roberto. Por eso le pedí a mi primo, que me había ayudado a hacer la mudanza, que no le dijese a nadie donde estaba, ni siquiera a mi madre, durante unos días.

Decidí marcharme de Brasilia. Y me fui para Goiânia. Mi madre me dijo que estaba loca, pero en cierto modo ella también se quedaba tranquila porque no tenía que aguantar más mis problemas.

Me fui para casa de mi tía. Ella me estaba esperando en la estación de autobuses a las nueve de la noche. Yo ya llevaba una carta de recomendación que me había dado mi jefe de la panificadora para un restaurante. Y comencé a trabajar allí. Duré unos seis meses. Entraba a las dos de la tarde y salía a las once y media de la noche, cuando cerraba.

Ganaba doscientos treinta y dos reales al mes. En aquella época andaba muy apretada, nunca me llegaba el salario.

Como no quería seguir viviendo en casa de mi tía, alquilé un barracón con una amiga, que tenía la profesión de manicura. Como las dos trabajábamos, podíamos pagar el alquiler.

También hice un curso de salón de belleza. Duró un mes. Lo hice para poder trabajar con mi amiga Eunice. Y después empecé a trabajar por las mañanas en el salón de belleza, y por las tardes seguía trabajando en el restaurante. Como ganaba un poco más, le ayudaba a mi madre para reformar la casa.

Los inicios en la prostitución

Eunice y yo empezamos a salir a las *boates*. Esos fueron mis primeros contactos con el mundo de la prostitución. Todo fue porque conocí a una mujer en la peluquería que tenía tres agencias de prostitutas, y nos ofreció a las dos para ir allí y trabajar, yo arreglando el cabello y mi amiga haciendo las uñas. Yo tenía miedo. Tenía entonces muchos prejuicios con los negocios de prostitución. Le dije a Eunice: - No, no vamos, porque si nos ven entrando allí, la gente va a pensar que nosotras también somos putas.

Tardé dos días en darle una respuesta. Pero, al final, decidimos ir. Y el negocio funcionó. Fuimos una mañana y ya ganamos doscientos reales. En una agencia había treinta chicas, y la que no se hacía el cabello, se arreglaba las uñas. Así que volvimos esa semana y así fue como comenzamos a trabajar allí.

La señora empezó a sugerirme que yo podía quedarme a trabajar en la agencia. Me decía que yo era muy joven y bonita. Pero, a mí no me gustaba la idea y no acepté. Y dejamos de ir a trabajar a la agencia.

Entonces, conocimos a un taxista, Mario, que era el que nos llevaba a la agencia. Él nos preguntó un día si nosotras éramos putas. Le dijimos que no y le explicamos que sólo íbamos a trabajar con la manicura y la peluquería, que no hacíamos otros trabajos. Y él nos dijo que podíamos probar a trabajar en un club que él conocía. Y fuimos al club. Pero, allí era más complicado compatibilizar con el horario de mi restaurante. Así que decidí dejar el trabajo y dedicarme al negocio de la belleza. Comenzamos a ir, pero nos dimos cuenta enseguida de que ya no ganábamos tanto dinero.

En aquella época yo sólo conocía gente relacionada con el mundo de la prostitución. Parecía el demonio.

Había otra mujer, que era dueña de una de las mejores agencias de Goiânia, que venía también mucho por la peluquería, y que traía chicas para que les arreglásemos el cabello. Ella comenzó a incentivarnos para que fuésemos a trabajar con ella en la agencia. Me preguntó cuántos años tenía. Le dije que diecinueve. Me dijo que yo era muy bonita, que seguro que iba a ganar mucho dinero en la agencia. Como le contesté que no me gustaba la idea, me dijo que sólo probase, que fuese a hacer un test y que sólo después tomase una decisión. Y así me convenció.

Cuando llegué a la agencia yo me sentía muy nerviosa. Mi amiga, por el contrario, estaba más suelta. Yo sentía como un peso en mi conciencia. Hubo un cliente que me escogió, pero no acepté. Para mí aquello no era una situación normal..., no sé cómo explicar qué era lo que pasaba entonces por mi cabeza... Al final, me sentía tan mal y tan fuera de lugar, que telefoneé a un mototaxi y me marché de allí. Mi amiga, como estaba allí jodiendo, ni se enteró de que yo me había marchado. Eunice se hizo el primer día unos seis pases.

Regresé a casa. Al cabo de media hora, llegó ella. Discutimos. Le dije que yo no volvía allí y que me volvía para casa de mi madre. Ella me decía: - Qué simple que eres.

Pasados cuatro días, y como Eunice seguía todo el rato *barulhándome a cabeça*, al final fui. Cuando llegué, la dueña de la agencia me dio una cerveza y yo comencé a sentirme mejor, como si no estuviese allí. Aquella mujer ya era experta en eso, en dar de beber a las novatas. Había un cliente, mi primer cliente, que ya estaba esperándome. La dueña me explicó que ya le había hablado de mí, y que él era muy bueno y que le gustaban mucho las chicas nuevas. Y fui con él.

Recuerdo que fue buena persona. Se portó muy bien conmigo y me trató con mucho tacto. Parecía como si yo no estuviese allí en el *putero*, sino que nos hubiésemos conocido en un bar. Estuvimos bastante tiempo charlando. Y todo salió bien... Fuera de la habitación me estaban esperando nerviosas, porque no sabían cómo iba a ser mi reacción. Pero, fue bien. Esa noche después del pase ya marché para casa. Había ganado ciento diez reales.

Al día siguiente, tenía sentimientos de culpa. Pero, al mismo tiempo, también de disculpa porque había ganado bastante más dinero de lo

habitual. Y así fue cómo empecé a trabajar en la prostitución. Pero, durante la primera semana sólo fui para estar con ese cliente.

Después me fui a trabajar a un club. La propia dueña me dijo que fuese allí a trabajar, que ganaría más dinero que en la agencia y que tenían mejor horario. Claro, la dueña de la agencia tenía su relación con los dueños del club.

El viaje a España

Durante un tiempo trabajé así en varias agencias y en distintos clubes. Hasta que surgió la oportunidad de venirme para España. Conocí a unas personas y el dueño de un club en Verín me prestó el dinero para viajar.

Yo sabía que venía a trabajar de prostituta a un club. Pero, en Brasil me explicaron unas cosas y al llegar aquí me encontré con que todo era diferente. Desde entonces he trabajado en varios clubes, sobre todo en el “Lexis”. Y también en algunos pisos. Todos en la Ronda das Fontiñas. Aquí, en esta calle, está todo lleno de pisos de trabajo. Con quien más he trabajado ha sido con Adriana, Joise y Natalia. Trabajamos juntas durante meses aquí en Lugo. Íbamos al club y también trabajábamos en el piso. Pero, luego todo cambió y nos fuimos distanciando. A Natalia le ha ido muy bien. Ella consiguió a su novio y le ayudó a arreglar sus papeles. Ahora viven juntos en el pueblo de él, aunque Natalia también estuvo bastante tiempo trabajando en un piso que había montado junto con su hermana y otra chica brasilera. A Joise, aunque hace mucho tiempo que no hablo con ella, sé que se ha casado y que vive con su marido en Villalba, y que también ha arreglado los papeles y ha dejado de trabajar, su marido la ha retirado. A Adriana y a mí nos ha ido peor. Adriana tiene muchos problemas con su novio y a causa de eso la convivencia en el piso se hizo más difícil. Y a mí... no me ha ido mejor. No he ganado tanto dinero como pensaba y ya estoy cansada de esta vida. Por eso, creo que voy a regresar a mi país.

BARBARA LOVE

Rememorando mi vida

Mi vida fue bastante jodida. Estaba como perdida, hasta que conocí a María, de Comisiones Obreras. Ella fue la persona que me ayudó a conseguir mis papeles. Y ella tenía muy buena voluntad, no lo hace tanto por su profesión, su oficio, sino porque le gusta, porque ella quiere.

Nací el 10 de julio de 1975 en São Paulo capital. Mi infancia fue una etapa maravillosa en mi vida. No tuve ningún tipo de traumas, ni nada de eso. Cuando yo tenía dos años, mis padres se separaron. Mi padre tenía otra mujer, y abandonó a mi madre. Yo soy hija única, aunque mi padre tenía cuatro hijos más, dos de sangre y otros dos adoptivos. Los adoptó de un orfanato en Santa Catarina. Mi padre era abogado. Mi madre trabajaba en casa, y después, muchos años después, cuando ella ya era mayor, volvió a estudiar e ingresó en la Universidad, en una universidad privada.

Todo fue bien hasta que comencé a ser consciente de las cosas que ocurrían. Mientras eres un niño inocente no te das cuenta de nada. Durante la separación de mis padres, ellos me utilizaron casi como si fuese un trofeo. Sobre todo, mi madre, que no le dejaba ni siquiera verme a mi padre. Aunque, mi padre también fue un cabrón. No le daba dinero a mi madre, y eso me afectaba, ya que yo vivía con ella. Mi padre se marchó a otra ciudad para vivir con aquella mujer. Él nunca dejó de quererme, bueno, en realidad, mi madre tampoco. Aunque ellos me utilizaban como un objeto en su guerra particular.

Los mejores recuerdos de mi vida son cuando pienso en mis abuelos. Mi abuelo era de Rusia, y mi abuela del sur del Líbano. Fueron inmigrantes que vinieron a Brasil para trabajar y encontrar una vida mejor, y en Brasil se conocieron y se casaron. Desde muy pequeña yo estaba con ellos los fines de semana. Pero, después, cuando empezaron los problemas entre mis padres, pasaba más tiempo con ellos en su casa. Aparte de eso, mis abuelos también me querían mucho. Yo jugaba con ellos, les ayudaba, iba con mi abuelo a los bares, porque a él le gustaba la bebida un poco. Era muy feliz. El mejor recuerdo de mi vida es siempre cuando pienso en ellos, cuando pienso en aquellos años en que estábamos juntos...

Los problemas empezaron cuando yo tenía trece años. Mis abuelos enfermaron, la que peor era mi abuela, que era diabética, y entonces, se marchó para casa de un tío mío, porque mi abuelo tampoco podía cuidarla.

Al cabo de un año mi abuela falleció. Después, mi abuelo se marchó también para casa de unos familiares en Río de Janeiro, porque yo no podía cuidarlo sola. Entonces, me quedé con mi madre. Ella era muy temperamental, no tenía paciencia conmigo, y además, bebía mucho. También tenía un amante, que le daba dinero, como si fuera una prostituta de lujo, así ella nunca trabajaba. No fue una convivencia fácil.

Un día encontré a mi madre besándose con un novio mío. Yo tenía quince años y él veinticinco. Todas esas cosas fueron creando como una revolución interna en mi alma. Y mi madre sentía como celos de mí. Cuando empecé a ser una joven bonita ella comenzó a tratarme mal. Nunca me incentivaba en nada. Si me gusta estudiar es porque me gusta por mi propia voluntad, no porque me fomentaran nada de eso. Y mi madre le gustaba también gritar y montar escándalos. Ella es veinte años mayor que yo, y también fue una mujer bonita.

A partir de ese momento decidí marcharme para Río de Janeiro, donde estaba mi abuelo con mi tío. Mi tío era un cabrón, millonario, con una sangre jodida, hijo de rusa y libanés. Yo tenía diecinueve años y era una chica muy guapa. En aquella época quería ser modelo. Cuando ya estaba en casa de mi tío, mi madre un día lo llamó por teléfono y le contó que yo quería ser modelo, que iba por mal camino, y hablando así todo el tiempo muy mal de mí. Mi tío era la persona más machista que he conocido en mi vida... Un día que yo estaba durmiendo, era un 13 de enero de..., entró él borracho en mi habitación con una tijera en la mano, entonces me cogió por el pelo y me golpeó en la cara. Y me dijo: - ¿Por qué no me diste las buenas noches? Entonces abrió la ventana y quería tirarme. Nadie oyó nada. Mi abuelo estaba en la cama y él tenía una mujer que en aquel momento se estaba duchando. Mi tío me dijo: - ¿Quieres ser modelo? ¡Tú lo que eres es una puta! Yo le empujé y me escapé subiendo rápido por las escaleras. Me refugié en el cuarto de baño, pero no tenía cerradura. Él llegó, abrió la puerta, me pegó y me cortó todo el pelo con las tijeras. Intentó incluso violarme, pero como yo gritaba tanto vino uno de los empleados, que fue lo que me salvó. Mi tío no dijo nada, cogió, bajó a la habitación, y cuando la mujer le preguntó que qué pasaba, él le pegó una hostia y se marchó a la calle. Eso ocurrió sobre las 3 horas de la madrugada. Luego vino su mujer a preguntarme que cómo estaba, ella me consolaba, pero no quería que fuese a la policía. Me dijo que me llevaba a la *rodoviária* para regresar a São Paulo. Yo pensaba que era mucho mejor volver a São Paulo para casa de mi madre, dentro de lo malo, que no estar allí en aquella casa con aquel hombre que me quería *comer* por la fuerza.

Cuando ya estaba yo con las maletas, se despertó mi abuelo y se levantó. Yo estaba llorando. Le dije: - mira, abuelito, esta va a ser la última vez que nos veamos. Él entonces cogió, se sacó el anillo del dedo y me dijo: - no tengo otra cosa que esta alianza, te la doy para que la conserves y te acuerdes de tus abuelos. Yo me sentí emocionada. Me fui para la estación. Lloraba y lloraba. La mujer de mi tío me dio dinero para el viaje de regreso. Y ahí regresé para São Paulo.

La huida

Volví a casa de mi madre en São Paulo. Cuando se lo conté a mi padre, me dijo que no se lo creía. Nadie me creía, nadie me defendió. Intenté mejorar la relación con mi madre. Pero, era imposible. Era algo insoportable. Entonces, el día de mi dieciocho cumpleaños me escapé de casa. Tenía un dinero guardado y me fui para un hotel. Era de madrugada. Mi madre estaba durmiendo en la habitación. Y yo ya estaba hasta los cojones. El día anterior ella me había pegado una paliza porque había ido a visitar a mi padre, y se ponía celosa.

Cogí una maleta y me fui para un hotel de quinta categoría. Allí vivían prostitutas, travestis, de todo. Yo ya había subido antes a aquel hotel para preguntar cuánto costaba una habitación, porque en mi cabeza ya tenía que mi historia iba a acabar de esa manera. Mi habitación era muy fea, tenía sólo una cama, un váter y una ducha. Pero, yo estaba feliz. El piso de mi madre aunque era muy bonito, yo pasaba de todo. Prefería aquello porque en casa estaba amargada todo el rato.

En la calle donde estaba el hotel había muchas prostitutas y travestis, que luego subían a las habitaciones para hacer los programas. Pero, yo me llevaba muy bien con todas aquellas personas. Y ellas me protegían, me querían mucho. Me sentía muy querida con aquella gente.

Permanecí allí unas dos semanas sin prostituirme. Yo trabajaba en una librería y regresaba sólo para dormir. Pero, allí se corrompía hasta una monja de clausura. Una tarde, estaba subiendo las escaleras del hotel y me paró un señor. Me preguntó: - ¿Tú trabajas aquí? Yo le contesté que no. Y él me dijo: - Espera, espera, que yo te pago. No recuerdo cuánto fue, pero sí que fue mucho dinero. Entonces, le contesté: - Bueno, vamos. Fue así como caí en la tentación. Todo fue muy rápido. Pensé: - Vaya, es así tan fácil... Y me pregunté: - Dios mío, cómo puedo estar trabajando todo el mes y ahora en apenas cinco minutos gano de repente la mitad de mi sueldo.

Ese fue el primer programa que me hice. No me sentí mal por ello. Ya tenía unas nociones de cómo funcionaba todo aquello, los travestis y las prostitutas me comentaban.

Al cabo de unas semanas, decidí comenzar a trabajar en la prostitución. Tuve problemas en mi trabajo en la librería, y pensé que sería la mejor opción. Y así me fui para la calle.

La prostitución en la calle

Utilizaba ropa normal y me paraba al lado de la puerta del hotel. El primer día me encontraba un poco nerviosa, pero me adapté rápido. El dueño del hotel también me protegía.

Un día me paró un señor y me dijo: - ¿Qué haces, una chica así en este sitio? Y le conté mi historia. Él, que era un señor de unos cincuenta años, me dijo: - Vente a vivir a mi casa. -Vale. Pero le pedí que me dejase unos días para pensarlo. Me dio su dirección y su teléfono.

Al cabo de unos días, me vio un primo mientras estaba trabajando en la calle. Pasaba en su coche y después fue a contárselo a mi madre. Al día siguiente llegó mi madre con la policía. Pero, yo subí al hotel, me escondí y no me encontraron. Al otro día me fui para la casa del señor. Él era un artista plástico, y era homosexual. Me ayudó, pero de corazón. Muy buena gente, de verdad. Estuve viviendo con él durante un año y pico.

Dejé la prostitución y comencé a trabajar en un bingo, porque él me había conseguido ese trabajo. Lo pasábamos muy bien juntos. Yo le ayudaba con los cuadros, él hacía caricaturas, muchas cosas. Pero, no sé cómo mi madre me convenció y regresé a su casa. Ella ya conocía al señor, porque yo la había invitado para que viese que no estaba trabajando en la prostitución. A partir de ese momento, nos reconciamos, y como ella siempre me estaba rogando que volviese, que volviese..., pues me fui para su casa.

Sólo aguanté un mes. Comenzamos a discutir de nuevo. Y le dije que me iba. No me escapé como la primera vez. Y regresé a la casa del señor. Permanecí allí durante unos meses. Un día una prima mía me llamó y me invitó para ir a vivir a su casa con su familia. Ella vivía con sus dos hermanas y su madre. Yo, que siempre he sido una persona con necesidades afectivas y que me gusta sentirme integrada en una familia, pues acepté.

Mi prima tenía la misma edad que yo, y siempre nos habíamos llevado bien. Durante los fines de semana íbamos de fiesta, a las discotecas. Un día que íbamos de fiesta pasamos por el centro de São Paulo, por la Rua Augusta, que es la calle donde están todas las prostitutas. Para ir a la discoteca teníamos que pasar por allí. Íbamos caminando y nos paró un coche. - ¿Qué, vosotras hacéis programa? Nos preguntó un tío. Mi prima, que ya sabía que yo ya había hecho programas antes, cogió y dijo: - ¡Vamos! Y fuimos para un hotel bien lujoso. Él me escogió a mí, pero nos pagó a las dos. Fue el polvo más fácil que he echado en mi vida. Me colocó en la cama, y... ¡zas! ya se corrió. Le dije: - ¿Ya está? Y después nos dio cien reales a cada una, y nos pagó el dinero del taxi. Un cachondeo. Después nos fuimos para la discoteca.

Decidimos ir todos los fines de semana a trabajar en la Rua Augusta. Nunca gané tanto dinero como en aquella época. Pero, enseguida las chicas de la calle vinieron a por nosotras. Yo nunca tuve miedo, pero mi prima se cagaba un poco. Todas tienen allí su punto. Negociamos con una chica y conseguimos así establecer nuestro punto a unos cien metros de donde estaban las otras.

Gané muchísimo dinero. Decidí abandonar el trabajo que estaba haciendo en aquella época y fue cuando también decidí que quería hacer de esa vida mi profesión. Alquilé un pisazo en el centro de la ciudad. Mi prima no quiso venir porque tenía un novio y todo un rollo montado en su casa. Yo, a mi bola..., comencé a vivir sola, a independizarme y a ganar muchísimo dinero. Podía comprar todo lo que quisiera, todo, todo, todo... Me compré un coche, me subía en el capó y ponía poses provocativas. Siempre iba muy sexy, como no... En invierno llevaba un abrigo, cuando pasaban los hombres lo abría y por dentro sólo llevaba lencería.

Estuve dos años trabajando así, de profesional. Fue durante 1994 y 1995. Fue estupendo. A las diez de la noche me iba para la Rua Augusta. Allí el movimiento era hasta las tres de la madrugada más o menos. Después, todo el mundo se reunía en una discoteca, en el "Love Dream", donde había todo tipo de gente: prostitutas, futbolistas, de todo. Yo iba allí y a veces también me hacía algunos *programas*. Me quedaba en la discoteca hasta las ocho de la mañana, a veces hasta las doce del mediodía. Luego me iba para casa y me quedaba en la cama durmiendo todo el día. No hacía otra cosa. Mi vida era como la de un vampiro. Sólo me levantaba para ir de vez en cuando al shopping para comprar ropa. Sólo dormía y dormía. En esa época empecé a beber mucho. Yo era joven, no sabía mucho de la vida, y en la calle todo son tentaciones. Estaba muy *revoltada* con mi familia, y por eso me daba todo un poco igual. Iba de fiesta en fiesta.

Me gustaba mucho trabajar en la calle. Los clubes nunca me convencieron. Tienen un horario y un montón de normas. En la calle es totalmente diferente. Eres independiente, y a follar y punto. No tenía mucho cuidado con el dinero. Pero ganaba muchísimo: seis mil a siete mil euros. Aunque, es como si fuese un dinero maldito porque se va volando. Es que lo ganas pensando ya que mañana vas a ganar más. Me lo gastaba en la discoteca, le dejaba a mis amigas...

Un día fui a hacer un programa. Fue un contacto indicado por la “Love Dream”. Era un delegado de la policía. Tuve la mala suerte de que se me rompiera el condón con ese señor. Al cabo de dos días ya empecé a sentirme mal. El tío tenía la picha un pelín grande, y se rompió la goma. Se me hincharon los óvulos para afuera. Fui al médico y me diagnosticó *canacro mole*. Es una enfermedad de transmisión sexual muy rara y muy jodida. Se me puso la vagina en carne viva. Y todo por una vez en que se me rompió el condón. Es el destino mismo.

A partir de ahí se me vino todo abajo. La máquina de hacer dinero se rompió. Hasta tuve que vender mi coche. Me medicaba con pastillas, antibióticos carísimos. El tratamiento duró unos seis meses, y aún estuve un tiempo con dolores. Como soy muy orgullosa no le conté nada a mi familia. Ellos ya tenían bastante mala imagen de mí, si encima voy y les digo que tengo una enfermedad de transmisión sexual entonces sí que ya termina todo. Dos años perdidos. Nunca imaginé que me fuese a pasar nada de eso. Nunca he sido materialista ni ahorradora, sino que siempre he vivido el día a día. Así que cuando enfermé sólo tenía mi coche.

Durante mi enfermedad abandoné mi piso, porque ya no podía pagarlo, y me fui a vivir con un amigo que me ayudó. No podía casi ni caminar. Esa enfermedad me cogió de una manera... Después, cuando ya me recuperé alquilé un pequeño apartamento en el centro. Allí podía llevar a la gente. Al cabo de tres o cuatro meses volví a estar como antes. Trabajé y ganaba todo el dinero para mí. Me recuperé de todo. Lo que no hice fue comprarme otro coche, porque ya tenía otros planes...

Luego me fui de vacaciones a los Estados Unidos. Lo hice un par de veces durante el año 1997. Un amigo que conocí en el “Love Dream”. Era un chaval como yo, le acompañaba a los partidos, jugaba en un equipo de “skateboard”. Era una relación muy moderna. En esa época sí que me vestía bien. Alquilaba coches. Visité todos los parques temáticos de los Estados Unidos, estuve en Miami, Orlando, Los Ángeles, etc. Recorriamos el país entero, aunque donde pasábamos más tiempo era en Los Ángeles y San Francisco. Para mí él era más que un amigo, era como un noviete. Pero

era muy celoso, y a veces se ponía muy agresivo conmigo. Por eso decidí separarme de él.

En la Universidad

En una época que yo estaba aburrida, ya un poco cansada de trabajar en la Rua Augusta, decidí presentarme para el ingreso en la Facultad de Derecho. Y aprobé. De esa forma cambió radicalmente mi ritmo de vida. Como era una universidad privada me costaba unos mil reales al mes. Por eso seguí trabajando en la prostitución, porque de otra manera no podría costearme los estudios.

Me levantaba a las cuatro de la tarde y me ponía a estudiar. Aunque, el stress del trabajo me dificultaba la concentración. A las siete tenía que estar en la Facultad, hasta las diez y media de la noche. Después, regresaba a casa, me arreglaba y me iba para la calle.

En la universidad en Brasil se hacen muchas novatadas a los estudiantes durante el primer curso. Como yo no había ido durante la primera semana cuando justo empezó el curso, sino que fui durante la segunda, fue peor, porque yo era la única nueva. Y como había algunos estudiantes que me conocían de trabajar en la calle, fue horrible. Durante los diez primeros días me dijeron de todo. Un día uno gritó: - ¡Mira, la chica de la calle Augusta! Estuve a punto de no volver a pisar la Facultad. Pero, poco a poco me fueron aceptando, y al final hice gran amistad con los compañeros de mi curso.

Con el paso del tiempo, la cantidad de mujeres que se dedicaban a la prostitución en la calle iba en aumento. Algunas venían para mi punto y yo las tenía que echar. Utilizaba un gas paralizante y cuando venían se lo echaba en la cara. Lo compré en los Estados Unidos. Me compré una caja con diez sprays para poder defenderme de los clientes y de las compañeras si fuera necesario. Una vez eso me salvó la vida.

En mi país tuvimos entonces una grave crisis económica. Era la época de la entrada del real como moneda. Y eso hizo que viniesen muchas mujeres a trabajar en la calle. Las chicas se peleaban por los puntos de trabajo, y también bajaron los precios de los pases. Estudié en la Facultad de Derecho durante cuatro semestres. Después abandoné.

El trabajo en la agencia

Una amiga me contó lo de la agencia. Había muchas chicas de la calle, sobre todo entre las veteranas, que compaginaban el trabajo de la calle con una agencia.

La agencia funcionaba así: los clientes llamaban a la agencia, luego iban a ver el book de las fotos, escogían a la chica y se hacía el pase. Cuando yo estaba allí había muchísimas chicas trabajando en agencias. Pero, ahora creo que es peor, hay muchas más chicas y además están enganchadas a las drogas.

La última vez que volví Brasil, allá por enero de 2003, que pasé unos cinco meses, aproveché y me di una vuelta por la Rua Augusta, y me encontré, Dios mío, a las mismas chicas que estaban conmigo antes. Las encontré tan degradadas..., hablé con algunas y me pareció que estaban muy enganchadas a las drogas.

En la agencia cada chica tiene un book. Yo tuve que pagar a un fotógrafo para hacer el book. Había muchísima competencia, chicas preciosas y todas trabajando para las agencias. Cuando yo trabajaba en la calle, al principio, allá por 1995, ganaba unos cien reales. Pero, después ya bajó a la mitad, y había muchas que cobraban menos. Pero, yo siempre procuré valorarme. Prefiero irme a casa sin un puto duro, que no humillarme por una mierda de dinero. Sin embargo, trabajando en la agencia el cliente podía pagar unos quinientos reales, aunque luego el dinero se repartía al cincuenta por ciento, doscientos cincuenta reales para la casa y doscientos cincuenta reales para la chica. Aunque, la mayoría de las veces pagaban doscientos, y entonces eran cien reales para la chica.

En la agencia no trabajé mucho tiempo. Enseguida conocí a una persona que me habló de la posibilidad de venir a trabajar en la prostitución a España. Durante un tiempo trabajé en la calle y al mismo tiempo en la agencia. Pero, pronto decidí dejar la calle. ¿Cómo podías competir con tantas mujeres trabajando en la calle? No era posible. Y algunas eran niñas de catorce y quince años. En mi país no hay ningún control con eso de las menores. No es como aquí, que la policía cae encima enseguida en ese tipo de situaciones. Y todo eso estaba bajando mucho los precios. Eso me molesta bastante. Yo no estoy dispuesta a follar por tan poco dinero. Me fui para la agencia porque allí la cosa era más cómoda, tenía más tiempo para estar en casa, tenía también más seguridad..., y durante un tiempo gané mucho dinero. Aunque, no fue suficiente para pagarme de nuevo mis estudios.

El viaje a España

Ya llevaba mucho tiempo escuchando hablar de España a las compañeras. Unas hablaban de España, otras de Italia,... Entonces, un día una amiga me dijo que conocía a una mujer, que le ayudaba para viajar a España. Yo le dije que, por favor, me la presentase. Pero, mi amiga no me la quiso presentar porque pensaba que yo iba a trabajar más que ella. Como en la calle yo ganaba más dinero que ella, pensó que en España sería lo mismo, y entonces, en lugar de presentarme a esa mujer, me dio el número de teléfono de otra señora. Esa cabrona... Cuando me di cuenta ella ya estaba en Coruña. Y me dio después un número de teléfono de una persona en Brasil, lo hizo para quedar bien conmigo, nada más. Pero, al final, ese contacto resultó estupendo.

Era una mujer que tenía contacto con una dueña de una casa de citas en Valencia, que también era brasilera. La dueña del piso en Valencia fue la persona que me pagó el billete. Le mentí. Cuando me preguntó si tenía dinero para entrar en la frontera, le contesté que sí, y no tenía un puto duro, bueno, tenía treinta reales...

Arreglé mis cosas y me piré. Me compré ropas y unas cositas guays para venirme. Cogí el avión en São Paulo. Mi billete era de São Paulo a París, de París a Madrid, y de Madrid a Valencia. Por culpa de un retraso de dos horas perdí todas las conexiones. Cuando llegué a París perdí el vuelo para España. No tenía dinero y no entendía ni gota de francés. Pero, tuve la suerte de conocer a un brasilero que luego me ayudó. Estaba desesperada. Le expliqué lo que me había ocurrido, y él me llevó a la oficina de la compañía "Air France", y allí me recompensaron y me dieron un billete para Madrid en primera clase.

Cuando llegué a Madrid me encontré con el mismo problema. Llamé por teléfono al número de la mujer de la casa de Valencia. Y ella me explicó todo: - Haz lo siguiente, coge un taxi, vete hasta el kilómetro xx y espérame allí, que yo voy a buscarte. Y llorando, cogí el taxi rumbo a Valencia. Afortunadamente, ella estaba allí esperándome. Estaba con el supuesto marido. Nos saludamos y me llevaron directamente para el piso de Valencia. Esa misma noche comencé a trabajar.

Pensaba que era como un club, pero, en realidad era una casa de citas. La dueña me indicó lo que debía pagarle por el billete, unos mil ochocientos euros. Era un billete caro, porque tenía muchas conexiones, pero no me cobró nada. Sólo tuve que pagar el dinero exacto del precio del billete.

Allí estuve trabajando tres meses. La segunda noche ya gané el dinero del pasaje. Una pasada. Pero, claro, no dormía. Las chicas comenzaron a hacerme la vida imposible, porque yo era la que más trabajaba. La dueña tenía mucho miedo de perderme, y por eso me acompañaba a todas partes, iba conmigo al banco, a todos los sitios. No me dejaba hacer nada. Yo, que estaba acostumbrada a hacer lo que quería, trabajando en la calle, llego a un sitio como ese y no me quitan el ojo de encima.

Llegó un momento en que exploté. No fue con la dueña, sino con una chica que se enfadó conmigo por envidia con un cliente, una brasilera, que me llamó hija de puta. Ella tenía un bolso. Se lo quité y se lo estampé en la cara. Le di una buena paliza... Las otras chicas nos separaron, porque la dueña no estaba en la casa. Todo tiene un límite. Ella lloraba y siempre decía: - Yo, cuando agarro a una mujer la voy a reventar. Pero, yo no soy de las que anda hablando, soy callada, pero cuando tengo que pasar a la acción soy la primera. Entonces, le dije: - A ver, mamona de mierda, ¿tú eres la valiente? Y ella llorando. Yo trabajé mucho tiempo en las calles de São Paulo, y gracias a Dios, se defenderme en esta vida.

Estaba totalmente fuera de mí. Así que me encerraron en una habitación. Como me había puesto muy furiosa, cogí un mechero y le prendí fuego a la ropa que había allí en la habitación. Las chicas llamaron a la dueña, y ella les dijo que me encerraran hasta que llegase. Pero, no se puede encerrar así a una persona. Me tuvieron allí metida durante toda la noche. Cuando llegó la dueña, me abrieron la puerta y ella me echó la bronca. Me dijo: - Tú te vas a marchar de esta casa. Yo le contesté: - Sí, me voy a marchar, pero tú me vas a pagar el viaje para La Coruña. Me insultó y me humilló. Pero, al final, me pagó un billete de avión para La Coruña. Le amenacé con ir a la policía, sino ella nunca me hubiese pagado.

Cogí el avión y me fui para La Coruña. Fui a La Coruña porque tenía una amiga allí trabajando. Podía regresar a Brasil, porque tenía el billete de vuelta, pero no quise. Quise aventurarme una vez más. Mi amiga trabajaba en un piso. Ella me dijo que se trabajaba muy bien. Al llegar me di cuenta de que no se trabajaba tan bien como ella decía. No me gustó. Era un piso muy antiguo y se ganaba poco. Ni punto de comparación con Valencia. En Galicia es donde se gana menos dinero. Aquí trabajan mujeres que en cualquier otro sitio no ganarían un puto duro. Gordas y feas... Bueno, yo ahora tampoco...

Después de dos días decidí buscarme la vida. Tenía que arriesgarme. Cogí un taxi y me fui para el barrio chino. El que tiene boca va a Roma.

Pregunté en el club “Danae”. La encargada me dijo: - Entra, te doy una habitación. Me arreglé y bajé a trabajar. Y me fue de puta madre. Era un sube y baja continuo, cuatro mil o cinco mil pesetas por pase. Pero, siempre siete u ocho pases cada día. Las condiciones eran buenas. Tenía que pagar cinco mil pesetas por día y luego, todo lo que ganaba era para mí. La comida era muy buena. Fue en ese club que yo empecé a engordar. Ahora sí, las chicas eran allí muy jodidas. Africanas y dominicanas. Me hice muy amiga de una portuguesa, que me defendía. Allí conocí también a un suizo que me dio un millón de pesetas entre pases y salidas. Se enamoró de mí y me venía a buscar. Estaba medio chiflado. No es posible una persona que gaste tanto dinero. Era gallego, pero vivía en Suiza desde hacía muchos años. Pero, yo no quería nada serio con él.

En el “Danae” estuve trabajando durante nueve meses. A los tres meses de estar allí, llegó una noche la policía al club. Me llevaron y me tuvieron veinticuatro horas detenida. Me trataron muy mal. A pan y agua... Yo también los atormenté... Fue así como me gané mi carta de expulsión. Después de ese incidente, me moví. Le pagué trescientas mil pesetas al camarero del club para que me arreglase mis papeles. Fui yo quien le ofreció esa cantidad de dinero. Dije, le voy a dar una cantidad de dinero para que no me diga que no. Él no me había pedido nada. Luego, hicimos todos los trámites por Comisiones Obreras. Me lo denegaron cinco veces. Pero, yo seguí metiendo y metiendo, hasta que lo conseguí por cojones.

En el club trabajé muy bien. Hasta que me aburrí. Mi amiga fue quien me dijo que podía alquilar un piso y colocar un anuncio en el periódico. Así empecé a trabajar en mi piso. Y me fue de puta madre. La gente que va a los pisos es mejor que la de los clubes. Es gente más seria y no va borracha. En el piso trabajaba yo sola. Un día el dueño del “Danae” se enteró y me echó la bronca. Me dijo que yo me estaba llevando los clientes para el piso. Claro, el piso estaba muy cerca del club, allí mismo en el barrio. Fue lo que encontré. Le contesté: - Es tu problema.

Estaba contenta. Ganaba un mínimo de quince mil a veinte mil pesetas diarias. Tuve veces, sobre todo al principio, que ganaba hasta cincuenta mil pesetas. Es por la novedad, como pasa en los clubes. Durante un año trabajé así. Fue la temporada más tranquila que tuve desde que estoy en España. Me acostaba temprano y hasta descansaba los fines de semana.

Cuando el trabajo se volvió un poco flaco me fui a probar en otro club. En el “Atenea” me fue muy bien. Conocí a una persona. Me enamoré. Y dejé de trabajar. Me enamoré tanto, tanto,... Y él también de mí, aparentemente. Aunque, más tarde me di cuenta de que era un hijo de puta. Y era muy

guapo. En el “Atenea” sólo estuve tres meses. Era un cliente. Dejé mi piso y me fui a vivir con él. Todo muy rápido, sin pensar. Era marinero y estaba en la ciudad muy poco tiempo. Estuvimos juntos tres años y medio. Él no quería que yo trabajase fuera. -Tú te quedas en casa, decía siempre. Yo estaba loca por ese hombre. Hasta me hice un tatuaje en la pierna con su nombre. Todo fue bien mientras él trabajaba en el mar. Tenía mareas de ochenta días. Iba al Gran Sol, a la pesca del tiburón, no sé muy bien a dónde. Yo sufría muchísimo. Cuando dejó la mar todo cambió, y yo tuve un poco de culpa. Si me hubiera controlado un poco, tal vez hasta hoy estaría con él. Empezaron las peleas. Cobró el paro unos meses. Luego, me lo echó todo en cara. Se tornó violento. Yo tuve un poco de culpa, lo sé. Él no paraba en casa, se iba y me dejaba sola. Trabajó durante una temporada de portero en una discoteca, cobrando el paro. Intenté encontrar trabajo y no encontré. Luego, él montó una sociedad y se marchó para las Azores. Me pidió que me marchase con él. Me deshice de todas mis pertenencias, vendí algunas cosas y otras las regalé. Cogí mis dos gatos y me fui para las Azores.

Las Azores y el regreso a Brasil

Viajé en tren de Coruña a Lisboa. Un viaje jodido, fueron catorce horas. Lo que una hace por amor... En Lisboa cogí un avión para Las Azores. Cuando llegué me gustó mucho. Vi que todo era verdad. Un restaurante muy bonito. Me encantó la isla de San Miguel. La primera semana excelente. Después, ya empezamos a pelear todo de nuevo. Un infierno. Una pasada. Hasta que entonces... yo tenía un dinero guardado y decidí sacarme unas vacaciones para reflexionar. Compré el billete para São Paulo de un día para otro. Después de cinco años volvía para mi país. Cuando nos despedimos, él lloró y todo.

Había llegado a San Miguel en diciembre, y en enero de 2004 me marché para Brasil. Al llegar al aeropuerto en São Paulo me parecía todo raro. Estaba contenta, pero al mismo tiempo me empecé a agobiar. Nadie me vino a recoger al aeropuerto. Cogí un taxi y me fui a casa de mi madre. Cuando llegué a casa no me gustó nada cómo me recibieron. Para mí era un momento muy especial. Mi madre estaba con un amigo. Nada fue como yo esperaba... Sentí una decepción muy grande. Después de la relación tan intensa que había tenido con Paco, estaba muy descontrolada psicológicamente. Mi madre no quería que fuese a visitar a mi padre. Y discutimos muy feo a causa de eso.

Sólo estuve quince días con mi madre. Luego, me enteré de que mi novio había llamado a mi madre y de que le había hablado muy mal de mí, que si yo era una loca, una descontrolada de la cabeza, etc. Entonces, una noche cogí y le dije a mi madre hasta luego. Regresé dos días después. Volvimos a pelear. Mi madre comenzó a insultarme. Me llamó prostituta. Le metí una hostia a la ventana, que todavía tengo la marca. No aguantaba más. Le pedí también el dinero que le había enviado, y ella se lo había gastado todo. Uff, sólo de recordar ese día... Sólo de pensarlo entro en depresión. Ni dinero ni cojones ni nada. Invertí la mayor parte de mi dinero en mi familia. No me arrepiento. Pero, ahora no me macarrea nadie más, ni familia ni nada. A partir de ese día mi madre y yo nos distanciamos, y cada una cogió su camino.

Al final me ayudó quien menos me esperaba: mi padre. De São Paulo viajé a Curitiba, que era donde vivía mi padre. Yo estaba destrozada, para mí la vida ya no tenía sentido. Fui a casa de mi padre. Y mi madrastra, que yo no me lo esperaba ni remotamente, me trató de maravilla. Lloré tres meses seguidos. Recorrí todos los centros espirituales para ver si me curaba. Y poco a poco me fui recuperando.

Mi novio Paco seguía llamándome de vez en cuando. Mi padre estaba muy enfermo. Entonces, me di cuenta de muchas cosas. Mi padre ya me decía cuando yo era una niña que cuando creciese me daría cuenta de muchas cosas. Estuve viviendo en casa de mi padre durante cinco meses. Me sirvió para desconectar. Yo llamaba a Paco y no me cogía el teléfono. Ahí ya perdí todo el contacto. Y perdí a mis gatos, mi ropa, mis CD's, mis fotos. Perdí todo.

Un día fui a una bruja en Curitiba, para que me hiciese una magia a ver si Paco me cogía el teléfono. Tuve que ir a una *cachoeira* en medio de la selva para poner velas. Me gasté una pasta con aquella bruja... Era una estafadora. Siempre me ponía excusas. Que si en Azores había otra persona que le estaba haciendo magia a él..., y yo me lo creía todo, hostia, y cómo. Tenía que comprar velas, que comprar pólvora, que comprar la puta que la parió. Me encontraba muy débil psicológicamente y ella se aprovechó de mí. Pero, al final peleé con esa bruja y le dije que me estaba engañando. Desistí.

No podía quedarme en Brasil. Sabía que no iba a conseguir trabajo y pensé: tengo que volver a putear. Y volví a putear. Desde Curitiba llamé al "Atenea" para pedir una plaza. Y en agosto de 2004 regresé de nuevo a España. Sin rumbo. Todo me daba igual. Con mi padre a punto de morir, sin madre, sin casa, sin novio, sin gatos, y volviendo a la prostitución.

De vuelta a España

Salí directamente de Curitiba, vía São Paulo – Madrid, hasta La Coruña. Fui directamente con las maletas para el club. Volver a trabajar en la prostitución fue muy duro para mí, y empecé a beber. Bebía todos los días. Whisky a todas horas.

Trabajé como unos dos meses en el “Atenea”. Ya no era la misma cosa. No se trabajaba igual que antes. Todo a causa del euro. Tampoco me gustaba cómo me estaba tratando el dueño. No me gustó y lo mandé a tomar por culo. En ese club te cobraban por cualquier cosa. Multas a todo momento. Como el trabajo no estaba yendo bien, el dueño quería ganar por cojones y se aprovechaba de las chicas. Una amiga dominicana entonces fue la que me dijo que podíamos ir a trabajar a un club en Lugo. Y le dije: vamos.

Me vine para Lugo a trabajar en el club “Sarai”. Allí encontré un gran apoyo, fue como una familia para mí. Estuve muy a gusto. Me cuidaban mucho. A veces me cogía cada borrachera..., y entonces las chicas me llevaban para la habitación. Yo no conseguía superar mi depresión. Fue mucho. En el “Sarai” trabajaba con cinco chicas. Colombianas y dominicanas. La dueña es Carmen, una uruguaya. Estuve allí tres meses. Al principio, el trabajo era bueno. Pero, después, en invierno disminuyó mucho. El club está al lado de la carretera y algunos días hay una niebla que no ves nada.

Trabajando en el “Sarai” fue que conocí a Edelmiro. Vino una noche con un amigo. Esa noche me invitó a una copa, pero no subimos a la habitación. Él no es un habitual de los clubes. Me encantó, e intercambiamos nuestros números de teléfono. Al día siguiente me llamó. Me preguntó: - ¿Cómo estás? Yo tenía una depresión... - No te pongas así. Salimos a comer juntos. Fue un flechazo. Empezamos a salir todas las semanas y a mantener una relación un poco más seria.

Para él fue muy difícil. Edelmiro me conoció en la peor racha de mi vida. A veces nos peleábamos, pero también era por mi culpa. Yo estaba con muchos problemas y él sufría las consecuencias. Edelmiro vive en una aldea con su madre. Tiene cuarenta y seis años y sigue apegado a la vieja. Cuando empezamos a salir parecía sincero y que me quería de verdad, siempre estaba preocupado por mí. Al cabo de un tiempo, nos fuimos a vivir juntos en un piso que él tiene en Lugo. Habíamos hecho planes de boda y todo... Pero, luego vinieron los problemas. La convivencia no dio resultado. Discutíamos y después pasábamos varios días sin vernos. Yo no

podía soportarlo porque estaba de nuevo muy enamorada, y entonces me fui a trabajar al barrio chino de Lugo. También trabajé un par de semanas en un piso, pero no me gustó el ambiente y además el trabajo estaba muy flojo, así que me volví para el barrio. Allí hay mucho movimiento, pero yo empecé a beber otra vez y a emborracharme. Un día no aguantaba más y me corté las venas. Me llevaron al hospital. Después de curarme, volví a trabajar en el barrio. A Edelmiro no he vuelto a verlo. Me prometió muchas cosas, pero luego no cumplió nada.

Ahora estoy trabajando en un pequeño club de la costa de Lugo. Me hice cuatrocientos veinte euros en cuatro días la semana pasada. No está mal. No es por nada, pero yo me busco bien la vida. En el club la dueña es muy mandona, pero a mí me da igual porque estoy ganando mucho dinero. Aunque, tampoco quiero sólo dinero en mi vida. Busco la felicidad, como cualquier otra persona en este mundo. Y el dinero te ayuda a vivir. El club donde estoy trabajando también está muy cerca de la playa, y eso es maravilloso, me encanta. Las chicas que hay allí están muy paradas, y yo soy muy alegre en mi trabajo. El cliente lo que viene buscando es un buen rollo. Quiere una buena compañía, a veces sólo para hablar con una chica de sus problemas, o para bromear y tomar unas copas juntos. Los clientes no van sólo para follar, como la gente piensa. Son personas y también buscan buena compañía, sentirse a gusto.

La prostitución y la política

Para mí la prostitución es un trabajo como cualquier otro. Lo que pasa es que las personas le dan muchas vueltas al asunto. Me gustaría mucho que fuese legalizada. Cada persona es libre de hacer lo que quiere con su propio cuerpo y con su vida. También estoy a favor de la legalización de las drogas, por lo mismo, porque cada uno es dueño de su vida.

La mayoría de las veces la prostitución es voluntaria. La chica trabaja porque quiere, y el cliente acude porque él quiere. Es como la libertad del que va a buscar una película porno, y la compra, ya está. El que hace la película porno como actor o actriz también lo hace libremente. Lo que pasa es que vivimos en una sociedad super hipócrita. Cierran los ojos ante una realidad que siempre ha existido. La prostitución siempre va a existir, por mucho que prohíban o castiguen siempre va a estar ahí. Todo es conveniencia. El tema de la prostitución está lleno de política. Política y religión, toda esa mierda es la misma cosa. Nunca piensan en nosotras, en las personas que trabajamos en esto. Lo único que hacen es hablar y luego intentar jodernos de alguna manera. Y juzgarnos, por supuesto. Pero, la

prostitución existe de todas las maneras. En los pisos, no sólo en los clubes o en la calle. El problema es la corrupción que existe dentro de la prostitución. Ahí es donde deberían dar caña, y no hacen nada.

Todo depende de cómo utilices el dinero. Es como todo en la vida. Hay gente que invierte bien su dinero y ahorra, y hay quien se lo gasta todo. Pero, eso no sucede sólo en el trabajo de la prostitución. Pasa en todos. Lo que ocurre es que nosotras tenemos la mala fama. La prostitución siempre se asocia a lo peor.

Desde luego, yo estoy en contra de las mafias y del tráfico de personas. Por supuesto. Pero, hoy en día las cosas están cambiando. Si estuviera legalizada la prostitución se lucharía mejor contra las mafias, y también se ayudaría a las mujeres a tener sus contratos y su libertad. Esto favorecería mucho la vida de las personas. Pero, por desgracia, muy poca gente piensa de esta manera. En realidad, lo que hay es mucha hipocresía en la sociedad. La prostituta necesita del cliente, necesita del dinero que le paga el cliente por sus servicios. La prostituta sola no vive. Son muchísimos los hombres que pagan sexo. Entonces, porqué, porqué se trata de cerrar los ojos ante este tema. Y nunca debemos olvidarnos de que la prostitución existe desde los tiempos más antiguos. ¿Quién fue la mujer que en la vía sacra ayudó a Jesucristo, y lo limpió con un pañuelo, y le ayudó durante unos minutos a cargar con la cruz? Fue María Magdalena. Y ella era una prostituta.

Y que no digan que la prostitución deja consecuencias en las mujeres. Eso no es verdad. En mi opinión, tienen que aceptar la prostitución como un trabajo y dejar de darle tantas vueltas. Son muchas las mujeres que se ganan bien la vida con la prostitución, y que no quedan marcadas por eso. Quien sí las señala es la sociedad con su hipocresía. Ese es el punto más negativo de trabajar en la prostitución: el rechazo de la sociedad. Eso sí que causa un trauma en todas nosotras. Cuando los vecinos o un amigo tuyo, se enteran de que trabajas en la prostitución ya nos rechazan, ya nos tratan como si no fuésemos personas. Eres una puta sin vergüenza. Y si encima eres extranjera, mucho peor. Puta y extranjera lo peor de lo peor. Eso sí que nos hace daño.

En vez de ayudar, empeoran todo. Otro problema que tenemos en la prostitución es que se trata de un trabajo físico, como otros trabajos, y por eso tienes una vida limitada en la profesión. Por eso, el problema es que tenemos que intentar sacar el máximo provecho económico durante unos pocos años. Igual que las modelos o los futbolistas. Puedes trabajar sólo durante unos años. Hay un tiempo para la prostitución. Cuando envejeces ya no sirves para este trabajo. No puedes poner un anuncio siendo gorda y

vieja, claro. Por eso, la chica que es consecuente con esta realidad, va a ganar mucho dinero y ahorrar para el futuro.

Con la prostitución yo he conseguido ganar mucho dinero. Ahora ya estoy conforme. Tengo dinero más que suficiente. Por eso, tal vez en un futuro cambie de trabajo. Sólo porque me apetece cambiar. No es que esté descontenta con la prostitución ni nada de eso, sólo que a veces me siento un poco cansada. Aunque, no sé cómo me adaptaré a otro tipo de trabajo. Pero, me siento a gusto en el ambiente. A veces, voy al “Sarai” o al barrio chino sólo para estar con mis amigas, tomar un café y poner un poco de música en la máquina. Yo me voy a ir de la prostitución contenta. He vivido intensamente, y ahora voy a seguir siendo yo misma. Y el ambiente de los clubes no es que sea malo. A mí me gusta. Yo siempre voy a seguir frecuentando esos lugares. En los puticlubes uno puede *estar a vontade*, sentirse a gusto, y nadie se mete contigo. Yo los únicos problemas que he tenido me han sucedido en cafeterías “normales”, ahí sí que los hombres se me quedan mirando y a veces me abordan. A veces, hasta te faltan al respeto. Eso nunca ocurre en un puticlub. Al menos, a mí nunca me ha pasado.

Por eso pienso también que el problema que hay con la prostitución es porque la mayoría somos extranjeras. Es un problema de inmigración. Cuando la policía llega al club y hace una redada, sólo da caña con las extranjeras. Las mujeres españolas que trabajan en la prostitución no tienen ningún problema. Por eso, digo que tal vez sea más una cuestión de inmigración y de política. A mí me da mucha pena cuando viene la policía y cogen a las chicas para deportarlas. Deberían indemnizarlas. No es justo.

A las prostitutas nos critican mucho. Y en otros trabajos también existe sexo buscando alguna ganancia. Una mujer folla con el jefe y consigue mejorar. Y no pasa nada. Pero, si ya es prostituta se monta todo el escándalo y follón posible.

Yo me hice prostituta por el destino, porque no encontré otro trabajo donde ganase suficiente dinero, y también por rebeldía. Y no estoy arrepentida, y lo que quiero aquí dejar muy claro es que tengo el derecho de hacer con mi vida lo que me de la gana, porque yo no hago daño a nadie, ni perjudico a nadie con mi trabajo. Eso quiero dejarlo muy claro.

BRUNA

Una infancia triste

Mi infancia fue difícil y muy triste. Vivía con una tía en Goiânia, y mi madre ya trabajaba en Belem do Pará en la prostitución junto con Isabella. Yo tenía cinco años y estuve entonces viviendo con mi tía unos ocho meses. Ella ya tenía dos niños pequeños, y a mí me maltrataba mucho. Mientras estuve con mi madre yo era una niña muy fuerte, pero, desde que se marchó para Belem adelgacé mucho, tanto que cogí una anemia y me tuvieron que ingresar en el hospital, y estuve allí durante dos meses porque estaba muy delgada y deshidratada.

Era una niña muy inquieta. La razón es que yo no tenía padre. Sólo tenía un abuelo, y podía ver que todas mis amigas tenían padre y yo, sin embargo, no. Sí, yo de pequeña sobre todo recuerdo eso, la falta de mi padre. Sólo vi a mi padre dos o tres veces en mi vida: cuando tenía cuatro años; a los ocho, que él vino a mi cumpleaños y que me trajo una muñeca, y que yo no quise hablar con él, hasta le tiré una piedra al coche...; y la última vez, cuando tenía catorce años y me iba a casar al día siguiente, creo que era el 11 de noviembre de 1994, sí, lo recuerdo perfectamente. Ese día él vino a casa y mi madre le dio la noticia. - Cómo que va a casarse, dijo él. - Pues, sí, es su voluntad y ha tomado la decisión, le contestó mi madre. Ese día sí que me senté con él para hablar. Y le dije todo el daño que me había hecho, por haberme abandonado y por haber abandonado a mi madre. Le pedí que se fuera y le dije que no quería volver a verlo, porque me estaba haciendo sufrir mucho. Fue la última vez que lo vi. Después falleció en el accidente, al cabo de dos años. Fue durante el Carnaval del 96, chocó de frente con un camión. Tal vez, aunque es muy duro decirlo, mi vida comenzó a resurgir a partir de aquel día. Hasta ese momento, todo el trauma que tenía era por causa de mi padre. Para mí, él fue lo peor de mi vida.

Los mejores recuerdos de aquella etapa de mi vida son con mis abuelos, y también con mi madre. Mis abuelos eran personas muy humildes, pero maravillosas. Mi abuelo todavía hoy llora cuando hablo con él por teléfono. Siempre me dice que regrese a Brasil, que él me va a cuidar. Ahora vive con mi madre y con mi hijo.

Mi madre siempre me trató muy bien. Aunque, es una persona muy nerviosa, y también celosa, tal vez debido a todos los problemas de la vida. Mi relación con ella es mejor ahora. Antes era siempre muy exigente

conmigo, nada estaba bien para ella. Pero, hoy en día para mí ella es una madre muy buena.

Un matrimonio difícil

Me casé con catorce años. Conocí a mi marido en el vecindario. Él tenía veintidós años y trabajaba como ayudante de *pedrero*. Salimos durante dos meses. Un día vino un primo a quedarse a vivir en casa de mi madre. Tomaba drogas, y un día me violó dentro de casa. Como yo me quedé con mucha vergüenza por lo que había pasado, después hice el amor con mi novio, como si no hubiese pasado nada. Yo era una cría, no tenía ninguna información acerca del sexo, mi madre nunca me había explicado nada, y pensaba que ya estaba embarazada. Como mi novio habló de la posibilidad de casarnos, enseguida acepté y aproveché la oportunidad. Le conté a mi madre que iba a casarme. Se enfadó mucho, y al principio, me dijo que no, que no me podía casar porque yo era demasiado joven y que iba a destrozarme mi vida. Pero, luego, poco a poco la fui convenciendo, y al cabo de una semana aceptó que pudiera casarme.

Como yo era muy joven, tuvieron que firmar mis padres los trámites del matrimonio. Era muy joven todavía y no estaba preparada para eso. Y enseguida me arrepentí. Me fui a vivir con mi marido. Desde el primer día las cosas comenzaron a cambiar. Todo era muy difícil. Él me amaba mucho, quería una mujer, y yo no tenía ganas de follar. Cuando él propuso el matrimonio le dije que quería. Pero, la verdad, yo no entendía muy bien todavía lo que significaba el matrimonio. No tenía ganas de nada. Y él, al cabo de unos meses comenzó a entender la situación, y un día me dijo que me iba a devolver a casa de mi madre. Pero, yo tenía mucho miedo de regresar a casa de mi madre y tener que contar la verdad. Incluso, una vez me corté las venas de la muñeca. Desde ese día él dejó de acosarme para ir a la cama. Me seguía más la corriente. Pero, un día me quedé embarazada.

Cuando tuve a mi hija mejoraron un poco las cosas. Pero, yo no estaba enamorada de él, ni siquiera me caía bien. Un día, cuando mi hija ya había cumplido dos años, mi suegra empezó a meterse conmigo, y yo le pegué. Desde ese día todo el tiempo eran discusiones. Hasta que una noche, que yo estaba haciendo la cena, él comenzó a decir que el caldo estaba demasiado salado. La situación en casa ya era muy tensa. Él entonces rompió un plato y al romperlo me tiró el caldo caliente en la cara. Me enfadé mucho. Él me pegó en la cara y entonces cogió un cuchillo y le pegué dos puñaladas.

Después de aquello, me fui a vivir otra vez con mi madre. Me quedé sorda durante bastante tiempo. Nos separamos. Pero, a partir de ahí todo fue peor todavía. Yo, con una niña pequeña y en casa de mi madre. Y ella, que nunca había aprobado mi matrimonio.

Probé a trabajar en varios sitios. Cuidaba de una señora. Mi marido no quiso ayudarme nada con mi hija. Los domingos también trabajaba en una feria. También trabajé durante unos meses en una zapatería, pero no aguanté porque me puse muy enferma por culpa de la cola, y tuve que dejarlo. También trabajé un tiempo en una fábrica textil. Muchos trabajos, pero apenas me alcanzaba el salario para sobrevivir. Tenía muchos gastos, también a causa de mi hija. Y a veces iba a comprar y no tenía dinero. Mi madre siempre me recordaba que no debería haberme casado tan joven, y menos todavía quedarme embarazada.

La prostitución: el aprendizaje

Un día una amiga me contó que ganaba dinero trabajando de prostituta. Ella me lo contó como si fuese un secreto. Me dijo: - Bruna, yo trabajo haciendo *programas*. Me contó que algunos hombres te besan, otros te acarician los pechos, el coño, etc. A mí me pareció una cosa desagradable. Me explicó lo que era un preservativo. Yo no había visto nunca un condón, no sabía ni lo que era, porque con mi marido jamás usamos métodos anticonceptivos, él siempre se corría dentro. Me explicó cómo se colocaba y cómo había que hacer para ponérselo a los hombres. Desde que me separé de mi marido yo nunca más había vuelto a tener relaciones con ningún hombre, no me apetecía, no sentía deseos por ningún hombre. De todos modos, decidí acompañar a mi amiga para probar.

Fuimos a un club en Brasilia. Había muchas mujeres trabajando, unas sesenta. Cuando llegué la dueña me trató muy bien, porque yo también era muy joven. Le dije la verdad, que era la primera vez que iba a trabajar en la prostitución, y que tampoco sabía caminar con tacones. Era un club de mucha gente de dinero, abogados, senadores, jueces, etc. Mi primer cliente fue un abogado de sesenta y ocho años. Me dieron una habitación individual para mí sola. Me acuerdo como si fuese hoy. La dueña me cogió de la mano y me llevó hasta la mesa donde estaba el cliente. Yo caminaba muy despacio porque no sabía andar con los tacones. Nada más llegar, la dueña me presentó al señor. Él me colocó inmediatamente su mano en el pecho. Me quedé toda fría. No sabía qué hacer, si quitarle la mano o no. La dueña se dio cuenta de la situación que estaba pasando, y le explicó entonces al cliente que debía tratarme con cuidado, que yo era todavía muy

joven e inexperta, y entonces le cogió la mano y se la quitó de mi pecho. Él dijo que yo era muy bonita. Fuimos a la habitación. Era un viejo muy feo, pero era simpático. Yo nunca había tomado alcohol y aquella noche me tomé un martini bianco y ya me puse borracha. Me trató bien, pero todo salió mal. Yo era muy inexperta, y cada vez que me ponía la mano encima yo se la quitaba y me ponía toda rígida, y entonces él no conseguía empalmarse. Al final, se enfadó conmigo, salió de la habitación y le dijo a la dueña del club que yo no servía para nada, que parecía mentira que yo hubiese estado casada, que no sabía hacer nada de nada. Yo me quedé en la habitación, y vino la dueña y me dijo que después de dos días ese mismo cliente iba a volver y que para entonces yo sería una mujer totalmente nueva, porque tenía que aprender y que ella me iba a enseñar.

A la noche siguiente volví al club y la dueña me dijo que me iba a enseñar. Ella se arregló y se tomó unas copas con un cliente. Me dijo que le acompañase y que observase bien atenta. Al cabo de un rato, se dirigió a la habitación con el cliente, y me dijo que yo hiciese lo mismo. Entramos juntos. Entonces, ella se duchó y duchó al cliente. Después, comenzó a acariciarlo y a besarlo. Y le chupó sin goma. En la habitación había dos camas. Yo observaba. Ella le besaba en la boca, luego le colocó la goma y folló. Me acuerdo también que aquel día ella folló también anal. Después, el cliente salió de la habitación, y ella se quedó allí conmigo. Me dijo que sabía que yo no iba a hacer todo así de bien, pero que tenía que aprender e intentarlo. También me dijo que para ser puta tenía que acariciar, que saber acariciar a un hombre. Me dijo que cuando los clientes vienen al club no están buscando una mujer “muerta”, que se abre de piernas y ya está, sino que buscan mujeres bien calientes, que follen bien.

Después, ella se duchó y las dos regresamos al salón. Y a la noche siguiente me encontré con mi primer cliente. Nos tomamos unas copas. Entonces, él le pagó a la dueña los quinientos reales para una salida conmigo. Ella le dijo que ya iba yo a trabajar bien, que no iba a pasar lo de la otra vez. Yo tenía miedo. Fuimos a un hotel. Cuando llegamos me ofreció una bebida, y le dije que no. También me ofreció comida y no acepté. Me dijo que él podía ayudarme mucho, que la dueña del club ya le había explicado mi situación. Entonces, nos duchamos y luego hicimos el amor. Repetí lo mismo que me había enseñado la dueña del club. Le chupé. Casi me muero... Cuando todo terminó me di cuenta de que no era tan difícil como yo pensaba. Fue muy cariñoso conmigo y llegué hasta correrme con él. Luego me dijo que volvería por mí al club.

Tardó unas dos semanas. Pero, volvió. Durante ese tiempo yo seguí trabajando en el club con normalidad. Poco a poco me fui adaptando al

trabajo, y ya no tenía ningún problema. Iba al club los jueves, viernes, sábados y domingos. Se trabajaba todo el tiempo, lo que aguantase cada una. Aquel hombre venía todos los días a verme. Pagaba como cualquier otro cliente, pero empezamos a tener una relación. Cuando llegaba, si yo estaba ocupada, esperaba en el salón. A veces se le acercaban otras chicas, pero él nunca aceptaba su compañía. Unas veces nos quedábamos en el club, y otras pagaba una salida y nos marchábamos por ahí.

Después de un año, me dijo que no quería que yo siguiese trabajando en el club, que él nos ayudaría a mí y a mi hija. Acepté. Fuimos a Goiânia y allí alquilamos una casa. La casa era de mi madre. Vivimos juntos durante nueve meses. Él trabajaba mucho y tenía que viajar con frecuencia, pero los fines de semana siempre los pasaba conmigo. Todo iba bien. Un día me contó que era casado. Yo no lo sabía, me había dicho que era divorciado. Pero, su mujer lo descubrió y un día llamó por teléfono. Cuando cogí el teléfono, me preguntó quién era. Le contesté que era su mujer. Yo no sabía quién era ella, me explicó que llamaba de una tienda y que necesitaba nuestra dirección para un envío. Yo se la di. Eso fue un miércoles. Le dije que mi marido no regresaría a casa hasta el viernes. Y ella se presentó en casa el viernes por la tarde. Márcio salió en calzoncillos, pensando que era mi madre. Cuando se dio cuenta de que era su esposa al verla a través de la ventana, se puso todo nervioso y fue a vestirse a toda prisa. Ella insistía llamando a la puerta. Cuando al final le abrí, me dijo que era su mujer. Le mandé pasear y los dejé a los dos en la sala para que hablasen, y me fui para la habitación. Gracias a Dios, mi hija no estaba en casa.

Ella le decía que porqué la había engañado así. Él le explicaba que no quería perderme. Les escuchaba a los dos porque dejé la puerta abierta. Ella se portó muy bien, fue una mujer muy correcta y educada, y no montó ningún escándalo. Luego hasta me pidió disculpas por haber venido a mi casa. También me dijo que yo era joven y bonita, y que él no me merecía, que ella ya había perdido más de veinte años con él, y que yo no debía hacer lo mismo. Era una mujer muy elegante. Cuando se marchó de nuestra casa le dije a Márcio que ya no quería seguir más tiempo con él. Recogí mis cosas, dejé a mi hija con mi madre, y me marché de nuevo para Brasilia.

En Brasilia me fui para otro club. Un club que tiene una tía mía. Yo entonces ya tenía experiencia. Allí los clientes eran más humildes, obreros y así. Pero, se trabajaba muy bien. Vivía en casa con mi tía. Al segundo día de estar en ese club, conocí a un cliente. Era lo mejor que había allí. Era funcionario público y tenía treinta y seis años. Iba al club, pero sólo para beber, no se acostaba con las chicas. Era amigo de mi tía y también de mi

marido. Tomaban unas copas juntos y después se marchaba. Ese día llegó al club. Yo entonces era delgada y tenía el cabello largo hasta la cintura. Mi tía habló con él y le dijo que yo estaba recién separada de mi marido, que era una buena chica y que también era muy apasionada. Él se presentó: - Mi nombre es Sydney. - Yo me llamo Bruna. Normal, unos besitos. Me preguntó si tomaba alguna cosa. Le dije que sí, que un Campary. Y nos fuimos para una mesa a conversar los cuatro: él, mi tía, su marido y yo. Fue algo especial. Le pregunté si podía tomarme otro Campary, y me contestó que podía beber todo lo que quisiese. Fue divertido. Tenía la sensación de como si lo conociese de antes, como si fuésemos amigos. Era un hombre guapo y muy simpático. Entonces, me preguntó si podía dormir conmigo, que cuánto cobraba. Le dije que quinientos reales. Y nos fuimos a la habitación. El marido de mi tía se rió y le dijo: - Vaya, vaya, por fin vamos a conocer el tamaño de tu polla. Tanto mi tía como él se quedaron muy sorprendidos porque nunca antes había pagado a una chica para acostarse con ella en el club.

Me enamoré perdidamente. Creo que también fue por mi propia carencia afectiva. Me enamoré demasiado. Él también se enamoró de mí. Después de tres meses de estar juntos, fuimos juntos a Goiânia para que conociese a mi hija y a mi madre. Cuando llegamos a Goiânia, mi madre vino a recogernos a la *rodoviária*. Toda la familia quedó encantada con él, mi madre, mi hermana, todos. No tenía ni idea de lo que él estaba pensando, pero ya había comprado las alianzas y todo. Lo tenía todo pensado. Había venido a casa de mi madre para pedirle que me dejase ir a vivir con él. Mi madre aceptó. Le dijo que era cosa de mi voluntad.

El domingo hicimos una comida en casa de mi madre. Vino toda la familia y también unas amigas. Allí mismo, delante de todo el mundo, él se levantó y me colocó en el dedo una alianza. Me dijo que siempre íbamos a estar juntos. Casi me muero en aquel instante. Fue muy lindo. Todos nos sentíamos felices, y yo la que más. No podía creérmelo, era como un sueño. Después de eso regresamos a Brasilia. Allí teníamos una casa toda arreglada para nosotros. Todo perfecto y muy bonito. Y de nuevo comencé con aquella vida de casados.

Él salía a trabajar por las mañanas. Regresaba para comer el almuerzo. Después volvía al trabajo y regresaba a casa a las siete de la tarde. Yo mientras tanto cuidaba de mi hija y de la casa. La vida era maravillosa. No me faltaba de nada. Me compraba muchos regalos, ropa, etc. Al cabo de un año de vivir juntos, él financió un apartamento. Dio una entrada y me lo regaló. Nunca tuvimos una discusión. Mi hija le llamaba papá, y él la trataba muy bien.

Vivimos así durante tres años. Felices. Él tenía un hijo, pero no era suyo, era de su ex mujer con otro hombre. Desde que vivía conmigo no había vuelto a visitar al niño. Me decía que aquella mujer no vivía en Brasilia. Pero, un día esa mujer descubrió donde vivíamos y vino a nuestra casa. Cuando le abrí la puerta, se me echó encima y me agredió. Nos peleamos allí mismo, y acabamos las dos en comisaría, ella toda *machucada*. Cuando sucedió esto, él no estaba en casa. Fue entonces cuando comenzaron los problemas. Ella comenzó a llamar por teléfono a casa y me amenazaba. A consecuencia de la pelea que tuvimos perdió la visión del ojo izquierdo, y tuve un proceso por eso. Ella no me dejaba vivir en paz. Fue horrible. Con el proceso judicial al final no pasó nada porque ella había sido la persona que me había agredido. Pero, ella se acercaba a casa y yo tenía miedo. Entonces, le dije a mi marido que no aguantaba más aquella situación, que me sentía como un animal enjaulado. Él no quería perderme. Pero, su mujer llamaba por teléfono todos los días, y yo ya ni siquiera podía salir tranquila a la calle con mi hija. Fue por todo eso que resolví dejarle.

Me fui para casa de mi madre en Goiânia. Le seguía queriendo, pero también sabía que aquella vida no se podía resistir. Al cabo de quince días, Sydney se suicidó. Se ahorcó en un árbol con una cuerda. Lo hizo de la misma forma que antes lo hicieron también su padre y su hermano. Es como algo hereditario. Un hermano de Sydney fue quien llamó a mi madre para darme la noticia. Yo durante aquellos días estaba en Parauba, una pequeña ciudad del interior, con una tía mía. Me había marchado para olvidarle. Cuando llegó mi madre a Parauba sólo me dijo que tenía que acompañarle a causa de un negocio. Al llegar a Goiânia me contó la verdad. Fue espantoso. La policía y toda su familia estaban esperando por mí para poder liberar el cuerpo, y tuve que enfrentarme a eso. Ver allí al hombre que amé, con el que compartí mi vida, colgado de un árbol... Estaban esperando por mí porque yo tenía todos sus documentos.

Después nos fuimos a la delegación de policía. Yo lo cuidé en sus últimos momentos, lo limpié, le compré la caja en la funeraria, todo. Su familia denunció a su ex mujer. Y desde entonces todo ha sido una confusión. Su familia siempre me ha tratado bien, son buena gente, pero sé que no van a dejar las cosas así. Con certeza, que van a vengarse de esa mujer por todo lo que ha ocurrido por su culpa.

La prostitución: en España

Después de todo eso, decidí definitivamente viajar a España. Tomé esa decisión porque quería olvidar todo lo que había pasado, quería marcharme a un lugar lo más lejos posible. Entonces, mi tía Isabella me dijo que España no era las mil maravillas, pero que si lo que yo estaba buscando era una vida diferente, podría ser la mejor opción. Isabella me explicó que los hombres españoles son arrogantes, sucios, que no les gusta ducharse, prepotentes y presumidos, aunque también hay hombres buenos que saben cuidar a una mujer y darle cariño. Me dijo que no iba a ser fácil, y que lo difícil no sería enfrentarse a los hombres, que eso se aprende rápido, que lo complicado y el mayor problema que me encontraría en España sería la policía.

Le pregunté cómo era. Tenía la curiosidad de saber si un español folla como un brasileño. Isabella me contó que la mayoría de los españoles no sabían follar como los brasileños, aunque algunos a veces se salvaban. Lo que más me llamó la atención fue cuando me contó que en España en las habitaciones no había duchas y que la gente no tiene la costumbre de ducharse antes y después de tener una relación, como ocurre normalmente en Brasil. Isabella ya conocía todas estas cosas porque ella trabajaba en la prostitución en un club en Santiago desde hacía ya varios años.

Pensé si sería eso lo mejor para mí. Tenía miedo. Pensaba en que tendría que dejar a mi hija, a mi familia. También en cómo resultaría el relacionarme con los hombres en España. Todas estas cosas pasaban por mi cabeza. Pero, al mismo tiempo era consciente de que permaneciendo en Brasil no arreglaba nada. Así que decidí enfrentarme a una nueva experiencia. Y tomé la decisión de venir a España.

Primero de todo, fui a la consulta de mi ginecólogo, porque llevaba un tratamiento a causa de mi problema de salud: durante los últimos cuatro años no me había bajado la regla, y eso también me provocaba muchos dolores de cabeza. Desde que tenía once años me consultaba con el mismo ginecólogo. Él conocía toda mi vida. Le conté que estaba yendo para España a trabajar en la prostitución. Me aconsejó que tuviese cuidado, que utilizase una pomada y por supuesto, siempre el preservativo, y que siguiese el tratamiento.

Tuve que esperar durante tres meses, porque la policía dejó de hacer pasaportes en ese tiempo. Después, al fin, tramité mi pasaporte. Luego, tuve que ir a Goiânia para presentar unos documentos. Volví a Brasilia y cogí mi pasaporte, aproveché también para hacer toda la *papelada* de unas

tierras que le dejé a mi tía para que las cuidase. Fui de nuevo a Goiânia para recoger mi certificado de antecedentes penales, que me pedían para poder entrar en España, y compré ropa. También me puse extensiones en el cabello. Lo hice porque me dijeron que a los españoles no les gustan las mujeres con el cabello corto. Cosas de Isabella... Guardé todas mis joyas en una caja de seguridad en el banco, porque no me fiaba de mi madre, que por su casa pasa mucha gente... Me quedaban unos treinta días, porque tenía previsto viajar en agosto de 2004. Pero, un amigo me encontró un pasaje muy barato, por mil setecientos euros, y tenía que salir en tres días. No podía esperar al mes de agosto. Y así fue como me vine en julio. Era muy poco tiempo. El dinero del viaje me lo prestó mi abuelo. A mi familia ya les había contado mis planes para viajar a España. Mi madre quería vender su coche, un Opel Vectra, que había conseguido comprar con el dinero que consiguió trabajando en España. Mi madre me ofrecía el dinero y no me cobraba intereses. Pero, a mí me parecía muy injusto, y preferí que fuese mi abuelo quien me lo prestase. Pactamos un 6 % de interés. Mi padrino también me dejaba dinero, pero me cobraba un interés del 18 %.

Mi madre estuvo en España tres veces: en 1993, en 1997 y en 2004. La última vez vino también con mi hermana. Pero, mi hermana no se adaptó con los españoles y a las dos semanas regresó a Brasil. Mi madre, en cambio, se quedó durante siete meses. Fue ella quien me explicó que yo había agotado otras posibilidades, y que entonces la opción de venir a España sería la mejor para mí. Me dijo que tuviese mucho cuidado con las enfermedades, que había mucho sida, y que tomase cuidado con envolverme con las drogas. En España es más fácil mezclarse con las drogas. Trabajando en un club aquí te ofrecen droga a todas horas. Eso no pasa en Brasil, allí tienes que tener mucho dinero y sólo los delincuentes pueden comprar droga. Mi madre también me dijo que en este trabajo no hay amigas, que una tiene una amiga mientras ella gana más dinero, pero que si tú eres la que empieza a ganar más dinero ya deja de ser tu amiga.

Además del pasaje, Isabella me prestó mil dólares para pasar en la frontera. También me traje mil reales, porque si te devuelven en Madrid y te deportan, ellos te dejan en cualquier sitio, donde coincida el vuelo, puede ser São Paulo o cualquier otra ciudad, y entonces necesitas dinero para coger otro vuelo en Brasil o para coger un autobús. Como ellos no tienen la obligación de llevarte hasta tu ciudad de origen, te dejan donde tienen vuelo.

El 14 de julio de 2004 viajé a España. Fui de Goiânia a São Paulo y de São Paulo a Madrid. La noche anterior al viaje no dormí nada. Pasé la noche abrazada a mi hija. Durante el viaje en el avión tampoco conseguí dormir.

Viajé junto con mi prima Sandra. Pensaba que tal vez estaba haciendo algo equivocado. Quería y no quería. Tenía miedo a las cosas diferentes, a la comida, al idioma, etc. La cabeza en momentos así piensa mil cosas. Pensaba en si conseguiría trabajar bien y si pagaría el billete rápido. Sandra me explicó que si en el aeropuerto me preguntaban la policía les dijese que era su sobrina y que venía de vacaciones. Cuando llegué había más policías que personas. A Sandra y a mí nos separaron. Me pidieron el pasaporte y me preguntaron si tenía reserva en el hotel. Yo respondí que no, que iba a casa de mi tía. Ellos me hicieron más preguntas. Un policía me preguntó si venía para trabajar en la prostitución. Le dije que no, que tuviese respeto, que sólo venía con mi tía a descansar un poco después de haber perdido a mi marido. Estábamos allí una fila de unas cuarenta mujeres. A algunas las llevaron a otra sala para deportarlas. Lloraban. Yo tuve suerte, y me mandaron seguir. Al salir me encontré con mi prima Sandra. Me habían dicho que en España hace mucho frío, pero allí en Madrid sólo hacía calor.

El marido de Sandra nos estaba esperando. Viajamos en coche directamente hasta Lugo. El primer español que vi, después del marido de Sandra, fue Ramiro, el dueño del club. Isabella me había contado que era un club pequeño, un chiringuito, que Ramiro era un hombre bueno, y que allí se trabajaba bien. Yo dije: bueno, vamos a ver.

Al día siguiente ya comencé a trabajar. Ramiro nos vino a recoger a Isabella y a mí. Cuando llegué al club, dije: Dios mío, aquí no voy a ganar ni para sal. Me pareció muy pequeño. Isabella se arregló. Aquella noche no entró un solo hombre hasta las dos de la madrugada. Yo ya estaba toda decepcionada, y de repente, comenzaron a entrar. Un montón de hombres, parecía que hubiese llegado un autobús. Ramiro se me quedó mirando y yo le pregunté que cómo tenía que hacer. Me dijo: - Es muy sencillo, tienes que acercarte y decir hola, él luego ya sigue la conversación. Parecía muy fácil. El primero con el que hablé me preguntó: - ¿Haces el griego? Y yo le respondí: - No, soy brasilera. Me habían explicado todo lo del rollo de papel, el condón ya sabía colocarlo perfectamente, pero lo de la sábana no conseguía entenderlo de ninguna manera. Fue divertido. El cliente me dijo que se iba a hacer una paja y yo no lo entendía. En Brasil paja es una *punheta*. Luego, me dijo que se iba a correr encima de mi pierna. Entendí que quería que saliese de la habitación, y me marché. El hombre se enfadó todo. Después, Ramiro, que no paraba de reírse con eso, me explicó que “correrse” era *gozar*, que no era marcharse como había entendido yo. Ramiro se moría de risa.

Aquella noche me hice ciento sesenta y ocho euros en tres pases y dos copas. Al principio, tenía miedo, no sabía cómo iba a salir todo aquello,

sobre todo el problema del idioma. Pero, al final de la noche cuando ves el dinero... En el club había colombianas, brasileras, rumanas y una española. Todas se presentaron y me trataron muy bien. Muchas eran “profesoras”, todas mujeres con mucha experiencia... Ramiro también me trató muy bien. Me cayó muy simpático, siempre haciendo bromas con la gente y de buen humor.

A partir de aquel día Ramiro nos venía a recoger a mi tía Isabella y a mí al piso en Lugo y nos llevaba al club. La primera noche fue buena, pero después el sábado y el domingo no hice nada. Luego, el lunes me hice un pase, y a partir de ahí comencé a trabajar mejor. Me quedé en el club de Ramiro durante un mes y diez días. Después, Isabella, que siempre se está moviendo, me llamó para hacer una plaza en Santiago, en un club a las afueras cerca de la carretera. Era un club nuevo, que acababan de inaugurar hacía apenas una semana, aunque el dueño también ya tiene otros clubes. Isabella había llamado antes, pero no tenían plaza y tuvo que esperar. Al final, nos aceptaron a las dos. El dueño del club nos fue a recoger a la estación de autobuses. Un hombre muy educado. El club muy bonito, había unas sesenta mujeres trabajando: rumanas, colombianas, brasileras, rusas, de todas partes excepto africanas. Al dueño no le gustan las africanas porque ya tuvo antes africanas en el primer club que abrió, y en una pelea que tuvieron le destrozaron el local. Por eso a él no le gustan las africanas y no las quiere en ninguno de sus clubes.

Yo no soy racista con las africanas. Pero, por curiosidad ¿has visto comer alguna vez a una africana? Ellas comen muchísimo, sobre todo carne. Debe ser porque en sus países no pueden comer y cuando vienen aquí abusan y comen todo. Por ejemplo, Jessica, la africana que trabaja en el club de Ramiro, come platos y platos de carne y ensalada. Sólo le gusta la carne, no come arroz ni alubias, y come con voracidad, da miedo verla. Yo no tengo nada que reclamarle, es una buena chica, cariñosa y todo, pero la verdad es que cuando ella llegó al club y yo estaba trabajando en la cocina, tuve que doblar la ración. Un día que Ramiro trajo unas cajas de fruta, con manzanas y peras, y las dejó en la cocina, cuando yo llegué lo que quedaba se podía contar. Se lo había comido todo Jessica. Luego, cuando vino Ramiro me preguntó que si había tirado la fruta. Entonces, nos dimos cuenta de que había sido Jessica, que se lo había comido todo. Ramiro empezó a cagarse en Dios, todo cabreado. Y el agua. Jessica también bebe cantidades y cantidades de agua. Como Ramiro no conseguía comprar agua para ella, desde hace tiempo le llena las botellas con agua del grifo, porque sino no da. Jessica mete el agua en la nevera, y las otras chicas no cogen nunca de la suya, porque todas saben que el agua de Jessica es del grifo. Todas lo saben menos ella. Durante el día se bebe unas cinco botellas, y por la noche

siete u ocho botellas más. Las africanas son muy buenas chicas, pero cuando están solas. Si en un club hay una africana todo va bien, maravilla, no hay problemas. Pero, si ya se juntan dos africanas, entonces todo son problemas y peleas. Como lo que pasó en el club cuando vino Sonia, la otra africana. Una noche vino un cliente que ya Ramiro tuvo que echar otras veces porque se toma unas copas, después se hace el borracho o el loco y se marcha. Ese cliente vino un viernes al club y tampoco quería pagar. Entonces, el camarero se enfrentó a él y comenzaron a pelear. Y se metieron también las chicas, y en medio del barullo, una dominicana que estaba borracha, se agarró con Sonia. Después, cuando Ramiro y Paula consiguieron separarlas y echar al cliente, Sonia se fue hacia la entrada y le dio un gran puñetazo al espejo. Se hirió la mano y rompió el espejo, y al final vino la Guardia Civil al club. Todo fue una confusión. Las brasileras entonces se escaparon y se fueron a esconder al monte. Luciene se escondió detrás de un árbol, y el guardia le decía: - Ya te he visto, puedes salir. Y las cogieron a las dos. Luego, no sé exactamente lo que pasó. Les pidieron los pasaportes. Daniela dio todos los datos equivocados, la dirección, el número de pasaporte, todo. A Luciene no sé si al final le dieron la carta de expulsión o qué fue lo que pasó. Después de todo aquello, Ramiro le dijo a Sonia que no quería volver a verla más por el club. Pero, quién sabe, Ramiro siempre dice las cosas así cuando está nervioso y luego perdona a todo el mundo.

En el club de Santiago no pagábamos la plaza. Un pase de treinta minutos costaba cincuenta euros (diez euros para la casa); una hora ciento treinta euros (veinticinco para la casa); y una salida cuatrocientos cincuenta euros lo mínimo (sesenta para la casa de lunes a jueves, y ochenta los fines de semana). La barra era libre, podías beber todo lo que quisieras, hasta caer. Había muchos hombres y trabajé muy bien allí. La mayoría de las chicas trabajaban bien. Lo mínimo que yo hacía eran cuatro pases diarios. Había muchas brasileras y rumanas. El ambiente era bueno, y el dueño era buena gente, mucho más responsable que Ramiro, si dice una cosa se cumple, no se desdice a la hora siguiente como siempre hace Ramiro. El club funcionaba como un hotel, con su recepción, y cada una de las chicas que trabajábamos allí teníamos que dejar una fotocopia del pasaporte. Estuve allí durante veintiún días, lo que duró la plaza. Si la chica se marcha antes de que termine la plaza tiene que pagar luego una multa de trescientos euros si quiere volver al club. Si no pagas esa cantidad y después pides otra plaza en el club, ellos no te aceptan. Así que tienes dos opciones: pagas o no pagas, pero entonces no vuelves más.

Allí fue donde descubrí que estaba embarazada. El dueño del club me llevó a un médico particular y me pagó la consulta y el examen. No me cobró

nada, y me ofreció su ayuda. Me dijo que podía quedarme y tener el niño, descansar todo el tiempo que quisiese, y después ya podría trabajar. Pero, era un compromiso de dos años y me dio miedo. Incluso hablé con su abogado, pero como no sabes nunca si vas a trabajar o cómo van a ir las cosas, no acepté la oferta. Le dije que se lo agradecía, pero que iba a regresar a Lugo.

Pero, no volví para Lugo. Isabella me dijo que podíamos hacer otra plaza, y nos fuimos a otro club cerca de Santiago. Cogimos un taxi y nos fuimos las dos para “Los Sueños”. Sólo nos quedamos ocho días. Era un local pequeño y había unas treinta mujeres. Como el trabajo no estaba bien, decidimos marcharnos. Una chica nos habló de que había un club en Burela donde se trabajaba muy bien. Su amigo nos recogió por la noche, después de trabajar, cuando cerró el club, y nos llevó en su coche hasta Burela. En “El Toques” la encargada era africana. Los dueños del club estaban en la cárcel y ella era la encargada. Cuando llegamos y vi allí a la africana ya me quedé un tanto desconfiada. En el club había que pagar una diaria de seis euros, y además teníamos que pagar la comida y cocinar. La africana no sabía hacer nada. La primera noche trabajé bien. Nos quedamos allí unos doce días.

La tercera noche de estar en “El Toques” fue cuando tuve mi primera experiencia con un trío. Me tocó pasar con la chica que había venido con nosotras, que era española. Una mujer ya de edad, fuerte, pero con mucha experiencia. Ella estaba charlando en la barra con un cliente y me llamó. Me dijo: - Bruna, él quiere pasar con las dos. - Pero, yo no sé hacer eso. - No necesitas preocuparte, yo hago todo. Entonces, el cliente nos invitó a unas copas y luego ya subimos a la habitación. Ella me dijo que lo lavase. Lo lavé bien. Ahí ella fue y se lavó también. Le pregunté que cómo íbamos a hacer, ya me estaba arrepintiéndome. Tenía miedo. Me dijo que yo tenía que follar con él, porque ella era más pesada, y entonces ella haría todo mientras yo follaba. Antes le chupó, y después me colocó en la cama y también me chupó a mí, mientras el cliente me pasaba las manos por los pechos. Luego le coloqué el condón y me puse de cuatro patas hacia él. Comenzamos a follar. Ella también lo acariciaba y le besaba. Entonces, como él no se corría, ella cogió un vibrador y se lo metió. No tardó ni dos minutos en correrse. Después, le saqué el condón y le volví a lavar. Bajamos juntos a la barra y nos invitó a las dos de nuevo. Luego se marchó. Para mí fue algo diferente. Cuando ella cogió el vibrador me quedé un poco desconfiada. Aquel hombre era de buena apariencia, y no sabía si iba a aceptar aquello, o si tal vez se iba a enfadar. Pero, no, al contrario, Dios mío, y cómo disfrutó... Mientras estábamos follando y al colocarle el vibrador, no dejó de gritar hasta que se corrió. También me dio un poco de

vergüenza. Supongo que es lo normal al ser la primera vez. Cuando el cliente se marchó, Tania me dijo que yo había estado muy nerviosa. Le contesté que claro, porque nunca lo había hecho. Y ella me dijo que cuando entrase en la habitación con un cliente yo tenía que saber, tenía que intuir las cosas que a ese cliente le podrían gustar. Si a un cliente le gusta que le chupen o no, y todas esas cosas, porque es muy importante darse cuenta de todos esos detalles para que los hombres queden satisfechos y vuelvan.

Seguimos trabajando en el club. Sólo estábamos seis chicas, porque era un sitio muy pequeño y tenía sólo cinco habitaciones. Pero, nunca dejamos de trabajar un solo día, tanto Isabella como yo. Una noche llegaron unos marineros. Los marineros cuando vienen siempre traen mucho dinero, invitan a las chicas y no miran lo que gastan. Esa noche conocí a José, uno de los marineros. Me invitó a un montón de copas, bailamos y conversamos durante mucho rato. Cuando dieron las cuatro de la madrugada le dije que fuésemos a la habitación, y me contestó que no, que a él sólo le gustaba invitar a las chicas a copas y que no subía a la habitación. Y entonces me presentó a un amigo, un negro portugués que se llamaba Antonio. Subimos a la habitación. Me pagó media hora y me dio ochenta euros. Cuando entramos, me preguntó: - Bruna, si te doy cien euros me haces una cosa... - No, yo no hago el griego con nadie - No es el griego lo que yo quiero, lo que quiero pedirte es que seas tú la que me folles. Entonces, me quedé toda sorprendida y no sabía lo que hacer. - Pero, aquí no tengo ningún vibrador. Tengo que ir abajo a pedirle a Marta en la barra, que ella seguro que tiene algo. - No, por favor, no vayas a buscar nada abajo. Me da vergüenza, que allí están todos mis amigos. En ese momento me quedé toda pensativa. No tenía nada. Y me di cuenta de repente que sólo tenía una vela. Sí, la vela que le coloco al ángel de la guarda todos los lunes de la semana a las seis de la tarde. Hago eso desde que era una niña, es una costumbre que me inculcó mi abuela. La mayoría de las brasileras saben de estas cosas. Entonces, dije: - ¡La vela del ángel de la guarda! La cogí, le coloqué un condón y se la metí al negro por el culo. Le gustó mucho. No tardó nada. Fue gritar y ya se corrió. Después de lavarlo, le pregunté: - Con una polla así, ¿tú no follas? - No, a mí no me gusta mucho follar, ya me acostumbré así. Pero, sólo cuando voy al club, en casa follo con normalidad, ni se me pasa por la cabeza... Después, bajamos al salón y estuvimos de juerga hasta las siete de la mañana. José y Antonio, los dos conmigo, pagándome copas toda la noche.

Me marché de “El Toques” y volví al club de Ramiro. Tenía ganas de volver, porque allí me sentía más segura. A pesar de algunas cosas, me sentía bien en ese club. Regresamos juntas Isabella y yo. Pero, sólo estuvimos dos semanas, porque después llegaron muchas chicas nuevas y el

trabajo estaba mal. Fue por eso que decidimos cambiar de club. Ramiro nos recomendó que fuésemos al “Bora bora” en la costa de Lugo, porque Aurora, la dueña del club, es amiga de Ramiro.

El hijo de Aurora, la chilena, nos vino a recoger a Lugo. Cuando llegamos el club nos pareció precioso, grande, con una barra muy bonita, mesa de billar, reservado, sala de “streaptease”, etc. Había una cocinera dominicana, que también trabajaba con nosotras en el salón durante la noche. Estaban dos brasileras, Ana y Vanesa, y también Diana, una rumana que comía vasos. Diana era muy nerviosa, y no permitía que las demás le quitasen a “sus clientes”. Si llegaba un cliente que ella consideraba suyo y se acercaba a cualquier otra chica, ya venía hecha una furia y no dejaba tomar la copa. Entonces, cogía un vaso y lo rompía con los dientes, y se lo tragaba. Yo, la primera vez que la vi me acerqué para ver si de verdad se tragaba el vaso. Y sí, se lo comía. Los clientes a veces le tenían miedo y se marchaban. Estuve en el “Bora bora” diez días. Todas trabajábamos allí, a pesar de la rumana. Yo me hacía uno o dos pases diarios. Me lo tomaba con tranquilidad, y aproveché también para pasar unas vacaciones. Íbamos a la playa por la tarde y a veces también, cuando la gente estaba un poco borracha, íbamos después de que cerraba el club.

Allí conocí a un checo en la playa. Apenas conseguíamos entendernos. Me preguntó mi nombre verdadero. Le dije que era Bruna. Salimos. Tomamos unas copas juntos. Luego, me dijo que se iba al hotel a ducharse y que volvería para ir a follar conmigo en el club. Y vino. Me pagó una copa en la barra y después una hora y media en la habitación. Todo salió bien. Follamos dos veces. Al día siguiente nos encontramos otra vez en la playa. Él estaba de vacaciones. Me contó que era camionero y que estaba casado. Esa noche también volvió al club y estuvimos juntos. Fue la última noche, porque él ya se marchaba al día siguiente. Todo lo bueno dura poco. Me dio su número de teléfono antes de partir. Yo le di la dirección del club de Ramiro, porque no tenía móvil todavía. Mis romances son de dos días, no duran más...

Después, Ramiro nos vino a recoger a Isabella y a mí. Nos trajo para Lugo y volví a trabajar en “El Rayo de Luna”. Estuve veinte días y quise cambiar otra vez. Me fui a “Las Villas”. Una amiga me dijo que allí se trabajaba muy bien. La verdad, yo quería ir a otro club, al “Don Mendo”, porque una amiga brasilera que estaba entonces en León me habló muy bien de él. Yo ya había escuchado a más chicas hablar del “Don Mendo”. Pero, cuando se lo comenté a Ramiro me dijo que no fuese allí, que la dueña trataba muy mal a las chicas y también que la comida era pésima. Al final, terminé sabiendo que la Bianca, una brasilera con la que Isabella había tenido ya

problemas y que a mí tampoco me gustaba, estaba allí en el “Don Mendo”. Y decidí no ir.

Me marché para “Las Villas”. Un club muy pequeño y muy frío. Los clientes todos hombres de mucha edad, muy pesados y que no les gusta usar el condón. La dueña siempre dice que todos los clientes son buenos, que ayudan a las chicas, que las llevan a pasear y les regalan joyas. Pero no, no me convenció. Sólo me quedé allí dos días. Para mí fue la peor decepción desde que estoy aquí trabajando en España. En dos noches sólo me hice ocho copas y tres pases.

La primera noche que estuve allí llegó Ramiro con un amigo. Ramiro iba al club porque estaba *namorando* con Fernanda, que trabajaba en “Las Villas”. Me dijo que su amigo era un buen cliente, pero que le gustaba hacerlo sin condón. Yo le dije, vale. Me acerqué a él en la barra.

- Hola cariño, ¿qué tal estás?
- Estoy bien, gracias.
- ¿Estás solo? ¿No quieres compañía?
- Sí, me encantaría tu compañía.
- ¿Cómo es tu nombre?
- José ¿Y el tuyo?
- Bruna
- ¿De dónde vienes?
- Directa de Brasil para “Las Villas”.
- Pero ¿no has estado antes en otros clubes?
- No, este es el primero. He venido a este club y me voy a quedar aquí para vivir.
- Yo paso por aquí casi todos los días. Si tú te portas bien conmigo...
- Claro. Yo me voy a portar muy bien contigo.
- Yo soy soltero.
- Yo soy viuda.
- ¿Mataste a tu marido?
- Sí, lo maté para venir a España. Quería venir aquí para follar con un español.
- ¿Y por qué tenías tantas ganas de follar con un español?
- Si tú me invitas a otra copa, yo te lo cuento.
- Mis amigas me han dicho que los españoles tienen una polla muy *gostosa*, maravillosa.
- Si tú quieres pasarlo bien con un español, yo tengo mucho amor para darte.
- Sí, me encantaría.

- Pero, tú eres muy guapa. No quiero follar contigo, quiero hacerte el amor.
- ¿Y cómo se hace el amor con un español?
- Mira, cariño, el amor con un español se hace así, sin condón...
- Ah! Sí, me encanta.

Y estuvimos así, de cachondeo, charlando en la barra. Me invitó a cinco copas, whisky con red bull. A ratos le pasaba la mano por la polla y él se ponía todo loco. Cuando ya estaba totalmente convencido de que íbamos a hacer el amor sin condón, le dije que me disculpase, que tenía que ir un momento al servicio, y entonces aproveché para marcharme. Salí, llamé un taxi. Volví a la barra y le di un beso en la boca para entretenerlo un poco. Y cuando llegó el taxi me fui. Después, me contaron que fue a buscarme al servicio. Se pensaba aquel sapo feo que yo iba a follar con él sin condón...

Al día siguiente nos llamó la dueña del club. Yo no quería volver. Pero, la dueña me ofreció trabajar en el reservado. Y esa segunda noche la pasé allí en el reservado. Pero, no aguanté más. Todos viejos y queriendo follar sin condón. Para quien tenga coraje es un buen sitio para trabajar. Algunas chicas, como Fernanda, ganan allí más de mil doscientos euros por semana. Sandra en un solo sábado ganó ochocientos euros. Se pasaba el tiempo entero subiendo y bajando, subiendo y bajando. A mí no me gustaba.

El piso de contactos

Luego volví para “El Rayo de Luna”. Como el dinero que ganaba en el club no me parecía suficiente, pensé que era la oportunidad para probar a trabajar en un piso. Fue Fernanda quien me ofreció ir a su piso. Me despertaba sobre las doce y ya comenzaba a trabajar. Estaba en el piso hasta que luego venía Ramiro a buscarme para ir al club. Trabajé con Fernanda un mes más o menos. Trabajábamos las dos, pero no había muchos clientes, y los que venían echaban un polvo rápido y listo. Colocamos anuncios en el periódico. Pero, llamaban poco. Fernanda se encargaba de todo. Yo le daba treinta euros para el anuncio durante toda la semana, y ya lo hacía todo ella. Nunca miré siquiera el periódico.

Después dejé de trabajar en el piso, y seguí trabajando sólo en el club. En aquella época estaban Jessica, Marta, Isabella, Sandra, Bianca, Miki y Andrea. El trabajo estaba muy flojo, y yo no me daba nada bien con Bianca. Ella siempre quería ser la más inteligente, la mejor de todas. Por eso. Bianca empezó a trabajar de prostituta a los doce años. Para ella la prostitución es una profesión, le gusta trabajar en esto. Como veía que yo

no me adaptaba bien, siempre me criticaba. Me decía que si una mujer iba a un club a trabajar tenía que ser puta de verdad.

Para mí hay dos tipos de prostitutas: la que va por necesidad, y la que le gusta. A la que le gusta sólo piensa en esto, no ve otras posibilidades y sólo tiene la prostitución en la cabeza. Aunque ella tenga mucho dinero, no es capaz de ver su vida fuera del mundo de la prostitución. Bianca era así. Como tuvimos unas palabras malas entre nosotras, ahí fue que decidí marcharme.

Entonces, me fui a trabajar al piso de Marta. Me dijo que iba a dejar el club y que volvía para el piso, que se ganaba más dinero en el piso. Trabajé con ella una semana. Los pases eran de treinta y cinco a cuarenta euros, como en el club. De un pase de treinta minutos ella me quitaba diez euros, y de un pase de una hora quitaba treinta euros. Los pases de una hora costaban cien euros, aunque a veces venía algún cliente que sólo pagaba setenta y cinco euros y tenías que hacer el pase igual, entonces ella quitaba veinticinco. El trabajo estaba muy mal. Pasaban muchos clientes, pero pedían sin condón o querían una mujer “completa”. Marta nunca me engañó, me explicó que allí en el piso se trabajaba muy bien, pero sólo Dios sabe cómo.

Al igual que en el club, si trabajas sin goma trabajas de puta madre. No puedo decir si ellas trabajan sin condón en el piso, pero lo que sé es que los clientes pasan igual con ellas. O es eso o es que a los clientes sólo les gustan las mujeres gorditas y con mucho pecho, que es lo que me falta a mí. Claro, a mí Marta nunca me dijo al salir de la habitación que ella lo hace sin condón.

En toda la semana sólo me hice cuatro pases. La diferencia de un hombre que va a un club y el que va a un piso, es que el cliente llega y busca a una chica para un polvo rápido. El cliente pregunta y la chica ya le informa en la puerta. Si quiere o le gusta bien y si no pues nada. Sin embargo, en el club todo es mucho más lento, tienes que conversar y tomar copas con los clientes. Yo prefiero un piso, la verdad, porque si estás en un club tienes que permanecer muchas horas sentada en una silla en el salón, y tienes también que aguantar muchas burlas de los clientes y los rumores de las chicas. Y como hay más chicas en el club, los hombres tienen más tiempo para pensar y para escoger. Trabajar en un club es más estresante. Pero, la seguridad en un club también es mayor. En el club siempre está el dueño o el encargado, que te protege, pero en el piso las chicas están solas. Yo nunca tuve problemas por eso. Pero, a veces te encuentras en el piso con clientes que llegan y luego no quieren follar, y tampoco quieren marcharse.

Ya experimenté eso en los pisos donde trabajé. Un día Tania casi no consigue echar a un hombre que vino al piso. No quería salir, sólo hablaba y hablaba. Cuando Tania le puso la mano en el hombro para decirle que se marchase, él le dijo que le quitase la mano de encima o que le rompía la cara allí mismo. Para conseguir echarlo, Tania tuvo que amenazarlo con que iba a llamar a la policía.

El embarazo

No me gustó el trabajo en el piso, y volví para el club de Ramiro. Entonces, comencé a trabajar y después ya fue cuando descubrí mi embarazo. En el club estábamos nueve brasileras y tres rumanas. Las rumanas rodeaban a los clientes ya en la puerta, salían a buscarlos y ya iban directas a la habitación. Las brasileras casi no trabajábamos. Le dije a Ramiro que eso no era justo, que ellas nos estaban perjudicando mucho. Ramiro fue muy claro. Me dijo: - Bruna, las mujeres que trabajan a mí sólo me dan ganancia. Fue claro y sincero. Yo dije, vale. Como Ramiro no iba a hacer nada, me enfadé mucho.

Una noche comenzamos a beber martini y whisky con red bull, y nos emborrachamos. Entonces, les dije a las rumanas que si volvían a salir a la puerta para buscar a los clientes las iba a sacar fuera a golpes. No se movieron en toda la noche, se quedaron allí sentadas sin levantarse de la silla. Esa noche las brasileras trabajamos muy bien.

Cuando desperté me sentía fatal, con una resaca terrible. Y sentía también que mi barriga se movía un poco. Esto me pareció extraño. Esa tarde, Ramiro me llamó y me dijo: - Bruna, ven, vamos a hablar un poco. Y entré con él en la recepción y cerramos la puerta. Ramiro me dijo así: - Bruna, tú sabes que a mí me gustas mucho, que eres una buena chica, pero ¿qué está pasando? Le dije que no podíamos seguir así, con las rumanas esperando a los clientes en la puerta, y que si seguían así me marchaba del club. Ramiro me dijo está bien, que no iba a permitir a las rumanas que saliesen fuera para coger a los clientes. Eso fue un domingo, y el lunes fui al médico. Allí me hicieron una ecografía, y me descubrieron un embarazo de cuatro meses y medio. Casi no podía creérmelo.

Me quedé unos cuatro días sin trabajar. Con el dinero que tenía me compré un billete para marchar a Brasil. Me costó seiscientos veinte euros, era un vuelo por Oporto que iba directo para Brasil. Marqué para viajar en treinta días. Entonces, Ramiro me llamó y me preguntó qué era lo que estaba pasando, que yo ya no trabajaba más. Le conté la verdad, que me iba a

marchar y que regresaría cuando mi hijo cumpliera cinco meses, que entonces lo dejaría con mi madre, y que si él después podía enviarme una carta de invitación regresaría al club. Ramiro me dijo que sí, que me haría la carta, pero que tenía que quedarme al menos unos seis meses trabajando en el club. También, me dijo que era una tontería que me fuese para Brasil para tener al niño, que era mucho mejor que me quedase y que lo tuviese en España, que él tenía un amigo abogado que me podía ayudar con los papeles. Entonces, Luana, la cocinera del club, me dijo que podía quedarme allí hasta tener al niño y me ofreció su puesto de cocinera. Así fue como empecé a trabajar en la cocina. Durante el día en la cocina. Me despertaba a las diez de la mañana, hacía la comida, arreglaba la cocina para tener todo listo para que comieran las chicas a la una, y después arreglaba las habitaciones, hasta que daban las seis de la tarde que comenzaba con la cena, cuando venían las colombianas de Lugo y también había que tener la cena lista. Terminaba a las nueve de la noche. Me duchaba y luego me iba al salón a putear. Como el club no cierra hasta muy entrada la madrugada, ese ritmo acababa conmigo.

Durante un mes y pico conseguí trabajar bastante bien en la cocina y en el salón. Pero, después, a partir del séptimo mes de mi embarazo, ya me sentía muy pesada y con la barriga ya grande no daba para follar. Ahí fue que dejé de follar, pero seguía yendo igual al salón porque siempre había algún loco que me invitaba a una copa.

El primer día del año 2005 estaba el club a tope de hombres, y había muy pocas mujeres. Ramiro me pidió que fuese al salón, que había que hacer algo con aquellos hombres. La mayoría de los clientes no se daban cuenta de que yo estaba embarazada, porque allí las colombianas y las dominicanas son redondas y otras cuadradas. Comparada con ellas soy casi una princesa. Pasamos toda la noche bailando, con música de nuestros países, de Brasil, de Colombia, etc. Me hice cinco pases y tres copas. Y al día siguiente me levanté igual a las diez de la mañana.

Me sentía ya bastante mal, y arreglé el salón, las habitaciones, todo. Terminé el trabajo a las nueve de la noche. Y como Ramiro no podía llevarme a Lugo me quedé en el club. Al cierre, cuando dieron las cinco de la madrugada, me trajo para casa.

Cuando llegué al hospital al día siguiente, me dijeron que fuese a casa para recoger mis cosas, que tenía que ingresar porque ya tenía contracciones y necesitaba también hacer una cesárea. Yo creo que eso fue porque follé demasiado el sábado todo, y encima bebiendo alcohol y de pie con los tacones...

El día 4 de enero nació mi hijo Manuel. Todo salió bien, gracias a Dios. Estuve seis días en el hospital y luego regresé a casa. Después, me pasé un mes y quince días en casa sin trabajar. Pasado ese tiempo volví al club de Ramiro. Mi padrastro vino de Brasil para ayudarme a cuidar a mi *menino*. Aún hoy él está en casa y yo le pago trescientos euros al mes por toda su labor, pues yo no tengo tiempo y tengo que trabajar. El dinero no me alcanza para nada. Seguí trabajando en el club durante unos meses, pero el trabajo estaba muy flojo, venían pocos clientes y todos dicen que no tienen dinero, que la vida está mal..., que sólo van al club a tomar una copa.

Ramiro se fue metiendo cada vez en más y más problemas. Primero echó a las tres dominicanas porque se emborrachaban y luego se peleaban entre ellas. Les dijo que no quería volver a verlas nunca más, y una de las dominicanas le dio una patada a la furgoneta de Ramiro que luego tuvo que hacer un arreglo de seiscientos euros. Se fueron unas y vinieron otras. Luego, Paula se marchó, y Ramiro y ella *brigaron* muy feo. Decidí marcharme y después estuve trabajando en el piso con Isabella durante un par de meses. Como Isabella no para quieta en ningún sitio, al final me cogí mi piso y ahora trabajo con algunas brasileras. Sé que hay que tener paciencia... Pero, yo necesito entre dos mil quinientos y tres mil euros todos los meses. Esa es la cantidad suficiente que necesito para mis gastos aquí y también para enviar a Brasil. Aunque, todo el mundo dice que el trabajo está malo en todos los sitios.

El preservativo

Aquí en España trabajar en la prostitución es más difícil. Casi todos quieren follar sin condón. Yo, que ya he trabajado en la prostitución en Brasil, puedo decir que allá no ocurre eso. En el club donde trabajé en Brasil, los clientes llegaban, escogían a la chica y si subían a la habitación se duchaban antes y después de hacer el pase. Sin embargo, aquí en España los clientes vienen al club y eres tú la que tienes que acercarte, conversar y convencerlos para subir a la habitación. Y cuando estás en la habitación, eres tú la que tienes que lavarles la polla. Les dices, ven que voy a lavarte, y ellos te contestan que no, que ya se han duchado, que no les hace falta lavarse más, y eso de que ya se han duchado no es verdad, que llega cada uno oliendo..., y si insistes, enseguida se enfadan y te dicen: - ¡Me cago en Dios, ya te lo he explicado! Además, aquí en España son mucho más exigentes, y siempre te piden hacerlo sin condón. De cada diez que entran en el club, hay uno que no lo pide. Sobre todo los viejos, esos no quieren ni uno usar el condón.

Yo me traje de Brasil treinta y siete preservativos femeninos. También he comprado aquí algunos. Una vez que fui a Santiago con mi tía, compramos en una farmacia, pero nos costaron 9,50 euros cada uno. Aquí sale muy caro. Sin embargo, en Brasil en el club donde trabajaba había controles médicos y también teníamos la asistencia permanente de una enfermera. Cuando necesitabas los condones ibas a un Centro de Salud y te daban gratuitamente todos los que pidieses. También teníamos una libreta con información sobre enfermedades de transmisión sexual, y dentro de la misma libreta también venían unos condones. El problema que hay aquí es que no tienes nada de eso, ni médicos, ni condones ni nada. Los preservativos femeninos son aquí muy difíciles de encontrar y muy caros. En Lugo ya he preguntado en varias farmacias y no los tienen. Pero, tengo una amiga que los consigue de un amigo y a veces me da algunos.

Los españoles

Los hombres españoles no son como los brasileños. Son mucho más cerrados, les cuesta mucho más expresar sus sentimientos. Esto lo he visto aquí, y para mí ha sido un choque muy grande. Los brasileños cuando quieren a una mujer, cuando están apasionados, son muy cariñosos y le hacen todo tipo de regalos, le llevan flores, etc. Sin embargo, los hombres españoles pueden amar a una chica, pero no lo manifiestan, lo guardan todo dentro, esconden sus sentimientos, como si tuviesen miedo. Yo creo que lo entiendo un poco. Tienen miedo a manifestar su amor y que luego les hagan daño, tienen temor a ser utilizados y que la mujer pueda aprovecharse de la situación y que pueda buscar sólo su dinero o una ayuda para la familia o con los papeles. Por eso los españoles son muy cerrados. Se cierran totalmente. Un español puede invitarte a cenar, pero no es nada detallista. Todo transcurre con mucho aburrimiento con un hombre español.

Pero, sé que hay españoles buenos. Como Antonio, que reconoció a mi hijo y me ayuda, es un buen hombre. Si no fuera porque son tan cerrados y fríos, los hombres españoles serían mucho mejores que los brasileños.

Nunca me he sentido hasta ahora discriminada por trabajar en la prostitución. Lo que sí he sentido es discriminación por el color de mi piel, eso sí que lo he percibido aquí. Por el color te tratan diferente. Y luego, la gente, cuando te oye hablar, ya saben que eres brasilera y entonces piensan que todas venimos aquí para trabajar en la prostitución.

A Pomba Gira

Cuando estaba en el club de Ramiro todos los lunes y los viernes limpiaba el club con alcohol y miel. En la barra colocaba Larios y en las mesas whisky, luego cogía un papel y después de echar un poco de whisky sobre la mesa pasaba el papel. Y cogía una pota de agua, echaba veintiún clavos (no pueden ser menos ni tampoco más, porque el veintiuno es el número del dinero), canela (si es en trozos como los clavos tienes que poner veintiuno, sino usar una cuchara bien llena) y también dos o tres cucharadas de miel. Hervía todo en la pota, lo dejaba enfriar y con eso limpiaba el suelo. Ese es el modo de que haya mucho trabajo en el club, y de que sólo entren buenos clientes, que no vengan los malos clientes, esos que sólo vienen para tocarte y *amasarte* y que luego no suben a la habitación. Esto ya lo aprendí en Brasil, allí todo el mundo sabe estas cosas. Son los viejos, las personas mayores, las que te enseñan.

En el club cuando estaba trabajando en el salón también hacía los baños. Aún hoy los hago en el piso. Coloco veintiún clavos, veintiún trozos de canela, una cucharadita de miel y doce pétalos de rosas amarillas (el color amarillo es el que atrae el dinero) y mezclo todo con colonia en una botella grande de agua. Tienes que dejarlo todo reposar durante tres días. Entonces, te duchas normal, con jabón. Y al terminar te quedas quieta en la bañera y te empapas de amoníaco, te quedas así durante dos o tres minutos y después te vuelves a duchar, quitando todo el amoníaco con jabón. Al terminar, es cuando te vas pasando despacio el baño, despacio, y tienes que dejarlo secar solo, no puedes utilizar una toalla. No puedes secarte, tienes que dejar permanecer toda la energía sobre tu cuerpo. Y cuando vas a trabajar, te colocas el baño en la nuca y en el coño. Así tú vas a trabajar bien.

Hay muchas chicas que usan *pomba gira*. Es un espíritu malo y también algo peligroso. Tienes que encender una vela roja, no puede ser de otra manera, y poner el nombre del buen cliente o novio a lo largo de toda la vela y de abajo a arriba. Luego, hay que encender la vela en una bandeja y colocar fruta, un cigarro encendido y una copa de champán. Sólo puede ser en viernes, y sólo se debe encender la vela a las seis de la tarde. Tienes que colocar todo en un lugar discreto, para que nadie lo vea, y durante una semana.

Yo no participo de eso, me da un poco de miedo. La única cosa que hago es una simpatía. Coloco un cigarrillo encendido y lo pongo detrás de la puerta en posición de pié. Si después la ceniza se consume toda, sin que caiga el

cigarro, quiere decir que voy a trabajar muy bien. Sin embargo, si se cae el cigarrillo es que no voy a ganar ni un euro para comprar pan. Todas estas cosas las aprendí en mi país. Yo creo. Siempre que coloqué el tabaco y se cayó no trabajé nada.

Pero, a mí la *pomba gira* me da miedo. Yo tengo fe en Dios, creo que es él quien puede ayudarme, y ya está. Aunque, en los clubes hay muchas chicas, la mayoría, que hacen esas cosas. Pero, no sólo las brasileras. Las africanas y las colombianas también lo hacen. Mi tía Isabella también lo hace. Yo no creo que sea cosa buena, porque si lo fuese ella no estaría todavía trabajando en esto después de llevar aquí en España más de diez años y tener sus papeles.

Solidão

*Amar não é apenas dizer: eu te amo,
Mas sim respeitar os sentimentos
Da pessoa amada.*

*Faça das tuas tristezas escadas
Para suas alegrias e realizações...*

*Não é feio amar,
Feio é não ter forças para
Asumir um amor...*

*Nunca chores por um amor perdido,
Se perdeu é sinal que nunca foi seu.*

*Nunca cruze os braços diante de uma
dificuldade,
pois o verdadeiro homem morréu de
braços abertos...
...Jesús Cristo.*

*Chega um dia na vida em que
Depois de mil ações incontinentes,
Dividamos da existencia até de Deus.
É como si a gente estivesse num abismo
De estacas pontiagudas e ao nosso redor
Mil fariseus.
Chega um dia na vida em que
a gente enche os olhos de um choro*

*inconsolado,
morde os lábios sedentes de carinho.
O que mas nos inquieta e revolta
é que mesmo tendo o mundo a nossa
volta nós sentimos
...SOLIDÃO.*

*Simplicidade da vida
é ter o mundo, mas querer somente sua
amizade,
quando precisares de uma amiga
lembre-se de mim,
porque não estou só nas suas alegrias
e realizações,
mas também nas tristezas e decepções.*

*Eu e você perdemos muito...
eu perdi, porque perdi quem mas amei,
você perdeu, porque perdeu quem mas
te amou,
mas entre eu e você,
quem mas perdeu foi você,
porque eu posso amar a outra pessoa
como amei você,
mas você jamais encontrará alguém
que te ame como eu...*

*Não te quero por um dia,
não te quero por um ano,
te quero para toda vida,
te quero porque te amo.*

SANDRA

Mi familia

Nací en São Paulo el 2 de abril de 1973. Mi padre era un verdadero cabrón. Vivíamos asustados. Cualquier cosa nos pegaba. A mi madre también le pegaba. Éramos cuatro hermanos: Edson, Alexandre, yo y Cilene.

Mis padres se separaron. Mi padre se quedó con la guarda y custodia, pero no nos hacía ni caso. Vivíamos en un barrio de la ciudad. Siempre de alquiler. Mi padre murió cuando yo tenía diez años. No nos dejó nada. Nos dejó totalmente desamparados. Mi madre, en cambio, siempre fue una luchadora. Nunca nos dejó que pasásemos hambre. Trabajaba de manicura. Trabajaba un día para tener que comer al día siguiente. Se sacrificaba mucho. Trabajó en un salón de manicura durante mucho tiempo.

La familia nunca nos ayudó. Mi abuela tenía casa propia, pero nunca dejó a mi madre arreglar un cuarto para nosotros. Mis tías tampoco nunca nos ayudaron. La que sí nos ayudaba era Julieta, una cliente muy buena de mi madre. Ella nos ayudó mucho. Le daba dinero a mi madre para que estudiásemos.

Mi relación con mi madre siempre ha sido buena. Yo fui de todos mis hermanos la que más vivió con ella, porque mis hermanos pasaron mucho tiempo en el internado. Nunca me gustó estudiar, aún así hice hasta tercero colegial. Sé que estudiar es muy importante, pero nunca pensé en ir a la universidad.

Con trece años comencé a trabajar de vendedora en una tienda. Le ayudaba a mi madre para poder pagar el alquiler. Luego, nos cambiamos de barrio y allí conocí a Zé, el padre de mi hija. Un hombre maravilloso, que no tengo nada que decir de él, un hombre honesto. Sólo era dos años mayor que yo. Él tenía quince y yo trece. Con él perdí la virginidad. Él también era virgen.

Un día que regresó mi madre a casa nos descubrió juntos dentro de la habitación. Él no quiso esconderse, prefirió hablar con mi madre. Le dijo que yo había perdido la virginidad y todo eso. Mi madre lo admiró mucho por eso. Zé trabajaba en una empresa de aparatos de música para automóviles. Lo pasaron a tesorero. Cuando me quedé embarazada él se fue a Minas, porque su familia estaba allí y habían montado un negocio. Me dijo que era mejor que yo pasase la gestación en São Paulo. Luego, cuando nació mi hija Cristina él vino a São Paulo de *carona* con un camionero.

Cuando cumplí los dieciséis años me fui a vivir con él a Minas. Yo no tenía cabeza. No sabía cuidar de un niño, ni lavar ropa, ni lavar loza, etc. Éramos muy jóvenes. Ahí fue cuando comenzaron los problemas. También porque su madre vino a vivir con nosotros y no nos llevábamos bien. Llegué a amenazar a su madre. Y ahí fue que nos separamos. Regresé a São Paulo.

Cuando mi hija cumplió tres años acudí a la justicia para reclamarle una pensión. Pagaba medio salario mínimo, y era muy poco. Luego, conseguí un trabajo en una empresa de aguas. Trabajé dos años. Siempre trabajé en la oficina de recepcionista y tenía que encargarme de todo lo relacionado con las cuentas. Fue una época muy buena para mí. Salí de allí por una tontería mía. Pensé que iba a conseguir un trabajo mejor y no dio resultado. Era una cosa totalmente diferente, y no era lo que yo esperaba. A causa de eso me quedé desempleada durante un tiempo.

También trabajé en una de las principales empresas de cosméticos del país. Una prima que trabajaba allí fue quien me avisó de que iban a coger trabajadores. Nos hicieron unos tests y pasé. Mi trabajo era en una cadena de embalaje, y allí trabajé durante nueve meses. Luego, pasé a operadora de máquina. Con ese trabajo estuve dos años. Allí tenía autobús, vale de transporte, vale de alimentación, vale de farmacia, etc. Y no tenía ni necesidad de gastarlos. Comíamos en el restaurante de la empresa, que era libre tipo buffet para los trabajadores. Sólo nos descontaban un poquito. Lo tenía todo en esa empresa. Después de dos años me ascendieron a telefonista nacional. En total, trabajé durante nueve años en esa empresa.

Un bandido llamado Carlos

Durante esa época conocí a Carlos, el padre de mi segunda hija. Él ha sido la persona que más me ha perjudicado en toda mi vida. Creo que nunca le he hecho mal a nadie, pero la verdad es que no he tenido nunca suerte en el amor ni en la amistad.

Conocí a Carlos en la calle. Él llevaba observándome varios días. Un día que salí del trabajo y marché para casa, me siguió. Otro día me llevó a casa. Me dijo que podía ir con él, que no me iba a raptar. No le di mucho rollo. Un día que yo iba para la escuela de samba, parece que fue el azar o el destino, no sé, me lo encontré. Y comenzamos a *namorar*. Mi madre siempre me decía que yo me entregaba demasiado pronto a los hombres. Conocí a su madre y me pareció buena persona.

Una amiga me dijo un día: - No se enrolle con el “*Cachacinha*”, que es un ladrón, un ladrón de bancos. Las madres siempre tienen intuición. Pues, mi madre no se fiaba de él. A pesar de todo, yo seguí saliendo con Carlos.

Un día que llevaba una semana sin saber nada de él, llamé a su casa. Y me dijeron que estaba preso. Entonces, fui y pagué a un abogado para saber lo que había pasado. Yo era muy tonta en aquella época. Su madre no iba a visitarlo. Yo le compré cosas y se las di al abogado para que se las llevase. Estuvo detenido unos diez días y luego lo soltaron. Seguimos juntos. Cuando lo conocí él ya había estado preso durante unos cinco años y yo no sabía nada. Tampoco que había tenido otra novia. Decían que él hacía grandes asaltos y que por eso tenía dinero de sobra. Tenía mucho dinero escondido en casa de su madre, y su hermana se lo quitó todo mientras estuvo preso.

Fue en esa época cuando Carlos me contó su historia. Seguí con él a pesar de todo. Robaba bancos y traficaba con drogas. Pero, no tenía vicios, no bebía ni tomaba drogas. Mi madre veía que era un hombre peligroso, y mi hija mayor tampoco estaba cómoda con él. Yo seguí trabajando en la empresa y, a pesar de escuchar todo tipo de cosas, seguí con él.

Carlos era una persona muy *revoltada* con la familia. Sólo respetaba a la hermana. A pesar de todo lo que le había hecho mientras estuvo preso en la cárcel.

Después de tres años de relación, cogí unas vacaciones en el trabajo y aproveché para viajar a Bahía. Fui para conocer, porque parte de mi familia es de allí. Me quedé casi un mes. Cuando llegó el momento de regresar a São Paulo, fui pensando que Carlos estaría esperándome en la estación, y nada. Yo allí sola, con la maleta. Llamé al Marquiños. Me dijo: - Creo que no va a poder ir a buscarte, está en la *canha*. Entonces, cogí un taxi y me fui para casa de mi madre.

En aquella época yo ya era la novia del “*Cachacinha*”. Teníamos alianzas y todo. Él fue asaltar el banco del municipio. Lo cogió la policía aprovechando que iban a otro banco que también estaba siendo asaltado. Carlos cogió un coche del municipio y se escapó con el dinero. Salió en la televisión y en todos los periódicos. Le acompañaba un menor, que pasó poco tiempo preso, y el que quedó con todo fue Carlos.

Y allí va Sandra otra vez. A veces me paro a pensar... Otra vez, pagando a un abogado para saber qué había ocurrido. Fui a uno de los mejores criminalistas de São Paulo, el Dr. Ronaldo. En aquella época yo ya había

aprendido a distinguir entre buenos y malos abogados y a saber cómo funcionaba todo aquello. Le pagué 3.000 reales al Dr. Ronaldo para comenzar la defensa de Carlos.

Carlos tenía un defecto muy grande: era un gran mentiroso. Para la primera audiencia, que tardó unos tres meses, llegamos y le cayeron diez años de prisión. Después, siempre en aquella lucha, para ir a visitarlo y llevarle cosas. Su madre y su hermana no querían saber nada. Yo, de todos modos, no podía con todo. Tenía a mi hija y con los gastos no me alcanzaba.

Él luego pasó a ser cocinero en la prisión. Y los cocineros siempre tienen más privilegios. Me quedé embarazada allí dentro, en la prisión. Había más privilegios para las visitas de los cocineros. Yo iba a visitarlo, pero también tenía que trabajar. Al quedarme embarazada la situación empeoró. Su madre me cogió rabia. Ella nunca iba a visitarlo y sólo peleaba con él.

Marquiños era un traficante importante. Él me daba droga y yo la introducía en la prisión para que Carlos la vendiese dentro. De esa manera conseguíamos dinero, también para pagar al abogado. En Brasil la policía es muy corrupta. No había problemas para introducir la droga, cocaína y marihuana.

Allí en la cárcel hice amistad con una mujer, Andreia. Su marido también estaba preso y trabajaba en la cocina. Yo durante mis últimos meses de embarazo dejé de trabajar. Algunas veces me quedaba a dormir en casa de Andreia. Ella me ayudó mucho. Pero, Carlos quería que yo fuese a vivir a casa de su madre, porque era más grande. Y fui a vivir allí. Yo le llamaba la "*velha louca*", pero sé que era una persona enferma y con problemas desde siempre con su hijo. Era una mujer muy fría. Nunca preguntó nada, si yo estaba bien, si el bebé iba bien... Nada. Era totalmente indiferente. Mi madre venía a visitarme. Y yo aguantaba toda aquella humillación. Sin embargo, mi suegro era diferente, con él siempre me di bien. La *velha* era una persona muy lunática. Y la hija igual. Nunca me agradecieron nada de todo lo que hice por Carlos.

Andreia fue una persona muy buena conmigo. Yo tenía envidia de que su suegra la tratase tan bien. No era envidia, eran deseos de que mi vida se pareciera a la suya. A Andreia su suegra la trataba siempre como a una reina. Sin embargo, a mí la madre de Carlos no hacía otra cosa que humillarme. Yo no entendía porqué me tenían que tratar así. La *velha* sentía celos de su hijo. Eso sí que lo entiendo.

Yo le llevaba a Carlos paquetes de cigarrillos cuando iba a verlo a la prisión. Él no fumaba, pero vendía los cigarrillos allí. Dentro de la prisión valen mucho dinero.

Mi embarazo transcurrió bien. No hubo problemas. Cuando llegó el día de tener al niño apenas sentí nada. Me desperté y no sentí nada. Tenía la cuna y la ropita para cuando llegase. Durante esos días hasta mi suegra me mostró un poco de cariño. El médico me dijo que todo iba bien y que el niño llegaría el 31 de mayo de 1999.

Antes de nacer, escuché aullar al perro de la vecina. En Brasil tenemos muchos cuentos y supersticiones sobre estas cosas. Decimos que cuando un perro aúlla es que va a morir alguna persona.

Al día siguiente, me levanté con pesadillas. Había estado soñando con tiros. Mi hermano Alex trabajaba en una gráfica, y últimamente salía con una chica que a mi madre no le gustaba nada, una chica de la calle. Parece ser que lo que sucedió es que Alex salió del trabajo y fue a casa de la chica, y luego al salir más tarde ya no tenía autobús y tuvo que ir caminando por una ladera. Entonces, llegaron un tío en un coche rojo y otros dos en moto. La chica salió corriendo y dejó allí solo a mi hermano. Uno de aquellos tíos dio la orden de dispararle. Le dieron en las piernas y cayó al suelo. Los tíos se acercaron y lo acribillaron allí mismo. Le dieron dieciséis tiros. No tuvieron ninguna piedad con mi hermano. Una vecina lo vio todo y luego nos contó que mi hermano se había arrodillado ante aquellos bandidos y les imploró por su vida. Pero, lo mataron allí mismo.

Fue mi tía quien recogió el cuerpo de mi hermano. Algunos cuentan que aquello ocurrió porque estaba todo tramado por la chica que salía con mi hermano. En Brasil cuando pasan estas cosas no suelen dejarse testigos, y aquella vez los tíos fueron con la cara descubierta y a la chica no le hicieron nada.

Mi madre se quedó muy afectada. Yo estaba embarazada... Tardamos una semana en denunciarlo. Mi madre conocía al hombre que había dado la orden de asesinar a mi hermano. Habían sido amigos del barrio. Habían jugado de pequeños en el mismo equipo de fútbol.

Después de tres meses, aquella chica se quedó embarazada de otro. Nunca supimos lo que de verdad ocurrió aquella noche. Pero, todos hemos desconfiado en algún momento de que ella hubiese participado en el crimen de alguna manera.

Llegó la hora de nacer mi niño. Me levanté. Estaba en casa de mi suegra. No sentía nada. Mi suegra estaba peinándose dentro del baño. La llamé en la puerta y le dije que me iba al hospital. Ella no me hizo caso. Tuve que ir caminando hasta la casa de una amiga para pedirle que me llevase al hospital. Mi amiga consiguió un coche y fuimos para el hospital. Esperamos unas dos horas, porque era un hospital público. Cuando el médico colocó el aparato para escuchar el corazón del niño no escuchó nada. Vino entonces otra obstetra y me colocaron otro aparato. Pero nada. Enseguida me llevaron a la mesa de operaciones y mi niño nació muerto.

Yo misma fui al entierro de mi hijo. Parecía un ángel. Mi niño estaba tan blanquito, tan gordito, que parecía que estaba vivo. Después de que sucedió esto, Carlos fue trasladado a otra prisión. Se lo llevaron para un presidio de máxima seguridad en una ciudad en el interior del Estado de São Paulo.

Ese presidio estaba a unas ocho horas de autobús de São Paulo, en la ciudad de Presidente Bernárdez. Por el viaje de ida y vuelta a la prisión en aquella época tenía que pagar diez reales. Era un autobús clandestino, sin ningún tipo de medidas de seguridad. Ahí, yo hacía ese viaje siempre cada quince días. Y así durante casi un año, siempre haciendo el mismo recorrido cada quince días.

Al cabo de dos meses, después de morir el niño, me volví a quedar embarazada. Entonces, compré *citotec*, un remedio para la úlcera, con la intención de abortar. En mi país es muy utilizado. Cuando las jóvenes se quedan embarazadas compran y utilizan el *citotec*. Lo normal es tomar cuatro. Pero, yo me tomé diez. No quería quedarme de nuevo embarazada de ninguna manera. Me tuvieron que ingresar en el hospital, sufrí un shock como de epilepsia y me quedé en coma durante diez días. Cuando llegó mi madre al hospital y me vio toda rodeada de aparatos, no me reconoció. Apenas puedo recordar nada de aquel episodio. Me hicieron un montón de exámenes y a mi madre le hicieron muchas preguntas. Ella no entendía nada de lo que estaba pasando.

Cuando salí del hospital lo primero que hice fue ir a visitar a Carlos en la prisión. Así durante un tiempo. Luego, Carlos enfermó allí dentro. Problemas de pulmón. Lo llevaron al hospital y estuve unos veinte días sin poder ir a visitarlo. Yo pensaba que era tuberculosis, porque en Brasil es muy frecuente ese tipo de contagio en la prisión.

El día en que fui a visitarlo llegamos todas las mujeres, bajamos del autobús y corríamos para la fila y a coger el número. Entregué mi documento de identidad, y me fijé que las personas se quedaban

mirándome. Yo no hice caso. Pasé la segunda puerta para que revisaran las cosas encima de la mesa. Allí todo estaba controlado, abrían hasta los cigarrillos, cortaban el jabón, los bizcochos, todo. Al llegar, no reconocí a Carlos. Estaba horrible, irreconocible. Todo delgado y en una silla de ruedas. Comencé a llorar. Le pregunté que qué le pasaba. Él me dijo que era tuberculosis. Y lo tenían aislado en una celda toda llena de humedad, lo ideal para un tuberculoso.

Al salir del presidio vi entrar a una ambulancia. Se llevaron a Carlos al hospital. Cuando fui al hospital, el médico de la prisión me dijo que Carlos tenía sida. Yo no podía creerlo. Carlos me había dicho que era tuberculosis, y yo confiaba en él ciegamente.

Más tarde, mi suegra amenazó al director de la prisión y les dijo que si no trasladaban a Carlos y le ocurría cualquier cosa, ellos serían los responsables. Entonces, lo llevaron para un presidio en la capital y lo colocaron en un lugar reservado. A partir de ese día, yo iba a visitarlo todos los martes. Carlos estaba como muerto en vida. Los médicos me aconsejaron que me hiciese rápidamente los exámenes de tuberculosis y de sida. Me hice los exámenes en un centro médico de mi barrio. Pero, luego no fui a recoger los resultados. Me daba miedo.

Carlos empezó a mejorar un poco. Cada vez que iba a visitarlo yo tenía que entrar en la habitación con una máscara. Nuestro abogado consiguió el indulto para Carlos. Y siguió mejorando. Yo confiaba en él. Siempre me decía que era tuberculosis. No podía creer que mantuviese relaciones con otras mujeres.

Después, dejé mi trabajo. Con el dinero que me dieron di la entrada para una furgoneta y compré a los *pirueiros* la “línea” por tres mil reales. Era una línea muy buena. Orlando, mi padrastro, me prestó algo de dinero para poder financiar la furgoneta. También contratamos a un chico como conductor. En aquella época yo salía a las cuatro y media de la mañana, me reunía con el conductor y comenzábamos la línea. Yo trabajaba como cobradora. Hacíamos la línea Algira/ Santo Amaro, y los trabajadores subían y bajaban en los diferentes puntos. Eran unos cuarenta minutos de recorrido, y hacíamos la línea unas ocho veces.

Luego, Carlos salió a la calle. Montamos un pequeño apartamento. Todo precioso, los muebles, ropa nueva. Todo por Carlos. Entonces, como Carlos tenía carnet de conducir, le enseñamos el trabajo y sustituyó a Miguel, el conductor. Y así comenzamos la lucha. Aquel trabajo nos proporcionaba una vida digna. Pero, esos hombres no se sienten satisfechos con nada...

Planeamos un viaje a Salvador. Gracias a Dios, *tudo deu certo*. Conseguimos reunir el dinero. Y el día 2 de enero de 2000 emprendimos el viaje. Fuimos todos en la furgoneta, Carlos, yo, su hermana Julieta, mi cuñado Márcio, su sobrina Edileuze y mi hija Vanesa. Salimos de São Paulo, pasamos por Rio, paramos en Marataises dos días, luego seguimos por Victoria do Espírito Santo, y de ahí fuimos a Porto Seguro, un lugar turístico muy bonito. Allí nos quedamos una semana. Mi menstruación ya estaba atrasada otra vez y estaba preocupada. Pensaba en la posibilidad de encontrarme de nuevo embarazada. En Porto Seguro me hice el test de embarazo y dio negativo. Luego, salimos de Porto Seguro y fuimos ya para Salvador da Bahía.

Primero fuimos a la casa de la tía de Carlos. En Salvador me hice otro examen. La doctora me confirmó que estaba embarazada. Cuando le di la noticia a ese hombre, le cambió la cara. Me dijo que tenía que abortar y que me iba a comprar una *garrafada* (remedio abortivo). Carlos no quería que tuviese al niño.

Estuvimos en Salvador veinte días. Durante el camino de regreso tomé la decisión de no abortar. Ya estaba cansada de que todos me dijese lo que tenía que hacer. Y además, en el fondo, yo quería tener al niño. Cuando se lo conté a Orlando por teléfono también me dio todo su apoyo.

Desde el día que regresé de Salvador mi vida se convirtió en un infierno. Carlos volvió a trabajar en la línea. Yo me puse enferma. Me volvieron a hacer exámenes, hasta una endoscopia, y no paraba de toser. Bien, ahí comencé a hacer el pre-natal y me empezaron a salir en la piel unas manchas, como herpes. Cuando se lo mostré al médico, se quedó mirándome y me dijo, todo frío: - Usted, ¿ha hecho ya el examen de sida? Yo los había hecho, pero claro, no había recogido los resultados. Así que volví a hacerme los exámenes.

Un día, todavía no había ido a recoger los exámenes, yo estaba descansando en casa de mi madre. Fue Orlando quien me confesó que Carlos tenía sida. Yo no podía creerlo. Era la única persona que no lo sabía, todo el mundo sabía que Carlos estaba contagiado con el virus del sida. Comencé a llorar y a gritar como una loca. Ese fue el día en que descubrí que tenía el virus del sida.

Yo no quería creerlo. Cuando el médico abrió el sobre con mis resultados, me dijo estas palabras: - Desgraciadamente, usted tiene el virus del sida, y debe comenzar ahora a tomar las medicinas, para de esta forma no pasar la enfermedad para su bebé.

Bajé las escaleras corriendo y mi primer impulso fue tirarme debajo de un coche. Valcelaine, mi amiga de toda la vida, que me acompañó al médico con mi madre, fue quien me agarró e impidió que aquel día me matase. Yo lloraba en la calle. No entendía nada. Recuerdo perfectamente, como si fuese hoy, que en ese momento se me acercó una chica muy bonita y me preguntó que porqué estaba llorando. Me dijo así: - ¿Por qué estás llorando? No llores, no llores, que Jesús te ama. Aunque parezca una tontería, en ese momento fue para mí un gran alivio.

Yo no sabía nada de la enfermedad. Ni de las prevenciones o medicinas que tenía que tomar. Todo se complicaba aún más a causa de mi embarazo. Cuando se lo conté a Carlos, él fue capaz de negarlo todo en mi cara. Su madre lo sabía todo. Eso no se lo perdonaré nunca. Carlos me dijo que él no iba a hacer ningún examen.

En aquellos días también descubrí que Carlos estaba saliendo con otra mujer. Yo estaba de seis meses. Decidí no volver a hablar con su madre. Me parecía absurdo. Comencé a distanciarme de él. Carlos ya llevaba unos cinco meses con aquella mujer, que se llamaba Jessica. Yo, mientras, comencé a tomar AZT. Una pastilla cada doce horas. También fui al psicólogo. Las consultas con la psicóloga me aliviaron mucho. Ella fue quien me explicó que no tenía porqué morir, que ella conocía personas que llevaban más de diez años con la enfermedad, y que no es lo mismo ser portadora del virus que tener ya la enfermedad, y que si tomaba adecuadamente los medicamentos podría vivir diez o veinte años más.

Cuando fui al hospital para ver a Carlos pude darme cuenta de cómo las personas que estaban allí me miraban con cara de pena. Allí fue donde conocí a la otra mujer. Fuimos a una *lanchonete* a charlar. Le conté todo. Y ella me dijo que no sabía nada. Todo al revés. Ella tenía ya tres hijos. Sentí tanta rabia...

- ¿Usted no sabía que fue él quien me pasó el sida?
- ¿Cómo?
- Pregúntele a él

Estuvimos más de una hora allí en la *lanchonete* conversando. Me decía que no podía creérselo. Yo sólo sentía odio. Él me arrebató mi salud, mi vida.

Lo primero que tenía que hacer era recuperar el coche. Y la vieja había ido con la Jessica a nuestro apartamento a llevarse todas las cosas. Aquella vieja maldita me robó todo lo que tenía. Yo me dije que eso no iba a quedar

así. Fui a la policía. Fue una *briga* tan grande... En la policía me dijeron que yo no tenía pruebas, y que tuviese cuidado porque podía ser procesada por calumnias. Luego, Orlando habló con la vieja. Y fue él quien pudo al fin recuperar mis cosas.

Orlando y mi madre fueron a buscar las cosas. Lo tenían todo metido en un cuarto. Carlos se escondió, no tuvo valor para salir. Su madre le dio a la mía una bolsa con medicinas, y le dijo que eran para mí. Entonces, mi madre guardó las cosas.

Yo estaba enferma, flaca... Mi madre y Orlando siempre cuidándome. La vieja no quería devolvernos la furgoneta. Yo la amenacé, le dije que si no la devolvía la íbamos a denunciar a la policía. No era justo. Yo había luchado por aquel negocio, y ahora querían robármelo de esa manera. La vieja me dijo que sólo la devolvía si venía a recogerla Orlando y si le dábamos un dinero de indemnización por todo el tiempo que su hijo había estado trabajando en el negocio. Mi madre siempre me decía que debíamos recuperarla con cuidado, sin peleas. Además, como Carlos era un bandido podía hacer un asalto o cualquier otra cosa *fodida* y luego implicarnos.

Al final, fuimos juntos a una agencia de coches para vender la furgoneta. Cuando llegamos a la agencia, el señor quería ver el recibo de compraventa. Nos dijo que no podía comprarla, pero que nos daba la dirección de un sitio donde podíamos venderla. Cuando aquel señor iba a devolver el recibo, yo me adelanté y se lo cogí. La vieja entonces me agarró e intentó pelear conmigo. Le dije que si me hacía algo la iba a denunciar, porque estaba embarazada. Y me llevé la furgoneta a casa. Orlando me dijo que tuviese cuidado, que Carlos no iba a permitírmelo, y que nos podía hacer cualquier cosa, así que lo mejor era que la vendiésemos para evitar problemas. Yo sabía que Carlos era capaz de hacer cualquier cosa. Empezó a amenazarme por teléfono.

Una noche el conductor de la línea llegó a mi casa llorando y me dijo: - Sandra, por favor, vaya a resolver los problemas, que están allá arriba su ex marido, la madre y otra mujer, y quieren quedarse con la furgoneta. Cuando fuimos allá, estaban gritando que la furgoneta era de ellos, haciendo un gran escándalo. La chica estaba dentro de un coche. Carlos quería agredirme, y su madre le agarraba por el brazo. Entonces, mi madre fue hasta el coche, rompió la ventanilla y le dio un par de bofetadas a aquella mujer. Y se marcharon. Eso ocurrió en junio de 2002.

Apareció entonces un vecino que quería comprar una furgoneta para trabajar de *pirueiro*. Ahí, él me hizo la propuesta, me daba cinco mil reales

en cheque, un coche Voyage 88 y cinco mil reales en dinero. Mientras, Carlos y la vieja contrataron a un tipo, que no sé si era abogado, para amenazarme con procesarme por haberme llevado la furgoneta. Mi madre no soportaba aquel infierno. No conseguíamos desprendernos de aquella raza. Mi madre tenía miedo a las amenazas y a los escándalos. Entonces, Orlando y mi madre me aconsejaron que le diese a Carlos una parte del dinero, tres mil reales.

Quedamos en llevar el cheque a una comisaría de policía. Allí teníamos un amigo. Mi madre y Orlando no querían que yo fuese para evitarme que me pusiese nerviosa. Me quedé en casa llorando. Fueron Orlando y mi madre. Carlos estaba con la otra mujer, y le dijo a Orlando que nos deseaba la muerte a mí y a mi hija. Orlando no me contó nada, yo me enteré después, pasado un tiempo, por mi madre.

Cuando Carlos se enteró de que yo tenía dinero y que me había quedado con un coche, empezó a llamarme por teléfono. Y yo como era boba, y todavía le quería, fui a encontrarme con él a escondidas, sin que mi familia supiese nada. Nos encontramos en una *lanchonete*. Me dijo que me iba a ayudar, y que no tenía nada serio con aquella mujer. Todo lo hacía por interés. Sólo buscaba quitarme más.

Mi madre se enteró de todo. La chica también empezó a llamar a mi casa. Decía que estaba con él y que tenía pruebas. Carlos estaba intentando quitarme más dinero. Sabía que yo tenía todavía cinco mil reales.

Una semana antes del parto, el médico me llamó para explicarme cómo tenía que hacer con el bebé, y el jarabe que debía darle. Me dieron anestesia y me hicieron la operación de ligadura de trompas. Ahí nació mi niña. En los exámenes se verificó que nació también con el mismo problema. Y cogí una depresión. Veía a las otras madres con sus esposos llevándoles flores y todo eso... Además, era consciente de que le había pasado la enfermedad a mi hija.

En aquella época yo desconocía todo acerca de mi enfermedad. Un día me llamó el médico y me contó que Carlos, el "*Cachacinha*" había fallecido. Fueron unos tipos que le dispararon. Le dieron treinta y dos tiros. Mi hija nació el 10 de julio. Y él murió el 18 de julio. Desde ese momento, comencé a reconducir mi vida. La vieja no avisó a nadie. El entierro se hizo todo a escondidas.

Un trabajo de prostituta

Tengo un amigo maricón que también tiene sida, porque trabajaba en la calle como transformista y le contagió un cliente. Él fue quien me llevó a la misma doctora que le hacía su tratamiento. Era una excelente persona.

Luego, me enteré de que la vieja tenía depresión, y me contaron también que ella estaba convencida de que había sido yo quien había mandado asesinar a su hijo. Yo, a pesar de todo lo que había pasado y de todo lo que me había hecho Carlos, jamás haría una cosa así.

Al cabo de diez meses, la doctora me dijo que mi hija ya no tenía la enfermedad, y que podíamos interrumpir su tratamiento. Fue un gran día para mí. Lloramos las dos de alegría. Yo continué haciendo mi tratamiento. Tenía que hacerme los exámenes cada seis meses, para ver cómo están los glóbulos rojos, los blancos, las resistencias, etc. Y empecé a recuperarme y a volver a estar bonita.

Conseguí un trabajo. En un periódico había un anuncio que pedía chicas bonitas para trabajar en un barrio rico de São Paulo. Se me abrieron los ojos. ¡Ponía que se ganaban tres mil reales! Era un trabajo de prostituta.

Así fue cómo empecé a trabajar en la prostitución. Era una casa de citas. La dueña tenía varias casas en la ciudad, y sólo iba por la noche para hacer la recaudación. El trabajo era parecido como aquí en los pisos. Conmigo éramos seis chicas. Cuando venían los clientes nos presentábamos en la sala, luego escogían y se subía a la habitación. Era una casa muy confortable. El horario desde las 11,00 de la mañana hasta las 02,00 de la madrugada. Teníamos una señora que nos atendía. Le dábamos diez reales cada una por la limpieza y otros diez reales por la comida. Allí los pases eran así: media hora cincuenta reales; una hora setenta reales. Era una casa privé. Las *boates* son más caras.

Comencé a trabajar muy bien. Allí mi nombre era Carla. Tenía el cabello teñido de rubio, y ganaba bastante dinero, unos seiscientos reales por semana. Yo no quería más relaciones con otros hombres porque tenía vergüenza a causa de mi enfermedad. Creo que eso también influyó en mi decisión para iniciarme en la prostitución.

Nunca pasó por mi cabeza el contagiar a nadie con mi enfermedad. Hay chicas que trabajando en esto, y que tienen el sida, sólo piensan en ganar dinero y no les importa nada la salud de las personas. En Brasil hay mucho

de esto. Y aquí en España también me contaron que hay alguna. En aquella época fui a muchas charlas sobre prevención y tratamiento de sida.

Estuve nueve meses trabajando en la casa de citas. Mi familia no sabía nada. Les dije que estaba trabajando en una clínica médica. Poco a poco fui cogiendo confianza con un cliente, y conversábamos mucho tiempo por teléfono. Yo tenía miedo a relacionarme con hombres, pero al mismo tiempo me sentía carente de afecto. Era un hombre muy guapo. Se parece mucho al actor Bruce Willis. La primera vez que quedamos ya me fui a un motel con él. Ya tenía unas ganas... Utilizamos el preservativo. Comenzó a contarme su vida: trabajaba de vigilante de seguridad en la Avda. Paulista, tenía una hija y le pasaba una pensión... Yo le hablé también de mis hijas, pero no le dije nada de mi enfermedad.

Después de esa primera cita, le pedí consejo a mi psicóloga. Ella me aconsejó que se lo contase todo. Volvimos a citarnos en el motel. Yo tenía la intención de sincerarme con él. Hicimos el amor. Sentía una cosa así en la garganta... Y él me preguntó qué era lo que me pasaba, si era que yo estaba casada o qué. Le dije: - Escucha, soy seropositiva. Se quedó pasmado. Y le conté toda mi historia con Carlos. Él entonces me arrimó su hombro y me dijo que no me iba a abandonar.

Esa misma semana me llamó y continuamos juntos. Vino a mi casa. A mi madre le encantó. Al cabo de cinco meses, decidimos ir a vivir juntos a la zona de Barulhos. Él era un amor de persona y me trataba muy bien. Me llevé a mi hija pequeña, la mayor se quedó con mi madre. Él quería conocer a mi médica para informarse sobre todo. Le hicieron un examen. Sólo dio hepatitis C. Y me acompañaba siempre a mi tratamiento. Yo no quería perderlo por nada del mundo. Por eso dejé de trabajar en la casa de citas y me fui con él. Montamos una pequeña tienda. Dejó su trabajo de vigilante e invirtió también su dinero en nuestro nuevo negocio. Adquirimos cinco mil reales de mercancías, y comenzamos a trabajar con eso. Vendíamos un montón.

Pero, el amor dura poco. Alex comenzó a disgustarse con mi hija Vanesa y a discutir también con mi madre. Empezamos a distanciarnos. Esto era a comienzos de 2003.

Un día vi un anuncio: “se necesitan chicas para trabajar en apartamento en la región de Jardins, con posibilidades de viajar al extranjero”. Ese anuncio me atrajo muchísimo. Se lo comenté a Alex, y él me animó. A mí esa actitud me parecía un poco rara. Me preguntaba: si hemos montado este

negocio y todo, cómo es que quiere que me vaya... Esa actitud me parecía extraña.

Me puse toda guapa y fui a la entrevista. Era una chica, que me dijo que si no quería ir a trabajar fuera, al extranjero, que allí podía ganar mucho más dinero. Me dijo que yo era bonita, que lo único que tenía que hacer era sacar el pasaporte y de todo lo demás se encargaban ellos. Pregunté que para dónde era el viaje. Ella me dijo que para España.

Tenía miedo. Había escuchado casos de mujeres que habían viajado a países como Japón, España, etc, y que luego las habían esclavizado. Alex empezó a animarme. Me decía que era una buena idea, que así podía ganar más dinero y podríamos hacer nuevas inversiones. Yo le había preguntado a la chica que cómo iba a pagar mi billete. Me explicó que no debía preocuparme, que ella también había estado antes y en quince días pagó el billete. Me dijo que como mucho tardaría un mes en pagar todo.

En una semana arreglé todos los trámites. Saqué mi pasaporte. Eliane, la chica, me explicó cómo tenía que hacer para pasar en Madrid. Me iban a dar seiscientos dólares y después de pasar se los tenía que devolver al dueño del club.

Mi madre aceptó quedarse con las niñas. Alex me llevó al aeropuerto. Salí del aeropuerto de São Paulo a las diez de la noche y viajé en la Varig. El mismo día del viaje pasé antes por el apartamento a recoger el billete y los dólares. Eliane me dijo que si la policía de inmigración me preguntaba alguna cosa, yo tenía que decir que iba para Santiago de Compostela, que era muy católica y que venía para conocer la ciudad.

Bienvenida a España

En el avión estaba muerta de miedo. Yo nunca había subido en un avión. Durante el viaje conocí a una chica de Rio de Janeiro que iba para Alemania. Llegué a Madrid a las siete de la mañana el día 31 de enero de 2003. La chica de Rio y yo pasamos juntas por Inmigración. Gracias a Dios no me dijeron nada. Me sellaron el pasaporte y me mandaron pasar.

Cuando pasé, la chica me ayudó para telefonar desde la cabina a Brasil y avisar a Eliane, tal como habíamos acordado, de que todo había salido bien. Tenía otro pasaje para Santiago, y tuve que esperar un montón de horas en el aeropuerto de Madrid. Hacía un frío horrible allí en aquel Madrid. Nunca había sentido tanto frío en toda mi vida.

Llegué a Santiago a las cuatro de la tarde. Eliane me había explicado que me vendrían a recoger Juan Carlos o Manolo, y me había enseñado fotos para que pudiese reconocerlos. Reconocí enseguida a Juan Carlos. No me dirigió la palabra. Me llevó en su coche y fuimos directamente al club.

Cuando llegamos al “Clangor” todo era una novedad para mí. Recuerdo que era un viernes por la noche, el 31 de enero de 2003. Me colocaron en una habitación con otra chica, que se llamaba Leyla y que era de Minas. Todas las chicas que estaban en el club estaban pagando billete. Todo lo que hacían por la noche era para juntar el dinero. Pagaban ocho euros diarios y después sólo recogían el treinta por ciento de lo que hacían. En aquel tiempo no cobraban los condones ni las sábanas. Pero, cuando llegué yo las condiciones cambiaron: tenía que pagar sesenta euros al día, sólo que me quedaba con dinero, no aseguraban el dinero como sucedía con las otras chicas. Ellos decidieron cambiar porque decían que muchas chicas llegaban, pagaban el billete y luego se marchaban del club. De esa manera se quedaban muchas veces sin chicas.

Todos los días tenía que pagar sesenta euros, y todo lo que después quitaba ya era para mí. Mi compañera Leyla fue quien me ayudó para entender las palabras en español. Me prestó un diccionario. Entonces, en el club pasó que nos juntamos chicas con condiciones diferentes.

Leyla y yo un día que estuvimos haciendo cuentas nos dimos cuenta de que en el club nos estaban cobrando demasiado dinero por el billete. Me quedé horrorizada. Fuimos a hablar con el dueño y le dijimos que no seguiríamos trabajando así. Al mismo tiempo, no podíamos dejar de trabajar. Necesitaba enviar dinero para Brasil.

Una noche, un cliente de Viveiro que se llama Luis, me pagó seis copas de treinta euros cada una, cinco pases de media hora y después también una salida de doscientos cincuenta euros. Le dio un cheque al encargado del club. De ahí fuimos para su casa en Viveiro. Él cogió más dinero. Estaba muy borracho y fuimos en taxi a un motel. Follamos. Al día siguiente fue a llevarme al club. Ellos no me explicaron nada, si fuera un asesino... Pero, Luis me dio otros cien euros de propina. Llegué a juntar entonces mil euros para enviar a Brasil. De ese cliente de Viveiro, Manolo se me quedó con parte del dinero, y estuvo luego varios días dándome largas para pagarme.

El día 9 de febrero de 2003 fue el día más feliz de mi vida. Yo estaba bailando con mis amigas en el salón. Había unos chicos en la barra, uno me estaba mirando. Pero, yo no le di importancia. Luego, subí a la habitación

con un camionero. Cuando bajé me acerqué a una de las mesas y entonces me llamó uno de aquellos chicos. Me preguntó si quería una copa. Le dije que sí. Le pregunté si quería subir. Me dijo que se llamaba Kent y que era americano, aunque su padre era de Viveiro. Kent es de New Jersey. Aquella noche subimos a la habitación. Él se encantó conmigo y empezó a venir todos los días al club. Charlábamos un montón. Me preguntaba que porqué no iba a los Estados Unidos y me decía que yo podía quedarme en su casa y que él me conseguiría un trabajo. Me decía que no tenía porqué seguir en esa vida y que yo era muy guapa. Y Kent empezó a discutir con los dueños del club, diciéndoles que no tenían porqué cobrarme nada por estar allí.

Comencé a encariñarme con Kent. Y me fue convenciendo poco a poco con la idea de ir a los Estados Unidos, aunque no sabía cómo iba a hacer. Me dijo que yo tenía que volver a Brasil y que entonces él me vendría a buscar. Kent estaba de vacaciones y ya se marchaba para América. Antes de marcharse, me dio ochocientos dólares para que me fuese del club.

Kent se marchó un domingo. Al lunes siguiente, después de trabajar, decidimos escaparnos. A las ocho de la mañana allí todo el mundo estaba durmiendo. Nos escapamos yo y mi amiga Luana. Bajamos las escaleras con mucho sigilo...

Nos fuimos para otro club, para “La Celestina”. Nos llevó un amigo que nos vino a buscar. En “La Celestina” sólo estuve veinte días. Durante ese tiempo saqué mil doscientos euros. Allí descontaban sólo seis euros por pase y teníamos que pagar una diaria de ocho euros.

Cuando llamaba por teléfono a mi país, mi madre me contaba que Alex estaba quitándome todo el dinero de la cuenta en el banco y que sólo compraba armas. Alex era un fanático de las armas, por eso era vigilante de seguridad. Entonces, llamé por teléfono a Alex y él me dijo que todo era mentira. Pero, después me confesó que sí, que se había gastado todo el dinero.

Me arrepentí enseguida de haberme marchado del “Clangor” porque allí la comida era buena y había calefacción, estaba bien. Sin embargo, en “La Celestina” la calefacción era muy flaca, hacía un frío horrible y también tenían muchas colombianas. La vieja era mala, armaba confusión con cualquier cosa. Y yo ya no tengo paciencia, para viejas ya tengo bastante con mi suegra.

Me marché de “La Celestina” y me fui para el apartamento de Ruth, una amiga que vivía en Burela. Allí estuve durante unos días buscando un sitio para ir a trabajar. Un día, en que estaba en el supermercado de Burela me encontré con uno del “Clangor” y me vinieron a buscar. Manolo vino al piso de Ruth montando escándalo. Nos dijo que nos iba a romper la cabeza a mí y a Luana. Pero, al final se marchó. Fue porque Ruth lo amenazó con llamar a la policía.

Después me fui para Santiago. Nos fuimos Ruth, Luana, Lucía y yo. Nos llevó un taxista de confianza. Llegamos a un club que estaba en medio del monte, allí donde Jesús perdió las zapatillas. No quise quedarme. Y nos fuimos todas para un hotel. Al día siguiente, ellas se marcharon para otro club en Lalín, y yo me quedé. Llamé a Kent por teléfono y me dijo que iba a venir a España para buscarme.

Me quedé allí, en un hotel en Santiago durante cuatro días, esperando por Kent. Cuando llegó, fue la primera vez que me pidió para follar sin condón. Le puse la disculpa de siempre, que todavía era muy temprano... No insistió. Luego, cogimos un tren y nos fuimos para Madrid a un hotel. Al día siguiente fuimos al Consulado Americano. Yo no pude entrar. A Kent le informaron de que no era posible que nos fuésemos juntos a los Estados Unidos, y que yo tenía que ir para Brasil. Entonces, ya mis lágrimas empezaron a correr. Él me decía: - No te preocupes, mi amor. Kent era un tipo sensacional, me llevaba a cenar, a conocer sitios, me hacía sentir como una reina. No quería que siguiese trabajando en la prostitución. Me pagó el billete de ida y vuelta para Brasil y me dio también mil dólares.

El retorno a Brasil

Y así fue como regresé a Brasil. Kent me llevó hasta el aeropuerto, y lloraba como un niño. Cuando llegué a São Paulo lo primero que hice fue ir a pedir información sobre el viaje a Estados Unidos. Me dijeron que no era fácil, que desde lo de las Torres Gemelas todo se había complicado para viajar allá. También aproveché para arreglar todos mis problemas con Alex.

Un primo mío me dijo que conocía a un tío que podría mandarme para los Estados Unidos en menos de un mes. El contacto era un *vagabundo* que estaba en São Paulo, su nombre era Roberto. Me comunicaba con él por internet. Aquel *vagabundo* me cobró seis mil dólares y me aseguró que podría ir a los Estados Unidos en veinte días. Yo no sabía de dónde sacar el

dinero. Y me daba vergüenza pedírselo a Kent. Pero, él no lo pensó dos veces y me mandó siete mil quinientos dólares a través de mi cuenta.

Mi propio primo me había asegurado que ese tío, el Roberto, era una persona de confianza, que trabajaba con gente importante, con gente de la “Globo”. Ahí, avisé al Roberto de que ya tenía el dinero. Fui a hablar con el gerente de mi banco, quien me preguntó si yo iba a entregar todo ese dinero sin ningún justificante. Yo le entregué todo el dinero, las fotos y toda la *papelada* que él me pidió. Me dijo: - Está bien, dentro de una semana me pondré en contacto contigo. - *Tudo bem.*

Pero, pasó el tiempo y ese hombre no me llamaba nunca. Hasta que un día descubrí dónde tenía instalado el teléfono. Salí de mi casa a las cuatro y media de la madrugada, cogí el metro y me fui para su casa. Cuando llegué vi el *carro* aparcado en la puerta. Me senté en la acera. Timbré. Me atendió su hermano. Me abrió la puerta. En su casa había todas las cosas que puedas imaginar. Cuando bajó de la habitación, empezó de nuevo con excusas. Le dije que me estaba enredando, que me había asegurado que todo estaría listo en veinte días y que ya habían pasado dos meses. Él no había hecho nada todavía. Me comió todo el dinero. Yo no sabía qué hacer ni qué decirle a Kent.

Después de ese día, descubrí que Roberto era un gran estafador. Me llevó a casa de otro tipo, un libanés. El libanés me explicó que yo podía ir a Estados Unidos por Méjico, que ese era el camino más fácil. Me falsificó un montón de papeles, registró a mi nombre propiedades, y me puso un salario de tres mil reales. Me dijo que yo incluso podía casarme con Kent en Méjico y luego viajar a los Estados Unidos.

Le conté el plan a Kent. A él ya todo esto le parecía muy peligroso, aún así me envió otros quinientos dólares. Roberto y el libanés también me propusieron ir por Canadá. Pero, mi visado canadiense no salió. Fue por eso que el libanés me dijo que era mejor ir por Méjico. Y me confesó que mi pasaporte estaba retenido en el Consulado Canadiense. El libanés entonces me pidió otros seiscientos reales para poder liberar mi pasaporte. Yo, como estaba desesperada, fui al banco, saqué el dinero y se lo llevé al libanés. Él me llevó hasta el aeropuerto.

El Sueño Americano

Cuando llegamos cogí el avión. El avión iba por Bolivia. Sólo había gente clandestina esperando para pasar a los Estados Unidos. Las conversaciones que se escuchaban en el avión eran todas sobre el dinero que habían tenido que pagar a los coyotes para poder pasar, que unos habían pagado cinco mil dólares, otros diez mil dólares... Eran gente brasilera, sobre todo de Minas.

Kent hizo la reserva para un hotel de México capital. Gracias a Dios, pasé la frontera mejicana. Cuando llegué me dio una desesperación..., me encontré allí sola en aquel aeropuerto. El vuelo de Kent venía con retraso. Pero, al cabo de unas horas llegó y nos fuimos para el hotel. Era un hotel super lujoso, con los botones que te recogen el equipaje y todo. Yo no había visto nunca nada igual.

Era consciente de que tenía que contarle la verdad a Kent. No podía casarme con él sin hablarle de mi enfermedad. Y le conté todo sobre mi problema. Él lloró. Después me dijo que me aceptaba igual, que no había problema porque él me amaba. Fue maravilloso.

Llevaba en mi maleta un vestido blanco de novia que había comprado en São Paulo. Kent traía las alianzas. Al día siguiente, nos dirigimos al Consulado Americano. Esta vez me dejaron entrar. Él hablando en inglés con el personal. Le dieron un papel para cubrir con todos mis datos. Kent quería que nos casásemos en Nueva York, para que estuviese su familia. Del Consulado nos fuimos en taxi a un Notario. Y allí nos pidieron un montón de papeles, toda esa maldita burocracia... Kent entonces llamó por teléfono a Roberto y le amenazó, le dijo que lo iba a matar. Yo lloraba. Me veía ya regresando para mi país con una mano delante y otra detrás.

Estuvimos en México una semana. Cuando nos despedimos sólo llorábamos. Tuve que tomar un tranquilizante. Y regresé a Brasil. Kent es un amor de persona. Es la persona que más me ha hecho feliz, y creo que es el verdadero amor de mi vida. Todo lo que me pasó fue porque no fui personalmente a informarme al Consulado. Al depender de aquellas personas, de aquellos bandidos, fue como llegó toda mi desgracia.

Cuando llegué a Brasil yo ya no tenía valor para pedirle más dinero a Kent. Las cosas se fueron volviendo difíciles, y por eso enseguida surgió en mi cabeza la idea de volver a España. Mi madre amenazó al Roberto y consiguió recuperar dos mil reales. El libanés desapareció. Nunca más volví a tener noticias de ese tipo.

Ahí comencé a hacer los preparativos para volver a España. Llamé por teléfono al Manolo y al Juan Carlos del “Clangor” para preguntarles si podía regresar al club. Les pregunté cuánto dinero debía todavía. Manolo me dijo que con mil euros estaba todo saldado.

Kent no quería que volviese a España para trabajar en la prostitución. Pero, yo necesitaba dinero y no tenía más oportunidades. Pedí mil reales prestados en el banco, y contaba también con los dos mil reales que mi madre había conseguido recuperar. Llegué de México en julio y estuve en Brasil hasta el mes de octubre. Salí el día 1 de octubre de São Paulo.

Segundo viaje a España

Llegué a Madrid el día 2 de octubre y viajé también en Iberia de Madrid hasta Santiago. Manolo me había dicho que me estaría esperando en el aeropuerto. Pero, cuando llegué a Santiago él no estaba. Entonces, lo llamé por teléfono y él me explicó que no podía ir a buscarme debido a todos los problemas que tenían en el club. En aquella época los del “Clangor” estaban siendo acusados de tráfico de mujeres, y por eso tenían miedo.

Manolo me dijo que cogiera un taxi para ir al club. Yo le dije que no tenía dinero, y él me contestó que no me preocupase, que me pagaría el taxi cuando llegase a Ribadeo. Como el taxista estaba medio desconfiado, él también habló con Manolo para confirmar. El taxista cobró ciento veinticinco euros.

Cuando llegué al club le dije a Manolo: - Manolo, tengo el dinero aquí para ti. Como yo traía el dinero en dólares y el cambio estaba un poco más bajo en comparación con el euro, tuve que pagar la diferencia, y además el taxi. Quedé debiendo doscientos cincuenta euros.

Entonces, comencé de nuevo a trabajar en el “Clangor”. Esa misma noche me hice seis pases. El “Clangor” ha sido uno de los mejores clubes que he conocido, por la comida, por el trato con las chicas, la limpieza, por todo. Estuve allí trabajando seis meses.

Con un mes de estar allí cogí una infección urinaria y tuve que ir al médico y guardar reposo. Juan Carlos me dijo que podía quedarme en el club descansando, que no me iba a cobrar la diaria. A causa de esa enfermedad me quedé diez días sin trabajar. Después volví a trabajar normal.

Cuando estás mucho tiempo en un club llega un momento que no trabajas más. Los clientes siempre buscan la novedad, quieren chicas nuevas. Fue entonces, cuando decidí con mi amiga Carla ir a hacer una plaza en Bilbao. Avisamos a los dueños del club de que nos marchábamos. Manolo nos pidió casi llorando que nos quedásemos una semana más, que se estaban quedando sin mujeres. Entonces, como Manolo se había portado siempre bien con nosotras, decidimos quedarnos una semana más. Después, viajamos en bus hasta Bilbao. Era un club que se llamaba “Millenarium”. No me gustó nada. El sistema de trabajo era muy diferente al que yo estaba acostumbrada. Las chicas ya iban a buscar directamente a los clientes cuando ellos entraban por la puerta. Y se consumía mucha droga. Tampoco nos gustaba la comida. Así, la gente extrañó aquello todo. Durante el día no conseguía dormir. Las escaleras eran de madera y hacían un ruido horrible. Yo me dije: - No, aquí no me voy a quedar. Sólo estuvimos allí una semana. Nos tocó otra vez llamar a Manolo y pedirle para volver. Él nos dijo que pensábamos que todos los clubes eran igual que el “Clangor” y que no era así.

Regresamos al “Clangor”. Luego, la Fabiana, una brasilera que ya llevaba trabajando allí mucho tiempo, nos habló de un club en Burgos que era muy bueno. Así que después de una semana me fui para Burgos con una amiga. Cuando llegamos a Burgos recuerdo un frío horrible. El club se llamaba “La Roca” y allí la dueña era brasilera, pero las chicas eran todas colombianas y bolivianas, y todas follaban sin condón. El club era terrible: no había limpieza, había cámaras en todas partes, teníamos que pagar treinta y cinco euros de diaria tanto si trabajábamos como si no, para las sábanas y los condones había que pagar dos euros, etc. Todo esto me provocó una desesperación horrible. Me hacía un pase, nada más, sólo me daba para pagar la diaria. La que más trabajaba allí era una colombiana que follaba sin condón. Ella se hacía diez pases casi todas las noches. La noche que menos trabajaba se hacía siete pases. Subía con todos, fuese o no con condón. Cuando a mí me pedían sin condón y yo no quería, se iban con ella. Como yo no debía ningún dinero, me podía ir cuando quisiese. Pero, mi amiga debía dinero. Fue su novio quien le pagó la deuda. Pagó ochocientos ochenta euros al club. Entonces, nos marchamos de allí.

Nos vinimos para Ribadeo, al club “La Musa”, cerca de la playa. La dueña es una española maravillosa. Es un club muy bueno. Hay magníficas habitaciones con baño y con las ventanas con vistas al mar. Te despertabas con el ruido de las olas... El horario era de ocho y media de la noche hasta las tres y media, los fines de semana hasta las cinco. Los pases igual que en el “Clangor”, a cuarenta euros. De casa había que pagar doce euros y una comisión de nueve euros por cada pase. Los clientes eran los mismos que

en el “Clangor” y eso dificultaba mi trabajo. Le pedí a Dios que iluminase mi camino para poder encontrar un buen sitio de trabajo.

Al cabo de dos semanas, vino una tarde Jacqueline, la peluquera brasilera, para arreglar el cabello de las chicas. Ella fue quien me comentó que en Lugo había un piso donde la gente trabajaba muy bien, y que la dueña estaba necesitando de dos chicas brasileras. Era el piso de Romelina.

El piso de Romelina

Yo nunca había trabajado en un piso. Bueno, el esquema era el mismo que en la casa de citas de Brasil donde trabajé. Así que hice las maletas y me vine para Lugo. Un amigo de Manolo fue quien me trajo.

En el piso de Romelina estuve trabajando durante un mes. Trabajé muy bien. El primer día ya me hice ocho pases. Ahí ya me puse bien contenta. Lo que pasa es que la Romelina te cobra por todo. Los pases allí eran de veinte minutos treinta euros; media hora cuarenta y cinco euros; una hora noventa euros; y los servicios especiales como la lluvia dorada y el sado a partir de sesenta euros.

Cuando tú llegas al piso de Romelina trabajas bien. Después, ella ya empieza a boicotearte, que si la chica está enferma, que si está menstruada, etc. En ese piso fue donde conocí a Fernanda. Comenzamos a dormir en la misma habitación y empezamos a hacer amistad. Ella no trabajaba nada, porque en aquella época Fernanda era muy gorda y, claro, en este negocio los clientes prefieren a las chicas guapas y delgadas.

Estuve trabajando en el piso de Romelina un mes. Decidí marcharme porque me sentía cansada. Romelina no quería que me fuese porque yo era una de las chicas que más trabajaba en el piso.

Un día, aún estaba en el piso, vino un chico de Fonsagrada. Se llamaba Luis. Yo no tenía ganas de hacer el pase y me presenté con pijama, con los cabellos como una loca para que no me escogiese. Pero, me escogió a mí. Me pagó una hora y media. Tenía un aspecto extraño y traía sus propios condones. Creo que tal vez tuviese sida. Me dijo que tenía un problema en la piel, la tenía enrojecida y como escamada. Vivía en Marruecos y era traficante de droga.

Un día de domingo que decidí hacer *folga* me fui con Luis para Santiago. Visitamos la Catedral, después fuimos a comer y a la playa. También me

llevó a la casa de un amigo suyo venezolano que tenía una plantación de marihuana. Conversamos mucho. Luego, el lunes por la tarde regresé a Lugo. Le dije a Romelina que no quería quedarme más tiempo en el piso y le dije que me iba a hacer una plaza en un club. No le dije que me iba a otro piso, porque a ella no le gusta que salgas de su piso y vayas a trabajar a otro. Así que le expliqué que me iba a un club.

Entonces, me marché para el piso de unas amigas brasileras, Luciene y Victoria, en la calle Río Sil. Como coloqué mi anuncio de nuevo en el periódico, Romelina se dio cuenta enseguida de que yo me había ido a trabajar a un piso. Entonces, ¿qué fue lo que hizo ella? Mandó a alguien a colocar en todos los buzones de los vecinos del edificio unos papeles donde estaba escrito que allí en el cuarto piso había prostitución y drogas. A pesar de eso, Romelina no es mala persona, lo que pasa es que sólo piensa en el dinero. Por ganar más dinero es capaz de matar a alguien.

En la comunidad de vecinos hicieron una reunión y fueron a hablar con el dueño del piso. El dueño ya sabía que era un piso de trabajo. Sólo nos había pedido discreción. Y el dueño, después de la reunión, nos dijo que era mejor que nos marchásemos.

Un falso policía secreto

Después me fui para el club de Ramiro. Cuando llegué pensé: - ¿Cómo voy a trabajar aquí en este club en medio del monte? Como Ramiro estaba buscando también una cocinera, llamé a Fernanda y así fue como ella se colocó allí de cocinera.

Antes de ir al club de Ramiro, Fernanda y yo fuimos a otro piso. Una amiga nos contó que lo iban a traspasar y nos lo ofreció. Le dimos seiscientos sesenta euros y la chica se fue para Oviedo. Nos engañaron. Entonces, fue cuando nos fuimos al “Rayo de Luna”. Allí trabajé muy bien. Al mismo tiempo, Fernanda y yo alquilamos un piso en la calle Tui para vivir y descansar. A Ramiro alguien con la boca muy grande le dijo que nosotras nos estábamos llevando los clientes del club para el piso. Eso fue alguna chica, y yo creo que fue Isabel.

En el club de Ramiro estuve trabajando dos meses. Luego, me fui a hacer una plaza en Talavera de la Reina. Era un piso de una colombiana, Ángela, muy buena persona. Trabajé allí durante veinticinco días. Trabajé muy bien. Gané mil setecientos euros. Allí se trabajaba al cincuenta por ciento.

Sólo estuvimos dos chicas, yo y una colombiana. Pero, yo era la que más trabajaba.

Cuando terminé la plaza regresé a Lugo. Llamé por teléfono a Ramiro y le pedí disculpas porque cuando salí del club discutimos mucho y le había mandado a tomar por culo. Él también se había puesto muy nervioso. Le pregunté: - Ramiro, ¿puedo volver al club? Y él: - a la hora que tú quieras. Y volví directamente para el “Rayo de Luna”. Esa misma noche, serían más o menos las diez y media de la noche cuando llegué, empecé a trabajar. Y me hice cinco pases. Fernanda seguía allí trabajando de cocinera.

Ahí fue cuando al poco comencé también a trabajar en el piso durante el día. Trabajaba así, cuando me apetecía, porque sino no aguantas el ritmo trabajando todo el día y luego toda la noche en el club.

Después fue cuando conocí a Alberto en el piso. Empezamos a conversar. Me dijo que había estado en Brasil, que conocía Recife, que era separado y que su mujer se había fugado con su mejor amigo. Me contó que era policía secreto, una película... Y yo me lo creí. Empezó a venir por el piso. Yo estaba encantada. Siempre se preocupaba por mí. Me regaló la televisión. A veces también venía al club al comienzo de la tarde. Alberto era así, venía unos días y después desaparecía durante un tiempo. Pasado un tiempo, empezó a hacer planes conmigo. Me dijo que quería volver a Brasil, que fuésemos juntos y que nos casaríamos, que se haría cargo de las niñas y montaríamos un comercio. Montó toda aquella historia. Siempre me decía que vivía en Coruña y que tenía mucha amistad con los de Extranjería. También me decía que si no me cogía el teléfono era porque estaba trabajando, y que como era policía secreta de narcotráfico no podía atenderme. Un día vino al piso con un arma y unas esposas. También me mostró un carnet que ponía “Xunta de Galicia”. Yo me creí la película, como una boba. Me fue seduciendo con sus regalos: un anillo, la televisión, cajas de bombones, etc.

Un día Fernanda me llamó. Me dijo que había visto en el restaurante brasilero a Alberto comiendo con su esposa y su hija. No podía creérmelo. Esa noche fui a trabajar al club y me emborraché.

Tardé un mes en tener noticias de él. Fernanda me contó que cuando Alberto la vio a ella se puso pálido, y al poco se marchó con su familia del restaurante. Después de eso me envió un mensaje: “tenemos que hablar”. Y vino de nuevo al piso. Me dijo que su madre había muerto de un infarto, y que fue por eso que había ido a comer con su mujer. Me contó todo esto

casi llorando. Y yo nuevamente me lo creí todo. Pensé que todo había sido una casualidad. Pero, pasaron dos meses y Alberto desapareció otra vez. Fue aquella época en la que sucedieron todos los problemas en el club de Ramiro, cuando vino Paula y Ramiro echó a la calle a Patricia, con todo aquel alboroto.

Un día Alberto me volvió a llamar por teléfono. Me preguntó si quería ir a un sitio a bailar. Yo le dije que sí y fui con él. Después, volvimos juntos y se quedó a dormir conmigo en el piso. Esa vez fue la única en la que Alberto ya no me pagó. Al día siguiente se marchó.

Ese fin de semana fui a visitar a Desio al hospital. Pregunté en información para ir a la habitación. Yo iba con Patricia y cuando estábamos buscando a Desio, nos encontramos con Alberto. Al verme se quedó todo blanco. Estaba visitando a un familiar y en compañía de su mujer. Alberto pensó que yo había ido allí para seguirlo. No era cierto, pero yo quería una explicación, sino iba a haber un escándalo allí en el hospital. Alberto estaba con su mujer y su hija. Le dije: - Hola Alberto. Él contestó todo serio: - Hola. Y se marchó. Entonces, me acerqué a su mujer:

- Perdona, ¿es usted familiar de ese chico?
- Sí, soy su mujer.
- Pues, usted no me conoce, pero yo soy su amante.

Ella se asustó mucho. Patricia se quedó mirando toda la escena con los ojos como platos. La mujer era muy fina. Sólo me preguntó dónde vivía y me pidió mi teléfono para hablar conmigo y esclarecer las cosas.

Al día siguiente, Alberto me llamó:

- ¿Qué pasa tía? ¿tú estás loca o qué?
- Loca, loca..., tú vas a ver lo que es una loca brasilera, cabrón de mierda.

Después se calmó y me pidió que por favor no le contase nada a su mujer. Me dijo que yo le estaba perjudicando mucho, que su mujer lo iba a echar de casa. Yo le dije que él se lo había buscado, que me había engañado, incluso había hablado con mi madre por teléfono. También le dije que no se preocupase, que no le iba a molestar más, pero que sólo lo hacía porque su mujer era buena persona y también por su hija, que no tenía ninguna culpa de lo que estaba pasando. Y le pedí trescientos euros por la última noche que había pasado conmigo. Me los dio enseguida. Y me preguntó que cuánto más quería para que no contase nada. Le dije que no quería

nada, que con los trescientos euros era suficiente. Aquello sucedió en septiembre de 2004. Y nunca más lo volví a ver.

De clubes y pisos

Seguí trabajando en el “Rayo de Luna”. En el piso apenas trabajaba. A Ramón lo conocí como cliente. A veces me pagaba una copa y luego entraba conmigo. Vivía en Villalba y trabajaba en la Telefónica. Como siempre estaba viajando, sólo iba al club los domingos.

Un domingo vino al club y me preguntó si quería ir con él a Vitoria. Le dije que no. Pero, seguimos viéndonos. Me llevaba a pasear. Un día me llevó a conocer Orense y el pico de Cabeza de Manzaneda. A veces también se quedaba en casa, venía de trabajar y se quedaba en el piso. Él siempre me daba dinero: cien euros, setenta euros, etc. Cuando me fui para Alcorcón a hacer una plaza a un piso, él fue quien me pagó el billete y me dio más de setenta euros.

En el piso la dueña era colombiana y también vendía droga para los clientes. Eso me daba miedo, tenía miedo de que llegase la policía. En esa plaza estuve veinte días y gané libres tres mil seiscientos euros. Trabajé mucho, pero el problema era que allí para trabajar había que consumir coca. Algunos clientes ni follaban, te pasabas horas y horas en la habitación conversando y consumiendo droga.

Volví de Alcorcón y empecé a trabajar en el “Erótica”. En todos los clubes que estuve trabajando, la verdad siempre tuve bastante suerte. En el “Erótica” estuve dos meses.

Ramón también me decía que era soltero. Pero, no sé. Patricia dice que tiene casi la certeza de que es casado. Lo llamé varias veces por teléfono, pero siempre tiene el teléfono fuera de cobertura. Desde el día que lo llamé para preguntarle si él podía ayudarme con mis papeles y firmarme en la solicitud del permiso de residencia, desapareció. Y tampoco he insistido, soy lo suficientemente orgullosa y ya no exijo nada a ningún hombre. Aunque, me hubiese gustado que al menos me hubiese dado una explicación. Le di suficiente confianza, pero, definitivamente, no tengo suerte con los hombres.

En el “Erótica” cobraban treinta euros diarios. Eso me parecía un absurdo. Pero, en el trato con las chicas los dueños son buena gente. Y tenían demasiadas mujeres para tan poco trabajo. Cuando me marché de allí,

tenían treinta y dos chicas. Pero, la cosa es así, cuando las chicas ven que no hay trabajo, no aguantan y entonces se marchan para otro sitio.

Del “Erótica” me fui para Santiago junto con Patricia a hacer una plaza en un piso. No me gustó nada. La dueña del piso era una travesti colombiana, que tenía allí un novio español. Aparte de nosotras dos, trabajaban en el piso una madurita colombiana, una travesti y el chico, Bruno.

El piso en Lugo

Fernanda me llamó y me dijo que el teléfono no paraba de sonar, que llamaban tanto que lo había tenido que apagar. Entonces, me di cuenta de que había dejado un anuncio con foto en el periódico de Lugo. Y nos volvimos.

Yo pensaba que en el piso el trabajo no iba a funcionar, porque como es un cuarto piso sin ascensor pensaba que no iban a subir los clientes. Pero, desde que Patricia y yo regresamos el piso está funcionando, gracias a Dios. Y prefiero estar trabajando aquí en mi piso en Lugo, sin tener problemas ni estar rompiéndome la cabeza en los clubes, con miedo de que en cualquier momento llegue la policía.

No sé cuánto tiempo voy a estar trabajando en el piso, pero mientras funcione no voy a hacer más plazas. Ahora tengo dieciséis mil reales ahorrados en mi cuenta en Brasil. Podría tener más dinero, pero los gastos de aquí hacen que no pueda ahorrar más. Me gustaría volver a Brasil el año que viene, pero sólo de visita. No voy a quedarme a vivir en mi país, sino que arreglaré mi vida aquí en España. En Brasil no hay condiciones de trabajo, y menos cuando ya tienes una edad, así que me quedaré a vivir en España. Sólo quiero ayudar a mi madre y a mis hijas. El resto de la familia no me interesa, ellos no nos ayudaron cuando lo necesitamos, así que yo no voy ahora a ayudarlos a ellos.

Sí, tengo muchos planes para el futuro. Tengo que conseguir treinta mil reales: diez mil reales para comprar un coche; cinco mil reales para hacer un viaje a Salvador; tres mil quinientos reales para la operación de silicona; mil quinientos reales para la cirugía plástica; cinco mil reales para invertir en la tienda; y dos mil reales para mi abuela.

Marcela me ha dicho que hay dos chicas guapísimas en Rio que están locas por venir a España. Marcela me las va a presentar y me dice que yo podría cobrarles a cada una cinco mil euros. No sé, yo no quiero explotar a nadie,

lo que no deseo para mí, no lo quiero para los demás. Pero, claro, algo tengo que cobrar, aunque prefiero cobrar menos y ganar seguro, porque nunca sabes como responde luego la gente, llegan aquí con una idea y después se marchan, desaparecen y no te pagan.

La prostitución como un trabajo

Yo veo la prostitución como un trabajo. Lo que pasa es que es muy difícil avanzar. Hay mucha competencia y ambición. Si una trabaja más que otra, ya se queda con los ojos grandes. Sería bueno que las personas que trabajamos en esto nos llevásemos mejor y nos ayudásemos entre nosotras. Pero, desgraciadamente, esto no sucede en la prostitución.

El principal problema son los clientes que quieren follar sin condón. Eso no entra en mi cabeza. No puedo entender qué es lo que piensan aquí los hombres. Eso no pasa en Brasil. En mi país la gente tiene más conciencia porque hay muchas más campañas y se dan conferencias sobre el tema. Sin embargo, en España no existe eso. Sería bueno que aquí hiciesen campañas, principalmente en las escuelas. En Brasil se explican las enfermedades de transmisión sexual ya en el colegio. Sinceramente, yo no sé qué es lo que tienen en la cabeza los hombres de aquí.

Antes yo no daba valor a mi salud. Pero, desde el momento en que la perdí la estoy revalorizando mucho. Ahora, para mí la salud es muy importante en mi vida.

También hay que reconocer que existen muchos prejuicios acerca de la prostitución. Ocurre lo mismo con las personas que tienen sida. Me gustaría que la gente nos mirase de otra manera. La discriminación destruye a la persona. Cuando se supo que Desio tenía sida, esa noticia corrió por los clubes y los pisos de Lugo como la pólvora. Ninguna chica ya quería estar con él, ni arreglarle las uñas, ni nada. Incluso, Patricia, es muy prejuiciosa. Y eso me parece terrible. Hasta yo, antes de mi enfermedad, era una persona con muchos prejuicios.

En Lugo si entras en una tienda ya te miran de modo diferente. Y eso a pesar de que las extranjeras gastan mucho dinero aquí. Un día que entré en una tienda de zapatillas deportivas con mi hermano Edson, el encargado no se apartó un instante de su lado. ¿Por qué? Porque Edson es negro, no es otra la razón.

La prostitución ayuda a muchas mujeres a mejorar su nivel de vida. Pero, también hay otras que no tienen cabeza, que no se preocupan de ahorrar ni de su familia. Y para trabajar en la prostitución hay que tener mucha cabeza. Hay mujeres que sólo piensan en gastar dinero en ropa, en consumir droga, que no tienen responsabilidad ninguna. Pero, si tienes responsabilidad la prostitución es una buena opción, es un trabajo normal. Yo no robo a nadie, sino que gano mi dinero honestamente. Yo estoy vendiendo lo que es mío.

La prostitución debería legalizarse. Por mucho que la policía detenga a las mujeres, siempre existirá. Las mujeres podrían pagar un impuesto, y eso sería también bueno para el Estado. ¿Qué gana la policía deportando a las chicas? Es un absurdo. Por cada diez que deportan, vuelven a entrar veinte. Lo que debería hacer la policía es perseguir el tráfico de drogas, que eso sí que es un delito, y no la prostitución.

Las mujeres que trabajan en la prostitución no hacen daño a nadie. ¿Qué pasa con toda la droga que entra en este país? Yo no entiendo cómo la policía está encima de los inmigrantes y no hace caso del consumo y del tráfico de drogas tan alto que hay en este país. Yo lo veo aquí todos los días. En los pubs, en los clubes, todo el mundo sale drogado y no pasa nada. Ahí es donde debería existir mayor control por parte de la policía.

Las prostitutas estamos ganando nuestro pan y no hacemos daño a nadie. La policía debería vigilar el tráfico, pero no controlar la actividad de la prostitución. Podrían hacer un control en todos los clubes de Galicia y hablar con las chicas, para saber si están bien o si tienen problemas, o si han sido traficadas o traídas en contra de su voluntad.

Y no hay que confundir un préstamo con el tráfico de mujeres. También podría funcionar mejor dando un tiempo estipulado que serían seis meses o un año para trabajar tranquilamente en la prostitución. Sería bueno para las mujeres, también, que cotizasen a la Seguridad Social y que tuviesen los mismos derechos que cualquier otro trabajador. Para mí, la prostitución es un trabajo normal.

Una prostituta tiene que ser respetada. Yo soy “Giovanna” dentro del piso cuando trabajo. Pero, fuera de eso soy Sandra, una chica normal, una ciudadana, una persona que lucha por su vida y que exige respeto. Los hombres de aquí son así, si te ven que eres extranjera ya eres prostituta y te tratan diferente, o intentan que se lo des por la cara. Cuando saben que estás viviendo en un piso, ya te preguntan: - ¿Cuándo me invitas para tomar un café en tu piso? Yo siempre digo por eso que vivo en un club, así evito

la osadía de los hombres. Y cuando me preguntan si no tengo un día de fiesta, les contesto que no, que no puedo coger un festivo cuando yo quiera, sino que es el dueño del club el que me asigna un día. Así trato de evitar esa osadía de los hombres.

Mi sueño sería volver a estar con Kent. Que él viniese a vivir conmigo a España. Aunque, eso es difícil porque él tiene toda su vida allá. Por eso quiere que sea yo quien vaya a vivir a los Estados Unidos, y me dice que me ayudará a conseguir trabajo. Kent sigue pensando en la posibilidad de que yo entre en los Estados Unidos por Toronto.

Me considero una mujer valiente. Cuando quiero una cosa lucho para conseguirla. Marcela ya me ha hablado de la posibilidad de ir a Suiza a trabajar, y sé que yo sería capaz.

En el piso el trabajo está yendo muy bien. Hemos colocado un anuncio en el periódico ofreciendo dos chicas por cuarenta euros. Aunque, es poco dinero, ha dado buen resultado. Han venido muchos clientes por ese anuncio, y así, poquito a poquito hemos ganado un montón de dinero. Ayer yo me hice más de diez pases, y Patricia se hizo más.

*Dinheiro na mau,
Calçinha no chão.
Dinheiro não viu,
Calcinha subiu.*

(Dinero en la mano,
Bragas en el suelo.
No se ha visto el dinero,
Bragas subieron)

PAULA

Por mi familia

Nací en la ciudad de Belo Horizonte en enero de 1977. Somos siete hermanos, cuatro chicas y tres chicos. Vivíamos todos con mis padres en un barrio de la ciudad. Yo trabajé desde pequeña, siempre de doméstica en casas de otras personas, desde los diez años. También ayudaba a recoger hortalizas en las plantaciones y a mi madre en las tareas de casa. Éramos muy pobres. Pero, la familia siempre estuvo unida y yo me llevaba bien con mis padres. Viví en casa de mis padres hasta cumplir los veinte años, edad en la que me hice independiente.

Mis padres no tenían condiciones, no tenían suficiente dinero para darnos a todos una educación, y por eso teníamos que trabajar. En aquella época yo estudiaba por la mañana y durante la tarde iba a trabajar. Siempre me gustó estudiar, pero a los dieciocho años tuve que dejar los estudios porque mi padre entonces estaba desempleado y para nosotros fue una etapa económicamente difícil. Por eso dejé de estudiar.

También cuidé a una señora anciana durante dos años. Yo tenía entonces dieciséis años, y estuve en su casa hasta los dieciocho. Ella me ayudó mucho. Me pagaba los estudios y me daba de todo: ropa, comida, etc. Me cuidaba. Y yo, a cambio, la cuidaba a ella. La señora podía caminar, pero vivía en una casa muy grande y necesitaba muchos cuidados. Yo le ayudaba en todo. Pero, como mi familia también me necesitaba, volví para casa de mis padres. Aún así, reconozco que gracias a esa mujer pude seguir mis estudios. Desgraciadamente, ella ya murió. Fue una persona muy importante en mi vida. Ella me ayudó a crecer, a saber y empezar a desenvolverme en la vida, a tener ideas para buscar y encontrar trabajo. Falleció hace ya más de cuatro años, pero no la olvidaré nunca.

Después de una temporada en casa, empecé a trabajar cuidando niños. Uy, ya trabajé mucho de canguro. A mí me gustan mucho los niños, me encantan. Así estuve durante un año. Luego, trabajé en una fábrica textil junto con mi hermana. Allí estuve también un año trabajando. Más tarde, nos despidieron a muchas personas porque la fábrica no iba bien.

Mis hermanos siempre han sido más egoístas. No les importa tanto lo de contribuir con los gastos de la familia. Yo, sin embargo, hago todo esto por ellos. Si no fuese por mi familia yo no estaría aquí. Nunca hubiese venido a España para trabajar en la prostitución.

Nunca le he dicho a mi madre que estoy trabajando en la prostitución. Ella sólo me preguntó una vez que en qué estaba trabajando aquí y yo le contesté que estaba trabajando en un pub. Pero, intuyo que ella sabe en lo que estoy trabajando porque envió mucho dinero, y eso se sabe, es mucho dinero... Lo que pasa es que ella por respeto tal vez no se atreve a preguntarme más, y como yo no le cuento nada...

Mi primer novio

Cuando cumplí veinte años me fui a vivir con una amiga. Ella tenía una tienda de ropa y yo me fui a vivir con ella también para trabajar juntas. Salíamos a vender a otras localidades en el interior del Estado. Siempre viajábamos en autobús. Permanecimos juntas durante tres años. Trabajé mucho. Y también en esa época conocí a mi primer novio. Como él era un hombre muy celoso, no me dejó trabajar más y tuve que dejar a mi amiga y el trabajo en la tienda.

A los veintitrés años me fui a vivir con él. Alquilamos un piso en la ciudad para vivir juntos. Cambiaron las cosas. Yo no podía trabajar ni hacer nada, y tenía que depender de él para todo. Eso no me gustaba. Pero, estaba enamorada. Eso fue fatal para mí. Intenté separarme de él muchas veces. Una vez me escapé del piso y volví para la casa de mi amiga. Pero, él vino a buscarme.

Vivimos juntos durante dos años. Más que vivir, estuve presa. Me tenía sólo para hacer las cosas de la casa, para limpiar y cocinar. Cuando se iba a trabajar me trancaba la puerta y me dejaba encerrada. Si iba a comprar al supermercado, entonces me seguía. Tenía celos de todo el mundo, hasta de mis propias amigas. No quería que yo tuviese relación con ninguna persona. Y me amenazaba. Era un hombre muy malo conmigo.

Durante el primer año la relación fue llevadera. Pero, después, a partir de que yo fui alejándome de él y le decía que me quería marchar, todo empeoró. Él me decía: - Tú a mí no me dejas. Tú eres mía o no eres de nadie. Y yo siempre estaba aterrorizada. A mi familia no le conté nada de esta situación porque temía por la posible reacción o que hubiese una pelea entre ellos. Y yo no quería meterlos en problemas. Era mi vida y mi responsabilidad.

Los propios vecinos le tenían miedo. Me daban consejos para que me marchase. Pero, con él no se atrevían a hablar. Fue la peor época de mi vida. Me cansé de llorar, y siempre me quedaba en casa triste y aburrida.

Un día conseguí escaparme. Dejé mi ropa con una amiga. Aproveché que él se fue al trabajo. Mi amiga me ayudó. Me dio la dirección de una señora que tenía un restaurante en otra ciudad, a unas cinco horas de *carro* de Belo Horizonte. Entonces, ese mismo día cogí un autobús y me marché.

Sandro

La señora ya conocía mi situación. Cuando llegué, ya me estaba esperando en la *rodoviária*. Ahí empezó otra nueva fase en mi vida. ¡Dios mío! Por donde voy dejo el rastro... La señora era la dueña del restaurante. Por lo que sé, ella lo cerró hace poco, cuando yo ya estaba en España. Lo cerró por causa de problemas, peleas y cosas de esas.

En el restaurante yo hacía la limpieza, y también ayudaba en la cocina. Al principio, todo fue bien. Mucho mejor que mi vida anterior con aquel hombre... Trabajaba durante todo el día. Mi horario comenzaba temprano. Después, de las doce a las dos teníamos que servir la comida. Por la tarde la gente venía a tomar cerveza, y era más tranquilo.

Pero, aquí fue cuando conocí a otro *vagabundo*. Es el padre de mi hija y se llama Sandro. Era un cliente del restaurante. Venía con frecuencia a comer. Trabajaba allí, pero él era de otra ciudad de Minas, así que los fines de semana regresaba a su ciudad.

Sandro comenzó a decirme que yo era una mujer bonita e inteligente. Yo tenía todavía miedo de mi anterior novio, y le conté mis problemas. Él me dijo: - Tranquila, yo te ayudo. Y comenzamos a salir los fines de semana. Una vez me llevó a conocer a su familia en su ciudad. Me llevó a la casa de su madre y me presentó a sus dos hijos, porque él era separado. Y la tercera vez que fui a su casa de visita ya me quedé definitivamente. Me hizo una proposición. Sandro tenía un pub en la ciudad que mantenía cerrado y me propuso si quería trabajar allí con él. Acepté.

En el restaurante el trabajo era muy pesado. La dueña siempre me estaba mandando más trabajo y más servicios. Y ya no estaba aguantando. Así que le pedí la liquidación y me marché. Recuerdo que ella me preguntó si yo sabía lo que estaba haciendo. Y le contesté que sí. No tenía tampoco porqué darle explicaciones. Era mi vida.

En aquel tiempo yo tenía veinticuatro años y él treinta y seis. Al principio, no me gustaba. Sandro siempre estaba alardeando de que conseguía a todas las mujeres que quería. Durante los primeros ocho meses apenas tuvimos relación. Había algo de sexo, pero no amor ni pasión. Tomé la decisión de irme con él sólo por la propuesta de trabajo. Era muy buena. Ganaba mucho dinero y fue una buena época en mi vida. A pesar de los problemas que luego ocurrieron, no tengo nada que reclamarle. Sandro me ayudó mucho. Después, con el paso de los meses, ya me fui implicando más en la relación.

Cuando a Sandro lo trasladaron a otra ciudad, cerramos el pub, nos mudamos y abrimos un bar en esa ciudad. Funcionaba por la tarde y sobre todo por la noche. Alquilamos una casa. No había muebles ni nada, así que tuvimos que comprar una cama y las cosas poco a poco. Sandro puso todo a mi nombre, y yo administraba todo el dinero como quería. Y fue entonces cuando me puso los cuernos.

Yo era quien cerraba el bar ya de madrugada. Sandro y yo nos veíamos muy poco. Yo siempre llegaba a casa más tarde. Y peleábamos. Luego, cuando me quedé embarazada llegaron todos los problemas. Se volvió totalmente indiferente hacia mí. Me llamaba “fea” y me decía que no le molestase, que yo tenía que conseguirme un hombre y dejarle en paz a él. Seguimos así siempre discutiendo. Aguanté con él hasta que tuve seis meses de embarazo.

Un día lo descubrí con otra mujer. Y eso, en parte, fue mejor porque facilitó nuestra separación. Él ya quería separarse, y de esta forma todo fue más rápido.

Me quedé en casa sola. Sandro se marchó a vivir con aquella mujer. Yo continué trabajando en el bar hasta los siete meses de embarazo. Después, cerré el bar. No quería más aquello. No tenía condiciones ni ganas de seguir allí. Sólo pensaba en volver a casa de mi madre. Seguí viviendo sola hasta los ocho meses y luego tuve a la niña.

Mi hija Lilian

Cuando nació mi hija estuve sola. Sólo conté con la ayuda de una amiga y de su marido. Mi madre vino después para ayudarme. No pudo hacerlo antes porque mi familia vivía muy lejos del lugar donde yo estaba.

Todo salió bien. Después, me fui a vivir a otra casa en la misma ciudad. Era una casa grande, propiedad de Sandro. Yo entonces estaba pagando el alquiler, y se me hacía todo muy difícil. Por ese motivo, le pedí a él que me dejase vivir en aquella casa, que era muy grande.

Viví en esa casa con mi hija durante un tiempo. Después, quise marcharme también de allí, porque la mujer que tenía él complicaba mucho las cosas. A ella no le gustaba que yo estuviese viviendo allí, presionaba a Sandro y tampoco le dejaba que me pasase ningún tipo de pensión. Preferí marcharme a esperar a que se complicasen más todavía las cosas.

Luego, Lilian estuvo ingresada en el hospital durante once días. Tenía un problema de salud, bronquitis que luego se complicó con neumonía. Le pedí ayuda a Sandro para que me diese dinero para las medicinas que necesitaba mi hija. Y no quiso ayudarme. Al final, me ayudó un amigo suyo, que es el padrino de Lilian. Una persona muy buena. Siempre que lo necesitaba, él me ayudaba.

Después, vendí unas cosas que tenía, sobre todo muebles. Lo hice para comprar comida. No pedí ayuda a mi familia porque ellos no tenían condiciones. Era yo quien debía ayudarles. Además, yo soy una persona muy orgullosa. Tengo que estar prácticamente al límite para pedir ayuda. No soy de las que ante cualquier problema de esta vida acuden ya buscando ayuda. Me gusta ser la responsable de mi vida y luchar y conseguir las cosas por mí misma.

Pero, se me terminó todo el dinero. Y ahí sí que volví a casa de mi madre. Fue a causa de mi hija. Yo entonces estaba desempleada. Y Sandro no me daba nada. Yo le dije un día que él no servía para ser padre, que no le daba cariño ni condiciones a Lilian. Apenas fue a verla algunas veces. Cuando venía y yo le decía que la niña necesitaba cosas, como leche y alimentos, él siempre me contestaba que no podía ayudarme. En cambio, a los otros dos hijos que tenía con la otra mujer sí que les compraba de todo. Sandro se portó muy mal conmigo, sobre todo cuando yo estuve embarazada. Cogí una depresión tan grande que después no conseguía dar leche a mi pequeña. Lo peor, la salvajada más grande que hice fue permitir que Sandro reconociese y registrase a la niña. Si no la cuidaba ni la quería porqué lo hizo. Fueron tiempos muy duros. Recuerdo que entonces yo sólo comía sopa para luego poder comprar la leche para mi hija.

Cuando regresé a casa de mi madre, fue todo un poco mejor. Mi padre le compraba la leche a la niña. Mi hermana le compró ropa. Mi pequeña no tenía nada. En mi casa éramos pobres, pero nunca faltó comida.

Mi amiga Carla

Yo tenía una amiga, Carla, que ya había estado trabajando en España durante unos ocho meses y que en ese momento estaba en Brasil. Ella fue quien me habló de la posibilidad de viajar a España al verme en la difícil situación en que yo estaba. Me explicó todo. Que en España el trabajo era en la prostitución. Que tenía que vivir y trabajar en un club. Que no tenía porqué preocuparme por el dinero para comer y dormir; que sólo tenía que trabajar de esa forma; y que se ganaba dinero suficiente para conseguir las cosas mucho más rápido que en Brasil.

Me pareció buena idea. Le pedí a otra amiga el dinero para comprar el pasaje. Y ella lo compró directamente en la agencia, pero a mi nombre. Me cobró un poco de interés, pero no mucho. En total fueron mil quinientos euros. Yo se lo fui devolviendo después poco a poco. No podía ser de otro modo, porque también tenía que mandar dinero para mi madre y para los gastos de mi hija. Pero, no había problema. Mi amiga me dijo que se lo pagase cuando tuviese el dinero. Confiaba en mí. Nosotras ya éramos amigas desde hacía mucho tiempo.

Carla me prestó también mil euros para pasar la frontera. Sólo por precaución. Y también me prestó dinero para sacar el pasaporte. Durante el viaje vine llorando casi todo el tiempo. A mi madre le dije que me venía a España para trabajar en un restaurante, claro, no estaba tan loca como para decirle que me venía a Europa a trabajar de prostituta.

Carla y yo viajamos juntas. Para ella era la segunda vez. Llegamos a Bilbao. Allí en el aeropuerto nos esperaba un cliente de Carla. Y a continuación, nos llevó en su coche hasta Ribadeo. Fuimos directamente al club, al “Clangor”.

Llegamos por la noche. Recuerdo que estaba muy cansada, con mucho dolor de cabeza. No quería bajar, sólo pensaba en volver a Brasil. No entendía ni una gota de español. Carla me animaba, me decía que sería muy fácil. Pero, yo sólo me sentía deprimida y triste.

Carla siempre hablaba conmigo. Me decía que yo no estaba aquí de vacaciones, que no había venido para volverme atrás, que tenía una oportunidad y tenía que saber aprovecharla para ayudar a mi hija. Como teníamos el pasaje de vuelta, nosotras pensábamos en regresar al cabo de tres meses. Pero, no lo hicimos y perdimos el pasaje.

En el club

El primer día bajé al salón. Las chicas no te explican nada. Yo no sabía de nada. No entendía los euros ni nada. Fue Juan Carlos, el dueño, quien me explicó las normas y condiciones del club. La diaria eran diez euros. Si no trabajabas al día siguiente pagabas doble. La mayoría de las chicas eran brasileras. Aunque, hoy en día en cualquier club casi todas son brasileras.

Cuando yo llegué era verano. Había unas cuarenta mujeres. Cerca de treinta eran brasileras, luego había colombianas, dominicanas, africanas, etc. Quien más me ayudó fue Carla. No recuerdo al primer cliente, pero sí que trabajé bien. Llegué en fin de semana y estaba todo lleno. Yo no sabía hablar con los hombres. Lo único que me enseñaron a decir era: hola, ¿cómo estás? Me daba vergüenza. A veces dejaba de trabajar, de acercarme y charlar con los clientes. No sabía qué decirles. La que más me ayudó con este problema fue una chica, Joise. Ella ya conocía muy bien todo aquello y como veía lo que estaba pasando, quería ayudarme. Joise me acompañaba y me presentaba a los clientes. Me decía: - No te preocupes, no tengas miedo, que yo te traduzco. Y luego nos acercábamos juntas al cliente y ella me presentaba. Y Joise le decía al cliente: - Mira, es una chica que acaba de llegar, muy buena, sube con ella.

Estuve en el “Clangor” tres meses. Como vivía en el club me sentía como presa. Eso es muy deprimente. Al cabo de cuarenta días ya conseguí pagar mi billete. Yo enviaba dinero cada poco, cuando conseguía juntar una cantidad, después de trabajar dos semanas normalmente, era cuando enviaba el dinero para Brasil. Enviaba para mi familia y al principio también para pagar mi billete.

Al segundo mes, cuatro compañeras del “Clangor” decidimos alquilar un piso en Ribadeo. Fue un cliente de Carla quien alquiló el piso para nosotras. A ese chico le gusta mucho Carla. Por la semana salíamos del club a las cuatro y media, y los fines de semana a las seis. Nos íbamos para el piso. El dueño del club nos pagaba un taxi siempre para ir a Ribadeo. Pero, para ir al club a trabajar teníamos que pagar nosotras.

En Ribadeo comencé a tener una vida más tranquila. Me sentía mejor. Y el trabajo iba bien. En el club no tienes libertad ni intimidación. Siempre están entrando y saliendo chicas que ni siquiera conoces. Yo dormía en una habitación con Carla, pero con frecuencia teníamos que compartir la habitación con otras chicas.

Una vez Carla discutió con Erika, una africana. A Carla siempre le gustan las cosas muy limpias y ordenadas, y le echó en cara a Erika que era ella quien siempre tenía que limpiar la habitación. Y así empezaron a discutir. Y se agarraron. La africana se puso como una furia. Era una mujer muy fuerte y destrozó la habitación. Tiró incluso la televisión en el suelo y la rompió en mil pedazos. Y después le robó el móvil a Carla. Ella luego no quiso denunciar porque tenía miedo a los problemas. La africana estaba tan loca que el encargado no consiguió reducirla y necesitó la ayuda de otro hombre bien grande y bien fuerte. Y llamaron a la policía. Fueron al cuartel el encargado, la africana y Carla. Allí fue cuando descubrieron que la africana le había robado el móvil a Carla. Después, a la africana le hicieron pagar dos mil euros por los destrozos del club. Ahí creo que se pasaron un poco. A Erika no la volví a ver jamás.

El problema es que en el “Clangor” mezclan a todas las chicas. Y eso no es bueno. En otros clubes las colombianas están con colombianas, las brasileras con brasileras, las rumanas ellas solas y así. No se deben mezclar porque entonces es cuando llegan los problemas.

A las colombianas y a las africanas no les gustamos las brasileras. Cada una tiene su forma de ser, lógico. Por eso no deben mezclarse las chicas de distintas nacionalidades. Es muy difícil llevarse bien, y comienzan las peleas. La manera de pensar, de comportarse, el idioma, son diferentes.

Fue después de aquella pelea cuando decidimos alquilar un piso, para tener más tranquilidad y libertad. En aquella época fue también cuando conocí a mi novio, Jose. Lo conocí en el club. Quedé con él tres veces en el club, como cliente, claro. Después, empezamos a salir los fines de semana y cuando yo descansaba.

Luego tuvimos problemas en el piso. Yo no me entendía demasiado bien con ellas, sobre todo con una, que era muy envidiosa y se creía muy superior. Tenía una envidia..., un día me cogió la ropa de trabajo y la tiró a la basura, esa *vagabunda*. Si ella trabajaba bien estaba de buen humor, pero si no trabajaba bien y nosotras trabajábamos entonces se ponía de mala hostia.

Carla tenía un cliente, Iván, que era muy bueno con ella y que la sacó del club. Le dio mucho dinero, más de seis mil euros. Iván no quería que ella volviese a trabajar en la prostitución. Pero, todo se complicó porque vino un novio suyo de Brasil. Carla no sabía cómo explicarle a Iván que Márcio era el padre de su hijo y que estaba en Ribadeo en el piso.

Ribadeo es un pueblo muy pequeño y todo el mundo empezó a rumorear. La gente tiene mucha envidia. Las otras chicas sabían que Carla había dejado el club y que había recibido mucho dinero, y al mismo tiempo que andaba con su marido de Brasil. Entonces, Carla y yo decidimos dejar el “Clangor” y venirnos para Lugo.

Alquilamos un piso. Carla pagaba la parte de Márcio. Engañó a Iván y todo fue una gran confusión. Iván estaba totalmente enamorado de Carla, y ella me pidió que fuese yo quien hablase por teléfono con Iván y que le contase que ella ya no estaba aquí y que se había ido para Brasil. Y un día vino Iván al piso. Vino llorando. Y Carla y Márcio se escondieron. Iván me dijo que era un desgraciado y que se iba a tirar al mar.

Al cabo de un tiempo, Carla llamó por teléfono a Iván, le contó todo y le pidió perdón. Entonces, Iván, a pesar de todo lo que había ocurrido, le hizo a Carla una proposición. Le dijo: - o te casas conmigo o te marchas para Brasil con tu familia. Carla le contestó entonces que se iba para Brasil. E Iván le dio doce mil euros. Le dijo que prefería cualquier cosa a verla trabajando de nuevo en un club. Iván pensaba que Márcio era mi novio...

En el piso

Después conocí a Raquel, bueno, la conocía ya del “Clangor”, y empezamos a vivir juntas. Entonces, estábamos en el piso Carla, Márcio, Raquel y yo.

Colocamos anuncios en el periódico y atendíamos a los clientes en el piso. A veces, también subía a trabajar al piso de Sandra. Llegaban clientes que pedían varias chicas y entonces Sandra me llamaba.

Más tarde también vino Katia a vivir al piso. Yo me llevaba mucho mejor con Raquel que con Katia. Pero, Raquel apenas estaba en el piso porque seguía trabajando en un club y sólo venía una vez por semana. Luego, Carla y Márcio se marcharon para Brasil y nos quedamos en el piso Raquel, Katia y yo. Katia también trabajaba en el piso de Sandra. Katia es un poco *vagabunda*, ella tiene tres hijos en Brasil y no se preocupa de ellos para nada, sólo piensa todo el tiempo en salir y en las fiestas. A mí no me gusta la gente así. Y luego, a la hora de pagar los gastos del piso tienes que estar siempre encima de ella. Raquel no, Raquel siempre fue muy responsable. Por eso me llevo mucho mejor con ella.

Lo peor de este trabajo es la envidia entre compañeras, que es algo muy frecuente. La chica del piso de Ribadeo no era la única que conocí. Sandra también es así. Mientras trabajé en su piso, ella hacía lo mismo. Si ella trabajaba más todo iba bien, pero si yo ya trabajaba más que ella entonces empezaba a mirarte así de reojo y a hablar mal de ti. Fue por ese motivo que dejé de trabajar con ella. Ahora, prácticamente, ni siquiera nos hablamos. No me interesa relacionarme con personas que son así, que sólo piensan en ganar y ganar más dinero, y que les da igual pasar por encima de ti.

A mi novio Jose le dije lo del contrato para sacar mis papeles. Al principio me dijo que sí. Después, se puso todo celoso con el abogado. Me dijo que fuese al abogado para que me firmase él el contrato. Estuvimos una semana fatal a causa de esos celos estúpidos. Luego, me llamó y me pidió perdón. Pero, no parece que quiera ayudarme con lo de sacar los papeles. Yo tampoco le he vuelto a insistir. No necesito a un hombre para que sólo venga a acostarse conmigo. De esos no me hacen falta, los tengo a montones. Además, yo sé que soy guapa. Lo que busco es un hombre que me quiera y que me ayude, no sólo que venga a mi piso para acostarse conmigo.

Yo tengo unos objetivos que cumplir en España. No es que piense sólo en el dinero. Pero, sí que quiero conseguir algunas cosas. Quiero conseguir lo suficiente para mi casa en Brasil.

El dinero no lo es todo en esta vida. Yo eso ya lo sé. No soy una persona de esas que sólo piensan en el dinero. No sé cuánto tiempo voy a estar trabajando en la prostitución ni cuándo volveré a mi país. Tal vez tres o cuatro meses más. No estoy segura en este momento.

En la prostitución no tienes mucha oportunidad para conocer a gente buena. Trabajando en esto sólo conoces a muchas personas que no tienen corazón. Yo aunque estoy trabajando en la prostitución no me gusta esto. Muchas chicas vienen y recurren a la prostitución. No piensan en otra opción, en un trabajo normal, sólo piensan en la prostitución y listo. Yo, en cambio, pienso que si la persona lucha, si tiene voluntad, puede encontrar también otro tipo de trabajos. Lo que pasa es que la mayoría de las chicas ya no se plantean siquiera esa posibilidad. Tal vez yo tampoco.

ANA PAULA

Manãos

Nací el 2 de marzo de 1977 en la ciudad de Manãos, capital de la Amazonia. En mi familia éramos diez hermanos, ocho chicos y dos chicas. A mi hermano mayor no llegué a conocerlo, murió creo que de alguna enfermedad. No estoy segura, creo que mi madre vino de Belém do Pará y mi padre del interior del Estado de Maranhão. Vivíamos en una casa en un barrio de la ciudad, no había calles ni nada, todo era barro y las casas a medio construir.

Recuerdo mi infancia jugando en la calle en *calcinhas* con mis amigas. De pequeña iba a la escuela, aunque nunca me gustaron los estudios y repetí varios cursos. Sin embargo, me gustaría poder volver a estudiar cuando regrese a Brasil. Creo que si hubiese seguido estudiando tal vez ahora no estaría aquí trabajando en la prostitución, aunque tengo amigas que son formadas y que también trabajan en la prostitución.

Con trece años empecé a salir con mis amigas. No iba detrás de los chicos, a mí lo que siempre me gustó fue bailar. Yo era miembro de una banda, un grupo musical de samba y de *boi bumbá*. Bailaba y me pagaban por eso. Siempre me gustó mucho bailar. A veces también salíamos a actuar fuera de Manãos. Pero, como yo era menor no me dejaban salir demasiado. Adoraba salir así a las fiestas, conocer gente y bailar... Estuve en la banda de los trece a los quince años.

Con catorce años trabajé cuidando a unas gemelas. Trabajé así en varias casas de familia. Regresaba de trabajar por la tarde, iba un rato al gimnasio a hacer pesas y después me marchaba para el instituto.

Tuve la primera regla con quince años. Hasta entonces sólo sabía bailar. Yo ya sabía..., mi madre ya me había explicado algunas cosas... Ahora sólo recuerdo el dolor físico.

Los viajes

En el 2002 me marché a Venezuela. Estuve trabajando durante un año en varios clubes, en Maturí, Portodaiz, Maracaibo, etc... Luego regresé a Brasil y me quedé en mi país otro año. Al año siguiente, en el 2004 volví a Venezuela y estuve allí dos semanas con un novio. Después, ya me vine

para España. Trabajé seis meses en “El Edén” en Lugo. Luego me fui a trabajar un mes al “Arcadia” en Sarria y después estuve en el “Kings” y en el “Erótica”.

Una amiga de otra amiga mía fue la que me explicó todo para venir a trabajar a España. Ella marcó el pasaje con el hotel y todo. Salí de Manãos a São Paulo. Después de São Paulo a París, y de París para Oporto. En Oporto nos vinieron a buscar en taxi. Fuimos directamente al club yo y una amiga. Cuando llegamos me sentía muy extraña. Recuerdo el frío que hacía aquí en Galicia. Esa noche descansamos y al día siguiente ya empecé a trabajar.

En “El Edén” se empezaba a trabajar a las cinco y media de la tarde, hasta las cuatro de la mañana. Yo vivía en una casita al lado del club. Mi amiga Alexandra y yo estábamos juntas en la misma habitación. Si bajábamos tarde al salón teníamos que pagar una multa de diez euros. Había que pagar cuarenta euros de diaria. Si no trabajabas, al día siguiente tenías que pagar el doble, ochenta euros. Pero, cuando llegas te dan veinte días para adaptarte y durante ese tiempo no tienes que pagar la casa, sólo ganas dinero para pagar el billete. Yo pagué dos mil quinientos euros por mi pasaje. Tardé un mes y dos semanas en pagar. No conseguí pagarlo antes porque envié dinero para mi familia en Brasil, sino lo hubiese pagado todo en veinte días.

En Brasil me lo explicaron todo. Me dijeron que había clientes jóvenes y también viejos. Y que no podía quedarme sentada, que tenía que aproximarme a los clientes, y que si trabajaba bien en unos veinte días podía pagar todo el billete. Durante el tiempo que pasé allí no discutí con nadie, y me trataron bien. Tenían unas cuarenta mujeres en el club. La mayoría brasileras, pero también muchas colombianas. Y había dos rusas.

Sólo una vez, una chica dominicana se peleó conmigo. Fue a causa de un cliente. Ella era mi amiga, siempre salíamos juntas por ahí. Pero, ella se enfadó conmigo porque un cliente quería subir conmigo en vez de con ella, y no nos dejaba en paz, hasta que vino el encargado y tuvo que mandarle que se marchase de allí. Me cogió de la camisa y el encargado la echó del club. Ese fue el único problema que he tenido con una compañera de trabajo desde que estoy aquí. Pero, este tipo de cosas en esta vida es bastante frecuente. Hay envidia y mucha competencia entre las chicas. No sólo aquí, en Brasil también es igual. En esta vida hay de todo: chicas que se envuelven en el mundo de las drogas, otras que beben mucho, y sobre todo las que cogen rabia de las compañeras cuando se dan cuenta que trabajan más que ellas.

Alexandra fue la chica que viajó conmigo desde Manâos. Estuvimos juntas en “El Edén”. Pero, después de tres meses fue expulsada del club. Se enamoró de un chico, un cliente que venía al club. Y empezó a beber. De “El Edén” se marchó para Verín. Luego estuvo también trabajando en Lugo, en “La Salamandra” y haciendo plazas por ahí. Sigo teniendo contacto con ella. Pero, Alexandra se ha envuelto mucho con las drogas y la bebida, fuma porros, esnifa coca, se va de fiesta..., y tiene un hijo en Brasil.

A mí también me gusta salir de fiesta. Pero, lo que más me gusta es bailar. Voy con mis amigas a “El Oasis” para bailar *bachata*... No quiero saber nada de drogas. Sólo probé una vez con la cocaína. Fue una noche, que salí con una amiga que tenía unos amigos traficantes, unos españoles que venden droga por los clubes. Me ofrecieron y yo quise experimentar... Pero, fue la primera y la última vez. Después, estuve durante dos días con dolor de cabeza y el corazón muy alterado. Aquí en Lugo, los dominicanos también venden mucha droga.

Los pisos

También he trabajado en varios pisos. Estuve en el de Darío durante unas semanas. Trabajaba con Darío y al mismo tiempo también iba a trabajar al club por la noche. No aguanté el ritmo más que unas semanas... Me llamaban por teléfono y yo descolgaba.

Donde más he trabajado ha sido en el piso de la Ronda das Fontiñas. Allí ganaba más dinero. Como mi amiga tenía el contrato del piso, íbamos las dos a colocar los anuncios en el periódico. Nosotras los inventábamos. Antes era Darío el que nos ponía los anuncios.

Ahora me acabo de mudar de piso. He dejado el de Fontiñas y me he cambiado para éste, en la Avenida de las Américas. Aquí estoy con unas amigas, que también son de Manâos. Todavía no he terminado de sacar y colocar las cosas de mis maletas, tengo todo desorganizado. Pero, aquí en este piso estoy mejor. En el de Fontiñas ya no estaba a gusto. La chica que vivía conmigo siempre estaba peleándose con su novio, y había mal ambiente. No me sentía bien allí. Por eso he decidido cambiarme de piso.

La semana pasada estuve deprimida. Durante el último mes no llegué ni a cuatrocientos euros, y apenas tengo dinero para mandarle a mi hija. Y en el club casi no se trabaja, me paso sentada todo el rato, con cara triste. Pero,

ya sé que así tampoco se consigue nada, que estando parada y deprimida no voy a ir a ningún sitio.

El club

En el club “Erótica” he trabajado unos cuatro meses. Aunque trabajo en mi piso, sigo yendo al club porque necesito el dinero. El encargado me viene a buscar a las ocho y media de la tarde. Cuando llego al club, me cambio de ropa, la llevo en una mochila, y me voy para el salón. A las nueve y media es la hora de la cena. Cenamos y después vuelvo al salón. Fernanda es muy buena cocinera. Sólo a las colombianas no les gusta la comida brasilera.

Ahora en el “Erótica” estamos como unas veinticinco mujeres. La mayoría brasileras, pero también hay colombianas, unas tres o cuatro, una venezolana y una rumana. Yo me llevo bien con todas. Con la que más me trato es con Sabrina, que me ayuda en el trabajo, vamos juntas hasta la barra para charlar con los hombres.

El club cierra de domingo a jueves a las cuatro y media, y de viernes a sábado a las seis de la mañana. De martes a domingo pago treinta euros. Si no trabajo no pago nada. Los lunes todo lo que hacemos es para nosotras, excepto el descuento de las copas. Un día bueno, con suerte, me hago entre cinco y seis pases. Más de seis pases es muy raro. También tengo algún día que no trabajo nada. A veces incluso me quedo sentada, no me acerco ni a donde están los hombres. En el club los jueves, viernes y sábados son los mejores días.

La rumana es la que más trabaja. El pasado jueves se hizo doce pases, y yo y Sabrina no trabajamos nada. No sé... La gente en el club dice que trabaja tanto porque lo hace sin condón. Yo no puedo afirmarlo porque no lo he visto, tan sólo es lo que la gente dice. Ella también es muy bonita, aunque algunos clientes dicen que es un poco cochina... Y todo el dinero que ella gana se lo da a su novio, que es el macarra. Ese tío tiene una mina con ella. Dicen que las rumanas muchas tienen macarra y que las traen las mafias. No sé. En el club también hay una africana que ha pagado mucho dinero por el pasaje, creo que más de treinta mil euros.

Yo me acerco siempre a los clientes más mayores. Los jóvenes vienen muchas veces sólo de cachondeo y luego no suben con las chicas. Yo prefiero a los mayores. A algunos ya los conozco bien, y sé cuáles suben y cuáles no. También hay clientes que escogen. Hay clientes que prefieren mujeres delgadas, otros gordas, unos sólo quieren morenas y otros suben a

la habitación sólo si la chica es blanca y rubia. Algunos no escogen sólo a las mujeres bonitas. Muchos clientes no vienen sólo por la belleza de las mujeres, sino que se fijan en que sean simpáticas y cariñosas. Mi compañera Mara, que es toda flaquita, hace tiempo que subió con un chico bien guapo. Yo le dije que no entendía cómo la había escogido a ella, con la cantidad de mujeres bonitas que hay en el club. Y aquel chico empezó a venir al club para buscarla y también viene al piso. La llama su “saco de huesos” en broma, siempre se burla de ella y dice que no entiende cómo se ha prendado tanto de ella, que no puede explicárselo. Pero, siguen los dos juntos.

La semana pasada vinieron al club unos chinos. A ellos sólo les gustan las mujeres blancas y delgadas. Si se les acerca una gordita no la quieren. A lo mejor es porque tienen el pito muy pequeño... A mí no me gustan nada los chinos. Yo ya los vi en Venezuela en el club donde trabajaba. Aquí en Lugo han venido alguna vez, pero tampoco vienen mucho. Yo tampoco les gusto a los chinos, como soy morena y rellena...

Los clientes

Al club también vienen hombres marroquíes. Yo no he subido nunca con ellos. Son muy malos. Algunas compañeras ya me han contado que luego cuando suben a la habitación se comportan muy mal con las chicas, les pegan y no quieren follar con condón o intentan quitarlo. Recuerdo una vez uno que subió con una chica dominicana y que tuvo problemas, fue todo una confusión. Por eso yo no subo con ellos.

Cientes hay de todas clases. Sabrina subió con uno que sólo quería que le pegase. Y a mí ya me ha ocurrido con algunos de subir y no querer follar, sino que lo que te piden es que les metas el dedo por el culo. Una amiga subió una noche con uno muy guapo y me dijo que con ese se lo iba a pasar muy bien, que seguro que tenía una polla muy sabrosa, y bajó luego toda decepcionada porque él no había querido follar, sino que lo que le pidió fue que le metiese el dedo por el culo y ya se corrió así. Yo de esos ya he visto unos cuantos...

Los hombres tienen muchas fantasías. Hay otros que le piden a la chica que les orinen encima. Aquí en el “Erótica” no lo he visto, pero cuando estuve trabajando en “El Edén” un cliente le pidió ese servicio a una amiga mía.

Muchos clientes sólo te preguntan cuánto cuesta. Después, cuando subes a la habitación te piden hacerlo sin condón. Yo les pregunto entonces que

porqué no me lo dijeron antes de subir a la habitación y les digo que yo sin condón no follo. Hay muchos que ya te lo piden abajo, y te dicen que son alérgicos o que les aprieta mucho la goma. A algunos les convengo, pero es muy raro. Si quieren sin goma yo me vuelvo a sentar. Espero a encontrar a otro cliente que quiera utilizar el preservativo. Las brasileras trabajamos poco por eso. La rumana y las colombianas suben con todos y trabajan muy bien... Si yo trabajase sin condón ya estaría ahora de regreso en Brasil con un montón de dinero. Pero, no puede ser. A veces es también la frescura mismo de los clientes, y al final no hay problema. No puedo entender como muchos hombres casados que van al club sólo quieren subir para hacerlo sin goma. No piensan nada.

A mi mejor cliente lo conocí en “El Edén”. Subía conmigo a la suite. Él era casado y siempre se colocaba el preservativo, incluso a la hora de chuparla. Me decía que le gustaba mi forma de ser. A veces me pagaba una o dos horas. Le gustaba mucho que yo le besase en el cuello... Estuve varios meses sin saber nada de él, hasta que me encontró en el “Erótica”. Subió conmigo de nuevo a la habitación y también vino a visitarme al piso. Es un hombre muy bueno. Se llama Carlos, tiene cincuenta y cuatro años y cinco hijos, tres con su primera mujer y dos con la segunda. Ese es el problema: que es casado. Por eso no puede ayudarme más.

Otro cliente que tuve, Fernando, subió conmigo varias veces. Pero, después, enseguida ya me pidió hacerlo sin goma. Me decía que ya nos conocíamos bastante, que éramos como amigos y entonces ya podíamos hacerlo sin goma. Le dije que él era sólo un cliente, y no mi novio.

Magia contra la depresión

El trabajo ha estado muy parado últimamente. Cuando no consigo trabajar bien, me pongo deprimida porque no da para pagar mis cuentas y mis gastos. Aunque, sé que no sirve de nada estar deprimida.

Una compañera del club me dio el número de teléfono de un *pai de santo*. Él es un *pai de santo* de Bahía, pero ahora está en São Paulo. Lo llamé. Conversó conmigo. Me ha dicho que no debo estar deprimida, que tengo que levantar cabeza, que tengo que luchar para que me salgan mis papeles... Me preguntó cosas y jugó las conchas. Luego me dijo que mi problema era por causa de una chica morena, alta, con la que yo había discutido. Ahí me di cuenta de que había sido la dominicana. Ella fue la única persona con la que he peleado. Fue por causa de un cliente en “El Edén”. El *pai de santo* me explicó que por ese motivo yo he estado tanto

tiempo parada, que si no hubiese sido por eso yo ya habría conseguido mis objetivos hacía tiempo. Estuvimos hablando durante una hora. Luego, él me dio su número de cuenta y a la semana siguiente le pagué cuarenta euros (unos ciento veinte reales). Él confía en la gente, y claro, él también tiene mi nombre y mi fecha de nacimiento...

Hablé varias veces con él. Me dice que no debo confiar en las compañeras del club. No debo aceptar cosas que me ofrezcan para comer ni así. Pueden tratar de hacerme daño. Sobre todo tengo que tener cuidado con las colombianas, que son las peores. Las dominicanas y las brasileras también, pero más las colombianas. Tengo que tener precaución de las chicas que me miran mal. Ellas intentan causarte daño porque sienten envidia y tratan de dejarte parada.

Debes tener fe para que resulte. En Brasil yo ya fui a *pais de santo* y también a ceremonias de *umbanda*, pero no me dio resultado. Tienes que creer y tener fe. Yo no había participado mucho en estas cosas. Antes de viajar a España consulté a una echadora de cartas, que me dijo que yo iba a hacer un viaje a un lugar muy lejano y que iba a conseguir todo lo que yo quería, pero tendría que afrontar también muchas dificultades, pasar muchas barreras... En aquella época yo no sabía todavía que iba a viajar a España... Fue cuando me marché para Venezuela. Pero, Venezuela no es un lugar muy lejano.

Aquí en Lugo fui también a una echadora de cartas colombiana. Fue antes de llamar al *pai de santo*. Me dijo que yo estaba muy triste y apagada, muy pensativa. Le conté que era porque no estaba trabajando. Me explicó que debería tomar un baño de manzana. Y me dijo que había muchos hombres en mi vida, y que iba a conocer a un hombre muy rico, muy celoso y que, aunque estaba comprometido, él me iba a ayudar. Pero, para conocer a ese hombre yo tengo que viajar. Para conseguir todo lo que yo quiero debo salir de Lugo. Tengo que marcharme y hacer alguna plaza por ahí. Aquí ya estoy muy vista y me siento cansada. La misma gente, las mismas caras...

El *pai de santo* ayuda a muchas personas famosas, artistas, etc. Toda la gente que tiene éxito lo consigue a través de este tipo de trabajos. La *Xuxa*, todos. No hay uno solo que no se mezcle con estas cosas. Yo no tuve suerte hasta ahora porque nunca quise participar de estos trabajos. Y ahora es cuando mi vida comienza a mejorar. Ahora estoy empezando a trabajar. Mi suerte ha comenzado a iluminar mi camino. Estoy haciendo mis siete baños para quitar todos los males, para purificarme. Tengo que hacer los baños los lunes, los miércoles y los viernes. Después, él me hace el trabajo. No sé aún cómo es exactamente. Colocan una mesa como un banquete, con

sacrificios de animales para ofrecer a los espíritus y así ellos puedan ayudarme. Yo le pago a plazos. Le envíó una parte del dinero. Sólo le envíó el resto del dinero cuando compruebo que el trabajo está dando resultado.

Para conseguir el éxito es necesario hacer estos trabajos. Aquí hay mucha gente mala. Muchas chicas que tienen envidia, que te miran con ojos grandes. El *pai de santo* está muy ocupado. Tienes que concertar una cita para que pueda atenderte. Cuando consiga mis objetivos, pediré también un trabajo para ayudar a mi familia...

PATRICIA ELIENE

Vendiendo bananas

Vivíamos en una ciudad del interior de Rondônia, en una casa de madera. Éramos mis padres y yo. Yo soy la mayor. Después nacieron mis dos hermanas. Nuestra vida era difícil, porque al principio sólo mi padre trabajaba. No faltaba de comer, pero lo demás era todo precario. Nuestra pequeña casa era de alquiler.

Cuando yo tenía cuatro años, mi madre comenzó a trabajar. Entonces, tuve que marcharme de casa e ir a vivir a casa de mi abuela. También tenía que cuidar de mis hermanas pequeñas. Como mi madre trabajaba de doméstica en otras casas, ganaba un poco de dinero y así nuestra vida comenzó a mejorar. Con el salario de mis padres ya podíamos comprar más cantidad de comida. Mi madre estuvo trabajando durante ocho años de doméstica, y después cambió para trabajar de cocinera en un colegio de monjas.

Estudí en un colegio público cerca de mi casa. Un año era por la mañana, otro era por la tarde. Y trabajé mucho vendiendo bananas por la calle. Mi padre las compraba y después de dejarlas unos días madurando, yo salía a la calle para venderlas. Las llevaba en una *carriola* y vendía todo. Batía palmas para atraer a la gente y gritaba “*olha, banana, hoje está barata!* “. Mis compañeras del colegio se burlaban de mí. Luego le daba a mi padre todo el dinero que ganaba. Él hasta hoy día lo recuerda. Siempre me dice que tengo mucho valor para enfrentarme a la vida, desde pequeña. Con el dinero que ganaba podíamos comprar azúcar, leche para mis hermanas, y también alcanzaba para comprar los cuadernos del colegio.

Mi padre compró una tiendecita cerca de la *rodoviária*, y yo le ayudaba. Después de trabajar me iba para el colegio a estudiar. Cuando tenía doce años comencé a salir con chicos. Me enamoré de un chico que tenía veintisiete años y que trabajaba en una *borracheria*. Me entregué a él sin pensarlo y perdí con él mi virginidad. A partir de ese momento no sé qué ocurrió, pero le cogí rabia. No sé qué fue lo que pasó, porque él me trató en todo momento con cariño y super bien, pero lo cierto es que no lo quise más. Hasta hoy no lo entiendo.

El mismo día en que perdí mi virginidad, se lo conté a mi madre. Ella me dijo que eso no era una cosa del otro mundo, pero que tenía que tener cuidado para que la gente no hablase mal de mí. Me dio así muy buenos consejos. Mi madre hasta hoy es mi amiga. Sin embargo, mi padre siempre

fue un bruto. Nos pegaba con una cinta de cuero a mí y a mis hermanas, y se comportaba a veces como un animal. Y no nos dejaba salir a casa de nadie.

Mi sueño era bailar y jugar al fútbol. Y mi padre no me dejaba ir. Cuando llegaba a casa me pegaba. Como él era creyente evangélico, quería imponer su voluntad y lo hacía a base de golpes. Mi madre nunca aceptó esa conducta de mi padre, y a veces se enfrentaban. Un día le dije: - basta, esto no es vida; vivo trabajando, estudiando, ayudando a mi madre en casa,... ¿y no puedo jugar un poco? - El mundo es una gran escuela. Busca tu camino. Mi madre le dijo: - No, no puedes seguir de esta manera, porque así ella se va a marchar de casa. - Madre, ya es suficiente. Yo ya tengo doce años, sé trabajar y me voy a buscar mi vida, porque ya no aguanto estas palizas sin motivos. - Si tú te vas, yo me voy contigo, porque soy tu madre y no voy a abandonarte. Le dije a mi madre que no, porque estaban en casa todavía mis hermanas pequeñas y quería marcharme yo sola para estudiar y trabajar. Pero, no me fui de casa. Pasado un tiempo, mi padre mejoró un poco de todas aquellas ignorancias. Sin embargo, no me dejaba salir a ningún sitio, sólo al colegio y al trabajo para vender bananas.

Yo iba a la casa de una vecina. Un día su marido me dijo que estaba *apaixonado* de mí. Yo llamé a la vecina y le dije: tu marido me ha dicho esto. Y ella empezó a pelearse con él. Nunca más volví a su casa. Pero, otro día esta mujer me pegó en el campo de fútbol. Me lastimó mucho. Lo hizo por los problemas que pasaron con su marido. Toda esta situación me estaba superando y ya no aguantaba más. Le dije a la vecina: - si tú eres mujer, me pegas de nuevo. Y ella volvió a pegarme. Yo entonces fui a mi casa, cogí una *faca* y regresé al campo. Le dije: - ¡Vuelve ahora! Y ella volvió a pegarme. Entonces, cuando vino le pegué cuatro *facadas*. En el mismo instante, me quité las botas de fútbol y salí corriendo hacia la carretera. Cuando pasó un camión le pedí una *carona*. El camionero me preguntó que qué pasaba, y yo le conté lo que había sucedido. Me preguntó a dónde iba, y le contesté que a cualquier parte donde pudiera llevarme.

El camionero me subió y luego me compró ropa en una tienda, porque estaba toda manchada de sangre. Viajamos durante tres días, y me fui para casa de una tía que vivía en otra ciudad del interior. Desde allí llamé por teléfono a mi madre. Me preguntó que qué había sucedido. Yo le dije que ya estaba cansada. -Ya sé, pero tenías que pensar que todavía tienes aquí una madre. Yo estaba llorando: - Sí, ya sé que tengo a la señora... Y no dejaba de llorar.

Nunca supe lo que había pasado con aquella mujer. Unos me dijeron que murió, otros que quedó en una silla de ruedas. No lo sé, porque mi familia también tuvo que escapar de allí a consecuencia de todo lo ocurrido. Varias personas de su familia intentaron quemar nuestra casa. Por eso mis padres y mis hermanas se vinieron para la ciudad donde vivía mi tía.

Yo había cumplido los trece años. Cuando mis padres llegaron, yo ya estaba viviendo con mi tía. Mi padre, nada más verme, me pegó. Yo le grité que la culpa de todo lo que me había pasado era de él, porque nunca había sabido tratarme como una hija, sino que me trataba siempre como a un animal. Él, entonces, me dijo que yo no aprendería de ninguna forma. Y veía que volvía a comenzar todo de nuevo. Entonces, mi madre me llamó para que fuese a vivir a su casa. Pero, yo no quería. Me prometió que todo iba a cambiar, que mi padre ya no me pegaría más, y que necesitaban de mi ayuda para cuidar a mis hermanas. Entonces, fui. Pero, al llegar, mi padre no me aceptaba. Y comenzaron todos los problemas otra vez. Le dije a mi madre: - Lo siento, pero no es posible. Ya tengo trece años, sé trabajar y sé vivir. Y mi madre comenzó a llorar. Yo le decía que no llorase, que aunque me marchase para buscar mi vida fuera jamás iba a olvidar a mi familia.

Marcharse de casa

Y así fue como con trece años me marché para ir a vivir con unas amigas. Pronto empecé a trabajar de doméstica en una casa. Y la familia me apreciaba mucho porque yo era honesta y trabajadora. Esto le dio mucha felicidad a mi madre, después de todo lo que habíamos estado pasando. Volví a estudiar de nuevo. Pero, estaba muy *revoltada* con mi padre. A veces mis amigos del colegio cuando me preguntaban si yo tenía padre, les contestaba que no. Le guardaba rencor por haberme maltratado tanto. Y así continué llevando mi vida...

Estaba cansada de sufrir. Un día conocí a un chico, Fabio, y me fui a vivir con él. Yo tenía entonces trece años y él treinta. Nos fuimos a vivir juntos. Al principio, todo eran flores. Después, llegaron las espinas. Continué trabajando para conseguir las cosas que él no me daba: ropa, muebles para la casa, etc. Fui a trabajar a otra casa de familia. Y luego, enseguida, él comenzó a mostrar la verdadera persona que era. Me dejaba en casa, salía a la calle y no regresaba hasta el día siguiente. Nuestra relación apenas duró un año. Él no quería ayudarme en nada, tenía que conseguir todo por mí misma. Trabajaba, pero no veía su dinero. Se lo gastaba todo jugando a las cartas. Veía que estaba destruyendo mi vida.

Un día empezamos a discutir. Le dije: - Tú puedes pegarle a la otra (porque él tenía otra mujer, antes de venir a vivir conmigo), pero conmigo no te atrevas. Cuando él intentó agredirme, cogí un vaso y se lo rompí en la cara. Como yo cogí luego un palo, entonces intervino su padre para separarnos. Ahí, me tranquilicé un poco, y me marché para casa de mi madre. Le conté todo. Ella me dijo que yo tenía mi cama esperándome.

El día de mi quince cumpleaños el regalo que me dio fue dejarme sola. Cuando regresó a casa, ya de madrugada, le dije: - Fabio, hoy tú estás haciendo todo esto conmigo. Mañana va a ser tarde, porque ya no estoy aguantando más. Pero, Fabio seguía saliendo con sus amigos, sobre todo con Cleyton, que era un tipo mayor que él. Siempre salían juntos. Un día le dije: - Fabio, te vas a arrepentir. Yo estaba cansada, no salía ni un domingo, siempre del trabajo para casa, y las peleas continuaban.

Un día Cleyton vino a casa, y yo empecé a contarle todo lo que ocurría entre Fabio y yo. Él me dijo que tenía que tener mucho valor. Cleyton empezó a mostrar interés por mí. Y cuando le conté a mi marido que él no me valoraba, aunque había otras personas que sí lo hacían, él se rió en mi cara. Entonces, pensé en ese momento: ya vale, me marchó. Todas las cosas que necesitaba las tenía que conseguir por mí misma. Así que me preguntaba ¿para qué tener un marido?

A veces, cuando Cleyton venía a casa, me veía llorando. Yo siempre me hacía ilusiones, pero, al final, en mi vida todo era mentira y sólo había tristeza. Cleyton empezó a ofrecermé cosas para que yo pudiese dejar aquella vida con mi marido. Yo no quería volver a casa de mis padres. Él me ofreció dinero para alquilar un apartamento y me dijo que no me preocupase de nada. Después, llamé a mi madre y le encargué mis cosas para poder vivir mi vida. Ya estaba cansada. Cogí un coche y fui a recoger todas mis cosas para llevarlas al apartamento. Cleyton comenzó a venir. Yo no quería que se mezclasen las cosas, porque él estaba casado. Pero, él me decía que no conseguía estar lejos de mí. Yo pensaba que estaba loco, ya tenía suficientes problemas. Él me prometió felicidad, y yo me sentía totalmente carente de cariño y de atención por parte de mi esposo. Cleyton me prometía todo. Me parecía todo muy complicado, pero comenzamos a salir juntos.

Después de ocho meses de salir juntos, yo entonces ya tenía casi dieciséis años, la mujer de Cleyton descubrió todo. Un día que nos pilló juntos enfrente de la casa de mi madre, aquella mujer vino hacia mí y me tiró de los cabellos. Le dije: - Espera, voy a explicarte todo. - No, tú no eres más que una *safada*. Y allí mismo en la calle, frente a la casa de mi madre,

empezamos a pelearnos. Luego, salió mi madre, y entre ella y Cleyton intentaron separarnos. Yo salí corriendo para mi apartamento. Pero, antes les dije que eso no iba a quedar así, que la descarada era ella, que yo no había ido detrás de nadie. Ella le dijo a mi madre que tenía una moto, y que con esa moto me iba a matar.

Al día siguiente temprano, Cleyton vino al apartamento y me prometió que nunca me iba a dejar, y que si aquella mujer venía a matarme nos tendría que matar a los dos juntos. A los pocos días, ella lo echó de casa junto con sus cuatro hijos. Llegaron todos al apartamento. Como lo amaba, acepté todo. Crié a los cuatro como si fuesen mis propios hijos, y comenzamos a vivir una nueva vida.

Mi vida con Cleyton

Al cabo de una semana, empecé a trabajar en la carnicería. Compramos nuestras cosas. Yo me sentía muy feliz, pensaba que estaba construyendo una familia grande y maravillosa. Durante mi dieciséis cumpleaños me hicieron una fiesta. Vino toda mi familia y la de Cleyton. Le dije a mi madre: - Ahora, por fin, me siento feliz.

En esa etapa de mi vida trabajé de tratante de ganado. Compraba, vendía y mataba vacas. Las llevaba al matadero y también las sangraba y les quitaba todo. Los sábados salíamos de fiesta. Estábamos viviendo como una familia completamente feliz. Los hijos de Cleyton me llamaban “mamá”. Hasta hoy. Cuidé de su hija Leyla cuando estuvo enferma. Los llevaba a todos al colegio y también los traía. Era un compromiso como de madre e hijos.

A los dos años de nuestra relación, cuando yo tenía diecisiete, ya comenzamos a discutir. Le dije: - ¿vas a hacer como hiciste con tu otra mujer? Porque él salía de fiesta con los amigos y yo no lo aceptaba. Él se justificaba diciéndome que yo ya lo había conocido así. Yo sentía que después de haber salido de una, no quería entrar en otra. Él me decía que hiciese lo que me diese la gana. Seguí trabajando en la carnicería de todas formas y durante todos los días de la semana, de lunes a lunes. Y él no hacía otra cosa que salir de fiesta con sus amigos. Yo le decía que sus amigos lo iban a conducir a la ruina. Sabía muy bien lo que pasaba cuando salían juntos, que iban para los *puteros*. Y nos peleábamos por eso. En los *puteros*, Cleyton se gastaba todo el dinero que llevaba encima y después llegaba a casa borracho. Le dije que un día se iba a terminar el dinero, y el amor también.

Cuando tenía dieciocho años continué llevando la misma vida. Sabía que Cleyton salía con otras mujeres. Yo no podía explicarme porqué sucedía todo esto conmigo. Mi madre me decía que tuviese paciencia, que Cleyton no era un mal hombre. Pero, yo ya no quería seguir trabajando, quería empezar a arreglarme. Un día Cleyton me regaló una moto y entonces comencé a salir con una amiga, Adriana. Salíamos los domingos. Quería vivir mi vida y también poder ser feliz.

Pronto conocí a un chico, y le coloqué un par de cuernos a Cleyton. Él desconfiaba, yo no le conté nada, pero desconfiaba. Y entonces, mejoró un poco. Dejó de salir con los amigos, pero a las mujeres no las dejó.

Cuando estaba a punto de cumplir los diecinueve años, enseguida me quedé embarazada. Aquí empezó mi sufrimiento mayor. Sus amigos decían que el hijo que estaba esperando no era de Cleyton. Le dije que si desconfiaba, cuando naciese el niño podía hacer el examen, pues tenía toda la certeza del mundo. Pero, desde entonces no hacíamos otra cosa que discutir. Él llegaba a casa todo mordido en el cuello por sus mujeres. Yo mientras, lloraba de desesperación. Sabía que un día el amor se iba a terminar, y Cleyton pensaba que nuestro amor iba a durar para toda la vida.

Las mujeres llamaban a casa y se burlaban de mí llamándome “cornuda”. Esto me hacía llorar de rabia, y en ocasiones salía a la calle para ir a buscarlas. Yo quería ser fuerte, y así fue llegando el tiempo de tener a mi bebé. Y nada mejoraba. Sufría cada vez más y lo pasaba muy mal. El dinero y las cosas de Cleyton se acabaron. Las mujeres le quitaron todo. La única cosa que nos quedaba era nuestra casa. Y un día me dijo que teníamos que vender la casa para construir otra nueva en un terreno que tengo de mi propiedad. Yo acepté. Cleyton vendió nuestra casa por tres mil quinientos reales. Pronto alquiló una casa y nos mudamos. Pero, la vida continuaba siendo triste. Él se había gastado todo el dinero con las mujeres.

Cuando estaba embarazada de siete meses, un día sus propios amigos vinieron a casa con máscaras con el propósito de asaltar. Pensaban que Cleyton guardaba el dinero en casa. Cuando cruzaron la puerta lo primero que me dijeron fue que acababan de matar a Cleyton y que venían a por el dinero. Como no encontraron nada, se marcharon. Cuando apareció Cleyton, enseguida salté el muro y grité pidiendo socorro. La vecina preguntó qué pasaba. Llamaron a mi madre. Ella no entendía cómo yo podía sufrir tanto. Me llevaron al hospital y le conté todo al médico. Él fue quien llamó a Cleyton y le dijo un montón de cosas.

Comenzamos a pelear de nuevo. Yo le decía que cómo eran sus amigos. Él se quedaba callado. Luego, todo siguió igual, discutiendo y peleando a causa de las mujeres. Cleyton andando por la calle con sus mujeres, pensando y comportándose como si estuviese soltero. Y yo sufriendo. No veía la hora de tener a mi hijo.

Más tarde me enteré de que él estaba haciendo una casa para ir a vivir junto con otra mujer. Yo no iba a tolerarlo. Cogí un coche y veinte reales para hacer mi mudanza. Me fui para la casa que tenía en construcción donde él pretendía vivir con la otra. Justo en el momento en que llegué, Cleyton apareció allí con aquella mujer. Agarré a Cleyton por el cuello y saqué una *faca*, y le dije que lo iba a matar, que no le iban a quedar ganas de volver a jugar con las mujeres. Salió corriendo.

Ese mismo día por la tarde, Cleyton me llamó y me pidió que volviese, que quería vivir conmigo en paz. Duró una semana. Después todo siguió igual. Conocía a todas aquellas mujeres con las que él andaba, pero no quería tomar ninguna decisión sin antes dar a luz a mi hijo.

Un día, en que había una fiesta y yo estaba en casa de mi madre, Cleyton llegó y me dijo que se marchaba a dormir a la carnicería. Yo le pregunté porqué. Me dijo que tenía que ir y se rió en mi cara. Yo ya sabía para dónde iba. Cogí la moto de mi prima y le seguí. No le encontraba. Fui a casa de su hijo y no estaba. Tampoco estaba en la carnicería. Y cuando ya estaba regresando para casa de mi madre, lo encontré en la calle sentado en la moto y abrazado a una mujer. Me acerqué a él y le dije: - ¿ésta es la carnicería? Cogí la llave de la moto y me tiré encima de él. La mujer salió corriendo. Le dije que no necesitaba correr, que no era culpa suya, que el *safado* era él. Le golpeé con un palo de madera y le rompí los dientes. Le hice bastante daño, aunque salió corriendo mientras gritaba: - ¡Socorro, esta mujer está loca! Y todo el mundo en la calle observando lo que estaba pasando. Volví tras él, lo alcancé y le golpeé con el palo en una rodilla. Intentó encender la moto y no pudo. Luego le destrocé la moto entera. Al final, Cleyton consiguió escapar. Pero, en el mismo instante avisé a la policía. Casi no podía hablar. Me llevaron con ellos y me preguntaron que qué había sucedido. Yo les conté que Cleyton me había agredido. Lo hice a propósito, porque quería acabar con él. Después de todo aquello, hubo un proceso. Y yo regresé a casa de mi madre.

A los pocos días de todo lo ocurrido, empecé a encontrarme mal y me llevaron para el hospital. Estaba a punto de tener a mi hijo. Cleyton tuvo el valor de venir a verme al hospital. Nada más verle, me levanté e intenté lanzarme encima de él. Las enfermeras tuvieron que tranquilizarme y a él

lo echaron de la habitación. Entonces, vino la policía y se lo llevaron. A mí me llevaron para el quirófano. Enseguida, me hicieron la cesárea y sacaron al bebé. Cuando volví a la habitación, los policías le dejaron aproximarse para ver al bebé. Cleyton lo cogió en brazos y comenzó a llorar. Después fue a registrarlo.

Salí del hospital y me fui para casa de mi madre. Cleyton venía todos los días y a todas horas para ver al niño. Al cabo de unas semanas regresé con él. Cuando llegué no había nada. Todas mis cosas personales: bragas, cremas, etc, habían desaparecido. Todo se lo robaron las mujeres. Pero aún así, volví a trabajar con él en la carnicería.

Cuando se dio cuenta de que yo estaba volviendo a ser bonita como antes, intentó ganarme. Pero, ya no había manera. Al cumplir mi hijo los ocho meses Cleyton y yo nos separamos de nuevo a causa de sus problemas con las mujeres. Me marché para otra ciudad. Cuando llegué allí conocí a otro hombre. Yo estaba a punto de cumplir veinte años. Él quería casarse conmigo y quería a mi hijo como si fuese suyo. Al descubrirlo, Cleyton se volvió loco y le decía a todo el mundo que me iba a matar.

El día menos esperado apareció Cleyton allá. Para evitar problemas dejé a mi novio y regresé a vivir con él de nuevo. Cleyton me decía que todo iba a cambiar. Pero, continuaba la misma vida. Yo trabajaba en la carnicería y algunos días salía con mis tías a tomar cerveza. Y seguían las peleas. Él podía salir con otras mujeres, pero al mismo tiempo a mí no me dejaba salir con mis tías.

Al poco tiempo, vendimos la casa. Y empezamos a construir otra en el terreno que yo había ganado. Construimos una casa pequeña. Él tenía condiciones para hacer una más grande, pero quería gastar parte del dinero con las mujeres de la calle. Peleamos. El dinero se fue terminando, y también el crédito en la ciudad. Seguí con la carnicería. Los ganaderos me admiraban al ver que yo era tan joven y tenía buena mano para los negocios. Lo contrario que él, un hombre tan mayor y sin juicio ni confianza.

Con veintiún años me quedé de nuevo embarazada. Cleyton se fue dando cuenta de que el dinero no era todo, y comenzó a mejorar un poco. A pesar de mi embarazo seguí trabajando igual. Salía de casa a las cuatro de la madrugada y no regresaba hasta las once de la noche. Mi embarazo fue muy bueno. Era como si fuese mi primer embarazo, porque no sufrí tanto como el de mi primer hijo. Cleyton andaba pendiente de mí y me daba todas las atenciones que necesitaba. Hacía tiempo que no escuchaba nada

acerca de sus correrías con las mujeres. Pensaba que tal vez íbamos a comenzar a vivir una vida diferente. Pero, aquello duró poco tiempo, y empezamos de nuevo la eterna intriga por causa de sus mujeres. Sólo lloraba y me sentía cansada. Continué trabajando porque sabía que el nacimiento de mi hija estaba próximo y tenía más responsabilidades. Le dije a Cleyton que si no cambiaba lo iba a abandonar, que iba a buscar una vida diferente, una vida propia. Él decía que iba a cambiar.

Pronto, llegó mi hija, y le pedí al médico que me operase para no tener más hijos. Quería buscar otra manera de vivir. Tuve a mi hija. Con veintidós años ya estaba cansada de todo, estaba harta del fracaso de nuestro matrimonio. Y empecé a arreglarme y a salir de fiesta. Iba a los *forrós* y llegaba a casa de madrugada. Cuando Cleyton quiso darse cuenta de que yo había cambiado, intentó convencerme para seguir juntos, pero ya era demasiado tarde porque el amor que sentía por él ya se había terminado, y yo ya tenía otro en la calle...

Conocí a Sydney en casa de mi abuela. Sydney era amigo de Cleyton y empezó a gustarme. Cleyton comenzó a darse cuenta y se puso como loco. Yo no le hacía ni caso. Para mí, en aquella época todo era fiesta. Cleyton entonces, dejó de andar con las mujeres. Yo lo dejaba en casa con los niños y salía con mis tías de fiesta. Quería que pagase por todo lo que él me había hecho antes. Llegaba de madrugada, borracha. No podía ni conducir la moto. Poco a poco dejé de quererlo del todo.

Viajar a España

Una vez que yo estaba en casa, le dije a mi madre que mi sueño era venir a España. Una prima mía ya estaba haciendo los preparativos para venirse, y yo quedé loca queriendo venir también. Pero, mi prima no quería que yo viajase con ella porque decía que yo era muy loca y en España podía envolverme con drogas. Le dije que algún día iba a ser como ella, que, con fe en Dios, iba a venir también a España. Ella me decía que no lo iba a conseguir a causa de mi color, que en España no dejaban entrar a los negros.

Comencé a hacer todos los preparativos. Vendí el negocio de la carnicería, una radio, y empeñé la moto por dos mil reales. Me puse más loca todavía porque mi prima vino a España por tres meses, y cuando regresó trajo un montón de joyas y cien mil reales. Decía que España era muy buen lugar para ganar mucho dinero. Ella no me dijo que había trabajado en la prostitución, sino que decía que había estado trabajando en una cafetería.

Yo me quedé un tanto confundida. Mi prima decía que no había visto jamás tanto dinero como en España.

Enseguida, mi amiga Silvia vino también a España y empezó a trabajar en la prostitución en un club. Nos comunicábamos a toda hora por teléfono. Silvia decía que no era tan bueno como había asegurado mi prima, pero que tampoco estaba mal, y que se ganaba bastante dinero. Después de que Silvia llevase unos tres meses en España, tomé la decisión de viajar.

Pagué el billete con mi dinero: cuatro mil quinientos reales. Silvia me explicó que yo iba a trabajar en la prostitución, que había clientes buenos, otros no tanto, algunos que olían bien, otros que no,... que no era una vida fácil, pero que merecía la pena intentarlo. Le pregunté que cómo tenía que hacer. Ella me explicó todo. Un amigo del padre de Silvia me dejó dos mil reales para poder pasar en la frontera sin problemas. Tenía que devolver ese dinero en quince días con un poco de interés, en total dos mil trescientos reales. No tuve que esperar tanto, pues en dos días ya junté el dinero y lo envié a Brasil.

Me sentía muy contenta y al mismo tiempo triste. Iba a buscar un futuro mejor para mis hijos, pero a la vez toda mi familia se quedaba en mi país. Silvia también me dijo que en España había muchas drogas, que yo tenía que tener mucha cabeza para no caer en eso, y pensar que venía a España en busca de un futuro mejor. También me aconsejó que mantuviese la calma cuando estuviese en la fila esperando para pasar, y me dijo que todo iba a salir bien. Y todo fue bien, gracias a Dios.

A Camila la conocí una semana antes de viajar. Coincidimos en la agencia de viajes, fue una casualidad. En el avión viajamos en asientos diferentes. Tampoco teníamos confianza. Pasé un poco de miedo porque era la primera vez que viajaba en avión. Cuando llegué a Madrid, Silvia me estaba esperando en el aeropuerto. Tenía mucho miedo de que me fuesen a hacer preguntas. Pero, no me preguntaron nada, sólo me sellaron el pasaporte y ya está. A Camila no volví a verla. Sólo me la encontré más tarde en el club. A ella la vinieron a recoger otras personas.

Silvia me estaba esperando con Manolo, un taxista. Nada más llegar subí al taxi y nos marchamos. No tuve tiempo ni de ver la ciudad. No bebí ni agua. Llegamos al club al anoecer. Allí conocí al jefe, a Luis. Nos presentamos. Conocí a las otras chicas, todas brasileras, y a Juan, el camarero. Había una chica de mi ciudad. Esa noche, como estaba muy cansada y tenía dolor de cabeza, sólo me duché y me fui a dormir. También

llamé a mi madre por teléfono para decirle que todo iba bien. Ella sabía que yo venía a trabajar en la prostitución, nunca le escondí nada.

El club

Al día siguiente, por la mañana, me levanté, fui a la cocina y tomé un café. Al cabo de un rato, se fueron levantando las chicas y luego fuimos todas al comedor para almorzar. Después, Leyla me cortó una falda que traía, me la cortó tanto, que se me veía todo el culo. Más tarde, me maquillé y me fui para el salón.

Allí pude ver todo aquel montón de hombres. No sabía ni qué decirles. Lo primero que aprendí a decir fue: - Hola, qué tal. Silvia y las otras chicas del club me ayudaron. Aquella misma noche me hice cinco pases. El primer cliente que me llamó fue un viejo. Me dijo que quería follar conmigo. Yo no lo entendía bien, no sabía siquiera lo que era “follar”. Al final, me cogió por el brazo para ir a la habitación. Ahí ya lo entendí. Me ofreció cincuenta euros. Cuando llegamos a la habitación me desnudé yo primero, luego él, y al sacarse aquel viejo la ropa se extendió un hedor insoportable que invadió todo el club, qué horror... Me tumbé en la cama y se me echó encima, empezó a besarme y a babearme toda, qué asco... Comenzamos a follar, y cuando él ya se estaba corriendo me dijo que yo me corriese también, y entonces salí corriendo de la habitación. Él me pegaba en las nalgas y me decía que me corriese. Como yo salí de la habitación, Silvia y las otras chicas pensaron que había ocurrido algo malo conmigo y se encararon con el viejo. Les expliqué que no me había hecho nada, que sólo me había pedido que fuese a “correr”. Ramiro también vino a la habitación, porque pensaba que aquel viejo me había hecho alguna cosa. Pero, todo se aclaró. Yo estaba asombrada, aquello de *bater na minha bunda* y de pedirme que “corriese”. Mis compañeras me explicaron todo, me dijeron que aquí los hombres cuando están gozando dicen esas cosas.

Después, el segundo cliente fue un chico joven, muy bueno. No tuve problemas con ninguno, sólo con el último, porque quería besarme en la boca y yo no quise. Dijo que iba a recoger su ropa y a marcharse, y que no volvía nunca más a *pasar* conmigo porque a mí no me gustaba dar besos. Fue entonces cuando me di cuenta de que la vida no era tan fácil como yo había pensado. Pero, al mismo tiempo, pensé que si yo había venido para trabajar aquí lo iba a hacer hasta conseguir un futuro mejor para mis hijos.

Al día siguiente, volví a trabajar de nuevo. Cuando los clientes hablaban yo siempre les decía que sí, porque no entendía nada. A veces se estaban metiendo conmigo y yo decía que sí.

Me quedé en el club “El Rayo de Luna” cuatro meses. Al otro día que fui a trabajar ya estaba pensando en la moto que había empeñado para poder venir para acá. Y, gracias a Dios, que en sólo ocho días ya pagué toda la deuda. En el club trabajé muy bien. Hice muchas amigas y me sentí una persona alegre porque también estaba rodeada de paisanas. Estaba lejos de mi familia, pero estaba ganando dinero.

Enseguida me enrollé con el jefe. Al principio, era todo maravilloso, porque él me ayudaba mucho, me daba mucho dinero. Aparte del dinero de los pases, él también me daba dinero, unas veces seiscientos euros, otras setecientos, así, cuando necesitaba algo.

Todo empezó un día en que estaba acostada en la habitación. Ramiro llegó y me preguntó que qué me pasaba. Contesté que nada, que sólo me sentía triste porque estaba lejos de mi familia. Entonces, él se sentó en mi cama y comenzó a hablarme despacio. Me contó que él también se sentía solo, que aunque estaba casado, apenas mantenía relaciones con su mujer. Y pasó su mano por mi cabeza, pero conversando sólo como un amigo. Esa vez no ocurrió nada.

Al cabo de unos cinco días, Ramiro volvió a mi habitación. Yo me encontraba mal, no me había bajado la regla y me dolía la barriga. Él me preguntó de nuevo qué era lo que me pasaba, y me dio una pastilla. Después, al cabo de un rato, volvió a la habitación y ahí fue cuando empezamos a enrollarnos. Hice lo que no tenía que haber hecho.

Ramiro le decía a Fernanda que yo era una chica muy alegre, que era la alegría del club. Un día vino al club un chico muy guapo. Pagó cincuenta euros y subimos a la habitación. Comenzamos a conversar y me pidió mi número de teléfono. Nos gustamos. Él tenía veintiséis años y ya había estado en Brasil. Desde ese día empezamos a comunicarnos y él siempre venía al club para estar conmigo. Ramiro empezó a sentir celos. Y ahí fue que empezamos a discutir los dos. Enseguida, me enteré de que Ramiro estaba enrollado con otra chica, Marielli. Y yo también me puse celosa de su cartera. Peleamos. Él me juró que no tenía nada con esa chica, que sólo le ayudaba un poco porque tenía problemas.

Un día que Marcos vino al club y me pagó un ahora, luego cuando bajamos pidió una copa y nos quedamos juntos en la barra. Ramiro estaba allí con

cara de pocos amigos. Aquella noche cuando fui a cobrar me di cuenta de que Ramiro me descontó las tarjetas de teléfono. Él siempre me las regalaba, y ahora me las quería cobrar porque estaba celoso. Cuando le pregunté el motivo, me contestó que le pidiese a mi amigo Marcos el dinero para comprar las tarjetas.

Al día siguiente, necesitaba enviar setecientos euros para Brasil. Ramiro me preguntó: - ¿No has trabajado suficiente por la noche? Le dije que sí, pero que no tenía bastante para enviar a mi país. Entonces, cogió la cartera, sacó setecientos euros y me los dio.

Al día siguiente, como peleamos de nuevo, decidí marcharme para otro club. Me fui para un club de Orense. A Ramiro no le di la dirección, pero él descubrió pronto donde estaba. Solo estuve dos días en el club de Orense. Ramiro me llamó y me vino a buscar. Me dijo que me necesitaba, que me quería mucho, y que todo iría bien. Yo le dije que regresaría al club, pero que me tenía que dar seiscientos euros porque había tomado prestada esa cantidad con el dueño del club de Orense. Ramiro me dio el dinero y yo me lo guardé en el bolso para enviarlo a Brasil. Lo del préstamo era mentira. Como dicen en mi país, no puedes ser bobo, vivir en la laguna y perder para el sapo.

Regresé a “El Rayo de Luna” y todo fue de mil maravillas. Ya he salido del club cuatro veces y las cuatro Ramiro vino a buscarme. Continué trabajando y haciendo mis cálculos. Y enseguida comenzamos a pelear por causa de Marielli. Le dije que si me enteraba de que estaba con ella le destrozaba el club entero. Él me juraba y juraba que no tenía nada con aquella chica. Las compañeras del club me decían que estuviese tranquila, que yo era mucho más bonita que Marielli, y que Ramiro no iba a ser tan tonto.

Como seguíamos discutiendo, un día le dije que tenía que escoger entre Marielli y yo. Él me dijo que no podía echarla del club porque trabajaba muy bien. En el club ya circulaban rumores... Entonces, un día Ramiro llamó a todas las chicas para hacer una reunión. Preguntó a todas que qué estaba pasando con esos rumores de que él andaba liado con Marielli. Ninguna de las chicas dijo nada. Sólo yo. Le dije que sí que era cierto que estaba con ella. Y él que yo no tenía pruebas y que cuándo los había visto. Y peleamos.

Me marché para un club en Santiago. Sabela me dio el número de teléfono. Ramiro me llamaba todos los días y me enviaba mensajes con llamada oculta, diciéndome que me amaba. Le dije que mientras estuviese Marielli

en el club yo no regresaría de ninguna forma. En Santiago me quedé una semana trabajando. Cuando, más tarde, Ramiro me llamó para decirme que ya había echado a Marielli del club, entonces fue cuando pensé en volver de nuevo. Cogí un taxi y regresé a “El Rayo de Luna”. Ramiro lo pagó.

Seguí trabajando. Y Ramiro ayudándome, dándome siempre dinero. Ya no me cobraba la casa. Y un día en que vino al club una mujer vendiendo joyas de “Christian Lay”, Ramiro me regaló un anillo. Desde ese día, Ramiro me llevaba con él a todos los sitios, y a las chicas les decía que yo era su novia.

Un día llegaron al club cuatro tíos, y uno de ellos nos dijo que a todas las que se quitasen la ropa les daban cincuenta euros. Sólo fue decir eso y ya empezó a volar la ropa. Todas habíamos bebido mucho esa tarde por culpa del camarero, que nos había hecho una apuesta. Nos quedamos allí en el salón todas *peladas*, menos Sandra y Fernanda, la cocinera. Los tíos también se quitaron la ropa. Estábamos todos desnudos. Fue un cachondeo. Había uno, que era un tipo bien grande, que recuerdo que tenía una polla pequeña, bien pequeña, parecía mi dedo meñique. La Isabella se acercó a otro del grupo y empezó a tocarle la polla hasta ponérsela dura, y cuando el tipo aquél la tenía bien dura, plantó allí a la Isabella y se fue a por Miki. Después, fuimos todos a las habitaciones. Fue un cachondeo... Allí en el club de Ramiro cuando no trabajábamos montábamos una fiesta. Todo duró así hasta que llegó Claudia. Cuando llegó Claudia las fiestas se acabaron.

Otro día me llamó Marcos. Y Ramiro volvió a tener celos. Comenzamos a discutir otra vez. Le dije que no tenía que estar siempre encima, acosándome, que ya estaba cansada. Yo me fui para la cocina. Ramiro me dijo: - ¿Por qué no coges las maletas y te vas a buscar a ese tío? Y yo cogí una vez más mis maletas y me marché para casa de Sandra. Él me juró que no volvería jamás a andar detrás de mí. Pero, siguió igual llamándome por el móvil.

En aquella época, Sandra vivía en un piso en el centro de la ciudad. Durante una semana me marché a trabajar a otro club, a unos 30 kilómetros de Lugo. Sandra ya estaba allí. Ramiro me llamaba y me decía que no podía estar lejos de su “negrita”. Luego, me cambié para el piso de unas amigas, de Silvia y de Janaina, Bianca y Camila. Todas brasileras. Silvia y Janaina también eran de mi ciudad. Sentí mucha lástima de Silvia porque me daba cuenta de que Janaina sólo se estaba aprovechando de ella. Silvia y Janaina eran lesbianas. Hablé con Silvia, y luego las dos empezaron a discutir y a pelear, incluso llegaron a las manos. Al día siguiente la persona *ruin* era yo. Discutimos también entre nosotras. No sólo por lo que yo le

había dicho a Silvia sobre Janaina, sino también porque Silvia a veces me cogía el móvil cuando llamaba Ramiro y, como tampoco se llevaban bien, aprovechaba para insultarle.

También tuvimos un problema a causa de un malentendido con unas sábanas. En el piso teníamos unas sábanas que habíamos comprado y que eran de un color parecido a las que tenía Ramiro en el club. Un día una chica que vino al piso luego se lo dijo a Ramiro, y él nos acusó de robárselas del club. También nos amenazó con avisar a la policía. Pero, pasados unos días de todo ese embrollo, Ramiro empezó otra vez a pedirme que volviese para el club. Mis compañeras del piso me decían que no hiciese caso a ese cabrón.

Pero, Silvia y yo nos peleamos por culpa de Ramiro. Le dije a Silvia que yo era adulta y que hacía lo que quería, y ella me dijo que entonces me fuese para el club. Silvia me empujó, y yo le di un puñetazo en la cara. Janaina intentó separarnos, pero no lo conseguía. Entonces, cogí un cuchillo. Silvia escapó. Le lancé el cuchillo y se clavó en el sofá. Ella lo cogió. Le dije: - Si eres mujer, ven. Silvia me dijo que no iba a hacer nada con el cuchillo, que lo que tenía que hacer yo era recoger mis maletas y marcharme del piso.

Llamé a Ramiro y le conté todo. Me dijo que yo no tenía porqué pasar por eso, y que él me ayudaría hasta el fin. Comencé a recoger mis cosas, llorando, de rabia. Janaina vino a hablar conmigo. Pero, yo le llamé vagabunda, *safada*, y le dije que no era más que *farinha do mesmo saco*. Recogí todas mis cosas. Ramiro vino luego a recogerme, y me dijo que estuviese tranquila, que si se metían otra vez conmigo tendrían que vérselas con él. Y así volví una vez más a “El Rayo de Luna”. Todo iba bien, pero enseguida empecé a preocuparme con Claudia, la colombiana, que estaba próxima a llegar. Ramiro ya me había hablado antes de Claudia, la que era antes su mujer. Él siempre me aseguraba que no iba a cambiar nada, que no le iba a permitir que interfiriese en nuestra relación. Me dijo que ella sólo podía estar en el club trabajando como cualquier otra chica. Yo no le creía demasiado. Pero, él siempre me aseguraba y aseguraba que no iba a pasar nada.

Cuando Claudia llegó, aquí ya comenzó todo el infierno. Claudia le dijo a Ramiro que ya no lo quería más, que estaba decidida y que iba a trabajar de puta de nuevo. Ramiro no quería aceptarlo. Le dijo a Claudia que estaba en el club con una chica a la que quería mucho. Claudia llegó al club una tarde acompañada de Ramiro. Cuando llegaron, yo estaba en el comedor. Me fui para mi habitación y Ramiro vino a buscarme y me besó. Me dijo que estuviese tranquila, que no iba a pasar nada, que con Claudia sólo eran

negocios. Me sentía insegura. Ramiro también le dijo a la cocinera que él no quería nada con Claudia, que sólo le iba a ayudar para que tuviese su piso y que no quería verla más trabajando de puta. Claudia le decía a todo el mundo que ya no quería más a Ramiro. Y él de la misma manera, que no me iba a abandonar, que si fuese necesario la mandaba regresar a Colombia. Le dije a Ramiro que no quería complicaciones, que mirase bien todo lo que estaba haciendo. Ramiro me aseguraba que aquél era mi sitio.

Claudia pensaba que la que salía con Ramiro era Camila. Ella no sabía que era yo. A los pocos días Claudia comenzó a trabajar en la recepción del club. Un día que entré con un cliente en la habitación, pude ver como Claudia y Ramiro estaban discutiendo. Claudia le decía a Ramiro que ella se iba a buscar un chico joven y guapo, y Ramiro le contestó que él ya tenía una novia. - ¿Quién es? - Es Patricia. Entonces, me metí en la habitación, ellos siguieron discutiendo. Claudia le dijo a Ramiro que no quería volverle a ver la cara, que iba a coger una ropa de puta y volver para el salón. Como Ramiro le dijo también que yo ya no trabajaba más de puta en el club, Claudia se llenó de rabia, salió corriendo y le dijo a Ramiro que se marchaba para trabajar de puta en otro club.

Enseguida, Ramiro se fue para el salón y me dijo que me cambiase de ropa, que yo ya no volvería allí para trabajar de puta, que a partir de ese día yo iba a ser su mujer. Y esto todo lo dijo delante de todo el mundo. - Vete ahora, y quítate esa ropa. Yo me quedé paralizada. Me fui para mi habitación y me cambié de ropa. Ramiro dijo entonces en voz alta y en medio del salón: - Patricia ya no trabaja más.

Después de eso, Ramiro me llamó para ir a una fiesta. Fuimos y al poco rato sonó su móvil. Era Claudia, pidiéndole que la llevase, que estaba en la carretera. Colgó y entonces me dijo que tenía que marcharse para llevarla, que no podía dejarla así tirada en medio de la carretera.

A la mañana siguiente, todos estábamos felices. Pensaba que aquella guerra ya había finalizado. Y la guerra sólo estaba comenzando. Ramiro vino y me pidió que volviese para la barra, sólo para tomar copas con los clientes. Le dije que no, que si me iba para el salón con los clientes sería para trabajar. Ramiro no quiso. A las chicas que llegaron nuevas aquella semana, él me presentó como su mujer. Al día siguiente, Claudia apareció en el club. Le dijo a la cocinera que había vuelto porque Ramiro no había dejado de insistirle. Claudia quería hablar conmigo. Fuimos al comedor Claudia, Ramiro y yo y empezamos a conversar. Claudia decía que yo le daba pena a Ramiro, que porque tenía un quiste en un ovario y tenía que ayudar a mi familia, etc, pero que en realidad él no me amaba, sino que la mujer a quien

él amaba era ella. Entonces, Ramiro también me dijo que era verdad, que a pesar de que a mí me quería, la mujer a quien amaba era Claudia. Entonces, me levanté y le golpeé a Ramiro en la cara. Él me dijo: - No se atreva. La cocinera también intervino para que no peleásemos. Las chicas comenzaron a llegar y Claudia les dijo que quería hablar con todas. Ese día ella fue muy educada conmigo, aunque después me dijo que Ramiro follaba conmigo, pero que no sentía nada, que no se corría conmigo. Yo le dije que eso era mentira, que muchas veces él me iba a buscar a la habitación. La cocinera también le contó a Claudia que eso era cierto, que muchas veces había escuchado los gritos de Ramiro en la habitación mientras estaba conmigo. Luego, comencé a llorar. Me sentía totalmente humillada. Le dije a Ramiro que era un hijo de puta, y él me contestó que no me había prometido nada, y que quien tenía que marcharse del club era yo. Hasta Claudia le llamó la atención a Ramiro, le dijo que no podía humillar así a una mujer y le llamó cabrón de mierda. Yo no paraba de llorar. Había perdido la amistad de Silvia a causa de Ramiro, y ahora qué iba a hacer, sin dinero, sin nadie.

Ramiro me humilló tanto delante de Claudia... Le dije: - ¿quieres guerra? Pues espera ahora... Le conté todo a Claudia: el dinero que Ramiro me daba, todo. Claudia intentó tranquilizarme, me dijo que no me preocupase, que no era necesario que me marchase del club. Yo no dejaba de llorar. Luego, Ramiro vino más calmado y comenzó a acariciarme. Le dije: - Nunca imaginé que usted me humillaría tanto. Él me dijo que se sentía muy confuso y que no sabía bien lo que estaba haciendo. Cuando llegó Claudia empezaron a discutir de nuevo.

Aquella noche me arreglé y me fui para el salón. Me puse a trabajar. Cuando llegó Ramiro me tiró del brazo y me dijo: - No quiero que trabajes, yo te voy a dar dinero igual que antes. Pero, yo quería trabajar, y volví al salón. Ramiro se quedó en la recepción con la cara muy seria.

Al día siguiente, Ramiro me llevó a Lugo. Compré un montón de ropa y arreglé mi cabello en la peluquería. Después no sé qué pasó, pero Claudia empezó a estar muy celosa. Hasta ese momento ella se había comportado super bien conmigo. Un día cogí, me arreglé y entré en el salón. Claudia ya me estaba mirando con cara fea. Yo pensaba que no había razón para aguantar aquello, que había muchos otros clubes donde trabajar y yo había venido a España para ganar dinero, no para sufrir humillaciones. Claudia no dejaba de hacer preguntas sobre el anillo que Ramiro me había regalado. Como yo le conté todo, ella luego lo llamó por teléfono y le llamó hijo de puta. Cuando llegó Ramiro, yo ya estaba en la carretera esperando un taxi, y él me insultó, me llamó puta asquerosa. Yo le puse un dedo. Entonces, él cruzó la carretera y se acercó a mí, diciéndome que me iba a dar una paliza.

Le dije que si era hombre, que se atreviese a pegarme. La cocinera, que lo estaba viendo todo, también atravesó la carretera y le dijo a Ramiro que me dejase en paz, que ya estaba harta de él y que no iba a permitir que un asqueroso maltratase así a una compatriota. Él entonces regresó al club, gritando y maldiciendo. Decía a todo el mundo que yo lo iba a pagar muy caro. Enseguida, llegó el taxi y me marché para un hotel en Villalba. Cuando llegué al hotel llamé a la policía y les conté todo. Me dijeron que si iban al club luego eso podía provocarme problemas, y tal vez tendría que regresar a mi país. Así que lo dejé estar.

Desde aquel día, Ramiro seguía llamándome con llamada oculta. Yo no sabía muy bien qué iba a hacer. A la mañana siguiente, salí del hotel y me puse a buscar piso. Pasé unos días con Camila y Miki en su piso. Tenía un poco de miedo, porque Ramiro me tenía amenazada, andaba diciendo por ahí que me iba a matar. Así que no salía demasiado de casa.

Después de una semana decidí marcharme para Lugo. En el piso de Villalba hubo una confusión a causa de la desaparición de la cartera de Camila, así que arreglé mis maletas y me marché. Me fui a vivir con Sandra y Fernanda para el piso que ellas tenían en Lugo.

Las plazas

Como Sandra tenía una plaza marcada para un club en Cáceres, decidí acompañarla. Fuimos a la noche siguiente tres: Sandra, yo y Graciela, una drogadicta que estaba loca. El encargado del club nos vino a recoger. Cuando llegamos allí me encantó. Eran buenas personas, y era un club grande, con unas diez chicas trabajando. Sandra y yo éramos la diversión del club, bailábamos..., lo pasábamos bien. Trabajamos muy bien allí. Además, el club es un club más limpio que los de aquí.

Estuve dos semanas en ese club. No terminamos la plaza a causa de que los dueños querían subir la diaria de diez euros a treinta euros, y nosotras no estábamos de acuerdo. Graciela estaba loca, sólo pensaba en tomar droga y salir de fiesta. No tiene cabeza, y se quedó allí. Sandra y yo cogimos un autobús para venir a Lugo. El dueño del club nos pedía que nos quedásemos unos días más, pero nosotras ya habíamos tomado la decisión de marchar.

Llegamos a casa, cansadas. Al día siguiente, una compañera me pasó el número de un club, un chiringuito a las afueras de Lugo. Ramiro me llamaba a todas horas. Si estaba de humor le cogía el teléfono y hablaba

con él. Sandra y yo nos fuimos para el club “Los Ángeles”. Buenas personas. Marta, la dueña, y también las chicas. Pero, allí hace mucho frío porque la calefacción no funciona bien. Y también había pulgas. Cuando le empezaron a picar a Sandra, decidimos marcharnos de allí. Aún así, estuvimos un mes en ese club. Allí sólo trabajábamos cinco chicas: nosotras, dos dominicanas y una colombiana, todas bien gordas. Parecían un *colchão amarrado pelo meio*. Trabajamos sin parar. A veces yo entraba con dos tíos en la habitación. El mínimo eran treinta y dos euros, y recuerdo que sólo hice allí un pase de cincuenta euros. Lo normal era hacer unos cinco pases, pero había días que hacía hasta diez o doce pases. Trabajamos mucho. La mayoría de los clientes allí eran viejos. No eran malas personas, sólo que olían mal. Aquí en España, ya lo he comprobado, los hombres no se bañan. A veces cuando les coges la polla para lavarlos *eitá bagacera no caminho da feira!* Después, al final, el trabajo empezó a decaer un poco. Y fue entre eso y las pulgas que decidimos marchar.

Entonces, fuimos para el “Princesas”. Cuando llegamos, nos cambiamos de ropa y bajamos al salón. Allí las chicas nos comentaron que el dueño del club acostumbraba a pegar a las chicas. El ambiente tampoco me gustó, y había muchas mujeres, unas cincuenta chicas, mucha competición. No estuvimos allí ni cuarenta y cinco minutos. El dueño me preguntó que qué nos pasaba. Le contesté que no me sentía bien y ya está. Cogimos un taxi para venir al piso y empezamos a charlar con el taxista. Fue él quien nos dijo que en el “Cupidos” necesitaban chicas. Así que fuimos directamente para allí.

Llegamos al club “Cupidos” y enseguida nos vinieron a recibir. Primero, el taxista fue a hablar con el dueño del club y luego nos dijo que podíamos entrar. Esa noche me hice dos pases. Sandra se hizo tres y una salida. Después de trabajar volvimos para el piso. Durante una semana seguimos yendo al club. Pero, no me gustó ese sitio. No sé explicarlo, pero no me sentía bien ni se me daban bien los clientes.

Después, fue cuando llamé a Romelina. Sandra me dio el número de teléfono, y le pedí plaza. Sandra prefirió quedarse en el “Cupidos”. Romelina nos dio plaza a mí y a otra chica. Allí fuimos a trabajar. Al comienzo, trabajaba poco. Mi amiga, sin embargo, trabajaba mucho porque ella es más delgada y allí al piso van muchos clientes jóvenes. Pero, después, comencé a trabajar bastante.

Los pisos de contactos

Me extrañé de una cosa: cuando llegué allá tenía que pagar treinta euros de entrada, el gas butano y comprar plato, vaso y cubiertos. Romelina nos explicó las condiciones. Si permaneces toda la plaza ella devuelve los treinta euros, si no no. Trabajé mucho en el piso de Romelina. Estuve allá unos dos meses, y Romelina me dio mucha confianza. Acabé anotando los pases de las chicas en la libreta y marcar los minutos. Las chicas eran buenas. Cuando llegué había dos brasileras y tres colombianas.

Al principio, toda iba bien. Pero, después las chicas empezaron a murmurar que cuando Romelina recibía a los clientes muchas veces les decía que nosotras estábamos de regla o embarazadas, y que no podíamos atenderlos. Entonces, trabajaba ella. Al piso también llegaron chicas nuevas durante el tiempo que yo estuve allí.

Romelina se enfadó con Ana. Ana la acusó de que ella estaba robando con el dinero de los pases, y entonces, Romelina la echó del piso. Yo, sin embargo, me quedé.

Un día que me duché y lavé el cabello, le pedí a otra amiga brasileras, Márcia, que me secase el pelo. Entonces, me saqué el anillo y lo coloqué encima de una mesita. Después, fui a arreglar las uñas y ya me di cuenta de que me faltaba el anillo. Empecé a buscarlo por todas partes. Tania sólo repetía: - Es una hija de puta. Y yo no encontraba el anillo por ningún sitio. Estaba nerviosa y lloraba. Era el anillo que me había regalado Ramiro. Allí sólo estábamos cinco chicas: Tania, Erika, Márcia, Alejandra y yo, aparte de Romelina. Y durante todo ese rato no había entrado ningún cliente. Por la noche, Márcia escuchó sonar el móvil de Tania y era un mensaje que le enviaba Romelina, que le decía que acababa de guardar mi anillo. Márcia escuchó todo lo que hablaron aquella noche Tania y Erika, que Romelina era una hija de puta y que sabía perfectamente que había sido ella quien había cogido el anillo. Luego, Márcia me dijo que ya sabía quién había sido, que había sido Romelina. Me puse toda nerviosa. Y a partir de ese momento ya no conseguía ni trabajar.

Al día siguiente, Romelina me ofreció joyas, por si quería comprarle alguna cosa. Entonces, una de las chicas de repente la acusó, y le dijo que no tenía vergüenza, al ofrecerme encima joyas para comprarle a ella. Pasaron dos días y ya le dije que no aguantaba más, que me tenía que marchar de allí, porque sino iba a explotar. Márcia me pidió que me calmase y me aconsejó que no dijese nada. Arreglé mis maletas y me vine para casa. Luego, llamé

a Rosa y le pedí una plaza. Me dijo que sí. Y me fui para su piso. Nos fuimos las dos, Márcia y yo.

Cuando llegamos al piso de Rosa, no me sentía bien. Estaba muy perturbada. Márcia luego regresó al piso de Romelina porque ella no le había pagado el dinero de un pase. Después, me llamó y me pidió que volviese. Fue entonces cuando hablé con Tania, la hermana de Romelina, y le conté todo. Tania fue muy comprensiva conmigo, me dijo que su hermana hacía esas cosas por costumbre. Márcia me pidió que volviese al piso de Romelina. Y volví. Le dije a Rosa que me iba a casa a arreglar unas cosas, y luego la llamé para decirle que no iba a volver. Rosa me dijo que no podía hacer eso, que ya era la segunda vez que marcaba y que después no iba. Le pedí perdón.

Volví al piso de Romelina y empecé a trabajar en el número 50, que también es de ella. Me quedé allí una semana y no trabajé nada. Durante todo ese tiempo no entró ni un cliente. Hasta hambre pasé, pues no había nada que comer. En el 50 estábamos trabajando Márcia, yo y la encargada, Karen, que también tenía allí a su bebé.

Como no trabajaba nada, llamé a un piso en Madrid para pedir plaza. Me dijeron que podía ir. Pero, me daba un poco de miedo, así que se lo dije a Sandra. Como a los del piso de Madrid les había dado el nombre de Fernanda, Sandra pudo ir a hacer la plaza en mi lugar. Mientras tanto, me llamaron de nuevo para trabajar en el piso de Romelina. Cuando llegué me di cuenta enseguida de que Tania procuraba esquivarme y que comenzaba a mirarme mal. Le pregunté que si pasaba algo, y me contestó que nada. Luego, me preguntó que cómo podía saber yo que había sido Romelina quien me había robado el anillo. Entonces, jugué mi baza, y me inventé que había sido mi madre, que era echadora de cartas y que sabía de todas esas cosas. Tania se lo creyó todo. Hasta me pidió que le preguntase a mi madre si su novio, con el que ya llevaba más de tres años, la quería. Le dije que hablaría con mi madre para que hiciese la consulta. A partir de ese momento, me preguntaba todos los días si sabía ya la respuesta. Yo siempre le contestaba que todavía no, que mi madre estaba ocupada. Entonces, Tania debió empezar a sospechar que yo le había mentado.

Una tarde, Romelina nos convocó a todas en el salón para una reunión. Nos preguntó que qué ocurría, que porqué hablábamos mal de ella, y todo el rato mirándome a mí. Entonces, la argentina le dijo que lo que pasaba es que ella interfería siempre en el trabajo de las chicas, y que no dejaba pasar con los clientes para poder pasar ella. En ese momento yo también comencé a hablar. Le dije a Romelina que nosotras no éramos las únicas en

hablar mal acerca de ella, sino que Tania, la propia encargada del piso, era la primera en hablar mal. Tania se puso toda furiosa y me dijo que yo no tenía vergüenza. Cuando giré el rostro, vino y me dio un puñetazo en la cara. Después, Romelina intentó separarnos. Yo me puse toda loca. Comencé a romper todo lo que tenía a mano. Todo lo que cogía lo tiraba: vasos, platos, el móvil, etc. Estaba loca. Me lancé encima de Tania y empujé a Romelina. Le tiré un vaso a Tania a la cabeza, pero consiguió esquivarlo. Todas gritábamos. Le dije a Romelina que Tania era peor que una *cobra*, y que había sido ella la primera en acusarla de robarme mi anillo. Le gritaba a Tania que la iba a *matar de dente*. Estaba loca, loca, loca... Y luego llamé a la policía. Pero, ellos no querían venir. Les dije que como no viniesen iba a matar a alguien. Entonces, sí que vinieron.

Cuando llegó la policía Romelina sólo intentaba disimular que aquello era una casa de citas. Por si tenían alguna duda, grité con todas mis fuerzas que aquel piso era un *putero*, y que allí íbamos todas a *foder*. Delante de la policía, le dije a Romelina que les iba a contar todo lo que yo sabía de aquel piso. Entonces, la policía me pidió que hiciese mis maletas, y me dijeron que me esperaban para marchar. Cuando fui a recoger la maleta, Tania estaba detrás de la puerta escuchando, y yo le di un golpe en la cabeza. Ella comenzó a correr por el piso, y yo me puse loca otra vez, rompiendo todo lo que encontraba a mi paso. Los cuatro policías corrían también para detenerme, me pedían que la dejase marchar, que no era así, que me tenía que calmar.

Ellos me trajeron a casa. Cuando llegué, llorando, me di cuenta de que no tenía la llave y llamé a Ramiro. Márcia se la había quedado y Sandra estaba en Madrid. La otra chica, Fernanda, tampoco estaba. Ramiro acudió al momento. Me preguntó que qué había pasado y me llevó a una cafetería a tomar una coca cola. Me dio muchos consejos. Después, me llevó de nuevo al piso de Romelina para recoger la llave.

Comenzamos a buscar plaza. Me fui a un piso en Pontevedra. Ya tenía el número de teléfono anotado en mi agenda. Márcia y yo viajamos juntas a Pontevedra. Cogimos un autobús y al poco de llegar, Sandra me telefoneó para pedirme que regresase al piso en Lugo porque ella no se encontraba nada bien, y estaba enferma. Le dije que volvería lo más rápido posible y me quedé allí una semana trabajando. Luego, regresé a Lugo. Sandra estaba sola, no tenía a nadie, ni quien le hiciese la comida. Me quedé con ella durante unos días, cuando mejoró un poco ya llamé al piso de Madrid para pedir la plaza. Cuando me preguntaron el nombre, les dije que me llamaba Sheila. Y me fui para Madrid.

Como la noche anterior salí de marcha y bebí mucho, me pasé todo el viaje vomitando en el autobús. Cuando llegué al piso en Madrid, la dueña me miró de arriba a abajo. Allí yo tenía a una amiga, Vanesa. Fue ella quien luego me contó que la dueña le había dicho que yo era demasiado morena y que no iba a trabajar bien. Pero, aún así no desistí. Comencé a trabajar, a hacer uno o dos pases. Allí venían marroquíes, y a ellos no les gustan las mujeres morenas. Empecé a deprimirme un poco.

Al día siguiente, vinieron más clientes. Pasé y estuve diez horas con uno en la habitación. Pagó mil euros, quinientos para mí y quinientos para la casa. Pero, aún así no me gustó porque el chico estaba drogado y me insistía para que me drogase con él. Tuve que tomarme unas rayas con él. Al principio, tenía un poco de miedo, pero no pasó nada.

En el piso había una chica, Camila, que empezó a cogerme envidia. Yo ya estaba trabajando bien en el piso, y todos los días ganaba entre doscientos y cuatrocientos euros. No había un solo día que bajase de cien euros. Y Camila comenzó a mirarme con malos ojos, pura envidia, porque ella ya llevaba un año en el piso y me miraba como si yo fuese una intrusa.

Una tarde comprobé que la dueña me empezaba a tratar mal. Pronto descubrí que Romelina la había llamado por teléfono y le había dicho que yo era una chica muy problemática. La dueña no me dijo nada directamente, y fue mi amiga quien me lo contó.

A la mañana siguiente, fui al banco a depositar dos mil euros para enviar a Brasil. Le mandé dinero a mi madre y los regalos de Navidad. A ella le hizo muy feliz ese detalle. Yo también me sentía feliz porque nunca en mi vida había ganado tanto dinero. Pero, la felicidad duró poco. Al día siguiente, la dueña del piso me llamó y me dijo que me tenía que marchar. Me dijo que muchas chicas le habían telefoneado para decirle que yo era una mala persona. Esas chicas no eran más que Romelina o chicas mandadas por ella, estoy segura. Le rogué a la dueña que no me echase, que acababa de enviar todo el dinero a mi país y no tenía nada. Pero, ella me dijo que no era su problema, que yo me tenía que marchar, que ella tenía que viajar pronto para Colombia y que no quería saber de problemas en su piso.

Llamé a mi madre y le conté todo. Mi madre me dijo que debía ser fuerte y luchar, que estaba por el buen camino para conseguir el éxito. No tenía más que veinticinco euros, que no me alcanzaban ni para el billete de autobús. Mi solución era que mis amigas del piso me prestasen un poco de dinero. Me dejaron noventa euros. Y la dueña del piso me acompañó hasta la

estación. Yo estaba muerta de miedo porque la policía pasaba y se me quedaban mirando. Allí, mientras estaba esperando, conocí a una chica rumana y más tarde a una africana. Luego, a la africana le robaron un bolso. Un chico pasó corriendo y se lo llevó. Apenas había gente porque ya era muy tarde. La africana se subió a un autobús y montó una escena. Se quitó el sujetador, estaba como loca, y gritaba que nadie la iba a hacer bajar de allí. Al final, vino la policía y se la llevaron. Ella solo gritaba y gritaba.

Me pasé toda la noche en la estación de autobuses en compañía de la chica rumana. A la mañana siguiente vino el autobús y me pasé todo el viaje durmiendo. Cuando llegué a Lugo llamé a mi madre y le dije que todo estaba bien. Sandra y yo llamamos a un piso en Santiago y nos dieron plaza para ir a trabajar allí. Pero, Sandra ya tenía puesto un anuncio en el periódico y una foto. Fernanda nos dijo entonces que el teléfono no paraba de sonar.

Sandra y yo nos fuimos para Santiago. No me gustó el piso. Éramos tres chicas, un travesti y un chico, y también había un perro. Como no me gustaba nada, le dije a Sandra que no iba a quedarme allí. Sólo estuvimos un día. Al chico le dijimos que si quería podía venirse a Lugo con nosotras, que en Lugo también podría trabajar muy bien. Y decidimos venirnos los tres juntos. Cuando llegamos a Lugo ya eran las tres de la tarde y enseguida comenzamos a trabajar. Me hice ciento noventa y cinco euros y Sandra ciento ochenta. Bruno se hizo ciento veinte. Comencé a relajarme y a sentirme bien, pensaba que todos los problemas tienen su solución.

El piso de Sandra

Así fue como empezamos a trabajar Sandra y yo en el piso. Tanto viajar e ir de un sitio para otro, y teníamos nuestra solución en casa. Los primeros días trabajamos muchísimo. Al segundo día yo me hice más de cuatrocientos euros y Sandra más de trescientos. Bruno no se portó bien con nosotras. Enseguida, se buscó un piso para trabajar de modo independiente y colocó chicas. Le dije que eso que estaba haciendo no estaba bien, porque nosotras le habíamos ayudado y ahora él se comportaba de ese modo. Aprendió todo el negocio con nosotras y luego no le dio valor a nuestra amistad.

Trabajar en un piso es mucho mejor. En un club los hombres te tocan, te amasan y luego no suben. Sin embargo, en el piso los clientes ya vienen para quedarse. Se van con una o con otra. En el piso también tienes más libertad. Pero, en la prostitución ahora hay mucha competencia entre las

chicas, y también mucha falsedad. De cara todo bonito, y después te meten la *faca* por detrás.

Mentiría si dijese que es algo negativo, algo malo en mi vida. Pero, mentiría también si dijese que es una cosa maravillosa. Muchas cosas que quería hacer, muchos sueños que tenía, nunca pude alcanzarlos hasta que empecé a trabajar en la prostitución. Gracias a mi trabajo en España ya terminé de arreglar mi casa, pagué mi moto, pagué deudas que tenía, reformas en la casa de mi madre, etc... Pero, la mayor felicidad es poder ofrecerles a mis hijos todo lo que puedan precisar, y verlos con salud, ropa, estudios...

Los clientes que vienen al piso son todos españoles. Sólo hay un africano que viene a veces. Cuando está aquí, después de correrse, recoge el condón y se lo lleva. La primera vez que lo vi hacer eso le dije que ya lo tiraba yo, pero él no me dejó. Dijo que ya lo tiraba él, que no se fiaba. Debe tener miedo de que le hagan magia, como si nosotras fuéramos por ahí revolviendo en los condones para hacer cosas raras...

Los más pesados son los viejos. Siempre preguntan si follamos sin condón. Te dicen: - Es que yo nunca uso condón. Pero, una vez vino uno al piso, un señor mayor, que fue un caso muy raro. Después de pasar, me dijo que quería ir conmigo. Cuando entramos en la habitación, se sentó en la cama y le pregunté si no iba a quitarse la ropa. Me contestó que no, que así estaba bien. Y me pidió que me colocase así y asá. Él sólo se bajó la cremallera y sacó la polla. Entonces, sacó un condón del bolsillo de la chaqueta y se lo colocó él mismo. Yo estaba desconfiada. Pensaba: a ver qué me quiere hacer este viejo, ¿será que va a intentar follarme con toda esa ropa encima? Él sólo me decía que me colocase en la cama y que fuese cambiando de posición, y también me decía: - qué linda eres, qué cara más bonita tienes. No me dejó que lo tocara. Y en un momento, cerró los ojos y ya se corrió. Así de fácil. Sólo con mirarme. Y no paraba de repetir: - qué cara más linda. Luego, cuando salimos de la habitación me dijo que le había encantado, y que vendría otra vez para pasar conmigo. A la siguiente semana vino de nuevo.

Como en el piso el trabajo desde entonces va bastante bien, ahora ya tengo mis planes. Cuando termine mi casa, quiero comprar un terreno para hacer cinco apartamentos para alquilar. De esa forma no voy a necesitar en el futuro seguir en esta vida, y así voy a tener mi dinero y podré hacer cualquier cosa que necesite.

También quiero colocar silicona en los pechos. Sólo por estética. Tengo los pechos tan pequeños... Y me voy a hacer una lipo, sacar un poco de la barriga y también de las piernas...

VIVIAN

Infancia

Nací en el año 1983 en São Luis, la capital del Estado de Maranhão. Yo vivía con mi tía y con otros cuatro hijos de ella. Mi madre llegó a un acuerdo con mi padre: si yo nacía niño me quedaría en casa, si nacía niña me daría. Mi madre no quería niñas. Aunque yo creo hoy que si hubiese nacido niño también me daría. Todo esto no lo supe hasta la edad de seis años. Fue mi tía quien me lo contó. Odié a mi madre durante mucho tiempo por eso.

Vivíamos en un barrio del norte de la capital. No nos faltaba de nada. Mi tía ha sido más que una madre para mí, a pesar de todas las discusiones y de que alguna vez me pegó. Para mí ellos fueron unos verdaderos padres. Luego, cuando yo tenía dos años nos mudamos a Belem do Pará.

Tuve una vida muy buena. Hasta los seis años en que aparecieron dos personas que me perturbaron mucho: mi tío y un amigo de mi padre. Mi tío comenzó a ir por casa. Me tocaba los pechos y los genitales. Decía que era para ayudarme a crecer. Yo tenía siete años y era una niña muy desarrollada, ya tenía el culo grande y era casi tan alta como ahora; lo que menos tenía eran los pechos, claro, era una niña.

El amigo de mi padre hacía lo mismo. Me agarraba, me tocaba. Yo tenía mucho miedo. Con mi tío aquello duró mucho más tiempo. Todos los días que podía él venía a casa para buscarme y me llevaba a su casa. En mi familia no sospechaban nada. Yo tenía mucho miedo porque él me decía que si yo hablaba me haría daño y a mi tía también. Y me daban miedo sus amenazas.

Con nueve años un día me vino a buscar y le dijo a mi madre que me iba a llevar a pasear. Me llevó en su bicicleta. Me pidió que le hiciese un francés. Pero, yo no quise. Otro día, en que yo estaba en casa de mi abuelo, llegó mi tío e intentó forzarme. Pero, monté un escándalo y no lo consiguió. Esto pasó varias veces. Siempre cuando yo iba al colegio, él venía a buscarme y me esperaba en el camino. Y siempre la misma cosa. Yo intentaba regresar del colegio acompañada para evitar problemas. Mi tío nunca tuvo miedo de que mi madre lo descubriese. Hacía esas cosas con descaro. Como yo era pequeña no se atrevía a más. Me tocaba y se masturbaba.

Una vez me escapé de casa. Me marché para la casa de una amiga. Mi tío vivía cerca. En aquel tiempo yo me peleaba mucho con mis hermanos. Mi madre unas veces decía que me quería y otras decía que yo era la desgracia de la familia.

Mi hermano fue a buscarme. Mi madre me pidió perdón por haberme pegado aquel día. Ahí fue que me eché un novio. Este *namorado* me acompañaba siempre al colegio y me iba a buscar. Desde entonces, mi tío dejó de acosarme. Pero, siempre que me encontraba sola y que tenía oportunidad, se me acercaba para tocarme. Decía que me amaba. Yo sentía náuseas, hasta hoy.

Cuando cumplí trece años mi madre se separó y decidió mandarme de nuevo para São Luis, a casa de otra tía mía. Para mí fue un alivio. Aquel año hice la cuarta serie. Me atrasé mucho en los estudios a causa de todo aquello durante mi etapa en Belem. Me dije: gracias a Dios, ahora ya estoy lejos de ese infierno.

Después, cuando tenía catorce, le conté a mi madre la verdad. No aguantaba más. Sufrí mucho, y no me parecía justo. Y se lo conté todo. Mi madre se afligió mucho y me pidió perdón. A partir de ese momento mi madre empezó a confiar en mí. Ella también lloró mucho. Se lo conté todo porque mi abuelo también había intentado agarrarme. Como no aguantaba más se lo conté. Ahí fue cuando mi madre empezó a darme más cariño. Mi madre habló con mi abuelo y él le dijo que todo era mentira, que sólo estaba jugando conmigo. Fue la primera y la última vez que mi abuelo me molestó. Esto me pasaba porque yo era una niña sin cariño, que no tenía padre ni madre. Ellos pensaban que debido a mi situación y a que me veían con *blusinha* y pantalón corto, ya iba a aceptar cualquier cosa.

Luciano

Con catorce años conocí al que luego fue el padre de mis hijos. Se llamaba Luciano y tenía veintiún años. Yo era una *moça* muy carente de cariño. Nos conocimos en São Luis. Al principio, no le hacía mucho caso, pero con el tiempo empezamos a *namorar*.

Mi madre abrió un negocio en la casa de mi abuelo. Vendía arroz y *feijão*, y yo le ayudaba en el negocio. Ahí fue donde conocí a Luciano. Le conté todo lo que me había pasado anteriormente en mi vida. Y quiso enfrentarse a mi abuelo. Yo le dije que lo olvidase, que ya estaba, que aquello ya había pasado y que no valía la pena.

Al cabo de un mes, formalizamos la relación. Nos dimos el primer beso, y le dije que si me quería tenía que decírselo a mi madre. Al día siguiente, Luciano vino a casa para hablar con mi madre. Ella lo aceptó. Pero, mi abuelo no. Dijo que Luciano era un *garoto de canto*, un marihuanero, y que siempre estaba en la calle con los amigos.

Mi madre quería ayudarme. Quería que yo fuese feliz. Pero, en diciembre de 1996 mi madre regresó a Belem do Pará y me quedé desesperada. Yo no quería volver a Belem por nada del mundo. Pero, mi madre necesitaba encontrar un buen trabajo. Al final, después de un mes, yo también me marché para Belem. Y allí me encontré de nuevo con mi tío. Él vino a verme. Empezó a decirme que yo había cambiado mucho, que estaba muy bonita... Cogí una gran desesperación. Afortunadamente, no pasó nada.

Mi novio me llamaba todos los días. Y un día vino a buscarme. Regresamos juntos a São Luis. Yo no quería quedarme más tiempo en Belem. Entonces, Luciano le dijo a mi madre que se iba a casar conmigo. También le contó que ya había hablado con sus padres. Pero, eso no era cierto. No les había dicho nada, y se había escapado para venir a buscarme. Locuras, cosas de jóvenes...

Cuando llegamos a su casa, yo temblaba de miedo. Su madre discutió mucho con él. Dijo que las cosas no se hacían así. Pero, al final acondicionó un cuarto para nosotros. Así fue como empezamos a vivir juntos. Todo transcurrió muy bien. Y me quedé embarazada. A los veinticinco días sufrí una hemorragia muy grande y perdí al niño. Casi me muero yo también.

Dos meses después, me quedé embarazada otra vez. Nosotros queríamos tener un hijo. Este embarazo también fue problemático. Siempre tuve problemas, creo que tengo el útero demasiado flaco. A causa de esos problemas de salud y también de la falta de dinero, porque no tenía suficiente para ir todos los días y comprar el billete de autobús, dejé el colegio. Me quedé en la mitad del curso de la quinta serie.

Fue con seis meses de embarazo que descubrí que él tenía otra hija pequeña con otra mujer. Hasta el día de hoy no conozco muy bien las circunstancias. Entonces me quedé con mucha rabia de Luciano y también de su familia, porque ellos lo sabían y nadie me había dicho nada. Después, me contaron que no me lo habían dicho porque como estaba embarazada tenían miedo de que pudiese tener complicaciones a causa del disgusto. Y les perdoné.

Luego, Luciano comenzó a beber y se convirtió en un alcohólico. Desde ese momento ya no me hizo caso. Yo estaba con siete meses de embarazo. Ahí fue que descubrí también que usaba drogas. Él siempre llegaba a casa con los ojos muy enrojecidos. Un día que lo seguí por la calle lo descubrí con su pandilla de amigos. Después, me lo confesó. Al pasar el tiempo, sólo vivía para el alcohol y las drogas. No me prestaba ninguna atención. Sólo vivía para sus amigos. Yo, al mismo tiempo, me volví una persona muy desconfiada. Su madre me ayudaba, me daba ánimos y discutía con él a causa de su comportamiento conmigo.

Fue su hermana la que me ayudó con los gastos del nacimiento de mi hija. Su familia me ayudó mucho. Nuestra vida era una pelea continua. Al poco tiempo, también cogió el vicio del juego. Jugaba a las cartas y hacía apuestas. Fue una cosa más para empeorar ya una mala situación. Todo el dinero que ganaba se lo gastaba. Lo gastaba con sus amigos y lo perdía en las apuestas.

Mi hija nació el 25 de febrero de 1999. Luciano me dejaba sola para irse con sus amigos. Mi tía venía una vez a la semana para dejarme la compra para ayudarnos a mí y a la niña.

Una noche un vecino intentó agarrarme. Él sabía que yo siempre estaba sola y por eso lo hizo. Cuando se lo conté a Luciano él no se lo creía. Pero, desde ese día se quedó muy desconfiado. A la mañana siguiente, esperó al vecino y le preguntó qué había ocurrido. El vecino le contestó que no se acordaba de nada porque estaba borracho. Y entonces comenzaron una pelea. Luciano tenía un *facão*, pero no lo utilizó.

Él me echaba las culpas de todo. Me decía que yo no tenía moral. Y seguía bebiendo. Mis vecinas tenían problemas similares. Era la misma cosa. Algunas mujeres también eran maltratadas, o las echaban sus maridos de casa. Había mala gente en el barrio. Entonces, cuando podíamos las mujeres del barrio hacíamos reuniones para tratar y hablar de nuestros problemas. No sabíamos cómo hacer con nuestros maridos.

En aquella época yo tenía una amiga, que empezó a quedarse en casa. Un día los descubrí juntos, a Luciano y a Odette. Fue un disgusto muy grande. Pasé dos días sin hablarle y al final le perdoné. Yo no tenía estudios, ni trabajo, y tenía una niña. ¿Qué podía hacer? Él seguía igual. Salía y salía, y me dejaba siempre sola. Nunca pude ser feliz con Luciano. Y poco a poco fui descubriendo cómo era él en verdad.

Al poco tiempo me enteré de que él tenía relaciones con una vecina. Ella misma me lo contó. Ya no me respetaba nada. Cuando se emborrachaba se iba para casa de esa vecina a molestarla.

A mi familia no le contaba nada. Me daba vergüenza. Sólo la familia de él lo sabía. Mi tía era consciente de que yo pasaba un poco de necesidad, pero nada más. Yo trataba de descubrirlo. Me colocaba en la puerta o en la ventana. Un día cogí una *faca* y salí detrás de él. Recuerdo que estaba lloviendo. Salí a la calle con la *faca* en la mano. En ese momento pensaba que si lo encontraba con otra mujer lo mataba. Yo ya estaba harta de aquella vida.

Siempre fue así. Cuando no era una era otra. Y todo el dinero se lo gastaba en drogas, alcohol y para divertirse. Al final, mi familia se enteró de mi situación y vinieron a verme. Yo no sabía qué hacer. No quería regresar a Belem, y Luciano era el padre de mi hija. Todavía pensaba con ilusión en la posibilidad de que cambiase. Yo estaba flaca, pasando todo tipo de necesidades. Mi marido les dijo a mis padres que no se preocupasen, que iba a cambiar y que se iba a ocupar de su esposa y de su hija.

A mí los vecinos siempre me avisaban de cuando él estaba con otra mujer. Al día siguiente de marcharse mis padres, fui a buscarlo a la calle. Luciano estaba borracho y entonces comenzó a perseguirme e intentó pegarme. Yo no le tenía miedo. Le insulté. Le llamé *vagabundo* y le insulté muy feo. Su propio padre lo amenazó.

Después de aquello tuve un aborto. Sentí como me temblaban las piernas. Y oriné sangre. Me llevaron al médico y me dijeron que podía haber muerto. Desde entonces, me quedé en casa tomando las medicinas.

Y después de tres meses, me quedé embarazada otra vez. Luciano había cambiado un poco. Ya no salía todos los días. Y también quería un hijo. La gestación de mi hijo ya fue mucho mejor. Aquello fue un espejismo y comenzó todo de nuevo. Mi hija tenía un año y medio. Y él me dejaba siempre sola. Yo lloraba mucho. Estaba con la presión muy alta. Él continuaba haciendo la misma vida. Cuando no salía, me sentía feliz... A veces iba a buscarlo con aquella barriga grande.

Una noche Luciano se acostó temprano. A las dos de la madrugada vino un amigo a buscarlo para salir a tomar algo. Y se marcharon. Me quedé sola. Cuando eran las cuatro yo estaba todavía despierta. Sentía miedo de los bandidos. Aquel era un lugar muy peligroso. Entonces, llamaron a la puerta. Y pensé que era mi marido. Pregunté: - ¿Luciano? Me contestaron:

- Sí. Pero, yo sabía que no era él. Me quedé muerta de miedo. Aquel hombre empezó a hablar bajo y a pedirme que abriese la puerta. Siguió llamando y empujando. Entonces, grité y llamé a mi vecino por la ventana, y aquel hombre salió corriendo. No dormí nada en toda la noche. A las cinco llegó Luciano. Yo estaba temblando, sin control. El vecino le contó a mi marido lo que había pasado, y me llevaron al hospital.

Gracias a Dios mi hijo nació perfectamente. Luego, nos fuimos para casa de mis suegros. Mi suegro me aconsejaba y me decía que, desgraciadamente, su hijo no iba a cambiar. Fue entonces cuando pensé en la posibilidad de viajar a Europa, a Suiza. Mi hermana ya estaba en Suiza y yo mantenía contacto con ella. Me decía que no tenía necesidad de seguir sufriendo, y que si quería podía ir a Suiza para intentar buscar una vida mejor, que ella me ayudaría. Yo le contaba siempre mis problemas y dificultades. Y ella me decía que me buscaría un trabajo de “babysister”. Aunque, en aquella época yo todavía tenía esperanzas de que Luciano cambiase.

Con menos de un mes le retiré el pecho a mi hijo con el fin de poder hacer el viaje. Mi suegro me apoyaba. Pero, a las pocas semanas mi suegro falleció, y entonces decidí darle a Luciano una última oportunidad. Para él fue un shock. Por eso pensé que iba a cambiar. Pero, tardó solamente una semana en volver a las andadas. Incluso peor. Hasta su hermana le rogó llorando que tenía que cambiar, que ahora él era el único hombre de la familia y que si seguía así nadie nos iba a respetar. Porque en Brasil es así, el hombre tiene que hacerse respetar, sino la sociedad pierde también el respeto a las mujeres. Pero, ni así cambió.

Le pedí a mi hermana que esperase un tiempo. Luciano empeoraba constantemente. Enfermé, sin saber porqué. Me contagió una infección vaginal. Otra mujer se la pasó a él. Tuvimos que tomar un tratamiento los dos juntos. Y le volví a perdonar. A mí aquello me produjo mucha vergüenza. No se lo conté a nadie, para no empeorar más aún las cosas.

Luciano volvió a decirme que iba a cambiar. Yo pensaba ¿será que después de todo lo sucedido podrá cambiar realmente? Me decía que yo era una gran mujer, que tenía un buen corazón por perdonarlo tantas veces, y que iba a cambiar. Aquella tranquilidad sólo duró un mes. Y volvió todo aquel infierno. Yo le echaba en cara el haberme contagiado una enfermedad. Su única preocupación era curarse. Después, lo olvidó todo.

Volvimos a casa de su madre. Luciano seguía yendo al barrio para estar con los amigos. Yo estaba muy perturbada y sufría sobre todo por mis

hijos. Fue entonces cuando ya cansada le dije un día que me marchaba para Suiza, que iba a luchar por una vida mejor para mí y para los niños.

Suiza

Mi tía me ayudó. En Suiza yo tenía a mi hermana, a mi prima y a dos tías. Mi hermana estaba casada con un español. Ellos hablaron con la patrona para ver la posibilidad de que yo viniese a Suiza y pudiese trabajar en una casa. Mi tía me pagó el billete. Acordamos que yo le devolvería el dinero poco a poco.

Salí de Brasil el 31 de agosto de 2003. Viajé de São Luis para Recife. Después, de Recife para Oporto y de allí a Zürich. Mi tía me enseñó cómo tenía que hacer. Viajé casi sin dinero. Sólo me preguntaron en Recife que para dónde iba. Les dije que para casa de mi tía. Y fue sólo eso. Me sellaron el pasaporte.

Cuando llegué a Suiza sentí como una nueva esperanza de vida. Una ciudad bonita. Gente guapa. Pensé que allí podría conseguir la felicidad. Después del viaje me pasé dos días descansando. Luego, ya fui a conocer la casa donde iba a trabajar y a la patrona. Mi tía me acompañó. Me sentía muy bien. Mi patrona era una mujer joven y muy buena. Era portuguesa. Yo tenía que cuidar de su hijo pequeño y hacer la limpieza de la casa. Ella comenzó a contarme también sus problemas. Me contó cómo había llegado a Suiza, los problemas con su esposo, etc.

Mi hermana y yo estudiábamos alemán por las noches. Ella ya había acudido a clases y hablaba bastante bien, y me corregía los ejercicios. Yo trabajaba de lunes a viernes. Durante los fines de semana sólo salía con mis patronas. Hasta que comencé a hablar un poco bien el alemán y allí empecé a salir sola. A partir de ese momento, de que yo empecé a salir sola, fue cuando empezamos a discutir. Mi hermana tiene veintitrés años y siempre fue una persona muy seria, a ella no le gusta salir por la noche y piensa un poco como una vieja.

Yo salía sola los primeros días. En Zürich hay un centro de encuentro de amigos cerca de la estación del tren. Ese fue el primer lugar donde acudí. Para mí era una vida totalmente nueva y diferente. Yo no había tenido adolescencia ni juventud y me encantó esa vida en Zürich. Allí conocí también a brasileños. Conocí a mucha gente, fui a discotecas y bares. Todo el mundo me trataba bien. Así pasaba mis fines de semana. Hice amistad con María, otra chica brasileña. A través de ella conocí a mucha gente y

también me enseñó muchos lugares. Para mí aquello era una experiencia de libertad que yo nunca había sentido. Mi vida anterior sólo había sido un sufrimiento.

En el trabajo siempre fui una persona responsable. Mi patrona estaba contenta conmigo. Yo me dedicaba todo el tiempo a su hijo. Mi hermana la llamó varias veces para saber si yo salía y a qué hora regresaba a casa. No quería que saliese, quería que sólo estuviese dentro de casa.

A los tres meses conocí a un hombre. Tenía cuarenta y ocho años. Yo estaba llegando a casa y me encontré con él. Me habló en italiano. Yo también había estudiado el italiano durante los fines de semana. Me preguntó que cuánto tiempo llevaba en Suiza y me dijo que yo era muy bonita. Le contesté que bueno, que podíamos quedar para salir un día. Intercambiamos nuestros números de teléfono. Al cabo de unas horas ya me llamó para invitarme a almorzar a un restaurante. Acepté. Y me fue a buscar a casa de mi prima. Para mí todo era diferente. Yo nunca había estado así, con un hombre con una buena posición. Luego, pasó una semana, y al siguiente sábado volvimos a salir. Fuimos al restaurante y después me llevó a su apartamento. Allí hicimos el amor. Me trató muy bien. Pero, de repente, me dijo que me amaba. Ahí sentí rabia. No podía entender cómo él podía decirme esas cosas así, tan rápido, sin apenas conocerme.

Y yo, a esas alturas, ya no confiaba demasiado en los hombres. Pero, los italianos tienen ese defecto. Enseguida se declaran. A partir de ese día empezó a llamarme por teléfono todos los días. Me preguntó si quería trabajar en su restaurante. Le dije que sí. Pero, cuando le comenté que no tenía papeles entonces me dijo que no era posible porque podía haber problemas y era muy peligroso. Lo entendí. Él comenzó a ayudarme. Me daba un poco de dinero. Un día me dijo que quería casarse y tener un hijo conmigo. Por eso siempre me pedía hacerlo sin condón. Ahí volví a sentir rabia de él.

En aquella época mi prima era mi confidente. Le contaba todo. Mi prima me decía que mi hermana no era justa conmigo, que yo también tenía derecho a hacer mi propia vida.

Cuando ya llevaba un mes saliendo con el italiano, se lo conté a mi familia. Entonces, él nos invitó a todas a ir a comer al restaurante. Al terminar, nos marchamos y cuando estábamos de camino a casa, paré un momento para entrar en un bar. Entré solo para tomar una coca-cola, y allí fue donde conocí a mi amor...

El amor

Eran las nueve de la noche. Y allí estaba él, tan guapo..., con su corbata. Yo también iba guapa, pues regresaba de una celebración, claro. En ese momento, pensé: Dios, si tuviese la suerte de tener un novio así...Yo lo estaba mirando. Él también me miró. Estaba con dos amigos. Yo sonreía, estaba como sin control. Miré la hora y cogí mi chaqueta. Y justo en ese momento se acercó y me preguntó que cómo me llamaba. Me dijo en alemán que yo era muy bonita. Yo no sabía que era italiano, por eso al principio hablamos en alemán. Intercambiamos nuestros números de teléfono. Salí muy contenta.

Aquel chico se llamaba Pietro. Al día siguiente por la mañana me colocó un mensaje en el móvil. Me dijo que había soñado con una mujer morena, como yo, y que tal vez yo era la mujer de sus sueños. También me preguntaba si quería salir con él. Yo entendía el mensaje sólo a pedacitos. Fue mi hermana quien me lo tradujo. Pietro siguió enviándome mensajes. Hasta que quedamos en encontrarnos una tarde en el McDonalds. Ese día me contó que era italiano. Me preguntó que de dónde era. Nos besamos. Aquella boca preciosa...

Al día siguiente por la noche, a las seis y media, volvimos a salir. Me sentía muy bien con él. Pero, yo quería contarle la verdad. Le conté que tenía dos hijos. De mi marido en Brasil no le dije nada. Y de mi amigo tampoco. No tuve valor. Él se llevó las manos a la cabeza. Me dijo que para él no era un problema el hecho de que yo tuviese dos hijos, pero que seguramente sus padres no lo iban a aceptar. Me dijo que no se lo iba a contar a sus padres porque él quería salir conmigo. Y comenzamos a salir casi todos los días.

Me fui distanciando del hombre del restaurante. También, descubrí que estaba casado. No veía futuro con él, y como me estaba enamorando de Pietro, decidí dejarlo. Con Pietro me sentí feliz desde el primer momento. Con el otro me sentía un poco usada, porque notaba que sólo le gustaba estar conmigo para tener relaciones sexuales. Eso era lo que más le gustaba de mí, y no me daba demasiadas muestras de cariño.

Cuando salíamos, Pietro y yo caminábamos juntos cogidos de la mano. Me decía que yo era una mujer con muy buena figura. El primer día que salimos a la discoteca me hizo muy feliz. Me gustaba porque estaba todo el tiempo pendiente de mí. Era tal vez un poco celoso de más, pero me gustaba. Me decía que se sentía orgulloso de su novia. Me sentía tan bien... Percibía su amor. Era tan atento, y observaba cada detalle. Al cabo de un

mes, les contó a sus amigos que yo era la mujer de su vida. Mientras, el otro italiano me seguía llamando a casa. Pero, yo no volví a salir con él. Mi familia no lo entendió. Pensaban que yo estaba perdiendo una buena oportunidad para conseguir mi futuro en Suiza.

Cuando pasaron los tres meses de mi estancia en Suiza le dije a Pietro que tenía que salir para pasar la frontera. Le dije que tenía que entrar en Italia. Y él me dijo que quería acompañarme. Pero, sus padres no se lo permitieron. Pietro no entendía mis problemas. Él nunca había tenido contacto con inmigrantes sin papeles, y no podía hacerse una idea. Además, tenía miedo de que yo fuese a Italia y que allí conociese a otro hombre.

Eran las Navidades de 2003. Mi patrona se marchó a Portugal para pasar las fiestas. Me dejó las llaves y un poco de dinero. Luego, una tarde salí a la discoteca y me robaron todo el dinero. Fue una colombiana que venía con una amiga. Entonces, llamé a Pietro y también al dueño del restaurante. Discutí con Pietro, en vez de ayudarme, me llamó burra, que cómo me había dejado robar. El otro me dejó trescientos francos. Le conté que me acababan de robar y que tenía que salir para la frontera. Él me contestó que el dinero no era problema.

Fui para Italia sola. Me quedé en la ciudad de Cassano durante seis días. Allí yo tenía un familiar que me estaba esperando. Tuve suerte. Pasé el control. Cuando la policía me cogió el pasaporte, pensé que me iban a repatriar para Brasil. Me encantó Italia. Cassano es una ciudad preciosa. Visité muchos lugares y conocí a mucha gente. Era muy buena gente. La noche de Año Nuevo llamé a Pietro. Quería intentar una reconciliación. Él me dijo que seguramente yo tenía muchos novios italianos. Le dije que no, y que sólo lo quería a él. Pietro era un chico muy celoso. Me dijo que cuando regresase ya hablaríamos.

Regresé a Suiza. Cuando cogí el bus en Avelinno conocí a dos hombres: a Francesco y a su hijo Dino. No había mucha gente en el bus. Francesco tenía cincuenta años y Dino veintidós. Fuimos conversando durante toda la noche. Francesco me empezó a preguntar que cómo estaba. Le conté que había ido a Italia sólo para pasar la frontera. Me pidió mi número de teléfono y me pasó el suyo. Francesco tenía una novia dominicana. No fue él quien me lo contó, sino su hijo. Sacamos una foto juntos. A mí me gustaba más Dino. Claro, era más joven y guapo... Salí del bus antes que ellos. Ya llevábamos dieciséis horas de viaje. Y me despedí.

Volví a casa de mi hermana. Luego, llevé las cosas para la casa de mi patrona y arreglé la casa antes de que ella regresase de Portugal. Enseguida,

Francesco comenzó a llamarme por teléfono. Me preguntó si yo tenía a alguien. Le dije que no.

La pasión

En esa época también conocí a Carlos, un dominicano. Era un hombre joven y guapo. Vivía cerca de donde yo trabajaba. Empecé a tener relaciones con él y era muy cariñoso conmigo. Siempre que llegaba me decía: - Hola, mi Reina. No fue enamoramiento, sino pasión. Pero, fue un sentimiento muy fuerte. Me sentí muy bien con él. Sólo que mi familia lo descubrió. Empezaron a preocuparse conmigo y me prohibieron salir con Carlos.

Decían que a los dominicanos les gusta tener muchas mujeres. Yo discutía con mi hermana a causa de esto. Ella decía que los dominicanos o pegan a las mujeres o bien trafican con drogas. Y yo se lo conté a Carlos. Me dijo que era cierto que había muchos hombres así, pero que no era su caso. También me dijo que visto así, de la misma forma que todos los hombres dominicanos eran maltratadores o traficantes, entonces todas las mujeres brasileras eran putas. Porque en Suiza, si generalizábamos, la sociedad nos veía a todos de esta forma.

Me fui alejando de Carlos, y al mismo tiempo volví a salir con Pietro. Todo volvió a ir bien, con mucho cariño. Mi patrona me aconsejaba. Me decía que mi relación con Pietro me iba a causar muchos problemas, sobre todo cuando su familia descubriese lo de mis hijos. Pero, yo estaba enamorada y no hice demasiado caso de las advertencias. Continué saliendo con Pietro. Él al mismo tiempo tenía miedo. Un día me dijo que podíamos seguir saliendo, pero ya no más como novios. Eso para mí fue como una puñalada. Me sentí muy mal. Y como estaba muy enamorada, acepté.

Una forma más de ganar dinero

Comencé a mantener mucho contacto con María, mi amiga brasiler. Salíamos juntas por la noche. Ella conocía el barrio donde trabajaban las prostitutas. Si tú ibas sola por allí, los hombres se te acercaban y te preguntaban que cuánto cobras. María ya trabajaba de *garota de programa*.

Una noche que estábamos juntas tomando una copa, llegó un hombre y ella me dijo que yo le gustaba y que si quería podía ir con él, que lo conocía y que pagaba muy bien. Esto ocurrió a principios de febrero del 2004. Yo le

dije a María que no estaba segura de hacerlo. Y ella me dijo que no pasaba nada, que era una forma más de ganar dinero y que aquel tipo no era ningún bicho de cuatro cabezas.

Me fui con él. No tenía miedo porque ya sabía que era un cliente de mi amiga. Ella me dio las llaves y fuimos para su apartamento, que quedaba muy cerca. Me pagó doscientos francos. Estuvimos juntos una hora. La verdad, para mí no fue muy difícil. Era un hombre joven y limpio, y me trató bien. Sólo hicimos el francés y la penetración normal. Luego me dijo que le había gustado mucho estar conmigo, y a partir de aquella noche me llamó más veces. Fue así como me fui introduciendo en la prostitución, todo muy lentamente. María me pasó algunos clientes suyos. Pero, entonces mi hermana descubrió que yo frecuentaba aquel barrio, y me dijo que me iba a enviar rápidamente para Brasil. Sin embargo, mi prima me entendió porque ella también había trabajado al principio cuando llegó a Suiza. Trabajó durante seis meses en la prostitución. Pero, mi hermana no podía entenderlo y me dijo que el 28 de febrero regresaría a Brasil, que ya me habían comprado el billete de avión.

Cuando se lo conté a María ella me dijo que no tenía porqué regresar a Brasil, que si quería podía quedarme con ella en el apartamento. Todas mis amigas me decían lo mismo: que no volviese a Brasil. Mi prima igual. Pero, tenía miedo de enfrentarme a mi hermana.

Llamé a Francesco y le dije que tenía que marcharme a Brasil. Él me dijo que quería despedirse de mí. Salí con Francesco y le conté que tenía que marcharme el 28 de febrero y que no sabía si podría regresar a Suiza, porque no había ahorrado el suficiente dinero y en mi país no tenía condiciones. Le pregunté si él podría ayudarme. Y me contestó que sí.

Al día siguiente quedé con Pietro. También le conté lo mismo, que no sabía si podría volver. Me dijo que él no podía aconsejarme y que tenía que ser yo sola la que tomase la decisión. No me sentí apoyada y decidí regresar a Brasil.

Faltaba apenas una semana para marcharme y fue cuando tuve por primera vez relaciones sexuales con Pietro. Fue por eso que me enamoré de él, porque había sabido respetarme, no había querido tener relaciones rápidamente conmigo. Pero, ya no hacíamos proyectos de futuro. Y esto me entristecía. Yo me sentía feliz porque estaba con él y al mismo tiempo me sentía infeliz porque era consciente de que Pietro nunca llegaría a ser mi marido.

También me despedí del italiano del restaurante. Todavía lo veía de vez en cuando. El día antes de viajar llamé a Pietro para despedirme. Le dije que si me pedía que me quedase, yo me quedaba en Suiza. Pero, él me contestó que no podía pedirme eso. Me pareció fatal. Nos despedimos. No quiso acompañarme al aeropuerto. Me dijo que era mejor así para los dos. Me envió un mensaje al móvil donde me explicaba todo esto. Me sentí tan triste...

La noche anterior salí para despedirme de mis amigas y también de Carlos, el dominicano. Mis amigas me decían que no hiciese caso, que no me marchase y que en Brasil no iba a tener condiciones. Pero, yo no quería enfrentarme con mi hermana. Y así me fui el 28 de febrero de 2004.

Regreso a Brasil

Hice un viaje tranquilo. Volví para casa de mi marido. Mi madre me aconsejó que tuviese cuidado, que utilizase siempre el preservativo y que no fuese otra vez a quedarme embarazada. Él se portó bien durante el primer mes. Pero, volvieron los celos y comenzó enseguida todo de nuevo. Para mí era la última oportunidad para él. Lo hacía sólo por mis hijos. La verdad, ya no me sentía enamorada de mi marido. Sentía la falta de Pietro. Sentía deseos de volver a Suiza.

Pasé ocho meses en Brasil. Estuve tres meses viviendo con Luciano. Después me fui para la casa de mi madre, que ahora vivía en una pequeña ciudad del Estado de Maranhão. Cuando regresé mi marido estaba trabajando de moto-taxi. Seguía con la misma vida, siempre en la calle con sus amigos. Apenas teníamos comunicación entre nosotros. Yo sólo pensaba en volver y en juntar el suficiente dinero para comprar el billete. Al final, le pedí a Francesco el dinero para el pasaje. Lo llamé por teléfono y él me envió quinientos francos. Francesco también deseaba que yo regresase a Suiza. Pero, tenía que esperar al menos unos seis meses para poder regresar. Me arrepentí mucho de haber viajado a Brasil. No supe escuchar los consejos de mis amigas, y si me hubiese quedado en Suiza trabajando en la prostitución todo hubiese sido mucho mejor.

Me enteré de que mi marido estaba con otra mujer. Pasaba los fines de semana con ella. Nos peleamos. Le dije que no era justo. “No me molestes” fue lo que me contestó. Le pedí dinero. Me dijo que no tenía. Luciano tenía cien reales, pero sólo quería darnos a mí y a mis hijos veinte reales. Me empujó. Lo empujé. Le grité que yo no necesitaba estar más tiempo en

aquella vida. Le dije que era una vergüenza que prefiriese gastarse el dinero de sus hijos en mujeres.

Al mediodía cogí un taxi y me fui a la estación de autobuses. Me marché para el interior. Luciano no quería que me llevase a los niños. Y llamé a mi madre. Eran cinco horas de viaje en autobús. En aquella época mi madre era candidata a *vereadora*, y yo fui a ayudarle en su campaña. Mientras tanto, una tía cuidó de mis hijos para que pudiesen ir al colegio en São Luis.

Pasé un mes y medio sin ver a mis hijos. Mi marido empezó a llamarme y a pedirme perdón. Me decía que esta vez iba a cambiar de verdad. Ya no le creí. Y comencé a enamorarme. Como yo era nueva en la localidad, tenía muchos pretendientes. Conocí a un chico. Le dije que estaba separada. Él dijo: gracias a Dios. Él también trabajaba con un candidato a *vereador*. Así, empezamos a salir. Me ofreció su ayuda. Pero, aquello apenas duró un par de semanas. Después, llegaron mis hijos para pasar unos días. En aquella época salí con muchos hombres, pero nada serio. Yo era una persona muy popular.

Conocí a otro hombre, que era gerente de una pequeña agencia bancaria. Yo acudía mucho allí a causa de los envíos para la campaña. Y fue así como nos conocimos. Me dijo que quería ser mi novio, que yo era una mujer que llamaba mucho la atención. Él tenía cuarenta y cinco años. Su problema era que estaba casado. Pero, su esposa no vivía en la ciudad. A mí nunca me gustaron las relaciones con hombres casados. Sin embargo, mi madre me dijo que él era un buen hombre, que era rico y que me podía ayudar. Mantuvimos una relación durante quince días. Un día fue un terror: fuimos a casa de mi madre y estábamos en la habitación los tres, él, yo y mi madre. Estuvimos bebiendo cerveza y ella se emborrachó un poco. Luego, cuando nos acostamos rompimos la cama. Al día siguiente, llegó mi madre y ella todavía estaba borracha. Venía con su marido y entraron en la habitación discutiendo entre ellos. Y nosotros allí en el suelo, con la cama rota. Sentí mucha vergüenza. Parecía una casa de locos. Él me dijo que teníamos que ser más discretos.

Luego tuve otro *namorado*. A veces estaba durante el día con uno y después con otro por la noche. El gerente lo descubrió y pasó una semana sin llamarme. Esa fue una época en la que yo también bebí mucho. Durante los tres meses que estuve viviendo con mi madre tuve unos diez *namorados*. El día que no salía con uno, salía con otro. Hacía todo lo posible para distraerme divirtiéndome. No quería pensar en Suiza.

Todos los hombres que conocí eran celosos y querían controlarme. Querían saber lo que hacía, los pasos que daba, la ropa que vestía, etc. Yo ya no aceptaba que nadie me dijese lo que tenía que hacer, que pretendiesen controlarme, y menos aún en una relación de unos pocos días. Yo no hacía nada malo, así que no debía aceptar ningún control. Mi madre sabía todo. Ella sabía que yo había sufrido mucho a lo largo de mi vida y le parecía bien que pudiese salir a divertirme un poco.

Mi madre se presentaba por el Partido Verde. Le faltó poco para conseguirlo. Es por eso que quizás vuelva a intentarlo, aunque ella gastó mucho dinero.

Un día el gerente me pidió para hacer un griego conmigo. Yo no acepté porque la tenía muy grande y pensé que me iba a doler. Yo entonces sólo lo había hecho unas tres veces con mi marido y la experiencia había sido horrible. Ahí fue que terminé mi relación con el gerente.

Pietro me llamaba todos los días. Siempre me decía: - ¿Cuándo vienes, mi amor? Te estoy esperando. Me sentía feliz cada vez que hablaba con él. Francesco también me llamaba dos o tres veces al mes. Hasta que Francesco decidió comprar mi billete para volver a Suiza. Mi prima que estaba en Suiza también vino a Brasil en aquella época. Mi prima me comprendía. Ella también había trabajado antes en la prostitución y pensaba que todo el mundo tenía derecho a una oportunidad. Francesco le dio el dinero a mi prima para comprar mi billete y ayudarme. También con ese dinero compré ropa para el viaje. Francesco y mi prima llegaron a un acuerdo: yo estaría trabajando en casa de una amiga de mi prima durante la semana y los fines de semana los pasaría con Francesco.

Segundo viaje a Suiza

Pasada una semana, regresé a Suiza. Tenía una oferta de trabajo, era un hombre deficiente que necesitaba que lo cuidasen. Sólo que no podía salir mucho. No pasé la entrevista. Entonces, mi prima me buscó otro trabajo en casa de una brasilera. Y fue allí donde ya empecé a trabajar. Con Francesco pasé el primer fin de semana. Horrible. Por más que él intentaba que me sintiese bien, yo no conseguía sentirme a gusto porque no le quería. Pero, en cierto modo me sentía obligada porque él me había ayudado.

Después llamé a Pietro. No contestaba. Luego, él llamó a casa de mi prima. Carlo, el marido de mi prima, que también es italiano, es un hombre muy celoso y discutió duro con Pietro porque no le gustaba que llamasen

hombres a casa. Cuando fui a casa de mi hermana continué llamándole por teléfono. Seguía sin contestar. Yo pensaba que había sucedido alguna cosa y estaba desesperada. Sabía que Pietro había estado hablando con Carlo y que tal vez se sentía mal tratado.

Fui a trabajar el lunes. No conseguía contactar con él. Hasta que el sábado fui a una fiesta italiana junto con mi prima, su marido y sus dos hijos. Aproveché esa ocasión para salir y llamar desde un teléfono público. Llamé y llamé, hasta que me contestó. Fue una felicidad tan grande... Me dijo que no me había contestado porque estaba enfadado debido a todo lo que le había dicho el marido de mi prima. Le pedí disculpas por eso, y le dije si podía venir a la fiesta. Me dijo que no, que era muy tarde. Pero, yo tenía muchas ganas de verlo. Ya habían pasado dos semanas desde que llegué a Suiza. Y al final, después de insistirle, me dijo que sí, que iba a venir a verme.

Fue una felicidad tan grande. Un placer... Fue como una escena de novela. Nos abrazamos y besamos. Me dijo que yo estaba todavía más guapa. Entonces, le pedí al vigilante que le dejase entrar. Entramos. Pietro me regaló un collar con brillantes. Me dijo que lo tenía guardado para cuando regresase. Mientras estuvimos allí juntos, me dijo: - Ahora sé que mi amor por ti es verdadero. Llevábamos casi nueve meses sin vernos. Fue un momento maravilloso. Y me sentí feliz durante el resto de la noche.

Pietro me regaló un móvil. Y Francesco me compró una tarjeta. Así podía comunicarme con los dos. Un día le pregunté a mi patrona si mi novio podía ir a buscarme a su casa. - No hay problema, me dijo. Ella me entendía. Era joven todavía. Y también, tiempo atrás, había trabajado en la prostitución.

El sábado por la tarde Pietro y yo fuimos al McDonalds. Y así continuamos nuestra relación. Pietro venía a buscarme a casa de mi patrona. A ella también le gustaba Pietro, decía que era un chico muy bueno. Pero, cada día que pasaba la situación en casa de mi prima iba empeorando. No quería que saliese e intentaba controlarme. Yo salía con Pietro a escondidas de mi prima.

Mi patrona me dijo un día que ya no tenía condiciones para poder pagarme. Entonces, decidí salir de casa de mi prima. Mi patrona me dijo que podía quedarme en su casa mientras no encontrase otra cosa. Yo estaba pensando en volver a la prostitución. Y ella me dijo que no perdiese el tiempo, que si fuera ella trabajaría en la prostitución hasta que mejorase la situación.

Intenté llamar a mi amiga María. No me contestaba. Ella estaba trabajando en España y yo no lo sabía. Un día me contestó. Le conté lo que me pasaba y ella me ofreció su ayuda. Me dijo que si quería, me dejaba el dinero para venir a España. María estaba trabajando en un piso en Cádiz. Yo no sabía qué hacer. No quería dejar a Pietro otra vez.

Pietro quería que yo me fuese a vivir con él a casa de sus padres. A ellos les parecía buena idea. Pero, en las Navidades de 2004 le dije a Pietro que no aguantaba más no decirles la verdad a sus padres. Tenía que tomar una decisión. Pietro, en cambio, decía que teníamos que esperar un poco. También me dijo que quería tener un hijo conmigo. Por eso, al sentir tanto nuestro amor, quise contarles la verdad a sus padres. Ese fue mi error. Bueno, no estoy segura si fue un error.

Le conté la verdad a su madre, que yo tenía dos hijos. Ella entonces me dijo que eso era una responsabilidad muy grande y que teníamos que habérselo contado todo desde el comienzo. A partir de ese momento, hubo tensión entre nosotros. Su madre también sentía desconfianza hacia mí, de que yo regresase a Brasil y mantuviese todavía la relación con el padre de mis hijos.

Pietro me dijo que su madre no quería volver a verme, y que si seguíamos juntos sus padres no iban a ayudarle más. Entonces, decidí ir para la Langestrasse, el lugar donde trabajaban las prostitutas. Yo estaba desesperada. Sabía que estaba perdiendo a mi amor. Fue muy difícil para mí. Nos veíamos a escondidas y llorábamos juntos. Ya nada era igual. Para él resultaba muy difícil. Me decía que me amaba, pero que su familia era lo primero y ellos no le apoyaban en esto. Yo tampoco deseaba que él tuviese problemas con su familia por culpa mía.

Trabajando en la Langestrasse

Comencé de nuevo a trabajar en la prostitución. En la Langestrasse trabajé muy bien, tanto que pude alquilar un apartamento de mil seiscientos francos. Un apartamento para mí sola. En aquella época en la Langestrasse todas las prostitutas nos colocábamos en diferentes puntos en la calle. Yo me vestía normal, con botas, poca blusa y una chaqueta. Como en Suiza hace mucho frío, me quedaba en los bares que funcionan como *boates*. Ellos nos ayudaban para que nosotras pudiésemos estar allí, y nosotras les ayudábamos a ellos provocando a los clientes para que tomaran las bebidas. Los hombres se acercaban y preguntaban ¿cuánto? Los servicios los hacía al principio en un hotel, y después también en mi apartamento.

Un día me encontré con una amiga brasilera que estaba desesperada. Se llamaba Creuze. Pagaba un montón de dinero a un hombre peligroso que la vigilaba y no le dejaba salir del apartamento donde trabajaba. Una vez fui a su edificio, y pude ver cámaras y micrófonos por todas partes. Aquello parecía una prisión.

Creuze y yo comenzamos a trabajar juntas en la calle. Yo trabajaba muy bien en mi punto y me desplazé a otra zona para estar con ella. Intenté ayudarla. Le daba ánimos. Un día que estaba trabajando reconocí a Markus, mi primer cliente. Él era un buen amigo. Hablamos. Quería quedarse con mi amiga y fuimos los tres a su casa. Hicimos fotos y nos regaló unos perfumes. Después me fui para el coche para que pudiesen quedarse solos durante media hora.

También seguía yendo a casa de Francesco una o dos veces por semana. Mientras, Creuze empezó a quedar con Markus. Le advertí que era bueno como cliente, pero que tuviese cuidado, que no debía involucrarse con él. Luego, Markus pagó la deuda de mi amiga para que pudiese salir de aquel lugar. Pero, se enrollaron.

Hasta que un día fui a un bar donde yo era muy conocida, y allí observé a un chico que me reconoció. Era el sobrino de la dueña del bar. Y me pagó doscientos francos para estar conmigo. No me importó demasiado. Era joven, guapo y también un chico muy cariñoso. Fuimos a mi apartamento. Charlamos un buen rato. Le conté todo lo que me había pasado con Pietro. Y él me dio su número de teléfono. Me llamó enseguida, porque quería estar más tiempo conmigo. Como yo había disfrutado con él, quedamos en la puerta de una conocida discoteca. Y aquella noche volvimos a mi apartamento y dormimos juntos. Como me gustaba, no le cobré nada. Estuvimos juntos hasta las diez de la mañana del día siguiente. Y me dijo que le había gustado mucho quedarse a dormir conmigo. Que no era normal que se encontrase a gusto, que él nunca se quedaba a dormir con las chicas.

A mediodía me llamó otra vez. Hablé con él en italiano, aunque Júnior era brasilero. Si hablaba en portugués mi familia pensaría que iba para la Langestrasse, porque los brasileros tienen mala fama, que sólo se envuelven con drogas y prostitución. Mi hermana me preguntó que dónde había dormido aquella noche. Le contesté que con Francesco. Ella no sabía que yo tenía el apartamento. Además, mi apartamento estaba en la Langestrasse... Le conté a mi hermana que había decidido ir a vivir con Francesco. Así lo aceptaba mejor. Luego avisé rápidamente a Francesco por si le llamaban. Él estuvo de acuerdo.

Al cabo de una semana, le pedí a Francesco mil francos para pagar el alquiler del apartamento. Me dijo: - Ok, mi amor. Cuando fui a la estación de buses para ir a recoger el dinero, Júnior me acompañó. Le dije a Francesco que Júnior era el novio de Creuze. Luego, le di el dinero a Júnior para que pagase el alquiler por la mañana temprano, mientras yo me quedaba con Francesco para pasar el fin de semana juntos. Él me trataba muy bien. Me traía el desayuno a la cama, una maravilla... Francesco es un gran hombre, me ha hecho varias veces propuestas de matrimonio. Pero, yo nunca acepté porque no estoy enamorada de él y mi conciencia me impide casarme sólo por papeles.

Seguí trabajando en la Langestrasse. Normalmente, mi horario era desde el mediodía hasta la medianoche. Y comencé a envolverme con Júnior. Nos veíamos todas las semanas. Una tarde que fui a casa de mi prima, él me llamó por teléfono y me pidió ciento cincuenta francos. Era la primera vez que me pedía dinero. Le dije que en ese momento no tenía, que si me hubiese llamado antes se los hubiese dejado. Él dijo: - Vale, no pasa nada.

Mi prima estaba enojada conmigo porque yo me había marchado de su casa. Yo le dije que tenía que hacer mi propia vida. Ella quería que yo le cuidase los niños. Pero, yo sabía que no nos llevaríamos bien, ni con ella ni con su marido.

Mi tía me dijo que sabía lo que yo estaba haciendo. Un día me dijo: - No, Vivian, tú no me engañas. Luego, ella vino a mi apartamento. Cuando llegamos a la Langestrasse ya lo comprendió todo. No necesitaba que le explicase nada. Me dijo: - Ten cuidado, ten cuidado sobre todo con las enfermedades. Ya sé que tienes que trabajar porque nadie te va a regalar nada. Y también me aconsejó que no dejase a Francesco.

Creuze y yo seguíamos trabajando en la calle. Teníamos cada una su móvil. Si yo iba al apartamento con un cliente, la llamaba primero para saber si ella estaba ocupada con otro. Las dos teníamos una llave, y entrábamos y salíamos cuando queríamos. Ella no trabajaba bien. Estaba deprimida, y cuando se le acercaban los clientes ponía cara de monstruo. Y también tenía problemas con Markus, decía que ya empezaba a querer controlarla y que ya no estaba a gusto como antes. Después de un tiempo, dejó de trabajar unos cinco días y se fue para casa de una prima suya. Markus me dijo que ya estaba cansado de Creuze y que quería tener una relación conmigo. Le dije que no, que no quería mezclar las cosas.

Un sábado por la noche me fui para casa de Francesco. Cuando volví el domingo, Francesco me dejó en la casa donde estaba Creuze con su prima. Hablamos. Comimos juntas. A las cinco de la tarde llamé a Júnior al móvil. Pero, no me contestó. Después me devolvió la llamada. Le pedí que me viniese a buscar para llevarme a un supermercado donde yo iba a hacer la limpieza durante una hora y media. Allí trabajé sólo unos días.

Creuze no quería seguir trabajando. Le dije que no se preocupase, que podía seguir en el apartamento igual. Y yo seguí trabajando en la calle, aunque ahora caminaba sola... Creuze a veces también venía, pero sólo tomaba copas y se emborrachaba con los clientes. Un día me la encontré en un bar y le pedí que me acompañase a casa. Y no quiso. A mí no me importaba que ella no trabajase, pero tampoco quería que me diese trabajo. Si ella se emborrachaba era un problema para mí. Su novio no dejaba de controlarla, y se peleaban con frecuencia. Yo quería ayudarla, pero me lo ponía muy difícil.

A la mañana siguiente fuimos juntas a hacer la compra. En la calle nos encontramos con Markus y él le pidió trescientos sesenta francos. Creuze comenzó a llorar. Yo le dije: vale, no te preocupes. Y le presté el dinero. Él no dejaba de amenazarla. Tanto Markus como Júnior eran tipos así, que traficaban con drogas y que se aprovechaban de las mujeres. Entre ellos no tenían ninguna relación, cada uno trabajaba por su cuenta. Pero, hacían lo mismo. En aquella época yo salía con Júnior, y él siempre me decía que yo era muy boba por estar ayudando a mi amiga. Creuze tenía una hija en Brasil y hacía más de un mes que no le enviaba dinero. Yo le animé para que se moviese y trabajase un poco.

La policía

Una noche cuando Creuze y yo llegábamos de trabajar, nos cogió la policía. Le dije a mi amiga: - Tranquila, no te pongas nerviosa, que es peor. Nos pidieron el pasaporte a las dos y nos preguntaron que qué hacíamos allí. Eran cinco policías, cuatro hombres y una mujer. La mujer fue la que nos registró. Yo hablé con ellos, porque mi amiga no sabía alemán. Les expliqué que sólo íbamos a un bar a tomar una copa. Entonces, nos esposaron y nos metieron en el coche. Fue horrible. Nunca me habían tratado así, como a un delincuente.

Me llevaron a mi apartamento para registrarlo. Querían saber si aquello era un local de prostitución. No podía hacer nada. Sólo me quedaba saber controlarme y ser fuerte. Llegamos al apartamento, registraron mi bolsa y

todo era normal. Y cuando registraron la bolsa de mi amiga encontraron un paquete grande de condones. Y eso fue fatal. Para la policía era una prueba más que suficiente.

Nos pidieron que recogiésemos algo de ropa y que les acompañásemos. Nos llevaron a la Comisaría Central y nos metieron a las dos en el calabozo. Luego, nos sacaron fotos, nos registraron el cabello y nos sacaron las huellas de todas las formas. Todo como a un ladrón marginal. Me preguntaron que cómo era posible que pudiese pagarme un apartamento de mil seiscientos francos si yo era una turista. Les expliqué que me ayudaba un amigo. Me sentí muy mal. Todos me miraban. La suerte para mí era que llevaba una ropa normal. Les pedí que me dejaran llamar a mi familia y avisar a mi novio, a Francesco, y que quería un abogado. Me contestaron que no, y me dijeron que si cooperaba con ellos no necesitaba a ningún abogado.

Después de sacarnos las fotos y de tomarnos las huellas nos condujeron a un cuarto. A mi amiga no le entendían nada. Yo, a pesar de todo, procuraba mantener la calma. Sentí tanta rabia. Nos tenían colocadas las esposas, como si fuésemos a escaparnos de allí, no sé a dónde. Sentí odio. Creo que si tuviese en esos momentos una pistola les pegaba cuatro tiros a aquellos policías.

Luego, nos llevaron a cada una a una celda individual. Ya no volví a ver a Creuze. Comencé a llorar. Pensé: ¿será que he robado un banco o qué? Me encontraba allí sola y encerrada. Pensaba en mi vida. Toda mi vida pasó rápido por mi cabeza, como si fuese una película: cuando llegué a Suiza la primera vez, mi relación con Pietro, la felicidad, el rechazo de sus padres, el trabajo en la prostitución, y luego todos los problemas y el sufrimiento de nuevo. Pensaba en qué sería de mí. No sabía qué hacer. Prefería morir que regresar a Brasil.

Pasamos allí la noche. A las cinco de la mañana me trajeron un café. No lo quise. Estaba muy deprimida. Les volví a pedir para llamar a mi familia, a mi novio y a un abogado. A las once y media me trajeron la comida. No quise nada. Les dije que lo que quería era llamar por teléfono. Así pasé todo el día. Tampoco quise la cena. A la mañana siguiente vino a verme una mujer, tal vez era una asistente social. Ella hablaba bien el portugués y traducía para los policías. Les expliqué de nuevo que quería llamar a mi familia, a mi novio y a un abogado. Ella me dijo que si yo contaba la verdad no necesitaba ningún abogado. Entonces, me preguntaron que cómo había llegado a Suiza, que quién me había pagado el billete. Les dije que fue mi novio. Y los muy imbéciles no se creían nada. Les dije que en mi

familia en ese momento estarían desesperados. Entonces, un policía cogió el número de Francesco y lo llamó, sin que yo pudiese escuchar nada de la conversación. Francesco era la única persona que podía ayudarme. La policía le preguntó si era verdad que él era la persona que me pagaba todo. Él contestó que no, que sí que me daba dinero y me ayudaba, pero que no me pagaba todo. Entonces, el policía colgó el teléfono y ya no habló más. Y Francesco se quedó sin saber dónde me encontraba.

Después, cogieron mis dos teléfonos móviles y comprobaron por si eran robados. Apenas tenían pruebas de que yo estaba trabajando en la prostitución. Y me llevaron otra vez para el calabozo. Entonces, les dije que si no podían llamar a mi familia, pues que me enviaran lo más rápido posible para Brasil, que yo no era ninguna delincuente y ellos no podían mantenerme en esa situación. Para cualquier sitio que me llevaban iba esposada. Un policía me contestó que no me preocupase, que iban a buscar muy pronto un avión para llevarme a Brasil, que ellos tampoco querían tenerme allí, que para ellos era muy caro darme de comer.

Me tuvieron allí encerrada durante cuatro días. Al tercer día por la noche me trajeron un billete de avión para que firmase. Aquel policía ignorante me dijo: - Ahora tú vas a pasar dos años de vacaciones en Brasil. Aquel edificio era muy grande, y pude ver allí en una fila a un montón de mujeres, muchas también brasileras.

Al cuarto día nos llevaron a mí y a Creuze para el apartamento para que recogiésemos nuestras pertenencias. No nos dejaban hablar entre nosotras. Me decían: - Chica, no hables con ella, que no entendemos portugués. Pasé tres días sin comer. En mi cabeza sólo tenía la idea de que cuando llegase a Italia para hacer la escala me escaparía.

Me llevaron esposada al aeropuerto. Yo no podía creérmelo. Dios mío, qué vergüenza... A Creuze no volví a verla nunca más. Los policías me dieron ochenta dólares y me pidieron que comprobase si estaban todas mis cosas. Y me dejaron allí dentro. Ya no me acompañaron más. Cuando llegamos a la sala de embarque se marcharon. Entonces, conecté mi móvil. ¡Tenía unas cincuenta llamadas! Hablé con mi hermana llorando. Me dijo que estaban todos desesperados, que pensaron incluso que estaba muerta. Francesco también estaba buscándome. Todos empezaron a llamarme por el móvil. Yo estaba emocionada. Les dije que no iba para Brasil, que iba a quedarme en Italia, aunque tuviese que quedarme en la calle muerta de frío.

Mi tía entonces viajó en tren de Zürich para Milán. Son tres horas y media. Pero, ella no pudo salir hasta el día siguiente. Francesco le dio doscientos

euros y cien francos a mi tía para mí. Yo ya tenía todo pensado. Como era complicado regresar a Suiza, lo que iba a hacer era viajar a España para ir a casa de María.

El viaje a España

En el aeropuerto de Milán cambié los dólares por euros. Tenía hambre y me encontraba mal. Entonces, salí para preguntarle a un taxista si conocía un hotel. Le pedí información para poder estar en un sitio tranquila hasta que mi tía llegase. Y el taxista me hizo una proposición: que podía ir a su casa, pero que a cambio tenía que tratarlo muy bien... Me dijo que yo tenía una boca preciosa y que seguro que hacía muy bien el francés. Le dije que tenía que pensarlo. El taxista me dio su número de teléfono.

Por la noche vino a buscarme y me llevó a su casa. Me duché, comí un poco, charlamos, le hice un francés que le gustó mucho, y después nos fuimos a dormir cada uno a una habitación.

Al día siguiente, el taxista me llevó a un ciber-café cerca de la estación de tren. Aquel era un buen sitio para esperar a mi tía. Ella no llegó hasta la noche. En el ciber-café me robaron el móvil. Yo estaba cansada. Lo que más me fastidió fueron las fotos de Pietro que tenía en el móvil. Cuando llegó mi tía comenzamos a conversar. Mi tía me habló de la posibilidad de viajar a Roma para buscar un trabajo. Yo, sin embargo, prefería ir a España para trabajar en casa de mi amiga María. Mientras estuvimos allí, conocimos a un chico en la cafetería que nos invitó a las dos a pasar la noche en su casa. Fuimos. Fue una persona muy gentil. También nos dio comida para llevar durante el viaje.

Cuando llegamos a la estación de tren no tenían billetes para viajar a España. Así que fuimos a la estación de autobuses, y allí sí que podíamos comprar un billete para viajar. Entonces, telefoneé a María para decirle que también iba mi tía. Pero, mi amiga me dijo que no podía ser, que aquel era un piso de trabajo y que no había sitio para las dos. Esa fue la razón de que mi tía se fuese de nuevo para Suiza y yo para España.

Nos despedimos. Ella se marchó primero. Yo regresé a la estación de autobuses y estuve allí dando vueltas y vueltas. Compré un billete para el día siguiente. Me quedaban sólo veinte euros y tenía la comida que el chico me había dado. Luego, cuando estaba sentada en un banco, se acercaron dos hombres y me preguntaron para dónde iba. Yo llevaba puestas mis lentillas azules. Ellos me dijeron que era muy bonita y que si quería podía

ir a comer con ellos. Insistieron y me fui con ellos. Comimos allí en la estación. Después, se marcharon.

Como no sabía dónde iba a poder dormir, llamé a un chico brasilero que conocí en la cafetería y que me había ofrecido su ayuda. Pensaba que si no encontraba un sitio para dormir me iba a comprar un litro de *cachaça* y me marcharía para una plaza donde se reunían los alcohólicos y drogadictos para pasarme la noche entera bebiendo. Pensaba así. Hacía mucho frío. Pero, llamé al chico brasilero y me vino a buscar con un amigo. Ellos me buscaron un sitio para dormir aquella noche. No tenían dinero, aunque conocían a mucha gente brasilera. Eran conscientes de lo que yo estaba pasando y eran gente que también había pasado por dificultades.

Llegamos a casa de unos amigos suyos, dos chicos y una chica. Yo sentía mucha vergüenza. A pesar de que los brasileros somos así, muy unidos, para mí era una situación extraña porque al fin y al cabo ellos me acababan de recoger de la calle y no me conocían de nada.

Aquella noche dormí muy bien. Aquellas personas me trataron con mucho cariño. Era un sábado por la noche y nos acostamos tarde porque estuvimos cenando, tomando cerveza y charlando durante mucho tiempo. Al día siguiente me invitaron a comer. Hicimos una *feijoada*, sacamos fotos y luego cuando nos despedimos me desearon mucha suerte en España. Eran una gente estupenda.

Salí de Milán a las cinco de la tarde. Antes de subir al autobús, un hombre me ayudó a meter mi maleta y me invitó a un café. Viajamos juntos de Milán a Valencia. Tuve mucha suerte. No hubo ningún control en las fronteras. Llegué a Valencia un lunes a las cinco de la tarde. Yo iba para Cádiz. Cuando llegué a Valencia, telefoneé a mi amiga para preguntarle que cómo tenía que hacer. Apenas me quedaban unas monedas. Yo pensaba que Cádiz estaba cerca de Valencia, pero María me dijo que tenía todavía que recorrer un montón de kilómetros.

Como no tenía dinero, le di los datos a mi amiga y ella me consiguió el billete. De Valencia viajé a Sevilla. Llegué a las ocho de la mañana y me pasé unas cinco horas esperando en la estación de autobuses. Luego vinieron dos policías y me pidieron el pasaporte. Me preguntaron que a dónde iba y se marcharon. Les estaban pidiendo los documentos a todos los extranjeros. Después vino una amiga de María a buscarme a la estación de buses y me acompañó hasta la estación de tren. Aproveché para comer algo, porque tenía mucha hambre. Me dio treinta euros y me compró el

billete para ir a Cádiz. Era brasilera, una travesti. Una persona muy legal. Cogí el tren al mediodía y tardé sólo una hora en llegar a Cádiz.

Marcela

Cuando llegué a Cádiz llamé a mi amiga. Me dio la dirección y me dijo que cogiera un taxi. María tenía un piso muy grande, y cuando llegué me di cuenta de que ella estaba con problemas. En aquel momento justo ella estaba echando a un chico del piso. Había venido recientemente la policía y se habían llevado a varias chicas porque no tenían papeles. Mi amiga estaba muy preocupada.

María me llevó para casa de una travesti, Marcela. Cogimos un taxi y me llevó allí. Me dijo: - Vivian, vas a quedarte un tiempo aquí, mientras pasan estos problemas en mi casa. Cuando llegué a casa de Marcela me recibió muy bien. Marcela ya conocía mi historia en Suiza, María le había contado todo. Me dijo que estuviese tranquila, que descansase, que estaba en mi casa. En el piso había una chica brasilera, pero se marchó al día siguiente.

A mi amiga María le llegó una citación para presentarse ante la policía. Marcela le dijo que buscara a un abogado, que sino no le dejarían marchar. Pero, ella no consiguió ningún abogado y se presentó con un amigo. A la misma hora que llegó ya la detuvieron. Cuando nos enteramos fue una desesperación muy grande.

Marcela me dijo que dada la situación lo mejor era marcharse. Ella no quería problemas, y yo tampoco. Decidimos marcharnos para Badajoz. Nos fuimos para la casa de una colombiana. Pero, no nos sentimos bien allí, así que Marcela llamó al hermano de María, que también tenía un piso de trabajo en Badajoz. Él nos dijo donde estaba el piso. Cuando llegamos no había nadie en el piso. Nos quedamos, y al día siguiente el hermano de María llamó a Marcela para avisarle de que el piso de Cádiz lo había cerrado la policía. A medianoche llegó María. A Marcela no le gustó mucho porque como ella había tenido problemas con la policía eso podía complicarnos. Entonces, Marcela me dijo que debíamos marcharnos. Pero, no había otras alternativas, así que nos quedamos. Nos quedamos en el piso de Badajoz tres semanas.

Durante esas semanas trabajé muy bien. Hacía el servicio del trío con Marcela. Los clientes venían para estar conmigo y también para ser comidos por la travesti al mismo tiempo. El hermano de María también trabajaba. Era transformista. Se ponía bragas, sujetador, peluca, etc.

Trabajé muy bien allí, sólo que a causa de aquellos problemas no pude quedarme mucho tiempo en el piso.

Un día María recibió un mensaje en el móvil: “salid del piso rápido”, y salimos del piso y nos pasamos todo el día en la calle por miedo a la policía. Yo no sabía cómo iba a hacer para recoger mis cosas. Tenía mucho miedo a que me cogiese la policía, ya había tenido suficiente experiencia con la de Suiza. Al cabo de unas horas fuimos al piso, recogimos nuestras cosas y nos marchamos.

Nos marchamos para Cádiz a casa de una amiga de Marcela, una chica colombiana. En el piso también había una africana, así que estábamos cuatro. Trabajé muy bien. Pasé allí dos semanas. Marcela no estaba trabajando muy bien, y por eso me propuso la idea de ir a Lugo. La amiga de Marcela tenía el teléfono de Sandra y así fue como contactamos.

A finales de febrero nos marchamos de Cádiz y viajamos en autobús hasta Lugo. Viajamos toda la noche. Me gusta viajar. Hasta que cumplí los diecinueve años yo no conocía nada. Fue cuando llegué a Europa que cambié mucho, y ahora me gusta conocer gente y cosas diferentes. Es la aventura mismo. Mi familia también fue percibiendo ese cambio. Para mí el venir a Europa me ha abierto muchas oportunidades y muchos caminos.

En el piso de Sandra

Cuando llegué a Lugo conocí a Sandra, a Patricia, a Edson, etc. Me sentí bien porque me gusta la gente positiva y alegre. Sandra me dijo: - Chica, no puedes perder el tiempo, tienes que trabajar. Y comencé a trabajar directo. En Lugo me hago un mínimo de dos pases, pero a veces hasta cinco o seis. Cuando decido no trabajar, por ejemplo, un domingo, pues no trabajo y me voy al cine a ver una película. Aquí me siento muy bien. En todos los sitios no te sientes igual. Pero, aquí en el piso es un ambiente muy familiar, la gente permanece unida y esto me da fuerza.

Sigo hablando con Francesco y también con Pietro. Pero, ya estoy cansada. La semana pasada hablé con la madre de Pietro. Cuando le dije que estaba en España creo que se puso muy contenta... Claro, así ella sabe que esta chica no va a molestar más a su hijo. Mi hermana me envía muchos mensajes desde Suiza. Yo no contesto. Mi prima siempre me pide dinero. Cuando me llama sólo es para hablar de sus problemas, del préstamo que tiene que pagar. Ya me ha dicho que hable con Francesco. Pero, Francesco me ha dicho que él sólo me ayuda a mí. Lógico. Mi prima ya tiene a su

marido, lo que pasa es que le gustan mucho las cosas caras y se gasta todo el dinero. También me gustaría poder ayudar a mi madre, pero ahora no tengo suficiente y mi madre debe de tener paciencia. Francesco siempre me dice que yo debo pensar más en mí misma y menos en mi familia.

Aquí en el piso de Sandra he hecho mi primer lésbico. Un día me levanté por la mañana con Sandra, y llegó un cliente muy guapo y perfumado, muy limpio. Después de mirarnos pidió que Sandra y yo entrásemos con él en la habitación. Fuimos a hacerle un francés las dos juntas. Cuando se lo estábamos haciendo nos cogió las cabezas con las manos y nos dijo: - ahora un besito, un besito. Sandra y yo nos quedamos mirando. Para Sandra no fue un susto, pero para mí era la primera vez. Me dio la risa. Nos besamos sin lengua. Después comenzamos a acariciarnos y él me cogió la mano para que se la pasase a Sandra, y luego a ella le hizo lo mismo. Nos tocamos los pechos y nos besamos. Yo le acaricié el coño a Sandra. Y después follamos. Cuando salimos de la habitación no aguantábamos de la risa. Sandra le gritó a Marcela: - ¡Marcela, acabamos de hacer un lésbico, ella tiene unas tetas *gostasas*! Y llamó a todo el mundo. Fue una cosa divertida, que ocurrió así de repente. Lo mínimo por un lésbico en el piso son cincuenta euros.

Algunos clientes son más fáciles y otros más pesados. Los más pesados son aquellos hombres que no se les levanta la polla o que no se corren. Cuando es un hombre limpio y guapo no importa, pero cuando es un hombre nauseabundo... Por desgracia, hay más nauseabundos. Algunos tienen la boca podrida y nos tenemos que aguantar.

La otra noche llegaron cuatro hombres a las dos de la madrugada. Nos despertaron. Sandra abrió la puerta y se asustó. Luego, entraron y enseguida se marcharon. Ya le dije a Sandra que tenía que haberles cobrado algo, que no pueden llegar así por la noche, despertarnos y luego marcharse, sin más.

En Lugo sólo salgo a la calle si es indispensable para comprar alguna cosa. También tengo mucho miedo, cuando veo a un policía ya me pongo muy nerviosa. Me acuerdo de todo lo que me pasó en Suiza. Por eso no quiero salir. No quiero pasar por todo lo que pasé antes, cuatro días en la cárcel esposada... Desde que estoy en Lugo sólo he ido un par de veces al cine con Marcela y las compañeras del piso.

Júnior

Desde hace tiempo Júnior me viene molestando. Me llamaba por teléfono desde Suiza para pedirme mil quinientos francos por la llave del piso. Yo sé que eso no es cierto, lo que pasa es que Júnior es un mafioso y se está aprovechando de mí. Al principio, me pidió tres mil francos. Yo le dije que no tenía condiciones para darle ese dinero, y entonces dijo: - Vale, pues me das la mitad. Dice que ese dinero se lo tuvo que pagar al dueño del piso para hacer la copia de la llave. Me amenazó y lloré mucho a causa de ese problema. Al final le pedí ayuda a Francesco y él le dio los mil quinientos francos a Júnior. Luego, Júnior volvió a llamarme para decirme que ya tenía el dinero, y que quería que estuviésemos juntos de nuevo. Me habló todo cariñoso, intentando seducirme otra vez. Pero, yo no quiero más relación con él. No lo he denunciado porque tenía miedo, es un traficante de drogas y también tiene amigos en España, y si quiere puede hacerme daño. La policía en Suiza ya ha estado encima de él, pero nunca han conseguido probarle nada. Espero que no vuelva a molestarme nunca más.

Francesco

Francesco es una persona muy buena. Él siempre me ha ayudado en todo lo que he necesitado. Son muchas cosas y problemas para él sólo. Francesco no se creía que los mil quinientos francos fueran sólo por una llave. Después me dijo que durante un tiempo no podría darme más dinero. Yo lo comprendo, Dios mío. Sé que si no fuera por Francesco tal vez en estos momentos ya estaría muerta.

Francesco sigue teniendo el sueño de casarse conmigo. Hemos hablado sobre ese asunto. Pero, yo siempre le he dicho la verdad: que lo aprecio, que lo quiero mucho, pero que no estoy preparada para vivir con él. Mi familia no lo entiende. No entienden como puedo desaprovechar la oportunidad de vivir con Francesco, un hombre que me quiere y que me da todo. Mi madre me dijo: - Deja de tener la cabeza dura, piensa en tu vida y en la de tus hijos. No debes desaprovecharlo. Pero, yo no sé qué pasa por mi cabeza. Yo no quiero vivir con otra persona, quiero ser independiente. Sé que si me casara con Francesco apenas duraríamos unos meses. No resultaría y sería peor para él, y yo no quiero lastimarlo.

Sexo Técnico

La prostitución ayuda mucho a las mujeres. Lo que ocurre es que yo gasto mucho. Mi hermana siempre me dice que “el dinero que se gana fácil, se marcha también muy fácil”. Cuando estaba en Suiza iba a las tiendas casi todos los días. Y envió mucho dinero a mi familia en Brasil. Ese es mi problema, que estoy siempre pendiente de las necesidades de los otros. Yo sé cómo es la situación en Brasil. A veces no sé si es una virtud o si es un defecto. Mi familia es muy grande y tiene muchas deudas y necesidades. El otro día mi tía me llamó para decirme que mi hija mayor necesitaba ir al psicólogo porque está muy nerviosa y me echa mucho de menos.

La mayoría de las mujeres ganan mucho dinero trabajando en esto. Pero, es el mismo problema. Como sabes que ganas, gastas el dinero pensando que mañana vuelves a ganar la misma cantidad. Y al final nunca tienes nada.

La prostitución es un trabajo donde hay poco control con el dinero que se gana. Y tampoco es que sea un trabajo fácil. Claro, no resulta fácil entregar el cuerpo así a un desconocido. No es como hacer el amor con una persona que te gusta. Pero, tampoco es tan difícil como algunos piensan. Es lo que yo llamo “Sexo Técnico”. El otro día se lo comentaba a Leticia, que hace poco que ha empezado a trabajar.

Yo defino el Sexo Técnico como la capacidad para dar placer y tener sexo con otra persona. Tienes que utilizar mucho la imaginación. Tienes que comportarte con naturalidad, ser como un poco actriz para que el cliente se sienta bien, como si estuvieses manteniendo una relación normal. Y si consigues hacerlo bien, el cliente podrá correrse.

Lo peor son los hombres que lo hacen con agresividad. Como diciendo: estoy pagando a esta puta... Son unos ignorantes. Me he encontrado con este tipo de hombres más aquí en España. En Suiza, en general, los hombres tratan mejor a las mujeres. Aunque seas una prostituta, te tratan con cariño y respeto. Aquí en España, sin embargo, me he encontrado mucho *mau de vaca*.

El futuro

Voy a seguir trabajando en la prostitución, al menos por un tiempo. Tengo que conseguir dinero y un futuro mejor para mis hijos. Más adelante, me gustaría conseguir mis papeles y tener una vida más normal.

A veces me siento que no soy nadie. Estoy trabajando en la prostitución y todavía no he conseguido alcanzar mis objetivos. Mi familia también es muy importante para mí. Aunque, en mi familia existen muchos problemas. Por ejemplo, estuve ocho meses y pico sin hablar con mi hermana. Un día me dijo que ella no quería ser cómplice de mi desgracia y que una puta no tiene perdón. Yo sé que un día le demostraré que puedo arreglármelas sola. Pero, la perdono y la quiero igual. Al fin y al cabo es mi única hermana de sangre, a pesar de que no fuimos criadas juntas. En mi familia se quiere. Sólo que cuando uno está un poco mejor a veces lo que hace es intentar pisar, pasar por encima del otro.

Mi futuro es una buena casa, un coche bonito, un buen negocio que me de para vivir a mí y a mis hijos, y si puedo también ayudar un poco a mis padres. En estos momentos, el amor no entra en mis planes. Sé que si vuelvo con Pietro tendremos de nuevo problemas, y si me voy con Francesco sé que no voy a ser feliz. Por eso no pienso en este momento en tener una relación seria. Sólo pienso en trabajar. A veces, me gustaría terminar con todo esto. Pero, ¿cómo?

Después de una semana seguramente me marcharé de este piso. Voy a ir a hacer una plaza en Vigo. Luego, me marcharé para Badajoz. Después, quién sabe. Voy a rodar mucho.

Este es un trabajo donde la salud se resiente mucho. En la prostitución sólo trabajas, comes y duermes. Y dormir y comer siempre a deshora. Por eso es que el organismo se resiente tanto. Yo tengo problemas de estómago. Si mi salud empeora regresaré a Brasil. No quiero morir en Europa. No quiero que me incineren ni que me entierren como a una indigente.

MARCELA

Un niño afeminado

Nací en un barrio de Rio el 29 de noviembre de 1976. Era un barrio sencillo, y tenía muchos amigos. Me llevaba bien con todo el mundo. Vivía con mis padres y con mis dos hermanos. Éramos tres hombres y una mujer, aunque mi hermana estaba casada y ya no vivía en casa. Era una vida sencilla. Mi madre siempre trabajó mucho para ayudarnos. Mi padre era policía militar, y era un hombre muy agresivo. Le pegaba a mi madre. Eso es lo que recuerdo de mi infancia. Me llevaba bien con la gente, mi madre me protegía mucho,... Con nueve años mi padre me dio una paliza porque descubrió que yo era un niño afeminado. Mi casa era como un cuartel militar. Yo desde pequeño fui muy apegado a mi madre y siempre jugaba con las niñas. A mi padre eso le daba mucha rabia, y no lo aceptaba. Me dio una paliza y me cortó el pelo al cero. Se avergonzaba de mí, y yo también me avergonzaba de él. Al mismo tiempo, mi madre se daba cuenta de todo. Y esta situación hizo que mis padres discutieran en casa.

Mi madre no es que aceptase que yo fuese un niño afeminado, sino que procuraba pasar la mano por la cabeza. Ella me daba su apoyo. Sin embargo, mi padre le decía a mi madre que prefería tener un hijo marginal, delincuente y traficante que un hijo afeminado. Mi madre intentaba también estar a todas horas conmigo, protegiéndome, y no me dejaba solo con mi padre.

Con 11 años mis padres se separaron. Mi madre quedó prácticamente en la ruina. Todos los días venía gente a llamar a la puerta de nuestra casa. Debíamos el alquiler, todo... Tuvimos que dejar nuestra casa y nos fuimos para la casa de mi tía. La casa estaba en una calle diferente, pero en el mismo barrio. Fue difícil adaptarme al nuevo ambiente.

Mi hermano mayor también me rechazaba como hacía mi padre. Después, mi padre se fue a vivir con una prostituta. Se conocieron en una casa de citas. Esa mujer tenía tres hijos. Nosotros comenzamos a rehacer nuestra vida. Yo empecé a identificarme mucho con mi prima, que en aquella época era una adolescente. En ese período, que yo tenía unos 12 años, tuvo lugar mi primera relación sexual. Jugando al escondite. A mí me gustaba mucho un chico. Él me tocó, y me preguntó si yo quería tener una relación con él. Yo tenía mucho miedo. Me apetecía, porque me sentía atraído por los hombres, pero al mismo tiempo me daba miedo, tenía miedo de que me pudiesen hacer algún daño.

Entonces, a partir de ese día empecé a salir con ese chico. Un día en que sus padres se marcharon de casa, nos quedamos juntos solos, y fue cuando tuve mi primera relación sexual de verdad. Fue, prácticamente, una agresión sexual. Sólo buscaba su propio placer. Cuando regresé a casa mi madre percibió algo. Al día siguiente me llevó al médico. Y después fue a casa del chico para amenazarlo. Aquel chico tenía entonces veinte años. Yo sentía mucha vergüenza, vergüenza por mi madre, también vergüenza por el médico. Pero, el chico siguió viniendo a buscarme. Una vez mi madre nos descubrió en la casa de él. Mi madre me estaba buscando, y se dio cuenta porque no me encontraba en ningún sitio. Mi madre me pegó y me llamó muchas cosas, me insultó.

La transformación

Después de aquello, yo prácticamente comencé a follar con la calle entera. Unos detrás de otros, con todas las personas que vivían en el barrio. Era pura satisfacción. Yo me sentía como una mujer.

Un día conocí a un chico del que me enamoré, y mantuve con él una relación de casi un año. Luego, uno de mis hermanos lo descubrió. Nos peleamos, y me pegó. Cuando estábamos peleando dentro de casa, le grité que yo quería hacer mi propia vida, que no quería esconderme más y que quería ser una travesti. Mi madre peleó mucho conmigo. Me dijo que eso no podía ser, que eso no era vida para nadie. Mi hermano me dijo que me iba a matar.

Entonces, comencé a salir. Salía de casa y me iba para casa de una amiga, donde me podía vestir de mujer. Tenía trece años. Mi amiga tenía dos hermanas que me prestaban ropa. Me maquillaban. De ese modo mi familia estaba más tranquila. Yo ya estaba concentrada en transformarme en una mujer. Comencé a tomar hormonas y anticonceptivos para que me creciesen los pechos. Mi madre cuando se dio cuenta me llevó al médico. Las tetas ya me las notaba todo el mundo. Yo tenía miedo de armar un escándalo en mi casa. Un día mi madre me descubrió los anticonceptivos en una bolsa y fue entonces cuando me llevó al médico. Recuerdo que el médico me hizo muchas preguntas. Yo le conté parte de las cosas, no todo. Le conté que sí que había tomado unos comprimidos. Mi madre se dio cuenta desde el primer momento de lo que yo estaba haciendo. Mi hermano me cogió toda la ropa de mujer y le prendió fuego. Él no aceptaba mi opción de vida.

Decidí entonces marcharme de casa. Me vestía de mujer de una manera más evidente. Iba a fiestas de travestis y “drag queens” y comencé a hacer de transformista. Tenía catorce años. Me fui a vivir a otro barrio junto con mi mejor amiga. Ella fue quien me dio los últimos retoques para poder convertirme en una travesti. Me ayudó mucho. Para mí fue como una hermana. Me dio comprensión, afecto, todo lo que yo no había encontrado hasta el momento en mi vida. Mi amiga tenía veinticuatro años y era gerente de una tienda de deportes. Ella también era travesti y tenía más experiencia. Mientras estaba en su trabajo seguía de hombre, pero en casa y por la noche se transformaba.

Todos los ambientes que frecuentaba en aquella época con mi amiga eran ambientes heterosexuales. Yo no conocía todavía los ambientes de la noche y de las drogas. Una noche que salimos conocí a una chica, que era lesbiana. Su apariencia era como la de un chico. Todavía no había cumplido los 15 años y yo ya era prácticamente una joven transformada. Esta otra amiga me demostraba mucho cariño. Procuraba agradarme siempre, y me decía que iba a hacer por mí cosas que ningún hombre iba a poder hacer. Durante un tiempo permanecimos las tres juntas. Éramos como tres amigas inseparables. Esa chica vino a vivir con nosotras, y vivimos juntas durante cuatro años. En nuestra casa también vivieron otras personas, como dos chicos homosexuales, uno de los cuales era drogadicto. Esta persona luego interfirió en cierta manera en mi relación con mi amiga travesti. Así estuve unos dos años sin ir a casa de mi madre. Uno de mis hermanos venía a visitarme alguna vez. Mi madre no me rechazaba, decía que me perdonaba por todo lo que yo había hecho, pero también decía que no quería verme viviendo de ese modo.

Pero, yo, un día, como sentía mucha *saudade* de mi madre, decidí ir a visitarla. Fui con mi amiga travesti. Tenía miedo. Cuando llegamos, estaba uno de mis hermanos en casa. Primero yo fui a un teléfono público para llamar a casa y preguntar si podía entrar. Me contestó mi hermano y él mismo me fue a buscar a la calle. Para mi madre fue un shock muy grande. Mi amiga conversó mucho con ella, y mi hermano quedó encantado con mi amiga travesti. Él pensaba que era una mujer. Desde ese instante, mi relación familiar empezó a mejorar. Pero, al mismo tiempo, en casa de mi amiga la situación comenzó a empeorar. Tuvimos muchas discusiones, desencuentros, etc.

En el año 1992 asesinaron a uno de mis hermanos. Él era el hijo preferido de mi madre. Fue una pelea. Le dispararon tres tiros. Volví a ver a mi familia durante el entierro de mi hermano. Allí sufrieron otro shock. No

podían entender la transformación de mi cuerpo. Me discriminaban. Yo salía ya con un hombre en aquella época. Mi madre se enteró.

Después de eso, fui a visitar a mi madre con cierta regularidad los domingos. Al cabo de tres años de la muerte de mi hermano, fue cuando tuve la relación con la madre de mi hijo. Sólo mantuvimos una relación sexual aquella vez, aunque ya vivíamos juntas y dormíamos juntas y todo. Curiosamente, ella se quedó embarazada. Desde que se quedó embarazada dejamos de vivir juntas. Empecé a tener problemas con mi amiga travesti. Fue quedándose extraña nuestra relación. Otras personas interfirieron en la amistad, y la convivencia se fue haciendo difícil. También empezamos a pasar necesidad.

La prostitución

En esta época decidí ir a la calle para prostituirme. Era el año 1995. Yo tenía casi dieciocho años. El comienzo fue difícil. Las otras travestis me rechazaron. Tuve mucho miedo. La primera semana no trabajé nada. Los clientes no me querían. No tenía aquel “feeling” de puta. Pasaba todo el tiempo mirando a las otras travestis como trabajaban. No me aceptaban. Era competencia. Una más para trabajar en la calle. Observé atentamente cómo se vestían y cómo se comportaban, lo que ellas hablaban con los clientes, todo. Mi amiga, sin embargo, sí que trabajaba.

Esto ocurrió todo en la Avenida Atlántica, en Copacabana. Un día una travesti que era drogada, cogió una botella y se cortó en el brazo. Nos dijo que no quería a nadie allí compitiendo. Entonces, cogí miedo. Y me fui para otra parte de la ciudad donde también había travestis trabajando. Allí me encontré con otra travesti que yo conocía de la playa. Ella fue quien me ayudó a quedarme en el punto. Cuando regresé a casa me reuní de nuevo con mi amiga. Estuvimos dos días sin trabajar, y después nos marchamos al lugar donde estaba mi conocida. Y así fue como empecé a trabajar bien, a hacer clientes, a tener clientes fijos, etc.

Con seis meses que estuve allí trabajando hice mi primera aplicación de silicona. Mi amiga me llevó a un piso clandestino en un barrio de la ciudad. Ahí comenzó mi transformación. Mi sueño estaba empezando a ser realizado. Pasé de las hormonas a la silicona. Cuando le dije a mi hermano lo que había hecho, él no lo aceptó. Después de esa intervención, me sentí con más necesidad de seguir por ese camino. Ansiaba más silicona y trabajar en la prostitución.

Después de un año trabajando en la prostitución, mi transformación ya era completa. Me hice tres aplicaciones más de silicona para mis pechos. Mi madre se enteró y vino un día a visitarme. En ese momento ella ya había aceptado mi opción de vida. Lo que menos le gustaba era que trabajase en la prostitución. Ella me daba muchos consejos, sobre prevención de enfermedades y esas cosas.

En esa época conocí a una persona y empecé una relación. A medida que me implicaba más con esa persona, la relación con mi amiga se iba deteriorando. Mi amiga me advertía que era peligroso, y que podría sufrir desengaños. Pero, yo entonces estaba enamorada de aquel hombre. Él tenía treinta y seis años, el doble de mi edad. Yo entendía los consejos de mi amiga como ataques de celos.

Todas las travestis cuando están en la fase de la transformación tienen la ilusión de que son mujeres. Eso era lo que me pasaba a mí en aquella época. En mi mente no cabía la concepción de “travesti”, sino que yo me consideraba una mujer.

Mi relación con ese hombre duró dos años y siete meses. Al cabo de un tiempo descubrí que él mantenía otra relación con otra travesti. Mi amiga, como era una persona con más experiencia, me alertaba de esos peligros. Todo lo que me dijo, luego pasó. Pero, yo estaba muy enamorada y no tenía control sobre la relación, no era consciente de lo que estaba pasando conmigo. Un día mi amiga me dijo que tenía que escoger: o seguir viviendo con ella y dejar a aquel hombre, o marcharme. Me fui a casa de mi madre. Mi madre me dejó muy claro que yo podía quedarme, pero que no quería hombres en casa. Era por los vecinos, por lo que la gente podía pensar. A pesar de eso, mi novio venía a casa dos veces a la semana para estar juntos. Él me decía que iba a dejar a la otra travesti y que nos iríamos a vivir juntos. Eso nunca sucedía. La relación se fue enfriando y empecé a ver claro que sólo me estaba usando, y ahí me di cuenta de que todo lo que me había dicho mi amiga era verdad. Cuando me di cuenta de todo entré en una gran depresión. Muchas travestis pasan por depresiones en su vida, debido a las carencias afectivas.

Volví a trabajar en la calle. Trabajaba desde las ocho de la noche hasta la madrugada. A mí me gustaba trabajar en la calle. Yo no veía la prostitución como un simple intercambio de favores, sino que para mí era como una auto-satisfacción. Trabajando en la calle me sentía libre e independiente. En aquel tiempo yo seguía viviendo conviviendo con mi amiga. Era imposible evitar nuestro encuentro, porque trabajábamos en la misma zona, y eso era agobiante. Entonces, mi madre enfermó. Su enfermedad se fue

agravando con el paso del tiempo. No sabíamos qué tipo de enfermedad era la que sufría. Y era Sida. Eso para mí fue un shock muy grande. Me puso al borde del abismo. Fue muy difícil, en poco tiempo perdí todo lo bueno que tenía en mi vida: mi madre, mi amiga, mi novio.

Antes de morir, mi madre me advirtió que tuviese mucho cuidado con los hombres, que no confiase en ellos. Mi madre se contagió a causa de mi padre, que era policía y que tenía una amante, que también tenía Sida. Mi vida dio un gran vuelco con todo aquello. Quería desaparecer de allí. Me sentía una persona perdida, sin rumbo. No sabía qué dirección iba a tomar.

La idea de viajar

Entonces, cuando tenía veintiún años, comenzó a surgir en mi cabeza la idea de salir de Brasil y de viajar a Europa. Yo quería huir de todo aquello. Dejar atrás toda mi vida anterior. En el mismo sitio donde trabajaba en la calle había una *cafetina* que enviaba cada mes a tres o cuatro travestis para Europa, a Italia. Charlamos y llegamos a un acuerdo. Lo primero que hice fue agilizar mis documentos. Salimos cuatro personas de Rio para Italia vía Zürich. Ella y tres travestis más. Fue un viaje frustrado. En Zürich la policía no nos dejó pasar. Fue discriminación pura. La policía cuando vio allí en el aeropuerto a cuatro travestis nos cogieron y nos esposaron. Estuvimos un día retenidas en el aeropuerto mientras esperábamos el vuelo para retornar. Y nos deportaron por Buenos Aires. Para mí, más que para ninguna, fue una gran decepción.

Volví a trabajar en la calle. En el mismo lugar donde había comenzado. Durante esa época yo no tenía expectativa alguna de vida. Nada para mí daba resultado. Era bebida, era droga... Ya no era la misma persona de años atrás. No tenía ilusión, aquella alegría de vivir..., sino que me sentía frustrada y derrotada.

Un año después del fallecimiento de mi madre, conocí a otra persona. Era un hombre que me ayudó a retomar el rumbo de mi vida. Lo conocí en una noche loca de fiesta durante un show de transformación que fui a hacer para la celebración del cumpleaños de una amiga. Poco a poco las cosas fueron mejorando a partir de entonces. Comenzamos a organizar nuestra vida. A los tres meses de nuestra relación pasamos a vivir juntos. Fue una decisión que adopté en contra de la opinión de mi familia. Más tarde conocí a la madre de mi novio, y fuimos cogiendo confianza. Al principio, seguí trabajando en la prostitución, pero luego, cuando comenzamos a vivir juntos a él le decía que yo trabajaba de peluquera. No le dije la verdad, que

yo seguía trabajando en la prostitución. Después de un tiempo de vivir juntos, quise contarle la verdad. Lo aceptó y me dijo que por mí haría cualquier cosa. Y nos fuimos los dos a trabajar en la calle. Él trabajaba en un punto de chicos y yo en el de travestis. Cuando él terminaba me iba a recoger a mi lugar de trabajo. Durante un año conseguí así volver a sentirme tranquila. Mi novio me ayudó a superar mis problemas, mis vicios... Yo bebía *cachaça*, hasta alcohol de 96 grados llegué a beber, trabajaba drogada, tomaba mucha cocaína,... Todo eso fue en aquella época en que yo andaba sin rumbo, después de la muerte de mi madre. Me relacionaba con las travestis más *pesadas* y mi vida no tenía sentido. Él consiguió recuperarme y que volviese a sentir las ganas de vivir. El mejor período en mi relación coincidió con la segunda oportunidad de venirme a Europa. Estuvimos juntos casi tres años. Se llamaba Fabio y me tatué su nombre en mi mano.

La segunda oportunidad

Acepté la propuesta de venir nuevamente a Europa. Me pidieron quince mil dólares. En Rio hay mafias en todos los sitios. Un carnavalesco de una escuela de samba junto con una travesti de Goiânia fueron los que me brindaron esa oportunidad. El carnavalesco era el que ponía el dinero, y la travesti buscaba mujeres y travestis para enviar a Suiza. Me dijeron que tenía que pagar los quince mil dólares en tres meses. Conversamos y llegamos a un acuerdo. Iba a trabajar en un local de Lugano prostituyéndome. Al cabo de diez días ya llegó mi pasaje y me prestaron otros mil dólares para pasar en la frontera. Mientras sucedía todo esto, mi relación con mi novio fue deteriorándose. Me decía que yo iba a encontrar a otra persona en Europa y que lo iba a olvidar. No quería que me marchase. Me sentía confusa. No sabía qué hacer, si quedarme en Brasil o si viajar a Europa. Al fin, opté por viajar.

Cuando llegué a Zürich ya había una persona esperándome. La primera cosa que hizo esa persona fue pedirme los mil dólares. Él ganaba una comisión que le pagaba la travesti por cada chica que iba a recoger. En Zürich tienen unos controles muy rigurosos. Antes de salir, me quitaron de la fila, me registraron la maleta y luego me desnudaron dentro de una sala. Cuando abrieron la maleta vieron sólo ropa de trabajo: zapatos de tacón, bragas, ligeros, etc. Les dije que eran regalos. No sé si se lo creyeron, pero me dejaron pasar.

El tipo que me vino a buscar al aeropuerto me llevó en su coche hasta Lugano. Allí fuimos al apartamento de la travesti. Fue allí que nos conocimos. Me preguntó cómo estaba. Desde el primer momento, me pareció una persona muy materialista, que sólo estaba pensando en los quince mil dólares que iba a ganar conmigo. Ese día descansé.

Al día siguiente fui al local, sin conocer a nadie. Y comencé a trabajar. El local funcionaba desde las ocho de la mañana a la una de la noche. Trabajaban allí ochenta mujeres y cinco travestis. La mayoría brasileras y del este de Goiânia. Era una casa de citas muy grande. Al principio, me quedé muy asustada porque tenía que pagar ochocientos cincuenta francos suizos cada semana por el alquiler de la habitación. Y me sentía en desventaja porque acababa de llegar de Brasil y no entendía el idioma. Poco a poco fui trabajando. Todo el dinero que ganaba pasaba a las manos de la travesti. Sólo me quedaba con cincuenta o cien francos por semana. Las otras travestis le contaban todo lo que sucedía.

Con dos meses trabajando allí yo ya tenía pagado la cantidad de siete mil dólares. Entonces, recuerdo que era un viernes, y que era un día de máximo movimiento, llegó la policía al local. Cerraron el local con ochenta mujeres dentro, cinco travestis y todos los clientes. Y nos pidieron a todas los documentos.

Al día siguiente fuimos a la delegación de policía a recoger los pasaportes. A todas las chicas que tenían más de tres meses les abrieron una carta de vía, para que se fuesen a otro país. Después de eso, me quedé sola durante un mes. No tenía a dónde ir. Las otras mujeres se marcharon y yo me quedé en mi habitación, hasta que un día una amiga avisó al encargado para alertarle de mi situación. No me quería devolver los quinientos francos de la fianza. Mi amiga vino a buscarme y me llevó para un hotel que estaba a media hora de allí. Era un hotel y también un “night club”.

Comencé a trabajar en ese “night club”. Durante el día me quedaba encerrada en la habitación del hotel, y por la noche me iba a trabajar al “night club”. Allí me encontré de nuevo con chicas brasileras. Con una semana de estar allí, la travesti *cafetina* me llamó por teléfono desde Brasil para reclamarme el resto del dinero. Yo tenía mucho miedo. Ella me amenazó. Incluso, el carnavalesco me llamó también para amenazarme. Mi amiga me aconsejaba que pagase.

Durante los primeros cinco meses desde que llegué a Europa seguí manteniendo contacto con mi novio de Brasil. Más tarde me enteré por mi familia de que mi novio había conocido a una mujer y que se había llevado

todas las cosas que teníamos en común, hasta los muebles. Sólo me dejó la ropa.

Fue entonces que conocí a una persona. Mi actual marido. Lo conocí como cliente. Le conté todo lo que me estaba pasando. Un día cuando me estaba llamando la *cafetina*, cogió él el teléfono y le dijo que tuviese cuidado, que él era suizo y que dejase de amenazarme porque sino podría denunciarla. A partir de ese momento la *cafetina* dejó de molestarme. Seguí trabajando. Juntando dinero y enviándoselo a mi hermana. Quería comprar una casa en Brasil. Mi objetivo era ahorrar cincuenta mil reales para comprar la casa y pagar las deudas. Durante un año conseguí enviar casi sesenta mil reales. Pero, siempre que llamaba a mi hermana por teléfono percibía que se tornaba un poco rara cada vez que le preguntaba sobre cómo iban las cosas. La sentía extraña. Cuando yo le preguntaba por las cosas, ella me cambiaba de asunto. Y sentía también que mi familia me ocultaba algo. Hasta que un día que llamé por teléfono a casa, mi propio hijo, que en ese momento estaba solo, me lo contó todo: que mi hermana me estaba engañando y que se había gastado todo el dinero, pagando sus propias deudas con lo que yo enviaba. Eso fue otro shock, como si me tirasen un jarro de agua fría en la cara.

Durante un tiempo dejé de pensar en mi familia, y decidí sólo concentrarme en mi misma. Trabajaba y todo el dinero que ganaba lo gastaba en joyas, perfumes, etc. Era vivir por vivir. Ya no pensaba más en el futuro. Trabajaba en el “night club” por la noche, durante el día también trabajaba en la habitación del hotel con un anuncio en el periódico, y los fines de semana los dedicaba sólo a mi marido. Él me apoyaba en todo, moral y económicamente. Hasta hoy le estoy agradecida.

Entonces, un día acepté la invitación de una amiga y dejé de vivir en la Suiza italiana, y me fui a conocer la Suiza francesa. Me fui para una pequeña ciudad. Era un apartamento que estaba encima de una discoteca, en la ciudad de Montreux. Al ser una localidad pequeña, la gente no estaba acostumbrada a las travestis. Ahora sólo pensaba en juntar dinero y regresar para Brasil. Mi amiga, en cambio, sólo pensaba en salir de fiesta todas las noches. Esa amiga todavía hoy está en Suiza. Como ella salía todas las noches, los vecinos empezaron a sentir el movimiento en el piso y encontrando muchos más hombres de lo normal.

Un día tuvimos una pelea ella y yo. Ella ya sabía hablar el francés. Yo, en cambio, no. Yo quería trabajar y ella sólo pensaba en divertirse. Esto me hacía sentir incómoda. Y ella se empezó a aprovechar de la situación. Ese día tuvimos una pelea porque ella desconectó el teléfono para que no me

llamasen los clientes y así no me dejaba trabajar. Era pura envidia. No descubrí que ella desconectaba el teléfono hasta ese día. Desde entonces se deterioró la convivencia.

Dos días después, mi amiga salió de casa. La policía la paró en la calle. Yo creo que fue a causa de los vecinos, que denunciaron el ruido por las noches. Nosotras entonces ya estábamos enfadadas. Cuando me llamó la policía al número del piso, pude escuchar los gritos de mi amiga advirtiéndome de que no dijese nada porque era la policía. Entonces reaccioné y desconecté rápidamente el teléfono, y arreglé a toda prisa mi maleta. Mi única opción era esperar a mi novio de Suiza, que tardaría unas tres horas en venir a recogerme, o marcharme en tren. Y decidí coger un tren. Al mismo tiempo también pensaba que tal vez todo fuese una broma de la loca de mi amiga. Así que no llegué a coger aquel tren y regresé a casa. La verdad, no sabía bien qué hacer.

Cuando dieron las nueve de la noche abrieron la puerta del apartamento. Entonces, entró el dueño del piso acompañado de siete policías. Me pidieron los documentos, y al mismo tiempo se pusieron a buscar pruebas que nos incriminasen, como preservativos, consoladores, etc, para demostrar que aquel era un piso de trabajo. Pero, no encontraron nada porque yo antes lo había recogido todo y lo había tirado a la basura. Siguieron haciendo el registro. Pensaban que, tal vez, había drogas allí. Cuando entraron en mi habitación me encontraron tres mil dólares. Era el dinero que había ganado en dos meses de trabajo. Me cogieron el dinero, mi cámara de fotos, mis CD's, todo, y lo colocaron en el suelo. Sólo se quedaron con el dinero. Luego, me llevaron a la delegación de policía. A mi amiga también se la llevaron, pero por separado.

A la mañana siguiente la policía nos llevó de regreso al apartamento para que pudiésemos recoger nuestras cosas. Estuvimos allí durante media hora para arreglar las maletas. Y nos llevaron para otra delegación de policía. Viajamos como unas cuatro horas de tren. Nos llevaron a Berna para esperar el vuelo de regreso a Brasil. Me deprimí mucho con toda aquella situación. También me humillaron. Un policía nos decía: - porqué venís aquí a nuestro país a prostituirnos, a quitarnos el dinero. Mi amiga estaba muy nerviosa y gritaba todo el tiempo.

El regreso a Brasil

En Berna estuvimos esperando cuatro días y medio, hasta que tuvimos el vuelo para Brasil. El 27 de junio viajé de nuevo para mi país. Antes de

coger el avión nos dieron cien francos suizos a cada una para poder pagar el desembarque del equipaje. No me devolvieron el resto del dinero. Creo que lo utilizaron para pagar el billete.

Fui directa para Rio de Janeiro. No sabía qué hacer de mi vida. Me quedé esperando durante dos horas allí en el aeropuerto hasta que vino mi hermana a buscarme. Yo no quería que mi familia se enterase de mi situación. Pero, al final tuve que llamar a mi hermana para que me sacase de allí. Hice entonces una retrospectiva de mi vida en mi cabeza, de todo lo que me había pasado. Intuía que iba a ser ya muy difícil readaptarme a la vida en mi país. Cuando llegué a casa fue un shock para mi familia. Un shock y a la vez también una alegría. Pero, yo no quería que nadie supiese lo que me había pasado. Ellos me notaron enseguida que era un retorno indeseado.

Lo más duro para mí fue volver a mi casa y ver que todo lo que yo había construido antes de viajar a Europa se había evaporado. Mi mejor amiga me había dicho la verdad. Mi novio se llevó todo, hasta los muebles. En mi habitación sólo quedaba un sofá-cama y el guardarropa. No tenía ganas de ver a nadie, ni de conversar. Sólo quería concentrarme en saber qué iba a hacer con mi vida. Tenía, a pesar de todo, un poco de dinero ahorrado, de lo que yo había enviado con mi trabajo desde Suiza. Con eso me dio para vivir durante seis meses

Volví a trabajar en la calle otra vez. Una amiga me convenció para volver a trabajar. Fue muy difícil. Tenía que empezar prácticamente de cero. Vendí todas mis joyas. Quería juntar el dinero suficiente para regresar a Europa. Pero, no dio resultado. Gastaba más de lo que ganaba. Y tuve que saldar algunas deudas. Gastaba sin control, porque conservaba todavía el ritmo de Europa.

Decidí llamar a mi novio de Suiza para que me ayudase para poder volver a ese país. Reservé mi billete. Me envió el dinero y pagué el pasaje. Sólo que, desgraciadamente, no dio resultado. Cuando llegué a Zürich me detuvieron. Descubrieron que tenía una orden de expulsión durante cuatro años. De esa forma, me deportaron de nuevo. Gasté todo el dinero y no sirvió para nada.

Volví a Rio. Continué trabajando en la calle. Ninguna de mis amigas quiso ayudarme. En el mundo homosexual y con las travestis existe mucha falsedad. Hay una rivalidad muy grande porque todo es mucho más difícil que en el mundo de las personas normales. No es que no seamos “normales”. Lo que pasa es que hay unos prejuicios y una discriminación

muy grande, y entonces las opciones de trabajo se vuelven muy reducidas. La vida de una travesti es muy dura, porque está llena de sufrimiento y, a veces, hasta de resentimiento, y eso hace que las personas se vuelvan más duras e insensibles. Es muy raro encontrar una travesti que sea humilde. Hay una desunión muy grande.

Trabajando en la calle percibía la gran diferencia que existe en aquellas condiciones con las que había vivido en Europa. Por un francés en el año 2000 en Rio, en la calle, ganaba tan sólo quince reales. En cambio, en Suiza por el mismo servicio ganaba cincuenta francos suizos, que venían a ser entonces unos ciento cincuenta reales. Además, en la calle las propias travestis me trataban mal. Algunas me veían y decían, burlándose: - mira, ahí va la "*europaia falhada*". Esto sucedía también porque yo, al ser una novedad en el barrio, les quitaba los clientes. Y ellas se vengaban de ese modo, mostrándome su desprecio.

Con el transcurso del tiempo las cosas fueron volviendo a su cauce normal. Recuperé e hice nuevas amistades. Volví un poco a mi vida tal como era antes de que hiciese mi viaje para Europa.

Al cabo de un tiempo, mi prima decidió reclamar la casa donde vivíamos yo y mi hermano. Lo sentía mucho, pero teníamos que dejar la casa. Entonces, tuve que trasladarme a vivir a la casa de mi tía. Yo les privaba de libertad y, al mismo tiempo, yo tampoco tenía libertad. Tenía que vivir dentro de ciertas normas. Ya no estaba acostumbrada. Fue un poco como retroceder a la etapa de mi adolescencia. Durante ese tiempo, que fueron unos siete meses, intenté ahorrar un poco de dinero para poder alquilar una casa. Alquilé una casa en el mismo barrio. Cuando lo conseguí sentí una paz muy grande. Fue un gran alivio porque en casa de mi tía yo no me llevaba nada bien con mi tío, que no me aceptaba por haberme transformado en una travesti. No aceptaba mi opción de vida.

Poco a poco fui arreglando mi casa. Adaptándola a mi forma de vida. Para poder recibir a mis amigos y hacer lo que me diese la gana. Durante esa etapa mi vida volvió a ser maravillosa. Fue una fase de mi vida en la que volví a ser feliz. Tenía mi espacio, mi libertad. Mi identidad en casa de mi tía se había vuelto confusa. Y ahora volvía a ser Marcela, por fin.

Trabajaba durante el día en mi casa y por la noche en la calle. A los clientes que ya eran conocidos les daba mi número de móvil, y trabajaba en casa. Cuando trabajaba bien en casa ya no iba después a la calle. Así estuve casi un año, hasta que me surgió la propuesta para viajar de nuevo a Europa.

Viajar a España

Estaba en un club una noche y un amigo me presentó a una travesti que acababa de llegar de España. Me dijeron que yo podía ir, pero que tenía que pagar doce mil euros.

Me sentía feliz y a la vez también insegura. En ese momento pasaba por una buena etapa en Brasil, y me acordaba de todo lo que me había ocurrido en Suiza la última vez. Viajé por París. Allí esperé durante siete horas por un tren a Madrid. De Madrid cogí un autobús para Zaragoza. Todo estaba preparado desde Brasil. De esos doce mil euros que tenía que pagar, diez mil eran para la travesti, y dos mil para el dueño del piso de Zaragoza.

Antes de viajar me dieron mil euros y un mapa explicando mi ruta con los sitios por donde tenía que ir hasta llegar a Zaragoza. Cuando llegué al piso de Zaragoza me encontré con dos amigas de Brasil. Charlamos. Descansé para comenzar a trabajar al día siguiente. La travesti que me trajo desde Brasil me había dicho que no debía llevar ropa de trabajo ni nada, que en Zaragoza ya me proporcionarían todo lo que necesitase.

Después de una semana en Zaragoza me di cuenta de que había sido engañada. Yo tenía que haber viajado a Suiza. La travesti cambió mi trayecto al contactar con el dueño del piso en Zaragoza. Entonces, la travesti de Suiza llamó al piso. Pelearon muy feo. Al final, acordaron que yo tenía que pagar dos mil euros al dueño del piso, y que haría las plazas que estaban marcadas durante un período de seis meses, y que sólo entonces me dejarían marcharme para Suiza. Pero, las cosas no fueron tan sencillas.

Fue cuando una *cafetina* de la calle allá en Brasil donde yo trabajaba descubrió que estaba en España. Esa *cafetina* me multó en mil euros. Allí en Brasil comanda la prostitución de travestis en el barrio donde yo estaba trabajando. Ella fue la misma persona que me trajo para Suiza en el año 1996. Las *cafetinas* son mafia. Yo nunca había tenido problemas con ella, pero no aceptaba así como así que yo viniese para España sin contar con ella. Hoy ella es una transexual, porque ya se ha cambiado de sexo.

Los pisos de contactos

Durante un par de semanas trabajando en el piso de Zaragoza conseguí el dinero para pagarle a la *cafetina* de Brasil. Le dije claramente que no iba a

pagarle nada más. Ella quiso explicarme que eso no era una multa, sino sólo el dinero del billete de mi anterior viaje.

Al pasar un mes, dejé el piso de Zaragoza para hacer mi primera plaza. Cogí un autobús a Sevilla. Allí estuve trabajando en el piso de un brasilero. Toda mi vida era controlada en Sevilla. En el piso también vinieron a hacer plaza Bruno y Patricia, otra travesti. Cualquiera cosa que yo hiciese ellos cogían el teléfono y llamaban al dueño del piso de Zaragoza. Aún así, en Sevilla trabajé muy bien. Desgraciadamente, en lugar de ahorrar y afrontar mis responsabilidades, me dediqué a salir y a gastar todo el dinero.

De Sevilla me fui para Palma de Mallorca. Justo cuando en Sevilla estaba conociendo gente y haciendo amistades, me tocó irme. Era otro piso de brasileros. Durante los primeros días trabajé muy bien. Me hacía de seis a ocho pases por día. Aunque, en Sevilla tuve días de hacer trece o catorce pases. Nunca tomé nada para aguantar todo eso, lo que pasa es que yo soy muy viciosa y trato de evitar el orgasmo para no gastar energías.

En Palma de Mallorca, a partir de la segunda semana el trabajo fue disminuyendo. Además, no me adapté muy bien a aquel piso. Eran gente muy arrogante. Por eso a los quince días me marché de allí. Decidí regresar a Sevilla. Me quedé durante los meses de junio, julio y agosto, y lo pasé fatal. En el mes de junio trabajé muy bien. Pero, durante julio y agosto el trabajo fue más bien flaco.

A finales de agosto salí de Sevilla y me fui para Badajoz. Era un piso de dos chicas brasileras y lesbianas. Con una me llevaba muy bien. Con la otra fatal. Si yo hacía más de tres pases al día, me cogía envidia. Siempre intentaba molestarme de alguna forma. Y la *cafetina* me seguía telefoneando desde Suiza. Un día tuve una discusión muy fea con ella y decidí no pagarle más dinero. Para que no siguiese llamándome y molestándome, cambié mi número de teléfono.

Cuando terminé mi plaza en Badajoz fui para Cádiz. Allí el mismo día que llegué, trabajé y me hice seis pases. A la madrugada, a eso de las cinco horas de la mañana, fue cuando me llamó un cliente. Cuando abrí la puerta sentí algo diferente. Me identifiqué con aquel hombre. No sé qué pasó. Me pagó quinientos euros por cinco horas. Después de dos días, ese hombre volvió. Y nuevamente pasamos tres horas juntos. Lo que me encantaba era su forma en cómo me trataba, su gentileza. Me decía que uno de sus sueños sería conocer el Brasil. Empezamos a vernos con frecuencia.

Al cabo de dos semanas, desgraciadamente, me declaré. Le dije que no quería tenerlo más como cliente, que sentía algo especial por él, que me estaba haciendo sentir cosas que no sentía desde hacía mucho tiempo. Él me advirtió que no debía enamorarme, que no tenía intención de hacerme daño. Pero, mi sentimiento crecía... Decidí quedarme dos meses en Cádiz. Y me enamoré.

De Cádiz me fui de nuevo a Sevilla. Pero, no aguanté más de una semana. Ya no estaba concentrada en el trabajo ni en mis objetivos de vida. Sólo pensaba en él. Tanto que regresé a Cádiz. Allí decidí alquilar un piso con una amiga, y estuve durante diciembre y enero. Trabajaba de domingo a sábado. Los lunes él venía a mi casa y nos quedábamos juntos dos o tres días en la semana. Él se sentía a gusto conmigo. Como a finales de enero estaba venciendo el plazo del alquiler del piso, yo no sabía muy bien cómo hacer. Entonces, volví a Badajoz. Allí trabajé en un piso nuevo que había montado el mismo dueño del piso de Cádiz. Me quedé unos veinte días en Badajoz. Hasta el día que lo cogió la policía en la calle. Me quedé sin saber qué hacer. Llamé a mi amiga, la que había estado conmigo en el piso de Cádiz. La llamé y volví con ella.

Pasé como quince días en Cádiz. Hasta arreglar una plaza. Fue así como llegué a Lugo. Una travesti que estuvo trabajando en el piso de Sandra fue quien me dio el número de teléfono. En Lugo trabajé más o menos. Fue un poco como en Palma de Mallorca. El problema en Lugo es que me tuvieron muchos días sin anuncio.

Los clientes en los pisos son muy viciosos. Hay de todo. Algunos piden activo, otros pasivo. En todos los sitios que trabajé hay un intercambio mutuo de placer. Muchos clientes lo que buscan es mi propio placer. Me piden que me corra. Disfrutan viendo mi orgasmo. Eso es porque las mujeres fingen mucho. Yo también disfruto con la gran mayoría de mis clientes.

A veces en los pisos, las travestis son las que más trabajamos. Y eso no siempre es bien aceptado por las chicas. Si trabajas más que ellas, algunas luego te llaman de "maricón". Las que no me gustan son las colombianas, porque tuve una mala experiencia con ellas mientras trabajé en Suiza. No es prejuicio, es mi experiencia. Cuando estuve trabajando en el "night club" en Suiza y los clientes querían estar conmigo, las colombianas le decían al cliente: - pero, cómo..., no vaya con esa, que es un hombre, es un maricón y tiene polla. Y aquí los hombres dicen que las colombianas son muy calientes, pero no es tanto que sean muy buenas en la cama, sino que hacen

de todo, incluso sin goma. Las colombianas por dinero son capaces de cualquier cosa.

En los pisos en los que trabajé estuve, sobre todo, con chicos y otras travestis. En Lugo ha sido uno de los pocos sitios donde he trabajado sólo con chicas.

Los clientes te buscan más por fantasía que por puro deseo. Piensan: un hombre con apariencia de mujer... Es por eso que aumentan tanto los pisos donde trabajan travestis. Para mí, proporcionar placer para otra persona me da una gran satisfacción, más allá del dinero o de mi propio goce. Cuando salgo de la habitación y vuelvo al salón, Sandra se me queda mirando y yo le digo: - ay, qué bien...

La identidad sexual

Las travestis pasan primero por un período de transformismo, descubriendo la identidad sexual femenina al mismo tiempo que se visten de mujer. Cuando yo tenía catorce, quince años ya pasé por esa fase. Me vestía y me maquillaba como una mujer, luego me colocaba frente al espejo e iba a casa de mis amigas.

Muchos quieren ser travestis, tienen esa ilusión al ver las travestis en el Carnaval, en medio de una vida de lujo, y la vida realmente no es así, y llega la decepción. Hay personas que se convierten en travestis y que luego se arrepienten, quieren retornar a su identidad anterior, simplemente como homosexuales.

Los transformistas recelan un poco de las travestis, no sé si es envidia o qué. Las travestis ejercen de mujeres las veinticuatro horas. Sin embargo, los transformistas sólo se disfrazan de mujer y no tienen una identidad tan clara. Son personas que tienen muchos más conflictos psicológicos, no tienen la identidad femenina como en el caso de las travestis.

Las “drag queens” son una cosa más exótica que los propios transformistas. En São Paulo ya he conocido algunas que, aunque sin pechos, parecen auténticas bellezas femeninas.

Yo cuando salgo a la calle voy siempre muy discreta. Intento salir lo más discreta posible. Si me suelto el cabello todo el mundo se me queda mirando. Muchas travestis son muy escandalosas. Yo no. A mí me gusta la discreción. En Brasil es diferente, yo iba así, con ropa de mujer por la calle.

Pero, aquí eso no es posible. Aparte, si estás ilegal en el país todo resulta más complicado todavía.

En España, a los hombres lo que más les gusta son las tetas de las mujeres. Por unas tetas se vuelven locos. Aquí cuando una mujer tiene las tetas grandes, 250 o así, los hombres acuden como las abejas a un punto de miel. En Brasil no es así. A los hombres en Brasil lo que les gusta son las piernas y el culo. Una mujer con un buen culo y unas piernas bonitas tiene mucho éxito en mi país, los hombres ni siquiera prestarán atención a las tetas. Sin embargo, aquí en España los hombres sólo piensan en tetas grandes.

A mí me encanta follar. Soy ninfomaniaca. Me gusta follar y me gusta trabajar follando. Disfruto con la mayoría de los clientes. En el piso de Badajoz una vez la dueña me llamó la atención porque yo me corría con todos los clientes. Siempre tuve una fantasía: entrar en el vestuario de un equipo de fútbol o en un autobús lleno de hombres, todos desnudos,... y me los follo a todos de todas las formas. Sólo me falta eso. Es mi fantasía. Yo ya follé dentro de una ambulancia, en una caja de una funeraria, en coches de policía..., en los sitios más inesperados.

Los sueños

En estos momentos estoy en una fase confusa. Quiero volver a Cádiz. Pero, no sé. También me siento a veces acomplejada, porque estoy muy gorda. Cuando la gente me dice que soy bonita, pero que tengo que adelgazar, eso me deprime mucho.

De Lugo me iré para una plaza en Vigo, y luego marcharé para Andalucía, porque allí se trabaja muy bien. Allí tengo clientes fijos, y puedo hacer fácilmente tres mil euros al mes. Seguiré mis plazas. Quiero conseguir dinero suficiente para realizar mis sueños. Uno ya lo he conseguido: mi casa en Brasil. Pero, también quiero hacer mi cirugía plástica. Y montar una peluquería. Mi intención es viajar a Brasil en septiembre. Tengo un poco de miedo por los problemas y amenazas de las *cafetinas*. Pero, a la vez, siento deseo de ver a mi familia, a mi hijo.

En Brasil la gente ve a Europa como una ilusión. La gente cree que las puertas van a estar siempre abiertas. Pero, la realidad es bien diferente.

AMANDA

Flores de lana, muñecas de tela y frutas de parafina

Nací en una ciudad del interior de Mato Grosso en julio de 1978. Vivíamos en un *sítio*. Con nueve años marchamos a Ouro Preto, en el Estado de Rondônia, ya en el norte del país.

Mi madre falleció cuando yo tenía seis años. Después me fui a vivir con mi hermana mayor y ella se encargó de cuidarme. Más tarde, cuando fui a Rondônia viví en casa de mi padre.

Cuando regresamos de Rondônia mi padre no quiso saber nada más de nosotros. Eso fue a raíz de que muriese mi madre. Se volvió medio raro. Mi madre falleció de un derrame cerebral. Ella era quien trabajaba y llevaba todo el dinero a casa. Mi padre se lo gastaba todo en alcohol y puterío. No tengo buenos recuerdos de mi padre. Desde que estoy en España, y ya llevo más de dos años, sólo he hablado con él una vez por teléfono. No tengo nada de qué hablar con él.

Estudié hasta los doce años. El último colegio al que asistí fue en Rondônia. Allí estudié hasta la quinta serie. Mientras estuve viviendo con mi hermana viví bien. Ella estaba casada con un japonés, que ganaba bien. Pero, luego se enteró de que él mantenía otra familia en Japón y se separaron.

Antes pasábamos muchas dificultades. A veces sólo comíamos un plato de caldo *Knorr*. Mi padre nunca se interesó por mí ni por mis hermanos. Yo tampoco me intereso por él. Hoy mi hermana va a la casa de mi padre para limpiar. Es una tonta, gilipollas. Yo no iría. Mi padre es tan malo que si vive solo tiene la casa llena de comida, pero si vamos alguna de sus hijas entonces deja la despensa totalmente vacía. Dice que él no tiene la obligación de mantenernos. Es un mezquino. Siempre ha sido un mezquino. Mi padre sólo tiene ojos para mi hermano. Y eso que mi hermano ya ha estado en la cárcel y no cuidaba a sus hijos, que tiene ocho o nueve. Y para mi padre él es el hombre perfecto.

Más tarde, cuando tenía catorce años, que yo estaba viviendo con mi hermana, como ella no me dejaba salir y yo quería ir de fiesta con mis amigas, una noche me escapé. Luego me cogió la policía y entonces me llevaron para un centro de menores. Mi hermana no quiso ir a buscarme y me quedé allí con aquellas monjas durante tres meses. Aprendí a hacer

cosas diferentes e hice un montón de amigas. Aquel sitio era como un hospicio. Niñas que sus padres dejaban allí porque no tenían condiciones y también algunas que tenían problemas con la policía. En el centro aprendí a hacer flores de tela, muñecas de lana y frutas de parafina. También estudiábamos. Era un poco como una cárcel, había vigilantes, pero nos trataban bien. Luego, mi hermana me sacó de allí. Me dijo que había sido un castigo que yo me había merecido por mi comportamiento. Y regresé a casa.

Después de aquello busqué trabajo. Encontré un puesto de *babá*. Era una señora que tenía dos hijos. Tenía mucho dinero, porque su marido era *fazendeiro*. Ella no hacía nada. Yo los cuidaba, les daba la comida, limpiaba. El pequeño sólo tenía dos meses y con el paso del tiempo comenzó a llamarme de mamá. Y eso no le gustó a la señora. Por eso me dijo que tenía que marcharme. Yo había trabajado en esa casa durante dos años. Como ella no quería pagarme mis derechos, entonces me acusó de robo, de haberle robado un par de tenis. Después, ella se arrepintió. El niño se puso enfermo y vino a buscarme. Pero, mi hermana no me dejó volver allí.

Con catorce años comencé a *namorar*. Lo conocía del colegio. Estuvimos juntos nueve años. Con quince perdí la virginidad. Y me quedé embarazada de mi hija. Como yo era una niña, fue mi hermana quien cuidó de mi hija. Hasta hoy, mi hija llama a mi hermana de *mâe*. Mi hermana lo aceptó normal y me dio muchos consejos. Nosotras vivimos juntas durante todos esos años.

Mi infancia, en resumen, fue toda jodida. Siempre viendo el sufrimiento de mi madre, y mi padre maltratándola.

La piel de ternera

Cuando yo tenía diecinueve años una chica me hizo brujería. A ella le gustaba el padre de mi hija. Cogió una piel de ternera y metió dentro un montón de porquería.

Como yo tenía mucho dolor de cabeza y los médicos no sabían qué me ocurría, mi hermana, que es muy creyente, me llevó a un curandero. Así fue como lo descubrimos. Aquel hombre nos indicó el lugar exacto donde estaba la piel de ternera. Y tenía que deshacer el trabajo. Entonces, me tocó la cabeza y de repente sentí un alivio muy grande. También recitó unas oraciones. Él curaba con agua y piedra. El agua era la que le mostraba las cosas. Podía ver lo que pasaba a través de un vaso de agua.

La piel estaba cosida y colgada en un árbol con un gancho. Dentro había sangre y un montón de inmundicia, también había varias cosas más, hasta unas *calcinhas*. Aquella mujer pretendía que yo me quedase ciega para así ella poder quedarse con Fabio. Fue el curandero quien descolgó aquello. Brujería *pesada*. El mismo curandero llamó a la chica y ella le confesó todo. Si no confesaba, el trabajo podría volverse contra ella.

El *fazendeiro*

Después, conocí a otra persona. Estuvimos juntos un año. Era un hombre de cincuenta y tres años, se llamaba Aurelio y era *fazendeiro*, con muchísimo dinero. Me ayudó mucho. Yo entonces tenía veinte años.

Nos conocimos a través de una amiga, un día que fuimos a un churrasco en una de sus fincas. Aurelio me respetaba. Me comenzó a dar dinero. Yo no estaba *namorada*, estaba con él por interés.

Un día intenté matarlo. Yo estaba paseando con él y una chica pasó, lo cogió y le tiró del cabello. Le gritaba hijo de puta y me decía que quién era yo. Aquella mujer también quiso agredirme. Era una novia suya. Entonces, yo le cogí una pistola que tenía guardada en la furgoneta y le apunté a ella. Le dije: - Atrévete ahora, hija de puta. Y después también le apunté a él. Estaba tan nerviosa que ni me di cuenta de que tenía al lado el puesto de policía. Y vino la policía y nos llevaron a todos para la comisaría. Me detuvieron durante tres días. A Aurelio lo tuvieron allí quince días. Le acusaron de tenencia ilícita de armas, porque no tenía licencia para la pistola.

Seguí un tiempo con él. Después fue cuando conocí a la señora Tina. Su hija era amiga mía, crecimos juntas. Cuando ellas se mudaron cerca de la casa de mi hermana, y éramos vecinas, fue cuando mantuvimos más contacto. Luego Tina se marchó para Mato Grosso y me invitó a pasar unos días con ella. Fui a Mato Grosso. Allí conocí a una chica que trabajaba en un club en la ciudad de Tangará da Serra.

La prostitución

Isabella me dijo que ella estudiaba y trabajaba en la prostitución, que sólo trabajaba tres o cuatro horas, y que sus padres no sabían nada. Me dijo que yo era muy guapa, y que podía probar porque se ganaba mucho dinero.

La primera vez que fui al club me dieron ganas de salir corriendo, y comencé a llorar. Isabella me dijo que estuviese tranquila, que no pasaba nada, que los primeros días eso era normal. El club era pequeño, con unas quince chicas. Allí había chicas hasta de diecisiete años.

Llegó el primer cliente. Se me acercó. Me invitó a unas copas y empezó a hablar conmigo. Le conté que era mi primera vez. Y le dio pena, me dijo que no era capaz de *ficar* con una chica que estaba empezando, que no se sentía bien. Pero, me dio mil quinientos reales (unos trescientos euros) y me dijo que me fuese del club, que aquél no era mi lugar.

Recuerdo que esa primera noche no conseguí trabajar nada. Tardé unos veinte días en volver al club. Mi primer cliente me dio su número de teléfono y yo le llamé, y antes de regresar al club quedé con él para comer un par de veces. Fuimos a un motel y me acosté con él. Me trató bien, no me trató como a una prostituta. Y me regaló unas joyas: un anillo y un collar, que le habían costado en aquella época diez mil reales.

Decio tenía más de cincuenta años. Después, él se marchó de la ciudad y yo volví al club. Me quedé un mes y ya iba todas las noches.

Mi madre se enteró por mi primo. Eso ya fue en el segundo club donde fui a trabajar. Me cambié de ciudad, me fui para Rondonópolis. En ese club ya me quedé seis meses. Era un club muy grande, tenía unas setenta mujeres. El club estaba en el centro de la ciudad y fueron unas chicas del primer club las que me lo recomendaron, me dijeron que allí se trabajaba muy bien. Y por eso viajé a Rondonópolis.

Vivía en el club y trabajaba como quería. Era un sitio muy confortable, con piscina y todo. La dueña del club también había sido prostituta. Los domingos estaba cerrado y aprovechábamos para descansar y para hacer fiestas y churrasco. El horario de trabajo era de las siete de la tarde a las cuatro de la mañana.

Como en aquella época yo tenía un cuerpo más bonito y era joven, empecé a bailar y a hacer “streaptease”. También asistí a clases. Teníamos una profesora, Zilma, que venía dos veces por semana al club. Zilma ya había trabajado también de *garota de programa* antes, pero en aquella época ya estaba casada y sólo daba clases.

Hacía “streaptease” todas las noches, dos sesiones. Ganaba bien. Después, yo y una amiga alquilamos una casa justo enfrente del club. Ella ya estaba

cansada de vivir en el club y me preguntó si quería ir con ella. A mí me pareció buena idea.

Allí es como aquí. Si una mujer está mucho tiempo en un club ya no trabaja bien, y por ese motivo hay que moverse. Así que me marché de Rondonópolis y me fui a Curitiba. En Curitiba trabajé en un club dos semanas. Y después me fui para Fortaleza.

A mi familia les dije que trabajaba de vendedora. Pero, cuando mi primo ya me descubrió entonces tuve que contarles la verdad. Mi hermana estuvo seis meses sin dirigirme la palabra.

En Fortaleza trabajaba en una casa de citas, una especie de mansión. Trabajábamos una docena de chicas. Yo sólo dejé ese lugar porque un día vino la policía por las denuncias de los vecinos y cerró la casa. Trabajé allí durante ocho meses. Como hacíamos mucho ruido fue por eso que los vecinos denunciaron. Era una mansión con doce habitaciones y estaba en un barrio rico de la ciudad. Trabajé bien, cinco, seis pases cada noche. Después hablé con una amiga de mi ciudad que trabajaba en Curitiba y ella fue quien me dijo que había una señora que mandaba chicas a España, pero que había que apuntarse a una lista de espera.

Entonces, volví al club de Curitiba, al mismo club donde había trabajado antes. Allí conocí a Flavia. Hasta hoy mantengo el contacto con ella. Flavia fue muy sincera conmigo. No me engañó. Me contó que aquí en España se ganaba bastante dinero, que un pase aquí eran tres o cuatro pases en mi país; que la vida en España era más cara, pero que también se vivía mejor.

Flavia ya había trabajado antes de prostituta. Ella era quien tenía ahora contacto con el dueño del “Kings”. Ellos mandaban unas dos chicas cada quince días. Por eso era la lista de espera. No podían mandar muchas chicas así de forma continua porque eso podía dar problemas. Y tuve que esperar seis meses. Tenían muchas chicas en la lista. A veces había hasta setenta chicas en la lista. Flavia tenía contacto con varios clubes en Galicia, con “La Salamandra”, con el “Kings” y con el “Averno”. Dependiendo del club la cantidad de dinero que tenías que pagar era diferente. En el “Averno” eran cuatro mil euros; en “La Salamandra” tres mil; y en el “Kings” entre mil quinientos y dos mil euros, dependiendo de cuantas chicas enviaran. Flavia me explicó todo, que los clubes también eran diferentes y que también variaban las condiciones de trabajo. Entonces, escogí el “Kings”, porque era el más barato. Me vine pagando dos mil euros. Los pagué en dos meses y medio.

Mientras esperaba a que me avisasen, continué trabajando en el club en Curitiba. Le expliqué las cosas a mi hermana. Como ella ya sabía todo, fui sincera con ella. Al resto de mi familia les dije que viajaba a España para trabajar de camarera.

La inauguración del club

Salí de São Paulo un día de octubre de 2002. De São Paulo a Madrid y de Madrid a Santiago. En Madrid estuve detenida siete horas. Llegué a las siete de la mañana y salí casi a las tres de la tarde. La policía me preguntó que a dónde iba. Yo les expliqué que iba a casa de una prima que estaba en Santiago. No me creyeron. Entonces, les di el número de teléfono de una chica, que era la novia del dueño del club. Ellos llamaron y la chica no contestaba. Como no contestaba la policía me dijo que hasta que hablaran con mi prima no me liberaban. Luego, ella les cogió el teléfono y les dijo que era mi prima. Entonces me soltaron. No había cogido antes el teléfono porque había estado trabajando por la noche y durante la mañana estaba durmiendo.

Después, cuando llegué a Santiago, ya me estaba esperando Gregorio, el dueño del club y su novia. Normal. En el coche me explicaron cómo era el trabajo. Me explicaron todo: los pases, la hora de bajar al salón, etc. Los pases eran mitad y mitad.

En el club nos quedamos una semana sin trabajar, porque el “Kings” todavía no estaba listo. Estaban todavía con las obras. Salíamos a cenar fuera al restaurante y no hacíamos otra cosa.

El día de la inauguración vino mucha gente. Yo, a pesar de que no tenía experiencia y no hablaba español, sólo durante esa noche me hice ochocientos euros. Como era el día de la inauguración vinieron también a trabajar chicas de Lugo y de otros clubes. Éramos unas cuarenta. Pero, allí había trabajo para todas. Los hombres llegaban, cogían a las chicas de la mano y subían para las habitaciones.

En poco más de dos meses pagué mi billete. Y me quedé allí unos cinco meses trabajando. El trabajo no era muy diferente al de los clubes en Brasil. Durante ese tiempo conocí a todas las chicas, y todas tenían deuda. La misma cantidad, dos mil euros.

Después, el trabajo empezó a ponerse flojo. Como siempre estaban llegando chicas nuevas, los clientes las preferían a ellas y nosotras ya no

trabajábamos lo mismo. Entonces, dos amigas que ya habían trabajado en “La Fortaleza” me dijeron que podíamos ir allí a trabajar, que se ganaba más dinero.

En “La Fortaleza” estuve un año. Allí hay muchas chicas. Recuerdo algunas veces de haber hasta ciento veinte mujeres. La mayoría eran rumanas. Ellas estropean mucho el trabajo, porque siempre cobran menos. Cuando estuve en el club el pase costaba sesenta euros, y las rumanas subían hasta por cuarenta. En su país el dinero vale bastante más que en Brasil.

Allí trabajábamos de las seis de la tarde a las cinco de la mañana. Las que viven fuera pueden llegar hasta las diez. Yo viví todo el tiempo en el club. Nos quedábamos a veces hasta cerca de cincuenta chicas. Había entonces veinticinco habitaciones, todas muy confortables. Sí, “La Fortaleza” es como un hotel de tres estrellas. Lo que es fatal es la comida. María, la cocinera, utilizaba mucho aceite y el arroz a veces estaba crudo, otras salado... Allí no hay mujeres con deuda, todas son libres. Puedes entrar y salir cuando quieras. Si trabajas pagas cincuenta euros de casa, y si no trabajas no pagas nada. En aquella época había muchos clientes.

Mi vida era dormir, hacer un poco de gimnasia, tomar solarium y trabajar. Apenas salía. Aún hay chicas allí que trabajaron conmigo durante aquel año. Teníamos un día de descanso, entre lunes, martes y miércoles, todas las semanas. Yo casi no salía a Coruña, pero a veces iba a casa de una amiga para descansar. Si no íbamos a trabajar otro día teníamos que pagar una salida, que eran sesenta euros.

A finales de 2002 murió mi sobrino. Mi hermana me llamó. Él tenía diecisiete años y falleció de un accidente, electrocutado. Era en su primer trabajo. Por eso decidí regresar a Brasil. Me quedé en mi país dos meses y medio. Estuve todo el tiempo en casa de mi hermana y también visité al resto de la familia.

Pero, no tenía dinero. ¿Qué iba a hacer en Brasil sin dinero? Tenía muchas ganas de volver a España. Llamé al dueño del “Kings”. Me cobró sólo mil quinientos euros por el billete.

El regreso a Lugo

Esta segunda vez fui por París y Milán, y de Milán a Madrid. Gregorio me explicó que así era más sencillo pasar. En París casi nunca hay un control.

De Madrid cogí un vuelo a Santiago. Gregorio me mandó un taxi para recogerme. Y volví para el “Kings”. Estuve trabajando allí unos siete meses. Esta vez comprobé que el dueño había perdido bastante el respeto por las chicas. Gregorio se drogaba mucho y entonces pegaba a las chicas. Yo fui testigo de varias palizas a algunas de las chicas. Y el trabajo ya no funcionaba tan bien como la primera vez. No sé qué es lo que estaba pasando, pero había menos clientes.

Durante el último mes que estuve en el club tuve un problema con Gregorio. Él discutió con otra chica, ella se marchó y entonces cerró la puerta. Gregorio golpeaba la puerta y la rompió, y como yo estaba allí no sé qué fue lo que pensó, pero me tiró al suelo y me dio varias patadas. Me rompió el labio y un taxista me llevó al hospital. Allí al verme con la cara toda *machucada*, querían llevarme para comisaría a denunciar al dueño del club, pero yo no quise porque tenía miedo. En el hospital me preguntaron que qué me había pasado. Yo les dije que había sido agredida por el dueño de un club. Me dijeron que lo denunciase. Y yo les dije que no. Pero, en el hospital hicieron la denuncia igual.

Me quedé en un piso durante dos semanas, hasta aliviar los moratones un poco. A los cuatro días de salir del hospital, la policía me llamó por teléfono. Me dijeron que yo tenía que denunciar y decir el nombre de la persona que me había hecho eso. Les dije que no. Entonces, el policía me dijo que por eso era que aparecían las chicas muertas en la calle y ellos nunca podían hacer nada.

Las rumanas chupan y hacen todo sin condón

Después fui a trabajar al “Erótica”. Me quedé allí trabajando seis meses. El problema de ese club es que no hay libertad. Las chicas que viven fuera tienen un día libre a la semana. Si no ibas a trabajar, te cobraban treinta euros, aunque tuvieses cualquier justificación. Eso a mí no me parece justo. Por eso fue que perdieron a todas las mujeres. Hubo épocas allí que había unas cuarenta mujeres. Pero, después todas se marcharon para el “Kings” y para “La Salamandra”. El club está muy sucio, no hay nada de higiene, hasta tienes que compartir el baño y todo.

Del “Erótica” me marché a Madrid. Fui para un club en la carretera de Burgos, por consejo de unas amigas. Una venezolana que trabajaba allí me dijo que fuese, que se trabajaba bien. Al principio, trabajé bien, como en todas partes. Pero, después, también como en todos los sitios, el trabajo comienza a bajar.

Una amiga que había venido conmigo estaba dando muchos problemas. Tania se emborrachaba y montaba escándalos. En aquella época yo estaba enrollada con el encargado del club y él todas las noches se quejaba de mi amiga. Yo hablaba con ella. Y Tania me decía que iba a cambiar. Pero, todos los días era lo mismo. Bebía y se drogaba mucho. Tania es una chica de Manãos, que no sabe leer ni escribir. Al final, se cansaron de ella y la echaron, y yo me fui con ella.

Nos fuimos juntas a otro club, en Lérída, y que era también de los mismos dueños. El chico con el que yo estaba saliendo nos llevó en su coche. Él me dijo que estaban cansados de Tania, pero que lo hacía por mí.

En Lérída sólo estuve un mes y medio. Tania decidió irse para Barcelona y yo, como estaba saliendo con aquel chico, regresé a Madrid. Allí me quedé cuatro meses más. El trabajo no estaba bien. Como siempre, muchas rumanas. Donde hay muchas rumanas sólo trabajan ellas, lo que hacen no lo sé. La mayoría de las rumanas chupan y hacen todo sin condón. Y los hombres sólo quieren divertirse. Buscan pasar un buen rato y olvidan todo lo demás. No piensan en las enfermedades ni nada, sólo en disfrutar aquel instante. Yo, si trabajase así, tendría muchos clientes y ganaría más dinero. Pero, primero es mi salud, ¿está loco?

El chico con el que salía también estaba con otra chica. Cuando me enteré lo dejamos. Y me cogí un poco de depresión. Tenía mucha rabia en mi interior, me sentía mal y sólo pensaba en cosas negativas. Fue cuando volví para Galicia, a Lugo. Me quedé veinte días sin trabajar. Una amiga mía que trabajaba en un restaurante me ayudó a recuperarme. Salíamos a pasear y me hacía compañía.

Cuando me sentí mejor y me sentí preparada para trabajar de nuevo, me fui para el “Erótica” otra vez. Allí trabajé desde diciembre de 2005 hasta abril de 2006, aunque primero trabajé en el piso de Romelina. El trabajo en el club regular, hay días que ganas, otros que no. El mes de diciembre fue el mejor, hice casi cuatro mil euros. Me gasté unos mil euros en ropa, otra parte la envié para Brasil y otra la ingresé en mi cuenta de Caixa Galicia.

Pero, en el “Erótica” no hay libertad. Ahora en el club la mayoría de las mujeres son brasileras. Por eso hace poco me cambié para “La Salamandra”. Me siento muy bien allí, porque tratan muy bien a las chicas. En “La Salamandra” los lunes, martes y miércoles si no trabajas no pagas nada. Y el resto de los días si trabajas pagas cuarenta euros, y si no trabajas

la mitad. Los pases son de cincuenta y cinco euros. Y las habitaciones están bien, mejor incluso que en “La Fortaleza”.

El piso de Romelina

Llegué al piso en noviembre de 2005. Naiara me pasó el teléfono. Fuimos juntas al piso. Romelina no estaba, quien nos atendió fue el marido de ella. Él nos explicó cómo era el trabajo, que podíamos trabajar al setenta o al cincuenta. Si trabajábamos al setenta nosotras teníamos que poner los condones y el papel. El pase eran cuarenta euros por media hora; quince euros para ella y veinticinco para nosotras. Y si íbamos al cincuenta, entonces era mitad y mitad. También había pases de treinta euros por veinte minutos (la chica con veinte euros; ella con diez).

Me quedé un mes en el piso. *Um inferno*. Hacía mucho frío. Romelina no ponía la calefacción por tacaña. Las chicas tenían que comprar su propia comida. Cuando llegamos Naiara y yo había en el piso otras doce chicas, la mayoría colombianas. Aun así, las relaciones con las compañeras eran buenas. Llegamos y ellas ya vinieron a hablar con nosotras.

Había días que sólo trabajaban las chicas que Romelina quería. El cliente llegaba, escogía a una y Romelina entonces mandaba que pasase otra. Ella decía que la chica que había escogido ya estaba ocupada con otro cliente. No sé por qué hacía esto. Conmigo no llegó a pasar, pero con la mayoría de las chicas sí que ocurría. Las colombianas se peleaban entre ellas por este tipo de cosas.

En el piso me encontré con varios clientes que ya conocía del club, del “Kings”. Pero, había otros que yo nunca había visto. Había muchos viejitos y los jueves venían los jóvenes de la discoteca, todos de madrugada y borrachos.

Cuando trabajaba en el club yo nunca subía con los borrachos, pasaba de ellos. Y en el piso hacía lo mismo, a veces ni siquiera me levantaba de la cama. No soporto el aliento a alcohol y además son muy pesados, quieren follar sin condón y besar en la boca.

Sin embargo, con los viejitos me doy bien. Ellos son muy rápidos. Se corren enseguida. Acaba pronto.

La única diferencia de trabajar en el piso es que tú no tienes que hablar para convencer al cliente, como pasa en el club. Yo gané unos dos mil

quinientos euros durante las semanas que trabajé en el piso. Pero, era un trabajo muy *cansativo*. Tienes que estar despierta las veinticuatro horas. Alguna vez puedes quedarte en la cama y no pasar, pero sólo puedes hacer eso una o dos veces. Allí, por ejemplo, había una chica, Raquel, que no quería pasar y Romelina un día se enojó con ella y le dijo que tenía que pasar, y eso que ella tenía la regla y todo.

Yo ya he trabajado también con la regla. Cuando estaba en el “Kings” subí varias veces teniendo la regla. Colocaba una esponja vegetal y listo. Las compraba en el supermercado o en la farmacia. Debes colocar también gel con la esponja, y así no pasa nada. El hombre no siente nada, porque al tener colocado el condón no tiene tanta sensibilidad como para darse cuenta. Casi todas las chicas trabajan así.

Me gusta trabajar, pero también sentirme libre

Luego me marché del piso y me quedé en casa unos días descansando, sin trabajar. Naiara se quedó en el piso trabajando un poco más. Después fue cuando me fui para el “Erótica”. Volví allí. Trabajé unos tres meses. Pero, ya no era lo mismo. Los dueños estaban exigiendo demasiado a las chicas y sólo podías descansar una vez a la semana. Eso ya no me gustó. Exigían mucho. Y a mí me gusta trabajar, pero también sentirme libre. No me gusta que me obliguen a trabajar. En la prostitución es muy importante la libertad. Si una mujer se siente libre, trabajará más a gusto y rendirá mejor.

En el club los dueños empezaron a exigir porque había chicas que decían que estaban enfermas y que no podían ir a trabajar, y luego ellos salían, iban a los pubs y se las encontraban por ahí de copas. Fue por esto que ellos también empezaron a exigir. Pero, no es justo. Pagan justos por pecadores. También por eso el “Erótica” se quedó sin mujeres. Se fueron todas para el “Kings” y para “La Salamandra”. El “Erótica” se quedó con diez mujeres.

Desde entonces estoy trabajando en “La Salamandra”. En el club bien. Hay entre cuarenta y cincuenta mujeres, depende de cómo esté el trabajo. Muchas que viven fuera no van a trabajar todos los días. Lunes, martes y miércoles si no trabajas no pagas nada. Jueves, viernes, sábado y domingo si no trabajas pagas veinte euros, y si trabajas cuarenta. Lo que quitas en los pases es todo para ti. Pedimos cincuenta y cinco euros, a veces sesenta. El mínimo son cincuenta euros. Aunque, sé que hay algunas que suben por menos. Algunas lo confiesan ellas mismas, dicen que una vez que han pagado la casa, si viene un cliente y tienen que subir por cuarenta y tres euros, suben.

La mayoría de las chicas en “La Salamandra” son brasileñas. También hay dominicanas, venezolanas, rumanas y colombianas. El club es muy bonito y el trato excelente. El dueño casi nunca está, hay un encargado y la recepcionista, que es una chica colombiana muy maja.

Ahora estoy viviendo aquí en mi piso, junto con Mara y Renata. Todas vamos a trabajar a “La Salamandra”. Nos vienen a recoger en una furgoneta de siete plazas. A veces viene el encargado y otras el camarero. Ellos van pasando para recoger a las chicas. El club abre a las cinco de la tarde, pero nosotras empezamos a las siete. Paramos para cenar entre las diez y las diez y media, y luego seguimos trabajando hasta las cuatro y media, menos los viernes y los sábados, que estamos hasta las cinco y media. Los fines de semana es cuando vienen más clientes.

Un día bueno puedo hacerme cinco, seis pases. Un día normal, uno o dos, lo suficiente para pagar la casa. Lo máximo que yo ya he hecho han sido trece pases, una vez en el piso de Romelina. Si fuese en un club eso da un montón de dinero, pero al ser un piso ganas menos. Ese día ya paré, porque empecé a sentir dolor en el útero. Y eso que yo uso siempre gel. Pero aquel día fueron demasiados...

Un trabajo temporal

A mí la prostitución me parece un trabajo temporal. Pero, no todas piensan así, hay algunas a las que les gusta este trabajo y que están trabajando hasta veinte años. Yo conozco algunas. Para estas mujeres no es temporal, es porque les gusta. Yo para mí espero que sea temporal. Un año más. Ahora quiero conseguir mi negocio, la casa ya la tengo.

La mayoría de las chicas brasileñas que yo conozco ya trabajaban en la prostitución en Brasil. Es muy raro que venga alguna engañada. Hay algunos casos que sí que pueden venir engañadas, pero esas cosas que dicen por ahí es todo cuento. Algunas si las coge la policía dicen que las han traído engañadas como una excusa. Además, como te dije, en el caso de las brasileñas la mayoría ya trabajaban en la prostitución en Brasil. Aquí se gana más y se vive mejor. Por eso venimos a España.

Trabajando en la prostitución aprendes muchas cosas sobre la vida, te da mucha experiencia. Trabajando en la prostitución también tienes más libertad y eso es algo positivo. En Brasil nunca vi eso de los “macarras”. Sí lo he visto aquí, pero sólo con las rumanas. He conocido a varias que todo

el dinero que ganaban se lo daban a su chulo, y si no ganaban lo suficiente les pegaban. Pero, eso con las brasileras nunca lo he visto. Las chicas trabajan cada una para sí.

Al tener más dinero, también puedes comprarte cosas buenas, ropa de marca, etc.

Con las personas he conocido de todo. Hay buenas personas, también hay falsedad, hipocresía.

La diferencia con los clientes es que en mi país la mayoría no ponen problema con el uso del condón. Sin embargo, aquí en España la mayoría de los hombres no quieren utilizarlo. Aquí los hombres no piensan en su salud. Aquí en España también se consumen más drogas. En Brasil no se ve tanta droga como aquí. El consumo de drogas está por todas partes, no es sólo en los clubes o en este trabajo. Yo lo veo en todas partes, en los pubs, en las discotecas.

Sobre la posible legalización de la prostitución pienso que sería bueno porque las chicas que están trabajando no están haciendo nada malo. Sería positivo que las prostitutas tuviesen sus derechos. En mi país la policía no molesta, aquí molestan mucho. Las chicas siempre están corriendo delante de la policía. Yo creo en la libertad, en que cada persona pueda hacer lo que quiera.

Hace unas semanas vino la policía de Extranjería al club. Pero, yo tuve suerte porque no estaba allí, estaba todavía trabajando en el “Erótica”. Detuvieron a varias chicas y deportaron a seis.

Para mí lo peor de la prostitución es la discriminación de la gente, el cómo te miran. Por eso estoy ya un poco cansada de este trabajo, quiero que la gente me mire como a una persona normal. Aquí si ven a una extranjera ya piensan que es puta. Para los españoles todas las extranjeras somos putas. Y aquí hay mujeres que son mucho más putas que nosotras, que se acuestan con diez, con veinte hombres y lo dan por la cara. Esas sí que son putas. Yo soy *garota de programa*, cobro por mi trabajo, no soy una puta. Aquí las peores son las españolas, ellas son las que más nos discriminan.

La prostitución es también un trabajo difícil. No es tan fácil como la gente piensa. No es nada fácil tener que enfrentarse a los hombres en una habitación. Aquí en España los hombres huelen muy mal, parece que no les gusta ducharse y tampoco utilizan desodorante. Acostarse con hombres en esas condiciones siempre es difícil. Recuerdo un programa que dieron en la

televisión y que preguntaban qué porcentaje de españoles no se ducha diariamente, y la respuesta era el ochenta por ciento.

En los clubes también es muy pesado aguantar de pie un montón de horas con los tacones puestos. Yo sólo uso tacones altos para trabajar. Y luego aquí que los clientes siempre quieren hacerlo sin condón.

LETICIA

La vida en São Paulo

Nací el 15 de noviembre de 1980 en la ciudad de São Paulo. Cuando yo nací mis padres ya estaban separados. Vivía en una casa en un barrio de la zona sur de São Paulo con mi madre y con mis hermanos, dos hermanas y un hermano. Yo soy la *caçula*. Desde los dos años estudiaba en una *crêche*. Mi madre trabajaba en un asilo. Mis hermanos eran los que me venían a recoger a la *crêche*. Estudié allí hasta los siete años.

Como mi padre no le pasaba ninguna pensión a mi madre, ella tenía que trabajar mucho para sustentar a la familia. Mi hermana mayor se casó a los catorce años. Mi madre hacía varios trabajos y limpiaba en casas diferentes. Mi cuñado también nos ayudaba. Con trece años comencé a trabajar. Pero, seguí estudiando igual. Trabajaba en una escuela de asistente durante el día y estudiaba por la noche.

Nos mudamos unas cinco veces de casa. Pero, siempre en la zona sur de la ciudad. Cuando vives de alquiler eres igual que los gitanos, siempre cambiando de sitio. La vida en São Paulo no es fácil. Desde que llegó el cambio de moneda, cuando pasó a real, la situación empeoró. Todo lo que ganabas se iba para cubrir los gastos más básicos. Mi madre cobraba doscientos reales al mes por la pensión de jubilación.

Durante mi etapa en la que trabajaba como asistente en la escuela ganaba cuatrocientos ochenta reales. Trabajé allí cuatro años. Siempre me gustaron los niños. Pero, abandoné ese trabajo porque no me tenían registrada. Después, fue cuando comencé a trabajar de vendedora. Ganaba menos que antes, pero al menos estaba registrada.

La vida en São Paulo es muy agitada, y hay mucha violencia. En mi barrio nunca me asaltaron porque yo conocía al personal desde la infancia. Eso te da más seguridad. Pero, es una ciudad muy grande y tiene muchos peligros, sobre todo a causa del tráfico de drogas. El barrio donde yo vivía tenía varias *favelas*.

En mi casa tuvimos problemas con mi hermano por culpa de la bebida. Llegaba a casa y rompía todo lo que encontraba. Parecía un animal. Usaba drogas. Recuerdo que yo tenía unos siete años. Mi hermano nos pegaba a todos, también a mi madre. Pero, ella no llamaba nunca a la policía. Eran mis hermanos quienes lo hacían. La situación en mi casa era tan difícil que

mi hermana se casó con catorce años para salir de casa y escapar de aquello. Luego, mi hermano también se casó y siguió agrediendo a su familia durante un tiempo. Ahora es más responsable, tiene cuarenta y tres años, si no es responsable ahora...

Nunca pasamos hambre. Mi madre siempre trabajó y mi cuñado siempre nos ayudaba. El 4 de octubre de 1994 falleció mi padre. Me afectó bastante. Adelgacé y quise dejar los estudios. Estaba como desorientada. A pesar de que mi padre no viviese con nosotros, lo sentí mucho. Mi familia siempre estuvo muy unida. Pero, yo era la más joven... Recuerdo que no quería estudiar, no quería comer... Mi madre me ayudó, y con el tiempo lo fui superando. Fue, sobre todo, porque su muerte fue repentina.

Mi hermana Claudia se casó con veintiséis años. Ella estaba embarazada de tres meses. Fue cuando nos quedamos solas en casa yo y mi madre. En aquella época ya había dejado los estudios y sólo trabajaba.

Mis sobrinas

Mi sobrina Etty tiene ahora trece años. Es deficiente. Tuvo un problema con tres meses y desde entonces quedó deficiente. Sufrió unas convulsiones muy fuertes y cuando la llevaron al hospital ya era muy tarde. No sé muy bien qué fue lo que sucedió. No sé si es que no tenían dinero para comprar los medicamentos, o qué pasó. Pero, para comprar bebida mi hermano siempre tenía. Como él maltrataba a mi cuñada, ella un día lo abandonó y entonces dejó a los niños en casa. Nosotros no sabíamos qué estaba ocurriendo. Después de dos meses, regresó y nos contó toda la verdad. Mientras estuvo fuera, mis sobrinos se quedaron en nuestra casa.

Ahora mi sobrina está en una silla de ruedas. No habla, ni camina. Sólo ríe. Es como una degeneración neurológica. Ahora está en un hospital. Durante el tiempo que estuvo con nosotros mejoró bastante y llamaba de "mamá". Pero, en el momento que regresó a casa de mi hermano volvieron las convulsiones. Mientras estuvo en mi casa, estuvo bien cuidada y mi madre le daba todos los medicamentos. Ahora está internada en una clínica de Minas. Mi cuñada no quería. Pero, ya lleva internada tres años y allí le dan condiciones especiales.

Mi sobrina Victoria también vino después a vivir con nosotras, porque se peleó con mi hermana a causa de un novio. Y desde entonces sigue en mi casa. Mi hermana no le dejaba salir, y mi madre, en cambio, es mucho más permisiva.

Mi novio Edson

Tuve a mi primer novio con catorce años. Se llamaba Edson. En mi casa vivíamos mi madre, mi hermana y yo. Edson también nos ayudaba mucho. Le daba la “cesta básica” a mi madre. En aquella época yo trabajaba de recepcionista en una empresa de comunicaciones audiovisuales. Me gustaba más que el trabajo de vendedora. Me cambié porque tenía más expectativas de futuro.

Edson y yo salimos durante nueve años. A lo largo de todo ese tiempo fuimos felices y también tuvimos nuestros problemas. Pero, nunca malos tratos ni nada de eso. Edson siempre fue un chico romántico. El problema principal era que yo salía mucho. Yo era miembro de un grupo de *Aché*, que es un tipo de música bahiana bastante agitada. Íbamos a discotecas para actuar. Edson lo permitía, pero cuando me acompañaba se quedaba aparte y no hablaba casi nada con el personal del grupo. Yo, sin embargo, soy una persona muy comunicativa y siempre me he relacionado con mucha gente. Me gustaba salir y estar con mis amigos y amigas. Edson jugaba en un equipo de fútbol. Cuando ganaba venía alegre. Pero, cuando perdía nunca le apetecía salir. Me decía: - Hoy me voy a quedar en casa. Y yo no veía el momento de que llegase el viernes para salir todo el fin de semana con mis amigos.

Esta fue la causa principal de nuestro desentendimiento. Al final, él me preguntó un día que qué prefería, si a él o al grupo de *Aché*. Le contesté que entonces el grupo. Y ese fue el final de nuestra relación.

Después de siete años juntos, lo dejamos. Tuve otros novios. Y al cabo de dos años volvimos. Adoré ese tiempo en que estuve sola. A veces sentía su falta, no voy a mentir. Pero, era independiente y hacía todo lo que quería. No pensaba en novios, apenas tenía tiempo para eso. Tenía que estudiar, trabajaba y a toda hora me llamaban mis amigos para salir. Viajábamos continuamente. Me sentía feliz y libre. Al mismo tiempo, sobre todo por las noches, sentía la falta de un compañero. También era consciente de que no iba a encontrar a otro hombre tan bueno como él, un hombre que me amase y me valorase. Sabía que la gente que me rodeaba sólo estaba interesada en *ficar* conmigo para usarme, no me iban a valorar.

A medida que conocí a otras personas, pude establecer algunas comparaciones. Me sentí bien con algunos, y sólo pensaba en salir y divertirme. Cuando Edson y yo volvimos a salir, incluso hablamos de la posibilidad de casarnos. Pero, ya no era amor. Era más bien costumbre. Nos entendíamos bien, pero no era amor. Salimos durante otros dos años,

hasta que me pidió que escogiese entre mis amigas y él. Y escogí de nuevo a mis amigas. Yo tenía entonces veintitrés años.

Sandra

Aunque yo ya no salía con Edson, seguíamos teniendo contacto. Su hermana Sandra vivió unos meses con nosotras. Nos pidió si podía quedarse, porque no quería regresar a Brasil y que su esposo supiese donde estaba, por todos los problemas que tenían. Sandra entonces ya estaba en España.

Cuando mi empresa dio en quiebra, me quedé desempleada. Entonces, le dije a Sandra que cuando supiese de alguna cosa que me ayudase. Yo no sabía que Sandra estaba trabajando en la prostitución. Ella nos decía que trabajaba en un restaurante. Claro, como hago yo ahora...

Tenía que pagar mis gastos. Sandra me llamó un día y me preguntó si yo quería venir a España. Me dijo que yo podría trabajar en un club de recepcionista, que iba a ganar seiscientos euros. No sabía qué tipo de club. Al cabo de unos días, me volvieron a llamar Sandra y Patricia, y ellas me explicaron todo. Para mí fue una sorpresa. Les dije que me dejasen un tiempo para pensar. No me sentía todavía preparada.

Ahí fue cuando hablé con mi cuñado. Yo no le pedí el favor. Sólo le conté que tenía la posibilidad de viajar a España. Y él fue quien se ofreció para ayudarme. Me dio un préstamo de mil reales y me compró el pasaje. Tengo aún diez meses para pagar el préstamo. Los mil reales ya se los devolví. Le compré un DVD para el coche. Fue él quien me lo pidió, y llegamos a un acuerdo.

Conté con todo el apoyo de mi familia para viajar a España. Le dije a mi madre que ahora era la oportunidad para que yo pudiese ganar dinero y así ayudarle a ella. En la empresa donde estaba trabajando me ayudaron también para que cobrase el salario de despido. Antes de venir, mi hermana mayor me dijo que yo viajaba con billete de ida y vuelta, y que si el trabajo era para prostituirme debería regresar.

Salí de São Paulo el día 8 de marzo de 2005. De Madrid fui a Santiago. Allí me fueron a buscar en taxi Sandra y Orlando. El viajar en avión ya fue para mí una experiencia. Nunca había viajado en avión.

Yo venía a trabajar como recepcionista en un club. Lo único que no dio resultado. Cogieron a otra chica en mi lugar. Orlando me aconsejó que tuviese paciencia, que ya aparecería otro trabajo. Patricia también me dijo que no me preocupase, que no pasaba nada, que buscara trabajo y no me agobiase, que tarde o temprano aparecería alguna cosa.

Después, a través de un amigo fui a ver a una monja que tiene un programa para ayudar a mujeres inmigrantes, y ese mismo día me ofrecieron un trabajo como interna para cuidar una señora. Pero, tampoco dio resultado. Ya no me gustó desde el principio, porque tenía que marcharme del piso, dejar a mi familia, a mis amigos y tenía que meterme directo en una casa ajena, sólo con gente española. Y la casa estaba fuera de la ciudad, en medio del monte. No funcionó. La señora estaba loca. No me entendía. Y yo no la entendía a ella. Cuando coloqué mis cosas en el armario vino a la habitación, me las cogió y me las tiró en el suelo. Yo no entendía nada. Pero, enseguida me di cuenta de que la señora no estaba bien de la cabeza. Lloré toda la tarde. Luego, la señora me pidió que no me marchase. Pero, me daba miedo quedarme allí sola con ella en aquella casa. Y me marché. Esa misma noche regresé al piso de Sandra.

Entonces, Sandra me dejó la ropa de trabajo y nos comenzamos a vestir. Saqué unas fotos. Patricia siempre me preguntaba: - Qué, Leticia ¿vamos a empezar a trabajar hoy? Pero, yo no me encontraba todavía preparada. Y estuve así dudando durante unos días. Pero, luego me di cuenta de que no iba a conseguir nada y que además era una tontería dejar pasar la oportunidad de ganar dinero. Y por fin un día me decidí.

Trabajar en el piso

Era cuando teníamos la promoción de dos chicas por cuarenta euros. Vino un cliente y nos escogió a Sandra y a mí. Sandra le explicó al cliente que era mi primera vez. Lo más difícil fue quitarme la ropa delante de los dos. Poco a poco fui perdiendo el miedo y comencé a desinhibirme. El problema es que soy muy católica. Aquel primer cliente ya era cliente del piso y fue cariñoso conmigo. Primero lo hizo con Sandra y luego me penetró a mí. Se corrió enseguida. Después, salí de la habitación y me fui al baño. Estuve llorando un rato y también rezando. Todo eso es porque soy muy católica. Toda mi familia es muy católica. Fue así como me educaron. Cuando salí del servicio me quedé más tranquila. Yo no había pensado nunca en la posibilidad de trabajar en la prostitución. Pero, al final me decidí. Quise dejar atrás todos mis temores y mis prejuicios.

Al principio sentía vergüenza de bajar a la calle y a que la gente me mirase. Sobre todo, si ven que eres brasileña, ya te miran mucho. Más las españolas. Te juzgan más que los hombres.

El primer día me hice unos ocho pases. Trabajé de puta madre. Me di cuenta de que este trabajo no es tan difícil como dicen, y que una se acostumbra a todo. Después, al día siguiente, me desperté animada porque estaba comenzando a trabajar y a defenderme en la vida. Me daba mucho miedo que mi familia se pudiese enterar. Hasta hoy. Ellos piensan que estoy trabajando en un restaurante. Sí, saben que estoy ilegal y los problemas que tenemos para conseguir los papeles, pero de que estoy trabajando en la prostitución ni se lo imaginan.

El segundo día, cuando me levanté fui al baño, me arreglé y ya me dispuse a esperar a los clientes. Y así, desde entonces, no he parado de trabajar en el piso. Siempre he trabajado bien. Y también hago “streaptease” dentro de la habitación. Cualquier cosa que me apetezca puedo hacer.

Por la mañana, cuando me levanto, lo primero que hago es ir al baño para tomar una ducha. Es como una forma de animarme. Unas veces estás con más voluntad y otras más desanimada. Ahora también hay mucha competencia en este trabajo. Hay muchas chicas trabajando en los pisos.

Lo más importante en este trabajo es intentar ser profesional. Aunque no te apetezca o estés desanimada, debes poner tu mejor cara a los clientes para cautivarlos. Así me comporto cuando soy Leticia. Tengo que separar la Leticia de la Mariza. Cuando trabajas tienes que actuar, intentar seducir al cliente. Pero, esto a veces es complicado. Miras a tu alrededor y sientes la mirada de las otras personas. Aunque estés fuera de casa, en la discoteca, divirtiéndote, como eres brasileña y tienes esta profesión, ya piensan que estás exponiéndote. Y no es así. Yo soy Leticia cuando entro en la habitación con un cliente. Después, cuando salgo o voy por la calle ya dejo de ser Leticia, y soy simplemente Mariza.

Hay que saber separar los problemas del trabajo. Cuando estás con un cliente tienes que actuar, tienes que mostrar tu rostro más desvergonzado, porque lo que quieres es que el cliente vuelva. No es que me guste este trabajo. Pero, te vas acostumbrando, sigues el ritmo. Esto me da bastante miedo, que me acostumbre y ya no consiga salir de este tipo de vida.

Y cada día que telefono a mi país hay una mala noticia: sube el desempleo, la violencia, los precios, etc. Yo ya quería marcharme antes.

Pensaba estar trabajando unos meses y regresar a Brasil. Pero, ahora he cambiado de idea.

Cuando salgo a la calle la gente no se fija mucho en mí porque como soy blanca paso como una española. Sólo si saben que soy brasileña, entonces sí que me miran de modo diferente. Al menos, eso es lo que percibo. Pero, aquí no siento tanta vergüenza, porque no es mi país. Aquí no me conocen. Si estuviese en mi país sería totalmente diferente.

Aquí en España las que tienen más prejuicios con nosotras son las mujeres. Piensan que venimos para quitarles a sus novios o a sus maridos. No es que sean celosas, son como desconfiadas. Nunca he tenido un problema directamente con ellas, pero lo percibo por las miradas.

Las brasileras somos más celosas y posesivas que las españolas. Si a mí me gusta alguien, si amo a alguien, soy celosa. Yo pienso que el respeto lo es todo en una relación. No con todo el mundo, depende de la confianza, pero a veces soy celosa. Nunca hasta el extremo de pelearme. Sobre todo cuando me siento necesitada de cariño. Desde que salgo con João, a veces pienso en qué sucedería si él fuese un prostituto. Creo que no me gustaría. Saber que está con otras personas..., no, no me gustaría.

En este trabajo lo que haces es intentar seducir a los hombres. Tú seduces a los hombres, no eres seducida. Trabajas un poco como un robot, de forma automática. Eso es la profesionalidad en este trabajo.

Desde que trabajo en el piso he podido conocer a muchas personas. Además de Sandra y Patricia, aquí han trabajado también Bianca, Vivian, Erika, Silvia y algunos travestis como Marcela. Algunas veces el piso ha estado lleno de gente. Yo me llevaba particularmente bien con Vivian. Ahora últimamente, en cambio, la convivencia en el piso se ha deteriorado. Sandra y yo hemos tenido fuertes discusiones. Me parece injusto. Yo siempre me he preocupado por ella, por su salud, para que tome sus medicinas a su hora, etc. Soy consciente de su enfermedad y sólo Dios sabe lo que ella está sufriendo. Pero, Sandra maltrata mucho a las personas que están a su alrededor, y dice cosas que lastiman mucho. Como yo ahora estoy con João, a ella le fastidia mucho. Y yo pago el alquiler y contribuyo con todos los gastos. Entonces, por qué no puedo hacer lo que quiera, y si me quedo a dormir con João no pasa nada. Sandra me dijo que si ya no estaba aquí que podía marcharme. Eso me dolió mucho. Sólo no me fui porque Orlando me lo pidió.

El alquiler del piso lo pagamos entre Sandra, Orlando y yo. Silvia y la rumana no contribuyen en los gastos, sólo están para trabajar en el piso. Sin embargo, Sandra se queda con todo el porcentaje. Eso es lo que tampoco no entiendo. Si todos contribuimos con los gastos, ¿por qué no participamos también en los beneficios? Ya la rumana está viviendo en casa. Yo no tengo nada en contra de esa chica, pero al menos Sandra debería habernos consultado que se iba a quedar en casa. De esta forma, Sandra me demuestra que hace lo que le da la gana y que mi opinión no importa para nada. Yo sólo estoy en el piso para pagar las cuentas.

Erika también se marchó del piso. Fue también una confusión. Erika apuntó un día los nombres de las medicinas de Sandra y se fue a la farmacia para preguntar. Así fue como descubrió que Sandra tiene sida. Después, Erika habló con Silvia y le dijo que si Sandra no dejaba de trabajar la iba a denunciar a la policía. Erika y Silvia discutieron mucho a consecuencia de eso. Silvia le dijo a Erika que qué clase de amiga era ella. Y luego, Erika se fue del piso. Ahora creo que vive con Luana, la amiga de Silvia, en las Fontiñas.

Los clientes

Hay de varios tipos. Hay clientes que son educados, que te respetan. Hay otros que quieren pasarse del límite, hacerlo sin condón. Yo hablo con ellos. Trato de convencerlos, para que el cliente se quede tranquilo y vuelva al piso. Tratar bien a los clientes en este trabajo es fundamental. Pero, tienes que colocar los límites al principio, para evitar problemas.

Un día, por ejemplo, un cliente vino al piso borracho y no conseguía correrse. Cuando pasó el tiempo picaron a la puerta y él se enfadó. También quería hacer francés sin condón. Entonces, pidió hablar con la encargada. Sandra no estaba en el piso en ese momento, y vino Patricia. Habló con él y le explicó que nosotras no besábamos en la boca con la lengua y que si quería quedarse más tiempo tenía que pagar más. Por fin, como estaba enfadado conmigo, quiso quedarse con Patricia. Y luego se enfadó también con ella porque tampoco conseguía correrse con Patricia. Eso es lo que yo llamo pasar los límites: intentar forzar la situación, querer hacer cosas que una no tiene voluntad de hacer.

Tú puedes hacer un montón de cosas con el cliente. En media hora da tiempo de sobra para hacer sentirse bien y dar placer a un hombre. Por eso es muy importante poner las cosas claras desde el principio y trazar los límites.

Cuando me escogen y me dan el dinero les explico así: - No hago francés sin condón, no beso en la boca con lengua, no hago griego; a través de caricias, masaje e intercambio de posiciones podemos pasarlo muy bien. La mayoría aceptan mis condiciones. Pero, siempre hay alguno que no está de acuerdo. Un día uno me dijo que si yo no besaba en la boca no le interesaba, y se marchó.

A mí me gustan más los hombres maduros que los jóvenes. Los mayores te respetan más. Los jóvenes, en cambio, a veces vienen borrachos o son drogadictos, y se ponen muy pesados. Muchos te dicen cosas muy imaginativas: que si eres una princesa, que si eres preciosa, etc. Con los drogadictos ganas mucho dinero porque se gastan hasta el último céntimo contigo, y aunque finjas con ellos se lo creen todo.

Algunos clientes me preguntan si tengo novio, y si quiero tener una relación con ellos. Siempre les contesto que no es posible, que no tengo descanso y que debo trabajar las veinticuatro horas en el piso.

Cuando hago una salida me pagan cien euros, aparte el taxi. Son cien euros por una hora. Hay días que por la noche a una no le apetece levantarse. Estás durmiendo plácidamente y llaman a la puerta. Llega un cliente y tú sales con la cara toda hinchada y el cabello revuelto, y te dicen que estás preciosa...

Aquí al piso ya llegó un cliente con fantasías muy curiosas. Quería que cogiese la radio y colocase una bachata para luego bailar desnudos. Otra vez llegó uno que me pidió que lo desnudase. Tenía tantas ganas que ya se corrió mientras lo desnudaba. Ya no tuve tiempo ni de quitarme la ropa.

También tengo clientes masoquistas. Vienen al piso para que les de *porradas e tapas na cara*. Están locos. La primera vez que vino uno no podía pegarle. Me pedía que le pegase más fuerte y yo no podía. Con el tiempo fui acostumbrándome. Ahora empiezo a pegarles con la mano, y si me piden más, cojo el cinturón.

Ah, y aquí en España hay muchos maricones. Muchos follan, pero no se corren, y luego te piden el vibrador. La mayoría cuando se lo metes, terminan corriéndose. Otros ya te preguntan nada más entrar en la habitación si tienes vibrador. Y muchos te preguntan si no hay chicos o travestis para hacer tríos.

Yo sólo he hecho tríos con otra compañera. También hago lésbico. Lo he hecho ya con Sandra, con Silvia y también con Vivian. Aunque todo es fingido, tienes que actuar con cuidado. Escupes en el dedo sin que te vean, para luego pasarlo por el chocho de la chica. Así, de esta manera, el cliente aunque pase luego la mano por el chocho de la chica, se cree que estamos gozando. Es un truco que me enseñó Sandra.

Dentro de la habitación se le explica al cliente que sólo puede correrse con una de las chicas y que tiene que escoger. Con las travestis nunca he pasado a la habitación para hacer el lésbico. Patricia sí. No tengo ningún prejuicio, simplemente no me coincidió. En el piso ya he estado trabajando con Marcela o Xuxa, pero no coincidió el hacer un servicio juntas.

Algún cliente piensa que por pagarte ya puede tratarte como a un muñeco. Pero, en ese caso lo que tienes que hacer es ponerle las cosas bien claras. No es necesario pelearte con ellos.

Desde que estoy trabajando en el piso sólo me ha pasado dos veces que se rompiera el condón. La primera vez, el cliente se había corrido y no me dijo nada. Me puse muy nerviosa. Incluso lloré de rabia. Bueno, yo soy muy sentimental y lloro enseguida. Pero, aquel día lo pasé muy mal. Fui y llamé a Ramón, el médico. Él me recetó la píldora del día después y me orientó en todo. Afortunadamente, no pasó nada. Desde entonces, para prevenir mejor y evitar problemas, cuando llega un cliente con la polla muy grande le coloco, aparte del lubricante, le coloco dos condones.

Tuve uno que vino con la promoción de veinte euros. Vino borracho y maloliente. Se quedó conmigo. No se corrió. Se quedó con Silvia. Tampoco. Y con Patricia. Y tampoco consiguió correrse. Pagó ochenta euros y eran falsos. Un desvergonzado. Después de un tiempo, un día me lo encontré en la calle, a aquel *safado*, pero no hice nada. Yo, una prostituta sin papeles, qué podía hacer...

Los más cariñosos son los viejos. Algunos te traen regalos: bombones, champán, etc. Suelen ser personas muy cariñosas. Tienes que tratarlos bien, con cariño, si no no vuelven. Un día uno pasó con Erika y se enfadó con ella. No sé qué fue lo que pasó en la habitación, pero no quedó satisfecho.

El problema es que muchos piden hacerlo sin condón, sobre todo los viejos. Tardan más tiempo en que se les levante la polla, y a veces se ponen nerviosos o te piden disculpas. Aunque, aquí ves de todo. Es más importante la cabeza o la madurez de la persona que no la simple edad.

Ahora ya tengo mis clientes fijos en el piso. A algunos no les gusta variar de chica, un día con una, otro día con otra. A veces llaman por teléfono y preguntan si estoy, y si no estoy en ese momento o estoy ocupada en la habitación, esperan o se van mientras a una cafetería. Prefieren esperar que no escoger a otra chica. Debo tener así unos diez clientes fijos.

Hace poco subieron al piso cuatro chicos. Silvia y Sandra se presentaron. Les dije que sólo estaban las dos, y que entonces los otros dos tenían que esperar. Uno me dijo que quería quedarse conmigo y yo le contesté que no, que estaba de regla y que no iba a pasar. Él me dijo que le daba igual, que a él le gustaba mismo con la regla y entonces empezó a agarrarme. Para mí eso ya era pasar el límite. Le dije: - cariño, ya te estás pasando, ya te he dicho que no trabajo con la regla, así que es mejor que te marches. Entonces, sacó la cartera, cogió varios billetes, más de cien euros y me los tiró a la cara. Me decía que tenía dinero más que suficiente para estar conmigo, y que allí si uno se marchaba entonces se marchaban todos. Le dije que no entraría con él jamás en una habitación ni por todo el dinero del mundo. Como aquello se estaba poniendo feo y él levantaba mucho la voz, salió Orlando preguntando: - ¿qué pasa? Y él: - ¿qué pasa contigo? Y se encaró con Orlando. Entonces salieron el hermano de Sandra y Jardel, que estaban en el baño. Fue así que ellos sintieron miedo y comenzaron a bajar las escaleras. Aún así, cuando llegaron a la calle se pusieron a timbrar y a insultarnos, llamándonos hijas de puta.

Yo creo que veinte euros es muy barato para estar con alguien, aunque sólo sea media hora. Quizás, por eso piensan que por algo de dinero pueden dominarnos de cualquier forma. Te tratan como si fueses una mercancía y piensan que si te pagan pueden exigir cualquier cosa. Aquel día me enfadé tanto que le dije que era un tipo asqueroso y que si no se marchaba ya lo iba a tirar por las escaleras. Dios, me irrité tanto... En ese momento me daba igual que llamasen a la policía.

Afortunadamente, la mayoría no se comportan así. Hay algunos que vienen, entran contigo en la habitación y te tratan como si fueses una reina, con mucho cariño. Hay de todo.

Otro día me pasó otra cosa. Llegó un cliente. Pasamos Sandra y yo. Me escogió a mí y entramos en la habitación. Lo limpié con la toallita húmeda. Cuando le fui a colocar el condón, me dijo que no se lo pusiese, que le gustaba sin condón, que le hiciese un francés sin condón. Se lo coloqué igual. Cuando le estaba haciendo el francés se lo quitó. Le dije que si se lo volvía a quitar se tendría que marchar. Después, cuando empezamos a follar comenzó a agarrarme con fuerza y a hacer payasadas, intentando

besarme en la boca. Yo, como estaba encima, me salí y me puse de pie. Le dije que ya me estaba enfadando. Luego me pidió perdón, que no me enfadase. Y al fin, se corrió enseguida. Ahora no cierro nunca la habitación. Finjo que paso la cerradura, pero ya no me fío de estos clientes.

Mi novio João

João es de Ariquemes (Rondônia), y nos conocimos en el pub brasileiro. Tiene veintidós años y dos hijos en Brasil. Un día empezamos a conversar, él me contaba cosas sobre su vida,... y así empezamos la relación.

Su hijo nació cuando él ya estaba aquí en España. Se marchó cuando su mujer todavía estaba embarazada. Al principio, me identifiqué mucho con él. Me respetaba. Yo no pretendía meterme en su vida. Tiene su familia allá en Brasil, su mujer, sus hijos. Pero, al final nos enrollamos.

Fue muy comprensivo conmigo. Yo me sentía muy necesitada de cariño, y él estuvo en todo momento a mi lado. Se lo conté a mi madre. Sólomente no le conté que João está casado y que tiene dos niños. Necesitamos un tiempo para que las cosas vayan rodando. Es un hombre sincero, trabajador y honesto. Me trata super bien.

A él no le gusta que yo trabaje en la prostitución. Pero, ahora no puede mantenerme, y es por eso que no puede quitarme de este trabajo.

Un susto

Un día entré con un cliente. No tenía el gel lubricante. Hicimos varias posiciones. Cuando estaba de cuatro fue cuando me di cuenta. Le dije que parase. Era un chico joven. Se rompió el condón. Yo no lo conocía de nada. Salí de la habitación y me fui al baño. Me sentí desesperada. Cuando volví a la habitación el cliente estaba todavía allí sentado, desnudo y todo pensativo. Estaba sudando, y me preguntó si yo tenía alguna enfermedad y si había hecho exámenes médicos. Me dijo que uno sólo se da cuenta de las cosas cuando pasan. No sé exactamente qué quería decir con eso. Tal vez estaba preocupado por su novia.

Aquella noche no pude dormir. Como no localizaba a Ramón, llamé al teléfono de urgencias del centro médico, y al día siguiente me dieron la píldora del día después.

Es la segunda vez que me pasa eso. La vez anterior se me quedó un pedazo del condón dentro de la vagina, pero el cliente no se había corrido dentro de mí. Cosas como éstas son las que me hacen pensar en la posibilidad de dejar este trabajo. El dinero es muy importante, pero es más importante mi salud. Después de ese susto pensé en dejarlo. No es sólo el peligro de poder quedarme embarazada, sino la posibilidad de contagio de alguna enfermedad. Eso es mucho peor. Ni todo el dinero del mundo luego te va a devolver la salud.

Pero, en Brasil mi madre no tiene condiciones. Y le debo todavía algo del dinero del pasaje a mi cuñado. Mi madre tiene osteoporosis y yo le pago el convenio que son ciento ochenta y siete reales al mes, y que le cubre todo. No puedo mentirle más a mi madre. La mentira tiene pierna corta. Nunca me gustó mentir. Pero, cómo voy a decirle que he dejado de trabajar en el restaurante...

En la prostitución hay muchos riesgos. Yo entré en este trabajo porque fui débil. No luché para conseguir otro trabajo. El ser humano tiene que perseguir sus objetivos, y yo no hice todo lo que había que hacer. Necesitaba dinero y esa fue la razón para empezar a trabajar en la prostitución.

La legalización

Si legalizasen la prostitución creo que tal vez la gente no tendría tantos prejuicios. Cada uno tiene el trabajo o la profesión que quiere. Si es escogida libremente la prostitución es una profesión más. Nadie debe juzgar eso.

La gente que dice que una deja de ser mujer por trabajar como prostituta no sabe lo que está diciendo. Nadie debe opinar por los demás. Pero, la sociedad nos está juzgando en todo momento. Si la prostitución estuviese legalizada se mejoraría la situación, porque aprobando una ley se daría el primer paso para aceptar este trabajo.

Yo nunca imaginé que trabajaría de prostituta, ni que incluso llegaría a defender los derechos de las prostitutas. Pero, sé separar perfectamente lo que es el amor y la vida privada de lo que es el trabajo.

La legalización rompería con el tabú de la prostitución y se terminaría con todos los prejuicios que existen en esta sociedad. Hoy en día resulta muy difícil de aceptar para un padre que su hija trabaje de prostituta. La verdad

no sé cómo reaccionaría si mi hija me dijese un día que quiere trabajar de prostituta. A veces, uno no se imagina los problemas o la manera de cómo va a resolverlos hasta que los está sufriendo.

Los riesgos

La prostitución te obliga a pasar por muchos riesgos. El contagio de enfermedades es algo muy serio. Eso es algo que puede destruir toda tu estructura de vida, tu familia. Y es algo que puede suceder por un simple accidente. No es necesario que la prostituta sea negligente, sino que esas cosas simplemente pueden ocurrir.

Siempre utilizo el condón. Pero, aún así no puedes confiarte al cien por cien. El riesgo siempre está presente. Sería diferente si sólo trabajases de bailarina o de “streaper”, sin tener que acostarte con un montón de hombres. Pero, trabajando como prostituta el peligro existe.

Muchos clientes cuando vienen al piso te piden que les hagas un francés o hasta para follar sin condón. No se preocupan en absoluto de la salud. Yo les digo que no lo hago. Muchos ya te lo piden por teléfono. Les digo que eso no podemos hacerlo porque es un riesgo muy grande. Tienes que tener mucho “juego de cintura”.

Creo que aquí muchos hombres no son conscientes del peligro y no tienen cuidado con su salud. Hay mucha falta de conocimiento sobre este tema. Incluso, el chico con el que me rompió el condón la última vez, se podía percibir que no tenía ni idea sobre el asunto. Me preguntaba a mí, que soy una inmigrante sin papeles, que cómo tenía que hacer él para realizar los exámenes médicos. Es increíble.

Y muchos hombres piensan que sólo con un francés no existe riesgo. Yo les digo que en la boca hay muchas bacterias y que sólo con la saliva ya puede transmitirse una enfermedad. Lo que me asusta es la falta de conciencia tan grande que sobre esto tienen aquí. A veces, cuando les explicas todas estas cosas, los hombres se te quedan mirando como si estuvieses loca.

Desde que Patricia se marchó del piso, ya han venido algunos clientes preguntando por ella y pidiendo hacerlo sin condón, diciendo que ella lo hacía sin condón. Preguntan si hay otra chica en el piso que hace un francés sin goma. Yo sé que ella al comienzo la chupaba sin goma. Miraba si el tipo estaba limpio y entonces lo hacía. Al menos, las veces que entré con

ella en la habitación. Pero, desde que vino el médico y le hizo el encaminamiento, dejó de hacerlo. De todos modos, cada uno sabe qué es lo que está sucediendo en la habitación. Yo no puedo decir que Patricia trabajase sin condón. También pueden ser los clientes que con todo ese rollo intentan convencernos.

Pero, sí que creo que hay muchas chicas que están trabajando sin condón. No sé. Dicen que, por ejemplo, las rumanas lo hacen sin condón, que son como locas. Pero, yo la única chica rumana que conozco es Camila, y ella me ha dicho que no, que lo utiliza siempre, que si yo estaba loca preguntándole eso.

En la prostitución se gana mucho dinero. Y el dinero ayuda mucho. Pero, el dinero tampoco lo es todo, ni compra la felicidad. A veces tú trabajas en la prostitución, ganas mucho dinero, pero no por eso eres feliz.

Si en un día haces cinco pases ya son cien euros. Imagina un día que no trabajas, ya es mucho dinero perdido. Pero, en diez días puedes ganar mil euros. Y yo vine aquí buscando un objetivo de vida. Y el dinero es necesario.

Todo en la vida tiene su cara positiva y su cara negativa. En la prostitución pasa igual. Eres tú quien debe saber equilibrar la balanza.

Para mi novio tampoco es fácil admitir que yo trabaje en la prostitución. Algunas veces llega al piso y yo estoy en ese momento atendiendo a un cliente en la habitación, y entonces él se marcha triste. Yo luego también me quedo triste por los dos. El problema es que João no tiene condiciones para mantenerme y por eso debo seguir trabajando. Mezclar los sentimientos cuando estás trabajando en la prostitución resulta muy complicado.

Resulta necesario que uno se coloque en la posición de la persona para poder comprenderla. En cualquier tipo de trabajo tienes que saber separar tu vida personal y los problemas del trabajo. Y eso en el caso de la prostitución es muy importante. Debes mostrarte siempre feliz frente a los clientes, como si te gustase trabajar en esto.

Hay mucha gente que tiene prejuicios con las prostitutas, o que es racista. Pero, nadie sabe lo que va a pasar en la vida de uno. Es muy arriesgado tirar la piedra en el tejado del vecino. Y nosotras mismo tenemos prejuicios con nosotras las prostitutas. A veces salgo a la calle y me parece que todo el mundo me está mirando. Y tal vez no están. También cuando salgo a

bailar y me miran, como si yo fuese una descarada. Algunos ya te dicen directamente que eres una puta sólo por bailar de forma alegre y desinhibida. Aunque, eso también sucede en Brasil. El ser humano es un problema.

XUXA

Ser diferente

Nací el 17 de abril de 1982 en una pequeña ciudad del norte de Minas. Vivía con mis padres y mis dos hermanos. Al principio, hasta que yo cumplí los tres años, vivimos en Belo Horizonte. Pero, luego ya nos fuimos a vivir a Montes Claros.

Cuando era pequeño mi vida era muy normal. Con mi padre me llevaba bien. Pero, mi madre no me quería. Ella quiso darme a otras personas. Yo era el hijo mediano. Mi padre siempre estaba trabajando. Hasta hoy no entiendo las razones de aquello. Todo el mundo en mi familia lo sabía, y mi madre siempre lo negó.

No me gustaba ir al colegio. Nunca me gustó estudiar. Cuando era un niño me llevaba bien con todos. Mi madre siempre me trató de modo diferente a mis hermanos. Me trataba con indiferencia. Mi abuela fue la primera persona que me contó aquello.

Desde que tenía cuatro o cinco años ya me sentía diferente. Cuando los demás niños se juntaban para ir a jugar al fútbol, yo me quedaba en casa. Me quedaba con mis tías o con mis primas. Ellas nunca me dijeron nada. La familia se entera, pero permanece callada. Como yo vivía en una ciudad pequeña, la gente se entera de todo.

Con nueve años tuve mi primera experiencia sexual. Cogí una polla y me la comí. Fue mi propio hermano. Él tenía diez años. Estuvimos jugando los tres. Éramos unos críos...

Mi padre luego se marchó. Falleció a causa de un accidente de coche. Mi madre nos ofreció a mi hermano mayor y a mí a mi tía. Y como ella tampoco nos quiso, mi madre nos llevó a un colegio internos. Entré en ese colegio en la primera serie, y salí en la cuarta. Por lo menos, para algo sí que sirvió. Mi madre sólo iba a vernos una vez por semana. Mi abuela nos visitaba más a menudo.

Allí fue donde conocí a mi primer novio. Un día me lo quedé mirando fijamente. Y él a mí. No sé qué fue lo que sentí. Fue mi primer beso en la boca. Yo tenía doce años, y él quince. En aquella época mantuve otras relaciones. Pero, salí con aquel chico durante tres años. Cuando salí del colegio en la cuarta serie pasé a una *fazenda* también interno para continuar

mis estudios. En esa *fazenda* estuve hasta cumplir quince años. Hasta ese momento mis relaciones no eran serias. Eran sólo como un juego o como una broma. Después, ya comencé a salir con hombres. En la *fazenda* trabajábamos y estudiábamos. Todos éramos niños. Yo me llevaba bien con todo el mundo. Pero, durante todo el tiempo que estuve allí tuve que ocultar mi opción sexual.

Nos acostábamos muy temprano. Mi novio venía por la noche a mi habitación y nos besábamos. Aún hoy lo recuerdo. Me dijo una cosa que nunca imaginé. Me dijo que si yo fuese una chica sería preciosa. Entonces no le hice caso. Sólo cuando ya me transformé en travesti. Ahí sí que me acordé muy bien de todo lo que me decía. Nunca llegamos a hacer el amor. Todo era como un cariño muy grande.

En los internados donde sólo hay hombres no es difícil que se den las relaciones. Y si una es así *virada*, tiene allí muchas oportunidades. Cuando mi novio cumplió los dieciocho años se marchó del internado. Se fue a Brasilia con su familia. Sólo lo volví a ver una vez, después de pasar dos años, durante las fiestas de mi ciudad.

A mi hermano lo expulsaron. Era un muchacho muy desobediente. En aquella época mi madre también había traído al internado a mi hermano pequeño. Y luego, decidió sacarnos a los tres. Después, yo me fui a vivir con mi abuela. Ella siempre me trató bien. Al contrario que mi madre, que nunca me quiso.

Cuando me fui a vivir a casa de mi abuela yo tenía quince años. Recuerdo mi fiesta de cumpleaños. Yo ayudaba a mi abuela vendiendo *pão de queijo* por la calle, y también con el trabajo de la casa. Todos los miércoles, sábados y domingos íbamos a la iglesia a rezar y a cantar. Toda mi familia es muy religiosa. Son todos adventistas del séptimo día. Antes yo también era creyente. Ahora ya no. Cantaba en el coro de la iglesia, iba a clases de piano con mi tía, esas cosas...

A mí me gustaba salir. Sin embargo, mi religión es muy estricta. No puedes ver la televisión, no puedes escuchar música, ni bailar. No puedes usar pendientes. Las mujeres no pueden maquillarse ni cortarse el cabello, ni tampoco usar escotes ni joyas. Los hombres no pueden usar camisetas ni nada. Las personas no pueden mantener relaciones antes del matrimonio, y las mujeres tienen que casarse siempre vírgenes.

A mí no me gustaba llevar pantalones ni camisas con manga larga. Y siempre me gustó mirar la televisión. Mi abuela se desesperaba conmigo. Me gritaba todo el tiempo: - ¡Esa ropa no es de hombre!

Nunca me fijé en las chicas. Para mi religión la homosexualidad es una cosa que no es de Dios, es una cosa del diablo. Para ellos si eres homosexual o travesti estás enferma o poseída por el demonio.

La transformación

Comencé a comprarme ropa ajustada, y mi familia se escandalizó. Aunque ellos, la verdad, ya lo sabían. Yo nunca salía con chicas y no tenía novia.

A los dieciocho años empecé a tomar hormonas. Nunca tuve cuerpo de hombre. Siempre fui menuda, delgada y con las piernas muy femeninas. También me lo decía mi abuela: - ¡Ah, tienes un cuerpo de mujer! Yo tenía dieciocho años y mi familia nunca me había visto con una chica. ¿Qué crees que pensaban? Lo que pasa es que la familia no dice nada. Todos se quedan callados.

Después me marché para São Paulo. Fue mi perdición. La primera vez fui con mi abuela. Cuando fui a los servicios públicos vi a los hombres mirándose los unos a los otros y haciéndose pajas. Yo dije, bueno. La segunda vez que fui a São Paulo decidí ir en busca de trabajo. No era justo que me mantuviese a costa de mi abuela. Tenía que trabajar. Pero, no encontré nada. Si no tienes estudios ni *carimbos* en la cartilla laboral es muy difícil.

Empecé a frecuentar los baños públicos. Conocí gente. Salí con hombres. Y fue mi perdición. Quedábamos en un parque... Nunca había imaginado esas cosas. Comencé a conocer todos los lugares de ambiente, donde frecuentaban los homosexuales, bares, discotecas, etc. Yo vivía con mi tía y ella tenía un puesto en el mercado en la calle. Vendía muchas mercancías y yo le ayudaba durante el día. A veces le decía: - Tía, voy a salir. Y hacía mis escapadas. Sólo estuve viviendo con ella durante los cuatro primeros meses. Mi tía vivía con su marido y sus dos hijos.

Después me marché para vivir sola. Fue cuando encontré un trabajo. Era de camarera en una discoteca de gente gay. Entraba a las once de la noche y salía a las seis de la mañana. Trabajaba los jueves, viernes, sábados y domingos. Ahí fue donde comenzó mi verdadera transformación para convertirme en una mujer.

En la discoteca donde trabajaba había travestis que bailaban y hacían espectáculo. Una me preguntó un día: - ¿Ya se ha vestido de mujer? Le dije que no. Y otro día una amiga travesti fue la que me vistió por primera vez de mujer. Me gustó mucho porque los hombres me miraban más. Yo era entonces como un transformista. Los transformistas no son como los travestis. Sólo se visten con ropa de mujer y se colocan espuma en el pecho con el sujetador para simular tetas. Pero, no se operan ni se hormonan. Los travestis, en cambio, ya tienen un cuerpo de mujer.

A los pocos días comencé a tomar hormonas para tener tetas y un cuerpo de mujer. Las compré en la farmacia. Otras travestis me aconsejaron. Con las hormonas se transforma uno: la piel, las tetas, el culo, el contorno de todo el cuerpo.

Un día mis tíos me llamaron por teléfono para preguntarme si quería ir a la playa. Les dije que sí. Fuimos. Cuando estábamos en la playa me quité la camiseta. Yo ya estaba con tetas. Y toda mi familia se me quedó mirando pasmada. Mi tía me preguntaba: - ¿Y eso...? Yo, nada, no es nada. Y todos nos quedamos callados.

Pasaron los días. Mi abuela me llamó y me dijo que tenía que ir a ver a mi madre, que estaba muy enferma. Cogí, me marché de São Paulo y fui para Minas. Mis tíos le contaron a mi abuela lo que había pasado en la playa. Y cuando me preguntó si yo estaba tomando algo, lo negué todo, por supuesto...

Fui a Minas y llevé unas fotos en las que yo estaba vestida de mujer. Mi familia se enteró, claro. Qué vergüenza, dijeron. Y les prometí que no volvería a hacerlo...

Al cabo de veinte días volví a São Paulo. Estuve unos quince días sin vestirme de mujer, porque se lo había prometido a mi familia. Como cuando caminaba por la calle los hombres no me miraban, sentí pronto las ganas de vestirme de nuevo de mujer. Entonces, yo ya vivía con una amiga travesti y ella tenía un perro. Yo paseaba el perro por la calle.

Empecé a vestirme de mujer de nuevo, a vestirme de mujer, a tomar hormonas, muchas hormonas... Me dejé crecer el cabello y también me puse extensiones. Yo aún no había cumplido los veinte años. Dejé toda la ropa de hombre y la cambié toda por ropa de mujer. Como mi abuela ya estaba desconfiada, un día me llamó y me dijo que quería verme. Quedamos en la Avenida Paulista. Yo ya iba vestida de mujer. Y mi abuela

no me reconocía... Sólo me reconoció cuando me acerqué a ella y le sonreí. - ¡Cómo puedes! ¡Cómo puedes! me dijo. Pero, fue bien. No me maltrató de ninguna manera. Charlamos y charlamos. Le dije: - Abuelita, usted ha perdido un nieto y ha ganado una nieta.

Actriz porno

Un día una persona me llamó y me preguntó si quería hacer una película porno. Sí, claro. Yo ya era travesti y prostituta. "*Dinheiro na mão, calcinha no chão*".

Hice cuatro películas. Todo eso fue durante un año. En la primera película yo era inexperta, el otro no. Yo tenía que comerle la polla, el chico me comía las tetas y luego me follaba. El francés sin condón, pero no hasta el final.

En las cuatro películas fui pasiva, siempre la mujer. A mí no me gusta ser activa. Eso es muy masculino. Yo, con mi cuerpo de mujer... Fue por eso que no me llamaron más para hacer películas. Pero, si yo fuese activa podría haber ganado mucho dinero.

La prostitución

En Brasil si eres travesti tienes que prostituirte, sino te mueres de hambre. Un salario normal no da para sustentar los gastos. Mi amiga travesti ya trabajaba en la prostitución. Ella tenía un anuncio en el periódico y trabajaba en la calle. Ella fue quien me enseñó.

A veces salíamos sólo para divertirnos. Salíamos a la calle y buscábamos un hombre guapo. Dalila me explicaba y me decía: - Tú tienes que hacer esto, decir cuánto cuesta y ya está.

Para mí la prostitución es estupenda. Qué mejor que salir con un hombre guapo y ganar dinero. Estoy sintiendo placer y encima ganando pasta. ¿Hay algo mejor? Pero, cuando los clientes no son guapos ya es distinto. Si los clientes son feos y viejos entonces la prostitución ya es algo asqueroso.

Estuve prostituyéndome en la Avenida Paulista durante tres años. Más tarde, como gané bastante dinero, me fui a vivir solita. Alquilé un apartamento en el centro de la ciudad. Seguí trabajando igual, y también puse fotos a través de internet.

Las veces que regresé a Minas ya fui sólo de travesti. Pero, no tuve problemas. Fueron mis primos quienes se enteraron de que yo me prostituía.

Cuando trabajaba en la calle me colocaba siempre sola. Aunque, a veces también compartía el punto con algunas chicas. Nunca tuve problemas de peleas ni esas cosas.

Cuando comencé a chatear conocí a un hombre, que me pagaba ciento cincuenta reales por estar conmigo. Era un cliente, pero hicimos amistad. Fue a él a quien le comenté mi deseo de venir a Europa. Todas las travestis quieren viajar a Europa, claro. En Europa trabajando seis meses ya tienes una casa. Sin embargo, si quieres ganar dinero para comprar una casa trabajando en Brasil tienes que tirarte seis o siete años.

Paulo era un buen amigo. Me ofreció su ayuda para viajar. Pero, tenía que esperar un tiempo, y yo como quería venir rápido conocí a una travesti *cafetina*, que fue quien al final me trajo.

El viaje

Pregunté cuánto costaba. Seis mil euros. - ¡Por Dios, seis mil euros es mucho dinero! La *cafetina* me dijo: - Allá tú vas a ganar mucho dinero, en dos meses pagas todo. Se lo comenté a mi amiga y le pedí consejo. Ella me dijo que era yo quien decidía.

En una semana me trajeron quinientos euros y una carta de invitación, con una reserva de hotel en París. La *cafetina* me dijo: - Cuando te pregunten, tienes que decir que vas al encuentro de tu novio y que vas a estar con él sólo por un mes. Y no te pongas nerviosa. Si te pones nerviosa se van a dar cuenta de que les estás mintiendo.

Cuando iba en el avión me cubrí las tetas con la chaqueta, y fui con pantalón, bastante discreta. En Amsterdam la policía me preguntó qué iba a hacer en Europa. No se enteraban de nada. Yo tampoco. Ellos no hablaban portugués. Yo no hablo inglés. Al final me sellaron el pasaporte y pasé. Ni yo me lo podía creer.

De Amsterdam fui para París. En París dormí una noche en un hotel, donde tenía la reserva. Al día siguiente, continué mi viaje. Rumbo a Madrid. En Barajas ya me estaba esperando el novio de la *cafetina*. Me preguntó qué tal

me había ido el viaje, y me pidió el resto del dinero, lo que me quedaba de los quinientos euros y que no había gastado. Luego, me llevó a su casa para dormir y descansar.

A la mañana siguiente el hombre me explicó que me iba a mandar a un sitio para aprender y empezar a trabajar. La *cafetina* también me dijo que debía leer y ver la televisión para ir aprendiendo el idioma.

De ruta por España

Ese mismo día cogí un autobús y viajé para Barcelona. Llegué allí por la noche. El encargado de la casa me vino a buscar. Me dijo que podía descansar. Yo le contesté que descansar de qué, que yo no había hecho nada y que no estaba cansada. Yo quería trabajar. Vale.

En Barcelona era una casa muy grande, como un club, que tiene cafetería y todo. El encargado de la casa era una persona muy buena. Yo, aunque no tengo estudios, soy inteligente. Aprendí bastante rápido el idioma. En Barcelona sólo estuve quince días. El trabajo era flojito, pero dio para ir aprendiendo. La *cafetina* me llamaba todas las semanas. Mientras estuve trabajando en Barcelona sólo deposité doscientos euros en la cuenta de la *cafetina*.

Luego me marché para Sevilla. En la primera semana ya deposité seiscientos euros. En la segunda semana deposité sólo doscientos euros. Y la *cafetina* me llamó: - Xuxa, ¿cómo va el trabajo? - Muy mal. - Entonces, es mejor que vayas para Madrid. Yo no quería ir a Madrid, sino que quería terminar mi plaza. Entonces, me llamó el novio de la *cafetina*, amenazándome: - ¿Cómo vas a quedarte en un sitio donde no estás trabajando? Pero, yo me enfrenté a él.

Al final, me fui para Madrid. Maravilloso, Madrid. No tenía anuncio, ni foto ni nada. Y en tres días me hice cuatrocientos euros. A la *cafetina* le gusta que le depositen el dinero siempre los lunes. En Madrid en quince días gané dos mil trescientos euros.

De Madrid me fui para Zaragoza. En la primera semana setecientos euros, en la segunda ochocientos euros. Yo ya había marcado la plaza desde Madrid. A la *cafetina* no le importaba. Lo único que quieren es que les pagues. En Zaragoza trabajaba en el piso de una colombiana. No le gustó que me marchase, porque estaba trabajando bien y ganando mucho dinero.

De Zaragoza me fui para Málaga. La primera semana deposité setecientos euros. La segunda trescientos. Ya me quedaba muy poco para liquidar mi deuda. Ahí, en Málaga me quedé un mes. La *cafetina* ya me dejó tranquila.

De Málaga fui para Cádiz. El trabajo allá fatal. La primera semana ochocientos euros. Después nada más. De Cádiz me fui a Badajoz. En dos semanas gané mil cuatrocientos euros. Y de Badajoz a Madrid, nuevamente. Ah, Madrid, Madrid. Cuánto hombre, cuánto dinero... Yo salía a la discoteca. Trabajé en un piso cerca de la Plaza de España. Y en la primera semana liquidé toda la deuda. Estuve trabajando cuarenta y ocho días.

Como me quité aquel peso de encima, me sentí libre y empecé a salir para divertirme. Salía todos los días. Durante esos cuarenta y ocho días gané diez mil euros. Los fines de semana salía a la disco. Tantos hombres guapos... Mi perdición. En un solo fin de semana me gasté quinientos euros. Nunca me privaba de nada. Ganaba mi dinero y trabajaba bien, así que no había problema. No hay mejor sitio que Madrid. Puedes salir de una disco para otra. No como en las ciudades pequeñas, que no puedes hacer nada.

De Madrid fui de nuevo a Sevilla. Trabajé en otro piso del mismo dueño durante treinta días. Fatal. Cuatro mil euros en treinta días: dos mil euros para mí; dos mil euros para la casa.

Después, regresé a Madrid. Me quedé tres días. Arreglé mi cabello, salí a la discoteca... En el piso había unas travestis horribles, con unos cuerpos muy feos, y algunas tomando drogas. El dueño es una persona muy buena. Yo le decía que cómo aguantaba eso. Él me decía: - Qué voy a hacer, ¿voy a matarla?

En Madrid se gana mucho dinero porque allí una hora son ciento cincuenta euros. De Madrid me vine para Lugo a trabajar en el piso de Sandra. Aquí horrible. Los hombres todos pobres, siempre llorando. Los clientes llegan al piso y quieren pagar lo mismo que a las chicas. Durante el tiempo que llevo en Lugo sólo debí ganar unos quinientos euros. Eso no es dinero ni nada.

Los clientes

La mayoría prefieren que la travesti sea activa. Yo no la tengo grande. Muchos hombres van con travestis porque las mujeres no quieren hacer el griego. Eso pasa sobre todo en Brasil. Sin embargo, aquí en España los hombres tienen más fantasías. Quieren hacerlo con una travesti para ser follados por una mujer. Muchos también piden un francés.

A veces te llevas decepciones. Llega un chico todo guapo y sólo te pone el culo para que te lo folles. Hay muchos clientes que no saben follar. Otros sí. Cuando tienen la polla grande no me gusta que me follen porque si no saben follar me hacen daño. Yo entonces prefiero comerles la polla como si fuese un caramelo.

En Madrid ya he estado con hombres que no se han dado cuenta de que yo era travesti. Aunque, normalmente, es horrible, porque cuando se enteran ya no quieren más.

La única diferencia que he observado con los hombres aquí en Lugo es que son más pobres, siempre se están quejando. Y lo que también me molesta es la falta de higiene. No son tanto los feos, sino que son puercos. Cuantas veces que llegas a la habitación con un hombre bonito, y que cuando se quita la camisa huele horrible. No saben usar desodorante. Y también es asqueroso cuando el hombre no se lava la cabeza de la polla. Y eso ocurre muchas veces. Esto es lo que sí es realmente asqueroso.

También hay gente que no sabe ni hablar. Algunos no tienen nada en la cabeza. No es tanto si la persona es guapa o fea. Y cuando digo asqueroso quiero decir la falta de limpieza. Y la limpieza es algo muy importante. A veces pienso que los desodorantes los tienen en el supermercado para qué. Creo que muchas veces sólo los colocan de muestra, porque la gente aquí en España no los utiliza.

La prostitución y las travestis

Sobre la prostitución opino que la sociedad no debe entrometerse demasiado. Que nos dejen en paz. No quiero pagar impuestos, para qué.

El otro día llegó al piso un cliente y yo casi me enfadé con él. Me preguntó: - ¿Tú ya te has hecho un examen de sangre? Le contesté: - ¿Y tú? Yo no tengo problema. Siempre uso el condón. Entonces, ¿por qué voy a coger una enfermedad? Él pensaba que por el simple hecho de estar con muchos

hombres o mujeres ya vas a coger una enfermedad. Ese es el prejuicio de la sociedad.

Cuando comencé a trabajar en la prostitución yo casi era virgen. Me puse una vez un vibrador y sangré un poco. Lo hice para acostumbrarme. No tengo que dar más explicaciones. Nunca he trabajado sin condón. Sólo en Cádiz una vez follé sin condón. Pero, fue sólo un poquito y el hombre no se corrió conmigo ni nada. Lo hice porque me olvidé de colocar los condones en el bolso. Y era una salida. Fue por eso que después me hice el análisis de sangre.

Trabajando en la prostitución puedes ganar mucho dinero. Pero, eso es porque no hay un control del gobierno. Si la legalizan, enseguida vendrían y dirían: tú ganas mucho dinero, tienes que pagar.

Las travestis somos un poco como las mujeres. Como en el “Gran Hermano” siempre las primeras en comenzar las peleas son las mujeres. Las travestis igual. Yo tengo muy pocos amigos. En mi país hay muchos prejuicios. Prejuicios con todas las personas diferentes, prejuicios con negros, con travestis, etc. En Brasil si ves una telenovela en la televisión, fíjate que los negros siempre son empleados. Eso es un prejuicio de la sociedad. Pero, en Brasil también los propios negros son prejuiciosos con ellos mismos. En mi país la gente tiene todavía mucho que aprender. La gente sólo piensa en hablar de los demás, y mientras tanto no se ocupan de sí mismos.

Aquí en España es complicado hacer amistades. Con Marcela me llevo bien, pero tampoco tenemos una relación tan íntima. Es difícil porque en este trabajo las personas están corriendo de una plaza a otra, y no hay tiempo para establecer intimidad. Es por eso que tengo muchos conocidos, tantos que pierdo la cuenta, pero amigos no. Los amigos los puedes contar con los dedos de la mano.

La gente a veces habla que las chicas vienen engañadas. Pero, eso es una mentira muy grande. En Brasil nadie llega a tu lado y te pone una pistola en la cabeza, diciéndote: dame el pasaporte, que te voy a mandar a Europa para prostituirte. ¡Bah! Eso es una mentira. Si alguien dice eso no está contando la verdad. Lo que pasa es que las chicas vienen a España, a Suiza o a Alemania porque el dinero que ganas aquí lo envías a tu país, y allí es mucho dinero.

La gente gana el dinero trabajando en la prostitución y lo envía para su país. Todo eso es para dar una educación a los hijos, para hacer una casa, montar un negocio o meter en una cuenta.

Como en Lugo el trabajo no funciona, me voy a marchar para Vigo a hacer una plaza. Después a Málaga. Después a Cádiz, a Madrid. Y si Dios quiere, en septiembre me iré a Brasil a colocar silicona en mis tetas y a hacerme una cirugía en la nariz. Quiero quedarme muy femenina y estar más guapa. Para ganar mucha pasta...

Si quedo bien, pasaré un tiempo en mi país haciendo películas porno. Y luego regresaré a España para trabajar un poco más. Tengo ahora veintitrés años y sólo quiero seguir trabajando en la prostitución hasta los veintisiete. Bueno, esos son mis planes. Tampoco voy a seguir en este trabajo toda la vida. Me gusta acostarme con los hombres, pero sólo con los que yo quiero, con los que yo elijo. Y en la prostitución tienes que acostarte con muchos que son feos y asquerosos.

SILVIA

Rondônia

Nací en una pequeña ciudad del interior de Rondônia. Soy de familia pobre. Vivíamos mis padres y nueve hermanos en un *sítio* y trabajábamos en la agricultura. Plantaciones de arroz y café. Recuerdo de aquella época que también íbamos a jugar al río. Los domingos visitábamos la iglesia, y también íbamos a casa de algún vecino que tenía televisión, porque nosotros no teníamos. Trabajé desde pequeña, y eso me impidió poder llevar mis estudios con continuidad. Era una vida pobre, pero tranquila.

A los doce años mi vida cambió totalmente. Nos trasladamos para Ariquemes. Ya no podíamos continuar en el *sítio* porque mis hermanos mayores se habían marchado y sólo quedábamos mis padres y mis hermanos pequeños. No teníamos fuerza física suficiente para trabajar. Por eso nos marchamos. Mis padres compraron una casa sencilla de madera, y allí estábamos mis padres, yo, mis dos hermanas y mi hermano pequeños. A partir de ese momento cada uno de nosotros fue cogiendo un rumbo.

Mi padre trabajó de carpintero, luego de albañil, etc. Yo hice muchas cosas para sobrevivir. Vendía por la calle mandioca, clavo, *jiló e cebolinha*, todo lo que nosotros conseguíamos cultivar en la finca. Después de un tiempo, trabajé ayudando a mi padre en la construcción y también haciendo pozos.

En 1991, cuando yo tenía trece años, me fui a trabajar al *garimpo*. Mi hermano ya trabajaba allí. Teníamos que sacar la tierra y luego lavarla para quitar el metal, oro, topacio. Allí conocí a una persona que me ayudó mucho, uno de los dueños, a él le gustaba mi forma de trabajar. Me dio la responsabilidad de la maquinaria. Yo tenía que supervisar todo lo relacionado con la maquinaria, el combustible, las reparaciones, todo. En el *garimpo* conducía una moto, porque era mejor que el coche para moverse por el barro.

El *garimpo*

Me quedé seis años trabajando allí en el *garimpo*. El *garimpo* solo ya da para escribir un libro. Hay mucha violencia y los *garimpeiros* también mueren con frecuencia a consecuencia de los derrumbamientos de tierra. Mientras estuve allí vi morir a mucha gente. Hombres que matan por diversión. Uno

puede morir en el *garimpo* de cualquier forma imaginable. Allí también hay muchas mujeres trabajando. Algunas también van a prostituirse. No fue mi caso, pero tenía alguna amiga que sí que estaba allí para prostituirse. Es horrible. Lo peor. El noventa por ciento de los *garimpeiros* no tienen madre. Lo peor de la especie humana se junta en ese sitio. El tiempo que pasé allí fue la etapa de mi vida donde más maduré. Fue muy duro y me marcó muchísimo. Pasé cosas buenas y también algunas muy malas. Allí no hay elección, o lo haces tú o bien otro lo hace en tu lugar.

Aguanté todos esos años en el *garimpo* porque allí ganaba mucho dinero. Entonces ya ganaba lo equivalente a tres mil o cuatro mil euros. Eso es mucho dinero. Lo que ocurre es que ese dinero, pasa un poco como en la prostitución, si la persona no tiene la cabeza bien organizada, todo el dinero que se gana también desaparece muy rápido. Pero, el *garimpo* es un lugar muy peligroso. Yo tenía que ir siempre con una espingarda en la moto y llevaba también dos revólveres del 38, uno delante y otro atrás. Y muchas veces tenía que andar con protección, porque al estar protegida por el dueño había gente que me tenía mucha rabia. Y en el *garimpo* si no vas armado no te libras de manera alguna, porque son frecuentes los asaltos. Dios mío, allí presencié tantas cosas... tantas salvajadas..., que nadie puede siquiera ni imaginar. No era raro que por la mañana apareciese gente muerta en la *rede* por los tiros de bala perdidos debido a los tiroteos. Eso hizo que después, para dormir tuviésemos que hacer un agujero y enterrarnos, colocando luego la *rede* en el agujero. Así teníamos protección y podíamos dormir con mayor tranquilidad. Tantas cosas que pasaban allí en el *garimpo*... Una vez un amigo mío falleció a mi lado por intentar protegerme. No es una vida fácil. Los peores fugitivos del país estaban todos allí en el *garimpo*.

Cualquier tipo de droga que puedas imaginar también la encuentras en el *garimpo*: marihuana, cocaína, crack... Mi amiga se envolvió allí con un mafioso y aquel hombre acabó matándola un día por celos. Mucha gente muere por tiros o cortada por *facão*. Es imposible que todo eso no te deje marcada. Mi amigo murió en mis brazos y aquel tipo quiso matarme sólo porque yo lo sostenía en sus últimos momentos de vida. Me encañonó con el revólver en la cabeza y me dijo que lo soltase, que si no que iba a matarme. Yo le dije que si quería matarme que lo hiciese. Pero no lo hizo. Lo que sí hizo fue darme una patada en las costillas que me dejó toda amoratada durante más de quince días.

El *garimpo* estaba a una distancia de setenta kilómetros. Empleaba una media hora en recorrer el camino. Entraba a estudiar en el colegio en

Ariquemes a las siete y media de la noche, y salía a las once o a las once y media y regresaba a casa. Luego salía para el *garimpo* sobre las cinco de la mañana y estaba allí hasta las cinco o cinco y media de la tarde, y regresaba otra vez para Ariquemes. Durante aquella época yo era una mujer muy fuerte. Mido un metro setenta y cinco y pesaba entonces unos noventa y cinco kilos. Era todo músculo. Ya luego, durante el último año enfermé por agotamiento físico y adelgacé treinta kilos. Desde entonces, nunca más volví a engordar.

El *garimpo* se rige por la ley de la selva. Lo peor es siempre por la noche. Yo me quedé en el *garimpo* durante los dos primeros años. Luego, cuando volví a estudiar ya regresaba todas las tardes a Ariquemes. En el *garimpo* no entra la policía para nada, a no ser la policía federal y sólo si viene una tropa grande y bien armada. Vienen sólo para recoger los cadáveres.

Con catorce años comencé a entrenar moto-cross. También hice rallies con jeep por la selva. Soy una apasionada de las motos, los camiones y también de los caballos. En el *garimpo* hay muchos sitios que no dan para pasar si no es con moto o caballo. Yo normalmente iba de moto al trabajo. Por desgracia, ya no puedo practicar nada de eso a causa del accidente que sufrí. Llegué incluso a conocer al “*Zebrinha*”, el mejor piloto de moto de todo el Estado de Rondônia.

El *garimpo* es un lugar muy complicado y peligroso. Para poder sobrevivir dentro del *garimpo* tienes que ser una persona capaz de actuar en algunos momentos con mucha capacidad de decisión, pero también al mismo tiempo, tienes que ser capaz de permanecer al margen en algunas ocasiones. Como lo que sucedió recientemente con mi hermano, que tuvo que matar a un tipo en el *garimpo*. Era él o el otro. Ahora está preso en la cárcel de Ariquemes. Pero, creo que se resolverá en su favor, porque hay bastantes testigos que declararán a su favor. Mi temor es lo que pueda pasar con la familia del tipo que mató. Ellos pueden mandar matarlo a él o a su familia.

Una vez me ocurrió una cosa que no he conseguido olvidar. Yo iba de moto para el *garimpo* y me salieron al paso dos motoristas. Me siguieron. Como yo corría más que ellos, comenzaron a dispararme. Me tiraron y una bala me entró en la pierna derecha. Era un 32. Cogí la escopeta y tiré hacia atrás. Eran *garimpeiros malandros*. Al día siguiente, me enteré de que uno de ellos estaba muy mal herido en el hospital. Lo dejé pasar. No denuncié lo sucedido porque la policía no quiere saber nada de lo que pasa con los

garimpeiros. Ellos cuando fueron al hospital dijeron que habían sido asaltados. Nunca más me los encontré, afortunadamente.

En el *garimpo* la vida de una persona no tiene demasiado valor. En la época en que yo estuve allí había unas cinco mil personas. Ahora está lleno de gente, como si fuese una ciudad. Incluso le han cambiado hasta el nombre. Tanta gente que ha muerto allí..., caminando te podías encontrar los cadáveres. Había un lugar donde había mucho topacio y metal, que encontramos una vez ochenta y nueve cráneos. Topacio azul transparente. La cosa más linda del mundo. Y muerte. Ambición humana.

Mucha gente ganó dinero. Pero, muchas personas también destruyeron sus vidas allí. Conocí personas de todos los tipos dentro del *garimpo*. Bandidos de Rio, São Paulo, de lo peor. Muchas veces la policía no quiere hacer bien su trabajo. Si ellos quisiesen de verdad coger a los delincuentes no tendrían nada más fácil que hacer que ir a buscarlos dentro del *garimpo*. Pero, la propia policía tiene miedo. No están preparados para eso. Si van al *garimpo* es como si fuesen a la guerra.

Vi muchas barbaridades en aquel *garimpo*. Vi cosas que Dios me libre... Recuerdo una vez que un tipo llegó al barracón de al lado y los mató a todos. Eran seis personas. Cuando llegamos estaban todos muertos. Cosas así allí eran algo corriente.

Un día el patrón descubrió a un chico robando. Era amigo mío. El patrón se lo llevó a un lugar apartado junto con la peonada y lo ahogaron. Yo fui a hablar con el patrón para que no se lo llevaran. Me apuntó a la cara con un revólver y me dijo: - ¡Salga! Y yo me aguanté, y no dije más nada. Al día siguiente mi amigo apareció muerto.

Otra vez los muchachos descubrieron una mina en medio de la carretera e hicieron un agujero enorme. Luego, cuando a las cinco de la madrugada yo iba al *garimpo* para trabajar me encontré con aquello y me caí dentro. Era una recta muy grande y recuerdo que aceleré directo. Recuerdo aquella sensación de ir volando por el aire. Frío en la barriga. Una sensación como de caer en la boca del jaguar. Tuve suerte y no me lastimé demasiado. Después, los muchachos tuvieron que ayudarme para sacar la moto.

Nunca me dio miedo conducir. Cualquier vehículo. Fuese moto, carro, camión, etc. En el *garimpo* también conducía un *jírico* que había construido mi padre. No tenía frenos. Cuando conducía por el *garimpo* los muchachos comenzaban a correr.

Otra vez, mi cuñado me pidió que le echase una mano en su empresa porque él tenía que marcharse para Mato Grosso. Era una firma de carbón vegetal en Ariquemes. Dejé de trabajar unos días en el *garimpo* y fui a hacerme cargo de los peones de mi cuñado. Nada más llegar allí me encontré con un enemigo de frente. Era el conductor del camión de mi cuñado. Le dolía que no hubiesen confiado en él y que me hubiesen dado a mí la responsabilidad. Y comenzaron los problemas. Un día él se negó a ir para Porto Velho a transportar el carbón vegetal. Discutimos y al final accedió, y justo antes de entrar en la ciudad de Porto Velho tuvimos un accidente. Quedé atrapada por una pierna y me tuvieron que sacar los socorristas. Salí con rabia de aquel tipo. Se había quedado dormido al volante del camión.

Desde que dejé el *garimpo*, y aún hoy, muchas noches me despierto tiritando con pesadillas. Esa experiencia me ha marcado mucho, y también me ha hecho una persona muy dura. Sobre todo, me ha hecho más indiferente ante la muerte. A veces soy como insensible ante el dolor de los demás o frente a la muerte de otras personas, incluso de seres queridos.

En noviembre de 1997 me marché del *garimpo*. Tenía diecinueve años. Recuerdo que era la época de lluvias, y eso hace que sea la peor época para trabajar en el *garimpo*. Ya no aguantaba más.

Janaina

Cuando dejé el *garimpo* regresé a Ariquemes. Allí me quedé unos días sin trabajar en casa de mi madre. Luego, al poco, comencé a trabajar ayudándole a mi cuñado con el camión, cargando y descargando mercancía y llevándola por las ferias.

Después me marché para Bolivia. Sólo fui para descansar a casa de unos amigos en Cobija. Estuve con ellos unos veinte días. Fueron unas vacaciones. Luego, regresé a Ariquemes para trabajar de nuevo con mi cuñado. En aquella época me pagaba ochenta reales por cada camión que descargaba. Permanecí así unos dos meses. Pero, enseguida comprendí que ese trabajo no me resolvía mucho y pensé que era mejor comprar un camión. Y compré un camión pequeño, de un solo eje. Hacía carga de bananas en Porto Velho y luego las distribuía por la línea. También cargaba otro tipo de frutas como sandías.

Más tarde, dejé de trabajar por mi cuenta y comencé a trabajar como transportista para la *prefeitura* de Ariquemes. De esa forma ganaba entonces unos dos mil trescientos reales por mes. Trabajé durante cuatro años para la *prefeitura*. Sí, soy una persona muy conocida en Ariquemes. Transporte de personas que iban a los mercados a vender sus productos y transporte de mercancías: arroz, *feijão*, frutas, etc.

Después del primer año en ese trabajo me enamoré de mi jefe. Salimos durante dos años. Él era una persona de edad, tenía cincuenta y siete años y era muy inseguro. También era celoso. Ese fue el motivo de que nos separásemos. Luego, salí con otros hombres. Hasta que tuve mi primera relación con una mujer.

Una noche fui a una fiesta con unas amigas. Estuvimos allá divirtiéndonos hasta las cuatro de la madrugada. Todo el mundo borracho. Una amiga me dijo que podía quedarme en su casa aquella noche. Y así fue como empecé a tener una relación con una mujer. Al principio, pensé que me daría otra habitación para mí, pero estábamos las dos bastante borrachas y nos acostamos en la misma cama. Ella comenzó a hablarme, a preguntarme si yo había tenido alguna experiencia con alguna mujer. Le dije que no. ¿No tienes curiosidad? me dijo. Y así comenzamos a acariciarnos y a besarnos. Yo temblaba toda. No sabía muy bien cómo tenía que hacer. Nunca había imaginado mantener relaciones con una mujer. Era para mí como si fuese otro mundo.

Desde esa noche comenzamos a salir. Y estamos juntas desde entonces, aunque con infinitos problemas. Janaina era muy celosa. Discutíamos mucho porque ella no quería que yo saliese con hombres. Sin embargo, al mismo tiempo quería que aceptase que ella estuviese con otros hombres.

Mi relación con Janaina es la que más me ha marcado. A lo largo de mi vida he tenido muy pocas relaciones. Mi primer gran amor, João, lo tuve a los catorce años. Salimos juntos durante cuatro años. Después, conocí a Cleyton y salí con él dos años. Después de eso sólo me dediqué a trabajar. Apenas asistía a fiestas ni salía con chicos. Puede decirse que nunca fui una mujer “folladora” hasta que vine a España...

El accidente

Fue en la época en que trabajaba para la *prefeitura* de Ariquemes. Tuve el accidente justo en el último entrenamiento previo a mi primer torneo

oficial. La pista estaba ligeramente mojada. Entonces, di un salto y ahí se terminó mi carrera. Recuerdo que estaba todo lleno de gente. En aquel momento pensé que me había roto la columna.

Estuve nueve meses en silla de ruedas. Al final, tuve suerte. Pude haber quedado inválida de por vida. Después de esos nueve meses en silla de ruedas, aún estuve mucho tiempo caminando con ayuda de muletas. Pero, gracias a Dios, fui recuperándome. Y hoy he conseguido superarlo y camino con normalidad. Todavía se nota en mi pierna. Tenía veintidós años cuando sufrí aquel accidente.

Viajar por amor

Siempre tuve esa ilusión de viajar, de conocer otra vida. Pero, en aquella época no tenía necesidad de hacerlo. Me ganaba bastante bien la vida, unos dos mil quinientos reales al mes. Janaina, sin embargo, quería que yo viajase a España y que luego la trajese a ella. Conocíamos también a otra amiga que había viajado a España y que le había ido muy bien. Decía que trabajaba en un restaurante. Claro que yo no me lo creí.

Lo cierto es que yo vine por Janaina. Pagué todo con mi dinero. Tenía entonces más que suficiente. El 23 de febrero de 2004 salí de Ariquemes y cogí un taxi para Porto Velho. Allí cogí el vuelo para Manãos. De Manãos cogí otro vuelo para São Paulo, y de allí a Madrid. Viajé junto con una vecina, que combinamos una semana antes para viajar juntas. En Madrid nos esperaba la prima de esa amiga, con un amigo. Ellas luego viajaron en tren de Madrid para Ferrol, y yo me fui en el coche de aquel chico. En Ferrol nos fuimos para casa de Ana, la prima de mi amiga.

Para mí todo era novedad. Mi amiga ya me había explicado antes de viajar que aquí en España la mayoría de las mujeres trabajan en la prostitución. Yo podía buscar un empleo diferente, pero ya me avisaron de que era bastante complicado. A pesar de todo, sentía curiosidad, sentía curiosidad de muchas cosas, de conocer España, a personas diferentes, etc.

Busqué trabajo a través de conocidos y en el periódico. Me gasté un montón de dinero en llamadas telefónicas. Pero, no encontraba nada. Así que después de una semana decidí ir a probar en la prostitución. Una amiga estaba trabajando en el club “Miscelánea” en As Pontes y me invitó para ir a trabajar allí. Me ofreció su ayuda.

El “Miscelánea” es un club pequeño. Cuando llegué allí sólo había ocho chicas, brasileras, colombianas y rumanas. Mi amiga vino conmigo. Ana nos presentó al encargado. Él y la camarera, que también es brasilera, nos explicaron el funcionamiento del club. De cada pase nos descontaban ocho euros, y no teníamos que pagar casa ni nada. Podíamos coger un día de *folga* a la semana. Pero, yo no quería coger días de descanso, sino que deseaba trabajar directo para ganar más dinero.

El primer día fui con un vestido largo y unas sandalias. No tenía mucha idea sobre la ropa de trabajo. En el club había buen ambiente y mucha música brasilera. Era como una discoteca, donde sólo teníamos que ligar con los hombres. Durante la primera noche estábamos bailando en la pista. Se me acercó un chico. Conversamos. No le entendía casi nada. La primera frase que aprendí en España fue “por favor, habla despacito”. Subimos a la habitación. Las compañeras se rieron. Decían: - por fin, desencalló.

Fue más fácil de lo que imaginaba. Yo tenía una idea un tanto prejuiciosa de la prostitución por todo lo que había escuchado en mi vida, que si los clientes se portan violentamente con las chicas y todas esas cosas desagradables. Pero, en realidad no es así. Fue como si hubiese subido con un novio. Se comportó muy bien conmigo. Hasta hoy seguimos siendo buenos amigos, y me llama por teléfono.

Cuando bajé al salón me sentía más relajada. Sólo sentía un poco de vergüenza por mis amigas. Ya me solté más. Me despedí del chico y me fui a bailar. Después ya vino otro chico para hablar conmigo. Bailamos y luego me invitó a una copa. Esa noche no hice más pases. De esa forma empecé a soltarme. No necesitaba acercarme apenas a los hombres. Ellos se aproximaban a mí. Tuve noches de hacer hasta dieciséis pases. Pero, no son todos de follar directo. Hay clientes que quieren subir contigo a la habitación sólo para conversar. Son personas que te piden un poco de atención y de cariño. Eso es más frecuente de lo que se cree. Hasta hoy me sucede que vienen clientes y me pagan una hora para estar conmigo y charlar, contándome sus problemas.

Gané bastante dinero trabajando en el “Miscelánea”. Hacía muchos pases y también muchas copas. Algunas noches gané doscientos, trescientos y hasta quinientos euros. Después de un mes y medio, mi amiga decidió ir para Valencia, y yo quise acompañarla. Fuimos a un club. El dueño del club nos mandó a buscar. El club se llamaba “Veda”. Cuando llegamos yo no sabía qué hacer, allí había unas ochenta mujeres. Para mí eso fue un quebradero de cabeza.

El primer día fue un poco difícil. Después ya comencé a soltarme. Allí teníamos que pagar cuarenta euros de casa, y el primer pase era siempre para la casa. El resto de los pases eran para las chicas, pero te descontaban cinco euros. El mínimo costaba allí cuarenta y dos euros. Vivíamos en el club y recuerdo que la comida era muy buena. Teníamos que entrar en el salón a las cinco de la tarde y estábamos allí hasta las cuatro de la madrugada. Durante toda la noche debíamos permanecer de pie. Allí si te sentabas no trabajabas. Tanta mujer, de todos los sitios... Habría unas quince o veinte brasileras, el resto eran de todos los países, colombianas, rumanas, africanas, etc.

Trabajé en ese club sólo quince días. El dueño del “Miscelánea” nos llamaba continuamente. Decía que estaba sin mujeres, que nos necesitaba. Como mi amiga tampoco se estaba adaptando bien al club en Valencia, decidimos regresar a Ferrol.

Viajamos en autobús. Llegamos a Ferrol al mediodía. Y volvimos a trabajar en el “Miscelánea”. Yo ya estaba acostumbrada al ritmo del club en Valencia, pero aún así, volví a trabajar bien en el “Miscelánea”. Estuvimos veinte días. Después nos marchamos para Ribadeo. Una chica nos dijo que allí se trabajaba muy bien, y le pedimos plaza a Manolo, el dueño del “Clangor”. En el “Clangor” trabajé muy muy bien. Fue el club junto con el “Rayo de Luna” donde más he trabajado. Cuando llegué allí había unas sesenta mujeres, la mayoría brasileras. Trabajé muy bien.

En el “Clangor” conocí a un tipo muy legal. Era marinero, y tenía una amiga en el club que ya se había marchado. Tuve la suerte de que se fijase en mí. Empezó a invitarme a copas, a copas y a copas. El primer día que nos conocimos me pagó catorce copas y dos horas en la habitación. Estaba de vacaciones. Durante veinte días se gastó conmigo de cuatro mil a cinco mil euros. Fue muy cariñoso conmigo y quería algo serio. Me propuso que le acompañase a las Islas Canarias.

En mayo de 2004 enfermé. Tuve una infección muy grande en la garganta. Supongo que el clima también influyó. Estuve una semana casi sin poder comer. Carlos, el marinero, fue quien me ayudó y me llevó al hospital en Burela. Me dieron unos medicamentos y al día siguiente regresé al “Clangor”. Pero, en vez de mejorar estaba empeorando. Entonces, llamé a Lino, un amigo de Puentes, y él vino a buscarme. Los dueños del “Clangor” tuvieron incluso la audacia de cobrarme la diaria por los días en que estuve enferma y que no trabajé. Por eso nunca más he querido volver al “Clangor”. Manolo, el dueño, me vio temblando de fiebre en la habitación y no me hizo ni caso.

Fue mi amigo Lino, que es una bella persona, quien me llevó a su casa y me cuidó como si fuese su hija. Me quedé con él unas dos semanas. Un amor de persona. Y nunca tuvimos nada de relación. Puro cariño. Ni siquiera nunca subí con él cuando estaba en el club. Tomábamos copas, pero nada más. Hasta hoy seguimos siendo buenos amigos. Por eso es que digo que he tenido bastante suerte con las personas que me he encontrado aquí en España.

Cuando me recuperé pedí una plaza para el club “Rayo de Luna”. Ana ya había estado trabajando allí con Ramiro. Era sobre finales de mayo cuando me fui para el club “Rayo de Luna”. Había pocas chicas, pero enseguida me adapté porque Ramiro, el dueño, es muy buena persona y trata muy bien a la gente.

En esos días fue cuando vino Patricia. La fuimos a buscar a Madrid. Le pedí a mi padre que le dejase dos mil doscientos reales para poder pasar en la frontera. Nosotras ya éramos amigas en Ariquemes. De Madrid regresamos para el club. Cuando Patricia llegó fue una fiesta completa, todo alegría. Excepto para mi amiga Leia, que no se llevaba bien con ella. Cuando llegamos ya me di cuenta de que Leia estaba triste.

Dos días después de llegar Patricia, Leia se marchó para Ferrol. Yo la acompañé y aproveché para recoger cosas mías que tenía en el piso. Le expliqué a Leia la situación, que no podía desentenderme de Patricia, porque ella acababa de llegar a España y necesitaba una orientación. No podía dejarla ahora. Le dije que si aceptaba a Patricia podíamos seguir todas juntas. Pero, Leia no quiso.

Regresé al club de Ramiro. Patricia me contó cosas sobre Janaina. Me dolió mucho cuando me contó que Janaina le había negado un plato de comida a mi hermano deficiente. Eso y otras muchas cosas que me contó me hicieron mucho daño. Después de eso, llamé a Janaina por teléfono y le dije que no iba a ayudarle a venir a España. Ella entonces comenzó a implorarme y a llamarme continuamente. Me enteré también de que Janaina salía con Sergio en Ariquemes. Sergio era un hombre que no era buena persona y eso me daba rabia. A mí no me importaba que Janaina saliese con otros hombres, pero Sergio no me gustaba nada.

Antes de que llegase Janaina fui a hacer una plaza a un club en Orense. Fui con Patricia y otras tres compañeras. Sólo estuve una semana. Como Ramiro nos llamaba para que regresásemos al “Rayo de Luna” y en Orense

el trabajo no era demasiado bueno, decidimos volver con Ramiro. Sólo regresamos Patricia y yo, las otras chicas se quedaron en Orense.

El reencuentro

Janaina llegó el 8 de julio de 2004. Al final le ayudé, y vaya que si le ayudé. Le envié quince mil reales para el billete y también para la cirugía plástica que se hizo. Janaina se operó los pechos y la barriga. Y yo le di el dinero. Patricia y yo le comentamos a Ramiro que Janaina iba a llegar a Madrid y fuimos juntos a buscarla. Janaina no esperaba que fuese yo al aeropuerto. A pesar de todo lo que había ocurrido, me puse muy alegre de que Janaina hubiese llegado. Pero, esa alegría duró poco. Enseguida comenzamos a discutir y empezaron las confusiones.

En aquella época yo tenía muy buenos clientes y también amigos. Tuve que renunciar a todo a causa de Janaina. Ella tenía celos de todos. Pretendía que le alquilase un apartamento y que trabajase para ella. Ahí comenzó aquella confusión.

Una noche un amigo, Fernando, subió conmigo a la habitación. Cuando bajamos al salón, Janaina empezó a gritarme y a pellizcarme. A partir de ese día todo el mundo en el club se enteró de que Janaina y yo teníamos una relación. Hasta entonces, sólo Patricia lo sabía. Pero, a partir de aquel día todo el mundo se dio cuenta. Hasta mi familia en Brasil se enteró. Eso me dio un poco de miedo, pero mi familia no me echó nada en cara. Mi padre me dijo un día por teléfono: - Tú eres mi hija, las opciones son tuyas, y yo te voy a tener siempre en mi corazón. Esas palabras eran las únicas que yo necesitaba escuchar.

Janaina es una mujer muy impulsiva. No le importa nada quien esté delante. Yo, sin embargo, prefiero sentarme y dialogar. En aquellos días también empezaron los problemas y las confusiones de Patricia con Ramiro. Janaina y yo tuvimos una pelea y entonces yo quería marcharme para Ferrol con un amigo. Pero, Sandra me dijo que no era necesario que me fuese para Ferrol, y que podía ir para su piso.

A los pocos días, Ramiro echó a Patricia y a Janaina del club. Y ellas vinieron también para el piso de Sandra. Como el piso era pequeño, no había sitio para todas. Así que comencé a ir de un sitio para otro en busca de piso para alquilar. Encontré un apartamento en la Ronda das Fontiñas y nos fuimos a vivir allí Janaina, Patricia y yo. Era entonces julio de 2004.

Ramiro se quedó sin mujeres en el club. Pero, todo fue por su culpa, por enrollarse con varias chicas al mismo tiempo. Ramiro hizo una reunión con todas y nos llamó de putas. Yo le dije que se había equivocado y que yo no me identificaba con una puta, que puta es la que lo da por la cara y prostituta es la que cobra.

Mientras estuve en el “Rayo de Luna” trabajé muy bien. No tengo nada que reclamar en ese sentido. Allí era rara la noche en que no trabajaba. Y Ramiro es buena persona, lo que pasa es que quiere acostarse con todas. Y yo pienso que un dueño de club jamás debe mantener relaciones con las mujeres que trabajan.

En el piso de Fontiñas vivíamos entonces Patricia, Janaina, Bianca y yo. Y todas empezamos a trabajar en el club “La Cima”. Las confusiones entre Janaina y yo como siempre. Ella se quejaba todo el tiempo. Me prohibía ir con hombres, conseguir novio. Si llegaba al club un hombre joven y me prefería a mí, entonces ya se ponía celosa. No sabía lo que hacer. Leandro también era cliente de ella. Yo lo conocí allí en “La Cima”. Desde la primera noche que subí con Leandro, ya no quiso volver más con Janaina, y ella también se puso muy celosa a causa de eso. Janaina me decía que qué hacía yo con los clientes en la habitación, que debía de hacer cosas diferentes, que sino no podía entenderlo.

En el piso seguían las confusiones. Patricia salía con Ramiro a escondidas. Y yo también le había cogido rabia a Ramiro porque un día nos acusó de ladronas. Fue todo porque Miki vino una tarde a casa y vio una colcha en la habitación igual que las del club, y llamó a Ramiro. Él entonces nos amenazó con la policía y eso me dio mucha rabia.

Yo ya estaba cansada de todas las confusiones con Janaina. Y también tuve una pelea muy fea con Patricia. Ella me lanzó un cuchillo y todo, pero afortunadamente no sucedió nada más. Luego, Ramiro vino a buscarla. Ya no entendía nada. No me daba cuenta de que la fiera estaba conmigo. Perdí la amistad de tantas personas por culpa de Janaina... Las confusiones aumentaron y la convivencia se complicó mucho en casa. No me daba cuenta de que Janaina me estaba utilizando. Bianca me lo decía a todas horas, que Janaina sólo me estaba usando y que me iba a dar una patada en el culo.

En “La Cima” trabajé poco más de un mes. De allí me marché para el club “La Celestina”. De esa forma intentaba distanciarme de Janaina. En el club pagaba diez euros de casa y de cada pase descontaban ocho euros. Allí había brasileras, colombianas, rumanas y dominicanas. Bianca también

vino a trabajar conmigo. Dormíamos en el club. Estuve allí desde finales de agosto hasta finales de octubre de 2004.

Janaina se fue para “A Seara”. Me decía que me quería y nos veíamos durante los días de *folga*. Un día le dije a Bianca: no me quedo más, me marchó. Cogí mis cosas y me vine para Lugo. Y me fui a trabajar con Janaina al club “A Seara”. Ella llevaba hombres a casa, y yo no podía hacer lo mismo. Me empezó a presionar: o estaba con ella o con Bianca en el piso.

Después, pasamos un mes bien, sin pelear entre nosotras. Una amiga, Mikaela, me dijo que Bianca había mandado hacer brujería para que Janaina y yo estuviésemos peleando. Ahí, Janaina se enrolló con un tipo. Y no quería que yo hiciese lo mismo. Yo no podía salir con hombres ni con amigas. Un día llegó a mordirme en la pierna. Todo a causa de los celos. Janaina comenzó a salir con ese tipo y no volvía a casa por la noche. Yo me quedaba sola. Ahí todo se volvió diferente. Ya nada era igual.

Durante las Navidades aquel hombre quiso llevarnos a Asturias. Cuando viajábamos él empezó a conducir a gran velocidad. Tan rápido que ya me estaba mareando. Le dije que si seguía corriendo así me bajaba del coche. Y Janaina sólo se reía a carcajadas. Luego paró el coche y tuvimos una escena allí en la carretera. Nos peleamos allí mismo. A Janaina le tiré del cabello y le di un puñetazo a aquel tipo. Llegamos a Oviedo, y de allí, después de otra discusión regresamos para Lugo. Casi tuvimos un accidente a causa de las discusiones dentro del coche. Cuando llegué a casa, me cambié, me arreglé y me fui para la discoteca sola. Regresé al día siguiente a las nueve de la mañana.

Al día siguiente, Janaina empezó a hacerme preguntas, que con quién había estado... En su cabeza ella sólo pensaba que había pasado la noche con otra mujer. A ella siempre le gustó que yo asumiese el papel de hombre, y me pedía que me vistiese como un hombre. Y yo eso de ningún modo. Me pueden gustar las mujeres, pero no me identifico con un hombre de forma alguna. Cuando salgo con una mujer siento falta de un hombre, y cuando salgo con un hombre siento falta de una mujer.

Al poco tiempo, aparecieron dos chicos en el club. Janaina se fue con uno y yo con el otro. Janaina pensaba que yo lo hacía por celos, y para mí era sólo cuestión de dinero. Ella seguía pensando que yo iba a continuar estando pendiente de ella. Y ya no era así. Aquellos chicos se dieron cuenta enseguida de que Janaina y yo estábamos enrolladas. Entonces, intentaron hacer una intriga entre nosotras. Y eso hizo que yo me separase del chico.

A mí no me gustan los hombres *fofoqueiros* y que no tienen carácter ni vergüenza. Nadie me obliga a permanecer con ninguna persona. Jose, el novio de Janaina, hablaba mal de mí. Y ella lo defendía. Eso también me dolió mucho. Beni no dejaba de llamarme por teléfono. Yo le dije un día: - Beni, deja de molestarme, sino voy a llamar a la policía. Y él me contestó que me iba a matar. Empezó a vigilarme, para saber con quién andaba. Yo, por aquella época ya salía con Leandro. Prefiero a Leandro, porque a pesar de que es feo y viejo, nunca me ha hecho ni la cuarta parte del daño que me hizo ya Beni en pocos días.

Luego decidí hacer una plaza en un club a las afueras de Madrid. Victoria y yo concertamos la plaza. Janaina se enteró. Me llamó y me dijo que quería viajar conmigo. Enseguida hizo las maletas y se vino para el piso. Victoria, Janaina y yo cogimos un taxi y nos fuimos para la estación de autobuses. Ella le mintió a su “marido”.

Cuando llegamos al club nos sorprendió un frío horrible. Era febrero. Sólo aguantamos cuatro días. Yo entonces quería ir a Valencia, y Janaina quería que regresase a Lugo con ella. Y comenzó a llorar. Me pidió que *por amor de Deus*. Y le dije: vale, de acuerdo. Regresamos a Lugo. Le dije entonces que nuestra relación ya no daba más resultado y que también dudaba de sus sentimientos. Su amor era un amor loco. Ella quería llevar a Jose para la habitación, y yo no podía aceptar que le diese un trato diferente al de un cliente. Vino al piso llorando, diciéndome que era una mujer indecisa y que no sabía qué hacer.

Ella quería estar con Jose y conmigo al mismo tiempo. Le dije entonces que se quedase con Jose, que él le ayudaba mucho y que el amor no llena la barriga. Me contestó que jamás le gustaría Jose, que sólo estaba con él por el dinero. Como ella no se decidía, decidí yo. Janaina se marchó con él. Recogió todas sus cosas y se fue. Para mí era la decisión definitiva entre nosotras. Le dije que no quería saber nada más de ella. Había sufrido mucho por su culpa. Aunque, la vida da tantas vueltas...

Me quedé un mes y poco sin trabajar. Leandro me ayudó con los gastos del piso. Después, unas amigas me llamaron para ir a trabajar a un club en Monforte. Fui con una amiga, con Sandra. Sólo estuvimos tres días. Al tercer día llegó Extranjería. Yo les di todos mis datos falsos, nombre y apellidos diferentes. Me fui del club y no volví más.

El piso

Después de unos días, Sandra me llamó por teléfono y me invitó para ir a trabajar en el piso. Para mí sirvió como una limpieza de memoria. Me sentía muy sola y en aquel piso me dieron mucho cariño. Sentía mucho apoyo, como si las chicas fuesen mi verdadera familia. Sinceramente, en el piso de Sandra llegué a sentirme como si estuviese en mi propia casa, con mis padres y mis hermanos. En todo el tiempo que llevaba en España nunca me había sentido tan a gusto. Sandra y yo incluso habíamos hablado de la posibilidad de montar un negocio juntas, un pub brasileiro. Pero, no dio resultado.

Durante el mes de mayo gané más de dos mil euros trabajando en el piso de Sandra. Al principio, cuando llegué, sólo pensaba en hacer una plaza de veintiún días. El último día comencé a arreglar mis cosas y las chicas pusieron cara de *velório*. Sandra me preguntó que porqué me marchaba. Yo le dije que mi plaza había vencido. Sabía también que en el piso ya había muchas personas. Pero, las chicas no querían que me fuese. Patricia también me pidió que me quedase.

Así me quedé trabajando en el piso de Sandra durante más tiempo. Desde entonces, he trabajado en varios pisos, en el de Fontiñas con Bruna e Isabella, en el de la Milagrosa con Ana, y desde que Tania montó su piso trabajo con ella. Janaina también trabaja conmigo. Con Tania me siento muy bien porque es una persona muy legal y educada, y te deja mucha libertad. En el piso el trabajo es más cómodo y aunque con Tania ya trabajamos bien, algunas tardes me voy a trabajar a un club para ganar más dinero.

Leandro

Nunca he querido a Leandro, pero lo respeto. Es una buena persona, aunque a veces me llega al límite. Lo que no le tolero es que intente manipularme. A mí nadie me manipula. Siempre he sido una persona libre y todo lo que tengo hoy lo he conseguido por mí misma y con mi esfuerzo.

Le estoy agradecida porque me ha ayudado. Él firmó mi contrato con la regularización, pero luego se puso muy pesado y más exigente. Hemos discutido mucho por eso. Piensa que por haberme firmado aquel contrato ya tiene poder sobre mí. Y yo ya le he dicho que si se pasa, a mí me da igual el contrato y los papeles.

Leandro ya tiene casi cincuenta años y ha vivido toda una vida, ha estado casado, tiene sus hijos, etc. Siempre le digo que no debe comportarse como un burro, que ya no tiene edad para eso. Y si estoy con él es porque quiero, y él igual. Nadie está atado a nadie.

Los clientes

Para mí son todas personas normales. Algunos son algo más agitados. Muchos me preguntan sobre todo porqué estoy en esta vida, y luego me dicen que merezco una cosa mejor. Yo a veces me quedo sin respuesta. Otras, les digo que estoy trabajando en la prostitución de modo temporal. A veces también yo les pregunto que si tienen familia porqué vienen a un piso. Ellos responden que vienen porque buscan lo que no encuentran en casa. Uno hasta se enfadó una vez porque le dije que si su mujer no quería follar sería porque tal vez había encontrado algo mejor. Se enfadó conmigo por eso. Y no se lo dije con mala intención.

Cuando estás trabajando en un club, es muy frecuente que los hombres te ofrezcan su ayuda, que te quieran sacar del club y todas esas cosas.

Para mí uno de los peores problemas es la cuestión de la salud. El noventa por ciento de los clientes piden follar sin goma. Es increíble. Pienso que aquí en España los hombres no hablan entre ellos sobre los riesgos que tiene el sexo. Por el contrario, en Brasil estas cuestiones se tratan muy abiertamente. Ya en los colegios te explican qué y cómo es el sexo, cómo hay que usar los preservativos, etc. Aquí no, aquí parece que la gente no tiene noción alguna sobre cuestiones de salud.

Una vez cuando estaba trabajando en el “Rayo de Luna” vino un chico que me pagó cincuenta euros por media hora, y subimos a la habitación. Allí su polla no subía de modo alguno. Después, pagó otra media hora y cuando comenzó a levantársele fui a colocarle el preservativo. Él no quería. Me puso mil euros encima de la mesa. Cogí el dinero. Él pensaba que lo iba a aceptar. Y le dije que ese dinero no significaba nada para mí. Le dije que no lo haría jamás, que estaba loco. Entonces, me pagó media hora más y aceptó ponerse el preservativo. Luego, conversamos mucho en la habitación. Me dijo que nunca nadie le había explicado sobre los riesgos del sexo sin preservativo. Ahora ya no tenía excusa.

Hay mujeres que lo hacen sin goma. Conozco a una amiga del “Rayo de Luna” que trabajaba sin goma. Estaba loca. El dueño la trataba muy bien,

porque todos los dueños de clubes tratan muy bien a las chicas que les proporcionan más lucro. No les importan las chicas, sólo el lucro.

Conocí también a muchas chicas que eran ambiciosas y egoístas. Que se ponían como locas porque los clientes escogían a otras. Eso me parece una estupidez. Y muchas amigas mías eran así. El dinero que una puede ganar follando sin goma es absurdo. Después, te lo tendrás que gastar en medicinas para combatir una enfermedad horrible. El dinero es bueno, pero no lo es todo en la vida. Lo primero es la salud de cada uno. He conversado con varias amigas mías sobre estas cosas. Pero, también respeto la libertad y la decisión de cada una. El que quiera follar sin goma allá él.

Mientras estuve trabajando en el “Clangor” conocí a un viejo. Se quedó encantado conmigo. Me contó que su esposa había fallecido y me preguntó si me gustaba salir, bailar, etc. Me dijo que yo era la persona ideal para él, y me preguntó que qué necesitaba para salir del club. Yo no creía nada de lo que estaba diciendo. Me parecía el rollo de siempre. Aquella noche me invitó a ocho copas, pero no quiso subir a la habitación. Me dijo que sólo estaría conmigo en un hotel o en su propia casa.

A la semana siguiente, la medianoche del martes, llegó al club. Vino directamente hacia mí. Me dijo que venía con una decisión. - ¿Cuál es su decisión? - Te doy treinta mil euros para pagar lo que debes en el club, coger las maletas y te vienes conmigo. Me dijo también que me daba una semana para pensármelo, y se marchó.

No lo llamé ni nada. Al cabo de quince días regresó. - Tu silencio ya me dice que no quieres nada conmigo. No acepté. Me dio su número de teléfono y me dijo que si algún día recapacitaba sobre el asunto que lo llamase. Me invitó a una copa, me abrazó fuerte y se marchó. Luego, perdí el teléfono. En aquel momento yo acababa de llegar a España y tenía otras ilusiones. Fue por eso que no acepté aquella propuesta. Hoy tal vez hubiese sido diferente.

Cuando el cliente llega tú no lo conoces. Entrás con él en la habitación, los dos entre cuatro paredes. Tienes que tener una buena cabeza, un buen entendimiento para salir airosa del asunto. Hay clientes muy buenos. Otros que quieren todo, que son muy exigentes. Recuerdo un cliente que entró conmigo en la habitación, y nada más entrar ya me dijo que quería hacerlo de todas las formas, con todas las posiciones. Después no se empalmaba. Hablé con él. Le dije que cómo me exigía eso, hacerlo de todas las posiciones, si ni siquiera se le ponía la polla dura. Hablé con él con

delicadeza. Le dije que lo que tenía que hacer era visitar un médico o tal vez a un psicólogo, que tenía que asumir y superar sus inseguridades.

Recuerdo otro que se moría de vergüenza. No me dejaba quitarle la ropa ni nada. Cuando yo me quedé desnuda él no tenía valor ni de mirarme. Tuve que apagar la luz y todo. Pero, antes de nada examiné su polla por si tenía algún problema. El problema era su vergüenza misma.

Lo que menos me gusta de los clientes aquí es la falta de higiene. Es increíble, casi el ochenta por ciento de los que vienen están sucios. Algunos ya llegan con la ropa sucia, los zapatos, todo, y con un olor horrible, que luego tienes que airear toda la habitación. Y otros que parece que vienen limpios y cuando entran contigo en la habitación descubres que huelen fatal, y algunos hasta vienen cagados. Y las uñas... A veces, discuto con Leandro por eso, le insisto mucho en el tema de la higiene.

Lo de las uñas sucias no sólo son los españoles, sino también las españolas. Ya me he fijado en eso. Y luego los hombres quieren acariciarte el coño con sus dedos y no se dan cuenta de que de esa forma pueden contagiarte cualquier infección. A Leandro conseguí enderezarlo un poco, aunque todavía me queda mucho que enderezar.

A mí no me cabe en la cabeza que llegue un hombre para acostarse con una mujer y que venga sucio. En lo referente a la higiene, la gente en Brasil está mucho más concienciada. Aquí en España hay personas que no toman un baño en cuatro o cinco días. Eso es increíble. Una mujer tiene que ducharse todos los días, al igual que un hombre. Pero, además, para poder sentirte limpia tienes que lavar tus partes al menos cuatro veces al día. Y los hombres en mi país en eso son muy considerados con la higiene personal. Sin embargo, aquí la mayoría de los hombres llegan y cuando sacan el pene está todo lleno de *carniça*, que te dan ganas de vomitarle encima.

En España percibo mucha falta de higiene, aquí a la gente no le gusta ducharse. La mayoría son así, al menos de los que yo he conocido. Y no sólo estoy refiriéndome a hombres mayores, sino también a los jóvenes. A veces llegan al piso chicos jóvenes, todos bonitos, de diecinueve, veinte, veintidós años, y cuando se quitan la ropa te echan para atrás con el mal olor.

Las putas

En mi opinión, hoy en día ninguna mujer viene acá engañada. Hace tiempo, seis o siete años tal vez, sí que podían existir casos de mujeres que viajaban a España engañadas, sin saber que iban a trabajar en la prostitución. Pero, hoy ya no. Ya no existe esa onda de trabajar en otros sitios. Todo el mundo que viene sabe perfectamente que viene para trabajar en la prostitución. Lo que sí hay es mucha decepción. Algunas mujeres llegan acá pensando que van a ganar millones, y luego cuando ven la realidad se decepcionan y hasta se desesperan.

Las personas no vienen acá engañadas. No es como dicen. De una forma o de otra lo saben. Hay algunas que vienen y no asumen lo que hacen. Son prejuiciosas consigo mismas. Eso sucede cuando te dicen que no sabían que iban a trabajar en esto, que no les gusta, que sólo están de modo temporal, etc. Todo eso es mentira.

Yo no estoy de acuerdo con eso. A mí no me da nada de vergüenza asumir que estoy trabajando en la prostitución. No tengo prejuicios por eso. Lo que sí es cierto es que ya estoy un poco cansada, pero eso es porque este trabajo también puede aburrirte, como hay también otros tipos de trabajo que resultan muy cansados y aburridos. Por ejemplo, conductor de camión. Yo ya trabajé como camionera y también me cansé. Pero, cansancio no es igual a prejuicio, es lo que quiero decir. Yo no me avergüenzo ni una pizca del trabajo que estoy haciendo. Y ya van casi dos años.

Decir que las prostitutas permanecen engañadas es sólo una forma de que los medios de comunicación ganen más dinero vendiendo reportajes. Porque decir ese tipo de cosas vende, a la gente le gusta, le atrae. Al público le gusta más creer esas cosas que no asumir la propia libertad de las personas. Yo soy una persona libre. Hago lo que me parece. Trabajo en esto, y mañana si me da la gana me voy a otro sitio o busco otra cosa. Lo que ocurre también es que muchas chicas es como si trataran de defenderse al decir esas cosas, porque a veces las noticias de los medios de comunicación y los reportajes aparecen en Brasil. Y todo resulta más fácil de entender o de asumir si la gente dice que está en la prostitución porque vino a Europa engañada. Y no me refiero sólo a las mujeres que vienen de Brasil, sino también de cualquier otro lugar. Muchas mujeres, casi el cincuenta por ciento de las que yo conozco, te dicen que sólo están en esto de forma temporal. Pero, luego la gente se acostumbra a ganar más dinero y no va a cambiar.

Y desde luego, la prostitución es un trabajo que tiene riesgos. No es fácil, nada fácil. Sobre todo, el riesgo de coger una enfermedad, o de contagiarse con una enfermedad incurable como el sida.

Una amiga mía vino por Francia. Un tipo le robó todo el dinero. Otra amiga le pagó el billete para venir a España. Consiguió un trabajo en una cafetería cerca de Madrid. Al cabo de un tiempo, vino a Lugo y encontró un trabajo de doméstica. Quiero decir que ella buscaba trabajo y lo conseguía. Siempre trabajó “honestamente”. Nunca se planteó siquiera trabajar en la prostitución. Por eso, cuando algunas te dicen que están en esto en contra de su voluntad, no me lo creo. Todo son prejuicios acerca de la prostitución. Prejuicios que asumen las propias prostitutas. Si hay mujeres que no quieren trabajar en la prostitución y procuran otro tipo de trabajos, ¿por qué no lo hacen ellas si se mantienen en la prostitución tan a disgusto?

Trabajando en la prostitución he aprendido muchas cosas. He aprendido a ser más tranquila, a no ser tan rebelde. También he aprendido a entender al ser humano, y a pedir disculpas, que eso es algo que yo no sabía. Aprendí en esta vida que *“é a onde o filho chora e a mãe não ve”*, que significa que la persona sufre en silencio, y que muchas veces los amigos que están a tu lado no te consuelan.

La sociedad muchas veces juzga a las personas. Si sales a la calle a veces la gente, hombres y mujeres, se meten contigo. No lo entiendo. Luego, esos mismos hombres suben al piso para entrar contigo en la habitación, y esas mismas mujeres hacen cosas peores. Eso es hipocresía. La gente siempre te está juzgando. No entienden la vida de otras personas, mientras no pasen por la misma situación. No existe en la gente una capacidad de colocarse en la piel de otra persona, ya sea una prostituta, un camionero o una limpiadora.

Incluso Leandro, que me ha conocido en un club haciendo esta vida, y que ha estado mucho tiempo conmigo, es muy prejuicioso con la prostitución. Siempre me estaba diciendo que debía dejar de trabajar en la prostitución y dedicarme a un trabajo y a una vida “digna” y “honesta”. Como si yo no fuese ya una persona digna y honesta. ¿Qué tiene que ver la dignidad de la persona con el trabajo que desempeña?

Lo que pasa es que el sexo a veces es considerado por las personas como si fuese una cosa de otro mundo. Sexo por sexo. Sexo por amor. Sexo por dinero. Da igual. Cuántas personas hay que se casan o que viven con otras por conveniencia, sin sentir nada, sin amor. Yo, desde luego, prefiero trabajar en la prostitución que casarme con un tipo que no me gusta. No, yo

no voy a vivir con un hombre sólo para que digan que no estoy sola, que tengo a alguien que me mantenga. Yo eso no lo voy a hacer jamás.

BIANCA

Una cabaña

Nací en Jaraguá de Goiás el 10 de junio de 1976. Aunque, sólo nací allí porque nosotros vivíamos en una *fazenda* muy grande. No teníamos ni luz en nuestra cabaña. Yo vivía con mis padres y mi hermano.

Con cinco años me trasladé a la ciudad de Anápolis con mis abuelos. Anápolis está a unos doscientos cincuenta kilómetros. Mis padres se quedaron en la *fazenda* con mi hermano. Como mi madre tenía que trabajar y no podía cuidarme, pasé dos años con mi abuela. No recuerdo apenas nada de ese período.

Me acuerdo de cuando tenía siete años. Mis padres vendieron la *fazenda* y se fueron para Anápolis. Ellos se peleaban mucho. Mi padre pegaba a mi madre y también a mi hermano. A mí me pegaba menos porque cuando yo me comportaba mal le echaba las culpas a mi hermano, y entonces mi padre le pegaba a él. Me acuerdo especialmente una tarde en que mi padre le pegó una paliza tan grande a mi hermano, que después mi madre tuvo que darle un baño de agua con sal para curarle las heridas. Todo fue porque mi hermano se quedó jugando a la pelota y llegó tarde a casa. Nosotros salíamos del colegio a las seis de la tarde y teníamos que regresar rápidamente a casa, sino nos pegaba.

Poco tiempo después, mis padres se separaron. Yo tenía entonces ocho años, y mi hermano seis. Ellos vendieron las tierras y se repartieron el dinero. Mi madre con el dinero se construyó una casa en el terreno de mi abuelo. Mi padre quería volver con ella y siempre andaba detrás.

Mi abuelo siempre me daba regalos. Mi hermano y mi prima se quedaban con celos y decían que yo era la preferida. Mi abuela era quien nos cuidaba. Mi madre trabajaba en una empresa textil. Por la mañana íbamos a la escuela y luego por la tarde la pasábamos jugando en la calle. Mi padre no nos ayudó nada. Se marchó para un *garimpo*, y no tuvimos noticias suyas durante siete años. Sólo sé que cogió malaria unas cinco veces. Nos lo contó un familiar. Mi padre dejó su trabajo de mecánico en el taller para no pagarle la pensión a mi madre. Así fue cómo se marchó para el *garimpo*.

Besos en la boca

Cuando yo tenía doce años ya quería salir con chicos. A esa edad salí con un chico de trece. No sabía nada. Sólo tenía doce años. Besos en la boca. Hasta hoy somos amigos. Él mató luego a su hermano. Mi madre no sabía nada. Sólo los vecinos *fofoqueros*. Pero, yo lo negaba todo. Íbamos a la discoteca. Sí, me escapaba de casa para ir a la discoteca.

Con doce años tuve mi primera regla. Yo estaba en casa de una vecina con unas amigas. Cuando fui al baño... Uff, meaba sangre... Yo no sabía lo que era aquello. Sentía tanta vergüenza que cuando regresé a la sala con mis amigas, me coloqué en el suelo bajo el sofá y allí me quedé durante tres horas. Luego, se lo conté a Renata, mi mejor amiga. Ella se lo dijo a mi vecina, y entonces ella me dijo: - Bianca, no pasa nada, ya puedes salir, date una ducha, que eso es que te has vuelto mujer. Ahora será así todos los meses. La primera vez que usé una compresa recuerdo que fui a la escuela y que me moría de vergüenza. Luego, se lo conté a mi madre. Muchas veces me colocaba dos bragas porque pensaba que así disimulaba mejor. Después, cuando me comenzaron a crecer los pechos mis amigos se burlaban.

Cuando tenía trece años mi madre consiguió un marido. Todos vivíamos en la casa. Hacíamos muchas fiestas y celebraciones: Navidades, Pascua, etc. Con catorce años, una noche me desperté y me encontré con el marido de mi madre, que se metió en mi cama y me tocaba... Me amenazaba que si yo contaba algo, mataría a mi hermano. Yo era inconsciente entonces. Sólo que un día mi hermano lo descubrió. Mi hermano pensó al principio que yo me dejaba. Aquel hombre nos amenazó a los dos. Luego, se lo conté a mi abuela. Y ya fue, uff... aquella bomba en la familia. Explotó todo... A pesar de todo lo ocurrido, mi madre aún lo defendió. Y se quedó así la cosa. Él le dijo a mi madre que nosotros nos lo habíamos inventado todo porque no nos caía bien. Y mi madre se lo creyó todo.

Con quince años una noche salí de fiesta. Fui con mi amigo. Mi madre salía de trabajar a las diez y llegaba a casa a las diez y media. Cuando regresaba a casa tuve un accidente. El chico que me llevaba en la moto tropezó en la calle y nos caímos. Yo estaba toda ensangrentada y con hierbas en la cabeza, en el cabello, etc. No sé qué fue lo que pensó mi madre. Pero, me dio una paliza... Me pegó con una percha. Aquella fue la última vez que ella me pegó.

El primer embarazo

Con quince años me quedé embarazada. Fue con un amigo. El marido de mi madre se marchó de casa porque tenía miedo de que los vecinos le echaran la culpa. Cuando me quedé embarazada no se lo conté a nadie. Así hasta los seis meses y medio. No me di cuenta de que estaba preñada hasta pasar los dos meses. Mi barriga se movía... Luego, mi madre se dio cuenta. Uff, se puso loca.

Mi tía se ofreció para ayudarme a abortar. Mi madre no quiso. Ahí sucedió lo de la separación de mi madre con aquel loco. Decía que como yo no tenía novio, todos le echarían la culpa de mi embarazo.

Empecé a ir al médico con seis meses y medio. Todos mis amigos se enteraron. En el colegio todo el mundo se enteró. Mis amigas me decían todos los nombres que debería ponerle.

Con ocho meses una noche me acosté, y al día siguiente cuando desperté por la mañana me quedé ciega. Estuve así durante siete días. Me llevaron al hospital. El médico dijo que como yo era muy joven, mi embarazo era de alto riesgo. Tuve confusiones. Pero, nació, al fin, mi hija: cuarenta y cinco centímetros, dos kilos ochocientos gramos. Era tan pequeña... Al cabo de unos días recuperé la visión. Primero, bultos, luego ya pude ver bien.

Todo el mundo en el barrio venía a vernos. Yo fui, de todas mis amigas, la primera en quedarme embarazada. Mi abuelo estaba encantado. Cuando mi niña tenía cuatro días, falleció mi bisabuela. Ella murió con ciento dos años. Era el mes de julio de 1993. Al poco tiempo, murió el marido de mi abuela.

Everton

Cuando mi hija cumplió siete meses, yo empecé a salir con un chico que era del mismo círculo que el padre de mi hija. Después de medio año de salir juntos, Everton y yo decidimos ir a vivir juntos. Nos trasladamos de Anápolis a Goiânia, porque él trabajaba allí de gerente en una tienda de electrodomésticos. Más tarde vino Fabiana, una amiga mía, para vivir con nosotros. Ella me ayudaba con mi hija. Fabiana se quedó cuatro meses. En aquella época comencé a trabajar en una clínica de psicología. Pero, sólo aguanté quince días. Yo tenía sólo dieciséis años y allí había mucha gente loca y me daban miedo.

Después, regresé a casa para cuidar de mi hija. En febrero de 1994 volvimos a Anápolis. Allí empezamos a construir una casa en el mismo terreno de mi suegra. En tres meses la terminamos. Nos mudamos el 8 de junio de 1994. Al día siguiente, mi madre cogió vacaciones y se marchó. El 10 de junio celebré mi dieciocho cumpleaños. Ya estaba embarazada de nuevo. Mi madre viajaba en moto con mi primo y tuvieron un accidente. Murieron los dos. Chocaron de frente contra un coche y ella se partió el cuello. Fue el 14 de junio de 1994.

Desde aquel día me fui distanciando un poco de mi familia. Contratamos un abogado para recibir el dinero de la empresa donde trabajaba mi madre. Como tanto yo como mi hermano éramos menores necesitábamos de un abogado que nos representase y depositase el dinero en una cuenta en el banco. Sólo existía una posibilidad para no tener que esperar a ser mayores de edad, y era casarse. Fue Everton quien me hizo la cabeza con esa historia. Y así fue como nos casamos.

Enseguida cobré el dinero. Once mil reales. Mi marido dejó su trabajo, compró un coche y se asoció con mi tío, que era pastelero, para ir a repartir la mercancía. Al principio, le fue bien. Pero, el negocio duró poco.

En aquel tiempo yo estaba embarazada y fue cuando descubrí que Everton tenía otra chica, y que también la había dejado embarazada. Una tarde me lo confesó todo.

El 19 de noviembre de 1995 nació mi hijo. Conocí a la otra mujer, y le dije a Everton que debía hacerse cargo también de aquella niña, porque ella no tenía culpa alguna. Y Everton empezó a pasarle una pensión todos los meses. El dinero se fue acabando... Everton vendió el coche y compró una moto. Luego, vendió la moto y compró una bicicleta. Fue divertido... Pero, las cosas en casa ya iban mal. Everton tenía problemas de dinero y también problemas con mi familia. Yo también tuve una pelea con mi suegra, y después de eso nos marchamos de aquella casa. Yo no quería quedarme más tiempo allí. Entonces, mi abuela me ofreció su casa. Y nos mudamos.

Everton y yo teníamos continuas discusiones. Hasta que cuando mi hijo tuvo tres años, me separé. Everton se marchó y yo me quedé con mis hijos en casa de mi abuela. Después de cuatro meses volví con él. Fue mi tía que me hizo la cabeza... Siempre diciéndome que tenía que volver con él. Me fui a vivir con él a la ciudad de Abadiana de Goiás. Me quedé allí cuatro meses.

En marzo de 2000 Everton decidió marcharse para Portugal. Me dijo que si todo salía bien yo podría ir más tarde en noviembre. Me llamaba todos los días. Y me enviaba trescientos euros todos los meses. Cuando llegó noviembre le dije que yo no me iba para Portugal. No quería seguir más tiempo con él. Le dije que ya estaba muy lejos, que me olvidase.

Desde ese momento dejó de enviarme dinero. Ya me peleé con su familia. Me conseguí un novio. Durante ocho meses sobreviví con el dinero que todavía tenía guardado en el banco. Dejé de cuidar de mis hijos y sólo pensaba en salir de fiesta. Todos los días... Salía de lunes a lunes. Mi tío le dijo a mi abuela que un día yo iba a llegar y me iba a encontrar todas mis cosas en la puerta. Yo no quería saber de nada. Sólo fiesta, fiesta y fiesta. Un novio cada noche... Así pasé siete meses. Hasta que en abril de 2001 se acabó todo el dinero. Y cuando se termina el dinero se acaban también los amigos. No tenía ni para comer.

Una *boate* en Brasilia

En esa época me enteré de que una amiga mía estaba ganando mucho dinero trabajando en la prostitución. Entonces, fui a su casa para preguntarle si ella podría ayudarme, si podría ir yo a trabajar con ella. Pero, me contestó que no era posible, y que ella sólo estaba trabajando en una casa de familia.

Pero, otra amiga mía más tarde logró convencerla. Y una noche vinieron las dos para hablar conmigo, y ahí ya fue que me contaron todo como era. El trabajo era en una *boate* en Brasilia. Acepté. Le dije a mi familia que me marchaba para trabajar en una casa de familia, y busqué a una chica para que cuidase de mis hijos.

Me marché para Brasilia con esas dos amigas. En la *boate* había más de cien mujeres. Sólo había diputados y gente fina. En la propia *boate* no había habitaciones, sólo tenía salones y bar, pero eran dos plantas.

Cuando llegué el dueño me explicó que el club estaba abierto de lunes a viernes, que había que entrar antes de las nueve de la noche, y que ellos no se responsabilizaban de lo que sucediese fuera del hotel.

Durante la primera semana no hice nada. Me quedé sólo mirando. No tenía valor. Me daba vergüenza. Allí los servicios se hacían en hoteles. Nunca quitabas menos de cien reales, y en la misma noche podías hacer varias salidas. Una de mis amigas y yo alquilamos un apartamento. Recuerdo que

mis amigas me dijeron al cabo de unos días que tenía que trabajar, que no podía quedarme allí sentada, que si no el dueño me iba a echar. Entonces, fuimos juntas a comprar ropa, zapatos con tacones y prendas provocativas. El dueño nos exigía muy buena presencia. Tenías que estar super maquillada y con las uñas bien arregladas. Claudio, el dueño de la *boate*, se fijaba en todos esos detalles.

Empecé entonces a trabajar. Ganaba unos tres mil reales (novecientos euros) al mes. Mi familia se reconcilió conmigo. Pensaban que yo trabajaba en una casa de familia. Bueno, fingían que lo pensaban..., porque nadie se cree que una pueda ganar tanto dinero trabajando en una casa de familia.

Trabajé allí dos meses. En agosto de 2001 dejé la *boate* porque mis amigas se marcharon. Melriene para Portugal y Sheila para España. Yo no quería seguir allí sola. Sheila me arregló el asunto para que yo pudiese ir a trabajar a otra *boate*.

Era un club en la ciudad de Goiânia. Pero, era muy diferente al de Brasilia. Aquel ya era un sitio de pobres. Y además estaba sola, sin mis amigas. Me quedé trabajando allí durante un mes y medio. A mi familia le conté que había encontrado empleo en una panadería, que por eso ganaba menos dinero que antes... Yo bebía mucho entonces y consumía un montón de cocaína. Un día casi me suicidé allí en Goiânia. Salí del club a las cuatro de la madrugada y comencé a caminar sola por la calle. Gritaba que quería marcharme para Anápolis. Me puse en medio de la carretera y luego intenté tirarme de un puente. Estaba totalmente drogada. Una amiga del club pidió ayuda a todo el mundo. Desde ese día no quise regresar a aquel club. Me moría de vergüenza por el numerito que había montado.

Después de eso, regresé a Anápolis. No volví más a trabajar. Fui a casa de mi familia y comencé a preparar todo para viajar a España. Fue una vecina amiga mía la que me ayudó en todo. Ella también estaba arreglando los papeles para venir a España. Yo corrí detrás de ella. Al principio, no quería. Pero, luego aceptó ayudarme. Esta amiga ahora está casada en Bilbao.

El viaje a España

Yo quería viajar a Portugal, pero el hombre que traía a las chicas sólo traía para España. Ese hombre era un brasilero que tenía a su ex mujer en España, en León, y ella era el contacto aquí para el dueño del club.

Mi amiga me presentó a ese hombre, y yo arreglé todo con él. El dueño del club de León enviaba el billete a Brasil y yo tenía que pagarlo después cuando estuviese trabajando en el club. Glaicon me pagó los gastos del pasaporte y me compró una maleta. Me aconsejó la ropa que tenía que llevar para que me reconociesen en el aeropuerto. También me dijo que no debía colocarme en la fila en un grupo con otras chicas, para evitar llamar la atención. Me dijo que si me preguntaba la policía, tenía que dar un número de teléfono y el nombre de una chica brasilera. Les tenía que explicar que esa chica era mi prima y que se iba a casar con un español, y que yo viajaba para ir a la boda, que era en Bilbao.

Glaicon no traía a una chica sola. Teníamos que ser dos. No tuve que esperar mucho. Allí cuando la gente se entera que alguien está arreglando para viajar a Europa, enseguida vienen todos. Lenda, una vecina mía, viajó conmigo. Eso era en septiembre de 2001.

Cogí el avión en Goiânia. De Goiânia para São Paulo. Después, de São Paulo para París, y de París a Bilbao. En el aeropuerto de París la policía me preguntó un montón. Yo les dije: - No entiendo, no entiendo. Cogí el papel y se lo mostré. Entonces, me mandaron pasar. Yo iba en una fila y Lenda en otra. Pasé yo primero. Pensaba que ella iba a tener problemas y que a lo mejor la devolvían para Brasil. Estaba muy nerviosa. Llevaba también un número de teléfono y el nombre de otra chica. Su historia era que iba a cuidar de una señora. Al final, también le dejaron pasar.

Me quedé un día en Bilbao, y después me llevaron para Gijón. Allí me quedé dos días en un club. Al tercer día, vino la misma mujer que me vino a recoger al aeropuerto de Bilbao y me llevó hasta León. Allí, en León, yo iba a pagar mi billete. Ahora ni me acuerdo cuánto era en pesetas... Entonces, me encontré con Lenda, al cabo de tres días, porque ella estaba enferma y se fue a casa de un amigo. Estábamos encerradas con llave durante todo el día... No salíamos para nada.

Al cabo de una semana le dije a mi amiga que teníamos que escapar de allí. Le dije que no podía contárselo a nadie, ni siquiera a Katia, que también estaba con nosotras. Tenía que ser sólo entre ella y yo. Tres personas ya era demasiado.

Planeando la fuga

Entonces, comenzamos a planear nuestra fuga. No teníamos dinero, apenas las propinas que guardábamos de lo que nos daban los clientes. Cuando, en

el segundo fin de semana que llevaba allí, me dejaron salir de fiesta. Esa era nuestra oportunidad y se lo dije a mi amiga. Comenzamos a juntar todo el dinero que teníamos de las propinas. Pero, era muy poco. Entonces, se me ocurrió una idea y le dije a Lenda que teníamos que robar un cuchillo de la cocina para abrir la caja de monedas de la televisión. Cogí la *faca* y comencé a forzar la caja, que era de hierro. Pero, cuando conseguí abrirla nos encontramos con otra caja pequeña en el interior. Entonces, ya no pude más y decidí que nos marcharíamos igual. Ya estaba todo planeado, pero teníamos que esperar al siguiente fin de semana.

Cuando llegó ese día, *arrumamos as nosas malas* y esperamos a que cerrase el club. Aquella madrugada todas las chicas se iban de fiesta y teníamos que aprovechar a que se durmiesen los vigilantes. Ese era nuestro plan. Todas nos preguntaron si no íbamos de fiesta. No, estamos cansadas, nos vamos a dormir... Y se marcharon todas. Nosotras estábamos en la segunda planta y las ventanas estaban cerradas y aseguradas con tornillos. Utilicé la *faca* para sacar los tornillos y luego intentamos pasar las maletas por la ventana, pero no cabían... Entonces, fuimos al *banheiro* y lo intentamos desde otra ventana. Tampoco cabían... Desistimos. Lo dejamos todo y tan sólo cogimos la documentación, unas fotos y un par de vestidos cada una. Lo metimos todo en una bolsa de plástico y luego la tiramos a través de la ventana. Cuando estaba allí me parecía muy alto y le dije a mi amiga que no me atrevía a saltar. Entonces, ella me empujó. Casi me mato...

Nos quedaba una caminata de casi una hora por la carretera. Eran las cinco de la mañana y ya comenzaba el invierno, porque estábamos a finales de septiembre. Hacía mucho frío. Pero, ya estaba todo decidido. Cogeríamos un autobús de León a Madrid, y luego de Madrid a Portugal, a Lisboa. Allí nos esperaba mi ex marido. Él ya llevaba tiempo viviendo en Lisboa y ya tenía su mujer allí... Yo le llamé y le conté todo lo que estaba pasando. También llamé a mi amiga Melriene, que vivía en el sur de Portugal. Y nosotras seguíamos caminando... Teníamos miedo. Pensábamos que el dueño del club o los vigilantes vendrían a buscarnos. Por eso, cada vez que se acercaba un coche a poca velocidad nosotras nos tirábamos en el monte para escondernos. Acabamos con la ropa llena de barro y tuvimos que limpiarnos los pantalones allí en un regato. Ya no aguantábamos más de frío y de miedo...

Entonces, en el camino vimos un hotel y un coche aparcado con un hombre durmiendo dentro. Nos acercamos *e batemos na porta*. El hombre se asustó tanto... Le contamos una historia tan absurda... No se creyó nada, pero le dimos pena. Ese hombre nos llevó hasta León. Llegamos a León a las seis de la mañana y el autobús no salía hasta las nueve. Mi amiga y yo nos

escondimos en los servicios porque teníamos miedo de que pudiesen encontrarnos.

Llegamos a Madrid por la tarde. No nos alcanzaba el dinero ni para comer. Y sólo podíamos comprar un billete de tren para Portugal. Estábamos desesperadas. Entonces, telefoneé a Everton para pedirle si podría mandar un billete, pero no conseguí hablar con él. Mi amiga no sabía qué hacer. Se me ocurrió la idea de pedir dinero a la gente en la estación. Pero, nadie nos daba nada... Entonces, le dije a Lenda que lo mejor era reunir todo el dinero que teníamos y pagar a un taxi para que nos llevase hasta una carretera lo más cerca posible de Portugal, y luego seguiríamos *de carona*. Estuvimos caminando desde las cinco hasta las nueve de la noche, yendo de un sitio para otro..., con hambre, con miedo... Miedo de todo, del dueño del club, de la policía... Ya estábamos llorando cuando pasó una ambulancia. Eran las nueve y media y el conductor de la ambulancia paró y nos preguntó qué estábamos haciendo allí. Entonces, le contamos nuestra historia y le dijimos que queríamos ir para Portugal. Nos dijo que él no iba a Portugal y que aquella carretera tampoco llevaba a Portugal. Nos explicó que él iba para un sitio muy lejos y que si nosotras queríamos nos llevaría con él. No teníamos elección. Nos pagó la comida y fuimos con el hombre de la ambulancia a un sitio llamado Torre del Mar, en Málaga.

Un club en Torre del Mar

Aquel hombre nos dijo que allí había trabajo y que si queríamos él nos iba a ayudar. Llegamos a ese sitio sobre las cinco de la mañana. Entonces, nos dijo que una de nosotras podía dormir con él en el hotel y la otra en la ambulancia. Y así lo hicimos... Dormimos hasta el medio día. Después, él se marchó a trabajar y nosotras nos quedamos escondidas en el hotel. Por la noche regresó y nos llevó a cenar. Y luego nos dijo que nos llevaría a un club para que pudiésemos trabajar. Él dijo: - Si queréis ganar dinero rápido, es así.

Fuimos al club. Un asco. Sólo había cinco chicas y todas gordas y feas. Nos quedamos allí toda la noche y yo sólo me hice un pase. Dormimos en el piso del dueño del club y cuando nos despertamos buscamos un taxi y le pedimos que nos llevase a otro sitio.

El club a donde nos llevó el taxista era totalmente distinto. Allí sólo había mujeres altas, delgadas y guapas. Recuerdo que las chicas vivían allí, y que era un sitio muy limpio y también era muy cara la diaria. Esperamos a que

llegase el dueño para hablar con él y llegamos a un acuerdo. Nos quedamos allí una semana.

Al tercer día conocimos a un señor y nos fuimos a vivir a su casa, porque él decía que ayudaba a las chicas. En el piso de ese viejo había dos chicas y cuando llegamos él las echó. Julio era dueño de varias tiendas de zapatos y nos regaló un montón de zapatos. También nos regaló ropa. No entendíamos porqué lo hacía... Después de tres días con el viejo, él ya quería *ficar* conmigo o con Lenda. Ella decía que sí y me dijo: - Estamos trabajando bien, ya tenemos otra maleta de ropa y ya tenemos bastante dinero, marchémonos el fin de semana para Portugal y arreglamos todo. Y nos marchamos. Mi amiga se cortó el cabello y yo también lo corté y lo teñí de rubio, para que no nos reconocieran. Hacía más de una semana que no llamábamos a Brasil... Aquella noche, era sábado, fuimos a trabajar. Pero, a las dos de la mañana Lenda le dijo al dueño que yo me encontraba mal y que me iba a llevar a casa. Todo era mentira. Nos fuimos de fiesta al lado de la playa y a las cinco de la mañana nos fuimos al piso del viejo para arreglar nuestras cosas y hacer las maletas, antes de que él se despertase. Y así fue. Cogimos un taxi y nos fuimos para la estación de tren. Cogimos un tren para Madrid. Y llegando allí, otro para Portugal

La señora de la estación

Recuerdo que cuando estábamos en la estación de tren en Madrid, pasamos por el mismo sitio donde habíamos estado nosotras pidiendo dinero y nadie nos había dado, y allí había una señora con un niño pidiendo dinero y Lenda y yo le dimos dinero a la *criança*, y aquella mujer nos sonrió y agradeció muchas veces...

Cuando ya estábamos en el tren, llamamos a mi hermano. Todos pensaban lo peor, y mi hermano me dijo que nos estaban buscando. Yo le dije que estuviese tranquilo, que ya íbamos de camino a Portugal.

Al llegar a Lisboa, en la estación ya nos estaba esperando mi ex marido y su mujer. Fuimos para su casa y allí nos quedamos dos semanas. Intentamos encontrar un trabajo y nada... El dinero se estaba acabando. Fue entonces cuando compramos el periódico y allí vimos el anuncio.

Trabajando en Portugal

En aquel anuncio decía que se buscaban chicas para trabajar en un piso privado... Llamamos al número de teléfono, y al día siguiente fuimos hasta allí. A mi ex marido le dije que íbamos a buscar trabajo.

En el piso se cobraba más de la mitad por estar allí trabajando. Entonces, no quisimos quedarnos y buscamos otro sitio. Fuimos a un club que estaba a ocho horas de Lisboa. En el club se daba hospedaje. Llamamos a Everton y le dijimos que habíamos encontrado trabajo en un restaurante.

Cuando llegamos al club, nos dimos cuenta de que aquel lugar era un *lúxo*. Lenda sólo trabajó dos días. En el club conocimos a un brasilero y ella se fue a vivir con él. Yo me quedé trabajando. Al cabo de una semana, mi amiga quería marcharse de allí y yo no. Yo no quería irme porque el dueño del hotel donde dormía me estaba ayudando. Él era casado. Entonces, el brasilero le dio dinero a Lenda y yo llamé a otra amiga que trabajaba en un club de una brasilera de mi ciudad. Le dije que le iba a mandar a la chica que había venido conmigo de España. Ellas estuvieron de acuerdo. Entonces, Lenda se marchó sola. Después de quince días, me contó que estaba trabajando muy bien en aquel club. Y por eso decidí marcharme también para allí.

Nos quedamos en ese club dos meses. Después, cambiamos de club. Era un club de la misma dueña. Lenda estaba liada con un portugués y la madre del chico estaba causando problemas... Al segundo día que estábamos en el otro club yo conocí a un chico. Tres días después me fui a vivir con él y ya dejé de trabajar. Mi amiga se fue para otro club y nosotras seguíamos en contacto por teléfono. Lenda y yo hablábamos todos los días. No comentábamos la locura que habíamos cometido. En el club había chicas bonitas que llevaban tres o hasta seis meses pagando billete.

Estuve viviendo en Braga con el portugués hasta finales de octubre de 2002. Luego, me cansé porque él me mentía mucho. Entonces, le dije que quería regresar a Brasil para ver a mis hijos y él me dijo que compraría mi billete y que después de dos semanas él también viajaría a mi país. Él tiene un hijo con una brasilera, Cinthia. Yo la conocí. Vive cerca de mi ciudad.

El regreso a Brasil

En noviembre de 2002 viajé a Brasil. Manoel también viajó dos semanas más tarde y se quedó en mi casa durante veinte días. A mi familia les

encantó él. Lenda también viajó en aquella época a Brasil. Ella llevaba dinero, pero yo no. Sin embargo, cuando ella llegó a su casa se dio cuenta de que su madre y su hermana le habían robado casi todo el dinero. Por eso sólo estuvo veinte días y después ya regresó para Portugal. Desde entonces no he vuelto a verla nunca más. Mi amiga Lenda... Tantas cosas que hemos pasado juntas... Hemos hablado algunas veces por teléfono, pero hace ya bastante tiempo que no sé dónde está.

Durante el tiempo que estuve en Portugal también fui conociendo a otras personas. Allí conocí a Naiara y desde entonces nos hicimos muy amigas. Éramos como hermanas. Todo lo que necesitaba, ella lo hacía por mí. Dinero, todo... Y yo con ella igual. Pasamos dos años sin vernos, pero siempre hablábamos por teléfono. En noviembre de 2004 ella vino a España para verme y ahora, cuando hice mi aniversario, en junio, fui a verla a ella.

Bueno, me quedé en Brasil cinco meses. Y después, me fui para Suiza con una amiga de infancia. Y de allí de nuevo para Portugal. En Portugal nos esperaba otra amiga de toda la vida.

El viaje a Suiza y la deportación

En Suiza estuve durante trece días trabajando en la calle, en Zürich. Trabajábamos mi amiga y yo. Diva, mi otra amiga, estaba casada. Llamé por teléfono a Naiara y le dije que iría para Portugal el primer lunes de abril. Ella me dijo que me esperaba. Le dije también que llevaría a mi amiga.

Viajaríamos para Portugal un lunes. Pero, el domingo por la tarde cuando fui a telefonar a Brasil, vino la policía y me detuvieron. Me pidieron la documentación. Me registraron. Me acusaron de prostituta. Yo les dije que estaba viviendo con una amiga y su marido. Entonces, me llevaron hasta el piso para preguntar por mi maleta. Cuando llegamos, mi amiga estaba durmiendo en el otro piso, en el que nosotras compartíamos para vivir y trabajar. En el piso de Diva, cuando la policía llamó a la puerta, fue el marido quien abrió. La policía le preguntó si yo vivía allí, y él contestó que no.

Entonces, me detuvieron. Estuve detenida durante cuatro días y después me deportaron. Diva me llamó y me dijo que iba a buscarme a un abogado. Pero, el abogado nunca llegó...

Regresé a Brasil. Me quedé en Anápolis durante siete meses. Estuve enferma, malísima. Todos me decían que Diva era una mala amiga, pero no les hice caso. Arreglé de nuevo mis cosas para viajar otra vez a España.

Segundo viaje a España

Vinimos cuatro amigas juntas. Viajamos de Goiânia a São Paulo, luego a París y de París a Bilbao y a León. Fuimos para un club en León. Allí tenían más o menos unas diez chicas de mi ciudad. Todas habían venido a través de la misma persona. Viajamos a comienzos de 2003 y llegamos pagando tres mil euros. Una de las chicas que venía conmigo, se escapó con un traficante búlgaro que trabajaba para varios clubes. Ella se enamoró y después de una semana, él la sacó de allí y la llevó para otro club, allí mismo en León. Se quedó allí y perdimos el contacto con ella. Sólo nos la volvimos a encontrar a finales del año pasado cuando ella vino para Ribadeo a trabajar con nosotras.

Pagamos el billete yo y mi amiga de Suiza en un mes y veinte días. Otra de mis amigas no lo consiguió. Salimos del club y la sacamos a ella y a otras cinco *meninas*, todas sin pagar el billete. Dos se quedaron en León y nosotras tres nos vinimos para Galicia con otras tres chicas.

Fuimos a trabajar al “Clangor” en Ribadeo. Ese fue el club donde más tiempo he estado trabajando. Ahora está cerrado. Lo cerró la policía por problemas... Trabajé allí nueve meses, hasta octubre de 2004, cuando me marché para Lugo. Pero, después volví a trabajar allí otras veces.

Una de mis amigas no quería quedarse en España. Entonces, telefoneé al chico con el que había vivido en Portugal y le dije que buscara un lugar para que mi amiga pudiese trabajar. Él lo buscó y ella se marchó con otras dos chicas a Braga. Se quedaron allí veinte días, pero no les gustó y volvieron. Mi amiga se quedó allí unos meses, conoció a un chico y se fue a vivir con él, no sé cuánto tiempo. Luego se fue a Brasil, casi a finales del año pasado, y regresó hace unos tres meses para vivir con ese chico en Portugal. Hablo con ella algunas veces y ella me dice que está bien.

Con mi amiga de Suiza alquilé un piso en Foz y allí vivimos tres meses. Después, ella se marchó y yo me fui a vivir con otra chica en Ribadeo. Casi no hablamos durante el verano pasado por culpa de otras chicas, drogas y celos.

En octubre de 2004 me fui para Lugo. Fui sola para el “Erótica” porque allí había chicas que yo ya conocía del “Clangor”. Me quedé dos meses y medio en el “Erótica”. Después, en diciembre tuve que volver a Ribadeo porque Maica estaba muy mal. Se había quedado embarazada y se drogaba mucho. Ella no se enteró de que estaba embarazada hasta pasar un mes y medio, y fue ingresada a toda prisa en el hospital de Burela. Entonces, me llamaron otras chicas y me lo contaron todo. Yo también hablé con Maica y me pidió que fuese a vivir con ella porque no se fiaba de ninguna otra persona.

Maica y yo estuvimos viviendo juntas durante tres meses. Luego, ella se marchó para Brasil para tener allí a su hija. Y yo me quedé un tiempo sin trabajar. A veces trabajaba en el “Clangor”. Pero, después ya volví para Lugo.

En Lugo estuve trabajando en el piso de Sandra durante dos meses. Después, me fui a trabajar a otro club de Ribadeo, porque el “Clangor” ya lo habían cerrado. Y en agosto de 2005 me fui a Asturias. Primero estuve trabajando en un club en Gijón y luego monté mi piso en Avilés con Naiara.

Ahora estoy ansiosa por regresar a mi país. Echo mucho de menos a mis hijos y ya conseguí algo de lo que vine a buscar aquí. Cuando me vaya espero no tener que volver para prostituirme, porque esto no es vida para nadie. Trabajar en la prostitución no da tanto dinero como nos dicen a nosotras antes de venir. Me gustaría volver y tener una vida normal, tal vez aquí mismo. No sé si me quedaré en Brasil o si volveré a España. No sé nada... Sólo espero que sea mejor de lo que ya he vivido. Pero, tenemos que vivir todo lo bueno y lo malo, porque la vida no está hecha sólo de cosas buenas y sí de realidad.

LUANA

Infancia

Mi infancia fue buena. No era ese tipo de infancia en la que los padres se pelean y así. Éramos seis hermanos. Nací en Ouro Preto, una ciudad en el interior de Rondônia en el año 1977. Al principio vivíamos en la ciudad y después, al cabo de unos años, nos trasladamos a un *sítio*, a unos dos kilómetros de la ciudad. Mi infancia era todo *beleza*. Me llevaba bien con mis padres, con mis hermanos, con mis amigas... Mi infancia ha sido la mejor época de mi vida. Hasta los catorce años más o menos. Actualmente, todos mis hermanos están casados y tienen su vida. Sólo quedan en Ouro Preto mis padres y dos nietos. Y yo he sido la única que me he marchado de mi país.

Recuerdo con especial cariño las fiestas y los aniversarios donde nos reuníamos toda la familia, mis abuelos, mis tíos, mis amigos... Yo tenía muchos amigos.

Estudí hasta la octava serie. Sólo deje los estudios al casarme. Me casé con dieciocho años. Mi padre siempre quiso que estudiásemos, siempre nos dio apoyo a todos sus hijos para que estudiásemos. Decía que deseaba darnos la oportunidad que él no había tenido.

Adolescencia

Cuando cumplí catorce años comencé esa etapa difícil de querer ser independiente, de no seguir los consejos de los padres, de empezar a enamorarme...

Hasta los quince no tuve un novio fijo, de llevar a casa y mostrarlo a mi familia. Todo era a escondidas. Sólo cuando cumplí diecisiete años me escapé de casa. Conocí a un chico en una fiesta, un churrasco que hicimos en casa de una amiga. Él era mayor que yo, tenía entonces treinta y dos años. Comenzamos a salir. Todo a escondidas. Él era casado y con total seguridad eso mi padre no lo iba a aceptar. Además, Claudio tenía fama de *namorador* en la ciudad y la verdad mi padre no iba a aceptarlo y pensaría que sólo quería aprovecharse de mí.

Salimos durante tres meses a escondidas. Cuando mis padres se marchaban para la iglesia los fines de semana, yo aprovechaba para estar con él. Otras

veces les decía que me iba a casa de una amiga. De esa forma mi familia no se enteraba de nada.

Yo estaba muy enamorada. Claudio quería ir a mi casa. Pero, a mí me daba miedo. Así que la única opción era marcharnos para ir a vivir juntos. Fue un domingo 7 de octubre de 1996. Quedamos que él vendría a buscarme a las once de la noche. En mi casa todos estaban durmiendo, y yo me fui con lo puesto, sin maleta ni nada. Nos fuimos para otra ciudad, a unos ciento cincuenta kilómetros de Ouro Preto. Durante el viaje me entró remordimiento. Pensé en mi padre y en la buena educación que me había dado. Pero, por otro lado, también estaba muy enamorada... Al final, decidí continuar. Ganó el amor. Y Claudio y yo nos quedamos a vivir en la casa de unos tíos suyos.

Antes de marcharme, le dejé una carta a mi madre donde le explicaba todo lo que había pasado. Le escribí que estaba bien y que ya me pondría en contacto con ellos más adelante. Cuando mis padres leyeron la carta se pusieron como locos. Pensaban que mi novio sólo quería aprovecharse de mí y querían denunciarlo.

Al cabo de una semana hablé por teléfono con mis padres. Estaban muy nerviosos y no entendían la situación. Por eso decidimos regresar para hablar con mi familia. Entonces, Claudio le dijo a mi padre que me quería, que estuviese tranquilo, que iba a cuidar de mí. Y mi padre le dijo que si quería asumir su responsabilidad teníamos que casarnos. Y él dijo que sí. Pero, que tenía que tener un poco de paciencia porque todavía no le había salido el divorcio con su anterior mujer.

Mis padres se quedaron un poco más tranquilos, aunque la relación se enfrió. Mi padre me lo echaba en cara, haberme marchado de casa así, de esa manera. Nosotros regresamos a la ciudad para vivir juntos. Claudio tenía un negocio y yo cuidaba de casa. Al comienzo todo fue bien. Era muy celoso. Cuando llegaba a casa me interrogaba sobre todas las personas que había visto, y miraba al suelo por si había rastro de huellas o de motos. Esto no me gustaba. Claudio tampoco aceptó que yo siguiese estudiando. Decía que ahora que me había casado, tenía que quitarme de la cabeza todas esas cosas. Y de mis amigas no quería saber nada. Decía que yo ahora era una persona nueva y que tenía que aceptar mis nuevas responsabilidades.

Él era responsable en el trabajo y en la casa. No tengo nada que reprocharle en cuanto a eso. Pero, al poco de comenzar a vivir juntos ya me di cuenta de que era un hombre muy celoso y muy exigente. De ahí yo fui soportado. Fue pasando el tiempo... Como era tan desconfiado empezó a llevarme con

él durante todo el día, para que no me quedase sola en casa. Al principio, también me gustaba salir. Pero, no entendía aquella desconfianza tan grande.

Una pesadilla

Al cabo de dos años y medio mi vida se convirtió en una pesadilla. A veces yo quería quedarme en casa y él no me dejaba. Tenía que estar con él las veinticuatro horas. Apenas tenía relación con mi familia. A él no le gustaba.

Con diecinueve años me quedé embarazada. Yo no había pensado en tener hijos. Quería dejarlo para más tarde. Tomaba anti-conceptivos y cuando dejé de tomarlos me quedé embarazada. Pensaba que ya no me iba a quedar embarazada. Pero, después de tres meses *engravidéi*.

Hice el test de embarazo y dio positivo. Pensé: no era para ahora, pero ya que ha ocurrido, pues adelante. Mi embarazo fue bien hasta que tuve dos comienzos de aborto a los cinco meses. Fui al médico y gracias a él no perdí al niño. Me dijo que tenía que guardar reposo y no debía hacer esfuerzos.

A los siete meses mi médico me dijo que iba a tener gemelos. Me quedé toda asustada. Al final, no eran gemelos, sino que mi hija venía toda atravesada. Cuando empecé a engordar, Claudio dejó de querer que lo acompañase. Yo no lo entendía. En aquel momento sentía mucha necesidad de cariño y también de tener relaciones con él, y él, en cambio, me rechazaba. No me daba ningún tipo de atención y yo me sentía muy mal.

El 30 de mayo de 1999 nació mi hija. Él no quiso acompañarme al hospital. Fue mi madre quien estuvo a mi lado todo el tiempo. Él sólo me llamaba por teléfono. Mi madre esperaba que tuviese gemelos, y cuando vio sólo a la niña pensó que el otro había fallecido. Después, el médico le explicó todo.

El lunes por la tarde vino él a vernos. La niña nació negra como el padre. Cuando la vio dijo: - Ahora estoy seguro de que es hija mía. Él no se daba cuenta de que con satisfacer las necesidades económicas en casa no era suficiente y que yo también necesitaba cariño y atenciones.

Después de nacer la niña, Claudio comenzó a salir con los amigos. Andaba con otras mujeres y yo sentía rabia. Una amiga me contó un día que él ya

tenía otra mujer desde mi embarazo. Entonces, comenzamos a discutir y a pelearnos. Un día tuvimos una discusión muy fea y hablamos por primera vez de separarnos. Me dijo que podía marcharme, pero que no iba a dejarme que me llevase a la niña. Al final no nos separamos. Él quería mucho a la niña.

Y el tiempo fue pasando... Aguantaba todo lo que pasaba. Claudio salía con otras mujeres y no lo admitía. Me decía que no hiciese caso de lo que dijese la gente, que sólo eran tonterías. Fue así que fui dejando de quererle. Una semana bien, un mes intrigados... Fue pasando el tiempo y todo igual.

Cuando mi hija cumplió diez meses pensé seriamente en la posibilidad de separarme. Era una época en la que mucha gente viajaba para el Japón. Mujeres de todas las edades y especies. Muchas de mi ciudad se marcharon. Yo creo que es la misma historia que aquí en Europa. Aunque nadie cuando regresa a Brasil dice que ha estado trabajando en la prostitución. Pero, pensando en mi hija decidí quedarme.

Más tarde cambié mi forma de pensar. Me dije: no voy a seguir sufriendo por este hombre. Cambié totalmente mi cabeza. Empecé a ir a visitar a mi familia, volví a contactar con mis amigas y decidí continuar mis estudios. Después, él comenzó a preocuparse conmigo y de nuevo a tener celos. Me reprochaba mi forma de vestir y volvieron de nuevo las discusiones.

Fue pasando, pasando el tiempo... Y siempre él igual. Yo discutía a veces con otras mujeres. Y él desmentía todo. Pero, yo ya no me dejaba dominar tan fácil. Él a veces pasaba hasta quince días sin regresar a casa...

En el 2001 mi hija ya estaba con tres añitos. Y yo decidí marcharme para otra ciudad. Claudio y yo nos separamos. Él me ofreció un salario mínimo para mi hija y yo acepté, pues pensaba en continuar mis estudios y buscar trabajo. Deseaba cuidar de mi vida. Entonces, él empezó a llamarme por teléfono. Y yo no quería saber más nada de él. No aceptaba que yo pudiese, que fuese capaz de seguir mi camino sin su ayuda.

Pero luego, como mi hija sentía la falta de su padre, empecé a sentirme mal y decidí volver con él. Y las peleas otra vez... Él quería entonces que yo le diese otro hijo. Le dije que no estaba loca y empecé a tomar inyecciones. No quería de ningún modo más hijos. Creo que él insistía para que así si me cargaba de hijos tal vez pensaba que iba a poder dominarme mejor, que yo iba a depender más de él. Fui al médico y me aconsejó colocar un DIU.

Viajar a España

Cuando mi hija cumplió cinco años fue cuando yo empecé a pensar en la posibilidad de viajar a España. Yo conocía a una señora que había viajado a España y que luego volvió a Rondônia sólo para vender sus propiedades. Me contó que en España la vida era mejor, aunque era difícil encontrar trabajo. Yo le dije que estaba decidida a trabajar en cualquier cosa. Y mi matrimonio ya no tenía ningún sentido. Hablé también con otra amiga que ya llevaba un tiempo viviendo en España. Me dijo que podía venir, que aquí había muchas posibilidades.

Mi marido estaba ya con otra mujer. Le dije que me marchaba a España. La otra chica sólo tenía quince años. Discutimos y me pegó. Me humilló mucho. Afortunadamente, mi hija no estaba presente. Nunca me había puesto la mano encima. Le dije que era la primera y la última vez.

Para mí resultaba más humillante seguir viviendo allí con mi marido que no venir aquí para trabajar en la prostitución. Sobre todo, después de que él me pegase. Porque yo no había visto nunca eso en mi familia. Mi padre siempre ha tratado muy bien a mi madre y no admitía ese tipo de cosas.

Mi ex marido me dio siete mil reales (unos tres mil euros en la época). Fue un acuerdo entre nosotros. Con parte de ese dinero me pagué el billete. Cuando fui a la agencia en Ouro Preto para comprar el billete me dieron información general. Me dijeron que viajaría como turista y que no necesitaba traer mucho equipaje.

No tuve ningún problema durante el viaje. Pero, una amiga que viajaba conmigo, como se puso muy nerviosa, la pararon en Madrid y le hicieron un montón de preguntas: que a dónde iba, por cuánto tiempo iba a estar, etc. Después la soltaron. Luego, nos marchamos en otro vuelo de Madrid a Santiago. En Santiago nos esperaba Pamela, mi amiga de Ouro Preto, que estaba con dos chicos. Por el viaje en coche de Santiago a Lugo mi amiga nos cobró trescientos euros (ciento cincuenta a cada una). Sí, *uma ótima amiga...* Y nos llevaron a un piso.

Cuando llegamos nos enseñaron nuestra habitación y otra chica nos explicó que ella era la encargada del piso. Nos dijo que aquí la gente para sobrevivir tenía que prostituirse. A mí me entró el pánico. Ella nos explicó que hiciésemos lo que quisiésemos, que sólo trabajaríamos si nosotras queríamos. Yo no sabía muy bien qué responder. Ella me dijo: - No es tan difícil, los clientes no maltratan a nadie, pero hay que ganar el dinero con el propio cuerpo. Me quedé una semana en el piso en la Ronda das Fontiñas

sin trabajar. Probé a buscar un trabajo. Bia me dio la dirección de Cáritas y fui. Me hicieron una ficha. Pero, no encontré nada.

Luego, a la semana siguiente, Bia, la encargada del piso, se marchó para Portugal a pasar las Navidades en casa de la familia de su novio. Nos explicó cómo era el trabajo en el piso y nos dijo que decidiésemos durante esa semana. Nos quedamos en el piso Cristina, Pamela y yo. Pamela se pasaba todo el tiempo encerrada en la habitación, durmiendo y metiendo coca, y saliendo luego de fiesta por las noches. Nos pedía dinero prestado. Me dejó sin dinero. Decía: - Mañana te lo devuelvo. Así todos los días. Gastando todo en la droga. A mí me cogió quinientos euros y a Cristina doscientos. Nunca más.

Decidimos comenzar a trabajar. Cristina consiguió un puesto de cocinera en “El Paso”. Ella quería que le acompañase, pero sólo tenía la posibilidad de trabajar en el salón. No tuve valor. Y no fui. Preferí quedarme en el piso. Cuando llegó Bia de Portugal me propuso que compartiésemos los gastos del piso. Le dije que no tenía dinero, porque se lo había dejado todo a Pamela y todavía no me lo había devuelto. Ni me lo devolvió jamás. Bia fue a buscar a Pam a la habitación y discutieron bien fuerte. Más tarde, Pam cuando venció el alquiler se marchó del piso.

Trabajando en el piso

Bia colocó un anuncio en “El Pograma”. No sé ni cómo era. Yo entonces no entendía nada y Bia lo colocó de la forma del anuncio de ella. Llamaban muchos hombres. El teléfono lo atendía Bia y ella siempre decía que tenía una amiga.

La primera vez entré temblando en la habitación. No sabía ni qué decirle a aquel hombre. Bia me decía: - Imagínate que es tu marido... Resultaba muy difícil. El cliente me preguntó que porqué estaba tan nerviosa. Bia le explicó que yo acababa de llegar de Brasil. Recuerdo que me trató bien. Pero, los nervios me duraron los diez días que estuve allí trabajando en el piso.

Mi marido me telefoneaba a todas horas. Me imploraba que regresase, que iba a cambiar, que todo sería diferente... Le dije que estaba trabajando cuidando a una señora. Bia me aconsejó que hiciese lo que realmente deseaba, que si todavía le quería me fuese con él, y que si ya no sentía nada me quedase en el piso. Pero, al final tenía tanta confusión en mi cabeza que decidí dejarlo. Pensaba que jamás lograría acostumbrarme a esta vida. Me

parecía que todo el mundo estaba loco. Así que decidí regresar a mi país. Le dije: - Bia, voy a volver, no creo que pueda acostumbrarme a esto. Y ella me contestó: - Yo no estoy aquí por gusto, tengo cuatro hijos en Brasil y tengo que luchar por ellos. - No, voy a regresar.

Dos meses en Brasil

Bia me aconsejó y me dijo también que si algún día decidía volver a España que podía contar con ella. Regresé a Brasil el 11 de enero de 2004. Mi marido me vino a recoger al aeropuerto. Cuando lo vi, sentí que quería morirme. Ya estaba arrepentida de mi regreso. Sentía una enorme rabia hacia él. Le dije que tuviese claro que volvía sólo por mi hija, no por él.

Claudio me fue envolviendo. Yo quería irme a casa de mi madre, y él que no, que no tenía necesidad, que me quedase un poco más. Me pidió que nos casásemos con papeles. Yo le cogí odio y hasta asco. Pensaba para mí que era mucho mejor volver a la prostitución, que no seguir con aquel hombre. Al final, me amenazó. Me dijo que si no me quedaba con él, me mataría.

Llamé de nuevo a Bia. Le dije que quería regresar a España. Hablé con mi madre sobre mi hija. Pagué ochocientos euros por el billete y me vine a escondidas de mi marido.

El regreso a España

Salí un diecisiete de marzo muy temprano. Mi marido se volvió loco. Viajé otra vez como turista. Cuando llegué a Santiago cogí un taxi para ir a Lugo. Llevaba la dirección del nuevo piso. También en la Ronda das Fontiñas, pero ahora más arriba.

Al día siguiente ya empecé a trabajar. Para dividir el alquiler sólo éramos Bia y yo. Y luego había unas tres chicas que venían al piso sólo para trabajar. Fui trabajando bien... Así, poco a poco. Nunca me faltó el dinero. Siempre trabajaba. Ahora tenía claro que prefería trabajar en la prostitución que estar con aquel hombre. Trabajaba las veinticuatro horas...

La propuesta

Cuando faltaba un poco para cumplir un mes en el piso, apareció un viejo. Me hizo una propuesta. Me dijo que yo le había gustado mucho, que si

quería me ayudaría, pero que tenía que cumplir una condición. Tenía que dejar la prostitución. Me dijo que no tenía tiempo, que yo podía buscar un piso para alquilar y que él me pagaría todos los meses dos mil euros para mis gastos y para enviar a mi país.

No lo pensé más. Acepté al momento. Ese mismo día me dio seiscientos euros y me dijo que comprase un móvil privado. Cuando se lo conté a mis amigas, me dijeron que tuviese cuidado, que no me fiase demasiado. Les parecía un poco extraño el comportamiento del viejo.

Como yo no encontraba un piso para alquilar debido a que era extranjera y sin papeles, el viejo me pagó un hotel. La verdad sólo fui a dos inmobiliarias, aunque a él le dije que andaba buscando todo el día.

Mis amigas me aconsejaron que siguiese trabajando, que no podía estar perdiendo el tiempo, y que el dinero del hotel me lo podía guardar y quedarme igual en el piso.

El viejo me advirtió que si yo le mentía todo se acabaría. Cuando me preguntaba si yo estaba trabajando, le decía que no, que sólo ayudaba en el piso con las labores domésticas. Pero, aquel viejo era experto y mandó a un amigo al piso. Fue así como me descubrió. Me llamó mentirosa y cínica. Intenté desmentirle, pero no lo conseguí. Mis amigas se quedaron bobas. No esperaban la reacción de aquel hombre. El viejo me dijo que todo se había acabado, que no lo llamase nunca más. Me arrepentí tanto... Me dejé llevar por mis amigas y cometí un gran error.

Al cabo de cuatro días lo volví a llamar por teléfono. Yo estaba muy arrepentida. Pero, él me dijo que desistiese, que yo había incumplido el trato que teníamos y que ya no tenía ninguna confianza en mí. Después de esa conversación no volví a llamarlo ni a molestarlo. Ya estaba hecho.

Los clubes

Desde entonces conocí a muchos hombres que me ofrecieron su ayuda. Pero, sólo para aprovecharse de mí. Todos me decían que me ayudarían con los papeles. Pero, no era verdad.

Después, conocí a Julián. Lo conocí como cliente cuando fui a trabajar a “El Rayo de Luna”. En el piso estuve trabajando seguido unos ocho meses. Trabajaba las veinticuatro horas, durante el día, por la noche... Si trabajaba bien por el día ya no trabajaba por la noche. Vivíamos en el piso Bia y yo.

Dividíamos el alquiler y los gastos. El dinero de los pases era todo para nosotras. En aquella época cobrábamos diez euros de las chicas por cada pase. Gané bastante dinero.

Después, fue decayendo el ritmo de trabajo. Cuando el trabajo estaba bien yo podía hacer seis o siete pases. Fue luego, hacia el verano del año pasado (2004) cuando descendió el trabajo. Por eso decidimos ir a probar al club.

Bia ya había trabajado en clubes. Y fuimos a “El Pato” en Sarria. Pero, allí el trabajo era muy diferente. No me gustaba la forma de trabajar. En el club tienes que perder mucho tiempo intentando convencer a los clientes. Es un trabajo muy distinto. A pesar de todo, me quedé un mes trabajando en el club. Luego, volví al piso.

En “El Pato” la mayoría de las chicas eran brasileñas. Sólo había una colombiana y una dominicana. Era un club tranquilo, sin problemas. Después, fui a “El Rayo de Luna”. Allí ya era diferente. Era un ambiente más pesado. Chicas rumanas, africanas, de todos los sitios. Algunas muy locas, bebiendo a toda hora... A veces me quedaba sentada en el salón observando a todo el mundo, a las chicas, a los hombres... Había noches que me las pasaba pensando, casi sin trabajar.

En “El Rayo de Luna” estuve trabajando tres meses. De todas formas, trabajé bien. El peor día hacía dos o tres pases. Era raro acostarse sin hacer nada. Pero, en ese club hay demasiado barullo, gente a todas horas entrando y saliendo de las habitaciones... Durante todo el tiempo que estuve allí no tengo nada de que quejarme, ni de Ramiro ni de Paula. Conmigo se portaron muy bien. Sé que ellos tuvieron algún problema con unas chicas brasileñas, pero conmigo no. No tengo nada que reclamarles.

Los clientes

En los pisos te respetan más. Es muy diferente. En los clubes los hombres son más pesados. Si el mínimo del pase son cuarenta euros, ellos quieren subir a la habitación por veinte. En cambio, en el piso llegan y te pagan el precio directo. No te dan dolores de cabeza. Si vienen con dinero pasan a la habitación. Si no tienen cincuenta euros por ejemplo, y vienen con cuarenta euros, tú decides. Eso es ya una decisión de cada una.

Mientras estuve trabajando en “El Rayo de Luna” fue cuando conocí a Julián. Al principio, fue un cliente más. Él me pagó unas salidas. En el club también se quedaba conmigo. Hasta ese momento todo bien. Cuando

comenzamos a salir ya vinieron los problemas. Al cabo de dos meses de conocernos ya me pidió que dejase de trabajar en el club. Yo le dije que no tenía nada que ver. Él me decía que no se sentía bien a causa de sus amigos. Él insistía en que dejase “El Rayo de Luna”.

Como Julián me insistió tanto, dejé el club y seguí trabajando en el piso. Julián ya empezó a organizarme la vida, comiéndome la cabeza a todas horas. Yo le dije que no había venido a España para ir de fiesta y salir de copas, que había venido para trabajar y ganar dinero. Fue entonces cuando salió la nueva ley y él me ofreció su ayuda con los papeles. Me dijo que estuviese tranquila, que podía despreocuparme. Pero, un día vino y me pidió que me casase con él. Fuimos a un restaurante a comer. Sacó un anillo de la chaqueta y me lo puso en el dedo. Me preguntó si era consciente de lo que significaba aquello. Le contesté que si él quería aceptaba el anillo como un regalo, pero que no deseaba ningún compromiso. Se quedó muy dolido. Me dijo que podíamos casarnos igual, para que yo sacase los papeles y que luego me daría el divorcio. Le contesté que no. Aquello no tenía sentido para mí. Yo no deseaba casarme con nadie por papeles. Ahí se terminó mi relación con Julián. Más tarde, supe que él se envolvió con Joise. A los pocos días...

Después, en el mes de noviembre de 2004 me fui a trabajar a Cuenca. Una amiga mía me dijo que fuese para allá, que se trabajaba muy bien. Viajé en autobús hasta Madrid. Allí me vinieron a buscar. Era un club bien organizado. Se trabajaba desde las cinco de la tarde hasta las cuatro de la madrugada. Los fines de semana hasta más tarde. Exigían mucha puntualidad. Si te pasabas más de diez minutos en descender las escaleras al salón te ponían una multa de veinte euros y no podías trabajar aquella noche. Había unas sesenta mujeres trabajando allí. Sólo éramos tres brasileras. Había muchas paraguayas y rumanas.

Me quedé en ese club dos semanas. Trabajé bien. Gané mucho dinero también en las copas. El problema fue que mientras estuve allí los de Extranjería *bateron* tres veces en el club. Ellos andaban detrás del tráfico de mujeres que al parecer había con las paraguayas. Por eso decidí marcharme.

De Cuenca ya me volví para Lugo. Y aquí empecé a trabajar en este piso con Erika. Nosotras nos llevamos muy bien y de momento, el piso funciona. Hemos hablado también de la posibilidad de poner un negocio juntas, tal vez una cafetería, pero yo lo veo un poco complicado. Hasta que no saque mis papeles no voy a poder hacer nada.

BIA

Mi vida en Brasil

Nací el 20 de febrero de 1964 en una pequeña localidad del interior del Estado de São Paulo. Lo que más recuerdo de mi infancia es la vida con mis abuelos.

Somos dos hermanas, yo soy la mayor. Mi padre era un drogado, borracho perdido, y le pegaba a mi madre. Apenas tengo recuerdos de él. Mi madre se separó de él cuando yo tenía dos años y mi padre sólo hacía visitas esporádicas. Mi madre trabajaba como interna. Mi madre trabajaba para que nosotras pudiésemos estudiar.

Cuando yo tenía quince años, mi madre enfermó gravemente de neumonía y entonces nosotras teníamos que hacer el trabajo de casa. Por eso nos fuimos a vivir a casa de mis abuelos, hasta que mi madre se curó. Cuando mi madre se restableció ella volvió a trabajar. Estuvo durante un tiempo cortando caña y luego volvió a trabajar de doméstica. Gracias a ella mi hermana y yo pudimos llegar a estudiar en la universidad. Mi hermana Joana consiguió terminar la carrera de Pedagogía y hasta hoy ella trabaja dando clases. Yo, sin embargo, hice dos años de Historia, pero no conseguí terminar.

Después, conocí a mi marido y ya dejé los estudios. Pero, no puedo echarle la culpa a él ni a nadie, si dejé los estudios fue porque quise. Reinaldo venía de una familia muy problemática. Él consumía drogas, robaba, etc... Y yo no sabía nada. Nos conocimos en un curso de mecanografía y yo no sabía nada de su vida. Reinaldo tenía muy buena apariencia, no parecía un bandido. Pero, más tarde descubrí su historia..., bueno, más bien fue mi madre quien lo descubrió...

Yo tenía entonces dieciocho años. Y mi madre me dio un ultimátum: o me casaba con Reinaldo para no dar que hablar a la gente o me iba para un internado. Yo no entendía porqué tenía que andar escondiéndome de la gente.

Pero, al final no me casé y empecé a trabajar de secretaria en una clínica. Decidimos casarnos cuando yo tenía veinte años. Mi madre me presionaba mucho. Yo dudaba. Antes de la boda me planteaba muchas dudas. Pensaba que tal vez lo que estaba haciendo era escapar de un problema para ir a encontrarme con otro peor.

Con veintidós años tuve a mi hijo. Aquí fue cuando comenzó mi sufrimiento. Fue un embarazo sorpresa. Yo no estaba mentalizada todavía. En aquella época aún tenía la ilusión de volver a la Facultad... Reinaldo no tenía ninguna estabilidad laboral. Ningún trabajo era lo suficientemente bueno para él, y eso me desquiciaba. Yo me había casado para conseguir una tranquilidad y no la tenía.

Luego Reinaldo se marchó a otra ciudad cerca de São Paulo. Yo lo fui a buscar y lo encontré de pura casualidad. Era increíble. Había alquilado una casa en la *favela*. Sólo tenía cuatro paredes y el suelo era de tierra. Era como el croquis de una casa. Le dije: - Reinaldo, ¿cómo vamos a vivir aquí? Y él: - No, tranquila, tranquila, yo enseguida la termino. Y en apenas una semana terminó de construir la casa.

Conocí a tanta gente loca en aquella *favela*. Allí las inquietudes religiosas eran mucho más aguzadas. Había esotéricos, evangélicos, *umbanda*, etc. Allí fue donde tuve mi primer contacto con el budismo. Fue mi hermana que me trajo una revista sobre budismo. Pero, entonces no era todavía el momento para que yo entendiese las cosas, mi cabeza estaba muy confusa y no estaba preparada. Ironías, mi hermana hoy es adventista del séptimo día.

Entonces nosotros vivimos en aquella casa durante un año aproximadamente. Después, nos mudamos otra vez para São Paulo. Fuimos a vivir a casa de una amiga, Sheila, que era vedette. Para mí Sheila era una artista, aunque la verdad era más bien una prostituta de lujo. Y estaba totalmente loca. Decía que era descendiente de Jesucristo y siempre estaba haciendo rituales dentro de casa. Se levantaba a cualquier hora para rezar, vestida toda de blanco, y me decía que yo tenía un mal espiritual. Yo no sabía qué hacer.

Decidimos marcharnos de su casa y fuimos a vivir al barrio de Bellavista. Alquilé un piso y entonces resultó que aquello era un "*treme-treme*" lleno de prostitutas y de bandidos. La culpa fue toda mía porque alquilé el piso sin verlo antes. Sólo pensaba en salir de la casa de aquella loca... Prefería vivir allí en aquel edificio con las prostitutas y los drogados.

Cuando me di cuenta del sitio donde estaba viviendo empecé a sentir miedo. ¡Dios mío! Sólo había drogadictos y traficantes. Pero, allí fue donde conocí a una mujer que me propuso practicar el "*namioho-renguekjo*", que es un mantra budista. Me dijo que me veía muy triste y que sólo el budismo me podía proporcionar una paz interior. En ese primer momento Claudia me pareció una persona fanática.

En el “*treme-treme*” el alquiler del piso variaba cada mes. Aquello era una locura. Entonces, Reinaldo consiguió dinero para mudarnos. Dijo que si era un problema de dinero él lo solucionaba. Y nos fuimos para un edificio de gente normal. En aquel momento yo pensaba que todo era consecuencia del budismo y empecé a creer.

Pero, se acababan unos problemas y entonces empezaban otros. Comencé a trabajar y Reinaldo y yo nos separamos. También monté un negocio de telemárketing con una amiga. Y ahí empezaron otro tipo de problemas. Trabajamos juntas durante cuatro años, hasta que nos desentendimos. Su hermano empezó a interferir en nuestro trabajo y así empezaron los problemas. Por eso decidimos disolver la sociedad.

Después de eso trabajé en una sociedad filantrópica con población de riesgo, *meninos da rua*, enfermos de sida y eso. Yo hacía de gestora de la asociación. En aquella época en Brasil se hizo muy frecuente la creación de ONG´s para poder trabajar y aprovechar recursos, desviándose muchas veces de los objetivos originales. Por eso también mucha gente empezó a desconfiar de las ONG´s. Yo tenía un socio, Zuza, que es abogado y que era un poco novio mío. Nosotros podíamos incluso actuar en otro país, fuera de Brasil. Intentamos expandir nuestro trabajo, vendimos camisetas con el slogan “*Adote uma criança com Aid’s*” e hicimos campañas, etc. Pero, nos encontramos con un montón de burocracia. Y no funcionó. De todas formas, el dinero que conseguía daba apenas para sobrevivir.

A mí siempre me preocuparon los asuntos sociales. Mi idea era también venir aquí y hacer algo similar. Y ahí ya fue cuando Josimar me propuso la posibilidad de viajar a España. En aquella época yo también tenía bastantes problemas con mi hijo porque él andaba con malas compañías y todo eso me estaba dando muchos dolores de cabeza. Entonces, Josimar me dijo: - Bia, ven, que aquí hay muchas oportunidades y tú vas a encontrar un buen trabajo rápido. Eso fue lo que acabó de animarme.

El viaje a España

Josimar encontró trabajo para su hermana cuidando a un minusválido, que es un chico que está en una silla de ruedas y que es hijo de un empresario muy conocido de Lugo. Esto era en junio de 2003.

En la agencia me dijeron que tenían un billete por seiscientos dólares. Pero, yo no tenía dinero suficiente. Entonces, dejé de pagar la comunidad, la escuela de mi hijo, etc. Llegué a vender hasta el ordenador de mi hijo.

Hablé con mi madre. Le comenté la posibilidad de montar un centro de capacitación en España. Reservé el billete. Mi madre me ayudó y me dio el dinero que me faltaba. Y vine a España sólo con el billete. No llevaba ni un euro para llamar por teléfono. Pero, yo era totalmente inconsciente y no me preocupaba de nada.

En el avión conocí a una mujer brasilera, que es la que trabaja como doméstica en la casa de un futbolista brasilero famoso que juega en el Betis. Y ella fue quien me comentó que aquí en España las cosas no eran tan fáciles. Me dijo que tuviese mucho cuidado porque la mayoría de las brasileras venían a España para prostituirse. Josimar nunca me había hablado claramente del asunto, aunque es verdad que yo a veces ya desconfiaba.

La señora del avión me aconsejó que tuviese cuidado. Yo pensé: ¿será que esta mujer me ha visto cara de puta? Y también me preguntó si yo no traía dinero para pasar en la frontera. Como yo no llevaba nada, ahí fue cuando empecé a sentir miedo. Después, me dijo que estuviese tranquila, que me colocase en la fila con ella, que como ella era negra también, les iba a decir a la policía que yo era su sobrina. Y así fue como pasamos el control.

Afortunadamente, no me pararon ni me preguntaron nada, ni siquiera me miraron a la cara. Yo seguía muerta de miedo. Luego, mi amiga se marchó para Sevilla y me deseó suerte. Yo tenía que coger el avión para Santiago. No entendía nada. La gente gritando... Un horror.

Llegué a las once de la mañana a Santiago. Allí sí que me hicieron un montón de preguntas. Cuando cogí la maleta vinieron dos policías. Me obligaron a abrir la maleta, a enseñarles todo y empezaron a preguntarme que a dónde iba, con quién iba a estar, que si tenía dinero... Les mostré una tarjeta del BSCH, y eso fue la suerte que me salvó.

Josimar no apareció en el aeropuerto hasta las cuatro de la tarde. Como la policía no dejaba de pasar y yo estaba muerta de miedo, me fui al baño y me escondí allí durante un buen rato. Luego, cuando llegó Josimar la encontré desconocida. Ella estaba como más fría. Venía con su novio en coche y enseguida emprendimos el viaje para Lugo.

Entrar en la “*escolinha*”

Llegué a la ciudad de Lugo el 20 de junio de 2003. Sólo recuerdo despertarme un viernes. Josimar me dijo: - Ven, Bia, vamos a la discoteca en Coruña, para que conozcas. Y Josimar me llevó junto con otra brasilera, la Pamela, que es una loca de la cabeza, que ya lleva diez años aquí en España y todavía no tiene papeles. Aunque, ya hace más de un año que la gente no tiene noticias de ella y tal vez ya la hayan deportado. Pamela no sabía ni leer ni escribir, loca de todo.

Luego, Josimar se marchó y me dejó allí en la discoteca con aquella loca. Yo me sentía totalmente desubicada. Había salido del avión para entrar directamente en una discoteca. No sentía miedo porque no era consciente de la situación. Pamela me decía que tranquila, que ella controlaba. Y yo le creí. En aquel momento no la conocía...

Aquello era una *samba do crioulo doido*. Yo no sabía que ella no sabía ni leer ni escribir. Después, en la discoteca se nos acercaron unos tipos, y al cabo de un rato Pamela me dijo que nos íbamos con ellos. Yo estaba desconfiada, pero tampoco tenía mucha alternativa. Fuimos al piso. Entonces, Pamela le pidió al chico una raya. Después, llegó el primo y él decía que teníamos que decidir nosotras las parejas. Yo le contesté que no tenía que decidir nada. Pamela se fue con él y el primo conmigo. Al principio, yo parecía un *bicho do mato*, pero luego puso música y empezamos a *danzar*. Después, unos *beijinhos*, y él también comenzó a *amasarme*. Cuando terminaba la música ya parábamos y entonces se enfriaba el clima...

Al día siguiente por la noche nos trajeron a las dos a Lugo. Josimar trabajaba yendo a los clubes para peinar a las chicas. Al cabo de una semana, era un martes, Josimar me pidió que la acompañase. Me dijo que ella tenía que ir a peinar a las chicas en “La Fontana” y me pidió que fuese con ella. Me dijo que yo podía ayudar a la cocinera mientras ella peinaba. Aquel mismo día, Domingo, el primo de Roberto, los dos con los que habíamos estado en Coruña Pamela y yo, llamó a Josimar para preguntarle por mí y ella le había dicho que yo estaba trabajando en “La Fontana” aquella tarde.

Al salir del club nos fuimos a casa de Domingo en Ferrol. Paseamos por los alrededores, y cuando regresamos ya empecé a sentirme mal. Estuve una semana en su casa, enferma y temblando de fiebre. Aún hoy no sé qué me ocurrió. Domingo pensaba que era malaria, porque yo acababa de llegar. Yo creo más bien que fue un shock que mi subconsciente no supo resolver ni asimilar. Todo pasando tan rápido... Josimar me dijo: - Vete, Bia, con

ese tío, que quizás pueda ayudarte y encontrarte un trabajo. Yo pensaba un poco en todas esas cosas, y entonces aquel hombre comenzó a hablarme y a contarme todos sus problemas, que él trabajaba de electricista en el astillero, pero que apenas había trabajo, y que estaba pasando por una situación difícil en ese momento... Yo, tan ingenua, con la ilusión de que aquel hombre podía ayudarme, y estaba todavía más jodido que yo... Por eso, pienso que tal vez fue ese shock lo que me provocó la enfermedad.

Después de una semana comencé a mejorar. No recuerdo ni si tomé medicinas. Y regresé a Lugo. Entonces, Josimar me dijo: - Bia, hay que buscarse la vida. Ella primero me llevó junto a la Hermana Esperanza. La monja me dijo que tenía que traerle una foto para hacer la ficha y que luego ella me buscaría algo. Pero, aquello no dio resultado.

Yo tenía que conseguir algo de la manera que fuese. Josimar me dijo: - Bia, no puede desesperarse, usted tiene que entrar en la *escolinha*... Y comencé entonces a reflexionar, a pensar en los pros y en los contras. A mí no me importaba la opinión de la gente, sino que deseaba hacer lo que me orientase mi entendimiento. Pensé: si aquí hay tantas mujeres brasileras, colombianas, peruanas, etc, que tienen hijos en sus países y que han resuelto trabajar en la prostitución para salir adelante, ¿por qué yo iba a ser diferente?

Como soy budista, aquella noche me la pasé entera recitando mantra. Josimar no sabía siquiera que yo era budista. La religión no sirve para hacer milagros, pero sí que te ayuda interiormente, te ayuda a encarar la vida y a resolver tus problemas de la mejor forma.

Aquella noche me hice todo tipo de reflexiones. Buscaba los contras de esa opción y no los encontraba. La prostitución no es algo esencialmente negativo. No es como robar o matar. Entonces, ¿por qué no se puede hacer? La prostitución no causa ningún daño... Y fue así cómo decidí probar suerte en la prostitución.

Cuando yo estaba en Brasil mi idea de la prostitución era de que era un trabajo muy fácil. Yo veía diariamente a las *garotas de programa* trabajando en sus *pontos* de la Avenida Augusta en la ciudad de São Paulo. Veía cómo iban a la peluquería, ganaban mucho dinero y algunas incluso hacían la universidad. En la Avenida Augusta también hay muchas saunas mixtas. Esa era entonces mi concepción de la prostitución. Y todo esto me animó a entrar en la prostitución.

A la mañana siguiente, le dije a Josimar: - *Tudo bom*, búscame un lugar, que yo voy a trabajar. Me contestó que bien, que no me preocupase, que me iba a buscar un sitio. Pero, me pidió que no le dijese nada a Amadeo, su marido, porque si él se enteraba que yo trabajaba de puta me iba a echar de casa. Yo no entendía nada. De repente, la solución ya se convertía en un problema...

Comencé a trabajar en el club “Erótica”. Enseguida, Amadeo me descubrió y me hizo sentir mucha vergüenza. Una brasilera del club me dijo que era muy fácil, que sólo tenía que saludar a los hombres y preguntarles si querían follar. Pero, no era tan sencillo... Si trabajas en un club debes primero abordar y segundo convencer. Y esto no es tan sencillo. Para mí esto al principio era un asunto más verbal. Después, ya me fui dando cuenta de que el convencimiento es una cosa más bien física. Unas dicen que les masajean los hombros, otras que dan *beijinhos*, etc. Es algo mucho más físico.

Poco a poco fui aprendiendo. Estás obligada a ser una actriz. Y como en toda profesión es necesario un aprendizaje y una práctica. El sexo no es sólo abrir las piernas y follar. Es mucho más que eso. Por eso es que trabajar en la prostitución no es para nada sencillo.

En el “Erótica” estuve trabajando dos semanas. Los dueños me venían a recoger a las siete de la tarde y trabajaba en el club hasta las cuatro de la madrugada. Los fines de semana hasta las seis. Con Josimar apenas tenía relación porque ella no paraba en casa, siempre estaba trabajando por ahí... En el club había mujeres rumanas, colombianas, africanas y brasileras. Yo no entendía nada, no conseguía hablar con nadie. Y las brasileras estaban muy metidas en aquel esquema de la droga... Todo esto hacía que fuese más difícil para mí relacionarme. Llegué a pensar que aquí estaban las peores personas de mi país. En aquel momento yo todavía estaba intentando coger confianza con el lugar, estaba pre-instalándome.

Un día una brasilera me invitó a ir a hacer una salida con ella. Eran dos señores mayores. Cuando ellos salieron un momento del coche para ir al cajero y nos dejaron allí solas, Bruna comenzó a revolver entre las chaquetas de aquellos hombres. Yo no daba crédito... Le dije que qué era lo que estaba haciendo, que no estábamos allí para robarles, sino para trabajar. Luego, cuando llegamos al hotel, ella entró en una habitación con uno de aquellos hombres y yo en otra con el otro. Yo ya estaba preocupada. Pensaba que Bruna podía hacer cualquier cosa en la habitación y que luego nos iban a echar a las dos del hotel. Afortunadamente, no ocurrió nada. Al

día siguiente, me enteré de que Bruna y la otra brasilera le habían robado seiscientos euros a un cliente. Y ya no hice más salidas.

Durante ese tiempo que estuve trabajando sólo hice amistad con un cliente, Manuel, que era muy simpático y que todavía hoy es un gran amigo mío. Manuel me llevó a su casa en la aldea, me enseñó los animales, los cerdos, las gallinas, etc. Y también me presentó a sus padres.

Manuel fue quien me dijo un día: - Bia, no, tú no vales para puta. Y me aconsejó que cambiase de trabajo. Me dijo que podía cocinar o cuidar niños. Él fue quien me alquiló el piso en la Ronda das Fontiñas y hasta trasladó sus herramientas de carpintero para el piso. Eso era en septiembre de 2003. Manuel también me ayudaba a buscar trabajo. Por eso le tengo mucha consideración.

Encontré un trabajo para cuidar dos niños pequeños. Pero, luego vino mi hijo y su mujer embarazada y todo se me complicó. Seguí trabajando en la prostitución en el piso de Isabella durante unos meses, hasta que me surgió el empleo en el motel. Allí trabajé de recepcionista durante más de un año, haciendo jornadas intensivas. Era como vivir allí, casi sin dormir. Hasta que me cansé y ya no aguanté más. Lo bueno del motel era que yo tenía mi contrato, todo legal en el papel. Pero, lo malo eran algunos clientes amigos del dueño, que iban allí y que se creían que porque tenían dinero podían hacer cualquier cosa contigo y te trataban como si no fueses una persona. Yo allí era sólo recepcionista, ya no trabajaba de prostituta. Pero, algunos se confundían y como eres extranjera te tratan igual.

Sobre la prostitución

De cada cien historias que cuentan las chicas que trabajan en la prostitución, cincuenta son falsas. Las personas tienden a dramatizar y a inventar historias que no existen, muchas veces sólo para sensibilizar a los hombres y quitarles más dinero. Y eso no es ético. Y todos debemos de tener ética en el trabajo, incluso en la prostitución. Es también lo que yo llamo “o espírito comodista” o el “jeitinho brasileiro” que es esa forma de resolver los asuntos y situaciones de manera que sean otros los que trabajen. El pueblo brasileiro es un poco así, de esta forma. Esto puedes verlo muy bien si visitas una *favela*.

Existen casos de engaño en la prostitución. Pero, la mayoría de las mujeres que vienen a prostituirse a España ya se prostituían en Brasil. Para ellas viajar a Europa es como dar el salto a la universidad. Una prostituta en

Brasil ya gana mucho dinero. Pero, las que vienen aquí a España, a Italia, a Portugal vienen para ganar el triple. Algunas tienen casas y negocios en Brasil y vienen aquí para sufragar los gastos y pagar las deudas.

Las mujeres que, sin embargo, llegan acá con situaciones difíciles se tropiezan con mayores obstáculos porque los hombres ya han aprendido de las “*macacas velhas*”, de otras experiencias anteriores. Ahí todo se torna más difícil y complicado.

No he trabajado mucho tiempo de prostituta, pero en el motel he aprendido mucho, porque allí hay muchas chicas y ellas me han contado sus historias. Conozco a una chica, Eva, que tiene veintitrés años, y que le cuenta a todos los hombres que tiene que enviar dinero para sus hijos en Brasil. Y ella no tiene hijos... Yo le dije: - Eva, ¿por qué haces eso? Y ella me contestó: - Es que si no les cuentas estas cosas los hombres no te dan dinero. Pero, yo pienso que eso no es ético.

A lo largo de este tiempo me he ido dando cuenta de muchas cosas. En el motel aunque trabajé sólo de recepcionista he visto de todo. Es un lugar curioso, porque es motel y al mismo tiempo es un club donde también hacen shows. A veces van parejas para el motel y luego se llevan una sorpresa porque no sabían que aquello era un club. Mientras estuve trabajando allí en el salón había chicas brasileras, paraguayas y rusas. Las rusas al principio no se prostituían, sólo estaban para bailar y hacer show. Eran chicas muy jóvenes y preciosas. Algunas parecían muñecas. Ellas llegaron al motel a través de una empresa de famosas, de esas que salen en la tele en los programas del corazón.

Las paraguayas eran las que estaban más perdidas. Había unas siete, todas muy jóvenes, de dieciocho y diecinueve años. Todas super perdidas y todas llegaron con una deuda muy grande. Yo me enteraba de todas estas cosas porque soy una persona sociable, veo las cosas y pregunto. A lo mejor es que soy una inconsciente, porque muchas de las chicas tienen miedo. Pero, yo cuando no entiendo algo o siento curiosidad pregunto. No me importa, y pregunto a quién sea. Y hasta ahora no he tenido ningún problema.

A veces las chicas me dan mucha pena, porque las veo muy desubicadas, como perdidas. Algunas no tienen ni idea de dónde están. Yo charlo con frecuencia con ellas. No tienen ni idea de cuál es su situación, ni de cuáles son sus derechos. Porque una persona tiene derechos, da igual el trabajo que esté desempeñando, ya sea de recepcionista o de prostituta. Pero, los dueños del club no les informan de nada. A ellos les interesa mantenerlas así en la ignorancia más absoluta. A veces ya he pensado en la posibilidad

de ayudarles de alguna manera. Sería estupendo organizar una asociación para asesorar e informar de sus derechos a las mujeres que trabajan como prostitutas. Esta es una idea que me pasa con frecuencia por la cabeza. Las prostitutas tienen muchas necesidades, y aquí en España no hay ninguna organización o asociación que se ocupe bien de asesorar a las prostitutas. A mí me gustaría mucho poder ayudar de alguna forma.

Si legalizasen la prostitución podría ser una buena solución. Pero, al mismo tiempo habría que incorporar una ética profesional. La prostitución debe ser tan sólo sexo por dinero, un intercambio profesional, sin involucrarse emocionalmente. Mentir y aprovecharse de la fragilidad de las personas no es ético y no está bien.

La prostitución también te da mucha libertad en el sentido de que si quieres ir a trabajar vas y si ganas bastante y un día no quieres ir, no vas. Tengo algunas amigas que prefieren ser prostitutas porque tienen precisamente esa libertad. Una amiga mía que trabajaba en un piso, dejó la prostitución y empezó a trabajar en un restaurante porque se lo había pedido su novio y ella estaba muy enamorada. Y allí ella sufrió todo lo que no había sufrido trabajando en la prostitución.

Por eso también tengo mis dudas acerca de las consecuencias de la legitimación de la prostitución como una actividad laboral normal como cualquier otra. Porque en el momento en que la prostitución pase a ser un trabajo legalizado pasará a ser también un mecanismo más del sistema y las mujeres perderán ya esa libertad.

ESTEFANY

Infancia y adolescencia

No puedo decir que mi vida fue muy difícil, pero tampoco fue fácil. Nací en Salvador de Bahía el 22 de abril de 1976. Soy hija adoptiva. Mis padres siempre hicieron todo lo posible por criarme. Somos once hermanos: nueve chicos y dos chicas. Nunca llegué a conocer a mi familia biológica.

Vivíamos en una casa pequeñita. Mi padre trabajaba fuera, y mi madre siempre lavando ropa por las casas para ganar un poco de dinero. Hoy en día tenemos una casa propia. Pero, entonces era de alquiler.

Cuando era pequeña iba a la escuela con mis hermanos. La vida era un poco difícil porque a veces no teníamos ni comida para poder comer. No puedo decir que pasásemos hambre, pero era una vida bastante difícil. A veces veíamos las cosas que otros tenían y les preguntábamos a nuestros padres, pero ellos no podían hacer nada. Yo no puedo quejarme nada de mis padres. Nunca nos maltrataron y nos protegían.

Así fui creciendo, creciendo... Cuando llegué a mi época de adolescencia ahí comencé a dar mucho, mucho trabajo a mis padres. Me envolví con un hombre. Yo tenía catorce años y él veinte. Mis padres y mis hermanos no querían que saliese con él. Duró más o menos unos seis meses. No pude aguantar la presión de mi familia, que querían que lo dejase.

Después, con quince años me enamoré perdidamente. Él tenía treinta y cinco. A pesar de que era mayor que yo, me trataba tan bien que si yo le pedía una estrella, él iba y me traía una estrella... Lo quería tanto que me escapé de casa para irme a vivir con él. Fue entonces cuando descubrí que yo era una niña adoptada.

Viví con João durante diez años. Cuando fui a vivir con él descubrí quién era realmente. Con él perdí mi virginidad a los quince años. João era un maltratador. Me pegaba mucho. Me daba muchas hostias.

João

Tuve a mi hija con veinte años. Él no quería tener hijos conmigo. Tuve antes tres abortos porque él me obligó. Me decía que iba a cambiar, que eso y aquello, hasta que una vez que me puse enferma de infección intestinal, y

él me cogió y me dio una paliza. Fue cuando decidí dejarlo. No es que fuese un mal hombre, pero bebía mucho y también era un hombre de *muitas mulheres*.

Mientras estuve con João trabajé al principio en una *loja*, pero luego me obligó a dejar el trabajo para que cuidase de la casa. A mí no me importaba la diferencia de edad. Yo cogí un camino totalmente distinto del que mis padres me habían trazado. Y él siempre quería enfrentarme con mi familia.

Cuando me quedé embarazada, con tres meses, me fui a vivir a casa de mis padres. Sólo regresé cuando mi hija ya tenía ocho meses. Como padre, João fue un excelente padre, pero como esposo no ha sido buen hombre. En términos de *pai* es un *ótimo pai*.

Me separé de él. Yo tendría unos veintiséis años. Conocí a otra persona. Estuvimos juntos más o menos unos cinco meses. Y me quedé embarazada. No sé cómo, porque estaba tomando anticonceptivos. No quería tener al bebé. Sólo me faltó tomar *veneno de rato*. Escondí mi embarazo sobre todo de mi madre. Perdí mi trabajo y aquella cosa. Cuando tenía tres meses de embarazo lo dejamos. Tomé de todo. Mi hermano me llevó para su casa porque yo estaba entonces muy perturbada.

Al borde de la muerte

Cuando estaba ya de seis meses, Miguel volvió y me prometió que me iba a ayudar. A pesar de todo, resolví hacer el aborto. Casi me muero. Esa mujer que hace los abortos me cobró doscientos reales. Ella rompe la bolsa para perder todo el líquido amniótico y así el bebé muere. Tuve muchísima fiebre y lo pasé muy mal. Hasta me arrepentí. Tuve que tomar medicinas inyectables. Sufrí mucho y tuve una crisis tan grande que pienso que fallecí y regresé de nuevo.

Me quedé ingresada en el hospital casi quince días. Al salir fui para casa de mis padres. Miguel se marchó y más tarde volví con el padre de mi hija. João dejó de pegarme. Yo también era diferente, más madura. Mi vida se fue normalizando, ya tenía mi trabajo..., hasta que un día me puse muy enferma, sólo tenía náuseas y sentía mucho dolor. Me llevaron otra vez al hospital y me tuve que quedar ingresada.

Empecé a adelgazar rápidamente y perdí la noción de las cosas. João me cuidó y estuvo muy pendiente de mí durante aquellos días. Cuando mi madre se enteró y vino a visitarme, descubrí el valor que tenía mi madre

para mí. Por sus ojos presentí que podía morirme. Estuve casi un mes internada en el hospital. Mi madre sufrió mucho por eso.

Cuando me dieron el alta en el hospital fui a casa de mi madre para recuperarme. Mejoré mucho rápidamente y volví con mi marido. Pero, la convivencia era muy difícil. Él no aceptaba que yo trabajase, que tuviese mi propia vida. Ahí fue cuando decidí separarme definitivamente. Ya estaba muy cansada y sentía que tenía que buscar unos objetivos en mi vida.

La idea de viajar

Esa idea de viajar la tuve siempre, ya desde cuando yo era una adolescente. Lo que ocurre es que entonces yo era muy inmadura, y tenía miedo. Siempre tuve muchas, muchas propuestas para viajar, pero nunca acepté.

Durante el Carnaval de 2002 una travesti amiga mía me contó que ella iba a viajar a España. Me dijo que si necesitaba alguna cosa que la llamase. Me contaba que en España se ganaba mucho dinero, que muchas cosas que en Brasil es imposible tener, en España es posible.

Decidí finalmente venir a España en marzo de 2005. Ahí decidí que venía para acá con el objetivo de cambiar mi vida. Pensaba que las cosas serían más fáciles. Tenía en mente venir, trabajar, ganar dinero para pagar el billete y tal vez poder establecerme en España.

Como mantenía contacto periódicamente con Alexia, la travesti, ella fue quien me ofreció su ayuda. Me dijo que yo iba a trabajar en un *putero*, pero que no estaba segura si me volvería a llamar. En ningún momento me mintió y me explicó todo lo que yo iba a hacer aquí. Me contó que me cobraba seis mil euros y que con un mes o dos meses yo conseguiría pagar todo. Como el trabajo hace unos años estaba mejor, yo creo que ella se confió en eso, e infelizmente...

Me envió el billete, y también mil euros. Saqué el pasaporte y ya está. No fue nada difícil. Fue todo fácil. Así fue como viajé el 1 de junio de 2005. Llegué al día siguiente. No necesité gastar nada del dinero que traía y tampoco tuve ningún problema. Bahía/ São Paulo/ París/ Bilbao. Al llegar a París tuve que esperar un rato en el aeropuerto, después la policía miró mi pasaporte y me mandaron pasar. No tuve nada. Por todo sitio que tenía que pasar, me mandaban directo, no tenía que esperar nada.

Cuando llegué a Bilbao cogí un taxi para la estación de autobuses y viajé para San Sebastián. La *cafetina* estaba en San Sebastián y ella decidió que trabajaría con ella en el piso. Al principio, yo iba a ir a trabajar a un piso de una amiga suya en Bilbao, pero después decidió que era mejor que fuese a San Sebastián.

Yo ya tenía la dirección del piso, y ya tenía todo. Cuando llegué a San Sebastián llamé desde un teléfono público y ella me vino a buscar. En el piso estaba ella, una travesti colombiana y también la dueña del piso, que era colombiana. Pero, la dueña no trabajaba, ya trabajó, pero entonces tenía un marido y ya no trabajaba.

Los pisos de contactos

Alexia me explicó las condiciones de trabajo. Me habló de los clientes drogados, que son los que más dinero gastan en el piso, y también me aconsejó que no debería follar sin condón.

El pase allá era media hora sesenta euros; y una hora cien euros. El trabajo variaba. Había semanas que ganaba quinientos euros, otras trescientos, etc. También había muchas salidas, que eran de una hora y costaban ciento veinte euros más el dinero del taxi. El dinero del taxi se lo ahorraban porque casi siempre eran la dueña del piso con su marido los que nos llevaban fuera. Excepto una vez que me llevaron a un hotel, el resto siempre fui a casa de los clientes.

Muchos eran hombres casados. Incluso podía ver las fotos de la boda en la casa, y también por las alianzas en los dedos. En el piso íbamos al cincuenta por ciento, la mitad para la casa y la otra mitad para la chica.

Me quedé en el piso en San Sebastián unos veinte días aproximadamente. Hice buena amistad con la travesti colombiana, aunque yo me doy bien con todo el mundo. Mientras estuve allí trabajando conocí a otras personas: a una travesti ecuatoriana, otra travesti brasilera, y una madurita también brasilera.

Recuerdo que el primer cliente fue un chico muy joven, de unos dieciocho años, y fue muy exquisito. Fue como una cosa extraña, diferente... Pero, no fue nada desagradable.

Como yo estaba terminando mi plaza en San Sebastián, decidí acompañar a la travesti brasilera a su casa en Zaragoza. El marido de esta amiga nos

vino a buscar en su coche. Sólo íbamos para descansar. Ellas pusieron anuncio y todo, pero yo en toda una semana sólo me hice un pase. Incluso colocamos anuncios con fotos en internet. Pero, no funcionaba. Los clientes llamaban por teléfono, pero no venían al piso.

Entonces, me fui con mi amiga para La Coruña. Ella fue quien marcó la plaza. Cuando llegué me encontré con que todo el mundo era brasilero, cada uno de una ciudad. Allí fue donde conocí a mi novio, que es el dueño del piso. Yo comencé a trabajar y enseguida intercambiamos miradas. Me enamoré rápidamente. Cuando llegó la primera vez no sabía que él era el dueño del piso. Tampoco sabía que era marroquí. Me dijo: - Eres muy guapa y tienes un buen culo. Luego, un día salimos de fiesta. Comenzamos a tomar cerveza en casa y después salimos. Él es una persona maravillosa, te ayuda en todo lo posible. A pesar de que los marroquíes tienen muy mala fama, él es muy buena persona. Esa misma noche fue cuando ya empezamos a *namorar*. Fuimos a un pub y la gente quedó encantada al verme bailar. Más tarde, me hicieron una oferta para trabajar allí en ese pub de bailarina.

Me quedé en Coruña trabajando directo en el piso unos tres meses. En el piso había chicos, chicas y travestis. Los pases eran a cuarenta euros veinte minutos; sesenta euros media hora; y cien euros una hora. Después, a causa de la *concorrência* bajaron los precios. También era el porcentaje del cincuenta por ciento. Al principio, trabajé bien. Después, ya bajó un poco. Y la *cafetina* me presionaba mucho para que le pagase lo que le debía. Murat me ayudaba con el billete. La *cafetina* sólo quería quinientos euros por semana. No me gusta depender de nadie, y algunas personas comentaban que yo sólo estaba con él por dinero. Pero, no era cierto.

Decidí marcharme de Coruña a causa de la *cafetina*, que me llamaba a todas horas. La *cafetina* me pidió que fuese a trabajar a un piso en Oviedo, que era de una amiga suya. Al principio me exigía mucho, pero le dije que si no me trataba civilizadamente no iba a ningún sitio. Y así fue como marché para Oviedo.

El piso de Oviedo estaba en el centro de la ciudad. La dueña era una transexual colombiana, y había unas diez chicas: brasileras, colombianas, venezolanas y una africana. Me quedé allí una semana. No conseguía trabajar bien. Hice mucha amistad con una brasilera. Con las colombianas no. Las colombianas me parecían muy falsas y eran las más protegidas en el piso, tal vez porque la dueña era del mismo país.

Había una que siempre me miraba y se reía, tenía mucha maldad. Un día me tiró un cuchillo en el pie. Me dijo que fue sin querer, que se le cayó. Mi pie llegó a sangrar un poco, y me dieron ganas de darle un *soco*, pero no lo hice porque no me apetecía tener allí una movida en el piso y revolver con cosas de policía. Luego, una de las brasileras me aconsejó que tuviese cuidado con aquella colombiana, que no era verdad que el cuchillo se le hubiese caído al suelo, sino que lo había tirado a propósito.

Al piso venían muchos hombres. Como la africana trabajaba bien, pensaba que yo también iba a trabajar (a causa de mi color). Sin embargo, no trabajé casi nada. En una semana sólo me hice cuatro pases.

Los pases eran igual que en Coruña, veinte minutos cuarenta euros; media hora sesenta euros; y una hora cien euros. Yo no sé si la africana trabajaba sin preservativo, no lo puedo saber. Pero, pienso que la gente africana viene de países tan sufridos que llegan acá y hacen de todo. Ya tuve algún cliente africano que me pidió hacerlo sin condón, que le daba igual. Además, los africanos muchos ya tienen la enfermedad de la malaria en la sangre. Yo creo que la africana con algunos clientes no usaba el preservativo.

Como no trabajé bien allí, regresé a La Coruña. Y entonces fue cuando la policía me cogió. Estaba en el autobús y cuando estábamos llegando a Santiago hicieron un control. La policía subió al autobús, cogió mi pasaporte, pero yo entonces todavía estaba legal. Tuve mucho miedo, pero no pasó nada. La única extranjera que viajaba en el autobús era yo.

Me quedé en el piso de Coruña un par de meses. Cuando llegué al piso sólo había un brasilerero, un ecuatoriano y otra chica brasilerera que ya estaba cuando yo había ido por la primera vez. Me quedé allí trabajando normal. Un día me llamó una travesti colombiana para que fuese a trabajar a un piso en Santiago. Era una conocida de la *cafetina*, y le había dado mi número para así controlarme mejor, así ella podía saber cuánto trabajaba y cuánto dinero ganaba.

Llegué a marcar la plaza y me fui para Santiago. Cuando llegué al piso encontré a una travesti y a una chica brasileras. Después, la *cafetina* me llamó por teléfono y me dijo que no me quedase en Santiago, sino que fuese para Valladolid, al piso donde estaba ella. A la *cafetina* no le gusta que tenga un novio en Coruña. Me dijo que si yo no iba para Valladolid me iba a buscar y a llevar por el cabello. Pero, no le hice caso.

Me marché para Vigo. Un amigo me dio el número y conseguí la plaza. Era un piso donde el dueño era español, y tenía una brasilerera, una madurita

española, un chico colombiano, un chico español y un chico portugués. Me quedé unos veinte días. El trabajo estaba flojo, como está últimamente.

Cuando llevaba una semana en Vigo, telefoneé a la *cafetina* para decirle donde estaba y que le iba a pagar, pero le dije que lo hacía con la condición de que no me gritase y que me tratase civilizadamente, porque sino le iba a colgar el teléfono. Ella entonces se tranquilizó. Me dio su número de cuenta y yo le enviaba el dinero.

Un día a las cuatro de la madrugada me llamó mi novio. Me contó que le habían robado y yo entonces fui para Coruña, porque él estaba mal. Me quedé con él durante cuatro días. Después, cuando cogí un taxi y llegué a la *rodoviária* para regresar a Vigo, allí mismo en la estación, me paró la policía. Me pidieron los papeles. Me preguntaron que cuánto tiempo llevaba aquí. Le contesté que un mes. Yo me aprovecho de que en mi pasaporte no hay ningún sello de entrada. Me preguntaron que dónde paraba. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y el policía me miraba fijamente. Me preguntaron que a dónde me dirigía. Les dije que iba para Vigo a visitar a una amiga. Al final me dejaron marchar. Como tenía tanto miedo, volví al piso de mi novio y me quedé otros tres días.

Después regresé a Vigo. Fui a otro piso a trabajar. Era de una travesti ecuatoriana y sólo tenía una travesti española. Luego llegó un chico colombiano, aunque se fue pronto porque no estaba trabajando. Yo trabajaba bien allí, y la dueña me hizo una propuesta: que fuésemos al cincuenta por ciento y que compartiésemos los gastos. Acepté y me quedé allí durante unas semanas.

Cuando todo iba marchando bien, me llamó un día la *cafetina*. Me preguntó si había hablado recientemente con mi familia en Brasil. Le dije que no, y ella me dijo que llamase porque había ocurrido algo grave. Bajé rápidamente a llamar desde una cabina. Fue mi hermano quien me comunicó que nuestra madre había muerto. Fue un ataque cardíaco fulminante. Lloré mucho en ese momento. A partir de aquel día comencé a beber. Bebía un montón, todos los días, cerveza, cubata, bacardi,... Ya no tenía ganas de trabajar. Tenía que beber porque sino no era capaz de entrar en la habitación. Todos los días borracha...

Murat me dijo que así no iba a arreglar nada, que sólo me iba a convertir en una alcohólica. Una noche bebí tanto, que me puse tan mal que vomité todo. Al día siguiente dejé de beber. Lo acepté.

Me sentía sofocada. Necesitaba descansar durante un tiempo. Tenía muchas preocupaciones. Después, resolví marcar la plaza para Lugo. He trabajado en este piso durante veinte días, y aunque no he conseguido mucho dinero, me ha venido bien para descansar un poco. Ahora que me voy a marchar es cuando comienzan a venir más clientes...

Bailando

Desde niña me gustó mucho bailar. Comencé a hacer *capoeira* con catorce años. También practiqué un poco de boxeo. Practiqué *capoeira* durante bastantes años. Cuando teníamos algún evento en el gimnasio yo siempre participaba.

Más tarde surgió la oportunidad de dar clases de *capoeira* en una escuela de música muy conocida en Salvador. Fui profesora de *capoeira* para niños, adolescentes y también para mujeres. Después dejé de dar clases porque comencé a trabajar en una *loja* y ganaba más dinero. Luego, participé en un concurso para bailarinas y fui seleccionada, pero como necesitaban una cantante, acabé cantando... Me escucharon, les gustó mi voz, y así empecé a cantar en el grupo de danza. Yo antes ya cantaba en la coral de la Iglesia Evangélica, pero con un grupo musical era la primera vez. Así fue como acabé cantando y al venir para España me convertí en puta...

Aquí en España sólo he podido bailar en el pub en Coruña. Y sólo durante quince días. Por cada noche ganaba cincuenta euros. Los dueños del pub sabían que trabajaba en el piso, pero yo les expliqué que no tenía que ver una cosa con la otra. En el piso yo era Daniela y en el pub era Estefany. Gente muy buena los dueños de aquel pub.

Me encanta bailar. No sé cómo explicarlo. Siempre he dicho que ya desde el momento en que yo estaba en la barriga de mi madre ya bailaba. Siempre me gustó bailar y aprender. También participé en un concurso muy importante de bailarinas negras, donde nosotras mostramos bailando toda la sensualidad de la mujer negra. Fue un acontecimiento *muito concorrido* y salimos mucho en la televisión. Esto fue en el 2000. En todos los concursos que participé fui clasificada, y salí bastante por la televisión.

La deuda

Todavía le debo cuatro mil euros a la *cafetina*. Cuando tengo dinero suficiente le envío algo de dinero y mantengo el contacto. Algunas veces pensé en la posibilidad de trabajar en un club para poder pagar mi deuda más rápidamente. Mi novio me lo desaconsejó porque yo no tengo experiencia para trabajar en un club. Y eso es verdad. Yo tengo experiencia para trabajar de puta en un piso, pero no para trabajar en un club. Además, en un club es más peligroso porque puede llegar la policía más fácilmente. Por eso nunca he ido a un club.

Cuando consiga pagar mi deuda, lo que haré será reunir más dinero para enviar a Brasil.

Los clientes

Hay de todo. Pero, el peor cliente que he tenido fue en una salida en Coruña. Cuando llegué, toqué el timbre y me abrieron la puerta. Todo estaba oscuro y él salió en toalla. Sentí miedo. Me parecía muy extraño el modo en que me recibió. Después, en la sala me obligó a ponerme de rodillas y me tiró del pelo para que le hiciese un francés. Luego, me llevó a la habitación y me obligó a hacer el griego a la fuerza y me dio unas hostias. Me dio mucho miedo su cara, tenía ojos de maníaco y todo aquel ambiente era lúgubre.

Desde ese día no quise volver a hacer una salida durante bastante tiempo. Mi novio y los compañeros del piso me propusieron ir a la casa de aquel tipo para vengarme, pero yo no quise. Pensé que no valía la pena porque él después podría llamar a la policía.

Pero, la mayoría de los clientes te respetan. Ellos saben que este es un trabajo como cualquier otro. También hay otros que quieren invitarte a salir para llevarte a cenar y luego acostarse contigo. A mí eso no me gusta. Muchos me invitan a salir, pero yo no acepto. También hay quienes te ofrecen cosas, sobre todo prometiéndote ayuda con los papeles...

Hay clientes que se *apaixonan*. Cuando yo estaba en Coruña trabajando en el pub, había un hombre que venía a buscarme. Una vez me preguntó si quería dejar la prostitución, que él podía sacarme de esta vida. No le hice caso. Hay hombres que lo que quieren es sólo tener una amante y colocarla en un piso para tenerla a su capricho, y para mostrarla con los amigos. Eso es una trampa, y además es muy peligroso porque pierdes tu independencia.

Una noche cuando yo estaba bailando en el pub, llegó un cliente del piso, se me acercó y me agarró del brazo. Me dijo que me fuese con él, que me iba a pagar mucho dinero. Pero, yo le dije que allí no era Daniela, y que si quería estar conmigo tenía que ir a buscarme al piso, pero no allí.

Y es que algunos piensan que tú estás trabajando en esto durante las veinticuatro horas. Y yo hago de mi vida lo que quiero. No acepto este tipo de romances de alquiler que te ofrecen a toda hora.

El lado oculto de la gente

Esta vida también sirve para aprender muchas cosas y a tener más experiencia. Cuando las personas pasan por esta vida evolucionan en cierta manera, el que es bueno se vuelve experto, el que es malo se vuelve perverso.

También puedes ganar en seguridad. Trabajar en la prostitución te da la oportunidad de conocer verdaderamente a la gente. Aquí hay brasileros que son malas personas, que sólo quieren aprovecharse de sus compatriotas, en lugar de ayudar por ser todos inmigrantes y pasar por una vida difícil. Personas que sólo se acercan a ti para intentar sacar provecho. La gente se vende por poca cosa, hasta por una recarga de móvil.

Hay mucha falsedad y en esta vida es más fácil reconocer el lado oculto de las personas. Yo ya he tenido algunas experiencias desagradables con brasileros, es por eso que lo digo.

La prostitución también te cambia mucho la mente. Yo tenía un objetivo de vida, que era venir a España, conseguir dinero y regresar a mi país. Ahora, sin embargo, prefiero quedarme aquí. Pero, tengo miedo a continuar trabajando en la prostitución todo el tiempo. Tengo miedo a terminar acostumbrándome a la prostitución. Y eso sucede muchas veces porque a las personas nos gusta ganar el dinero fácil.

Prejuicios

En la prostitución existen muchos prejuicios. Si yo voy a cualquier sitio, ya piensan que soy una puta. Si eres brasilera todo el mundo se imagina en qué estás trabajando. Esto es muy agobiante.

A veces cuando me encuentro en la calle a una chica brasilera y la miro a los ojos ya sé si es puta o no. Pero, no sé explicarlo. Las miras y ya sabes qué son...

Yo también tenía mis prejuicios antes, cuando estaba en Brasil. Los extranjeros cuando vienen a mi país también piensan que todas las mujeres somos putas. Hay mucha gente que no tiene la cabeza evolucionada. Y en mi país cuando una chica joven viene a Europa ya todo el mundo dice que es para ser puta. Y también hay muchas brasileras que vienen acá y que no son putas.

La gente también tiene muchos prejuicios por causa del color. En Brasil también hay mucho racismo, a pesar de ser un delito y estar castigado. Y aquí en España ya me he sentido discriminada muchas veces por eso. Sé que la mayoría de las personas te miran por la calle simplemente porque eres diferente, pero también hay gente a la que no le gustan los negros. En Coruña siempre me he sentido muy bien porque la gente me quiere y me tiene cariño, nunca me he sentido discriminada. Pero, en otros sitios en donde he estado sí que he llegado a sentirme mal. A veces también llegan clientes que no quieren pasar contigo a la habitación por causa del color. Hay de todo. Pero, yo soy orgullosa y voy por la calle con la cabeza bien alta.

No me gusta, por ejemplo, cuando voy a una tienda y las dependientas no me atienden ni me hacen caso. Sólo hasta que enseñe mi dinero, porque yo tengo dinero, me gusta comprar y me gusta que me respeten. Entonces, ellos vienen. Pero, hasta que no ven tu dinero te discriminan.

DUDA

Una niña *safada*

Nací el 20 de julio de 1985 en una ciudad del interior del Estado de Goiás. Cuando era pequeña, tres o cuatro años, era una niña muy enferma. Me pasaba mucho tiempo en el hospital a causa de la bronquitis. Vivíamos en un *sítio* mis padres, yo, dos hermanas y mi tía. Mi abuela abandonó a sus hijos y se fue con un hombre. Sí, es ya de generación... Mi madre me dice que yo estoy pagando ahora lo que hizo mi abuela.

Mi familia era una familia humilde. Mi padre era labrador y mi madre trabajaba en casa. Mi padre era un hombre muy nervioso y le pegaba a mi madre. Ella fue siempre una mujer muy trabajadora, trabajaba en cualquier cosa que se le presentase.

Yo me llevaba mejor con mi madre. Para mí hoy y siempre mi madre es la mejor persona del mundo. Ella tiene ahora treinta y ocho años y mi padre cincuenta y siete. Mi padre era muy celoso, demasiado. Y también bebía mucho. Yo creo que no es un hombre bueno.

Cuando tenía doce años adoraba salir con mis amigas e ir a la discoteca. Yo era muy guapa y tenía el cabello muy largo. Un día salí y mi padre vino a buscarme y me pegó. Desde ese día no lo quise más.

Yo de niña era muy *safada*. Tenía doce años y besaba a todos los chicos. Mis padres iban todos los fines de semana a las fiestas de *forró*. A mí no me gusta demasiado, prefiero el “reagetton”, aunque si tengo un chico guapo y que baile bien el *forró*, también me gusta (ríe).

De los doce a los quince años hacía mucha *farra*. Me escapaba por la ventana de mi casa, mientras mi madre pensaba que estaba durmiendo. Me marchaba de fiesta, hacía muchas, muchas, muchas tonterías y me iba para la discoteca, *paqueraba* todos los días y era *muito safada*. Nunca me descubrieron. Todas mis vecinas eran putas, putas de club. Eso era lo que decía mi padre.

Con trece años mi cuerpo cambió. Estaba grande y guapa. Salía de fiesta. Y comencé a salir con un chico, yo entonces tenía trece y él veintinueve. Salimos juntos durante todo un año “*escondidinhos*”. Era *muito safada*. Quedábamos al salir del colegio, él me esperaba ya en la puerta. Yo era una

malandrinha. También estábamos juntos los fines de semana. Fue con él con quien perdí mi virginidad. Si lo hubiese sabido la hubiera perdido antes. Lógico. ¿Para qué sirve la virginidad? Para nada. Cuando me muera ya me comerá la tierra, hay que aprovechar, ¿no? Lógico. Lo que pasa es que la sociedad te mira con otros ojos mientras mantienes la virginidad.

Después de tres meses de perder mi virginidad, él se marchó para los Estados Unidos. Luego, mi padre descubrió nuestra relación, pero lo descubrió tarde, ya en el momento equivocado, porque Nelson ya se había marchado a los Estados Unidos. Mi padre quería matarlo. Un amigo de mi padre conocía a Nelson y le contó todo. Mi padre se puso como un loco.

No volví a verlo. Hablé con Nelson por teléfono unas tres veces, pero no volví a verlo más. Lloraba todo el día, estaba muy enamorada. Fue el gran amor de mi vida. Le deseo que sea muy feliz. Desde aquello salí con un montón de chicos, pero nunca nada serio ni volví a perder la cabeza por ninguno.

La separación de mis padres

Cuando yo tenía quince años mis padres se separaron. Mi madre tenía treinta y tres y mi padre cincuenta. Se separaron por mi culpa. Mi padre le echó en cara a mi madre lo que había pasado conmigo. Decía que ella era tan puta como yo, porque sabía lo del chico y no había dicho nada. Ellos ya no se llevaban muy bien.

Mi padre era un hombre muy bruto, un *vagabundo*, y mi madre ya estaba cansada. Un día peleamos todos. Mi padre cogió una *faca* y amenazó con matar a mi madre. Lo hizo porque decía que ella sólo hacía que apoyarme. Yo le di unas hostias y nos hicimos bastante daño... Nos *machucamos*. Vino la policía y querían llevarme con ellos, pero mi madre no se lo permitió.

Después de eso, mi padre vendió la casa y se gastó todo el dinero con mujeres. Ahora, estoy aquí pagando por eso... Como yo era la hija mayor de mi madre sabía que tenía que hacer algo. Conocía a una mujer que tenía una *boate* cerca de Brasilia. Un día me dijo que si yo quería podía ir a trabajar con ella, que podría ganar dos mil reales por semana. Como la situación en casa estaba muy difícil, la llamé y le dije: - María, voy a ir a trabajar contigo. Y aceptó al momento.

Me dijo: - Mira, es así, tú cobras cincuenta reales, tienes que follar con los hombres, si bailas desnuda te pagan más y por cada botella de whisky te

damos treinta reales. Cuando llegué allá trabajé de puta madre. Tenía quince años, aún no había cumplido los dieciséis.

El primer cliente fue difícil. Yo nunca había cobrado por follar con nadie. No sabía muy bien cómo tenía que hacer. Apenas habían pasado cuatro meses desde que perdí mi virginidad. Pero, después de una semana ya trabajaba bien. El club era muy grande. Había un motel en la planta baja y un salón arriba muy grande, todo de color rosa. Había habitaciones para follar y habitaciones para dormir. Éramos más de veinte chicas trabajando.

Me quedé casi tres años allí trabajando en aquella *boate*. Venían clientes de todo tipo, bolivianos, japoneses, muchos japoneses. Los bolivianos son *pata de vaca*.

Allí conocí a un japonés. Él tenía cincuenta y siete años, pero a mí me gustaba mucho. Era muy educado y me daba mucho dinero. Todo el mundo me decía que yo estaba loca, no entendían que estuviese saliendo con un hombre tan viejo, pero a mí me daba igual. Era muy cariñoso. Al mismo tiempo salía con otro, un chico joven, de unos veinte años, una peste, siempre quería controlarme. Y yo no soporto a los hombres que quieren controlarme. Por eso prefería al japonés.

El jovencito también me daba dinero. Tenía mucho dinero, pero yo no sabía que él era *ladrão de gado*. Un día la policía vino a buscarlo. Lo dejé. Lógico. Y continué con el japonés. Pero, pronto apareció en mi vida otro chico, de veinticuatro años, un *pata de vaca*. Lo quería por la cara, *safado*, *vagabundo*, y tenía novia. Al final, lo dejé también. Era muy *safado*, venía al club donde yo trabajaba y luego se marchaba para otras *boates* de la zona. El japonés fue el único que me dejó, porque se enteró de todo.

La muerte de Cerqueira

Después de eso hice amistad con un traficante. Se llamaba *Cerqueira*. Era un amigo de verdad. Salíamos de fiesta y pasábamos mucho tiempo juntos. Era un tipo guapo y de buena familia, pero traficaba con cocaína. Todo el mundo le conocía, y a mí me respetaban.

Un día estábamos en el hotel y llegó un tipo, alto y flaco. Era matogrosense y estaba enfermo de sida. Fue el propio *Cerqueira* quien me lo contó. Ese hombre era el proveedor de coca de *Cerqueira*. Tenían toda una mafia montada con la participación de la policía. Pero, llegó un momento en que

comenzaron las discusiones entre ellos por motivo de la coca. Yo presentía que iba a pasar algo grave. Al final, aquel tipo matogrosense vino con tres pistoleros para matar a *Cerqueira*. Mi amigo estaba en un bar jugando a la *sinuca*. De repente, llegaron en una moto. *Cerqueira* estaba de espaldas. Le pegaron cinco tiros. Eran las tres de la madrugada del 16 de julio de 2002. No lo olvidaré nunca. La madre de *Cerqueira* también murió al cabo de tres meses. Ella sólo bebía *cachaça* y se murió del disgusto.

Después de eso, la ciudad ya no era la misma para mí. Entonces, me marché para São Paulo, a una ciudad del interior, Rio Claro. Fui para un club, una amiga me había dado la dirección y el teléfono. Era un club muy grande, con cuarenta y cinco mujeres. Como yo tenía diecisiete años falsifiqué mi documentación y el dueño del club ni se enteró. Pagué cincuenta reales en un *cartório* y me arreglaron la documentación. En Brasil con dinero se consigue cualquier cosa.

La política

Me encanta la política. En mi país toda mi familia es del PSDB¹², incluso tengo un tío que es *vereador* en la *prefeitura*. A mí no me gusta Lula, es horrible, una persona así, sin formación. Él no debería estar en la presidencia del país. Lula sólo entiende de viajar a Europa, pero no se ocupa de Brasil. La gente en mi país está muy descontenta con él porque quitó la *cesta básica*. Yo no creo que dure mucho en el gobierno.

De aquí me encanta Anxo Quintana. Me gusta mucho, no como aquel viejito¹³... Lo que no me gustaría es que gobernase una mujer aquí, porque entonces estoy segura de que lo que haría sería intentar cerrar todos los clubes. Las mujeres españolas no nos entienden, y tampoco nos quieren a las brasileras y a todas las que venimos aquí a trabajar. Piensan que nosotras somos las culpables de quitarles a sus maridos. Pero, eso no es verdad. Yo pienso que si un hombre está a gusto con su mujer, luego no va a ir a un club. Lo que pasa es que muchas mujeres aquí son frías y no saben tratar bien a sus maridos. No les gusta follar. Que si estoy enferma, que si estoy muy cansada, que si hoy me duele la cabeza... Y entonces los hombres se van a buscar el amor y el cariño fuera. Lógico. Ellas no se dan cuenta que si luego pierden a sus maridos no es más que por culpa suya. Y así pasa muchas veces.

¹² Partido da Social Democracia Brasileira.

¹³ Alusión a Manuel Fraga Iribarne.

Y luego nos echan la culpa a las que venimos de fuera. No entienden nada. Yo si tuviese un marido lo trataría bien, lo cuidaría y no le daría ningún motivo para buscar las cosas fuera de casa. Mira, por ejemplo, conozco a un chico que a veces viene al club y el primer día le dije que si subía, y él me contestó que no, que a él le apetecía ir al club y tomarse una copa con sus amigos, pero que no subía con ninguna chica porque estaba casado y era feliz con su mujer. A mí eso me encantó, me cayó muy bien ese chico porque decía la verdad, decía lo que sentía. Por eso hablé con él, pero no le insistí para subir, lo respeté.

Prefiero ser puta

Me quedé allí trabajando un mes y diez días. Me fue bien. *¡Nossa!* Aquel club parece una discoteca. Cincuenta reales media hora; cien reales una hora.

Después regresé a casa. Me quedé dos meses con mi madre descansando. Y luego me fui a hacer una plaza a Catalon, cerca de Cristalina. Era un club más pequeño, con unas veinte mujeres. Pero, la dueña de ese club era *muito ruin*. *Si ela falaba não gosto da sua cara, tinhas que ir embora na hora*. Era una vieja desgraciada. Yo no tuve problemas con ella, pero otras chicas sí. Me quedé poco más de veinte días. Los clientes eran sobre todo de Brasilia y de São Paulo.

De Catalon me fui para Unaí, una pequeña ciudad de Minas. Allí sólo hay mujeres bonitas. El club era una *fazendinha*, con doce a quince mujeres, goiânas, mineras, paulistas, etc. Trabajé dos semanas y después me marché para Cristalina de nuevo, y de ahí para casa. Me quedé en casa unos seis meses, lavando, planchando, ayudando a mi madre... Yo seguía haciendo *programas* igual. Cuando salía con mi hermana íbamos a los cafés y enseguida se acercaban los tíos y nos preguntaban cuánto es. Nosotras: cincuenta reales; las dos, cien reales. Llevábamos ropa *meio safada*, tacones altos y así provocábamos a los tíos.

Más de la mitad de las mujeres de Goiás hacen lo mismo, hasta las casadas, *vagabundas*... Mi madre sabía lo que hacíamos, pero no le gustaba. Ella prefería lavar diez maletas de ropa por cinco reales. Yo no pienso así, prefiero ser puta, ganar cincuenta reales por un polvo y no cinco reales por una maleta de ropa. Yo no he nacido para lavar la ropa de nadie.

Una vez mi hermana y yo fuimos a la discoteca y allí nos encontramos con un viejo lleno de dinero. Nosotras sólo teníamos diez reales entre las dos. Nos sentamos al lado del viejo y pedimos una cerveza para las dos. El viejo entonces quiso invitarnos y fuimos a sentarnos con él. Empezamos a charlar. Le contamos un montón de mentiras. Le dijimos que éramos estudiantes y que no teníamos dinero. Enseguida nos preguntó si no nos apetecía una *brincadinha*. El viejo quería que yo follase con mi hermana y nos llevó a un motel. Yo no he nacido para chupar una *buceta*. Si es una polla *tudo bem*, pero una *buceta* por nada del mundo... Pero, nos ofreció quinientos reales. Eso es mucho dinero para mi país. Luego, bebió tanto whisky que se emborrachó y no consiguió follar. Fue un servicio estupendo. ¡Me encantó trabajar con él!

Después, mi hermana y yo nos fuimos para Goianesa a trabajar en otro *putero*. De allí para Jaraguá, que es la ciudad textil de Goiás, también a otro *putero*. En Jaraguá nos quedamos casi un año trabajando. El dueño del club era muy buena gente, a él le gustaba mucho mi hermana. El trabajo estaba bien, pero al ser una localidad del interior los pases eran más baratos, la mayoría de cuarenta reales. Yo entonces tenía dieciocho años, y mi hermana quince.

Una noche vino la policía federal con el Consejo Tutelar. No pasó nada porque le di mi documentación a mi hermana y les dije que me habían robado los documentos. Sólo le dijeron a mi hermana que parecía muy joven. Y ella: - *Muito obrigado. Safada*, joven, pero experta...

En Jaraguá mi hermana y yo estábamos como dos estrellas de Hollywood. Éramos las más jóvenes y trabajamos de puta madre. Allí conocí a un *fazendeiro* que fue un cliente muy bueno y que no quería que me marchase. En ese *putero* fue también donde conocí a María, que me propuso por primera vez la idea de viajar a España. Me dijo que tenía un amigo en Anápolis que podía ayudarme. Fuimos allí, el chico me observó y me dijo: - Mira, hace ocho años que llevo mujeres para España, hacemos la conexión por París/Barcelona y Castellón de la Plana. Le dije: - Bueno. Después, él me presentó a otra mujer, que ahora está presa, y ella fue quien me sacó un montón de fotos y las envió a España.

Pasaron unos días y me volvió a llamar. Me dijo: - Duda, tu billete está listo, te marchas mañana a las diez. Era una locura. Pero, mi madre me animó, me dijo: - Ahora vete, hija, a ver si tienes suerte. Como yo nunca había viajado en avión ni sabía que debía embarcar con una hora de adelanto, llegué a las nueve y media al aeropuerto y perdí el avión. Aquella

mujer se puso como una fiera. Pero, al final lo arregló para que pudiese viajar al mediodía por São Paulo.

El viaje

Cuando llegué a São Paulo me sentía totalmente perdida. Durante la mañana viajaba con otras dos chicas, pero al perder el avión en São Paulo entonces me encontraba sola. No sabía ni qué hacer. No llevaba dinero para pasar en la frontera. Me dijeron que en Francia me ayudarían. Todo fue tan rápido que no me dio tiempo ni de arreglar mis cosas. Una locura.

En París llevaba los pies todos hinchados por mis zapatos. Tenía miedo de que pudiesen deportarme. Pero, pasé. No me preguntaron ni me miraron nada. Ni siquiera me sellaron el pasaporte.

Luego, cogí el avión para Barcelona. Viajé con otros dos chicos brasileros. Cuando les dije que iba para España, ellos comenzaron a reírse. Les dije que iba a trabajar en un bar, pero no se lo creyeron. Si fuese a Estados Unidos tal vez, pero en España sólo hay prostitución. Todo el mundo sabe que España está lleno de putas brasileras.

En Barcelona la policía tampoco me preguntó nada. Me pasé una hora esperando al dueño del club. En Brasil me explicaron que trabajaría en un club en Castellón, que era una ciudad con mucho dinero; que el billete costaba dos mil trescientos euros y que podría pagarlo en apenas dos semanas.

El dueño del club de Castellón me vino a recoger al aeropuerto. Viajamos en su coche. Cuando llegué al club lo primero que vi fue a unas cincuenta mujeres brasileras de Goiás. Claro, la mafia era toda de Anápolis. Me pidieron el pasaporte para sacar una fotocopia y me dijeron que tenía que pagar tres mil euros. Les dije que eso no era lo acordado. El dueño del club me contestó que ahora estábamos en España, no en Brasil.

Comencé a trabajar. Durante la primera semana gané cuatrocientos setenta euros, aparte de la casa, que eran veinte euros tanto si trabajabas como si no. Allí había muchos hombres, pero también el club estaba lleno de mujeres, todas muy jóvenes. No podíamos bajar al salón con cualquier ropa, tenías que llevar lencería transparente, como a él le gustaba.

Después de quince días decidí escaparme del club. Recogí mis cosas, bajé a la playa y fui a hablar con un taxista. Le pregunté que cuánto nos cobraba

por ir a Segovia. Le sorprendió, me dijo: - ¡Joder! ¿A Segovia? Luego me dijo que trescientos setenta euros. Y yo: - Vale. Nos escapamos las tres, Sheila, Talita y yo. Nos escapamos para Segovia porque Sheila conocía allí un club.

En Segovia nos encontramos con un club pequeñito, con unas quince mujeres. La dueña era una ecuatoriana, gente buena. Trabajé de puta madre en ese club. Hacía ocho, diez pases cada noche, y también salidas. Me fue muy, muy bien. En ese club fue donde mejor he trabajado aquí en España. Me quedé cuatro meses y gané un montón de dinero. Se trabajaba muy bien, y Extranjería nunca molestaba. Los policías sólo venían para tomar copas y para *comer as meninas de graça*. Más tarde, Sheila se casó con el camarero y Talita regresó a Brasil. Yo discutí un día con el encargado y entonces me marché. Ahí ya fue cuando me vine para Galicia. El mismo dueño del club en Segovia tiene otro en Lugo.

Era la más sapeca

El club “Atlántida” es un club muy grande. Cuando llegué había dieciocho chicas. Pero, trabajé de puta madre. Fui con Katia, una amiga. El “Atlántida” es un club muy grande y lujoso, parecido al “Lexis” en Lugo. Las habitaciones muy lindas. De todos los clubes por los que pasé en Galicia fue el mejor. Trabajaba mucho y llegué a sentirme como si estuviera en mi casa. Pagaba treinta y cinco euros de diaria, pero si no trabajabas no pagabas nada. Los pases eran de cincuenta y tres a cuarenta y tres euros. El mínimo eran cuarenta y tres. Gané mucho, mucho dinero... Había noches que me hacía seis, siete pases. Desde entonces cambió mucho. Ahora sólo tiene tres chicas y no se trabaja nada.

Estuve allí seis meses, aunque durante ese tiempo también fui algunos días a trabajar a otros clubes. Fui a Fonfría, cerca de Portugal, para hacer una plaza de veintidós días. Allí sólo hay portugueses, *pata de lião*, no quieren pagar nada. El portugués *fodê que reventa o quarto tudo, ¡Deus me livre!* No valen nada esos gilipollas. Son igual que los marroquíes, quieren pagar poco y te follan como si fueses una yegua. En Brasil, cuando vemos a un portugués ya le decimos: - Tú, ¿eres portugués de Portugal? *Fodes muito e pagas mal*. No me gustan los portugueses. Los marroquíes tampoco, son muy brutos. Una vez subí con uno en Segovia, con un marroquí. Él quería follar sin goma y me agarró por el cuello. Le di una patada y lo saqué de la habitación. Los marroquíes son gente mala. A una amiga mía uno la tiró por la ventana y le rompió los brazos porque no quería follar sin goma. Hay de todo, también hay españoles bien brutos, pero para mí los peores son los

marroquíes y los portugueses. La mayoría de los portugueses son chulos, quieren chulear a las mujeres y si no te pegan. *Safados, vagabundos*. Yo ya tengo experiencia, que estuve viviendo con uno durante tres meses...

Me quedé hasta embarazada, y luego *tiréi o nené*, con dos meses y medio. Era un *vagabundo*, un desgraciado de mierda. No quería que saliese a la calle, y si alguien me miraba ya quería darme unas hostias. Íbamos a arreglar los papeles para casarnos y todo. Un día, porque yo había estado en una cafetería con un amigo suyo, me dio una hostia, y yo entonces le rompí un plato en la cabeza. Lógico. *Não deu certo*. Me fui de su casa y volví para el “Atlántida”. Me vino a buscar varias veces al club, pero nunca más volví con él. Yo también soy muy bruta, a veces le pegaba con la sartén... Fuera de eso, fui una buena esposa. No tenía nada que reclamarme.

En el “Atlántida” yo era la más *sapeca*, era la más *safada* y *vagabunda*. Después de perder al bebé, mi amiga vino a buscarme. Quería que fuese para Lugo con ella. Primero, fuimos al “Lexis”, sólo durante un par de días. No me gustó nada. El salón es muy grande, te duelen las piernas de tanto andar, los hombres sólo van a amasar y la comida es pésima. Además, allí las chicas tienen la cosa de decir “mi cliente”, un absurdo... Y teníamos que pagar siete euros cada día, trabajases o no.

Del “Lexis” nos fuimos para el “Erótica”. Allí trabajé *rasgado*, muy bien. Gané mil seiscientos euros en una sola semana. Muy bien. Pagas treinta euros de casa si trabajas, y si no trabajas no pagas nada. Me quedé allí un mes. Después, me peleé con el dueño y me marché. Pero, trabajé de puta madre allí.

Del “Erótica” me fui para “La Cima”. No me gustó. Allí sólo quieren negritas. Sólo estuve dos días. Y me fui para el “Sabrina”. Horrible... Sólo entraban dos tíos en toda una noche. Luego, me marché para Lalín, a trabajar en el club “Pardo”. Me quedé una semana. No me gustó, Lalín es un pueblo y los hombres son muy pesados.

De Lalín me fui para Vigo. Trabajé en un club que se llama “Escorpión”. Allí sólo trabajaban las rumanas y las dominicanas. Las brasileras estaban quemadas, porque hacía poco que había muerto una brasileras con meningitis y los hombres tenían miedo. Murió en medio del salón. Vino la policía y cerró el club. Eso afectó mucho a las brasileras. Yo mentía a todas horas. Decía que era uruguaya o portuguesa.

Allí había una rumana que siempre follaba sin goma. Decía que ella hacía lo que le daba la gana, que estaba sana y que sus clientes también. Luego, más tarde, me enteré de que enfermó de hepatitis.

En Vigo hay mucha competencia entre las chicas. Las rumanas y las colombianas son la peor raza que conozco. Sólo follan sin goma. Yo sólo iría a los clubes a follar sin goma cuando tuviese setenta años...

Todos los clubes de Lugo

Yo creo que ya he trabajado en todos los clubes de Lugo. Me conocen en todas partes. Lógico. Después de Vigo ya me vine para Lugo. Fui a trabajar al "Tiras". *Mexer com dono de clube não é brincadeira*. Yo no tengo ninguna queja de Juan, el dueño del "Tiras", pero cuando le dije que me marchaba, cambió completamente. Sé que algunas chicas sacaron los papeles denunciando a un dueño de club, pero yo no quiero terminar con un tiro en la cabeza...

Comencé a trabajar en el "Tiras". Mi amiga me pasó el teléfono, me dijo que era un buen sitio para trabajar. Había cinco mujeres allá. Trabajé muy bien. Me hice doscientos setenta euros en una noche. Trabajé allí durante tres meses. El dueño del club venía a buscarme a las ocho y media y después me traía a las cinco o seis de la madrugada. Trabajé muy bien. Cuando llegué había cinco mujeres, pero después llegaron más, dominicanas, brasileras. Ahora, en cambio, creo que hay más colombianas y africanas. Trabajé muy bien, cuando necesitaba algo de dinero se lo pedía al jefe y me lo daba.

El "Tiras" es un club pequeño, pero van muchos hombres, no sé porqué. Una dominicana y yo éramos las que más trabajábamos, seis o siete pases todos los días. Juan fue uno de los mejores jefes que ya he conocido. No puedo hablar mal de él, por más que nos enfadamos y lo *xinguéi*, llamándole *moleque* y *vagabundo*. Tengo que reconocer que siempre se portó bien conmigo. Creo que simplemente llegó mi hora de marcharme de allá. Los de Extranjería nunca *batían* en el club, porque Juan es amigo de ellos. Lo que hacen es ir al club para beber *cachaça* y follar gratis. La primera vez que los vi, una amiga me dijo: - Mira, Duda, esos son de Extranjería. Yo le dije: - Que les den por culo. Sólo quieren follar por la cara.

La cocinera del club, que es amiga mía, no tenía papeles y ganaba ochocientos euros, pero trabajaba mucho. ¿Qué pasó? Mi amiga le dijo a Juan que tenía un amigo en Recife que traía chicas para acá, y Juan

entonces le dio mil cuatrocientos euros para que pasaran dos chicas en la frontera, sólo para pasar, no eran para el billete. Lo que pasó fue que el brasilero se quedó con todo el dinero y desapareció. Juan entonces le dijo a mi amiga que le tenía que devolver los mil cuatrocientos euros, aunque fuese poco a poco. Pero, mi amiga no quiso pagar nada y se marchó del club. Después, Juan se enfadó conmigo, no sé porqué, porque yo no tenía nada que ver con ese rollo, sólo porque Andrea era mi amiga. Juan no quiso devolverme mis cosas. Me dijo que no me las devolvía hasta que mi amiga volviese para pagarle. Yo le dije que lo iba a denunciar y le llamé de todo, que era un *moleque*, y que aunque fuese dueño de un club no tenía cojones... No aguanto que nadie se pase conmigo, si no se pasa mi padre no va hacerlo nadie. Lógico. Me despedí de mis amigas del club y llamé a Betty, la mujer de Juan, que también es brasilera. Betty me dijo que estuviese tranquila, que todo era porque Juan estaba nervioso.

Por eso en octubre me fui para Lalín, otra vez al “Pardo”. Pero, me quedé más trabajando en la barra que haciendo pases. Sólo me quedé cinco días. No me gustó. Yo soy así, si voy a un club y el trabajo está bien me quedo, pero si el trabajo está flaco me marcho enseguida. Yo voy a un club para trabajar. Lógico.

De Lalín me fui a trabajar a un chiringuito, al “Trasnos”, en Puebla de San Julián. Es *bonitinho* y tal. Se trabaja con la puerta cerrada, así si viene la policía tienen que timbrar y da tiempo para que las chicas se escondan. Cuando fui sólo había un *travéco* y cinco chicas. Me quedé una semana. Los pases allá son de cuarenta y cinco euros, pero hay mujeres que suben por treinta y cinco o incluso por treinta. Me hice dos, tres pases, alguna *copinha*..., poca cosa. No tengo tanta paciencia. Entraba un cliente cada hora. El dueño del “Trasnos”, Francisco, también tiene un piso en Lugo.

También estuve en “El Rayo de Luna”, pero sólo por una noche. No me gustó. Estaba lloviendo, parecía que aquel *putero* me iba a caer encima. No me gustó nada. Fue el peor club en el que ya he estado. Ramiro, el dueño del club, no quería traerme y tuve que esperar hasta que cerró. Me quedé allí *xingándome* y al final me trajo hasta casa. Le dije que gracias, pero que no volvía más.

Después, trabajé durante una semana en el “Momo”. La dueña es muy buena gente, pero no me gusta porque tengo que ir siempre en taxi, y allí las chicas tienen mal acostumbrados a los clientes, follan sin condón. Allí hay una brasilera que da sin condón para todo Lugo. Hay trabajo, pero sólo para quien lo da sin goma. Por eso no voy a volver. Además, un día discutí con el marido de la dueña por causa del taxi. Él no nos quiere traer a casa y

siempre hay que andar de taxi, y no me parece justo. No, las brasileras que hay en el “Momo” son de *pâu pelado*. No quiero saber nada. La última noche que estuve allí sólo me hice dos pases y *briguéi* con un cliente porque me quería *comer* sin goma. Estábamos en la habitación, yo ya estaba *deitada* en la cama, él se pensaba que yo estaba borracha y se quitó la goma. Entonces, me levanté y le dije: - Espera sólo un *minutinho* - Vale, cariño -Bien, vamos a follar, pero con goma. Como no quería, y me decía que con goma no follaba, salí *xingando* de la habitación. No tengo paciencia con estos hombres, estoy cansada... Se quedó allí solo en la habitación como un idiota. Le dije: - Chao. Ese club está *queimado*, todos los hombres quieren sin goma. La dueña me pidió que me quedase, que siguiese trabajando, pero le dije que no. Cogí un taxi y me fui a casa.

Al final, fui otra vez al “Erótica”. Allí *quentéi o cú*. Había muchas mujeres, unas veintisiete: brasileras, rumanas, uruguayas, africanas, colombianas, etc. Allí hay una africana que me tiene rabia, cuando voy a coger una silla para sentarme viene ella corriendo a quitármela. Me da igual. Si se pasa le doy unos *tapas* en la cara. El trabajo está bien. Sigo yendo al club de vez en cuando, si me apetece. Allí me hago dos, tres, cuatro pases todos los días y también copas. Pero, me da miedo la policía. El otro día vinieron tres a tomar unas copas.

“Garotas Playboy”

Lo malo de los pisos es que aquí en Lugo cobran veinte euros. Y en los pisos trabajan sobre todo los travestis. Cuando los clientes llegan al piso y el travesti está ocupado, esperan por él, esperan *para levar no rabo*. La mitad de los españoles que van a los pisos son *veados*.

Yo sólo he trabajado en un piso, en la calle Armando Durán, cerca de los Juzgados. Trabajé allí un mes. No fue mal, fue más o menos. Yo era la única rubia del piso. Éramos tres chicas y un travesti. La dueña del piso es una brasilerá, Carolina, “la abuelita cachondita”. Ella tiene cincuenta y cuatro años, creo. *De pau pelado para cima vai tudo*. Ella chupa sin goma... Yo si tuviera setenta u ochenta años, ya cerca de morirme, también lo haría sin goma...

El sistema en el piso es diferente. Llegan los clientes, escogen a las mujeres y vas a la habitación. De cada pase la dueña se quedaba casi con la mitad. Me parecía un abuso. Por eso me marché, y también porque el piso era muy frío. Allí el que más trabajaba era el travesti. Tenía un anuncio en el

periódico y todos los días venían hombres buscándolo. Aquí en España es el lugar donde he visto más maricones. Hombres guapos, trajeados y con corbata, médicos, abogados, etc, vienen a los pisos sólo *procurando travecos* para que les den por el culo.

A mí España me ha decepcionado mucho. Mucha droga, muchos maricones y hombres que sólo quieren follar sin goma. Todo eso me ha decepcionado mucho. España, que es un país del primer mundo, y luego ves todo lo que hay aquí... Brasil es un país pobre, pero no tiene tanta frescura como aquí.

El travesti en el piso me comentaba que la mayoría de los clientes lo que pedían es que él se los follase a ellos. Yo sólo me hacía dos, tres pases por día, mientras que el travesti se hacía siete, ocho por día. Los hombres son todos unos *vagabundos*. En Brasil los hombres son hombres, y los *travecos* son *travecos*. Aquí, en cambio, todos son *cubados*. Ahora en el piso hay un *traveco* brasilero de dieciocho años trabajando. El que yo conocí, ahora está en Alicante.

Cuando estaba en el piso puse un anuncio con las otras dos chicas: "*Garotas Playboy*". Los pases eran de cuarenta euros. El trabajo en el piso es diferente. Compartes con los travestis, porque en los clubes no los aceptan. Es increíble, pero en los pisos los que más trabajan son los travestis. En el piso los clientes llegan y ya escogen a las chicas, no te están agarrando..., y no es tan pesado el trabajo. Pero, en el piso la ganancia también es menor. Recuerdo que el travesti que trabajaba en el piso era muy educado, y bonita, parecía una mujer, con los cabellos largos y todo natural. Lo que no entiendo es cómo pueden aguantar siete u ocho pases...

En el piso pasé mucho frío y follé poco. Bueno, trabajé bien, pero menos de lo que pensaba. Sabrina también estuvo trabajando unas semanas. Un día, vino un viejo de noventa años todo *fedorento*. Le dije: - *Vai embora*, te voy a cortar las orejas y la nariz. Era una broma, pero el viejo se quedó todo flipado. Quería follar por veinte euros. Como allí se cobran treinta lo mínimo, por veinte minutos, se marchó para el piso de Romelina. Allí follan por veinte euros. *¡Deus me livre!...*

Aparte del piso donde trabajé, alguna vez he llevado algún cliente al piso de Isabella en Ronda das Fontiñas. Pero, aquí en mi piso no, porque los vecinos están muy encima y no quiero problemas.

Lo peor es que las mujeres no se saben valorar. Están cobrando veinte euros por un pase, y eso es lo que está acabando con los clubes. En Lugo

hay un montón de pisos y eso es muy malo para los clubes. La policía debería cerrar diez o veinte pisos por lo menos, si no es imposible trabajar.

La policía

Quero ir embora. Ya me cansé de esta España. Algunos clubes no dan para trabajar y en otros que se trabaja bien sólo viene la policía para molestar. Ellos tratan a las prostitutas como si fuésemos ladronas o asesinas. La policía de Monforte es la peor. La primera vez que fueron al “Atlántida” me pidieron el pasaporte. Y la segunda vez, vinieron y cuando me lo volvieron a pedir, les dije que no lo tenía. El policía me dijo entonces que yo estaba mintiendo, que era una brasilera muy descarada y que me iban a meter en la cárcel. Le contesté que no había hecho nada para ir a la cárcel.

La tercera vez que fueron subí a la habitación con un cliente. Yo estaba pensando en tirarme por la *janela* si ellos venían a buscarme, pero era muy alto y me iba a *quebrar todinha*... Hablaron con la encargada y le dijeron que faltaba una rubia, que dónde estaba. Después, subieron a la habitación y llamaron a la puerta. Les tuve que dar de nuevo el pasaporte. Me dijeron que la próxima vez que me cogiesen me iban a llevar con ellos.

Conozco a una chica, también brasilera, que se la llevaron y que la tuvieron encerrada durante cuatro días, hasta que le salió el vuelo para Brasil. La trataron muy mal, y no le dejaron *tomar banho* ni nada. Son malos esos gilipollas.

Yo tengo miedo. Que te quiten fotos y te traten como a un criminal... Y luego, esos policías son unos *vagabundos*, van al club y quieren follar con las chicas. Una noche, en el “Tiras” un tío me dijo que me fuese a follar con él. Yo le pedí para subir a la habitación, y él me contestó que en el club no follaba, que si quería irme con él para su casa. Le dije que pagando no había problema. Y me dijo que si le daba la gana yo iba igual. No sabía que era policía, pero a mí me da igual. Fue mi amiga dominicana la que me dijo que era policía. Conozco a otro, que es policía jubilado y pide a toda hora follar sin condón, sinvergüenza...

Ahora están haciendo muchas redadas y también parando a la gente por la calle. La mayoría son muy abusados. Otros vienen al club, suben con las chicas a la habitación y no dicen que son policías. Si es así a mí no me importa. Lo que no admito es los que quieren follar por la cara.

En Segovia también está muy mal. Allá la policía de Extranjería va a los clubes para follar por la cara, pero luego no molestan. Lógico.

Hace unos días llegó un tío. Me acerqué, le dije hola. Me preguntó de dónde era. Yo: - De Brasil. Me dijo que conocía Brasil, que había estado en Salvador, São Paulo y Rio. También me dijo que trabajaba, pero que si me decía en qué trabajaba yo me iba a asustar. Le contesté: - No creo. Y le dije si era traficante. - ¡Qué! No digas tonterías, soy de la Extranjería de Madrid. Y me preguntó si tenía papeles. Le pregunté: - ¿Quién eres tú? - Soy de la Extranjería de Madrid, pero hoy no estoy de servicio, aunque si quiero te puedo llevar al calabozo durante seis días para aplicarte la ley anti-terrorista. Lo mandé a tomar por culo. Luego, me ofreció doscientos euros para hacer una salida con él, quería que fuésemos a mi piso. Le dije que se fuese a dormir, que estaba loco. Al final, fuimos a la habitación. Me pagó cuarenta y cinco euros por diez minutos. Parecía un *galo*. Y no paraba de decirme que me iba a llevar por pertenecer a un grupo terrorista. Quería follar sin condón. Decía que era de Extranjería, como si por ser de Extranjería tuviese ya que follar sin condón... Le dije que si quería, con condón, que si no me marchaba de la habitación. Entonces, le coloqué el condón, me senté encima y tras, tras... Él me decía que si me encontraba en Madrid me iba a coger y que me llevaría al calabozo por terrorista. Después, las otras chicas me contaron que ese tío siempre hacía lo mismo, que amenazaba a las chicas y contaba todo ese rollo.

Ese tío no era policía. Pero, a veces los de Extranjería sí que van a los clubes y abusan de las chicas. Donde yo más lo vi fue en el "Tiras". Allí algunas noches venían los de Extranjería a tomar copas por la cara. El jefe ya nos avisaba, para que tuviésemos cuidado. Edelmiro va muchas veces, siempre solo y es muy abusado. Me dijo que si le daba la gana yo hacía una salida con él por la cara. Ese día estaba un poco borracho. Otras noches, cuando no bebe, está más tranquilo. Las chicas ya lo conocen. Hay policías que se pasan...

Al "Trasnos" también va mucho la policía. Toman copas y follan por la cara. El dueño del club les paga igual a las chicas, pero ellos no pagan. La Extranjería de Segovia es igual, *comen* por la cara y los dueños de los clubes pagan. El "Trasnos" es una *geladeira*, el club es tan frío que los hombres llegan allí y no consiguen empalmarse...

Otro día vino un cura. Me dijo que no quería follar, que sólo quería ir conmigo para el reservado. Me pidió que bailase para él allí en el reservado. Me pagó una copa de treinta euros y estuve allí con él. Me dijo que tenía treinta y nueve años y que sus padres le habían obligado a ser

cura, pero que no era su vocación y se iba a quitar. También me contó que nunca había follado con mujeres, pero que ahora iba a empezar. Estaba un poco loco.

Locos de la cabeza

Yo no sé qué pasa con los españoles, que son locos de la cabeza. Piden siempre hacerlo sin condón. Eso no sucede en Brasil. Aquí los hombres dan la vida por follar sin goma.

Conozco a una chica brasilera que tiene sida. Ella no sabe que yo lo sé. Me dice que tiene tuberculosis. Pero, a mí me lo contó una amiga. No me parece bien que siga trabajando y esté enferma. Desde que sé que tiene sida tengo mucho miedo. Siempre utilizo el preservativo cuando trabajo y también en mis relaciones. Sólo no lo utilicé con dos novios que tuve aquí.

Los hombres aquí en España son todos unos *safados* y unos *galinha*. Son peores que en mi país. En Brasil, cuando trabajaba en la *boate*, también te trataban de puta, pero si tenías un hombre te respetaban. Sin embargo, aquí los hombres aunque estés fuera del trabajo te siguen tratando a toda hora como una puta. Son unos *safados*.

Me pongo muy triste con estos hombres europeos. No piensan en nada. Cuando me dicen que quieren sin goma, yo les digo: - Sí, vale, yo sin goma, pero tú con goma. A veces pienso que se merecen que les contagien el sida. Aquí una chica con sida puede contagiar a todo un pueblo, porque todos quieren sin goma.

Roberto

A Roberto lo conocí como cliente en el “Tiras”. Él es médico¹⁴ en el hospital. Es un *capeta*. Yo le he dicho que sólo me quedo aquí con él si me monta un club. Me ha hablado algo de los papeles, pero, bah, no tengo paciencia.

Roberto es un *besta*, un hijo de puta. Lo trato bien, se ha quedado conmigo en mi casa varias veces, *tudo bem*. Me ha pagado doscientos euros para el alquiler del piso. Estupendo. Pero, la semana pasada fue al club y le pagó

¹⁴ En realidad, Roberto trabaja de celador en el hospital, aunque a Duda le había dicho que era médico. Más tarde, Duda descubrió el engaño.

trescientos euros por una salida a Andrea. A mí me parece perfecto, es su dinero, va a un *putero* y puede ir a *comerse* a cualquier puta. Pero, si le paga a Andrea trescientos euros por una salida, no admito que venga a mi casa, se quede conmigo a dormir y que me pague luego doscientos euros para el alquiler. Me ha llamado por teléfono para decirme que no es verdad. Pero, yo le he dicho que es un cabrón y un hijo de puta, y que sólo quiere follar conmigo por la cara, y que si a Andrea le ha pagado trescientos euros por una noche, entonces si quiere estar conmigo va a tener que pagarme seiscientos. Y si de verdad quiere estar conmigo tanto como dice, que me de seis mil euros y me quedo con él durante dos meses. Pero, *comerme* por la cara, no. Ya me tienen harta estos *bestas*. Me quiero ir para mi país. Tengo que ganar cuatro mil euros y después me volveré para Brasil.

Mi hermana

Mi hermana Edileuze ha tenido un niño en Brasil. Ella quiere venir a España y dejar al niño con mi madre. Quiere hacer su vida aquí. Tiene pensado venir el próximo año, en abril. Yo le voy a comprar el billete e intentaré también conseguir una carta de invitación para ella.

Mi otra hermana, Odette, también quiere venir para España. Ella quiere ser modelo. Tiene dieciséis años y pesa cuarenta kilos. Es *bonitinha*, pero la carrera de modelo la veo complicada. Me dice que ella no va a ser puta nunca, que esa no es vida para ella, que si yo la coloco en un *putero* me va a echar a la policía encima... Yo sólo la voy a traer si consigo arreglar mis papeles, si no, no.

Saudade

Quero ir embora. Tengo *saudade* de mi ciudad. Aunque sé que cuando estás allí y se acaba el dinero también es una situación difícil. Pero, en España tampoco estás tan bien. Tal vez sería mejor ir a Inglaterra. Tengo una amiga que me dice que allá es donde el dinero está más alto en Europa. Ella trabaja de camarera en una cafetería, pero tampoco tiene papeles. No ha trabajado en la prostitución porque allí está con su madre, y no es posible. Pero, dice que allá no es como aquí, que no hay tanta prostitución ni tantos clubes como en España.

Mi prima, que trabajaba en un club en Pontevedra, se marchó para Brasil hace dos meses y medio. Ahora ya está loca por volver. No aguanta estar allá sin dinero. Se llevó cincuenta mil reales, pero ya se gastó la mayor

parte. Se ha hecho la nariz, compró un ordenador y un piso con su madre. Ahora quiere volver lo más rápido posible.

Un consolador

Hace una semana me compré un consolador. Me costó dieciocho euros. Se lo compré a un colombiano que fue al piso de Carolina. Como me dolían ya los dedos, decidí comprarme uno, porque aquí en España no hay más que maricones *vagabundos*.

Cuando vino Roberto se lo enseñé y le dije que lo había comprado para él. Me dijo que me iba a dar una hostia. España batió el record, maricones y drogadictos es lo que más hay.

FLAVIA

Infancia

Nací en Belem do Pará el 13 de mayo de 1981. Mi vida era buena, tenía de todo. Si quería alguna cosa, mi madre me la daba. Su trabajo se lo permitía. Vivíamos en la capital mi madre, mi padrastro, un hermano y una hermana. A veces también vivían con nosotros mis primos, que eran del interior.

Con tres años tuve un accidente, casi me rompí la cabeza. Me acuerdo como si fuese hoy. Me llevaron al hospital, pero de eso ya no me acuerdo. Yo estaba jugando con otros niños y me caí. Después, a los ocho años también tuve otro accidente.

Mi vida fue muy normal. Puedo decir que fui una niña muy feliz. Nunca tuve dificultades de nada. En mi casa teníamos empleados. Mi madre trabajaba de manicura, hasta hoy.

Adolescencia

Con trece años perdí mi virginidad. Mi madre casi me mata. Fue con el hijo de la comadre de mi madre. Él tenía veintitrés años. Yo le eché la culpa a otro chico, y mi madre quiso denunciarlo. Yo le pedí que no lo hiciera. Ella me dijo que a mí nunca me había faltado de nada y que ahora seguramente debía de conocer todos los moteles de Belem. Pasé mucha vergüenza.

A mí me gustaba el chico, me gustaba mucho, lo amaba. Cosas de niñas de trece años... Bueno, yo era una niña, pero ya entendía un poco de la vida. La experiencia fue buena por un lado, porque lo estaba haciendo con una persona que imaginaba que amaba. Pero, por otro lado fue una mala experiencia porque sentí dolor.

En aquella época yo era una niña muy sistemática. De casa al colegio, del colegio a casa. Me distancié del chico. Tenía miedo y sentía también vergüenza. La mente de los adultos no admite ese tipo de situaciones, que una niña de trece años mantenga una relación con un chico de veintitrés. Si yo les decía que era porque lo amaba, no me iban a creer.

No volví a tener relaciones sexuales con ningún chico hasta los quince años. Seguí disfrutando de la vida de una niña de esa edad. Ya con quince años tuve mi primer novio. Vivía cerca de mi casa. Yo tenía quince y él

trece. Sólo hacíamos sexo oral. Yo no quería mantener relaciones vaginales porque sentía mucho dolor. Lo intentábamos, pero nunca lo conseguíamos porque a mí me dolía mucho. Por eso sólo hacía el sexo oral. Y también porque tenía miedo a quedarme embarazada. Su madre hizo todo lo imposible para separarnos. Le decía que yo le ponía los cuernos, como yo era mayor que él..., y también porque salía de fiesta con su hermana, que tenía veintitrés años y era una *baguncera*, que follaba con todos los que le daba la gana y también se emborrachaba y fumaba *maconha*. Aún así, salimos durante un año.

Cuando lo dejamos sentí mucha tristeza. Pero, un día conocí a otro chico, muy alto y muy guapo. Nos miramos fijamente. Al día siguiente él vino a verme al colegio. Cosas de niños de quince años... Y empezamos a salir. Desde los dieciséis hasta que me vine para España con veinticuatro.

Mi novio no sabía follar. Yo fui quien le enseñé. Tenía la polla muy grande y después de mantener relaciones completas con él estuve durante tres días así..., caminando como una vieja. Sí, claro, porque 23 centímetros no son ninguna coña...

Comencé a *impolgar*me. Empecé a maquillarme, a arreglarme para gustarle a ese chico. Quería estar con él a todas horas. A los cinco meses me dijo que me amaba. Yo comencé a amarlo intensamente después de un año. En aquella época yo seguía viviendo en casa de mi madre.

Fernando ingresó en la marina y empezó a usar drogas. Consumía *maconha* y *noia*. Y yo empecé a tomar también con él. Así fue como empecé a ponerme un poco loca de la cabeza. Salía de fiesta, le ponía los cuernos, etc. Yo tenía entonces diecisiete años y salía todos los fines de semana con mis amigas. Me convertí pronto en una drogadicta. Mezclaba *noia* con *maconha*. Me iba de casa el viernes y no regresaba hasta el lunes. Mi madre no desconfiaba y yo le decía que me iba a casa de una amiga. Ella no desconfiaba porque yo en casa siempre era una chica muy educada y muy discreta. Por eso mi madre nunca se enteró. Ella siempre decía que prefería una hija prostituta o lesbiana que una hija drogadicta.

Mi madre admitía todo menos las drogas. Yo entonces me relacionaba con gente con mucho dinero y muy viciada. Pero, apenas había sexo. Cuando eres drogadicta tu mente está absorbida por la droga. Al tomar coca no sientes sueño y es muy difícil que consigas tener un orgasmo. Hay gente que va y folla, folla, folla, pero no consigue correrse. Algunos se pasan

follando la noche entera. Pero, con las drogas no todos los organismos son iguales, hay personas que les da de una manera y a otras de modo distinto.

Yo empecé a drogarme por pura curiosidad y por voluntad propia. No como otra gente que se meten en el mundo de las drogas por sus problemas. Yo lo hice porque me dio la gana. Aunque, en el tema de las drogas aquí en España es todavía peor. La mayoría de las personas que conozco, que he conocido aquí, sobre todo en los clubes, son consumidores de drogas.

Consumí drogas hasta los veinte años. A veces no conseguía dormir. Una noche que no podía dormir, le rogué a Dios que me cambiase de vida. A partir de ese día dejé de tomar drogas. Mis amigos me llamaron de *careta*, pero a mí me daba igual. Más tarde tuve una recaída y volví a consumir *noia*, y luego ya lo dejé definitivamente.

La aventura de la Guayana

Mi novio me agobiaba demasiado. Él era muy celoso y entonces decidí, con dieciocho años, marcharme con una amiga para la Guayana francesa. Estuvimos en Kourou durante unos cinco meses. Ahí fue que empecé a prostituirme, y también cuando experimenté con drogas duras como el crack.

En la Guayana me envolví con un legionario alemán que estaba loco. Era un hombre muy guapo e inteligente, pero las drogas habían acabado con él. Si eres fuerte el crack te deja con la piel y los huesos. Hans estaba así, todo demacrado y flaco, con su belleza escondida tras el cabello largo y la barba. Mi amiga también estaba enganchada. Vivíamos los tres juntos, Hans, Brenda y yo. Después, estuve viviendo un tiempo con un chico francés.

En Kourou no había clubes de alterne, sino *danzeterías*. Nosotras salíamos a bailar, nos emborrachábamos y entonces los chicos se nos acercaban para estar con nosotras. La mayoría de los hombres eran legionarios e ingenieros del centro espacial que había en la ciudad.

Trabajé en la prostitución durante los primeros dos meses y medio. Después, lo dejé porque me fui a vivir con mi novio francés. Durante el día hacía una vida normal y por la noche me iba de marcha.

Tenía muchos clientes chinos. Tenía más de veinte chinos conmigo. Los chinos son muy *preconçeituosos*, ellos no se mezclan con cualquier chica. Son muy raros, pero a mí se me daban muy bien. A ellos les cuesta mucho tener

confianza con las personas, y yo me gané su confianza. Y follando son de lo más rápido. Te sientas encima y ya se corren, y tienen la polla muy pequeña... Me pagaban muy bien. En aquella época me pagaban cincuenta o sesenta francos por estar media hora. Pero, los chinos a veces me daban hasta quinientos francos. Todos eran jóvenes y me daban mucho dinero, para ellos era como si fuese su novia.

Lo pasé muy bien en aquella época en la Guayana francesa. Kourou me gustaba mucho. No sé cómo será ahora, pero entonces era una ciudad muy bonita. A mí me gustaría poder regresar algún día, de vacaciones.

El dinero que gané lo gasté todo. Me iba a las tiendas y a los restaurantes. El recuerdo que tengo de esa época es muy bueno. No como aquí en España, que tienes que trabajar en los clubes como una esclava y aguantar a los viejos, que no se lavan, joder.

Para mí el comenzar a trabajar de prostituta allí en la Guayana fue como una fiesta. Trabajaba porque me daba la gana. Si quería follar, follaba, y si no, no pasaba nada. A veces me llevaba una fila de chinos para el hotel y me los follaba a todos. Terminaba con uno y llamaba al siguiente en la fila. Eran todos jóvenes, de veinte, veintiún años. Fue una locura. Me lo pasé de puta madre.

Me acuerdo de “*te o jai*” que en chino significa follar. Seguí con mi novio, pero la convivencia se me hacía un poco pesada. Yo tenía sólo dieciocho años. André y yo nos conocimos en una fiesta. Él estaba con otra chica, pero él me llamó mucho la atención y me acerqué a él. No me importaba que estuviese con otra, me daba igual. Desde ese día empezamos a salir. A mí me gustaba estar con él, pero a él lo que más le gustaba era follar. Yo sólo pedía un poco de atención por su parte. Pero, no funcionó y más tarde nos dejamos.

Tuve clientes franceses, chinos, australianos, italianos y alemanes. Gané mucho dinero. Salía todos los días. Algunas veces me encontraba con André, pero ya ni nos dirigíamos la palabra. Sólo una noche que él se enfadó porque me vio bailar muy sensual con otro chico.

Terminaba el año 1999 y de pronto sentí *saudade*. Entonces, recogí mis cosas y me fui para el aeropuerto. Le dije a la policía que no tenía papeles, que era clandestina y que quería irme para mi casa. El billete costaba mil seiscientos francos en la época. Yo tenía el dinero, pero no quería gastarlo. El policía me dijo que si quería regresar tenía que pagar el billete. Y desgraciadamente, tuve que pagar.

Vuelta a Brasil

Volví a la vida normal. Retomé los estudios y seguí viviendo en Belem en la casa de mi madre. Más tarde, empecé a trabajar en una oficina con unos abogados, y mi vida era normal, nada que ver con lo que yo había vivido en Guayana.

En 2004 tuve unas vacaciones de un mes y me fui a São Luis de Maranhão. Allí tenía a mi hermano y también algún conocido. Aproveché para salir de fiesta y también para ganar un poco de dinero extra... Conocí a varios empresarios, conversábamos, cha, cha, cha, y nos íbamos para un hotel. Cobraba entre ciento cincuenta y doscientos reales por media hora. No hice un cálculo de lo que pude haber ganado entonces, porque en mi cabeza sólo tenía la idea de divertirme e ir de fiestas. Si hubiese ahorrado todo lo que he ganado trabajando en la prostitución, ahora sería rica.

Regresé a Belem. Dejé el trabajo porque ya empecé a pensar en venir a España. Tenía una amiga que estaba trabajando en España y me llamó un día por teléfono. Me dijo que yo podía ganar mucho dinero, pero también me dijo que tenía que mover el culo.

Le dije a mi madre que venía a España. Ella me dijo que no era lo que quería para mí, pero que tampoco era nadie para prohibirme lo que quería hacer. También me dijo que si me arrepentía o me pasaba algo su casa siempre estaría abierta para mí.

El viaje a España

Mi amiga se hizo cargo de todo. Pagó mi pasaporte y el billete. Yo llegué a Madrid el 20 de enero de 2005. En el aeropuerto me estaba esperando un viejo, amigo del dueño del club. Yo pensaba que vendría un chico guapo y así, pero no, vino un viejo.

De Brasil viajamos dos chicas. Pero, la otra no pasó. Me puse muy nerviosa. Fui a un locutorio y llamé a mi país. Luego llamé a mi amiga. Me preguntó dónde estaba. El taxista me dijo que si tenía problemas podía quedarme con él, que era soltero. A la chica que viajaba conmigo la deportaron al día siguiente. Yo tuve suerte.

El viejo pagó al taxista y me llevaron para León. Llegué, el dueño del club me saludó, me mandó para una habitación y me preguntó si quería trabajar o prefería descansar. Le dije que prefería descansar. Al día siguiente ya comencé a trabajar. En el club había dos ucranianas, una venezolana y las demás eran todas brasileras. Era un club pequeño, en un pueblo de León cerca de la carretera.

Las otras chicas brasileras hablaron un poco conmigo. Todas menos una, porque no le había gustado mi cara. El club había cambiado recientemente de dueño. Y empecé a trabajar. La mayoría de los clientes eran viejos asquerosos, sin dientes y que olían muy mal. Yo les pedía que me hablasen despacio, para poder entender. Y me escojonaba de algunas palabras, como “correrse” o “chingar” que en mi país significan otra cosa.

Pensé que todos los españoles eran maricones, porque me pedían mucho que me los follase con los dedos. Colocaba un condón en los dedos y se los metía por el culo mirando para otro lado, porque me moría de asco. Al día siguiente me lo pasaba sin comer carne...

Pero, también me lo pasé bien con algunos clientes. Algunos eran guapos y follaban de puta madre. Allí trabajé hasta marzo. Pagué mi billete de dos mil quinientos euros en diecisiete días. El encargado me robaba con las cuentas, sino hubiese pagado el billete en menos tiempo.

También tuve un rollo bastante rápido con el dueño del club. Era celoso y después, cuando yo estaba hablando con los chicos en el club se me quedaba mirando con cara de mala hostia. Tuve que poner fin a esa relación, decir basta. Hoy en día él es mi amigo, menos mal.

Luego conocí a un chico que venía todos los días, y le tomé un poco de cariño. Bueno, sobre todo le tomé cariño a su dinero... Me quedé teniendo dos novios. Una noche, cuando cerró el club, sobre las cinco y media de la mañana, una amiga y yo fuimos a una fiesta en León y nos emborrachamos. Me encontré a un chico en la calle que me sonrió y me cogió de la mano y me dijo que me fuese con él a tomar una copa. Y ese chico es mi novio actual, puedes creerlo...

En marzo dejé el club y me marché para otro club en el centro de León. Le dije al dueño que quería cambiar, y como ya tenía pagado mi billete, *tudo bem*. En el “Latino” había muchas rumanas, unas veinte, una brasileña, una venezolana, tres africanas y tres paraguayas. Era un club más grande, y allí el encargado ya se quedó interesado en mí. Y yo sacaba provecho de su interés... Me organizaba bien, como siempre intento sacar provecho de la

situación. Tomaba más copas de las permitidas. Venían muchos empresarios, abogados, jóvenes y también algunos viejos asquerosos.

Por un lado me divertía bastante. Pero, por otro también me estresaba porque allí se trabajaba mucho. Comenzaba a trabajar a las seis de la tarde y cerraba a las cinco de la madrugada. Los fines de semana cerraba a las seis. Tenía algunos días que ya les decía a los clientes que estaba en el club de vacaciones, porque no aguantaba. A veces me daban dolores de cabeza. Algunas noches hacía cuatro, cinco, hasta siete pases. Pero, depende. No es tanto la cantidad, a veces unos pocos clientes te costaban mucho porque pagaban una hora o más y estaban todo el tiempo follando, y yo follaba sin ganas. Yo, cuando no disfruto me pongo muy seca y entonces los condones me hacen daño. Para eso utilizo un gel.

Trabajé bien allí. Me llevaba bien con todas las chicas. Pero, las rumanas no suelen aceptar chicas de otras razas. Las rumanas follaban todas sin condón. Estropean a los clientes. Luego suben contigo y también te piden hacerlo sin condón. Y alguna follaba hasta con la regla. Les da todo igual. Por eso algunos clientes no querían a las rumanas, decían que eran todas unas asquerosas.

Una noche vino la policía de Extranjería y nos llevaron a todas para comisaría. Me pusieron con todas las rumanas, menos mal que me llevaba bien con ellas, porque sino hubiera sido un *infierno*. Llegamos a las siete de la tarde y a mí me soltaron al mediodía del día siguiente. Las rumanas se quedaron allí hasta la tarde.

Aquella misma noche volví al “Latino” para trabajar. Pero, estaba nerviosa. Como tenía miedo y no quería dormir en la cárcel me quedé en casa durante dos semanas. Después, me fui a otro club, al “Tigre de Marfil”. Localicé el número de teléfono a través de internet. Llamé y me dieron el número de teléfono del propietario. Hablé con él y me dio la plaza. Llegué allí para trabajar. Es un club pequeño, que tenía entonces dos rumanas, tres rusas, una búlgara, una africana y diez brasileñas. Estuve trabajando allí junio, julio y agosto de 2005. El horario era el habitual, los fines de semana cerraba más tarde, a las cinco.

Una noche llegó un chico de unos veintidós años y me preguntó cuánto costaba el sexo anal. Le contesté que trescientos euros. Me protestó, que era muy caro y que le bajase algo. Yo le dije que no. Y él aceptó. Entonces, le pregunté si tenía la polla muy grande y me contestó que no, que la tenía pequeña. Como no me fiaba, le toqué la polla para comprobarlo y sí, la tenía pequeñita. Subimos a la habitación. Tenía tantas ganas que se quitó la

ropa corriendo, le coloqué el condón y ya se corrió. No estuvimos ni cinco minutos. Cuando bajamos, él iba con la cara toda roja, lleno de vergüenza. Y el camarero me preguntó si me lo había follado por las escaleras. Todos se escojonaban de risa.

Hay situaciones que son muy graciosas. Recuerdo una vez que fuimos dos parejas. Mi compañera era tan escandalosa y el mío era tan gordo y tenía la polla tan pequeña, que yo no aguantaba la risa. Fue divertido.

Otra vez llegó un chico muy guapo. No quería subir con ninguna chica. Me acerqué a él y me dijo que no iba a subir. Le dije, bueno, podemos charlar, no pasa nada. Pero, al final, se puso cachondo con mis tonterías y subimos a la habitación. Follaba de puta madre. Se corrió pronto, pero le dejé echar tres polvos porque me encantaba. Era muy guapo y follaba tan bien..., se me ponía la carne de gallina cuando me acariciaba. Recuerdo que tuve un orgasmo muy intenso con él. Luego, subió más veces conmigo y también lo pasamos muy bien. Nos hicimos amigos. Aunque, después perdí el contacto.

Otra vez uno llegó y me dijo que quería subir conmigo. Le dije que cuarenta y tres euros, y él que sólo tenía treinta y ocho euros. Le dije que me lo pensaría. Como me cayó simpático, y yo ya había trabajado bien aquella noche, subimos. Me costó trabajo porque estuvimos media hora follando. Pero, a la siguiente semana volvió y me dijo que yo era una chica estupenda y me pagó setenta y cinco euros. Y luego vino más veces.

La africana trabajaba muy bien. En un sábado se hizo mil euros. Tenía unas tetas muy grandes y subía mucho con los drogados. Era muy fea, pero se acercaba a todos los hombres. Yo ya he subido con clientes drogados. Suelen ser muy pesados, pero también pagan todo lo que les pides.

Cuando no quería subir con algún cliente, porque eran muy desagradables o muy chulos, no subía. Siempre he subido con los que me ha dado la gana. En todos los sitios que he trabajado he tenido esa libertad. Ningún dueño de club me ha reclamado nada, porque siempre he trabajado bien y conseguía muchas copas. Además, en muchos clubes ya te cobran la casa todos los días. Ellos siempre tienen ganancia, por eso que no tienen porqué exigir nada.

He tenido muchos clientes marroquíes. Muchos te piden que les dejes correrse dos veces. Lógico, yo les cobro más.

Una vez llegó un hombre, un cincuentón, pero muy atractivo. Me gustaba follar con él. Fue mi cliente. Me decía que yo le gustaba mucho porque hacía cosas que muy pocas hacían. Era porque yo le apretaba la polla con los músculos de mi vagina, y eso es algo que les gusta mucho a los hombres. Yo lo hacía porque me gustaba. Y cuando me gusta lo hago intensamente...

Otra vez uno me dijo que tenía el coño chino. Era por eso. En Brasil también los hombres le dan mucho valor a las mujeres que hacen eso, que contraen bien. Hay mujeres que pierden la flexibilidad y muchas que trabajan en la prostitución de tanto follar se vuelven flojas, pierden la elasticidad.

El piso de contactos

Tenía una conocida y me dijo que necesitaban chicas para trabajar en un piso de Lugo. Así que en agosto dejé el “Tigre de Marfil” y me vine para Lugo. Mi novio también se venía a Galicia para trabajar.

En el piso sólo había dos chicas, mi amiga y una española. Las españolas aquí trabajan todas en pisos. El trabajo era de veinticuatro horas y la dueña del piso era una española. Teníamos dos horas de descanso para hacer lo que nos diese la gana. La dueña era muy buena persona, allí me sentí como en casa, en familia. El pase mínimo eran cuarenta euros por quince minutos, veinte para la chica y veinte para la casa. La dueña también nos daba las sábanas y los condones.

En el piso llegan los clientes, escogen a las chicas y ya se van para la habitación. Allí hacíamos pases y también salidas. Las salidas eran de cien euros por una hora. El taxi lo pagaba el cliente. Yo hacía muchas salidas, muchos empresarios en hoteles, que pedían máxima discreción. No querían chicas que tuviesen aspecto de putas, porque valoraban mucho la discreción. Cuando llamaban por teléfono al piso ya preguntaban cómo eran las chicas: las tetas, el cabello, etc.

Trabajé en el piso desde finales de agosto hasta finales de octubre. Lo peor era cuando llegaban los clientes de madrugada, jóvenes borrachos y drogados.

Una vez llegó un chico a las dos de la mañana. Me pagó quinientos euros por estar con él desde las dos hasta las seis. Follaba un poquito y bebíamos

ron con coca-cola. Nos contábamos chistes y tonterías, y nos escojonábamos de risa.

Otra vez, un joven de unos veintitrés años, que me pagaba muy bien pero que era muy pesado, quería chuparme el culo y yo no le dejé. Usaba mucha droga. Era un quinqui a causa de la droga. Quería que yo fuese su novia. Estaba loco.

Al piso venían muchos chicos jóvenes y empresarios, más que en los clubes en que he trabajado. Cuando llovía era cuando venían más clientes. No sé la razón, pero era así. Por eso cuando empezaba a llover ya me preparaba.

Trabajé allí durante esos meses. Me sentía como en mi casa, tenía toda la libertad que quería. Comía cuando quería, no había ningún problema. La dueña era una persona maravillosa. No era como en otros pisos, que las chicas cuentan que les prohíben un montón de cosas. La dueña era una persona de puta madre. Me sentía como en casa y ganaba mi dinero.

La mayoría de los clientes venían por la tarde y también durante la madrugada. Los que venían de madrugada eran los jóvenes. A veces me estresaba un poco tener que levantarme y atender a los clientes. Las noches que tenía más sueño eran siempre las que venían más hombres.

Teníamos algunos clientes fijos. Había uno que me encantaba. Era joven, veintidós o veintitrés años. Follaba muy bien. Me sentía muy bien con él, además era guapísimo. Trabajando en la prostitución es raro que disfrutes, sólo piensas en el dinero. Pero, algunas veces conoces algún cliente que te hace disfrutar. Es normal, somos personas, y algunos saben cómo tocar a una mujer.

Conozco a una chica que disfruta con todos. Y también le gustan las mujeres. Cuando ella salía de la habitación siempre comentaba lo bien que lo había pasado o la polla tan buena que tenía... Una vez que estaba sentada con ella en el sofá quería tocarme las tetas. Usaba mucha cocaína y estaba un poco loca. Me decía: - Tía, estás muy buena, déjame besarte, déjame tocarte las tetas. Yo me escojoné de risa y le dije que me dejase en paz, que no se equivocase. Me dijo que si quería que me pagaba.

En la prostitución hay muchas chicas a las que les gustan las chicas. Yo creo que es porque se empieza trabajando haciendo los tríos y los lésbicos, y al final te acostumbras y te acaba gustando. Empiezas con el cachondeo y probando por el dinero, y después le coges el gusto y quieres más. En el sexo no hay límites y todo lo prohibido atrae a la gente. Si cierras los ojos y

te pones a imaginar encuentras muchas cosas que te gustaría hacer y que nunca has tenido el valor de hacer. Es como conseguir un orgasmo con el pensamiento. Hay gente que le gusta más masturbarse que follar, y hay gente que disfruta más con el pensamiento que con la polla.

Yo no tengo ningún prejuicio sobre cuestiones de sexo. Y respeto cualquier opción sexual de las personas. En general, yo veo que aquí en España la gente es bastante liberal. Sin embargo, si aquí hay tanta prostitución es también porque los hombres no están satisfechos en sus hogares con sus mujeres.

Lo que sí veo aquí en España es el racismo, sobre todo con los negros. Aquí a los negros la gente los trata muy mal. Tengo una amiga que es negra que un día fue a la peluquería y no quisieron atenderla, le dijeron que ya iban a cerrar.

Además del racismo con los inmigrantes, los propios inmigrantes también tienen prejuicios y son racistas. Un brasilero blanco discrimina a un brasilero negro.

En los clubes hay chicas africanas que no trabajan nada. Eso es por el *preconçeito*. Se acercan a los clientes, y les dicen: - No, no, gracias. Y después se van con una blanca.

Dama en la calle, puta en la cama

El sexo no debe ser rutinario. Si yo tengo un novio hago todas las locuras imaginables con él. Normal.

Y en la prostitución hay que ser profesional del sexo. Tienes que ser puta mientras estás trabajando, pero luego en la calle hay que hacerse respetar, como si fueses una dama. Aquí hay chicas que llevan la “noche” a la calle, hacen de putas las veinticuatro horas y eso a mí no me gusta. Hay que saber diferenciar las cosas. Hay algunas chicas que no saben comportarse cuando salen por la calle. Algunas me hacen sentirme mal por eso. Vamos a una cafetería para tomar algo y una ya empieza a hablar en voz alta de lo que le cobra a los clientes.

La gente no tiene ni idea sobre la prostitución. En la televisión siempre están con ese rollo de las esclavas y del tráfico de mujeres. Eso lo dicen porque no conocen la prostitución, no están dentro de la prostitución. Las brasileras, colombianas, dominicanas..., olvídte chico, todas vienen

porque les da la gana. Sí que he oído de algunas rusas o rumanas que tenían macarras que les quitaban todo el dinero. La mafia rusa o la búlgara son jodidas. Yo conocí a algunas chicas que tenían ese tipo de problemas.

El problema es que la televisión enseña y muestra lo que le apetece y lo que le conviene, y no muestra la realidad. Cuentan algunas cosas y no dicen la verdad. Yo nunca he visto una chica dominicana, brasilera, paraguaya o colombiana que dijese: ¡Dios mío, estoy obligada! Todas trabajamos en esto buscando un objetivo: el dinero. Hoy en el mundo en que vivimos no hay ninguna loca que pueda afirmar eso. Todo el mundo sabe lo que pasa. No se puede ser tan ingenua. ¿A qué venimos a España, a Alemania, a Suiza o a Holanda? A ganar dinero trabajando en la prostitución. Y todo el mundo lo sabe. Luego, hay gente que se organiza y consigue una vida mejor; otras se envuelven con drogas. Pero, eso ya depende de cada persona.

Mucha gente también piensa y dice que las prostitutas somos como esclavas. Dicen que cuando viene el cliente y entra en la habitación, él exige, ordena y hace lo que le da la gana con nosotras. Y eso no es cierto para nada. Cuando entras en la habitación eres tú, la prostituta, la que pones los límites al cliente y la que negociando dominas la situación.

Yo pienso que las cosas prohibidas siempre atraen a las personas. Cuando las liberan, desciende la pasión. Todo lo que es prohibido es mejor. No tengo una idea clara sobre si sería bueno legalizar la prostitución en España. Tampoco tengo tanta experiencia, porque llevo poco tiempo. Lo que sí veo es que las chicas y los inmigrantes, en general, envían la mayor parte del dinero a sus países y eso no es bueno para España porque el dinero no circula.

La prostitución es siempre un tema que llama mucho la atención del público. Es un tema que atrae, que está lleno de morbo y curiosidad. ¿Qué es lo que hace una puta? ¿Cómo lo hace? Es como si algunas personas tuviesen una puta dentro que esconden de la sociedad. No consiguen liberar la puta que llevan consigo. Por eso tienen tanta curiosidad.

Y los prejuicios están incluso dentro de casa. Si un hombre le dice a su mujer: te voy a hacer esto, te voy a hacer aquello... Ella va y le grita: ¿te crees que soy una puta? Por eso la gente acude tanto ahora a internet buscando sexo. Las fantasías que no realizan en casa, la gente las busca por otros medios.

Una vez cuando estaba trabajando en León, llegó un cliente y me pagó una salida para un hotel. Me dijo que allí tenía un amigo. Pero, luego comprobé que no era su amigo, sino que era su novio. Me pagaron trescientos euros por una hora y media. Cuando llegué al hotel y vi a aquel chico de dieciocho años, con el cabello rubio que parecía un ángel, me quedé boba. Entonces, el jovencito comenzó a comerme el coño. Empezó a ponerme cachonda. También tenía una buena polla... Yo no sabía que eran novios. Después, me puse a cuatro patas y el jovencito me follaba. Cuando salió el otro de la ducha se colocó atrás y empezó a follarse al jovencito por el culo. Me quedé flipada. El mayor tenía la polla pequeña, como los chinos. Me pusieron muy cachonda, allí los tres enganchados como si fuésemos un tren...

También conocí a una chica lesbiana en León, que iba a los clubes, al “Latino” y al “Tigre de Marfil”. Los encargados sabían que era una mujer, aunque ella venía vestida como un chico y con el cabello corto. Siempre venía con algún amigo para que no le pusiesen problemas para entrar. Yo no subí nunca con ella, pero algunas amigas sí.

En Lugo conocí a muchas españolas lésbicas. Algunas trabajaron en el piso. Pero, también las veo en la calle o en los pubs. Cada vez a las mujeres les gusta más su propio sexo.

A finales de año dejé de trabajar. Estaba cansada. Mi novio ya no lo aceptaba. Por eso decidí dejarlo. Ahora estoy viviendo como una señora o más bien como una ama de casa..., aunque no sé por cuánto tiempo.

CINTHIA

Un Centro de *Macumba*

No tuve infancia. De jugar con muñecas y esas cosas nada. Sólo trabajaba y cuidaba de mis hermanos. Nací en Goiás el 31 de julio de 1980. Éramos tres hermanos, bueno, cuatro, pero a una hermana no la conozco. Vivíamos en Goiânia, y cuando tenía seis años mi padre se marchó y nos dejó. Era un hombre *muito safado*, no quería a mi madre y siempre iba de *mulherada* por ahí. Desde que me sacaron de la *crêche* estuve en casa cuidando de mis hermanos. La vida era un *inferno*, Dios me perdone.

Como mi padre nunca estaba en casa, mi madre montó un *Centro de Macumba*. Ella quería volver a conquistarlo. Aquello no era una forma de vivir. Es por eso que digo que era un *inferno*. Recuerdo aquella oscuridad..., las velas encendidas, *galinhas sem cabeça*, sangre, mucha sangre en los cuencos, mucha gente en casa..., y así era todo el día y toda la noche.

Mi madre me mandaba comprar las *galinhas* y las velas. Yo era una niña, pero le ayudaba a hacer la *macumba*, participaba de todo eso aunque sin entender nada porque era muy pequeña. Cuando había posesiones y algunas personas *viraban todas tortas*, y hablaban con aquellas voces extrañas y feas, yo salía corriendo. Era una cosa de dar mucho miedo. Tenía cinco años y eso duró hasta que cumplí bien los diez.

Cuando cumplí los diez años conocí a unos vecinos que eran evangélicos, y a ellos no les gustaba nada todo aquello de la *macumba*. Todo comenzó a cambiar. Yo iba a la iglesia evangélica a escondidas. Si mi madre se enteraba *com certeza* me daría una paliza. A ella no le gustaban los evangélicos, y *xingaba* a los creyentes.

Un día le pedí al pastor evangélico para que hiciese una campaña allá en mi casa. Me preguntó si yo tenía miedo de mi madre. - Sí, le tengo miedo. - No tengas miedo, Dios te va a proteger. Entonces, el pastor vino con veinte evangélicos. Al llegar a casa lo primero que hizo mi madre fue pegarme. Nada más verlos entrar en la casa, el demonio la poseyó, estaba poseída y le salió aquella voz espantosa... Les dijo que ellos no tenían ningún poder, y estuvieron así durante dos horas. Los evangélicos rezando para intentar quitarle el demonio a mi madre, mi madre poseída, y yo agachada llorando en un rincón.

Los evangélicos tardaron cuarenta y ocho días en liberar a mi madre del demonio. Al final lo consiguieron y mi madre también se convirtió a la iglesia evangélica. Cada vez que veo la película de “El Exorcista” todo aquello me viene a la memoria y se me pone la piel de gallina. Fue igualito que en la película.

Mi madre después cerró el Centro de *Macumba*, y a partir de ese día iba diariamente a la iglesia, y comenzó a practicar todas las cosas de los evangélicos. Uno de los que ayudaron en su proceso de liberación era soltero y se casó con mi madre. *A minha vida mudou da auga para o vinho*. Ya no tenía que ir corriendo para comprar las *galinhas*, ni tenía que escribir nombres de personas en las velas, todas aquellas velas amarillas, rojas, negras... Al convertirnos a la Iglesia Evangélica mi vida pasó a ser iglesia y escuela.

Un día que estábamos en la iglesia, durante un culto de oración, una mujer que estaba allí asistiendo, de repente *virou possuída* y comenzó a hablarme con voz de demonio. Me dijo: - ¡Te voy a matar, y tú vas a ser mía por haberme quitado a tu madre! *Nossa senhora, morria de medo*. Era la voz del diablo la que me hablaba a través de aquella mujer. - *Calá a boca! Você não tem poder!* le dijeron los evangélicos.

Namorando

Con catorce años pasé a estudiar por las noches. Tenía que trabajar. Trabajaba de *babá*, cuidando de *duas crianças*. También conocí a un chico y comenzamos a *namorar*... Salíamos, nos besábamos... Un día me llamó y me pidió que fuese a su casa. Fui. La primera vez no dio resultado. Y volví otro día. Al tercer día sí, ocurrió. La experiencia fue *muito mal*. Sentía mucho miedo, no sabía cómo iba a hacer para regresar a casa. A mi madre no le conté nada, pero se lo dije a mi padrastro. Mi madre cuando se enteró me *batéu muito*. Me dijeron que nos teníamos que casar. Entonces, el chico se escapó, no se quería casar de ninguna manera.

Mi madre estaba tan llena de rabia y sentía tanta vergüenza por mi culpa, que me envió a casa de mi abuela en una ciudad del interior. Después de un mes allí con mi abuela, regresé.

Comencé a visitar otra iglesia evangélica. Allí fue donde conocí al hijo de un pastor. Yo cantaba en el coro evangélico, y aquel chico tocaba el violín. Le pedí que me diese clases de violín. Venía a mi casa todos los días, y así

fue como empezamos a *namorar*. Un día me lo llevé para mi cuarto, *safada...*, e hicimos el amor. Yo pensaba que me iba a quedar embarazada, y de pronto, empecé a tener antojos, con muchas ganas de comer salami. Eso era porque me había quedado embarazada. Se lo conté a mi padrastro. Me preguntó cómo había sido, con quién. Le conté. No podía creérselo. Yo no sabía qué hacer. Pensaba que el chico violinista también se iba a fugar como el otro.

Hice los exámenes para confirmar mi embarazo, y mi madre sin saber nada. El mayor temor que yo tenía era mi madre. No quería que me *batese*. Cuando se enteró gritaba: - *Esta menina vai me matar!*

Fuimos a la casa de sus padres. Él también era menor. No *acreditaban* y estaban muy nerviosos. Pero, el hijo era suyo y tenía que aceptarlo. Entonces, hicimos todos los preparativos para la boda. Y ahí tuve a mi hijo, *tudo bem*.

Los desengaños

Cuando el niño tenía seis meses, un sábado salí de casa de mi madre con mi hijo y fui a buscar a mi marido. Abrí la puerta despacio, y allí estaba él, *trançando* con otra mujer, con una ex novia que tenía. No sabía qué hacer. Yo estaba con el niño en brazos y no sabía si dejarlo en el suelo e ir a buscar una *faca* para matarlos a los dos. Entonces, dejé al bebé en el suelo allí *sentadinho* y cogí una *faca*. Fue todo un escándalo. Él me pedía perdón, sólo me decía que le perdonase. Y yo que no, que lo iba a matar. Le prendí fuego al colchón de tanta rabia que sentía por lo que me había hecho.

Estuvimos quince días peleando todos los días. Después, no aguantaba más y le dije que me quería separar. Se lo dije a mi madre, pero sin explicarle el motivo. Ella me dijo que estaba loca y que él era un hombre muy bueno para mí. Entonces, mi madre me dijo que aceptaba que yo me separase, pero con una condición: si le dejaba el niño. Y acepté. También me pidió que me marchase y que no volviese hasta pasar al menos un mes. *Tudo bem*. Ahí para mí fue una tristeza muy grande. Me quedé sin marido, dejé a mi hijo...

Cuando regresé a casa, como me sentía tan mal, no pude aguantar más y se lo conté a mi madre. - ¿Por qué no me lo contó antes, hija mía? me dijo. Hasta el día de hoy mi hijo está con mi madre. A mí también me llama de

mãe, pero está más acostumbrado a ellos, normal... En la Iglesia nadie me creía y todos le daban la razón a él.

Un día de *ano novo*, teníamos una fiesta en la iglesia, y la mujer del pastor vino y me dijo: - Cinthia, es mejor que te marches, porque no eres más que una desgracia dentro de esta comunidad. Yo comencé a llorar. *Tudo bem*. Me voy a marchar, pero nunca más voy a ser creyente. Salí de la iglesia y me fui para una fiesta en casa de una amiga. Desde ese día no he vuelto a ser creyente ni miembro de la Iglesia Evangélica. Para mí eso ha terminado.

Mi madre me aconsejó que lo pensase bien. Pero, yo ya lo tenía decidido. A partir de entonces, mi vida era trabajar, los fines de semana salir de fiesta, esas cosas..., una rutina.

Más tarde conocí a otro chico. Yo tenía veinte años y él estaba casado. Comenzamos a salir, hasta que me quedé de nuevo embarazada. Hasta ese momento él fue una persona maravillosa conmigo, pero desde que me quedé embarazada todo cambió. Su mujer también estaba *grávida* de seis meses, y se enteró de lo nuestro. Tuvo hasta complicaciones durante el parto por eso. Él dejó de ayudarme y ya no venía a verme. Tuve que arreglarme yo sola. Cuando tuve a mi hijo, él dejó a su mujer y se fue para la casa de su madre. En año nuevo regresó junto a su mujer. Yo no sabía nada. Nunca más lo volví a ver.

Venir a España

Yo tenía una hermana ya en España desde hacía dos años. Ella vive en Madrid y está “casada” con un español. Cuando vino a Brasil me explicó cómo era todo, que en España se ganaba mucho dinero, que nuestra vida iba a mejorar..., sólo ilusiones. Me explicó todo: que ella trabajaba en la prostitución, pero que había tenido mucha suerte porque había conocido a un hombre que la había *tirado* de la prostitución, y también que trabajando en la prostitución había podido ganar mucho dinero. Como me lo ponía todo tan fácil, comencé a tener muchas ganas de venir.

Mi hermana sólo estuvo en casa de vacaciones. Estuvo en Brasil sólo dos meses, y ya estaba loca por volver. Cuando tuve a mi *menina*, conocí a una mujer que ayudaba para venir a España. Una amiga de mi madre me dio el teléfono y la llamé. Luego, marcamos una cita y ella vino a mi casa para verme. Me explicó *direitinho* que iba a viajar debiendo un billete por cinco mil euros, también me dijo que yo era muy bonita y que iba a ganar mucho

dinero, que en quince días ya tendría suficiente para pagar el billete. Entonces, le dije que tenía una prima que también quería venir. Lo aceptó, pero recalcó que le tenía que explicar todo lo del billete. Aquella mujer me contó que iba a trabajar en un club en Valencia, que allí había muchas mujeres, algunas guapas, otras feas. Eso fue todo lo que me dijo.

Mi prima tuvo que mentir a su familia. Les contó que iba a trabajar en una panadería. Yo, en cambio, no tuve que mentir. Toda mi familia sabía que iba a trabajar en la prostitución. Mi madre sólo me dijo que yo ya era mayor y que entonces tenía que saber lo que hacía de mi vida.

Entonces, viajamos yo y mi prima. Cuando llegamos al aeropuerto en Bilbao aquello fue un *roló do caralho*. La policía nos paró y nos pidió que les mostrásemos las maletas y también la documentación. Nos preguntaron que a qué veníamos a España. Yo les dije que de vacaciones. Y también nos preguntaron si había alguien esperándonos allí, y les contesté que mi hermana estaba fuera esperándome. - Entonces, ve y enséñame a tu hermana, dijo un policía. Salí y allí sólo me estaban esperando una *menina* y el dueño del club. Lo de mi hermana, claro, era mentira. El policía me preguntó si aquella chica era mi hermana y yo le dije que sí. El policía no se lo creía porque no nos parecíamos en nada, yo era morena y ella era rubia. Le pidió el pasaporte a la chica, y entonces ella dijo que iba a buscarlo al coche, salió y no volvió más. Se marchó con el dueño del club y nos dejaron allí solas con un montón de policías, joder... Un policía me dijo que estaban tardando mucho.

Esperamos como unas cinco horas, con frío, con hambre... Entonces, le dije al policía que quería telefonar a mi casa en Brasil. Llamamos a mi madre y le pedimos que avisase, por favor, al dueño del club para que viniese a liberarnos. Los policías nos dejaron en la cafetería y estuvimos en total unas diez horas allí esperando en el aeropuerto. Luego, el dueño del club mandó un taxista. Llegó a la cafetería todo apurado y nos dijo: - ¡vamos, vamos! Aprovechamos entonces que los policías estaban hablando con otras chicas y nos fuimos con el taxista. Teníamos miedo, no conocíamos a aquel taxista y no teníamos ni idea de a dónde nos llevaba.

El club

Llegamos al club en Valencia. Cuando llegué tenía ganas de matar al dueño de tanta rabia que nos hizo pasar. Insulté de todas las formas a aquel hombre, pero no me entendía nada. La chica me pidió disculpas, me dijo

que hacía más de un año que estaba en España y que tenía el pasaporte caducado. Y entramos en el club.

Había un montón de mujeres, brasileñas y de todos los países. Aquello era una *bagunça*. El dueño nos dijo que podíamos subir, cambiarnos de ropa y empezar a trabajar. Yo le dije si estaba loco. Lo que nosotras necesitábamos era tomar un baño, comer algo y dormir. Al final lo entendió.

Al día siguiente le pregunté a las chicas cómo teníamos que hacer, cómo debíamos hablarles a los hombres, y ellas nos explicaron lo necesario: hola, qué tal, pedir para ir a follar y nada más. Bueno, el primer día me hice como diez pases. Fue *muito bom*. Una noche maravillosa. Lo que no sabía era que el club era de 24 horas y que apenas tenías tiempo para dormir.

Mi prima se encontraba muy mal, ya viajó enferma de Brasil. Tenía desmayos en el salón y yo a veces tenía que trabajar por las dos. En el club teníamos que pagar cada día cuarenta euros de casa. Como mi prima tenía hemorragia la llevé al hospital. Le hicieron un montón de pruebas, y le dijeron que tenía un problema en el útero y que tenía que regresar a su país para operarse, que allí no le podían hacer la cirugía porque era una operación muy complicada. Después, regresamos al club y se lo expliqué al dueño. Nos dijo que ella no podía marcharse hasta que pagase todo el dinero del billete, o bien que se marchase pero que entonces yo me tenía que quedar para pagar también su deuda. Le dije que no podía dejarla ir sola, que era peligroso. Al final, nos dejó marchar. Yo sólo debía cien euros. Mi prima debía casi todo, apenas liberó unos trescientos euros porque a causa de las molestias que sentía se pasaba más tiempo en la habitación que trabajando en el salón. Tan sólo llevábamos allí un mes.

Regreso a Brasil

Cogimos el avión en Bilbao, y de nuevo la misma rutina. De Bilbao a París, de París a São Paulo y de São Paulo para Goiânia. Avisé a mi tía para que estuviesen ya en el aeropuerto esperando a mi prima, porque ella estaba muy mal. Entonces, llegamos a Goiânia. Yo me fui para casa y ella para el hospital.

Estuvo como un mes en el hospital. Le dijeron que tenía un mioma, cáncer. Yo mientras busqué trabajo, pero todo estaba muy difícil. Había llegado a casa con siete mil reales todo en monedas. Las conseguí pidiéndoselas a los clientes en el club todas las noches. Les decía que eran para las máquinas,

para comprar tabaco o colocar música, y yo entonces las metía en una de mis botas. Así conseguí mis siete mil reales.

Conseguí trabajo en un banco. Pero, aún así yo quería volver a España. Quería conseguir las cosas más rápido. Así que contacté con otra persona, otra mujer que me dijo que no me iba a cobrar nada. Pero, era mentira. Me compró el billete para Pamplona y me dijo que el dueño del club era muy buena gente, y que Pamplona era una ciudad muy bonita. Me dijo también que sólo tenía que pagar mil doscientos euros. Era genial.

Segundo viaje a España

Y así viajé por segunda vez a España. Había transcurrido un año desde que había vuelto, y durante todo ese tiempo sólo pensaba en una cosa: en regresar.

Cuando llegué a Pamplona me di cuenta de que las cosas eran diferentes. Lo primero que me dijo el dueño fue que el billete costaba tres mil euros. Me puse como una loca. El dueño me explicó que eran tres mil euros y que la mujer me había engañado. Yo intenté llamarla por teléfono, pero no me atendía.

Me quedé en el club. Era un sitio legal, super bonito, las personas eran buenas... Pero, no pagué todo. Sólo pagué la mitad, mil quinientos euros. Lo malo de aquel club es que había mucha coca. Si no tenías coca no podías trabajar, todos los clientes estaban viciados, hasta el dueño. Llegaba la hora de cerrar el club y él se quedaba allí haciendo *festinhas*.

A los dos meses, una noche conocí a un chico. Yo estaba triste, llorando, y él me preguntó que porqué estaba así. Entonces me puso siete gramos de coca en la mano. Él fue quien me enseñó cómo tenía que hacer para trabajar. Me enseñó también a hacer una raya, porque yo no tenía ni idea. Me explicó que tenía que invitar a una raya a los clientes, y que si me pedían otra entonces tenían que pagar ciento veinticuatro euros para quedarse una hora más. Yo nunca había visto nada parecido. Ese hombre era el traficante de drogas del club. Entonces, fue así. Comencé a tener una relación con él. Estaba *muito carente*, y él me daba buenos consejos. Luego, el dueño del club empezó a desconfiar de nosotros, y no quería dejarme salir. Llegó a cerrarme con llave en la habitación y sólo me abría la puerta para bajar al salón. Me sentía muy mal, como si fuese un animal. Sólo pensaba en escapar de ese lugar, pero había tres personas vigilando las veinticuatro horas.

Una noche comencé a llorar en el salón. Le conté todo a mi novio. El encargado me vio y me hizo con la mano las señas de que me iban a cortar el cuello. Entonces, mi novio me cogió por el brazo y me llevó hasta la oficina para hablar con el dueño. Le dijo que me marchaba, que me iba con él en aquel momento, y que no intentase nada porque sino se las vería con él. El dueño quería que mi novio pagase lo que yo debía. Pero, él dijo que no. Subí con miedo las escaleras. No sabía lo que iba a pasar. Pero, mi novio no pagó nada y me sacó de allí. Nos fuimos para un hotel.

Estuvimos viviendo juntos en aquel hotel durante cuatro meses. Él era super legal conmigo, pero yo ya no soportaba aquel ambiente de tanta droga. Traía a sus amigos, a su hermano, y se quedaban la noche entera en la habitación del hotel usando droga: coca, marihuana... No me adaptaba a aquella situación. Todo el santo día era lo mismo, aquella *bagunça*.

Le pedí varias veces que lo dejase, pero siempre me decía que no podía, que era una forma de ganar mucho dinero. Yo, como no aguantaba más, le pedí trescientos euros. Le dije que eran para mandar a Brasil. Entonces, llamé a una amiga mía y le pregunté dónde estaba. Me dijo que estaba en Burgos. Me dio la dirección del club. Yo, entonces, esperé a que él se saliese del hotel y así fue como llamé un taxi y aproveché para marcharme de aquel sitio.

Durante el viaje, mi teléfono no dejó de sonar. Era él. Le dije que no aguantaba más y que me marchaba. Me dijo que estaba loca. Quería saber a dónde iba, pero no le dije nada de ninguna manera. Entonces, él le pagó cien euros a una amiga mía en Pamplona para que me llamase por teléfono. Ella me preguntó dónde estaba y yo le respondí que en Burgos.

Me quedé en Burgos tres meses. Eran todas *macumberas* en aquel club. Los dueños eran brasileros, y lo primero que te dicen al entrar allí es que tienes que hacer una limpieza en el cuerpo. A todas las *meninas* que llegaban les hacían lo mismo.

Tenían allí un *veado macumbero* que el primer día que llegué me pidió que me quitase toda la ropa y me colocase una toalla blanca alrededor de la cintura. Entonces, me llevó al río que había cerca del club y me quitó la toalla, colocándome de espaldas al río, y con un huevo de *galinha* me tocaba todo el cuerpo y hacía cruces. Me decía que me estaba despojando de todo el mal que llevaba conmigo y que de esa forma también iba a ganar mucho

dinero. También me pasaba *pipoca* por toda mi piel. Todo eso duró unos veinte minutos y recuerdo que hacía un frío *do caralho*.

Después, regresamos al club. Me pidió que me pusiese una ropa de color rojo y que así iba a trabajar de puta madre. Aquella noche no hice ni un puto pase. Al día siguiente aquel *veado* me preguntó: - ¿Qué tal el trabajo, Cinthia? - Mal, ni un puto pase, y debiendo cuarenta euros de casa. - Tranquila, vamos a hacer otra cosa, ya verás. Entonces, le contesté que ya no quería más ceremonias de esas, que no me interesaba. Él sólo quería mi dinero, cobraba treinta euros por consulta. Le dije que no necesitaba *macumba* ninguna, que mi *macumba* era abrir las piernas.

Allí el putero era como un auténtico *centro de macumba*. Cuando se marchó el *veado*, la dueña contrató a otro *macumbero*, a un cubano. En el fondo del edificio había un cuarto pequeño, que era donde el *macumbero* hacía los trabajos. Sólo entré allí una vez, una noche que vino la policía y no había otro sitio para esconderse. Cuando entré en ese cuarto sentía más miedo que de la policía. Me encontraba sola en aquel cuarto, todo estaba oscuro y sólo se veían velas encendidas. Había *galinhas* y *pombas* sin cabeza, restos de un cabrito y también un recipiente lleno de sangre. Me quedé allí como una hora. No sabía muy bien qué hacer. Al final, volví al salón. Me preguntaron que dónde había estado, y yo les dije que me había subido a un árbol. Después, cuando vino el cubano le dijo a la dueña que su señor le había informado de que una de las putas había entrado en su cuarto. La dueña nos preguntó quién había sido. Luego, al pasar un rato, confesé que había sido yo. El cubano entonces me dijo: - tranquila, no pasa nada.

La *macumba* sólo servía para darle dinero a los dueños a través de las copas que tomaban los clientes. Todos los días estaba lleno. Nunca vi un putero tan lleno de hombres. Pero, las chicas sólo hacían dos o tres pases. Todas las noches había también “streaptease”. Yo allí no hice, sólo en Pamplona, porque allí el dueño me obligaba para pagar la casa.

Todas las chicas consultaban con el *macumbero*. Yo no quería pagar por eso. Las chicas me pedían que fuese, y un día fui. El *macumbero* primero me ordenó que esperase en la puerta, y luego me dijo que podía pasar. Al entrar me dijo: - ¿Por qué a mi Señor no le gusta esta chica? Yo le dije que sólo estaba allí porque me lo habían pedido mis compañeras. Entonces, él comenzó a jugar con las *conchinhas* y me dijo sólo un montón de mentiras: que cuando era adolescente había sido violada, que tenía una hija, que iba a conocer a un hombre muy importante, pero que para conquistarlo debería usar mucho oro... Le dije que lo único cierto era que tenía una hija, pero

que eso seguro que se lo había contado la dueña, y también le dije que no creía en nada de lo que hacía. Él entonces se llenó de rabia y me dijo que me fuese, que si no respetaba a su Señor que me largase de allí, y que me iba a hacer un trabajo que me iba a llenar de enfermedades. Yo le dije que no le tenía miedo y que mi madre ya había sido *macumbera* y que había sido yo quien le había ayudado a salir de todo aquello. Él me dijo que esa era la razón por la que su Señor me odiaba. A mí no me impresionaba nada.

Él siguió con sus *macumbas* y yo trabajando. Después, conocí a una chica y nos hicimos buenas amigas. Como el trabajo ya había bajado bastante, mi amiga, que conocía Galicia, me dijo que porqué no nos íbamos para Lugo, que allí conocía un club donde se trabajaba muy bien.

Un club en Lugo

Y así fue como llegué a Galicia. La primera noche en “El Paso” no trabajé porque estaba cansada del viaje. La segunda noche trabajé muy bien. Sólo en la primera semana me hice dos mil euros. Después, conocí al dueño del club. Mi amiga ya me había avisado de que era un *cara muito safado* y que siempre estaba encima de todas las chicas. Pero, al final, sus consejos no dieron resultado y comencé una relación con él. No puedo contar mucho sobre eso porque son cosas muy comprometedoras..., cerraron el club y luego él se fugó de la justicia...

Trabajé en “El Paso” siete meses. El trabajo estaba bien. Cuando estuve allí, en el 2003, la mayoría de las chicas eran brasileñas, pero antes había habido muchas colombianas. Se trabajaba bien. Pero, hubo un problema con una chica. Ella había llegado debiendo el billete, era una chica *muito fofoqueira*, no nos caía bien a ninguna, y se quería marchar a toda costa. Ella avisó a su hermana en Brasil y así fue como denunciaron al club. Todo fue muy extraño.

La policía cerró el club. Detuvieron a todas las chicas y les dieron una carta de expulsión. Yo tuve suerte porque aquella noche no estaba allí. Al día siguiente, el club volvió a abrir sólo conmigo y otras tres chicas. Fue el encargado quien nos llamó y nos pidió que por favor le ayudásemos para mantener el club abierto. Esa noche sólo entraron cuatro hombres. La gente tenía miedo por todo lo que había ocurrido.

Al otro día la policía soltó a todas las chicas. La que denunció se quedó durante un mes con las monjas hasta esperar el billete para regresar a Brasil. Las chicas querían matarla por todo lo que había hecho, por eso la

policía se la llevó con las monjas. La policía también deportó a una chica colombiana que tenía cinco años aquí en España y que no tenía documentos.

Más tarde, las chicas regresaron al club. Pero, cada día que pasaba el trabajo estaba peor. El encargado nos pedía que tuviésemos paciencia, que iba a mejorar, que teníamos que dejar pasar un tiempo hasta que se olvidase todo aquello. Incluso llegaron a cambiar el nombre del club, pero todo fue mal, mal, mal.

Yo estaba muy apegada a Manolo, él siempre me trató bien, me llevaba a cenar a buenos restaurantes, corríamos en moto... No conozco a ninguna chica que se quejase del trato en “El Paso”, y se ganaba mucho dinero. Todos los problemas vinieron por culpa de aquella chica. Y ahora ellos se fugaron del país...

Después, conocí a otro chico. Al principio, no me gustaba nada, pero como sentía mucho pesar por mi anterior relación, poco a poco me fui envolviendo. Pensaba que era buena persona. Pero, no era. Estuvimos juntos durante dos años. Cuando su madre descubrió que tenía una relación con una puta, no lo aceptó. Y yo me embarqué dos veces de él y dos veces aborté. Él mantenía relaciones conmigo y también con una novia española. A veces estaba conmigo y a veces con la otra. Era un chulo, no le gustaba trabajar. Fue la persona que me hizo el contrato para obtener mis papeles. Pero nuestra relación *não deu certo*.

Entonces, una amiga y yo decidimos marcharnos del club. Arreglamos nuestras maletas y nos fuimos a buscar otro club para trabajar. Fuimos para el “Erótica”. Y comencé a trabajar. Pero, como el encargado de “El Paso” se enteró y él tenía el contrato de alquiler de nuestro piso a su nombre, nos pidió que nos marchásemos del piso. Fue un *infierno*. Entonces, un chico del “Erótica” que buscaba a las chicas por los otros clubes, así tipo macarra, que quitaba las chicas de los clubes para llevarlas al “Erótica”, fue y nos dijo que nos prestaba un piso y que no necesitábamos pagar nada, sólo los gastos del agua y la luz. Y nos fuimos a ese piso.

Mientras trabajábamos en el “Erótica” el encargado de “El Paso” me llamaba a todas horas por teléfono. Me decía que no estaba bien lo que hacíamos, que teníamos que ayudarles, que yo también había sido la novia del dueño y tenía que ayudarles.

Esa misma noche llegaron al club el encargado de “El Paso” y otros dos hombres. Me marché corriendo para el servicio. Tenía miedo de que

pudiesen hacerme algo y llamé a Javier. Entonces, él vino y me dijo que estuviese tranquila, que no iban a hacerme nada, que sólo estaban allí para tomar unas copas. De pronto, se marcharon y yo continué trabajando.

Todos los días iba a trabajar al “Erótica”. Pero, no me gustaba. Era un clima *muito ruin*. Hay muchos hombres, pero es difícil subir a la habitación porque hay mucho cachondeo. Como no trabajábamos yo y mi amiga decidimos salir de allí. Ya llevábamos dos meses.

Trabajando en el piso

El problema era que teníamos que dejar el piso. Entonces, nos llamó una amiga y habló con su novio para que nos ayudase a alquilar un piso. Y fuimos a vivir a ese piso, y comenzamos a trabajar en el piso.

Al principio, estábamos tres chicas. Luego, vino otra que también había salido de “El Paso” y que nos pidió para trabajar con nosotras en el piso. Estuve trabajando en ese piso durante un mes. Fue una mala experiencia para mí. Excepto una, la chica que nos presentó a su novio para alquilar el piso, las demás no teníamos ninguna experiencia en trabajar en un piso. Aquella chica fue la que colocó los anuncios en el periódico. Nos anunciábamos como “cuatro chicas brasileras *gostasas...*”

Los hombres telefoneaban mucho, pero después eran muy pocos los que venían al piso. De cada veinte llamadas, sólo venían tres o cuatro clientes. Cobrábamos los pases a treinta euros veinte minutos y cincuenta euros media hora. Era *xato* tener que quedarse allí dentro todo el tiempo. Yo necesitaba salir, tenía que hacer mis cosas. A veces, cuando estaba todo el día en el piso los hombres llamaban y luego no venían, y otras cuando salía a la calle era cuando llegaban al piso. Eso me llenaba de rabia. Era estresante.

Lo bueno de trabajar en el piso es que los hombres llegan, escogen y ya está. Sin embargo, en el club eres tú la que tienes que ir a buscar a los hombres y estar encima. Además de eso, en el piso tienes un ritmo más relajado, comes a la hora que quieres y duermes más.

El recorrido

Como el piso no funcionaba, decidimos cerrarlo y marcharnos a trabajar a un club. Y nos fuimos para Burgos. Un amigo de una amiga nos llevó. Nos

cobró doscientos cuarenta euros y nos llevó a las cuatro. Fuimos al club donde yo había estado trabajando antes. Regresamos. Fue la misma *merda*. Había que pagar cuarenta euros todos los días por la casa, trabajases o no trabajases.

Fueron pasando los días. Dos de mis amigas que habían venido conmigo no trabajaban nada. En el club había entonces más mujeres que la primera vez, unas cuarenta, brasileñas, rumanas, colombianas, etc. Me quedé allí sólo un mes y en todo ese tiempo sólo conseguí sacar libres ciento cincuenta euros. Lo malo eran los días que no trabajabas, porque tenías que pagar los cuarenta euros igual, e iban sumando y sumando.

Mi amiga llamó a su *velho* para que nos viniese a buscar, porque allí no hacíamos nada. Entonces, vino a buscarnos. Una amiga y yo volvimos al “Erótica” y las otras dos se fueron al “Momo”, un chiringuito en el centro de la ciudad, y ganaban más que nosotras... Así que un día decidí experimentar con ellas. Aquello parecía un putero de mi país, *feio para caramba. Nossa sinhora! Fiquéi asustada*. Hacía frío, las habitaciones todas sucias, podridas. Si un cliente me invitaba a una copa, prefería quedarme en el salón que no ir al reservado.

El primer día no hice nada. Pero, después comencé a trabajar. Al final, me quedé allí cuatro meses. No me gustaba nada ese club, pero mis amigas ganaban bastante dinero y yo tenía que intentarlo. El primer cliente que tuve allí me pagó una salida. Le cobré cuatrocientos euros por dos horas. Estaba borracho y no se enteraba de nada. Me llevó a un hotel que hay allí cerca. Como estaba muy borracho y no se corría, le decía que el tiempo estaba pasando y él me pagaba cada vez más. Esa noche le quité unos mil euros.

Al otro día hice otra salida. Cobré trescientos cincuenta euros y el chico me llevó para su casa. Todos los días trabajaba, me hacía tres, cuatro pases, los fines de semana seis o siete. Como en el “Momo” tienes que estar muchas horas, poco a poco me fui cansando. Los fines de semana no salía hasta las seis o las siete de la mañana, y eso te va agotando. Ahí volví a *namorar*, me quedaba en casa de mi novio, salíamos de fiesta, y no iba a trabajar, sólo volvía al club cuando nos peleábamos.

Como íbamos al club cuando nos daba la gana y todas teníamos nuestros novios, la dueña del club, que es una dominicana, ya no nos quiso más. Mis amigas estaban todas “casadas”, y yo entonces tuve que buscar un piso. Ahí me fui a vivir con Bia, yo ya la conocía de “El Paso” de cuando iba a vender ropa a las chicas.

Y empecé a trabajar en el “Liberty”. Allí la mayoría eran colombianas. Todas trabajaban sin condón y ganaban un montón de dinero. Algunas se hacían hasta catorce y quince pases en una noche. Te quedabas boba. Las cuatro brasileras que trabajábamos allí nos hacíamos sólo dos o tres pases. Eugenio, el dueño del club, me ayudaba. Como yo le gustaba me alquiló un piso en Lugo, y fui a vivir con otra amiga. No *fiquéi* nunca con él, sólo le hice algunas chupadas...

Me quedé en el “Liberty” unos tres meses. Después, Eugenio ya no quería darme más dinero y yo entonces lo mandé a la mierda. Ahí todo se complicó. Dejó de ayudarme e intentaba *atrapallar* todo mi trabajo en el club. Él era el que aconsejaba a las chicas follar sin condón, decía que allí los clientes eran muy sanos y que nosotras podíamos ganar más de cinco mil euros. Le dije que se los follase él, que pusiese su culo para los clientes. Entonces, discutíamos feo. Era muy tacaño, no nos daba comida ni nada, y para beber agua del grifo.

Hasta que un día nos echó del club. Yo y mi amiga llegamos al club borrachas, habíamos bebido whisky, y a él no le gusta que las chicas beban alcohol. Discutimos. Él comenzó a insultarme y yo también a él. Le dije que estaba con rabia de mí porque yo no le dejaba mi *buceta*, y se lo dije delante de su mujer, que estaba allí escuchándolo todo. Entonces, nos pidió que nos marchásemos del club y que no volviésemos más. *Tudo bom*, y nos fuimos.

Al día siguiente me llamó para decirme que teníamos que dejar el piso. Pero, no le hice caso. Alberto, el dueño del piso, nos dijo que no había problema, que mientras nosotras pagásemos el alquiler podíamos quedarnos allí todo el tiempo que quisiésemos. Y luego trajimos también a una amiga venezolana a vivir al piso.

Después, fui a trabajar al club “Las Praderas”. Allí trabajé muy bien. *Muito bom, legal de más e tudo o mundo era ótimo*. Éramos unas veinticinco chicas, la mayoría brasileras. Trabajé dos meses en “Las Praderas”. Sólo cobraban diez euros por la casa y diez euros por el primer pase. Era un buen sitio. Me gustaba porque me hacía tres, cuatro o cinco pases, pero compensaba porque también me hacía copas y la casa era barata.

Si yo me hago tres pases ya me siento feliz, no me quedo con los ojos grandes. Hay algunas que si no hacen seis o siete pases ya no están conformes. Yo nunca fui así de ambiciosa, y tampoco tengo la *buceta de*

ferro. Y los hombres de aquí de Galicia tienen todos el *pinto* grande. Hay algunos viejos que lo tienen tan grande que resulta difícil colocarles el condón, tienes que abrirlo así...

Yo estaba trabajando bien allí. La razón de que me marchase fue que una amiga que trabajaba en “El Rayo de Luna” me dijo que Ramiro, el dueño del club podía ayudarme con el contrato para mis papeles. Yo había metido mis papeles con la regularización, pero no habían salido a causa de un problema con el contrato. El abogado hijo de puta me llamó para decirme que tenía que conseguir otro contrato, que sino no iban a darme los papeles. Entonces, fui a “El Rayo de Luna” para hablar con el dueño. Me prometió hacerme un contrato. Pero, no lo hizo nunca. Me propuso que me quedase trabajando en el club y que entonces me firmaría un contrato. Sólo estuve dos semanas. Como él no cumplía su promesa, lo mandé a la mierda y me marché.

Aquellas dos semanas fueron horribles. Pasaban las horas y allí no entraba nadie. En una semana hice cien euros... En “El Rayo de Luna” fue donde conocí a Patricia y a Isabel.

En el piso las cosas tampoco marchaban bien. Mi amiga se pasaba la mayor parte del tiempo tomando droga, fumando porros en el salón. A mí no me importaba que lo hiciese en su habitación, pero no me gustaba que lo hiciese por toda la casa. Y discutimos. Al final, entregamos el piso. Fue cuando Patricia me pidió que fuese a trabajar con ella a su piso. El piso estaba en la calle Poveda. Sólo estuve una semana, porque Patricia se estaba mudando ya para el nuevo piso, y así fue como llegué al piso en la Avda. La Coruña.

El mes de diciembre no fue bueno en el piso. Hay días que trabajas y otros no. Lo máximo que vengo haciendo en el piso son tres pases. Tenemos un anuncio en el periódico: “una chica por 25 euros, 2 por 40 euros...” Trabajamos cuatro chicas: Patricia, Ana Paula, la Bahiana y yo. Todas trabajamos en el piso, pero Ana Paula también va al club por las noches. La Bahiana se va a marchar porque aquí no gana dinero y ella está más acostumbrada al ritmo de Málaga, que se trabaja más que aquí.

En el piso lo que tenemos es farra. La Bahiana se pasa tomando vino el día entero, y hacemos muchas *festas*. La noche de Navidad tuvimos una fiesta... Llenamos el piso de gente, brasileras, colombianos y dominicanos. Los colombianos y dominicanos son gente muy aburrida, no son divertidos ni *brincalhãos* como nosotros, se quedan ahí sentados mirando y *fofocando*. Nosotras las brasileras cuando vamos a sus fiestas participamos más,

bailamos bachata... En esa fiesta bebí de más, cerveza, whisky..., *misturêi do caralho*.

Los servicios

De todas formas, el trabajo en el piso es legal. No es como en los clubes, que cuando vienen los clientes para hablar contigo las otras chicas se te quedan mirando. En un piso no hay esos problemas. El cliente llega, escoge a la chica y *pronto*.

A mí aquí siempre me toca trabajar con la Bahiana para hacer el trío. Muchos hombres que vienen al piso prefieren pagar los cuarenta euros por un trío, que no pagar sólo veinticinco euros por una chica.

Aprendí a hacer el trío en Burgos. Pero, no fue una buena experiencia. Una chica me llamó, me dijo: - Vamos, Cinthia, aquí hay un cliente que paga quinientos euros para cada una. Yo dije: - *Nossa! 500 euros, eu vou!* El tío estaba todo drogado. Subimos a la habitación, le cobramos, tomamos cerveza. Yo no sabía que la chica era lesbiana. Entonces, aquel tío me sujetó los brazos y ella comenzó a chuparme mi *buceta*. Yo le decía que parase, que no quería. Y ella: - *Calá a boca, safada! Que você está gozando!* Yo quería darle un puñetazo en la cara... Después, salí de la habitación corriendo y llena de rabia.

Desde ese día pasó bastante tiempo hasta que volví a hacer un trío. Fue aquí en el piso de Lugo. Funciona, es el dinero el que manda. Coloco un condón al cliente y usamos uno para cada chica. Sólo puede correrse con una, y si pide hacer un lésbico entonces tiene que pagar cincuenta euros más para cada una.

A muchos clientes los puedes engañar. Te colocas con la cabeza entre las piernas de la otra chica y dejas caer el cabello encima. Otras veces pones al cliente tumbado en la cama y una de las chicas lo besa y lo entretiene, así no puede observar cómo lo estamos haciendo. En cambio, a otros clientes no los puedes engañar y ahí te toca hacerlo de verdad. Besas en la boca y en los pechos de la otra chica, lo vas haciendo, pero chupar la *buceta*... *Deus me livre!*

Algunas chicas dicen que se acostumbran a eso y que luego se vuelven lesbianas. Para mí es peor el hombre que se acuesta con otro hombre, eso es *feio para caramba*. Aquí en Lugo ya tengo algunos amigos brasileros que

trabajan en pisos como *garotos de programa*. Me cuentan muchas cosas, algunas parecen de otro planeta. La mayoría de sus clientes son hombres, pero también van mujeres viejas.

Yo ya he entrado en la habitación con cuatro hombres. Fue una vez en “El Paso”. Me había acercado a un chico, y cuando le pedí para subir a la habitación me dijo que tenía que ser también con sus amigos. Yo necesitaba de dinero, así que acepté. Cuando subí, las otras chicas me decían: - Cinthia, estás loca, no nos dejas ninguno para nosotras... Yo participé también en la broma y el cachondeo que se traían. Me pagaron cuarenta euros cada uno por media hora. Primero les lavé el *pinto* a cada uno, haciéndolo despacio para que corriese el tiempo. Después, preparé la cama, me quité la ropa, todo muy despacio. Al final, ellos estaban todos de cachondeo. Se decían unos a otros: - No mires mi polla, y cosas así, que si estás gordo, que si no sé qué. El tiempo pasaba y al final ninguno folló.

Otras veces he pasado con dos clientes a la vez. Está bien porque así puedes ganar más dinero. Pero, también tienes que estar más alerta. Tienes que tener cuidado porque alguno puede intentar quitarse el condón. A mí ya me ha pasado.

Una cosa que piden mucho es que te los folles. Tienes que utilizar un consolador, y a veces el dedo. Yo uso uno que me dio una amiga que se marchó para Brasil. Una vez un cliente me pidió que le metiese un dedo, luego varios dedos y después me dijo que no le servía, entonces cogí el palo de una escoba y se lo metí por el culo. Le gustó tanto que volvió más veces.

Otra vez le metí un tacón de mi zapato. Me parece una cosa fea, y te piden estas cosas en los clubes y también en los pisos. Otro día uno me pidió vestirse con mis bragas. Le dije que de acuerdo, pero que antes tenía que comprarlas. Se las vendí por diez euros. Vino varias veces. Esto fue en “El Paso” y me acuerdo que ese tío casi termina con todas mis bragas. Le gustaba vestirse con ellas y luego me pedía que le golpease en las nalgas.

Y los hay más raros todavía. Algunos quieren la lluvia dorada y tienes que orinar sobre su boca. Pero, lo más extraño fue uno allá en Burgos. Llegó al club todo borracho. Ninguna chica quería acercársele. Pero, yo fui. - Hola, ¿qué tal? - ¿Por qué estas putas no vienen a hablar conmigo? ¿es porque estoy borracho? - No, tranquilo, no es por eso, es porque ellas están ocupadas. - ¿Cuánto cobras? - Cien euros por una hora, cariño. Entonces, me dijo que no quería follar, que quería una cosa especial y que me pagaría

por ello. Quería que le mease y que le cagase encima. - ¿Está loco *menino*? Me pagó doscientos euros.

Subimos a la habitación. Coloqué tres sábanas de papel en el suelo. Luego, bajé al salón y me tomé un vaso grande de leche caliente con azúcar. Cuando subí de nuevo a la habitación, me pidió que lo hiciese. Entonces, me agaché sobre su boca y le meé encima. Me sentía mal porque todo aquello me parecía asqueroso. Él ni siquiera quiso quitarse la ropa. Lo que no conseguí fue cagarle encima. Me pidió que buscara a otra chica, que le pagaría cien euros. Bajé al salón. - ¿Quién está con ganas de cagar? Y una se ofreció. La dejé sola en la habitación con aquel hombre. Él me había dicho que era su fantasía sexual. Esto ha sido lo más extraño que me ha ocurrido en todo el tiempo que llevo aquí en España.

Lo que la gente piensa

Con la prostitución he aprendido a ver la vida claramente, también a defenderme. En mi país nunca pasé por estas cosas, y aquí ya pasé por tantas... Para mí ha sido una experiencia, sobre todo una experiencia positiva. He probado las drogas, la prostitución..., me he dado cuenta de que no vale la pena seguir con eso, pero sí que vale como una experiencia.

En mi país la gente piensa que aquí todo es muy fácil. Y las cosas no son así, cuando llegan aquí enseguida se dan cuenta. Todas las chicas saben perfectamente que vienen a trabajar en un putero, pero aquí la vida es difícil, no es tan fácil como te dicen allá. Muchas chicas no han trabajado antes en la prostitución y comenzar aquí sin conocer el idioma es difícil, debiendo billete, sin papeles, con miedo de la policía...

Pero no veo la solución. El trabajo está difícil. Se gana menos dinero ahora. Yo, por ejemplo, cuando llegué a España, le pedía un euro a un hombre en el club y me daba veinte euros, ahora nadie te da nada, tienes que llorarle a la gente. Hay *muita concôrrencia*. Antes no había tantos pisos, y a los hombres les resulta más cómodo y barato porque no tienen que pagar copas.

Decepciones

Salí con mi último novio durante cuatro meses. *Pero, não deu certo*. Él sólo piensa en su hija, porque tiene una hija con una dominicana. Yo no se lo

acepto. Unos días estábamos bien, y después peleábamos. Ya estoy cansada de eso, no quiero más.

No quiero seguir durante mucho tiempo trabajando en esto, quiero salir de esta vida. Pero, es complicado. No han salido mis papeles, el abogado no quiere ayudarme y tampoco me devuelve la documentación que le dejé. La última vez que hablé con él me dijo que el contrato que habíamos colocado en Extranjería no sirvió, y que tenía que conseguir uno nuevo o sino me conseguía él uno por ochocientos euros. Yo no voy a pagar ese dinero por un contrato. Y sin papeles no tengo posibilidades. Si consiguiese un trabajo por el que me pagasen al menos setecientos euros podría aceptar, pero eso es muy difícil. Tampoco nunca lo intenté. Por eso sigo trabajando en la prostitución. Tengo amigas que están trabajando de empleadas domésticas, de “baby sister”, y que ganan cuatrocientos euros. Eso para mí no vale. Yo necesito más dinero, tengo que enviar dinero para mis hijos.

Aunque con mi familia me he llevado la peor decepción. Mi padrastro compro un *lote de terra* en marzo del año pasado. Siempre me llamaba por teléfono para pedirme dinero. En total, le envié unos cuarenta y nueve mil reales, y nunca era suficiente. Al final, me cansé y dejé de mandar dinero. Ahora ellos tampoco consiguen vender ese lote. Mi madre también está enfadada conmigo desde que dejé de enviarles dinero. La última vez que hablé con ella fue antes de las Navidades, y me llamó para pedirme cien euros. Pero, eso no es nada comparado con lo que yo mandaba antes, que enviaba mil euros.

Al principio, cuando vine, mandaba dinero para toda la familia: a mi madre, a mi padrastro, a mis hijos, a mi hermano, a mi padre, a mi madrastra, etc. Pero, es imposible seguir manteniendo todos esos gastos. Ellos piensan que aquí todo es muy fácil y no lo entienden. Y yo no quiero volver a vivir en un club. Necesito poder vivir.

No hace mucho descubrí que mi madre y mi padrastro me robaron el dinero, y que están construyendo una casa en otro lugar. Desde entonces, soy muy desconfiada con mi familia.

Lo que necesito es un *velho* que tenga lástima de esta pobre *menina*, y que pague mi alquiler y todos mis gastos. Eso sería *bom de más*. Cuando trabajaba en el “Liberty” conocí a un *velhinho*. Me llevaba a comer y después a su casa. A los pocos días ya quería besarme en la boca y follar sin condón. Me decía que él era sano, que no tenía ninguna enfermedad y que no iba a los clubes para follar. Le dije que si quería estar conmigo tenía que ser así, sino no. Sólo me pagaba una miseria, me daba ciento treinta

euros por quedarme toda la noche con él. La última vez le dije que si quería seguir conmigo tenía que hacerme un regalo antes de las Navidades, que tenía que regalarme quinientos euros. Me dijo que se lo pensaría. Y desapareció. Ahora ni me devuelve las llamadas.

JANAINA

Todo se queda grabado

Un niño es como una cinta virgen, todo se queda grabado. Yo nací en un pueblo del interior de Mato Grosso el 23 de octubre de 1970. Somos ocho hermanos. Vivíamos en un *sítio* y éramos pobres. Mi padre trabajaba de jornalero. Mi madre era *muito doente*. Desde que la conocí, siempre la recuerdo muy enferma. Yo era la mayor de mis hermanos y me tocaba hacer todo el trabajo de casa: cocinar, lavar, cuidar de mis hermanos, etc. Me levantaba temprano para ir a trabajar, volvía a las once y hacía la comida, después tenía que recorrer tres kilómetros para llegar al colegio y regresaba de nuevo a las cinco de la tarde. Ahí empezaba el trabajo de casa otra vez, lavar a mis hermanos, etc. Mi madre no podía hacer nada, siempre estaba enferma.

Esa fue mi vida hasta que cumplí doce años. Después, mi padre compró un terreno del INCRA¹⁵ y comenzamos a trabajar para nosotros. Mi padre también compró algo de ganado. Era un terreno en medio de la selva.

A los trece años ya dejé de estudiar. No había colegio cerca de donde vivíamos. La vida era difícil. Vivíamos en una casa de *babaçú*, no teníamos luz. Criábamos *galinhas* y cultivábamos arroz. Mi padre también salía a cazar *pacas*, *veados*, *tatú*,... En aquella época esa era la carne que comíamos. Hoy en día cazar esos animales en Brasil está prohibido, pero entonces no.

Me levantaba muy temprano para ordeñar las vacas. Todos los días me tenía que levantar igual. Mi padre era muy ignorante. Me privaba de todo, no me dejaba salir y no tenía derecho a nada. Él quería que me casase con un chico vecino nuestro, que era de una familia que también vivían en un lote del INCRA. Pero, yo no quería porque a mí me gustaba otro chico. No me dejaban salir de casa. Me dieron un anillo de compromiso con dieciséis años y yo no quería casarme. Me levantaba todos los días triste. Mi madre me entendía. Pero, mi padre me tenía allí encerrada y no me permitía salir con nadie.

¹⁵ Instituto Nacional de Colonização e Reforma Agrária.

Me fugué en el camión de la leche

Con dieciocho años un día ya no aguanté más y me marché de casa. Me fugué en el camión de la leche y llegué a una ciudad donde no conocía a nadie. Cuando llegué no sabía a dónde ir. Empecé a preguntar por un trabajo de doméstica, y encontré trabajo en casa de una profesora para cuidar de dos niños. Trabajé unos nueve meses con ella.

Después me fui para Porto Velho, la capital. Allí trabajé en una churrasquería y conocí a mucha gente. Comencé a salir. En aquella época no sabía de métodos anticonceptivos ni nada. Los hombres me pedían para salir y salía. Y me quedé embarazada. No sabía de nada, hasta que con cinco meses de no bajarme la regla ya me di cuenta de lo que me estaba pasando. Como había salido con varios hombres, no sabía quién podía ser el padre. Me puse muy triste. Quería tomar un *remédio* para abortar, pero el médico me lo desaconsejó y me dijo que había muchos riesgos, que yo tenía anemia y que era muy peligroso para mí.

Para seguir adelante y en la situación en la que me encontraba sólo tenía la posibilidad de volver a casa de mi padre. Y volví a casa. Cuando le conté a mi madre que estaba embarazada ella lo entendió, pero mi padre me echó de casa. Me gritó que no quería una puta en su casa, con un hijo de no se sabe quién. Mi padre sentía mucha vergüenza por mí, le daba vergüenza con todo el mundo. Al final, decidió no hablarme.

Un día salí de casa con ocho meses para tener el niño. Mi padre no me permitía tenerlo dentro de casa. Por eso me marché. Fui a casa de una mujer que vivía en una cabaña en la ribera del río. Ella tenía diez hijos. Me ayudó tanto, que yo hoy le daría mi vida. *Deus, a Clarisse me ajudóu tanto...* Por la noche empecé a sentirme mal, y ella me llevó al médico. Cuando llegamos ya me dijeron que iba a tener el niño. Clarisse tenía que regresar a su casa para cuidar de sus hijos. Y yo sola, sin nadie. El médico me miró y me preguntó: - ¿Tienes a alguien de tu familia? - No - ¿Y el padre? - Tampoco. Me dijo que no estaba bien. Y tuve a mi hijo, pero estuve ingresada durante veinte días.

Mi padre sólo decía que él no iba a cuidar a un hijo de puta, que tenía que deshacerme del niño. Pero, yo no iba a permitirlo. No sabía cómo iba a enfrentarme a la vida de nuevo. Al final, volví a casa de mis padres. Con el tiempo, mi padre dejó de molestar. Fue como si se le ablandase un poco el corazón.

Cuando mi hijo cumplió seis meses lo dejé con mi madre y yo me fui para una ciudad del interior a buscar trabajo. Tenía veintiún años y trabajaba en una cafetería normal. Después, empecé a trabajar en una casa de familia como doméstica interna. Iba a visitar a mi hijo a casa de mis padres un fin de semana cada quince días. Trabajaba mucho y no tenía ningún derecho.

El *garimpo*

Un día salí, era domingo, y conocí a un hombre en la estación de autobuses. Yo estaba dando un paseo. El señor estaba con una chica rubia y me dijo: - ¿No te gustaría trabajar en una *lanchonete*, que vas a ganar mucho dinero...? Era una ciudad a unos quinientos kilómetros, ya cerca de la frontera con Bolivia. Era un área de *garimpo*. Yo me quedé sorprendida. Pero, pensaba que podía ser una buena oportunidad y le dije que no sabía.

Recogí mi salario en la casa y fui a despedirme a casa de mis padres. Viajé en autobús. Cuando llegué era ya de noche. Todo muy extraño... Entonces, aquel hombre me explicó cómo tenía que hacer. Tenía que ir con los hombres y acostarme con ellos. Allí se decía "*pagar a chave*". La encargada del *putero*, porque no era una *lanchonete*, claro, era una mujer boliviana. Me quedé desesperada. *¡Meu Deus!* Qué vine a hacer aquí, me preguntaba. A mí no me importaba acostarme con hombres. Yo lo hacía, pero no era igual. No es lo mismo. Yo salía con hombres y algunos me ayudaban. Pero, aquello era diferente.

En Brasil la prostitución es mucho peor que en España. Se lo comentaba el otro día a Silvia en el piso. De España no tengo ninguna queja. Sí, los españoles no se duchan, no les gusta tomar baño..., pero son buenas personas. Pero, en Brasil los hombres son mucho más exigentes y se comportan como animales. Si quieren follar por culo o de cualquier otra forma estás obligada, no puedes decir que no, porque si no encima vas a *apanhar*, y tienes que *chorar calada*.

Aquello era una *boate de garimpeiros*. En un área de *garimpo* la gente es muy malvada. La vida no tiene valor y las personas se matan por nada. Me quedé el primer día y gané bastante dinero. Allí había brasileras y bolivianas. Los hombres eran todos *garimpeiros* y también soldados bolivianos, todos locos. La dueña me aconsejó que me quedase, que me iba a ir bien y que allí podía ganar mucho dinero. Pero, era un lugar muy *pesado*. Los soldados siempre apuntando con sus armas, y podías recibir un tiro en cualquier momento.

Aún así, me quedé trabajando en esa *boate* dos meses. Allí casi nadie usaba el preservativo. Los hombres no lo querían usar y las chicas lo único que hacíamos era tomar pastillas para no quedar embarazadas. Allí no había información de nada de nada. Allí era obligatorio *foder sem preservativo mesmo*. Los clientes pagaban con dinero y también con oro. Quince gramos de oro eran una hora. Cuando llegaban hombres con dinero ellos cerraban el club armados con revólver y pagaban todas las bebidas y hacían de todo, a veces también usaban droga con las chicas. Era el área del Río Madeira y había mucho oro y también mucha sangre.

Cuando aparecía oro en el *garimpo* aquello era como Irak. En el club la enfermedad más común que había entonces era la gonorrea. Era un contagio continuo. Teníamos un remedio que nos pasó un médico. Afortunadamente, yo no me contagié, aunque ya tuve esa enfermedad antes, que me la pasó mi anterior novio. La gonorrea es una enfermedad muy dolorosa, algunos hombres gritan de dolor y cuando vas a orinar es como si te arrancasen todo por dentro. Una vez un cliente que se contagió en la *boate*, vino luego a buscar a la chica con la que había estado, la cogió y le dio una paliza.

Gané mucho dinero trabajando allí. Pero, no compensaba porque era un lugar muy peligroso. No era nada raro ver flotar a los cadáveres en el río. Y allí nadie sabía de nada. Para mí fue una experiencia que no me gustó demasiado, porque la vida en el *garimpo* es muy triste, a pesar de que puedes ganar mucho dinero.

Me marché del *garimpo* y me fui para Porto Velho. Trabajé en otra churrasquería, trabajé normal. Yo soy una persona alegre, que me gusta mucho conversar. Conocí allí en la churrasquería a un chico que me ofreció 270 gramos de oro para trabajar en otro *garimpo*. Dejé mi trabajo y me fui con ese hombre.

Cuando llegué al *garimpo da prainha* aquel hombre me dijo que yo no iba a trabajar de cocinera, sino que iba a ser su mujer. No tenía elección. Tenía que quedarme con él, dormir con él... Miraba para un lado: selva, miraba para otro: el río. Aquello era selva virgen, si entrabas no te encontraban jamás. Sólo selva y un océano de agua. Pensaba, *meu Deus*, qué es lo que he venido a hacer aquí. Odiaba a aquel hombre. Me colocó un 38 milímetros en la cabeza y me dijo que si yo miraba a cualquier otro hombre me volaría los sesos. Estaba desesperada. Miraba para el Río Madeira y lloraba...

Un día me desperté a las cinco de la mañana. Aquel hombre me dejó sola por primera vez y yo aproveché la oportunidad. Pasó cerca una *voadeira* con tres hombres y me arriesgué. Les dije que estaba enferma de malaria y les pedí que por favor me dejaran en la otra orilla del río. Tenía miedo, pero no tenía elección. Allí, en el *garimpo*, si unos hombres cogen a una mujer lo más fácil es que la violen y que después la maten. Así son las cosas en el *garimpo*. Pero, a veces también las dejan vivas, y yo tenía que aprovechar mi oportunidad. Y tuve mucha suerte porque me dejaron viva.

Cuando llegué a la orilla le pedí a una mujer que conducía una furgoneta que por favor me llevara a la capital, a Porto Velho. Sabía que si William me encontraba, me mataría.

Tardamos unas cinco horas de viaje. Aquella mujer me dejó en Porto Velho y yo no tenía un puto duro ni para el autobús. Estaba sucia, con hambre... Porto Velho es una ciudad grande. Le pedí *carona* a un camionero para que me dejara en una gasolinera. Tuve suerte una vez más, porque allí en aquel puesto de gasolina me encontré con un conocido de la churrasquería donde yo trabajaba. Cuando lo vi, empecé a llorar, y no sabía cómo iba a contarle todo lo que me había sucedido. Hasta hoy recuerdo la matrícula del camión de aquel hombre. Me preguntó qué me había pasado, me dio de comer y me dio también mucho ánimo. Después me llevó a la casa de mis padres. Fue mi salvación.

En Brasil es fácil ir de *carona*, pero casi todos quieren follar contigo. Es muy difícil encontrar uno que sepa respetar a una mujer. Es así de esa manera.

Un mal ejemplo para la familia

Llegué a casa de mis padres, abracé a mi hijo... No les conté nada de lo que me había pasado, porque me daba vergüenza. No le conté nada a mi madre, porque con mi padre ya no hablaba de nada, él no tenía esa capacidad. Y no podía quedarme porque mis hermanas ya estaban crecidas y mi padre decía siempre que yo era un mal ejemplo para la familia. Decía que yo como era madre soltera era una puta, y que si me quedaba en casa mis hermanas también serían putas.

Sólo me quedé durante veinte días. Le dije a mi madre que me marchaba, que buscaría otro trabajo para intentar salir adelante con mi hijo. Y encontré trabajo en un negocio de compraventa de oro en el área de Nova Mamoré. El negocio era de un cearense que tenía una pequeña oficina llena

de balanzas para pesar el oro. No me quedé mucho tiempo allí a causa de un problema que no me apetece comentar demasiado. Fue que hubo un asesinato en el que se vio implicado un chico que trabajaba allí conmigo en la tienda. Ese chico mató a un hombre en una pelea y luego la policía vino a preguntar. Yo dije que no sabía nada, cogí miedo y me marché.

Me busqué un marido. Gilberto era un cliente de la tienda de venta de oro. Nosotros ya nos gustábamos y un día me pidió que me marchase con él. Y me fui a vivir con Gilberto. Teníamos una pequeña habitación alquilada allí cerca del *garimpo*. Yo tenía que trabajar en un restaurante donde comían los *garimpeiros*. Trabajaba más de quince horas al día y tenía que matar un montón de *galinhas*. Trabajaba mucho y ganaba muy poco. Después, trabajé con la coordinadora de un programa de salud para la campaña del cólera. Trabajé con esa señora durante cuatro meses. Yo tenía que colocar los *remédios* en los pozos del *garimpo*. Y no me pagaron nada.

En aquella época había una enfermedad en las *galinhas*, el *maltriste*, que todas morían. Gilberto volvió a trabajar en el *garimpo*. Y yo para no pasar hambre entré en el contrabando de cigarros.

Un día Gilberto llegó todo borracho a casa. Cuando le quité los pantalones le cayeron varios paquetes de droga. A mí me gustaba Gilberto, él no era un mal hombre, pero para mí aquello era una decepción más de la vida. Le dije que me marchaba, que no quería saber más nada. Estaba harta del *garimpo*.

Volví para Porto Velho. Trabajé en un bar, y un día llegó un hombre que me dijo que en Ariquemes alguien estaba buscando gente para trabajar en un restaurante. Y me fui para Ariquemes y comencé a trabajar en el restaurante. Cocinaba. Allí a ese restaurante venían a comer muchos policías, porque la comisaría estaba muy cerca.

Conocí a un señor en el restaurante. Él trabajaba en una empresa de frío, de congelados. Le gusté mucho y me dijo que si yo quería algo serio no había problema porque aunque él estaba casado, vivía lejos y me ofreció pagarme un apartamento. Acepté su proposición.

Es muy difícil trabajar de interna. No tienes horario. Es más difícil que trabajar en la prostitución. Si tú eres una prostituta libre, que no debes nada a nadie, es mucho mejor. Como doméstica no tienes tiempo para nada, ni para descansar, ni para ver la telenovela...

Fue por esa razón que acepté la propuesta de Ricardo, mi último marido en Brasil. Él ha sido mi salvaguarda, me ayudó mucho, mucho, mucho..., le debo la vida. Venía a casa los viernes y se marchaba los domingos. Ahí me embaracé de mi hijo. Ricardo compró unos terrenos y construyó una casa que luego puso a mi nombre. Me la regaló porque él ya estaba casado. Yo me quedé embarazada, y su familia no supo nada hasta que mi hijo cumplió los cinco años.

Durante esos años he vivido sola con mis hijos en mi casa en Ariquemes. Fui a casa de mis padres a recoger a mi hijo mayor y me lo traje para Ariquemes. Mi padre enfermó porque me llevé al niño, le había cogido mucho amor. Nunca vi a mi padre llorar hasta el día que fui a buscar a mi hijo.

En esa época trabajé como manicura, arreglaba uñas. Ya no necesitaba matarme a trabajar porque tenía mi propia casa. Ricardo y yo pasábamos los fines de semana juntos. Ricardo después tuvo un accidente y perdió la vista de un ojo. La empresa lo echó y no quisieron pagarle una indemnización. Es una empresa japonesa y hasta hoy están en juicio por aquello. Como entonces él se quedó desempleado nuestra situación empeoró. Yo llegué a escribir una carta al Ministerio de Salud para pedirles una ayuda para el tratamiento dental de mi hijo. Yo no tenía condiciones para llevar a mi hijo al dentista, porque en mi país es muy caro y sólo te quitan los dientes. Pero, me respondieron del Ministerio de Salud y vinieron para ayudarme.

El viaje a España

Como veía que no avanzaba y todo estaba caro, decidí venir a España para ver si podía mejorar de vida. Conocía a muchas chicas que estaban trabajando en España y que ganaban un montón de dinero. A mi hijo mayor lo dejé con mi familia y al pequeño lo llevé a Porto Velho para dejarlo con su padre.

Organicé todas las cosas. Como la familia de Ricardo no aceptó al niño tuve que alquilar un piso en Porto Velho para los dos. Ricardo al quedar fuera de la empresa a causa del accidente tuvo que trabajar después de vendedor ambulante por la calle, vendiendo *suco de canha* y esas cosas, para seguir tirando.

Silvia, que ya estaba en España, fue quien me prestó el dinero. Yo también vendí algunas cosas, la nevera, algunos muebles, etc. Cuando llegué aquí

me llevé una gran decepción. Viajé sola y me pasé un montón de tiempo tirada en el aeropuerto. Silvia y Ramiro, el dueño del club, me estaban esperando. Silvia me había contado que aquí era un sueño, que podías ganar mucho dinero..., pero yo no tenía ni idea de cómo había que tratar aquí a los hombres, porque aquí es muy diferente que en Brasil. Aquí en los clubes los clientes esperan a hablar con todas las mujeres. Sin embargo, en Brasil los hombres escogen más rápido, eligen a aquella mujer que les gusta.

Llegué a Villalba en julio de 2004. No me gustó el club de Ramiro. Sólo me quedé dos semanas. Ramiro se quedó con parte de mi dinero para dárselo a Patricia, que en aquel tiempo estaba con él. Después, Patricia se marchó y Ramiro me dijo que el dinero tenía que pedírselo a ella. Fue todo una confusión. Trabajé bien porque era nueva, y las chicas nuevas siempre trabajan más. Sufrí mucho por causa del idioma, no entendía nada de lo que aquellos hombres me decían. Gané unos ochocientos euros, pero me estresaba mucho porque no entendía a los clientes.

Empecé a pagar mis deudas, el billete para Silvia y otras deudas que había contraído en Brasil. Todos los días me hacía cinco pases, además de las copas. El motivo para marcharme fue que no me di bien con Ramiro, el dueño del club. Es un tipo con mucha confusión, parece una chica, siempre *fofocando*. En vez de ponerse en su papel de dueño de club, complica las cosas aún más, diciendo una cosa para una chica y lo contrario para otra. Por eso me marché.

Del club de Ramiro nos fuimos para el piso de Sandra. Nada más llegar a Silvia le desaparecieron ciento setenta y cinco euros del bolso. Sólo estábamos Silvia, Patricia, Sandra y yo. A Patricia la conozco desde que era una niña y nunca robó que yo sepa, a no ser que haya aprendido aquí en España. Tuvo que ser Sandra. Pero, no quisimos hacer ninguna confusión y nos marchamos del piso. Sandra se aprovechó de nosotras.

Alquilamos un piso que no tenía ni sitio para colocar las maletas de lo sucio que estaba, aquello era una inmundicia. Tardamos ocho días sólo para limpiarlo. Al principio, estábamos Silvia y yo, y después alquilamos dos habitaciones para dos chicas. Luego, empecé a trabajar en el club “A Seara” de la Karina. Trabajé muy bien en ese club, ahí fue donde pagué toda mi deuda. Una chica que trabajaba allá me llamó para ir a trabajar al club. Tuve suerte. En quince días hice novecientos euros. Trabajé bien.

A los veinte días las chicas colocaron un anuncio en el periódico y empezaron a trabajar en el piso. Yo casi no trabajaba porque en el club

ganaba bastante y también porque tenía miedo, tenía miedo de la policía, de cualquier persona que entraba en el piso. Yo no tenía papeles y tenía miedo todo el tiempo. Yo y una de las chicas íbamos al club “A Seara” y Silvia y la otra chica trabajaban en “La Celestina”. De Karina no tengo nada malo que decir, sólo cosas buenas. Es una persona especial, trata muy bien a las chicas y en todo momento te da buenos consejos. Jamás tuve problemas con ella. Estuve trabajando en “A Seara” de junio de 2004 a enero de 2005. Me quedaba en el piso durante el día y salía para el club a las seis de la tarde. Manolo, un amigo de Karina, nos venía a recoger y después nos traía de madrugada. Es un señor mayor, muy buena persona. A nosotras no nos cobraba nada, era Karina quien le pagaba mes a mes.

Los clientes del club eran muy buenos. Gente seria, que venían al club y escogían a la chica. Allí no tienen ese rollo de cachondeo que hay en otros clubes. Es también un ambiente tranquilo, no hay muchas chicas trabajando, lo máximo ocho. El pase mínimo eran treinta euros. Allí no se sube por menos de treinta euros. Allí conocí a Jacqueline, a Bárbara y a otras chicas. La mayoría colombianas y unas pocas brasileras. Karina hizo un contrato para Mikaela y le alquiló también un piso, y luego ella se marchó, no pagó la seguridad social y no dio ni los buenos días. Son gente mala, desagradecida.

A mí Bárbara me da mucha pena. Tiene muchos problemas con el alcohol y con las drogas. Bebía mucho whisky y siempre estaba borracha. Ahora se ha juntado con un gitano y no sé cómo va a acabar.

Lo peor del club eran los clientes podridos, aunque eso es algo que te encuentras en todos los sitios aquí en España. No entiendo la falta de higiene de este país y esos hombres que llegan todos cagados. Una vez llegó un chico joven al club y cuando se quitó la ropa y le vi los calzoncillos todos cagados, le dije: - ¿Qué pasa, chico, por qué viene todo cagado? Y él me contestó que era porque venía de conducir el tractor. Yo entonces le pregunté si es que para conducir el tractor era necesario cagarse por los pantalones.

Mi marido gallego

En noviembre conocí a José. Era un buen cliente y una buena persona, siempre me pagaba muchas copas y a veces salidas. Algunas noches gastaba más de setecientos euros. Como me gustaba y era un hombre muy comprensivo conmigo acabé enamorándome. Tenía mucho dinero, sacaba

dinero también de una cuenta conjunta con su padre, porque sólo de su trabajo era imposible que pudiese ganar tanto dinero.

En esa época yo tenía mucho miedo de la policía. José me hizo una propuesta para ir a vivir con él. Estaba separado de su mujer y tiene un hijo de quince años. Entonces, me alquiló un piso en Rábade y me salí del club. Y me dijo que me ayudaría con mis papeles. Cuando entró la regularización José me hizo un contrato, pero no sirvió porque teníamos un documento de convivencia. Entonces, fue a buscar a un primo suyo para hacer el contrato. Pero, José tuvo que comprar unas cabritas porque sino no le dejaban darme de alta. Yo no entendía nada, desesperada de la vida. Un rollo con esas cabritas... En mi país las cabritas son animales igual que las *galinhas*, no tienen nombre, pero aquí en España son como las personas, *¡meu Deus!*

Después de dos meses viviendo en Rábade, resolví hacerle una propuesta a José. Le dije que podíamos vivir juntos en la finca, y que los trescientos euros que pagaba por el piso mejor me los daba a mí para enviárselos a mis hijos en Brasil, ciento cincuenta euros para cada uno. Y a él le pareció buena idea. Es muy buena persona... Entonces, nos fuimos a vivir en la finca. Yo me quedaba todo el día sola, porque José trabajaba y su hijo estudiaba en Rábade. Sólo tenía de compañía un *cachorro pequeno*. No había nada. Era un lugar triste y aburrido. Me sentía como un niño perdido. Miraba para un lado: pinos; miraba para otro: pinos, pinos por todas partes. Veía la televisión. José llegaba a casa a las siete y media o las ocho. Me sentía desesperada, allí encerrada en aquel sitio.

José me daba trescientos euros todos los meses para mandar a mis hijos. Lo peor era aquella agua fría, fría... No conseguía ni lavar la ropa. Y no tenía ni lavadora. Todo eso me parecía difícil. Como José era celoso tenía miedo de que me marchase y no me dejaba ir a Lugo para estar con mis amigas.

Después fue cuando fuimos a comprar las cabritas. Fuimos a Sarria y compramos diez cabritas. Yo tenía que cuidarlas, darles de comer y de beber a toda hora. Ellas siempre bee, bee... Yo era como la madre de esas cabritas. Tenía que hacerlo por mis papeles.

Gracias a Dios, salieron mis papeles. El mismo día que me llegó el documento vendí las cabritas. Se las llevó un hombre de Sarria por treinta euros. Entonces, gracias a Dios, me quedé libre de esas cabritas.

José era un hombre muy desorganizado. Tenía un montón de basura acumulada en la casa, y el hijo hacía igual. Parecía como si tuviesen esa enfermedad de coger la basura y llevarla para la casa. Yo siempre le decía a

José que no quería vivir en la finca porque la vida era *muito triste*. Y él me decía que tuviese paciencia. Todo cambió cuando salieron mis papeles. Se volvió más celoso.

Vuelta a la prostitución

Intenté encontrar trabajo. Llamaba todos los días a los anuncios del periódico, pero cuando decía que era extranjera sólo me daban excusas y nadie me quería para trabajar. Eso me enfadó mucho. Entonces, le dije a José que quería volver al club. Llamé a Karina y le dije que quería volver. Y volví para “A Seara”. José me dejaba en el club y después me iba a buscar. Eso era en noviembre de 2005. El trabajo ya estaba más difícil porque era como empezar todo de nuevo, hacer la clientela, volver a trabajar... Todo fue más difícil para mí. Karina dejó allí a una chica de camarera y encargada, y ella desde entonces está más en el “Trébole”. Ya no tiene aquella organización en el club, porque el marido se marchó con una chica y ella se enfermó y cogió una depresión. Desde entonces, el club ya no funciona como antes.

En diciembre de 2005 Silvia y yo fuimos a un club en Pontevedra, a ver si ganábamos más. No trabajamos nada. Estuvimos una semana. Después nos fuimos a un club en Verín. Sólo había portugueses, malas personas. El primer día que llegué allí un portugués se enfadó con una chica y quería pegarle, y nadie hacía nada. Mil veces prefiero a los españoles. Estuve sólo cuatro días allá. Aquello está muy mal organizado. Era un club con más de cuarenta y cinco brasileras, y dicen que el dueño es un policía de Extranjería que ya está retirado.

Una noche una chica de broma escondió la gorra de un cliente. Fue una confusión tan grande... Aquel hombre cogió a la chica por el cabello y la empujó contra la barra. Allí hay tres camareros y nadie hizo nada. Todo el mundo se marchó. Si aquel hombre quisiese matarla nadie hubiera hecho nada. Allí los hombres son unos *abusados*, ellos mismos dicen “*nós somos portugueses de Portugal, fodem muito e pagan mal*”.

Después de Verín, Silvia y yo nos marchamos para Carballiño a trabajar a un club. Era un sitio horrible, muy feo, *um buraco*. La jefa era una colombiana que estaba viajando y dejó a las chicas solas. El club abría a las diez de la noche y estaba abierto hasta las siete y media de la mañana. Pero, allí los clientes no llegaban hasta pasadas las cuatro de la madrugada. Ya teníamos todas el culo cansado de tanto tiempo que llevábamos allí sentadas. Vivíamos en un piso en Carballiño y pagábamos cuatro euros al

día. Pero, lo peor era que para regresar por la mañana del club nos llevaban los clientes que estaban todos borrachos. Eso yo no lo aguantaba. Le decía a Silvia que yo no había venido aquí a España para morir en un accidente en la carretera por culpa de un borracho.

Del club de Carballiño fuimos para “El Capris” que también está allí cerca, en la carretera, y que es otro chiringuito. Sólo nos quedamos tres días. El hermano de la dueña, una dominicana, se encaprichó de mí y ya quería acostarse conmigo. El primer día me pagó, pero después ya quería estar conmigo todos los días. Y yo, con lo cansada que estaba después de cerrar el club, tener que aguantar a ese negro... No. Por eso me fui. Tampoco se trabajaba muy bien en aquel club. Era un sitio pequeño y las mujeres eran todas mayores, colombianas y dominicanas. Pagamos un taxi y regresamos a Lugo.

Ahí fue cuando decidí salirme de la finca definitivamente. José me prometió que me iba a dar un dinero, setecientos euros, para ir a buscar a mi hijo mayor, y pasaba el tiempo, pasaba, y no me daba nada. Entonces, me enfadé y me marché.

Llevé todas mis cosas para el club “A Seara” porque allí no pagas nada, sólo tienes que hacer la comida y ya. Después, fuimos al club “Trasnos” en Puebla de San Julián. Allí me quemé una pierna con la calefacción. Y también fui a trabajar una semana al piso de Carola. Es una brasilera muy mezquina, no te da ni un café. Por eso también me marché. Allí sólo trabajan brasileras. Estaban Eduarda, Sabrina y otra chica. Pero, aquel piso es muy frío y no se trabaja nada. Lllaman mucho, pero sólo de cachondeo. En todo el tiempo que trabajé allí me hice tres pases.

En el piso de Tania

Después me enteré de que Tania había abierto un piso y vinimos para acá. Tania me ha sorprendido mucho porque es colombiana y es una persona muy buena. La gente habla muy mal de las colombianas, pero Tania ha sido para mí mucho mejor que la mayoría de mis paisanas.

Cuando Silvia y yo estuvimos unos días en casa de Eduarda y Sabrina, ellas nos cobraron ochenta euros a cada una, y nosotras ni siquiera dormíamos allí. Eduarda es buena chica, pero Sabrina es conflictiva, siempre creando confusión y también es muy maleducada. En todos los clubes que ha estado ella ha tenido problemas, a nadie le cae bien.

Al principio trabajaba durante el día en el piso y por las noches me iba para “A Seara”, pero poco a poco fui dejando de ir al club porque en el piso se trabaja bien y yo prefiero estar en el piso, que es más tranquilo y descansado. En el club tenía que estar mucho tiempo de pie. Lo peor del piso es que llaman a toda hora, pero luego muchas veces no vienen.

Además, prefiero trabajar en el piso porque aquí el cliente llega, escoge y a follar directo. Sin embargo, en el club muchos clientes vienen y te amasan, te tocan el culo, las tetas, etc. En el club aparece siempre el panadero para amasar. *Muito panadeiro...* A mí no me importa conversar con un cliente, pero cuando ya empiezan a ponerte los dedos por todas partes ya les doy dos besitos en la cara y me despido.

En los pisos los clientes buscan muchas más cosas que en los clubes. Quieren chupar sin goma, el griego, beso negro y todas esas cosas. Yo no sabía siquiera lo que era el beso negro hasta que lo vi en los anuncios. En Brasil nunca había oído eso. Aquí en España está muy avanzada la tecnología sexual... (ríe). Hay cosas que nunca imaginé, beso negro, lluvia dorada, son cosas de película. Cuando esté en Brasil y me pregunten, les diré a los hombres que si quieren realizar sus fantasías sexuales se tienen que ir para España.

Maricones camuflados

En Brasil también hay muchos maricones. Ya he oído muchas historias. El sexo anal tiene sus riesgos. Escuché una vez una historia de un maricón al que le hicieron un implante con tripa de cabrito. En mi país también hay mucho travesti. En Brasil matan a muchos travestis. Y son personas muy discriminadas, igual que aquí. En Porto Velho, la capital, hay muchos travestis. Se colocan en las gasolineras para buscar clientes. Pero, algunos hombres se aprovechan de ellos y los maltratan. Sufren mucha discriminación.

Aquí en España sólo conocí a un travesti trabajando en el club de Puebla de San Julián. Karla es muy buena persona, tiene ya más de dieciséis años en España. Me contó que cuando vino para acá era todavía un hombre. Es de São Paulo y se operó aquí en España, se colocó la silicona, los pechos, el culo, etc. Creo que tiene dos hijos en Brasil. Cuando consiguió los papeles regresó a su país para ver a su familia. Su madre fue al aeropuerto y no le reconoció. Sus padres casi se desmayan. No es fácil la vida de travesti. Hoy Karla parece una mujer bonita y todo. A mí me gusta charlar con él y me cuenta siempre su historia.

*“Abre a sua mente,
gay também é gente...”*

... es el estribillo de una canción. Lo que ocurre es que algunos travestis se manifiestan en exceso, se amaneran tanto y hacen tantas cosas extrañas... A mí, al principio, me daban miedo. Hay algunos que parecen auténticas mujeres.

Aquí en España hay mucho, mucho maricón. Hombres mayores, hombres casados... La diferencia es que en Brasil los maricones asumen mejor su papel, y aquí en España lo que hay es mucho maricón camuflado. Allá en Brasil el que es *veado* es *veado*, lo asume y ya está. Pero, aquí los hombres aparentan una cosa y luego resultan otra. Muchos cambian de sexo desde que están entre cuatro paredes. A veces llegan chicos jóvenes, bonitos, con el *peito peludo*, que incluso podrías disfrutar con ellos, y luego vas y descubres que son maricones. Esto es lo que yo veo diferente aquí.

Hay algunos que nacen así, *veadinhos*. Conozco a varios que eran así desde pequeños, y los discriminaban mucho sus propias familias. Son historias muy tristes. Pero, allí no se esconden. Y aquí hay maricones a montón. Las chicas ya se dan cuenta nada más entrar en la habitación. Comienzas a acariciarlos y ya te levantan las piernas, igual que los *cachorros*.

Los maricones vienen más a los pisos. Durante este último mes aquí trabajando en el piso de Tania ya han venido unos doce o trece. Aquí en España hay muchos, son “hombres espada”, lo mismo cortan para un lado que para otro. Sin embargo, los maricones a los clubes van menos, tal vez porque les da vergüenza o tienen miedo de las habladurías de las chicas.

Aquí al piso llaman directo. Algunos ya preguntan si tenemos chicos, y como les decimos que no, entonces te preguntan si tenemos consolador, y si el consolador es bien grande... Aquí no lo asumen. Está lleno de hombres que no asumen su condición sexual. Y luego a veces vas por la calle y te discriminan porque eres puta...

Para los maricones Silvia y yo compramos un consolador. Es necesario. También le colocamos un preservativo. No puedes pasar el consolador así, de un cliente para otro. Son cosas que tienes que cuidar.

Yo pienso que ahora en España sacaron esa ley que permite casar a un hombre con otro hombre y a una mujer con otra mujer, porque hay una

cantidad muy grande de personas que estaban escondidas en el armario, y entonces, ahora el Zapatero abrió la boca del balón. Yo hubiera preferido que sacaran una ley que legalizase la prostitución.

Legalizar la prostitución

Todas las personas en el mundo tienen derechos. Si no estás haciendo daño a nadie, tienen que respetar tus derechos. Creo que sería bueno que sacasen una ley que legalizase la prostitución. Así tendríamos derecho a la Seguridad Social y también tendríamos una cobertura sanitaria. Este es un trabajo muy difícil, una profesión con muchos riesgos, y por esto, lógico, deberíamos tener nuestros derechos. Yo estaría dispuesta a pagar mis impuestos.

En los pisos hay mucho riesgo y desprotección para las chicas. Tú no sabes a quién le abres la puerta cuando timbran. Deberíamos de tener unos derechos y una seguridad que, en cambio, ahora no tenemos. Sólo tenemos la cara y el coraje... Y si caes enferma qué haces. Y si encima no tienes papeles es mucho peor. Por todo eso pienso que es necesario legalizar la prostitución, y que sería una medida muy justa para nosotras. No me gusta esta situación de ahora, que la prostitución está permitida pero que tampoco está legalizada. Es una inseguridad completa. Si viene un loco al piso puede hacer cualquier cosa, y entonces qué. Si no la legalizan, que la prohíban, pero que no la dejen así. Aunque yo estoy a favor de la legalización, por supuesto.

De todos los sitios para trabajar en la prostitución, lo mejor son los pisos. Es un trabajo mucho más tranquilo. En los clubes también debería regularse el trabajo. Una chica que llega a un club aquí en España debería de tener sus derechos. Llegar, dejar tu documentación, firmar un contrato con las comisiones, sería lo que habría que hacer. Un club no es una iglesia, donde entra y sale la gente cuando le da la gana y sin ningún tipo de identificación. Es necesario normalizar todo esto. Por eso digo que la legalicen o sino que cierren todos los clubes. A mí nunca me pidieron mis documentos aquí en España, sólo una vez en el club de la Karina.

Deberían ayudarnos a todas las chicas que estamos trabajando en esto. Darnos nuestros derechos. No se trata de convertir a España en un inmenso puticlub. La policía conoce todo perfectamente, sabe dónde están las mujeres y cuáles tienen papeles y cuáles no. Entonces ¿por qué no sacan la ley?

Las prostitutas no molestan a nadie. Los clientes son los que van a los clubes y a los pisos. Lo que a mí no me gusta es la prostitución en la calle, como cuando salen en la televisión esas chicas en Madrid o Barcelona, que persiguen y asedian a los hombres por la calle, y que pueden pasar también menores. Eso no me parece serio.

Si en una cafetería para trabajar tengo que tener un contrato, ¿por qué no es lo mismo si trabajo en un club? Un club es un negocio para hacer dinero, entonces no entiendo porqué hay tanta inseguridad y se mantiene esta situación. Es un problema moral. Pasa igual que con el matrimonio entre los gays. Las iglesias no querían la legalización, hasta el Papa se negó. Pero, al final consiguieron la ley. Yo creo que es porque el Zapatero tiene muchos amigos gays y porque hay muchos maricones españoles en la clase alta. Sin embargo, las prostitutas como somos todas extranjeras y la mayoría sin papeles, por eso no la legalizan. Cuántos famosos salen por la televisión que son maricones, por ejemplo, Elton John, Jesús Vázquez, etc, y todos son aceptados por la sociedad. Pero, las prostitutas no. Yo creo que es por eso, porque somos pobres y extranjeras.

No es que esté a favor de la prostitución. Estoy a favor de que no utilicen la ley para molestar a las mujeres, como cuando va la policía a los clubes y las chicas tienen que salir corriendo, que alguna sube por el tejado y hasta puede matarse por el miedo que tienen. Viven escondidas y con miedo. Y a los dueños de los clubes nadie les dice nada, siguen ahí, riéndose en la cara de las chicas y ganando dinero. Lo peor es siempre para las chicas. Por eso debería de estar legalizada la prostitución y las chicas tener un contrato. Entonces no habría esos abusos.

Las personas, todas las personas, tenemos que tener unos derechos y una seguridad. Y aquí en España en la mayoría de los clubes no hay ninguna seguridad. La policía debería ir a los clubes para proteger a las chicas, para velar por la seguridad de las chicas y no para ir detrás de las extranjeras. ¿Por qué no va la policía a las casas y a los pisos donde trabajan las chicas de domésticas sin papeles?

En España hay muchos clubes. Si la prostitución no diese dinero nadie los colocaría. A Karina un guardia civil ya la amenazó con ponerle una multa de seis mil euros si encontraba una chica sin papeles. Y Karina es una persona maravillosa, que trata muy bien a las chicas. Eso es porque el guardia civil tiene algún problema con ella. ¿Por qué no hacen eso con el resto de los clubes? Ahora Karina casi no tiene mujeres en el club por culpa de eso. Es injusto. La policía sólo se mete con algunos clubes. La guardia

civil siempre molestando a Karina, que no sé el motivo. Y en el “Lexis” que está siempre lleno de mujeres sin papeles, nunca va la policía.

Si legalizasen la prostitución, el próximo año cuando tenga que renovar mi tarjeta de residencia, si me diese la gana podría colocarme de prostituta, pagaría mis impuestos y tendría mis derechos, como si fuese un pintor o cualquier otro trabajo. Ya que la prostitución existe, que la legalicen. Ya que hay el mercado del pescado, que organicen el mercado. Si yo comercio con peces pequeños me pueden multar, pero si son peces normales nadie me va a decir nada. Con la prostitución igual, si yo estoy en la prostitución voluntariamente ¿por qué tienen que complicarme la vida?

La prostitución no es nada malo. Lo que tienen que prohibir es el tráfico de drogas y esas cosas. Prostituirse no es ningún delito. Aquí en Lugo hay ciento setenta pisos de trabajo¹⁶. El hombre de “El Progreso” me lo dijo hace poco. Son muchos pisos para una ciudad tan pequeña.

El Ángel de la Muerte

En “El Molino” me contaron la historia de una chica brasilera que tenía sida. Ella estaba trabajando en Portugal y ganaba mucho dinero porque trabajaba sin condón y se hacía más de veinte pases. Compró una casa en su país y le montó un negocio a su madre. Luego empezó a enfermar y a debilitarse, y acabó muriendo en Portugal. Era una chica muy bonita y le quitaron unas fotos y las publicaron en una revista. Le llamaron “el ángel de la muerte”. Ahora los portugueses están todos preocupados porque como follaba sin condón tienen miedo a haberse contagiado de sida.

Lo que considero que está mal en la prostitución es eso, que vengan aquí personas enfermas de sida y que contagien así a la gente. Como ellos ya están jodidos no se preocupan de nada y no les importa contagiar a otras personas. Para mí esas chicas merecen un castigo. Tendrían que hacer exámenes de salud como prevención en los clubes, en los pisos, en todo lugar donde hay prostitución. En Brasil existe ese tipo de control.

Si legalizan la prostitución hay que empezar por hacer esos exámenes de prevención. Lógico. Cuando una mujer viene aquí y folla sin condón es porque no le importa nada. Contagiar una enfermedad es algo muy sencillo, pero practicar sexo sin precaución es ya ir al límite, no tener juicio ninguno.

¹⁶ Cifra claramente exagerada, que no ha podido ser verificada.

Durante todo el tiempo que trabajé en los clubes jamás he visto a nadie que viniese alertando o dando una orientación sobre temas de salud. Aquí en España no existe siquiera publicidad de condones, ni veo tampoco campañas de prevención por la televisión. En Brasil es fácil encontrarse con chicas en la calle que paran a la gente para dar folletos informando sobre prevención de enfermedades de transmisión sexual. Aquí yo no he visto nada parecido. Allí, en el club “A Seara” es directo sin condón, sin condón... Los clientes en vez de pagar cuarenta euros, pagan sesenta u ochenta para subir y follar sin condón. Todo por cinco minutos de locura. Eso lo sé muy bien, porque he trabajado bastante allí. Silvia y yo trabajamos menos porque no subimos de esa forma. Allí en ese club hay una brasilera que se hace quince pases...

Deberían de hacer análisis de sangre ya en la entrada del país. Que no dejasen entrar a nadie sin ese tipo de control. Sería una forma de controlar la salud de las personas. Ya trabajé en “A Seara”, en “El Rayo de Luna”, en varios clubes y nunca vino nadie de ninguna organización para informar de nada. Sólo viene la policía a los clubes para molestar. Y sería mucho más inteligente hacer campañas de prevención de salud.

Yo a veces entro con los hombres a la habitación y hablo con ellos sobre el tema, sobre el peligro de las enfermedades. Algunos lo entienden. Otros no, creen que les estás contando un cuento de hadas. Y no son sólo los viejos. También hay muchos jóvenes que llegan al club y que piden sin condón. No les importa nada.

Yo ya trabajé sin condón, pero era otra época, no había esa información que existe hoy sobre el sida. Es como lo de la gripe aviaria, si alertas a la población la gente toma cuidado. Y con el sida igual. En Brasil hay mucho sida, pero también hoy hay mucha información y mucha campaña. El que hoy se contagia de sida es porque quiere. Hay que hablar más sobre esto, y hay que alertar mejor sobre los riesgos del contagio de enfermedades. Y no sólo del sida, hay otras enfermedades peligrosas como la gonorrea, la sífilis, hongos, etc.

En Brasil se preocupan más sobre estas cosas. En Bolivia y en Venezuela también. Aquí no. Aquí en España sólo se preocupan de los terroristas. ¿Hay más terror que el sida? Por esto que en España primero tienen que organizar para luego legalizar la prostitución. Aquí no hay controles y entran los inmigrantes de cualquier forma. Pero, así se va a acabar con el país.

Algunas mujeres llegan aquí con sida y sólo piensan en ganar millones y dejar recursos para sus hijos, pero no les importa nada destruir la vida de otras personas. Esto es lo que yo encuentro equivocado. Y aquí en España hay muchas mujeres que trabajan en la prostitución y que no tienen siquiera la tarjeta sanitaria.

Todo el mundo discrimina a las prostitutas

A veces pienso que la prostitución no es algo correcto, como si fuese un pecado. Fui educada desde pequeña en el cristianismo, y es como si me remordiera la conciencia. Lo mismo ocurre con el sexo con otra mujer. Sirve para el placer de la carne, pero nada más. Mi conciencia a veces me pesa mucho. Es como follar sin preservativo. Tú estás gozando, pero al mismo tiempo te das cuenta de que estás haciendo algo malo.

Trabajo en la prostitución porque lo necesito. Llegará un momento en que no lo necesitaré. Y todo el mundo discrimina a las prostitutas. Las brasileras cuando vamos por la calle todo el mundo te mira y te acusa de prostituta, aunque tengas cualquier otro trabajo. No me gustaría que mis hijos se enteren de que fui prostituta. Da igual el sitio que sea, te tratan mal con la mirada. Hay muchas personas que no te respetan, que dicen que todas las brasileras son putas. La discriminación es total. He hablado con mujeres que llevan aquí muchos años y ellas cuentan lo mismo. En Brasil es distinto, tú no puedes saber cuál es la puta y cuál la “correcta”. Ya lo dice la Biblia: quien no tenga culpa, que tire la primera piedra. Es sólo la conciencia que acusa a las personas.

Un amor *doente*

Yo no amo a nadie. Nunca di mi vida por amor, ni se lo aconsejo a nadie. Las personas que más quiero son mis hijos, pero así de amor por otra persona no.

La relación que tuve con Silvia fue como una pesadilla. No quiero ni recordarlo. Ella es una mujer muy celosa y *brigaba* con los clientes sólo por celos. No me dejaba ni trabajar. Fue una experiencia muy fuerte para mí. Algo distinto a todo lo que ya pasé en mi vida. Nada en esta vida me dio tanto trabajo como mi relación con Silvia. Son páginas *viradas* de la vida, como dice la canción.

Es muy diferente la cabeza de una mujer que tiene hijos de otra que no los tiene. Silvia no tiene hijos. Nosotras aceptamos vivir juntas, pero esa historia se convirtió en pasión y amor. Desde luego, mis hijos no aceptarían mi relación con otra mujer. Y Silvia quiere tener una relación seria. Yo tendría que cambiar toda mi vida.

No sé bien cómo pasó. Todo empezó como una confusión. Yo ya tuve otras experiencias con mujeres, unas tres, y todas en Brasil. Pero, nada serio.

Cuando vine a Lugo me quedé con Silvia. Tal vez por piedad. En Brasil ya le dije que a mí me gustaban los hombres, que no quería nada serio con ella. Y desde que vine acá empezamos a pelear. Silvia no permitía que ningún hombre me ayudase. Por eso me fui a la finca con José. Le digo que no quiero más esa relación, pero Silvia siempre quiere estar conmigo y cuidarme. Ella tiene una personalidad muy fuerte. Es buena persona en todo, pero pobre del que se enamora. Silvia no te deja ni respirar. Yo ya he perdido a muchos hombres que me querían ayudar por culpa de Silvia. Es un amor enfermizo. No puedes entregarte tanto como ella hace, así en cuerpo y alma. Ella ya tomó un día un montón de pastillas para intentar suicidarse. Yo sufrí mucho por causa de Silvia, Dios mío.

Una relación entre dos mujeres es muy difícil. Nunca tuve en toda mi vida una relación tan dura. Silvia es muy celosa. Te oprime. Si José me llama por teléfono ya se enfada. Nunca tuve una relación tan difícil en toda mi vida. No por ser *ruin*, sino por *amar de más*. Silvia es *un amor doente*. No entiendo cómo una mujer libre como ella puede llegar a comportarse así. Da mucho trabajo. No puedes ni respirar. Yo pienso en todas las cosas, en el rechazo de la gente, en mis hijos... Silvia, en cambio, no piensa en nada y ama directo. Es por eso que digo siempre que yo no amo a nadie.

Silvia es una persona maravillosa. Puedes confiar en ella totalmente. Si tienes diez mil euros puedes dárselos y decirle que te los coloque en una cuenta, que no tendrás problema. Es un amor de persona. Y si necesitas cualquier cosa y ella puede dártelo, no lo va a dudar un segundo. Pero, si se enamora de ti, si te dice que te ama, *¡Deus me libre!* es mejor salir corriendo...

Durante mi adolescencia mi padre ya me privó mucho. Y aquí en España volví a sufrir la misma situación. No puede ser bueno amar tanto. Y esa es la razón de porqué muchas veces nos peleamos entre nosotras. Si ella me presiona mucho, yo entonces cojo mis cosas y me marchó.

En fin de año pasado, Silvia estaba con Leandro y yo estaba con un cliente de la Karina que me daba mucho dinero. Fuimos para Oviedo. Cuando llegamos, Silvia estaba toda enfadada y no quería tomar nada. Montó todo un escándalo. Me tiró del cabello y le gritó al cliente: - ¡esa mujer es mía! Y se desmayó en la calle. Nosotras, sin papeles, no sabíamos qué hacer. Después, cuando recobró el conocimiento, le agarró el volante al cliente y Victoria, que viajaba con nosotras, gritaba: - ¡Dios mío, por favor, que tengo a mi hijo en Brasil! Silvia decía que me iba a matar con un cuchillo. Yo estaba desesperada. Y me rompió el móvil con la agenda de todos mis clientes.

Epílogo

*Adeus Espanha velha,
Nem saudade sinto de tu,
Vim alegre, volto triste
Vim vestida, fiquei nu
Rasgado o couro da buceta,
Quebrada as pregas do cú.*

MÓNICA

Viajar en tren

Nací en una ciudad del interior del Estado de São Paulo el día 15 de diciembre de 1973. Tuve una infancia muy difícil. Mi madre era una persona esquizofrénica. Por cualquier cosa me pegaba. Hasta los doce años lo fui aguantando. Pero, un día mi hermana mayor y mi cuñado la denunciaron y le quitaron la custodia a mi madre. El juez de menores les dio a ellos mi custodia.

Nosotros vivíamos en São Paulo. Mis padres eran emigrantes. Los padres de mi papá eran boliviano y peruana. Y mis abuelos maternos son italianos. Vivíamos en una ciudad del interior del Estado, a dos horas de carro de la capital. Mi papá trabajaba de vigilante en un banco. Él me llevaba a pasear. Teníamos más libertad con él que con mi mamá.

Nunca tuve grandes progresos en los estudios porque mi mamá me llevaba siempre con ella cuando viajaba y eso me *atrapalhaba* bastante. Mi mamá viajaba a Perú y a Bolivia para comprar piel y traerla a Brasil, porque en Bolivia y Perú es más barata y mis padres tenían una pequeña zapatería. A mí no me gustaba ir, era muy aburrido y hacía mucho frío. Yo prefería ir al colegio y estar con mis amigos, una vida normal. Sólo me gustaba viajar en el tren. Eso sí que me gustaba..., las paradas, los niños jugando en los vagones, etc.

Mi papá me trataba muy bien. Pero, mi mamá me pegaba mucho. La familia de mi papá era muy pobre. Sin embargo, la de mi mamá tenía más dinero.

A los doce años me fui a vivir a casa de mi hermana. Estuve con ellos de los doce hasta los dieciséis años. Con catorce empecé a trabajar de empleada de hogar. Me quedaba a dormir en la casa donde trabajaba. Hacía la limpieza, cocinaba, hacía la compra, etc. Y los fines de semana iba a casa de mi hermana.

Cuando empecé a *namorar* mi hermana lo aceptó, pero mi cuñado no estaba de acuerdo. Yo tenía quince años. Él tenía veintiocho. Por eso nadie quería. Cuando salía con él llevaba a mis sobrinos. Recuerdo cuando nos dimos el primer beso..., que luego mis sobrinos se lo dijeron a mi cuñado. Fue una fase divertida en mi vida...

Era la época en la que había salido el grupo musical “Dominó”. Ellos iban a dar un concierto en São Paulo y yo quería ir. Sólo pude asistir a la mitad, porque me vino a buscar mi hermana. Decía que allí no podía estar, que sólo había delincuentes.

El padre de mis hijos

Hasta los dieciséis años salí con un chico. Después nos separamos porque yo me marché a vivir a la localidad de mi hermano. Como pensaba que me estaba convirtiendo en una chica muy rebelde y que no estaba obedeciendo más a mi hermana, pensaba que lo mejor para mí era ir a vivir a su casa.

Allí conocí al padre de mis hijos. Frente a la casa de mi hermano había un campo de fútbol y allí le conocí. Me dio su teléfono. Cuando él me llamó, fue mi hermano quien le atendió, ¡qué fuerte! Como Mauro era nordestino, a mi hermano ya no le cayó bien. Pero, yo salí igual con él a escondidas. Le decía a mi hermano que me iba a la misa, y me iba con él... Pero, lo que yo no sabía era que mi hermano sí que iba a la iglesia. Así que un día cuando llegué a casa ya me estaba esperando en la puerta, y me dio una paliza...

Si después me casé con Mauro no fue tanto por amor como por rabia. Claro, dejé de ser virgen y me casé. Tenía entonces diecisiete años. Mi familia no lo aceptó.

Me fui a vivir con él y con mi suegra a una casa pequeña de alquiler. Aprendí a cocinar según sus costumbres. No es igual la comida paulista y la nordestina. Primero nació mi hija Iza. Yo tenía dieciocho años. Y con veinte tuve a Sabrina. Pasaba más tiempo con mi suegra. Mauro siempre estaba trabajando fuera. Era camionero. Lo que más me gustaba era cuando regresaba de sus viajes, que siempre llegaba con regalos para todos. Mi suegra no me caía bien, porque ella sólo pensaba en ir a misa. Quería que yo fuese a misa de mañana y de tarde todos los lunes y los miércoles. Era muy pesada.

Estuvimos juntos durante seis años. Yo estaba a gusto con él, pero no estaba *apaixonada*. Fui yo quien lo dejó. Desde que tuve a Sabrina ya empecé a pensar en separarme. Él salía mucho de fiesta y también tenía *amiguinhas*... A veces las traía a casa y yo los dejaba en la habitación y me iba para la cocina. Mi suegra no daba crédito. Fui muy abierta de mente en esa parte. Él no tiene nada que reclamar.

Yo deseaba también tener más libertad, poder salir de casa. Pero, no podía porque tenía a mis hijas y también a mi suegra. Hubo un tiempo, pasados cuatro años, que conseguí un trabajo en una empresa de helados, como vendedora. Ahí fue cuando conseguí un poquito más de libertad.

Pasado un tiempo me separé. Ya tenía mi empleo registrado y me liberé. Me fui a vivir con mis hijas y mi suegra. Nos fuimos a vivir a Campinas. Allí mi suegra enfermó y se marchó para São Paulo a casa de una hija. Mis niñas se fueron con ella porque yo no tenía tiempo para cuidarlas. Hasta hoy mis hijas viven con mi suegra y con su padre.

Me quedé en Campinas trabajando. Entraba a las ocho y llegaba a casa a las siete de la noche. Tenía que hacer la reposición en el supermercado. Nos daban un vale para comer. En aquella época estaba ganando unos trescientos ochenta reales. También teníamos muchas horas extras. Estuve viviendo de esa forma durante tres años y medio. Algunas veces también ayudaba a mi hermano en su restaurante. Miguel tiene un restaurante en la ciudad y yo le llevaba comida hecha desde casa.

Intenté un par de veces volver a mis estudios. Pero, no podía. Me quedaba dormida en clase. Me sentía muy cansada. Era ponerme delante del libro y ya me entraba el sueño.

De vez en cuando iba a visitar a las niñas a São Paulo. Sentía cómo nos íbamos distanciando. A su tía la llaman de *mãe*. Reconozco que es lógico. Lo que más me gustaba era viajar durante las vacaciones con mis hijas y mi suegra a Santa Catarina. Visitábamos unas *cachoeiras* muy bonitas, ya no recuerdo el nombre...

La última vez que vi a mi ex marido fue cuando estuvimos en São Paulo. Hablamos sobre las niñas y de nuestra situación. Me preguntó que si él se volvía a casar cómo íbamos a hacer con las niñas. Yo le dije que era mejor que se quedasen con él, ya que estaban más acostumbradas. Mauro es un hombre muy responsable con sus hijas. Por eso no me preocupo. Le guardo un cariño muy especial, como amigos. Le estoy muy agradecida porque me ayudó cuando lo necesité.

La prostitución

La empresa donde trabajaba fue absorbida por la Nestlé y entonces despidieron a muchos trabajadores, y entre ellos a mí. Esto ocurrió en el

año 1996. Yo tenía veintitrés años. Y ahí fue cuando entré en la prostitución.

Como mi madre estaba enferma y yo estaba sin trabajo, y en Campinas no encontraba empleo, decidí prostituirme. Una amiga mía del barrio trabajaba en una sauna. Le conté mis problemas y dificultades, y entonces ella me dijo que si quería podía ir a trabajar a la sauna con ella.

La sauna abría desde las once de la mañana hasta las nueve de la noche. Estaba en el centro de Campinas. Mi amiga me llevó allí y me presentó al dueño. Me preguntó que cuándo quería comenzar a trabajar y yo le contesté que de inmediato. Me preguntó también si tenía algún curso de masaje y si yo sabía realmente cómo era y en qué consistía el trabajo. Me aconsejó que lo pensase un momento, que me tomase al menos media hora antes de empezar. Después, le dije que sí.

Me dio la ropa de trabajo, un uniforme: un vestido *cortinho com calcinha*. Entonces, me explicó que había tres tipos de masaje: 1º) el masaje tailandés; 2º) el masaje erótico (el cliente se acuesta en la cama y se le da masaje y también se le masturba); y 3º) el masaje profesional (que es un masaje normal terapéutico). De todas formas, los clientes podían pedir cualquier tipo de masaje y luego pedir sexo aparte.

Empecé a trabajar esa misma tarde. Los clientes pagaban por un masaje cincuenta reales. Si querían sexo tenían que pagar sesenta reales aparte. Para entrar en la sauna los clientes ya pagaban los cincuenta reales y con eso tenían derecho también a una *punheta*, pero si querían más tenían que pagar. Las ganancias se repartían entre las chicas y la casa. Éramos siete chicas. La casa estaba muy vigilada, había cámaras. Y las normas eran: utilizar obligatoriamente el preservativo y hacer exámenes médicos. El mismo dueño nos llevaba al hospital cada ocho meses para hacer las revisiones médicas.

Trabajé allí durante un año. Los primeros meses trabajé bien. Yo era nueva y también era joven. El mes de octubre fue un mes pesado porque fue cuando conocí a Denilson, el hijo del dueño, y él quería *namorar* conmigo y yo no quería porque estaba recién separada. Pero, él me buscaba y venía a mi casa. Mi madre ya estaba muy desconfiada. Era un problema porque el dueño no quería que su hijo *namorase* con ninguna de las chicas de la sauna. Por ese motivo me marché de allí.

Gané bastante dinero durante mi estancia en la sauna. También conocí a personas de clase media, alta. En la sauna también hacíamos salidas y pagaban bien. Pero, sólo con clientes conocidos.

Mi madre no sabía que yo era prostituta, pero desconfiaba. Las madres intuyen mucho sobre ese tipo de cosas y yo a veces llegaba tarde a casa por el trabajo.

Corté todas mis relaciones anteriores. No quería tener que dar explicaciones a nadie. No sabría qué contestar cuando me preguntasen en qué estaba trabajando. Por eso me fui alejando de los amigos. Gané mucho dinero en esa época, pero al mismo tiempo perdí a mis amigos. Y caí en una depresión. Lo más duro de empezar a trabajar en esta vida fue el haber perdido a mis amigos.

Decidí marcharme para São Paulo. Fui a trabajar a un “piso-relax” de veinticuatro horas. Conseguí la dirección por el periódico y hablé con el encargado. Le pregunté si necesitaba chicas para trabajar y él me contestó que sí, pero que no de inmediato, que tenía que esperar una semana y él ya me avisaría.

Mientras esperaba me fui a vivir a casa de una amiga. Esta amiga mía trabajó conmigo en la sauna y ahora trabajaba en una *boate* en la Vía Augusta. Yo aproveché y me fui con ella. La primera noche fue bien, me hice seis pases. Los pases eran de doscientos reales y los clientes eran todos de clase media/ alta. Sólo trabajé allí una semana porque el dueño del piso me llamó.

En la *boate* se ganaba mucho dinero, pero también gastaba mucho porque allí las chicas teníamos que ir muy arregladas, llevar ropa fina, usar maquillaje, el cabello arreglado, etc.

Comencé a trabajar en el “piso-relax”. Allí lo único que exigían era usar ropa corta y botas altas. Si salíamos a la calle teníamos que regresar en media hora. Por eso teníamos un chófer para llevarnos a cualquier lugar que necesitásemos. Había chófer y *segurança*. En el piso media hora eran cincuenta reales; una hora ciento diez reales; y los servicios especiales (griego, *dominação*, fantasías) eran de noventa reales por media hora.

Allí me quedé un año y seis meses. Para mí fue como mi segunda familia. Tenía una amiga, Ingrid, que era bahiana y siempre salíamos juntas de compras. Me sentí muy bien allí. La única tragedia que sucedió fue cuando vinieron a robarnos al piso. Entraron seis atracadores. Nosotras

pensábamos que eran clientes y al abrir la puerta ya entraron y nos apuntaron con el revólver. El *segurança* no pudo hacer nada. Se llevaron todo el dinero de la caja y las joyas de las chicas. Tampoco podíamos avisar a la policía porque en el piso había una menor y no queríamos ningún escándalo. Era un barrio de clase media/ alta. Ese asalto fue una cosa que me impactó y lo recuerdo perfectamente.

En el piso trabajábamos unas doce chicas, siete éramos fijas y las otras rodaban por otros sitios. También hacíamos salidas. Lo bueno del piso era que siempre salíamos con *segurança* y sabías que había una persona allí esperándote. Eso te daba mucha seguridad. Ingrid nos enseñaba a hacer “streaptease”. Ella tenía una hermana que trabajaba en un club y aprendió con ella. Ingrid era una chica muy guapa y tenía mucho éxito con los clientes.

Yo era también una de las que trabajaba bien. Ingrid siempre estaba bromeando. Me decía: - *Ah, Mónica, você me está derrubando! Aprendeu de máis!* Ingrid era una chica muy buena, muy alegre. Las últimas noticias que tuve de ella fue hace dos años, que supe que se casó y que vive en los Estados Unidos. Tengo muy buenos recuerdos de ella. Mientras estuvo en el piso, yo me sentí muy a gusto. Después, cuando Ingrid se marchó ya no era lo mismo. Aún así estuve seis meses más desde que ella se fue.

Ahí tomé la decisión de irme. El movimiento también había caído mucho. No sé si era porque la dueña se había enfermado y ya no colocaba tan bien los anuncios, pero lo cierto es que el trabajo había bajado bastante. Cuando me marché hicimos una fiesta de despedida. Nos reunimos todas las chicas y también vino Ingrid. Fuimos a un restaurante a celebrarlo. Lo pasé muy bien.

Después, alquilé un apartamento en el barrio de Japacuará, y comencé a trabajar en la calle, en “*Joqui clube*”. Allí entré en contacto con una travesti y ella fue la que me dijo que podía trabajar con ella en la calle.

Trabajar en la calle

Al principio fue muy duro porque las chicas no me aceptaban, y además era una zona de travestis. Mi amiga me protegía, pero cuando ella se ocupaba venían a meterse conmigo. Como yo entonces era más bonita y más joven, no querían que trabajase allí.

Tuve suerte porque la policía nunca me detuvo, aunque yo también llevaba ropa muy discreta. Mi punto era una parada de autobús. Los buses pasaban y yo me quedaba allí sentada. Algunos daban vueltas y luego me preguntaban: - ¿Trabajas aquí? ¿cuánto cuesta el *programa*? - Cincuenta reales. Los *programas* los hacíamos en el *trave*, que es un reservado para los coches, y entonces se *trança* dentro del coche. También íbamos al hotel. Si íbamos al hotel pagaban más, unos ochenta reales, porque era más tiempo.

Empezaba a trabajar a las once de la mañana y estaba hasta la una de la madrugada. Si el día había sido bueno me marchaba antes, y si no me quedaba hasta la una. Aprovechaba para comer en el hotel cuando iba con los clientes. Allí no había ningún restaurante cerca.

En esa calle trabajé como ocho meses. Tenía muchos clientes. Una vez subí al coche con un cliente y cuando íbamos para el reservado me colocó un revólver en la cabeza y me dijo que le diese todo el dinero que llevaba encima. Le dejé el bolso y empecé a llorar. Estaba *no meio do mato*... Mi amiga la travesti me estaba buscando, porque ella sabía que yo había subido al coche, pero también que estaba tardando mucho. Le conté todo. Me dijo que había tenido mucha suerte porque la mayoría de los que hacían eso te violaban y luego te asesinaban y te tiraban en medio del monte.

Desde ese día empecé a tomar precauciones. Le compré un spray a la travesti y también llevaba una gillette. La cortaba por la mitad y me la colocaba debajo de la lengua. Cuando el cliente era un poco sospechoso, giraba la cabeza y me colocaba la cuchilla. Gracias a Dios, nunca tuve que utilizarla... El spray sí que lo usé una vez. Llegó un cliente y cuando me asomé a la ventanilla del coche, él me agarró de la mano. Entonces, le eché el spray en la cara y salí corriendo.

Mientras trabajé allí en la calle me ocurrieron muchas cosas, algunas buenas y otras malas. Otra vez, un cliente me llevó al hotel y allí me di cuenta de que estaba armado. Yo no hacía el griego y él me obligó... Me apuntó con el revólver. Yo no esperaba esa reacción de él. Me obligó a hacer cosas que nunca hice: el griego y el oral sin preservativo. Y me dijo que no me mataba porque yo estaba embarazada. Yo le había dicho que estaba embarazada, que por favor, no me matase, e hinchaba la barriga... Estoy segura de que fue eso lo que me salvó. Si no me hubiese creído, me habría matado.

Cuando se lo conté a mi amiga, ella me dijo que había sido el "*Cavera Assassino*" y que ya había matado a varias chicas y a varias travestis. Eso fue lo peor que me sucedió mientras trabajaba en la calle.

Pero, también tengo buenos recuerdos. Cuando había fiestas venían muchos turistas y ellos pagaban bien y nos trataban mejor. La mayoría eran italianos, holandeses y franceses. En esa época yo ganaba mucho dinero, hasta mil reales por día.

Con el paso del tiempo las chicas y las travestis me aceptaron. Después, decidí ir a trabajar a otro lugar. A mí tampoco me gusta quedarme durante mucho tiempo en un mismo sitio. Me fui para la Avenida Indianópolis.

“Sapatinho de Cristal”

Mi amiga me llevó a la Avenida Indianópolis. Me dijo que se trabajaba bien, pero que tenía un problema y era que al estar cerca del estadio de fútbol del “*Corinthians*” había *muito malandragem*. Los de la *torcida* salían del partido y gritaban: - ¡Vamos a tirarles piedras a las putas y a los travestis! Y nos teníamos que esconder detrás de los árboles y nosotras también les tirábamos piedras. Era una guerra... Hasta que venía la policía.

Mi apartamento estaba cerca de la Avenida, cuarenta minutos caminando. Me quedaba en la misma esquina que mi amiga. Allí había de todo un poco, chicas, travestis... Y estaba bien porque había un *drive*. El mejor horario era de las ocho de la noche a las cinco de la mañana.

Allí las chicas me llamaban “*Sapatinho de Cristal*” porque yo sólo andaba con sandalias transparentes y con tacones. Trabajé más de un año en la Avenida Indianópolis. Recuerdo la vez que el personal se enteró del fallecimiento de mi padre y todas mis amigas me ayudaron. Una travesti me dio la noticia de que el chico de la funeraria me estaba buscando. Mi familia no tenía condiciones y yo me hice cargo de los gastos. Mis compañeras también me ayudaron. El chico de la funeraria se sorprendió mucho cuando se enteró de que yo era *garota de programa*.

Tenía muchos clientes fijos que venían a buscarme. Tuve dos clientes que fueron muy especiales y que me ayudaron mucho cuando yo más lo necesitaba. Hubo una época en que estuve muy enferma, tenía anemia, trabajaba mucho y comía poco. Los dos clientes eran japoneses y me ayudaron, y también a mi familia. Además de clientes, eran mis amigos. Los dos son empresarios. Uno hasta me ofreció trabajo en su empresa, pero no acepté porque en aquella época yo ganaba mucho más dinero en la prostitución. Él se desesperaba porque yo no quería salir de la prostitución. Prefería trabajar en la calle. En aquella época ganaba mucho dinero. Había

noches que sacaba cuatrocientos reales. La noche que menos ganaba, sacaba doscientos cincuenta reales.

Cada tres meses me tomaba un descanso y me iba para casa de mi madre. Ella pensaba que el empresario japonés era mi novio, y no sabía que yo trabajaba de prostituta en la calle.

En la Avenida Indianópolis ya me solté. Por eso gané tanto dinero... Siempre llevaba una peluca y lentillas de color. Nadie me conocía. Era imposible. Con el dinero que gané compré una casa grande en Campinas para mi madre. Ella creía que era el japonés el que me ayudaba. También compré un terreno que todavía tengo. Pero, también tenía gastos, porque vivía en São Paulo y pagaba el alquiler de mi apartamento. Era una persona independiente.

Intenté volver a estudiar. Pero, fui incapaz. Me quedaba dormida en las clases. Una noche me encontré con mi profesora en la Avenida Indianópolis. No sé si me reconoció... Otra vez, en clase un médico dio una charla sobre las enfermedades venéreas y dijo que las prostitutas eran las principales culpables de los contagios. No pude resistirme... Ya sabes, los brasileros somos así, hablamos sin pensar y ya. Levanté la mano y le dije a aquel hombre que no, que él estaba equivocado, que las prostitutas se cuidaban mucho y que los que contagiaban eran los hombres casados que no usaban el preservativo. En el aula se hizo un silencio y todos se me quedaron mirando... La profesora entonces me preguntó que cómo defendía yo tanto a las prostitutas. Le dije que había leído un libro sobre el tema. Sentí mucha vergüenza. Tenía que haberme quedado callada, pero me dio la *sangue quente*. Y no volví más a clase.

Cuando iba para la Avenida llevaba las cosas del colegio y las otras chicas se reían de mí. Después, el japonés se enfadó conmigo porque había dejado los estudios. Me decía que yo sólo pensaba en ganar dinero.

Me llevaba muy bien con las compañeras. Si un día no iba a trabajar, ya me llamaban: - "*Sapatinho de Cristal*" ¿usted no va a venir hoy a trabajar, está enferma?

Después de ese japonés, conocí a otro y también salí con él. La primera vez nos quedamos tres horas en el hotel. Era un empresario más joven, tenía unos veintiséis años en aquella época. Me preguntó: - ¿Siempre que salga contigo voy a tener que pagar? Le contesté que sí. Y venía a buscarme todas las semanas. Si no me encontraba, porque yo estaba ocupada, les preguntaba a las chicas por mí y esperaba a que yo regresase. Estuve con él

unos seis meses. Se fue a Japón. Me dijo que si quería podía irme con él a Japón, que él me arreglaría todos los papeles. Pero, no quise. Siempre quedábamos en el hotel.

Tenía otro amigo, el “*Tiosinho*”, que era taxista. Siempre iba con él. Para mí ha sido como mi segundo padre. Siempre me acompañaba a las tiendas para comprar la ropa y los *sapatinhos de cristal*. A veces también me cambiaba en su taxi. Conozco a todos los taxistas porque allí en la Avenida hay un punto de taxis. “*Tiosinho*” también me llevó para hacer los exámenes de sida. Tengo muchos recuerdos con él. Aún hoy hablamos por teléfono. Él conoce toda mi vida. Si yo tenía mucho dinero encima y me iba con un cliente, le dejaba el dinero a “*Tiosinho*”. Me daba consejos y también me protegía. Si llegaba algún coche raro, él anotaba la matrícula por si acaso.

“*Tiosinho*” bromeaba con el japonés. Le decía que si se iba a casar conmigo, porque me hacía muchas visitas y ya parecíamos un matrimonio. “*Tiosinho*” es uno de mis mejores amigos.

Luego conocí a un chico de un video-club. Él me ofreció un trabajo. Pero, tampoco acepté. Ganaba poco y tenía que estar todo el día. Prefería trabajar en la Avenida. De todas formas, nos hicimos buenos amigos. El japonés tenía celos del chico del video-club porque a veces nos veía juntos. Pero, nosotros éramos sólo amigos. Nunca fue mi cliente.

Lo peor que me ocurrió allí en la Avenida fue una vez que el japonés me dejó en la calle y cuando estaba aparcando el coche llegaron dos ladrones y lo asaltaron. Los bandidos sabían que yo era *garota de programa* y me dejaron en paz, sólo iban a por el japonés. Yo estaba desesperada. Gracias a Dios, sólo le robaron. Después de aquello, decidimos dejar de vernos. La Avenida Indianópolis era un lugar peligroso y el japonés se estaba arriesgando demasiado conmigo. Por eso, también se marchó para Japón.

En la Avenida yo tenía mi punto en el Banco Bradesco. Me llamaban “la chica del Bradesco”. Era un lugar estupendo. La policía no dejaba trabajar allí porque el *prefeito* vivía cerca. Para los clientes yo era “la chica del Bradesco”; para las chicas era “*Sapatinho de Cristal*”. En aquella época éramos unas cincuenta chicas trabajando en la Avenida, y también unas veinticinco travestis. Había dos turnos, uno de día y otro de noche. Yo trabajé siempre en el de noche. Los policías eran muy *fodidos*, venían por otra calle y con las sirenas apagadas. Sabían que muchas prostitutas iban a hacer *chupetinhas* al callejón, porque allí estaba todo muy oscuro.

La policía

Una vez un policía me sorprendió haciéndole una *chupetinha* a un cliente. Golpeó en el cristal y dijo: - Ya basta. Entonces, paré. Bajé del coche y aproveché que estaba el policía delante para pedirle cincuenta reales al cliente. Por una *chupetinha* se cobraban veinte reales, pero yo me aproveché y le cobré cincuenta. Además, tenía que hacerlo, cobrar dos por una, porque ya sabía que los policías también se aprovechaban y abusaban de las chicas. Entonces, el policía le pidió al cliente cincuenta reales. Le dijo que si no le daba el dinero, se lo llevaría a la comisaría y allí llamaría a su casa y hablaría con su mujer... Le dijo que tenía que pagar la multa porque para hacer esas cosas tenía que ir al *drive*, que en la calle no se podía hacer eso. Y el cliente tuvo miedo y pagó.

Después, el policía me obligó a subir a su coche, me llevó a un sitio discreto y allí tuve que hacerle una *chupetinha* a él... Esa fue la primera vez que tuve una situación de esas con un policía. Pero, llegaron muchas más...

Otras veces, perseguían y pegaban a las prostitutas. Los travestis salían corriendo y dejaban todo por el camino, las pelucas, los zapatos, etc... Una vez me cogieron y tuve que follar con dos policías. Ellos tenían ya un lugar donde nos llevaban para *comernos*. Después, nos dejaban libres.

Otra vez entraron dentro del *drive*. Se llevaron a los clientes y también a las chicas. Yo estaba desnuda, follando con un cliente. Aquello me dio una rabia... Me llevaron a mí junto a las otras chicas para la comisaría de policía. Me tuvieron allí ocho horas.

La prostitución no está prohibida en Brasil. Lo que sucedía entonces es que el *prefeito* quería acabar con las putas que trabajaban en la calle. Por eso hacían esas batidas, para asustar a la gente.

Ya no recuerdo la cantidad de veces que me detuvo la policía. Por lo menos, unas diez. Los policías son muy *fodidos*, unos *filhos da puta*. A veces venían a buscarte y te amenazaban si no entrabas con ellos en el coche. Te decían que harían de tu vida un infierno, si no subías con ellos.

Otra vez, fuimos detenidas cuando estábamos escondidas detrás de unos árboles. Nos enfocaron las luces y nos llevaron a unas quince. Luego nos metieron a todas juntas en una sala y allí fue donde mi amiga rompió el vidrio de una puerta. El delegado escuchó el barullo y pensó que nos

estábamos peleando. Mi amiga, como se cortó con el cristal y estaba sangrando, amenazó al delegado con que iba a matar a todo el mundo. Entonces, los policías nos soltaron... Volvimos para la Avenida. Eran como las tres de la madrugada. Nada más llegar, ya subí a un carro y empecé a trabajar. Los brasileros son masoquistas..., cuando la policía nos cogía era cuando venían más clientes. Parece que eso les excitaba.

Cuando hacía frío yo usaba un abrigo largo. Las compañeras decían: - ¡Ahí llega la mafiosa! Era bueno andar con ese abrigo, porque también servía para esconderse...

Detrás de la Avenida había una fábrica abandonada y era un lugar muy oscuro. Muchas veces llegaban clientes caminando, que no tenían coche, y pedían una *chupetinha*. Entonces, íbamos a ese lugar. Ganaba treinta reales por cada *chupetinha*, no iba a perder la oportunidad... Algunas noches íbamos cinco o seis veces. A veces también pasaba la policía y ya no me hacían caso. Decían: - A esa ya la he detenido muchas veces, vámonos. Y no me molestaban.

Viaje a la Argentina

Después, el trabajo ya comenzó a caer. Yo soy una persona que si no gano dinero, no me quedo. Me puede gustar mucho la gente, pero si no hay dinero, *não fico*.

Mi amiga entonces me invitó para ir a la Argentina. Me dijo: - Usted, que le gusta mucho moverse, podría venirse conmigo. Y fuimos a Corrientes. Era un club pequeñito. Cogimos un autobús en la *rodoviária*. Pensé que no íbamos a llegar nunca. Paramos primero en Foz de Iguazú. Como no había autobús directo para Corrientes, nos quedamos una semana en Foz de Iguazú. Nada más descender del autobús, llamamos un taxi y le pedimos que nos llevase a un club.

El club estaba cerca de las cataratas. Pero, no fui a verlas. Yo sólo pensaba en hacer dinero, no iba de turista. Era un club grande, tenía piscina y había chicas de otros países, de Argentina, de Uruguay, etc. Mientras estuve allí en ese club me hice varias salidas. Como éramos nuevas, yo y mi amiga trabajamos bien. En una semana gané quinientos reales. Las salidas las hacíamos en un hotel. El dueño del club hacía churrasco los fines de semana. Se quedó un poco enfadado porque nos marchamos de allí. Como estábamos trabajando bien, nos pidió que nos quedásemos una semana más. Pero, nosotras sólo pensábamos en viajar a Corrientes.

Yo quería ir en autobús. Pero, mi amiga prefirió viajar *de carona*. Nos llevó un cliente del club. Después, nos dijo: - Bueno, ya sabéis que *carona* no se da así como así... Y mi amiga ya le contestó: - Pues, vamos para un hotel. Y fuimos para un hotel. Yo me quedé en el coche y ellos se fueron para el hotel. Me quedé dormida.

Seguimos el viaje. Al llegar a Corrientes nuestro amigo nos dejó en la *rodoviária*. Allí, le pedimos a otro taxista que nos llevase a un club. Y nos llevó a un club tan fulero...

Los pases en Argentina eran ridículos, eran como a veinte pesos. El peor día de mi vida fue cuando fui a ese sitio. Los *programas* eran muy baratos y la gente nos miraba como si fuésemos bichos raros. Yo llevaba una peluca negra con una mecha blanca y mi amiga iba con el cabello rojo. El dueño del club nos dijo que teníamos que ser más naturales y usar ropa más sencilla, que teníamos que trabajar de vaqueros y con blusa recortada. Era un club pequeño y ya habían tenido problemas con la policía. Por fuera ya era desolador. Casi mato al taxista... Le dije a mi amiga: - Vaya sitio hemos ido a parar. Y me quedé enfadada con ella durante varias horas. Y la bebida..., allí sólo tenían coca-cola, fanta y *cachaça brava*. Aquella noche sólo me hice tres pases de veinte pesos.

Y llegó el día siguiente y nuestra comida fue arroz, un arroz todo apretado... Fatal. Allí sólo había argentinas. Nosotras éramos las únicas brasileras y no entendíamos nada de lo que nos decían.

Sólo nos quedamos dos días. Cogimos un autobús de nuevo hasta Foz de Iguazú. Dormimos en el hotel y regresamos a São Paulo. Lo primero que hicimos fue dejar las maletas y bajar a la Avenida Indianópolis. Les dijimos a las chicas que habíamos tenido una aventura inolvidable...

Un fin de semana en Rio

El japonés me preguntó que dónde había estado durante toda la semana. Le dije que me había ido de aventura con mi amiga a conocer la Argentina. Y me preguntó si necesitaba algo. ¡Claro! No había ganado nada. El japonés me dio quinientos sesenta reales y me dijo que ahora tenía que descansar. Ya pensé que me salía caro porque me pidió que pasase el fin de semana con él. Pasé el sábado y el domingo con él en Rio de Janeiro. Mi amiga, que es muy aprovechada, me dio un paquete para que se lo llevase a su madre. Y se lo llevé.

Fuimos a la playa, y allí el japonés empezó a quejarse por el bikini. Tuvimos una pelea fea porque decía que mi bikini era muy pequeño. Yo le dije que estábamos en Brasil, no en Japón. Y se enfadó. Después, fuimos a una discoteca de intercambio de parejas. El japonés quería experimentar un lugar así. Allí pagas cincuenta reales, te dan preservativos, bebida y una porción de comida.

Puedes disfrutar del sexo en vivo y también ver los shows lésbicos y de parejas. Él fue a un show y yo fui a ver otras cosas... Me divertí por allá... Es un sitio muy grande. Luego, nos encontramos, tomamos unos whiskies y nos dispusimos a *trocar de casais*. A él le gustó una chica, pero a mí el chico no me gustaba. Era guapo y atractivo, pero no me llamaba la atención. Allí hay salitas privadas para follar todos juntos, y también salas donde follas y te está viendo todo el mundo. El japonés *gostou para caramba*. Para mí aquello era una cosa más normal. Yo ya conocía ese tipo de lugares.

Al día siguiente, que era domingo, le pedí que también satisficiera mis deseos. Yo nunca había asistido a un cine porno en vivo. Y fuimos. Escogí la primera fila. Cuando comenzó el show, me tomé una copita de whisky para relajarme. Y el japonés: - ¡Eh! ¿ya vas a beber? *Xingándome*. Le dije que todavía estaba aprendiendo a follar. Me gustaba tomarle el pelo al japonés.

Allí pude observar posturas muy interesantes. Me encanta ver los filmes porno para aprender nuevas posiciones y para aprender cómo tratar a las personas en la cama. También me gustan mucho los programas sobre sexo, y aprender a jugar con objetos y a hacer nuevas posturas y fantasías... Me gustó tanto asistir a la sesión de sexo porno en vivo, que desde entonces siempre que tengo la oportunidad voy a una de esas sesiones.

En el entierro de mi padre

Después, regresamos a São Paulo. El japonés se fue para su casa y yo para la mía. Llegué a casa y me fui directamente a una fiesta con mis amigas. Había una piscina... Allí me di cuenta de que el novio de una de mis amigas era cliente mío. Me quedé alucinada, y creo que él también cuando me reconoció. Me pidió que por favor no le contase nada a Andrea. Puse la excusa de un dolor de cabeza y me marché de allí.

Al lunes siguiente regresé a la Avenida Indianópolis. El movimiento estaba flaco. Me quedé desde las once de la mañana hasta las nueve de la noche. Luego, me fui para la Rua Augusta y probé a trabajar allí.

En una sauna de la Rua Augusta conocí a un camarero que se llamaba Ricardo. Comencé a trabajar allí y empecé a salir con él. En esa época mi padre estaba muy enfermo. Ricardo me ayudó mucho, siempre me acompañaba al hospital y luego, cuando mi padre falleció, me acompañó también en el *velório*.

Durante el entierro de mi padre no solté ni una lágrima. La vida me estaba endureciendo. En esa fase no me comporté bien con mi familia, estaba muy distanciada de ellos. Yo quería contarles que estaba trabajando en la prostitución, pero Ricardo me aconsejaba que no lo hiciera. El mismo día del entierro de mi padre discutí con mi familia. Fue muy fuerte. Yo estaba *revoltada*.

La rutina me mata

Como no estaba ganando en la sauna ni en la Avenida Indianópolis, decidí marcharme y probar suerte en otro sitio. Entonces, me fui a Rio de Janeiro a trabajar a un club. Una amiga que trabajaba en la sauna me indicó el club.

El encargado del “Bocanegra” me explicó las reglas: el trabajo comenzaba a las once de la noche y cerraba a las ocho de la mañana; había que ir siempre bien maquillada y usar ropa muy sexi, preferentemente bikini. En el club también había muchos espectáculos: transformistas, sexo en vivo, etc. Las salidas eran de una hora y costaban doscientos cincuenta reales. Trabajábamos allí cincuenta chicas. También llevábamos un porcentaje en las copas. Las chicas teníamos que comprar los preservativos aparte. A mí me gustaba mucho ese sitio por los espectáculos que tenía, cuando venían los transformistas y hacían teatro... Era algo muy creativo. Me quedé solamente un mes. Me pareció que no estaba ganando suficiente. Ese es mi problema, que no tengo paciencia. Y siempre me parece que no estoy ganando bastante dinero.

Allí me indicaron otro sitio para trabajar. Era una *danzetería*, para bailar en el interior de una vitrina. Las chicas que trabajaban allí se llamaban las “*gatas molhadas*”. Era porque caía agua en los vidrios, pero las chicas no se mojan...

Fui una “*gata molhada*” durante seis meses. La entrada sólo costaba diez reales y aquello estaba lleno de gente. Yo destacaba más porque era la más gordita... Éramos pocas chicas, unas seis. Pero, era un sitio solamente para bailar, no hacíamos *programas*. También ya estaba cansada y me apetecía hacer una pausa. Y también es que me aburro con facilidad. La rutina me mata.

Era un buen sitio, había mucho gringo. Recibíamos muchas cartas y notitas, y allí cada chica teníamos un número. Aproveché para conocer Rio de Janeiro. Me pareció una ciudad maravillosa. Me gustó mucho el Pan de Azúcar. Lo que no me gustó fue el Cristo de Corcovado, me pareció una estatua sin gracia. Las playas sí que son muy bonitas. Copacabana es un lugar maravilloso. En esa época estaban de moda las bandas de música de *axé*. Lo pasé muy bien en Rio.

Después, regresé a São Paulo y volví a la Avenida Indianópolis. Es que para mí la Avenida es como un vicio... Te lo puedes creer, si ahora regreso a Brasil me voy directa para la Avenida Indianópolis.

Era un domingo a las once de la noche. Pasé para comprarme un bocadillo, venía de hacerme un *programinha*. Mientras estaba allí comiendo el bocadillo, me para un cliente y me pregunta: - ¿Cuánto cuesta un *programa*? - Depende, si es una *chupetinha* fuera del *drive* son veinte reales, y dentro del *drive* diez reales. Entonces, él me dijo: - No, yo quiero un sexo bizarro. Le contesté que eso costaba más. Me dijo que no le importaba, y le cobré doscientos veinte reales por una hora en el hotel. *Sexo bizarro é fazer xixí e cocó*. Yo ya había hecho eso antes algunas veces. Fuimos al hotel y nos quedamos dos horas. Luego, me pidió también un griego y le cobré cien reales más. Terminé con el cliente y me fui a casa a guardar el dinero. Y regresé a trabajar a la Avenida Indianópolis. Sólo había clientes penosos, que pedían *chupetinhas* de diez reales. Me marché de la Avenida a las seis de la mañana. Por la noche regresé a las once. Entonces, vino un travesti y me dijo: - Oye, aquí en la Avenida acaban de asaltar a un cliente. Yo ya sabía que había que estar preparada porque iba a llegar enseguida la policía.

“Princesa” era un travesti muy bonito, que tenía sida y que estaba loco. Él paraba los coches y *mergulhava* por la ventanilla. A mí no me gustaba estar con él, porque me daba miedo. Asaltaba con frecuencia a los clientes. Creo que ya murió, porque no puedes vivir mucho tiempo así.

Esa noche me quedé poco tiempo en la Avenida. No quería estar allí para cuando llegase la policía. Me fui a casa, me cambié de ropa y me marché

para la Rua Augusta. Fui a la sauna de Ricardo. Trabajé bien. Hice seis pases. Al lado de la sauna hay una cafetería de veinticuatro horas. Siempre iba a comer allí la *feijoada*. En la Augusta siempre es así. Terminé de comer, tomé mi *cervejinha* sosegada, *escutando a minha sambinha*, y cuando eran las seis de la mañana me marché para casa. Descansé hasta las cuatro de la tarde, hasta que vino a buscarme el “Tiosinho” para ir a casa de mi madre en Campinas. Por el camino, “Tiosinho” me dijo que ya había pedido el divorcio a su mujer.

En Campinas le presenté a “Tiosinho” a mi madre. Le dije que era un amigo. Desde ese momento, “Tiosinho” fue como de la familia. Para mí ha sido como mi segundo padre, ha estado a mi lado en las horas más difíciles y siempre me ha comprendido. En aquella época yo tenía veintiséis años. “Tiosinho” me decía que tuviese cuidado con el dinero, que no llevase mucho dinero en el bolso.

Me quedé una semana en Campinas en casa de mi madre. Después, regresé a São Paulo. Fui directa para la sauna. Mi madre sospechaba. Una madre tiene instinto, porque una madre es madre... Pues, yo nunca le conté. Aunque, pienso que ella sabe lo que hago.

En la sauna sólo me hice tres pases. De ahí me fui con mis amigas a la playa de Santos, que es la única que está cerca de São Paulo. Me quedé allí una semana trabajando en el apartamento de una de mis amigas. Luego, regresé a São Paulo y nos fuimos a Minas Gerais las tres, Flavia, María y yo. Allí había un hotel “*treme-treme*” en Belo Horizonte, la capital.

El “*treme-treme*”

En Belo Horizonte el señor del “*treme-treme*” nos admitió y nos preguntó si teníamos experiencia. El “*treme-treme*” es un edificio donde hay muchas chicas, como unas doscientas, y están colocadas en distintos pisos. A mí me tocó el quinto piso. Yo trabajaba de día y mi amiga María de noche. Generalmente, de noche allí es difícil porque vienen muchos clientes borrachos y drogados, y el “*treme-treme*” está en el centro de la ciudad, que siempre es una zona con *muita bagunça*.

Un domingo mi amiga María tuvo que llamar a la policía porque un cliente le obligó a hacerlo sin condón. Me indignó mucho la forma en que la trataron. El policía dijo que no le molestásemos, que no podía estar todo el día pendiente de las quejas de las putas.

Me quedé allí sólo quince días. Gané dinero, pero había mucho jaleo y tenías que defenderte por tu cuenta. En el “*treme-treme*” tuve que usar gillette y también el spray en algunas ocasiones.

Después del “*treme-treme*” me fui para casa. María y Flavia se quedaron. Para la Avenida Indianópolis de nuevo... Es un vicio... Empecé a trabajar por la noche. Hice tres *chupetinhas* y un *programa*. *Chupetinhas penosas e programinha básico*.

Al día siguiente, compré una peluca. Me acostumbré a usar diferentes pelucas para no “quemarme” en la zona. Eso me dio resultado. También comencé a usar ropas más depravadas. Dejé de utilizar los *sapatinhos* y comencé a usar botas altas, a usar mucho maquillaje y lentillas de colores. Así, empecé a trabajar bien. Me quedé allí en la Avenida Indianópolis trabajando durante seis meses. Y ya fue cuando conocí a la *cafetina* que mandaba chicas para España.

Viajar a Europa

La *cafetina* pasaba en carro por la Avenida y hacía propuestas a las chicas para viajar a Europa. A mí me la presentó una amiga. Ella me propuso venir a España para trabajar en un club. Pero, no acepté porque me daba miedo y necesitaba pensarlo mejor antes de hacer una cosa así.

La *cafetina* me dio un tiempo. Después, vino un travesti que acababa de llegar de Italia y yo le comenté lo de la *cafetina*. El travesti me dijo que había sido lo mejor el no aceptar la propuesta de la *cafetina*, porque ellos siempre hablan de unos precios y unas condiciones y luego cuando llegas a Europa el precio es el doble. Entonces, me aconsejó que si yo quería viajar a Europa tomase muchas precauciones, que no hablase con nadie en el aeropuerto y que no llevase ropa provocativa dentro de la maleta.

Seguí trabajando en la Avenida y pasado un tiempo hablé con otra *cafetina*. Esta *cafetina* me dio más confianza. Y fue con ella con la que me vine para Portugal.

La *cafetina*, que se llama Gladys, entró rápidamente en contacto con un club en Portugal. Ellos me mandaron el dinero y enseguida saqué el pasaporte. Todo fue muy rápido, apenas una semana. Y tomé la decisión.

A principios de mayo de 2001 viajé a Portugal. Antes hice un churrasco para mi familia y les expliqué que en la multinacional donde estaba trabajando me mandaban para Portugal. El dueño del club en Portugal me prestó cuatro mil euros. Él fue quien envió el dinero a la *cafetina* para correr con todos los gastos. La salida de São Paulo fue difícil, porque la policía me hizo muchas preguntas. Me preguntaron que a dónde iba. Les conté que iba a Portugal para visitar a un amigo y que regresaría en quince días. Al llegar a Madrid les conté la misma historia y me *carimbaron* el pasaporte. Estuve en la sala de espera durante dos horas y media, hasta que llegó el taxista que venía a recogerme.

Me llevaron a un club en Valença. Como eran muchas horas de viaje me puse muy nerviosa. Cuando llegué al club las chicas me recibieron porque el dueño todavía no había llegado. Había una chica brasilera que estaba llorando y que dijo que aquello era un *inferno*. Yo me asusté toda. Luego, vino el jefe y me dijo que primero tenía que pagar el billete y que luego podía marcharme a donde me diese la gana. Me explicó que pagaría el viaje en dos o tres meses.

Allí trabajé muchísimo. Al principio, me costó. Pero, enseguida cogí el ritmo. No sé muy bien cuánto pagué, pero fue mucho dinero porque trabajé mucho. Sólo estuve dos días sin trabajar porque me enfermé. El dueño al menos tenía asistencia médica y nos daba el dinero para comprar los medicamentos. Después, comencé a hacer “streptease” y espectáculos con sexo al vivo. Eso también servía para disminuir mi deuda.

Hice mi primer “streaptease” con tres chicos. Al terminar, me hice una salida con uno de ellos y me quedé tres horas con él en un hotel. Me marcó mucho porque era un hombre muy dulce y amable, y fue muy comprensivo conmigo. Para mí fue bueno conocerle porque nos hicimos amigos y me llevó a visitar varios sitios en Portugal.

Una vez que pagué la deuda me fui a hacer una plaza. Mi primera plaza fue en Oporto. Era un café con cuartos en la planta de arriba. El precio eran veinticinco euros (veinte euros para la chica y cinco para la casa). La señora me dijo que yo iba a trabajar muchísimo. Los clientes eran todos africanos, marroquíes y rusos. Casi no había portugueses. Abría a las once de la mañana y cerraba a las tres de la madrugada. Como trabajaba mucho, pedí un descanso.

Durante el último día de esa plaza fue cuando me enteré de que había fallecido mi madre. Eso me dio mucha rabia de mi familia, porque tenían que habérmelo contado.

Luego, alquilé un piso en Ponte Lima con una amiga. Aproveché para descansar y para conocer Braga. Me gustó mucho esa ciudad, me recordaba un poco a São Paulo. Así que me marché a vivir allí. Alquilé un piso al lado de un shopping y me fui a hacer una plaza a Lisboa. No quería trabajar en Braga, sólo quería estar allí para vivir.

Mis amigos rusos

Llegué a Lisboa y fui a un café que sólo tenía cuatro chicas. Pensé: yo aquí no hago un puto duro. Entonces, la señora me invitó a almorzar y la comida ya no me gustó mucho. Cuando abrió el café había muchos marroquíes, me sorprendió bastante. Trabajé bien... Lo que pasa es que allí la higiene es pésima. No hay bidé y tienes que utilizar toallitas humedecidas y jabón, y papel de cocina para limpiar a los clientes. El pase era de veinticinco euros (veinte euros para la chica y cinco para la casa). Durante quince días entraron muchos marroquíes y nigerianos.

Terminada la plaza, regresé a Braga para descansar. Descansé en casa como una semana. Y de ahí me fui a otra plaza. Me fui a un club en Barcelos. Es el único club que hay allí, y está en medio del monte. Tenía mucho movimiento. En una noche me hice quince pases... Allí una noche hubo un asalto. Gracias a Dios, yo no estaba porque me había ido de marcha con unos chicos brasileiros. Le dieron una paliza a la dueña, pero ella no les dio el dinero. Lo tenía enterrado en medio del monte. Los ladrones se cansaron de buscar y al final se marcharon. Al día siguiente yo la vi con la cara toda *maguada*.

Pasada una semana, una de las chicas dio el chivatazo de que iba a venir la policía. Entonces, una amiga y yo nos escapamos y nos escondimos en medio del monte, con la ropa de trabajo, tal como estábamos en el club, porque cuando nos enteramos ya estábamos en el salón. En el club sólo se quedaron las chicas que tenían papeles.

Ese club es bueno porque abre a las diez de la noche y cierra a las cinco de la mañana. Allí también conseguí hacer un amigo que era taxista. Lo llamaba cuando necesitaba ir a algún sitio y él me venía a buscar.

Me quedé tres meses en Barcelos. Pasado ese tiempo, mi amigo me llevó a Aveiro y me presentó a una amiga suya que tenía un piso. Y en ese piso me quedé unos cinco meses. Trabajábamos sólo dos chicas en el piso, yo y otra

compañera, Irina, una chica rusa. Ella me presentó a su amigo Igor, y empecé a salir con ellos los fines de semana. Me acostumbré mucho a ellos.

Lo que me parecía muy extraño era que ellos habían venido por la mafia. Igor no era prostituto, sino que trabajaba en la construcción, y sin embargo, había venido por la mafia. Se le notaba siempre nervioso. Eso me impactó mucho. Allí en Portugal a los rusos les llaman esclavos blancos. Yo era consciente de que mi situación era difícil, pero si la comparaba con la de ellos... Igor casi no tenía ropa. Me contaron muchas cosas de sus vidas y me pareció muy interesante. Los rusos hablan muy bien el portugués y son inteligentes. Pienso que las personas son buenas y a veces se vuelven malas por todos los tropiezos de la vida...

El viaje a España

Ya entonces tenía muchas ganas de conocer España. En Portugal la policía siempre está en la calle, encima de la gente. Pero, yo tuve suerte y nunca me pararon.

El primer sitio de España que conocí fue Barcelona. Fui a hacer una plaza en un piso. Pero, sólo me quedé veinte días. Me fue muy bien. Los pases eran ya de cincuenta euros.

Después, me fui para Bilbao. La plaza era en un piso y me fue muy bien. Pero, no terminé la plaza porque el ambiente era muy pesado, había mucho coquero y mucho gitano, y los gitanos siempre venían y montaban follón.

En Bilbao sólo me quedé una semana. De ahí me fui a Logroño, a un “sube-baja”. Un “sube-baja” es un piso normal, pero donde los pases son de veinte euros. En ese “sube-baja” fue donde trabajé más con peluca. También había muchos marroquíes y negritos. Yo prefería subir con los negritos porque eran más limpios y educados. En cambio, los marroquíes son pesados y les gusta follar mucho, quieren hacerlo sin condón y si no tienes cuidado te pueden forzar a hacer lo que no quieres. Yo ya he tenido muchos problemas con marroquíes. Son personas violentas, que no saben tratar con cariño a una mujer, te agarran del cabello y te follan duro.

Una vez que terminé esa plaza, me fui a descansar a Braga. Me quedé como quince días descansando. Fui al ginecólogo y me hice todos los exámenes. Después, cuando recogí los resultados, fui y marqué otra plaza.

Me fui a un club en Aveiro. Allí me quedé quince días. Las plazas en Portugal no son como aquí, son de quince días. Eso es porque en Portugal las plazas son muy baratas y entonces las mujeres no aguantan estar follando así veinte días.

En el club de Aveiro los pases eran de media hora por cuarenta euros; y las salidas eran de cien euros. El club abría también a las once de la noche y cerraba a las seis. Me gustó porque tenía gimnasio, y teníamos empleada y chófer. Había doscientas mujeres. Me quedé tres meses. Las chicas eran sobre todo rusas y colombianas. También había una peluquería. Casi no necesitabas salir del club para nada. Sólo salíamos los fines de semana a pasear.

Luego, me marché del club y me tomé otra semana para descansar. Entonces, me fui a un club en el Algarve. Era un club cerca de la playa. Aproveché y me quedé los dos meses de verano. Había muchos turistas, aunque el club era pequeñito. Cuando había mucho movimiento cerraba a las diez de la mañana. Los pases eran de cincuenta euros. En ese club conocí a un italiano con el que hice varias salidas. Él fue quien me dio el número de teléfono del “Elefante Azul”, un club en Zamora.

En Zamora lo que más me gustó fue la comida. La cocinera era de Brasil y también la mayoría de las chicas. Era un club muy lujoso, tenía piscina. Sólo había un problema: que para salir del club tenías que llamar un taxi, porque no había chófer. Era la única cosa que me molestaba. No podía ir de compras. Por eso me aburrí y me marché al cabo de quince días.

Me fui para Salamanca. Era un piso y solamente trabajábamos cuatro mujeres, dos españolas maduritas que eran las dueñas, yo y una chica colombiana. Allí me fue muy bien. Aproveché para hacer un curso de informática y también para conocer el Museo de Salamanca. Me gustó el ambiente estudiantil, las bibliotecas, etc. Las españolas me llevaban para visitar los alrededores de la ciudad... En ese piso me quedé dos meses. Los clientes eran todos españoles y también había muchos estudiantes, porque el precio no era tan caro, costaba treinta euros. Recuerdo los sitios donde dan pinchos *gostosos*. En Salamanca comí tanto que me engordé unos diez kilos.

A una de las españolas le enseñé a hacer “streaptease”. Irene usaba ropa demasiado seria para trabajar y yo le di algunos consejos... En Salamanca un día me rompió un condón. El cliente era un poco sospechoso... Por eso me fui a hacer todos los exámenes médicos. También me hice una

mamografía. El examen de sida me dio negativo, gracias a Dios. Era lo que me daba más miedo.

Después, volví a Braga a descansar otra semana. Y de Braga me fui a Sevilla. Hice una plaza en Sevilla en un club llamado “El Rocío”. Cuando estaba viajando para Sevilla en el autobús nos paró la guardia civil. Sólo les pidieron los papeles a unos negritos. Pero, todos tenían papeles y entonces se marcharon. Eso para mí fue una experiencia que no quiero volver a pasar, aunque siempre es un riesgo que asumo porque yo no dejo de viajar.

Al llegar me dijeron que era una plaza muy *pesada* porque la dueña estaba un poco loca. Cuando me vio, me dijo: - ¡Ah! Pero eres muy gordita. A mí eso me dio mucha rabia... Le contesté: - Sí, soy gordita, pero trabajo muy bien. - Ya veremos, me dijo. A partir de ese día me puse a dieta y compré pastillas para adelgazar. Trabajé bastante en esa plaza. Y me quedé dos meses. Pero, no quiero volver a trabajar en Sevilla porque los clientes son muy pesados y la mayoría piden cosas raras. Son medio locos, a mí me dan miedo. Una vez un cliente me hizo poner falda corta y delantal de cocina y me mandó cocinar. Le hice arroz con huevos y un filete. Y ya me harté, porque a mí no me gusta nada cocinar. Y mientras yo estaba allí en su casa cocinando, él se hacía una paja... Luego, me ordenó servirle la comida. Eso me dio una rabia... Le serví con la cara de este tamaño..., y luego me pidió que le hiciese una paja. Cuando terminamos, me explicó que era una fantasía porque a él le gustaba mucho su empleada.

Pasados tres días me hice otra salida. Y el cliente me pidió que me colocase el collar de su perro y que me pusiese a cuatro patas y empezase a ladrar. Y yo allí haciendo de guau, guau..., como una loca... Claro, estaba pagando. Y luego empezó a darme órdenes como si realmente fuese su perrito. Me decía: - Arriba - Siéntate - De pie... Y yo allí haciendo teatro. -Ahora, ven aquí perrito y hazme una mamada. Y así se corrió.

Lo que una hace por dinero... Le dije a la señora que me marchaba. Por eso no quiero volver a Sevilla, porque siempre te piden cosas raras y de repente te toca un fanático y puede pasarte cualquier cosa.

Los pisos en Lugo

De Sevilla me fui para Pontevedra. Estuve trabajando en un piso durante unos días. Y luego me fui para Santiago a trabajar en otro piso. Allí metí mis papeles en el 2003 y me los denegaron. También trabajé como

distribuidora con un contrato de “Avon Cosmetics”, pero eso no da dinero, sólo lo hice para mis papeles.

A finales de 2005 me vine para Lugo. Una amiga me había dado el número de Marta. Y comencé a trabajar en el piso. Allí sólo trabajábamos tres chicas, Marta, la galleguita divorciada, Claudia, una colombiana, y yo, la brasilera. Pero, en el piso de Marta sólo venían viejitos y a mí no me gustaba. No ganaba nada de dinero. Y me daba miedo porque como Marta se marchaba por las noches para trabajar en la cafetería, me tenía que quedar sola en el piso.

Después, un amigo me dio el número de Tania y le pedí plaza para trabajar en el piso. Aquí es donde estoy ahora, pero también me voy a marchar. Este piso está muy bien y Tania me trata genial, pero estoy cansada de las peleas de Silvia y Janaina. Yo un día casi metí la pata, porque no sabía que ellas eran *sapatonas*, y que eran pareja. A mí aquello todo me parecía muy raro, siempre las dos juntas para todos lados... El problema con Tania es que ella necesita una persona que trabaje por la noche y yo cuando me quedo dormida es difícil que me levante para ir a abrir la puerta a un cliente. Por eso Tania se enfadó.

SIMONE

Curitiba

Nací en noviembre de 1977 en la ciudad de Curitiba, la capital del Estado de Paraná, al sur de Brasil. Toda mi vida la he pasado allí. Vivía con mi madre, con mi abuela y con dos hermanos, uno mayor y otro menor. Mi abuela falleció cuando yo tenía ocho años, justo el día de mi cumpleaños, ¿coincidencia, no...?

Mi vida era normal. Mis padres no estaban casados, vivieron juntos durante diez años y después se separaron. Yo casi no me acuerdo, tenía sólo cuatro años. Después, mi padre se fue a vivir con otra mujer, con la misma que está viviendo hoy. De todos modos, mantuvimos contacto con él porque también vivía en la ciudad. Mi madre también se casó más tarde, hace unos once años más o menos. Mi hermano menor es de su segundo matrimonio.

Por eso, como mi madre estaba sola y nos tenía que mantener, la vida no era fácil. Mi madre trabajó en un cine de cobradora durante mucho tiempo y después también trabajó en una empresa de autobuses. Yo estudié hasta el segundo año del segundo grado. Me quedó un año para hacer el *vestibular* y poder entrar en la universidad. Mi ilusión era estudiar zootecnia, que es una especialidad de veterinaria. Pero, en la universidad privada tenía que pagar en aquella época ya unos novecientos reales y mi madre no tenía ese dinero. Y entrar en la universidad pública en Brasil es muy difícil porque hay pocas plazas y mucha competencia.

A mis doce años mi vida dio un cambio grande. Nos mudamos de casa, fuimos para otro barrio de la ciudad. Mi hermano se marchó de casa y mi madre y yo nos quedamos solas. Era un poco extraño. Mi tía adoptó a un niño que era de una familia pobre. Ese año dejé de estudiar y me ocupé más de las cosas de la casa. Por eso perdí un año. También estuve viviendo cinco meses con mi tía para ayudarle a cuidar el *menino*.

A los trece empecé a trabajar. Era en una oficina de Ingeniería Civil. Trabajé casi dos años con el ingeniero, que era sordo. Hice de secretaria y también era como si yo fuese sus oídos. En esa época fue cuando mi madre comenzó a *namorar* con su marido actual. Yo estudiaba por las noches, porque trabajaba de las ocho de la mañana a las seis de la tarde. Entraba en el instituto a las siete y luego salía a las diez. A mí me gustaba trabajar porque así ganaba mi dinero y tenía para comprar mis cosas. Mi madre siempre dice que mi problema es que yo soy muy independiente.

São Paulo

Tuve a mi primer novio con quince años. A mi madre no le gustaba porque él era bastante mayor, tenía entonces veintitrés años. Así que mi madre decidió enviarme para São Paulo a vivir a casa de una prima.

En São Paulo estuve viviendo durante un año y cuatro meses. A mi prima casi no la veía. Allí seguí estudiando y también trabajé en una tienda de ropa, y después en una panadería. No me gusta São Paulo para vivir. Hay mucha violencia. Me asaltaron dos veces. La primera vez yo tenía dieciséis años y fue horrible. Aquel chico se cortó un brazo con una navaja y me dijo que tenía sida. Le entregué todo... Me robó el bolso, los calcetines, los zapatos, los pendientes... Me dejó en pantalones y sujetador, y descalza. Ahora lo recuerdo riendo, pero entonces pasé mucho miedo.

Con dieciséis años me quedé embarazada. Tuve un enorme lío en mi cabeza. Quería abortar. Mi madre no quería, decía que tenía que casarme. El padre era el mismo chico que había conocido en Curitiba. Y con catorce semanas de embarazo, él falleció. Estaba en un bar y llegó un tío borracho, que era policía militar, se pelearon y aquel hombre lo mató de *faca*. Aquel tío sólo estuvo veinte días en la cárcel...

Mis hijos

Después de todo lo ocurrido, me fui de nuevo para Curitiba. Allí nació mi niña. La muerte de Paulo me afectó mucho, pero yo tenía una niña y tenía que superarlo. Soñaba con él muchas veces, pero con el paso del tiempo fui superándolo. Sabía que tenía que luchar.

Cuando estaba todavía embarazada, Fredson venía a visitarme a casa con frecuencia. Yo no tenía ganas de nada ni ojos para nadie después de todo lo que había pasado. Pero, después de cuatro meses que nació mi pequeña ya empezamos a salir. Mi madre estaba contenta, Fredson era un padre para mi hija... Pero, la familia de él no me aceptaba porque yo ya era una madre soltera y él era todavía un hombre joven. Fredson tiene un año menos que yo.

Cuando mi hija cumplió un año, Fredson y yo nos fuimos a vivir juntos. Alquilamos una casa y él ya montó su negocio. Él es mecánico de coches. Después de unos meses me quedé otra vez embarazada. Fue por culpa de unas pastillas falsas que tomé. Eran de *farinha de trigo* y hubo un gran

revuelo. Aquello salió en los periódicos y en la televisión, y luego hubo un proceso contra la empresa porque había muchas mujeres perjudicadas.

Tuve a mi hijo. Yo entonces no trabajaba, me quedaba en casa. Fredson era el que trabajaba. Estuvimos juntos cuatro años. Con el tiempo mi suegra me fue aceptando, claro, no tenía otro remedio... Hoy me llevo muy bien con ella.

Los problemas comenzaron durante el último año. Me puso los cuernos. Descubrí que llevaba más de un mes saliendo con otra mujer, y en su propia casa. Yo ya desconfiaba y le pedí a un amigo que me informase. Un día los pillé juntos, pero no monté ningún escándalo. Al día siguiente recogí todas mis cosas y me marché con los niños a casa de mi madre. Hicimos un acuerdo amistoso y nos separamos. Ahora ya no tengo más contacto con él, desde hace más de un año... Pero, él y mi suegra se relacionan con mi madre y con los niños. Ahora me parece que está viviendo con otra mujer...

Empecé a trabajar. Fredson me llamaba, me pedía perdón y quería que volviese. Pero, yo no soy una persona de darle vueltas a las cosas, y ya no quise saber nada más.

Los inicios en la prostitución

Después conocí a una chica que trabajaba en la prostitución. Se llamaba Bruna. Yo entonces tenía veintidós años, vivía en casa de mi madre y tenía los dos niños. Bruna me dijo que podíamos ir a un club en Camburú, en el Estado de Santa Catarina. Estuve pensando en la posibilidad y se lo conté a mi madre, porque hay cosas que no hay forma de esconder... Ella lloró. No quería, decía que eso no era vida, que yo no sabía dónde me iba a meter y todo eso. Al final, decidí probar y me fui al club junto con mi amiga Bruna.

Bruna fue mi profesora. Al principio, yo tenía vergüenza. No sabía cómo acercarme a los tíos ni cómo tenía que comportarme dentro de la habitación. Ella me ayudó a perder un poco la vergüenza, me maquilló, me peinó y hasta me dejó su ropa de trabajo. Era un club grande y había unas sesenta mujeres. No puedo contar mucho porque allí sólo estuve tres días.

A la tercera noche conocí a un italiano. Dino tenía un amigo casado con una brasilera y ya era la segunda vez que viajaba a Brasil. Me llamó, me invitó a una copa y empezamos a charlar.

Al día siguiente por la tarde me fui con él a su piso. Estuvimos juntos diez días y nueve noches. Después, él tenía que marcharse. Me dio mil seiscientos dólares y me compró ropa y regalos para mis hijos. Dino es un hombre de mucho dinero, comerciante de la ciudad de Brescia.

Cuando el italiano se marchó, regresé para Curitiba. Bruna siguió trabajando en el club. Mi madre cuando vio todos aquellos dólares me preguntó si yo había robado un banco. Y yo entonces le conté toda la historia.

Dino me llamaba por teléfono y me invitaba a ir a visitar Italia. Me llamaba tres veces por semana. Intentábamos hablar, porque yo casi no le entendía. Hasta que en marzo de 2002 decidí viajar a Italia.

El viaje a Italia

Cuando llegué al aeropuerto ya me estaba esperando Dino y ya me tenía alquilado un apartamento cerca de Bolonia. Porque Dino era casado... Él venía a visitarme tres veces a la semana y me llevaba a conocer diferentes lugares. Conocí Venecia, Bolonia, Milán y otros sitios que ya no recuerdo. Después que ya conocía un poco y me desenvolvía mejor con el idioma, ya salía sola.

Dino quería que me quedase más tiempo, hasta agosto. Pero, tuvimos algún que otro problema y discutimos. Sí, *probleminhas de sexo*. Un día llegó al apartamento y venía todo contento. Me dijo: - Te traigo un regalo - ¿Sí? ¿qué regalo va a ser? Y traía una caja toda grande y entonces la desenvolvió y sacó un consolador todo raro, así retorcido... Quería follarme y que yo al mismo tiempo le follase a él. Le dije que no, que no lo iba a hacer. Me dio miedo. Ahora ya no, he aprendido mucho. Pero, entonces me dio miedo.

Le dije que mejor me marchaba para Brasil. Yo ya tenía *saudade* y estaba un poco aburrida de estar allí. Durante la semana tenía mucho tiempo libre. Una tarde conocí a una mujer que era empresaria de clubes. Recuerdo que yo estaba sentada tomando un helado y ella se me acercó y empezamos a conversar. Me contó que podía llevarme a conocer varios clubes, que si quería podía trabajar, que ella ganaba un porcentaje con las chicas que llevaba, pero que si no quería no pasaba nada, podía ir y mirar a ver qué me parecía. Y fui con ella al día siguiente a conocer tres clubes. Me presentó a la gente y me quedé una media hora en cada sitio, para ver cómo era. Allí no era como aquí en España. En aquellos clubes no se follaba, no había

habitaciones. Sólo era para hacer salidas y follar en el hotel. Conocí a alguna brasilera, pero lo que más había eran rumanas y también africanas.

A mí me apetecía trabajar algo, pero Dino no me dejaba. Por eso no llegué a trabajar. Los últimos días que estuve allí con él me dijo que tenía un detective y que me iba a seguir para saber si yo iba a trabajar.

El regreso a Brasil

En mayo de 2002 regresé a mi país. Nunca más volví a ver a Dino. Regresé con tres mil dólares. Dino me daba mucho dinero. Mientras estuve allí en Italia no me faltó de nada, siempre comía fuera y me sobraba dinero para enviar a Brasil. Entonces di la entrada para comprar un terreno y empecé a buscar empleo.

Trabajé durante cinco meses en el despacho de un abogado. Me pasaba todo el tiempo en la calle repartiendo papeles. Me gustaba ese trabajo. Pero, el salario era poco, apenas trescientos reales. Y trabajaba nueve horas. No tenía tiempo ni para comer. Me cogí una gastritis por comer todo el día de *lanches*.

Después fue cuando conocí a la chica que enviaba las mujeres para España. Una vecina de mi madre le comentó que esa chica tenía el contacto para enviar gente a España. Yo fui a su casa y ella me enseñó fotos de los clubes de aquí. Me dijo que no llevase ropa muy llamativa porque podían abrirme la maleta en el aeropuerto. Ella también me dijo que yo iba a ganar cincuenta mil reales en tres meses. Nunca fue así, siempre gané menos de esa cantidad. Lo que sí me explicó fue el horario y las condiciones económicas. Yo pagué dos mil seiscientos euros por el billete. El precio normal entonces no llegaba a mil euros, pero en ese momento tú sólo piensas en viajar y no entiendes las cosas de ese medio. Ahora creo que ella se llevaba unos mil euros de comisión por cada chica.

El viaje a España

El 29 de diciembre de 2002 llegué a España. De Santiago viajé en taxi directamente al club “Atenea”. Viajamos dos chicas juntas. Yo conocía a Mairla ya de Curitiba. Pero, ella no aguantó y volvió a Brasil. Sólo se quedó un mes y veinte días, que era la fecha del billete para retornar.

En el club me trataron siempre muy bien. Casi todas las mujeres eran *brasileras*. La primera noche no trabajamos. Sólo bajamos al salón para *dar uma olhada* y ver un poco el ambiente. Lo que más me asustó de aquí fue el horario. Son muchas horas de trabajo, los clubes abren a las cinco y media y no cierran hasta las cuatro y media o cinco de la mañana. Las brasileras no me ayudaron nada. Fueron dos chicas, una colombiana y una dominicana, quienes me explicaron algunas cosas: el significado de las palabras, para indicarme los clientes que subían o que pagaban copas, etc. Ya se sabe, donde hay mucha brasilera *não dá muito bem para trabalhar*.

Yo pagué el billete en doce días. Trabajé todos los días, no descansé nada. Hacía cinco, seis, siete pases. Lo máximo que ya he hecho han sido nueve pases.

En el “Atenea” estuve dos meses y medio. Trabajé bien. No como dijo la tía en Brasil, pero gané dinero. Los clientes me trataron muy bien. Fue allí donde utilicé por primera vez un consolador. Un cliente se lo pidió a la recepcionista. En el club lo alquilaban. Yo me sorprendí un poco. Él me dijo que estuviese tranquila, que no pasaba nada, que aquí era muy normal. Casi no tuve que hacer nada, sólo asegurarlo con la mano mientras él se sentaba encima.

Otro día llegó un cliente, subimos a la habitación y me pidió que le vendase los ojos y que le sujetase las manos. Quería una sesión de sado. Entonces, le vendé los ojos con mi blusa y le sujeté las manos con mis bragas. Luego, me pidió que le golpease con el cinturón. Me dijo que quería sentir un poco de dolor, pero tampoco que le dejase marcado. Y él se corrió así... Yo me quedé flipada. Nunca imaginé que una persona pudiese llegar a correrse de esa forma.

Después, una vez subí con un señor, y cuando estábamos en la habitación me dijo que se iba a fumar un “peta”. Me dijo que le gustaba hacer el amor colocado. Luego, la colombiana me contó que aquí en España ese tipo de cosas era frecuente, y que aquí la gente consumía mucha droga.

Tuve un tío también una vez..., fue muy divertido..., que en la habitación se desnudó y después se vistió con mi ropa. Lo maquillé y todo. Yo me moría de risa. *¡Meu Deus do Ceo!* Subí con él unas cuatro veces y nunca llegué a follar con él. Desde que me marché del “Atenea” no volví a verlo, pero era un tío divertido. Quería sentirse como una mujer, se ponía hasta mis tacones y me pedía que le llamase de Mari Carmen. Nos pasábamos una hora y media en la habitación... Fue por estas cosas que Mairla no

aguantó aquí en España. Yo ya vi tantas cosas aquí en este país que no creo que ya me asuste.

Del “Atenea” me marché para un club en Santiago. Conocí a una chica que se llama Susana, que me dijo: - Vamos para otro sitio. Y fuimos juntas para Santiago. En aquel club estuvimos un mes. El dueño del “Atenea” era el mismo del club de Santiago, también es dueño del “Salamandra”. El de Santiago es un club pequeño y no tenía demasiado movimiento. Por eso me marché pronto.

Ahí fue cuando Amanda me propuso ir a trabajar a Lugo, al “Kings”, que ella ya lo conocía. En el “Kings” me encontré con mucho trabajo. Es un lugar sencillo y con buen ambiente. No tuve ningún problema con el dueño, aunque ya sé que él ha tenido problemas con algunas chicas y también con la justicia.

En el “Kings” conocimos a un tío que nos habló de un club en Ronda, que se trabajaba muy bien y todo ese cuento. Decía que el club era de un amigo suyo. Y fuimos para allá. Viajamos Amanda, Cris y yo. Ese club fue el único sitio aquí en España que me dio miedo. Cuando llegué a España, escuché historias de chicas que las tenían encerradas y no las dejaban salir y todas esas cosas. Pero, yo nunca vi nada de eso. Pero, en el club de Ronda pasé un poco de miedo. Todas las ventanas tenían rejas, la puerta siempre estaba cerrada con llave y había que avisar al encargado. Entonces él seguía a las chicas cuando salían para todas partes.

Me quedé sólo dos semanas. Amanda, Cris, otra chica brasilera y yo nos fuimos. Amanda llamó al dueño del “Kings” y le pidió ayuda. Fuimos en taxi de Ronda a Málaga. Cuando estábamos cenando conocimos a un tío y nos invitó a ir de pubs toda la noche, hasta la hora de subir al tren para Madrid. Allí, Gregorio nos fue a recoger. Y regresamos al “Kings”.

En el “Kings” estuve un mes, y después me marché con Camila para “La Fortaleza”. Ese club me gustó mucho porque es muy grande y confortable, tiene habitaciones para vivir y habitaciones para trabajar. Había muchas chicas rumanas. Cuando estuve allí éramos unas ochenta mujeres. Allí fue donde me escapé de la policía. Llegaron una noche, con aquellos chalecos fluorescentes que parecían luciérnagas... Una chica africana que era amiga mía me cogió y me llevó a un almacén que estaba lleno de cajas de bebidas y allí estuvimos cinco chicas escondidas durante dos horas. Después, la cocinera nos vino a buscar y nos avisó de que ya se habían marchado.

Cuatro meses en Brasil

Al cabo de dos días fui a comprar mi billete de regreso para Brasil. El día 25 de julio de 2003 volví a Brasil. Me quedé los cuatro meses en casa de mi madre. No trabajé nada y me gasté siete mil reales. Salía a hacer la compra, le compré una lavadora a mi madre, llevaba a los niños a comer por ahí, al McDonalds, y también le compré un coche a mi madre.

El 19 de noviembre regresé a España. Hice otro pasaporte para volver. Fui a la policía con mi madre a denunciar que me habían robado el bolso con los documentos y listo.

Pensé en la posibilidad de viajar con mi dinero, pero era un riesgo muy grande si había problemas en la frontera y no pasaba. Por ese motivo pedí que me prestasen el dinero. Hay gente que tiene mala suerte y cuando viaja la paran en la frontera, y otros, sin embargo, van y vienen un montón de veces sin ningún problema. El dueño del “Kings” me compró el billete y sólo tuve que ir a recogerlo al aeropuerto en Curitiba. Me costó mil quinientos euros y lo pagué en sólo diez días.

De vuelta al ruedo

En el “Kings” trabajé bien. Después, fui de nuevo a “La Fortaleza” en Coruña. El trabajo era lo mismo, sólo cambiaban las caras de las chicas. En ese período alquilé un piso en Sada con Amanda y Daniela. Lo alquiló un cliente de Daniela. Nosotras lo intentábamos y no conseguíamos que nadie nos alquilase un piso. Por eso lo alquiló el amigo de Daniela. Después, ellos *brigaron* y tuvimos que dejar el piso. Estuve viviendo en Sada casi tres meses. Mientras estuve allí, trabajé en “La Fortaleza” y en el “Atenea”. También fui al “Casablanca”, pero no me gustó. Era un sitio pequeño y yo ya estaba más acostumbrada a los clubes grandes como “La Fortaleza”.

Lo que más rabia me dio fue tener que marcharme del piso así corriendo por culpa de los problemas de aquel tío con Daniela. Luego, me fui a un club en Santiago. Pero, sólo me quedé una semana porque no me gustó el sitio. No sé cómo explicarlo, no hay un motivo concreto, es como un sexto sentido que tenemos las mujeres, simplemente no te adaptas al sitio.

En abril de 2004 me vine para Lugo. Aquí conocí a una chica brasilera que ya estaba casada con un español y nos hicimos amigas allí en el “Kings”. Luego, me dijo que podíamos ir a Burela, que ella tenía allí un piso. Y me fui para Burela. Me quedé allí hasta finales de año. Trabajé en varios clubes

de la costa, pero siempre regresaba al piso. Luego, Karla enfermó y yo dejé de trabajar durante unos días para cuidarla. Karla cogió anorexia. Ella es de mi estatura (1,70 m) y pesaba 45 kilos. Yo no sabía qué hacer en aquella situación. Después, vino un amigo que estaba muy enamorado de ella y se la llevó a Pamplona. Yo entonces dejé también el piso y me vine para Lugo.

Durante todo este tiempo trabajé en el “Kings” y también en el piso de Marta. En el club siempre he trabajado bien, es ya casi como si fuese mi familia, conozco a la gente... En el piso de Marta he trabajado un mes, pero es un sitio con poco movimiento y no me compensa. Prefiero trabajar en el club. También probé a vivir con una chica en un piso, *não deu certo...*; probé con otra, tampoco. Hasta que me vine para este piso en Fontiñas. Es difícil la convivencia, por eso he decidido vivir sola. Me gusta estar sola, independiente, aunque a veces también necesitas compañía...

Últimamente en el club el trabajo se ha vuelto más flaco. También probé un poco en el “Salamandra” y ahora en el “Erótica”. Si me quedo mucho tiempo en el mismo sitio, también me aburro.

Los pisos

En Lugo hay un montón de pisos. Eso también influye en el trabajo. A mí no me gustan los pisos porque estás encerrada las veinticuatro horas. Si en un club ya es difícil y estresante, imagínate en un piso, es mucho peor. Tienes que estar allí todo el tiempo en el salón viendo la televisión, mientras no llegan los clientes. Además, en los pisos las ganancias se dividen por mitad.

Yo ya estuve trabajando en tres pisos: uno en La Coruña, en Cuatro Caminos, y los otros dos en Lugo, en el de Marta y en otro aquí en Fontiñas. Pero, no me gusta. Tener que permanecer arreglada y disponible las veinticuatro horas..., estar por la noche durmiendo y tener que despertar y levantarte porque llega un cliente de madrugada... Yo prefiero trabajar en un club, me gusta más el ambiente, puedes charlar con las compañeras, bailar, etc.

Aquí en Lugo el piso más conocido es el de Romelina. Amanda ya trabajó allí. Dicen que Romelina es como una profesora y que enseña cómo se hace todo, el beso negro, el lésbico, etc.

Los clientes

Tuve una vez un cliente muy raro. Les pagaba a las chicas, pero no follaba. Subía con muchas en el club y venía tres o cuatro veces a la semana, pero sólo se hacía pajas. Un día me dijo que era por respeto hacia su mujer. Tenía que hacerle un consolador de papel y lo usaba a veces conmigo y también para él. Nunca follaba.

Había otro que sólo pedía hacer posiciones y me tenía que colocar una media hasta la cintura. Para follar me hacía un agujero, cuando follaba, porque la mayoría de las veces no follaba, sólo me tocaba y se masturbaba.

Una vez, cuando estaba en Burela, conocí a un hombre con el que luego ya subí varias veces, que me comentó que le gustaría probar tener una relación conmigo y también con su novia. Me ofreció quinientos euros y fuimos al piso de ella. Pero, no hicimos nada. Era una mujer muy bonita, de unos treinta y dos, treinta y tres años. Acabamos las dos en el salón tomando copas y hablando sobre el asunto. Ella estaba muy tensa. Me contó que en otra ocasión él ya había traído otra chica, pero que ella había sido muy brusca, se le tiró encima, se quitó la ropa y ya. No había sido una experiencia agradable para ella, sólo se dejó hacer. Para mí fue una experiencia interesante. Luego, acabamos haciendo amistad, salimos juntas a comer, a la playa, etc. A veces él me preguntaba: ¿qué, cómo va la cosa? Pero, nada, y al final se cansó, vio que era inútil seguir insistiendo.

Una vez un cliente del “Kings” me invitó a una copa en la barra. Empezamos a charlar y entonces él me contó que tenía un problema: que no podía follar con condón, que estaba casado y que ya estaba acostumbrado y no conseguía hacerlo con condón. Me ofreció hasta cuatrocientos euros. Le dije que no. Creo que ya lo intentó con otras chicas. Lo he visto otras veces en el club y nunca lo vi subir a la habitación. Una chica otra noche me comentó: - Ese tío está flipado. Pero, yo no le conté nada, porque cada una debe guardar sus cosas.

En el piso de Fontiñas conocí a uno que sólo pasaba con chicas que usaban botas altas. Yo ya había pasado con él. Pide que lo pises con los tacones, que le pegues con el cinturón y todas esas cosas. La primera, la segunda vez, estas cosas te parecen raras. Un tío que paga para no follar y realizar esas fantasías..., pero después ya te acostumbras. Al principio, te da corte, no sabes cómo comportarte, tienes miedo a pegarles, no sabes si lo haces bien o mal, o si puedes lastimar demasiado. Pero, ahora ya me parece más corriente. Además, hay hombres que te avisan en la barra o ya son

conocidos por esos gustos en el piso, pero hay otros que no y que luego te sorprenden con estas historias en la habitación.

Otra vez dos chicos me pidieron para subir conmigo a la habitación. Pero, no tuve valor. Eran pareja y no quería asistir a esa situación, dos hombres follando, imagina..., ni en película.

Con los que tienes que tener cuidado es con los que están bebidos. Algunos a lo mejor intentan hacer algo que tú no quieres, como por ejemplo, el griego, y te insisten e insisten, hasta que te marchas de la habitación.

En el “Kings” venía un colombiano que decían que maltrataba a las chicas. Y Gregorio, el dueño del club, lo echó y le dijo que allí no volvía a entrar. Aquel colombiano decía que aquello era un puticlub y que nadie le podía echar. Entonces, Gregorio cogió y le rompió un brazo con un palo. Luego, al día siguiente salió en el periódico la noticia: “dueño de un club agrede a un cliente...”

Pero, la mayoría de los clientes son tranquilos. El chico con el que ahora estoy saliendo lo conocí como un cliente. Él me ayuda, me da dinero y cuando estuve enferma fue él quien estuvo conmigo, me cuidó y me compró las medicinas. Un día vino a casa la madre de Juan y llamó al telefonillo. Me dijo que dejara a su hijo en paz, que si no me iba a denunciar a la policía por ser extranjera y no tener papeles. No le hice caso, le contesté que ya iba a hacer las maletas, pero que yo no obligaba a su hijo a venir a mi casa. Y hasta ahora no ha venido la policía...

Mi novio

Nunca he querido complicarme la vida. Además, en mi trabajo es difícil mantener una relación estable porque hoy estás aquí y mañana en otro sitio. Siempre estás viajando de un sitio para otro, veinte días aquí, dos meses allá..., no hay forma de que una relación aguante ese ritmo.

Durante todo el tiempo que llevo en España sólo he tenido dos líos con dos chicos. Uno fue mientras estuve viviendo en Sada. Lo conocí en el club y empezamos a salir. En Coruña hay muchos lugares para salir de juerga... Pero, yo tenía muy claro en la cabeza donde me estaba metiendo. Él conocía a muchas mujeres, se le arrimaban, *tudo bem*.

Ahora salgo con Juan. Él era cliente de una amiga. Se lo robé a una conocida mía. Lo conozco del “Kings” hace más de un año y salimos

juntos desde marzo. Ya estamos pensando incluso en la posibilidad de casarnos, por lo de mis papeles. Pero, Juan es muy joven, yo le llevo siete años.

Es sólo morbo

Creo que la carencia de afecto es la principal responsable de que muchas chicas se vuelvan *sapatonas*. Además, en los clubes muchas chicas comen, duermen juntas, y todo eso influye. A mí no me gustan las mujeres. Por lo menos, hasta hoy no he encontrado ninguna que me gustase. Pero, ya he tenido algunas experiencias.

Fue antes de venir a España. La primera vez fue con una chica que ya conocía. Nos encontramos en la discoteca, aquel cachondeo todo..., un beso aquí, un beso allá... y después nos marchamos para su casa. Pero, no dio resultado. No salió bien. Era más el morbo, la curiosidad. En aquella época yo tenía veintidós años y todavía no trabajaba en la prostitución.

Otra vez fue una noche que un grupo de amigos celebrábamos un cumpleaños y salíamos a las discos. También empezó con las copas y el cachondeo. Y luego una chica intentó follarme en el baño... Yo le dije: - Tranquila, chica. Me asusté. La vi tan decidida que me dio miedo.

Aquí en España las experiencias que he tenido han sido exclusivamente trabajando. Hay mujeres a las que les gusta y otras que no. Cuando un cliente pide un lesbico ya es la propia chica la que escoge a la compañera. Yo una noche subí con Amanda. Fue muy divertido. En el momento en que le fui a dar un beso a Amanda le dio un ataque de risa y después se cortó toda. El cliente nos dijo que no valíamos para nada y le pidió a Amanda que se marchase. Luego, ella llamó a otra chica y entonces hicimos el servicio.

Yo ya probé en Brasil y no me gustó. Por eso que ahora ya no creo que me satisfagan este tipo de experiencias. También hay muchos hombres a los que les gusta follar con mujeres lesbianas. Yo tengo un cliente que su morbo es acariciar a una chica lesbiana. La roza, la toca, pero no folla. Es sólo morbo.

La policía

La noche del 3 de junio de 2006 me cogió la policía. Después de trabajar en el club me fui a tomar una copa a un pub. Yo estaba allí bailando cuando llegó la policía. No llevaba ni una hora en el pub. Apartaron a las mujeres para un lado y los hombres para otro. Pidieron los documentos a todo el mundo y nos registraron. Nos llevaron al cuarto de baño y allí nos registraron. Me hicieron quitar la blusa y bajar los pantalones. Estaban buscando droga. Y la encontraron tirada en el suelo y al lado de la máquina tragaperras. Al día siguiente salió en el periódico.

Como yo no tenía papeles, me llevaron a comisaría. Éramos cinco chicas brasileras y una dominicana. La dominicana sólo se pasaba diez días de la fecha del pasaporte. Tuvo mala suerte. Yo, al menos, llevaba más de dos años. Llegué sobre las diez de la mañana a la comisaría y no salí hasta el domingo. Telefoneé a mi novio y le dije: - Juan, me cogió la policía, estoy jodida. Y él vino al momento. No me trataron mal. Sólo tengo queja de la comida, un bocadillo de queso con un pan tan duro que si te dan con él en la cabeza te la rompen.

Cuando llegó Edelmiro, el jefe de la Extranjería, sólo me dijo que iba a ser deportada. Luego, volvió y ya me empezó a hablar de otra manera y a intentar hacerme la cabeza. Comenzó a hacerme un montón de preguntas. Me preguntaba si había mucha droga en el club, si yo sabía que Gregorio les pegaba a las chicas... Yo le respondí a todo que no. Entonces, me dijo que si colaboraba con él me daría un papel que podría ayudarme... Yo tampoco podía contar gran cosa, porque la verdad no había visto nada. Y entonces, como no les ayudaba, me dieron la carta de expulsión. La abogada que vino a defenderme también me decía que hablase, que era mejor. Y yo que no y que no. Por lo demás, no me trataron mal. No, no puedo quejarme de nada. Sólo no me pareció justo lo que intentaba aquel hombre.

El jefe de Extranjería me dijo: - Puedes cambiar de piso, de ciudad, pero al final te encontraremos igual. Yo le dije que no había cometido ningún delito y que no tenía motivo para escapar. Entonces, él me dijo que estar en España sin documentos era un delito. Quería ponerme nerviosa.

No es lo que dicen por ahí

La prostitución no es lo que la gente cuenta en Brasil. No es cierto que se gane tanto dinero en tan poco tiempo. Todas dicen que vienen para tres

meses y que luego regresan, pero después se quedan. La mayoría llega con unos objetivos y unas metas que muchas veces no consiguen. Otras consiguen sus metas y entonces se trazan otras mayores. Yo vine aquí para conseguir una casa y una vez que lo conseguí quise más. Ahora pienso en abrir un negocio, aunque nunca sabes... También pienso en la posibilidad de traer a mis hijos a España, porque aquí se vive mejor y hay menos violencia y menos pobreza. Si las cosas salen bien claro que me gustaría quedarme aquí.

En Brasil todo el mundo sabe que las mujeres cuando vienen aquí a España, a Italia, a Francia, vienen para prostituirse. Se comenta en todas partes. Todos conocen a alguien que ha venido aquí. Cuando una dice que su familia no sabe que está trabajando en la prostitución, eso no es verdad. Hoy ya nadie se cree esos cuentos de camarera o de trabajar en un restaurante y mandar mil quinientos euros para Brasil. La mayoría de las chicas envían dinero para sus familias, incluso algunas familias abusan de esa situación. Una boca corre a otra y el asunto se expande. Todas cuentan sus experiencias y muchas se interesan por la posibilidad de viajar.

Muchas chicas les dicen a los clientes que llegaron engañadas. Los hombres preguntan mucho sobre esas cosas y entonces las chicas cuentan esas películas, que llegaron aquí para trabajar en un hotel o en un restaurante y que después tuvieron que trabajar de putas. Las mujeres se hacen las sufridas y las engañadas, pero sólo es para ganar más dinero. Hay de todo, qué voy a contarte.

Pero, yo nunca he tenido esa experiencia. Ni ninguna mujer brasilera me ha contado personalmente esas cosas. Lo que sí me han contado algunas africanas es que vienen acá con unas deudas muy grandes, ya he escuchado de cuatro o cinco mil euros. Y en esa cantidad ya va incluido el arreglo del cabello, las uñas, todo, porque ellas cuando llegan aquí necesitan varios días para estar listas para trabajar. Eso me parece algo muy interesante.

Lo que ya he visto han sido los rumanos macarras en “La Fortaleza”. Era una época en la que había muchas chicas rumanas, más de treinta, y entonces venían allí los hombres de ellas para que espabilasen, y a la que no se movía, la movían ellos. Era impresionante... Eso me impactó mucho. Por eso me fui. Ocurrió unas cuantas veces y los clientes también dejaron de ir por el club porque los rumanos también molestaban. Ahora creo que ya no hay nada de eso.

Creo que aprendí bastantes cosas en esta vida. Además, cuando estás en un país extranjero todo es novedad y todo es un aprendizaje continuo, los sitios, el idioma, etc.

La forma de trabajar es completamente diferente en mi país. En los clubes de Brasil los hombres llegan y se acercan. Es más fácil. Sin embargo, aquí, generalmente, eres tú la que tienes que abordar a los hombres. Aquí se ven también cosas más raras, esas cosas de masoquismo y así.

Yo creo que antes las mujeres hacían más cosas y ahora ya no tanto. Se han vuelto más exigentes. Antes las mujeres usaban más ropa de trabajo y ahora ya no. Puedes encontrar en un club chicas con blusa y pantalones vaqueros, sin usar tampoco aquellos tacones altos. La gente viste más normal. Hasta los que van vendiendo ropa por los clubes ya venden de todo. Antes sólo traían ropa de trabajo y ahora ya tienen ropa normal, pijamas, etc.

Algunas personas también dicen que este trabajo te marca, pero yo digo que eso depende también de cada persona. Y además, en esta vida todo marca, no sólo la prostitución. La gente que entra en este negocio tiene que ser responsable y saber dónde se mete. Depende mucho de cada persona individualmente. Hay gente que tiene mucho coraje y encara la vida con fuerza, y también hay quien cae en la depresión. Pero, yo, desde luego, no voy a caer en la depresión ni enloquecer por trabajar en la prostitución. Y ya he visto algunas cosas muy fuertes en este trabajo. Una vez, en el “Atenea” un cliente violó a una chica, y nadie se enteró hasta que él se marchó y la chica no bajaba de la habitación. Pero, aquella chica lo superó. ¿Qué vas a hacer si no?

Lo peor es estar en otro país, lejos de tu familia. Eso es lo peor para mí. Cuando vas en el avión te pasan muchas cosas por la cabeza. No sabes cómo va a ser, qué tipo de personas vas a conocer, etc. Y estás sola. Pero, hay que tener valor y saber enfrentarse a la vida.

Ahora tal vez me queden sólo unos meses de trabajar. Si consigo arreglar mis papeles para casarme voy a parar de trabajar. Ya veremos lo que pasa. Desde que Amanda trabaja de camarera en la cafetería paso más tiempo sola. A veces viene Juan, pero como a mí me gustan mucho los animales, he adoptado una perrita. Se llama “Chicha” porque es de raza salchicha y la fui a buscar a la Sociedad Protectora de Animales. Sólo tuve que pagar cuarenta euros por castrarla y ponerle las vacunas. Ella me hace compañía.

Amanda estos días está un poco enfadada, porque en la cafetería donde trabaja hay un tío que la está molestando. Hay hombres que te conocen del

club y entonces ya te tratan como si fueses una puta en todo momento. Y eso no es justo. Ese tío quería que Amanda le hiciese un masaje y hasta llegó a seguirla al baño. Amanda se puso toda nerviosa y me dijo que si seguía molestándola iba a llamar a la policía. Lógico.

Ya sólo trabajo esporádicamente. Voy al club tres o cuatro días, me saco mil euros y luego me quedo en casa. Después, vuelvo unos días y así...

*Eu son a brisa
A mágoa
Toda de um momento
Queimo nun corpo d'agua
Canto calada
Río entristecida
Son quem te espero
Sempre te esperou
O sonho, a primavera*

*Parte que faltou
Tudo ou nada
Caminho na estrada
Apenas o que son...*

VANESA

Infancia

Nací en Goiânia en 1981. No soy hija de mi madre biológica. Nunca llegué a conocerla, ni tampoco me apetece. Ella me abandonó en el hospital. Y después me adoptaron. Mi familia son mis padres, mis dos hermanos y mis dos hijos. Al principio, vivíamos en Goiânia. Hasta los once años viví en esa ciudad.

Mi vida era una vida normal. Todo el mundo en casa. Siempre nos llevamos bien. Yo estudiaba en un colegio de monjas. A mí no me gustaba porque era demasiado riguroso. Todo eran reglas.

Mi padre trabajaba en una *fazenda*. Yo no tenía amigos. Mi madre no nos dejaba salir a la calle porque decía que la ciudad era *muito perigosa*. Entonces, no tenía a nadie para charlar ni para jugar.

A los once años nos mudamos toda la familia para Tumbiara. Mis hermanos después se casaron. Ellos son mucho mayores que yo, uno tiene treinta y cinco y el otro cuarenta y un años. Comencé a estudiar en Tumbiara. Mi madre y mi cuñada empezaron a vender *espetinha* y mandioca en un puesto en la calle y mi padre se quedó en Goiânia. Yo estudiaba y también cuidaba de mi sobrino. Prefería vivir en Goiânia porque ya estaba acostumbrada.

Mi primer hijo

Con quince años comencé a *namorar*. Fue una época en que yo y mi cuñada empezamos a pelear. Ella era muy celosa y discutía mucho conmigo. Como yo era hija adoptiva ya pensaba que iba a tener algo con él. Pero, para mí sólo era mi hermano. Mi cuñada era muy, muy celosa. Desde entonces, dejamos ya de tener relación. Mi cuñada siempre hablaba muy mal de mí.

Con diecisiete años *namoréi* con el padre de mi hijo. Me quedé embarazada y no tenía valor para contárselo a mi madre. Pero, mis padres ya lo sospechaban y me llevaron al hospital para hacerme los exámenes.

La madre de Lúcio tenía sida y más tarde falleció. A ella la había contagiado el marido, que era camionero, y que también murió. Lúcio

nunca me ayudó. Cuando le conté que estaba embarazada, él se rió en mi cara y me dijo que eso era mentira. Yo le di una bofetada.

Mis padres le llamaron. Lúcio vino a casa y les dijo que iba a cuidar de mí y del niño. Pero, nunca lo hizo. Yo entonces tenía diecisiete años, y él veintisiete.

Lúcio ya tenía una relación con otra mujer que se llamaba Viviana. Yo no sabía nada. Un día, un amigo mío se lo contó a mi madre. Nosotros éramos vecinos, vivíamos muy cerca. Mi madre fue a su casa y los vio allí juntos. Aquella mujer tampoco sabía que yo estaba embarazada.

Al día siguiente, Lúcio vino a casa a pedirme perdón. Me dijo que era ella, que venía a buscarlo. Todo era mentira. A ella le decía lo mismo. Muchos hombres hacen eso.

El 2 de junio de 1999 nació mi hijo. Mi madre no quiso avisarle de que yo estaba en el hospital. Lúcio se enteró y al día siguiente registró al *menino*. Le dijo a mi madre que me ayudaría. Y nunca lo hizo. Entonces, le dije a Lúcio que lo iba a demandar. Pero, él se rió en mi cara. No se lo creía. Después, le preguntó a mi madre si aquello era verdad. Lúcio nos dijo que si lo demandábamos nunca más volvería a visitarnos. Siempre decía que no tenía dinero.

Al final, pusimos la demanda ante el juez. Y lo condenaron a pagar noventa reales por mes, el treinta por ciento de su salario. Lúcio decía que no podía pagar ese dinero. Más tarde, él empezó a trabajar en una empresa, y desde entonces la empresa ya ingresa directamente el dinero en mi cuenta. Hoy me pasa ciento cincuenta reales al mes. Pero, él nunca más fue a ver al niño.

Mi segundo hijo

Después, conocí a otro hombre. Salimos juntos durante siete meses. Pero, no funcionó. Él bebía demasiado y también era muy celoso. Mi madre me aconsejaba que no estuviese con él por causa de los celos.

Luego, conocí al padre de mi segundo hijo. Lo conocí en un rodeo. A mí me gustan mucho los rodeos. A toda mi familia le gustan los rodeos. Mi padre de joven había tenido rebaños de vacas.

Al “*Sambinha*” me lo presentó una amiga mía en el rodeo. Empezamos a salir. Al cabo de una semana mantuvimos relaciones y me quedé embarazada.

Él se marchó, porque andaba en los rodeos. Luego, me di cuenta de que estaba embarazada. En esta ocasión, mi madre se enfadó muchísimo. Me dijo que aquel niño no era su nieto, que ya no me quería en casa, que los vecinos hablaban mal de mí... Sufrí mucho. Una vida de perro...

Mi madre era consciente de que me estaba complicando la vida. Me dijo que yo no tenía cabeza, y que un niño era más que suficiente, que no teníamos medios para cuidar a dos. Mis padres no lo aceptaron.

Cuando el “*Sambinha*” se enteró, me preguntó si era cierto. Se lo había contado mi amiga Cristina. Le dije que sí. Y me dijo que iba a venir a buscarme. Pero, no lo hizo.

Con el tiempo mi madre fue aceptando la situación. Mi niño nació el 18 de diciembre de 2004. Mi madre se fue encariñando con él. Y el tiempo fue pasando... El niño tenía siete meses y todavía no estaba registrado. Entonces, fuimos a buscar al padre. Lo encontramos en otra ciudad. Hablamos con su familia. Yo llevaba al niño para enseñárselo. Su abuela nos dijo que debería hacerle la prueba de ADN, porque él no había comentado nada en casa. Cuando llegó el “*Sambinha*” dijo que lo iba a registrar.

Su familia me trató muy bien. No tengo ninguna queja. Entonces, el “*Sambinha*” registró al niño. Cada quince días yo iba a su ciudad para estar con él, bueno, más bien para que el niño se fuese acostumbrando al padre. Pero, al mismo tiempo yo me estaba desencantando. Dejé de quererle. Ya no había aquella *paixão*...

Y un día fui a su casa y él no me trató bien. Ya no era un hombre abierto, que conversaba conmigo, sino que se mostraba muy frío conmigo y con el niño. Yo me estaba dando cuenta de que él ya no estaba interesado. Y un día le dije que ya no iba a volver. Él no se lo creía.

No volví más a su ciudad. Nos fuimos distanciando. Acabó. Nunca más he vuelto a verle. Y él tampoco me ha vuelto a llamar ni se ha interesado más por el niño.

Yo soy una mujer muy bruta dentro de casa. Cuando me gusta una persona, me gusta de verdad. Nunca tuve voluntad de casarme y de tener un marido, para cuidar de la casa y esas cosas. Yo tengo que cuidar de mis hijos. Sufrí mucho. Eso también me ha influido, supongo. Me he llevado muchas decepciones en la vida.

Continué con una vida normal, en casa de mis padres en Tumbiara, cuidando de mis hijos. Luego, conocí a otra persona. Era un chico de veintiséis años. Salimos juntos, él me ayudaba... Un día un amigo de mi hermano dijo que Flavio no era una buena persona, que no era una persona normal. Contó que él también tenía un *namorado veado*. Su familia no sabía nada. El *veado* vino a casa y fue una confusión muy grande. Y ahí terminó todo.

Mi familia nunca admitió eso. Mi padre ya no me dejaba salir sola. Flavio seguía buscándome, me llamaba por teléfono y me amenazaba, quería que estuviese con él.

Desde ese momento no quise saber nada más de hombres. Mi madre rezaba para que yo encontrase a alguien. Yo no tenía suerte en la vida. Nunca he tenido suerte con los hombres...

A pesar de que yo no conozco a mi verdadera madre y de que me contaron que era una desgraciada, que usaba drogas, y que tampoco deseo conocerla, no me gusta que nadie hable mal de ella. Esas cosas *me machucan muito*. Yo no he tenido nunca el cariño de una madre, porque no es lo mismo, siempre te tratan de modo diferente. Mi madre es blanca, mis hermanos son blancos, yo soy morena... Todo el mundo ve la diferencia, que yo soy distinta. Algunas personas me dicen: - ¿Cómo? Usted así morena, parece *um liço de lata*... Todo eso me *machuca muito*.

Los preparativos del viaje

Un día, a finales de octubre de 2005, Suellen, una amiga mía que ya llevaba tres años y medio en España, vino a Brasil y habló con mi prima Diana, preguntándole si ella quería ir a España. Y Diana me llamó por teléfono y me pidió que fuese con ella, que no quería viajar sola, que aquí se ganaba mucho dinero. Yo le dije: - Estás loca... Mucha gente comentaba que aquí en España la vida de las brasileras era muy sufrida, y había visto reportajes en la televisión.

Poco a poco me fueron convenciendo. Le dije a mi madre que iba a viajar a España. Y ella me contestó que hiciese lo que quisiese. Pero, ella no me creía capaz de hacerlo.

Al final, Diana no viajó. Su padre la amenazó y ella no tuvo valor. A mí, en cambio, ya me daba igual, estaba decidida a viajar sola. Pero, la Suellen sólo seguía enrollándose y no hacía nada. Así que busqué una solución por mi cuenta. Y contacté con un chico, Nelson, que me dijeron que traía gente para España. Nelson me preguntó que cómo era. Yo le dije que era delgada, porque entonces yo estaba más delgada..., y que tenía el cabello largo. Me dijo que sí, que estaba bien. Yo le presenté a dos amigas, a Leandra y a Fabiana, una morena y una rubia. Y quedamos en vernos en Goiânia.

Nelson nos esperaba en la estación de autobuses. Cuando llegamos, nos miró y charlamos. Yo no sabía nada. Nos mintió. Nos dijo que viajaríamos a España para trabajar en un club. Le pregunté: - ¿Qué vamos a hacer en el club? Y él se echó a reír, y me preguntó: - *Menina, ¿voçê não sabe?* Le contesté que no, que nunca me había metido en eso. Entonces, Nelson nos explicó todo: que íbamos a trabajar en un club de *garotas de programa*, que teníamos que convencer a los clientes para pagar y subir a las habitaciones, que teníamos que acariciar y besar a los clientes, convencerlos para tomar copas... Nos dijo que no iba a ser una vida normal como teníamos aquí en Brasil, sino que iba a ser una vida agitada, que las personas en España nos mirarían de forma diferente, que a las extranjeras en España las miraban mal, sobre todo a las morenas. Fue así y nos explicó todo. Ahí fue honesto con nosotras. Me preguntó si quería correr el riesgo, si quería probar la experiencia. Le dije que sí.

Nelson sólo me engañó en el destino. Él me decía que viajábamos a España y luego vinimos a Portugal. Leandra y Fabiana también aceptaron. Todas queríamos correr el riesgo y tratar de encontrar una vida mejor. Entonces, nos dio doscientos reales para que sacásemos los pasaportes. Regresamos a Tumbiara y quitamos los pasaportes. Esa misma noche le mostré el pasaporte a mi madre y ella se puso triste. Me preguntó si era eso lo que quería. Le respondí que sí, que lo hacía por mis hijos. Mi padre no lo aceptaba. Me decía que aquí en Europa mataban a muchas brasileñas.

El miércoles Nelson me llamó para saber si todo estaba bien. Me preguntó si podía ya marcar la fecha de nuestro viaje. Y le dije que sí. Acordamos para el día 28 de noviembre.

Entonces, le enseñé el pasaporte a mi hermano. Y él me dijo que le parecía falso. Yo no me lo creía. Nelson también nos dijo que teníamos que pagarle cuatrocientos reales cada una por los gastos. Era su comisión.

Cuando llegó el día 28 tuve un problema: no conseguí reunir el dinero. Entonces, marcamos el viaje para el siguiente domingo. Y Fabiana viajó igual, porque fue la única que consiguió juntar el dinero. La cogieron en Madrid y la policía la deportó de nuevo para Brasil. Cuando llegó a São Paulo me telefoneó para contarme que había sido deportada. Como no le sellaron el pasaporte ella quería viajar de nuevo conmigo para el próximo domingo.

Mientras, yo arreglé mis cosas. Fabiana vino a casa. Compré ropa, un abrigo, zapatos, etc. Esas cosas normales. Arreglé mi maleta. El domingo por la mañana mi madre lloró, y me pidió que no viajase. Yo le dije que ya estaba todo decidido, que quería construir una vida propia, una vida mejor para mis hijos. Un vecino me llevó hasta la estación de autobuses de Tumbiara. Y mi familia me deseó suerte.

Un taxista portugués en Madrid

A las tres de la tarde llegué a Goiânia y fui al aeropuerto a recoger el billete. Viajamos las tres juntas, Fabiana, Leandra y yo. Fuimos para São Paulo y al día siguiente viajamos para Madrid.

Cuando llegamos a Madrid, nos estaba esperando un taxista portugués. Esto me pareció extraño. ¿Un taxista portugués en Madrid? Le pregunté que a dónde íbamos. Y él: - A Portugal. - ¿Cómo, a Portugal? Eso no es lo acordado, nosotras venimos para España. Él también se quedó asustado. - ¿No te han explicado nada? - No. Y fuimos todas para una ciudad en el norte de Portugal.

Allí le preguntamos a las chicas que cómo era aquello. Se quedaron todas calladas. Ahí empecé a desesperarme. Entonces, llegó a casa Joana, la encargada de la *boate*. Joana se presentó, nos preguntó qué tal estábamos. Yo le dije que no muy bien, porque nosotras habíamos acordado viajar a España, no a Portugal. Ella nos dijo que no había problema, que si queríamos podíamos ir a España, pero que allí íbamos a estar bien, y que nos iba a gustar trabajar allí.

Nos preguntó si queríamos trabajar esa noche, que no era necesario, pero que si queríamos podíamos empezar para conocer el lugar. Y fuimos a conocer la *boate*. *Muito bonita*, bien arreglada, aunque la *boate* estaba en medio del monte.

Nos explicó que teníamos que charlar con los clientes, tocarlos, besarlos... Pero, no se podía besar en la boca. La chica que besara en la boca al cliente llevaba una multa de cien euros. Si nos quedábamos más de media hora en la barra conversando con un cliente también era la misma multa. Nos explicó todo eso. Y hasta que no pagásemos todo el billete no podíamos tampoco tener un *namorado*. Eso no podía suceder. Los *programas* no se podían hacer dentro del club, por causa de la policía. Los *programas* se hacían en la casa.

Una brasilera, Luciana, nos avisó de que tuviésemos mucho cuidado con los clientes, que a ella la había violado un cliente, que en lugar de llevarla a la casa la llevó al monte y ahí la violó, y que en la *boate* nadie hizo nada por ella.

La primera noche nos quedamos observando. Todo me parecía extraño. Ver a los hombres llegar a la *boate* y sin conocerlos de nada pedirles para acostarse con ellos... Era todo muy extraño. Me quedé mirando cómo hacían las chicas. Había una brasilera que trabajaba muy bien. Se llamaba Adriana y a veces lloraba y decía que hacía ese sacrificio por sus hijos.

Aquella primera noche no tuve valor. Y tardé una semana en comenzar a trabajar. Joana fue convenciéndome. Me decía que no era fácil para ninguna.

El lunes siguiente fue mi primera noche de trabajo. Mi primer cliente fue un policía, de unos cincuenta años. Fue muy bueno conmigo. Se dio cuenta enseguida de que yo era principiante en ese trabajo. Le pedí disculpas por mi inexperiencia, y él me dijo que no pasaba nada, que estuviese tranquila. Y volvió otras noches y pasó conmigo.

Así fui trabajando... Pero, no todos los hombres eran igual de comprensivos. También había clientes brutos, sin educación. Una vez, uno me empujó contra la pared porque quería obligarme a hacer cosas que yo no tenía voluntad de hacer, no es necesario explicar ¿no?...

En la *boate* estábamos vigiladas. Había un portugués que nos acompañaba a todas partes y que luego les contaba todo a los dueños de la *boate*. Aquello era igual que una prisión.

En quince días hice tres mil euros. Trabajé de puta madre. Pagué el billete y todos los gastos: la diaria (siete euros), la comida, el taxi de Madrid a Portugal... Todo sumaba una deuda de tres mil euros. Leandra pagó el billete en menos tiempo, y Fabiana tardó un mes.

Nosotras no nos llevábamos bien con Joana. Alguien denunció al club y llegó la policía. Nos llevaron a comisaría y nos dieron una carta de expulsión a cada una. Eso pasó cuando ya llevaba unos ocho meses en el club. En aquella época trabajaba bien, ganaba bastante dinero y enviaba unos cuatrocientos euros para Brasil, a veces hasta mil euros.

Un señor de edad

Después conocí a un hombre, un señor de edad, que quería ayudarme. Tendría unos cincuenta y cinco más o menos y se llamaba Paulo. Pero, a mí no me gustaba. No quería enrollarme y él deseaba una relación seria. Era mucho mayor que yo, y me dijo que iba a sacarme del club.

Paulo me daba mucho dinero, me compraba ropa, etc. Pero, me recriminaba todo el tiempo. Me decía que yo no quería salir del club porque a mí me gustaba esa vida, la vida de una puta. Y eso me hacía daño.

Yo no quería marcharme con él. La diferencia de edad era muy grande. Nadie lo iba a aceptar. Y además, yo no le amaba. Entonces, él se enojó y empezó a amenazarme. Los portugueses son todos medio locos. Una vez llegó al club con una *faca*. Yo estaba tomando una copa con un cliente y él se acercó. Me dijo que quería hablar conmigo. Yo le contesté que no tenía nada de que hablar con él. Y entonces me cogió y me tiró del cabello. Ahí fue cuando me enseñó la *faca*...

Me amenazó. Me dijo que me iba a matar. Y el camarero y el encargado del club lo echaron de allí. Hasta hoy me sigue molestando, enviando mensajes por el móvil.

Vendidas

Cuando salí de Portugal, que la policía cerró el club, me fui para Pontearreas. Era un club donde el dueño del club de Portugal nos vendió a cada una de las chicas por mil euros. Éramos nueve chicas. Los dueños del club de Portugal nos llevaron en coche a todas para el club de Pontearreas.

Al llegar allí, en el club no estaba el dueño. Sólo estaba el camarero y él nos enseñó las instalaciones: las habitaciones, el salón, la cocina. Me gustó el sitio. El camarero nos preguntó que qué nos parecía. Los pases eran de cuarenta y de cincuenta euros. Teníamos que pagar diez euros de diaria. Y también ganábamos dinero con las copas. Pagabas los diez euros de casa y diez euros por los primeros cinco pases (diez euros por cada pase), y el resto era todo para ti.

El dueño era un tío muy legal. Nos avisó que tuviésemos cuidado, que la mayoría de los clientes en el club usaban droga y a veces podían dar problemas, que no nos envolviésemos con la droga porque no lo iba a aceptar. Era un patrón muy legal. Nos trató muy bien. Para salir teníamos total libertad. Pero, también nos avisó de que tuviésemos cuidado con la policía, que si nos cogían por la calle que lo llamásemos enseguida y él avisaría al abogado del club.

Comencé a trabajar un viernes. Fuimos antes a buscar todas nuestras cosas a Portugal. Allí sólo había cinco chicas. Empezamos a trabajar... Después, le pedí para trabajar en la limpieza del club y él me pagaba cuatrocientos euros.

El camarero era hermano del dueño. Trabajé allí durante cuatro meses. Allí fue donde conocí a Bruna y a Patricia. Cuando ellas llegaron yo estaba limpiando la habitación. Pero, a ellas no les gustó el club y me comentaron si quería marcharme con ellas. Me dijeron que yo podía venir a Lugo para trabajar en su piso. Al final, nos marchamos cuatro chicas para un club en Vigo. Nos fuimos Bruna, Patricia, Fabiana y yo. Sólo estuvimos un día en ese club. Era un sitio lleno de mujeres y no nos gustó. Fue cuando Bruna me dijo que no me preocupase, que estuviese tranquila, que ella me iba a ayudar. Y entonces nos vinimos juntas para Lugo.

La Guardia Civil

Recogí todas mis cosas y traje todo para Lugo, a casa de Bruna. Era mayo de 2006. Bruna habló con Ramiro, el dueño de “El Rayo de Luna” y arregló para que yo fuese a trabajar allí.

La primera noche que trabajé en “El Rayo de Luna” me hice seis pases y una copa. Fue en la época que tenía que mandar dinero para mi familia. Estaba loca por mandarle un regalo a mi madre porque era el día de la madre.

Después de una semana trabajando allí, una noche llegó la Guardia Civil. Me pidieron el pasaporte, me llevaron para el comedor, me dijeron que me sentase y me comenzaron a hacer un montón de preguntas:

- ¿Qué estás haciendo aquí?
- Adivine lo que estoy haciendo...
- No bromees, chica
- No, no estoy con bromas. Sólo respondo a la pregunta
- Muéstrame el pasaporte
- ¿Hace mucho tiempo que estás en España? ¿Por qué no has arreglado tus papeles?
- No he encontrado la manera
- ¿Por qué has venido a España?
- Porque en Portugal no ganaba suficiente dinero, y me dijeron que en España se ganaba bien.
- ¿Por qué no has buscado un trabajo?
- Este es un trabajo
- ¿Qué? ¿de prostituta?
- Sí, es un trabajo.

Entonces, él me dijo que me daba un mes para arreglar mis papeles. Al día siguiente no fui a trabajar. Tenía miedo, y me quedé en casa sin trabajar.

La policía

Después, fui a trabajar a “El Puerto”. No se trabajaba muy bien. Hacía uno o dos pases, alguna copa... El primer día que trabajé allá pasé con el hijo del dueño. Hicimos una salida y gané cuatrocientos euros. Después, le compré una televisión de 29 pulgadas a mi madre. Pero, en “El Puerto” no se trabajaba bien. Y allí fue donde me cogió la policía.

Nos mandaron colocar contra la pared. Éramos cinco chicas brasileras, dos venezolanas y la camarera, que también era brasileras. Nos llamaron a cada una y nos pidieron los pasaportes. Tuvimos que cambiarnos de ropa y nos metieron en el coche para llevarnos a comisaría. Luego, nos preguntaron si nos maltrataban en el club. Les dijimos que no. Y si el dinero se lo quedaban ellos. Y también respondimos que no. Aquello era un absurdo. Todo fue por una denuncia que había hecho una chica venezolana. Esa chica debía tres mil euros del billete y entonces hizo la denuncia. Era una alcohólica y se peleaba con todas las demás. Todo era falso.

Ahora esa chica es testigo protegido. Si la pillan el resto de las chicas la matan... No entiendo cómo pudo hacerlo. Si tenía algún problema con los dueños del club, tenía que resolverlo con ellos y no pagarlo con nosotras, que no teníamos culpa de nada. Todas hemos venido aquí para ganar nuestro dinero y conseguir una casa, cuidar de nuestra familia y buscar una vida mejor. Fue una persona muy cruel...

En la comisaría no me trataron bien. El jefe de Extranjería me trató muy mal. Como yo no hablaba bien español, se burlaba en mi cara. Es un tío ignorante y sin educación. Me dijo que íbamos a ser expulsadas, y que porqué teníamos que venir a este país. Nos trató como si fuésemos perros. Se dirigía a todas nosotras sin ningún tipo de educación. Sin embargo, los otros policías nos trataron bien.

Me cogieron a las once de la noche y salí a las nueve de la noche del día siguiente. Me trajo a casa Juan, el novio de una chica colombiana, que también estaba detenida. Llegué al piso cansada y con mucha vergüenza, porque salió todo en los periódicos y todo el mundo se enteró.

Al día siguiente, el dueño de “El Puerto” me llamó por teléfono y quería hablar conmigo. Me pidió que fuese a trabajar con él de nuevo. Él también estuvo detenido, al igual que nosotras. Vino al piso, me preguntó si quería ir a trabajar con él, que estaba sin chicas... Y me fui con él. En el piso había fiesta, porque estaban celebrando el aniversario de Bruna. Pero, yo me marché igual porque necesitaba ganar dinero.

Me quedé tres días en “El Puerto”. El dueño me prometió que me iba a ayudar con los papeles y no hizo nada. Por eso me marché otra vez. Luego, estuve en casa unos días. Después, me fui para As Pontes.

Los clubes

Bruna y yo fuimos juntas al club. Me quedé allí una semana y gané casi cuatrocientos euros. La dueña del club es una colombiana y al principio nos trataba muy bien. Pero, era una mujer muy celosa, y comenzó a meterse con nosotras. Como entonces ella era la única colombiana en el club a nosotras nos trataba bien. Éramos tres brasileras y una dominicana. Luego, llegó otra colombiana y entonces ella ya empezó a hacer *gracinhas* y a tratarnos diferente.

Regresé a casa. Y volví a “El Rayo de Luna” de nuevo. Me quedé una semana. La primera noche hice seis pases y una copa. Después, me hacía dos, tres pases. Luego, me empezó a doler la cabeza y tenía los ojos irritados por el humo. Me sentía muy cansada y entonces volví al piso. Fui al médico y me dijo que tomase un colirio y que descansase un tiempo.

La colombiana me llamó y me pidió que fuese a trabajar al club, porque no tenía chicas. Y volví al club de As Pontes. Trabajé una semana. Cuando llegué sólo tenía una brasileras y una africana. En toda la semana sólo gané ciento treinta euros. Un día trabajaba, dos días no trabajaba... Hubo algún día que no entró ni un solo tío.

Como no ganaba nada, llamé a Ramiro y le pedí una plaza. Regresé al club de Ramiro. Allí me iba mejor. Entonces aún se trabajaba. No como ahora, que ya no se trabaja nada, y que creo que van a cerrar el club. Luego, Ramiro dejó el club y yo dejé de trabajar allí.

Los pisos

En el mes de agosto comencé a trabajar en el piso de Bruna. Ella me dijo que era mejor trabajar en el piso porque en los clubes ganábamos poco. Entonces, ella colocó el anuncio en el periódico: “... *Bruna y Vanesa. Preciosas... 130 de pecho...*”

Comenzamos a trabajar. Había días que hacía un pase, otros tres, otros no hacía nada. Lo máximo que hice fue un día que hice cinco pases. Sólo trabajamos tres semanas porque después ya no estaba dando nada. No valía la pena.

Después, fui a trabajar al piso de Tania. Bruna ya la conocía y le envió un mensaje. Y Tania estaba necesitando chicas para trabajar en el piso. Fuimos. Hablamos con Tania. Nos explicó las condiciones: un pase de

veinticinco euros eran seis para ella y diecinueve para la chica; un pase de treinta euros eran diez para ella y veinte para la chica; un pase de cuarenta euros eran diez para ella y treinta para la chica. Pero, allí era muy difícil hacer pases de treinta euros. Trabajé una semana con ella. El primer día no hice nada. El segundo día hice un pase por la noche... Después, enfermé, tuve dolor de cabeza y no volví más.

Luego, volví para el club de Ramiro. Me quedé allí unos días. Sólo recuerdo un día que me hice seis pases en una noche.

A mí me gusta más trabajar en un piso. Aunque, en el piso entran menos clientes, son mejores y no son tan pesados. En los pisos los hombres van a follar directo y no discuten tanto los precios. No tienen aquella frescura toda. El piso es mucho más tranquilo y no viene tanto la policía. La última vez que estuve en el club de Ramiro vinieron otra vez los de Extranjería y todas las chicas salieron corriendo para esconderse en medio del monte. Yo también me escapé y me escondí entre los árboles. Sólo se quedaron en el salón las que tenían papeles.

En los pisos también se ven muchos hombres más viejos. Hombres de cuarenta, cincuenta, etc. Lo peor de trabajar en el piso es la seguridad. Estás más tiempo sola o con otra chica, y si llega un hombre para hacerte alguna maldad no tienes cómo defenderte. Y también la policía de Extranjería lo tiene más fácil para entrar, porque llegan y llaman a la puerta y se hacen pasar por clientes...

Los clientes

En Portugal conocí clientes buenos, que pagaban muchas copas. Allí tenía un cliente muy bueno, que me ayudaba mucho. Me pagaba siempre una hora, una hora y media, dos o tres copas... João era muy buen cliente.

Pero, no todos eran buenos clientes. Un día llegó un cliente, me pagó una copa y me preguntó cuánto costaba. Cincuenta euros. Y subimos a la habitación. Cuando terminamos, él no quería pagarme. Me dijo que las putas son putas y que no es necesario pagarles porque lo tienen que dar gratis. Me empujó contra la pared. Llamé al vigilante y entonces le dio unos golpes y le obligó a pagar.

Cuando vine a España, en Pontareas también hice buenos clientes. Había uno que era disminuido y siempre me pagaba copas. No hacía nada, nunca subía a la habitación. No hablaba mucho y también era celoso.

Tuve también un cliente muy bueno, que me pagaba una hora. Pero, los mejores clientes, perdona que te lo diga, son los drogadictos. Subes con ellos a la habitación y no quieren follar ni nada. Te pagan una hora o más y sólo quieren hablar o alguna caricia. Había uno que venía todos los viernes y cuando subía a la habitación conmigo me contaba su vida, tomaba coca y lloraba. A veces decía que yo era su hermana, otras decía que era su madre. Ese tipo de cosas que les pasa por la cabeza... Y pagaba muy bien, cincuenta euros cada media hora.

Con los drogadictos se trabaja muy bien. En “El Rayo de Luna” ya he estado también con drogadictos. Yo he tenido suerte con los drogadictos hasta ahora. Nunca he tenido problemas con ellos.

Una vez, un viejo vino al club. Me preguntó que cuánto era y subió conmigo. Empezamos a follar y él entonces comenzó a pasarme la mano por la *cona*¹⁷. A mí eso no me gusta, porque puede pasarte cualquier infección con las manos. Y era muy pesado. Follando a toda hora. Le dije que si continuaba así iba a llamar al camarero. Y él me dijo que yo era una mujer muy fría y que no valía nada, que todas las que estábamos allí en el *putero* no valíamos nada. Ahí yo llamé al camarero y habló con él. Y se marchó.

En “El Puerto” todos los clientes eran muy tranquilos. No conocí a ningún pesado. En “El Rayo de Luna” hay alguno sin educación, pero, en general, bien.

La diferencia entre los portugueses y los españoles es que los portugueses son más fáciles de seducir. A los españoles les gustan más las chicas bonitas, delgadas, etc. Los portugueses son también más cariñosos y te tratan bien. Da igual lo que hagas con ellos en el cuarto, que después te tratan bien. Sin embargo, los españoles son más fríos. Y hay algunos que parecen que les damos como asco, que no quieren ni que los toques. Yo prefiero a los hombres más comunicativos y cariñosos.

Un día estaba en el club y llegaron dos brasileros. Me pareció muy interesante lo que estaban hablando. Me preguntaron cuánto tiempo llevaba aquí en España. Me contaron que ellos también lo habían pasado muy mal aquí, que a los españoles les gusta mucho explotar a los extranjeros y que aquí a la mayoría de la gente no le gustan los extranjeros y es muy difícil hacer amistad con españoles. Me dijeron que iban a trabajar dos años más y

¹⁷ Coño, en gallego.

después se marcharían para Brasil, y que no deseaban regresar nunca más. Yo les dije que en todos los países hay de todo, y que a mí no me importan demasiado esas cosas, porque yo no puedo cambiar la manera de ser de las personas de aquí. Yo tampoco hago mucho caso de lo que cuentan mis paisanos. Hay gente que habla de más.

El condón y las enfermedades

Hay clientes buenos y hay clientes pesados. En el club de Ramiro lo que más hay son clientes que quieren follar sin condón. Pero, no todos los hombres son así. Algunos clientes ya piden ellos hacerlo con el preservativo. En Brasil ya lo usaba, excepto con mi marido.

En mi país hay más conciencia con esas cosas porque hay mucha gente que tiene el sida y hay mucho miedo al contagio. Aquí, en España es distinto, los hombres no son conscientes de esa realidad. Ni se cuidan ellos ni tampoco por sus esposas. Por ejemplo, mi suegro, que era camionero, una vez llevó a una chica en el camión y lo hizo con ella y se contagió, porque la chica tenía el sida y ellos no usaron el condón. Después, él se lo pasó a mi suegra y luego fallecieron los dos. Por eso es muy importante hacer los exámenes médicos. Yo ya he visto mucha gente sufrir... *¡Nossa!* Tengo una amiga que también tiene sida. Yo ya me hice un examen en Portugal. Aquí aún no, aunque quiero hacerlo. Por eso estoy sacando ahora la tarjeta sanitaria.

Aún usando el condón, existe riesgo. A veces los condones se rompen y hay algunos clientes que también los rompen a propósito. Dicen que así ellos sienten más placer. Te piden: por favor, hagámoslo sin condón. Y te cuentan que son sanos, que no hay ningún peligro... *¡Nossa!* No saben lo que dicen. Si hay riesgo de que se rompa el condón, imagínate si no lo utilizas...

Prevenir es bueno, porque así se evitan los riesgos del contagio de enfermedades y también los riesgos de quedarse embarazada. Muchos de los clientes son hombres casados y después pueden contagiar a sus mujeres, a su familia. Una vez, un cliente me ofreció ¡mil euros! por hacerlo sin condón. Le dije que mi vida vale más de mil euros, y él me contestó que si yo estaba trabajando de puta tenía que aceptar cualquier riesgo. Me marché y lo dejé hablando solo, no iba a ponerme a discutir con un tipo con tan poca clase.

Una vez, cuando estaba en Portugal, me pasó que llegó un cliente y que luego subió ese cliente conmigo a la habitación. Y cuando fui a lavarlo, ya vi que estaba enfermo. No dijo nada. Le puse el condón y follamos. También usé un preservativo femenino. Traje preservativos femeninos de Brasil y aquí en el piso también los venden. Un paquete de cuatro condones cuesta doce euros.

La competencia

Pero, últimamente el trabajo está muy mal. Hay muchas mujeres y en cualquier esquina hay mujeres que lo hacen gratis. No se gana tanto dinero como antes. Las que cuentan que ganan mucho, yo creo que están mintiendo. Por eso he dejado de trabajar y he comenzado a trabajar en un restaurante, aunque es difícil porque no tengo papeles...

Hoy en día vienen muchas chicas para trabajar en la prostitución. Se gana dinero, pero hay mucha competencia. Sin embargo, yo creo que no volvería a viajar a España para esto. No vale la pena. Me gustaría venir, pero con contrato, y para trabajar en otra cosa...

Y hay mujeres a las que les gusta, que disfrutan trabajando en los clubes y acostándose con todos esos hombres. Pero, yo no. Yo esperaba otra cosa de este país. A pesar de que hay muchas personas buenas, aquí también hay mucha gente mala.

La prostitución acaba mucho con el cuerpo de una mujer. Es un trabajo que agota mucho y que acaba con la persona. Y hay mucho riesgo, puede reventar un condón y contagiarte una enfermedad. Y esos hombres malos... ¡Ave María! No quiero ni pensarlo... Y había días que llegaba a casa a las ocho de la mañana, y a lo mejor para no haber hecho un solo pase.

FOTOGRAFÍAS

LETICIA



PATRICIA ELIENE



CAMILA



SANDRA Y VIVIAN



MARCELA Y XUXA



CUESTIONARIO

CUESTIONARIO

Fecha:

Lugar:

1.- DATOS PERSONALES

1. Nombre:

2. Fecha de nacimiento:

3. Estado civil:

4. Profesión de la madre:

5. Profesión del padre:

6. Nivel de estudios:

7. ¿Tienes hijos?

Sí

No

¿Cuántos? : Número:

Edad:

8. ¿Tienes pareja estable en este momento?

Sí

No

9. ¿Tienes regularizada tu estancia/residencia en España?

Sí

No

10. Permiso de Residencia

Sí

No

11. Permiso de Trabajo

Sí

No

2.- NIVEL SOCIOCULTURAL

12. Escritor preferido:

13. ¿Cuál es el libro que más te ha gustado?

.....

14. Último libro que has leído:

.....

15. Músico preferido:

16. Actor/actriz preferido:

17. ¿Cuál es tu película preferida?

18. Mejor programa de TV:

19. ¿Qué revistas consultas?

.....

20. ¿En qué ocupas tu tiempo libre?

- Ver la televisión
- Escuchar la radio
- Escuchar música
- Ir al cine
- Leer
- Escribir
- Visitar amigas/os
- Salir con amigas/os
- Hacer deporte
- Ir a bailar, discotecas
- Internet

Otros:

21. Político español:

22. Político gallego:

23. Líder político más admirado:

24. Describe brevemente la situación política de tu país:

.....
.....

25. País en el que te gustaría vivir:

26. País en el que no te gustaría vivir:

27. ¿Cuál es tu prototipo de hombre?

28. ¿Eres miembro de alguna asociación?

Sí No ¿Cuál?

3.- MIGRACIÓN

29. ¿Por qué decidiste viajar a España?

.....
.....

30. Antes de iniciar el viaje, ¿sabías que ibas a trabajar en la prostitución?

Sí No

31. ¿Te informaron adecuadamente en tu país sobre tu trabajo en España?

Sí No

32. En algún momento ¿te has sentido engañada?

Sí No ¿Por qué?.....

.....

33. ¿Dónde estuviste trabajando al principio, cuando llegaste a España?

.....

34. Desde tu llegada, ¿has viajado a tu país nuevamente?

Sí No ¿Con qué motivo?

.....

35. ¿Te prestaron dinero para venir a España?

Sí

No

¿Quién?

.....

4.- FAMILIA

36. ¿Mantienes contacto con tu familia en tu país?

Sí

No

¿Cómo?

¿Con qué frecuencia?.....

37. ¿Con quién viven tus hijos?

38. ¿Conoce alguien de tu familia que estás trabajando en la prostitución?

Sí

No

¿Quién?

5.- PERCEPCIÓN

39. ¿Cómo te consideras?

Guapa

Normal

Fea

40. ¿Te preocupa mucho tener un cuerpo bonito?

Sí

Un poco

No

41. ¿Qué parte de tu cuerpo te gusta más?

.....

42. ¿Qué parte de tu cuerpo les gusta más a tus clientes?

.....

43. ¿Te consideras una mujer atractiva?

Sí

No

44. ¿Qué es lo que más les gusta a los hombres de ti?

.....

45. ¿Te gusta el deporte?

Sí No

46. ¿Practicas alguno?

Sí No ¿Cuál?

47. ¿Qué haces para mantener una buena apariencia física?

- Nada
- Ejercicio físico
- Ir al Gimnasio
- Maquillaje
- Vestir bien

Otros:

6.- DATOS SOCIOECONÓMICOS

48. ¿Cuál es aproximadamente la media de tus ingresos?

- Por un servicio (estándar):
- A la semana:
- Al mes:

49. ¿En qué empleas tu dinero?

.....

50. ¿Envías dinero periódicamente a tu país ?

Sí No

51. ¿A quién envías ese dinero?

.....

52. ¿Con qué finalidad envías ese dinero?

.....

53. ¿Cuánto dinero aproximadamente envías a tu país?

- A la semana:
- Al mes:
- Cada tres meses:
- Al año:

54. ¿Ahorras dinero para el futuro?

Sí No ¿Con qué fin?

.....

7.- ACTIVIDAD PROFESIONAL

55. ¿Con qué edad comenzaste a trabajar en la prostitución?

56. ¿Cuál fue el motivo principal que te llevó a empezar a trabajar como profesional del sexo?

.....

.....

57. Alguna otra causa que influyó en esta decisión:

.....

.....

58. ¿Cómo ves la prostitución?

- Como un negocio
- Como un trabajo o profesión
- Como explotación de la prostituta
- Como un trabajo temporal
- Como un estilo de vida
- Como un modo de conseguir ingresos complementarios

Otras:

59. ¿Crees que la prostitución cumple una función social?

Sí No ¿Cuál?

.....

60. En tu prototipo de sociedad ideal, ¿existe la prostitución?

Sí No

61. ¿Consideras que la imagen que tiene la población general sobre la prostitución es acorde con la realidad?

Sí No

62. Como prostituta, ¿te has sentido o te sientes discriminada?

Sí No ¿Por quién?

63. Lugar en el que desarrollas tu trabajo:

64. Si pudieras, ¿qué aspectos cambiarías en el ejercicio de tu profesión?

.....
.....

65. ¿Qué sentimientos te inspiran las personas que demandan tus servicios sexuales?

- Lástima
- Admiración
- Rechazo
- Respeto
- Indiferencia

Otros:

66. ¿Alguna vez te has enamorado de un cliente?

Sí No

67. Considero que uno de los principales problemas de la prostitución es actualmente:

- La violencia
- El estigma social
- La falta de derechos socio-laborales
- Las enfermedades contagiosas

Otros:

68. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando como prostituta?

.....

69. De todos los empleos que has tenido, ¿cuál estaba mejor pagado?

.....

70. ¿Estás a favor o en contra de que las prostitutas se auto-organicen con fines profesionales y reclamen derechos tales como libertad de ejercicio, Seguridad Social y sindicación?

- A favor
- En contra

71. ¿Consideras que el ejercicio de la prostitución debe someterse al pago de impuestos regulares como cualquier otro trabajo?

- Sí
- No

72. ¿Estás a favor o en contra de que se legalice en España la actividad de la prostitución?

- A favor
- En contra

73. ¿Qué tipo de servicios sexuales realizas con tus clientes?

- Coito vaginal
- Penetración anal
- Masturbación
- Felación
- Cunnilingus
- Lluvia dorada
- Trío
- Lésbico
- Orgía
- Beso negro
- Introducción de objetos
- Sado-masoquismo

Otros:

74. ¿Tu pareja conoce tu actividad en la prostitución?

- Sí
- No

8.- COMPORTAMIENTO SEXUAL

75. ¿Cómo te consideras en la cama?

- Buena
- Normal
- Mala

76. ¿Sueles sentir placer o tener orgasmos con tus clientes?

- Nunca
- Algunas veces
- Con frecuencia
- Siempre

77. ¿Sueles sentir placer o tener orgasmos con tu pareja en tu vida privada?

- Nunca
- Algunas veces
- Con frecuencia
- Siempre

78. ¿Qué tipo de actividad sexual practicas en tu vida privada?

- Coito vaginal
- Penetración anal
- Masturbación
- Felación
- Cunnilingus
- Lluvia dorada
- Trío
- Lésbico
- Orgía
- Beso negro
- Introducción de objetos
- Sado-masoquismo

Otros:

79. ¿Qué tipo de actividad sexual te reporta más placer?

.....

80. ¿Existe alguna práctica que te niegues a realizar con tus clientes? ...

.....

.....

81. Edad de la primera relación heterosexual:

82. ¿Cómo definirías tu conducta sexual en tu vida privada?

- Heterosexual
- Lesbiana
- Bisexual

Otra:

83. Edad de la primera relación homosexual:

84. ¿Mantienes actualmente relaciones homosexuales?

- Sí
- No

9.- SALUD

85. ¿Qué problemas de salud tienes o has tenido en el pasado?

- Ninguno
- ETS
- Infecciones vaginales
- Depresión
- Insomnio

Otras:

86. ¿Tienes tarjeta sanitaria?

- Sí
- No

87. ¿Has acudido alguna vez al médico en España?

- Sí
- No

88. ¿Te has sometido a alguna operación de cirugía estética?

Sí No ¿Cuál?

89. ¿Cuándo trabajas utilizas el preservativo?

- Siempre
- Algunas veces
- Nunca

90. ¿Utilizas el preservativo con tu pareja?

- Siempre
- Algunas veces
- Nunca

91. ¿Alguna vez has sufrido una agresión sexual?

- Sí
- No

92. ¿Con qué periodicidad te haces controles médicos de SIDA y ETS?

- Cada mes
- Cada 3 meses
- Cada 6 meses
- Una vez al año
- Nunca

10.- CONSUMO DE DROGAS

93. ¿Bebes alcohol?

- Nunca
- Algunas veces
- Sólo cuando trabajo
- Con frecuencia

94. ¿Qué tipo de bebida prefieres?

95. ¿Fumas?

- Sí
- No

96. ¿Qué drogas has consumido a lo largo de tu vida?

- Marihuana/Hachís
- Cocaína
- Heroína
- Anfetaminas
- Alucinógenos
- LSD
- Barbitúricos
- Éxtasis
- Ninguna

Otras:

97. ¿Qué drogas consumes en la actualidad?

- Marihuana/Hachís
- Cocaína
- Heroína
- Anfetaminas
- Alucinógenos
- LSD
- Barbitúricos
- Éxtasis
- Ninguna

Otras:

11.- RELIGIÓN

98. Religión:

99. ¿Vas a la iglesia con frecuencia?

- Sí
- No

100. ¿Practicas algún tipo de culto o magia?

Sí No ¿Cuál?

**ANUNCIOS
Y
NOTICIAS DE PRENSA**

El Progreso, jueves 2 diciembre 2004

TRAVESTI GISELE **NOVEDAD**

 19 AÑOS
 NIÑATA
 ÚLTIMOS
 DÍAS
686.40.75.76

AGENCIA DE CONTACTOS solicita hombres y mujeres para encuentros esporádicos. Altos ingresos. Discreción. 902-365-580.

TRAVESTI CINTYA PECHOS EXPLOSIVOS, cuerpo espectacular, activa-pasiva. Vicio a tope. 690-389-005.

YAMILETH
 Te acompaña en todas tus fiestas y fantasías
 Discreta. Besucona.

PAOLA
 Amable. Madurita.
 Cariñosa. Masajes.
 Disfruta conmigo.
669.619.716
982.815.692

806-506-504 **TAROT SOLUCIONES** icon-súltanos! (Rf. 1,06 Rm. 1,36). Visa: 902-014-662.

ZULLI MORENAZA 19 AÑITOS delgada, francés, griego, consolador, ven seguro que repetirás. 24h. 687-231-286.

ROSA DELICIOSA MULATA 140 pecho, especialidad francés completo a pelo de rodillas. Beso negro. Consoladores. 24h. 699-032-811.

"**YULI**" **MUY CARIÑOSA** ven y disfrutarás sin prisas. 619-840-014.

TRAVESTI MALU, TODA VICIO: activa-pasiva. ¡La polla más grande y gorda de Lugo! 24h. 610-95-62-49.

803-403-056. Prohibidos. 803-420-178. Contactos. 803-420-331. Adultos. Fijo 1,09. Móvil 1,44. OroInternet.

PORNOGRAFIA GRABADA 803-317-072. Mayores 18.

SOLO ESCUCHA 803-317-063. Mayores 18.

LUGO CONTACTOS rápidos, exclusivamente particulares. Seriedad. 803-523-222. Envía **CRIS** 7292

ASOCIACION MUJERES LIBERALES necesita para contactos esporádicos. 902-116-731.

CARIÑO LLAMAME a mi móvil ahora. Estoy caliente. 616-438-710.

MUJER CASADA ofrece sexo real sin intereses económicos. 616-452-621.

TRAVESTI VANESSA
1ª VEZ LUGO
 * 20 AÑOS
 * DOTADA
 * TODOS LOS SERVICIOS
 TE ESPERO 24 HORAS
628.053.655



ENVIA ROSA AL 5077 para sexo conmigo sin compromiso.

SILVANA CACHONDA MORENAZA ESPAÑOLA, te la chupo de rodillas, griego. Salidas. 24h. 679-055-913.

YESICA RUBIA MADURITA TETONA, francés, griego, vibradores. Salidas. 24h. 610-616-936.

ADICTA AL SEXO sin esperas 803-514-504. Mayores 18. Minuto 1,09 euros. Fijos 1,51 euros móviles. IVA incluido. Apdo. 181. CP-17600.

TRAVESTI NOVEDAD REBECA, morena de escándalo, guapa, femenina, activa-pasiva. Superdotada. Discreción. 666-823-583.

RAQUEL!... CACHONDA... viciosa... complaciente... francés... lluvia... vibradores... sin prisa. 660-022-318.

¡SOFIA! 20 AÑOS... rubia... delgada... complaciente... francés... lluvia... vibradores. 680-502-949.

¡¡¡DANIELA, ESPECTACULAR MORENAZA!!! 110 pecho, francés natural, cubana. Desplazamientos. 606-235-120.



Todas tus fantasías con tu ama
Claudia.
Tel: 660 669 361

¡¡NOVEDAD GABRIELA, LINDISIMA BRASILEÑA!! recibo en lencería. 24 horas. 982-222-563.

¡¡¡ERIKI, GUAPISIMA RUBIA DELGADA!!! caliente... masajes relajantes. Strepptase. Salidas. 982-222-563.

¡¡¡RENOVACION, VANESA, RUBIA SENSUAL!!! 120 pecho, coñito húmedo. Lésbico. 982-222-563.

GABRIELA

618.075.676

SUPERTRAVESTI LISA. Novedad. Negrita portorriqueña. Guapísima. Cuerpo escultural. Potentísima erección. Hiperdotada. 28 centímetros auténticos (sin engaños). Completísima. Vivo sola. Piso discretísimo. 24 horas. 600-334-253.

GALLEGA MARISA 32 AÑOS dulce, cariñosa, si buscas compañía, llámame. Apartamento privado. 678-981-095.

VALERIA... CINCUENTONA guapa. Coñito velludo. Besucona. Complaciente. Sin prisa. 628-040-425.



ORIENTALES
 Chicas varias
 Masajes,
 Francés sin ...
 Salidas, 24 horas
 Todos los servicios
 Lugo
TEL:620 563 468

¡¡¡NOVEDAD VIKY 18 AÑITOS!!! no te echaré un polvo... ¡te haré el amor! 982-222-563.

ZULLY MADURITA
Ven seguro que repetirá
666
365
183



AGENCIA DE CONTACTOS solicita hombres y mujeres para encuentros esporádicos. Altos ingresos. Discreción. 902365580.

iii TANIA DAMA ELEGANTE!!! 35 años, 130 pecho, ardiente, cariñosa. 982-22-23-10.

JAPONESAS
RECIENTE LLEGADAS
3 CHICAS JOVENES
Masajes, francés
sin, griego
24 horas
40 euros
628 462 959

VENEZOLANA RUBIA BUEN CULO. Francés natural, griego, masaje, beso negro, besucona, cachonda. 24h. 618-23-40-95.

CRISTAL RUBIA GUAPISIMA JOVENCITA. Supercuerpazo, lesbica. Lluvia "60". 24h

iii ANABEL, NIÑATA CON CLASE!!! Para tus momentos íntimos... Discretísima... 982-22-25-63.

iii SEXSIMBOL, JOY, BRASILEÑA!!! Encantadora, joven modelo. Besucona. Cariñosa. Tríos. 982-22-25-63.



¿QUIERES JUGAR CONMIGO?
HARE REALIDAD TU SUEÑO
LLENAME, TE ESPERO 24 H.
996.061.150

iii SOFIA SALMANTINA, MUY DISCRETA!!! soy una máquina sexual. Pruébame. Repetirás. 982-24-56-58.

iii DANIELITA, MORENAZA ELEGANTE!!! no profesional. Pechazos, masajes relajantes. Cariñosa. 982-24-56-58.

VIUDA 38 AÑOS
Primicia en Lugo
Rubia explosiva,
juguetona
Cuerpo escultural
Una loba en la cama
Griego profundo,
francés sin,
beso negro
Lluvia dorada
Ninfómana
Te lo comeré todo
655 391 554

PISO PLAYBOY VILLAMIL chica niñata rubia. 627-161-575. Travestis auténticas. 667-867-681.

SILVIA MADURITA CALIENTE ATRACTIVA cuerpo espectacular. Besucona, complaciente, experta. Me gusta sexo oral. 666-873-583.

ii NOVEDAD VILLALBA!! Milena 20 añitos, folladora, beso boca, viciosa. 627714746.

TRIO "LAS PERIGUETES"
EXPLOSION EN LA BARRA
ARDIENTE Y SEXUAL.
¡VEN A JUGAR CON NOSOTRAS!



SOLO 40€
24 HORAS
2 A ELEGIR!!
982.20.31.16

VILLALBA. Rubia cincuentona, caliente, coñito velludo. Todos servicios. Discreción. 62804425

BARBARA RUBIA JOVENCITA cariñosa, complaciente. Discreta, limpia. 30 euros. 619-619-713.

BEATRIZ JOVEN cuerpo de barbie. Discreción. Recibo sola. 30 euros. 629-378-900.

RECIENTE SEPARADA 38 años, rellenita, contactaría con señores solventes. Máxima discreción. Apartamento privado y hotel. Lugo, ciudad. 677-889-616.

CHICO PARA CHICO 29 años, latino. Bien dotado, apartamento privado y hotel. Total discreción. Lugo ciudad. 687-459-463.

TRAVESTI AMANDA dulce niñata, brasileña, viciosa, completa. 24 horas. 662-183-053.

ii SUSANA MADURITA!! cariñosa, complaciente. Aprende conmigo. Recibo sola. Repetirás. 639-006-983.

NOVEDAD ANDREA! 23 años, sexy, guapa, complaciente, pechos enloquecedores. Francés natural. 30/e. 649-618-213.

ABUELITA INSACIABLE rellenita, pechugona, juguetona, una pantera en la cama, boquita caliente, compeltisima. 639-465-603.

650-314-495.



MARCOS gustando feminizarme. Sumiso, desearía compartir fantasías. Tener sitio. 699-82-38-73.

TRAVESTI MALU 120 PECHO. Activa-pasiva. 24 centímetros reales. 24h. 610-956-249.

AMANDA CALIENTE Y CACHONDA. Ház-melo a tope iacábate en mi bocal. 24h. 610-616-944.

GALLEGA MORENA
Estudiante 18 años
1,70 y 100 pecho
Francés sin
bebido
Ap. privado y
hotel
Lugo ciudad
610 698 540

TRAVESTI MADURITA ENSEÑO PRINCIPIANTES, activa-pasiva, buen pene. 24h. 600-028-871.

SARA, BRASILEÑA PRECIOSA!!! Vibrará con mi lengua ardiente. Compruébalo. 982-22-25-63.

RUBIA DOMINANTE
19 años, pechos perfectos
Masajes eróticos
Ap. privado y hotel
Máxima discreción
Lugo ciudad
695 998 720

JULIANA, MORENAZA JUGUETONA!!!
Polvos prolongados. Placeres intensos. Algo diferente. 982-22-25-63.

SUPERNOVEDAD RAQUEL BRASILEÑA, GUAPISIMA!!!lésbico real. Beso negro. P.-Japonesas. 982-222-563.

MARISA. Gallega, 34 años. Supercariñosa. 12 mañana 11 noche. Recibo sola. 678981095.

TRAVESTISSIMA TAMARA
Primicia en Lugo
Lujuria, fantasía y sexo
Morenaza, 180 pecho
Pornográfica
Tragaré toda tu leche
Dotación XXL
Beso negro
Sadomasoquismo
Repetirás
678 179 694

MARIBEL GALLEGA 32 AÑOS solo desplazamientos, hoteles, domicilios. Caballeros alto Standing 200 euros/hora. 639968278.

LUNA! 18 AÑITOS... delgada... besos lengua. Francés sin. completísima. 680-502-949.

OFERTA ÚNICA
30€
Pague 1, eche 2



7 chicas cachondísimas. Discreción total. Compruébalo. 24 h. 660 669 361 982 222 563

NOVEDAD!! ESPAÑOLITA NO PROFESIONAL independiente, atrevida, alegre, cariñosa, jovencita. Preferentemente hotel, domicilio. Abstenerse indiscretos. 677-37-94-20.

SEÑORA CARIÑOSA recibo sola. 626-655-622.

RAQUEL.... MADURITA... ARDIENTE... sexo velludo, besucona, francés... lluvia... vibradores. 660-022-318.

GUAPA, SEXY, CARIÑOSA complaciente. Recibo sola. 24 horas. 628-613-041.

YULI Y DANIELA discretas, elegantes, cariñosas. Ven disfrutarás. Sin prisas. 619-840-014.

SUPERNOVEDAD
23 años.
Salidas.
Recibo sola.
Mínimo
50 euros
649 012 044

TRAVESTI ROCIO ESPAÑOLA (SUPERNOVEDAD!) guapísima, rubia, 130 pecho. Dotación bestial, clase, cara, cuerpo. ¡Sorprendetel. 690-751-888.

TRAVESTI NOVEDAD SIRENA FEMENINA 21 añitos, cariñosa, griego ardiente, erección asegurada. ¡Córrete conmigol. 24h. 699-21-82-25.

TRAVESTI RUBIA CUERPAZO MADURITA. Especialmente principiantes. Francés terminado. Disponible 24h. 676-26-55-70.

GALLEGA!! PAULA 24 AÑOS guapa, ardiente, cariñosa, repetirás. Salidas. 645-616-447.

MONICA, MORENITA ARDIENTE cariñosa, complaciente, ven. Disfrutame. ¡te gustará!. 660-698-762.

MARA 23 AÑOS viciosa, ardiente, insaciable, sin prisa. 679-373-447.

El Progreso
viernes, 29 abril 2005

YULI Y DANIELA discretas, elegantes, cariñosas, disfrutará. Sin prisas. 619-840-014.

SUPERNOVEDAD... 20 AÑITOS... rubia... pechugona... cariñosa... sin experiencia. 605-335-217.

1ª VEZ



TRAVESTI MELISA
140 pecho
26 cms.
Besucón.
Viciosa.
Bravísima.

667.867.681
www.thebestoftravesti.com

MARISA, Gallega, 34 años. Supercariñosa. 12 mañana 11 noche. Recibo sola. 678981095.

MIMOSAS!!!!
VALENTINA, PAOLA
669-619-716, 982-815-692.

VILLALBA ESTRENO!! Anabel, alta, blanca, pelo largo negro, coño negro velludo. 653465399.

TRAVESTI SIRENA
24 AÑOS NOVEDAD



699 218 225

GALLEGA!! PAULA
24 AÑOS guapa, ardiente, cariñosa. Repetirá. Salidas. 645-616-447.

EMPRESA ALTO ESTANDING busca hombres. Trabaja con

VENEZOLANA RUBIA BUEN CULO francés natural, griego, masaje, beso negro, besucón, cachonda. 24h. 618-23-40-95.

AMANDA CALIENTE Y CACHONDA házme lo a tope. ¡Acabate en mi boca!. 24h. 610-616-944.

CRISTAL RUBIA GUAPISIMA JOVENCITA. Supercuerpazo, lésbico, lluvia, "69". 24h. 650-314-495.

NEREA RUBIA 110 PECOHO, delgada, francés natural, masajes, supercompleta. Salidas. 24 h. 650-733-319.

ANGELA Gallega morena 18 años 1,70 - 100 pecho Francés sin, bebido Ap. privado y hotel Lugo ciudad 610 698 540

SUPERNOVEDAD RAQUEL, BRASI-LENA GUAPISI-MA!!!! lésbico real. Beso negro. P-japonesas. 982-22-25-63.

ANABEL, NIÑATA CON CLASE!!! para tus momentos íntimos... Discretísima... 982-22-25-63.

DIANA 19 añitos Rubia explosiva Pechos jugosos Tríos Lugo ciudad 695 998 720



Ven a disfrutar de nuestra playa PAGA UNO ECHA DOS POR SOLO 30€ 24 H de placer 982 22 25 63 660 669 361

PALOMA RUBIA BESUCONA vibradores. Beso negro. Francés natural. Griego. 982-81-21-38.

TRAVESTI ROCIO NOVEDAD. Guapísima andaluza, 130 pecho, 22 dotación. Clase, cara, cuerpo. ¡Alucinante!. 690-751-888.

TRAVESTI SUPERNOVEDAD MAIKA. (Gallega). Rubia despampanante. 150 pecho, 26 centímetros. ¡Sorpréndete!. 620-688-789.

SUSANA MADURITA!!! cariñosa, complaciente. Aprende conmigo. Recibo sola. Repetirá. 639-006-983.

NOVEDAD ANDREA! 23 años, sexy, guapa, complaciente, pechos enloquecedores. Francés natural. 30/e. 649-618-213.

RUBIA Y MORENA viciosas y completas. De 9 a 22h. 610-854-668, 639-46-56-03.

CARMEN, gordita cachonda. Francés sin. Apartamento privado. Lugo ciudad. 677-889-616.

CHICO PARA CHICO, 29 años. Latino. Bien dotado. Apartamento privado y domicilio. Discreción. Lugo ciudad. 687-459-463.

ABUELITA INSACIABLE rellenita, pechugona, juguetona, una pantera en la cama, boquita caliente, completísima. 639-465-603.

DISCRETA. 619-37-92-88.

SEÑORITA GALLEGA bonita y cariñosa. 60 euros. Discreción total. 606-569-857.

La decisión judicial sienta un precedente para clarificar la relación laboral

La AN dice que la prostitución es un "arrendamiento de servicios"

La sala de lo social de la Audiencia Nacional ha reconocido el derecho de la Asociación Nacional de Empresarios *Mesalina*, que agrupa los establecimientos públicos hosteleros que dispensan servicios a terceros ajenos a estos locales que ejerzan el alterne y la prostitución por cuenta propia, a formalizar su inscripción en el registro

de asociaciones correspondiente. La decisión judicial considera este tipo de prostitución como un arrendamiento de servicios frente a la relación de contrato que supone el alterne, donde sí que existe una dependencia laboral. La posibilidad de inscribirse como autónomas en la Seguridad Social es "otro caballo de batalla".

VALENCIA. AGENCIAS

Los abogados de la asociación, Miguel Navarro y Cristóbal Fernández, explicaron el significado de esta sentencia que, afirmaron, "no innova" pero "aclara, define y pone cada actividad en su sitio". Los letrados afirmaron que se trata de la primera vez que un tribunal se ha pronunciado "de manera clara" sobre lo que es la prostitución y la define como arrendamiento de servicios.

La asociación *Mesalina* surgió primero en el ámbito de la Comunidad Valenciana donde la Administración también se opuso a inscribirla en el Registro autonómico, aunque un juzgado de lo social les dio la razón. En este caso, esta instancia judicial no entró al fondo del asunto. Sin embargo, al promoverse este grupo a nivel nacional, el Ministerio de Trabajo también rechazó la inscripción, decisión que fue recurrida ante la Audiencia Nacional que se ha mostrado a favor de la petición, y califica esta actividad como arrendamiento de servicios.

"No se da una relación entre empresa y prostituta sino entre ésta como arrendadora de un servicio y su cliente como arrendatario", indicaron y añadieron que, posteriormente, habrá otro tipo de contrato de arrendamiento



Un tribunal se pronunció de "forma clara" sobre la prostitución

miento entre la persona que ejerce la prostitución y el establecimiento al reservar una ha-

bitación o hacer cualquier tipo de consumción, pero como cualquier cliente.

Así, subrayaron que las personas que ejerzan la prostitución irán a aquellos establecimientos donde "obtenzan más satisfacción en su actividad profesional" y el empresario deberá "velar" para que su establecimiento "atraiga" a unos y a otros, en referencia a estas personas y a sus propios clientes.

De acuerdo con los letrados, las personas que ejercen la prostitución son unas "clientas" más a las que los empresarios hosteleros no tienen por qué imponer cómo deben ejercer su actividad y sobre las que la "única criba" que se puede hacer es la relativa al derecho genérico en cualquier establecimiento de reservarse la posibilidad de admisión.

"Cualquier norma que se impusiera por parte de la empresa supondría que existe una relación que está prohibida por el derecho", señalaron y subrayaron que la ley "prohíbe que el empresario intervenga" en la cantidad que cobran por su actividad o incluso que "se toque el dinero".

Preguntados si a raíz de esta resolución judicial estas personas tendrán que darse de alta como autónomas en la Seguridad Social, señalaron que pueden hacerlo, aunque no existe ningún epígrafe en este organismo al que se pueda adscribir su actividad como tal.

La proliferación de estos negocios obliga a los investigadores a diseñar nuevas estrategias

La policía vigila la concentración de inmigración ilegal en pisos de citas

Las comisarías atienden quejas de vecinos que se sienten perjudicados por esta actividad

N.M. | SANTIAGO

■ La policía ha empezado a vigilar más de cerca un negocio que esté en auge, pero no tanto por el tipo de actividad de la que se trata como por su vinculación con la explotación y, sobre todo, con la concentración de buena parte de la inmigración ilegal.

Se trata de la prostitución en pisos y viviendas particulares, una actividad que, como tal, no está penalizada en España, así que hay que hilar fino para detectar infracciones administrativas —en el caso de la inmigración ilegal— o posibles delitos contra los trabajadores, de los que también hay constancia.

Esta misma semana, la policía de Santiago detenía a siete personas en una docena de pisos del Ensanche compostelano, una zona donde las casas de citas van en aumento. Es algo que se puede constatar en los anuncios de prensa o en las páginas de Internet que ofrecen información, con todo lujo de detalles, sobre los servicios que ofrecen en un primero B, en un segundo A o en un tercero C de calles céntricas y caras como Xeneral Pardiñas, o de estudiantes como la rúa Nova de Abaixo, Frei Rosendo Salvado, Santiago de Chile, Paxonal... y, así, una lista que aumenta casi cada semana.

Transformación

Fuentes policiales consideran que el hecho aislado que suponían las casas de citas en tal o cual edificio, del que todos los vecinos sabían más o menos, está experimentando

LA CIFRA |

Pisos intervenidos esta semana por la policía en Santiago

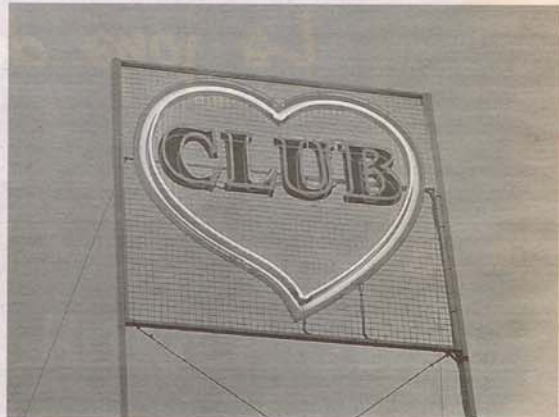
12

■ Fueron detenidas siete personas por estancia irregular en España.

una intensa transformación. Ya no son uno, ni dos, ni siete. Sin aventurarse a dar cifras exactas, hablan de más de veinte en una ciudad como Santiago, pero del triple o el cuádruple en las grandes urbes gallegas, sobre todo en Vigo. Y, de nuevo, los propios investigadores remiten a los periodistas a los anuncios de prensa, que cada vez dan más protagonismo a lo que se vende como *pisos de relax*.

La policía no duda en calificar la proliferación de este tipo de locales de auténtico fenómeno. En el caso de la operación desarrollada en Santiago la semana pasada, los anuncios sirvieron de base para comenzar las investigaciones. Eso y otro dato mucho más rocambolesco, si se quiere, pero muy útil: las quejas de los vecinos que están hartos de que los clientes se confundan de timbre a cualquier hora del día o de la noche.

La migración de la prostitución desde los clubes a los pisos, según los investigadores, tiene grandes ventajas para los trabajadores del sexo, pero también para quienes se lucran con una actividad en la que no participan directamente.



XURXO LOBATO

Los clubes han dado paso a la prostitución en casas particulares

Un sistema que dificulta el seguimiento y ofrece seguridad

■ Los pisos permiten exponer menos el negocio que los neones de un club de carretera, y se montan y desmontan con facilidad. De hecho, los que funcionan en Santiago son pisos de alquiler amueblados en los que apenas se hace inversión, salvo una tele, un vídeo, algunas películas pornográficas —a veces ni siquiera eso— y algo de alcohol de supermercado; y no pagan los impuestos a los que tiene que hacer frente un local de hostelería. Es un sistema que permite que varias personas se agrupen por su cuenta, sin depender de un proxeneta.

Probar que dentro de una vivienda dedicada a la prostitución se está explotando a personas es muy complicado para la policía. En la operación de Santiago de la semana pasada, de los siete detenidos

ASÍ FUNCIONA |

Infracción

■ La prostitución no está castigada. Se persiguen delitos contra los trabajadores o infracciones administrativas, como la inmigración ilegal.

Alquileres

■ Pisos alquilados en el centro. La mayoría son básicos, pero se venden como de «alto standing». Hay excepciones.

ni uno sólo fue acusado de delitos contra los trabajadores y todo se quedó en infracciones administrativas. A todos se les aplicó la Ley de Extranjería y a todos se les cursó el correspondiente expediente de expulsión, nada más.

El sector ha empezado a lanzar ofertas hasta ahora impensables en el mercado del sexo

El aumento de la prostitución en pisos desata una guerra de precios en Galicia

Las denuncias se cruzan en Extranjería y con ellas intentan eliminar la competencia

Ruth Nóvoa
OURENSE

■ La proliferación de pisos en los que se practica la prostitución ha hecho crecer la competencia en el mercado gallego del sexo en los últimos dos años. El aumento de la oferta ha desatado una auténtica guerra de precios según explicó ayer, en un foro sobre prostitución que se celebra en Ourense, el sociólogo José López Riopedre. Última su tesis sobre la situación de los pisos de contacto y asegura que el aumento se deja ver de forma evidente en la explosión de anuncios en prensa, masivos desde hace cinco años. Puso ejemplos de la feroz competencia: «Oferta única. Pague uno y eche dos». Ha detectado ofertas de Semana Santa o Navidad, algo inaudito en el sector hasta el momento.

La tendencia genera conflictividad. Los clientes se niegan a pagar porque en otros lugares les ofertan los mismos servicios por menos dinero. Y un piso puede llegar a denunciar a otro ante Extranjería para librarse de la competencia. Las trabajadoras son extranjeras y la presencia de nacionales es anecdótica, según Riopedre.

El incremento de esta modalidad no ha hecho descender la práctica en la calle y en clubes porque, asegura, se mantiene constante el flujo de inmigrantes que la sustenta.

Entrevista | Leticia

PROSTITUTA

«Mis clientes suelen buscar cariño y caricias»

R. N. | OURENSE

■ Tiene nombre de princesa pero, lo deja claro a pesar de la sonrisa, su vida no es en absoluto fácil. Ayer hacía exactamente dos meses que Leticia llegaba a Galicia desde un país primo hermano, Brasil, con 24 años y algunas ilusiones. La mitad de su estancia la ha pasado en un piso de contactos, ejerciendo la prostitución, algo que nunca se le pasó por la cabeza cuando trabajaba como canguro, como asistente financiera o en la pujante telefonía. A este mundo llegó de la mano de una compatriota. Historias comunes.

—¿Cómo se introdujo en la prostitución?

—Llegué por la situación financiera que estaba atravesando en mi país. Lo que quiero es ayudar a mi madre. Vine pensando que trabajaría de recepcionista o de otra cosa. Pero después de varias semanas sin aparecer un trabajo, por ser inmigrante, empecé. Fue una opción propia, una decisión personal.

—¿Qué sensación tuvo la primera vez? ¿Pasó miedo?

—La primera vez sí, muchos nervios. No es nada fácil. Intentar seducir a alguien que no conoces en veinte



MIGUEL VILLAR

Leticia quiso participar en un foro sobre prostitución

minutos... Estar desnuda delante de una persona que no conoces... Por una parte es un trabajo más pero la verdad es que no me he acostumbrado.

—¿Quiere volver a Brasil?

—Sí, en breve. Ahora cambiaría de trabajo si encontrara uno en el que ganara lo mismo o más porque quiero ayudar económicamente a mi familia.

—¿Saben a qué se dedica?

—No. Creen que trabajo en un restaurante.

—¿Qué busca el cliente de un piso en el que se practica la prostitución?

—Mis clientes suelen buscar cariño y caricias. Vienen porque quieren estar con alguien.

—Parece que en el piso se corren menos riesgos que en la calle. ¿Se siente segura?

—Bueno, sí. En el piso hay otras cuatro chicas pero la verdad es que nosotras no sabemos a quien le abrimos la puerta. Y lo hacemos solas.

—Le ha cambiado mucho la vida.

—Antes, en Brasil, salía mucho, estaba en la calle. Ahora estoy encerrada en un piso.

Vázquez expondrá a las distintas autoridades lucenses la necesidad de adoptar medidas

La federación vecinal se suma a las quejas por la prostitución en pisos

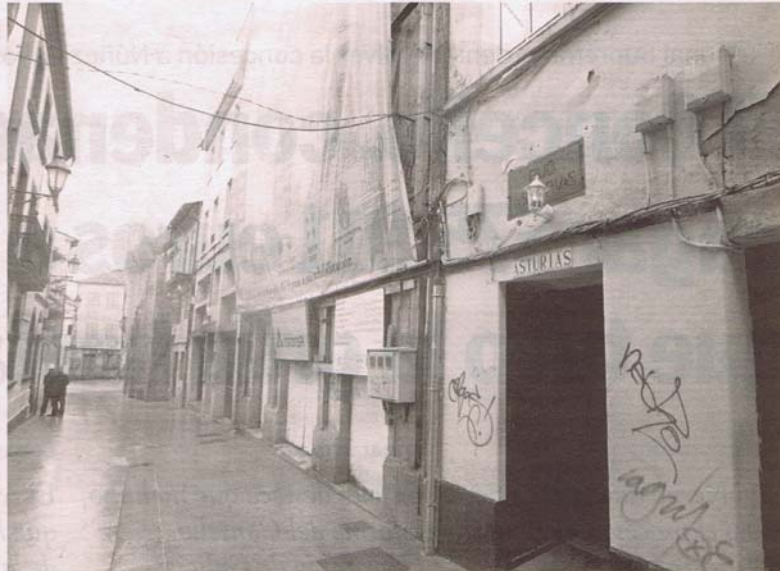
Quiere que la junta local de seguridad trate sobre cómo atajar los problemas en las comunidades

Enrique G. Souto
LUGO

■ La Federación de Asociaciones de Lugo, presidida por Jesús Vázquez, incluirá en su lista de demandas a las autoridades locales, autonómicas y nacionales la adopción de medidas que permitan poner coto a los problemas que crean a numerosos lucenses la prostitución en pisos. Es —señala Vázquez— una práctica que va en aumento, como se puede ver por los anuncios de compañía, y cada día son más las comunidades de vecinos y los particulares que tienen que enfrentarse a situaciones difíciles por altercados, ruidos y llamadas a los porteros automáticos a horas intempestivas.

El presidente de la Federación de Asociaciones dijo que comprende las dificultades con que se encuentran los policías para intervenir en estos casos, si no hay denuncia. Opina que es hora de que los responsables políticos decidan cómo rellenar las lagunas legales en que en la actualidad se encuentra la prostitución.

Vázquez cree que, pese a todo, con interés y diligencia, los cuerpos de seguridad pueden conseguir éxitos a la hora de evitar molestias a los ciudadanos. Un modo de operar fundamental para conseguirlo —indica— es que haya una buena coordinación entre los distintos cuerpos policiales, por lo que quiere que este asunto sea tratado en las reuniones de la junta local de seguridad.



ÓSCAR CELA

Mientras se reduce el número de locales en A Tinería aumentan los pisos con casas de citas

federación dijo que es fácil comprender la situación a la que se enfrentan los padres que tienen que velar para que sus hijos e hijas no tengan problemas al salir y entrar de casa cuando en el edificio hay una

casa de citas. En numerosos casos, la prostitución se ejerce en pisos alquilados. Vázquez apela a la responsabilidad de quien alquila una vivienda para tal fin; si se le comunica a qué está dedicado el

piso, no tendrá disculpa para no intervenir. El presidente de la Federación de Asociaciones considera que las comunidades de vecinos tienen que jugar un papel importante en este caso.

Un asunto que el alcalde conoció a través de su blog

■ El alcalde, José López Orozco, recibió en su blog una comunicación vecinal en la que se le exponían los problemas en una comunidad lucense debido a la existencia de un piso en el que se ejerce la prostitución. El alcalde recomendó a su interlocutor que expusiese el problema al concejal de Protección da Comuni-

las competencias en esta materia corresponden a la Subdelegación del Gobierno.

Por otro lado, fuentes relacionadas con la seguridad en la capital lucense apuntan que el ejercicio de la prostitución en pisos —en Lugo ya se cuentan por decenas, según parece— puede derivar en casos de extorsión a

Temor

Vázquez señala que muchos ciudadanos no se atreven a formular denuncias por las posibles represalias posteriores. Apunta que la federación que preside incluirá, a la vista de las circunstancias, en su ya larga lista de demandas a las autoridades de distinto nivel, la adopción de medidas para poner freno a lo que parece un problema que crece rápidamente. De este modo, este asunto estará presente en las reuniones que periódicamente mantiene este colectivo vecinal con representantes de las distintas instituciones

El 82% de las prostitutas sufrieron asaltos, según las Jornadas de Violencia de Género

LA VOZ | LUGO

■ La violencia hacia las mujeres es mucho más significativa en el ámbito de la prostitución que en cualquier otro. Ésta es una de las conclusiones obtenidas en las Jornadas de Violencia de Género que se clausuraron ayer, donde pusieron de manifiesto que el 82% de las prostitutas sufrieron asaltos y el 68% violaciones.

En la clausura de las jornadas la concejala de Muller, Carmen Basadre, reivindicó la abolición de la prostitución, coincidiendo

en su reclamación con varios de los ponentes de las diferentes sesiones.

El mundo de la prostitución está vinculado actualmente a la inmigración ilegal. Por esta razón los participantes en las jornadas consideran imprescindible dar acceso a estas mujeres a otros puestos de trabajo y necesaria su regularización.

En las conclusiones se plantea también la conveniencia de educar a los hombres, que son los principales consumidores de prostitución, en un nuevo

modelo sexual masculino. Asimismo creen necesario modificar la legislación para adaptarla a las circunstancias actuales.

Según las conclusiones de este encuentro, existe una gran hipocresía social en torno a la prostitución, que sufrió un cambio muy importante en los últimos años, dado que está resurgiendo con la presencia masiva de inmigrantes, que responden a un tipo estandar, vinculado a la pobreza y a cargas familiares.

La Voz de Galicia, 25 nov. 2006

“Tratar de erradicar la prostitución mientras haya pobreza es ridículo”

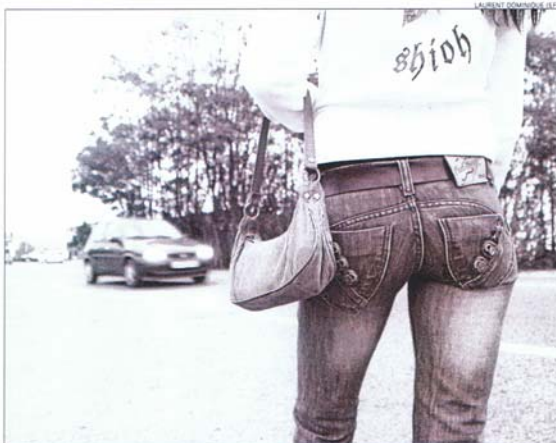
¿ESCLAVAS O TRABAJADORAS? ▶ A sus 49 años, la gallega Montse lleva 20 en el oficio ejerciendo en Barcelona y quiere seguir en él ▶ El Gobierno ultima un plan integral que ha reabierto el debate entre la regulación y la abolición

NATALIA SEQUEIRO • SANTIAGO

¿Esclavas del siglo XXI o simplemente trabajadoras sin derechos? El Gobierno central ultima un plan integral para la prostitución que parte de la base de que la primera premisa es la correcta. Según las cifras que da por buenas el Ministerio de Igualdad el 80% de las mujeres, casi todas extranjeras, son víctimas de la trata y llegan a los clubs o a los pisos de citas sin posibilidad de elegir. El plan, que recoge las tesis de los colectivos abolicionistas, ha reabierto el debate entre la regulación o la erradicación de la prostitución.

En plena controversia, la voz de las implicadas es, a menudo, la más difícil de escuchar. A sus 49 años, la gallega Montse lleva dos décadas en el oficio, trabajando en clubs, pisos y ahora como *scort* -acompañante para hombres de negocios- en Barcelona. Montse advierte que, a menudo, se ofrece una imagen distorsionada de la prostitución. Y niega las cifras del Gobierno sobre mujeres traficadas. “Más bien son al revés, la mayoría lo hacemos voluntariamente. Yo he ejercido en más de 60 locales y no he conocido a ninguna mujer víctima de la trata. Otra cosa es que lo hagamos condicionadas por un contexto en el que no tenemos alternativa económica”, subraya.

Aunque está de acuerdo con que se persiga a las mafias, Montse defiende que los gobiernos deberían de dejar de gastar recursos en intentar abolir la prostitución y centrarse en atajar su verdadera causa. “Es ridículo pretender erradicar la prostitución mientras haya pobreza”,



Una prostituta busca clientes en la carretera Nacional II a la salida de la ciudad de Lleida

LA CLAVE

Las medidas que prepara el Ministerio

▶ El plan integral del Gobierno para la prostitución pretende ofrecer garantías a las mujeres víctimas de la trata para que denuncien a sus proxenetas. Las que lo hagan podrán quedarse en España legalmente y recibirán ayuda económica. Las que no denuncien serán repatriadas

subraya. Sin estudios, divorciada y con dos hijos al cargo ella asegura que en su momento no tuvo elección. Pero ahora no quiere dejarlo. “Cuando estaba trabajando en clubs puede, pero me he independizado, pienso como una empresaria, puedo elegir cliente y servicio y hasta me he puesto a estudiar la carrera de Ciencias Políticas”, explica. José Freire, psicólogo de Médicos del Mundo -una de las organizaciones que trabaja dando asistencia a las prostitutas en Galicia- coincide con Monse al

señalar a la miseria como la raíz del fenómeno. “Lo que las mueve a hacerlo es la pobreza, los entornos marginales”, explica. La organización no gubernamental que representa se define como abolicionista. “La prostitución viola los derechos y la dignidad de la mujer. Hay cantidad de gente traficada y personas que se lucran trayéndolas”, señala. Freire compara la regulación de la prostitución con una hipotética regulación del esclavismo. “No se trata de que los esclavos estén bien o maltratados, se trata

de que hay cosas que no se deben comprar con dinero”, explica. Colectivos feministas y regulacionistas como Andaina, sin embargo, no comparten sus argumentos. “Considerar indigno vender sexo es adoptar una posición ideológica” que no todos tienen que compartir, señala Nanina Santos, una de sus integrantes. Para Santos es más indigno tener que limpiar retretes por un sueldo de miseria, o ser explotado laboralmente, aunque estas realidades no generen la misma controversia. “Tenemos sacralizado el sexo, todo el mundo vendemos cosas de nuestro cuerpo para vivir. ¿Por qué vender la fuerza muscular?”, señala. Santos considera que es necesario perseguir a las mafias que trafican con mujeres, pero explica que las esclavas del siglo XXI no están solo en los burdeles. “No solo existe la trata con fines de explotación sexual, también hay mujeres contra su voluntad en talleres clandestinos, agricultura o servicio doméstico”, subraya.

Los argumentos

Andaina cree que la regulación es la mejor forma de abordar la cuestión. “Tienen que tener los mismos derechos que el resto de personas, tener derechos laborales, poder ser autónomas o asalariadas”, señala. Médicos del Mundo, sin embargo, considera que legalizar la prostitución serviría para propagarla aún más. “La abolición no es un proceso a corto plazo, mal vamos si cada despedida de soltero acaba en un club. Normalizar este tipo de cosas las extendería un poco más y no eliminaría la prostitución ilegal”, subraya José Freire. Pese a la falta de regulación, trabajadoras como Montse afirman haber encontrado la fórmula para cobrar el retiro a los 65. “Hacienda permite que nos inscribamos como autónomas, yo voy a cotizar a partir de los 50”. Más difícil, señala Montse, es librarse del “estigma de la puta”. El rechazo de la sociedad es el que impide al colectivo reivindicar sus derechos con voz propia.

EL EXPERTO

José López Riopedre

Sociólogo y autor del libro ‘Mara y sus amigos’, un estudio sobre los pisos de contactos en la ciudad de Lugo

“Si sancionan al cliente, indirectamente sancionan a la mujer”

- Defiende que alrededor de la prostitución circulan tópicos que ocultan otras realidades. ¿Cuáles son?
- El tratamiento que se da en los medios de comunicación en general construye una imagen de la prostitución más conflictiva y marginal. Temas como el tráfico consumen todas las imágenes y todo el discurso y cualquier otro enfoque es silenciado por las instituciones. La prostitución es una actividad heterogénea, hay gente que por desgracia es objeto de trata, pero una gran mayoría no se adapta a ese perfil. Muchas mujeres ya trabajaban en sus países como prostitutas.
- La inmigración parece hacer más difícil la regulación, ya que la mayor parte de las

mujeres son extranjeras y no tienen papeles. ¿Cómo se podría dar una solución al problema?
- Es cierto que muchas mujeres son extranjeras, pero podrían regularizarse a través de ofertas de trabajo en los clubs. La mujer tiene que tener libertad para decidir lo que más le conviene. De todos modos, no todas están a favor de regularizar la actividad. Pesa el estigma que se les impone. Además tendrían que pagar impuestos.
- ¿Qué opina de modelos como el sueco en el que se castiga al cliente y no a la mujer?
- El modelo sueco pretende abolir la prostitución a base de sancionar al cliente, pero indirectamente también se sanciona a la

prostituta. Hay constancia de que muchas se han ido a Finlandia a ejercer y otras trabajan clandestinamente en peores condiciones.
- ¿Hay también un estereotipo social prefijado sobre el tipo de clientes?
- Sí, está el estereotipo de que es un hombre casado que busca otras cosas fuera del matrimonio o que tiene determinadas patologías o es un maltratador en potencia. Hay gente acorde y hay gente de todo tipo, chicos jóvenes, hombres mayores... Hablando con ellas lo que te dicen es que en general, en los pisos de contactos que es donde yo investigo, no tienen problemas con los clientes, los tienen con la Policía.

LOS DATOS

90% extranjeras ▶ De las de 8.543 mujeres que ejercen la prostitución en Galicia, según un censo elaborado por la Guardia Civil, más del 90% son extranjeras. La comunidad gallega se encuentra en el quinto lugar del ránquin por número de meretrices, solo por detrás de Andalucía, la Comunidad Valenciana, Madrid y Castilla-La Mancha.

De Brasil ▶ Más de la mitad de las inmigrantes que se dedican al comercio sexual en Galicia proviene de Brasil. El resto proceden de Rumanía, Colombia, República Dominicana y Nigeria. La mayoría no tienen papeles y su edad se sitúa entre 26 y 29 años

En el comedor del Queen's se exponía frecuentemente la mercancía para que la compraran las mujeres

Investigan si policías vendían joyas y ropas en clubes de la trama Carioca

Xosé Carreira

LUGO | Además de los que fueron detenidos y encarcelados, los investigadores de la operación Carioca no descartan que más miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad estuviesen dentro de la trama, obteniendo beneficios a consta del lucrativo negocio de la prostitución. Este es un aspecto que está siendo investigado en el club Queen's, que era el centro de operaciones del grupo que la jueza del caso trata de dismantelar. Cabe la posibilidad, según algunas fuentes, de que algún agente tuviese negocios paralelos que funcionaban al amparo de la casa de alterne de O Ceao. Venderían joyas y ropa, entre otros artículos.

Aunque este tipo de comercio no sería más que un pequeño aspecto dentro del entramado, la jueza María del Pilar de Lara está dispuesta, según informaciones, a poner boca arriba las cartas para demostrar que quienes estaban detrás del negocio del alterne lo tenían todo bien atado. Aparentemente, las supuestas ventas secundarias en los clubes por parte de los agentes parece que sería complicado atribuirles un ilícito penal, sin embargo algunos letrados apuntan que no era descartable que la jueza buscara un delito de negociaciones prohibidas a funcionarios, amparándose en artículos que van del 439 al 444 del Código Penal. Este tipo de delitos en los que pueden incurrir los funcionarios conllevan penas de multa y, lo más importante, de inhabilitación para ejercer la profesión durante un tiempo que va de 1 a 4 años, dependiendo de la gravedad del hecho.

Quienes conocen, simplemente por encima, el funcionamiento del Queen's, aseguran que uno de los negocios establecidos dentro del local era el comercio de joyas del que se ocu-



El club Queen's, en O Ceao, se encontraba ayer con la puerta abierta y con el precinto levantado | ROI FERNÁNDEZ

paban personas que estaban relacionadas con José Manuel García Adán y con el policía local Ramón Vázquez Río, ambos en prisión como consecuencia de las investigaciones.

En la cocina, pelando patatas

De hecho, era frecuente que algunos hombres que acudían al local y ayudaban en la cocina, entre otras tareas a pelar patatas para las comidas y a realizar otros cometidos, organizaran en el mismo comedor, al lado de la mesa usada por las mujeres, una pequeña exposición de joyas para que las empleadas tuvieran la ocasión de verlas y de comprarlas. En el Queen's había de todo para que las mujeres no tuvieran la necesidad de salir al exterior. Así, quienes se consideraban sus dueños no corrían el riesgo de que se les escapasen o incluso de que no se fueran de la lengua. Pretendían que todo estuviera bajo control y realmente lo estaba porque ellas no tenían en su poder, supuestamente, ni el pasaporte ni tampoco el billete de vuelta a sus países que estaba abierto por 90 días.

Los investigadores están tirando del hilo para determinar qué personas vendían las joyas y, si tenían algo que ver con las fuer-

zas y cuerpos de seguridad, máxime teniendo en cuenta que ya tienen confirmado que era frecuente la presencia de algunos agentes en el local. De hecho, los comentarios de que había aparcados coches policiales en el club llegaron a ser por momentos frecuentes y quienes se percataban de esta situación no entendían las razones por las que las autoridades no tomaban cartas en el asunto.

Expertos en cuestiones relativas a la prostitución y al mundo de los clubes nocturnos aseguraron que el negocio de venta de joyas es habitual y lucrativo. Algunos joyeros viven, y además bien, de recorrer los locales y de vender su producto a las mujeres de la noche. En el Queen's, sin embargo, parece que la puerta estaba cerrada a estos profesionales porque este negocio lo llevaban desde dentro o personal externo, pero afín al supuesto jefe, José Manuel García Adán.

Las mismas fuentes apuntaron que en la provincia hay dos o tres joyeros que son los que asumen la venta en los burdeles. Recordaron, a su vez, el caso de uno de ellos que fue víctima de un valioso robo en un club de alterne de A Mariña.

«Eran buenas clientas y necesitaban ropa»

En el club de O Ceao se vendía ropa. Dicen conocedores del local que, durante algún tiempo, estuvo habitada en el exterior una especie de caseta de obra en la que se exhibían las prendas a las mujeres. En la mayoría de las veces, las exposiciones eran de lencería, pero las personas que llevaban el negocio también se ocupaban de traer otras prendas y complementos. A veces atendían los pedidos que les hacían las propias empleadas. «Ellas eran buenas clientas. Hay que tener en cuenta que precisaban tener una buena colección de prendas para captar la atención de los clientes. Había algunas que se encaprichaban con las joyas y la bisutería y tenían cantidad. Todo eso costaba dinero y dejaba beneficios a quien se ocupaba de la venta», expresó una fuente. Los investigadores tratan de determinar quién estaba detrás de este tipo de comercio y si se extendía también a los otros clubes, el Colina, el Eros y el Volvoretta, algo que parece posible. La venta de lencería y otras prendas es frecuente en estos locales. En alguno que está abierto cerca de Lugo hay una especie de vitrinas de prendas femeninas en una de las entradas, según personas que conocen aspectos de la noche.

